Meditaciones sobre los Evangelios

Lucas 1–24

J.C. Ryle

Meditaciones sobre los Evangelios. Lucas 1–24

Publicado por Editorial Peregrino, S.L.
Apartado 19
13350 Moral de Calatrava (Ciudad Real) España

Publicado por primera vez en inglés bajo el título
Expository Thoughts on the Gospels. Luke, 1858

© Editorial Peregrino, S.L. 2002–2004
para la presente versión española

Traducción: Elena Flores Sanz
Revisión: Mª Ángeles Belmonte Muñoz
Diseño de la portada de esta serie: René Rodríguez González

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960
© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra
LBLA = Biblia de las Américas © The Lockman Foundation

ISBN: 84-86589-64-9
ISBN: 84-86589-73-8
Depósito legal: B. 6.492-2004

Esta edición se publica con el patrocinio de:
Peter Allmond-Smith, Chelford House Christian Fellowship Trust

Índice

Prefacio a la versión original

1	1–4	Introducción general de S. Lucas a su Evangelio
	5–12	Historia de Zacarías y Elisabet y visión de Zacarías en el Templo
	13–17	El ángel anuncia el nacimiento de Juan el Bautista y describe su ministerio
	18–25	Incredulidad de Zacarías y consecuente castigo
	26–33	Anuncio del ángel a la virgen María de que sería la madre de nuestro Señor
	34–38	La pregunta de la virgen María al ángel y la respuesta de este
	39–45	Visita de la virgen María a Elisabet
	46–56	Cántico de alabanza de la virgen María
	57–66	Nacimiento de Juan el Bautista
	67–80	Profecía y cántico de alabanza por parte de Zacarías
2	1–7	Nacimiento de Cristo en Belén
	8–20	Anuncio del ángel a los pastores del nacimiento de Cristo
	21–24	Circuncisión de Cristo y presentación en el Templo
	25–35	Simeón: su historia, adoración y profecía
	36–40	La profetisa Ana y su historia
	41–52	Cristo encuentra lugar entre los doctores
3	1–6	Comienzo del ministerio terrenal de nuestro Señor: Predicación de Juan el Bautista
	7–14	Juan el Bautista: su modo de dirigirse a aquellos que iban a escucharle
	15–20	Efecto del ministerio de Juan el Bautista: su testimonio de Cristo y su prisión
	21–38	El bautismo de Cristo: la genealogía de la virgen María (la hija de Elí) se remonta hasta Adán
4	1–13	La tentación de Cristo en el desierto
	14–22	Predicación de Cristo en la sinagoga de Nazaret
	22–32	Incredulidad y maldad del pueblo de Nazaret
	33–44	Demonio expulsado en la sinagoga de Capernaum; la suegra de Simón es sanada de la fiebre; hábitos de retiro de Cristo; propósito

de Cristo al venir a la Tierra

5	1–11	Disposición de Cristo a toda buena obra; pesca milagrosa de peces
	12–16	Sanidad de un hombre con lepra; diligencia de Cristo en cuanto a la oración personal
	17–26	Paralítico bajado por el tejado y curado
	27–32	Llamamiento de Leví y Mateo y la fiesta organizada por este para la ocasión
	33–39	Cristo, el novio; vino nuevo y odres nuevos
6	1–5	Los discípulos recogen espigas en el día de reposo: Cristo, Señor del día de reposo
	6–11	Sanidad del hombre con la mano seca; defensa de una buena práctica del día de reposo
	12–19	Oración de Cristo antes de ordenar a los doce Apóstoles; nombres y posición de los Apóstoles
	20–26	Aquellos a los que Cristo llama “bienaventurados” y aquellos de los que dice “¡Ay de vosotros!”
	27–38	Naturaleza y extensión del amor cristiano; regla en casos de duda; el ejemplo de Dios; recompensa del amor
	39–45	Advertencia contra los falsos maestros; importancia de una vida intachable; el fruto, única prueba del carácter
	46–49	Los dos constructores y los dos fundamentos
7	1–10	El siervo del centurión sanado en Capernaum
	11–17	Resurrección del hijo de la viuda de Naín
	18–23	Mensaje con el que Juan el Bautista envió a sus discípulos hasta Cristo y respuesta que recibieron
	24–30	El impresionante testimonio de Cristo en cuanto a Juan el Bautista
	31–35	Descripción que hace Cristo de los hombres de su generación y plena exposición de su puerilidad
	36–50	Historia de la mujer que era pecadora y que siguió a nuestro Señor y le ungió los pies en casa de Simón el fariseo
8	1–3	La mujer santa que acompañó y ministró a nuestro Señor y a sus doce Apóstoles en sus viajes
	4–15	Parábola del sembrador
	16–21	Privilegios espirituales que hay que utilizar con diligencia; ¿Quiénes eran la madre y los hermanos de Cristo?
	22–25	La tormenta en el lago y la calma milagrosa
	26–36	Sanidad del hombre endemoniado en el país de los gadarenos
	37–40	Cristo rechazado por los gadarenos; mandamientos de Cristo al hombre al que había sido sanado en su país
	41–48	La mujer que tenía flujo de sangre sanada al tocar el borde del manto de Cristo
	49–56	Resurrección de la hija de Jairo
9	1–6	Primera comisión de Cristo a los doce discípulos cuando los envió a predicar
	7–11	Herodes, perplejo por las obras de Cristo; la importancia del retiro ocasional; disposición de Cristo a recibir a las personas
	12–17	5000 hombres alimentados con cinco panes y dos peces
	18–22	Diversas opiniones acerca de Cristo; la clara confesión de Pedro; Cristo anuncia su propia muerte
	23–27	Necesidad de negarse a sí mismo y de llevar la cruz; valor del alma; el peligro de avergonzarse de Cristo

	28–36	La transfiguración de Cristo
	37–45	El diablo expulsado del joven a quien los discípulos no pudieron curar
	46–50	Reprensión del orgullo de los discípulos de Cristo; reprobación de la intolerancia y de la falta de liberalidad
	51–56	Firmeza de Cristo en cuanto a su gran obra; reprensión del celo impío de Santiago y Juan
	57–62	Los seguidores de Cristo deben someterse a su señorío; deben dejar que los muertos entierren a sus muertos; no deben mirar atrás
10	1–7	Nombramiento por parte de Cristo de los setenta discípulos e instrucciones con las que fueron enviados
	8–16	Más instrucciones dadas por Cristo a los setenta discípulos
	17–20	Retorno de los setenta gozosos por el éxito
	21–24	El gozo de Cristo; la soberanía de Dios al salvar a los pecadores; privilegios de aquellos que tienen el Evangelio
	25–28	La pregunta del intérprete de la Ley; la regla de la fe; el resumen de la misión
	29–37	Parábola del buen samaritano
	38–42	Cristo en casa de Marta y María; reprobación del exceso de esmero; la única cosa necesaria; la buena parte encomiada
11	1–4	La oración del Señor
	5–13	El amigo que acude a medianoche: exhortación a la oración
	14–20	El demonio mudo; lo malas que son las divisiones
	21–26	El hombre fuerte armado; la vuelta del espíritu inmundo
	27–32	Bienaventurados los que oyen la palabra; la generación que demanda señal
	33–36	El uso de la luz; el ojo bueno
	37–44	Desenmascaramiento y reprensión de los fariseos
	45–54	Desenmascaramiento y reprensión de los intérpretes de la Ley
12	1–7	Advertencias contra la hipocresía; exhortación a no temer al hombre
	8–12	Recomendación de una confesión valiente de Cristo
	13–21	Advertencia contra la avaricia
	22–31	Advertencia contra el exceso de ansiedad por las cosas de este mundo
	32–40	El consuelo del creyente; el tesoro en el Cielo; la espera vigilante que se requiere
	41–48	Alabanza para el cristiano que obra; amenaza para el uso indolente de los privilegios
	49–53	El celo de Cristo por su obra: división causada por el Evangelio
	54–59	La obligación de discernir las señales de los tiempos; recomendación de la reconciliación en el camino
13	1–5	Necesidad absoluta de arrepentimiento
	6–9	Parábola de la higuera sin fruto
	10–17	Sanidad de la mujer que había estado enferma durante dieciocho años
	18–21	Parábola de la semilla de mostaza y de la levadura
	22–30	El número de los que se salvan; la obligación de esforzarse por entrar por la puerta estrecha
	31–35	Los tiempos en manos de Dios; palabras compasivas de Cristo acerca de Jerusalén

14	1–6	Comida de Cristo en casa de un fariseo; la verdadera doctrina de la observancia del día de reposo
	7–14	Recomendación de la humildad; a quiénes debemos invitar
	15–24	Parábola de la gran cena
	25–35	Negarse a uno mismo; calcular el costo; la sal que ha perdido su sabor
15	1–10	Parábola de la oveja perdida y de la moneda perdida
	11–24	Parábola del hijo pródigo
	25–32	El hermano mayor del hijo pródigo
16	1–12	Parábola del mayordomo infiel
	13–18	Neutralidad imposible; la dignidad de la Ley
	19–31	Parábola del rico y Lázaro
17	1–4	Ofender es pecado; deber de perdonar
	5–10	Importancia de la fe; los mejores hombres solo son siervos inútiles
	11–19	Los diez leprosos
	20–25	El Reino de Dios no vendrá con advertencia
	26–37	Los días de Noé y los días de Lot
18	1–8	Parábola de la viuda importuna
	9–14	Parábola del fariseo y el publicano
	15–17	Ideas de Cristo en cuanto a los niños
	18–27	El joven rico
	28–34	Exhortación a dejarlo todo por Cristo; predicción de la crucifixión
	35–43	El ciego de Jericó sanado
19	1–10	Llamamiento de Zaqueo
	11–27	Parábola de las minas
	28–40	Entrada triunfal en Jerusalén
	41–48	Cristo llora sobre Jerusalén; purificación del Templo
20	1–8	Pregunta y respuesta acerca de la autoridad de Jesús
	9–19	Parábola de los labradores malvados
	20–26	Pregunta acerca del tributo al César y respuesta de Cristo
	27–40	Pregunta acerca de la resurrección y respuesta de Cristo
	41–47	Pregunta de Cristo acerca de lo que se dice de David en los Salmos; desenmascaramiento de los escribas
21	1–4	La ofrenda de la viuda
	5–9	Predicción de la destrucción del Templo; el peligro del engaño
	10–19	Predicción de tribulaciones nacionales; anuncio de persecuciones
	20–24	La destrucción de Jerusalén y la tribulación de Israel
	25–33	La Segunda Venida y las señales que la precederán
	34–38	Debemos velar a la espera de la Segunda Venida
22	1–13	El trato de Judas Iscariote con los principales sacerdotes; preparación para la Pascua
	14–23	Institución de la Cena del Señor
	24–30	Reprensión del amor a la preeminencia; explicación de la verdadera grandeza; promesas de recompensa
	31–38	Advertencia a Pedro; recomendación de llevar espada y bolsa
	39–46	Agonía en el huerto
	47–53	Prendimiento de Cristo
	54–62	Pedro niega a Cristo
	63–71	Cristo es insultado y condenado por los principales sacerdotes

23	1–12	Cristo ante Pilato; reconciliación de Herodes y Pilato
	13–25	Cristo es declarado inocente por Pilato y, no obstante, es entregado para ser crucificado
	26–38	Advertencia a las mujeres de Jerusalén; la oración de Cristo por sus asesinos
	39–43	El malhechor arrepentido
	44–49	Las señales que acompañaron a la muerte de Cristo; el testimonio del centurión
	50–56	El entierro de Cristo por parte de José de Arimatea
24	1–12	La visita de las mujeres al sepulcro; incredulidad de los Apóstoles
	13–31	El camino a Emaús
	36–43	Aparición de Cristo a los once
	44–49	Últimas instrucciones de Cristo a los once
	50–53	La ascensión

Prefacio a la versión original

El volumen que tiene el lector en sus manos es la continuación de la obra *Meditaciones sobre los Evangelios*, de la cual ya se han publicado dos volúmenes.

La naturaleza de la obra se ha explicado con tanta amplitud en el prefacio del volumen sobre S. Mateo que no parece necesario añadir nada. Solo destacaré que me he aferrado con firmeza a un triple objetivo que me propuse al comenzar. Me he esforzado por producir algo que resulte útil a los cabezas de familia para dirigir los tiempos de oración familiar, a los que visitan a los enfermos e indoctos en sus lecturas y a todos los que estudian la Biblia de manera personal y carecen de grandes bibliotecas o de tiempo libre. He pensado constantemente en estos tres grupos. Ante mis ojos han estado presentes continuamente sus necesidades. He tratado de evitar diligentemente todo lo que resultaba inadecuado para ellos.

Se percibirá que este volumen es diferente a los dos que le anteceden en un aspecto importante. Me refiero a las notas aclaratorias que he añadido a cada porción de la Escritura expuesta. Estas notas son tan numerosas que algunos piensan que ocupan una parte desproporcionada en el libro. Sin embargo, yo confío en que la mayoría de lectores piensen que merecen el espacio que se les ha otorgado.

Puede que no vengan mal unas palabras en cuanto a la naturaleza de dichas notas. Deseo explicar el objetivo que he tenido en mente al prepararlas.

1. Mi primer objetivo ha sido arrojar luz sobre las dificultades. Puedo decir con buena conciencia que me he esforzado por examinar todos

los pasajes difíciles y no he dejado de lado ninguna expresión complicada del texto. He tratado de reunir toda la información que he podido obtener en cuanto a cada dificultad y de presentarla al lector de una forma concisa y clara. Ni mucho menos pretendo decir que lo haya explicado todo. Soy profundamente consciente de que he dejado algunas dificultades de S. Lucas sin resolver. Pero puedo decir con sinceridad que no he vacilado en comentarlas. Me he propuesto que nunca se pueda decir que comento las cosas sencillas y paso por alto las complicadas.

2. Mi segundo objetivo ha sido ayudar a aquellos lectores que no saben griego. He tratado de mencionar el significado literal de las palabras en el griego original que, por diversas causas, nuestros traductores ingleses han expresado de manera menos literal de lo que podrían haberlo hecho. También menciono las diversas traducciones de una misma palabra griega que, en muchos casos, han formulado nuestros traductores. A pesar de ello, quiero indicar claramente que no deseo criticar nuestra Versión Autorizada de la Biblia y que no le tengo gran simpatía al movimiento de la Versión Revisada. No olvido que cualquier traducción de la Biblia, para que sea útil, debe estar escrita con un estilo popular y que, en muchos casos, una traducción excesivamente literal de algunas expresiones griegas sonaría bastante mal a nuestros oídos. Admito plenamente que la Versión Autorizada inglesa presenta errores, puntos débiles y defectos. Pero, después de leer los intentos actuales de revisión, confieso que tengo muy serias dudas de que los cambios introducidos sean para mejor. Me parece más sabio dejar las cosas como están.

3. Mi tercer objetivo ha sido citar pasajes de autores acreditados que arrojen luz en cuanto a las cuestiones que se comentan y citar autores a los que pueden acudir aquellos que tengan biblioteca y tiempo libre para profundizar en determinadas cuestiones especiales. Debo mencionar que esta es una sección de las notas que con gusto habría aumentado. En realidad, solo el temor a extender en exceso mi obra ha frenado el que proporcionara más citas de las ya ofrecidas. Pero recuerdo que vivimos en una era de prisas y que nunca fue tan cierto como ahora que “un gran libro es un gran mal”.

4. Mi último objetivo en estas notas ha sido combatir en cada momento las falsas doctrinas y herejías que existen y señalar las respuestas a las mismas que aporta el texto de la Escritura. No he dejado de exponer la tremenda contradicción con la Escritura de las doctrinas propias de los socinianos, neólogos, romanistas y semirromanistas. No me he refrenado a la hora de hablar claramente por temor a ser considerado “controvertido”. No he guardado en secreto mis opiniones. He admitido sin vacilar que acepto la inspiración plenaria de cada palabra de la Santa Escritura y que, por tanto, me adhiero a aquellas ideas que se denominan comúnmente protestantes y evangélicas. No puedo, por supuesto, esperar que mis notas sobre la

Escritura, escritas con estos principios, satisfagan a todos los lectores; pero no puedo ocultar ni por un momento que han sido escritas con estas intenciones.

En un punto me he abstenido cuidadosamente de ofrecer opinión alguna. Me refiero a las cuestiones controvertidas con respecto a la comparación de afirmaciones de las diversas variantes, de la autoridad de los manuscritos y del mejor texto griego del Nuevo Testamento. Este es un campo en el que declino entrar. No me parece que existan documentos en la actualidad para formarse una opinión clara sobre esta cuestión. Puede que llegue el día en que todos los manuscritos existentes hayan sido cuidadosamente cotejados, sin exceptuar el texto Vaticano. Puede que llegue un día en que un jurado competente de eruditos bíblicos reverentes valoren las virtudes de las distintas traducciones conflictivas y establezcan un texto indiscutiblemente verídico y correcto del Testamento griego. Ciertamente, ese momento no ha llegado aún y dudo mucho que llegue. Mientras tanto, admito con sinceridad que me conformo con utilizar la versión de Scholefield de la conocida edición de Stephens (1550 d. C.). No desconozco sus defectos, pero no veo que otro texto haya justificado por completo la afirmación de ser considerado como el *textus receptus* en su lugar.

Solo me resta decir que, en la preparación de estas notas y de las meditaciones, he acudido con diligencia a los comentaristas que tenía a mi alcance, tanto antiguos como modernos. Cito una lista de ellos que puede resultar interesante a algunos lectores y útil a aquellos que deseen conocer los nombres de autores que han comentado el Evangelio de S. Lucas.

Al ofrecer esta lista, confío en que no se malinterpreten mis motivaciones. Mi único deseo es mostrar que no he escrito sobre el Evangelio de S. Lucas desestimando lo que han hecho otros y que, cuando estoy en desacuerdo con ellos, no es porque desconozca lo que ellos dicen. Los nombres de los autores que he consultado son los siguientes:

1. *Padres:* Ambrosio, Teofilacto, Eutimio, los *Sermones* de Agustín sobre el Nuevo Testamento y la *Catena* de Corderius.

2. *Comentaristas protestantes extranjeros:* Calvino, Brentius, Bucero, Bullinger, Beza, Pellican, Gualter, Chemnitius, Flavius, Illíricus, Piscator, Cocceius, De Dieu, Calovius, Aretius, Schottgen, Bengel, Heinsius, Olshausen y Stier.

3. *Comentaristas católicos romanos extranjeros:* Jansenius, Barradius, Maldonado, Cornelio à Lapide, Quesnel, Stella, Clarius y Novarinus.

4. *Comentaristas ingleses:* Trapp, Mayer, Cartwright, Lightfoot, Baxter, Ness, Leigh, Hammond, las sinopsis y anotaciones de Poole, Henry, Whitby, Burkitt, Gill, Pearce, Scott, A. Clarke, Barnes, Davidson, Alford, Wordsworth, Ford, Watson, Burgon y Major.

Sería fácil mencionar algo sobre el valor comparativo de muchos de

estos autores. En algún momento futuro puedo intentarlo. Casi no hace falta decir que muchos de ellos tenían opiniones erróneas en muchos puntos y que no recomiendo a todos los comentaristas que he mencionado. Por el momento me conformo con señalar que, al leer sus comentarios, con frecuencia me ha sorprendido descubrir luz donde esperaba tinieblas, y tinieblas donde esperaba luz. También he descubierto que algunos de los mejores comentaristas de la Escritura son relativamente poco conocidos.

Aquí queda este volumen con una ferviente oración pidiendo que el Espíritu Santo lo bendiga y que Dios quiera utilizarlo para su propia gloria y para el beneficio de muchas almas. Mi principal deseo en este y en cada uno de mis escritos es exaltar al Señor Jesucristo y hacer que aparezca hermoso y glorioso a los ojos de los hombres, así como promover el incremento del arrepentimiento, de la fe y de la santidad sobre la Tierra. Si es este el resultado del presente libro, el trabajo que me ha costado habrá sido recompensado con creces.

Tengo la fuerte convicción de que en la actualidad falta más estudio reverente y profundo de la Escritura. La mayoría de cristianos se quedan en la superficie de la Biblia cuando la leen. Necesitamos un conocimiento más profundo de Cristo como Persona viva, Sacerdote vivo, Médico vivo, Amigo vivo, Abogado vivo a la diestra de Dios y Salvador vivo a punto de volver. La mayoría de los cristianos conocen poco del cristianismo salvo sus doctrinas principales. Deseo no olvidar nunca estas dos cosas. Si puedo hacer algo para que Cristo y la Biblia sean más honrados en estos últimos días, estaré tremendamente agradecido y contento.

J.C. RYLE
Agosto de 1858

CONTENIDO DE LAS NOTAS

Capítulo 1

V. 1: Sobre S. Lucas.
Sobre “muchos han tratado de poner en orden”.
Sobre “las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas”.
V. 2: Sobre “la palabra”.
V. 3: Sobre la expresión “desde su origen”.
Sobre la expresión “por orden”.
Sobre “Teófilo”.
V. 4: Sobre la expresión “la verdad”.

V. 5: Sobre la “clase de Abías”.
Sobre “las hijas de Aarón”.
V. 6: Sobre la palabra “ordenanzas”.
V. 10: Sobre “toda la multitud estaba fuera orando”.
V. 11: Sobre la aparición del ángel.
V. 13: Sobre el nombre “Juan”.
V. 15: Sobre “no beberá vino”.
V. 17: Sobre “el espíritu y el poder de Elías”. Sobre “hacer volver los corazones de los padres”, etc.
V. 18: Sobre “¿en qué conoceré esto?”.
V. 19: Sobre el nombre “Gabriel”.
V. 20: Sobre la mudez de Zacarías.
V. 27: Sobre María como virgen desposada.
V. 28: Sobre la expresión “muy favorecida”.
V. 29: Sobre la palabra “se turbó”.
V. 32: Sobre la expresión “trono de David”, etc.
V. 36: Sobre la referencia del ángel a María acerca de su prima Elisabet.
V. 39: Sobre la “ciudad de Judá” donde vivía Zacarías.
V. 47: Sobre la expresión “mi Salvador”.
V. 51: Sobre la expresión “su brazo”.
V. 59: Sobre el “octavo día”.
V. 62: Sobre la comunicación con Zacarías por “señas”.
V. 69: Sobre la expresión “poderoso Salvador”.
V. 70: Sobre que Dios habla “por boca de sus santos profetas”.
V. 71: Sobre la expresión “nuestros enemigos”.
V. 78: Sobre la expresión “la aurora”.

Capítulo 2

V. 1: Sobre “Augusto César”.
Sobre la palabra “mundo”.
Sobre la palabra “censo”.
V. 2: Sobre el censo en tiempo de “Cirenio”.
V. 3: Sobre el censo en cumplimiento de Génesis 49:10.
V. 4: Sobre la palabra “familia”.
V. 7: Sobre la expresión “hijo primogénito”.
Sobre que la virgen María envolvió en pañales a nuestro Señor.
Sobre la palabra “pesebre”.
Sobre la expresión “no había lugar para ellos en el mesón”.
V. 8: Sobre los “pastores” en el campo.
V. 10: Sobre la expresión “todo el pueblo”.
V. 12: Sobre la expresión “niño”.
V. 14: Sobre la expresión “buena voluntad”.
V. 15: Sobre “esto que ha sucedido”.
V. 16: Sobre que los pastores fueron “apresuradamente”.
V. 21: Sobre la “circuncisión” de Cristo.

Sobre que se diera nombre a Cristo antes de ser concebido.
V. 24: Sobre los “dos palominos”.
V. 25: Sobre “Simeón”.
Sobre la “consolación de Israel”.
Sobre el Espíritu Santo sobre Simeón.
V. 29: Sobre la expresión “despides a tu siervo”.
V. 30: Sobre la palabra “salvación”.
V. 31: Sobre la expresión “todos los pueblos”.
V. 32: Sobre la expresión “luz a los gentiles”, etc.
V. 33: Sobre la expresión “de él”.
V. 34: Sobre la bendición de Simeón.
V. 35: Sobre la profecía “una espada traspasará”.
V. 36: Sobre la palabra “profetisa”.
Sobre la tribu de Aser.
V. 38: Sobre lo que dice Ana de Cristo.
V. 39: Sobre la vuelta a Galilea.
V. 42: Sobre Cristo con “doce años”.
V. 44: Sobre la expresión “compañía”.
Sobre la suposición de José y María de que Jesús estaba entre la compañía.
V. 46: Sobre los “tres días”.
Sobre la expresión “en medio de los doctores”, etc.
V. 48: Sobre la pregunta “¿Por qué nos has hecho así?”, etc.
V. 49: Sobre la expresión “en los negocios de mi Padre”.
V. 51: Sobre la expresión “estaba sujeto”.
V. 52: Sobre el crecimiento de Jesús “en sabiduría”, etc.

Capítulo 3

V. 1: Sobre Iturea, etc.
V. 2: Sobre Anás y Caifás como sumos sacerdotes.
V. 5: Sobre “todo valle se rellenará”.
V. 6: Sobre “verá toda carne la salvación de Dios”.
V. 8: Sobre los “frutos”.
Sobre “tenemos a Abraham por padre”.
Sobre que Dios “puede levantar hijos de Abraham aun de estas piedras”.
V. 14: Sobre la expresión “¿Qué haremos?”.
Sobre la expresión “extorsión”.
Sobre la expresión “calumniéis”.
V. 15: Sobre la palabra “expectativa”.
Sobre el contraste entre el bautismo de Juan y el de Cristo.
Sobre el bautismo con fuego.
V. 19: Sobre la mención de Lucas de la prisión de Juan.
V. 23: Sobre que nuestro Señor “era como de treinta años”.
Sobre la genealogía de Cristo.

V. 36: Sobre “hijo de Cainán”.

Capítulo 4

V. 1: Sobre que Cristo “fue llevado por el Espíritu”.
Sobre el desierto.
V. 2: Sobre la tentación durante cuarenta días.
V. 3: Sobre lo que dice el diablo.
Sobre la sugerencia de convertir en pan.
V. 4: Sobre los textos citados por Cristo.
Sobre la expresión “toda palabra”.
V. 5: Sobre la expresión “todos los reinos”.
Sobre “un momento”.
V. 6: Sobre la promesa “te daré toda esta potestad”.
V. 7: Sobre la expresión “si tú postrado me adorares”.
V. 8: Sobre la expresión “vete de mí”.
Sobre el orden de la tentación.
V. 9: Sobre “el pináculo del templo”.
V. 10: Sobre el diablo citando la Escritura.
Sobre la expresión “que te guarden”.
V. 13: Sobre la prueba general que proporciona la tentación acerca de la personalidad de Satanás.
V. 14: Sobre la expresión “su fama”.
V. 16: Sobre el tiempo cuando nuestro Señor “vino a Nazaret”.
V. 17: Sobre la expresión “habiendo abierto el libro”.
V. 20: Sobre la palabra “ministro”.
V. 21: Sobre la expresión “comenzó a decirles”.
V. 22: Sobre la expresión “daban buen testimonio”.
Sobre la expresión “el hijo de José”.
V. 23: Sobre la expresión “este refrán”.
V. 25: Sobre “los días de Elías”.
V. 28: Sobre la “ira” del pueblo de Nazaret.
V. 30: Sobre que pasara nuestro Señor “por en medio”.
V. 33: Sobre la expresión “un espíritu de demonio inmundo”.
V. 34: Sobre la expresión “¿Qué tienes con nosotros?”.
V. 35: Sobre la expresión “cállate”.
Sobre la expresión “derribándole en medio”.
V. 36: Sobre la expresión “todos maravillados”.
Sobre la expresión “¿Qué palabra es esta?”.
V. 37: Sobre la palabra “fama”.
V. 38: Sobre la suegra de Simón.
V. 39: Sobre la expresión “inclinándose”.
Sobre que la fiebre dejó a la mujer inmediatamente.

Capítulo 5

V. 4: Sobre la expresión “boga mar adentro”.
V. 6: Sobre las palabras “su red se rompía”.

V. 10: Sobre la expresión “serás pescador de hombres”.
Sobre el significado alegórico de la pesca milagrosa.
V. 12: Sobre la enfermedad de la lepra.
V. 13: Sobre la expresión “quiero”.
V. 16: Sobre las palabras “se apartaba a lugares desiertos y oraba”.
V. 17: Sobre la expresión “para sanar”.
V. 19: Sobre la expresión “por el tejado” y la construcción de las casas orientales.
V. 26: Sobre la expresión “todos, sobrecogidos de asombro”.
Sobre la palabra “maravillas”.
V. 27: Sobre “un publicano llamado Leví”.
Sobre “el banco de los tributos públicos”.
V. 28: Sobre Leví “dejándolo todo”.
V. 29: Sobre el “gran banquete” de Leví.
V. 32: Sobre la llamada al arrepentimiento.
V. 33: Sobre la expresión “los tuyos comen y beben”.
V. 34: Sobre las expresiones “los que están de bodas” y “esposo”.
V. 35: Sobre la palabra “ayunarán”.
V. 36: Sobre la parábola del pedazo de vestido nuevo en el viejo y el vino nuevo en los odres viejos.
V. 39: Sobre la expresión “el añejo es mejor”.

Capítulo 6

V. 1: Sobre el segundo día de reposo después del primero.
V. 3: Sobre las palabras “lo que hizo David”.
Sobre la expresión “cuando tuvo hambre él”.
V. 5: Sobre el Hijo del Hombre como “Señor aun del día de reposo”.
V. 8: Sobre la publicidad de los milagros de nuestro Señor.
V. 10: Sobre las palabras “extiende tu mano”.
V. 11: Sobre la palabra “furor”.
V. 12: Sobre la expresión “orando a Dios”.
V. 13: Sobre que el número de los Apóstoles fuera doce.
V. 14: Sobre Bartolomé.
V. 15: Sobre Santiago el hijo de Alfeo.
V. 16: Sobre Judas, el hermano de Santiago.
Sobre Judas Iscariote.
V. 17: Sobre la expresión “se detuvo en un lugar llano”.
V. 19: Sobre la palabra “poder”.
V. 20: Sobre la cuestión de si el discurso aquí relatado es el mismo que el Sermón del Monte.
Sobre los “pobres” que son bienaventurados.
V. 22: Sobre la expresión “os aparten de sí”.
V. 24: Sobre las palabras “ya tenéis”.
V. 26: Sobre el lamento acerca de aquellos de quienes todos hablan bien.
V. 28: Sobre la expresión “os calumnian”.

V. 29: Sobre el deber de volver la otra mejilla a aquel que nos golpea en una.
V. 32: Sobre la palabra “pecadores”.
V. 33: Sobre las palabras “hacen lo mismo”.
V. 35: Sobre la expresión “no esperando de ello nada”.
V. 37: Sobre el precepto de no juzgar.
V. 39: Sobre la expresión “¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego?”.
V. 40: Sobre la expresión “el discípulo no es superior a su maestro”.
V. 41: Sobre las palabras “paja” y “viga”.
V. 43: Sobre la expresión “no es buen árbol el que da malos frutos”.
V. 44: Sobre la expresión “no se cosechan higos”, etc.
V. 48: Sobre la verdadera esfera de aplicación de la parábola de los dos edificadores.
Sobre la palabra “ahondó”.
Sobre la inundación, etc.
V. 49: Sobre oír y no hacer.

Capítulo 7

V. 1: Sobre los muchos milagros obrados en Capernaum.
V. 2: Sobre el centurión cuyo siervo fue sanado.
V. 3: Sobre el centurión que envía ancianos a Cristo.
V. 5: Sobre la expresión “nos edificó una sinagoga”.
V. 6: Sobre la aparente discrepancia entre Mateo y Lucas respecto a la conducta del centurión.
Sobre la expresión “no te molestes”.
V. 7: Sobre la expresión “di la palabra”.
V. 9: Sobre que “Jesús se maravilló”.
V. 11: Sobre la palabra “después”.
Sobre la ciudad llamada Naín.
V. 12: Sobre el difunto al que “llevaban”.
Sobre la publicidad de este milagro.
V. 13: Sobre este milagro de Jesús no solicitado.
V. 14: Sobre la palabra “féretro”.
Sobre la expresión “a ti te digo: levántate”.
V. 15: Sobre las palabras “comenzó a hablar”.
V. 16: Sobre la expresión “tuvieron miedo”.
Sobre la expresión “Dios ha visitado a su pueblo”.
V. 17: Sobre la expresión “se extendió la fama”.
V. 19: Sobre la razón de Juan el Bautista para enviar a Cristo.
Sobre la expresión “el que había de venir”.
V. 20: Sobre las palabras “Juan el Bautista”.
V. 21: Sobre “de enfermedades y plagas, y de espíritus malos”.
Sobre las palabras “les dio la vista”.
V. 22: Sobre la expresión “los muertos son resucitados”.
Sobre las palabras “a los pobres es anunciado el evangelio”.

V. 24: Sobre las palabras “¿Qué salisteis a ver en el desierto?”.

Sobre la expresión “una caña”.

V. 25: Sobre la expresión “tienen vestidura preciosa y viven en deleites”.

V. 28: Sobre la expresión “entre los nacidos de mujeres”, etc.

Sobre la expresión “el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él”.

V. 29: Sobre la cuestión de a quiénes se refieren las palabras “todo el pueblo […] cuando lo oyeron”.

Sobre la expresión “justificaron a Dios”.

V. 30: Sobre las palabras “desecharon los designios de Dios”.

V. 32: Sobre la expresión “semejantes son a los muchachos”.

Sobre la palabra “bailasteis”.

V. 34: Sobre la expresión “come y bebe”.

V. 35: Sobre las palabras “la sabiduría es justificada por todos sus hijos”.

V. 36: Sobre el fariseo que deseaba que nuestro Señor comiera con él.

Sobre el hecho de que nuestro Señor fuera a comer con el fariseo.

Sobre la expresión “se sentó a la mesa”.

V. 37: Sobre la cuestión de quién era la mujer pecadora.

Sobre las palabras “era pecadora”.

Sobre las palabras “estaba a la mesa”.

V. 38: Sobre las palabras “estando […] a sus pies”. Sobre la costumbre de ungir.

V. 39: Sobre la palabra “este”. Sobre la palabra “conocería”.

V. 40: Sobre el divino conocimiento de los corazones por parte de nuestro Señor.

V. 42: Sobre la expresión “perdonó a ambos”.

V. 47: Sobre la expresión “perdonados, porque amó mucho”.

V. 48: Sobre las palabras “tus pecados te son perdonados”.

V. 49: Sobre las palabras “¿Quién es este, que también perdona pecados?”.

V. 50: Sobre las palabras “tu fe te ha salvado, ve en paz”.

Capítulo 8

V. 1: Sobre las palabras “iba por todas las ciudades…”.

V. 2: Sobre María Magdalena.

V. 3: Sobre Juana, Chuza, Susana, etc.

Sobre las mujeres ministrando a nuestro Señor.

V. 4: Sobre el fiel trato de Cristo con las multitudes.

V. 5: Sobre la parábola del sembrador ilustrada por medio de cosas a la vista de nuestro Señor.

V. 6: Sobre las palabras “sobre la piedra”.

V. 7: Sobre la palabra “espinos”.

V. 8: Sobre la expresión “el que tiene oídos…”.

V. 10: Sobre la expresión “que viendo no vean”.
V. 11: Sobre la expresión “la semilla es la palabra”.
V. 12: Sobre la expresión “luego viene el diablo”.
V. 13: Sobre las palabras “se apartan”.
V. 14: Sobre la palabra “yéndose”.
Sobre la expresión “llevan fruto”.
V. 15: Sobre el “corazón bueno y recto”.
Sobre la palabra “retienen”.
Sobre la palabra “paciencia”.
V. 16: Sobre la expresión “debajo de la cama”.
V. 17: Sobre las palabras “nada hay oculto”.
V. 18: Sobre las palabras “mirad, pues, cómo oís”.
Sobre la expresión “a todo el que tiene”.
V. 19: Sobre la madre y los hermanos de nuestro Señor.
Sobre la expresión “vinieron a él”.
V. 22: Sobre el lago de Genesaret.
V. 23: Sobre la tormenta de viento.
V. 24: Sobre la calma repentina.
V. 25: Sobre la expresión “¿dónde está vuestra fe?”.
V. 27: Sobre el hombre endemoniado que moraba en los sepulcros.
V. 28: Sobre la expresión “qué tienes conmigo”.
Sobre las palabras “no me atormentes”.
V. 29: Sobre las palabras “rompiendo las cadenas”.
V. 30: Sobre la palabra “legión”.
V. 31: Sobre la palabra “abismo”.
V. 32: Sobre el hato de cerdos.
Sobre que Cristo permitiera al diablo ir a los cerdos.
V. 33: Sobre que los cerdos se precipitaran al mar.
V. 34: Sobre la expresión “los campos”.
Sobre la aparente discrepancia entre el relato de este milagro por parte de Mateo y de Lucas.
V. 37: Sobre el ruego de los gadarenos a Cristo para que se fuera.
V. 38: Sobre la despedida de Jesús al endemoniado sanado.
V. 39: Sobre los diversos encargos que nuestro Señor hace a las diferentes personas después de haberlas sanado.
V. 41: Sobre la palabra “entonces”.
V. 42: Sobre las palabras “se estaba muriendo”.
Sobre la multitud que oprimía a Cristo.
V. 43: Sobre la mujer con flujo de sangre.
V. 44: Sobre el borde del manto.
V. 45: Sobre la pregunta “¿quién es el que me ha tocado?”.
Sobre la palabra “Maestro”.
V. 46: Sobre la palabra “poder”.
V. 48: Sobre las palabras “te ha salvado”.
V. 49: Sobre que los padres cuidan más de los hijos que los hijos de los padres.

Sobre la palabra “Maestro”.

V. 51: Sobre Pedro, Santiago y Juan como especialmente favorecidos.

V. 52: Sobre las palabras “No está muerta, sino que duerme”.

V. 54: Sobre la expresión “echando fuera a todos”.

V. 55: Sobre las palabras “su espíritu volvió”.

Sobre la orden de que “se le diese de comer”.

V. 56: Sobre las palabras de “que a nadie dijesen”.

Capítulo 9

V. 1: Sobre Judas Iscariote enviado a predicar.

Sobre que nuestro Señor “les dio poder”.

V. 2: Sobre la sucesión apostólica.

V. 3: Sobre el mandamiento “No toméis nada para el camino” y la palabra “alforja”.

V. 4: Sobre la orden “quedad allí”.

V. 6: Sobre la expresión “anunciando el evangelio”.

V. 7: Sobre la palabra “perplejo”.

Sobre la creencia imperante en una resurrección.

V. 9: Sobre la insistencia en la palabra “yo”.

V. 10: Sobre la expresión “tomándolos, se retiró aparte”.

V. 14: Sobre la expresión “en grupos, de cincuenta en cincuenta”.

V. 17: Sobre la orden de recoger los pedazos. Sobre las “cestas”.

V. 18: Sobre el hábito de nuestro Señor de la oración personal.

V. 19: Sobre las diversas opiniones habituales acerca de Cristo.

V. 20: Sobre la expresión “El Cristo de Dios”.

V. 21: Sobre las palabras acerca de no decirle nada a nadie.

V. 22: Sobre la expresión “es necesario que […] padezca”.

V. 23: Sobre las palabras “quiere venir”.

Sobre la expresión “tome su cruz”.

V. 24: Sobre la expresión “el que quiera salvar su vida, la perderá”.

V. 25: Sobre la expresión “se pierde a sí mismo”.

V. 26: Sobre la Segunda Venida del Señor.

V. 27: Sobre el significado de las palabras “no gustarán la muerte hasta que vean…”.

V. 28: Sobre la expresión “después de estas palabras”.

Sobre la elección de Pedro, Santiago y Juan para ser testigos de la transfiguración.

Sobre el “monte” en el que el Señor se transfiguró.

V. 29: Sobre las palabras “entre tanto que oraba”. Sobre las palabras “la apariencia”, “se hizo otra”, “resplandeciente”.

V. 30: Sobre la aparición de Moisés y Elías.

V. 31: Sobre la expresión “su partida”. Sobre la expresión “iba Jesús a cumplir”.

V. 32: Sobre los discípulos “rendidos de sueño”.

V. 33: Sobre las palabras de Pedro: “bueno es para nosotros que

estemos aquí”.

V. 35: Sobre la expresión “a él oíd”.

V. 36: Sobre la expresión “Jesús fue hallado solo”.

V. 38: Sobre la palabra “clamó”.

Sobre la expresión “el único”.

V. 39: Sobre la expresión “a duras penas”.

V. 40: Sobre las palabras “no pudieron”.

V. 41: Sobre las palabras “¡Oh generación incrédula y perversa!”.

V. 44: Sobre las palabras “haced que os penetren bien en los oídos estas palabras”.

V. 46: Sobre la palabra “discusión”.

Sobre la “discusión sobre quién de ellos sería el mayor”.

V. 48: Sobre las palabras de nuestro Señor acerca de los niños.

V. 50: Sobre la orden “no se lo prohibáis”.

V. 51: Sobre la expresión “se cumplió el tiempo en el que él había de ser recibido arriba”.

V. 53: Sobre el rechazo de los samaritanos que no recibieron a Cristo.

V. 54: Sobre el deseo de Santiago y Juan de hacer descender fuego del Cielo.

Sobre la expresión “como hizo Elías”.

V. 55: Sobre la reprensión de nuestro Señor a Santiago y Juan.

Sobre la expresión “de qué espíritu sois”.

V. 57: Sobre el hombre que dijo: “te seguiré”.

V. 58: Sobre la expresión “las zorras tienen guaridas”.

V. 59: Sobre la petición “déjame que primero vaya y entierre a mi padre”.

V. 60: Sobre las palabras “deja que los muertos entierren a sus muertos”.

Sobre la orden “ve y anuncia”.

V. 61: Sobre la petición de despedirse primero de los amigos.

V. 62: Sobre la expresión “apto para el reino”.

Capítulo 10

V. 1: Sobre la palabra “designó”.

Sobre los setenta discípulos.

Sobre los discípulos enviados “de dos en dos”.

V. 2: Sobre la expresión “envíe”.

V. 3: Sobre la palabra “id” y el enfático “yo os envío”.

V. 4: Sobre la orden de no llevar calzado.

Sobre la orden de no saludar a nadie.

V. 5: Sobre la expresión “paz sea a esta casa”.

V. 6: Sobre las palabras “si hubiere allí algún hijo de paz”.

V. 7: Sobre el mandamiento “en aquella misma casa”.

Sobre la expresión “lo que os den”.

Sobre que “el obrero es digno de su salario”.

V. 8: Sobre la orden “comed lo que os pongan delante”.
V. 11: Sobre las palabras “esto sabed”.
V. 12: Sobre la expresión “será más tolerable…”.
V. 13: Sobre Corazín, Betsaida, Tiro y Sidón.
V. 15: Sobre las palabras “hasta el Hades serás abatida”.
V. 16: Sobre la expresión “el que a vosotros oye, a mí me oye”.
V. 17: Sobre el regreso de los setenta discípulos.
V. 18: Sobre la expresión “yo veía a Satanás caer del cielo”, etc.
V. 19: Sobre las palabras “os doy potestad de hollar serpientes”, etc.
Sobre los escorpiones.
Sobre el “enemigo”.
V. 20: Sobre la expresión “vuestros nombres están escritos en los cielos”.
V. 21: Sobre la expresión “yo te alabo, oh Padre”, etc.
V. 22: Sobre la expresión “todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre”, etc.
Sobre los “reyes” a los que se hace referencia.
V. 25: Sobre los “intérpretes de la ley” mencionados en el Evangelio.
Sobre la pregunta del intérprete de la Ley.
V. 26: Sobre la pregunta “¿Cómo lees?”.
V. 27: Sobre las palabras “Amarás al Señor tu Dios”.
V. 28: Sobre la expresión “haz esto, y vivirás”.
V. 29: Sobre la expresión “queriendo justificarse a sí mismo”.
Sobre la pregunta “¿quién es mi prójimo?”.
V. 30: Sobre el “camino de Jerusalén a Jericó”.
V. 31: Sobre la expresión “aconteció”.
Sobre el sacerdote y el levita que pasaron por el camino.
Sobre la expresión “pasó de largo”.
V. 32: Sobre las palabras “llegando […] y viéndole”.
V. 33: Sobre las palabras “vino cerca de él”.
V. 34: Sobre el aceite y el vino.
V. 35: Sobre los dos denarios.
V. 35: Sobre la expresión “¿quién […] te parece que…?”.
Sobre la pregunta de si es correcto interpretar la parábola del buen samaritano como una alegoría de la redención del hombre.
V. 38: Sobre la expresión “yendo de camino”.
V. 40: Sobre la expresión “se preocupaba”.
Sobre la palabra “acercándose”.
V. 41: Sobre la palabra “turbada”.
V. 42: Sobre la frase “sólo una cosa es necesaria”. Sobre la expresión “la buena parte”.

Capítulo 11

V. 1: Sobre la expresión “estaba Jesús orando”.

Sobre “enséñanos a orar”.
V. 2: Sobre “cuando oréis, decid”.
Sobre la expresión “Padre nuestro”.
Sobre “tu nombre”.
Sobre “tu reino”.
Sobre “hágase tu voluntad”.
V. 3: Sobre “el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”.
V. 4: Sobre “perdónanos nuestros pecados”.
Sobre “los que nos deben”.
Sobre “nos metas”.
Sobre “del mal”.
V. 5: Sobre la parábola del “amigo que va a medianoche”.
Sobre “tres panes”.
V. 6: Sobre “de viaje”.
V. 7: Sobre la expresión “mis niños están conmigo en la cama”.
V. 8: Sobre la palabra “importunidad”.
V. 11: Sobre la expresión “si su hijo le pide pan”.
V. 12: Sobre “un huevo” y “un escorpión”.
Sobre la expresión “le dará”.
V. 13: Sobre las palabras “siendo malos”.
Sobre la expresión “vuestro Padre celestial”.
Sobre las interpretaciones alegóricas de los padres y otras.
V. 14: Sobre la expresión “era mudo”.
V. 15: Sobre la palabra “Beelzebú”.
V. 16: Sobre las palabras “le pedían señal del cielo”.
V. 17: Sobre “todo reino dividido”.
V. 19: Sobre las palabras “vuestros hijos por quién los echan”.
Sobre la expresión “ellos serán vuestros jueces”.
V. 20: Sobre la expresión “el reino de Dios ha llegado a vosotros”.
V. 21: Sobre la expresión “el hombre fuerte”.
Sobre “lo que posee”.
V. 22: Sobre las palabras “más fuerte que él”.
Sobre “reparte el botín”.
V. 23: Sobre el dicho “el que no es conmigo, contra mí es”.
V. 24: Sobre la expresión “anda por lugares secos”.
Sobre “buscando reposo”.
Sobre “volveré a mi casa”.
V. 25: Sobre “y cuando llega, la halla barrida y adornada”.
V. 26: Sobre “otros siete espíritus peores que él”.
Sobre “el postrer estado peor que el primero”.
V. 27: Sobre “una mujer”.
V. 28: Sobre “antes”.
V. 29: Sobre “apiñándose”.
Sobre “demanda señal”.
V. 30: Sobre “Jonás fue señal”.
V. 31: Sobre “la reina del Sur”.

Sobre la expresión “más que Salomón”.
V. 33: Sobre “la luz encendida”.
V. 34: Sobre el ojo “bueno”.
V. 35: Sobre la advertencia “mira pues”.
V. 36: Sobre la expresión “si tu cuerpo está lleno de luz”.
V. 37: Sobre “la comida del Señor con un fariseo”.
V. 38: Sobre la expresión “no se hubiese lavado antes”.
V. 39: Sobre “por dentro”.
V. 40: Sobre la palabra “necios”.
Sobre la expresión “el que hizo lo de afuera […]”.
V. 41: Sobre las palabras “pero dad limosna”.
V. 42: Sobre las palabras “ay de vosotros”.
Sobre la expresión “diezmáis la menta”.
V. 43: Sobre el dicho “amáis las primeras sillas”.
V. 44: Sobre las palabras “sois como sepulcros”.
V. 45: Sobre “los intérpretes de la ley”.
V. 46: Sobre la denuncia de nuestro Señor con un “¡ay!” a los intérpretes de la Ley.
Sobre “cargáis a los hombres con cargas”.
V. 47: Sobre “edificáis los sepulcros de los profetas”.
V. 48: Sobre “consentidores de los hechos de vuestros padres”.
V. 49: Sobre “la sabiduría de Dios”.
V. 50: Sobre “esta generación”.
V. 51: Sobre “la sangre de Zacarías”.
Sobre “será demandada”.
V. 52: Sobre “la llave de la ciencia”.
V. 53: Sobre la expresión “provocarle a que hablase”.
V. 54: Sobre la palabra “cazar”.

Capítulo 12

V. 1: Sobre “por millares la multitud”.
Sobre el discurso contenido en este capítulo.
Sobre “la levadura de los fariseos”.
V. 2: Sobre las cosas “ocultas” que han de “descubrirse”.
V. 3: Sobre “las azoteas”.
V. 4: Sobre la expresión “matan el cuerpo”.
V. 5: Sobre “aquel que […] tiene poder de echar en el infierno”.
V. 6: Sobre “ni uno de ellos está olvidado”.
V. 8: Sobre la expresión “delante de los ángeles de Dios”.
V. 9: Sobre “negar a Cristo”.
V. 10: Sobre “la blasfemia contra el Espíritu Santo”.
V. 11: Sobre ser llevados “ante los magistrados”.
V. 12: Sobre “el Espíritu Santo os enseñará”.
V. 13: Sobre “le dijo uno de la multitud”.
V. 14: Sobre la expresión “quién me ha puesto sobre vosotros como juez”.

V. 15: Sobre “mirad, y guardaos de toda avaricia”.
Sobre “la vida del hombre”.
V. 17: Sobre “él pensaba dentro de sí”.
V. 18: Sobre la palabra “graneros”.
V. 19: Sobre la expresión “diré a mi alma”.
V. 20: Sobre las palabras “Dios le dijo”.
Sobre la expresión “necio”.
Sobre la expresión “vienen a pedirte tu alma”.
Sobre la expresión “lo que has provisto, ¿de quién será?”
V. 21: Sobre la expresión “el que hace para sí tesoro”.
Sobre la expresión “no es rico para con Dios”.
V. 22: Sobre nuestro Señor hablando “a sus discípulos”.
Sobre “no os afanéis”.
Sobre “vida” y “cuerpo”.
V. 23: Sobre la palabra “más”.
V. 24: Sobre los “cuervos”.
V. 25: Sobre la palabra “estatura”.
V. 27: Sobre los “lirios”.
Sobre “Salomón con toda su gloria”.
V. 28: Sobre la palabra “hierba”.
V. 29: Sobre “estéis en ansiosa inquietud”.
V. 30: Sobre las “gentes del mundo”.
V. 32: Sobre la expresión “manada pequeña”.
Sobre “a vuestro Padre le ha placido”.
V. 33: Sobre “vended lo que poseéis”.
V. 35: Sobre “ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas”.
V. 37: Sobre “se ceñirá”.
V. 38: Sobre “la segunda y la tercera vigilias”.
V. 39: Sobre la venida del “ladrón”.
V. 40: Sobre “el Hijo del Hombre vendrá”.
V. 42: Sobre “dijo el Señor”.
Sobre el “mayordomo”.
V. 44: Sobre “le pondrá sobre todos sus bienes”.
V. 45: Sobre “golpear a los criados”.
V. 46: Sobre “le castigará duramente”.
Sobre “con los infieles”.
V. 48: Sobre “el que sin conocerla”.
Sobre “al que mucho se le haya confiado”.
V. 49: Sobre la expresión “fuego vine a echar”.
Sobre la expresión “¿y qué quiero, si ya se ha encendido?”.
V. 50: Sobre “de un bautismo tengo que ser bautizado”.
Sobre “¡Cómo me angustio!”.
V. 51: Sobre “sino disensión”.
V. 52: Sobre “cinco en una familia estarán divididos”.
V. 54: Sobre nuestro Señor hablando “a la multitud”.

Sobre “la nube que sale del poniente”.
V. 55: Sobre “sopla el viento del sur”.
V. 56: Sobre “distinguir el aspecto del cielo”.
V. 57: Sobre “juzgáis por vosotros mismos lo que es justo”.
V. 58: Sobre “cuando vayas al magistrado con tu adversario”.
V. 59: Sobre “no saldrás de allí, hasta que hayas pagado aun la última blanca”.

Capítulo 13

V. 1: Sobre “los galileos, cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos”.
V. 2: Sobre ser “más pecadores que todos”.
V. 3: Sobre “todos pereceréis igualmente”.
V. 4: Sobre “aquellos dieciocho [...] en Siloé”.
V. 5: Sobre “si no os arrepentís”.
V. 6: Sobre “tenía un hombre una higuera”.
V. 7: Sobre la expresión “hace tres años”.
Sobre la palabra “inutiliza”.
V. 8: Sobre la expresión “déjala”.
Sobre “cave alrededor, y la abone”.
V. 9: Sobre “la cortarás después”.
V. 11: Sobre el “espíritu de enfermedad”.
V. 12: Sobre “la llamó”.
V. 14: Sobre la expresión “seis días hay”.
Sobre “se debe trabajar”.
V. 16: Sobre la expresión “hija de Abraham”.
Sobre la expresión “Satanás había atado”.
V. 19: Sobre el “grano de mostaza”.
Sobre “se hizo árbol grande”.
Sobre “las aves del cielo anidaron”.
V. 21: Sobre la expresión “es semejante a la levadura”.
Sobre las “tres medidas de harina”.
V. 23: Sobre la pregunta “¿son pocos los que se salvan?”.
Sobre las palabras “les dijo”.
V. 24: Sobre las palabras “esforzaos [...]”.
Sobre “por la puerta angosta”.
Sobre “procurarán entrar, y no podrán”.
V. 25: Sobre la expresión “después que el padre”.
Sobre el dicho “no sé de dónde sois”.
V. 26: Sobre las palabras “delante de ti hemos comido y bebido”.
V. 27: Sobre las palabras “apartaos de mí”.
V. 28: Sobre la expresión “cuando veáis a Abraham [...]”.
V. 29: Sobre las palabras “vendrán del oriente [...]”.
V. 30: Sobre los “primeros que serán postreros [...]”.
V. 31: Sobre “Herodes te quiere matar”.
V. 32: Sobre la expresión “aquella zorra”.

Sobre “hoy y mañana, y al tercer día”.
Sobre “termino mi obra”.
V. 33: Sobre “es necesario que […] siga mi camino”.
Sobre “no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén”.
V. 34: Sobre las palabras “Jerusalén, Jerusalén […]”.
Sobre las palabras “cuántas veces”.
Sobre “quise […] y no quisiste”.
V. 35: Sobre la expresión “vuestra casa os es dejada desierta”.
Sobre “no me veréis hasta […]”.

Capítulo 14

V. 1: Sobre nuestro Señor entrando a casa de un fariseo.
Sobre comer en un día de reposo.
V. 2: Sobre la expresión “delante de él”.
V. 3: Sobre la expresión “habló […] diciendo”.
Sobre sanar en el día de reposo.
V. 5: Sobre la expresión “su asno o su buey”.
V. 7: Sobre la palabra “observando”.
Sobre “los primeros asientos”.
V. 9: Sobre la expresión “da lugar a éste”.
V. 10: Sobre la expresión “ve y siéntate en el último lugar”.
Sobre la palabra “gloria”.
V. 11: Sobre el proverbio “cualquiera que se enaltece […]”.
V. 12: Sobre el mandamiento “no llames a tus amigos”.
V. 14: Sobre la promesa “te será recompensado en la resurrección de los justos”.
V. 15: Sobre las palabras “bienaventurado el que coma pan”.
V. 16: Sobre las palabras “un hombre hizo una gran cena”.
V. 17: Sobre la expresión “ya todo está preparado”.
V. 18: Sobre las palabras “comenzaron a excusarse”.
Sobre el hombre que había “comprado una hacienda”.
V. 20: Sobre el hombre que acababa de casarse.
V. 21: Sobre la expresión “hizo saber […] a su señor”.
Sobre la expresión “enojado”.
Sobre “los pobres, los mancos […]”.
V. 22: Sobre la expresión “aún hay lugar”.
V. 23: Sobre la expresión “fuérzalos a entrar”.
V. 24: Sobre las palabras “ninguno […] convidados, gustará”.
V. 25: Sobre las “grandes multitudes” que seguían a Cristo.
V. 26: Sobre “aborrece a su padre, y madre”.
V. 28: Sobre “edificar una torre”.
V. 31: Sobre “el rey […] con diez mil”.
V. 33: Sobre la palabra “renuncia”.
V. 34: Sobre la sal que “se hiciere insípida”.

Capítulo 15

V. 1: Sobre la expresión “se acercaban”.
Sobre las palabras “todos los publicanos”.
V. 2: Sobre la palabra “murmuraban”.
Sobre las palabras “este a los pecadores recibe”.
V. 4: Sobre el significado alegórico atribuido a las parábolas por algunos.
Sobre “qué hombre de vosotros”.
V. 7: Sobre “gozo en el cielo”.
Sobre “un pecador”.
Sobre los “noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”.
V. 8: Sobre la mujer que perdió “una dracma”.
V. 10: Sobre el “gozo delante de los ángeles”.
V. 11: Sobre “un hombre tenía dos hijos”.
V. 12: Sobre “el menor de ellos dijo”.
Sobre las palabras “que me corresponde”.
V. 13: Sobre las palabras “viviendo perdidamente”.
V. 15: Sobre los “ciudadanos de aquella tierra”.
V. 15: Sobre las palabras “apacentase cerdos”.
V. 16: Sobre las palabras “deseaba llenar”.
Sobre las “algarrobas”.
Sobre “nadie le daba”.
V. 17: Sobre la expresión “volviendo en sí”.
V. 18: Sobre la expresión “contra el cielo y contra ti”.
V. 20: Sobre las palabras “levantándose, vino”.
Sobre la expresión “cuando aún estaba lejos, lo vio […] corrió […] y le besó”.
V. 21: Sobre la frase que acaba con “ser llamado tu hijo”.
V. 22: Sobre las palabras del padre.
Sobre “el mejor vestido […] un anillo […] y calzado”.
V. 23: Sobre “el becerro gordo”.
V. 24: Sobre las palabras “muerto era, y ha revivido”.
Sobre “comenzaron a regocijarse”.
V. 25: Sobre el “hijo mayor”.
Sobre “la música y las danzas”.
V. 28: Sobre “se enojó”.
Sobre “le rogaba que entrase”.
V. 29: Sobre las palabras “no habiéndote desobedecido jamás”.
Sobre la frase “nunca me has dado ni un cabrito”.
V. 30: Sobre la frase “este tu hijo […]”.
Sobre “con rameras”.
Sobre “has hecho matar para él […]”.
V. 31: Sobre la frase “Hijo, tú siempre estás conmigo […]”.
V. 32: Sobre la frase “es hallado”.

Capítulo 16

V. 1: Sobre las diversas explicaciones de la parábola del mayordomo infiel.

Sobre las palabras “mayordomo […] acusado”.

V. 2: Sobre la palabra “podrás”.

V. 4: Sobre “ya sé”.

Sobre “me reciban”.

V. 6: Sobre las expresiones “cien […] cincuenta […]”.

V. 8: Sobre las palabras “alabó el amo”.

Sobre “los hijos de este siglo”.

Sobre la expresión “más sagaces en el trato con sus semejantes”.

V. 9: Sobre la frase “ganad amigos”.

Sobre “las riquezas injustas”.

Sobre “cuando estas falten”.

Sobre “os reciban”.

Sobre “en las moradas eternas”.

V. 10: Sobre la frase “el que es fiel en lo muy poco […]”.

V. 11: Sobre la frase “pues si […] no fuisteis fieles”.

V. 12: Sobre “en lo ajeno”.

V. 13: Sobre “ningún siervo puede servir a dos señores”.

V. 14: Sobre las palabras “se burlaban”.

V. 15: Sobre “os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres”.

Sobre las palabras “por sublime”.

V. 16: Sobre la frase “la ley y los profetas eran hasta Juan”.

Sobre “se esfuerzan por entrar en él”.

V. 17: Sobre la frase “más fácil es que pasen el cielo y la tierra […]”.

Sobre “se frustre”.

V. 18: Sobre “todo el que repudia a su mujer”.

V. 19: Sobre las interpretaciones alegóricas del rico y Lázaro.

Sobre “se vestía de púrpura y de lino fino”.

Sobre “hacía banquete con esplendidez”.

V. 20: Sobre “un mendigo llamado Lázaro”.

V. 21: Sobre “ansiaba saciarse”.

Sobre “los perros […] le lamían las llagas”.

V. 22: Sobre el “seno de Abraham”.

V. 23: Sobre el “Infierno y los tormentos”.

V. 24: Sobre la petición a Abraham.

V. 25: Sobre la respuesta de Abraham.

V. 26: Sobre la “gran sima puesta”.

V. 27: Sobre “que le envíes a la casa de mi padre”.

V. 28: Sobre la palabra “testifique”.

V. 29: Sobre “Moisés y los profetas”.

V. 30: Sobre “se arrepentirán”.

V. 31: Sobre las palabras “aunque alguno se levantare de los muertos”.

Capítulo 17

V. 1: Sobre la relación con el último capítulo y la venida de los “tropiezos”.

V. 2: Sobre la expresión “que se le atase al cuello una piedra de molino”.

Sobre “estos pequeñitos”.

V. 3: Sobre la advertencia “mirad por vosotros mismos”.

Sobre “repréndele” y “perdónale”.

V. 4: Sobre “siete veces al día”.

V. 5: Sobre “dijeron los apóstoles”.

Sobre “auméntanos la fe”.

V. 6: Sobre el “grano de mostaza” y el “sicómoro”.

V. 7: Sobre “apacienta ganado”.

Sobre la palabra “luego”.

V. 8: Sobre la palabra “cíñete”.

V. 9: Sobre las palabras “pienso que no”.

V. 10: Sobre la frase “siervos inútiles somos”.

V. 11: Sobre el paso del Señor por “Samaria y Galilea”.

V. 12: Sobre los leprosos que “se pararon de lejos”.

V. 13: Sobre “Maestro, ten misericordia”.

V. 14: Sobre “mostraos a los sacerdotes”.

V. 15: Sobre “uno de ellos […] volvió”.

V. 16: Sobre “este era samaritano”.

V. 18: Sobre la palabra “extranjero”.

V. 19: Sobre “tu fe te ha salvado”.

V. 20: Sobre la pregunta de los fariseos.

Sobre la expresión “no vendrá con advertencia”.

V. 21: Sobre “ni dirán: helo aquí”.

Sobre la expresión “el reino de Dios está entre vosotros”.

V. 22: Sobre las palabras de nuestro Señor “a sus discípulos”.

V. 23: Sobre “Os dirán: helo aquí […]”.

V. 24: Sobre la frase “como el relámpago”.

V. 25: Sobre la frase “primero es necesario que padezca mucho […]”.

Sobre las palabras “desechado por esta generación”.

V. 26: Sobre “en los días de Noé”.

V. 27: Sobre “comían, bebían […]”.

Sobre “Noé entró en el arca […]”.

V. 31: Sobre “el que esté en la azotea […]”.

V. 33: Sobre “todo el que procure salvar su vida […]”.

V. 35: Sobre “dos mujeres estarán moliendo juntas”.

V. 37: Sobre la pregunta “¿Dónde, Señor?”.

Sobre la frase “donde estuviere el cuerpo[…]”.

Capítulo 18

V. 1: Sobre la relación con el último capítulo.

Sobre “orar siempre”.

V. 2: Sobre el significado alegórico de la parábola de la viuda importuna.

V. 3: Sobre la expresión “una viuda”.

V. 5: Sobre la palabra “molesta”.

V. 6: Sobre la expresión “el juez injusto”.

V. 7: Sobre “claman a él día y noche”.

Sobre la expresión “se tardará”.

V. 8: Sobre “pronto les hará justicia”.

Sobre la frase “cuando venga el Hijo del Hombre […]”.

V. 9: Sobre las personas a quienes iba dirigida la parábola del fariseo y el publicano.

V. 10: Sobre el “fariseo” y el “publicano”.

V. 11: Sobre “puesto en pie, oraba consigo mismo”.

Sobre la expresión “te doy gracias”.

V. 12: Sobre la frase “ayuno dos veces […]”.

V. 13: Sobre “no quería ni aun alzar”.

Sobre las palabras “sé propicio a mí”.

Sobre la palabra “pecador”.

V. 14: Sobre la expresión “justificado antes que el otro”.

Sobre la frase “cualquiera que se enaltece […]”.

V. 15: Sobre la relación entre este versículo y la parábola precedente.

Sobre la palabra “niños”.

Sobre la expresión “los tocase”.

Sobre “les reprendieron”.

V. 16: Sobre “llamándolos”.

Sobre la frase “de los tales es el reino”.

V. 17: Sobre “de cierto os digo […]”.

V. 18: Sobre la relación de este versículo con el pasaje anterior.

Sobre “qué haré para heredar”.

V. 19: Sobre “¿por qué me llamas bueno?”.

V. 20: Sobre las palabras “los mandamientos sabes”.

Sobre “no adulterarás”.

V. 22: Sobre la frase “aún te falta una cosa”.

Sobre “vende todo lo que tienes, y dalo”.

V. 23: Sobre que el principal se puso “muy triste”.

V. 24: Sobre la expresión “los que tienen riquezas”.

V. 25: Sobre las palabras “es más fácil pasar un camello”.

V. 27: Sobre “lo que es imposible para los hombres”.

V. 28: Sobre las palabras de Pedro: “Nosotros hemos dejado nuestras posesiones”.

V. 29: Sobre las palabras de nuestro Señor: “No hay nadie […]”.

V. 30: Sobre “mucho más en este tiempo”.

V. 31: Sobre “todas las cosas escritas […]”.

V. 32: Sobre “será entregado […]”.

V. 34: Sobre “nada comprendieron de estas cosas”.
V. 35: Sobre la dificultad de las palabras “acercándose Jesús a Jericó”.
V. 36: Sobre “qué era aquello”.
V. 38: Sobre “Hijo de David”.
V. 41: Sobre “que reciba la vista”.
V. 42: Sobre “tu fe”.

Capítulo 19

V. 2: Sobre la palabra “sucedió”.
V. 3: Sobre “procuraba ver quién era Jesús”.
V. 4: Sobre la subida a “un árbol sicómoro”.
V. 5: Sobre “hoy es necesario que pose yo en tu casa”.
V. 6: Sobre “descendió aprisa, y le recibió”.
V. 7: Sobre “todos murmuraban”.
Sobre “un hombre pecador”.
V. 8: Sobre las palabras de Zaqueo.
V. 9: Sobre “la salvación a esta casa”.
Sobre la expresión “hijo de Abraham”.
V. 10: Sobre “el Hijo del Hombre vino […]”.
V. 11: Sobre la relación de este versículo con el anterior.
Sobre la parábola de las minas en general.
V. 12: Sobre “un hombre noble […] un país lejano […] un reino”.
V. 13: Sobre los “diez siervos” y las “minas”.
Sobre la palabra “negociad”.
V. 14: Sobre los “conciudadanos” y su mensaje.
V. 15: Sobre el regreso del noble.
V. 16: Sobre las palabras “tu mina”.
V. 17: Sobre “en lo poco has sido fiel”.
Sobre tener “autoridad sobre diez ciudades”.
V. 20: Sobre “en un pañuelo”.
V. 21: Sobre las palabras “tuve miedo de ti”.
V. 22: Sobre las palabras “por tu propia boca […]”.
V. 24: Sobre las palabras “quitadle […] y dadla”.
V. 25: Sobre “ellos le dijeron: Señor, tiene”.
V. 26: Sobre “tiene” y “no tiene”.
V. 27: Sobre “aquellos mis enemigos”.
V. 30: Sobre “hallaréis un pollino […]”.
V. 31: Sobre “el Señor lo necesita […]”.
V. 32: Sobre “hallaron como les dijo”.
V. 37: Sobre la expresión “la multitud de los discípulos”.
V. 38: Sobre la expresión “paz en el cielo”.
V. 39: Sobre las palabras “reprende a tus discípulos”.
V. 40: Sobre “las piedras clamarían”.
V. 41: Sobre Cristo llorando sobre Jerusalén.
V. 42: Sobre las palabras “si también tú conocieses […]”.

Sobre “ahora está encubierto”.
V. 43: Sobre los días que vendrán.
V. 44: Sobre “el tiempo de tu visitación”.
V. 45: Sobre la purificación del Templo por parte de Cristo.
V. 46: Sobre las palabras de Cristo: “Escrito está”.
V. 47: Sobre la enseñanza “cada día en el templo”.
V. 48: Sobre la expresión “estaba suspenso oyéndole”.

Capítulo 20

V. 1: Sobre el contenido del capítulo.
V. 4: Sobre el bautismo de Juan.
Sobre las palabras “del cielo”.
V. 5: Sobre la pregunta “¿por qué, pues, no le creísteis?”.
V. 6: Sobre “todo el pueblo nos apedreará”.
V. 7: Sobre “no sabían”.
V. 8: Sobre “yo tampoco os diré”.
V. 10: Sobre la parábola de los labradores malvados.
Sobre la “viña”, los “labradores”, el “país lejano” [palabras que no aparecen en la versión Reina-Valera (N.T.)]. y los “siervos”.
V. 13: Sobre “mi hijo amado”.
V. 16: Sobre “vendrá y destruirá”.
Sobre las palabras “¡Dios nos libre!”.
V. 17: Sobre “la piedra”.
V. 18: Sobre la frase “todo el que cayere […]”.
V. 20: Sobre la palabra “espías”.
V. 22: Sobre la pregunta acerca del “tributo a César”.
V. 23: Sobre la palabra “astucia”.
V. 24: Sobre la pregunta “¿de quién tiene la imagen […]?”.
V. 25: Sobre la frase “dad a César”.
V. 27: Sobre los saduceos.
Sobre la palabra “resurrección”.
V. 28: Sobre la ley acerca de casarse con la esposa de un hermano.
V. 29: Sobre “murió sin hijos”.
V. 31: Sobre los siete que “murieron sin dejar descendencia”.
V. 34: Sobre “los hijos de este siglo se casan”.
V. 35: Sobre “la resurrección de entre los muertos”.
V. 36: Sobre la expresión “iguales a los ángeles”.
Sobre la expresión “hijos de Dios”.
V. 37: Sobre la resurrección demostrada a Moisés.
V. 38: Sobre las palabras “para él todos viven”.
V. 41: Sobre la relación de este versículo con el anterior.
Sobre la pregunta “¿cómo dicen?”.
Sobre la expresión “hijo de David”.
V. 42: Sobre “el mismo David dice”.
V. 44: Sobre “¿cómo entonces es su hijo?”.
V. 46: Sobre andar “con ropas largas”.

Sobre amar las “salutaciones”.
Sobre “las primeras sillas […] y los primeros asientos”.
V. 47: Sobre “devoran las casas de las viudas”.

Capítulo 21

V. 1: Sobre echar “sus ofrendas en el arca de las ofrendas”.
V. 2: Sobre una “viuda pobre”.
Sobre las palabras “dos blancas”.
V. 3: Sobre la palabra “más”.
V. 4: Sobre echar “de lo que les sobra” y “de su pobreza”.
Sobre “todo el sustento”.
V. 5: Sobre lo que decían los discípulos acerca del Templo.
Sobre las “hermosas piedras y ofrendas votivas”.
V. 6: Sobre que no quedaría piedra sobre piedra.
V. 8: Sobre “mirad que no seáis engañados”.
Sobre “vendrán muchos”.
V. 10: Sobre el asunto de la parte de la profecía de Cristo que aquí comienza.
Sobre el levantamiento de las naciones.
V. 11: Sobre “terremotos, […] hambres y pestilencias; […] terror y grandes señales”.
V. 12: Sobre “os echarán mano”.
V. 13: Sobre “os será ocasión para dar testimonio”.
V. 14: Sobre “proponed en vuestros corazones no pensar”.
V. 15: Sobre “yo os daré palabra”.
V. 16: Sobre “seréis entregados”.
V. 17: Sobre “seréis aborrecidos”.
V. 19: Sobre “con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas”.
V. 20: Sobre el asunto tratado en la sección de la profecía de Cristo que aquí comienza.
Sobre “Jerusalén rodeada de ejércitos”.
V. 21: Sobre la huida “a los montes”.
V. 22: Sobre los “días de retribución”.
V. 23: Sobre los lamentos de las mujeres en el sitio de Jerusalén.
Sobre la palabra “tierra”.
V. 24: Sobre la caída “a filo de espada” y ser “llevados cautivos”.
Sobre “hollada por los gentiles”.
Sobre “los tiempos de los gentiles”.
V. 25: Sobre el asunto de la parte de la profecía de Cristo que comienza aquí.
Sobre el Sol, la Luna, las estrellas, etc.
V. 26: Sobre las palabras “desfalleciendo”, “expectación” y “tierra”.
Sobre “las potencias de los cielos”.
V. 27: Sobre “el Hijo del Hombre, que vendrá”.
V. 28: Sobre la expresión “cuando estas cosas comiencen”.
Sobre “vuestra redención”.

V. 29: Sobre “la higuera y todos los árboles”.
V. 31: Sobre “está cerca el reino de Dios”.
V. 32: Sobre “no pasará esta generación”.
V. 33: Sobre “el cielo y la tierra pasaran”.
V. 34: Sobre las palabras “carguen de glotonería”.
Sobre las palabras “de repente”.
V. 36: Sobre la expresión “tenidos por dignos de escapar”.
V. 37: Sobre que nuestro Señor “enseñaba de día”.
Sobre la palabra “se estaba”.

Capítulo 22

V. 1: Sobre la expresión “se llama la pascua”.
V. 2: Sobre que los principales sacerdotes “buscaban cómo matarle”.
Sobre que “temían al pueblo”.
V. 3: Sobre “entró Satanás en Judas”.
V. 4: Sobre la palabra “jefes”.
V. 5: Sobre “darle dinero”.
V. 6: Sobre las palabras “se comprometió”.
V. 7: Sobre el día de la “pascua”.
V. 10: Sobre “os saldrá al encuentro un hombre”.
Sobre “lleva un cántaro de agua”.
V. 13: Sobre “prepararon la pascua”.
V. 14: Sobre “los Doce” con Cristo.
V. 15: Sobre la expresión “¡cuánto he deseado!”.
Sobre “antes que padezca”.
V. 16: Sobre las palabras “hasta que se cumpla”.
V. 17: Sobre las palabras “habiendo tomado la copa”.
V. 19: Sobre “esto es mi cuerpo”.
Sobre “por vosotros es dado”.
Sobre “haced esto”.
V. 20: Sobre “esta copa es el nuevo pacto”.
V. 21: Sobre “la mano del que me entrega”.
V. 22: Sobre “va, según lo que está determinado”.
V. 24: Sobre “hubo […] una disputa […]”.
V. 25: Sobre la palabra “bienhechores”.
V. 26: Sobre “el mayor”.
V. 27: Sobre “el que sirve”.
V. 28: Sobre la palabra “pruebas”.
V. 29: Sobre las palabras “os asigno”.
Sobre las palabras “un reino”.
V. 30: Sobre “para que comáis y bebáis a mi mesa”.
Sobre “os sentéis en tronos juzgando”.
Sobre “las doce tribus de Israel”.
V. 31: Sobre las palabras “Simón, Simón”.
Sobre “Satanás os ha pedido”.

Sobre “zarandearos como a trigo”.
V. 32: Sobre las palabras “he rogado por ti”.
Sobre “que tu fe no falte”.
Sobre “tú, una vez vuelto”.
Sobre “confirma a tus hermanos”.
V. 33: Sobre “dispuesto estoy a ir”.
V. 34: Sobre la palabra “Pedro”.
Sobre “niegues tres veces”.
V. 35: Sobre “cuando os envié”.
V. 36: Sobre la frase “pues ahora […]”.
V. 37: Sobre “aquello que está escrito […]”.
Sobre “lo que está escrito de mí tiene cumplimiento”.
V. 38: Sobre “aquí hay dos espadas”.
V. 39: Sobre “se fue, como solía”.
V. 40: Sobre “orad que no entréis”.
V. 42: Sobre la expresión “esta copa”.
Sobre la “voluntad” humana y divina de Cristo.
V. 43: Sobre la aparición de “un ángel”.
V. 44: Sobre la “agonía”.
Sobre el sudor como “gotas de sangre”.
V. 45: Sobre “durmiendo a causa de la tristeza”.
V. 46: Sobre “levantaos, y orad”.
V. 49: Sobre la expresión “lo que había de acontecer”.
V. 50: Sobre “uno de ellos hirió […]”.
Sobre “le cortó la oreja derecha”.
V. 51: Sobre las palabras “Basta ya; dejad”.
Sobre la sanidad de la “oreja”.
V. 52: Sobre los “principales sacerdotes”.
V. 53: Sobre “vuestra hora, y la potestad de las tinieblas”.
V. 55: Sobre “encendido fuego”.
Sobre el “patio”.
Sobre “se sentó también entre ellos”.
V. 56: Sobre “sentado al fuego”.
V. 59: Sobre “es galileo”.
V. 61: Sobre “vuelto el Señor, miró a Pedro”.
V. 63: Sobre que “se burlaban” de Cristo.
V. 66: Sobre las palabras “cuando era de día”.
V. 67: Sobre la expresión “no creeréis”.
V. 68: Sobre las palabras “si os preguntare […]”.
V. 69: Sobre “desde ahora el Hijo del hombre se sentará […]”.
V. 70: Sobre “eres tú el Hijo de Dios”.
Sobre “vosotros decís que lo soy”.

Capítulo 23

V. 1: Sobre Pilato.
V. 2: Sobre “prohíbe dar tributo”.

V. 3: Sobre “tú lo dices”.
V. 4: Sobre “ningún delito hallo”.
V. 5: Sobre “ellos porfiaban”.
V. 7: Sobre Herodes.
V. 8: Sobre los deseos de Herodes de ver a Cristo.
V. 9: Sobre que Cristo “nada le respondió”.
V. 10: Sobre “los principales sacerdotes y los escribas”.
V. 11: Sobre los “soldados” de Herodes.
Sobre que “le menospreció y escarneció”.
Sobre “volvió a enviarle a Pilato”.
V. 12: Sobre “se hicieron amigos Pilato y Herodes”.
V. 13: Sobre que Pilato convocó a los judíos.
V. 14: Sobre que Pilato no encontró “delito alguno”.
V. 15: Sobre “nada digno de muerte”.
V. 16: Sobre la palabra “castigarle”.
V. 17: Sobre la costumbre de “soltarles uno”.
V. 18: Sobre “Barrabás”.
V. 20: Sobre el deseo de Pilato de “soltar a Jesús”.
V. 21: Sobre la crucifixión.
V. 22: Sobre que Pilato declaró “por tercera vez” que Cristo era inocente.
V. 23: Sobre las palabras “ellos instaban”.
V. 24: Sobre la expresión “que se hiciese lo que ellos pedían”.
V. 25: Sobre la expresión “a la voluntad de ellos”.
V. 26: Sobre la palabra “llevándole”.
Sobre “Simón de Cirene”.
V. 27: Sobre “la multitud del pueblo, y de mujeres”.
V. 28: Sobre las palabras “hijas de Jerusalén”.
V. 29: Sobre “he aquí vendrán días”.
V. 30: Sobre “decir a los montes”.
V. 31: Sobre “el árbol verde […] el seco”.
V. 32: Sobre los “malhechores”.
V. 33: Sobre el Calvario.
V. 34: Sobre las palabras: “Padre, perdónalos […]”.
Sobre que “repartieron entre sí sus vestidos”.
V. 35: Sobre “a otros salvó; sálvese a sí mismo”.
V. 37: Sobre “sálvate a ti mismo […]”.
V. 38: Sobre la inscripción.
Sobre “el Rey de los judíos”.
V. 39: Sobre las injurias de “uno de los malhechores”.
V. 40: Sobre que “el otro le reprendió”.
Sobre “ni aun temes tú a Dios”.
V. 41: Sobre “éste ningún mal hizo”.
V. 42: Sobre “acuérdate de mí […]”.
V. 43: Sobre “de cierto te digo […]”.
V. 44: Sobre “la hora sexta”.

Sobre “hubo tinieblas sobre toda la tierra”.
V. 45: Sobre “el sol se oscureció”.
Sobre “el velo del templo se rasgó”.
V. 46: Sobre Jesús “clamando a gran voz”.
V. 47: Sobre “este hombre era justo”.
V. 48: Sobre “viendo lo que había acontecido”.
V. 49: Sobre “las mujeres”.
V. 50: Sobre “José”.
V. 51: Sobre “esperaba el reino de Dios”.
V. 52: Sobre “pidió el cuerpo”.
V. 53: Sobre que el cuerpo de Cristo fue envuelto “en una sábana […]”.
V. 54: Sobre la preparación, etc.
Sobre “la víspera de la pascua”.
V. 55: Sobre “las mujeres”.
V. 56: Sobre “descansaron el día de reposo […]”.

Capítulo 24

V. 1: Sobre el “primer día de la semana […]”.
Sobre “muy de mañana”.
V. 2: Sobre “hallaron removida la piedra”.
V. 3: Sobre la expresión “el Señor Jesús”.
V. 4: Sobre las mujeres “perplejas”.
Sobre “dos varones”.
V. 5: Sobre la expresión “al que vive”.
V. 6: Sobre las palabras “en Galilea”.
V. 7: Sobre “es necesario que […] sea entregado”.
V. 8: Sobre “ellos se acordaron”.
V. 9: Sobre que las mujeres “dieron nuevas de todas estas cosas”.
Sobre “a todos los demás”.
V. 10: Sobre “las demás”.
V. 11: Sobre la expresión “locura”.
V. 12: Sobre la visita de Pedro al sepulcro.
V. 13: Sobre las palabras “dos de ellos”.
Sobre la expresión “iban el mismo día”.
V. 16: Sobre la expresión “no le conociesen”.
V. 17: Sobre la pregunta del Señor a los dos discípulos.
V. 18: Sobre las palabras “¿eres tú el único forastero […]?”.
V. 19: Sobre la pregunta “¿qué cosas? […]”.
V. 21: Sobre “él era el que había de redimir”.
Sobre “el tercer día”.
V. 24: Sobre “algunos de los nuestros”.
V. 25: Sobre la palabra “insensatos”.
Sobre que los discípulos eran “tardos de corazón para creer”.
V. 26: Sobre la expresión “¿no es necesario […]?”.
V. 27: Sobre “comenzando desde Moisés”.

V. 28: Sobre “él hizo como que […]”.
V. 29: Sobre “ellos le obligaron”.
V. 30: Sobre que Cristo “tomó el pan […]”.
V. 31: Sobre “les fueron abiertos los ojos”.
Sobre “desapareció de su vista”.
V. 32: Sobre “¿no ardía nuestro corazón […]?”.
V. 33: Sobre “los once reunidos […]”.
V. 34: Sobre los discípulos diciendo: “Ha resucitado el Señor”.
Sobre “ha aparecido a Simón”.
V. 35: Sobre “las cosas que les habían acontecido”.
V. 36: Sobre que Cristo “se puso en medio”.
Sobre las palabras “paz a vosotros”.
V. 37: Sobre las palabras “espantados y atemorizados”.
V. 38: Sobre “vienen a vuestro corazón estos pensamientos”.
V. 39: Sobre las palabras “mirad mis manos y mis pies”.
Sobre “un espíritu no tiene […]”.
V. 41: Sobre “de gozo, no lo creían”.
V. 43: Sobre que Cristo “comió delante de ellos”.
V. 44: Sobre “estas son las palabras […]”.
Sobre “es necesario que se cumpliese […]”.
V. 45: Sobre “les abrió el entendimiento”.
V. 46: Sobre “así está escrito”.
V. 47: Sobre la predicación de “el arrepentimiento y el perdón”.
Sobre “comenzando desde Jerusalén”.
V. 48: Sobre “vosotros sois testigos”.
V. 49: Sobre “yo enviaré la promesa”.
Sobre quedarse en Jerusalén.
V. 50: Sobre Cristo conduciendo a sus discípulos a Betania.
Sobre la bendición de Cristo al partir.
V. 51: Sobre “se separó de ellos”.
V. 52: Sobre la adoración de los discípulos.
V. 53: Sobre que los discípulos “estaban siempre en el templo”.

Catálogo general de circunstancias relatadas en S. Lucas y no en los demás Evangelios.

Lucas 1:1–4

El Evangelio de S. Lucas que iniciamos ahora contiene muchas cosas preciosas que no se recogen en los otros tres Evangelios. Tenemos, por ejemplo, las historias de Zacarías y Elisabet, el anuncio del ángel a la virgen María y, en general, todo el contenido de los dos primeros

capítulos. También tenemos los relatos de la conversión de Zaqueo y del ladrón arrepentido, el camino a Emaús y las famosas parábolas del fariseo y el publicano, del rico y Lázaro y del hijo pródigo. Estas son porciones de la Escritura por las que todo cristiano bien instruido se siente especialmente agradecido. Y esto se lo debemos al Evangelio de S. Lucas.

El breve prefacio que acabamos de leer es muy característico del Evangelio de S. Lucas; pero descubriremos, al examinarlo, que está lleno de instrucción de gran utilidad.

En primer lugar, S. Lucas nos ofrece *un breve pero valioso bosquejo de la naturaleza del Evangelio*. Lo denomina "la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas". Es un relato de hechos acerca de Jesucristo.

El cristianismo es una religión edificada sobre hechos. Nunca perdamos esto de vista. Así es como fue presentado desde el principio a la Humanidad. Los primeros predicadores no fueron por todo el mundo proclamando un sistema elaborado y artificial de doctrinas abstrusas y principios profundos. Se impusieron como principal tarea contar a los hombres los hechos ciertísimos. Fueron de un lugar a otro diciéndole a un mundo pecador que el Hijo de Dios había venido a la Tierra para vivir y morir por nosotros y que había resucitado. El Evangelio, tal como se publicó inicialmente, resultaba mucho más sencillo de lo que muchos lo plantean ahora. No era ni más ni menos que la historia de Cristo.

Que nuestra aspiración sea una mayor sencillez en nuestra propia religión personal. Que Cristo y su persona sean el Sol de nuestro sistema y que el principal deseo de nuestras almas sea vivir la vida de fe en Él y conocerle cada día mejor. Así era el cristianismo de S. Pablo: "Para mí el vivir el Cristo" (Filipenses 1:21).

En segundo lugar, S. Lucas pinta un hermoso cuadro de *la verdadera posición de los Apóstoles en la Iglesia primitiva*. Los considera testigos oculares y "ministros de la palabra".

Hay una humildad instructiva en esta expresión. Se da una completa ausencia de ese tono que exalta al hombre y que con tanta frecuencia se introduce en la Iglesia. S. Lucas no otorga a los Apóstoles títulos pomposos. No proporciona la más ligera excusa a quienes hablan de ellos con veneración idólatra a causa de su oficio y cercanía a nuestro Señor.

Los describe como los que "lo vieron con sus ojos": transmitieron a los hombres lo que habían visto con sus propios ojos y escuchado con sus propios oídos (cf. 1 Juan 1:1). Los describe como "ministros de la palabra": eran siervos de la Palabra del Evangelio. Eran hombres que consideraban su mayor privilegio el transmitir, como mensajeros, las noticias del amor de Dios a un mundo pecador y contar la historia de la Cruz.

Bueno habría sido para la Iglesia y para el mundo que los ministros

cristianos no hubieran pretendido nunca mayor dignidad y honra que las reclamadas por los Apóstoles para sí. Es un hecho lamentable que los hombres ordenados exalten constantemente su persona y su oficio hasta una posición contraria a la Escritura. No es un hecho menos lamentable que la gente ayude constantemente a extender el mal por una cómoda resignación a las exigencias del poder sacerdotal y por conformarse con una religión meramente vicaria. Se han dado errores por ambas partes. Recordemos esto y estemos en guardia.

En tercer lugar, S. Lucas describe *sus propias cualidades para la obra de escribir un Evangelio*. Dice que ha "investigado con diligencia todas las cosas desde su origen".

Sería una verdadera pérdida de tiempo investigar de qué fuentes obtuvo S. Lucas la información que nos ofrece en su Evangelio. No tenemos buenas razones para suponer que él viera a nuestro Señor obrar milagros o que le escuchara predicar. Decir que obtuvo su información de la virgen María o de alguno de los Apóstoles son simples suposiciones y conjeturas. Nos basta con saber que S. Lucas escribió inspirado por Dios. Es indudable que no rechazó los medios ordinarios para obtener conocimiento. Pero el Espíritu Santo le guio, al igual que a los demás autores de la Biblia, a la hora de escoger el material. El Espíritu Santo le aportó los pensamientos, la organización, las frases y hasta las palabras. Y el resultado es que lo que S. Lucas escribió no hay que leerlo como "palabra de hombres", sino como "palabra de Dios" (cf. 1 Tesalonicenses 2:13).

Aferrémonos con fuerza a la gran doctrina de la inspiración plenaria de cada palabra de la Biblia. Nunca admitamos que quizá algún autor del Antiguo o Nuevo Testamento haya cometido el más mínimo error verbal al escribir siendo inspirado "por el Espíritu Santo" (2 Pedro 1:21). Establezcamos en nosotros al leer la Biblia el principio de que, cuando no podemos comprender un pasaje o reconciliarlo con otro texto, el error no está en el Libro, sino en nosotros mismos. La adopción de este principio situará nuestros pies sobre roca. Abandonarlo es situarlos sobre arena movediza y llenar nuestras mentes de inseguridad e innumerables dudas.

Por último, S. Lucas nos informa de *un objetivo principal que tenía en mente al escribir su Evangelio*. Quería que Teófilo pudiera conocer bien la verdad de las cosas en las cuales había sido instruido.

Aquí no se invita a poner la confianza en tradiciones no escritas y en la voz de la Iglesia. S. Lucas conocía bien la debilidad de la memoria del hombre y la facilidad con que se altera la forma de una historia, tanto por medio de adiciones como por variaciones, cuando depende solo de las palabras de la boca y de la transmisión oral. Por tanto, ¿qué hace? Desea escribirlo.

Aquí no se invita a oponerse a la extensión del conocimiento religioso y a hablar de la ignorancia como "madre de la devoción". S. Lucas no desea que su amigo se quede con dudas acerca de nada que

tenga que ver con su fe. Le cuenta lo que desea saber para que pueda conocer bien la verdad de las cosas en las cuales ha sido instruido.

Concluyamos el pasaje con gratitud por la Biblia. Bendigamos a Dios diariamente porque no ha dejado que tengamos que depender de las tradiciones de los hombres ni que nos desviemos por los errores de los que ministran. Tenemos un volumen escrito que “nos puede hacer sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15).

Comencemos el Evangelio de S. Lucas con un profundo deseo de conocer más por nosotros mismos acerca de la verdad que hay en Jesús y con una firme determinación de hacer todo lo que podamos por extender el conocimiento de dicha verdad por todo el mundo.

Notas: Lucas 1:1–4

[Evangelio según S. Lucas]. Nuestra información respecto a S. Lucas es escasa. Hay quien ha conjeturado que fue uno de los setenta discípulos enviados por nuestro Señor además de los doce Apóstoles (Lucas 10:1). No parece haber razón para dudar de que fue compañero de S. Pablo en sus viajes y de que era médico (cf. Colosenses 4:14). Algunos piensan que su profesión de médico se observa en su manera de describir las milagrosas curaciones de enfermedades efectuadas por nuestro Señor, y su compañerismo con Pablo en su manera de hablar acerca de asuntos como la gloria de Dios y el amor de Cristo hacia los pecadores. Por lo general se coincide en que su Evangelio fue escrito con una referencia especial a los conversos gentiles más que a los judíos. Orígenes, Jerónimo, Crisóstomo, Ambrosio y otros suponían que S. Pablo se refiere a Lucas y a su Evangelio cuando haba del “hermano cuya alabanza en el evangelio se oye” (2 Corintios 8:18). Esto es, no obstante, muy cuestionable.

V. 1: *[Muchos han tratado de poner en orden]*. No sabemos quiénes son esos “muchos”. No podemos decir que no lo hicieran con buenas intenciones. Parece que lo que S. Lucas quiere decir es sencillamente que escribieron sin llamamiento divino o inspiración. Ciertamente no se refiere a Mateo y a Marcos. Ambrosio señala lo siguiente: “Mateo no lo puso en orden, ni Marcos, ni Lucas ni Juan. Ellos, siendo ayudados por el Espíritu divino con abundancia de palabras y material, concluyeron lo que habían comenzado sin esfuerzo alguno”.

[La historia de las cosas]. Un vistazo a la versión griega de esta frase nos mostrará que la palabra “de” hay que tomarla como preposición y significa “acerca de” o “relativa a”.

[Han sido ciertísimas]. La palabra así traducida aparece, cuando se aplica a Abraham (cf. Romanos 4:21), como “plenamente convencido” y, cuando se aplica a la predicación del Evangelio, como “cumplida” (cf. 2 Timoteo 4:17). Teofilacto, en *Suicer*, define su significado aquí diciendo: “Las cosas

demostradas plenamente por medio de muchos argumentos".

V. 2: *[La palabra]*. Algunos creen que esto hace referencia al Señor Jesucristo, el "Verbo" que se hizo carne (cf. Juan 1:14). Parece más probable, sin embargo, que debamos tomarlo como la Palabra escrita o la palabra del Evangelio. No está claro que el Señor Jesús fuera llamado alguna vez "la Palabra" por algún autor del Nuevo Testamento a excepción de Juan.

V. 3: *[Desde su origen]*. La palabra griega así traducida significa literalmente "de arriba", "de lo alto". Así se traduce en Juan 3:31; 19:11; Santiago 1:17; 3:15; 3:17. Gomaras y Lightfoot opinan que se debe tomar en este sentido y que es una afirmación de la inspiración de Lucas. La expresión significaría entonces: "Habiendo examinado con exactitud todas las cosas bajo inspiración divina, o enseñanza, de lo alto...". La mayoría de comentaristas están de acuerdo con nuestros traductores. Los autores de la Biblia no suelen afirmar, por lo general, su propia inspiración. Esta palabra, en Hechos 26:5, se traduce "desde el principio".

[Por orden]. Debemos observar con cuidado que esta expresión no implica que Lucas siguiera más que los demás evangelistas el orden cronológico de los principales sucesos de la historia de nuestro Señor. Más bien significa que agrupa y clasifica de una manera ordenada los principales hechos que fue inspirado a constatar. Comenta Watson: "Lucas tiene menos consideración hacia el orden cronológico que Mateo o Marcos, y más bien clasifica los acontecimientos que narra en grupos, con un método de componer la historia no desconocido para los historiadores de la Antigüedad. A. Clarke ofrece un ejemplo de esto en la vida de Augusto, por Suetonio. Campbell dice que la palabra traducida como "por orden" no necesariamente tiene que ver con el tiempo. Su significado adecuado es 'claramente', 'concretamente', como opuesto a 'confusamente', 'en general' ".

[Teófilo]. No sabemos nada cierto acerca de esta persona. La opinión dominante es que se trataba de algún gentil cristiano que ocupaba una posición importante y a quien S. Lucas, por sabias razones desconocidas para nosotros, fue guiado a dirigirse al escribir su Evangelio. La expresión "excelentísimo" parece indicar que no era una persona cualquiera. Es la misma expresión que utilizó S. Pablo al dirigirse a Félix y a Festo (cf. Hechos 24:3; 26:5).

V. 4: *[La verdad]*. Se trata de la misma palabra que se traduce como "seguridad" en Hechos 5:23 y 1 Tesalonicenses 5:3.

Lucas 1:5–12

El primer acontecimiento que se relata en el Evangelio de Lucas es la repentina aparición de un ángel a un sacerdote judío llamado Zacarías.

El ángel le anuncia que está a punto de nacerle un hijo por medio de una intervención milagrosa, y que este hijo es el precursor del Mesías anunciado desde hacía mucho. La Palabra de Dios había anticipado claramente que, cuando llegara el Mesías, habría alguien que iría delante de Él para preparar su camino (cf. Malaquías 3:1). La sabiduría de Dios dispuso que, cuando este precursor apareciera, naciera en la familia de un sacerdote.

Podemos hacernos muy poca idea, en nuestra época, de la inmensa importancia de este anuncio del ángel. Para la mentalidad de un judío piadoso debieron de ser "buenas noticias de gran gozo". Era la primera vez que Dios se comunicaba con Israel desde los días de Malaquías. Rompía un largo silencio de 400 años. Le estaba diciendo al israelita creyente que las semanas proféticas de Daniel por fin se habían cumplido (cf. Daniel 9:25), que la promesa más importante de Dios por fin se iba a cumplir, y que estaba a punto de aparecer la "simiente" en quien todas las naciones de la Tierra serían benditas (cf. Génesis 22:18). Debemos ponernos en el lugar de Zacarías con el fin de valorar adecuadamente los versículos que tenemos ante nosotros.

Señalemos en este pasaje, por un lado, *el buen testimonio que ofrecen los personajes de Zacarías y Elisabet*. Se nos dice que "eran justos delante de Dios, y andaban irreprensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor".

Importa poco si interpretamos esta justicia como aquella que es imputada a todos los creyentes para su justificación o como aquella que es obrada interiormente en los creyentes por la operación del Espíritu Santo para su santificación. Estas dos clases de justicia nunca están desvinculadas. No hay justificados que no sean santificados y no hay santificados que no sean justificados. Nos basta con saber que Zacarías y Elisabet recibieron gracia cuando la gracia era algo muy raro, y guardaban todas las gravosas ordenanzas de las leyes ceremoniales con piadosa escrupulosidad cuando pocos israelitas se preocupaban de ellas excepto de manera nominal y formal.

Respecto a nosotros, lo principal es el ejemplo que esta santa pareja enseña a los cristianos. Esforcémonos por servir a Dios fielmente y por vivir plenamente conforme a la luz recibida como hicieron ellos. No olvidemos las claras palabras de la Escritura: "El que hace justicia es justo" (1 Juan 3:7). Felices aquellas familias cristianas en las que se puede observar que tanto el marido como la esposa son "justos" y ejercitan el tener "una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres" (Hechos 24:16).

Señalemos en este pasaje, por otro lado, *la gran prueba por la que Dios quiso que pasaran Zacarías y Elisabet*. Se nos dice que "no tenían hijo". Difícilmente puede comprender un cristiano moderno todo lo que implicaban estas palabras. Para un judío de la Antigüedad conllevaría la idea de una aflicción muy grande. Carecer de hijos era una de las pruebas más amargas (1 Samuel 1:10).

La gracia de Dios no evita a nadie los problemas. A pesar de que este santo sacerdote y su esposa eran “justos”, tenían un sufrimiento en su vida. Recordemos esto si servimos a Cristo y no consideremos que las pruebas son algo extraño. Más bien creamos que la sabiduría perfecta de Dios actúa según lo que más nos conviene, y que, cuando Dios nos disciplina, es para “que participemos de su santidad” (Hebreos 12:10). Si las aflicciones nos conducen más cerca de Cristo y de la Biblia y nos llevan a orar más, son verdaderas bendiciones. Puede que no pensemos eso ahora, pero pensaremos así cuando nos despertemos en el otro mundo.

Señalemos en este pasaje, por otro lado, *los medios por los cuales Dios anunció el futuro nacimiento de Juan el Bautista*. Se nos dice que a Zacarías “se le apareció un ángel del Señor”.

El ministerio de los ángeles es sin duda una cuestión profunda. En ningún lugar de la Biblia encontramos tan frecuente mención de ellos como en el período del ministerio terrenal de nuestro Señor. Y en ningún momento leemos de tantas apariciones de ángeles como en el de la encarnación y entrada en el mundo de nuestro Señor. El significado de esta circunstancia es bastante claro. Su propósito era enseñar a la Iglesia que el Mesías no era un ángel, sino el Señor de los ángeles así como el de los hombres. Los ángeles anunciaron su llegada. Los ángeles proclamaron su nacimiento. Los ángeles se regocijaron por su aparición. Y, al hacerlo así, dejaron claro que Aquel que venía a morir por los pecadores no era uno de ellos, sino alguien que estaba por encima de ellos: el Rey de reyes y Señor de señores.

De todas las cosas acerca de los ángeles, hay algo que nunca debemos olvidar: tienen un profundo interés en la obra de Cristo y en la salvación que Cristo ha provisto. Cantaron excelsas alabanzas cuando el Hijo de Dios descendió para hacer la paz entre Dios y el hombre por medio de su propia sangre. Se regocijan cuando los pecadores se arrepienten y nacen hijos de nuestro Padre celestial. Se deleitan en ministrar a aquellos que serán los herederos de la salvación. Esforcémonos por ser como ellos mientras estamos en la Tierra, tengamos su mentalidad y compartamos sus alegrías. Esta es la forma de estar en sintonía con el Cielo. Está escrito de aquellos que entran allí que “serán como los ángeles” (Marcos 12:25).

Señalemos en este pasaje, por último, *el efecto que produjo en la mente de Zacarías la aparición de un ángel*. Se nos dice que “se turbó” y “le sobrecogió temor”.

Esta experiencia de este hombre justo concuerda exactamente con la de otros santos bajo circunstancias parecidas. Moisés ante la zarza ardiente y Daniel junto al río Hidekel, las mujeres ante el sepulcro y Juan en la isla de Patmos, todos mostraron un temor similar al de Zacarías. Como él, cuando tuvieron visiones de cosas que pertenecían al otro mundo temblaron y tuvieron temor.

¿Cómo explicamos este temor? Para esta pregunta solo hay una

respuesta. Surge de nuestro sentimiento interno de debilidad, culpa y corrupción. La visión de un habitante del Cielo nos recuerda a la fuerza nuestra propia imperfección y nuestra inadecuación natural para estar delante de Dios. Si los ángeles son tan grandes y terribles, ¿cómo será el Señor de los ángeles?

Bendigamos a Dios porque tenemos un poderoso Mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre. Creyendo en Él, podemos acercarnos a Dios con confianza y mirar hacia adelante al día del Juicio sin temor. Cuando los poderosos ángeles se reúnan entonces con los elegidos de Dios, estos no tendrán motivo para temer. Para estos, los ángeles son consiervos y amigos (cf. Apocalipsis 22:9).

Temblemos al pensar en el terror de los impíos en el día final. Si aun a los justos les preocupa una repentina visión de espíritus amigos, ¿cómo será para los impíos cuando los ángeles vengan en el futuro a reunirlos como cizaña que va a ser quemada? Los temores de los santos son infundados y solo son transitorios. Los temores de los perdidos, si es que surgen, se demostrará que son bien fundados y durarán para siempre.

Notas: Lucas 1:5–12

V. 5: *[Clase de Abías]*. Había veinticuatro clases de hijos de Aarón entre las cuales se repartía el servicio en el Templo. La clase de Abías, cuando fue instituida originalmente, era la octava en orden (cf. 1 Crónicas 24:10). El obispo Hall señala: “Los términos de la sucesión en el ministerio legítimo siguen una línea jamás interrumpida. Hasta en una triste iglesia desamparada puede darse una sucesión personal. ¡Cuán poco mejores eran los judíos en cuanto a esto habiendo perdido el Urim y el Tumim, la sinceridad en las doctrinas y costumbres! Aun se daba entre ellos cuando crucificaron a Cristo. Es la sucesión de la Verdad y la santidad lo que hace y justifica a una iglesia”.

[De las hijas de Aarón]. Watson comenta: “Era prima de María, que pertenecía a la tribu de Judá. Esto indica el matrimonio de algún antecesor en la otra tribu. Los sacerdotes podían casarse en cualquier tribu de Israel, y la ley que ordenaba a las herederas casarse dentro de sus propias tribus no se extendía a las otras hijas (tampoco en la tribu de Leví, que no tenía parte en la tierra)”.

V. 6: *[Ordenanzas]*. La palabra griega así traducida es la misma que en la versión del Antiguo Testamento de la Septuaginta se traduce como “leyes” (cf. Éxodo 21:1 y 24:3).

V. 10: *[Toda la multitud estaba fuera orando]*. Lightfoot comenta en cuanto a este pasaje: “Cuando el sacerdote entraba en el lugar santo para ofrecer incienso, se anunciaba a todos, por medio del sonido de una pequeña campana, que era el tiempo de la oración” (Lightfoot: vol. 12, p. 16).

V. 11: *[Se le apareció un ángel]*. El obispo Hall comenta: “La novedad no es la presencia de los ángeles, sino su aparición. Están siempre con nosotros, pero rara vez son vistos, por lo que debemos respetar muchísimo sus mensajes cuando se dejan ver”.

Lucas 1:13–17

En estos versículos tenemos las palabras del ángel que se apareció a Zacarías. Son palabras llenas de profunda instrucción espiritual.

Aprendemos aquí, por un lado, que *el que la respuesta a las oraciones se retrase no necesariamente indica que estas sean rechazadas*. Zacarías, sin duda, habría orado a menudo pidiendo la bendición de tener hijos y, al parecer, había orado en vano. En un avanzado período de su vida, probablemente habría cesado de mencionar esta cuestión delante de Dios y habría abandonado toda esperanza de ser padre. Pero las primeras palabras del ángel muestran claramente que las oraciones pasadas de Zacarías no habían sido olvidadas: “Tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo”.

Haremos bien en recordar este hecho cuando nos arrodillemos a orar. Debemos evitar concluir precipitadamente que nuestras súplicas son inútiles, y especialmente respecto a la oración intercesora a favor de otros. No nos corresponde prescribir el tiempo o la forma en que han de ser respondidas nuestras peticiones. Aquel que conoce mejor el tiempo adecuado para el nacimiento de las personas conoce también el tiempo adecuado para que nazcan de nuevo: “Perseverad en la oración”, “velad en oración”, “orar siempre, y no desmayar”. “Los retrasos —dice un antiguo teólogo— no deben desalentar nuestra fe. Puede que Dios nos haya concedido nuestra petición desde hace tiempo sin que lo sepamos”.

En segundo lugar, aprendemos que *ningún hijo produce tanto gozo como los que reciben la gracia de Dios*. Fue al padre de un hijo que estaría lleno del Espíritu Santo a quien se le dijo: “Tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento”.

La gracia es lo principal que debemos desear para nuestros hijos. Es mil veces mejor para ellos que la belleza, las riquezas, los honores, el rango o los contactos importantes. Sin gracia, no sabemos lo que pueden llegar a hacer. Quizá se harten de nosotros y nos lleven con tristeza a la tumba. Cuando se convierten, y no hasta entonces, están provistos tanto para el tiempo como para la eternidad. “El hijo sabio alegra al padre” (Proverbios 10:1). Independientemente de lo que

busquemos para nuestros hijos e hijas, busquemos en primer lugar que puedan tener un lugar en el Pacto y un nombre en el Libro de la Vida.

En tercer lugar, aprendemos *la naturaleza de la verdadera grandeza*. El ángel la describe cuando le dice a Zacarías que su hijo "será grande delante de Dios".

La medida de la grandeza que predomina entre los hombres es tremendamente falsa y engañosa. Los principados y las potestades, los conquistadores y los que dirigen ejércitos, los gobernantes y filósofos, artistas y autores, son la clase de hombres a quienes el mundo considera "grandes". Esa grandeza no es la que reconocen los ángeles de Dios. Aquellos que hacen grandes cosas para Dios son considerados grandes. Aquellos que hacen poco para Dios son considerados pequeños. La forma de medir y valorar de cada hombre depende de la posición que ocupará probablemente en el día final.

No nos avergoncemos de tener a los ángeles de Dios como nuestro ejemplo respecto a esto. Busquemos para nosotros y nuestros hijos esa verdadera grandeza que será reconocida y aceptada en el otro mundo. Se trata de una grandeza que está al alcance de todos: de los pobres y de los ricos, de los siervos y de los amos. No depende del poder o de la autoridad, ni del dinero, ni de los amigos. Es un don gratuito de Dios a todos los que lo busquen en las manos del Señor Jesucristo. Es la porción que corresponde a todos aquellos que escuchan la voz de Cristo y le siguen, quienes luchan la batalla de Cristo y hacen la obra de Cristo en el mundo. Quizá reciban poca honra en esta vida. Pero su recompensa será grande en el día final.

En cuarto lugar, aprendemos que *los hijos nunca son demasiado jóvenes para recibir la gracia de Dios*. Zacarías es informado de que su hijo "será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre".

No hay mayor error que pensar que los niños, por razón de su tierna edad, son incapaces de experimentar la operación del Espíritu Santo. La forma en que obra en su pequeño corazón de niño es, sin duda, misteriosa e incomprensible. Pero también lo es su obra entre los hijos de los hombres. Tengamos cuidado para no limitar el poder y la compasión de Dios. Es un Dios misericordioso. Con Él nada es imposible.

Recordemos estas cosas en lo relacionado con la cuestión del bautismo infantil. Carece de fundamento decir que los niños no deben ser bautizados porque no pueden arrepentirse y creer. Si un niño puede ser lleno del Espíritu Santo, con toda seguridad no es indigno de ser admitido en la Iglesia visible. Recordemos estas cosas especialmente en la formación de los niños pequeños. Siempre debemos tratarlos como responsables ante Dios. Nunca debemos suponer que son demasiado jóvenes para tener una religión. Por supuesto, debemos ser razonables en nuestras expectativas. No debemos buscar evidencias de la gracia no adecuadas para su edad y sus capacidades. Pero nunca olvidemos que el corazón que no es

demasiado joven para pecar tampoco lo es para estar lleno de la gracia de Dios.

En último lugar, en estos versículos aprendemos *el carácter de un ministro de Dios verdaderamente grande y exitoso*. Se nos pinta el cuadro de una manera sorprendente por medio de la descripción de Juan el Bautista que hace el ángel. Es alguien que hará "volver los corazones" de la ignorancia al conocimiento, del descuido a la seriedad, del pecado a Dios. Es alguien que "irá delante" del Señor, que no se deleitará en nada tanto como en ser el mensajero y heraldo de Jesucristo. Es alguien que preparará "al Señor un pueblo bien dispuesto". Se esforzará por reunir de entre el mundo un ejército de creyentes que estén preparados para encontrarse con el Señor en el día de su aparición.

Oremos noche y día pidiendo ministros así. Ellos son los verdaderos pilares de una iglesia, la verdadera sal de la Tierra, la verdadera luz del mundo. ¡Feliz aquella iglesia —y feliz aquella nación— que tiene muchos hombres así! Sin este tipo de hombres, los estudios, los títulos, las cualidades y los edificios espléndidos no mantendrán viva a la Iglesia. Las almas no serán salvas y no se cumplirá la buena voluntad. Cristo no será glorificado excepto por hombres llenos del Espíritu Santo.

Notas: Lucas 1:13–17

V. 13: *[Su nombre Juan]*. La palabra Juan significa "gracia, don o misericordia del Señor" (Cruden).

V. 15: *[No beberá vino ni sidra]*. De esto se deduce que, al parecer, Juan el Bautista era nazareo, una persona apartada por un voto especial para el Señor (cf. Números 6:3).

V. 17: *[El espíritu y el poder de Elías]*. Teofilacto comenta adecuadamente en cuanto a esta expresión que, "como Elías es el precursor de la Segunda Venida de Cristo, así también Juan es el precursor de su Primera Venida". Debemos fijarnos bien en que Gabriel no dice que Juan será Elías mismo, sino que irá "con el espíritu y el poder de Elías". El verdadero advenimiento de Elías para cumplir la profecía de Malaquías es, con toda probabilidad, algo que aún no ha ocurrido.

[Hacer volver los corazones de los padres a los hijos]. Esta es una expresión oscura y complicada, y que parece confundir mucho a los comentaristas. La explicación más probable es la de De Dieu. Él considera que se refiere a "los padres encima de, o junto a, los hijos", es decir, a todas las edades y a todo tipo de personas: a padres e hijos juntos. Apoya esta opinión con la versión de Éxodo 12:8 que aparece en la Septuaginta. Montano, Vatablus, Barradius, Hammond y Watson son de la misma opinión. También Bengel, y cita en apoyo de la misma la versión de Génesis 32:11 que

aparece en la Septuaginta.

Lucas 1:18–25

En este pasaje vemos *el poder de la incredulidad en un hombre bueno*. A pesar de ser justo y santo, a Zacarías, el anuncio del ángel le parece increíble. No puede creer que sea posible que un anciano como él pueda tener un hijo. “¿En qué conoceré esto? —dice— porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada”.

Un judío docto como Zacarías no debería haber planteado semejante pregunta. Sin duda estaba bien versado en las Escrituras del Antiguo Testamento. Debería haber recordado los maravillosos nacimientos de Isaac, Sansón y Samuel en tiempos pasados. Debería haber recordado que lo que Dios ha hecho una vez puede volver a hacerlo y que para Él no hay nada imposible. Pero se olvidó de todo eso. No pensó nada más que en los argumentos de la simple razón y del sentido humano. Y suele ocurrir en cuestiones religiosas que, cuando comienza la razón, se acaba la fe.

Aprendamos sabiduría del error de Zacarías. Es un error en el que, por desgracia, ha caído el pueblo de Dios de todas las edades. Las historias de Abraham, Isaac, Moisés, Ezequías y Josafat nos muestran que un verdadero creyente puede en ocasiones dejarse llevar por la incredulidad. Es una de las primeras formas de corrupción que entraron en el corazón del hombre en el día de la Caída, cuando Eva creyó al diablo en vez de a Dios. Es uno de los pecados más arraigados con el que un santo es atormentado y del que nunca será liberado por completo hasta su muerte. Oremos diariamente: “Señor, aumenta mi fe”. No dudemos de que, cuando Dios dice algo, lo cumplirá.

También vemos en estos versículos *el privilegio y el papel de los ángeles de Dios*. Transmiten mensajes a la Iglesia de Dios. Disfrutan de la presencia inmediata de Dios. El mensajero celestial que se aparece a Zacarías reprende su incredulidad diciéndole quién es: “Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios; y he sido enviado a hablarte”.

El nombre “Gabriel” sin duda llenaría la mente de Zacarías de humillación y vergüenza. Podría recordar que había sido el mismo Gabriel quien, 490 años antes, había dado a Daniel la profecía de las setenta semanas y le había anunciado cómo se quitaría la vida al Mesías (cf. Daniel 9:26). Sin duda contrastaría su propia y triste incredulidad, cuando ministraba tranquilamente como sacerdote en el Templo de Dios, con la fe del santo Daniel que vivió cautivo en Babilonia mientras el Templo de Jerusalén permanecía en ruinas. Aquel

día, Zacarías aprendió una lección que nunca olvidaría.

El relato que ofrece Gabriel acerca de su propia misión debe llevarnos a un gran examen de nuestro corazón. Este poderoso espíritu, mucho mayor en poder e inteligencia que nosotros, considera como su más excelso honor estar "delante de Dios" y hacer su voluntad. Que nuestras metas y deseos vayan en la misma dirección. Esforcémonos por vivir de manera que un día comparezcamos con valor ante el trono de Dios y le sirvamos día y noche en su Templo. El camino hacia esta excelsa y santa posición está abierto ante nosotros. Cristo lo ha consagrado para nosotros por medio de la ofrenda de su propio cuerpo y de su sangre. Pongamos todo nuestro empeño en andar por él durante el breve tiempo de esta vida presente para que podamos estar en su momento con los ángeles elegidos de Dios en la interminable era de la eternidad (cf. Daniel 12:13).

Vemos en este pasaje, por último, *lo extremadamente inicuo que es el pecado de incredulidad a los ojos de Dios*. Las dudas y preguntas de Zacarías le acarrearon un duro castigo. "Quedarás mudo —le dijo el ángel— y no podrás hablar [...] por cuanto no creíste mis palabras". Fue un castigo especialmente apropiado para la ofensa: la lengua que no estaba dispuesta a hablar el lenguaje de la alabanza confiada se quedó muda. Fue un castigo duradero: durante nueve largos meses, por lo menos, Zacarías estuvo condenado al silencio y con el recuerdo diario de que, por su incredulidad, había ofendido a Dios.

Pocos pecados parecen tan especialmente provocadores para Dios como el pecado de incredulidad. Ninguno ciertamente ha acarreado juicios tan duros sobre los hombres. Dudar de que Dios puede hacer algo cuando promete hacerlo es negar en la práctica que es el Todopoderoso. Dudar de que Dios va a hacer algo cuando ha prometido claramente que lo hará es pensar que Dios miente. Los cuarenta años de Israel vagando por el desierto no deben ser olvidados nunca por los que profesan ser cristianos. Las palabras de S. Pablo son muy solemnes: "No pudieron entrar a causa de incredulidad" (Hebreos 3:19).

Vigilemos y oremos diariamente contra este pecado destructor del alma. Las concesiones en cuanto al mismo roban a los creyentes su paz interior, debilitan sus manos en el día de la batalla, traen nubarrones sobre sus esperanzas, hacen que las ruedas de su carro avancen con mucho esfuerzo. Según el grado de nuestra fe, así será nuestro disfrute de la salvación de Cristo, nuestra paciencia en el día de la prueba y nuestra victoria sobre el mundo. La incredulidad, en resumen, es la verdadera causa de miles de enfermedades espirituales y, una vez que permitimos que anide en nuestros corazones, los consumirá como si fuera un cáncer. "Si vosotros no creyereis, de cierto no permaneceréis" (Isaías 7:9). En todo lo que respecta al perdón de nuestros pecados y a la aceptación de nuestras almas, a las obligaciones de nuestra especial responsabilidad y a las pruebas de

nuestra vida diaria, establezcamos la máxima religiosa de confiar en la Palabra de Dios incondicionalmente y tengamos cuidado de la incredulidad.

Notas: Lucas 1:18–25

V. 18: *[¿En qué conoceré esto?]*. Notemos que hay una gran diferencia entre esta pregunta planteada por Zacarías y la de la virgen María en el versículo 34. La pregunta de Zacarías implica dudar de todo lo que el ángel ha anunciado. La pregunta de María no implica duda en cuanto al acontecimiento, sino que tiene que ver con cómo se cumplirá.

V. 19: *[Gabriel]*. La palabra "Gabriel" significa "Dios es mi fuerza", "hombre de Dios" o "fuerza de Dios" (Cruden). Es el único ejemplo claro del nombre de un ángel en la Biblia. El nombre de "Miguel", que tenemos en Daniel 10:21 y 12:1, probablemente haga referencia al Señor Jesús (cf. Apocalipsis 12:7).

V. 20: *[Mudo]*. Al comparar esta expresión con el versículo 62, parece extremadamente probable que Zacarías se volviera sordo además de mudo. Si no, ¿por qué sus amigos tenían que comunicarse con él por señas?

Lucas 1:26–33

En estos versículos tenemos el anuncio del acontecimiento más maravilloso que ha ocurrido en este mundo: la encarnación y el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Es un pasaje que siempre debemos leer con una mezcla de admiración, amor y alabanza.

Notemos, en primer lugar, *la forma lenta y humilde en que el Salvador del género humano vino a vivir entre nosotros*. El ángel que anunció su advenimiento fue enviado a una escondida ciudad de Galilea llamada Nazaret. La mujer que fue honrada con ser la madre de nuestro Señor era evidentemente de clase humilde. Tanto en su posición social como en su hogar había una gran ausencia de lo que el mundo denomina "grandeza".

No debemos vacilar en concluir que una sabia Providencia estaba detrás de todo este orden de cosas. El consejo del Todopoderoso, que ordena todas las cosas en el Cielo y en la Tierra, podría haber señalado Jerusalén como lugar de residencia de María tan fácilmente como Nazaret, o podría haber escogido a la hija de algún rico escriba para ser la madre de nuestro Señor tan fácilmente como escogió a una

mujer pobre. Pero parecía apropiado que no fuera así. La Primera Venida del Mesías había de ser humillándose. Esa humillación comenzaría desde el momento de su concepción y nacimiento.

Tengamos cuidado de no despreciar la pobreza en otros y de no avergonzarnos de ella si Dios la pone sobre nosotros. El nivel de vida que Jesús escogió voluntariamente debe ser considerado siempre con santa reverencia. Debemos oponernos a la común tendencia de nuestros días a inclinarnos ante los ricos y a convertir el dinero en un ídolo, y no debemos fomentarla. El ejemplo de nuestro Señor es suficiente respuesta para un millar de máximas serviles bastante corrientes entre los hombres acerca de la riqueza: “Se hizo pobre, siendo rico” (2 Corintios 8:9).

Admiremos la asombrosa superioridad del Hijo de Dios. El heredero de todas las cosas no se limitó a tomar nuestra naturaleza, sino que lo hizo de la forma más humilde posible. Habría sido una muestra de superioridad el venir a la Tierra como Rey y reinar. Fue un milagro misericordioso que sobrepasa nuestro entendimiento el que viniera a la Tierra como un hombre pobre, un ser despreciado, a sufrir y morir. Que su amor nos impulse a vivir no para nosotros mismos, sino para Él. Que su ejemplo traiga diariamente a nuestra conciencia el precepto de la Escritura: “no altivos, sino asociándoos con los humildes” (Romanos 12:16).

Notemos, en segundo lugar, *el gran privilegio de la virgen María*. El lenguaje que utiliza el ángel Gabriel con ella es extraordinario. La llama “muy favorecida”. Le dice que el Señor está con ella: “Bendita tú entre las mujeres”.

Es bien sabido el hecho de que la Iglesia católica romana honra a la virgen María de una forma poco inferior a como honra a su bendito Hijo. Es declarada por la Iglesia católica romana como “concebida sin pecado”. Es objeto de adoración por parte de los católicos romanos y se ora a ella como mediadora entre Dios y los hombres, considerándola tan poderosa como Cristo mismo. Respecto a esto debemos recordar que no hay la más ligera justificación en la Escritura. No hay justificación en los versículos que tenemos ante nosotros. No hay justificación en ningún otro lugar de la Palabra de Dios.

Pero, al tiempo que decimos esto, debemos admitir con imparcialidad que ninguna mujer fue nunca tan honrada como la madre de nuestro Señor. Es evidente que solo una mujer de entre incontables millones de personas podía ser ese medio a través del cual Dios se manifestase en carne, y la virgen María tuvo el inmenso privilegio de ser esa mujer. Por medio de una mujer, el pecado y la muerte entraron en el mundo al principio. Por medio del parto de una mujer, la vida y la inmortalidad salieron a la luz cuando Cristo nació. No hay que sorprenderse de que dicha mujer fuese llamada “muy favorecida” y “bienaventurada”.

Los cristianos no deben olvidar una cosa en relación con este

asunto. Existe una relación con Cristo al alcance de todos nosotros, una relación mucho más cercana que la de la carne y la sangre, una relación que pertenece a todos aquellos que se arrepienten y creen. “Todo aquel que hace la voluntad de Dios —dice Jesús— ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre”. “Bienaventurado el vientre que te trajo”, le dijo un día una mujer. ¿Pero cuál fue la respuesta? “Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan” (Marcos 3:35; Lucas 11:27).

Notemos, por último, en estos versículos, *el glorioso informe acerca de nuestro Señor Jesucristo* que el ángel le ofrece a María. Cada parte del informe está lleno de profundo significado y merece una detenida atención.

Jesús “será grande, y será llamado Hijo del Altísimo”, dice Gabriel. Ya era así antes de venir al mundo. Igual al Padre en todo, era desde toda la eternidad el Hijo de Dios. Pero tenía que ser conocido y reconocido como tal por la Iglesia. El Mesías debía ser reconocido y adorado nada menos que como Dios mismo.

“El Señor Dios le dará el trono de David su padre —dice Gabriel— y reinará sobre la casa de Jacob para siempre”. El cumplimiento literal de esta parte de la promesa aún está por llegar. Israel aún debe ser congregado. Los judíos aún deben ser restaurados a su tierra y mirar a Aquel a quien traspasaron como su Rey y su Dios. Aunque el cumplimiento de esta predicción tarde, podemos esperar confiados. Seguro que vendrá un día y no tardará (cf. Habacuc 2:3).

Por último, Gabriel dice que “su reino no tendrá fin”. Ante su reino glorioso, los imperios de este mundo un día se derrumbarán y desaparecerán. Como Nínive, Babilonia, Egipto, Tiro y Cartago, un día quedarán en nada y los santos del Altísimo recibirán el Reino. Ante Jesús, toda rodilla se doblará un día y toda lengua confesará que Él es el Señor (cf. Filipenses 2:10–11). Su Reino es el único que demostrará ser un reino eterno, y su dominio no pasará (cf. Daniel 7:14, 27).

El verdadero cristiano debe meditar con frecuencia en esta promesa y consolarse con su contenido. No tiene por qué avergonzarse de su Maestro. Aunque sea pobre y en ocasiones despreciado a causa del Evangelio, puede estar seguro de que está en el bando vencedor. Los reinos de este mundo se convertirán en reinos de Cristo. “Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará” (Hebreos 10:37). Esperemos con paciencia aquel bendito día, velemos y oremos. Ahora es tiempo de llevar la cruz y de compartir los sufrimientos de Cristo. Se acerca el día cuando Cristo se alzará con gran poder y tomará su Reino y cuando todos aquellos que le hayan servido fielmente cambiarán su cruz por su corona.

Notas: Lucas 1:26–33

V. 27: *[Una virgen desposada]*. No dejemos de advertir la nota de sabia Providencia por la cual la madre de nuestro Señor, aunque virgen, era una virgen "desposada". Eso protegió su reputación de comentarios impropios. Fue de ayuda y protección para ella en sus momentos de debilidad y necesidad.

V. 28: *[Muy favorecida]*. La traducción romanista de esta palabra como "llena de gracia" no transmite el significado tan bien como lo hace nuestra traducción y es más tendente a una vergonzosa perversión. De ninguna manera puede esta palabra tener el sentido de alguien "lleno de gracia para otorgársela a otros". El más genuino sentido es el de que ha recibido mucha gracia, que ha sido objeto de mucha gracia, pero no para darla. La oración romanista a la virgen conocida como "Ave María" es una desdichada perversión de la Escritura. El obispo Hall comenta: "El ángel saluda a la virgen; no ora a ella. La saluda como santa; no ora a ella como si fuera una diosa. Que nosotros la saludemos como él lo hizo es un gran atrevimiento; porque ni nosotros somos como él, ni ella es la que era. Si aquel que era un espíritu la saludó a ella que era "carne y sangre" aquí, en la Tierra, no debemos nosotros, que somos "carne y sangre", saludarla a ella que es un espíritu glorioso en el Cielo. Orar a ella con el saludo del ángel es injuriar a la virgen, al ángel y el saludo".

V. 29: *[Se turbó]*. La palabra griega aquí utilizada es muy fuerte e intensa, y no se utiliza en lugar alguno del Nuevo Testamento excepto aquí.

Vv. 32, 33: *[Trono de David, reinará sobre la casa de Jacob]*. Cuidémonos de no espiritualizar el significado de estas palabras. La "casa de Jacob" no hace referencia a todos los cristianos. El "trono de David" no se refiere al oficio de Salvador de todos los creyentes gentiles. Estas palabras recibirán un cumplimiento literal cuando el Señor Jesús venga por segunda vez y los judíos se conviertan. La promesa de Gabriel es paralela a Jeremías 30:9. El Reino del que habla es el glorioso Reino anunciado a Daniel 7:27, ante al cual todos los demás reinos serán finalmente derrocados en la Segunda Venida de Cristo.

Lucas 1:34–38

Señalemos en estos versículos *la reverente y prudente forma en que el ángel Gabriel habla del gran misterio de la encarnación de Cristo*. En respuesta a la pregunta de la virgen María —"¿Cómo será esto?"— utiliza palabras de un notable tenor: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra".

Bien haremos en seguir el ejemplo del ángel en toda nuestra reflexión sobre este asunto tan profundo. Considerémoslo siempre con la más santa reverencia y abstengámonos de aquellas conjeturas

impropias e improductivas sobre él en las que algunos por desgracia han caído. Bástenos con saber que “el Verbo se hizo carne” y que, cuando el Hijo de Dios vino al mundo, se preparó un verdadero cuerpo para participar “de carne y sangre” y que fuera “nacido de mujer” (cf. Juan 1:14; Hebreos 10:5; 2:14; Gálatas 4:4). Debemos dejarlo aquí. La manera como todo esto se llevó a acabo nos ha sido sabiamente ocultada. Si tratamos de entrometernos más, oscureceremos el consejo con palabras sin conocimiento y entraremos precipitadamente allí donde los ángeles no se atreven a pisar. En una religión que verdaderamente procede del Cielo debe haber necesariamente misterios. Uno de esos misterios del cristianismo es la encarnación.

Señalemos, en segundo lugar, *el destacado lugar asignado al Espíritu Santo en el gran misterio de la encarnación*. Vemos que está escrito: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti”.

A un lector inteligente de la Biblia probablemente no le pasará por alto que el honor otorgado aquí al Espíritu está en armonía exacta con la enseñanza de la Escritura en otros lugares. En cada paso de la gran obra de redención del hombre encontramos una mención especial de la obra del Espíritu Santo ¿Murió Cristo para expiar nuestros pecados? Está escrito que “mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14). ¿Resucitó para nuestra justificación? Está escrito que fue “vivificado en el Espíritu” (1 Pedro 3:18; LBLA, nota al margen). ¿Ofrece consuelo a sus discípulos durante el tiempo entre su primera y segunda venidas? Está escrito que el Consolador que Él prometió enviar es “el Espíritu de verdad” (Juan 14:17).

Prestemos atención a otorgar al Espíritu Santo el mismo lugar en nuestra religión personal que vemos que ocupa en la Palabra de Dios. Recordemos que todo lo que los creyentes tienen, son y disfrutan bajo el Evangelio, se lo deben a la enseñanza interior del Espíritu Santo. La obra de cada una de las tres personas de la Trinidad es igual y completamente necesaria para la salvación de cada alma que se salva. La elección de Dios el Padre, la sangre de Dios el Hijo y la santificación de Dios el Espíritu no deben ser nunca separadas en nuestro cristianismo.

Señalemos, en tercer lugar, *el tremendo principio establecido por el ángel Gabriel para silenciar toda objeción acerca de la encarnación:* “Nada hay imposible para Dios”.

Aceptar de corazón este gran principio es de inmensa importancia para nuestra paz interior. Con frecuencia surgirán cuestiones y dudas en las mentes de los hombres acerca de muchos asuntos religiosos. Son el resultado natural del estado caído de nuestra alma. Nuestra fe, en el mejor de los casos, es muy débil. Nuestro mayor conocimiento está nublado por mucha debilidad. Y, entre los muchos antídotos para una ansiedad llena de dudas y un estado de ánimo inquisitivo, pocos se encontrarán tan útiles como el que tenemos ante nosotros aquí: una convicción firme del pleno poder de Dios. Nada hay imposible para

Aquel que hizo que el mundo llegara a existir y que lo formó de la nada. Nada es demasiado difícil para el Señor.

No hay pecado demasiado negro para que pueda ser perdonado: la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado (cf. 1 Juan 1:7). No existe un corazón tan duro que no pueda ser cambiado: el corazón de piedra puede ser transformado en corazón de carne (cf. Ezequiel 36:26). No hay obra demasiado difícil para que la haga un creyente: todo lo podemos en Cristo que nos fortalece (cf. Filipenses 4:13). No hay prueba demasiado difícil de sobrellevar: la gracia de Dios nos basta (cf. 2 Corintios 12:9). No hay promesa demasiado difícil de cumplir: las palabras de Cristo nunca pasarán y Él puede realizar lo que ha prometido (cf. Mateo 5:18). No hay dificultad demasiado grande para que un creyente la supere: "Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Romanos 8:31). El monte puede convertirse en una llanura. Tengamos en mente siempre estos principios. Lo que receta el ángel es una medicina de valor incalculable. La fe nunca descansa tanto y con tanta paz como cuando lo hace en la almohada de la omnipotencia de Dios.

Señalemos, en último lugar, *la dócil y dispuesta conformidad de la virgen María con la voluntad revelada de Dios respecto a ella*. Le dice al ángel: "He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra".

Hay mucho más que una gracia admirable en esta respuesta de lo que parece a primera vista. Un momento de reflexión nos mostrará que no era nada fácil convertirse en la madre de nuestro Señor de esta forma inaudita y misteriosa. Sin duda, a largo plazo le acarreó un gran honor; pero, en cuanto al presente, no implicaba un peligro pequeño para la reputación de María o una prueba pequeña para su fe. La virgen estuvo dispuesta a arriesgarse a todo este peligro y a toda esta prueba. No hizo más preguntas. No planteó más objeciones. Aceptó el honor que se le había otorgado con todos los peligros e inconveniencias que lo acompañaban: "He aquí la sierva del Señor".

Busquemos en nuestro cristianismo práctico diario ejercer el mismo espíritu bienaventurado de fe que vemos aquí en la virgen María. Estemos dispuestos a ir a cualquier lugar, a hacer y ser cualquier cosa, independientemente de los inconvenientes presentes e inmediatos, en la medida en que la voluntad de Dios y el camino del deber estén claros. Merece la pena recordar las palabras del buen obispo Hall sobre este pasaje: "Sabemos que todas las disputas con Dios en cuanto a su voluntad proceden de la incredulidad. No existe una prueba más noble de fe que llevar cautivas todas las facultades de nuestro entendimiento y nuestra voluntad a nuestro Creador y, sin cuestionárnoslo, seguirle a ciegas por donde Él nos guíe".

Notas: Lucas 1:34–38

V. 36: *[He aquí tu parienta Elisabet]*. Debemos señalar con cuánta misericordia el ángel ayuda a la fe de la virgen María contándole un hecho que puede servir para invitarla a aceptar su mensaje. Así es como Dios hace las cosas. Conoce nuestra debilidad. Es como cuando nuestro Señor llama a comer a sus discípulos y toma pescado asado y miel para convencerlos de la realidad material de su cuerpo resucitado.

Lucas 1:39–45

Observemos en este pasaje *el beneficio de la comunión y de compartir entre creyentes*. Leemos acerca de una visita de la virgen María a su prima Elisabet. Se nos dice de una manera sorprendente cómo los corazones de estas dos santas mujeres se alegraron y sus mentes se elevaron por medio de este encuentro. Sin esta visita, Elisabet nunca habría podido estar tan llena del Espíritu Santo como se nos dice aquí; y María nunca habría pronunciado este cántico de alabanza que es conocido por toda la Iglesia de Cristo. Profundas y ciertas son las palabras de un antiguo teólogo: “La felicidad que se comunica se duplica. La aflicción se hace mayor al encubrirla: expresarse produce gozo”.

Siempre debemos considerar la comunión con otros creyentes como un eminente medio de gracia. El intercambio de experiencias con nuestros compañeros de viaje es una pausa renovadora en nuestro viaje por la senda estrecha. Nos ayuda imperceptiblemente y les ayuda a ellos, de manera que es una ganancia mutua. Es el mayor acercamiento al gozo del Cielo que podemos conseguir en la Tierra. “Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo” (Proverbios 27:17). Debemos recordar esto. No se presta suficiente atención a esta cuestión y, como consecuencia, las almas de los creyentes sufren. Hay muchos que temen al Señor y piensan en su nombre, pero que se olvidan de hablar frecuentemente unos con otros (Malaquías 3:16). Primero busquemos el rostro de Dios. Después busquemos el rostro de los amigos de Dios. Si lo hiciéramos más y tuviéramos más cuidado de nuestras compañías, conoceríamos más a menudo lo que es sentirse “llenos del Espíritu Santo”.

Observemos en este pasaje *el claro conocimiento espiritual que se percibe en las palabras de Elisabet*. Utiliza una expresión acerca de la virgen María que muestra que había sido profundamente enseñada por Dios. La llama “la madre de mi Señor”.

Las palabras “mi Señor” resultan tan familiares a nuestros oídos que nos perdemos la plenitud de su significado. En el tiempo en el que fueron pronunciadas implicaban mucho más de lo que podemos suponer. Eran nada menos que una declaración inconfundible de que el niño que nacería de la virgen María era el largamente prometido Mesías, el “Señor” de quien David había profetizado en el Espíritu, el Cristo de Dios. Vista desde esta perspectiva, esta expresión es un maravilloso ejemplo de fe. Se trata de una confesión digna de ser colocada junto a la de Pedro cuando le dijo a Jesús: “Tú eres el Cristo”.

Recordemos el profundo significado de las palabras “el Señor” y evitemos utilizarlas con ligereza y descuido. Consideremos que no se aplican correctamente a nadie salvo a Aquel que fue crucificado por nuestros pecados en el Calvario. Que el recuerdo de este hecho nos lleve a la reverencia ante estas palabras y a cuidar cómo las ponemos en nuestros labios. Hay dos textos relacionados con esta expresión que deberían acudir frecuentemente a nuestras mentes. En uno está escrito: “Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo”. En el otro está escrito: “Toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (1 Corintios 12:3; Filipenses 2:11).

Por último, observemos en estos versículos *la excelsa alabanza que concede Elisabet a la gracia de la fe*. “Bienaventurada la que creyó”, dice.

No debemos sorprendernos de que esta santa mujer encomie así la fe. Sin duda estaba bien versada en las Escrituras del Antiguo Testamento. Conocía las grandes cosas que había logrado la fe. ¿Qué es toda la historia de los santos de Dios de todas las épocas sino un testimonio de hombres y mujeres que obtuvieron grandes logros por medio de la fe? ¿Qué es la sencilla historia de todos, desde Abel en adelante, sino un relato de pecadores redimidos que creyeron y que por ello fueron bienaventurados? Por fe abrazaron promesas. Por fe creyeron. Por fe anduvieron. Por fe soportaron pruebas. Por fe vieron a un Salvador invisible y los “bienes venideros”. Por fe batallaron contra el mundo, la carne y el diablo. Por fe vencieron y llegaron a salvo a su hogar. La virgen María había demostrado formar parte de esta piadosa compañía. No nos sorprende que Elisabet dijera: “Bienaventurada la que creyó”.

¿Sabemos algo acerca de esta fe preciosa? Esta es, después de todo, la cuestión que nos preocupa. ¿Sabemos algo de la fe de los elegidos de Dios, la fe que es en el poder de Dios? (cf. Tito 1:2; Colosenses 2:12). Nunca descansemos hasta conocerla por experiencia. Y, una vez conocida, nunca dejemos de orar para que nuestra fe pueda crecer sobremanera. Es mejor mil veces ser rico en fe que en oro. El oro no significará nada en el mundo invisible al que estamos viajando. La fe será reconocida en aquel mundo ante Dios el Padre y los santos ángeles. Cuando sea establecido el gran trono blanco y se abran los libros, cuando los muertos sean llamados de sus

tumbas y reciban su sentencia definitiva, el valor de la fe será plenamente reconocido. Los hombres aprenderán entonces, si no lo han hecho antes, lo ciertas que son las palabras “bienaventurados los que creyeron”.

Notas: Lucas 1:39–45

V. 39: *[La ciudad de Judá]*. Muchos piensan que esta ciudad era Hebrón, y examinando Josué 21:9–11 veremos que existe una considerable probabilidad de que así fuese. Es el lugar donde Abraham, el padre de los fieles, moró mucho tiempo, y el lugar donde murió Sara (Génesis 13:18 y 23:2). Pocos lugares de Palestina han sido tan honrados.

Lucas 1:46–56

Estos versículos contienen el famoso himno de alabanza de la virgen María en espera de convertirse en “madre de nuestro Señor”. Siguiendo de cerca al Padre Nuestro, quizá pocos pasajes de la Escritura sean más conocidos que este. Dondequiera que se utilice el Libro de Oración de la Iglesia de Inglaterra, este himno forma parte del culto vespertino. Y no debe sorprendernos que los compiladores de ese Libro de Oración le otorgaran un lugar tan eminente. No hay palabras que puedan expresar con mayor aptitud la alabanza por la misericordia redentora que debería formar parte de la alabanza pública de cada rama de la Iglesia de Cristo.

Señalemos, en primer lugar, *el pleno conocimiento de la Escritura que exhibe este himno*. Al leerlo nos vienen a la memoria muchas expresiones del libro de los Salmos. Sobre todo nos recuerda el cántico de Ana que tenemos en el libro de Samuel (1 Samuel 2:2, ss.). Es evidente que en la memoria de la virgen María estaba almacenada la Escritura. Estaba familiarizada, por medio de la escucha o de la lectura, con el Antiguo Testamento. Y, por tanto, como de la abundancia del corazón habla la boca, dio rienda suelta a sus sentimientos con un lenguaje escriturario. Movida por el Espíritu Santo a prorrumpir en alabanza, escoge palabras que el Espíritu Santo ya ha consagrado y utilizado.

Esforcémonos cada año que vivamos por adquirir más conocimiento de la Escritura. Estudiémosla, investiguémosla, profundicemos en ella, meditemos en ella hasta que more en nosotros con abundancia

(Colosenses 2:16). En particular, dediquémonos a familiarizarnos con aquellas partes de la Biblia que, como el libro de los Salmos, describen la experiencia de los santos de la antigüedad. Descubriremos que nos es de mayor ayuda para nuestro enfoque de Dios. Nos proporcionará las palabras más apropiadas y mejores para expresar nuestros anhelos y nuestra gratitud. Ese conocimiento de la Biblia, sin duda, no se puede adquirir sin un estudio regular y diario. Pero el tiempo invertido en ese estudio nunca es tiempo perdido. Dará fruto después de muchos días.

Señalemos, en segundo lugar, en este himno de alabanza, *la profunda humildad de la virgen María*. Aquella que había sido escogida por Dios para el gran honor de ser la madre del Mesías habla de su propia situación humilde y de que necesita un "Salvador". No dice una sola palabra que muestre que se consideraba a sí misma sin pecado, una persona "inmaculada". Al contrario, utiliza el lenguaje de alguien que ha sido enseñado por la gracia de Dios a sentir sus propios pecados y que, muy lejos de poder salvar a otros, requiere un Salvador para su propia alma. Podemos afirmar con seguridad que nadie reprobaría el honor otorgado por la Iglesia de Roma a la virgen María más que la virgen María misma.

Imitemos esta santa humildad de la madre de nuestro Señor mientras rehusamos con firmeza considerarla mediadora u orar a ella. Como ella, tengámonos en poco ante nuestros ojos y no pensemos demasiado de nosotros mismos. La humildad es la mayor virtud que puede adornar el carácter del cristiano. Está cargado de razón el antiguo teólogo que dijo: "Un hombre tiene tanto de cristianismo como tiene de humildad". De todas las virtudes, es la que más conviene a la naturaleza humana. Sobre todo, es una virtud que está al alcance de todos los que se han convertido. No todos son ricos. No todos son eruditos. No todos son altamente dotados. No todos son predicadores. Pero todos los hijos de Dios pueden ser revestidos de humildad.

Señalemos, en tercer lugar, *la enorme gratitud de la virgen María*. Sobresale en toda la primera parte de su himno. Su "alma engrandece al Señor" y su "espíritu se regocija en Dios". Le "dirán bienaventurada todas las generaciones", le "ha hecho grandes cosas el Poderoso". A duras penas podemos acceder a la plena amplitud de sentimientos que experimentaría una judía piadosa al encontrarse en la situación de María. Pero debemos tratar de recordarlos cuando leemos sus repetidas expresiones de alabanza.

También haremos bien en seguir los pasos de María en esta cuestión y en cultivar un espíritu de gratitud. Siempre ha sido una señal de los más distinguidos santos de Dios en cada época. David en el Antiguo Testamento y S. Pablo en el Nuevo destacan por su gratitud. Rara vez tenemos que esperar mucho al leer sus escritos para descubrirlos bendiciendo y alabando a Dios. Levantémonos de nuestras camas cada mañana con una profunda convicción de que

somos deudores y de que cada día recibimos más misericordia de la que merecemos. Miremos a nuestro alrededor cada semana al viajar por el mundo y veamos si no tenemos mucho por lo que agradecer a Dios. Si nuestros corazones están en el lugar correcto, nunca nos parecerá demasiado difícil edificar un Eben-ezer. Bueno sería que nuestras oraciones y súplicas estuvieran más mezcladas con gratitud (1 Samuel 7:12; Filipenses 4:6).

Señalemos, en cuarto lugar, *el conocimiento experimental que poseía la virgen María de la forma en que Dios había tratado con su pueblo en el pasado*. Habla de Dios como Aquel cuya "misericordia es [...] a los que le temen", como Aquel que "esparció a los soberbios, quitó de los tronos a los poderosos, y a los ricos envió vacíos", como Aquel que "exaltó a los humildes" y "a los hambrientos colmó de bienes". Habla, sin duda, recordando la historia del Antiguo Testamento. Recuerda cómo el Dios de Israel había derrotado a Faraón, a los cananeos, a los filisteos, a Senaquerib, a Amán y a Belsasar. Recuerda cómo Él había exaltado a José y a Moisés, a Samuel, a David, a Ester y a Daniel, y nunca había permitido que su pueblo escogido fuera destruido por completo. Y, en su relación con ella otorgándole honor a una mujer pobre de Nazaret y enviando al Mesías en un terreno tan árido como la nación judía de entonces, vio la mano del Dios del Pacto con Israel.

El verdadero cristiano siempre debe prestar atención a la historia bíblica y a las vidas de cada uno de los santos. Examinemos con frecuencia "las huellas del rebaño" (Cantares 1:8). Ese estudio arroja luz sobre la forma en que Dios se relaciona con su pueblo. Tiene un solo criterio. Lo que hizo por ellos y a ellos en el pasado lo hará en el tiempo venidero. Ese estudio nos enseñará qué esperar y a examinar las expectativas injustificadas y nos invitará cuando estemos deprimidos. Feliz aquel cuya mente está bien provista de este conocimiento. Le hará paciente y le dará esperanza.

Señalemos, por último, *el firme conocimiento que tenía la virgen María de las promesas de la Biblia*. Acaba su himno de alabanza declarando que Dios "socorrió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia, de la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre". Estas palabras muestran claramente que recordaba la antigua promesa a Abraham. "Serán benditas en ti todas las familias de la tierra". Y es evidente que consideraba que esta promesa se cumpliría en el cercano nacimiento de su Hijo.

Aprendamos del ejemplo de esta santa mujer a aferrarnos a las promesas de la Biblia. Es de la mayor importancia para nuestra paz el que lo hagamos. Las promesas son, en realidad, el maná que debemos comer diariamente y el agua que debemos beber diariamente mientras viajamos por el desierto de este mundo. Aún no vemos todas las cosas puestas bajo nosotros. No vemos a Cristo, el Cielo, el libro de la vida y las mansiones preparadas para nosotros. Caminamos por fe y esta fe

descansa en las promesas. Pero en aquellas promesas podemos descansar con confianza. Llevarán todo el peso que podamos poner sobre ellas. Un día descubriremos, como la virgen María, que Dios cumple su palabra y que, lo que ha hablado, siempre lo llevará a cabo a su debido tiempo.

Notas: Lucas 1:46–56

V. 47 *[Mi Salvador]*. No pasemos por alto las expresiones de necesidad de salvación empleadas por la virgen María. Difícilmente se puede encontrar una respuesta más completa a la doctrina romanista respecto a ella —y especialmente a la doctrina de la inmaculada concepción— que sus palabras en este himno.

V. 51: *[Su brazo]*. Merece la pena fijarse en una cita de Whitby acerca de esta expresión: “El gran poder de Dios es representado por su dedo, el más grande por su mano y el mayor por su brazo. La producción de piojos fue por el dedo de Dios (cf. Éxodo 8:19); sus otros milagros en Egipto fueron llevados a cabo por su mano (cf. Éxodo 3:20); la destrucción de Faraón y su ejército en el mar Rojo por su brazo (cf. Éxodo 15:6)”.

Lucas 1:57–66

En este pasaje tenemos la historia de un nacimiento, el nacimiento de una luz ardiente y brillante de la Iglesia, del precursor de Cristo mismo: Juan el Bautista. Merece la pena destacar el lenguaje con el que el Espíritu Santo describe el suceso. Está escrito que “Dios había engrandecido para con ella su misericordia”. Hubo misericordia en el hecho de guardarla a salvo durante su tiempo de prueba. Hubo misericordia en hacerla madre de un niño vivo. Bienaventurados aquellos círculos familiares que consideran desde esta perspectiva los nacimientos en su seno.

Vemos en la conducta de los vecinos y parientes de Elisabet un *impresionante ejemplo de la bondad que debemos mostrarnos unos a otros*. Está escrito que “se regocijaron con ella”.

¡Cuánta mayor felicidad habría en este mundo malvado si fuera más habitual una conducta como la de los del entorno de Elisabet! La solidaridad con las alegrías y tristezas de los demás cuesta poco y, sin embargo, es una virtud de tremendo poder. Como el aceite en las ruedas de un gran motor, puede parecer algo insignificante y sin

importancia, pero en realidad tiene una inmensa influencia en el bienestar y buen funcionamiento de toda la maquinaria de la sociedad. Una palabra amable de felicitación o de consuelo rara vez se olvida. El corazón caldeado por las buenas noticias o helado por la aflicción es especialmente susceptible, y la solidaridad con un corazón así es con frecuencia más preciosa que el oro.

El siervo de Cristo hará bien en recordar esta virtud. Parece "pequeña" y, en medio del estruendo de la controversia y de la batalla acerca de doctrinas importantes, es triste nuestra tendencia a pasarla por alto. Pero es una de aquellas estacas del Tabernáculo que no había que dejarse en el desierto. Es uno de aquellos adornos del carácter cristiano que lo hacen hermoso a los ojos de los hombres. No olvidemos que nos es impuesto por un precepto especial: "Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran" (Romanos 12:15). La práctica de esto parece atraer una bendición especial. Los judíos que se acercaron a consolar a María y Marta de Betania vieron el mayor milagro obrado por Jesús. Por encima de todo, nos lo encomienda el ejemplo más perfecto: nuestro Señor estuvo dispuesto tanto a ir a una fiesta de bodas como a llorar en una tumba (cf. Juan 2:1 ss.; Juan 11:1 ss.). Estemos siempre dispuestos a ir y hacer lo mismo.

Vemos en la conducta de Zacarías en este pasaje *un ejemplo impresionante del beneficio de la aflicción*. Resiste los deseos de sus parientes de darle a su hijo recién nacido su propio nombre. Se aferra con firmeza al nombre de "Juan" que le había ordenado el ángel Gabriel. Muestra que sus nueve meses de mudez no los ha sufrido en vano. Ya no le falta fe, sino que cree. Ahora cree cada palabra de lo que Gabriel le ha dicho y está dispuesto a obedecer cada palabra de su mensaje.

Sin duda, los nueve meses anteriores habían sido un tiempo provechoso para el alma de Zacarías. Había aprendido, probablemente, más acerca de su propio corazón y acerca de Dios que todo lo que sabía anteriormente. Su conducta lo demuestra. La corrección había producido instrucción. Se avergonzaba de su incredulidad. Como Job, podía decir: "De oídas te había oído; más ahora mis ojos te ven". Como en el caso de Ezequías, cuando el Señor le dejó lo hizo para hacer conocer lo que había en su corazón (cf. Job 42:5; 2 Crónicas 32:31).

Tengamos cuidado de que la aflicción nos haga bien como en el caso de Zacarías. No podemos evitar las pruebas en un mundo cargado de pecado. El hombre nace para las pruebas como las chispas vuelan hacia arriba (cf. Job 5:27). Pero, en el tiempo de nuestras tribulaciones, oremos intensamente para que podamos "[prestar] atención al castigo y a quien lo establece", para que aprendamos sabiduría por medio del castigo y no endurezcamos nuestros corazones contra Dios. "Las aflicciones santificadas —dice un antiguo teólogo— son para el crecimiento espiritual". La tristeza que nos humilla y nos

lleva más cerca de Dios es una bendición y una evidente ganancia. Ningún caso es más desesperado que el del hombre que, en tiempo de aflicción, da la espalda a Dios. Hay una terrible frase contra uno de los reyes de Judá: “Además el rey Acaz en el tiempo que aquél le apuraba, añadió mayor pecado contra Jehová” (2 Crónicas 28:22).

Vemos en la primera parte de la historia de Juan el Bautista *la naturaleza de la bendición que debemos desear para todos los jóvenes creyentes*. Leemos que “la mano del Señor estaba con él”.

No se nos dice claramente lo que significan estas palabras. Se nos deja que deduzcamos su significado a partir de la promesa anterior a Juan, antes de su nacimiento, y la vida que Juan vivió todos sus días. Pero no debemos dudar de que la mano del Señor estaba con Juan para santificar y renovar su corazón, para enseñarle y capacitarle para su oficio, para fortalecerle para toda su obra como precursor del Cordero de Dios, para animarle en toda su valiente denuncia de los pecados de los hombres y consolarle en sus últimas horas cuando iba a ser decapitado en la prisión. Sabemos que él fue lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. No debemos dudar de que, desde sus primeros años, la gracia del Espíritu Santo apareció en sus caminos. En su infancia, así como en su madurez, apareció en él el poder impulsor de un extraordinario principio procedente de lo alto. Ese poder era “la mano del Señor”.

Esto es lo que debemos buscar para nuestros hijos. Es la mejor parte, la más feliz, la única que nunca se puede perder y que pervivirá después de la tumba. Es bueno que tengan sobre ellos “la mano” de los maestros e instructores; pero es mejor aún que tengan “la mano del Señor”. Podemos estar agradecidos si obtenemos la protección de los grandes y ricos. Pero debemos cuidarnos mucho más de obtener el favor de Dios. La mano del Señor es mil veces mejor que la mano de Herodes. Una es débil, necia e insegura; nos acaricia hoy y nos decapita mañana. La otra es todopoderosa, omnisciente e inmutable. Donde se afirma, lo hace para siempre. Bendigamos a Dios porque el Señor nunca cambia. Él es el mismo ahora que en los días de Juan el Bautista. Lo que hizo por el hijo de Zacarías puede hacerlo por nuestros hijos e hijas. Pero Él espera que se le suplique. Si deseamos que la mano del Señor esté con nuestros hijos, debemos buscarlo diligentemente.

Notas: Lucas 1:57–66

V. 59: *[Octavo día]*. Esto concuerda con Levítico 12:3. No encontramos nada en la Escritura como base para decir que, si un niño moría incircunciso antes del octavo día, no era salvo. Por la misma razón, podemos concluir que el bautismo no es absolutamente necesario para la salvación de los infantes

bajo la dispensación cristiana. No es la ausencia de las ordenanzas, sino el desprecio de las mismas lo que destruye el alma. De este desprecio no puede ser culpable un niño pequeño.

V. 62: *[Por señas]*. A la luz de esta expresión, parece probable que Zacarías estuviera sordo además de mudo.

Lucas 1:67–80

En estos versículos tenemos otro himno de alabanza que requiere nuestra atención. Hemos leído las palabras de gratitud de María, la madre de nuestro Señor. Ahora leemos las palabras de gratitud de Zacarías, el padre de Juan el Bautista. Hemos escuchado la alabanza que produce en la virgen de la casa de David la Primera Venida de Cristo. Ahora escuchemos la alabanza que produce en un anciano sacerdote.

Observemos, en primer lugar, *la profunda gratitud del corazón de un creyente judío a la espera de la aparición del Mesías*. Alabanza es la primera palabra que sale de la boca de Zacarías tan pronto como desaparece su mudez y le es restaurada el habla. Comienza con la misma expresión con la que comienza el apóstol Pablo varias de sus Epístolas: “Bendito el Señor”.

En nuestro período histórico difícilmente podemos entender la profundidad de los sentimientos de este buen hombre. Pongámonos en su lugar. Imaginémonos viendo el cumplimiento de la antigua promesa del Antiguo Testamento, la promesa de un Salvador, y contemplando que el cumplimiento de esta promesa se acerca a nuestra puerta. Debemos tratar de darnos cuenta de la idea del Evangelio tan confusa e imperfecta que tenían los hombres antes de que Cristo apareciera de verdad y las sombras y los tipos pasaran. Entonces quizá tendríamos cierta idea de los sentimientos de Zacarías cuando exclamó: “Bendito el Señor”.

Me temo que los cristianos tenemos unas ideas muy limitadas e inadecuadas de los maravillosos privilegios que tenemos por vivir bajo la plena luz del Evangelio. Probablemente tengamos una idea muy borrosa de la confusión comparativa y de la penumbra de la dispensación judía. Tenemos una idea muy débil de cómo sería una iglesia de antes de la encarnación de Cristo. Abramos nuestros ojos a la amplitud de nuestra responsabilidad. Aprendamos del ejemplo de Zacarías a ser más agradecidos.

Observemos, en segundo lugar, en este himno de alabanza, *cuánta presión libera Zacarías al descansar en el cumplimiento de las*

promesas de Dios. Declara que Dios ha “visitado y redimido a su pueblo”, hablando de ello a la manera de los profetas como algo ya cumplido, con la seguridad de que ocurrirá. Continúa proclamando el instrumento de esta redención: “un cuerno de salvación” (LBLA), “un poderoso Salvador” de la casa de David. Y después añade que todo esto ha sido hecho “como habló por boca de sus santos profetas, […] para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo pacto; del juramento que hizo a Abraham nuestro padre”.

Está claro que las almas de los creyentes del Antiguo Testamento se alimentaron mucho de las promesas de Dios. Se vieron obligados a caminar por fe mucho más que nosotros. No sabían nada de los grandes hechos que nosotros conocemos acerca de la vida, muerte y resurrección de Cristo. Miraban hacia adelante a la redención como algo que esperaban pero aún no veían, y su única garantía para su esperanza era la palabra pactada por Dios. Su fe bien puede avergonzarnos. Lejos de despreciar a los creyentes del Antiguo Testamento, como algunos parecen inclinados a hacer, debemos maravillarnos de que fueran como eran.

Aprendamos a descansar en las promesas y abracémoslas como lo hizo Zacarías. No dudemos de que ninguna palabra de Dios acerca de su pueblo respecto a las cosas futuras se cumplirá con tanta seguridad como se ha cumplido cada palabra acerca de él respecto a las cosas pasadas. Su seguridad se basa en una promesa: el mundo, la carne y el diablo nunca prevalecerán contra ningún creyente. Su exculpación en el día final es asegurada por una promesa: No vendrán a condenación, sino que serán presentados sin mancha ante el trono del Padre. Su gloria final es asegurada por una promesa: su Salvador vendrá por segunda vez tan seguro como vino la primera a reunir a sus santos y otorgarles una corona de justicia. Estemos convencidos de estas promesas. Abracémoslas y no las soltemos. Nunca nos fallarán. La Palabra de Dios nunca es incumplida. Él “no es hombre, para que mienta”. Tenemos un sello en cada promesa que Zacarías nunca vio. Tenemos el sello de la sangre de Cristo que nos asegura que lo que Dios ha prometido lo cumplirá.

Observemos, en tercer lugar, en este himno, las claras ideas del Reino de Cristo que poseía Zacarías. Habla de ser “librados de nuestros enemigos”, como si tuviera en mente un reino terrenal y un liberador transitorio del poder gentil. Pero no se queda ahí. Declara que el Reino del Mesías es un Reino en el que su pueblo “sin temor le serviríamos, en santidad y en justicia delante de él”. Él proclamó que este Reino se estaba acercando. Los profetas habían anunciado desde mucho tiempo antes que un día sería establecido. En el nacimiento de su hijo Juan el Bautista y la cercana aproximación de Cristo, Zacarías vio este Reino muy cercano.

El fundamento de este Reino del Mesías fue establecido por medio de la predicación del Evangelio. Desde aquel tiempo, el Señor Jesús ha

estado continuamente reuniendo súbditos a los que saca de un mundo malvado. La plena realización del Reino es un acontecimiento aún venidero. Los santos del Altísimo tendrán un día el dominio completo. La pequeña piedra del Reino del Evangelio llenará toda la Tierra. Pero, tanto si su situación es incompleta como si es completa, los súbditos del Reino siempre tienen una misma característica: sirven sin temor. Sirven a Dios "en santidad y en justicia".

Seamos plenamente diligentes en buscar pertenecer a este Reino. Aunque ahora parece pequeño, será grande y glorioso un día. Los hombres y mujeres que han servido a Dios "en santidad y en justicia", verán un día todas las cosas debajo de ellos. Todo enemigo será sometido y ellos reinarán para siempre en aquel nuevo Cielo y aquella nueva Tierra donde mora la justicia.

Observemos, por último, *las claras ideas de doctrina que tenía Zacarías*. Concluye su himno de alabanza dirigiéndose a su hijo Juan el Bautista. Anuncia que él irá delante de la presencia del Mesías "para dar conocimiento de [la] salvación" que está a punto de traer, una salvación que es toda por gracia y misericordia, una salvación de la que los principales privilegios son "el perdón de sus pecados", "luz" y "paz".

Terminemos el capítulo examinando lo que conocemos de estos tres gloriosos privilegios. ¿Sabemos algo acerca del perdón? ¿Nos hemos vuelto de las tinieblas a la luz? ¿Hemos saboreado la paz con Dios? Estas son, al fin y al cabo, las realidades del cristianismo. Estas son las cosas sin las cuales ser miembros de la iglesia y los sacramentos no salvan el alma de alguien. Nunca descansemos hasta conocerlo experimentalmente. La misericordia y la gracia se otorgarán a todos aquellos que invoquen el nombre de Cristo. No descansemos hasta que el Espíritu dé testimonio a nuestro Espíritu de que nuestros pecados han sido perdonados, de que hemos pasado de las tinieblas a la luz y estamos verdaderamente caminando por la senda estrecha, por el camino de la paz.

Notas: Lucas 1:67–80

V. 69: *[Un cuerno de salvación]*. Henry Venn comenta lo siguiente: "El cuerno de un animal es su arma para defenderse y atacar, además de su ornamento y belleza. Se utiliza, por tanto, con un estilo profético para hacer referencia al poder de los imperios fuertes. En este mismo sentido debemos entenderlo aquí. Por medio de esta imagen se hace referencia a la extremada grandeza de la fuerza del Redentor y su esfuerzo incesante a favor de su Iglesia" (Venn sobre la profecía de Zacarías).

V. 70: *[Habló por boca de sus santos profetas]*. Notemos que se dice expresamente que "Dios habló" por los profetas. Cuando leemos sus

palabras, leemos las palabras de Dios. Burgon ofrece la siguiente acertada cita de Hooker: “Ni hablaron ni escribieron palabra alguna de su cosecha, sino que dijeron sílaba por sílaba lo que el Espíritu puso en su boca; como el arpa o el laúd, que producen un sonido acorde con la competencia de las manos que lo sostienen y lo tocan con habilidad”.

V. 71: *[Nuestros enemigos]*. Tenemos que acudir a otras fuentes para saber a quiénes se refiere la palabra “enemigos”. Es altamente improbable que la expresión haya que tomarla solo en un sentido espiritual y que Zacarías solo quiera decir que Cristo libera a su pueblo creyente del mundo, la carne y el diablo. Es mucho más probable que la profecía de Zacarías —que habla, como lo hizo, lleno del Espíritu Santo— mire mucho más adelante en el tiempo e incluya tanto la Primera como la Segunda Venida de Jesucristo. Según esta opinión, la expresión “enemigos” incluiría no solo a los enemigos espirituales de los que Jesús libera a su pueblo ahora, sino a los enemigos literales de los que liberará a su Iglesia redimida y a las tribus dispersas de Israel en su segunda aparición futura.

V. 78: *[La aurora]*. Esto tiene que hacer referencia a Cristo mismo. Él es llamado en Malaquías “Sol de justicia”, en Pedro “lucero de la mañana” y en el Apocalipsis “estrella resplandeciente de la mañana” (Malaquías 4:2; 2 Pedro 1:19; Apocalipsis 22:16). Todas son expresiones figuradas que enseñan la misma gran verdad: que Cristo es “la luz del mundo” (Juan 8:12).

Lucas 2:1–7

En estos versículos tenemos la historia de un nacimiento, el nacimiento del Hijo encarnado de Dios, del Señor Jesucristo. Todo nacimiento de un niño vivo es un acontecimiento maravilloso. Trae a la existencia a un alma que nunca morirá. Pero nunca, desde que el mundo comenzó, hubo un nacimiento tan maravilloso como el de Cristo. En sí fue un milagro: “Dios fue manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). Las bendiciones que trajo al mundo eran indescriptibles: abrió al hombre la puerta de la vida eterna.

Al leer estos versículos, observemos primero *el tiempo en el que nació Cristo*. Fue en los días cuando Augusto, el primer emperador romano, “promulgó un edicto […] que todo el mundo fuese empadronado”.

En este sencillo hecho vemos la sabiduría de Dios. El cetro había sido prácticamente quitado de Judá (cf. Génesis 49:10). Los judíos estaban cada vez más bajo el dominio y el empadronamiento de una potencia extranjera. Los extranjeros estaban comenzando a gobernar sobre ellos. Y nunca más tendrían un gobierno propio verdaderamente independiente. Había llegado el “tiempo” de que el Mesías prometido

apareciera. Augusto censa “el mundo” y enseguida nace Cristo.

Era un tiempo especialmente adecuado para la introducción del Evangelio de Cristo. Toda la Tierra civilizada era por fin gobernada por un año (Daniel 2:40). No había nada que evitara que el predicador de una nueva fe fuera de ciudad en ciudad y de país en país. Los príncipes y sacerdotes del mundo pagano habían sido pesados en la balanza y hallados faltos (cf. Daniel 5:27). Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Grecia y Roma habían demostrado sucesivamente que “el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Corintios 1:21). A pesar de sus poderosos vencedores, poetas, historiadores, arquitectos y filósofos, los reinos del mundo estaban llenos de tenebrosa idolatría. Era en verdad el “tiempo” de que Dios interviniera desde el Cielo y enviara a un poderoso Salvador. Era el “tiempo” de que naciera Cristo (cf. Romanos 5:6).

Hagamos descansar siempre nuestras almas en el pensamiento de que los tiempos están en las manos de Dios (Salmo 31:15). Él conoce el mejor momento para enviar ayuda a su Iglesia y nueva luz al mundo. Cuidémonos de ceder a la ansiedad por el curso de los acontecimientos que nos rodean, como si conociéramos mejor que el Rey de reyes cuándo debe venir la liberación. “¡Felipe, deja de tratar de gobernar el mundo!”, eran unas palabras frecuentes de Lutero a un amigo angustiado. Y eran unas palabras llenas de sabiduría.

Observemos, en segundo lugar, *el lugar donde nació Cristo*. No fue en Nazaret de Galilea, donde vivía su madre la virgen María. El profeta Miqueas había anunciado que el acontecimiento tendría lugar en Belén (Miqueas 5:2). Y así sucedió. En Belén nació Cristo.

En este sencillo hecho vemos la providencia soberana de Dios. Ordena todas las cosas que ocurren en el Cielo y en la Tierra. Vuelve los corazones de los reyes adonde Él quiere. Dispuso el tiempo en que Augusto decretaría el empadronamiento. Dirigió la obligatoriedad del decreto de tal manera que María tuvo que ir a Belén cuando “se cumplieron los días de su alumbramiento”. No se imaginaba el arrogante emperador romano y su gobernador Cirenio que solo estaban siendo instrumentos en manos del Dios de Israel y llevando a cabo los propósitos eternos del Rey de reyes. No se imaginaban que estaban ayudando a establecer el fundamento de un Reino ante el cual un día se inclinarían todos los imperios de este mundo y sucumbiría la idolatría romana. Se deben recordar las palabras de Isaías acerca de una ocasión similar: “Aunque él no lo pensará así, ni su corazón lo imaginará de esta manera” (Isaías 10:7).

El corazón del creyente recibe aliento al recordar el gobierno providencial del mundo por parte de Dios. Un verdadero cristiano nunca debe ser conmovido o inquietado por la conducta de los gobernantes de la Tierra. Debe ver con los ojos de la fe una mano que gobierna todo lo que ellos hacen para la alabanza y gloria de Dios. Debe considerar a cada rey y potestad —como Augusto, Cirenio, Darío,

Ciro o Senaquerib— como una criatura que, con todo su poder, no puede hacer nada más que lo que Dios permite y nada que no sea llevar a cabo la voluntad de Dios. Y, cuando los gobernantes de este mundo se unan contra el Señor, debe recibir ánimo de las palabras de Salomón: “Uno más alto está sobre ellos” (Eclesiastés 5:8).

Observemos, por último, *cómo nació Cristo*. No nació bajo el techo de la casa de su madre, sino en un lugar extraño: en un “mesón”. Cuando nació, no fue colocado en una cuna dispuesta con cuidado. “Lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón”.

Vemos aquí la gracia y condescendencia de Cristo. Si hubiera venido a salvar al género humano con majestad real, rodeado de los ángeles de su Padre, habría sido un acto de misericordia inmerecida. Si hubiera escogido morar en un palacio, con poder y gran autoridad, habríamos tenido razón para sorprendernos. Pero hacerse pobre como los más pobres de la Humanidad y pequeño como los más pequeños, este es un amor que sobrepasa todo entendimiento. Es indescriptible e incomprensible. Nunca nos olvidemos de que, a través de esta humillación, Jesús ha adquirido para nosotros el derecho a la gloria. Por medio de su vida de sufrimiento, así como de su muerte, ha obtenido redención eterna para nosotros. Durante toda su vida se hizo pobre por nosotros, desde el momento de su nacimiento hasta la hora de su muerte. Y, a través de su pobreza, nosotros somos enriquecidos (cf. 2 Corintios 8:9).

Cuidémonos de despreciar a los pobres a causa de su pobreza. Su estado ha sido santificado y honrado por el Hijo de Dios al tomarlo voluntariamente Él mismo. Dios no hace acepción de personas. Mira los corazones de los hombres, no sus ingresos. Nunca nos avergoncemos de la cruz de la pobreza si Dios cree conveniente ponerla sobre nuestros hombros. Ser impío y codicioso es una deshonra, pero no lo es ser pobre. Un hogar humilde, una comida corriente y una cama dura no son agradables para la carne y la sangre. Pero son la porción que el Señor Jesús mismo aceptó voluntariamente desde el día de su entrada en el mundo. La riqueza destruye mucho más las almas que la pobreza. Cuando el amor al dinero comienza a infiltrarse en nosotros, pensemos en el pesebre de Belén y en Aquel que fue acostado en él. Esos pensamientos pueden librarnos de mucho daño.

Notas: Lucas 2:1–7

V. 1: *[Augusto César]*. Este es aquel Octavio que, tras la derrota de Antonio y Cleopatra en Actium, tomó el gobierno del imperio romano en sus manos y fue el primer César o emperador romano propiamente dicho.

[Mundo]. Algunos piensan que la palabra griega traducida así se aplica especialmente en el Nuevo Testamento a Judea y a los países que la rodean. No hay prueba suficiente de esto. No se puede tomar en este sentido limitado en Hechos 17:31 y en Apocalipsis 12:9 y no es necesario que lo tomemos así aquí.

[Empadronado]. La palabra así traducida podría ser igualmente "registrado" (Hebreos 12:23).

V. 2: *[Este primer censo se hizo]*. Hay una famosa dificultad relativa a este versículo que requiere unas palabras. Según autores no inspirados, Cirenio (o Quirinio, como es llamado por los autores latinos) no fue gobernador de Siria hasta ocho o diez años después del nacimiento de Cristo. ¿Cómo se puede reconciliar esto con la afirmación de S. Lucas? Se han ofrecido las siguientes explicaciones:

Algunos dicen que el nombre de Cirenio se ha introducido en el texto por error y que deberíamos leer, en su lugar, Quintilio o Saturnino, que eran los dos gobernadores que precedieron a Cirenio. Pero es una manera muy insatisfactoria de alterar los textos con el fin de resolver las dificultades. En el presente caso no hay pruebas para la alteración.

Otros dicen que la explicación hay que encontrarla en la palabra traducida "se hizo", y que debería haber sido traducida "entró en vigor". El sentido sería: "Este registro o censo, aunque se ordenó en este momento, entró en vigor por primera vez cuando Cirenio era gobernador".

Otros dicen que la palabra traducida como "primer", debería haber sido traducida como "anterior". El sentido sería entonces: "Este censo fue anterior al hecho bajo Cirenio". Para una traducción así se encuentra autoridad en Juan 1:15 y 30.

Otros dicen que hubo dos censos y que Cirenio estuvo implicado oficialmente en ambos, aunque no exactamente con la misma autoridad en ambas ocasiones, y que S. Lucas era consciente de esto e insertó expresamente la palabra "primer" para mostrar a cuál de los dos censos se refería. En favor de esta idea se debe recordar que, en cuanto a esto, hay infinitamente más probabilidad de que S. Lucas tenga razón y no otro historiador no inspirado, y que no tenemos derecho a suponer que, allí donde difiere de ellos, ellos tienen razón y él está equivocado. Más aún, es un hecho destacable que Justino Mártir, que vivió en el siglo II, afirme claramente tres veces que Cristo nació bajo Cirenio. Wordsworth dice que "las investigaciones de Zumpt han intensificado la probabilidad de que Quirinio, quien fue gobernador de Cilicia, fuese también gobernador de Siria en el tiempo de la Natividad".

V. 3: *[Iban todos para ser empadronados]*. Quesnel señala: "Augusto pensaba que se estaba ocupando de exaltar la gloria de su nombre y el resplandor de su reino. Y, sin embargo, sus órdenes, por medio de otras más poderosas y absolutas, se subordinaron al cumplimiento de las profecías que él desconocía —acerca del nacimiento de un Rey al que él nunca conocería— y al establecimiento de una monarquía que sometería a la suya y a todas las demás. Esto es lo que ocurre en todas las épocas, y los hombres no se dan cuenta de ello".

En cuanto al cumplimiento de Génesis 49:10 en este empadronamiento,

Watson observa que “no puede haber mayor señal de que el cetro estaba siendo quitado de Judá y el gobierno de Herodes era más nominal que real. Julián el apóstata objetó a la reivindicación de Cristo el que, en virtud de este mismo censo, naciera sometido a César, sin saber lo fielmente que esto ilustraba la antigua profecía de Jacob de que su nacimiento y la retirada del cetro de Judá coincidirían”.

V. 4: *[Familia]*. Esta palabra griega aparece también así traducida en otros lugares como Hechos 3:25 y Efesios 3:15. [La Biblia inglesa citada por el autor traduce “linaje”, N.T.].

V. 7: *[Hijo primogénito]*. Las palabras así traducidas son más enfáticas en lengua griega. Sería más literal: “Su Hijo, su primogénito”.

[Lo envolvió en pañales]. Sobre esta expresión, los Padres y la mayoría de autores romanistas han construido la idea de que el nacimiento de nuestro Señor fue con un parto sin esfuerzo ni dolor. Semejante idea es, como mínimo, una conjetura infructuosa. No hay nada que aquí se mencione que una madre en la situación de María, en un clima oriental, no pudiera hacer por sí misma sin requerir ayuda. No hay necesidad de imaginar e inventar circunstancias milagrosas en la encarnación de nuestro Señor salvo aquellas que han sido claramente reveladas.

[Pesebre]. La palabra así traducida aparece solo en otro lugar en el Nuevo Testamento (Lucas 13:15). No está claro si la idea popular de que nuestro Señor fue acostado en el abrevadero de donde comía el ganado es realmente correcta. No hay pruebas seguras de que la expresión signifique algo más que “lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón”. Algunos piensan que este pesebre era una de aquellas telas de pelo en las que se alimenta a los caballos en aquellos países. Hay fuertes razones para suponer que todo tuvo lugar en una cueva como muchas de las que se encuentran en Judea.

[No había lugar para ellos en el mesón]. Hay que advertir cuidadosamente un hecho aquí que, con frecuencia, se pasa completamente por alto. En la providencia de Dios, el nacimiento de Cristo contó con toda la publicidad con la que probablemente podía contar un nacimiento. Tuvo lugar en un mesón, y un mesón repleto de extranjeros de todas partes. Por tanto, el fraude habría sido imposible. El acontecimiento fue evidente para muchos testigos y no se podía negar. El Hijo de Dios se había encarnado verdaderamente, y literal y ciertamente había nacido de una mujer, como cualquiera de nosotros. Si el nacimiento hubiera tenido lugar tranquilamente en Nazaret o en una casa privada de Belén, con toda probabilidad a los treinta años todo se habría negado.

Lucas 2:8–20

En estos versículos leemos cómo se anunció el nacimiento del Señor Jesús por primera vez a los hijos de los hombres. El nacimiento del hijo de un rey suele ser ocasión de diversión y regocijo popular. El anuncio del nacimiento del Príncipe de Paz se hizo en privado, a media noche y sin pompa ni ostentación humanas.

Señalemos *quiénes eran aquellos a quienes llegaron las noticias de que había nacido Cristo*. Eran "pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño". A pastores, no a los sacerdotes y gobernantes; a pastores, no a los escribas y fariseos, se les apareció un ángel proclamando: "Os ha nacido hoy […] un Salvador, que es CRISTO el Señor".

Vienen a nuestras mentes las palabras de Santiago, donde leemos lo siguiente: "¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?" (Santiago 2:5). La falta de dinero no quita a nadie los privilegios espirituales. Las cosas del Reino de Dios están con frecuencia escondidas de los grandes y nobles y son reveladas a los pobres. El duro trabajo manual no evita que alguien sea favorecido con una comunión especial con Dios. Moisés estaba guardando las ovejas, Gedeón estaba trillando, Eliseo estaba arando cuando individualmente fueron honrados por llamamientos directos y revelaciones de Dios. Resistamos la insinuación de Satanás de que la religión no es para el obrero. Lo débil del mundo suele ser llamado antes que lo poderoso. Los últimos suelen ser los primeros, y los primeros los últimos.

Señalemos, en segundo lugar, *el lenguaje utilizado por el ángel al anunciar el nacimiento de Cristo a los pastores*. Les dijo: "Os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo".

No debemos sorprendernos de estas palabras. Las tinieblas espirituales que habían cubierto la Tierra durante miles de años iban a desaparecer. El camino al perdón y a la paz con Dios iba a ser abierto a todo el género humano. La cabeza de Satanás iba a ser aplastada. Se iba a proclamar libertad a los cautivos y recuperación de la vista a los ciegos. Se iba a proclamar la poderosa verdad de que Dios podía ser justo y, sin embargo, por amor a Cristo justificaría al impío. Ya no había que ver la salvación a través de tipos y figuras, sino abiertamente y cara a cara. El conocimiento de Dios ya no estaría restringido a los judíos, sino que sería ofrecido a todo el mundo gentil. Los días del paganismo estaban contados. Estaba a punto de ponerse la primera piedra del Reino de Dios. Si esto no eran "buenas noticias", no ha habido nunca noticias que merezcan ese nombre.

Señalemos, en tercer lugar, *quiénes fueron los primeros que alabaron a Dios cuando nació Cristo*. Fueron los ángeles, y no los hombres: ángeles que nunca habían pecado y no necesitaban un Salvador, ángeles que no habían caído y no requerían de un redentor ni de sangre expiatoria. El primer himno en honor de Dios manifestado en carne fue entonado por "una multitud de las huestes celestiales".

Fijémonos en este hecho. Está lleno de profundas lecciones espirituales. Nos muestra qué buenos siervos son los ángeles. Todo lo que hace su Maestro celestial les agrada y les interesa. Nos muestra el claro conocimiento que tienen. Conocen el dolor que el pecado ha introducido en la creación. Conocen las bendiciones del Cielo y el privilegio de una puerta abierta a él. Sobre todo, nos muestra el profundo amor y la compasión que sienten los ángeles hacia el pobre hombre perdido. Se gozan en la gloriosa esperanza de que muchas almas se salvarán y muchos tizones serán arrebatados del fuego.

Esforcémonos por tener una mentalidad más parecida a la de los ángeles. Nuestra ignorancia y falta de vida espiritual aparecen de forma muy dolorosa en nuestra incapacidad de entrar en el gozo que vemos aquí y que expresaron ellos. Sin duda, si esperamos morar con ellos eternamente en el Cielo, debemos compartir algo de sus sentimientos mientras estamos aquí en la Tierra. Busquemos un sentimiento más profundo de la pecaminosidad y de la tristeza que produce el pecado, y después tendremos un sentimiento más profundo de gratitud por la redención.

Señalemos, en cuarto lugar, *el himno de alabanza que cantaron las huestes celestiales para que lo escucharan los pastores*. Dijeron: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!”.

Estas famosas palabras se interpretan de diversas maneras. El hombre es por naturaleza tan torpe para las cosas espirituales que parece como si no pudiera comprender una frase en lenguaje espiritual cuando la escucha. Pero se puede encontrar un sentido en estas palabras al que no se puede presentar objeción alguna; y no solo es un buen sentido, sino una excelente teología. El cántico comienza con: “¡Gloria a Dios en las alturas”. Ahora se llegaba al mayor grado de glorificación de Dios por medio de la entrada de su Hijo Jesucristo en el mundo. Él, por medio de su vida y muerte en la Cruz, glorificaría los atributos de Dios —su justicia, santidad, misericordia y sabiduría— como nunca habían sido glorificados. La Creación glorificaba a Dios, pero no tanto como la Redención.

“En la tierra paz”, continúa la canción. Ahora ha llegado a la Tierra la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, la paz perfecta entre un Dios santo y el hombre pecador, que Cristo iba a conseguir a precio de su propia sangre; la paz que es ofrecida libremente a toda la Humanidad; la paz que, una vez que se la deja entrar en el corazón, hace que los hombres vivan en paz unos con otros y que un día cubrirá el mundo entero.

La canción concluye diciendo: “¡Buena voluntad para con los hombres!”. Ahora ha llegado el tiempo cuando la bondad y la buena voluntad de Dios hacia el hombre culpable van a ser plenamente dadas a conocer. Su poder se pudo ver en la creación. Su justicia en el diluvio. Pero su misericordia siguió sin ser plenamente revelada hasta

la aparición y el sacrificio expiatorio de Jesucristo.

Ese era el significado del cántico de los ángeles. Felices aquellos que pueden acceder a su significado y con sus corazones suscribir su contenido. El hombre que espera morar en el Cielo debe tener cierto conocimiento experimental del idioma de sus habitantes.

Señalemos, antes de dejar este pasaje, *la inmediata obediencia a la visión celestial* de los pastores. No vemos dudas en ellos, ni preguntas, ni indecisión. Por muy extrañas e improbables que pudieran haberles parecido las noticias, enseguida actuaron conforme a ellas. Fueron a Belén rápidamente. Encontraron todo exactamente como se les había dicho. Su sencilla fe recibió una rica recompensa. Tuvieron el enorme privilegio de ser los primeros de toda la Humanidad, después de María y José, que vieron con los ojos de la fe al Mesías recién nacido. Pronto volvieron "glorificando y alabando a Dios" por lo que habían visto.

¡Que nuestro espíritu sea como el suyo! ¡Que siempre creamos sin reservas, actuemos con prontitud y no esperemos nada cuando el camino del deber esté claro! Si lo hacemos, recibiremos una recompensa como la de los pastores. El viaje que comienza en fe, generalmente concluye en alabanza.

Notas: Lucas 2:8–20

V. 8: *[Pastores en la misma región]*. Se ha argumentado en cuanto a estas palabras que nuestro Señor no pudo nacer en el día de Navidad porque no había costumbre entre los judíos de tener los rebaños en el campo en invierno. Dudo que el argumento sea muy concluyente. En cualquier caso, Jacob se queja de "la noche helada" cuando guardaba el rebaño de Labán en el país cercano de Padan-aram (cf. Génesis 31:40). Sin embargo, es un hecho innegable que el mes o el día exactos del nacimiento de nuestro Señor no se conocen. Cada mes del año ha tenido sus defensores en los debates sobre el asunto. No hay ninguna certeza en cuanto a ello. Si hubiera sido bueno para nosotros que conociéramos el día, Dios nos lo habría dicho. Para celebrar la Navidad no tenemos base alguna salvo la autoridad de la Iglesia.

V. 10: *[Todo el pueblo]*. Se puede cuestionar si esta expresión debía aplicarse especial y principalmente a los judíos. Una traducción más literal sería "para toda la gente".

V. 12: *[Al niño]*. Sin duda, una mejor traducción de esta expresión habría sido: "a un niño". Todo el contexto, además de la ausencia del artículo en griego, muestra que hubiera sido más adecuado.

V. 14: *[Buena voluntad]*. La palabra y lo que representa aquí equivalen a lo que encontramos en Efesios 1:5, 9. El significado es el de buena voluntad y el beneplácito de Dios para con los hombres que se revelan en su Hijo Jesucristo. Es lo mismo que "la bondad de Dios […] y su amor para con los hombres" de Tito 3:4 y el amor de Dios de Juan 3:16.

V. 15: *[Veamos esto que ha sucedido]*. La palabra traducida como “esto” se podría sustituir por “este dicho”. El comentario de Ambrosio acerca de este pasaje es una curiosa prueba de que los Padres eran todo menos infalibles. ¡De hecho, considera que “esto” es la Palabra personal, el Hijo de Dios! Un ligerísimo conocimiento de griego mostrará que este sentido de la palabra es imposible. Hasta el comentarista romanista Barradius se ve obligado a confesar que, en este comentario, Ambrosio erró.

V. 16: *[Vinieron, pues, apresuradamente]*. Hay un comentario tremendo sobre esta conducta de los pastores en una carta del obispo Hooper a ciertos “prisioneros piadosos y fieles que fueron capturados juntos en oración en una casa de Bow Churchyard”. Él dice: “Leed el capítulo 2 de S. Lucas y allí veréis cómo los pastores que velaban sus ovejas toda la noche, tan pronto como oyeron que Cristo había nacido en Belén, ciertamente se vieron impulsados a ir a verle. No razonaron ni debatieron entre ellos quién debía velar para que el lobo no se acercara a las ovejas durante ese tiempo, sino que hicieron lo que se les ordenó y encomendaron las ovejas a Aquel a quien estaban obedeciendo. Somos llamados a hacer lo mismo; encomendemos todas las otras cosas a Aquel que nos llamó. Él tendrá cuidado de que todo vaya bien. Él ayudará al marido, consolará la esposa. Guiará a los siervos, guardará la casa; preservará los bienes; sí, para que no se quede sin hacer, lavará los platos y moverá la cuna. Echa, por tanto, toda tu ansiedad sobre Dios” (*Obras de Hooper*. Ed. Parker, vol. II, 617).

Lucas 2:21–24

El primer punto que requiere nuestra atención en este pasaje es *la obediencia de nuestro Señor como niño a la Ley judía*. Leemos que fue circuncidado al octavo día. Es el primer hecho que se relata de su historia.

Es una mera pérdida de tiempo conjeturar, como algunos han hecho, acerca de la razón por que nuestro Señor se sometió a la circuncisión. Sabemos que “no hay pecado en él” (1 Juan 3:5). Su circuncisión no era ni mucho menos un reconocimiento de que había en su corazón una tendencia a la corrupción. No fue una confesión de inclinación al mal ni de necesidad de gracia para mortificar las obras de su cuerpo. Todo esto hay que tenerlo claramente en cuenta.

Bástenos con recordar que la circuncisión de nuestro Señor fue un testimonio público a Israel de que, según la carne, era judío, nacido de una mujer judía y “nacido bajo la ley” (Gálatas 4:4). Sin ella no habría cumplido los requisitos de la Ley. Sin ella no podría haber sido reconocido como el hijo de David y la simiente de Abraham. Recordemos, además, que la circuncisión era absolutamente necesaria

para que nuestro Señor pudiera ser escuchado como maestro en Israel. Sin ella no habría tenido acceso a ninguna asamblea judía legítima ni derecho a ninguna ordenanza judía. Sin ella habría sido considerado por todos los judíos como nada más que un gentil incircunciso y un apóstata de la fe de sus padres.

Que la sumisión de nuestro Señor a un mandato que no necesitaba cumplir sea una lección para nosotros en nuestra vida diaria. Soportemos mucho antes de incrementar el tropiezo del Evangelio o de entorpecer de alguna manera la causa de Dios. Las palabras de S. Pablo merecen una frecuente meditación: “Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley [...] a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos”. El hombre que escribió estas palabras caminaba muy cerca tras los pasos de su Maestro crucificado.

El segundo punto que requiere nuestra atención en este pasaje es *el nombre por el que fue llamado nuestro Señor, por mandato especial de Dios*. “Le pusieron por nombre JESÚS, el cual le había sido puesto por el ángel antes que fuese concebido”.

La palabra Jesús significa simplemente “Salvador”. Es la misma palabra que “Josué” en el Antiguo Testamento. La elección de este nombre es muy sorprendente e instructiva. El Hijo de Dios vino desde el Cielo para ser no solo el Salvador, sino el Rey, el Legislador, el Profeta, el Sacerdote, el Juez del hombre caído. Si hubiera escogido cualquiera de estos títulos, solo habría escogido algo que le pertenecía. Pero los dejó todos de lado. Seleccionó un nombre que habla de misericordia, gracia, ayuda y liberación para un mundo perdido. Es como Liberador y Redentor como desea ser conocido principalmente.

Preguntémonos con frecuencia a nosotros mismos qué conocen nuestros corazones acerca del Hijo de Dios. ¿Es Él nuestro Jesús, nuestro Salvador? Esta es la pregunta importante para nuestra salvación. No nos conformemos con conocer a Cristo como alguien que obró tremendos milagros y habló como ningún hombre ha hablado, o con conocerle como Aquel que es Dios mismo y que un día juzgará al mundo. Busquemos conocerle experimentalmente como nuestro Libertador de la culpa y del poder del pecado y como nuestro Redentor de las ataduras de Satanás. Esforcémonos por poder decir: “Este es mi Amigo; yo estaba muerto y Él me dio la vida; estaba prisionero y Él me liberó”. ¡Cuán precioso es este nombre de Jesús para todos los verdaderos creyentes! Es “como ungüento derramado” (Cantares 1:3). Los restaura cuando están atribulados. Los consuela cuando están decaídos. Coloca su almohada en la enfermedad. Los sostiene en la hora de la muerte. “Torre fuerte es el nombre de Jehová; a él correrá el

justo, y será levantado” (Proverbios 18:10).

El último punto que requiere nuestra atención en este pasaje es *la situación de humildad y pobreza de la madre de nuestro Señor, la virgen María*. Este es un hecho que, a primera vista, puede no parecer claro en la forma de estos versículos. Pero una referencia al capítulo 12 de Levítico nos lo aclarará enseguida. Allí vemos que la ofrenda que hizo María fue la especialmente señalada para las personas pobres: “Si no tiene lo suficiente para un cordero, tomará entonces dos tórtolas o dos palominos”. En resumen, su ofrenda fue una declaración de que era pobre (Levítico 12:8).

Es manifiesto que a nuestro Señor le tocó vivir en pobreza sobre la Tierra desde los días de su más tierna infancia. Fue alimentado y cuidado de niño por una mujer pobre. Pasó los primeros treinta años de su vida en la Tierra bajo el techo de un hombre pobre. Sin duda se alimentó con comida de pobre y llevó atavíos de hombre pobre, efectuó un trabajo de pobre y compartió todos los problemas de un hombre pobre. Esa condescendencia es verdaderamente maravillosa. Un ejemplo de semejante humildad sobrepasa el entendimiento del hombre.

Hechos como estos deberían grabarlos en su corazón las personas pobres. Ayudarían a silenciar la murmuración y la queja, y a progresar en reconciliarse con su dura suerte. El simple hecho de que Jesús naciera de una mujer pobre y viviera toda su vida en la Tierra entre la gente pobre debería silenciar el común argumento de que “la religión no es para los pobres”. Por encima de todo debería estimular a cada creyente pobre a acercarse al trono de gracia en oración. Recuerde en todas sus oraciones que su poderoso Mediador celestial está acostumbrado a la pobreza y conoce por experiencia el corazón de un hombre pobre. ¡Bueno sería para el mundo que los obreros pudieran al menos ver que Cristo es el verdadero amigo del pobre!

Notas: Lucas 2:21–24

V. 21: *[Circuncidar al niño]*. El obispo Hall comenta: “Aquel que se hizo pecado por nosotros sería en nuestras personas legalmente impuro para que, al satisfacer la Ley, pudiera quitar nuestra impureza. Aunque estuviera exento de las condiciones ordinarias de nuestro nacimiento, sin embargo, no estaría libre de aquellos ritos ordinarios que implicaban la debilidad y las manchas del género humano. Cumpliría una ley para abrogarla; otra para satisfacerla. Aquel que estaba por encima de la Ley vendría a estar bajo la Ley para liberarnos de la Ley”.

[Puesto por el ángel antes que fuese concebido]. Poole señala en sus anotaciones que “leemos de cuatro hombres del Antiguo Testamento a quienes Dios otorgó nombres antes de que nacieran: Isaac (cf. Génesis

17:19); Josías (cf. 1 Reyes 13:2), Ismael (cf. Génesis 16:11) y Ciro (cf. Isaías 44:28); y en el Nuevo Testamento se menciona a dos: Juan el Bautista y Jesucristo. Esto nos permite conocer la seguridad que tiene Dios acerca de acontecimientos futuros; porque, aunque los parientes de Ismael, Isaac y Juan el Bautista les pusieran aquellos nombres en obediencia al mandato de Dios y hubiera poco tiempo entre los nombramientos y los nacimientos, sin embargo es distinto en el caso de Josías y de Ciro".

V. 24: *[Dos palominos]*. Lightfoot dice que esto se llamaba, en hebreo, "la ofrenda del pobre, y el rico que la ofrece no cumple con su obligación".

Lucas 2:25–35

En estos versículos tenemos la historia de alguien cuyo nombre no se menciona en ningún otro lugar del Nuevo Testamento, un "hombre justo y piadoso" llamado Simeón. No sabemos nada de su vida antes o después del tiempo cuando nació Cristo. Solo se nos dice que vino por el Espíritu al Templo cuando el niño Jesús fue llevado allí por su madre y que "lo tomó en sus manos, y bendijo a Dios" con palabras que ahora son muy conocidas en todo el mundo.

Vemos, en el caso de Simeón, *cómo Dios tiene un pueblo creyente aun en los peores lugares y en los tiempos de mayores tinieblas*. La religión estaba en un punto bien bajo en Israel cuando nació Cristo. La fe de Abraham había sido dañada por las doctrinas de los fariseos y los saduceos. El oro puro se había contaminado deplorablemente. Pero, aun entonces, nos encontramos en medio de Jerusalén a un hombre "justo y piadoso", un hombre sobre el que está el Espíritu Santo.

Es un pensamiento esperanzador que Dios nunca se queda por completo sin un testigo. Aunque su Iglesia de creyentes sea en ocasiones pequeña, las puertas del Infierno nunca prevalecerán contra ella. Puede que la verdadera Iglesia sea conducida por el desierto y sea un pequeño rebaño disperso, pero nunca muere. Hubo un Lot en Sodoma y un Abdías en la casa de Acab, un Daniel en Babilonia y un Jeremías en la corte de Sedequías; y, en los últimos días de la Iglesia judía, cuando su iniquidad era casi completa, había personas piadosas como Simeón aun en Jerusalén.

Los verdaderos cristianos de todas las épocas deben recordar esto y animarse. Es una verdad que pueden olvidar y, en consecuencia, dar pie al pesimismo. "Sólo yo he quedado —dijo Elías—, y me buscan para quitarme la vida". Pero la respuesta de Dios para él fue: "Yo haré que queden en Israel siete mil" (1 Reyes 19:14, 18). Aprendamos a tener más esperanza. Creamos que la gracia puede sobrevivir y florecer aun

en las circunstancias más desfavorables. Hay más “simeones” en el mundo de lo que suponemos.

Vemos en el cántico de Simeón *lo completamente que puede ser liberado un creyente del temor a la muerte*. “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz”. Habla como alguien para quien la tumba ha perdido sus terrores y el mundo sus atractivos. Desea ser liberado de los sufrimientos de este estado de peregrinaje que es la existencia y que se le permita ir a su hogar. Está deseando estar ausente del cuerpo, y presente al Señor (cf. 2 Corintios 5:8). Habla como alguien que sabe adónde va cuando deje esta vida y a quien no le preocupa irse pronto. El cambio en su caso será un cambio para mejor, y desea que llegue.

¿Qué es lo que posibilita que un hombre mortal utilice semejante lenguaje? ¿Qué puede liberarnos de ese “temor a la muerte” al que tantos están atados? ¿Qué puede quitar el aguijón de la muerte? Solo hay una respuesta a estas preguntas. Nada sino una fuerte fe puede hacerlo. La fe que se apoya firmemente en un Salvador invisible, que se apoya en las promesas de un Dios invisible; la fe, y solo la fe, puede capacitar a un hombre para mirar a la muerte a la cara y decir que parte en paz. No basta con estar harto del dolor y de la enfermedad y dispuesto a someterse a lo que sea con tal de cambiar. No basta con sentir indiferencia hacia el mundo cuando no tenemos más fuerzas para mezclarnos en sus negocios o disfrutar sus placeres. Debemos tener algo más que esto si deseamos partir con verdadera paz. Debemos tener fe como la del anciano Simeón, esa fe que es don de Dios. Sin esa fe puede que muramos en calma y que parezca que “no [tenemos] congojas por [nuestra] muerte” (Salmo 73:4). Pero, si morimos sin esa fe, nunca nos encontraremos en casa cuando despertemos en el otro mundo.

En el cántico de Simeón vemos también *las ideas claras acerca de la obra y la misión de Cristo que tenían algunos creyentes judíos aun antes de que se predicara el Evangelio*. Vemos a este buen anciano hablando de Jesús como la salvación que Dios ha preparado, como “luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel”. Bien les habría ido a los eruditos escribas y fariseos del tiempo de Simeón haberse sentado a sus pies y escuchar su palabra.

Cristo fue en verdad “luz para revelación a los gentiles”. Sin Él estaban sumergidos en una gran oscuridad y superstición. Desconocían el camino a la vida. Adoraban las obras de sus manos. Sus más sabios filósofos eran tremendamente ignorantes en cuanto a las cosas espirituales: “Profesando ser sabios, se hicieron necios” (Romanos 1:22). El Evangelio de Cristo era como un amanecer para Grecia, Roma y todo el mundo pagano. La luz que arrojaba a las mentes de los hombres sobre la cuestión religiosa era tan grande como el cambio de la noche al día.

Cristo era verdaderamente “gloria de […] Israel”. La descendencia de Abraham, los pactos, la promesa, la Ley de Moisés, el culto en el

Templo ordenado por Dios, todos ellos eran grandes privilegios. Pero no eran nada comparados con el tremendo hecho de que en Israel hubiera nacido el Salvador del mundo. Este sería el mayor honor de la nación judía, que la madre de Cristo fuera una mujer judía y que la sangre de Aquel "del linaje de David según la carne" expiara el pecado del género humano (Romanos 1:3).

Recordemos que las palabras del anciano Simeón aun recibirán un cumplimiento más completo. La "luz" que vio por fe al sostener al niño Jesús en sus brazos aún brillará tanto que todas las naciones del mundo gentil lo verán. La "gloria" de aquel Jesús a quien Israel crucificó un día será revelada tan claramente a los judíos dispersos que mirarán a Aquel al que traspasaron y se arrepentirán y se convertirán. Llegará el día en que el velo será quitado del corazón de Israel y "en Jehová [...] se gloriará" (Isaías 45:25). Esperemos ese día, velemos y oremos. Si Cristo es la luz y la gloria de nuestras almas, ese día no puede resultarnos demasiado pronto.

Vemos en este pasaje, por último, *un sorprendente relato de los resultados que seguirían cuando Jesucristo y su Evangelio vinieran al mundo*. Cada palabra del anciano Simeón sobre este asunto merece una meditación personal. Todo constituye una profecía que se está cumpliendo diariamente.

Cristo había de ser "señal que será contradicha". Iba a ser una diana para todos los dardos de fuego del maligno. Iba a ser "despreciado y desechado entre los hombres". Él y su pueblo iban a ser una ciudad sobre una colina asediada por todas partes y odiada por toda clase de enemigos. Y así sería. Hombres incapaces de ponerse de acuerdo en nada coincidirían en odiar a Cristo. Desde el principio han sido miles los perseguidores y los incrédulos.

Cristo había de ser motivo de "caída [...] de muchos en Israel". Sería piedra de tropiezo y roca de caída para muchos judíos orgullosos y santurrones que le rechazarían y perecerían en sus pecados. Y así fue. Para multitud de ellos, Cristo crucificado fue una piedra de tropiezo y su Evangelio olor de muerte (1 Corintios 1:23; 2 Corintios 2:16).

Cristo había de ser motivo de "levantamiento de muchos en Israel". Resultaría ser el Salvador de muchos que en otro tiempo le rechazaron, blasfemaron y se rebelaron contra Él, pero que después se arrepintieron y creyeron. Y así fue. Cuando miles de los que le crucificaron se arrepintieron y Saulo, que le persiguió, se convirtió, fue nada menos que un levantamiento de la muerte.

Cristo había de ser motivo "que [fueran] revelados los pensamientos de muchos corazones". Su Evangelio traería a la luz los verdaderos caracteres de muchas personas. La enemistad contra Dios de algunos, el cansancio interior y el hambre de otros, serían descubiertos por medio de la predicación de la Cruz. Mostraría cómo son los hombres verdaderamente. Y así se demostró. Hechos de los

Apóstoles, casi en cada capítulo, da testimonio de que en esto, como en todos los demás asuntos que aparecen en esta profecía, el anciano Simeón dijo la verdad.

Y ahora, ¿qué pensamos de Cristo? Esta es la pregunta que debe ocupar nuestras mentes. ¿Qué pensamientos inspira en nuestros corazones? Esta es la pregunta a la que debemos prestar nuestra atención. ¿Estamos con Él o contra Él? ¿Le amamos o le rechazamos? ¿Tropezamos en su doctrina o nos levanta de la muerte? No descansemos hasta que podamos responder satisfactoriamente a estas preguntas.

Notas: Lucas 2:25–35

V. 25: *[Un hombre llamado Simeón]*. Algunos eruditos afirman que este Simeón era un hombre eminente en Jerusalén, hijo de Hillel y padre de Gamaliel. Henry dice lo siguiente: “Los judíos dicen que estaba dotado de un espíritu profético y que había sido expulsado del lugar que le correspondía porque sus opiniones en cuanto al reinado transitorio del Mesías eran contrarias a las de los judíos”. Todo esto es cuando menos dudoso.

[Consolación de Israel]. Este era un nombre aplicado por los judíos al Mesías. Lightfoot dice que “toda la nación esperaba la consolación de Israel; hasta tal punto que no había nada más común en ellos que jurar por el deseo que tenían de verlo”.

[El Espíritu Santo estaba sobre él]. No dejemos de advertir que esto fue antes de la muerte y ascensión de Cristo y del descenso del Espíritu en el día de Pentecostés. Nunca debemos olvidar que los santos del Antiguo Testamento fueron enseñados por el Espíritu Santo tan ciertamente como los creyentes después de que el Evangelio fuera establecido, aunque no de manera tan completa.

V. 29: *[Despides a tu siervo]*. La idea es la de liberación de una persona de una cadena, o de un prisionero de su cautividad.

V. 30: *[Salvación]*. La palabra así traducida solo se utiliza aquí y en otros tres lugares: Lucas 3:6; Hechos 28:28 y Efesios 6:17. Es una palabra más abstracta y enérgica que la que por lo general se traduce así.

V. 31: *[Todos los pueblos]*. Esta expresión es diferente de la del versículo 10. Es más literal y correcto traducirla en este lugar como “todos los pueblos” [la Biblia inglesa citada por el autor traduce “todo el pueblo”, N.T.].

V. 32: *[Luz […] a los gentiles, y gloria […] de Israel]*. Ford cita lo que dice el Dr. Richard Clerke sobre este versículo: “Los eruditos advierten que el agradable intérprete de este cántico coloca a los gentiles antes que a los judíos, porque el segundo llamamiento, la conversión de los judíos a Cristo, no ocurrirá hasta que entre la plenitud de los gentiles”.

V. 33: *[De él]*. Adviértase con cuidado que “de” significa aquí “acerca de”, “respecto a”.

V. 34: *[Los bendijo Simeón]*. Debido a esta expresión, algunos piensan que Simeón era por lo menos un principal de los sacerdotes, si no el sumo sacerdote. No hay nada que justifique esta suposición. Como alguien especialmente inspirado por el Espíritu Santo para profetizar, Simeón no estaba haciendo nada más, al bendecirlos, que lo que cualquier profeta habría hecho, sacerdote o no.

V. 35: *[Una espada traspasará]*. La explicación más sencilla de estas palabras es que Simeón anticipa tristeza a la virgen María, como si una espada cortara y traspasara su corazón. Esto se cumplió especialmente cuando estuvo ante la Cruz y vio a su Hijo muriendo en ella. ¿No estaba el Señor recordándole esta profecía cuando, en aquella solemne hora, la encomendó a su discípulo Juan diciendo “he ahí tu madre” para que ella tuviera un amigo en su tiempo de necesidad?

Lucas 2:36–40

Los versículos que acabamos de leer nos presentan a una sierva de Dios cuyo nombre no se menciona en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. La historia de Ana, como la de Simeón, es relatada solo por S. Lucas. La sabiduría de Dios ordenó que una mujer, además de un hombre, diera testimonio del hecho de que había nacido el Mesías. Por boca de dos testigos se constató que la profecía de Malaquías se había cumplido y el mensajero del Pacto había acudido repentinamente al Templo (cf. Malaquías 3:1).

Observemos en estos versículos *el carácter de una mujer santa antes del establecimiento del Evangelio de Cristo*. Los hechos relatados acerca de Ana son pocos y sencillos. Pero los encontraremos llenos de instrucción.

Ana fue una mujer de un carácter irreprochable. Después de una vida matrimonial de solo siete años, había pasado ochenta y cuatro sola como viuda. Las pruebas, la desolación y la tentación de una situación así fueron probablemente muy grandes. Pero Ana, por gracia, las superó todas. Respondía a la descripción dada por S. Pablo. Era una viuda “en verdad” (1 Timoteo 5:5).

Ana era una mujer que amaba la casa de Dios. “No se apartaba del templo”. Lo consideraba el lugar donde Dios moraba de manera especial y hacia el cual todo judío piadoso en tierras extranjeras, como Daniel, amaba dirigir sus oraciones. El deseo de su corazón era estar más cerca de Dios, y sentía que nunca estaba tan cerca como dentro

de los muros que contenían el arca, el altar y el lugar santísimo. Ella podía participar de las palabras de David: “Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová” (Salmo 84:2).

Ana era una mujer de gran abnegación: “sirviendo de noche y día con ayunos”. Estaba continuamente crucificando la carne y manteniéndola sujeta voluntariamente a una abstinencia. Plenamente persuadida en su mente de que esta práctica era de ayuda para su alma, no escatimaba esfuerzos por cumplirla.

Ana era una mujer de mucha oración: “sirviendo de noche y día con […] oraciones”. Se comunicaba continuamente con Él, como su mejor Amigo, acerca de las cosas que tenían que ver con su propia paz. Nunca se cansaba de rogarle a favor de los demás y, sobre todo, por el cumplimiento de sus promesas acerca del Mesías.

Ana era una mujer que tenía comunión con otros santos. Tan pronto como vio a Jesús, habló de Él a otros a quienes conocía en Jerusalén y con quienes evidentemente tenía una relación de compañerismo. Había unos vínculos de unión entre ella y todos los que abrigaban la misma esperanza. Eran siervos del mismo amo y viajaban al mismo hogar.

Y Ana recibió una rica recompensa por su gran diligencia en el servicio de Dios antes de abandonar el mundo. Se le permitió ver a Aquel que había sido prometido desde hacía tanto tiempo y por cuya venida había orado con tanta frecuencia. Su fe se convirtió finalmente en vista y su esperanza en seguridad. El gozo de esta santa mujer debió de ser “inefable y glorioso” (1 Pedro 1:8).

Sería bueno que todas las mujeres cristianas ponderaran el carácter de Ana y aprendieran sabiduría de él. Sin duda, los tiempos han cambiado mucho. Las obligaciones sociales del cristiano son muy diferentes de las del creyente judío en Jerusalén. No todos son ubicados por Dios en la situación de las viudas. Pero, aún así, salvando todas las distancias, queda mucho en la historia de Ana que es digno de imitación. Cuando leemos acerca de su coherencia, santidad, vida de oración y abnegación no podemos dejar de desear que muchas hijas de la Iglesia cristiana se esfuercen en ser como ella.

Observemos en estos versículos, en segundo lugar, *la descripción que se ofrece de los santos de Jerusalén en el tiempo en que nació Jesús*. Había personas “que esperaban la redención”.

Siempre descubriremos que la fe es la característica universal de los elegidos de Dios. Estos hombres y mujeres aquí descritos, aun morando en medio de una ciudad malvada, andaban por fe y no por vista. No fueron arrastrados por el diluvio de mundanalidad, formalismo y autojustificación que les rodeaba. No fueron infectados por las expectativas carnales de un Mesías meramente mundano en el que se complacían la mayoría de judíos. Vivían en la fe de los patriarcas y profetas de que el futuro Redentor traería santidad y justicia y que su principal victoria sería sobre el pecado y el diablo.

Esperaban con paciencia a ese Redentor. Anhelaban de corazón esa victoria.

Aprendamos una lección de estas buenas personas. Si ellos, con tan poca ayuda y tanta oposición, vivieron semejante vida de fe, ¡cuánto más deberíamos hacerlo nosotros con una Biblia completa y un Evangelio completo! Esforcémonos, como ellos, en andar por fe y mirar hacia adelante. La Segunda Venida de Cristo está por venir. La redención completa de esta Tierra del pecado, de Satanás y de la maldición ha de tener lugar aún. Declaremos plenamente por medio de nuestra vida y de nuestra conducta que buscamos y anhelamos esta Segunda Venida. Podemos estar seguros de que la forma más excelsa de cristianismo aún ahora es esperar la redención y amar la Venida del Señor (cf. Romanos 8:23; 2 Timoteo 4:8).

Observemos en estos versículos, por último, *la clara prueba que tenemos de que el Señor Jesús fue real y verdaderamente hombre además de Dios*. Leemos que, cuando María y José volvieron a su propia ciudad de Nazaret, “el niño crecía y se fortalecía”.

Hay, sin duda, mucho que es profundamente misterioso en la persona del Señor Jesús. Cómo la misma persona podía ser a la vez Dios perfecto y un hombre perfecto es un asunto que sobrepasa nuestro entendimiento. No podemos explicar con seguridad de qué manera, en qué medida y en qué proporción fue ejercitado en la primera parte de su vida ese conocimiento divino que, sin duda, poseía. Se nos escapa. No podemos alcanzar a comprenderlo.

Sin embargo, hay algo que está muy claro, y bien haremos en aferrarnos con firmeza a ello. Nuestro Señor participó de todo lo que pertenece a la naturaleza humana a excepción del pecado. Como hombre, nació como bebé. Como hombre, creció hasta ser un niño. Como hombre, aumentó cada año su fuerza corporal y su capacidad mental al pasar de la infancia a la madurez. Participó, en el pleno sentido, de todas las condiciones no pecaminosas del cuerpo del hombre: su debilidad al principio, su posterior crecimiento y su progreso regular hacia la madurez. Debemos quedar satisfechos con saber esto. Pretender ir más lejos resulta inútil. Saber esto claramente es de gran importancia. La ausencia de un conocimiento claro de esto ha conducido a muchas herejías.

Hay una lección práctica adecuada que sobresale a primera vista de esta verdad y que nunca hay que pasar por alto. Nuestro Señor puede compadecerse del hombre en cada etapa de su existencia desde la cuna hasta la tumba. Conoce por experiencia la naturaleza y el temperamento del bebé, del niño y del joven. Ha pasado por ello. Ha estado en su situación. Conoce sus corazones. Nunca olvidemos esto al tratar con los jóvenes en lo relativo a sus almas. Digámosles con confianza que hay Alguien en el Cielo a la diestra de Dios que está plenamente capacitado para ser su Amigo. Aquel que murió en la Cruz fue una vez niño y siente un interés especial por los niños y las niñas,

así como por las personas adultas.

Notas: Lucas 2:36–40

V. 36: *[Profetisa]*. Esta es una expresión singular y solo se utiliza en otra ocasión en el Nuevo Testamento (Apocalipsis 2:20). Si tomamos la palabra en su sentido más pleno, parece mostrar que el espíritu de profecía que se había ocultado durante cientos de años, desde el tiempo de Malaquías, estaba siendo restaurado a Israel cuando nació Cristo. Pero, igual que la palabra "profeta" no necesariamente implica, en el Nuevo Testamento, el poder de anticipar las cosas venideras, lo mismo puede ocurrir en el caso de la palabra "profetisa".

[Tribu de Aser]. Esto es extraordinario si recordamos que Aser fue una de las diez tribus llevadas a la cautividad y que nunca retornaron. Debemos concluir que un remanente disperso de ellos se mezcló, de alguna manera, con Judá y Benjamín, y con ellos retornaron de Babilonia tras el cautiverio.

V. 38: *[Hablaba del niño a todos]*. Merece la pena señalar que esta presentación de nuestro Señor en el Templo parece haber sido el cumplimiento primario de la profecía de Malaquías 3:1: "Vendrá súbitamente a su templo el Señor". Fue realmente una venida repentina sin ostentación. ¡Al parecer, los únicos testigos fueron un anciano y una anciana, y los únicos asistentes una mujer pobre y su igualmente pobre marido, y la forma en que el Señor apareció fue como un niño pequeño en brazos! ¡Qué poco nos esperábamos esto! ¡Cuántas profecías pueden estarse cumpliendo a nuestro alrededor en este mismo momento! Verdaderamente, los caminos de Dios no son nuestros caminos.

V. 39: *[Volvieron a Galilea, a [...] Nazaret]*. Hay aquí dos importantes incidentes en la historia de nuestro Señor que se salta S. Lucas (no necesariamente porque los pasara por alto, sino sencillamente porque no fue inspirado a escribir acerca de ellos). Esos incidentes son la visita de los sabios de Oriente y la huida a Egipto. Parece que José y María volvieron a Belén tras la presentación en el Templo, aunque es muy posible que fueran a Nazaret durante un breve período. Probablemente regresaron a Belén por un sentimiento de obligación, como si el Mesías tuviera que morar en el lugar en el que se había profetizado que nacería. Allí, en Belén, fueron visitados por los sabios de Oriente. Desde allí, siendo suministrados mediante sus regalos con medios para viajar, huyeron a Egipto para escapar de la ira de Herodes. Desde Egipto, después de la muerte de Herodes, regresaron a Nazaret.

Hay sin duda otras sugerencias en cuanto a este asunto hasta cierto punto complejo. La relatada anteriormente parece ser con mucho la más razonable y presentar menos dificultades.

Si María y José hubieran permanecido en Belén hasta la visita de los sabios y después hubieran ido a Jerusalén, habrían ido deliberadamente hacia el peligro acudiendo al lugar donde estaba Herodes.

Si la presentación en el Templo no tuvo lugar hasta después de la visita de

los sabios y la recepción de sus regalos, no parece probable que la ofrenda de María hubiera sido solo un par de palominos.

Lucas 2:41–52

Estos versículos siempre deberían resultar profundamente interesantes para un lector de la Biblia. Relatan el único hecho que conocemos acerca de nuestro Señor Jesucristo durante los primeros treinta años de su vida sobre la Tierra después de su infancia. ¡Cuántas cosas desearía saber el cristiano acerca de lo acontecido en aquellos treinta años y la historia diaria de su casa en Nazaret! Pero no debemos dudar de que hay sabiduría en el silencio de la Escritura sobre este asunto. Si hubiera sido bueno para nosotros saber más, se nos habría revelado más.

En primer lugar, podemos extraer del pasaje *una lección para todas las personas casadas*. La tenemos en la conducta de José y María aquí descrita. Se nos dice que "subieron a Jerusalén conforme a la costumbre de la fiesta". Regularmente cumplían las ordenanzas de Dios y lo hacían juntos. La distancia de Nazaret a Jerusalén era grande. El viaje para gente pobre sin medios de transporte sería, sin duda, difícil y fatigoso. Dejar la casa y el hogar durante diez días o una quincena no era un gasto ligero. Pero Dios le había dado a Israel un mandamiento, y José y María lo obedecían estrictamente. Dios había decretado ciertas cosas para su bien espiritual y las cumplían con regularidad. Y todo lo que hacían respecto a la Pascua lo hacían juntos. Cuando iban a la fiesta, siempre subían juntos.

Así debiera ser en el caso de todos los maridos y esposas cristianos. Deberían ayudarse unos a otros en las cosas espirituales y estimularse a servir a Dios. Es incuestionable que el matrimonio no es un sacramento como la Iglesia católica romana afirma en vano. Sin embargo, el matrimonio es un estado vital que tiene un gran efecto en las almas de aquellos que se introducen en él. Les ayuda a ascender y a descender. Les acerca al Cielo o al Infierno. Todos dependemos mucho de nuestras compañías. Nuestros caracteres son moldeados imperceptiblemente por aquellos con quienes pasamos el tiempo. A nadie se aplica esto tanto como a las personas casadas. Los maridos y las esposas causan continuamente bien o mal al alma del otro.

Todos los que están casados o piensan en casarse deben valorar bien estas cosas. Deben tomar ejemplo de la conducta de José y María, y decidir hacer lo mismo. Deben orar y leer la Biblia juntos, e ir a la casa de Dios juntos y hablarse el uno al otro acerca de cuestiones

espirituales. Sobre todo, deben cuidar de no poner obstáculos y estorbos en el camino del otro acerca de los medios de gracia. ¡Bienaventurados aquellos maridos que le dicen a sus esposas como Elcana a Ana: “Haz lo que bien te parezca”! ¡Felices aquellas esposas que le dicen a sus maridos como Lea y Raquel a Jacob: “Haz todo lo que Dios te ha dicho” (1 Samuel 1:23; Génesis 31:16)!

En segundo lugar, podemos extraer del pasaje *un ejemplo para todos los jóvenes*. Lo tenemos en la conducta de nuestro Señor Jesucristo cuando fue dejado solo en Jerusalén con 12 años. Durante cuatro días estuvo lejos de María y José. Durante tres días le buscaron sin saber qué le había acontecido. ¿Quién puede imaginarse la ansiedad de una madre así al perder a un hijo así? ¿Y dónde le encontraron al final? No perdiendo el tiempo o metido en alguna travesura, como harían muchos niños de doce años. No en compañías vanas o inútiles. “Le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley” oyendo lo que tenían que decirle y preguntándoles cosas que deseaba que le explicaran.

Así debería ser en el caso de los miembros más jóvenes de las familias cristianas. Deberían estar preparados y ser dignos de confianza a espaldas de sus padres así como delante de ellos. Deberían buscar la compañía de los sabios y prudentes y utilizar cada oportunidad para adquirir conocimiento espiritual antes de que vengan sobre ellos las preocupaciones de la vida y mientras sus memorias son frescas y fuertes.

Que los jóvenes cristianos valoren bien estas cosas y sigan el ejemplo de la conducta de Jesús a la edad de 12 años. Recuerden que, si son suficientemente mayores para hacer el mal, también lo son para hacer el bien; y que, si pueden leer libros de Historia y hablar, también pueden leer sus biblias y orar. Recuerden que son responsables ante Dios aun cuando son jóvenes y que está escrito que Dios “oyó la voz del muchacho” (Génesis 31:17). ¡Felices en verdad son aquellas familias en las que los hijos buscan al Señor temprano y no causan lágrimas a sus padres! ¡Felices son aquellos padres que pueden decir de sus hijos e hijas cuando están ausentes: “Puedo confiar en que mis hijos no correrán intencionadamente hacia el pecado”!

En último lugar, podemos extraer de este pasaje *un ejemplo para todos los verdaderos cristianos*. Lo tenemos en las solemnes palabras que dirigió nuestro Señor a su madre María cuando le dijo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho así?”. “¿No sabíais —fue la respuesta— que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”. Es evidente que en esta respuesta estaba implícito un suave reproche. Quería recordar a su madre que Él no era una persona corriente y que había venido al mundo para hacer una obra poco corriente. Era una indicación de que ella estaba olvidando, sin darse cuenta, que Él no había venido al mundo de una manera normal y que no podía esperar que siempre se quedara tranquilamente morando en Nazaret. Era un solemne

recordatorio de que, como Dios, tenía un Padre en el Cielo y de que la obra de este Padre celestial requería su principal atención.

Se trata de una expresión que debería penetrar profundamente en los corazones de todo el pueblo de Cristo. Proporciona una meta a la que aspirar en la vida diaria y una prueba para examinar sus hábitos y su conversación. Debe estimularlos cuando comienzan a ser perezosos. Debe refrenarlos cuando se sienten inclinados a retroceder al mundo. ¿Estamos en los negocios de nuestro Padre? ¿Estamos caminando en los pasos de Jesucristo? Estas preguntas nos llevarán a menudo a la humildad y nos harán avergonzarnos de nosotros mismos. Pero esas preguntas son eminentemente útiles para nuestras almas. Nunca está una iglesia en una situación tan saludable como cuando sus miembros creyentes tienen metas elevadas y se esfuerzan en todas las cosas en ser como Cristo.

Notas: Lucas 2:41–52

V. 42: *[Doce años]*. Parece que esta edad era la considerada por los judíos como una especie de momento de cambio decisivo en el que se abandonaba la niñez. Lightfoot cita un dicho de uno de los autores rabínicos: “El hombre debe tratar con gentileza a su hijo hasta los 12 años; pero después debe descender junto a él al camino de la vida, es decir, mantenerse con diligencia cerca de ese camino, norma y acción por los que pueda ganarse la vida”.

V. 44: *[Compañía]*. La palabra así traducida solo se utiliza en este lugar. Se refiere especialmente a una compañía de personas que van de viaje.

[Pensando [...] anduvieron camino de un día]. Bede ofrece una explicación de esto en un pasaje citado por Corderius. Dice que la costumbre al ir y volver de las fiestas judías era que los hombres marcharan por su lado y las mujeres por el suyo. Por tanto, fácilmente José podía haber “pensado” que Jesús estaba con María y María que estaba con José.

V. 46: *[Tres días después]*. El obispo Halls comenta lo siguiente: “¿Dónde estuviste tú, oh bendito Jesús, por espacio de estos tres días? ¿Dónde moraste o quién te atendió mientras estabas solo en Jerusalén? No te pregunto si te plugo ejercitarte tan pronto en las dificultades de un extranjero o hiciste provisión milagrosamente para ti mismo, puesto que no nos lo revelaste. Solo sé esto, que por este medio quisiste enseñar a tus padres que podías vivir sin ellos y que no por evitar la indigencia, sino por un designio misericordioso, quisiste depender de forma normal de su cuidado”.

[En medio de los doctores]. La idea popular de que Cristo discutió con los doctores carece de fundamento en este pasaje. Transmite una idea impropia e incorrecta y hay que evitarla entre cristianos. No se ve la más mínima huella de “discusión” en el relato que tenemos ante nosotros, en absoluto.

V. 48: *[¿Por qué nos has hecho así?]*. Existe evidencia de debilidad en

estas palabras de la virgen María a nuestro Señor. Parece que, como en otras ocasiones, muestra que era como las demás santas mujeres, un ser que necesitaba un Salvador y, por tanto, incapaz de salvar a otros.

V. 49: *[En los negocios de mi Padre]*. Estas palabras admitirían la traducción "en la casa de mi Padre" y muchos comentaristas están fuertemente a favor de ese sentido. Pero, en general, nuestra traducción parece la mejor y más completa. La traducción "los negocios de mi Padre" abarca un abanico de pensamiento más amplio y está más de acuerdo con la profundidad y plenitud general de las palabras de nuestro Señor.

V. 51: *[Estaba sujeto]*. Las palabras implican un hábito continuo durante su residencia en Nazaret, y no un simple hecho aislado.

V. 52: *[Crecía en sabiduría y en estatura]*. Merece la pena leer una frase de las "Anotaciones" de Poole sobre esta cuestión: "Si alguien pregunta cómo Aquel que era la sabiduría eterna del Padre, que es el único Dios, creció en sabiduría, debe saber que todas las cosas de la Escritura que se dicen de Cristo no se dicen con respecto a su persona completa, sino con respecto a una u otra naturaleza unida en esa persona. Creció en sabiduría como lo hizo en edad o estatura, con respecto a su naturaleza humana y no divina. Y como Dios magnificaba diariamente su gracia y favor hacia Él, le proporcionó gracia por parte de los injustos y el pueblo de Galilea".

Lucas 3:1–6

Estos versículos describen el comienzo del Evangelio de Cristo. Comenzó con la predicación de Juan el Bautista. Los judíos nunca pudieron decir que, cuando el Mesías vino, lo hizo sin que se notara o sin preparación. Por su misericordia, envió a un potente precursor delante de Él por medio de cuyo ministerio se despertó la atención de toda la nación.

Observemos en este pasaje, en primer lugar, *la maldad en el tiempo en que entró en el mundo el Evangelio de Cristo*. Los versículos introductorios del capítulo nos dicen los nombres de algunos que eran dirigentes y gobernantes en la Tierra cuando comenzó el ministerio de Juan el Bautista. Es una lista triste y llena de instrucción. Difícilmente encontramos en ella un nombre que no sea infame y malvado. Tiberio, Poncio Pilato, Herodes y su hermano, y Anás y Caifás eran hombres de los que conocemos muy poco y nada que no sea malo. Parecía que la Tierra estaba en manos de los impíos (cf. Job 9:24). Cuando los gobernantes son así, ¿qué se puede esperar de la gente? Así estaban las cosas cuando se le encargó al precursor de Cristo comenzar a predicar. Fue un tiempo cuando aparecieron y se establecieron los

primeros fundamentos de la Iglesia de Cristo. Ciertamente podemos decir que los caminos de Dios no son nuestros caminos.

Aprendamos a no desesperar nunca acerca de la causa de la Verdad de Dios, por muy negro y desfavorable que pueda parecer su panorama. En el mismo momento en que las cosas parecen desesperadas, Dios puede estar preparando una poderosa liberación. En el mismo momento en que el reino de Satanás parece estar triunfando, la piedra "cortada, no con mano" puede estar a punto de romperse en pedazos. La hora más oscura de la noche es a menudo aquella que precede al día.

Tengamos cuidado de no desatender la obra de Dios a causa de la maldad de los tiempos o del número y poder de nuestros adversarios. "El que al viento observa, no sembrará; y el que mira a las nubes, no segará" (Eclesiastés 11:4). Sigamos trabajando, y creamos que nos vendrá ayuda del Cielo cuando más la necesitemos. En la misma hora en que cierto emperador romano y los ignorantes sacerdotes parecían tenerlo todo a sus pies, el Cordero de Dios estaba próximo a aparecer procedente de Nazaret y establecería los cimientos de su Reino. Lo que ha hecho una vez puede volver a hacerlo. En un momento puede transformar la media noche de su Iglesia en el fulgor del mediodía.

Observemos en este pasaje, en segundo lugar, *el relato que ofrece Lucas del llamamiento de Juan el Bautista al ministerio*. Se nos dice que "vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías". Recibió un llamamiento especial de Dios para que comenzara a predicar y bautizar. Fue enviado un mensaje del Cielo a su corazón y, por el impulso de ese mensaje, emprendió su maravillosa obra.

Hay algo en este relato que arroja mucha luz acerca de la labor de todos los ministros del Evangelio. Es una labor que nadie tiene derecho a emprender a menos que tenga un llamamiento interior de Dios así como un llamamiento exterior del hombre. No tenemos derecho a esperar visiones y revelaciones del Cielo, por supuesto. Las fanáticas pretensiones de tener dones especiales del Espíritu siempre deben ser probadas y desalentadas. Pero el hombre debe tener un llamamiento interior antes de poner su mano en la obra del ministerio. La Palabra de Dios debe venir a él de una forma tan real y verdadera como le vino a Juan el Bautista antes de comprometerse a venir él a la Palabra. En resumen, debe poder decir con una buena conciencia que ha sido movido interiormente por el Espíritu Santo a asumir la labor de ministrar. El hombre que no puede decir esto, si acude a ser ordenado, comete un gran pecado y corre sin ser enviado.

Que forme parte de nuestras oraciones diarias el que nuestras iglesias no tengan ministros que no sean verdaderamente llamados por Dios. Un ministro que no está convertido es un perjuicio y una carga para una iglesia. ¿Cómo puede alguien hablar de verdades que no ha saboreado? ¿Cómo puede dar testimonio de un Salvador a quien nunca ha visto por la fe y a quien no se ha aferrado para su propia

alma? El pastor según el corazón de Dios es un hombre a quien ha venido la Palabra de Dios. Corre con confianza porque tiene noticias. Habla con denuedo porque ha sido enviado.

Observemos en este pasaje, por último, *la estrecha relación entre el verdadero arrepentimiento y el perdón*. Se nos dice que Juan el Bautista fue "predicando el bautismo del arrepentimiento para el perdón de pecados". El significado pleno de esta expresión es que Juan predicó la necesidad de ser bautizados como muestra de arrepentimiento y que le decía a sus oyentes que, a no ser que se arrepintieran de los pecados, estos no les serían perdonados.

Debemos tener claro en nuestra mente que ningún arrepentimiento puede expiar los pecados. Solo la sangre de Cristo puede limpiar el pecado del alma del hombre. Ningún grado de arrepentimiento puede justificarnos ante los ojos de Dios. Somos considerados justos ante Dios solo por nuestro Señor Jesucristo, por medio de la fe, y no por nuestras obras o méritos. Es de la mayor importancia que comprendamos esto claramente. El problema que acarrean los hombres a sus almas por malentender esto es más que lo que se puede expresar.

Pero, a la vez que decimos todo esto, debemos recordar con cuidado que, sin arrepentimiento, no hay alma que haya sido salva. Debemos conocer nuestros pecados, lamentarnos por ellos, abandonarlos y aborrecerlos, o nunca entraremos en el Reino de los cielos. No hay nada meritorio en esto. No forma parte alguna del precio de nuestra redención. Nuestra salvación es toda por gracia, de principio a fin. Pero sigue presente el gran hecho de que las almas salvas son siempre almas penitentes y de que la fe salvadora en Cristo y el verdadero arrepentimiento ante Dios nunca van separados. Esta es una tremenda verdad que nunca debemos olvidar.

¿Nos arrepentimos nosotros? Esta, al fin y al cabo, es la pregunta que más nos atañe. ¿Hemos sido convencidos de pecado por el Espíritu Santo? ¿Hemos acudido a Jesús para ser liberados de la ira venidera? ¿Sabemos lo que es un corazón contrito y humillado y un completo odio al pecado? ¿Podemos decir: Me arrepiento, al igual que decimos: Creo? Si no, no engañemos nuestras mentes con la idea de que nuestros pecados han sido perdonados. Está escrito: "Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente" (Lucas 13:3).

Notas: Lucas 3:1–6

V. 1: *[Iturea, Traconite, Abilinia, etc.]*. Eran distritos del norte y nordeste de Palestina.

V. 2: *[Siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás]*. Sabemos por la Biblia que

no podía haber, propiamente hablando, dos sumos sacerdotes al mismo tiempo. Este oficio, en los mejores días de Israel, era ostentado por un solo hombre y duraba toda la vida. Pero parece que, en el tiempo del ministerio terrenal de nuestro Señor, hubo mucha irregularidad conectada con el oficio de sumo sacerdote y los romanos probablemente depusieron a algunos de ellos por razones políticas. El resultado fue que frecuentemente había otros junto al sumo sacerdote aun vivo que habían ocupado el puesto anteriormente. Anás era suegro de Caifás (Juan 18:13).

V. 5: *[Todo valle se rellenará]*. Estas y otras expresiones parecidas a este versículo deben ciertamente recibir una interpretación figurada. De lo que habla no es de que literalmente bajen las montañas o de que se rellenen los valles. El sentido de la profecía es evidentemente que las dificultades y obstáculos tan grandes como las montañas y los valles en el camino de la marcha de un rey bajarán ante el progreso del Evangelio de Cristo.

V. 6: *[Verá toda carne]*. Esta es una profecía que aún no se ha cumplido plenamente. Se cumplirá del todo cuando el Reino de Cristo esté plenamente establecido en su Segunda Venida y todos le conozcan desde el menor hasta el mayor. Es uno de los muchos ejemplos de profetas del Antiguo Testamento que hablan de ambas venidas a la vez y anuncian las victorias completas de la segunda aparición de Jesús al mismo tiempo que las victorias parciales de su Primera Venida. Algunos comenzaron a ver la gran salvación tan pronto como se predicó el Evangelio por primera vez. Enseguida se obtuvo un pequeño rebaño. Todos verán finalmente la salvación de Dios desde el primero hasta el último.

Lucas 3:7–14

En estos versículos tenemos una muestra del ministerio de Juan el Bautista. Es una porción de la Escritura que siempre debe resultar especialmente interesante a una mente cristiana. El inmenso efecto que produjo Juan en los judíos, aun siendo transitorio, es evidente en muchas expresiones de los Evangelios. El notable testimonio que dio nuestro Señor de Juan como mayor profeta de entre los nacidos de mujer es bien conocido por todos los lectores de la Biblia. Entonces, ¿cuál era el carácter del ministerio de Juan? Esta es la pregunta a la que el capítulo que tenemos delante nos proporciona una respuesta práctica.

En primer lugar, señalemos *el santo denuedo con que Juan se dirige a las multitudes que vienen a su bautismo*. Se dirige a ellos como “generación de víboras”. Ve la corrupción e hipocresía de lo que manifiesta la multitud que le rodea y utiliza un lenguaje apropiado a su situación. No busca popularidad. No le preocupa a quién le ofenden sus

palabras. La enfermedad espiritual de aquellos que están ante él es grave y prolongada, y él sabe que las enfermedades graves requieren medicinas fuertes.

Bueno le sería a la Iglesia de Cristo tener más ministros que hablaran claro, como Juan el Bautista, en estos últimos días. Una enfermiza aversión al lenguaje fuerte, un excesivo temor a ofender, una constante cobardía para la sinceridad y el hablar claro son, por desgracia, las características predominantes en el púlpito cristiano moderno. Los personalismos y el lenguaje poco caritativo, sin duda, han de ser siempre rechazados. Pero no hay amor alguno en adular a las personas inconversas absteniéndonos de mencionar sus vicios, o en otorgar dulces epítetos a pecados condenables. Hay dos textos que olvidan a menudo los predicadores cristianos. En uno está escrito: "¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!". En el otro está escrito: "Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Lucas 6:26; Gálatas 1:10).

Señalemos, en segundo lugar, *lo claramente que Juan habla a sus oyentes acerca del Infierno y del peligro*. Les dice que hay una "ira venidera". Les habla del "hacha" de los juicios de Dios y de los árboles sin fruto que son arrojados al "fuego".

La cuestión del Infierno siempre resulta ofensiva a la naturaleza humana. El ministro que hace mucho hincapié en él debe esperar ser considerado grosero, violento, insensible y de mente estrecha. A los hombres les encanta escuchar "cosas halagüeñas" y que se les hable de paz y no de peligro (Isaías 30:10). Pero se trata de una cuestión que no se debe ocultar si deseamos hacer bien a nuestras almas. Es un asunto que nuestro Señor Jesucristo planteaba con frecuencia en su enseñanza pública. El amoroso Salvador, quien habló con tanta misericordia del camino al Cielo, también utilizó el lenguaje más claro acerca del camino al Infierno.

Cuidémonos de ser más sabios de lo que está escrito y más caritativos que la Escritura misma. Que el lenguaje de Juan el Bautista se grabe profundamente en nuestros corazones. Nunca nos avergoncemos de admitir nuestra firme creencia de que hay una ira venidera para los que no se arrepienten y que el hombre se puede perder igual que se puede salvar. Guardar silencio sobre esto es una verdadera traición a las almas de los hombres. Solo los incita a perseverar en la impiedad y alimenta en sus mentes el viejo engaño del diablo: "No moriréis". El ministro que es nuestro mejor amigo es aquel que nos habla con honradez del peligro y nos advierte, como Juan el Bautista, que huyamos de la ira venidera. El hombre nunca huye hasta que no está convencido de que hay un riesgo de caer en el Infierno. La religión que no menciona el Infierno no es la religión de Juan el Bautista ni de nuestro Señor Jesús y sus Apóstoles.

Señalemos, en tercer lugar, *cómo expone Juan la inutilidad de un arrepentimiento que no va acompañado de frutos en la vida*. Le dice a

la multitud que acudía a ser bautizada: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento”. Les dice que “todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego”.

Esta es una verdad que siempre debe ocupar un lugar destacado en nuestro cristianismo. Nunca nos excederemos en repetir a nuestras mentes que las palabras y la profesión religiosas carecen por completo de valor sin una actuación y práctica religiosas. En vano decimos con nuestros labios que nos arrepentimos si no nos arrepentimos al mismo tiempo en nuestras vidas. Es más que inútil. Gradualmente cauterizará nuestra conciencia y endurecerá nuestros corazones. Decir que lamentamos nuestros pecados es mera hipocresía, a menos que mostremos que verdaderamente los lamentamos abandonándolos. La verdadera vida de arrepentimiento se demuestra haciendo. Lo que importa no es meramente lo que el hombre dice relativo a su religión. Lo importante es lo que hace. “Las vanas palabras de los labios empobrecen”, dice Salomón (Proverbios 14:23).

Señalemos, en cuarto lugar, *la bofetada de Juan a la idea popular de que el contacto con personas piadosas puede salvar nuestras almas*. “No comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre —les dice a los judíos—, porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras”.

La fuerza que ha conseguido esta idea en el corazón del hombre en cada parte del mundo es una prueba conmovedora de nuestra condición caída y corrupta. Siempre ha habido miles de personas en cada época de la Iglesia que han creído que el contacto con hombres piadosos los hace aceptables a los ojos de Dios. Miles han vivido y muerto con la ciega ilusión de que, porque están vinculadas a personas santas por vínculos sanguíneos o eclesiásticos, pueden tener la esperanza de ser salvos.

Establezcamos en nuestras mentes el principio de que la religión salvadora es algo personal. Es algo entre la propia alma de cada hombre y Cristo. No nos servirá de nada en el día final haber pertenecido a la Iglesia de Lutero, de Calvino, de Cranmer, de Knox, de Owen, de Wesley o de Whitefield. ¿Tenemos la fe de estos hombres santos? ¿Creemos como ellos creyeron y nos esforzamos por vivir como ellos vivieron y en seguir a Cristo como ellos le siguieron? Estos serán los únicos puntos en los que descansará nuestra salvación. No salvará al hombre haber tenido sangre de Abraham en sus venas si no posee la fe y las obras de Abraham.

Señalemos, por último, en este pasaje *el examen de conciencia en cuanto a su sinceridad al que Juan llamó a las diversas clases de personas que acudieron a su bautismo*. Ordenó a los hombres que profesaron arrepentimiento que comenzaran a apartarse de aquellos pecados que les acosaban especialmente. La multitud egoísta debe mostrar amor hacia los demás. Los publicanos no deben exigir más de lo que les está ordenado. Los soldados no deben hacer extorsión a

nadie y deben contentarse con su salario. No quería decir que, haciendo esto, expiarían sus pecados y se reconciliarían con Dios, sino que, haciendo esto, demostrarían que su arrepentimiento era sincero.

Dejemos el pasaje con una profunda convicción de la sabiduría de este modo de proceder con las almas, y especialmente con las almas de aquellos que están comenzando a hacer una profesión religiosa. Por encima de todo, veamos aquí el camino correcto para probar nuestros propios corazones. No debemos contentarnos con clamar contra los pecados a los que, por nuestro temperamento natural, no nos sentimos inclinados, mientras que tratamos suavemente otros pecados de un carácter diferente. Descubramos cuáles son nuestras propias tendencias pecaminosas. Conozcamos los pecados que dominan en nosotros y dirijamos nuestros mayores esfuerzos contra ellos. Luchemos sin cesar contra ellos. Que los ricos se aparten de los pecados de ricos y los pobres de los de pobres. Que los jóvenes abandonen los pecados de la juventud y los ancianos los de su propia edad. Este es el primer paso para demostrar que hablamos en serio cuando comenzamos a preocuparnos por nuestras almas. ¿Somos sinceros? ¿Somos genuinos? Entonces comencemos a mirar en casa y considerar nuestro interior.

Notas: Lucas 3:7–14

V. 8: *[Haced frutos]*. Merece la pena destacar que la palabra traducida como “hacer frutos” es la misma utilizada por S. Juan cuando dice “comete pecado” y “hace justicia” (1 Juan 3:4, 7). Tanto aquí como allí hace referencia a un hábito continuo y no a un hecho aislado.

[Tenemos a Abraham por padre]. Merece la pena citar un pasaje de Stella, el comentarista español del Evangelio de S. Lucas, sobre esta expresión: “Hay muchos monjes que imitan a estos judíos diciendo que tienen a Benito, Agustín, Jerónimo, Francisco o Domingo por padre. Relatan obras maravillosas de los fundadores de su orden y les dedican sus alabanzas con gran encomio. Enumeran la cantidad de hombres piadosos que forman parte del catálogo de santos, papas, cardenales, obispos, maestros. Se regocijan y vanaglorian en ellos mientras que ellos mismos se han apartado de las verdaderas excelencias de sus fundadores cayendo en la iniquidad y en la laxitud moral. A todos estos podemos decirles con razón lo que Cristo les dijo a los judíos: ‘Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham’ ”.

[Puede levantar hijos de Abraham aun de estas piedras]. El significado de esta expresión es simplemente la siguiente: No penséis que Dios se quedará sin personas que le alaben si os excluye y no os salva. Aunque todos fuerais desechados, levantaría de las piedras una familia para sí de verdaderos creyentes. Evidentemente estaba implícito el llamamiento a los gentiles.

V. 14: *[¿Qué haremos?]*. Nuestra versión inglesa a duras penas ofrece

todo el sentido del término griego original aquí. Este debería ser: “Y nosotros, ¿qué haremos?”.

[Extorsión]. Esta palabra no se encuentra en ningún otro lugar en el Nuevo Testamento. Significa “asustar, o sacudir por medio de una conducta violenta”.

[Calumniéis]. Esta palabra solo se encuentra en otro lugar, y allí se traduce como “acusar falsamente” [en la versión utilizada por el autor, N.T.]. Tiene lugar en la notable profesión de Zaqueo tras su conversión (Lucas 19:8).

Debemos tener muy en cuenta que Juan el Bautista no dice ni una palabra que muestre que los trabajos de recaudador de impuestos o de soldado vayan en contra de la Ley a los ojos de Dios.

Lucas 3:15–20

En estos versículos aprendemos, en primer lugar, *que una de las cosas que hace el ministro fiel es que las personas piensen*. Leemos respecto a los oyentes de Juan el Bautista que “el pueblo estaba en expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo”.

La causa de la verdadera religión da un gran paso hacia adelante en una parroquia, congregación o familia cuando las personas comienzan a pensar. La irreflexión acerca de las cosas espirituales es una importante característica de los inconversos. En muchos casos no se puede decir que les guste o les desagrade el Evangelio. Pero no le otorgan un lugar en sus pensamientos. No tienen conocimiento (cf. Isaías 1:3).

Demos gracias a Dios siempre que veamos un espíritu reflexivo sobre asuntos religiosos apoderándose de la mente de un hombre inconverso. El estudio es la carretera a la conversión. La verdad de Cristo no tiene nada que temer del examen serio. Buscamos la investigación. Deseamos analizar plenamente sus afirmaciones. Sabemos que su idoneidad para suplir en cada necesidad del corazón y de la conciencia del hombre no es apreciada en muchos casos simplemente porque no es conocida. Pensar, sin duda, no es fe y arrepentimiento. Pero siempre es un síntoma esperanzador. Cuando los oyentes del Evangelio comienzan a preguntarse “en sus corazones”, debemos bendecir a Dios y animarnos.

En segundo lugar, en estos versículos aprendemos *que un ministro fiel siempre exaltará a Cristo*. Leemos que, cuando Juan vio el estado mental en el que estaban sus oyentes, les habló de la venida de Uno más poderoso que él que tenía el aventador en su mano: el Cordero de

Dios, el Mesías.

Una conducta semejante siempre será característica de un verdadero “hombre de Dios”. Nunca permitirá que algo le sea atribuido a él, o a su ministerio, cuando pertenece a su divino Maestro. Dirá como S. Pablo: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús” (2 Corintios 4:5). Los principales objetivos de su ministerio son alabar la muerte y resurrección de Cristo por los impíos, dar a conocer el amor de Cristo y su poder para salvar a los pecadores. Un principio dominante de toda su predicación será: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”. No le importará que su nombre sea olvidado siempre que Cristo crucificado sea exaltado.

¿Queremos saber si un ministro es sano en la fe y merece nuestra confianza como maestro? Solo tenemos que plantear una sencilla pregunta: ¿Qué lugar ocupa Cristo en su enseñanza? ¿Queremos saber si estamos recibiendo el beneficio de la predicación a la que asistimos? Preguntémonos si su efecto es magnificar a Cristo en nuestra apreciación. Un ministro que verdaderamente nos está haciendo bien nos hará pensar más en Jesús cada año de nuestra vida.

En tercer lugar, en estos versículos aprendemos *la diferencia esencial entre el Señor Jesús y el mejor y más santo de sus ministros*. Lo tenemos en las solemnes palabras de Juan el Bautista: “Yo a la verdad os bautizo en agua; […] él os bautizará en Espíritu Santo”.

El hombre, cuando es ordenado, puede administrar las ordenanzas externas del cristianismo con una esperanza unida a la oración de que Dios, por su gracia, bendice los medios que Él mismo ha establecido. Pero el hombre no puede leer los corazones de aquellos a quienes ministra. Puede predicar el Evangelio a sus oídos con fidelidad, pero no hacer que lo reciban en sus conciencias. Puede verter el agua bautismal en sus frentes, pero no limpiar su naturaleza interior. Puede poner el pan y el vino de la Mesa del Señor en sus manos, pero no capacitarlos para comer el cuerpo y la sangre de Cristo por la fe. Puede llegar hasta cierto punto, pero de ahí no puede pasar. Ninguna ordenación, por muy solemne que sea, puede darle al hombre poder para cambiar el corazón. Cristo, el gran Cabeza de la Iglesia, es el único que puede hacerlo por el poder del Espíritu Santo. Es su misión especial el hacerlo, y se trata de una misión que no ha delegado en ningún hijo de hombre.

¡Nunca descansemos hasta que hayamos saboreado por experiencia el poder de la gracia de Cristo sobre nuestras almas! Hemos sido bautizados en agua. ¿Pero hemos sido bautizados también en Espíritu Santo? Nuestros nombres están en el registro bautismal; ¿Pero lo están también en el libro de la vida del Cordero? Somos miembros de la Iglesia visible. ¿Pero somos también miembros de ese cuerpo místico del que solo Cristo es la Cabeza? Todos estos son privilegios que únicamente Cristo otorga y que todos los que deseamos

ser salvos debemos solicitarle. El hombre no puede otorgarlos. Hay tesoros almacenados en las manos de Cristo. Debemos buscarlos en Él por la fe y la oración y creer que no buscaremos inútilmente.

En cuarto lugar, en estos versículos aprendemos *la transformación que Cristo obrará en su Iglesia visible en su Segunda Venida*. Leemos en las palabras figuradas de su precursor: “Limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará”.

La Iglesia visible es ahora un cuerpo mixto. Hay creyentes y no creyentes, santos e impíos, conversos e inconversos, mezclados en cada congregación y con frecuencia sentados uno junto a otro. Sobrepasa el poder del hombre el separarlos. La falsa profesión suele parecerse a la verdadera, y la gracia a menudo es tan débil y tenue que, en muchos casos, resulta imposible un correcto discernimiento del carácter. El trigo y la paja continuarán juntos hasta el retorno del Señor.

Pero habrá una terrible separación en el día final. El infalible juicio del Rey de reyes separará por completo el trigo de la paja y lo hará para siempre. Los justos serán reunidos en un lugar de felicidad y seguridad. Los malvados serán avergonzados y rechazados eternamente. En el gran día de la separación, cada uno irá al lugar que le corresponde.

Miremos hacia adelante a aquel día y juzguémonos para que no seamos juzgados por el Señor. Seamos diligentes en hacer firme nuestro llamamiento y nuestra elección y en saber que somos “trigo” de Dios. Un error en el día en que la era sea limpiada será un error irreparable.

Por último, en estos versículos aprendemos que *la recompensa de los siervos de Dios a menudo no es en este mundo*. S. Lucas cierra su relato acerca del ministerio de Juan el Bautista hablándonos de su encarcelamiento por parte de Herodes. Conocemos el fin de este encarcelamiento en otros lugares del Nuevo Testamento. Al final condujo a la decapitación de Juan.

Todos los verdaderos siervos de Cristo deben contentarse con esperar su salario. Las mejores cosas aún no han llegado. No deben considerar extraño encontrarse con un duro trato por parte del hombre. El mundo que persiguió a Cristo nunca vacilará en perseguir a los cristianos: “No os extrañéis si el mundo os aborrece” (1 Juan 3:13).

Pero alentémonos con el pensamiento de que el gran Maestro ha preparado en el Cielo, para su pueblo, cosas que sobrepasan el entendimiento del hombre. Un día, la sangre que han derramado sus santos en su nombre será estimada. Un día, las lágrimas que fluyen a menudo con tanta libertad como consecuencia de la maldad de los inicuos serán enjugadas de todos los rostros. Y, cuando Juan el Bautista y todos los que han sufrido por la Verdad se reúnan por fin, descubrirán que es cierto que el Cielo lo enmienda todo.

Notas: Lucas 3:15–20

V. 15: *[Expectativa]*. Esta palabra se traduce generalmente como "razonamiento".

V. 16: *[Yo a la verdad os bautizo en agua]*. No debemos dejar de observar que el contraste planteado aquí por Juan el Bautista no es, como dicen los autores católicos romanos, entre su bautismo y el bautismo cristiano, sino entre su poder como un mero hombre para administrar una ordenanza externa y el poder de Cristo el Hijo de Dios para afectar al corazón.

Debemos tener cuidado para no subestimar el valor del bautismo de Juan. No tenemos pruebas de que alguno de los Apóstoles recibiera alguna vez un bautismo diferente del de Juan. Decir que el bautismo de los ministros cristianos siempre confiere gracia *ex opere operato* y que el bautismo de Juan no confería gracia es decir algo que no se puede demostrar ni con la Escritura ni con la experiencia. El valor del bautismo de Juan es bien defendido por Brentius en sus sermones sobre este capítulo. Spanheim analiza hábilmente toda la cuestión y concluye que la distinción entre el bautismo de Juan y el bautismo de Cristo "no era esencial, sino accidental", es decir, no era en su esencia, sino en sus accidentes o circunstancias.

[Os bautizará [...] en fuego]. El significado de esta expresión es dudoso y nunca ha sido aclarado plenamente. Algunos lo limitan por completo al descenso del Espíritu Santo en el día de Pentecostés cuando "aparecieron lenguas repartidas, como de fuego", que se asentaron sobre cada persona presente en aquella ocasión (Hechos 2:3). Otros lo limitan por completo a la operación de conversión llevada a cabo por el Espíritu Santo purificando y refinando el corazón como oro purificado por fuego. Probablemente se incluyen ambas ideas.

V. 19: *[Pero Herodes...]*. La mención del encarcelamiento de Juan en esta parte del Evangelio de S. Lucas antes de que el suceso tuviera lugar realmente es un ejemplo notable del modo de S. Lucas de "escribir por orden" (Lucas 1:3). Está tratando el asunto de Juan el Bautista y su ministerio y, por tanto, aprovecha la ocasión para explicar cómo es llevado a término dicho ministerio antes de pasar a otra cuestión.

Lucas 3:21–38

En el pasaje que tenemos ante nosotros vemos *el gran honor que el Señor Jesús otorga al bautismo*. Descubrimos que, entre otros que acudieron a Juan el Bautista, acudió el Salvador del mundo y fue "bautizado".

Una ordenanza que al Hijo de Dios agradó utilizar, y posteriormente

señalar para el uso de toda su Iglesia, debe ser reverenciada por su pueblo de manera especial. El bautismo no puede ser algo de poca importancia si Cristo mismo fue bautizado. El uso del bautismo nunca habría sido adoptado en la Iglesia de Cristo si solo hubiera sido un formalismo externo incapaz de proporcionar bendición alguna.

Casi no es necesario decir que abundan errores de toda clase y de todo género en cuanto al asunto del bautismo. Algunos lo convierten en un ídolo y lo exaltan por encima del lugar que se le ha asignado en la Biblia. Otros lo degradan y deshonran, y parece que casi olvidan que fue ordenado por Cristo mismo. Otros limitan su uso tanto que no bautizan a nadie a menos que haya crecido y que pueda demostrar claramente su conversión. Otros invisten al agua bautismal de tal poder mágico, que les gustaría enviar misioneros a las tierras paganas a bautizar a todas las personas indiscriminadamente, ancianas y jóvenes; y que creen que, por muy ignorantes que sean los paganos, el bautismo les hará bien. Quizá en ningún otro asunto tengan los cristianos más necesidad de orar por un juicio correcto y una mente sobria.

Baste con aferrarnos firmemente al principio general de que el bautismo fue provisto misericordiosamente por nuestro Señor para que fuera de ayuda a su Iglesia y como un “medio de gracia”, y que cuando se utiliza correcta y dignamente podemos mirar con confianza esperando bendición. Pero nunca olvidemos que la gracia de Dios no va vinculada a sacramento alguno y que podemos ser bautizados con agua sin ser bautizados con el Espíritu Santo.

En segundo lugar, en este pasaje vemos *la estrecha relación que debería haber entre la administración del bautismo y la oración*. S. Lucas nos dice especialmente que, cuando nuestro Señor fue bautizado, también oró.

Sin duda tenemos en este hecho una importante lección, y que la Iglesia de Cristo ha pasado demasiado por alto. Debemos aprender que el bautismo que Dios bendice debe ser un bautismo acompañado por la oración. Derramar agua no es suficiente. La forma del sacramento por sí sola no conlleva gracia. Debe haber algo más junto a todo esto. Debe haber “oración de fe”. Podemos afirmar con seguridad que un bautismo sin oración es un bautismo en el que no tenemos derecho a esperar la bendición de Dios.

¿Por qué parece que el sacramento del bautismo da tan poco fruto? ¿Cómo es que hay miles que son bautizados cada año y que nunca dan la más ligera muestra de haber recibido beneficio de ello? La respuesta a estas preguntas es breve y sencilla. En la inmensa mayoría de los bautismos no hay oración, salvo la del ministro que lo oficia. Los padres llevan a sus hijos al baptisterio sin el más mínimo conocimiento de lo que están haciendo. Los padrinos están de pie y responden por el niño con una evidente ignorancia de la naturaleza de la ordenanza a la que están asistiendo y como un mero formalismo. ¿Qué razón tenemos

para esperar que esos bautismos reciban la bendición de Dios? ¡Ninguna! ¡Ninguna en absoluto! Esos bautismos bien pueden carecer de resultados. No son bautismos según la mente de Cristo. Oremos para que se abran los ojos de los cristianos en cuanto a este importante asunto. Se trata de algo en lo que hay gran necesidad de cambio.

En tercer lugar, en estos versículos vemos *una notable prueba de la doctrina de la Trinidad*. Tenemos a las tres personas de la Deidad hablando, cooperando y actuando a la vez. Dios Hijo comienza la poderosa obra de su ministerio terrenal siendo bautizado. Dios Padre le acredita solemnemente como el Mediador señalado por medio de una voz del Cielo. Dios Espíritu Santo desciende "en forma corporal, como paloma" sobre nuestro Señor y, al hacerlo, declara que es a Él a quien "Dios no da el Espíritu por medida" (Juan 3:34).

Hay algo profundamente instructivo y alentador en esta revelación de la bendita Trinidad en este momento particular del ministerio terrenal de nuestro Señor. Nos muestra lo enorme y poderosa que es la mediación que obra en la gran tarea de nuestra redención. Es tarea en común de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Las tres personas de la Deidad están igualmente implicadas en la liberación de nuestras almas del Infierno. Este pensamiento debe consolarnos cuando estemos preocupados o deprimidos. Este pensamiento debe alentarnos e infundirnos ánimo cuando estemos cansados del conflicto con el mundo, la carne y el diablo. Los enemigos de nuestras almas son poderosos, pero los Amigos de nuestras almas son aún más poderosos. Todo el poder de Jehová trino está obrando a nuestro favor: "Cordón de tres dobleces no se rompe pronto" (Eclesiastés 4:12).

En cuarto lugar, en estos versículos vemos *una proclamación maravillosa de la misión de nuestro Señor como Mediador entre Dios y el hombre*. Se escuchó una voz del Cielo en su bautismo: "Tú eres mi hijo amado; en ti tengo complacencia". Solo hay Uno que podía decir esto. Era la voz de Dios Padre.

Estas solemnes palabras, sin duda, contienen mucho que es profundamente misterioso. Sin embargo, hay algo en ellas que está bastante claro. Son una declaración divina de que nuestro Señor Jesucristo es el Redentor prometido, a quien Dios desde el principio decidió enviar al mundo, y de que, con su encarnación, sacrificio y sustitución del hombre, Dios Padre es satisfecho y complacido. En Él considera plenamente ejecutado lo que declara su santa Ley. A través de Él está dispuesto a mostrar su misericordia al pobre pecador y a no recordar más sus pecados.

Que todos los verdaderos cristianos hagan descansar sus almas en estas palabras y extraigan de ellas consuelo diario. Nuestros pecados y errores son muchos y grandes. En nosotros mismos no podemos ver ninguna cosa buena. Pero si creemos en Jesús, el Padre no ve nada en nosotros que no pueda perdonar en abundancia. Nos considera

miembros de su propio Hijo amado y, por amor a su Hijo, tiene complacencia.

Por último, en estos versículos vemos *qué criatura tan frágil y mortal es el hombre*. Leemos al final del capítulo una larga lista de nombres que contienen la genealogía de la familia en la que nació nuestro Señor, pasando por David hasta llegar a Abraham y Adán. ¡Qué poco sabemos de muchas de las setenta y cinco personas cuyos nombres se mencionan aquí! Todos tuvieron sus alegrías y sus tristezas, sus esperanzas y temores, sus preocupaciones y problemas, sus proyectos y planes, como nosotros. Pero todos desaparecieron de la Tierra y se fueron a su propio lugar. Y lo mismo ocurrirá con nosotros. Nosotros también pasaremos y pronto nos iremos.

Podemos bendecir a Dios eternamente porque en un mundo mortal podemos volvernos a un Salvador vivo. “Yo soy […] —dice Jesús— el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos”. “Yo soy la resurrección y la vida” (Apocalipsis 1:18; Juan 11:25). Que nuestra principal preocupación sea ser uno con Cristo y Cristo con nosotros. Unidos al Señor Jesús por la fe, resucitaremos de nuevo para vivir eternamente. La segunda muerte no tendrá más poder sobre nosotros. “Porque yo vivo —dice Cristo—, vosotros también viviréis” (Juan 14:19).

Notas: Lucas 3:21–38

V. 23: *[Treinta años]*. Hay que recordar que esta era la edad a la que se permitía a los levitas trabajar por primera vez en el Tabernáculo (Números 4:3).

[José, hijo de Elí…]. Todo lector cuidadoso de la Biblia sabe bien que hay una gran dificultad relacionada con la genealogía de nuestro Señor. La dificultad radica en la gran diferencia entre la parte de la genealogía que va de David a José tal como la relata S. Lucas y la misma parte tal como la relata S. Mateo. Entre Abraham y David, ambas genealogías concuerdan. Entre David y José, casi difieren por completo. ¿Cómo reconciliar esta diferencia? Es una pregunta sobra la cual los eruditos han escrito volúmenes sin conseguir convencerse unos a otros. Baste con algunas citas sencillas. Aquellos que deseen estudiar la cuestión la encontrarán ampliamente comentada por Gomarus, Spanheim, South, Calovius y A. Clarke.

La primera pero menos probable explicación es la siguiente: Las personas mencionadas en la genealogía desde David a José tenían todas dos nombres. Mateo nos da uno de sus nombres y Lucas el otro. Pero ambos enumeran a las mismas personas y ambos ofrecen la genealogía de José. Esta explicación satisface a muy pocas personas. La diferencia entre el número de nombres que nos da Lucas comparado con el que nos da Mateo es en sí una objeción insuperable. Parece una pérdida de tiempo quedarse con esta solución a la cuestión.

La segunda explicación de la dificultad, y más probable que la anterior, es la siguiente: La madre de José, el marido de María, estuvo casada con dos maridos. De uno de ellos, José, era hijo por nacimiento. Del otro era hijo por adopción. Las dos genealogías en los dos Evangelios son las genealogías de esos dos maridos. Cada evangelista concluye su genealogía en José, pero Lucas lo hace vía Elí y Mateo vía Jacob. José fue hijo natural de uno de ellos y adoptado por el otro. Esta explicación es la que satisfacía a los antiguos padres y es comúnmente conocida como la de Julio el Africano. Se le pueden plantear, sin embargo, a pesar de su antigüedad, diversas objeciones importantes. Es difícil ver por qué Lucas habría de repetir la genealogía de José en un Evangelio escrito especialmente para conversos gentiles y por qué ambos evangelistas habrían de pasar por alto la genealogía de la madre de nuestro Señor por completo.

La tercera y más probable explicación de la dificultad es considerar la genealogía de Lucas como la de María y no la de José. Elí fue el padre de María y el suegro de José debido a su matrimonio. No se dice que Elí engendrara a José, y que el término griego no implica necesariamente que José fuera “su hijo” queda claro en las expresiones utilizadas acerca de María y Judas en otros dos lugares del Nuevo Testamento (Marcos 16:1 y Hechos 1:15). Es la familia de María, por tanto, y no la de José, la que describe S. Lucas; y la familia de José, y no la de María, la descrita por S. Mateo.

Hay sin duda algunas dificultades en el camino de esta explicación. Pero parecen ser mucho mayores en los otros casos. Antes de abandonar la cuestión, permítaseme señalar que la opción que yo aventuro es la de Brentius, Gomarus, Chemnitius, Spanheim, Surenhusius, Poole, Bengel, Paraeus, Lightfoot, Calovius, Gill, Burkitt, Henry, Scott y Clarke entre los protestantes, y de Jansenius, Barradius, Stella y otros entre los católicos romanos. También es un hecho notable que los autores rabínicos citados por Lightfoot, hablando de María en términos muy acusadores, la llamen claramente “hija de Elí”.

V. 36: *[Hijo de Cainán]*. Existe una importante dificultad relacionada con este nombre. No se encuentra en la genealogía desde Noé hasta Abraham que se recoge en la versión hebrea de Génesis 11:12, aunque se encuentra en la versión griega de la Septuaginta. Enseguida se plantea la cuestión de por qué puso S. Lucas ese nombre aquí. ¿Cómo reconciliar a Moisés con S. Lucas?

Las soluciones a esta dificultad son diversas y probablemente nunca se llegará a un completo acuerdo en cuanto a la cuestión. Solo hay una cosa cierta, y es que ni Moisés ni S. Lucas pudieron cometer un verdadero error, porque ambos fueron inspirados. Algunos piensan que S. Lucas no pretende hacer nada más que copiar la genealogía que era comúnmente aceptada y evita la acusación de confirmar sus errores y equivocaciones utilizando al principio la expresión “según se creía”. Consideran que esta expresión se aplica a toda la genealogía. Otros piensan que el nombre se ha omitido en el texto hebreo de Génesis por error del transcriptor. Otros, que S. Lucas pone el nombre a propósito en la genealogía teniendo en cuenta los sentimientos de aquellos que solo conocían la versión de la Septuaginta del Antiguo Testamento. Otros, que el nombre se ha introducido en el Evangelio de S. Lucas por el error de algún transcriptor que no sabía nada de hebreo y solo

conocía el Antiguo Testamento de la versión Septuaginta, y que S. Lucas originalmente no insertó el nombre de Cainán. Esta última solución es la sostenida por Spanheim, Capellus, Grotius, Calovius, Rivetus, Leigh y Surenhusius, y quizá sea la más probable. Un argumento en apoyo de la misma es el hecho de que el nombre sea omitido en el manuscrito de Beza, aunque hay que admitir que en este punto su manuscrito es casi el único.

Antes de dejar este complicado asunto de estas preguntas relativas a la genealogía de nuestro Señor, haremos bien en valorar la sensata cita del Sr. Burgon: “Sugiero humildemente que puede que algunas de las dificultades de este tipo aparezcan en la Santa Escritura con el fin de ejercitar la fe de las personas que, aunque experimentan estas pruebas intelectuales vivamente, son poco afectadas por aquellas que ponen en peligro la salvación de la Humanidad en general”.

Lucas 4:1–13

El primer suceso que se relata en la historia de nuestro Señor después de su bautismo es su tentación por parte del diablo. De un período de honor y gloria pasó inmediatamente a otro de conflicto y sufrimiento. Primero vino el testimonio de Dios Padre: “Tú eres mi Hijo amado”. Después la sugerencia llena de desprecio de Satanás: “Si eres Hijo de Dios…”. La experiencia de Cristo con frecuencia será la de los cristianos. Del gran privilegio a la gran prueba suele haber solo un paso.

Señalemos en este pasaje, en primer lugar, *el poder y la maldad incansable del diablo*.

Aquella serpiente antigua que tentó a Adán para que pecara en el Paraíso no teme atacar al segundo Adán, al Hijo de Dios. Quizá se pueda dudar de si comprendía que Jesús era Dios “manifestado en carne”. Pero es claro y evidente que vio en Jesús a Alguien que había venido al mundo a acabar con su reino. Había visto lo que había ocurrido en el bautismo de nuestro Señor. Había escuchado las maravillosas palabras procedentes del Cielo. Sentía que había llegado el gran Amigo del hombre y que su dominio estaba en peligro. Había llegado el Redentor. Estaba a punto de abrirse la puerta de la prisión. Los cautivos de la Ley iban a ser liberados. Satanás veía todo esto, sin duda, y decidió luchar por su cuenta. El príncipe de este mundo no cedería el paso al Príncipe de paz sin una gran lucha. Había vencido al primer Adán en el huerto de Edén; ¿por qué no iba a vencer al segundo Adán en el desierto? Había echado al hombre una vez del Paraíso; ¿por qué no iba a arrojarlo del Reino de Dios?

No debe sorprendernos ser tentados por el diablo. Más bien

debemos esperarlo, como algo normal, si somos miembros vivos de Cristo. La suerte del Maestro será la de sus discípulos. Aquel espíritu poderoso que no temió atacar a Jesús mismo, “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8). Ese asesino y mentiroso que afligió a Job y derribó a David y a Pedro, aún vive y no ha sido atado. Si bien no puede robarnos el Cielo, por lo menos hará que nuestro camino a él sea doloroso. Si bien no puede destruir nuestras almas, al menos nos herirá en el calcañar (cf. Génesis 3:15). Evitemos despreciarle o tener en poco su poder. Más bien pongámonos la armadura de Dios y pidamos fuerza al que es fuerte. “Resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7).

Señalemos, en segundo lugar, *la capacidad de nuestro Señor Jesucristo para comprender a aquellos que son tentados*. Esta es una verdad que destaca con fuerza en este pasaje. Jesús ha sido real y literalmente tentado Él mismo.

Convenía que Aquel que vino “para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8) comenzara su propia obra con un conflicto especial con Satanás. Convenía que el gran Pastor y Obispo de las almas fuera capacitado para su ministerio terrenal por medio de una gran tentación así como por la Palabra de Dios y la oración. Pero, por encima de todo, convenía que el gran Sumo Sacerdote y abogado de los pecadores fuera alguien que hubiera experimentado de manera personal el conflicto y hubiera conocido lo que es estar en el fuego. Y ese fue el caso de Jesús. Está escrito que “padeció siendo tentado” (Hebreos 3:18). No podemos decir cuánto sufrió. Pero podemos estar seguros de que su naturaleza pura y sin mancha sufrió intensamente.

Que todos los verdaderos cristianos reciban consuelo del pensamiento de que tienen un Amigo en el Cielo que puede “compadecerse de nuestras debilidades” (Hebreos 4:15). Cuando derraman sus corazones ante el trono de gracia y se quejan bajo la carga que diariamente les atormenta, hay Alguien intercediendo que conoce sus tristezas. Tengamos ánimo. El Señor Jesús no es un “hombre severo” (cf. Lucas 19:21). Sabe lo que queremos decir cuando nos quejamos de tentación y puede y está dispuesto a prestarnos ayuda.

Destaquemos en tercer lugar, *la extremada sutileza de nuestro gran enemigo espiritual: el diablo*. Por tres veces le vemos atacando a nuestro Señor y tratando de hacerle pecar. Cada ataque muestra la mano de un maestro en el arte de la tentación. Cada ataque es obra de alguien muy conocedor, por larga experiencia, de cada debilidad de la naturaleza humana. Cada una merece un estudio detenido.

La primera estratagema de Satanás fue persuadir a nuestro Señor de que desconfiara del cuidado providencial de su Padre. Vino a Él cuando estaba débil y agotado tras cuarenta días de ayuno y le incitó a hacer un milagro a fin de gratificar un apetito carnal. ¿Por qué esperar más? ¿Por qué debía el Hijo de Dios quedarse sentado y morir de

hambre? ¿Por qué no decirle “a esta piedra que se convierta en pan”?

La segunda estratagema de Satanás fue persuadir a nuestro Señor de que se aferrara al poder mundano por medios ilegítimos. Le llevó a la cima de una montaña y le mostró “en un momento todos los reinos de la tierra”. Prometió darle todos ellos solo con que Él, postrado, le adorara. La condición era pequeña. La promesa grande. ¿Por qué no obtener por un pequeño acto momentáneo una enorme ganancia?

La última estratagema de Satanás fue persuadir a nuestro Señor de que actuara con presunción. Le llevó al pináculo del Templo y le incitó a echarse abajo. Haciéndolo, demostraría públicamente que era enviado por Dios. Podía estar seguro de que sería guardado de sufrir daño. ¿No había un texto de la Escritura que se aplicaba especialmente al Hijo de Dios en aquella situación? ¿No estaba escrito que los ángeles le sostendrían?

Sería fácil escribir mucho acerca de cada una de las tres tentaciones. Baste con recordar que vemos en ellas las tres armas favoritas del diablo. La incredulidad, la mundanalidad y la presunción son tres grandes máquinas que pone en funcionamiento contra el alma del hombre y por las cuales le seduce a hacer lo que Dios prohíbe y a lanzarse a pecar. Recordemos esto y estemos en guardia. Los actos a los que Satanás nos incita suelen ser en apariencia insignificantes o poco importantes. Pero podemos estar seguros de que el principio implicado en cada uno de estos pequeños actos no es ni más ni menos que una rebelión contra Dios. No pasemos por alto las estratagemas de Satanás.

Destaquemos, por último, *la manera como nuestro Señor resistió las tentaciones de Satanás*. Por tres veces le vemos frustrando y confundiendo al gran enemigo que le atacaba. No cede ni un ápice ante él. No le otorga un momento de ventaja. Por tres veces le vemos utilizando la misma arma en respuesta a sus tentaciones: “La espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Efesios 6:17). Aquel que estaba “lleno del Espíritu Santo” no se avergonzaba de hacer de la Santa Escritura su arma defensiva y su regla de conducta.

Aprendamos de este sencillo acto, aunque no aprendamos nada más de esta maravillosa historia, la excelsa autoridad de la Biblia y el inmenso valor de un conocimiento de su contenido. Leámosla, investiguemos en ella, oremos con ella con diligencia, perseverancia y sin desmayar. Esforcémonos por estar tan familiarizados con sus páginas que sus textos vengan a nuestra memoria y los tengamos a punto en nuestra mano cuando los necesitemos. Que podamos enfrentarnos a cualquier perversión y falsa interpretación de su significado con aquellos miles de pasajes claros que están escritos y que son como un rayo de sol. La Biblia es en verdad una espada, pero debemos prestar atención para conocerla bien y poder utilizarla con eficacia.

Notas: Lucas 4:1–13

V. 1: *[Fue llevado por el Espíritu]*. La palabra traducida como “llevado” es la misma que encontramos en Romanos 8:14 y Gálatas 5:18 aplicada a la influencia del Espíritu Santo en los corazones de los creyentes. Se debe advertir que nuestro Señor no buscó el conflicto con el diablo, sino que fue “guiado” a él.

[Al desierto]. No se nos dice dónde estaba este desierto. Algunos han supuesto que se trataba del desierto cercano a Sinaí, por donde viajó Israel. No parece haber fundamento para esta idea. Es más probable que fuera aquella parte deshabitada de Judea donde comenzó el ministerio de Juan el Bautista.

V. 2: *[Cuarenta días […] y era tentado por el diablo]*. Suponemos que esta parte de la tentación de nuestro Señor fue mental y espiritual. La duración del tiempo que se menciona es la misma que se relata en la historia del ayuno de Moisés y Elías.

V. 3: *[El diablo le dijo]*. Está claro que Satanás aparece ahora ante nuestro Señor de una forma visible. No se nos dice de qué forma. Algunos han supuesto que se apareció como un ángel de luz; otros que vino como un anciano ermitaño, o como un escriba o un fariseo. Todo esto no son más que meras conjeturas. No tenemos por qué dudar de que aquel que se apareció a Eva en forma de serpiente escogería esa forma, que era más apropiada para su propósito, al aparecerse a nuestro Señor.

Se ha planteado con frecuencia la pregunta de si toda la tentación de nuestro Señor fue real o solo una visión. Parece claro que fue una tentación real en cada expresión que tenemos en la historia. Se han formulado conjeturas curiosas en cuanto a la manera como nuestro Señor fue llevado “a un alto monte” y “sobre el pináculo del templo”. Son cuestiones que no podemos explicar. Bástenos con creer que las circunstancias relatadas tuvieron lugar verdadera, literal y realmente.

[Que se convierta en pan]. Se debe advertir que la primera tentación contenía una atracción al apetito carnal, como la tentación en Edén. Adán y Eva fueron tentados a comer lo ilícito, y también nuestro Señor.

V. 4: *[Escrito está]*. Debemos señalar que este texto, así como los otros dos citados por nuestro Señor en respuesta al diablo, fueron tomados del Pentateuco. Los tres textos procedían del mismo libro, Deuteronomio, y del mismo capítulo: el 6.

[Toda palabra]. El significado aquí no es estrictamente “toda palabra hablada o escrita”, sino todo aquello que a Dios le agradó crear, ordenar o señalar para el mantenimiento del hombre, como las codornices a las que se ordenó acudir y el maná señalado para caer del Cielo y alimentar a Israel. El término griego traducido como “palabra” aparece en tres lugares como “cosa” [cf. Lucas 1:37; 2:15, 19; en las dos primeras citas está implícito en la versión en castellano, N.T.].

V. 5: *[Todos los reinos de la tierra]*. Esta expresión probablemente deba

tomarse con muchas reservas a menos que entendamos “la tierra” en el sentido limitado de Palestina y los países adyacentes. Desde ninguna montaña se pueden ver todos los reinos de la Tierra literalmente a la vez. Si nuestro Señor los vio verdaderamente, debió de ser por medio de una visión que pasó ante sus ojos. Sin embargo, esto parece muy improbable.

[Un momento]. Lightfoot cita la definición rabínica de “un momento”. Los rabinos consideran que es “1/58 888 h”.

V. 6: *[Te daré toda esta potestad]*. Se debe advertir que, igual que el diablo prometió generosamente a Eva (“seréis como Dios”), prometió generosamente a nuestro Señor. Pero, igual que su promesa a Eva fue mentira, su promesa a nuestro Señor también fue un engaño. Le prometió lo que no tenía poder para otorgar. Es cierto que es llamado “el príncipe de este mundo”, pero no tiene el poder de otorgar dominio sin el permiso de Dios.

V. 7: *[Si tú postrado me adorares]*. La traducción que aparece al margen [que es la que tenemos en la versión castellana, ya que en la del autor dice “si me adoras”, N.T.] parece dar el sentido más completo de la palabra: “si te postras ante mí”, “si te postras y me adoras”.

V. 8: *[Vete de mí, Satanás]*. Se debe advertir que estas son exactamente las palabras que nuestro Señor dirigió a Simón Pedro cuando este, en su debilidad, trató de disuadirle para que evitara la Cruz (cf. Mateo 16:23). Se observa, en cuanto a esta expresión, que la tentación que S. Lucas relata en segundo lugar es relatada por S. Mateo en el último. Parece probable que el orden de S. Mateo fuera en el que tuvieron lugar las diversas tentaciones, y la expresión de nuestro Señor a Satanás parece una fuerte evidencia interna de esto.

Desconocemos la razón por que S. Lucas se aparta del orden observado por S. Mateo. Apanheim, en su *Dubia Evangelica*, comenta la cuestión, pero arroja poca luz sobre ella.

V. 9: *[El pináculo del templo]*. Se supone que se trataba de un torreón o una parte elevada del edificio del Templo que sobresalía por encima de un profundo valle. Josefo describe el lugar y dice que “si se miraba abajo, la vista daba vértigo, sin poder llegar a alcanzar la vista tan inmensa profundidad”.

V. 10: *[Escrito está]*. Advirtamos detenidamente que el diablo puede citar la Escritura cuando encaja en su propósito. No hay nada bueno que no se pueda utilizar mal.

[Que te guarden]. Desde los primeros tiempos se ha comentado en cuanto a estas palabras que Satanás omitió la importante expresión que las sigue: “en todos tus caminos”; y que la omisión fue intencionada con el fin de favorecer su mala aplicación del texto. Quizá se ha extraído más de lo justificable de la omisión. Las citas del Antiguo Testamento en el Nuevo, aunque sean hechas por hombres santos y buenos, no siempre son tan completas como se esperaría. En cualquier caso, es un hecho notable que nuestro Señor no advierta la incorrección de la cita sino que simplemente cite otro texto en respuesta.

Merece la pena leer lo que dice Leighton sobre este punto: “Nuestro

Salvador nos enseña que lo mejor, ya sea en el caso de hombres perversos que defienden sus errores o en el de Satanás al atacarnos con la supuesta Escritura, no es tanto entrar en sutilezas acerca del lugar o de las palabras mal empleadas. Pueden ser tan astutos que en ocasiones no podamos verlas; pero seguro que hay otro notorio camino más seguro para rechazar la sofistería clara y plenamente, y que transmite aquella verdad a la que se oponen y a la que nos adherimos. Aunque no puedas aclarar el sentido de un texto oscuro, siempre encontrarás suficiente apoyo en otro que esté más claro".

V. 13: *[Se apartó de él]*. Siempre se deben recordar dos cosas al leer la historia de la tentación de nuestro Señor.

Por un lado tenemos una clara prueba de la personalidad de Satanás. Si el diablo no fuera una persona, a juzgar por toda la historia del pasaje, las palabras carecen de sentido. Habla, lleva, muestra, ofrece, da, trae, viene, se aparta. Estas expresiones solo se pueden utilizar para referirse a una persona.

Por otro lado, vemos el disparate de tratar de averiguar, como hacen algunos comentaristas, la persona que estaba presente en cada acto de la historia de nuestro Señor y de proporcionar a los cuatro autores de los Evangelios los materiales que utilizaron para elaborar sus relatos. Bien podemos preguntarnos quién estaba presente cuando tuvo lugar toda esta tentación. ¿De qué fuente obtuvieron Mateo y Lucas la información? Solo hay una respuesta para esta pregunta. La obtuvieron, como todo lo demás que escribieron, de la inspiración de Dios. La teoría de que se basaron en los informes de testigos humanos para alguna parte de sus escritos es tremendamente insatisfactoria, y en la historia de la tentación de nuestro Señor fracasa por completo.

Lucas 4:14–22

Estos versículos relatan acontecimientos que solo tenemos en el Evangelio de S. Lucas. Describen la primera visita de nuestro Señor, después de comenzar su ministerio público, a la ciudad de Nazaret, donde había crecido. Unido a los dos versículos que le siguen inmediatamente, proporcionan una prueba terriblemente sorprendente de que "los designios de la carne son enemistad contra Dios" (Romanos 8:7).

Podemos observar en estos versículos *el gran honor que otorgó nuestro Señor Jesucristo a los medios públicos de gracia*. Se nos dice que "entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer" las Escrituras. En los días cuando nuestro Señor estuvo en la Tierra, los escribas y fariseos eran los principales maestros de los judíos. Difícilmente podemos suponer que una sinagoga judía

disfrutara de mucha presencia del Espíritu y de bendición teniendo esa enseñanza. Pero, aun así, vemos que nuestro Señor visita una sinagoga y lee y predica en ella. Aquel era el lugar donde se reconocía públicamente el día y la Palabra de su Padre y, como tal, pensaba que era bueno honrarlo.

No debemos dudar que hay una lección práctica para nosotros en este aspecto de la conducta de nuestro Señor. Quería que supiéramos que no debemos abandonar con ligereza ninguna asamblea de adoradores que profesan respetar el nombre, el día y el libro de Dios. Puede que haya cosas en esa asamblea que se podrían hacer mejor. Puede que haya una necesidad de plenitud, claridad y definición en la doctrina que se predica. Puede que haya una falta de unción y devoción en la manera como se dirige la adoración. Pero, si no se enseña un error claro (y no hay que elegir entre adorar con una asamblea así y no participar de la adoración pública en absoluto), un cristiano debe pensárselo mucho antes de abandonarla. Se promete una bendición especial si hay dos o tres en la congregación que se reúnen en el nombre de Jesús. Pero no se promete esa bendición a aquel que se queda en casa.

Podemos observar en estos versículos, por otro lado, *qué sorprendente descripción ofrece nuestro Señor a la congregación de Nazaret de su propio oficio y ministerio*. Se nos dice que escoge un pasaje del libro de Isaías en el que el profeta anuncia la naturaleza de la obra que haría el Mesías cuando viniera al mundo. Lee cómo se anunció que daría “buenas nuevas a los pobres”, que sería “enviado a sanar a los quebrantados de corazón”, que pregonaría “libertad a los cautivos, y vista a los ciegos”, que pondría “en libertad a los oprimidos” y que predicaría “el año agradable del Señor”. Y, cuando nuestro Señor hubo leído esta profecía, le dijo a la multitud que escuchaba a su alrededor que Él mismo era el Mesías acerca del cual se habían escrito aquellas palabras y que en Él y en su Evangelio se cumplirían las maravillosas figuras del pasaje.

Bien podemos creer que había un profundo significado en la selección por parte de nuestro Señor de este pasaje especial de Isaías. Deseaba imprimir en sus oyentes judíos el verdadero carácter del Mesías a quien Él sabía que todo Israel estaba esperando. Sabía bien que ellos buscaban un mero rey transitorio que los liberaría del dominio romano y que volvería a hacer que tuvieran primacía sobre las naciones. Quería que entendieran que esas expectativas eran prematuras y erróneas. El reinado del Mesías en su Primera Venida sería un reinado espiritual en los corazones. Sus victorias no serían sobre enemigos del mundo, sino sobre el pecado. Su redención no sería del poder de Roma, sino del poder del diablo y del mundo. Era así, y no es de otra manera en el presente, como debían esperar ver el cumplimiento de las palabras de Isaías.

Cuidémonos de conocer personalmente en calidad de qué debemos

considerar a Cristo principalmente. Es correcto y bueno reverenciarle como Dios mismo. Está bien conocerle como Cabeza de todas las cosas, el Profeta poderoso, el Juez de todo, el Rey de reyes. Pero no debemos quedarnos ahí si esperamos ser salvos. Debemos conocer a Jesús como el Amigo de los pobres en espíritu, el Médico del corazón enfermo, el Libertador del alma atada. Estas son las labores principales que vino a cumplir en la Tierra. Es a la luz de esto como debemos aprender a conocerle, y conocerle por una experiencia interior y no solo por escucharle con nuestros oídos. Sin ese conocimiento, moriremos en nuestros pecados.

Podemos observar, por último, *qué ejemplo tan instructivo tenemos en estos versículos de la manera como se suele escuchar la enseñanza religiosa*. Se nos dice que, cuando nuestro Señor hubo terminado su sermón en Nazaret, sus oyentes "daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca". No podían encontrar defecto alguno en la exposición de la Escritura que habían escuchado. No podían negar la belleza del lenguaje escogido que habían oído. "Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre". Pero sus corazones estaban tremendamente insensibles e impasibles. Estaban llenos de celos y de enemistad contra el Predicador. Resumiendo, parece que no produjo efecto alguno en ellos, excepto un pequeño sentimiento transitorio de admiración.

En vano cerramos los ojos al hecho de que existen miles de personas en las iglesias cristianas en un estado mental poco mejor que el de los que oyeron al Señor en Nazaret. Hay miles que escuchan regularmente la predicación del Evangelio y lo admiran cuando lo escuchan. No ponen en entredicho la verdad de lo que oyen. Hasta sienten una especie de placer intelectual al escuchar un sermón bueno e impactante. Pero su religión nunca pasa de este punto. El que escuchen el sermón no evita que lleven una vida de irreflexión, mundanalidad y pecado.

Examinémonos a nosotros mismos en cuanto a este importante asunto. Veamos el efecto práctico que produce en nuestros corazones y en nuestras vidas la predicación que decimos que nos agrada. ¿Nos lleva a un verdadero arrepentimiento hacia Dios y a una fe más viva hacia nuestro Señor Jesucristo? ¿Nos incita a esforzarnos semanalmente por dejar de pecar y resistir al diablo? Estos son frutos que los sermones debieran producir si verdaderamente nos hacen bien. Sin ese fruto, resulta totalmente inútil una mera admiración estéril. No hay muestra de gracia. No salvará al alma.

Notas: Lucas 4:14–22

V. 14: *[Su fama]*. Aquí el sentido es de fama "acerca de" o "respecto a"

Él.

V. 16: *[Vino a Nazaret]*. La fecha de esta visita a Nazaret no se conoce exactamente. Parece haber fuerte evidencia interna de que no tuvo lugar inmediatamente tras la tentación. Si ese hubiera sido el caso, no encontraríamos la expresión "conforme a su costumbre" o referencia a sus obras en Capernaum. La explicación sencilla parece ser que S. Lucas, habiendo hecho una afirmación general de la costumbre de nuestro Señor de enseñar en las sinagogas, aprovecha la ocasión para describir lo que ocurrió cuando enseñó en la sinagoga de Nazaret no solo como un acontecimiento interesante en sí, sino como una ilustración de la forma de proceder nuestro Señor cuando visitó la sinagoga.

V. 17: *[Habiendo abierto el libro]*. La palabra "abierto" debería haber sido traducida más literalmente como "desenrollado" o "desplegado". Un libro en el tiempo en que nuestro Señor estuvo sobre la Tierra era un rollo de pergamino, y en nada se parecía a un libro moderno.

V. 20: *[Ministro]*. No debemos pensar que esta palabra hace referencia al predicador o maestro de la sinagoga. Se refiere al oficiante o encargado designado para ocuparse de los escritos sagrados.

V. 21: *[Comenzó a decirles]*. Es evidente que no nos ha sido revelada toda la exposición que hizo nuestro Señor del pasaje de Isaías. Las palabras que se mencionan en este versículo son probablemente el comienzo de lo que dijo nuestro Señor y constituyen la nota clave de su sermón. El sermón mismo no se relata.

Lucas 4:22–32

Hay tres grandes lecciones que aparentemente destacan en este pasaje. Cada una de ellas merece una detenida atención por parte de todos los que deseen sabiduría espiritual.

Aprendemos, por un lado, *lo propensos que son los hombres a despreciar los mayores privilegios cuando están familiarizados con ellos*. Lo vemos en la conducta de los hombres de Nazaret cuando habían escuchado predicar al Señor Jesús. No podían encontrar error alguno en su sermón. No podían señalar incoherencia alguna en su vida y conversación pasadas. Pero, debido a que el Predicador había morado entre ellos durante treinta años y su rostro, su voz y apariencia les resultaban familiares, no querían aceptar su doctrina. Se decían unos a otros: "¿No es este el hijo de José?". ¿Es posible que alguien tan conocido como este hombre pueda ser el Cristo? Y consiguieron de los labios de nuestro Señor las solemnes palabras: "Ningún profeta es

acepto en su propia tierra".

Bien haremos en recordar esta lección en cuestiones de ordenanzas y medios de gracia. Siempre corremos el peligro de infravalorarlos cuando los tenemos en abundancia. Somos propensos a pensar poco en el privilegio de poder abrir la Biblia, escuchar una predicación del Evangelio y tener libertad para reunirnos y tener un culto público. Crecemos en medio de estas cosas y estamos acostumbrados a contar con ellas sin problemas. Y la consecuencia es que frecuentemente las tenemos en poco y menospreciamos el alcance de las muestras de misericordia de que somos objeto. Vigilemos nuestro propio espíritu en el uso de las cosas sagradas. Aunque podamos leer la Biblia a menudo, nunca lo hagamos sin profunda reverencia. Aunque escuchemos con frecuencia el nombre de Cristo, nunca olvidemos que Él es el único Mediador en quien hay vida. Hasta el maná que descendió del Cielo fue despreciado a la larga por Israel como "este pan tan liviano" (Números 21:5). Mal día es para nuestras almas cuando Cristo esté en medio nuestro y, sin embargo, a causa de que estamos familiarizados con su nombre, sea poco estimado.

Aprendemos, por otro lado, *la forma tan terrible con que la naturaleza humana rechaza la doctrina de la soberanía de Dios*. Vemos esto en la conducta de los hombres de Nazaret, cuando nuestro Señor les recordó que Dios no tenía obligación de obrar milagros entre ellos. ¿No había muchas viudas en Israel en los días de Elías? Sin duda. Pero el profeta fue enviado a una de ellas. Todas quedaron al margen en favor de la viuda de Sarepta. ¿No había muchos leprosos en Israel en los días de Eliseo? Sin duda. Pero el privilegio de recibir sanidad fue para uno solo de ellos. Naamán el sirio fue el único en ser limpiado. Esa doctrina resultaba intolerable para los hombres de Nazaret. Les hería en su orgullo y arrogancia. Les enseñaba que Dios no era deudor de nadie y que, si los dejaba al margen al distribuir sus mercedes, no tenían derecho a encontrarlo mal. No podían soportarlo. "Se llenaron de ira". Echaron a empujones a nuestro Señor de su ciudad y, de no haber sido por una muestra milagrosa de poder por su parte, sin duda le habrían llevado a una muerte violenta.

De todas las doctrinas de la Biblia, ninguna resulta tan ofensiva a la naturaleza humana como la doctrina de la soberanía de Dios. El hombre soporta oír que Dios es grande, justo, santo y puro. Pero oír que "de quien quiere, tiene misericordia" y que "no da cuenta de ninguna de sus razones", "que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" son verdades que el hombre natural no puede aceptar. Este exterioriza con frecuencia toda su enemistad contra Dios y se llena de ira. En resumen, nada les hará someterse salvo las lecciones de humildad del Espíritu Santo.

Fijemos bien en nuestras mentes que, nos guste o no, la soberanía de Dios es una doctrina claramente revelada en la Biblia y un hecho que se ve claramente en el mundo. Con ningún otro principio

podremos explicar por qué algunos miembros de una familia se convierten y otros viven y mueren en sus pecados, por qué ciertas partes de la Tierra son iluminadas por el cristianismo y otras quedan sepultadas en su ateísmo. Solo se puede dar una explicación a esto: todo es ordenado por la mano soberana de Dios. Oremos pidiendo humildad respecto a algo tan profundo. Recordemos que nuestra vida es como vapor, y que nuestro mejor conocimiento comparado con el de Dios es una profunda necedad. Seamos agradecidos por la luz que disfrutamos y utilicémosla diligentemente mientras contemos con ella. Y no dudemos de que, en el día final, todo el mundo estará convencido de que Aquel que ahora "no da cuenta de ninguna de sus razones" lo ha hecho todo bien.

Aprendemos en este pasaje, por último, *lo diligentemente que debemos perseverar en hacer el bien, a pesar de los desalientos*. Sin duda debemos extraer esta lección de la conducta de nuestro Señor después de ser rechazado en Nazaret. Sin afectarle en absoluto el trato recibido, continúa trabajando. Expulsado de un lugar, se va a otro. Arrojado de Nazaret, se va a Capernaum y allí "les enseñaba en los días de reposo".

Esa debería ser la conducta de todo el pueblo de Cristo. Independientemente de la obra que se les llame a hacer, deben continuar pacientemente en ella y no abandonarla por falta de éxito. Ya se trate de predicadores, maestros, visitantes o misioneros, deben esforzarse y no desmayar. Suele haber más emoción en los corazones y en las conciencias de las personas de lo que son conscientes aquellos que les enseñan y predican. Hay una labor preparatoria que hacer en muchas partes de la viña de Dios que es tan necesaria como cualquier otra labor, aunque no tan agradable para la carne y la sangre. Debe haber sembradores además de segadores. Debe haber algunos que caven el suelo y quiten las piedras así como otros que recojan la cosecha. Que cada uno trabaje en su lugar. Llega el día cuando cada uno será recompensado según su obra. Los disgustos que nos llevamos nos capacitan para mostrar al mundo que hay cosas como la fe y la paciencia. Cuando los hombres nos ven continuar trabajando a pesar del trato como el que Jesús encontró en Nazaret, eso les hace pensar. Les convence de que, en cualquier caso, estamos persuadidos de que tenemos la Verdad de nuestra parte.

Notas: Lucas 4:22–32

V. 22: *[Daban buen testimonio]*. El significado de esto parece ser que no podían negar la verdad, corrección y sensatez de lo que Él decía.

[El hijo de José]. Esta expresión nos muestra la consideración que tenían

de nuestro Señor en Nazaret y lo poco que eran conocidas las circunstancias milagrosas de su concepción y nacimiento.

V. 23: *[Este refrán]*. Se debe advertir aquí que nuestro Señor responde a un proverbio con otro. Una característica singular de los proverbios es que responden a una sola parte de una pregunta. Los hombres de Nazaret enseguida citan un proverbio para demostrar que nuestro Señor debía hacer milagros primero en su hogar. Nuestro Señor les recuerda que había otro proverbio que enseñaba que los maestros eran valorados en cualquier lugar más que en su casa.

V. 25: *[Los días de Elías]*. No dejemos de advertir que nuestro Señor habla del tiempo de Elías y de los sucesos que tuvieron lugar en ellos como realidades. Sus palabras son uno más de los muchos argumentos que demuestran que los libros históricos del Antiguo Testamento son auténticos y no meras colecciones de fábulas instructivas como algunos se han atrevido a afirmar.

V. 28: *[Se llenaron de ira]*. Se pueden dar dos razones para la violenta ira de los hombres de Nazaret. Una es la doctrina de la soberanía de Dios al salvar a los pecadores. La otra, que nuestro Señor les recuerda el favor mostrado a los gentiles en vez de a los judíos, con una intención evidente de advertirles de que volvería a ocurrir lo mismo.

V. 30: *[Él pasó por en medio de ellos]*. Es claro que esto fue un milagro. No se nos dice de qué forma fue efectuado. Nos basta con saber que sus enemigos no podían ponerle las manos encima en contra de su voluntad y que, cuando finalmente fue entregado para ser crucificado, fue solo porque permitió voluntariamente ser inmolado.

Lucas 4:33–44

En este pasaje debemos fijarnos en *el claro conocimiento religioso que poseen el diablo y sus instrumentos*. Dos veces en estos versículos hemos tenido muestra de esto. “Yo te conozco quién eres, el Santo de Dios”: en este caso eran palabras de un demonio inmundo. En otra ocasión, las palabras de muchos demonios fueron: “Tú eres el Hijo de Dios”. Pero este conocimiento no iba acompañado por la fe, la esperanza y el amor. Aquellos que lo poseían eran seres tristemente caídos, llenos de odio amargo tanto hacia Dios como hacia el hombre.

Cuidémonos de un conocimiento no santificado del cristianismo. Es una posesión peligrosa, pero terriblemente común en estos últimos días. Podemos conocer la Biblia intelectualmente y no tener dudas acerca de la verdad de su contenido. Podemos tener nuestras memorias bien provistas de textos importantes y ser capaces de hablar

elocuentemente acerca de sus principales doctrinas sin que, a la vez, la Biblia tenga influencia alguna en nuestros corazones y en nuestras voluntades y conciencias. En realidad, podemos no ser mucho mejores que los demonios.

Nunca nos conformemos con conocer la religión sólo con nuestras cabezas. Podemos continuar toda nuestra vida diciendo “yo sé eso, yo sé aquello”, y hundirnos al final en el Infierno con esas palabras en nuestros labios. Asegurémonos de que nuestro conocimiento da fruto en nuestras vidas. ¿Nuestro conocimiento del pecado nos hace odiarlo? ¿Nuestro conocimiento de la voluntad de Dios nos lleva a esforzarnos por cumplirla? ¿Nuestro conocimiento de los frutos del Espíritu nos hacen trabajar para mostrarlos en nuestro comportamiento diario? El conocimiento de esta clase es verdaderamente provechoso. Cualquier otro conocimiento solamente añadirá a nuestra condenación en el último día.

Debemos fijarnos en este pasaje, en segundo lugar, en *el pleno poder de nuestro Señor Jesucristo*. Vemos enfermedades y demonios rindiéndose igualmente ante su mandato. Él reprende a los espíritus inmundos y ellos salen de los infelices a los que han poseído. Reprende una fiebre y pone sus manos sobre los enfermos, e inmediatamente sus enfermedades desaparecen y los enfermos son sanados.

No podemos dejar de observar muchos casos similares en los cuatro Evangelios. Ocurren con tanta frecuencia que podemos leerlos de manera inconsciente y olvidar la poderosa lección que cada uno de ellos tiene la finalidad de transmitir. Todos van dirigidos a fijar en nuestras mentes la gran verdad de que Cristo es el Sanador señalado de cada mal que el pecado ha introducido en la Humanidad. Cristo es el médico universal al que los hijos de Adán deben recurrir si desean ser sanados. En Él hay vida, salud y libertad. Esta es la gran doctrina que tienen el propósito de enseñarnos todos los milagros de misericordia que tenemos en el Evangelio. Cada uno de ellos es un claro testimonio de ese tremendo hecho que radica en el fundamento mismo del Evangelio. La capacidad de Cristo para dar provisión hasta para la más remota necesidad de la naturaleza humana es la verdadera piedra angular del cristianismo. Cristo, en una palabra, es “el todo” (Colosenses 3:11). Que el estudio de cada milagro nos ayude a grabar esta verdad profundamente en nuestros corazones.

Debemos fijarnos en estos versículos, en tercer lugar, en *que nuestro Señor practica el apartarse ocasionalmente de la gente a algún lugar solitario*. Leemos que, después de sanar a muchos que estaban enfermos y arrojar a muchos demonios, “salió y se fue a un lugar desierto”. Su objetivo al hacer esto se muestra al compararlo con lo que dice en otros lugares en los Evangelios. Se apartó de su obra durante un tiempo para tener comunión con su Padre celestial y orar. Siendo su naturaleza santa y sin pecado, se mantenía sin pecado con el uso regular de los medios de gracia y no descuidándolos.

Tenemos un ejemplo aquí que harían bien en seguir todos aquellos que deseen crecer en la gracia y caminar cerca de Dios. Debemos dedicar tiempo a la meditación privada y a estar a solas con Dios. No debemos contentarnos con orar diariamente y leer las Escrituras, escuchar el Evangelio regularmente y participar de la Cena de Señor. Todo esto está bien. Pero se necesita algo más. Debemos apartar momentos especiales para examinarnos en solitario y meditar en las cosas de Dios. Cada uno debe juzgar por sí mismo en qué momentos del año debe practicar esto. Pero que es algo muy conveniente está claro tanto en la Escritura como en la experiencia. Vivimos en un tiempo de actividad y prisas. La emoción de las actividades diarias y los compromisos constantes mantienen a muchas personas dando vueltas continuamente, y esto supone un gran peligro para nuestras almas. El descuido de este hábito de apartarse ocasionalmente de las actividades del mundo es la causa más probable de mucha incoherencia o desviación que acarrea escándalo a la causa de Cristo. Cuanto más trabajo tenemos para hacer, más debemos imitar a nuestro Maestro. Si Él, en medio de sus abundantes tareas, encontró tiempo para retirarse del mundo ocasionalmente, ¿cuánto más nosotros? Si el Maestro consideró que era necesario, seguro que es mil veces más necesario para sus discípulos.

Debemos fijarnos en estos versículos, por último, en *la declaración de nuestro Señor como uno de los objetivos de su venida al mundo*. Leemos que dijo: “Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado”.

Una expresión como esta debería callar para siempre las tonterías que se han dicho en ocasiones contra la predicación. El mero hecho de que el Hijo eterno de Dios adoptara el oficio de predicador debe convencernos de que la predicación es uno de los más valiosos medios de gracia. Hablar de la predicación, como hacen algunos, como algo de menos importancia que leer oraciones en público o administrar sacramentos es, como mínimo, demostrar ignorancia de la Escritura. Es una circunstancia notable en la historia de nuestro Señor que, aunque predicaba casi sin parar, nunca leemos acerca de que bautizara a alguien. El testimonio de Juan es inequívoco en este punto: “Jesús no bautizaba” (Juan 4:2).

Tengamos cuidado de no desdeñar la predicación. En cada época de la Iglesia ha sido el principal instrumento de Dios para el despertar de los pecadores y la edificación de los santos. Cuando hay poca o ninguna predicación, se hace poco o ningún bien a la Iglesia. Escuchemos los sermones con una disposición mental de oración y reverencia, y recordemos que son los principales motores que Cristo mismo empleó cuando estaba sobre la Tierra. Oremos igualmente a diario para que siempre tengamos predicadores fieles de la Palabra de Dios. Según sea la situación del púlpito, así será la situación de una congregación y de una iglesia.

Notas: Lucas 4:33–44

V. 33: *[Un espíritu de demonio inmundo]*. Esta expresión aparece frecuentemente en los Evangelios. Probablemente tenga la finalidad de enseñarnos la terrible verdad de que los actos impuros que violan el séptimo mandamiento son actos que Satanás trata específicamente de promover. También puede enseñarnos que aquellos que sufrían posesión satánica solían ser personas que habían sido especialmente adictas a los pecados de inmundicia e impureza.

V. 34: *[¿Qué tienes con nosotros?]*. Las palabras así traducidas son la misma expresión que encontramos utilizada por nuestro Señor con su madre en las bodas en Caná de Galilea (cf. Juan 2:4). Parece imposible evitar la conclusión de que conllevan algo de reprensión.

V. 35: *[Cállate]*. El significado literal de la palabra es “poner bozal” (cf. 1 Corintios 9:9; 1 Timoteo 5:18). Es la misma expresión que dirige nuestro Señor al mar tormentoso en Marcos 4:39, donde se traduce: “Calla, enmudece”.

[Derribándole en medio]. Esta es una de aquellas expresiones que aparecen en los Evangelios y muestran claramente que la posesión satánica era algo diferente de la locura, la epilepsia o cualquier otra forma corriente de enfermedad mental o física.

V. 36: *[Todos maravillados]*. Una traducción más literal de esta palabra es “el asombro cayó sobre todos ellos”. Es una expresión propia de S. Lucas (cf. Hechos 3:10) y describe especialmente aquel estado mental que se produce en las personas cuando ven algo sobrenatural o divino (cf. Lucas 5:9, donde se traduce como “temor”).

[¿Qué palabra es esta?]. Scholefield dice que esto sería mejor traducirlo así: “¿Qué es esta palabra?”.

V. 37: *[Fama]*. La palabra así traducida aparece como “estruendo” en los únicos lugares en que se utiliza: “Vino del cielo un estruendo” (Hechos 2:2) y “sonido de la trompeta” (Hebreos 12:19).

V. 38: *[La suegra de Simón]*. Advirtamos cuidadosamente aquí que el apóstol Simón Pedro era un hombre casado. La doctrina romanista del celibato del clero no encuentra aprobación en la Biblia.

V. 39: *[Inclinándose]*. La palabra así traducida es más comúnmente “presentarse” (cf. Lucas 2:9, 18 y Hechos 22:20 y 23:11). Este es el único lugar en el que se traduce como “inclinándose”.

[Levantándose ella al instante, les servía]. Esta expresión muestra que la sanidad efectuada por nuestro Señor es completa. Es conocido que la fiebre deja a las personas demasiado débiles para cualquier esfuerzo, aun cuando comienzan a recuperarse y están fuera de peligro.

Lucas 5:1–11

En estos versículos tenemos la historia de lo que se denomina normalmente la pesca milagrosa de peces. Es un notable milagro en cuanto a dos aspectos. Por un lado nos muestra el completo dominio de nuestro Señor sobre la creación animal. Los peces del mar son tan obedientes a su voluntad como las ranas, las moscas, los piojos y las langostas de las plagas de Egipto. Todos son siervos suyos y todos obedecen sus mandatos. Por otro lado, hay una singular similitud entre este milagro obrado al comienzo del ministerio de nuestro Señor y otro que hace después de su resurrección, al final de su ministerio, y que relata S. Juan (cf. Juan 21:1 ss.). En ambos leemos acerca de una pesca milagrosa de peces. En ambos, el apóstol Pedro tiene un lugar importante en la historia. Y en ambos hay, probablemente, una profunda lección espiritual bajo la superficie externa de los hechos descritos.

Podemos observar en este pasaje *la disponibilidad incansable de nuestro Señor para toda buena obra*. Una vez más le encontramos predicando a un “gentío que se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios”. ¿Y dónde predica? No en un edificio consagrado o en un lugar apartado para el culto público, sino al aire libre; no en un púlpito construido para el uso de un predicador, sino en una barca de pescadores. Las almas esperan ser alimentadas y no toma en consideración las molestias personales. La obra de Dios no debe detenerse.

Los siervos de Cristo deben aprender una lección acerca de la conducta de su Maestro en esta ocasión. No debemos esperar hasta que todas las pequeñas dificultades u obstáculos desaparezcan antes de poner nuestra mano en el arado o de sembrar la semilla de la Palabra. Puede que con frecuencia nos falten edificios convenientes para reunir a un grupo de oyentes. Puede que no encontremos salones adecuados para reunir a los niños. Entonces, ¿que hacemos? ¿Nos sentamos a esperar sin hacer nada? ¡De ninguna manera! Si no podemos hacer todo lo que queremos, hagamos lo que podamos. Trabajemos con las herramientas que tenemos. Mientras nos decidimos y nos retrasamos, las almas perecen. Es “el camino del perezoso [el que] es como seto de espinos” y con “el león [...] fuera” (Proverbios 15:19; 22:13). Donde estamos y como estamos, a tiempo y fuera de tiempo, por un medio u otro, de palabra o por escrito, hablando o escribiendo, esforcémonos por trabajar siempre para Dios. Pero nunca nos detengamos.

Podemos observar en este pasaje, en segundo lugar, *que nuestro Señor aprueba la obediencia incondicional*. Se nos dice que, después de predicar, ordenó a Simón que bogara mar adentro y echara sus redes para pescar. Entonces recibió una respuesta que muestra de

manera notable la mentalidad de un buen siervo: “Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red”. ¿Y cuál fue la recompensa por esta pronta obediencia a las órdenes del Señor? Se nos dice enseguida que “encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía”.

Sin duda, estas sencillas circunstancias contienen una lección práctica para todos los cristianos. Tienen el propósito de que aprendamos la bendición de la obediencia resuelta y dispuesta a cada orden clara de Cristo. El camino del deber puede resultar duro y desagradable en ocasiones. Quizá no sea manifiesta para el mundo la sabiduría de la carrera que nos proponemos correr. Pero nada de esto debe hacernos cambiar. No debemos ceder ante la carne y la sangre. Debemos seguir adelante cuando Jesús dice: “¡Ve!” y hacer una cosa con energía, resolución y decisión cuando Jesús nos dice: “¡Hazlo!”. Debemos andar por fe y no por vista, y creer que lo que ahora no vemos correcto y razonable lo veremos después. Si actuamos así, nunca descubriremos a la larga que somos perdedores. Si actuamos así, descubriremos antes o después que obtenemos una gran recompensa.

Podemos observar en este pasaje, en tercer lugar, *hasta qué punto humilla al hombre la sensación de la presencia de Dios y le hace sentir su pecaminosidad*. Vemos esto bien ilustrado por las palabras de Pedro cuando la pesca milagrosa le convenció de que el que estaba en la barca era más que un hombre. Leemos que “cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”.

Al considerar estas palabras de Pedro debemos, por supuesto, recordar el tiempo en que fueron pronunciadas. Era, como mucho, solo un bebé en la gracia, débil en la fe, débil en experiencia y débil en conocimiento. En un período posterior de su vida, sin duda, habría dicho: “Quédate conmigo”, y no que se apartara. Pero, aun así, a pesar de esto, las palabras de Pedro expresan exactamente los primeros sentimientos del hombre cuando es llevado a algo parecido a un contacto cercano con Dios. La vista de la divina grandeza y santidad le hace sentir con gran fuerza su propia pequeñez y pecaminosidad. Como Adán después de la Caída, su primer pensamiento es esconderse. Como Israel al pie del Sinaí, las palabras de su corazón son: “No hable Dios con nosotros, para que no muramos” (Éxodo 20:19).

Esforcémonos por conocer más y más, cada año que vivamos, nuestra necesidad de un mediador entre nosotros y Dios. Seamos más y más conscientes de que, sin un mediador, nuestros pensamientos acerca de Dios nunca pueden ser de tranquilidad y, cuanto más claramente vemos a Dios, más inquietos debemos sentirnos. Sobre todo, seamos agradecidos por tener en Jesús al Mediador mismo cuya ayuda necesitan nuestras almas y porque a través de Él podamos acercarnos a Dios con valor y desechar el temor. Sin Cristo, Dios es un

fuego consumidor. En Cristo, es un Padre reconciliado. Sin Cristo, el más estricto moralista bien puede temblar al mirar hacia adelante a su fin. Por medio de Cristo, el principal de los pecadores puede acercarse a Dios con confianza y sentir perfecta paz.

Podemos observar en este pasaje, por último, *la inmensa promesa que Jesús le hace a Pedro:* "No temas; desde ahora serás pescador de hombres".

Sin duda, esa promesa no era para Pedro solamente, sino para todos los Apóstoles; y no para todos los Apóstoles solo, sino para todos los ministros fieles del Evangelio que andan en los pasos de los Apóstoles. No fue pronunciada para su ánimo y consuelo. Fue para apoyarles cuando tienen ese sentimiento de debilidad e inutilidad que en ocasiones casi les aplasta. Ellos ciertamente tienen un tesoro en vasos de barro (2 Corintios 4:7). Son hombres con pasiones como los demás. Consideran sus propios corazones débiles y delicados, como los corazones de cualquiera de sus oyentes. A menudo son tentados a abandonar desesperados y a dejar de predicar. Pero aquí tenemos una promesa en la que la gran Cabeza de la Iglesia quería que se apoyaran diariamente: "No temas; desde ahora serás pescador de hombres".

Oremos diariamente por todos los ministros, para que puedan ser verdaderos sucesores de Pedro y sus hermanos, para que puedan predicar el mismo Evangelio completo y libre que ellos predicaron y vivir las mismas vidas santas que ellos vivieron. Estos son los únicos ministros que demostrarán ser pescadores con éxito. Puede que Dios otorgue más honor a algunos de ellos y menos a otros. Pero todos los predicadores verdaderos y fieles del Evangelio hacen bien en creer que se demostrará que su trabajo no es en vano. Quizá con frecuencia prediquen la Palabra con muchas lágrimas y no vean el resultado de su trabajo. Pero la Palabra de Dios no volverá vacía (Isaías 55:11). El último día se demostrará que ninguna obra efectuada para Dios cayó en saco roto. Todo pescador fiel verá que son ciertas las palabras de su Maestro: "Serás pescador de hombres".

Notas: Lucas 5:1–11

V. 4: *[Boga mar adentro]*. Notemos que esta orden debió de ser una prueba especialmente dura para la fe de un pescador. Por lo general no es en las aguas profundas donde se pescan los peces en los lagos.

V. 6: *[Su red se rompía]*. La palabra traducida como "se rompía" se debería haber traducido mejor como "comenzó a romperse", igual que una palabra similar en el versículo siguiente: "comenzó a hundirse". Que la red en realidad no llegó a romperse se ve claramente en el contexto. Se iba a romper o estaba a punto de romperse.

V. 10: *[Serás pescador de hombres]*. Con frecuencia se ha señalado, y con mucha justicia, que la palabra griega traducida como “pescar” [en la versión inglesa, N.T.] significa literalmente “tomar vivo”. Solo se utiliza aquí y en otro lugar (2 Timoteo 2:26), un pasaje que a menudo se interpreta mal, pero que bien entendido tiene un gran paralelo con las palabras de nuestro Señor en este lugar.

No olvidemos, al leer este milagro, que los hombres santos y buenos de todas las épocas han visto en él un tipo y símbolo notable de la historia de la Iglesia de Cristo en el mundo. Consideran los barcos como símbolos de las iglesias, los pescadores de los ministros, la red del Evangelio, el mar del mundo, la orilla de la eternidad y la pesca milagrosa del éxito de la obra efectuada en estricta sumisión a la Palabra de Dios. Puede que haya algo de verdad en todo esto. Pero hay que utilizarlo con cuidado y delicadeza. El hábito de alegorizar y ver significados ocultos en el lenguaje claro de la Escritura suele hacer mucho daño.

Lucas 5:12–16

En este pasaje vemos *el poder de nuestro Señor Jesucristo sobre las enfermedades incurables*. “Un hombre lleno de lepra” apela a Él en busca de liberación y es sanado inmediatamente. Este fue un milagro impactante. De todas las enfermedades que pueden afligir al cuerpo humano, la lepra parece ser la más grave. Afecta a la vez a todas las partes del organismo. Produce llagas y destruye la piel, corrompe la sangre y produce putrefacción en los huesos. Es una muerte en vida que ninguna medicina puede frenar o detener. Pero aquí leemos de un leproso que se puso bien en un momento. Solo fue tocado por la mano del Hijo de Dios, y la curación se efectuó. ¡Un simple toque de aquella todopoderosa mano, “y al instante la lepra se fue de él”!

En esta maravillosa historia tenemos un vivo símbolo del poder de Cristo para sanar nuestras almas. ¿Qué somos todos sino leprosos espirituales a los ojos de Dios? El pecado es la enfermedad mortal que nos afecta a todos. Corroe nuestro organismo. Infecta nuestras facultades. El corazón, la conciencia, la mente y la voluntad, todas enferman por el pecado. Desde la planta de nuestros pies hasta la coronilla, no hay sanidad en nosotros, sino heridas, magulladuras y llagas putrefactas (cf. Isaías 1:6). Ese es el estado en el que hemos nacido. Ese es el estado en el que vivimos por naturaleza. Estamos, en un sentido, muertos desde mucho antes de ser sepultados. Nuestros cuerpos pueden estar rebosantes de salud y actividad, pero nuestras almas están por naturaleza muertas en delitos y pecados.

¿Quién puede liberarnos de este cuerpo de muerte? Agradezcamos

a Dios que Jesucristo puede hacerlo. Él es aquel Médico divino que puede hacer que pasen las cosas viejas y que todas sean hechas nuevas. En Él está la vida. Puede lavarnos completamente en su propia sangre de toda la corrupción producida por el pecado. Puede vivificarnos y resucitarnos por medio de su Espíritu. Puede limpiar nuestros corazones, abrir los ojos de nuestro entendimiento, renovar nuestras voluntades y sanarnos. Que esto penetre profundamente en nuestros corazones. Hay una medicina que sana nuestras enfermedades. Si estamos perdidos no es porque no podamos ser salvos. Por muy corrupto que esté nuestro corazón y por muy inicua que haya sido nuestra vida pasada, hay esperanza para nosotros en el Evangelio. No hay caso de lepra espiritual demasiado difícil para Cristo.

En este pasaje vemos, en segundo lugar, *la voluntad de nuestro Señor Jesucristo de ayudar a aquellos que están en necesidad*. La petición del leproso afligido fue muy conmovedora. “Señor —dijo— si quieres, puedes limpiarme”. La respuesta que recibió fue especialmente misericordiosa y llena de gracia. Inmediatamente, el Señor responde: “Quiero; sé limpio”.

La pequeña palabra “quiero” merece una atención especial. Hay una profunda mina rica en consuelo y ánimo para todas las almas fatigadas y cansadas. Nos muestra la mente de Cristo hacia los pecadores. Evidencia su infinita voluntad de hacer el bien a los hijos de los hombres y su disposición a mostrar compasión. Recordemos siempre que, si los hombres no son salvos, no es porque Jesús no desee salvarlos. No desea que ningún alma perezca, “sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Quiere “que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). No se complace en la muerte del que muere. Él habría juntado a los hijos de Jerusalén como una gallina a sus polluelos si ellos hubieran querido ser juntados (cf. Lucas 13:34). Él quería, pero ellos no. El pecador debe cargar con la culpa de su perdición. Si se pierde para siempre, es por su propia voluntad, y no por la de Cristo. Nuestro Señor dice algo solemne: “No queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40; cf. 2 Pedro 3:9; 1 Timoteo 2:5; Ezequiel 18:32; Mateo 23:37).

En este pasaje vemos, en tercer lugar, *el respeto de nuestro Señor Jesucristo a la Ley ceremonial de Moisés*. Ordena al leproso: “Ve, y muéstrate al sacerdote” según el requisito que aparece en Levítico de ser declarado limpio de la forma ordenada. Le manda entregar una ofrenda para la ocasión “según mandó Moisés”. Nuestro Señor sabía bien que las ceremonias de la Ley mosaica eran solo sombras y figuras de las buenas cosas venideras y no tenían en sí un poder inherente. Sabía bien que los últimos días de las instituciones levíticas estaban cerca y pronto serían abandonadas para siempre. Pero, mientras no fueran abrogadas, Él las respetaría. Fueron ordenadas por Dios mismo. Fueron figuras y símbolos vivos del Evangelio. Por tanto, no había que

tenerlas en poco.

Tenemos aquí una lección para los cristianos que haremos bien en recordar. Tengamos cuidado de no despreciar la Ley ceremonial porque ya ha llevado a cabo su obra. Cuidémonos de no rechazar aquellas partes de la Biblia que la contienen por la idea de que el que cree en el Evangelio no tiene nada que ver con ellas. Es cierto que las tinieblas han pasado y que ahora la luz verdadera ya alumbra (cf. 1 Juan 2:8). No tenemos nada que ver con altares, sacrificios o sacerdotes. Aquellos que desean revivirlos son como los hombres que encienden una vela a plena luz del día. Pero, a pesar de ser esto cierto, no debemos olvidar nunca que la Ley ceremonial sigue estando llena de instrucción. Contiene el mismo Evangelio en embrión que ahora vemos plenamente desarrollado. Correctamente entendida, siempre descubriremos que arroja mucha luz sobre el Evangelio de Cristo. El lector de la Biblia que rechaza estudiarla siempre descubrirá que, debido a ello, su alma habrá sufrido daño.

Por último, en este pasaje vemos *la diligencia de nuestro Señor Jesucristo para la oración personal*. Aunque “se reunía mucha gente para oírle, y para que les sanase de sus enfermedades”, aún buscaba tiempo para la devoción privada. Aunque era santo e inmaculado, no permitía que las exigencias de las obligaciones públicas impidieran su comunión personal regular con Dios. Se nos dice que “se apartaba a lugares desiertos, y oraba”.

Tenemos aquí ante nosotros un ejemplo que se pasa por alto mucho en estos últimos días. Me temo que hay pocos de los que profesan ser cristianos que se esfuerzan por imitar a Cristo en esta cuestión de la devoción personal. Se escucha, se lee, se habla, se trabaja, se visita, se dan limosnas, se apoyan sociedades y se enseña en las escuelas en abundancia. ¿Pero hay a la vez una debida proporción de oración personal? ¿Tienen los hombres y mujeres creyentes el cuidado necesario para estar frecuentemente a solas con Dios? Estas son preguntas que nos llevan a humillarnos y examinarnos. Pero veremos lo importante que es darles una respuesta.

¿Por qué hay tanta obra aparentemente religiosa y tan poco resultado en cuanto a verdaderas conversiones a Dios, tantos sermones y tan pocas almas que se salvan, tanta maquinaria y tan poco efecto, tanto correr de acá para allá y tan pocos llevados a Cristo? ¿Por qué ocurre esto? La respuesta es breve y sencilla. No hay suficiente oración personal. La causa de Cristo no requiere menos trabajo, pero sí más oración de los obreros. Examinémonos cada uno y enderecemos nuestros caminos. Los obreros con más éxito en la viña del Señor son aquellos que están, como su Maestro, frecuente y largamente sobre sus rodillas.

Notas: Lucas 5:12–16

V. 12: *[Un hombre lleno de lepra]*. Gill, en su comentario sobre este pasaje, ofrece una larga lista de síntomas e indicios de lepra, tal como afirmaron Galen, Aretæus, Pontanus, Ægineta, Cardan y otros. A aquellos que deseen estudiar la cuestión les recomiendo leer lo que él ha recopilado. Les parecerá más interesante a los médicos que a los lectores en general.

La enfermedad de la lepra se encuentra aún en algunas partes del mundo, aunque es comparativamente desconocida en Inglaterra. Se dice que hay una pequeña isla en la costa de África del Sur, cerca del cabo de Buena Esperanza, destinada por el Gobierno colonial a los leprosos. Se menciona en *M'Cheyne's Memoirs*, p. 200.

V. 13: *[Quiero]*. El Sr. Burgon comenta que esta "es una palabra pronunciada por Dios y solo por Dios, una palabra de Aquel cuya todopoderosa voluntad es la causa de todas las cosas. Cuando sus siervos obraban milagros, eran muy diferentes las frases que utilizaban. José dice: 'No está en mí; Dios será el que dé respuesta propicia a Faraón' (Génesis 41:16)".

V. 16: *[Se apartaba a lugares desiertos]*. Gualter comenta acerca de esta expresión que debería enseñar a los ministros del Evangelio a tener cuidado en cuanto a una excesiva familiaridad y relacionarse con demasiada frecuencia en público con sus oyentes. Considera que una excesiva familiaridad entre los ministros y los oyentes conduce al desprestigio y que los hábitos de privacidad y reclusión son verdaderamente esenciales para un ministro.

[Y oraba]. Esta frecuente mención de nuestro Señor orando es muy propia de S. Lucas. Comenta Wordsworth: "Se ve un ejemplo similar en su relato del bautismo de nuestro Señor y de su transfiguración (cf. Lucas 3:21 y 9:28–29). Los gentiles, a quienes fue especialmente destinado el Evangelio de S. Lucas, necesitaban instrucción en cuanto al deber y los beneficios de la oración. Por eso, esta cuestión ocupa un lugar importante en su Evangelio. Es de manera especial el Evangelio de la oración" (cf. Lucas 6:12; 9:18, 28; 11:1; 18:1; 22:41, 46).

Lucas 5:17–26

En estos versículos nos llama la atención un triple milagro. De una vez y al mismo tiempo, vemos a nuestro Señor perdonando pecadores, leyendo los pensamientos de los hombres y sanando a un paralítico. Alguien que puede hacer estas cosas y con tanta facilidad y con plena autoridad tiene que ser ciertamente Dios mismo. Nunca hombre

alguno poseyó tal poder.

Señalemos en este pasaje, en primer lugar, *las molestias que se toman los hombres para conseguir un objetivo cuando de verdad lo desean*. Los amigos del hombre enfermo de parálisis deseaban llevarle a Jesús para que lo curara. Al principio no pudieron hacerlo a causa de la multitud que le rodeaba. ¿Qué podían hacer entonces? “Subieron encima de la casa, y por el tejado le bajaron con el lecho, poniéndole en medio, delante de Jesús”. Enseguida consiguieron su objetivo. La atención de nuestro Señor se desvió hacia su amigo enfermo y este fue sanado. Por medio de dolores, esfuerzos y perseverancia, sus amigos consiguieron obtener para él la gran bendición de una sanidad completa.

La importancia del esfuerzo y la diligencia es una verdad que está ante nuestros ojos por todas partes. En cada llamamiento, vocación y negocio vemos que el trabajo es uno de los grandes secretos del éxito. No es por suerte o por accidente como prosperan los hombres, sino por medio del trabajo duro. Los banqueros y mercaderes no consiguen fortunas sin problemas y dedicación. Los abogados y médicos no consiguen su empleo sin diligencia y estudio. Se trata de un principio con el que están perfectamente familiarizados los hijos de este mundo. Una de sus máximas favoritas es que sin esfuerzo no hay ganancia.

Comprendamos bien que el esfuerzo y la diligencia son exactamente tan esenciales para el bienestar y la prosperidad de nuestras almas como para los de nuestros cuerpos. En todos nuestros esfuerzos por acercarnos a Dios, en nuestra relación con Cristo debería haber el mismo empeño decidido que mostraron estos amigos del hombre enfermo. No debemos permitir que las dificultades nos estorben y que ningún obstáculo nos refrene de algo que es verdaderamente para nuestro bien espiritual. Especialmente debemos tener esto en mente en cuanto a la lectura regular de la Biblia, escuchar el Evangelio, santificar el día de reposo y la oración personal. En estas cuestiones debemos evitar la pereza y una predisposición a excusarnos. La necesidad es la madre de la invención. Si no podemos encontrar medios para mantener estos hábitos de una manera, debemos hacerlo de otra. Pero debemos decidir en nuestras mentes que *hay que hacerlo*. Está en juego la salud de nuestras almas. Por enorme que sea la multitud de dificultades, debemos superarlas. Si los hijos de este mundo se esfuerzan tanto por una corona corruptible, más debemos esforzarnos por una que es incorruptible.

¿Por qué hay tantas personas no se esfuerzan en la religión? ¿Por qué nunca encuentran tiempo para orar, leer la Biblia y escuchar el Evangelio? ¿Cuál es el secreto de su continua cadena de excusas para desatender los medios de gracia? ¿Por qué los mismos hombres que están llenos de celo por el dinero, los negocios, el placer o la política no se preocupan en absoluto por sus almas? La respuesta a estas preguntas es breve y simple. No se toman en serio la salvación. No

tienen conciencia de su enfermedad espiritual. No saben que necesitan un Médico espiritual. No sienten que sus almas están en peligro de perecer eternamente. No ven utilidad alguna en preocuparse por la religión. Miles viven y mueren en tinieblas de este tipo. ¡Felices verdaderamente aquellos que se han dado cuenta del peligro y consideran todas las cosas como basura con tal de ganar a Cristo y de ser hallados en ÉI!

Señalemos en este pasaje, en segundo lugar, *la amabilidad y compasión de nuestro Señor Jesucristo*. Por dos veces en estos versículos, le vemos hablando con gran misericordia al pobre enfermo que había sido llevado ante Él. Al principio le dirige estas maravillosas y alentadoras palabras: “Hombre, tus pecados te son perdonados”. Después añade otras palabras que, en cuanto a producir consuelo, solo eran superadas por la bendición del perdón: “Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa”. Primero le asegura que su alma ha sido sanada. Después le dice que su cuerpo ha sido curado y le envía diciéndole que se regocije.

Nunca olvidemos este aspecto del carácter de nuestro Señor. El amor bondadoso a los suyos nunca cambia ni falla. Es una profunda fuente de la que nadie encuentra nunca el fondo. Comenzó desde la eternidad, antes de que hubieran nacido. Los escogió, los llamó y les dio vida cuando estaban muertos en sus delitos y pecados (cf. Efesios 2:1). Los condujo a Dios y cambió su carácter, puso una nueva voluntad en sus mentes y un nuevo cántico en sus bocas. Los ha soportado con todos sus caprichos y defectos. Nunca permitirá que sean separados de Dios. Fluirá siempre hacia adelante como un potente río, a través de las edades interminables de la eternidad. El amor y la misericordia de Cristo deben ser el alegato del pecador cuando comienza su viaje. El amor y la misericordia de Cristo serán su único alegato cuando cruce el oscuro río y entre en el hogar. Busquemos conocer este amor por medio de una experiencia interior y valorémoslo más. Que nos impulse continuamente a vivir no para nosotros mismos, sino para Aquel que murió por nosotros y resucitó.

Señalemos, por último, *el conocimiento perfecto de los pensamientos de los hombres por parte de nuestro Señor*. Leemos que, cuando los escribas y fariseos comenzaron a discutir secretamente entre ellos y acusaron en privado a Jesús de blasfemia, Él supo lo que estaban pensando y los expuso a la vergüenza pública. Está escrito que conocía sus pensamientos.

Debemos reflexionar diaria y habitualmente acerca de que no podemos guardar nada en secreto ante Cristo. A Él se aplican las palabras de S. Pablo: “Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). A Él corresponden las solemnes expresiones del Salmo 139, un salmo que todo cristiano debe estudiar con frecuencia. No hay una palabra en nuestras bocas ni una intención de nuestros corazones que Jesús no

conozca (Salmo 139:4).

¡Cuánto examen de nuestro corazón debería despertar dentro de nosotros esta poderosa verdad! ¡Cristo, sin embargo, nos ve! ¡Cristo siempre nos conoce! ¡Cristo lee y observa diariamente nuestros actos, nuestras palabras y nuestros pensamientos! El recuerdo de esto debería alarmar al inicuo y apartarle de sus pecados. Su maldad no está escondida y un día será terriblemente puesta al descubierto, a no ser que se arrepientan! Debería ahuyentar a los hipócritas y apartarlos de su hipocresía. ¡Puede que engañen al hombre, pero no engañarán a Cristo! Debe avivar y estimular a todos los creyentes. Deben recordar que los está mirando un Maestro amante y deben hacerlo todo como si estuvieran ante Él. Sobre todo, deben experimentar que, por mucho que el mundo se burle o los calumnie, son juzgados con justicia por su Salvador. Pueden decir: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo” (Juan 21:17).

Notas: Lucas 5:17–26

V. 17: *[Para sanar]*. [Esta nota hace referencia a la traducción inglesa utilizada por el autor, que dice “para sanarles”, N.T.]. No debemos suponer que esto significa que sanó a los fariseos. El Sr. Burgon señala: “¿Sanar a quiénes? ¿A los fariseos y doctores de la Ley? Claro que no. La verdad es que ante el Evangelista se alza toda la escena mientras escribe, de manera que utiliza la palabra “les” en referencia a las muchas personas enfermas que habían sido llevadas a nuestro Salvador en esta ocasión y estaban esperando una oportunidad para ser sanadas”.

V. 19: *[Por el tejado le bajaron]*. Con el fin de entender esto, debemos recordar la construcción de las casas en los países donde predicó nuestro Señor. Era, y es ahora, una práctica habitual construirlas con un tejado plano y un pequeño cuadrado o patio en medio del edificio. Se conseguía acceder al tejado por una escalera exterior, de manera que una persona podía ascender al tejado sin entrar en la casa. Alrededor de los lados del patio había una prolongación desde los muros de la casa hacia el medio. A veces estaba hecha de lona o de tela, otras veces de tejas ligeras. El uso de esta prolongación hacía que las personas pudieran sentarse al aire libre en el patio y, al mismo tiempo, protegerse de la lluvia o del Sol.

En el caso que nos ocupa, parece que nuestro Señor había estado predicando y enseñando en el patio de la casa bajo la cubierta de la prolongación protectora de uno de los lados. Los amigos del paralítico no habrían podido llegar hasta el patio a causa de la multitud y le habrían subido por las escaleras externas al edificio, llegando al tejado plano de la casa. Entonces habrían removido la parte de las tejas colocadas encima del lugar donde nuestro Señor estaba predicando y habrían bajado a su amigo en su cama con cuerdas hasta el patio inferior.

A menos que quitemos de nuestras mentes todas las ideas de casa como una construcción similar a las casas de Inglaterra, todo el relato de las

circunstancias del milagro resultan ininteligibles. Si tenemos en mente las casas orientales de entonces y de ahora, se vuelve claro y evidente.

V. 26: *[Todos, sobrecogidos de asombro]*. Sería mejor traducir esta palabra como “el asombro los sobrecogió a todos”. La palabra utilizada para “asombro” es la misma que la traducida en tres lugares como “éxtasis” (cf. Hechos 10:10; 11:5; 22:17). Suicer cita a Epifanio para mostrar que es la palabra utilizada para “la clase más elevada de admiración o maravilla”.

[Maravillas]. La palabra así traducida solo se utiliza en este lugar en el Nuevo Testamento. Significa literalmente “paradojas”, cosas contrarias a toda la opinión general y a la experiencia corriente.

Lucas 5:27–32

Los versículos que acabamos de leer deben resultar profundamente interesantes a cualquiera que conozca el valor del alma inmortal y desee la salvación. Describen la conversión y experiencia de uno de los primeros discípulos de Cristo. Nosotros también nacemos por naturaleza en pecado y necesitamos una conversión. Veamos qué sabemos de esta tremenda transformación. Comparemos nuestra propia experiencia con la del hombre cuyo caso se describe aquí y aprendamos sabiduría por medio de la comparación.

En este pasaje se nos enseña *el poder de la gracia de Cristo al llamar*. Leemos que nuestro Señor llamó a un publicano de nombre Leví para que se convirtiera en uno de sus discípulos. Este hombre pertenecía a una clase que era un verdadero proverbio para la maldad entre los judíos. Pero aun a él nuestro Señor le dice: “¡Sígueme!”. Leemos además que las palabras de nuestro Señor influyeron de tal manera en el corazón de Leví que, aunque estaba “sentado al banco de los tributos públicos” cuando fue llamado, enseguida, “dejándolo todo, se levantó y lo siguió” [a Cristo] y se convirtió en uno de sus discípulos.

Después de leer un caso así, nunca debemos desanimarnos en cuanto a la salvación de alguien mientras viva. Nunca debemos decir de nadie que es demasiado malvado, duro o mundano como para volverse cristiano. No hay pecados tan numerosos o malos que no puedan ser perdonados. Ningún corazón es demasiado duro o mundano para no ser cambiado. Aquel que llamó a Leví vive aún y es el mismo que era hace 1800 años. Con Cristo nada es imposible.

¿Qué pasa en nuestro caso? Esta, al fin y al cabo, es la gran pregunta. ¿Estamos esperando, retardándonos y vacilando ante la idea de que la cruz es demasiado pesada y que nunca podremos servir a

Cristo? Expulsemos esos pensamientos de una vez por todas. Creamos que Cristo puede capacitarnos por su Espíritu para abandonarlos y salir del mundo. Recordemos que Aquel que llamó a Leví no cambia. Tomemos la cruz con valentía y sigamos adelante.

En segundo lugar, en este pasaje se nos enseña *que la conversión es una causa de gozo para el verdadero creyente*. Leemos que, cuando Leví se convirtió, "hizo gran banquete en su casa". Una fiesta se hace para reírse y alegrarse (Eclesiastés 10:19). Leví vio en su transformación una ocasión para regocijarse y deseaba que otros se regocijaran con él.

Fácilmente podemos imaginar que la conversión de Leví era causa de lamento para sus amigos del mundo. ¡Ellos le veían abandonar un llamamiento provechoso para seguir a un nuevo maestro de Nazaret! Sin duda consideraban su conducta como una lamentable muestra de locura y una ocasión para lamentarse más que para alegrarse. Solo consideraban sus pérdidas transitorias por seguir a Cristo. De sus ganancias espirituales no conocían nada. Y hay muchos como ellos. Siempre hay miles de personas que, si oyen que un pariente se ha convertido, lo consideran más bien una desgracia. En vez de regocijarse, solo mueven sus cabezas y se lamentan.

Sin embargo, tengamos en nuestras mentes que Leví hizo bien en regocijarse y, si nos convertimos, debemos regocijarnos de la misma manera. Nada puede sucederle a un hombre que sea mayor ocasión de gozo que su conversión. Es un acontecimiento mucho más importante que estar casado, llegar a la mayoría de edad, convertirse en noble o recibir una gran fortuna. ¡Es el nacimiento de un alma inmortal! ¡Es el rescate de un pecador del Infierno! ¡Es ser hecho rey y sacerdote para siempre! ¡Es tener seguridad tanto en el tiempo como en la eternidad! ¡Es la adopción en la familia más noble y rica de todas las familias: ¡la familia de Dios! No hagamos caso de la opinión del mundo respecto a esto. "Blasfeman de cuantas cosas no conocen" (Judas 10). Como Leví, consideremos toda nueva conversión como una causa de gran gozo. Nunca debemos gozarnos, alegrarnos y felicitarnos tanto como cuando nuestros hijos, hijas, hermanos, hermanas o amigos son llevados a Cristo y nacen de nuevo. Debemos recordar las palabras del padre del hijo pródigo: "Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado" (Lucas 15:32).

En tercer lugar, en este pasaje se nos enseña *que las almas convertidas desean fomentar la conversión de los demás*. Se nos dice que, cuando Leví se convirtió y hubo celebrado la ocasión, invitó a "mucha compañía de publicanos" para compartir con ellos. Lo más probable es que aquellos hombres fueran sus antiguos amigos y compañeros. Sabía bien lo que sus almas necesitaban, porque había sido uno de ellos. Deseaba hablarles de aquel Salvador que había sido tan misericordioso con él. Habiendo encontrado misericordia, deseaba

que ellos también la encontraran. Habiendo sido liberado por gracia de las ataduras del pecado, deseaba que también lo fueran otros.

El sentimiento de Leví siempre será el sentimiento de un verdadero cristiano. Se puede afirmar con seguridad que no hay gracia en el hombre al que no preocupa en absoluto la salvación de su prójimo. El corazón que es verdaderamente enseñado por el Espíritu Santo siempre estará lleno de amor, caridad y compasión. El alma que ha sido verdaderamente llamada por Dios deseará de corazón que otros puedan experimentar el mismo llamamiento. Un hombre que se ha convertido no deseará ir al Cielo solo.

¿Cómo estamos nosotros en cuanto a esto? ¿Sabemos algo del espíritu de Leví después de su conversión? ¿Nos esforzamos de todas las formas posibles por que nuestros amigos y parientes conozcan a Cristo? ¿Les decimos a los demás, como Moisés a Hobab: “Ven con nosotros, y te haremos bien” (Números 10:29).

¿Proclamamos a nuestros hermanos como Andrés a Simón: “Hemos hallado al Mesías”? Son preguntas muy importantes. Demuestran la verdadera situación de nuestras almas. No dejemos de aplicárnoslas. No hay suficiente espíritu misionero entre los cristianos. No deberíamos conformarnos con estar seguros nosotros. También debemos tratar de hacer el bien a los demás. No todos pueden ir a los paganos, pero todo creyente debe esforzarse por ser misionero con su prójimo. Si hemos recibido misericordia, no debemos callarnos.

Por último, en este pasaje se nos enseña *uno de los principales objetivos de la venida de Cristo al mundo*. Lo tenemos en las conocidas palabras: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”.

Esta es la gran lección del Evangelio que, de una forma u otra, vemos que se enseña continuamente en el Nuevo Testamento. Nunca estará suficientemente impresa en nuestras mentes. Tal es nuestra ignorancia y fariseísmo religioso, que constantemente lo perdemos de vista. Necesitamos que se nos recuerde constantemente que Jesús no vino meramente como maestro, sino como el Salvador de lo que estaba completamente perdido, y que solo pueden recibir beneficio de Él aquellos que confiesen que están perdidos, arruinados y sin esperanza, y que son unos miserables pecadores.

Utilicemos esta tremenda verdad si no lo hemos hecho ya. ¿Somos conscientes de nuestra propia maldad e impiedad? ¿Pensamos que no merecemos nada más que ira y condenación? Después, comprendamos que somos las personas por quienes Jesús vino al mundo. Si nos consideramos justos, Cristo no tiene nada que decirnos. Pero, si nos consideramos pecadores, Cristo nos llama al arrepentimiento. Que el llamamiento no sea en vano.

Continuemos utilizando esta poderosa verdad si ya la hemos utilizado en el pasado. ¿Reconocemos que nuestros corazones son débiles y engañosos? ¿Sentimos con frecuencia que “queriendo yo

hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí" (Romanos 7:21)? Puede que sea cierto. Pero eso no debe evitar nuestro descanso en Cristo. Vino al mundo para salvar a los pecadores, y si nos sentimos como tales tenemos base para apelar a Él y confiar en Él al final de nuestra vida. Solo hay una cosa que no debemos olvidar: Cristo vino para llamarnos *al arrepentimiento* y no aprobará que continuemos en pecado.

Notas: Lucas 5:27–32

V. 27: *[Un publicano llamado Leví]*. La persona llamada aquí Leví es llamada Mateo en el Evangelio de S. Mateo, y Leví en el de S. Marcos. Casi todo el mundo está de acuerdo en que es una sola persona: el apóstol Mateo. Como algunos otros en la Biblia, tenía dos nombres.

No hace falta decir que "publicano" significa "recaudador de impuestos públicos".

[Al banco de los tributos públicos]. La palabra griega así traducida no necesariamente significa que Leví estuviera recibiendo dinero en aquel mismo instante. Sería igual de correcto traducir "en el lugar donde se recogían los tributos". Parece que este es el significado más probable.

V. 28: *[Dejándolo todo…]*. Debemos tener cuidado de no suponer que Leví abandonó su trabajo para el gobierno y que causó pérdidas a sus empleados por su repentina acción aquí relatada, al dejar su puesto. Es más probable que, como muchos recaudadores de impuestos y de peajes, alquilara anualmente el puesto de recaudador en el lugar donde nuestro Señor le encontró y que hubiera pagado por adelantado. Siendo así, si escogió dejar su puesto, lo hizo por completo a su costo, pero el Gobierno no fue estafado. Watson comenta: "Si Leví hubiera sido un empleado del Gobierno contratado por un salario, como nuestros funcionarios de Hacienda, para recoger los impuestos, en justicia debería haberse quedado hasta nombrar a un sucesor. Pero habiendo adquirido él mismo el puesto de recaudador para un determinado período, tenía la libertad de renunciar al trabajo de recaudarlos si le placía".

V. 29: *[Gran banquete]*. La palabra traducida como "banquete" solo se utiliza aquí y en Lucas 14:13. Hace referencia a una especie de gran banquete, como el que solo pueden ofrecer personas adineradas y en el que los invitados eran numerosos. El sacrificio que hizo Leví, desde el punto de vista del mundo, al convertirse en discípulo de Cristo fue probablemente mayor que el de cualquiera de los Apóstoles.

V. 32: *[Llamar […] al arrepentimiento]*. Hay que fijarse cuidadosamente aquí, así como en otros lugares, en que el llamamiento de nuestro Señor a los pecadores no es un llamamiento vacío a convertirse en discípulos suyos, sino "al arrepentimiento".

Stella, el comentarista español, comenta sobre este versículo: "No hay

que deducir de esto que Cristo encontrara a algunos que eran justos. Porque la frase de Pablo es cierta: ‘todos pecaron’. Cristo llama a estos escribas y fariseos justos no porque realmente lo fueran, sino solo según la común apariencia y estimación que recibían”.

Lucas 5:33–39

Observemos en estos versículos que *las personas pueden estar en desacuerdo en cuestiones religiosas de pequeña importancia a la vez que están de acuerdo en las cuestiones más importantes*. Podemos ver esto en la supuesta diferencia entre los discípulos de Juan el Bautista y los discípulos de Cristo. Se le planteó una pregunta a nuestro Señor: “¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, y asimismo los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben?”.

No podemos pensar que había una diferencia esencial entre las doctrinas sostenidas por ambos grupos de discípulos. La doctrina de Juan el Bautista era sin duda clara y explícita en cuanto a todos los puntos principales necesarios para la salvación. El hombre que pudo decir de Jesús “he aquí, el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29) no iba a enseñar a sus seguidores algo contrario al Evangelio. Su enseñanza, por supuesto, no llegaba a ser la completa y perfecta enseñanza de su Maestro divino, pero es absurdo suponer que la contradecía. No obstante, había puntos prácticos en los que sus discípulos diferían de los de Cristo. Aunque estaban de acuerdo, como sin duda era así, acerca de la necesidad de arrepentimiento, fe y santidad, estaban en desacuerdo en cuestiones como el ayuno, las comidas y bebidas y la forma pública de expresar la devoción. Aunque eran uno en corazón, esperanza y propósito en referencia a las cuestiones de peso de la religión interior, no eran unánimes en cuanto a cuestiones externas.

Debemos estar dispuestos a ver diferencias de esta clase entre los cristianos mientras dure el mundo. Podemos lamentarlas mucho a causa del pretexto que le dan a un mundo ignorante y con prejuicios. Pero existirán, y es una de las muchas evidencias de nuestra naturaleza caída. Acerca del gobierno de la Iglesia, de la forma de dirigir el culto, de los ayunos y las fiestas, de los santos y de las ceremonias, los cristianos nunca hemos sido unánimes, ni siquiera en los días de los Apóstoles. Sobre todas estas cuestiones, los más santos y capaces de los siervos de Dios han llegado a diferentes conclusiones. Se ha demostrado que los argumentos y razonamientos, la persuasión

y la persecución no han podido producir unidad.

Sin embargo, bendito sea Dios porque hay muchos puntos en los que los verdaderos siervos de Dios están totalmente de acuerdo. Acerca del pecado y de la salvación, acerca del arrepentimiento, de la fe y de la santidad hay una fuerte unidad entre todos los creyentes de todo nombre, nación, pueblo y lengua. Valoremos mucho estos puntos en nuestra religión personal. Estas, al fin y al cabo, son las cosas principales en las que pensaremos a la hora de la muerte y en el día del Juicio. En otros asuntos podemos estar de acuerdo en diferir. Importará poco el último día lo que pensemos acerca del ayuno y la comida, la bebida y las ceremonias. ¿Nos arrepentimos y dimos frutos dignos de arrepentimiento? ¿Admiramos al Cordero de Dios por la fe y le recibimos como nuestro Salvador? Todos los que de todas las iglesias estén en lo cierto en cuanto a esto serán salvos. Todos los que de todas las iglesias estén equivocados en cuanto a esto se perderán para siempre.

Observemos en estos versículos, en segundo lugar, *el nombre que utiliza nuestro Señor Jesucristo para sí mismo*. Por dos veces habla de sí mismo como “el esposo”.

El nombre “esposo”, como todo nombre aplicado a nuestro Señor en la Biblia, está lleno de instrucción. Es un nombre especialmente consolador y alentador para todos los verdaderos cristianos. Enseña el amor tierno y profundo con el que considera Jesús a todos los pecadores de la Humanidad que creen en Él. Débiles e indignos, y con los defectos que tengan, siente hacia ellos afecto como un marido hacia su esposa. Eso enseña la fuerte e íntima *unión* que existe entre Jesús y los creyentes. Es algo mucho más cercano que la unión de un rey con su súbdito, de un señor con su siervo, de un maestro con su pupilo o de un pastor con su oveja. Es la más íntima de todas las uniones, la unión de un marido con su esposa, la unión de la que está escrito “lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre”. Sobre todo, el nombre enseña la *participación* completa en todo lo que Jesús es y tiene, que es el privilegio de todo creyente. Igual que el marido le da su nombre a su esposa, la hace copartícipe de sus propiedades, hogar y dignidad, y asume todas sus deudas y responsabilidades, lo mismo hace Cristo en su trato con todos los verdaderos cristianos. Toma sobre sí todos sus pecados. Declara que son parte de sí mismo, que quien les haga daño se lo hace a Él. Les otorga, aun en este mundo, cosas tan buenas que sobrepasan el entendimiento del hombre. Y promete que en el mundo venidero se sentarán con Él en su trono y ya no saldrán más de su presencia.

Si sabemos algo de la religión verdadera y salvadora, descansemos a menudo nuestras almas en este nombre y oficio de Cristo. Recordemos diariamente que el más débil de entre el pueblo de Cristo es cuidado con una ternura que sobrepasa el conocimiento y que quienquiera que le haga daño está haciendo daño a la niña del ojo de

Cristo. Puede que en este mundo seamos pobres y despreciables y que se burlen de nuestra religión. Pero, si tenemos fe, somos preciosos a los ojos de Cristo. Un día, el esposo de nuestra alma defenderá nuestra causa delante del mundo entero.

Observemos en estos versículos, por último, *la dulzura y ternura que Cristo desea que tenga su pueblo con los cristianos jóvenes y sin experiencia*. Nos enseña esta lección por medio de dos parábolas sacadas de la vida diaria. Muestra la tontería de poner "un vestido nuevo [...] en un vestido viejo" o de echar "vino nuevo en odres viejos". De esa manera, nos hace saber que hay falta de armonía entre una nueva dispensación y la antigua. Es inútil esperar que aquellos que han sido enseñados y entrenados con un sistema se acostumbren automáticamente a otro. Al contrario, deben ir poco a poco y ser enseñados en la medida en que son capaces de asimilarlo.

Se trata de una lección que todos los verdaderos cristianos harían bien en tomarse muy en serio, y quizá nadie tanto como los ministros cristianos y los padres cristianos. Olvidarlo suele hacer mucho daño a la causa de la Verdad. Los juicios duros y las expectativas irrazonables de los antiguos discípulos han hecho retroceder y han desanimado a menudo a muchos jóvenes que comienzan en la escuela de Cristo.

Grabemos en nuestras mentes que la gracia debe tener un comienzo en el corazón de cada creyente y que no tenemos derecho a decirle a un hombre que no hay gracia en él porque no llega a la plena madurez inmediatamente. No esperamos que un niño haga el trabajo de un hombre adulto, aunque algún día llegue a hacerlo si vive lo suficiente. No debemos esperar que un aprendiz del cristianismo muestre la fe, el amor y el conocimiento de un viejo soldado de la Cruz. Quizá llegue a convertirse con el paso del tiempo en un tremendo campeón de la Verdad.

Pero al principio debemos darle tiempo. Hay gran necesidad de sabiduría al tratar con jóvenes en cuestiones religiosas y, en general, con todos los discípulos jóvenes. Bondad, paciencia y amabilidad son de primordial importancia. No debemos tratar de echar vino nuevo demasiado rápidamente o rebosará. Debemos llevarlos de la mano y dirigirlos con suavidad. Debemos evitar asustarlos, meterles prisas o presionarlos para que vayan demasiado rápido. Si se han aferrado a los principios más importantes del Evangelio, no los juzguemos impíos a causa de algunas cuestiones de menor importancia. Debemos soportar mucha debilidad y flaqueza y no esperar encontrar cabezas de anciano sobre hombros de joven o experiencias maduras en aquellos que solo son bebés. Hay una profunda sabiduría en las palabras de Jacob: "Si las fatigan, en un día morirán todas las ovejas" (Génesis 33:13).

Notas: Lucas 5:33–39

V. 33: *[Los tuyos comen y beben]*. No debemos deducir de esta expresión que los discípulos de nuestro Señor eran acusados de no orar. Un lector no atento puede pensar que es así. Es evidente, por todo el tono de la respuesta de nuestro Señor, que esta no era la acusación arrojada contra ellos. La verdadera acusación era que los discípulos de nuestro Señor no ayunaban.

V. 34: *[Los que están de bodas [...] esposo]*. Hay una belleza especial en la forma en que nuestro Señor utiliza estas figuras acerca de Él y su pueblo si recordamos que Juan el Bautista mismo las había utilizando hablando de Él a sus propios discípulos (Juan 3:29).

Si alguno de los discípulos de Juan estaban entre aquellos que planteaban esta pregunta, su expresión sin duda les recordaría la enseñanza de su maestro.

V. 35: *[Entonces [...] ayunarán]*. Esta expresión ha llevado a muchos a suponer que, cuando nuestro Señor Jesús dejara el mundo, sería obligatorio que todos los cristianos ayunaran literalmente de comida y bebida en determinadas épocas.

No parece haber base para esta radical conclusión. Es claro y evidente que ese ayuno y abstinencia eran practicados ocasionalmente por los creyentes después de la ascensión de nuestro Señor. También está claro que todo el que encuentre esa práctica útil y de ayuda para sus almas en la actualidad hace bien en ayunar si lo hace sin ostentación. Pero la completa ausencia de mandato u orden de ayunar en la Iglesia de Cristo, tanto en Hechos como en las Epístolas (y especialmente en las Epístolas a Timoteo y Tito), deja claro que la cuestión debe tratarse con cautela y que cada uno debe estar “plenamente convencido en su propia mente”.

Las palabras que tenemos ante nosotros parecen tener un significado más profundo que una mera abstinencia de comida. Parecen anunciar que el período entre las dos Venidas de nuestro Señor debe ser para todo verdadero creyente un tiempo de lamento y humillación. Describen el estado anímico con el que deben vivir los verdaderos cristianos hasta el retorno de su Señor. Es un tiempo para negarse a sí mismo y humillarse diariamente y cada hora. No puede llegar el tiempo de la plenitud y la satisfacción hasta que veamos al Esposo de nuevo entre nosotros.

V. 36: *[Les dijo también una parábola]*. Las parábolas del vestido nuevo en un vestido viejo y del vino nuevo en odres viejos no carecen de dificultad. Es curioso observar de cuántas formas diferentes las interpretan y aplican a la cuestión principal de la que discutían nuestro Señor y los fariseos los comentaristas de este pasaje.

Me parece que, tanto en muchas de las parábolas de nuestro Señor como en las dos que tenemos ante nosotros, debemos tener cuidado de no llevar demasiado lejos las expresiones especiales y no buscar un significado espiritual para cada parte individual del todo.

La verdad general en la que nuestro Señor desea insistir ante sus oyentes es la incongruencia reconocida entre las cosas viejas y las nuevas, y lo irrazonable que es esperar que las personas acostumbradas a un sistema adopten inmediatamente otro tan pronto como aparece. Si insistimos en sobrepasar este punto y asignamos un significado a “remiendo” y similares, creo que solo oscureceremos el consejo y no obtendremos nada de nuestro

esfuerzo. De todos modos, me parece que todos los que lo han intentado han fracasado.

Lucas 6:1–5

Notemos en este pasaje *cuán tremenda importancia dan los hipócritas a las bagatelas*. Se nos dice que, cierto día de reposo, nuestro Señor estaba pasando "por los sembrados". Sus discípulos, al seguirle, "arrancaban espigas y comían, restregándolas con las manos". Inmediatamente, los hipócritas fariseos descubrieron la falta y los acusaron de cometer un pecado. Dijeron: "¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en los días de reposo?". No veían problema alguno en el mero hecho de arrancar las espigas, por supuesto. Era una acción autorizada por la Ley mosaica (Deuteronomio 23:25). La supuesta falta de la que acusaron a los discípulos era el quebrantamiento del cuarto mandamiento. Habían hecho un trabajo en el día de reposo al tomar y comer un puñado de comida.

Debemos recordar que este exagerado celo de los fariseos acerca del día de reposo no se extendía a otros claros mandamientos de Dios. Es evidente, por muchas expresiones de los Evangelios, que estos mismos hombres que parecían tan estrictos en un pequeño punto eran más que laxos e indiferentes respecto a otros puntos de importancia infinitamente superior. A la vez que extendían el mandamiento acerca del día de reposo por encima de su verdadero significado, pisoteaban abiertamente el décimo mandamiento y era célebre su codicia (cf. Lucas 16:14). Pero este es precisamente el carácter del hipócrita. Según la ilustración de nuestro Señor, en algunas cosas cuelan el mosquito de la copa mientras que en otras son capaces de tragarse un camello (cf. Mateo 23:24).

Es un mal síntoma del estado del alma de cualquier hombre el que comience a poner las cuestiones religiosas secundarias en primer lugar y las principales en segundo, o las cosas ordenadas por el hombre por encima de las ordenadas por Dios. Cuidémonos de no caer en esta mentalidad. Hay algo tristemente erróneo en nuestro estado espiritual cuando lo único que consideramos en los demás es el cristianismo externo y la principal pregunta que nos hacemos es si adoran en nuestra comunidad, practican nuestras ceremonias y sirven a Dios a nuestra manera. ¿Se arrepienten del pecado? ¿Creen en Cristo? ¿Están viviendo vidas santas? Estos son los puntos principales a los que debemos dirigir nuestra atención. En el momento en que empezamos a colocar algo en nuestra vida religiosa por encima de estas cosas,

estaremos en peligro de convertirnos en unos completos fariseos como los que acusaban a los discípulos.

En segundo lugar, notemos en este pasaje *con qué misericordia abogó nuestro Señor Jesucristo en la causa de sus discípulos y los defendió de sus acusadores*. Se nos dice que respondió a las críticas de los fariseos con argumentos que los hicieron callar aunque no los convencieran. No dejó que sus discípulos pelearan su batalla solos. Fue a rescatarlos y habló a su favor.

Tenemos en este hecho una buena ilustración de la obra que Jesús está haciendo a favor de su pueblo. En la Biblia leemos que hay uno llamado "el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche", Satanás, el príncipe de este mundo (Apocalipsis 12:10). ¡Cuántos motivos para acusarnos le damos a causa de nuestras flaquezas! ¡Cuántos cargos puede presentar justamente contra nosotros delante de Dios! Pero demos gracias a Dios porque los creyentes "abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo", que se encarga de la causa de su pueblo en el Cielo y continuamente intercede por ellos. Alentémonos con este pensamiento esperanzador. Que nuestras almas descansen diariamente al recordar a este gran Amigo en el Cielo. Que nuestra oración matutina y vespertina sea continuamente: Responde por mí, responde por mí, Señor mi Dios.

Por último, notemos en estos versículos *la clara luz que arroja nuestro Señor Jesucristo sobre lo que verdaderamente exige el cuarto mandamiento*. Les dice a los hipócritas fariseos, que pretendían ser tan estrictos en la observancia del día de reposo, que la intención de este nunca fue suprimir las obras necesarias. Les recuerda cómo David mismo, cuando tuvo hambre, tomó y comió aquellos panes de la proposición que solo podían ser comidos por los sacerdotes, y cómo evidentemente aquel acto fue permitido por Dios porque fue necesario. Y su argumento en cuanto al caso de David es que Aquel que permitió que se infringieran las reglas de su propio Templo en caso de necesidad, sin duda permitiría que se trabajara en los días de reposo cuando este trabajo fuera realmente necesario.

Debemos calibrar cuidadosamente la naturaleza de la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo acerca de la observancia del día de reposo tanto aquí como en otros lugares. No debemos permitir ser dominados por la idea común de que el día de reposo es un mandato meramente judío y que fue abolido y suprimido por Cristo. No hay un solo pasaje de los Evangelios que demuestre esto. En todos los casos en que vemos a nuestro Señor mencionándolo, habla contra las falsas ideas acerca del mismo. Limpia y purifica el cuarto mandamiento de las adiciones inventadas por el hombre por medio de las cuales los judíos lo habían profanado, pero nunca declara que no fuera para los cristianos. Muestra que el reposo del séptimo día no había de suprimir las obras necesarias y de misericordia, pero no dice nada que implique

que había de desaparecer como parte de la Ley ceremonial.

Vivimos en días cuando todo lo que se parezca a un estricto cumplimiento del día de reposo se denuncia fuertemente, en algunos sectores, como un resto de superstición judía. Algunas personas nos dicen descaradamente que guardar el día de reposo es legalista y que imponer el cuarto mandamiento es volver a las ataduras. Bástenos con recordar, cuando oímos estas cosas, que las afirmaciones no son pruebas, y que estas vagas palabras carecen de confirmación en la Palabra de Dios. Fijemos en nuestras mentes que el cuarto mandamiento nunca fue revocado por nuestro Señor y que no tenemos más derecho a quebrantar el día de reposo, a la luz del Evangelio, que a asesinar o a robar. El arquitecto que repara un edificio y lo restaura para su uso adecuado no lo destruye, sino que lo preserva. El Salvador que redimió el día de reposo de las tradiciones judías y que con tanta frecuencia explicó su verdadero sentido no debe ser considerado enemigo del cuarto mandamiento. Al contrario, lo magnificó, lo hizo honorable.

Aferrémonos a nuestro día de reposo como la mejor salvaguarda de la religión de nuestro país. Defendámoslo contra los ataques de los hombres ignorantes y equivocados que de buena gana convierten el día del Señor en un día de negocios y de placer. Sobre todo, esforcémonos cada uno en santificar el día. Gran parte de nuestra prosperidad espiritual depende, según lo que Dios dice, de la manera como empleemos nuestros domingos.

Notas: Lucas 6:1–5

V. 1: *[El segundo primer día de reposo* (LBLA, nota al margen)*]*. El significado de esta expresión ha asombrado por completo a todos los comentaristas. No se utiliza en ningún lugar en la Escritura, excepto en este. Todas las explicaciones al respecto no son nada más que conjeturas. Cornelio à Lapide ofrece un resumen de estas conjeturas que, como poco, es una clara prueba de que no hay tal cosa como “consentimiento unánime de los Padres” en la interpretación de la Escritura. Menciona, entre otras cosas, que Jerónimo preguntó en cierta ocasión a Gregorio Nacianceno qué era este día de reposo y recibió la respuesta de que lo enseñaría en la iglesia cuando fuera imposible contradecirle.

Algunos piensan que este segundo primer día de reposo (porque así habría que traducir la expresión griega más correctamente) era el día de reposo de Pentecostés. Suponen que los judíos tenían tres días de reposo principales durante el año: el primero en la Fiesta de la Pascua, el segundo en la Fiesta de Pentecostés y el tercero en la Fiesta de los Tabernáculos. Y ellos consideran que el día aquí mencionado es el “segundo gran día de reposo”: el de Pentecostés.

Otros piensan que este segundo primer día de reposo era el primer día de

reposo, tras el segundo día de los panes sin levadura en la semana de la Pascua judía. Este segundo día de la semana de la Pascua era el día cuando se mecía la gavilla de los primeros frutos de la siega de la cebada delante del Señor para consagrar la cosecha (cf. Levítico 23:10–12). El día de reposo del que aquí se habla sería entonces el primero después de segar los primeros frutos de la cosecha.

No ofrezco opinión alguna acerca de la dificultad. Es probablemente algo que nunca podremos asegurar hasta que el Señor venga. Si las espigas que arrancaron eran de trigo, la primera explicación parece la más probable. Si, en cambio, eran de cebada, parece más probable que la segunda sea la más correcta. La pregunta, felizmente, no afecta a punto alguno de la doctrina y se puede pasar por alto sin peligro.

V. 3: *[Lo que hizo David]*. Aquí, como en otros lugares, no podemos dejar de observar cómo nuestro Señor se refiere a las cosas que se relatan en las Escrituras del Antiguo Testamento como hechos históricos bien atestiguados y reconocidos. La idea pagana de que los relatos del Antiguo Testamento no son nada más que fábulas entretenidas e invenciones ideadas para transmitir lecciones útiles es una idea sin fundamento ni respaldo en el Nuevo Testamento. Aquel que ataca la autoridad del Antiguo Testamento se encontrará al final, tanto si quiere como si no, atacando también la autoridad del Nuevo.

[Cuando tuvo hambre él]. Esta es una expresión que se debe tener en cuenta al considerar pasajes como el que tenemos ahora ante nosotros, en el que nuestro Señor enseña el verdadero espí-espíritu de la observancia del día de reposo. Debemos fijarnos en que se ve claramente que es un caso de verdadera necesidad. Tenían “hambre”. Esto, y solo esto, justificaba el incumplimiento de la Ley divina. Con este espíritu debemos considerar la discutida cuestión de lo que el cristiano debe o no hacer el domingo. Cuando el domingo se convierte deliberadamente en un día para cosas seculares que no necesariamente hay que hacerlas en domingo, y que se podrían haber hecho fácilmente antes del domingo, se quebranta claramente el cuarto mandamiento. Ni aquí ni en ninguna otra parte aprueba nuestro Señor Jesucristo semejante uso del domingo. Las obras que Él autoriza son obras necesarias y de misericordia, no para ganar dinero o dedicarse a los negocios o la búsqueda de placer y diversión.

V. 5: *[El Hijo del Hombre […] Señor aun del día de reposo]*. El significado de esta expresión ha sido ya plenamente considerado en mi nota sobre S. Marcos. Baste aquí con decir que considero que “el Hijo del Hombre” hace referencia a lo que significa siempre esta expresión en el Nuevo Testamento: al Señor Jesucristo mismo. Las palabras “Señor aun del día de reposo” no implicaban que nuestro Señor, en virtud de su autoridad divina, alteraría, abrogaría o rebajaría la ley del cuarto mandamiento. Significan que Jesús es el Señor del día de reposo para liberarlo de las tradiciones judías, para protegerlo de las ideas supersticiosas acerca de su cumplimiento y para mostrar el verdadero espíritu y las costumbres que siempre estuvieron en su propósito.

Lucas 6:6–11

Estos versículos contienen otro ejemplo de la forma en que nuestro Señor Jesucristo trata la cuestión del día de reposo. Una vez más, vemos que choca con las tradiciones vanas de los fariseos acerca de la observancia del cuarto mandamiento. Una vez más, vemos que limpia el día de Dios de la basura de las tradiciones humanas y que coloca sus requisitos sobre el fundamento adecuado.

En estos versículos se nos enseña *la legitimidad de hacer obras de misericordia en el día de reposo*. Leemos que, ante todos los escribas y fariseos, nuestro Señor sanó a un hombre con una mano seca en el día de reposo. Sabía que aquellos enemigos de toda justicia estaban observando para ver si lo haría, "a fin de hallar con qué acusarle". Afirma enérgicamente el derecho a hacer esas obras de misericordia aun en el día del que se dice: "no hagas en él obra alguna". Los desafía abiertamente a mostrar que esa obra era contraria a la Ley. "Les dijo: Os preguntaré una cosa: ¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿salvar la vida, o quitarla?". Sus enemigos fueron incapaces de responder a esa pregunta.

El principio aquí establecido es de amplia aplicación. El cuarto mandamiento nunca debió interpretarse así, de una forma que hace daño al cuerpo del hombre. Tenía como fin aceptar la adaptación a ese estado de cosas que el pecado ha introducido en el mundo, no prohibir mostrar bondad a los afligidos o atender a las necesidades de los enfermos en el día de reposo. Podemos viajar en un vehículo para ir a consolar a los moribundos. Podemos faltar al culto para ir a buscar al médico o ayudar en una enfermería. Podemos visitar a los huérfanos o a las viudas que tienen problemas. Podemos predicar, enseñar e instruir a los ignorantes. Estas son obras de misericordia. Podemos hacerlas y santificar el día de reposo. No es incumplir la Ley de Dios.

Pero hay una cosa que nos conviene recordar. Debemos tener cuidado de no abusar de la libertad que Cristo nos ha dado. Es en esto en lo que radica principalmente el peligro en el tiempo moderno. Hay poco riesgo de que cometamos el error de los fariseos de guardar el día de reposo de forma más estricta de la pretendida por Dios. Lo que hay que temer es la tendencia general a pasar por alto el día de reposo y a quitarle la honra que le corresponde. Vigilémonos en esta cuestión. Evitemos convertir el día del Señor en un día de visitas, fiestas, viajes o placer. Estas no son obras necesarias ni de misericordia, por mucho que lo diga un mundo terco e incrédulo. La persona que invierte los domingos de esa forma comete un gran pecado y demuestra que no está en absoluto preparada para el gran descanso en el Cielo.

En estos versículos se nos enseña, en segundo lugar, *el conocimiento perfecto de los pensamientos de los hombres que posee nuestro Señor*. Lo vemos en lo que se dice de Él cuando los escribas y

los fariseos le estaban observando. Leemos que “conocía los pensamientos de ellos”.

Expresiones como esta están entre las muchas evidencias de la divinidad de nuestro Señor. Solo de Dios es propio el leer los corazones. Aquel que podía discernir las intenciones secretas y los pensamientos de otros tenía que ser más que un hombre. Sin duda era un hombre como nosotros en todas las cosas, a excepción del pecado. Esto podemos concedérselo libremente al sociniano que niega la divinidad de Cristo. Los textos que cita el sociniano para demostrar la humanidad de nuestro Señor son textos que creemos y aceptamos tan plenamente como él. Pero hay otros textos claros en la Escritura que demuestran que nuestro Señor era Dios además de hombre. Uno de esos textos es el pasaje que tenemos ante nosotros. Muestra que Jesús era “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5).

Que el recuerdo del conocimiento perfecto de nuestro Señor ejerza siempre una influencia que haga humildes nuestras almas. ¡Cuántos pensamientos vanos e imaginaciones mundanas que el ojo del hombre no ve pasan por nuestras mentes cada hora! ¿Cuáles son nuestros propios pensamientos en este momento? ¿Cuáles han sido en el día de hoy, mientras hemos estado leyendo o escuchando este pasaje de la Escritura? ¿Soportarían un examen público? ¿Nos gustaría que los demás conocieran todo lo que pasa en nuestro hombre interior? Son cuestiones serias y merecen respuestas serias. Independientemente de lo que pensemos de ellas, es un hecho seguro que Jesucristo lee nuestros corazones en cada momento. Ciertamente deberíamos humillarnos ante Él y clamar diariamente: “¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos” (Salmo 19:12). “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13).

Por último, en estos versículos se nos enseña *la naturaleza del primer acto de fe cuando un alma se convierte a Dios*. Esta lección se nos transmite de una forma sorprendente por medio de la historia de la sanidad que se describe aquí. Leemos que nuestro Señor le dijo al hombre de la mano seca: “Extiende tu mano”. La orden, a primera vista, parece irrazonable, porque aparentemente era imposible que el hombre obedeciera. Pero al pobre enfermo no le frenaron las dudas o los razonamientos de esta clase. Inmediatamente leemos que extendió su mano y, al hacerlo, fue curado. Tuvo fe suficiente como para creer que Aquel que le había ordenado extender la mano no se estaba burlando de él y que debía obedecerle. Y, precisamente en este acto de obediencia implícita, recibió una bendición: “Su mano fue restaurada”.

Vemos en esta historia sencilla la mejor respuesta a esas dudas, titubeos y preguntas por las que los buscadores inquietos suelen ser remisos a acudir a Cristo. Nos preguntan cómo pueden creer, ir a Cristo y aferrarse a la esperanza puesta delante de ellos. La mejor respuesta a estas preguntas es decirles que hagan lo que hizo el hombre que

tenía la mano seca. Que no sigan con sus razonamientos, sino que actúen. Que no se atormenten con conjeturas metafísicas, sino que se entreguen tal como son a Jesucristo. Haciéndolo, se aclarará su camino. No podemos explicar cómo, de qué manera. Pero podemos afirmar enérgicamente que, en el acto de esforzarse por acercarse a Dios, descubrirán que Dios los acerca a Él; pero que, si ellos deliberadamente se quedan sentados, no deben esperar la salvación.

Notas: Lucas 6:6–11

V. 8: *[Levántate, y ponte en medio]*. Aquí tenemos un notable ejemplo de la publicidad de los milagros de nuestro Señor. Lleva a cabo la curación de una enfermedad con unas pocas palabras en presencia de una gran asamblea de personas poco amistosas hacia él y a plena luz del día. No lo hace repentinamente o con prisas. Lo hace de tal manera que la atención de toda la asamblea se concentra necesariamente en el acto efectuado.

Estas cosas deben ser advertidas con cuidado. Ahí radica la gran diferencia entre los milagros obrados por Cristo y sus Apóstoles y los pretendidos milagros de Mahoma o los falsos milagros de la Iglesia de Roma. Quienes deseen ver este punto plenamente desarrollado deberían leer la obra de Leslie *Short and Easy Method with Deists* (Un método breve y fácil para con los deístas).

V. 10: *[Extiende tu mano]*. Ford ofrece una cita de Fuller sobre este pasaje que merece la pena leer: “Los mandamientos de Dios son concesiones. Cuando nos ordena que nos arrepintamos o que creamos es solo para obtener de nosotros un libre reconocimiento de nuestra impotencia para llevar a cabo sus mandamientos. Hecha esta confesión que nos ordena, nos capacitará para hacerlo. Que el hombre reconozca su debilidad es el único tronco en el que Dios puede injertar acto seguido la gracia de su ayuda”.

V. 11: *[Furor]*. La palabra así traducida solo se utiliza en otro lugar (2 Timoteo 3:9), y allí se traduce como “insensatez”. El sentido que se pone en la palabra “furor” es probablemente más fuerte que el que corresponde a la palabra griega.

Lucas 6:12–19

Estos versículos describen el llamamiento de los doce Apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. Ese llamamiento fue el comienzo del ministerio cristiano. Fue la primera ordenación, y una ordenación dirigida por la gran Cabeza de la Iglesia misma. Desde el día en que

ocurrieron los acontecimientos aquí relatados ha habido miles de ordenaciones. Miríadas de obispos, ancianos y diáconos han sido llamados a dedicarse al ministerio, y frecuentemente con mucha pompa y mucho más esplendor que los que vemos aquí. Pero nunca hubo ordenación tan solemne como esta. Nunca los hombres ordenados hicieron tanto por la Iglesia y el mundo como estos doce Apóstoles.

Observemos en estos versículos, en primer lugar, que *cuando nuestro Señor ordenó a sus primeros ministros, lo hizo después de mucha oración*. Leemos que "fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles".

Sin duda hay un profundo significado en esta mención especial de la oración de nuestro Señor en esta ocasión. Tenía el propósito de ser una lección perpetua para la Iglesia de Cristo. Quería mostrar la gran importancia de la oración y la intercesión a favor de los ministros y, en especial, en el momento de su ordenación. Aquellos a quienes se encarga la responsabilidad de ordenar deben orar para que no impongan las manos demasiado rápidamente sobre hombre alguno. Aquellos que se ofrecen para ser ordenados deben orar para no dedicarse a un trabajo del que son incapaces y no correr sin haber sido enviados. Los miembros laicos de la Iglesia, no menos, deben orar para que no sea ordenado hombre alguno que no sea movido interiormente por el Espíritu Santo. ¡Felices aquellas ordenaciones en las que todos los implicados tienen la mentalidad que hubo en Cristo y se unen en un espíritu de oración!

¿Deseamos ayudar a que avance la causa de "la religión pura y sin mácula" en el mundo? Entonces, no nos olvidemos de orar por los ministros, y especialmente por los jóvenes que entran en el ministerio. El progreso del Evangelio, bajo Dios, siempre dependerá mucho del carácter y de la conducta de aquellos que profesan predicarlo. De un ministro inconverso nunca se puede esperar que haga bien a las almas. No puede enseñar adecuadamente lo que no siente experimentalmente. Oremos diariamente para que la Iglesia sea liberada de hombres así. Los ministros conversos son un don especial de Dios. El hombre no puede crearlos. Si tenemos buenos ministros, debemos recordar el ejemplo de nuestro Señor y orar por ellos. Su trabajo es duro. Su responsabilidad es enorme. Su fuerza es pequeña. Apoyémosles y sostengamos sus manos por medio de nuestras oraciones. En este y en otros muchos casos las palabras de Santiago son por desgracia aplicables con demasiada frecuencia: "No tenéis porque no pedís" (Santiago 4:2). No pedimos a Dios que levante constantemente a jóvenes conversos para ocupar todos nuestros púlpitos, y Dios castiga nuestra negligencia negándonoslos.

Observemos, en segundo lugar, *lo poco que se nos dice de la posición que ocupaban en el mundo los primeros ministros de la*

Iglesia cristiana. Sabemos que cuatro de ellos eran pescadores. Uno de ellos, al menos, era publicano. La mayoría de ellos, probablemente, eran galileos. Ninguno de ellos, hasta donde podemos ver en el Nuevo Testamento, era grande, rico, noble o bien relacionado. Ninguno era fariseo, escriba, sacerdote, gobernador o anciano del pueblo. Todos eran, al parecer, "hombres sin letras y del vulgo" (Hechos 4:13). Todos eran pobres.

Hay algo profundamente instructivo en el hecho que tenemos ante nosotros: Nos muestra que el Reino de nuestro Señor Jesucristo era completamente independiente de la ayuda de este mundo. Su Iglesia no fue edificada por medio del poder o de la fuerza, sino por el Espíritu del Dios vivo (cf. Zacarías 4:6). Eso nos proporciona la indiscutible prueba del origen divino del cristianismo. Una religión que trastornó al mundo, siendo sus primeros predicadores todos pobres, tiene que haber procedido del Cielo. Si los Apóstoles hubieran tenido dinero que dar a sus oyentes o hubieran sido seguidos por ejércitos que los asustaran, el no creyente bien podría negar que hubiera algo maravilloso en su éxito. Pero la pobreza de los discípulos de nuestro Señor acaba con esos argumentos sobre los que se sostiene el que no cree. Con una doctrina más desagradable para el corazón natural, con nada con lo que sobornar o imponer la obediencia, unos cuantos galileos humildes conmovieron el mundo y acabaron con el prestigio del imperio romano. Solo se puede deber a un motivo: el Evangelio de Cristo que estos hombres proclamaban era la Verdad de Dios.

Recordemos estas cosas cuando nos embarquemos en cualquier obra para Cristo y tengamos cuidado de no apoyarnos en un arma carnal. Vigilemos la inclinación secreta, natural en todos, de buscar el dinero, el aprendizaje, los patrocinadores de altura o el apoyo de grandes hombres para alcanzar el éxito. Si deseamos beneficiar a nuestras almas no debemos mirar primero a los poderes de este mundo. Debemos comenzar donde lo hizo la Iglesia de Cristo. Debemos buscar instrumentos llenos del Espíritu Santo.

Por último, observemos en estos versículos *que uno de los escogidos por nuestro Señor para ser apóstol fue un falso discípulo y un traidor*. Ese hombre era Judas Iscariote.

No podemos ni por un momento dudar que, al escoger a Judas Iscariote, nuestro Señor sabía bien lo que hacía. Aquel que podía leer los corazones, ciertamente vería desde el principio que, a pesar de su profesión de piedad, Judas era un hombre que no había recibido la gracia y que un día le traicionaría. Entonces, ¿por qué le destinó a ser apóstol? Esta cuestión ha confundido a muchos. Pero admite una respuesta satisfactoria. Como todo lo que hizo nuestro Señor, fue hecho con prudencia, deliberadamente y con una profunda sabiduría. Enseñaba lecciones de gran importancia para toda la Iglesia de Cristo.

La elección de Judas tenía el propósito de enseñar humildad a los ministros. No deben suponer que la ordenación necesariamente otorga

gracia o que, una vez ordenados, no pueden equivocarse. Al contrario, deben recordar que alguien ordenado por Cristo mismo fue un miserable hipócrita. El ministro que crea estar firme mire que no caiga.

Además, la elección de Judas tenía el propósito de enseñar a los miembros laicos de la Iglesia a no convertir a los ministros en ídolos. Deben estimarlos mucho por amor a su obra, pero no inclinarse ante ellos como infalibles ni honrarlos con una honra contraria a las Escrituras. Deben recordar que los ministros pueden ser sucesores de Judas Iscariote, así como de Pedro y de Pablo. El nombre de Judas debe ser una firme advertencia para no reverenciar al hombre. “Ninguno se gloríe en los hombres” (1 Corintios 3:21).

Por último, la elección de Judas por parte de nuestro Señor tenía el propósito de enseñar a toda la Iglesia que no debe esperar ver una comunión perfectamente pura en el actual estado de cosas. El trigo y la cizaña, el buen pez y el malo, siempre se encontrarán juntos hasta que el Señor vuelva. En vano buscamos la perfección en las iglesias visibles. Nunca la encontraremos. Entre los Apóstoles había un Judas. En todas las congregaciones habrá siempre conversos e inconversos mezclados.

Notas: Lucas 6:12–19

V. 12: *[Orando a Dios]*. La particularidad de las palabras griegas aquí ha hecho pensar a algunos que su significado debería haber sido traducido diciendo que continuó toda la noche “en una casa de oración”, un lugar apartado para orar a Dios. Es innegable que los judíos tenían ese tipo de casas de oración. Pero es muy dudoso que aquí se haga referencia a una de ellas. De las treinta y siete veces que aparece la palabra griega en el Nuevo Testamento, solo hay otra que podría interpretarse como “un lugar de oración” (Hechos 16:13) y aun allí se trata de una idea discutible. No parece necesario dejar de lado el sentido que ofrecen nuestros traductores. Barradius comenta que la expresión que traducimos como “orando a Dios” es un hebraísmo que significa “oración más fervorosa y apasionada”, como “los montes de Dios” y “los cedros de Dios” en el Antiguo Testamento significan montañas “elevadas” y cedros “altos” (cf. Salmos 36:6; 80:10).

Isidoro Clarius, en sus discursos sobre S. Lucas publicados en Venecia en 1565, tiene algunas citas notables sobre el escandaloso contraste entre cómo fueron llamados los Apóstoles a su trabajo después de una noche en oración y cómo se ocupaban los puestos eclesiásticos en Italia en sus días. Expone el sistema de intermediarios, el nepotismo, la corrupción y la codicia que prevalecía universalmente en aquellas ocasiones y se lanza a una fiel protesta contra ello.

Es bastante singular que el tono de Stella, el comentarista español de S. Lucas, al exponer este pasaje, sea precisamente parecido al de Clarius.

V. 13: *[Escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles]*.

Corderius ofrece un curioso pasaje de Rabanus Maurus sobre el número doce, reuniendo los ejemplos en los que ese número es especialmente escogido en la Biblia. Él dice: “El número doce, que se compone de tres veces cuatro, señala que los Apóstoles predicarían la fe de la Santa Trinidad por las cuatro partes del mundo. Esta cifra es prefigurada en el Antiguo Testamento por medio de muchos ejemplos: por los doce hijos de Jacob, los doce príncipes de los hijos de Israel, las doce fuentes de Elim, las doce piedras en el pectoral de Aarón, las doce tortas del pan de la proposición, los doce espías enviados por Moisés, las doce piedras de las que se hizo el altar, las doce piedras tomadas del Jordán y los doce bueyes que aguantaban el mar de fundición. En el Nuevo Testamento, el número se muestra en las doce estrellas de la corona de la mujer del Apocalipsis, los doce cimientos y las doce puertas de la Jerusalén celestial vistas por Juan”.

Es interesante comentar que, de los doce Apóstoles, tenemos nada menos que tres pares de hermanos: Pedro y Andrés, Santiago y Juan, y Judas y Santiago hijo de Alfeo.

V. 14: *[Bartolomé]*. Muchos piensan que Bartolomé es Natanael, de quien leemos en el primer capítulo de Juan. Jansenio, Montano y Ferus afirman esto. Pero no parece haber justificación para esta suposición excepto en el hecho de que vemos que también se menciona a Bartolomé en estrecha relación con Felipe, quien llevó a Natanael a Cristo.

V. 15: *[Santiago el hijo de Alfeo]*. Este parece ser el Santiago a quien S. Pablo llama “el hermano del Señor” (Gálatas 1:19). El hecho de que aquí se le llame “hijo de Alfeo” parece demostrar que la palabra “hermano” en el Nuevo Testamento no debe tomarse demasiado literalmente y admite ser interpretada como “primo”. El Alfeo aquí mencionado debe ser una persona diferente del padre de Mateo, o bien Mateo debió de ser hermano de Santiago y Judas. S. Marcos dice que Mateo o Leví era hijo de Alfeo.

Es este Santiago quien tomó el liderazgo en el concilio (Hechos 15:19) y parece haber sido considerado como el moderador o jefe de los Apóstoles de Jerusalén. Fue también el autor de la Epístola que lleva su nombre. Es importante que, como Mateo y Simón el cananista, no leemos que dijera nada o que destacara de alguna manera mientras vivió nuestro Señor. Pero, después de la ascensión de nuestro Señor, parece que ninguno tuvo una posición tan eminente en la Iglesia.

V. 16: *[Judas, el hermano de Santiago]*. Este apóstol destaca por haber tenido tres nombres: Judas, Lebeo y Tadeo. Fue quien escribió la Epístola que lleva su nombre.

[Iscariote]. Se han hecho muchas conjeturas en cuanto al significado de este nombre y ninguna de ellas es satisfactoria. Algunos piensan que significa que era un hombre de la tribu de Isacar, otros que era un hombre de Kiriot, una pequeña ciudad de Judá, o de Cariot, una ciudad de Efraín. No se sabe nada seguro sobre la cuestión.

Se debe advertir, entre otras razones para la elección por parte de nuestro Señor de un traidor para que fuera apóstol, que dicha elección proporcionó al final una poderosa evidencia indirecta de lo puros, intachables e irreprochables que fueron la conducta y el ministerio de nuestro Señor. Si se

hubiera podido alegar algo en contra de nuestro Señor cuando fue acusado ante el Sumo Sacerdote y Poncio Pilato, el traidor Judas Iscariote habría sido exactamente el testigo que podría haberlo demostrado. El mero hecho de que Judas nunca se presentara a dar evidencias contra nuestro Señor es una evidencia convincente de que no se podía demostrar nada contra Él. Ningún hombre está tan bien cualificado para exponer los errores e incoherencias de otro, si existen verdaderamente, como alguien que se ha relacionado íntimamente con él. Judas nunca se presentó contra nuestro Señor porque no podía alegar nada en su contra. Ford cita un pasaje de Anselmo sobre este punto: "Judas es escogido para que el Señor pudiera tener un enemigo entre sus siervos acompañantes, porque perfecto es el hombre que no tiene motivos para esconderse del escrutinio de un hombre malo conocedor de todos su caminos".

V. 17: *[Se detuvo en un lugar llano]*. Se debe tener en cuenta esta expresión. Muestra que el discurso que sigue es diferente del denominado "Sermón del Monte".

V. 19: *[Poder]*. Esta palabra [que en la versión empleada por el autor se traduce como "virtud", N.T.] no se debe entender aquí como una cualidad moral.

Lucas 6:20–26

El discurso de nuestro Señor que acabamos de comenzar se parece en muchos aspectos a su conocido Sermón del Monte. El parecido, en realidad, es tan notable, que muchos han llegado a la conclusión de que S. Lucas y S. Mateo están relatando un solo discurso y que S. Lucas nos ofrece, de una forma abreviada, lo que S. Mateo relata ampliamente. No parece haber suficiente base para esta conclusión. Las ocasiones en las que fueron pronunciados ambos discursos eran completamente diferentes. La repetición por parte de nuestro Señor de la misma gran lección con casi las mismas palabras en dos ocasiones diferentes no es nada extraordinario. Es irrazonable suponer que ninguna de sus importantes enseñanzas fue impartida más de una vez. En el presente caso, la repetición es muy significativa. Nos muestra la gran y profunda importancia de las lecciones que contienen los dos discursos.

Fijémonos en estos versículos, en primer lugar, en *quiénes son aquellos a quienes el Señor Jesús declara bienaventurados*. La lista es extraña y sorprendente. Menciona a aquellos que son pobres, que tienen hambre, que lloran y que son aborrecidos por los hombres. Estas son las personas a quienes el gran Cabeza de la Iglesia dice:

¡Bienaventurados!

Debemos prestar mucha atención para no malinterpretar el sentido de nuestro Señor cuando leemos estas expresiones. No debemos ni por un momento suponer que el mero hecho de ser pobre, tener hambre y estar triste o ser odiado por los hombres dará derecho a alguien a reclamar una participación en las bendiciones de Cristo. La pobreza de la que aquí se habla es una pobreza que va acompañada de la gracia. La necesidad se debe a una adhesión fiel a Jesús. Las aflicciones son las del Evangelio. La persecución es por causa del Hijo del Hombre. Esa necesidad, pobreza, aflicción y persecución eran consecuencias inevitables de la fe en Cristo en el comienzo del cristianismo. Miles de personas tuvieron que abandonarlo todo en este mundo a causa de su religión. Era su situación la que Jesús tenía especialmente en mente en este pasaje. Deseaba proporcionarles, a ellos y a todos los que sufren como ellos por el Evangelio, un ánimo y una consolación especiales.

Fijémonos en estos versículos, en segundo lugar, en *quiénes son aquellos a quienes nuestro Señor dirige las solemnes palabras "¡Hay de vosotros!"*. Una vez más leemos expresiones que, a primera vista, parecen extraordinarias: "¡Ay de vosotros, ricos! […] ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados […] ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis. […] ¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros", palabras más fuertes y cortantes que estas no se encuentran en el Nuevo Testamento.

Aquí, sin embargo, no menos que en los versículos anteriores, debemos tener cuidado de no entender mal la enseñanza de nuestro Señor. No debemos suponer que la posesión de riquezas, el espíritu alegre o que los hombres hablen bien de uno demuestra necesariamente que no se es discípulo de Cristo. Abraham y Jacob fueron ricos, David y S. Pablo se regocijaron en algunos momentos. Timoteo era alguien que tenía "buen testimonio de los de afuera". Sabemos que todos estos eran verdaderos siervos de Dios. Todos fueron bendecidos en esta vida y recibirán la bendición del Señor en el día de su Venida.

¿Quiénes son las personas de quienes dice nuestro Señor "¡Ay de vosotros"? Son hombres que rehúsan buscar tesoros en el Cielo porque aman más las buenas cosas de este mundo y no abandonarán su dinero por Cristo si fuese necesario. Son los que prefieren las alegrías y la supuesta felicidad de este mundo al gozo y la paz de creer, y que no arriesgarán la pérdida de lo uno para obtener lo otro. Son aquellos que aman la alabanza del hombre más que la alabanza de Dios y que darán la espalda a Cristo antes de no ir al paso del mundo. Esta es la clase de hombres a quienes nuestro Señor tiene en mente cuando pronuncia las solemnes palabras: "¡Ay de vosotros!". Sabía bien que había miles que, a pesar de sus milagros y sermones, amarían el mundo más que a Él. Sabía bien que siempre habría miles de ellos en su Iglesia profesante, miles de personas que, aun convencidos de la verdad del Evangelio,

nunca abandonarían algo por Él. A todos ellos les hace una terrible advertencia: “¡Ay de vosotros!”.

Una gran lección destaca claramente en la superficie de estos versículos. ¡Grabémosla en nuestro corazón y aprendamos sabiduría! Esa lección es la tremenda contradicción entre la mente de Cristo y las opiniones corrientes de la Humanidad, la total discrepancia entre los pensamientos de Jesús y los pensamientos que predominan en el mundo. Las condiciones de vida que el mundo considera deseables son las mismas de las que el Señor dice: “¡Ay!”. La pobreza, el hambre, la tristeza y la persecución son cosas que el hombre se esfuerza por evitar. Las riquezas, la plenitud, la alegría y la popularidad son precisamente las cosas que los hombres siempre tratan de conseguir. Habiendo dicho todo esto, tratando de especificar, explicar y limitar las palabras de nuestro Señor, aun quedan dos aseveraciones tajantes que abiertamente contradicen la doctrina actual de la Humanidad. El mundo rechaza alegremente las condiciones de vida que bendice nuestro Señor. Las personas a quienes nuestro Señor dice “¡ay de vosotros!” son las mismas personas a quienes el mundo admira, alaba e imita. Esto es terrible. Debería llevarnos a examinar profundamente nuestro corazón.

Dejemos todo el pasaje con un sincero autoexamen. Preguntémonos qué pensamos de las maravillosas declaraciones que contiene. ¿Podemos suscribir lo que dice nuestro Señor? ¿Somos de una mente con Él? ¿Creemos realmente que la pobreza y la persecución soportadas por Cristo son verdaderas bendiciones? ¿Creemos realmente que las riquezas y los placeres del mundo, y la popularidad entre los hombres, cuando se buscan antes que la salvación o se prefieren a la alabanza de Dios, son una verdadera maldición? ¿Realmente pensamos que el favor de Cristo, a pesar de los problemas y de la oposición del mundo, merece más la pena que el dinero, la alegría y un buen nombre delante de los hombres sin Cristo? Estas son preguntas muy serias y merecen una respuesta seria. El pasaje que tenemos ante nosotros es eminentemente uno de los que prueban la realidad de nuestro cristianismo. La verdades que contiene son verdades que ningún hombre inconverso puede amar y recibir. ¡Felices aquellos que han descubierto estas verdades por experiencia y pueden decir amén a todas las declaraciones de nuestro Señor! Independientemente de lo que al hombre le agrade pensar, aquellos a quienes bendice Jesús son bienaventurados, y aquellos a quienes Jesús no bendice serán desechados para siempre.

Notas: Lucas 6:20–26

V. 20: *[Y alzando los ojos]*. Es discutible si el discurso que comienza con

este versículo es el mismo que se relata en S. Mateo (capítulos 5, 6 y 7) y denominado comúnmente “El Sermón del Monte”. La mayoría de comentaristas consideran sin cuestionárselo que ambos discursos son el mismo. Tras mucha consideración, creo que yo no puedo suscribir esta opinión. Considero que los discursos son distintos y que son diferentes, así como que corresponden a momentos diferentes.

Por un lado, la ocasión del discurso relatado por S. Lucas no es la misma que la del relato de S. Mateo. El discurso mencionado por S. Mateo tuvo lugar en un monte y anteriormente a la elección de los doce Apóstoles. El discurso mencionado por S. Lucas ocurrió “en un lugar llano” y después de que los doce Apóstoles hubieran sido ordenados. A mí me parece imposible superar esta discrepancia.

Por otro lado, hay una enorme diferencia entre las personas llamadas “bienaventuradas” en el discurso de S. Mateo y las llamadas “bienaventuradas” en el discurso de S. Lucas. En S. Mateo, lo que se destaca en cada caso es el carácter espiritual de la persona; en S. Lucas, sus circunstancias y situación transitorias. Existe una gran diferencia, por ejemplo, entre “bienaventurados los pobres en espíritu” y “bienaventurados vosotros los pobres”.

Por otro lado, la diferencia de longitud de ambos discursos es muy importante. El relato de S. Lucas no puede ser en sentido alguno considerado un resumen del de S. Mateo. Omite por completo muchas cosas que menciona S. Mateo. Por otro lado, algunas cosas que inserta no se encuentran en absoluto en S. Mateo.

Por último, parece irrazonable suponer que nuestro Señor no repitiera las mismas lecciones en diferentes ocasiones. Todos los maestros ven necesario hacerlo. Sin duda, Él también lo haría. En el caso presente repite a una audiencia diferente algunas de las verdades que había predicado anteriormente con mayor amplitud en el Sermón del Monte. Y la repetición tenía el propósito de mostrar su importancia.

Por las razones anteriores, creo que S. Lucas y S. Mateo relatan dos discursos diferentes. Al decir esto, considero justo mencionar que la opinión que sostengo es también la de Pool, Cartwright, Doddridge, Whitby, Scott y Watson.

[Bienaventurados vosotros los pobres]. La pobreza de la que se habla aquí, así como el hambre, las lágrimas y el aborrecimiento del resto del pasaje, se deben tomar en sentido literal, recordando solo que es pobreza y tristeza por el Evangelio a lo que se refiere nuestro Señor. Las expresiones “ricos”, “saciados” y “reís” de la última parte del pasaje se deben tomar, evidentemente, en un sentido literal. Parece poco razonable interpretar un conjunto de palabras espiritualmente y el otro literalmente.

Por supuesto, tanto las promesas en un caso como las amenazas en el otro admiten una interpretación mucho más amplia. “Seréis saciados” y “reiréis” son promesas que para muchos de los santos de Dios nunca se cumplen en este mundo. De igual manera, “tendréis hambre” y “lamentaréis y lloraréis” son palabras de las que el malvado, en muchos casos, no conocerá la plena amargura hasta el futuro.

V. 22: *[Os aparten de sí]*. La palabra griega así traducida, según Suicer, se aplica especialmente a la excomunión eclesiástica.

V. 24: *[Ya tenéis]*. La palabra griega así traducida debería más bien tener un sentido presente: “Estáis recibiendo, o teniendo, vuestro consuelo”.

V. 26: *[¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!]*. Esta expresión debe ser considerada con cuidado. Pocos de los dichos de nuestro Señor son tan totalmente contradictorios con la opinión general tanto de la Iglesia como del mundo. ¿Qué es más común en el mundo que el amor a la alabanza de los demás? ¡Qué es más frecuente en la Iglesia que escuchar que se dice al alabar a un ministro que “le gusta a todo el mundo”! Parece olvidarse por completo que gustarle a todo el mundo y ser aprobado por todos es pertenecer a aquellos de quienes Jesús dice: “¡Ay de vosotros!”. Ser populares universalmente es un síntoma muy insatisfactorio y que un ministro de Cristo siempre debe temer. Bien puede hacerle dudar de si está cumpliendo fielmente con su tarea y está declarando con honradez todo el consejo de Dios.

Lucas 6:27–38

La enseñanza de nuestro Señor Jesucristo en estos versículos se limita a una importante cuestión: el amor y la caridad del cristiano. El amor que es la gran característica del Evangelio, el amor que va vinculado a la perfección, el amor sin el que un hombre no es nada ante los ojos de Dios, ese amor es explicado aquí plenamente y se insiste en él con fuerza. ¡Bueno le habría sido a la Iglesia de Cristo haber estudiado los preceptos de su Maestro en este pasaje con más detenimiento y haberlos observado con mayor diligencia!

En primer lugar, nuestro Señor explica *la naturaleza y extensión del amor cristiano*. Quizá los discípulos habían preguntado a quién debían amar. Les ordena: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian”. Su amor debía ser como el suyo para con los pecadores: altruista, desinteresado y no movido por una esperanza de ser correspondido. Quizá los discípulos le preguntaran cómo debía ser este amor. Debían sacrificarse y negarse a sí mismos: “Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues”. Debían ceder mucho y soportar mucho para mostrar amabilidad y evitar contiendas. Debían renunciar aun a sus derechos y someterse a lo erróneo antes que despertar rencillas u ocasionar luchas. En esto debían ser como su Maestro: sufridos, mansos y de corazón humilde.

En segundo lugar, nuestro Señor establece *un excelente principio para los casos dudosos*. Él sabía bien que siempre habrá ocasiones cuando la línea del deber hacia nuestro vecino no esté claramente

definida. Sabía cuántos sentimientos interesados y personales ofuscan en ocasiones nuestra percepción de lo bueno y lo malo. Nos proporciona un precepto de sabiduría infinita para nuestra guía en estos casos, un precepto que hasta los paganos se han visto obligados a admirar: “Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos”. Hacer a los demás lo que ellos nos hacen y devolver mal por mal es la meta de los paganos. Comportarnos con los demás como nos gustaría que se comportaran con nosotros, independientemente de su comportamiento, es la meta a la que deben aspirar los cristianos. Esto es andar en los pasos de nuestro bendito Salvador. Si Él tratara al mundo como el mundo lo trató a Él, todos nos consumiríamos para siempre en el Infierno.

En tercer lugar, nuestro Señor indica a sus discípulos *la necesidad de que tengan una meta más elevada que los hijos de este mundo en cuanto a sus obligaciones hacia su prójimo*. Les recuerda que amar a aquellos que les aman, hacer el bien a aquellos que les hacen bien y prestar a aquellos de quienes esperan recibir es actuar no mejor que el pecador que no conoce el Evangelio. El cristiano debe ser un estilo de hombre completamente diferente. Sus sentimientos de amor y sus actos de bondad deben ser como los de su Maestro: desinteresados y gratuitos. Deben servir para que los hombres vean que aman a los demás por principios más elevados que los de los inicuos y que su amor no se limita a aquellos de quienes espera conseguir algo a cambio. Cualquiera puede mostrar bondad y amor cuando espera ganar algo con ello. Pero el cristiano no debe conformarse con ese amor. El que se conforma con él debe recordar que su actuación no sobrepasa un centímetro el nivel de un antiguo idólatra romano o griego.

En cuarto lugar, nuestro Señor muestra a sus discípulos que, *al cumplir con su obligación hacia sus prójimos, deben considerar el ejemplo de Dios*. Si se llaman a sí mismos “hijos del Altísimo”, deben considerar que su Padre “es benigno para con los ingratos y malos” y deben aprender de Él a ser misericordiosos como Él lo es. El alcance de los actos misericordiosos no reconocidos de Dios hacia el hombre nunca se puede calcular. Cada año derrama sus beneficios sobre millones de personas que no honran la mano de la que proceden ni agradecen al Dador de los mismos. Pero cada año continúan esos beneficios. “No cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno” (Génesis 8:22). Su misericordia es para siempre. Su amor bondadoso es incansable. Su compasión no cesa. Así debería ser en el caso de todos los que profesan ser sus hijos. La falta de reconocimiento y la ingratitud no deben impedir que hagan obras de amor y de misericordia. Como su Padre celestial, nunca deberían cansarse de hacer el bien.

Por último, nuestro Señor asegura a sus discípulos que *la práctica del elevado nivel de amor que él recomienda traerá su propia*

recompensa. Les dice: “No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará”. Y concluye con la clara afirmación: “Con la misma medida con que medís, os volverán a medir”. El significado general de estas palabras parece ser que nadie será perdedor a largo plazo por hacer obras de caridad negándose a sí mismo y por un amor sufrido y paciente. En ocasiones puede parecer que no consigue nada por medio de su conducta. Puede parecer que no cosecha nada más que ridículo, desprecio y dolor. A veces su bondad puede tentar a los demás a imponerse sobe ellos. Se puede abusar de su paciencia y aguante. Pero, al final, siempre vencerá (con frecuencia, con mucha frecuencia, en esta vida; y sin duda, con toda seguridad, en la vida venidera).

Esa es la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo acerca del amor. Pocas de sus palabras llevan a un examen de conciencia tan profundo como las que hemos estado considerando. Pocos pasajes de la Biblia son tan verdaderamente humillantes como estos once versículos.

¡Qué poco del estilo de amor que recomienda nuestro Señor se ve tanto en el mundo como en la Iglesia! ¡Cuán común es un espíritu enojado y airado, una susceptibilidad enfermiza acerca de lo que se denomina *honor* y una tendencia a pelear a la menor ocasión! ¡Qué raro es ver a hombres y mujeres que aman a sus enemigos y hacen el bien no esperando nada a cambio, que bendicen a aquellos que los maldicen y son amables con los desagradecidos y malvados! Verdaderamente, esto nos recuerda las palabras de nuestro Señor: “Angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:14).

¡Cuán feliz sería el mundo si se obedecieran estrictamente los principios de Cristo! Las principales causas de la mitad de las desgracias de la Humanidad son el egoísmo, las contiendas, la falta de bondad y de amor. Nunca ha habido un error más grande que suponer que el cristianismo vital interfiere con la felicidad humana. No es ser muy religioso, sino poco, lo que hace que la gente esté abatida y se sienta desgraciado y triste. Donde Cristo es más conocido y obedecido, siempre habrá más gozo y paz.

¿Queremos conocer por experiencia algo de esta bendita gracia del amor? Entonces busquemos unirnos a Cristo por la fe y ser enseñados y santificados por su Espíritu. No recogemos uvas de los espinos o higos de los cardos. No podemos tener flores sin raíces ni frutos sin árboles. No podemos dar el fruto del Espíritu sin una unión vital con Cristo y una nueva creación interior. Quienes no han nacido de nuevo no pueden amar verdaderamente de la manera que Cristo ordena.

Notas: Lucas 6:27–38

V. 28: *[Os calumnian]*. La palabra así traducida solo se encuentra en otros dos lugares en el Nuevo Testamento (Mateo 5:44; 1 Pedro 3:16).

La conducta aquí recomendada queda hermosamente ejemplificada en el caso de la oración de nuestro Señor por los que le crucificaron y la de Esteban por los que le apedrearon (cf. Lucas 23:34; Hechos 7:60).

Vv. 29 y 30: *[Al que te hiera]*. Los preceptos de estos dos versículos han de ser necesariamente interpretados teniendo en cuenta la Escritura. No debemos explicarlos de una manera que contradiga otros pasajes de la Palabra de Dios. Son claras formas proverbiales de expresar un gran principio. Si extremáramos la interpretación literal, incitaríamos al robo, al allanamiento, a la violencia y al asesinato. La Tierra estaría en manos de los inicuos.

Por un lado, nuestro Señor no pretendía prohibir la represión del crimen o declarar ilegal la profesión de magistrado y de policía. Tampoco pretendía declarar ilegal toda guerra o prohibir el castigo de los que cometen delitos o perturban la paz y el orden en la sociedad. Le vemos diciendo en otro lugar: “El que no tiene espada, venda su capa y compre una” (Lucas 22:36). Vemos que S. Pablo dice que el que gobierna “no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo” (Romanos 13:4). Vemos que se menciona a varios centuriones en los Evangelios y en Hechos. Pero nunca vemos que su ocupación como soldados se condene como ilegal.

Por otro lado, es evidente que nuestro Señor condena todo lo que sea espíritu de venganza, agresividad, litigio o disensión. Prohíbe todo lo que sean peleas o luchas entre individuos para resolver agravios personales. Ordena el dominio propio, la paciencia y la resignación ante las injurias y los insultos. Quiere que cedamos mucho, renunciemos a mucho y aguantemos mucho antes que causar disensión. Quiere que soportemos muchos inconvenientes y pérdidas, y hasta que sacrifiquemos algunos de nuestros justos derechos antes que contender. Es la misma lección en la que insiste S. Pablo con otras palabras: “Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. […] No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12:18–21).

Pocas cosas sacan a relucir de forma tan dolorosa la poca influencia que tiene el cristianismo sobre los que profesan ser cristianos como el tremendo descuido de los mandatos de nuestro Señor en estos versículos que predomina por todas partes. Es imposible concebir algo más contrario a la mente de Cristo que las peleas y los conflictos mano a mano de los que oímos con frecuencia en algunos países y en algunos sectores de la sociedad. Dar bofetada por bofetada, devolver violencia por la violencia, ira por ira, maltratos por maltratos es una conducta propia de un perro o de un pagano, pero no la de un cristiano.

V. 32: *[También los pecadores]*. A. Clarke cita sobre la palabra “pecadores” que se utiliza aquí y en los dos siguientes versículos: “Creo que S. Lucas utiliza esta palabra con el mismo sentido con que S. Mateo utiliza ‘publicano o recaudador de impuestos’. Significa ‘pagano’: no solo que carece de religión, sino que no reconoce ninguna”.

V. 33: *[Hacen lo mismo]*. Quesnel comenta sobre este versículo: “El hombre debe temblar de temor si, junto a la parte externa de su religión, no encuentra nada en su vida diferente de lo que se puede encontrar en un turco o en un pagano”.

V. 35: *[No esperando de ello nada]*. La palabra así traducida no se utiliza en otro lugar del Nuevo Testamento. El obispo Pearce traduce “nada” como “nadie”, y piensa que el significado es “no impidiendo la esperanza de hombre alguno por negarle aquellas cosas que pide para evitar que perezca”. De Dieu adopta una opinión muy similar: “No haciendo que pierda la esperanza”.

Vv. 37 y 38: *[No juzguéis, y no seréis juzgados, etc.]*. Es discutible si las promesas de estos dos versículos hay que tomarlas en un sentido terrenal o espiritual. La palabra “hombres” del versículo 38 [en la versión utilizada por el autor, N.T.] no aparece en el original, por lo que no se puede basar ningún argumento en ella. Pero, teniendo en cuenta todo el contexto en el que se encuentran estos dos versículos, me parece más probable que las recompensas prometidas por nuestro Señor sean principal y fundamentalmente recompensas que se recibirán en este mundo.

No puedo poner fin a las notas acerca de este pasaje sin ofrecer mi protesta contra la opinión rápidamente creciente de que podemos tener los frutos del Espíritu sin la doctrina del Espíritu. Nada es más común ahora que ver el amor, la bondad, la abnegación y la atención a los demás recomendadas por los autores populares que no silencian su desprecio hacia las principales doctrinas del Evangelio. Comprendamos de una vez por todas que el verdadero amor genuino y abnegado nunca crecerá de raíces que no sean la fe en la expiación de Cristo y un corazón renovado por el Espíritu Santo. Nunca conseguiremos que los hombres se amen unos a otros a menos que enseñemos, como enseñaba S. Pablo, a andar “en amor, como también Cristo nos amó”. Enseñar a amar sin considerar otros principios es, por lo general, esforzarse en vano.

Lucas 6:39–45

En estos versículos aprendemos, en primer lugar, *el gran peligro de escuchar a los falsos maestros religiosos*. Nuestro Señor compara a esos maestros y a quienes les escuchan con ciegos que dirigen a ciegos, y plantea la razonable pregunta: “¿No caerán ambos en el hoyo?”. Continúa confirmando la importancia de su advertencia declarando que “el discípulo no es superior a su maestro”, que el alumno no puede pretender saber más que su maestro. Si un hombre escucha una instrucción errónea, no podemos esperar que no llegue a equivocarse en la fe él mismo.

El asunto que nos plantea nuestro Señor merece mucha más atención de la que generalmente recibe. La cantidad de mal que la enseñanza religiosa errónea ha traído a la Iglesia en cada época es incalculable. Es terrible contemplar la pérdida de almas que ha ocasionado. Un maestro que no conoce el camino al Cielo no puede conducir a sus oyentes al Cielo. El hombre que escucha a un maestro así corre un tremendo riesgo de perderse eternamente: “Si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo”.

Para escapar del peligro contra el que nos advierte nuestro Señor, no debemos dejar de examinar la enseñanza que escuchamos a la luz de las Santas Escrituras. No debemos creer las cosas meramente porque lo diga quien ministra. No debemos suponer por rutina que los pastores no pueden cometer errores. Debemos traer a nuestra mente las palabras de nuestro Señor en otra ocasión: “Guardaos de los falsos profetas” (Mateo 7:15). Debemos recordar el consejo de S. Pablo y de S. Juan: ¡“Examinadlo todo”, “probad los espíritus si son de Dios”! (1 Tesalonicenses 5:21; 1 Juan 4:1). Con la Biblia en nuestras manos y la promesa de que el Espíritu Santo guiará a todo aquel que busca guía, no tendremos excusa si nuestra alma se desvía. La ceguera de los ministros no es excusa para que la gente esté en tinieblas. El hombre que por indolencia, superstición o pretendida humildad rehúsa desconfiar de la enseñanza del pastor a quien tiene por encima por muy equivocado que esté, a la larga compartirá las ideas del pastor. Si la gente confía en guías ciegos, no deben sorprenderse de ser conducidos al hoyo.

En segundo lugar, en estos versículos aprendemos que *aquellos que reprueban los pecados de los demás deben esforzarse por tener una vida intachable*. Nuestro Señor nos enseña esta lección por medio de un dicho práctico. Muestra lo irrazonable que es un hombre que encuentra una falta, “una mota” o una cosa insignificante, en el ojo de un hermano mientras él mismo tiene “una viga” o algún objeto grande y formidable adherido a su propio ojo.

Sin duda, se debe considerar esta lección de forma apropiada y escrituraria. Si nadie pudiera enseñar o predicar a otros hasta que él mismo fuera intachable, no habría enseñanza ni predicación en el mundo. Los errores nunca podrían ser corregidos y los inicuos nunca serían reprobados. Poner un sentido así en las palabras de nuestro Señor las hace chocar con otros claros pasajes de la Escritura.

El principal objeto de nuestro Señor Jesús parece ser imprimir en los que ministran y enseñan la importancia de la coherencia en la vida. El pasaje es una solemne advertencia a no contradecir por medio de nuestras vidas lo que decimos con nuestros labios. El oficio de predicador nunca consigue atención a menos que practique lo que predica. La ordenación episcopal, los doctorados universitarios, los títulos altisonantes, una profesión en alta voz de pureza doctrinal nunca conseguirán el respeto para el sermón del ministro si su

congregación le ve esclavizado a hábitos impíos.

Pero hay mucho aquí que todos haremos bien en recordar. Se trata de una lección que muchos ministros deben considerar con seriedad. Todos los cabezas de familia y dueños de casa, todos los padres, todos los maestros de escuela, todos los tutores, todos los que llevan grupos de jóvenes deben pensar en la "mota" y en la "viga". Todos ellos deben ver en las palabras de nuestro Señor la poderosa lección de que nada influye tanto en otros como la coherencia. Que esta lección sea atesorada y no olvidada.

Por último, en estos versículos aprendemos que *hay solo una prueba satisfactoria del carácter religioso del hombre. Esa prueba es su conducta y conversación*.

Las palabras de nuestro Señor sobre este asunto son claras e inconfundibles. Toma la ilustración de un árbol y establece el principio general de que "cada árbol se conoce por su fruto". Pero nuestro Señor no se queda aquí. Va más lejos hasta mostrar que la conversación de un hombre es una indicación del estado de su corazón. "De la abundancia del corazón habla la boca". Estas dos frases son profundamente importantes. Ambas deben ser atesoradas entre las máximas que guían nuestro cristianismo práctico.

Debe ser un principio religioso establecido que, cuando un hombre no da los frutos del Espíritu, no tiene al Espíritu Santo dentro de sí. Resistamos como un terrible error la idea común de que todas las personas bautizadas han nacido de nuevo y de que todos los miembros de la Iglesia, por inercia, tienen el Espíritu Santo. Nuestra regla debe ser una sencilla pregunta: ¿Qué fruto da un hombre? ¿Se arrepiente? ¿Cree en Jesús con su corazón? ¿Vive una vida santa? ¿Ha vencido al mundo? Hábitos como estos son lo que la Escritura llama "fruto". Cuando estos "frutos" brillan por su ausencia, es una blasfemia decir que un hombre tiene al Espíritu Santo dentro de él.

Establezcamos el nuevo principio religioso de que, cuando la conversación del hombre es en general impía, su corazón carece de gracia y no se ha convertido. No cedamos el paso a la idea vulgar de que nadie puede conocer cosa alguna del corazón de otro y que, aunque los hombres vivan impíamente, quizá en el fondo tengan *buen corazón*. Esas ideas son totalmente contradictorias con la enseñanza de nuestro Señor. ¿Es carnal, mundano, irreligioso, impío o blasfemo el tono general de la forma de hablar de un hombre? Entonces, comprendamos que ese es el estado de su corazón. Cuando la lengua del hombre actúa mal, es absurdo —por no decir contrario a la Escritura— decir que su corazón está bien.

Concluyamos este pasaje examinándonos con seriedad y utilicémoslo para probar nuestra propia situación ante Dios. ¿Qué frutos estamos produciendo en nuestras vidas? ¿Son o no frutos del Espíritu? ¿Qué clase de evidencia aportan nuestras palabras acerca del estado de nuestros corazones? ¿Hablamos como hombres cuyos

corazones son “rectos ante los ojos de Dios”? No hay forma de eludir la doctrina aquí establecida por nuestro Señor en este pasaje. La conducta es la gran demostración del carácter. Las palabras son un gran síntoma de la situación del corazón.

Notas: Lucas 6:39–45

V. 39: *[¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego?]*. Se debe advertir que es la segunda ocasión en la que nuestro Señor utiliza este dicho. Tanto aquí como en el otro lugar en el que se utiliza (cf. Mateo 15:14), la aplicación es manifiesta. Se trata de una advertencia contra seguir a falsos maestros religiosos.

V. 40: *[El discípulo no es superior a su maestro, etc.]*. Es común considerar este versículo como descriptivo de lo que todos los creyentes de este mundo deben esperar y como paralelo a palabras como las siguientes: “Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra”. La perfección es considerada como ser perfeccionado “por aflicciones”.

Pero me siento incapaz de interpretar el versículo en este sentido. Es buena teología, pero no el sentido de este pasaje. El verdadero significado, creo, se debe buscar en relación con el versículo que lo precede inmediatamente. En aquel versículo, con una parábola, nuestro Señor había hecho una advertencia contra los falsos maestros. Los había comparado a guías ciegos y había mostrado que, si un ciego guía a otro ciego, “ambos caerán en el hoyo”. Parece que entonces anticipa la objeción normal de que eso no quiere decir que, porque nuestros maestros se desvíen, nosotros también nos desviaremos. Parece decir: “Tened cuidado de ese error. Los discípulos no deben esperar ver más claramente que sus maestros. El alumno puede llegar a ser tan perfecto como su maestro, pero no más. Ciertamente, copiará sus errores y reproducirá sus faltas. Si escoges seguir a guías ciegos, no te sorprendas si nunca los superas y si compartes su ruina final”. La traducción al margen de la versión inglesa resalta este sentido con más claridad que el texto: “Todos serán perfeccionados como su maestro”.

Lo tremendamente cierto que es este dicho de nuestro Señor se ha comprobado claramente en Inglaterra durante los últimos treinta años. Todo el que conozca algo de nuestra historia religiosa durante ese período debe haber observado que los líderes de las diversas nuevas herejías que nos han invadido han tenido por lo general muchos fervorosos seguidores. Estos seguidores rara vez han superado a sus maestros, y rara vez han sido capaces de imitar sus cosas buenas sin las malas. Al contrario, a menudo han reproducido servilmente los peores errores de sus maestros, y de la peor forma, pero no han imitado sus cosas buenas en absoluto. Así han verificado estrictamente las palabras de nuestro Señor: “El discípulo no es superior a su maestro”.

Hago notar que la opinión que he apoyado en cuanto a este texto es compartida por Brentius, Bullinger, Gualter, Stella y Quesnel.

V. 41: *[Paja]*. Esta palabra [traducida como “mota” en la versión inglesa que utiliza el autor, N.T.] solo se utiliza aquí y en el pasaje relacionado de S. Mateo. Hace referencia un pequeño trozo de paja, de hierba o de madera seca.

[Viga]. Esta palabra hace referencia a un enorme tronco de madera como el que se utiliza para el techo de un tejado. Toda la expresión es evidentemente un proverbio cuyo propósito es contrastar claramente, por medio de una figura, las faltas pequeñas y las grandes.

V. 43: *[No es buen árbol el que da malos frutos]*. Quizá el sentido de las palabras griegas aquí se debería traducir más literalmente y parafrasearlo así: “No existe tal cosa como un buen árbol que dé malos frutos”.

V. 44: *[No se cosechan higos, etc.]*. Aquí, como en el versículo 38, no aparece la palabra “hombres” en el griego [ni tampoco en nuestra versión española, pero sí en la versión inglesa utilizada por el autor, N.T.]. Es una expresión equivalente a decir: “Los higos no se cosechan de los espinos”. Debe ser considerada detenidamente, puesto que arroja luz sobre un pasaje difícil en otra parte del Evangelio de S. Lucas (Lucas 16:9).

Lucas 6:46–49

Se ha dicho con mucha razón que ningún sermón debe concluir sin una aplicación personal a las conciencias de aquellos que lo escuchan. El pasaje que tenemos ante nosotros es un ejemplo de esta regla y una confirmación de que es correcta. Es una conclusión solemne, y que lleva a un examen de conciencia, para un discurso muy solemne.

Señalemos en estos versículos *qué pecado tan antiguo y común es profesar sin practicar*. Está escrito que nuestro Señor dijo: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?”. El Hijo de Dios mismo tuvo muchos seguidores que pretendían honrarle llamándole Señor, pero esto no producía obediencia a sus mandamientos.

El mal que nuestro Señor expone aquí ha existido siempre en la Iglesia de Dios. Se daba 600 años antes del tiempo de nuestro Señor, en los días de Ezequiel. Leemos lo siguiente: “Y vendrán a ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo mío, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra; antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia” (Ezequiel 33:31). Se daba en la Iglesia primitiva de Cristo en los días de Santiago: “Sed hacedores de la palabra —dice— y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22). Es una enfermedad que nunca ha cesado de prevalecer en toda la cristiandad. Es una plaga destructora del alma que continuamente arrastra a

multitud de oidores del Evangelio al ancho camino de la destrucción. El pecado abierto, y la incredulidad reconocida, sin duda mata a millares. Pero profesar sin practicar mata a decenas de millares.

Fijemos en nuestras mentes que ningún pecado es tan necio e irrazonable como el que Jesús denuncia aquí. El simple sentido común nos dice que el nombre y las formas del cristianismo no sirven de nada si nos adherimos al pecado en nuestros corazones y vivimos vidas de no cristianos. Debemos establecer el principio religioso de que la obediencia es la única evidencia sana de una fe salvadora y que las palabras de los labios son menos que inútiles si no van acompañadas de una santificación de la vida. El hombre en cuyo corazón mora verdaderamente el Espíritu Santo nunca se conformará con quedarse sentado y no hacer nada para mostrar su amor a Cristo.

Señalemos en estos versículos, en segundo lugar, *qué notable cuadro pinta nuestro Señor acerca de la religión del hombre que no solo escucha las palabras de Cristo, sino que hace su voluntad*. Le compara con aquel que “al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca”.

La religión de un hombre así puede costarle mucho. Como la casa construida sobre roca, puede suponerle dolores, penas y abnegación. Dejar de lado el orgullo y el fariseísmo, crucificar la carne rebelde, adoptar la mente de Cristo, tomar la cruz cada día, considerar todas las cosas como pérdida por amor a Cristo; todo esto puede resultar duro. Pero, como la casa edificada sobre la roca, esa religión resistirá. Quizá las corrientes de la aflicción la golpeen violentamente y las inundaciones de la persecución choquen ferozmente contra ella, pero no cederá. El cristianismo que combina una buena profesión y una buena práctica es un edificio que no caerá.

Señalemos en estos versículos, por último, *qué cuadro tan triste pinta nuestro Señor de la religión del hombre que escucha las palabras de Cristo pero no las obedece*. Le compara con aquel que “edificó su casa sobre tierra, sin fundamento”.

La religión de ese hombre puede tener buena apariencia durante algún tiempo. Quizá un ojo ignorante no detecte diferencias entre el que posee semejante religión y un verdadero cristiano. Quizá ambos adoren en la misma iglesia. Quizá participen en las mismas ordenanzas. Quizá profesen la misma fe. Quizá sean muy parecidas la apariencia externa de la casa edificada sobre la roca y la que carece de un fundamento sólido. Pero el día de la prueba y la aflicción es el examen que la religión del profesante meramente externa no puede soportar. Cuando la tormenta y la tempestad golpean la casa sin fundamentos, los muros que parecían estar bien a la luz del Sol y con buen tiempo se vendrán abajo con toda seguridad. El cristianismo que consiste en un mero escuchar la religión que se enseña sin hacer nada es un edificio que al final caerá. ¡En verdad, grande será la ruina! ¡No hay pérdida como la pérdida de un alma!

Este pasaje de la Escritura debería evocar en nuestras mentes especialmente sentimientos solemnes. Los cuadros que presenta son de cosas que nos rodean diariamente. Por todas partes vemos a miles edificando para la eternidad sobre una mera profesión cristiana externa, esforzándose por guarecer sus almas bajo refugios falsos, conformándose con un nombre para vivir cuando en realidad están muertos y con una forma de piedad carente de poder. ¡Verdaderamente son pocos los que edifican sobre roca, y grande es el ridículo y la persecución que tendrán que soportar! ¡Muchos son los que edifican sobre arena, y grandes son las decepciones y los fracasos que sufrirán como único resultado de su obra! Sin duda, la mayor prueba de que el hombre es un ser caído y está ciego a las cosas espirituales se puede ver en el hecho de que la mayoría de personas de cada generación de bautizados persiste en edificar sobre arena.

¿Cuál es el fundamento sobre el que nosotros mismos estamos edificando? Esta, al fin y al cabo, es la pregunta que concierne a nuestras almas. ¿Estamos haciéndolo sobre la roca o sobre la arena? Quizá nos encante escuchar el Evangelio. Aprobamos todas sus principales doctrinas. Asentimos a todas sus declaraciones de la verdad acerca de Cristo y del Espíritu Santo, acerca de la justificación y la santificación, acerca del arrepentimiento y la fe, acerca de la conversión y la santidad, acerca de la Biblia y la oración. ¿Pero qué estamos *haciendo*? ¿Cuál es la historia práctica diaria de nuestras vidas, en público y en privado, en la familia y en el mundo? ¿Se puede decir de nosotros que no solo escuchamos las palabras de Cristo, sino que también las hacemos?

Se acerca la hora, y pronto estará aquí, en que debemos plantearnos preguntas como estas y responderlas, tanto si nos gustan como si no. El día de tristeza y aflicción, de enfermedad y muerte, mostrará claramente si estamos sobre la roca o sobre la arena. Recordemos esto a tiempo y no juguemos con nuestras almas. Esforcémonos por creer y vivir, por escuchar la voz de Cristo y seguirle de tal forma que, cuando llegue la inundación, nuestra casa pueda mantenerse firme y no caer.

Notas: Lucas 6:46–49

V. 48: *[Semejante es al hombre...]*. Debemos tener cuidado al interpretar y explicar esta parábola para no perder de vista su alcance e intención. Ciertamente no es tratar la Escritura honradamente el decirle a la gente que la “roca” aquí es Cristo y que el hombre que edifica sobre ella es un verdadero creyente, que el fundamento sobre la tierra son las falsas bases de confianza para la justificación y el hombre que edifica sobre él, el cristiano engañado que confía en ellas. Todo esto puede ser excelente teología, pero

no se trata de eso. Se trata de ver si el pasaje enseña esta lección. Mi respuesta, sin vacilar, es que no.

El objetivo de la parábola no es enseñar la doctrina de la justificación, sino la necedad de una profesión de cristianismo que no vaya acompañada de una práctica cristiana y la destrucción a la que conduce dicha profesión si se persiste en este camino. Se enseña abundantemente por todas partes que Cristo es la verdadera roca en la que debemos edificar nuestras esperanzas y que no hay otra roca en la que podamos estar firmes. Pero no es la lección del pasaje que tenemos ante nosotros. Este pasaje es una advertencia contra el antinomianismo. No olvidemos esto.

El hábito de acomodar la Escritura y de utilizarla en un sentido que no era el pretendido originalmente es una práctica peligrosa. Indirectamente tiene un efecto perjudicial sobre nuestras mentes y es más confusa para los sencillos y no eruditos. Cuando un hombre sencillo escucha un sentido de los textos que no aparece claramente en ellos, y que en realidad solo se pueden extraer por acomodación, hace que piense que la Biblia es un libro que solo los eruditos pueden entender.

[Cavó y ahondó]. El idioma inglés no transmite aquí toda la fuerza de las palabras griegas. Se debería traducir: “cavó y ahondó”. [Como correctamente traduce nuestra versión Reina-Valera, N.E.].

[Vino una inundación, el río dio con ímpetu]. Para comprender esto, debemos recordar que el clima en los países cálidos es muy diferente del nuestro. Cuando cae la lluvia en los países cálidos, suele hacerlo de manera muy violenta y causar que los ríos y las corrientes se desborden y provoquen inundaciones muy rápidamente. En estas circunstancias, sería fácil que tuvieran lugar los acontecimientos descritos por nuestro Señor, y sin duda lo habrían visto muchos de sus oyentes.

V. 49: *[El que oyó y no hizo]*. Las claras palabras de John Bunyan cuando describe a Locuacidad en *El progreso del Peregrino* son un admirable comentario sobre este versículo: “El alma de la religión es la parte práctica; ‘la religión pura y sin mácula delante de Dios y Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha de este mundo’ (Santiago 1:27). Locuacidad no lo entiende así; piensa que el oír y el hablar hacen al buen cristiano, y así tiene engañada a su propia alma. El oír no es más que la siembra de la Palabra, y el hablar no es bastante para demostrar que hay fruto realmente en el corazón y en la vida. Y debemos tener la plena seguridad de que, en el día del Juicio, serán juzgados los hombres según sus frutos. No se les preguntará: ¿creísteis?, sino: ¿practicasteis? Y según esto habrá de ser su juicio. Por eso, el fin del mundo es comparado a la siega. Y sabes muy bien que los hombres en la siega no consideran más que los frutos”.

Lucas 7:1–10

Estos versículos describen la curación milagrosa de un enfermo. Un centurión, u oficial del ejército romano, intercede ante nuestro Señor por su siervo y obtiene lo que pide. No se recoge en lugar alguno de los Evangelios un milagro mayor de sanidad. Sin ver siquiera al que sufre, sin tocarle con su mano o mirarle, nuestro Señor restaura la salud a un hombre moribundo por medio solo de la palabra. Habla, y el enfermo es curado. Ordena, y la enfermedad se marcha. No leemos de otro profeta o apóstol que obrara milagros de esta manera. Vemos aquí la mano de Dios.

Notemos en estos versículos *la bondad del centurión*. Es una parte de su carácter que aparece de tres formas. La vemos en su trato a su siervo. Lo cuida con ternura cuando está enfermo y se esfuerza por conseguir que su salud sea restaurada. Volvemos a verla en su sentimiento hacia el pueblo judío. No los despreciaba como solían hacer los demás gentiles. Los ancianos de los judíos dan este gran testimonio de él: “Ama a nuestra nación”. La vemos por último en su apoyo liberal del lugar judío de adoración en Capernaum. No amaba a Israel “de palabra ni de lengua, sino de hecho”. Los mensajeros que él envió a nuestro Señor apoyaron su petición diciendo: “Nos edificó una sinagoga”.

¿Pero dónde aprendió el centurión a ser bondadoso? ¿Cómo nos explicamos que alguien que era pagano de nacimiento y soldado de profesión mostrara un espíritu así? No era muy probable que esta mentalidad fuese muy promovida en la enseñanza de los paganos y por la sociedad de los campamentos romanos. La filosofía griega y latina no se lo recomendaría. Los tribunos, cónsules, prefectos y emperadores no lo alentarían. Solo hay una explicación. El centurión era lo que era “por la gracia de Dios”. El Espíritu había abierto los ojos de su entendimiento y había puesto un corazón nuevo dentro de él. Su conocimiento de las cosas divinas era sin duda muy reducido. Sus ideas religiosas probablemente estarían edificadas sobre un conocimiento muy imperfecto de las Escrituras del Antiguo Testamento. Pero, independientemente de la luz que tuviera de arriba, influyó en su vida, y un resultado de ello era la bondad que se menciona en este pasaje.

Aprendamos una lección del ejemplo del centurión. Como él, mostremos bondad hacia todos aquellos con los que tengamos algo que ver. Esforcémonos por tener los ojos listos para ver, la mano lista para ayudar, el corazón listo para sentir y la voluntad lista para hacer bien a todos. Estemos dispuestos a llorar con el que llora y a gozarnos con el que se goza. Hay una forma de recomendar nuestra religión y hacer que parezca hermosa a los hombres. La bondad es una muestra de gracia que todos pueden entender. Es una forma de ser como nuestro bendito Salvador. Si hay una característica en su carácter más señalada que otras, es su bondad y amor. Esta es una forma de ser feliz en el mundo y de ver días buenos. La bondad siempre trae su

propia recompensa. Es raro que la persona bondadosa se quede sin amigos.

En segundo lugar, notemos también en este pasaje *la humildad del centurión*. Aparece en su impresionante mensaje a nuestro Señor cuando este no estaba lejos de su casa: “No soy digno de que entres bajo mi techo; por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti”. Estas expresiones presentan un fuerte contraste con el lenguaje utilizado por los ancianos de los judíos. “Es digno —dijeron ellos— de que le concedas esto”. “No soy digno —dice el buen centurión— de que entres bajo mi techo”.

Una humildad como esta es la más fuerte evidencia de que en él mora el Espíritu de Dios. Eso no lo sabemos por naturaleza, porque todos nacemos orgullosos. Convencernos de pecado, mostrarnos nuestra propia maldad y corrupción, ponernos en el lugar correcto, hacernos humildes y humillarnos, son cosas que están entre las principales obras que el Espíritu Santo hace en el alma del hombre. Pocas de las palabras de nuestro Señor se repiten con tanta frecuencia como las que cierran la parábola del fariseo y el publicano: “Cualquiera que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lucas 18:14). Tener grandes dones y hacer grandes obras para Dios no es dado a todos los creyentes. Pero todos los creyentes deben esforzarse por estar vestidos de humildad.

En tercer lugar, notemos en este pasaje *la fe del centurión*. Tenemos un hermoso ejemplo de ello en la petición que hizo a nuestro Señor: “Di la palabra, y mi siervo será sano”. Piensa que no hace falta que nuestro Señor vaya al lugar donde yace su siervo. Considera que nuestro Señor posee autoridad sobre las enfermedades igual que él tiene completa autoridad sobre sus soldados o el emperador romano la tiene sobre sí mismo. Cree que una orden de Jesús es suficiente para expulsar la enfermedad. No pide ver señal o milagro alguno. Declara su confianza en que Jesús es un Maestro y Rey todopoderoso y que las enfermedades, como siervos obedientes, se marcharán a sus órdenes.

Una fe semejante era verdaderamente rara cuando el Señor Jesús estaba sobre la Tierra. Lo que pedían los despectivos fariseos era que se les mostrase señal del Cielo. Ver algo maravilloso era el gran deseo de las multitudes que se amontonaban detrás de nuestro Señor. No nos sorprende leer las notables palabras: “Jesús se maravilló de él” y que le dijera a la gente: “Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe”. Nadie tenía más motivos para creer que los hijos de aquellos que habían sido guiados por el desierto y conducidos a la Tierra Prometida. Pero los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos. La fe de un soldado romano se mostró más fuerte que la de los judíos.

No olvidemos andar con este bendito espíritu de fe que exhibió aquí el centurión. Nuestros ojos no contemplan aún el libro de la vida. No vemos a nuestro Salvador intercediendo por nosotros a la diestra de Dios. ¿Pero tenemos la palabra de las promesas de Cristo? Entonces

descansemos en ella y no temamos cosa alguna. No dudemos que cada palabra pronunciada por Cristo se cumplirá. Aquel que se apoya en ellas nunca será confundido. Los creyentes serán perdonados, justificados y glorificados en el día final. Jesús lo dice así y, por tanto, así será.

Por último, notemos en estos versículos *la ventaja de estar relacionados con familias piadosas*. No necesitamos prueba más clara de esto que el caso del siervo del centurión. Vemos que es curado de su enfermedad. Vemos que su salud es restaurada por medio de la intercesión de su amo. Vemos que Cristo es informado acerca de él por la fe de su amo. ¿Quién puede negar que el propósito de toda esta historia era la conversión y salvación del alma de aquel hombre? ¡Feliz día para aquel siervo cuando entró a servir en aquella casa!

Bueno sería para la Iglesia que los beneficios de la relación con "los de la familia de la fe" fueran recordados con más frecuencia por los que profesan ser cristianos. A menudo, demasiado a menudo, el siervo cristiano busca, por un poco más de dinero, un nuevo lugar donde la religión no es valorada. Esto no debería ser así. En todos nuestros movimientos, nuestro pensamiento debe ser el interés de nuestras almas. En todos los lugares donde nos establezcamos, nuestro principal deseo debe ser el contacto con personas piadosas. En todos nuestros proyectos y planes, para nosotros mismos y para nuestro hijos, siempre debe predominar una pregunta en nuestra mente: "¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?". Las consideradas buenas situaciones son a menudo situaciones de impiedad que echan a perder para toda la eternidad a aquellos que las adoptan.

Notas: Lucas 7:1–10

V. 1: *[A Capernaum]*. Se debe recordar que ya se había obrado un destacado milagro de sanidad en Capernaum al ser curado el hijo de un oficial, que se describe al final del capítulo 4 de Juan. Esta sanidad fue diferente de la mencionada aquí. Con toda probabilidad, el centurión había oído hablar de ella. Se debe tener en cuenta que pocos lugares fueron testigos de tantos milagros de nuestro Señor como Capernaum. Esta circunstancia probablemente arroja luz sobre la expresión de nuestro Señor: "Capernaum, que eres levantada hasta el cielo" (Mateo 11:23).

V. 2: *[El siervo de un centurión]*. Hay cosas en la historia de este milagro que requieren una mención que, por conveniencia, podemos hacer aquí.

El centurión del que se habla aquí era evidentemente gentil de nacimiento. Esto queda manifiesto en la expresión utilizada por nuestro Señor: "Ni aun en Israel he hallado tanta fe".

En un soldado romano, esa fe y ese amor que vemos aquí descritos eran

muy extraordinarios. “El soldado romano —dice Bunyan— era las primicias del mundo gentil”. “Aun la sangrienta profesión de la guerra —dice el obispo Hall— proporcionaba a Cristo nobles seguidores. Este capitán romano había aprendido a creer en aquel Jesús cuando muchos judíos lo rechazaban. Ninguna nación, ninguna profesión, puede evitar la entrada de Dios al buen corazón. Era extranjero de nacimiento, pero nacional de corazón”. Merece la pena comentar que ni aquí, ni en el caso de los soldados que fueron a Juan el Bautista, ni en el caso de Cornelio en Hechos, encontramos la más mínima indicación de que la profesión de soldado sea ilegal a los ojos de Dios. Al contrario, tanto aquí como en la historia de hombres como el coronel Gardiner y el general Havelock vemos prueba de que Dios puede otorgar mucha gracia a soldados y poner mucha honra en ellos.

La conducta del centurión para con su siervo es muy notable. Cuando recordamos la posición de los siervos en las casas gentiles, su preocupación y bondad hacia este siervo son una fuerte evidencia de la gracia que había en él.

V. 3: *[Le envió unos ancianos]*. El obispo Hall comenta en cuanto a esto: “Gran variedad de visitantes acudieron a Cristo. Uno se acercó por un hijo, otro por una hija, un tercero por él mismo. Pero no veo a ninguno ir por su siervo, salvo este centurión. Tampoco era mejor hombre que amo. Su siervo está enfermo, pero no le enseña la puerta, sino que le deja quedarse en casa; tampoco se queda observándole junto al lecho, busca ayuda; no busca a los médicos, sino a Cristo. Si el amo hubiera estado enfermo, el siervo fiel no podría haber hecho más. Aquel que no cumplimenta en ocasiones a sus seguidores no merece ser bien servido.

V. 5: *[Nos edificó una sinagoga]*. Se puede decir que la versión inglesa aquí apenas transmite el pleno sentido del griego. El significado es: “Él mismo nos edificó una sinagoga”, es decir, haciéndose cargo de los gastos y responsabilidades.

V. 6: *[Envió a él unos amigos]*. En el pasaje paralelo de S. Mateo, tanto aquí como al comienzo del relato, se dice que el centurión fue a él en persona y no por medio de la intervención de mensajeros o amigos. Esta diferencia entre ambos relatos induce a pensar que S. Mateo y S. Lucas describen dos milagros diferentes. Esta opinión es ingeniosamente defendida por Flacius Illyricus. Pero no parece haber base suficiente para ella. El relato que hace Mateo del milagro es evidentemente más breve y más resumido que el de Lucas, y quizá nos hable de que el centurión hizo algunas cosas él mismo cuando en un relato más detallado y completo se nos dice que lo hizo por medio de otros. Dice Trench: “Este es un intercambio de personas del cual están llenos todos los relatos históricos y todo el lenguaje habitual”. Es altamente probable, sin embargo, que el relato de ambos Evangelios sea literalmente exacto y no requiera la explicación que acabamos de dar. Con toda probabilidad, el centurión envió primero mensajeros a nuestro Señor y después fue a hablar con Él en persona. S. Mateo relata la entrevista personal y S. Lucas el mensaje. Según esta opinión, ambos relatos son ciertos y no chocan uno contra otro.

Notemos que las aparentes discrepancias entre los relatos del Evangelio se pueden explicar con frecuencia de esta manera. Si somos justos, debemos

recordar que dos hombres en la vida diaria pueden describir el mismo evento y decir ambos la verdad y, sin embargo, sus relatos no serán exactamente el mismo. Y la razón de ello es sencillamente esta: uno participa en una circunstancia de la historia y el otro en otra. Cada uno resalta su propia visión más claramente que el otro. Pero ambos dicen la verdad.

Los relatos con ligeras variaciones que dos historiadores fieles dan de los mismos acontecimientos públicos y la evidencia ligeramente diferente que dos testigos honrados ofrecerán en un tribunal de justicia acerca de los mismos hechos son ilustraciones notables de lo que quiero decir. En resumen, una completa similitud en los relatos de dos testigos aislados es, en ocasiones, en sí sospechosa, porque parece un acuerdo, una confabulación y un intento de engañar.

[No te molestes]. La palabra griega así traducida solo se utiliza tres veces en el Nuevo Testamento: aquí, en Marcos 5:35 y en Lucas 8:49; y cada vez en el mismo sentido, para describir a personas que traen preocupaciones y molestias innecesarias a nuestro Señor.

V. 7: *[Di la palabra]*. El comentarista portugués Barradius tiene algunas citas notables sobre esta expresión del centurión. Dice lo siguiente: “Este es un atributo especial de Dios: ser capaz de hacer todas las cosas por medio de la palabra y de una orden: ‘Él mandó, y fueron creados’ (Salmo 148:5). Leamos el libro de Génesis. Veremos el mundo creado por la Palabra de Dios: ‘Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz’. ‘Dijo Dios: Haya expansión […] e hizo Dios la expansión’, etc.”. Después muestra por una cita de Agustín cómo ninguno de los seres creados que existen, ya sean reyes, ángeles o serafines, puede crear ni una hormiga. Pero cuando Dios dice que se cree el mundo, inmediatamente es creado por una palabra. Y concluye diciendo: “Por tanto, bien puede decir el centurión: ‘Di la palabra, y mi siervo será sano’ ”.

V. 9: *[Jesús se maravilló]*. Hay dos ocasiones en que se relata que nuestro Señor Jesucristo “se maravilló”; una en esta historia y otra en Marcos 6:6. Destaca que en un caso se dice que se maravilló de la “fe” y en el otro de la “incredulidad”. El obispo Hall, y Burkitt después de él, observan ambos: “¿Qué puede ser más maravilloso que ver a Cristo maravillarse?”

Esta expresión es una de aquellas que muestran la realidad de la naturaleza humana de nuestro Señor. Fue hecho como uno de nosotros en todas las cosas, exceptuando el pecado. Como hombre creció en sabiduría y estatura. Como hombre tuvo hambre, sed, estuvo cansado, comió, bebió, durmió, lloró, se entristeció, se regocijó, gimió, agonizó, sangró, sufrió y murió. Y también como hombre se maravilló. Pero durante todo ese tiempo era el verdadero Dios eterno, uno con el Padre, y el Salvador del mundo. La unión de las dos naturalezas en una persona es un asunto que sobrepasa nuestro débil entendimiento. Debemos creer y admirar, sin tratar de definir o explicar.

En el caso de Marcos, el maravillarse es evidentemente de tristeza. En el caso que tenemos ante nosotros es un maravillarse de admiración. Burkitt comenta: “Nos enseña a poner nuestra admiración donde Cristo ponía la suya. Que nos produzca mayor emoción la más mínima muestra de gracia en un hombre bueno que las diversiones y el esplendor de un hombre grande”. Debemos recordar que nuestro Señor no se maravilló de los magníficos y

preciosos edificios del Templo judío, sino de la fe.

Lucas 7:11–17

El maravilloso suceso descrito en estos versículos solo es relatado en el Evangelio de S. Lucas. Es uno de los tres grandes ejemplos de vuelta a la vida de una persona por parte de nuestro Señor y, como en la resurrección de Lázaro y de la hija del principal, se considera con razón uno de los mayores milagros que obró sobre la Tierra. En los tres casos vemos que ejerce poder divino. En cada uno de ellos observamos una prueba alentadora de que el Príncipe de Paz es más fuerte que el rey de los terrores y que, aunque la muerte (el último enemigo) es poderosa, no lo es tanto como el Amigo del pecador.

En estos versículos aprendemos *la tristeza que el pecado ha introducido en el mundo*. Se nos habla de un funeral en Naín. Todos los funerales son tristes, pero es difícil imaginar un funeral más triste que el que aquí se describe. Era el funeral de un hombre joven, y aquel hombre joven era el único hijo de su madre, y aquella madre era viuda. En toda la historia no hay nada que no produzca aflicción. Y se debe recordar que toda esta aflicción fue introducida en el mundo por el pecado. Dios no la creó al principio, cuando hizo todas las cosas "buenas en gran manera". El pecado es la causa de todo. "El pecado entró en el mundo" cuando Adán cayó "y por el pecado la muerte" (Romanos 5:12).

Nunca olvidemos esta gran verdad. El mundo que nos rodea está lleno de aflicción. La enfermedad, el dolor, la debilidad, la pobreza, las penas y los problemas abundan por todas partes. De un extremo del mundo al otro, la historia de las familias está llena de lamentos, lágrimas, tristeza y aflicción. ¿Y de dónde procede todo ello? El pecado es la fuente y la raíz a la que todo se remonta. No habría habido lágrimas, ni preocupaciones, ni enfermedades, ni muertes, ni funerales en la Tierra si no hubiera habido pecado. Debemos soportar con paciencia este estado de cosas. No podemos alterarlo. Podemos agradecerle a Dios que tenemos un remedio en el Evangelio y que esta vida no lo es todo. Pero, en el tiempo intermedio, echemos la culpa a quien la tiene. Acusemos al pecado.

¡Cuánto debemos odiar el pecado! En vez de amarlo, aferrarnos a él, coquetear con él, excusarlo y jugar con él, deberíamos odiarlo con un odio mortal. El pecado es el gran asesino, el gran ladrón, la gran peste y plaga de este mundo. No hagamos las paces con él. Declarémosle la guerra sin cuartel. Dios lo aborrece. Bienaventurado

aquel que es de una sola mente con Dios y que puede decir que aborrece lo malo (cf. Romanos 12:9).

En segundo lugar, en estos versículos aprendemos *lo profunda que es la compasión del corazón de nuestro Señor Jesucristo*. Vemos esto maravillosamente manifestado en su comportamiento en este funeral en Naín. Se une a la triste procesión acompañando al joven a su tumba y es movido a compasión al verlo. No espera que se le pida ayuda. Al parecer ni se le pidió ayuda ni se la esperaba. Vio a la mujer llorando y conocía bien cuáles habrían sido sus sentimientos, porque Él mismo había nacido de una mujer. Enseguida se dirigió a ella con palabras tanto sorprendentes como conmovedoras: "Le dijo: No llores". Unos segundos más y el significado de sus palabras quedaría claro. El hijo de la viuda le fue devuelto vivo. Su oscuridad se tornó en luz, y su tristeza en gozo.

Nuestro Señor Jesucristo nunca cambia. "Es el mismo ayer, y hoy y por los siglos" (Hebreos 13:8). Su corazón sigue siendo tan apasionado como cuando estaba sobre la Tierra. Su compasión con los que sufren sigue siendo igual de grande. Tengamos esto en mente y recibamos consuelo de ello. No hay amigo o consolador que pueda compararse con Cristo. En todos nuestros días de oscuridad, cuando las necesidades sean muchas, volvámonos primero a recibir el consuelo de Jesús, el Hijo de Dios. Él nunca nos fallará, nunca nos decepcionará, nunca rehusará interesarse por nuestras preocupaciones. Aquel que hizo que el corazón de la viuda cantara de gozo en la puerta de Naín vive. Vive para recibir a todos los trabajados y cargados, solo con que ellos acudan a Él por medio de la fe. Vive para sanar a los quebrantados de corazón y ser un Amigo "más unido que un hermano". Vive para volver a su pueblo, para que ya no llore más y todas las lágrimas sean secadas de sus ojos.

Por último, en estos versículos aprendemos *el poder omnipotente de nuestro Señor Jesucristo*. No podemos pedir prueba más notable de ello que el milagro que acabamos de considerar. Vuelve a la vida a un hombre muerto con unas pocas palabras. Habla a un frío cadáver e, inmediatamente, este se convierte en una persona viva. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, el corazón, los pulmones, el cerebro y los sentidos reanudan su funcionamiento y vuelven a llevar a cabo su tarea. "Joven —exclamó—, a ti te digo, levántate". Aquella era una voz poderosa en acción. Inmediatamente "se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar".

Observemos en este tremendo milagro una muestra del que será un acontecimiento solemne: la resurrección general. Aquel mismo Jesús que levantó allí a una persona muerta levantará a toda la Humanidad en el día final. "Vendrá hora cuando todos los que estén en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación" (Juan 5:28–29). Cuando suene la trompeta y Cristo lo

ordene, no habrá rechazo ni escapatoria. Todos tendrán que comparecer ante Él con sus cuerpos. Y todos serán juzgados según sus obras.

Observemos, además, en este tremendo milagro, un gran símbolo del poder de Cristo para vivificar a los muertos en sus pecados. En Él hay vida: “A los que quiere da vida” (Juan 5:21). Puede resucitar a una nueva vida a almas que ahora parecen muertas en mundanalidad y pecado. Puede decir a corazones que ahora parecen corruptos y sin vida: Levántate para arrepentimiento y vive para servir a Dios. Nunca desesperemos en cuanto a alma alguna. Oremos por nuestros hijos y no desmayemos. Puede parecer que nuestros jóvenes, de ambos sexos, viajan por el camino de la perdición. Pero sigamos orando. ¿Quién sabe si Aquel que se encontró con el funeral en las puertas de Naín no se encontrará con nuestros hijos inconversos y dirá con su pleno poder: “Joven […] levántate”. Con Cristo, nada es imposible.

Dejemos el pasaje con un solemne recuerdo de aquellas cosas que aún han de suceder en el día final. Leemos que “todos tuvieron miedo” en Naín cuando el joven fue resucitado. ¿Cuáles serán entonces los sentimientos de la Humanidad cuando todos los muertos resuciten a la vez? Bien puede el inconverso temer aquel día. No está preparado para encontrarse con Dios. Pero el verdadero cristiano no tiene nada que temer. Puede dejar el temor a un lado y dormir en paz en su tumba. En Cristo está completo y seguro y, cuando resucite, verá el rostro de Dios en paz.

Notas: Lucas 7:11–17

V. 11: *[Después]*. Puede parecer por esta expresión que el milagro que se relata en estos versículos fue el primer ejemplo de nuestro Señor haciendo volver a la vida a un muerto. La hija de Jairo sería el segundo ejemplo y Lázaro el tercero. Este orden de los tres milagros es discutido por algunos. Pero la evidencia interna a favor de él parece demasiado fuerte como para dejarla de lado. Recordando esto, podemos comprender la sensación que produciría el milagro a todos los judíos que oyeran de él. Ninguna persona había sido resucitada de entre los muertos desde los días de Eliseo: un período de 900 años.

[La ciudad que se llama Naín]. Este lugar no se menciona en ningún otro pasaje de la Biblia. Es una pequeña ciudad en la ladera norte del monte Hermón, del que quedan las ruinas y el nombre en nuestros días. El Sr. Burgon dice que aún se puede distinguir una antigua zona de enterramientos en la parte baja de la colina no lejos de las ruinas.

V. 12: *[Llevaban a enterrar a un difunto]*. Notemos que el lugar de enterramiento estaba fuera de la ciudad. Es curioso observar con qué fuerza insisten casi todos los comentaristas en este punto y consideran inapropiada

la práctica de enterrar a los muertos en los jardines de la iglesia y entre los vivos.

[Había con ella mucha gente]. Esta expresión no se debe pasar por alto. Muestra la publicidad del gran milagro que aquí se relata. Fue obrado ante muchos testigos.

V. 13: *[Cuando el Señor la vio, se compadeció]*. Merece la pena leer citas de Poole acerca de esta expresión: "Nadie movió a nuestro Señor a actuar a favor de la viuda, ni leemos que ella le hablara. Pero las entrañas de nuestro Señor se conmovieron al ver su tristeza y considerar su pérdida. Se observa que nuestro Salvador obró sus milagros de sanidad unas veces por la proposición y deseo de los que serían sanados, otras veces por el deseo de otros a su favor, y otras por su propia actuación libre, sin que ni ellos mismos ni otros solicitaran su misericordia hacia ellos". El leproso fue sanado (cf. Lucas 5:12) en respuesta a su propia petición personal; el siervo del centurión (cf. Lucas 7:1) en respuesta a la oración de su dueño; y el hijo de la viuda fue resucitado sin que nadie intercediera a su favor.

V. 14: *[Féretro]*. La palabra griega así traducida solo se encuentra aquí en el Nuevo Testamento. No habría sido correcto traducirla "ataúd". La práctica de enterrar en ataúdes era, al parecer, desconocida entre los judíos. En el caso que tenemos ante nosotros, el cuerpo del joven yacía probablemente en una especie de diván. En los viajes de Bonar a Palestina describe un funeral que vio y dice que el féretro era como "una enorme cuna".

[A ti te digo: levántate]. Fijémonos detenidamente en la amplia diferencia entre la forma de obrar milagros de nuestro Señor y la forma en que lo hicieron sus profetas y sus Apóstoles. Hay una autoridad y un poder divinos en los milagros que se mencionan en los Evangelios que no vemos en la historia de los demás milagros de la Biblia. Eutimio comenta: "En la antigüedad, el profeta Elías resucitó al hijo de la viuda de Sarepta, pero humillándose ante Dios y suplicándole (cf. 1 Reyes 17:20–21). Así también, el profeta Eliseo resucitó al hijo de la sunamita, mas fue después de haberse tendido sobre su cuerpo (cf. 2 Reyes 4:34–35). Pero Jesús, sólo por el tacto y por una orden, inmediatamente resucitó al muerto".

Burkitt indica: "Los socinianos reconocen que aquí Cristo resucitó a este joven por medio de un poder divino que Dios le había comunicado, pero a la vez niegan que sea en esencia Dios. Pero que prueben, si pueden, que alguna vez un poder divino que es propio de Dios ha sido o puede ser comunicado a una criatura sin la comunicación de la naturaleza divina. Es cierto que vemos a Pedro ordenar a Tabita que se levante (Hechos 9:40), pero vemos que todo lo que él hizo fue por fe en Cristo y por medio de la oración a Cristo. Pero Cristo aquí resucitó al hijo de la viuda sin oración, puramente por su propio poder, lo que demuestra innegablemente que era Dios".

V. 15: *[Comenzó a hablar]*. Este hecho se menciona con el fin de dejar fuera de duda que al joven le fue verdaderamente restaurada la vida. Donde hay habla, tiene que haber vida.

Observemos que no tenemos ninguna mención de algo que dijeran o pensaran aquellos que fueron milagrosamente resucitados de la muerte. Sus experiencias y conocimientos no se nos han revelado, sabiamente.

V. 16: *[Tuvieron miedo]*. Esta expresión y el resto del versículo, así como el versículo siguiente, parecen proporcionar una prueba de peso de que este fue el primer caso en que una persona muerta fue restaurada a la vida por nuestro Señor durante su ministerio en la Tierra.

[Dios ha visitado a su pueblo]. Esta expresión se debe comparar con Lucas 1:68 y Lucas 1:78, y con muchos pasajes del Antiguo Testamento como Rut 1:6; 1 Samuel 2:21; Job 35:15; Jeremías 6:6. Parece hacer referencia a una importante intervención divina, ya sea en forma de misericordia o de juicio, y no necesariamente implica, en este lugar, una visita personal. Que "Dios fue manifestado en carne" cuando Cristo se hizo hombre por nosotros es una verdad innegable de la Escritura. Pero no se puede demostrar que se enseñe en este texto.

V. 17: *[Se extendió la fama...]*. Dice Poole: "Las personas vieron aquí su divino poder ejercido manifiestamente; porque las llaves de las nubes, la matriz y la tumba son esas llaves que sus maestros les habían enseñado que solo estaban en la mano de Dios".

Lucas 7:18–23

El mensaje que Juan el Bautista envió a nuestro Señor, en estos versículos, es especialmente instructivo si consideramos las circunstancias bajo las cuales fue enviado. Juan el Bautista estaba entonces preso en manos de Herodes. Él oyó "en la cárcel, los hechos de Cristo" (Mateo 11:2). Su vida se acercaba a su fin. Sus oportunidades de actividad útil habían acabado. Las únicas perspectivas que tenía ante sí eran un prolongado encarcelamiento o una muerte violenta. Pero, aun en estos días oscuros, vemos a este santo manteniéndose firme como testigo de Cristo. Es el mismo hombre que era cuando exclamó: "He aquí el Cordero de Dios". Testificar de Cristo era lo que hacía continuamente cuando predicaba en libertad. Enviar hombres a Cristo fue una de sus últimas obras como prisionero encadenado.

Señalemos en estos versículos *la sabiduría y previsión que mostró Juan en cuanto a sus discípulos antes de dejar el mundo*. Envió a algunos de ellos a Jesús con un mensaje que era una pregunta: "¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?". Sin duda pensó que ellos recibirían tal respuesta que en sus mentes quedaría una impresión indeleble. Y estaba en lo cierto. Obtuvieron una respuesta con hechos además de con palabras, una respuesta que probablemente produjo un efecto más profundo que cualquier argumento que pudieran haber escuchado de los labios de su maestro.

Podemos imaginar fácilmente que Juan el Bautista debía de sentir mucha ansiedad acerca del futuro de sus discípulos. Conocía su ignorancia y debilidad en la fe. Sabía lo natural que era para ellos mirar con sentimientos de celos y de envidia a los discípulos de Jesús. Sabía lo probable que sería que se introdujera entre ellos el despreciable espíritu partidista y los hiciera alejarse de Cristo cuando su propio maestro hubiera muerto y desaparecido. Actúa para evitar ese infeliz desarrollo de los acontecimientos, en la medida de lo posible, mientras aún vive. Envía a algunos de ellos a Jesús para que puedan ver por sí mismos la clase de maestro que es y no le rechacen sin verle y escucharle. Se preocupa por proporcionarles la más fuerte evidencia de que nuestro Señor era verdaderamente el Mesías. Al igual que su divino Maestro, habiendo amado a sus discípulos, los amó hasta el fin. Y ahora, al percibir que debe dejarlos pronto, se esfuerza por dejarlos en las mejores manos. Hace lo que puede por que conozcan a Cristo.

¡Qué lección tan instructiva tenemos aquí para los ministros, padres y cabezas de familia; para todos, en resumen, los que tienen algo que ver con las almas de los demás! Debemos procurar, como Juan el Bautista, proveer para la futura salud espiritual de aquellos a quienes dejamos detrás cuando morimos. Debemos recordarles a menudo que no siempre podremos estar con ellos. Debemos fomentar con frecuencia el que se cuiden del camino amplio cuando seamos apartados de ellos y queden solos en el mundo. No debemos ahorrarnos molestias por hacer que todos los que de alguna manera nos admiran conozcan a Cristo. ¡Bienaventurados aquellos ministros y padres cuyas conciencias pueden dar testimonio en sus lechos de muerte de haberles dicho a sus oyentes e hijos que vayan a Cristo y le sigan!

Debemos señalar en estos versículos, en segundo lugar, *la peculiar respuesta que recibieron los discípulos de Juan de parte de nuestro Señor*. Se nos dice que “en esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas”. Y entonces, “les dijo: Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído”. No hace una declaración formal de que es el Mesías que iba a venir. Simplemente proporciona a los mensajeros hechos para que los repitan a su maestro y los envía. Él sabía bien cómo emplearía Juan el Bautista aquellos hechos. Les diría a sus discípulos: ¡Fijaos en Aquel que obró esos milagros, el Profeta mayor que Moisés. Este es Aquel a quien debéis escuchar y seguir cuando yo muera. Este es verdaderamente el Cristo!

La respuesta de nuestro Señor a los discípulos de Juan contiene una gran lección práctica que haremos bien en recordar. Nos enseña que la manera correcta de probar el valor de las iglesias y ministros es examinar las obras que hacen para Dios y los frutos que producen. ¿Queremos saber si una iglesia es genuina y digna de confianza? ¿Queremos saber si un ministro es verdaderamente llamado por Dios y

sano en la fe? Debemos aplicar la antigua regla de la Escritura: “Por sus frutos los conoceréis”. Al igual que Cristo sería conocido por sus obras y su doctrina, así deben serlo las verdaderas iglesias de Cristo y los verdaderos ministros de Cristo. Cuando los muertos en pecado no son vivificados, a los ciegos no se les devuelve la vista y a los pobres no se les proclaman “buenas nuevas”, podemos sospechar por lo general que falta la presencia de Cristo. Donde Él está, será visto y oído. Donde Él está, no solo habrá profesión, formas, ceremonias y un despliegue de religión. Habrá una obra visible y real en corazones y vidas.

Debemos señalar en estos versículos, por último, *la solemne advertencia que hizo nuestro Señor a los discípulos de Juan*. Conocía el peligro en el que estaban. Sabía que se cuestionarían su afirmación de ser el Mesías a causa de su humilde apariencia. No veían señales de un rey en Él, ni riquezas, ni apariencia real, ni guardias, ni cortesanos, ni corona. Solo veían a un hombre, a todas luces pobre como cualquiera de ellos, acompañado de un puñado de pescadores y publicanos. ¡Su orgullo se rebelaba ante la idea de que alguien así fuera el Cristo! ¡Parecía increíble! ¡Tenía que haber algún error! Pensamientos como estos, con toda probabilidad, pasaron por sus mentes. Nuestro Señor leyó sus corazones y los despidió con una aguda amonestación: “Bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí”.

Se trata de una advertencia que es tan necesaria ahora como lo era cuando fue hecha. Mientras el mundo perdure, Cristo y su Evangelio serán piedra de tropiezo para muchos. Oír que todos estamos perdidos y que somos pecadores culpables y no podemos salvarnos a nosotros mismos, oír que debemos abandonar nuestra propia justicia y confiar en Aquel que fue crucificado entre dos ladrones, oír que debemos aceptar entrar en el Cielo al lado de publicanos y rameras y que debemos toda nuestra salvación a la libre gracia, esto resulta siempre ofensivo al hombre natural. A nuestros orgullosos corazones no les gusta. Tropezamos en ello.

Que la advertencia de estos versículos penetre profundamente en nuestras memorias. Prestemos atención para que no nos sea de tropiezo. Cuidémonos de no tropezar ni con las doctrinas del Evangelio ni con la santa práctica que impone a aquellos que lo reciben. El orgullo secreto es uno de los peores enemigos del hombre. Demostrará al final haber sido la perdición de miles de almas. Se descubrirá que miles han recibido el ofrecimiento de la salvación pero la han rechazado. No les gustaron los términos. No quisieron rebajarse para “entrar por la puerta estrecha”. No quisieron acercarse humildemente como pecadores al trono de la gracia. En una palabra, les fue de tropiezo. Y entonces aparecerá el profundo sentido de las palabras de nuestro Señor: “Bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí”.

Notas: Lucas 7:18–23

V. 19: *[Y llamó Juan a dos de sus discípulos, y los envió a Jesús]*. La razón por que Juan el Bautista envió este mensaje a nuestro Señor la explican diferentes comentaristas de muy diferentes formas. Aquellos que deseen ver esta cuestión ampliamente controvertida deben leer lo que dicen al respecto Chemnitius y Barradius.

Algunos creen que Juan envió este mensaje en un tiempo en que su fe se tambaleaba. Piensan que, como otros muchos santos de la Biblia, tuvo sus momentos de debilidad y que su encarcelamiento, junto al hecho de que nuestro Señor no hiciera nada para liberarlo, había hecho que comenzara a dudar de que Jesús fuera el Mesías. Esta explicación fue sostenida por Tertuliano, pero no es satisfactoria.

Otros creen que Juan envió su mensaje no por incredulidad, sino por un deseo de obtener información. Se consideraba encaminado a la muerte y en la antesala de la tumba. Deseaba saber si tenía que anunciar en el mundo de ultratumba que el Mesías venía detrás de él. Esta explicación parece tan absurda que no requiere refutación y, si no fuera porque fue la sostenida (según Barradius) por Jerónimo, Gregorio el Grande y Beda, no merecería la pena mencionarla.

La explicación más probable es la que he explicado en la exposición del pasaje. El mensaje de Juan no fue enviado a causa de él, sino de sus discípulos. No fue enviado porque su propia fe se tambaleara, sino porque deseaba que aquellos a los que estaba a punto de dejar atrás creyeran en Jesús como Mesías. Un argumento a favor de esta idea es la gran improbabilidad de que alguien tan sumamente enseñado por Dios como era Juan, y con las cosas tan claras en su testimonio pasado, olvidara su primera fe y dudara de que Jesús fuera el Cristo. Otro, y un argumento mucho más convincente, es el de las grandes palabras de elogio que utiliza nuestro Señor acerca de Juan el Bautista tan pronto como sus mensajeros le dejan. Sus expresiones son tan especialmente fuertes que podemos suponer que tenían el propósito especial de evitar cualquier mancha en el carácter de Juan a causa de su mensaje. Parece como si nuestro Señor quisiera que todos supieran que la fe de Juan nunca falló y que fue el mismo hombre al final de su carrera que al principio.

La idea que he desarrollado es sostenida por Hilario, Agustín, Crisóstomo, Teofilacto y la inmensa mayoría de los mejores comentaristas.

[El que había de venir]. Esta expresión se podría traducir más literalmente “el que venía”. Parece ser una expresión especialmente aplicada al Mesías (Juan 4:25 y 11:27). Chemnitius dice que la palabra en hebreo significa no meramente uno que viene a un lugar, sino alguien que viene a emprender un trabajo y ocupar un puesto.

V. 20: *[Juan el Bautista nos ha enviado]*. Es muy difícil ver por qué nuestros traductores ingleses en este lugar utilizaron la expresión “Juan Bautista” y no “Juan el Bautista”, como en los versículos 28 y 33. No detecto nada en la versión griega que justifique la omisión de la palabra “el”.

V. 21: *[De enfermedades y plagas, y de espíritus malos]*. Se debe advertir

que los espíritus malos son mencionados aquí como una aflicción diferente a cualquier dolencia corporal. El obispo Pearce comenta: “Podemos concluir que S. Lucas (que habla de estas cosas con más exactitud que los otros evangelistas) considera que los espíritus malos son algo diferente de otros desórdenes del cuerpo incluidos en las dos palabras anteriores”.

[Les dio la vista]. Hay algo muy peculiar en las palabras griegas así traducidas que nuestra versión a duras penas transmite. Se podría traducir: “Les concedió el regalo de ver”.

V. 22: *[Los muertos son resucitados]*. Con frecuencia se ha planteado la cuestión de a quiénes se refiere nuestro Señor cuando dice esto. Hasta este momento solo sabemos de una persona vuelta a la vida por Cristo. Esa persona era el hijo de la viuda de Naín.

La respuesta es sencillamente la siguiente: No podemos dar por sentado que ningún muerto fuera resucitado salvo aquellos cuyos casos se describen durante el período del ministerio terrenal de nuestro Señor. No es razonable suponer que todos los milagros de nuestro Señor se relatan en los Evangelios. Sin duda llevó a cabo muchas obras poderosas junto a las descritas en ellos (cf. Juan 21:25). Dice Agustín en su sermón sobre este milagro: “¿Quién sabe a cuántos muertos resucitó el Señor visiblemente? Porque no todas las cosas que hizo están escritas. Juan nos lo dice. Luego sin duda, hubo otros muchos resucitados”.

[A los pobres es anunciado el evangelio]. Que esta fue una señal del tiempo del Mesías parece claro por las palabras de Isaías: “Entonces los humildes crecerán en alegría en Jehová, y aun los más pobres de los hombres se gozarán en el Santo de Israel” (Isaías 29:19). Parece que el desprecio de los pobres como ignorantes y despreciables fue algo muy común en el tiempo del Evangelio (cf. Juan 7:49; 9:34; Santiago 2:24). La preocupación y el profundo interés por las almas de los pobres, como almas que vivirían tanto como las de los ricos, era una característica distintiva del ministerio de nuestro Señor y de los Apóstoles. Siempre es un mal signo del estado de una Iglesia el que pase por alto las carencias espirituales de los más humildes y se haga más fácil el camino al Cielo del rico que el del pobre.

Lucas 7:24–30

El primer punto que requiere nuestra atención en este pasaje es *el tierno cuidado que tiene Jesús de las personas de sus siervos fieles*. Defiende la reputación de Juan el Bautista tan pronto como se marchan sus mensajeros. Ve que las personas que le rodean son propensas a tener en poco a Juan, en parte porque está en prisión y en parte a causa de la pregunta que sus discípulos acaban de hacer. Defiende la causa de su amigo ausente con palabras cálidas y firmes. Ordena a sus

oyentes que olviden sus dudas indignas y sus sospechas acerca de este santo. Les dice que Juan no era alguien inestable y lleno de dudas, un mero junco zarandeado por el viento. Les dice que Juan no era un mero cortesano y parásito alrededor de los palacios del rey, aunque las circunstancias al final de su ministerio le hubieran llevado a relacionarse con el rey Herodes. Les declara que Juan era “más que profeta”, porque era un profeta que había estado incluido en la profecía misma. Y concluye su testimonio con las notables palabras: “Entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista”.

Hay algo profundamente conmovedor en estas palabras de nuestro Señor a favor de su siervo ausente. La posición que Juan ocupaba ahora como prisionero de Herodes era completamente diferente de la que ocupaba al principio de su ministerio. Hubo un tiempo en que fue el predicador más conocido y popular de sus días. Entonces “salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán” (Mateo 3:5). Ahora era un prisionero solitario en manos de Herodes, abandonado, sin amigos y sin perspectiva alguna sino la muerte. Pero la falta de aprobación del hombre no prueba que Dios esté descontento. Juan el Bautista tenía un Amigo que nunca le falló y que nunca le abandonó, un Amigo cuya bondad no menguó ni pasó como la popularidad de Juan, sino que siempre fue la misma. Aquel Amigo era nuestro Señor Jesucristo.

Hay ánimo aquí para todos los creyentes objeto de sospecha y que son calumniados y falsamente acusados. Son pocos los hijos de Dios que no sufren de esta forma en un momento u otro. El acusador de los hermanos sabe bien que su persona es uno de los puntos en los que más fácilmente se puede herir a un cristiano. Sabe bien que las calumnias son fáciles de inventar, se reciben y propagan con voracidad y rara vez son silenciadas por completo. Las mentiras y las falsedades son las armas escogidas por medio de las cuales trabaja para injuriar la utilidad del cristiano y destruir su paz. Pero que todos los que son atacados en sus personas descansen en el pensamiento de que tienen un Abogado en el Cielo que conoce sus problemas. El mismo Jesús que afirmó la persona de su siervo encarcelado ante la multitud judía nunca abandonará a ninguno de los suyos. Puede que el mundo los desapruebe. Puede que sean rechazados por el hombre con maledicencia. Pero Jesús nunca cambia y un día defenderá su causa delante del mundo entero.

El segundo punto que requiere nuestra atención en estos versículos es *la inmensa superioridad de los privilegios disfrutados por los creyentes en el tiempo del Nuevo Testamento, comparados con los del tiempo del Antiguo*. Esta es una lección que parece enseñar la expresión utilizada por nuestro Señor respecto a Juan el Bautista. Después de alabar sus virtudes y sus dones, añade estas importantes palabras: “El más pequeño en el reino de Dios es mayor que él”.

Parece que lo que nuestro Señor pretende al utilizar esta expresión es sencillamente esto. Declara que la luz religiosa del último discípulo que viviera tras su crucifixión y resurrección sería mucho más grande que la de Juan el Bautista, que murió antes de que aquellos tremendos acontecimientos tuvieran lugar. El más débil de los oyentes creyentes de S. Pablo comprendería cosas, a la luz de la muerte de Cristo en la Cruz, que Juan el Bautista nunca podría haber explicado. Grande como era aquel santo en fe y valor, el más humilde cristiano sería, en un sentido, más grande que él. Más grande en gracia y obras ciertamente no podría ser. Pero sin duda sería más grande en privilegios y en conocimiento.

Una expresión como esta debería enseñar a todos los cristianos a ser profundamente agradecidos por el cristianismo. Probablemente tengamos muy poca idea de la enorme diferencia entre el conocimiento religioso del creyente del Antiguo Testamento más instruido y el de alguien familiarizado con el Nuevo Testamento. Poco sabemos cuántas benditas verdades del Evangelio fueron vistas en otro tiempo a través de un cristal oscurecido y ahora nos parecen diáfanas como la luz del día. Nuestra misma familiaridad con el Evangelio nos vuelve ciegos a la extensión de nuestros privilegios. Difícilmente podemos darnos cuenta en este tiempo de cuántas gloriosas verdades de nuestra fe salieron a la luz en sus verdaderas proporciones por la muerte de Cristo en la Cruz y nunca fueron reveladas y comprendidas hasta que su sangre fue derramada. Las esperanzas de Juan el Bautista y de S. Pablo fueron sin duda una y la misma. Ambos fueron guiados por un Espíritu. Ambos conocían su pecaminosidad. Ambos confiaron en el Cordero de Dios. Pero no podemos suponer que Juan podría haber descrito el camino de salvación de forma tan plena como S. Pablo. Ambos miraron al mismo objeto de fe. Pero uno lo vio en lontananza y solo pudo describirlo en general. El otro lo vio al alcance de su mano y pudo describir la razón de su esperanza detalladamente. Aprendamos a ser más agradecidos. El niño que conoce la historia de la Cruz posee una clave para un conocimiento religioso que los patriarcas y los profetas nunca disfrutaron.

El último punto que requiere nuestra atención en estos versículos es *la solemne declaración que se hace acerca del poder del hombre para herir su propia alma*. Leemos que “los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos”. El significado de estas palabras parece ser simplemente que rechazaron el ofrecimiento de salvación por parte de Dios. Rehusaron aprovechar la puerta de arrepentimiento que les había sido ofrecida por medio de la predicación de Juan el Bautista. En resumen, cumplieron hasta la última letra las palabras de Salomón: “Que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis” (Proverbios 1:25).

Que todo hombre posee el poder de perderse para siempre en el

Infierno es una gran verdad fundamental de la Escritura y una verdad que debería estar continuamente en nuestras mentes. Impotentes y débiles como somos todos para todo lo que es bueno, todos somos capaces por naturaleza de aquello que es malo. Por una continua impenitencia e incredulidad, por perseverar en el amor y la práctica del pecado, por el orgullo, la voluntad propia, la pereza y el amor deliberado al mundo, podemos acarrearnos la destrucción eterna. Y, si esto tiene lugar, descubriremos que no podemos acusar a nadie salvo a nosotros mismos. Dios "no [quiere] la muerte del que muere" (Ezequiel 18:32). Cristo desea "juntar" a los hombres debajo de sus alas, si es que quieren ser juntados (cf. Mateo 23:37). El defecto está a la propia puerta del hombre. Aquellos que se pierden descubrirán que han perdido sus almas (cf. Marcos 8:36). ¿Qué estamos haciendo? Esta es la principal pregunta que el pasaje debe traer a nuestras mentes. ¿Estamos más cerca de perdernos o de salvarnos? ¿Estamos en el camino hacia el Cielo o hacia el Infierno? ¿Hemos recibido en nuestros corazones ese Evangelio que escuchamos? ¿O estamos viajando diariamente hacia el hoyo y perdiendo nuestras almas? Es un pensamiento doloroso que los fariseos no son los únicos que "desechan los designios de Dios". Hay miles de personas llamadas cristianas que están continuamente haciendo lo mismo.

Notas: Lucas 7:24–30

V. 24: *[¿Qué salisteis a ver en el desierto?...]*. Hay que advertir que, tanto aquí como en los dos versículos siguientes, la pregunta equivale a una afirmación fuerte y positiva. Es como si nuestro Señor hubiera dicho: "Juan el Bautista no era una caña sacudida por el viento, no era un hombre de vestiduras delicadas, no era un mero profeta". Esa forma de expresión no es poco común en la Biblia. Se ve un ejemplo notable en la famosa pregunta: "¿Qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?". Es equivalente a decir: "No le aprovecha en absoluto".

[Una caña sacudida por el viento]. Chemnitius observa que esta es la misma expresión utilizada por el autor satírico pagano, Luciano, al describir la opinión variable de las sectas filosóficas.

V. 25: *[Tienen vestidura preciosa y viven en deleites]*. La traducción literal de las palabras griegas aquí sería: "Los que tienen vestiduras preciosas y una vida exquisita".

Las palabras traducidas como "viven en deleites" solo se utilizan en otro lugar del Nuevo Testamento (2 Pedro 2:13).

V. 28: *[Entre los nacidos de mujeres]*. Crisóstomo piensa que, con esta expresión, nuestro Señor "se exceptuaba a sí mismo tácitamente. Porque, aunque Él también había nacido de mujer, sin embargo, no era como Juan; porque no era un simple hombre, ni había nacido a la manera del hombre,

sino por una extraña y maravillosa forma de nacimiento". Esta no es una interpretación satisfactoria y parece llevar a peligrosas consecuencias.

[El más pequeño en el reino de Dios es mayor que él]. Hay muchas opiniones diferentes y extrañas entre los comentaristas acerca del significado de estas palabras. Aquellos que deseen examinarlas encontrarán un relato completo de las mismas en la obra de Chemnitius y Barradius.

Algunos piensan que "el más pequeño en el reino de Dios" se refiere al más pequeño de aquellos que reciben el bautismo cristiano y que, como Juan el Bautista nunca había sido bautizado, nunca había sido regenerado por el Espíritu Santo y, por tanto, era inferior a la más humilde de las personas bautizadas por los Apóstoles. Esta es la opinión de Cirilo. Es demasiado absurda como para requerir explicación. Decir que Juan, que fue lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, no había nacido de nuevo del Espíritu es absurdo, y va en contra del sentido común.

Algunos piensan que "el más pequeño en el reino" hace referencia al santo menos importante del Cielo. Esta es la opinión de Jerónimo y de Beda.

Otros piensan que "el más pequeño en el reino" hace referencia al más pequeño de los ángeles. Esta es la opinión de Ambrosio, de Buenaventura y de Tomás de Aquino.

Otros piensan que "el más pequeño en el reino" se refiere a nuestro Señor Jesucristo mismo, quien se humilló a sí mismo y dijo: "Yo soy gusano, y no hombre" (Salmo 22:6). Esta es la opinión de Agustín y de Crisóstomo, y ha sido apoyada por muchos en todas las épocas. Pero parece que es forzar el sentido de esas palabras.

Yo creo que la verdadera interpretación es la que sostengo en mi exposición. Opino que "el más pequeño en el reino de Dios" hace referencia al creyente más pequeño que ha vivido después de la crucifixión y resurrección de Cristo. Creo que el miembro más débil de las iglesias establecidas por S. Pablo tenía un conocimiento más claro de la manera exacta como Dios justificaría a los impíos que Juan el Bautista, o que cualquiera que hubiese vivido antes de la crucifixión. El contraste que está estableciendo nuestro Señor es entre los privilegios de aquellos que vivieron para ver la gran fuente de pecado abierta por el derramamiento de su sangre y aquellos que murieron antes de que su sangre fuera derramada. No somos conscientes de la enorme diferencia en la situación de estas dos clases de personas. No recordamos suficientemente lo muy confusa y débilmente que a veces se han comprendido muchas de las grandes verdades salvadoras antes de que Cristo muriera y el velo fuera rasgado en dos. El camino al "lugar santísimo" aún no se había manifestado cuando Juan el Bautista vivía, y por esa razón Jesús dice que el miembro más pequeño de la Iglesia del Evangelio era "mayor que él". Su gracia y sus dones no eran mayores, pero su conocimiento y sus privilegios, indudablemente, sí lo eran.

V. 29: *[Todo el pueblo [...] cuando lo oyeron]*. Es una cuestión controvertida si este versículo y el siguiente contienen palabras de Cristo o de S. Lucas, si son una continuación de las palabras de nuestro Señor o un apunte del Evangelista. La cuestión es comentada con amplitud por Maldonado.

Los antiguos comentaristas, incluyendo a Ambrosio, Beda, Eutimio y, según Tomás de Aquino, Crisóstomo también, consideran que los dos

versículos son palabras de nuestro Señor. Chemnitius apoya esta opinión.

Lyranus y los comentaristas modernos consideran que estos dos versículos son el comentario inspirado del Evangelista acerca de lo que nuestro Señor acaba de decir.

Quizá la cuestión no sea de gran importancia. A mí no me parece oportuno ni natural considerar los dos versículos como palabras del Señor. Nunca habría pensado en considerarlas otra cosa que palabras de S. Lucas si otros no me hubieran sugerido esta idea.

[Justificaron a Dios, bautizándose]. El significado de esta expresión parece ser que "declararon su fe en que Juan era un profeta enviado por Dios sometiéndose a su bautismo". Burkitt dice: "Aquellos que creen el mensaje que Dios envió y lo obedecen, justifican a Dios. Aquellos que no lo creen ni lo obedecen, acusan y condenan a Dios". Burgon dice: "Reconocieron la justicia, misericordia, verdad y bondad de Dios".

Debemos notar que aquí, como en otros lugares en el Nuevo Testamento, es imposible interpretar la palabra "justificar" en el sentido de "*hacer* justo". El hombre no puede hacer a Dios justo (cf. Salmo 51:4). La palabra significa siempre "declarar, contar o reconocer como justo". Las personas "justificadas" no son personas que son *hechas* justas, sino personas que son *declaradas* y consideradas justas.

V. 30: *[Desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos]*. El significado de esta expresión parece ser que despreciaron, frustraron e inutilizaron la gracia ofrecida del arrepentimiento y la salvación que Dios les había enviado por medio de Juan el Bautista.

La palabra griega traducida como "desecharon" es traducida más frecuentemente como "despreciaron". También sirven las palabras "invalidar, quitarse de encima, quebrantar, frustrar" (cf. Lucas 10:16; Gálatas 3:15; 1 Timoteo 5:12; Gálatas 2:21; 1 Corintios 1:19).

Los "designios" de los que aquí se habla, en modo alguno se pueden interpretar como el consejo eterno de Dios por el que ha decretado salvar a sus elegidos por medio de Cristo. Este consejo prevalecerá. El hombre carece de poder para invalidarlo o frustrarlo. Probablemente se haga referencia aquí al propósito misericordioso de Dios al enviar a Juan a predicar arrepentimiento y esa voluntad benevolente que Dios declara tener hacia toda la Humanidad y que revela en el Evangelio.

Las palabras "respecto de sí mismos" [la versión utilizada por el autor traduce "contra sí mismos", N.T.] podrían igualmente haber sido traducidas "hacia sí mismos". La interpretación al margen es "dentro" de sí mismos, lo que parece menos probable que cualquiera de los otros dos sentidos. El significado general de toda la frase, independientemente de cuál de las tres versiones adoptemos, continúa sin ser alterado.

Lucas 7:31–35

En primer lugar, en estos versículos aprendemos que *los corazones de los inconversos suelen ser tremendamente perversos y malvados*.

Nuestro Señor enseña esta lección con una notable comparación, describiendo la generación de los hombres entre quienes vivió cuando estaba en la Tierra. Los compara con niños. Les dice que los niños, al jugar, no eran más rebeldes, perversos y difíciles de agradar que los judíos de sus días. Nada los satisfacía. Siempre encontraban faltas. Independientemente del ministro que Dios pusiera entre ellos, se ofendían. Independientemente del mensajero que Dios les enviara, no era de su agrado. Primero vino Juan el Bautista con una vida apartada, ascética, abnegada. Inmediatamente, los judíos dijeron: "Demonio tiene". Después de él vino el Hijo del Hombre, que comía, bebía y adoptaba los hábitos de la vida social según la vida habitual de los hombres. Enseguida los judíos le acusaron de ser "un hombre comilón y bebedor de vino". En resumen, parecía evidente que los judíos estaban decididos a no recibir mensaje alguno de Dios. Sus supuestas objeciones solo eran una capa para encubrir su aborrecimiento de la Verdad de Dios. Lo que en realidad les disgustaba era Dios mismo, y no tanto los ministros de Dios.

Quizá leamos este relato con asombro y sorpresa y pensemos que nunca ha habido hombres tan malvados e irrazonables como los judíos. ¿Pero estamos seguros de que su conducta no se repite continuamente entre los cristianos? ¿Somos conscientes de que en la actualidad ocurre continuamente lo mismo a nuestro alrededor? Aunque pueda parecer extraño a primera vista, la generación que ni baila cuando se toca la flauta ni llora cuando es tiempo de lamentos es bastante numerosa en la Iglesia de Cristo.

¿No es un hecho que muchos que se esfuerzan por servir a Cristo con fidelidad y por andar cerca de Dios se encuentran con que sus vecinos y parientes siempre están descontentos con su conducta? No importa lo santas y coherentes que puedan ser sus vidas, ¡siempre se piensa que están equivocados! Si se apartan por completo del mundo y viven, como Juan el Bautista, una vida ascética y retirada, se pone el grito en el Cielo diciendo que son exclusivistas, estrechos de mente, que están amargados y se pasan de justos. Si, por otro lado, se introducen mucho en la sociedad y se esfuerzan en la medida de sus posibilidades en interesarse por las ocupaciones de su prójimo, pronto se dice que no son mejores que los demás y que no tienen una religión más real que aquellos que no hacen profesión alguna. Esta clase de trato es muy común. Son pocos los verdaderos cristianos que no la conocen por amarga experiencia. Los siervos de Dios de todas las épocas, independientemente de lo que hagan, son acusados.

La pura verdad es que el corazón natural del hombre odia a Dios. La mente carnal es enemiga de Dios. Le desagrada su Ley, su Evangelio y su pueblo. Siempre encontrará alguna excusa para no creer y obedecer. ¡La doctrina del arrepentimiento es demasiado estricta! ¡La

doctrina de la fe y la gracia es demasiado fácil! ¡Juan el Bautista se sale demasiado del mundo! ¡Jesucristo entra demasiado en el mundo! Y así, el corazón del hombre se excusa por permanecer en sus pecados. Todo esto no debe sorprendernos. Debemos decidirnos a considerar a las personas inconversas como perversas, irrazonables y difíciles de agradar, como los judíos del tiempo de nuestro Señor. Debemos abandonar la idea vana de tratar de agradar a todos. Es imposible, e intentarlo es una mera pérdida de tiempo. Debemos contentarnos con andar en los pasos de Cristo y dejar que el mundo diga lo que quiera. Hagamos lo que hagamos, nunca lo satisfaremos ni silenciaremos sus comentarios maliciosos. Primero les pareció mal Juan el Bautista y después su bendito Maestro. Y continuarán criticando y les seguirán pareciendo mal los discípulos del Maestro mientras siga quedando alguno sobre la Tierra.

En segundo lugar, en estos versículos aprendemos que *la sabiduría de los caminos de Dios siempre es reconocida por aquellos que son de corazón sabio*.

Esta es una lección que se enseña en una frase de un carácter hasta cierto punto oscuro: “La sabiduría es justificada por todos sus hijos”. Pero parece difícil otorgarle otro significado a estas palabras por medio de una interpretación justa y coherente. La idea que nuestro Señor desea imprimir en nosotros parece ser que, aunque la inmensa mayoría de los judíos estuvieran endurecidos y fueran irrazonables, había algunos que no; y que, aunque las multitudes no vieran sabiduría en el ministerio de Juan el Bautista y en Él mismo, había unos poco escogidos que sí. Aquellos pocos eran “los hijos de la sabiduría”. Aquellos pocos, por medio de sus vidas y de su obediencia, declararon su plena convicción de que los caminos de Dios para tratar con los judíos eran sabios y correctos y que Juan el Bautista y el Señor Jesús eran ambos dignos de todo honor. En resumen, “justificaban” la sabiduría de Dios y así demostraban que eran verdaderamente sabios.

Estas palabras de nuestro Señor acerca de la generación entre quienes vivió describe este estado de cosas que siempre se encontrará en la Iglesia de Cristo. A pesar de las críticas, burlas, objeciones y comentarios desagradables con los que el Evangelio es recibido por la mayoría de la Humanidad, siempre habrá algunos en cada país que asentirán al mismo y lo obedecerán con deleite. Nunca faltará un “pequeño rebaño” que escuche contento la voz del Pastor y considere rectos los caminos del Señor. Quizá los hijos de este mundo se burlen del Evangelio y desprecien la vida de los creyentes. Quizá consideren que su actuación es necia y no vean sabiduría o belleza en sus caminos. Pero Dios se cuidará de que haya un pueblo en cada época. Siempre habrá algunos que afirmen la perfecta excelencia de las doctrinas y requisitos del Evangelio y que “justifiquen” la sabiduría de Aquel que lo envió. Y es a estos, por mucho que el mundo los desprecie, a quienes Jesús llama sabios. Son “sabios para la salvación,

por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15).

Preguntémonos al dejar este pasaje si merecemos ser llamados hijos de la sabiduría. ¿Nos ha enseñado el Espíritu a conocer al Señor Jesucristo? ¿Han sido abiertos los ojos de nuestro entendimiento? ¿Tenemos la sabiduría que procede de lo alto? Si somos verdaderamente sabios, no nos avergoncemos de confesar a nuestro Maestro ante los hombres. Declaremos valientemente que aprobamos todo el Evangelio, todas sus doctrinas y todos sus requisitos. Puede que nos encontremos con que pocos están con nosotros y muchos contra nosotros. Puede que el mundo se ría de nosotros y considere que nuestra sabiduría es locura. Pero esa risa durará un momento. Llegará la hora en que los pocos que han confesado a Cristo y justificado sus caminos delante de los hombres sean confesados y “justificados” por Él delante de su Padre y de los ángeles.

Notas: Lucas 7:31–35

V. 32: *[Semejantes son a los muchachos]*. Debemos advertir que lo que hay que tener en mente es la comparación de la generación entre la que vivió nuestro Señor con los niños, con la rebeldía caprichosa y determinación de no estar contentos que a menudo se observa en algunos de estos. En este sentido tipificaban exactamente a los judíos cuando Juan el Bautista y nuestro Señor les predicaron una y otra vez. Sus dos ministerios fueron muy diferentes uno del otro; pero ninguno de ellos agradó a los judíos.

Otorgar profundos sentidos espirituales a la plaza, al tocar la flauta, al baile, a las endechas y los llantos o similares es, cuando menos, de poco provecho.

[No bailasteis]. La mención del baile no se debe retorcer para utilizarla como excusa para las modernas fiestas de danzas y bailes. El baile de que se habla en la Escritura carece de parecidos con el baile de nuestro tiempo.

V. 34: *[Come y bebe]*. Lo único que se puede decir de esta expresión es que los hábitos de nuestro Señor en cuestiones de comida y bebida eran diferentes de los de Juan el Bautista, ya que era menos ascético y más como los demás.

Comparando este versículo con el anterior y recordando, también, el milagro de nuestro Señor en las bodas de Caná y en la institución de la Mesa del Señor, ciertamente creo que hay una gran probabilidad de que nuestro Señor no se abstuviera del uso del vino. Digo esto con el mayor de los respetos por los amigos de la abstinencia. Pero no me gusta ver una buena causa herida por sus defensores por basarse en algo insostenible.

V. 35: *[La sabiduría es justificada por todos sus hijos]*. Estas palabras son algo oscuras. De todas formas, hay mucha diversidad en las interpretaciones que los comentaristas les dan.

Algunos toman la expresión “hijos de la sabiduría” en un sentido negativo

y consideran que el significado es “aquellos que deberían haber sido o que fueron reconocidos hijos de la sabiduría rechazaron los ofrecimientos de sabiduría, y esta es ahora absuelta y liberada de todo cargo contra ella. La sabiduría divina intentó todo lo necesario para su conversión y salvación y ellos no hicieron caso de ninguno de sus consejos. Es, por tanto, justificada, absuelta y exculpada de toda culpa si ellos se pierden”. Esta es la opinión de Crisóstomo.

Otros toman la palabra “justificada” en el extraño sentido de “condenada” y describen su significado como sigue: “Aquellos que profesaron ser hijos de la sabiduría en realidad han condenado la sabiduría al rechazar sus consejos”. Esta, según Paræus y Chemnitius, es la opinión sostenida por Lutero.

Creo que la interpretación correcta es considerar a “los hijos de la sabiduría”, como los sabios, los elegidos, los creyentes, la gente que es verdaderamente enseñada por Dios. Por medio de ellos, “la sabiduría de los caminos de Dios es siempre justificada, independientemente de lo que a los demás les agrade pensar de ella. Ellos los aprueban, los consienten y los consideran completamente correctos”. Este sentido se encontrará hábilmente defendido en el comentario de Paræus sobre S. Mateo, y bien y brevemente afirmado por Eutimio.

“Hijos de la sabiduría” es un hebraísmo para “aquellos que son sabios”. Así, “hijos de la rebelión” significa los rebeldes (cf. Números 17:10); “hijos de iniquidad”, los inicuos (cf. 2 Samuel 7:10); “hijos de la soberbia”, los soberbios (cf. Job 41:4); “hijos de rebeldía”, los rebeldes (cf. Isaías 57:4). “Hijos de este siglo” e “hijos de luz” son expresiones similares (cf. Lucas 16:8).

Parece innecesario considerar la “sabiduría” del comienzo del versículo en el sentido de la Sabiduría en Persona, Cristo mismo. Es más probable que sea una expresión general relativa a la “sabiduría de los caminos de Dios”.

La palabra “mas” al comienzo del versículo se traduce más comúnmente “y”. Beza y otros muestran, sin embargo, que aquí se debe tomar en el sentido de “y sin embargo” o “mas”, como se traduce en nuestra versión. Alford comenta que “y” debería traducirse así en Mateo 10:29. Debería decir: “Y sin embargo, ni uno […]”.

Lucas 7:36–50

El relato tan profundamente interesante contenido en estos versículos solo se encuentra en el Evangelio de S. Lucas. Para ver toda la belleza de la historia debemos leer, en relación con ella, el capítulo 11 de S. Mateo. Entonces descubriremos el sorprendente hecho de que la mujer cuya conducta se relata aquí, muy probablemente debió su conversión a las conocidísimas palabras: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). Aquella

maravillosa invitación, con toda probabilidad posible humanamente, fue la salvadora de su alma y le otorgó aquel sentimiento de paz por el que la vemos tan agradecida. Un pleno ofrecimiento del libre perdón es generalmente el instrumento escogido por Dios para llevar al mayor de los pecadores al arrepentimiento.

Vemos en este pasaje que *puede que los hombres muestren algún respeto externo hacia Cristo y, sin embargo, sigan sin experimentar la conversión*. El fariseo que tenemos ante nosotros es uno de estos casos: mostró a nuestro Señor Jesucristo más respeto que muchos. Hasta deseaba "que comiese con él". Pero en todo ese tiempo era profundamente ignorante de la naturaleza del Evangelio de Cristo. Su corazón orgulloso se rebelaba secretamente ante la vista de una pobre pecadora contrita a la que se permitía lavar los pies de nuestro Señor. Y hasta la hospitalidad que mostró parece que fue fría y tacaña. Nuestro Señor mismo dice: "No me diste agua para mis pies […]. No me diste beso […]. No ungiste mi cabeza con aceite". En resumen, todo lo que hizo el fariseo era defectuoso. Había habido cortesía externa, pero no había amor de corazón.

Haremos bien en recordar el caso de este fariseo. Es muy posible tener unas formas religiosas aparentes y, sin embargo, no conocer en absoluto el Evangelio de Cristo; tratar el cristianismo con respeto y, sin embargo, estar tremendamente ciego respecto a sus principales doctrinas; comportarse con gran corrección y propiedad en la iglesia y, sin embargo, aborrecer la justificación por fe y la salvación por la gracia con un odio mortal. ¿Realmente sentimos amor hacia el Señor Jesús? ¿Podemos decir: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo"? ¿Hemos abrazado todo su Evangelio con cordialidad? ¿Estamos deseando entrar en el Cielo junto al mayor de los pecadores y poner todas nuestras esperanzas en la libre gracia? Estas son preguntas que debemos considerar. Si no podemos responder satisfactoriamente, no estamos en aspecto alguno mejor que Simón el fariseo; y nuestro Señor podría decirnos: "Una cosa tengo que decirte".

Vemos en este pasaje, en siguiente lugar, *que el amor agradecido es el secreto del mucho obrar para Cristo*. La mujer penitente, en la historia que tenemos ante nosotros, mostró mucha más honra a nuestro Señor que el fariseo. Ella "estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume". No podía dar mayores muestras de reverencia y respeto, y el secreto de que diera estas pruebas era el amor. Amaba a nuestro Señor y pensaba que nada era demasiado para Él. Se sentía profundamente agradecida a nuestro Señor y pensaba que ninguna muestra de gratitud era excesiva para dedicársela a Él.

Lo que se demanda universalmente de todas las iglesias es "hacer" más por Cristo. Es el único punto en el que todos estamos de acuerdo. Todos desean ver entre los cristianos más buenas obras, más

abnegación, más obediencia práctica a los mandamientos de Cristo. ¿Pero qué será lo que produzca estas cosas? Nada, nada sino el amor. Nunca se hará mucho por Cristo si no hay mucho amor de corazón a Cristo mismo. El temor al castigo, el deseo de recompensa, el sentimiento del deber, todos son argumentos útiles, a su manera, para llevar a los hombres a la santidad. Pero son débiles y carecen de poder hasta que el hombre ama a Cristo. Una vez que este profundo principio se ha afirmado en el hombre, verá toda su vida cambiada.

No olvidemos esto nunca. Por mucho que el mundo se mofe de los "sentimientos" religiosos, y por muy falsos y poco saludables que estos sean en ocasiones, la gran verdad sigue siendo que *sentir* es el secreto del hacer. El corazón debe sentirse atraído por Cristo o las manos pronto decaerán. Las emociones deben ser puestas a su servicio o nuestra obediencia pronto se frenará. Siempre será el obrero que ama al Señor quien hará más en su viña.

Por último, vemos en este pasaje que *un sentimiento de que nuestros pecados han sido perdonados es la fuente y el sustento del amor a Cristo*. Esta, sin duda, era la lección que nuestro Señor deseaba que aprendiera Simón el fariseo cuando le contó la historia de los dos deudores. "El uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta". Ninguno de los dos tenía "con qué pagar" y ambos fueron perdonados gratuitamente. Y entonces vino la incisiva pregunta: "¿Cuál de ellos le amará más?". Aquí estaba la verdadera explicación —le dijo nuestro Señor a Simón— del profundo amor que la mujer arrepentida había mostrado hacia Él. Sus muchas lágrimas, su profunda emoción, su reverencia en público, su acción de ungir sus pies, señalaban todos a una causa. Se le había perdonado mucho y, por tanto, amaba mucho. Su amor era el efecto de su perdón, no la causa; la consecuencia de su perdón, no la condición; el resultado de su perdón, no la razón; el fruto de su perdón, no la raíz. ¿Quería saber el fariseo por qué esta mujer mostraba tanto amor? Porque sentía que se le había perdonado mucho. ¿Quería saber por qué él mismo había mostrado a su huésped tan poco amor? Porque no se sentía obligado de ninguna manera, no tenía conciencia de haber obtenido perdón, no tenía sentimiento de deuda hacia Cristo.

Que el importante principio establecido por nuestro Señor en este pasaje more para siempre en nuestras memorias y penetre profundamente en nuestros corazones. Es una de las grandes piedras angulares de todo el Evangelio. Es una de las llaves maestras para abrir los secretos del Reino de Dios. La única forma de conseguir que los hombres sean santos es enseñarles y predicar el perdón libre y pleno por medio de Jesucristo. El secreto de ser santos es saber y sentir que Cristo ha perdonado nuestros pecados. La paz con Dios es la única raíz que dará el fruto de la santidad. El perdón va antes que la santificación. No haremos nada hasta que no seamos reconciliados con Dios. Este es el primer paso en la religión. Debemos trabajar desde la

vida, y no para la vida. Nuestras mejores obras antes de ser justificados son poco más que pecados espléndidos. Debemos vivir por fe en el Hijo de Dios y entonces, y no hasta entonces, andaremos en sus caminos. El corazón que ha experimentado el amor perdonador de Cristo es el corazón que ama a Cristo y se esfuerza por glorificarle.

Dejemos el pasaje siendo profundamente conscientes de la sorprendente misericordia y compasión de nuestro Señor Jesucristo hacia el principal de los pecadores. Veamos en su bondad hacia la mujer, de la que hemos estado leyendo, ánimo a cualquiera, por muy malo que sea, a ir a Él para recibir absolución y perdón. Esa palabra suya nunca será quebrantada: “Al que a mí viene, no le echo fuera”. Nunca, nunca debe perder la esperanza de la salvación alguien que acude a Cristo.

Preguntémonos, en conclusión: ¿Qué estamos haciendo para la gloria de Cristo? ¿Qué clase de vidas estamos viviendo? ¿Qué pruebas estamos dando de nuestro amor a Aquel que nos amó y murió por nuestros pecados? Son preguntas serias. Si no podemos responder a ellas satisfactoriamente, bien podemos dudar de que hayamos sido perdonados. La esperanza de perdón que no va acompañada por amor en su vida no es esperanza en absoluto. Aquel cuyos pecados son verdaderamente limpiados siempre mostrará por sus caminos que ama al Salvador que los limpió.

Notas: Lucas 7:36–50

V. 36: *[Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él]*. No sabemos nada de este fariseo excepto su nombre: Simón. No hay prueba de que fuera el mismo que “Simón el leproso”, mencionado en Marcos 14:3. Con seguridad no era Simón Pedro ni Simón el Zelote.

No se nos dice el lugar en el que tuvieron lugar las circunstancias aquí descritas. Es altamente probable que fuera Naín, donde fue resucitado el hijo de la viuda.

Nuestro Señor acababa de decir que Él era llamado “amigo de publicanos y de pecadores”. S. Lucas procede enseguida a mostrar que lo era de verdad y que no se avergonzaba de ese nombre.

[Habiendo entrado en casa del fariseo]. La conducta de nuestro Señor comiendo a la mesa del fariseo es citada por algunos cristianos en defensa de la práctica de tener intimidad con personas no convertidas y asistir a cenas festivas y a diversiones en sus casas.

Aquellos que utilizan semejante argumento harían bien en recordar el comportamiento de nuestro Señor en esta ocasión. Estaba llevando a cabo “los negocios de su Padre” en la mesa del fariseo. Testificó contra el pecado dominante en el fariseo. Explicó al fariseo la naturaleza del libre perdón pecados y el secreto del verdadero amor a Él. Declaró la naturaleza salvadora de la fe. Si los cristianos que argumentan a favor de la intimidad con

personas no convertidas visitan sus casas con el espíritu de nuestro Señor y hablan y se comportan como lo hizo Él, por favor, dejémosles que continúen con esta práctica. ¿Pero hablan y se comportan en las mesas de sus amistades inconversas como lo hizo Jesús en la mesa de Simón? Esta es una pregunta que harían bien en responder.

Merece la pena leer la nota de Bucero sobre este punto.

[Se sentó a la mesa]. La palabra griega así traducida significa literalmente "se reclinó", según la costumbre del país. Es importante advertir esto para comprender el resto del pasaje.

V. 37: *[Entonces una mujer de la ciudad]*. Las cuestiones de quién era esta mujer y en qué momento del ministerio de nuestro Señor tuvieron lugar las operaciones aquí descritas han ocasionado mucha discusión y motivado opiniones muy variadas entre los comentaristas. En un punto casi todos están de acuerdo: había sido una célebre pecadora contra el séptimo mandamiento.

Los autores católicos romanos Maldonado y Cornelio á Lapide afirman con fuerza que esta mujer era María Magdalena y que la unción aquí relatada es la misma que tuvo lugar en Betania y es descrita por Mateo, Marcos y Juan. Pero estas dos opiniones parecen insostenibles.

No hay la más ligera evidencia en la Escritura de que la mujer "que era pecadora" fuese María Magdalena. Chemnitius dice que no hay autoridad para esta opinión sino la tradición, y que esta tradición comenzó con Gregorio I y no fue apoyada por los primeros padres: Crisóstomo, Orígenes, Ambrosio y Jerónimo. No hay evidencia de que María Magdalena fuera la hermana de Marta y de Lázaro y viviera en Betania. Sobre todo, no hay la más mínima prueba en la Escritura de que María Magdalena hubiera sido una mujer "que era pecadora" contra el séptimo mandamiento.

Por otro lado, hay una gran evidencia interna de que el suceso aquí mencionado por S. Lucas aconteció en un momento y en un lugar completamente diferentes del relatado por Mateo, Marcos y Juan. A pesar de que Lucas no siempre describe los acontecimientos en un orden cronológico regular, parece excesivo suponer que sacara completamente de su lugar un suceso que todos los demás evangelistas colocan al final de la vida terrenal de nuestro Señor, trasladándolo a este primer período de su ministerio. Más aún, parece muy improbable que las expresiones que menciona S. Lucas en este pasaje fueran utilizadas al final del ministerio de nuestro Señor y en casa de sus amigos de Betania. La pregunta "¿quién es éste, que también perdona pecados?" suena como algo que se plantearía en un período comparativamente temprano de su ministerio, y no algo que los hombres preguntarían al final de los tres años y justo antes de su muerte.

Yo creo que la verdadera explicación es que los sucesos aquí relatados por S. Lucas son completamente diferentes de los relatados por Mateo, Marcos y Juan, y que la mujer aquí mencionada es alguien cuyo nombre, por razones sabias y bondadosas, se oculta a la Iglesia. Esta es la opinión de la gran mayoría de comentaristas protestantes.

Es curioso el hecho de que John Bunyan, en su famoso sermón titulado "la pecadora de Jerusalén salvada", afirme la extraña idea de que la mujer aquí descrita por S. Lucas era María la hermana de Marta, aunque confiesa que sacó la pintoresca historia de un libro que había leído veinticuatro años antes.

Parece que, por una vez, el buen hombre cometió un error.

[Era pecadora]. Se suele hacer la observación de que las palabras griegas así traducidas significan "que solía ser, en el pasado, pecadora". Confieso que tengo mis dudas de que la palabra griega para "era" conlleve un sentido tan fuerte. No sabemos hasta cuándo había estado viviendo en pecado aquella mujer, pero es altamente probable que casi hasta el mismo día en que tuvieron lugar los acontecimientos aquí relatados. En resumen, "era" aun entonces, según lo que se oía, pecadora. Pero es evidente que se había arrepentido de su pecado y ya estaba avergonzada del mismo como consecuencia de la enseñanza y predicación de nuestro Señor Jesucristo. Si esto no era así, no tendría sentido el hecho de que "al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo", trajera su frasco de alabastro con perfume y le ungiera. En resumen, independientemente de lo reciente que fuera su conversión, fue a la casa del fariseo arrepentida y con fe.

[Estaba a la mesa]. La palabra griega que aparece aquí es diferente de la del versículo anterior: significa literalmente "echado a la mesa".

V. 38: *[Estando detrás de él a sus pies]*. Para comprender esto debemos recordar que, en el país donde nuestro Señor Jesús ministró, la gente no se sentaba a la mesa como lo hacen en los tiempos modernos, sino que se reclinaban o se tumbaban todo lo largos que eran en divanes, con los pies estirados hacia atrás. Por tanto, sería fácil para esta mujer hacer lo que hizo con los pies de nuestro Señor.

Además de esto, debemos recordar que las casas en climas cálidos, como en el que vivió nuestro Señor, eran muy diferentes de las nuestras. Era corriente tener grandes aberturas que descendían al suelo y casi vivir, por así decirlo, bajo una terraza para estar frescos. Esto otorgaba necesariamente gran publicidad a la fiesta y justifica la facilidad con que esta mujer parece haber entrado en el lugar donde estaba nuestro Señor.

[Los ungía]. En los países orientales se utilizaban los ungüentos y aceites hasta un punto que nos resulta difícil de entender. El excesivo calor del clima lo hacía casi necesario para preservar la piel de agrietarse (cf. Salmo 55:15)

V. 39: *[Este]*. Probablemente haya algo de desprecio y desdén en esta expresión: "Este tipo es como nosotros" (como en Hechos 18:13).

[Conocería]. Burgon comenta: "El discernimiento de espíritus se consideraba la señal de un verdadero profeta; y ese conocimiento era reconocido como la marca misma del Mesías, como muestran la confesión de Natanael y de la mujer de Samaria". El Mesías sería de rápido entendimiento. [Según la versión utilizada por el autor, N.E.]. (Cf. Isaías 11:3–4; Juan 1:49 y 4:29).

V. 40: *[Respondiendo Jesús, le dijo]*. Esta expresión muestra el conocimiento divino de los corazones y los pensamientos que poseía nuestro Señor. Él enseñó a Simón que no solo conocía quién era la mujer que estaba detrás de Él, sino que también sabía qué pasaba por la mente de Simón. Era un "profeta", y en el más amplio de los sentidos.

V. 42: *[Perdonó a ambos]*. Observemos que la deuda no fue perdonada

porque los deudores amaran a su acreedor, sino por pura gracia, misericordia y compasión. Y el amor de los deudores fue la consecuencia de que sus deudas fueran perdonadas. Una buena interpretación de esto es la clave de todo el pasaje.

V. 47: *[Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho]*. Explicar estas palabras diciendo que los pecados de la mujer fueron perdonados *como consecuencia* de que amó mucho es contradecir de plano todas las lecciones de los seis versículos anteriores. "Porque" se debe entender como "por lo cual" y, según Pearce y Hammond, se puede entender así. El sentido de las palabras de nuestro Señor tienen que ser evidentemente: "Su amor es una prueba de su perdón. Ella es una persona a quien se le han perdonado muchos pecados. La prueba de esto es que muestra mucho amor, y la lección de mi parábola, según tu propia confesión, es la siguiente: que el mucho perdón produce mucho amor". Hasta Stella, el comentarista español, católico romano como es, admite que este es el verdadero sentido del pasaje.

Lightfoot comenta que nuestro Señor no dice: "Ella ha lavado mis pies y los ha ungido, y por tanto sus pecados le son perdonados", sino "por lo cual te digo" o "por esta causa yo *declaro* que sus pecados le son perdonados": sus pecados le habían sido perdonados antes, pero ahora, después de este amor que ella muestra, yo públicamente declaro su perdón.

V. 48: *[Tus pecados te son perdonados]*. Por supuesto, no debemos suponer que estas palabras significan que los pecados de la mujer no habían sido perdonados la primera vez. Por otra parte, esa interpretación echaría por tierra toda la doctrina de la historia de los dos deudores. La mujer había sido verdaderamente perdonada *antes* de que fuera a Cristo. Pero ahora recibe una declaración pública y con autoridad de ello ante muchos testigos, como una recompensa de su abierta expresión de amor y gratitud. Antes, ella tenía esperanza por medio de la gracia. Ahora, recibe la seguridad de la esperanza.

V. 49: *[¿Quién es este, que también perdona pecados?]*. Una vez más debemos advertir que esta expresión contiene palabras que de manera natural utilizarían personas que fueran extrañas a nuestro Señor y que le oyeran y vieran por primera vez. Es extremadamente improbable que una expresión así fuera utilizada en Betania unos días antes de su crucifixión en compañía de María, Marta y Lázaro.

V. 50: *[Tu fe te ha salvado]*. Se debe observar que no dice: "tu amor te ha salvado". Aquí, como en cualquier otro lugar del Nuevo Testamento, la fe se coloca delante como la clave de la salvación. Por la fe, la mujer recibió la invitación de nuestro Señor: "Venid a mí [...] y yo os haré descansar". Por la fe, ella aceptó aquella invitación y, al hacerlo, repudió los pecados a los que se había dedicado durante tanto tiempo y que habían sido una pesada carga. Por la fe, se atrevió a ir a casa del fariseo y a confesar, por su conducta, que había encontrado descanso en Cristo. Su fe obró por el amor y dio un fruto precioso. Pero no fue el amor, sino la *fe*, lo que salvó su alma.

[Ve en paz]. Esta frase era una despedida común entre los judíos, como nuestro "adiós" o "que Dios te acompañe". Pool cree que nuestro Señor se refería especialmente a aquella "paz" que es el fruto de la fe descrito en

Romanos 5:1. Parafrasea la expresión así: “Sigue tu camino, bendita y feliz mujer, y a la vista de la bendición experimentada, no te preocupes de las censuras y las ideas de las personas arrogantes que te desprecien y te juzguen porque hayas sido una gran pecadora”.

Lucas 8:1–3

Señalemos en estos versículos *la incansable diligencia de nuestro Señor Jesucristo en hacer el bien*. Leemos que “iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios”. Conocemos la recepción que encontró en muchos lugares. Sabemos que, aunque algunos creyeron, muchos no. Pero la incredulidad del hombre no movió a nuestro Señor ni estorbó su obra. Siempre estaba “en los negocios de [su] padre”. Aunque su ministerio terrenal fue pequeño en duración, resultó ser grande considerando la obra que abarcó.

Que la diligencia de Cristo sea un ejemplo para todos los cristianos. Sigamos en sus pasos, por muy lejos que estemos de su perfección. Como Él, trabajemos por hacer el bien en nuestros días y en nuestra generación y dejemos el mundo mejor de lo que lo encontramos. Por algo la Escritura dice expresamente: “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:6).

Sin duda el tiempo es breve. Pero se puede hacer mucho con el tiempo si se economiza bien y se organiza adecuadamente. Pocos tienen idea de lo mucho que se puede hacer en doce horas cuando uno es fiel a su trabajo y evita la holgazanería y la frivolidad. Como nuestro Señor, seamos diligentes y redimamos el tiempo.

Sin duda el tiempo es breve. Pero es la única etapa en la que los cristianos pueden dedicarse a obras de misericordia. En el mundo venidero no habrá ignorantes a quienes instruir, ni tristes a quienes consolar, ni tinieblas espirituales que disipar, ni angustias de las que liberar, ni dolor que mitigar. Toda las obras de este tipo debemos hacerlas a este lado de la tumba. Despertemos nuestro sentimiento de responsabilidad personal. Las almas perecen y el tiempo vuela. Decidamos, por la gracia de Dios, hacer algo para la gloria de Dios antes de morir. Una vez más, recordemos el ejemplo de nuestro Señor y, como Él, seamos diligentes y redimamos el tiempo.

En segundo lugar, señalemos en estos versículos *el poder de la gracia de Dios y la fuerte influencia del amor de Cristo*. Leemos que entre aquellos que siguieron a nuestro Señor en sus viajes estaban “algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de

enfermedades”.

Bien podemos imaginarnos que las dificultades a las que tenían que enfrentarse aquellas santas mujeres al convertirse en discípulas de Cristo no eran ni pocas ni pequeñas. Participaban plenamente del desprecio y la burla de que eran objeto todos los seguidores de Jesús por parte de los escribas y fariseos. Tenían, además, muchas aflicciones procedentes de las duras palabras y el duro trato que con toda probabilidad tendría que soportar cualquier mujer judía que pensara por sí misma en cuestiones religiosas. Pero ninguna de estas cosas las apartaba. Agradecidas por las misericordias recibidas de manos de nuestro Señor, estaban dispuestas a soportar mucho por Él. Fortalecidas interiormente por el poder renovador del Espíritu Santo, fueron capacitadas para aferrarse a Jesús y no darse por vencidos. ¡Y con nobleza se aferraron a Él hasta el fin! *No* fue una mujer quien vendió al Señor por treinta monedas de plata. *No* fueron mujeres quienes abandonaron al Señor en el huerto y huyeron. *No* fue una mujer quien le negó tres veces en casa del sumo sacerdote. Pero *fueron* mujeres quienes lloraron y se lamentaron cuando Jesús era llevado a ser crucificado. *Fueron* mujeres las que se quedaron hasta el final al pie de la Cruz. Y *fueron* mujeres las primeras en visitar la tumba donde había yacido el Señor. ¡Grande en verdad es el poder de la gracia de Dios!

Que el recuerdo de estas mujeres incite a tomar la Cruz y seguir a Cristo a todas las hijas de Adán que leen acerca de ellas. Que ningún sentimiento de debilidad o temor a sucumbir las retraiga de una decidida profesión religiosa. La madre de una gran familia con recursos limitados puede decirnos que no tiene tiempo para la religión. La esposa de un marido impío puede decirnos que no se atreve a tener algo que ver con la religión. La joven de padres mundanos puede decirnos que es imposible para ella tener una religión. La criada en su entorno de personas inconversas puede decirnos que, donde ella está, uno no puede practicar la religión. Pero están todas equivocadas, muy equivocadas. Con Cristo, nada es imposible. Deben reflexionar y cambiar de mentalidad. Deben comenzar con valor y con la fuerza de Cristo y confiar a Él las consecuencias. El Señor Jesús nunca cambia. Aquel que capacitó a “muchas mujeres” para servirle fielmente mientras estaba en la Tierra puede capacitar a mujeres para servirle, glorificarle y ser discípulas suyas en el presente.

Señalemos, por último, en estos versículos, *el privilegio especial que nuestro Señor concede a sus seguidores fieles*. Leemos que aquellos que le acompañaban en sus viajes “le servían de sus bienes”. Por supuesto, no necesitaba su ayuda: “Mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados” (Salmo 50:10). Aquel poderoso Salvador que podía multiplicar unos cuantos panes y peces para alimentar a miles podría haber obtenido alimento de la tierra para su propia manutención si lo hubiera considerado oportuno. Pero no lo

hizo por dos razones: la primera, que deseaba mostrarnos que era un hombre como nosotros en todas las cosas, a excepción del pecado solamente; y que vivía la vida de fe en la providencia de su Padre. La otra razón era que, al permitir que sus seguidores le ministraran, podía comprobar su amor y su estima hacia Él. El verdadero amor considera un placer darlo todo por el que es objeto del mismo. El falso amor suele hablar y profesar muchas cosas, pero no hace ni da nada en absoluto.

Esta cuestión de "ministrar a Cristo" introduce una línea de pensamiento muy importante y que haremos bien en considerar. El Señor Jesucristo está probando continuamente a su Iglesia en la actualidad. Sin duda sería fácil para Él convertir a los chinos e hindúes en un momento y llamar a la gracia con una palabra, como creó la luz el primer día de la existencia de este mundo. Pero no lo hace así. Le agrada trabajar con medios. Condesciende a utilizar el instrumento de los misioneros y la locura de la predicación de un hombre para extender su Evangelio. Y, al hacerlo así, está continuamente probando la fe y el celo de las iglesias. Deja que los cristianos sean colaboradores suyos para poder demostrar quién tiene una voluntad de "ministrar" y quién carece de ella. Permite que la extensión del Evangelio sea llevada a cabo por medio de suscripciones, contribuciones y sociedades religiosas para poder comprobar quiénes son los codiciosos y los incrédulos y quiénes los verdaderamente "ricos para con Dios" (Lucas 12:21). En resumen, la Iglesia visible de Cristo se puede dividir en dos grandes sectores: aquellos que "ministran" a Cristo y aquellos que no.

¡Que todos recordemos esta gran verdad y nos probemos a nosotros mismos! Mientras vivimos estamos a prueba. Nuestras vidas están mostrando continuamente quiénes somos y a quién servimos, si amamos a Cristo o si amamos al mundo. ¡Felices aquellos que han gustado algo de lo que es servir a Cristo "de sus bienes"! Podemos hacerlo aunque no le veamos con nuestros ojos. Las palabras que describen el proceso del día del Juicio son muy solemnes: "Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber" (Mateo 25:42).

Notas: Lucas 8:1–3

V. 1: *[Iba por todas las ciudades]*. La palabra así traducida solo se utiliza en otro lugar del Nuevo Testamento (Hechos 17:1). Allí se traduce "pasando". La idea es la de alguien que pasa por un lugar o país durante un viaje.

V. 2: *[María, que se llamaba Magdalena]*. El origen de este nombre es explicado de diferentes maneras por los comentaristas. Unos creen que era llamada así por una palabra hebrea que significa "trenzadora de pelo". Otros

que la llamaban así por la ciudad de “Magdala”, en Galilea. La autoridad del Talmud favorece la primera explicación, pero la segunda parece más probable. Se comenta ampliamente esta cuestión en la *Horæ Hebraicæ* de Lightfoot acerca de Mateo 27:50.

No hay autoridad escrituraria para la opinión generalizada de que María Magdalena fue una conocida pecadora contra el séptimo mandamiento. Está claro que había sufrido una extraordinaria posesión demoníaca, por lo que dice en este versículo y en Marcos 16:9, especificándose el número de “siete demonios” en ambos lugares con especial hincapié. Pero no hay ni un ápice de evidencia satisfactoria de que fuera una ramera. Chemnitius considera que Gregorio el Grande fue el autor de esta opinión generalizada acerca de María Magdalena.

V. 3: *[Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes]*. Esta persona solo es mencionada aquí en el Nuevo Testamento y no sabemos nada más de ella. Su caso nos recuerda al de Abdías, de la casa de Acab, y a “los santos de la casa de Nerón”. También nos enseña que no todos los seguidores de nuestro Señor eran pobres. Fueron llamados algunos ricos, aunque no muchos. Además, arroja luz sobre la ansiedad de Herodes por ver a nuestro Señor cuando Pilato lo envió a él. Probablemente había oído hablar de Él por medio de la familia de su intendente. También indica la grata idea de que el encarcelamiento de Juan el Bautista fue causa de la conversión de algunos de los que servían a Herodes. ¿Quién sabe si Juana oyó acerca de nuestro Señor Jesucristo a través de Juan el Bautista?

[Chuza intendente de Herodes]. La palabra traducida “intendente” solo se encuentra aquí y en otros dos lugares: Mateo 20:8 y Gálatas 4:2. En este último se traduce como “tutores”. No podemos pronunciarnos con seguridad acerca de si Chuza fue tesorero de Herodes o solo cabeza de su casa. En cualquier caso era una persona que ostentaba un cargo alto y de responsabilidad.

[Susana]. Este es el único lugar en el que encontramos una mención de esta mujer. No sabemos nada de su pasado ni de su historia posterior.

[Otras muchas]. No sabemos quiénes eran. Probablemente los nombres de la mayoría de ellas estén en el libro de la vida y “el día [los] declarará”.

[Le servían de sus bienes]. Maldonado, comentando esta expresión, cita un pasaje de Jerónimo que arroja alguna luz sobre ella. Dice: “Era una costumbre judía, y desde la antigüedad se consideraba una costumbre irreprochable, que las mujeres proporcionaran a sus instructores alimento y ropa para su sostenimiento”.

Hammond, comentando esto, piensa que Febe, mencionada por S. Pablo al escribir a los romanos (cf. Romanos 16:1) era una mujer que había viajado con los Apóstoles y atendiendo a sus necesidades.

Lucas 8:4–15

La parábola del sembrador, contenida en estos versículos, es la mencionada más frecuentemente de todas las parábolas de la Biblia. Se trata de una parábola de aplicación universal. Las cosas que relata suceden continuamente en cada congregación en la que se predica el Evangelio. Las cuatro clases de corazones que describe se encuentran en toda asamblea que escucha la Palabra. Estas circunstancias deberían hacernos leer siempre la parábola siendo profundamente conscientes de su importancia. Deberíamos decirnos cuando la leemos: “Esto me concierne. Mi corazón ha de verse en esta parábola. Yo también estoy aquí”.

El pasaje en sí necesita poca explicación. En realidad, el significado de todo el cuadro es explicado tan claramente por nuestro Señor Jesucristo, que ninguna exposición del hombre puede arrojar demasiada luz adicional sobre él. La parábola es sobre todo de advertencia, y es un aviso acerca de un asunto muy importante: la forma de escuchar la Palabra de Dios. Tenía el propósito de servir de advertencia a los Apóstoles para que no esperaran demasiado de sus oyentes. Tenía el propósito de servir de advertencia a todos los ministros del Evangelio para que no esperen resultados demasiado grandes de sus sermones. Tenía el propósito, no menor, de servir de advertencia a los oyentes para que presten atención a cómo oyen. La predicación es un mandato cuyo valor nunca será sobrestimado en la Iglesia de Cristo. Pero nunca se debe olvidar que no solo debe haber buena predicación, sino también buena audición.

La primera advertencia que tenemos en la parábola del sembrador es *la de tener cuidado del diablo cuando oímos la Palabra*. Nuestro Señor nos dice que los corazones de algunos oyentes son como “junto al camino”. La semilla del Evangelio es arrancada de ellos por el diablo casi tan pronto como es sembrada. No penetra profundamente en sus conciencias. No causa la más mínima impresión en sus mentes.

El diablo, sin duda, está en todas partes. Ese espíritu malicioso es incansable en sus esfuerzos por hacernos daño. Siempre está velando para ver si titubeamos y buscando ocasión para destruir nuestras almas. Pero quizá en ningún lugar esté el diablo tan activo como en una congregación de oyentes del Evangelio. En ningún lugar trabaja tan duro para frenar el progreso de lo que es bueno y para evitar que los hombres y las mujeres sean salvos. De él proceden las distracciones de los pensamientos y la imaginación errante, la apatía y el embotamiento de la memoria, la somnolencia y los nervios, el aburrimiento y la falta atención. En todas estas cosas, Satanás participa enormemente. Las personas se preguntan de dónde vienen y se sorprenden de encontrar los sermones tan aburridos y recordarlos tan poco. Olvidan la parábola del sembrador. Olvidan al diablo.

Tengamos cuidado de no ser oidores de los de “junto al camino”. Vigilemos al diablo. Siempre lo encontraremos en la Iglesia. Nunca se aleja de las ordenanzas públicas. Recordemos esto y estemos en guardia. El calor, el frío, las corrientes, la humedad, la lluvia, la nieve les resultan desagradables a los que asisten a la iglesia y se ponen como excusa para no asistir. Pero hay un enemigo al que deberían temer más que a todas estas cosas juntas. Ese enemigo es Satanás.

La segunda advertencia que tenemos en la parábola del sembrador es *la de tener cuidado de no descansar en meras impresiones transitorias cuando hemos escuchado la Palabra*. Nuestro Señor nos dice que los corazones de algunos oyentes son como terreno pedregoso. La semilla de la Palabra germina inmediatamente tan pronto como la escuchan, y produce una cosecha de impresiones gozosas y emociones agradables. Pero estas impresiones, por desgracia, están solo en la superficie. No hay profundidad ni obra permanente en sus almas. Y por eso, tan pronto como comienza a sentirse el calor abrasador de la tentación o de la persecución, el poco de religión que parecían haber alcanzado se marchita y se desvanece.

Los sentimientos, sin duda, tienen una función importante en nuestro cristianismo personal. Sin ellos no puede haber religión salvadora. La esperanza, el gozo, la paz, la confianza, la resignación, el amor y el temor son cosas que se deben sentir si verdaderamente existen. Pero nunca se debe olvidar que hay emociones religiosas que son espurias y falsas, y que solo surgen de la emoción animal. Es muy posible sentir un gran placer o una profunda alarma al oír la predicación del Evangelio y, sin embargo, estar destituidos de la gracia de Dios. Las lágrimas de algunos oyentes de sermones y el extravagante deleite de otros no son marcas seguras de la conversión. Podemos ser cálidos admiradores de nuestros predicadores favoritos y, sin embargo, no ser nada más que oyentes de terreno pedregoso. Nada debe contentarnos que no sea una profunda obra del Espíritu Santo que nos haga más humildes y una unión de corazón a Cristo.

La tercera advertencia contenida en la parábola del sembrador es *la de tener cuidado de no conformarse con una religión que no da fruto en nuestras vidas*. Nuestro Señor nos dice que los corazones de aquellos que escuchan la palabra correctamente son como buena tierra. La semilla del Evangelio penetra profundamente en sus voluntades y produce resultados prácticos en su fe y conducta. No solo escuchan con placer, sino que actúan con decisión. Se arrepienten. Creen. Obedecen.

Sobre todo, tengamos en cuenta que esta es la única religión que salva almas. La profesión externa de cristianismo y la participación formal en las ordenanzas y sacramentos de la Iglesia nunca proporcionan al hombre una verdadera esperanza durante la vida, ni paz en el momento de la muerte, ni descanso en el mundo de ultratumba. Deben darse los frutos del Espíritu en nuestros corazones

y en nuestras vidas, o el Evangelio nos habrá sido predicado en vano. Solo aquellos que lleven fruto se encontrarán a la diestra de Cristo en el día de su Venida.

Dejemos la parábola siendo profundamente conscientes del peligro y la responsabilidad de todos los que oyen el Evangelio. Hay cuatro formas de oír, y de esas cuatro solo una es correcta. Hay tres clases de oyentes cuyas almas están en peligro inminente. ¡Cuántas personas de estas tres clases se encuentran en cada congregación! Solo hay una clase de oyentes que es correcta a los ojos de Dios. ¿Y dónde estamos nosotros? ¿Pertenecemos a esta clase?

Por último, dejemos la parábola con un solemne recuerdo del deber de cada predicador fiel de diferenciar en su congregación y de darle a cada clase lo que le corresponde. Sin duda, el ministro que sube al púlpito cada domingo y se dirige a su congregación como si pensara que todos van a ir al Cielo no está cumpliendo con su obligación hacia Dios y hacia el hombre. Su predicación es totalmente contradictoria con la parábola del sembrador.

Notas: Lucas 8:4–15

V. 4: *[Juntándose una gran multitud]*. Notemos en esta expresión una fuerte evidencia indirecta de la fidelidad y honradez de nuestro Señor como maestro público. Tan lejos estaba de los hombres lisonjeros y de suavizar lo que decía para procurar popularidad que relata una de sus parábolas que más apelan a la conciencia y producen remordimientos cuando mayor era la multitud de oyentes.

Los ministros fieles siempre deben denunciar el pecado con la mayor claridad cuando sus iglesias están más llenas y sus congregaciones son mas numerosas. Entonces es el momento de clamar a voz en cuello sin parar y de mostrar a la gente sus pecados. Para algunos ministros es una trampa el adular a las congregaciones enteras y reprender a las pequeñas. Ese trato es muy diferente del de nuestro Señor.

V. 5: *[El sembrador salió a sembrar]*. Es altamente probable que, en esta parábola, nuestro Señor describiera algo que estaba pasando ante sus ojos. Debemos recordar que muchas de sus parábolas eran contadas al aire libre y las imágenes, en muchos casos, eran tomadas de lo que veía; de ahí que sus lecciones fueran visualizadas además de oídas.

V. 6: *[Sobre la piedra]*. El terreno rocoso de muchas partes de Palestina hace que las circunstancias aquí mencionadas sean mucho más verosímiles de lo que nos parece a los que vivimos en un país como Inglaterra.

V. 7: *[Entre espinos]*. No podemos determinar la naturaleza exacta de la planta o de la mala hierba denominada aquí “espinos”. Es la misma palabra que se utiliza para describir la “corona de espinas” trenzada por los soldados en el día de la crucifixión y colocada en la cabeza de nuestro Señor para

mofarse de Él. Se ha puesto en duda que aquellos espinos fueran las punzantes espinas o zarzas silvestres con las que todos estamos familiarizados, y continúa siendo una cuestión no resuelta.

La descripción del crecimiento de los "espinos" aquí mencionada nos conduciría más bien a suponer que se trataba de alguna planta o mala hierba que crecía en la tierra junto a la semilla de trigo.

V. 8: *[El que tiene oídos para oír, oiga]*. Señalemos que esta expresión es mencionada insistentemente por los tres Evangelistas —Mateo, Marcos y Lucas— en su relato de esta parábola. Parece indicar la especial importancia de la misma.

V. 10: *[Que viendo no vean]*. La expresión utilizada en este versículo es evidentemente una cita de las palabras en Isaías 6:9. Merece la pena observar que difícilmente un pasaje del Antiguo Testamento es tan frecuentemente citado en el Nuevo Testamento como este. Se encuentra seis veces (en Mateo 13:14–15; Marcos 4:2; Juan 12:40; Hechos 28:26; Romanos 11:8 y en este lugar). En todas las ocasiones se aplica a la misma cuestión: el endurecimiento y la incredulidad de la mente de los judíos.

V. 11: *[La semilla es la palabra de Dios]*. Observemos aquí que la palabra "es" quiere decir "significa" o "representa", según la manera de hablar hebrea. Es importante recordar esto, porque arroja luz sobre las conocidas palabras utilizadas por nuestro Señor al establecer la Mesa del Señor: "Esto es mi cuerpo. […] Esta es mi sangre" (cf. Mateo 26:26–28).

V. 12: *[Luego viene el diablo]*. Esta es una de aquellas expresiones que recalca fuertemente la existencia, personalidad y mediación del diablo. Hay un instrumento vivo activo, diferente del hombre, operando poderosamente en el corazón de este con el fin de dañarle.

V. 13: *[Se apartan]*. La palabra así traducida es, en el idioma griego, la raíz de nuestra conocida palabra "apostasía".

V. 14: *[Yéndose]*. El significado de esta expresión ha sido explicado de diversas maneras. Algunos creen que significa simplemente "yéndose de oír la palabra". Otros creen que significa "al pasar por la vida, en el transcurso de su vida" y lo comparan con Lucas 1:6, donde se dice de Zacarías y Elisabet que "andaban irreprensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor". La palabra griega es la misma que se utiliza aquí.

[No llevan fruto (su fruto no madura, LBLA*)]*. Esta expresión, en griego, es una sola palabra que no se encuentra en ningún otro lugar del Nuevo Testamento.

V. 15: *[Corazón bueno y recto]*. Debemos recordar con cuidado que esta expresión no implica que alguien pueda tener un corazón "bueno" por naturaleza o llegar a tenerlo sin la gracia de Dios. El sentido más acertado de la palabra es "un corazón sin prejuicios, con disposición a ser enseñado", precisamente lo que brillaba por su ausencia entre los judíos del tiempo de nuestro Señor. Los cristianos de Berea son una ilustración de esta expresión (cf. Hechos 17:9).

[Retienen]. La palabra así traducida no es la que a veces se traduce como “observan”. Más bien significa “agarran”, de manera que no se les escape, y tiene este sentido también en 1 Tesalonicenses 5:21, Hebreos 3:6 y 10:23.

[Paciencia]. La palabra así traducida se utiliza en ocasiones con un sentido activo, como en Romanos 2:7 y 2 Corintios 1:6 [cf. NVI, N.T.].

Lucas 8:16–21

Estos versículos constituyen una aplicación práctica de la famosa parábola del sembrador. Tienen el propósito de grabar firmemente en nuestras mentes la importante lección que contiene aquella parábola. Merecen una especial atención de todos los oyentes sinceros del Evangelio de Cristo.

En ellos aprendemos, en primer lugar, que *el conocimiento espiritual se debe utilizar con diligencia*. Nuestro Señor nos dice que es como un pequeña luz, totalmente inútil si se cubre con una vasija o se coloca debajo de la cama; solo es útil si se pone en un candelero y se coloca donde pueda servir para las necesidades de los hombres.

Cuando escuchamos esta lección, pensemos primero en *nosotros mismos*. El Evangelio que poseemos no nos fue dado solo para admirarlo, hablar de él y confesarlo, sino para practicarlo. Su propósito no era meramente que residiera en nuestro intelecto y en nuestras memorias y lenguas, sino que se viera en nuestras vidas. El cristianismo es un talento que se nos ha encomendado y que conlleva una gran responsabilidad. No estamos en tinieblas como los paganos. Ante nosotros ha sido colocada una gran luz. Cuidémonos de utilizarla. Entretanto que tenemos luz, andemos en la luz (cf. Juan 12:35).

Pero no pensemos solo en nosotros mismos. Pensemos también en *otros*. Hay millones en el mundo que no tienen luz espiritual en absoluto. Están sin Dios, sin Cristo y sin esperanza (cf. Efesios 2:12). ¿No podemos hacer nada por ellos? Hay miles a nuestro alrededor, en nuestro propio país, que no se convierten y mueren en sus pecados, sin ver y sin conocer correctamente. ¿No podemos hacer nada por ellos? Son preguntas a las que todo verdadero cristiano debería encontrar respuesta. Debemos esforzarnos, por todos los medios, por extender nuestra religión. La mayor forma de egoísmo es la del hombre que se conforma con ir al Cielo solo. El verdadero amor es esforzarse por compartir con otros cada chispa de luz religiosa que poseemos y así sostener nuestra luz para que ilumine a todos los que nos rodean. ¡Feliz aquella alma que, tan pronto como recibe luz del Cielo, comienza a pensar en otros además de en sí misma! Dios no

enciende ninguna vela para que arda sola.

En segundo lugar, en estos versículos aprendemos *la gran importancia de oír bien*. Las palabras de nuestro Señor Jesucristo deberían imprimir esa lección profundamente en nuestros corazones. “Mirad, pues, cómo oís”, les dice.

El grado de beneficio que reciben los hombres de todos los medios de gracia depende por completo de la forma en que los utilizan. La oración personal reside en el fundamento mismo de la religión; pero la mera repetición formal de unas cuantas palabras, cuando el corazón está lejos, no hace bien al alma del hombre. Leer la Biblia es esencial para tener un conocimiento cristiano; pero la mera lectura formal de un determinado número de capítulos por obligación, sin un humilde deseo de ser enseñado por Dios, es poco mejor que una pérdida de tiempo. Igual que ocurre con la oración y la lectura de la Biblia ocurre con el oír. No basta con acudir a la iglesia y oír sermones. Podemos hacerlo durante cincuenta años y no ir a mejor, sino a peor. “Mirad, pues —dice nuestro Señor—, cómo oís”.

¿Deseamos saber cómo oír correctamente? Entonces aprendamos tres sencillas reglas. Por un lado, debemos oír con fe, creyendo implícitamente que cada palabra de Dios es verdad y prevalecerá. La palabra de los tiempos antiguos no aprovechó a los judíos, “por no ir acompañada de fe en los que la oyeron” (Hebreos 4:2). Por otro lado, debemos escuchar con reverencia, recordando constantemente que la Biblia es el libro de Dios. Este era el hábito que tenían los tesalonicenses. Recibieron el mensaje de Pablo “no como palabra de hombres”, sino como “palabra de Dios” (1 Tesalonicenses 2:13). Sobre todo, debemos oír con oración, pidiendo la bendición de Dios antes de la predicación del sermón y volviendo a pedir la bendición de Dios cuando el sermón ha concluido. Aquí radica el gran defecto de muchos al oír. No piden bendición y, por tanto, no la reciben. El sermón fluye por sus mentes como el agua por una vasija agujereada y no queda nada.

Tengamos en mente estas tres reglas cada domingo por la mañana antes de ir a escuchar la predicación de la Palabra de Dios. No nos precipitemos a la presencia de Dios descuidada e imprudentemente y sin prepararnos, como si no importara de qué forma lo hacemos. Llevemos con nosotros fe, reverencia y oración. Si nos acompañan estas tres cosas, oiremos de manera provechosa y volveremos con alabanza.

Por último, en estos versículos aprendemos *los grandes privilegios de aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la hacen*. Nuestro Señor Jesucristo declara que los considera su madre y sus hermanos.

El verdadero cristiano es aquel que oye la Palabra de Dios y la hace. Oye el llamamiento de Dios al arrepentimiento y a la conversión y lo obedece. Deja de hacer el mal y aprende a hacer el bien. Se despoja del viejo hombre y se viste del nuevo. Oye el llamamiento de Dios a

creer en Jesucristo para justificación y lo obedece. Abandona su propia justicia y confiesa su necesidad de un Salvador. Recibe a Cristo crucificado como su única esperanza y considera todas las cosas como pérdida por el conocimiento de Él. Oye el llamamiento de Dios a ser santo y lo obedece. Se esfuerza por mortificar las obras de su cuerpo y por andar en el Espíritu. Trabaja por despojarse de todo peso y del pecado que tan fácilmente lo envuelve (cf. Hebreos 12:1 LBLA). Esto es un cristianismo verdaderamente vital. Todos los hombres y las mujeres que tienen este carácter son verdaderos cristianos.

Ahora bien, los problemas de todos los que "oyen la palabra de Dios y la hacen" no son pocos ni pequeños. El mundo, la carne y el diablo los vejan continuamente. Ellos gimen con frecuencia por la angustia (cf. 2 Corintios 5:4). A menudo encuentran la cruz pesada y el camino al Cielo abrupto y estrecho. A menudo se sienten con ganas de clamar con Pablo: "¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Romanos 7:24).

Que los tales tomen aliento de las palabras de nuestro Señor Jesucristo que estamos considerando ahora. ¡Deben recordar que el Hijo de Dios mismo los considera sus propios parientes cercanos! No deben hacer caso de las risas, las burlas o la persecución de este mundo. La mujer de quien Cristo dice "esta es mi madre" y el hombre de quien Cristo dice "este es mi hermano" no tienen motivos para avergonzarse.

Notas: Lucas 8:16–21

V. 16: *[Debajo de la cama]*. La palabra traducida "cama" significa "diván", como el que se encontraba en todas las salas de estar de las casas orientales y bajo el cual es probable que se colocaran muchas cosas cuando no se necesitaban.

V. 17: *[Nada hay oculto]*. La aplicación de estas palabras y su relación con el contexto no están muy claras. Su sentido primario parece ser que los discípulos no debían suponer que las instrucciones de nuestro Señor tenían que ser guardadas en secreto y reservadas al margen del mundo. No tenían que limitarse a unos pocos oyentes favorecidos, como las lecciones de los filósofos paganos, sino que debían publicarlas, proclamarlas y darlas a conocer a toda la Humanidad. De esta forma, la luz dada a los Apóstoles sería puesta "en un candelero" y no cubierta o escondida.

Algunos creen que las palabras señalan al día del Juicio y la revisión que se hará entonces del uso que todos los que han visto la luz del Evangelio han hecho con ella.

V. 18: *[Mirad, pues, cómo oís]*. Debemos recordar al leer dichos como este que la mayor parte de la Humanidad de todas las épocas ha sido especialmente dependiente de la enseñanza oral. El número de aquellos que

tienen tiempo y capacidad de leer y para el estudio personal siempre será pequeño. En los días en que la imprenta no había sido inventada y los escritos de los hombres escaseaban, la lección era especialmente importante. Pero nunca dejará de serlo mientras el mundo dure.

[A todo el que tiene]. Esta expresión significa evidentemente "todo el que tiene y hace buen uso de lo que tiene". La otra expresión del versículo "a todo el que no tiene", igualmente, significa "todo el que no utiliza lo que ha recibido".

V. 19: *[Su madre y sus hermanos]*. De esta expresión muchos han concluido que José, el marido de María, había muerto ya. No sabemos si era así. Ciertamente parece que había muerto en el tiempo de la crucifixión, por el hecho de que nuestro Señor encomienda a su madre al cuidado de Juan (cf. Juan 19:27).

De lo que no podemos estar seguros ahora es de a quiénes se refiere nuestro Señor cuando dice "hermanos". Es cierto que la palabra así traducida no necesariamente hace referencia a los hijos de la madre de nuestro Señor. Está claro, por muchos pasajes de la Biblia, que la palabra "hermanos" tiene frecuentemente un significado más amplio y puede hacer referencia también a primos o parientes más distantes (cf. Génesis 31:46, Mateo 13:55; 27:56; Marcos 3:18; Gálatas 1:19). Algunos piensan que estos "hermanos" eran hijos de José de un matrimonio anterior, antes de ser el marido de María. Otros piensan que eran los hijos de una de las hermanas de María. No se sabe nada con seguridad del asunto.

Se puede cuestionar seriamente si la madre de nuestro Señor veía claramente la naturaleza de la obra de Él en la Tierra en este momento concreto. No hay razón para suponer que su mente estaba completamente libre de las tinieblas bajo las cuales parecían estar los más santos y mejores judíos acerca de la humillación y los sufrimientos del Mesías.

[Vinieron a él]. La palabra traducida "vinieron a" solo se encuentra aquí en el Nuevo Testamento. Según Parkhurst, simplemente significa "encontrarse con, reunirse, descubrir, llegar a". La versión siríaca de estas palabras la traduce "hablar con".

Lucas 8:22–25

El suceso en la vida de nuestro Señor descrito en estos versículos se relata tres veces en los Evangelios. Mateo, Marcos y Lucas fueron todos inspirados a escribirlos. Esta circunstancia debe enseñarnos la importancia del suceso y hacernos prestar la mayor atención a las lecciones que contiene.

En primer lugar, en estos versículos vemos que *nuestro Señor Jesucristo era verdaderamente hombre además de Dios*. Leemos que,

navegando sobre el lago de Genesaret en una barca con sus discípulos, “se durmió”. Debemos ser conscientes de que dormir es una de las necesidades de nuestra constitución como seres humanos. Los ángeles y los espíritus no necesitan comida ni descanso. Pero la carne y la sangre, para mantener una existencia saludable, deben comer, beber y dormir. Si el Señor Jesús se cansaba y necesitaba descansar, era porque tenía dos naturalezas en una persona: una naturaleza humana además de otra divina.

La verdad que tenemos ante nosotros está llena de profundo consuelo y ánimo para todos los verdaderos cristianos. El único Mediador en quien debemos confiar participó “de carne y sangre”. El poderoso Sumo Sacerdote, que vive intercediendo por nosotros a la diestra de Dios, experimentó personalmente todas las limitaciones del cuerpo. Él mismo tuvo hambre y sed y sufrió dolor. Él mismo experimentó cansancio y buscó descanso en el sueño. Derramemos nuestros corazones delante de Él con libertad y contémosle nuestros más mínimos problemas sin reservas. Aquel que hizo expiación por nosotros en la Cruz puede “compadecerse de nuestras debilidades” (Hebreos 4:15). Cansarse de trabajar para Dios es pecado, pero cansarse y gastarse trabajando para Dios no es pecado en absoluto. Jesús mismo se cansó y durmió.

En segundo lugar, en estos versículos vemos *qué temores y ansiedades pueden atacar a los corazones de los verdaderos discípulos de Cristo*. Leemos que “se desencadenó una tempestad de viento en el lago”, la barca en la que nuestro Señor estaba remando se llenó de agua y, ante el riesgo, sus compañeros estaban muy alarmados. “Vinieron a él y le despertaron, diciendo: ¡Maestro, Maestro, que perecemos!”. Se olvidaron por un momento del cuidado de su Maestro, que nunca les había fallado en el pasado. Se olvidaron de todo salvo de la visión y la sensación del peligro presente y, bajo esa impresión, no podían esperar a que Cristo se despertara. Es verdaderamente cierto que la visión, las sensaciones y los sentimientos convierten a los hombres en muy pobres teólogos.

Hechos como estos resultan tristemente humillantes para el orgullo de la naturaleza humana. Deberían reducir nuestra arrogancia y nuestros pensamientos elevados y permitirnos ver la pobre criatura que es el hombre, aun en el mejor de los casos. Pero los hechos como estos son también profundamente instructivos. Nos enseñan qué observar en nuestros propios corazones y por qué cosas orar. Nos enseñan lo que debemos esperar encontrar en otros cristianos. Debemos ser moderados en nuestras expectativas. No debemos suponer que los hombres no son creyentes si en ocasiones muestran gran debilidad o que la gracia no está en ellos porque en ocasiones se llenan de temores. Hasta Pedro, Santiago y Juan gritaron: “Maestro, maestro, que perecemos”.

En tercer lugar, en estos versículos vemos *lo grande que es el*

poder de nuestro Señor Jesucristo. Leemos que, cuando sus discípulos le despertaron en la tormenta, “despertando él, reprendió al viento y a las olas; y cesaron, y se hizo bonanza”. Este fue, sin duda, un tremendo milagro. Requería el poder de Aquel que trajo el diluvio a la Tierra en los días de Noé y a su debido tiempo lo quitó, que separó el mar Rojo y el río Jordán en dos partes e hizo un camino para que su pueblo pasara a través de las aguas, que llevó langostas a Egipto por medio de un viento oriental y por medio de un viendo occidental las barrió (cf. Éxodo 10:13, 19). Ningún poder es capaz de transformar en un momento una tormenta en calma. Hablar al viento y a las olas es una expresión común para referirse a intentar lo que es imposible. ¡Pero aquí vemos a Jesús hablando y enseguida los vientos y las olas le obedecen! Como hombre, se había quedado dormido. Como Dios, calmaba la tormenta.

Es un pensamiento bendito y alentador que todo este poder de nuestro Señor Jesucristo se vuelque a favor de su pueblo creyente. Se ha propuesto salvar a cada uno de ellos perpetuamente, y es “poderoso para salvar”. Las pruebas de su pueblo son a menudo muchas y grandes. El diablo nunca cesa de luchar contra ellos. Los gobernantes de este mundo con frecuencia los persiguen. Los dirigentes de la iglesia mismos, que deberían ser pastores sensibles, con frecuencia se oponen amargamente a la Verdad tal como está en Jesús. Pero, a pesar de todo esto, el pueblo de Cristo nunca será abandonado por completo. Aunque sean derribados, no serán destruidos. En tiempos de tinieblas, que los verdaderos cristianos descansen en el pensamiento de que mayor es el que está con ellos que todos los que están en contra de ellos (cf. 1 Juan 4:4). Puede que les golpeen ferozmente los vientos y las olas de los problemas políticos y eclesiásticos, y que parezca que toda esperanza se desvanece. Pero deben seguir adelante sin desesperar. Hay Uno que vive para ellos en el Cielo y que puede hacer que los vientos y las olas cesen en un momento. La verdadera Iglesia, de la que Cristo es Cabeza, nunca perecerá. Su gloriosa Cabeza es todopoderosa y vive eternamente, y sus miembros creyentes vivirán todos también y llegarán a salvo al hogar al final (cf. Juan 16:19).

En estos versículos vemos, por último, *lo necesario que es que los cristianos tengan su fe dispuesta a ser utilizada*. Leemos que nuestro Señor dijo a sus discípulos cuando la tormenta había cesado y sus temores se habían calmado: “¿Dónde está vuestra fe?” ¡Con razón hacía esa pregunta! ¿Para qué les servía creer si no creían en tiempo de necesidad? ¿Dónde estaba el beneficio de confiar si confiaban en su Maestro solamente cuando brillaba el Sol, pero no en las tormentas?

La lección que ahora tenemos ante nosotros es de profunda importancia práctica. Una cosa es tener una verdadera fe salvadora. Otra muy distinta es tener esa fe siempre dispuesta a ser utilizada. Muchos reciben a Cristo como su Salvador y deliberadamente

encomiendan sus almas a Él para el tiempo y la eternidad y, sin embargo, su fe fracasa tristemente cuando sucede algo inesperado y, de repente, son probados. Estas cosas no deberían ser así. Debemos orar para que podamos tener un almacén de fe listo para ser utilizado en un momento determinado, y para que nunca se nos halle desprevenidos. El cristianismo al que debemos aspirar es el de vivir como Moisés, "como viendo al Invisible" (Hebreos 11:27). Quien lo haga así nunca será grandemente conmovido por una tormenta. Verá a Jesús cerca de él en la hora de las tinieblas y el cielo azul tras la nube oscura.

Notas: Lucas 8:22–25

V. 22: *[Entró en una barca]*. Los sucesos aquí relatados tuvieron lugar en el lago de Genesaret o en el mar de Galilea. En el tiempo del ministerio terrenal de nuestro Señor, el país que rodeaba el lago estaba muy poblado y parece que había muchas barcas en él. En el presente, según los últimos viajeros, hay muy pocas barcas en él y la población circundante es muy pequeña.

V. 23: *[Se desencadenó una tempestad de viento]*. Todos los viajeros están de acuerdo en decir que el lago de Genesaret tiene mucha tendencia a sufrir esas tormentas. Está muy bajo y rodeado, casi por todas partes, de elevadas colinas. En consecuencia, son muy comunes los vendavales o las tempestades repentinas.

V. 24: *[Cesaron, y se hizo bonanza]*. La conocida historia del rey Canuto, que trataba en vano de elevar la marea por orden suya, vendrá a la mente de cualquier lector de la historia inglesa. Hay un notable contraste entre el tremendo fracaso del intento de Canuto y el pleno poder de las palabras de Cristo aquí mencionadas.

V. 25: *[¿Dónde está vuestra fe?]*. Leigh comenta que una mejor traducción sería: ¿Dónde está esa fe vuestra?, es decir: ¿Dónde está esa cantidad o grado de fe que habéis mostrado?

Lucas 8:26–36

El conocido relato que acabamos de leer es cuidadosamente mencionado por los tres primeros autores de los Evangelios. Es un ejemplo impresionante del completo dominio de nuestro Señor sobre el príncipe de este mundo. Vemos al gran enemigo de nuestras almas por

una vez completamente vencido, al “hombre fuerte” derrotado por Aquel que es más fuerte que él y al león derrotado por su presa.

Destaquemos en este pasaje, en primer lugar, *la triste situación de aquellos sobre quienes reina el diablo*. El cuadro que se nos pinta es terrible. Se nos dice que, cuando nuestro Señor llegó al país de los gadarenos, se encontró “un hombre de la ciudad, endemoniado desde hacía mucho tiempo; y no vestía ropa, ni moraba en casa, sino en los sepulcros”. También se nos dice que “le ataban con cadenas y grillos, pero rompiendo las cadenas, era impelido por el demonio a los desiertos”. En resumen, parece que se trataba de un caso de una de las más graves formas de posesión demoníaca. La infeliz víctima estaba bajo el completo dominio de Satanás, tanto su cuerpo como su alma. Mientras estuvo en ese estado, tuvo que ser una carga y un problema para todos los que le rodeaban. Sus facultades mentales estaban bajo el consejo de una “legión” de diablos. Su fuerza corporal solo era empleada para hacerse daño y para su vergüenza. Es difícil concebir un estado más lamentable del hombre mortal.

Casos de posesión corporal por Satanás como este son, por no decir más, muy raros de encontrar en los tiempos modernos. Pero no debemos olvidar por ello que el diablo está ejerciendo continuamente un terrible poder sobre muchos corazones y almas. Aún continúa incitando a muchos en cuyos corazones reina a deshonrar y destruir sus hábitos de vida. Aún gobierna a muchos con vara de hierro, los incita a ir de vicio en vicio y de libertinaje en libertinaje, los aleja de la sociedad decente y de la influencia de amigos respetables, los precipita a las mayores profundidades de iniquidad, convirtiéndolos casi en asesinos de sí mismos, y los vuelve inútiles para sus familias, la Iglesia y el mundo como si estuvieran muertos y no vivos. ¿Dónde hay un ministro fiel que no pueda señalar casos así? ¿Se puede dar una definición más verídica de muchos jóvenes, de ambos sexos, que parecen poseídos por demonios? En vano cerramos nuestros ojos a los hechos. Quizá la posesión demoníaca de los cuerpos de las personas sea comparativamente rara. Pero muchos, por desgracia, son los casos en los que el diablo parece poseer por completo las almas de los hombres.

Da miedo pensar en estas cosas. ¡Terrible es ver cómo Satanás arruina frecuentemente el cuerpo y alma de los jóvenes! ¡Terrible es observar cómo los aleja a menudo de toda buena influencia y los entierra en un desierto de malas compañías y de pecados repugnantes! ¡Terrible es, sobre todo, reflexionar en que, dentro de poco, los esclavos de Satanás se perderán para siempre, y en el Infierno! Con frecuencia solo queda una cosa que se puede hacer por ellos. Pueden ser nombrados delante de Cristo en oración. Aquel que fue al país de los gadarenos y sanó al pobre endemoniado allí, continúa viviendo en el Cielo y compadeciéndose de los pecadores. El peor esclavo de Satanás en nuestro país no carece de remedio. Jesús puede

aún tener compasión de él y liberarlo.

Señalemos, en segundo lugar, en estos versículos, *el absoluto poder que posee el Señor Jesucristo sobre Satanás*. Se nos dice que "ordenó al espíritu salir del hombre", cuyo triste estado acabamos de ver descrito. Inmediatamente, la infeliz víctima fue sanada. Los "muchos demonios" que la habían estado poseyendo fueron obligados a abandonarla. Pero esto no es todo. Expulsados de su morada en el corazón del hombre, vemos que estos espíritus malignos rogaron a nuestro Señor que no los atormentara y que "no los mandase ir al abismo", confesando así su supremacía sobre ellos. Poderosos como eran, se sentían claramente en la presencia de Uno más poderoso que ellos. Llenos de maldad como estaban, no podían siquiera herir a los cerdos del lugar hasta que nuestro Señor les otorgara permiso.

El dominio de nuestro Señor Jesucristo sobre el diablo debe ser un alegre pensamiento para todos los verdaderos cristianos. Sin él, verdaderamente, bien podríamos desesperar de la salvación. Sentir que siempre tenemos cerca de nosotros a un enemigo espiritual invisible trabajando día y noche para conseguir nuestra destrucción sería suficiente para destruir toda esperanza si no conociéramos a un Amigo y Protector. ¡Bendito sea Dios! El Evangelio revela a alguien así. El Señor Jesús es más poderoso que el hombre fuerte armado que siempre está luchando contra nuestras almas. El Señor Jesús puede librarnos del diablo. Demostró su poder sobre él frecuentemente cuando estuvo en la Tierra. Triunfó sobre él gloriosamente en la Cruz. Nunca le permitirá tomar a ninguna de sus ovejas de su mano. Un día le aplastará bajo nuestros pies y le atará en la prisión del Infierno (cf. Romanos 16:20; Apocalipsis 20:1–2). ¡Felices aquellos que escuchan la voz de Cristo y le siguen! ¡Quizá Satanás les moleste, pero no podrá herirlos de verdad! Quizá hiera su calcañar, pero no podrá destruir sus almas. Ellos serán "más que vencedores" por medio de Aquel que los amó (Romanos 8:37).

Señalemos, por último, la maravillosa transformación que Cristo puede obrar en los esclavos de Satanás. Se nos dice que los gadarenos "hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido, y en su cabal juicio". ¡Sin duda esta escena les resultó extraña y sorprendente! La historia y situación de aquel hombre, sin duda, era bien conocida. Probablemente había sido molesto para todos y el terror del lugar. Pero aquí, en un momento, se produjo en él una completa transformación. Las viejas cosas habían pasado y todas habían sido hechas nuevas (cf. 2 Corintios 5:17). El poder por el cual fue obrada esa curación debió de ser en verdad tremendo. Cuando el médico es Cristo, nada es imposible.

Sin embargo, hay algo que no se debe olvidar nunca. Sorprendente y milagrosa como fue esta curación, verdaderamente no es más maravillosa que cada caso de verdadera conversión a Dios. Maravillosa como fue la transformación operada en su situación demoníaca cuando

fue sanado, no es un ápice más maravillosa que la transformación que se produce en cada persona que nace de nuevo y se vuelve del poder de Satanás a Dios. Nunca está el hombre en su cabal juicio hasta que se convierte, o en el lugar correcto hasta que se postra por fe a los pies de Jesús, o correctamente vestido hasta que se ha revestido del Señor Jesucristo. ¿Hemos considerado alguna vez lo real que es la conversión a Dios? No es más que la liberación milagrosa de un cautivo, la restauración milagrosa de una persona que vuelve a su cabal juicio, la liberación milagrosa de un alma de las garras del diablo.

¿Qué somos nosotros? Esta es, al fin y al cabo, la gran pregunta que nos concierne. ¿Somos esclavos de Satanás o somos siervos de Dios? ¿Nos ha liberado Cristo o aún reina el diablo en nuestros corazones? ¿Nos sentamos a los pies de Jesús diariamente? ¿Estamos en nuestro cabal juicio? ¡Que Dios nos ayude a responder a estas preguntas acertadamente!

Notas: Lucas 8:26–36

V. 27: *[un hombre de la ciudad, endemoniado desde hacía mucho tiempo]*. En este caso, como en todos los de posesión demoníaca en la Escritura, hay mucho que es profundamente misterioso. Es lógico que así sea, por el hecho de que la posesión parece haber sido mucho más común y de síntomas mucho más marcados cuando nuestro Señor estaba en la Tierra de lo que lo ha sido desde entonces.

Nos basta con creer implícitamente que la posesión diabólica de todo el hombre, tanto de su cuerpo como de su mente y alma, fue un hecho innegable durante el tiempo del ministerio terrenal de nuestro Señor y que todos los intentos de explicar los casos descritos en los Evangelios llamándolos epilepsia, locura o similares resultan tremendamente insatisfactorios. En cuanto al resto (lo que no podemos comprender completamente), debemos conformarnos con creerlo.

Que ahora hay algo como la posesión satánica, aunque sea comparativamente raro, es una opinión sostenida por muchos buenos médicos que han prestado especial atención a esta cuestión. La enfermedad de la mente o la locura es en cualquier tiempo una cuestión profundamente misteriosa. Es altamente probable que Satanás tenga mucho más que ver de lo que pensamos.

[En los sepulcros]. Trench cita una circunstancia rara mencionada por el viajero Warburton en *The Crescent and the Cross* (La media Luna y la Cruz) que arroja cierta luz sobre esta expresión: “Al descender de los altos del Líbano, me encontré en un cementerio donde unas esculturas de turbantes nos mostraban que el pueblo de al lado era musulmán. El silencio de la noche fue roto por feroces alaridos y aullidos que descubrí que procedían de un maníaco desnudo que luchaba contra algunos perros salvajes por un hueso. En el momento en que advirtió nuestra presencia dejó a sus compañeros caninos y, con grandes brincos, se apoderó de las bridas de mi caballo y casi

le obligó a retroceder hacia el acantilado".

La clara tendencia a no llevar ropas e ir desnudo, que es un notable síntoma de algunas clases de manía, es otra curiosa ilustración del caso descrito en este versículo.

V. 28: *[Qué tienes conmigo]*. Hay que advertir que la expresión griega así traducida es la misma que utiliza nuestro Señor cuando se dirige a su madre en las bodas de Caná de Galilea (cf. Juan 2:4).

Las palabras aquí utilizadas son las del diablo por el que estaba poseído el hombre más que las del hombre mismo. Este hecho nos muestra lo completamente que todas las facultades y capacidades del infeliz endemoniado habían sido ocupadas y manipuladas por el espíritu maligno que le había poseído.

[Jesús, Hijo del Dios Altísimo, [...] no me atormentes]. Estas palabras son una prueba accesoria de que habrá un Juicio y un Infierno. Los demonios creen esto aunque los hombres no lo crean.

V. 29: *[Rompiendo las cadenas]*. A menudo se ha comentado la prodigiosa fuerza muscular que acompaña a algunos casos de manía.

V. 30: *[Legión]*. Este es un nombre conocido por el cual se designaba a una división del ejército romano. Se supone que una legión romana estaba formada por 5000 ó 6000 hombres. Aquí, esta palabra se utiliza como algo indefinido para expresar un gran número.

V. 31: *[Abismo]*. El "abismo" significa aquí el pozo o el Infierno. Es la misma palabra griega que se traduce cinco veces como "abismo" en el libro de Apocalipsis (por ejemplo, en Apocalipsis 20:1, 3).

V. 32: *[Un hato de muchos cerdos que pacían]*. Se debe advertir que guardar cerdos era una violación de la Ley mosaica, siendo los cerdos animales impuros (Levítico 2:7). Por tanto, si los gadarenos eran judíos, y parece haber fuertes razones para suponer que lo eran, estaban cometiendo un pecado habitual.

[Les dio permiso]. Con frecuencia se ha planteado la pregunta de por qué nuestro Señor permitió que los demonios entraran en los cerdos y la consecuente destrucción de la vida animal que tuvo lugar. Baste con decir en respuesta a esta pregunta que la Escritura nos muestra que la vida animal ha sido destruida continuamente por el propio mandato de Dios cuando había que enseñar al hombre alguna importante verdad espiritual, como en el caso de los sacrificios de la Ley. Pero, además, es razonable suponer que nuestro Señor permitió la destrucción de los cerdos como señal del enojo de Dios contra los gadarenos por cuidarlos.

Al fin y al cabo, este asunto está en último término ligado a la más profunda de las cuestiones: el origen del mal y el que fuera permitido en la creación. Es imposible explicar esto. Conformémonos con ver que existe y con hacer uso del gran remedio que Dios ha provisto contra él. Haciendo esto, lo que no sabemos ahora, lo sabremos en el futuro.

V. 33: *[El hato se precipitó por un despeñadero]*. La extraordinaria maldad, el odio a la creación de Dios y el amor a hacer daño —que son

atributos de Satanás— aparecen notablemente en este hecho. Satanás tiene que hacer daño. Si no puede dañar al hombre, dañará a los cerdos. Bueno sería para el mundo que los cristianos estuvieran tan dispuestos y entregados a hacer el bien como los demonios a hacer el mal.

V. 34: *[Los campos]*. Esta expresión es más literal que “en el país” [como traduce la versión utilizada por el autor, N.T.].

Antes de dejar este milagro, puede ser bueno decir algo acerca de la aparente discrepancia entre el relato que nos ofrece S. Mateo y los de S. Marcos y S. Lucas. S. Mateo habla de dos endemoniados. S. Marcos y S. Lucas hablan de uno solo.

Las explicaciones de las discrepancias son diversas. Según Agustín, Teofilacto y Grotius, la mencionada por S. Marcos y S. Lucas era una persona más ilustre y conocida que la otra. Según Crisóstomo, Eutimio y Maldonado, era el más violento de los dos. Según Lightfoot, uno de los endemoniados era judío y el otro pagano, y el caso que tenemos en Marcos y Lucas sería la sanidad del pagano.

Me atrevo a sugerir que la razón por que Marcos y Lucas solo mencionan uno es el hecho de que solo uno de los dos pidió que se le permitiera quedarse con nuestro Señor después de ser sanado, y solo uno se convirtió finalmente en testigo del Señor en el país de los gadarenos. El caso del otro hombre no presentó circunstancias especiales de interés y, por tanto, Marcos y Lucas lo pasan por alto.

Casi no es necesario comentar que no existe contradicción entre los dos relatos. Aunque Marcos y Lucas solo describan la curación de un endemoniado, sería absurdo decir que negaron que fueron curados dos. Solo describen el caso que es más notable.

Lucas 8:37–40

En este pasaje vemos dos peticiones que se le hicieron a nuestro Señor Jesucristo. Eran muy diferentes la una de la otra y fueron presentadas por personas de carácter muy diferente. Vemos, por otra parte, cómo recibió estas peticiones nuestro Señor Jesucristo. En cualquiera de los casos la petición recibió una respuesta notable. Todo el pasaje es singularmente instructivo.

Observemos, en primer lugar, que *los gadarenos rogaron a nuestro Señor que se apartara de ellos y su petición fue atendida*. Leemos estas palabras tristemente solemnes: “Entrando en la barca, se volvió”.

¿Por qué aquellos infelices deseaban que el Hijo de Dios los dejara? ¿Por qué, después del sorprendente milagro de misericordia que acababa de ser obrado entre ellos, no sentían deseos de conocer más de Aquel que había hecho aquello? ¿Por qué, en una palabra, se

hicieron enemigos suyos, renegaron de su misericordia y cerraron la puerta al Evangelio? Solo hay una respuesta a estas preguntas. Los gadarenos amaban el mundo y las cosas del mundo y estaban decididos a no abandonarlas. Estaban convencidos, en su propia conciencia, de que no recibirían a Cristo entre ellos y se mantendrían en sus pecados, y decidieron permanecer en ellos. Vieron a primera vista que había algo en Jesús que nunca concordaría con sus hábitos de vida y, al tener que escoger entre los nuevos caminos y los viejos, rehusaron los nuevos y escogieron los viejos.

¿Y por qué nuestro Señor accedió a la petición de los gadarenos y los dejó? Lo hizo como juicio, para dar testimonio de su sentimiento de la grandeza de su pecado. Lo hizo por misericordia hacia su Iglesia en cada época, para mostrar lo grande que es la maldad de aquellos que rechazan intencionadamente la Verdad. Parece una ley eterna de su gobierno que a aquellos que obstinadamente rehúsan andar en la luz les será quitada la luz. ¡Grande es la paciencia y la longanimidad de Cristo! Su misericordia es para siempre. Sus ofrecimientos e invitaciones son amplios, extensos, tajantes y universales. Le concede a cada iglesia su día de gracia y el tiempo de su visitación (cf. Lucas 19:44). Pero, si los hombres persisten en rehusar su consejo, no ha prometido en ningún lugar persistir en forzarlos. Las personas que tienen el Evangelio y aún rehúsan obedecerlo no deben sorprenderse si se les quita. Cientos de iglesias, comunidades y familias están en estos momentos en la situación de los gadarenos. Le dijeron a Cristo: “Apártate de nosotros”, y Él les ha tomado la palabra. Se volvieron a los ídolos y ahora Él dice: “Déjalo” (Job 21:14; Oseas 4:17).

Tengamos cuidado de no cometer el pecado de los gadarenos. Pongamos atención, no sea que, por frialdad, falta de atención o mundanalidad, echemos a Cristo de nuestras puertas y le obliguemos a abandonarnos por completo. De todos los pecados que podemos cometer, este es el peor. De todos los estados del alma en los que podemos caer, ninguno es tan terrible como que nos deje solos. Más bien, nuestra oración diaria debe ser que Cristo no nos deje nunca. La vieja chatarra procedente de un naufragio y amontonada y seca sobre la arena no es una visión más terrible que la del hombre cuyo corazón ha recibido las misericordias y los juicios de Cristo pero a quien, finalmente, este ha dejado de visitar por no ser recibido. Jesús no llamará siempre a la puerta cerrada a cal y canto. Los gadarenos no podían sorprenderse de ver que Cristo los abandonara y se marchara.

Observemos, en segundo lugar, *que el hombre del que se marcharon los demonios le pidió a nuestro Señor poder estar con Él, pero su petición no le fue concedida*. Leemos que Jesús le dijo que se marchara con las palabras: “Vuélvete a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo”.

Es fácil comprender la petición que hizo este hombre. Se sintió profundamente agradecido por la sorprendente misericordia de que

acababa de ser objeto al ser curado. Se sintió lleno de amor y de cálido afecto hacia Aquel que le había curado de una forma tan maravillosa y misericordiosa. Sentía que había visto muy poco de Él, que necesitaba más de su compañía y anhelaba adherirse a Él. Se olvidó de todo lo demás por la influencia de estos sentimientos. La familia, las relaciones, los amigos, el hogar, la casa, el país; todo parecía como nada a sus ojos. Sentía que no le preocupaba nada más que estar con Cristo. Y no podemos criticar sus sentimientos. Puede que estuvieran teñidos con algo de entusiasmo y de poca consideración. Puede que fueran celo sin conocimiento. Con la primera emoción de una curación reciente, puede que no hubiera sido capaz de considerar cuál habría de ser la trayectoria futura de su vida. Pero los sentimientos de emoción religiosa son mucho mejores que carecer de sentimiento alguno. En la petición que hizo había mucho más digno de alabanza que de acusación.

¿Pero por qué rehusó nuestro Señor Jesucristo conceder la petición de este hombre? ¿Por qué en un momento en que tenía pocos discípulos envió a este lejos? ¿Por qué, en vez de permitirle tomar un lugar junto a Pedro y Santiago y Juan, le hizo volver a su casa? Nuestro Señor hizo lo que hizo con sabiduría infinita. Lo hizo en beneficio del alma misma del hombre: vio que era mejor para él ser testigo del Evangelio en casa que un discípulo lejos. Lo hizo por misericordia a los gadarenos: les dejó entre ellos un testimonio firme de la verdad de su propia misión divina. Lo hizo, especialmente, para la perpetua instrucción de toda su Iglesia: deseaba que supiéramos que hay diversas maneras de glorificarle, que puede ser honrado en la vida privada así como en la labor apostólica, y que el primer lugar en el que debemos dar testimonio de Cristo es nuestra propia casa.

Hay una lección de profunda sabiduría práctica en este pequeño incidente que todos los verdaderos cristianos harían bien en tomar en serio. La lección es nuestra tremenda ignorancia de qué lugar es bueno para nosotros en este mundo y la necesidad de someter nuestras propias voluntades a la voluntad de Cristo. El lugar que deseamos ocupar no siempre es el lugar mejor para nosotros. La trayectoria de vida que deseamos tomar no siempre es la que Cristo considera la de mayor beneficio para nuestras almas. Puede que el lugar en que nos vemos obligados a estar nos resulte en ocasiones muy poco grato y que, sin embargo, lo necesitemos para nuestra santificación. Puede que la posición que nos vemos obligados a ocupar resulte muy desagradable a la carne y la sangre y, sin embargo, sea la necesaria para conservar una mente sobria. Es mejor ser enviado lejos de la presencia corporal de Cristo por Cristo mismo que quedarnos en la presencia corporal de Cristo sin su consentimiento.

Oremos para que nos conformemos con lo que tenemos. Seamos temerosos a la hora de escoger por nosotros mismos en esta vida sin el consentimiento de Cristo o de movernos en este mundo cuando la

nube y el fuego no se mueven delante de nosotros. Pidámosle al Señor que lo escoja todo en nuestro lugar. Que nuestra oración diaria sea: “Dame lo que Tú quieras, colócame donde Tú quieras. Solo permíteme ser tu discípulo y permanecer en Ti”.

Notas: Lucas 8:37–40

V. 37: *[Le rogó que se marchase]*. Muchos comentaristas han destacado que estos gadarenos son un tipo exacto de los hombres de este mundo. Vieron la milagrosa liberación de una criatura del poder de Satanás y no mostraron interés alguno en ella. Pero vieron la pérdida de sus cerdos con profunda preocupación. En una palabra, les preocupaba más la pérdida de los cerdos que la salvación de un alma. Hay miles como ellos. Les cuentas los éxitos de los misioneros y la conversión de almas en nuestro país o en el extranjero, y lo oyen con indiferencia, por no decir que se mofan. Pero, si les hablas de la pérdida de una propiedad o de un cambio en el valor del dinero, se llenan de ansiedad y preocupación. ¡Verdaderamente, la generación de los gadarenos continúa sin extinguirse!

V. 38: *[Jesús le despidió]*. Notemos aquí que, evidentemente, no es esencial para la salvación el seguir literalmente a Cristo y abandonar literalmente el hogar y a los parientes y amigos. Quizá sea necesario para algunas personas, en algunos momentos y en determinadas circunstancias. Pero está claro, en el caso que tenemos ante nosotros, que no siempre es necesario. Gualter tiene algunos comentarios útiles sobre este asunto en su *Homilía* sobre este pasaje.

V. 39: *[Vuélvete a tu casa, y cuenta]*. Es interesante e instructivo comentar las diferentes formas que tenía el Señor de dirigirse a las distintas personas y lo diferentes que son las órdenes que vemos que les da según sus caracteres. Al joven rico de Marcos 10:21 le ordenó: “Sígueme, tomando tu cruz”. Al leproso mencionado en Marcos 1:43 le encargó rigurosamente: “No digas a nadie nada”. Al hombre que fue llamado en Lucas 9:19 no le permitió siquiera ir a casa y enterrar a su padre. Al hombre que tenemos ante nosotros, por el contrario, le ordenó que volviera a casa y mostrara a todo el mundo lo que Cristo había hecho por él.

¿Pero cómo justificamos esta extraña diversidad? Hay una respuesta simple: Nuestro Señor trató cada caso según lo que veía que necesitaba. Conocía lo que había en el corazón del hombre. Prescribía a cada uno, como un sabio médico, el patrón adecuado de conducta que requería el estado de su alma.

Ciertamente, debemos aprender de la conducta de nuestro Señor a no tratar todos los casos de las personas que necesitan consejo espiritual exactamente de la misma manera. Todos, por supuesto, necesitan que se les insista en las mismas grandes doctrinas: el arrepentimiento delante de Dios, la fe en nuestro Señor Jesucristo y la santidad plena. Pero no todos deben someterse a una regla exacta en su trayectoria y en el cumplimiento de sus deberes. Debemos considerar diferencias de circunstancias, caracteres y

casos, y aconsejar teniéndolos en cuenta. El consejo que puede ser muy bueno para una persona puede no serlo para otra. Las responsabilidades del padre son unas y las del hijo otras. La situación del amo es una y la del siervo otra. Estas cosas no se consideran suficientemente. La sabia variedad de consejos de nuestro Señor es un asunto que merece un detenido estudio.

Lucas 8:41–48

¡Cuánta tristeza y cuántos problemas ha introducido el pecado en el mundo! El pasaje que acabamos de leer nos proporciona una triste prueba de esto. Primero vemos a un padre afligido con una amarga ansiedad por su hija moribunda. Después vemos a una mujer que sufre al haber sido afligida durante doce años con una enfermedad incurable. ¡Y estas son cosas que el pecado ha sembrado extensamente por toda la Tierra! No son sino patrones de lo que está pasando continuamente en todas partes. Estos son males que Dios no creó en el principio, pero que el hombre se acarreó por medio de la Caída. No habría habido tristeza ni enfermedad entre los hijos de Adán si no hubiera habido pecado.

Vemos en el caso de la mujer aquí descrita *un impresionante cuadro de la situación de muchas almas*. Se nos dice que había sido afligida con una molesta enfermedad “desde hacía doce años” y que “había gastado en médicos todo cuanto tenía” y “por ninguno había podido ser curada”. Ante nosotros tenemos en esta descripción, como si fuera un espejo, el estado de muchos corazones de pecadores. Quizá nos describa a nosotros.

Hay hombres y mujeres en la mayoría de congregaciones que han sentido profundamente sus pecados y han sido afligidos con gran dolor por el pensamiento de no haber sido perdonados y de no estar preparados para morir. Han deseado liberación y paz de conciencia, pero no han sabido dónde encontrarla. Han probado multitud de falsas soluciones y no se han puesto mejor, sino peor. Han pasado por todas las formas de religión y están aburridos de todos los consejos humanos imaginables para obtener salud espiritual. Pero todo ha sido en vano. La paz de conciencia parece más lejos que nunca. La herida interior parece una úlcera molesta e intratable que nada puede sanar. Siguen sintiéndose enfermos, desdichados y totalmente disconformes con su situación. En resumen, como la mujer de la que hemos leído, su situación es como para decir: “No hay esperanza para mí. Nunca me salvaré”.

Que todos reciban consuelo del milagro que estamos considerando

ahora. Que sepan que “hay bálsamo en Galaad” que puede curarlos con solo buscarlo. Hay una puerta a la que nunca han llamado en todos sus esfuerzos por conseguir liberación. Hay un Médico a quien no han pedido ayuda y que nunca fracasa. Consideren la conducta de esta mujer en su necesidad. Cuando todos los demás medios habían fallado, fue a Jesús en busca de ayuda. Que vayan y hagan lo mismo.

En segundo lugar vemos en la conducta de la mujer que tenemos ante nosotros *un impresionante cuadro de los primeros inicios de la fe salvadora y su efecto*. Se nos dice que “se le acercó por detrás” a nuestro Señor y “tocó el borde de su manto; y al instante se detuvo el flujo de su sangre”. El acto parecía de lo más sencillo y tremendamente inadecuado para producir un gran resultado. ¡Pero el efecto de aquel acto fue el más maravilloso! En un instante, la pobre enferma fue sanada. La liberación en la que muchos médicos habían fracasado durante doce años se consiguió en un momento. ¡Fue solo un contacto, y ella se puso bien!

Es difícil concebir una imagen más viva de la experiencia de muchas almas que la historia de la curación de esta mujer. Cientos podrían dar testimonio de que, como ella, buscaron durante mucho tiempo ayuda espiritual de médicos de ningún valor y cansaron sus almas utilizando medicinas que no les curaron. Al final, como ella, escucharon de Alguien que sanaba conciencias atormentadas y perdonaba a los pecadores “sin dinero y sin precio” (Isaías 55:1) solo con que las personas acudieran a Él por fe. Los términos parecían demasiado fáciles como para creerlos. Las noticias sonaban demasiado bien como para ser ciertas. Pero, como la mujer que tenemos ante nosotros, decidieron intentarlo. Acudieron a Cristo por fe con todos sus pecados y, para su asombro, enseguida encontraron liberación. Y ahora sienten más consuelo y esperanza de la que han sentido nunca. La carga parece haber caído de sus espaldas. Es como si el peso de sus conciencias hubiera desaparecido. Parece como si la luz hubiera irrumpido en sus corazones. Comienzan a gloriarse “en la esperanza de la gloria de Dios” (Romanos 5:2). Y todo —nos dirán— se debe a una sola cosa. Fueron a Jesús tal como eran. Le tocaron por la fe y fueron sanados.

Que se grabe en nuestro corazón para siempre que la fe en Cristo es el gran secreto de la paz con Dios. Sin ella nunca encontraremos descanso interior, independientemente de lo que podamos hacer en la religión. Sin ella podemos ir a los cultos diariamente y recibir la Santa Cena cada semana, dar nuestros bienes a los pobres y nuestros cuerpos para ser quemados, ayunar o llevar cilicio, vivir como ermitaños, hacer todo esto y seguir abatidos a pesar de todo. El que Cristo nos toque y creamos verdaderamente vale más que todas estas cosas juntas. Al orgullo de la naturaleza humana no le gusta, ¡pero así es! Miles de personas se levantarán en el último día y darán testimonio de que nunca sintieron descanso en su alma hasta que fueron a Cristo

por la fe y estuvieron dispuestos a dejar de esforzarse en sus propias obras y a ser salvos completa y plenamente por su gracia.

Por último, vemos en este pasaje *cuánto desea nuestro Señor que aquellos que han recibido beneficio de Él lo confiesen delante de los hombres*. Se nos dice que no permitió que esta mujer, cuyo caso acabamos de leer, se alejara de la multitud sin que nadie la advirtiera. Preguntó quién le había tocado. Volvió a preguntar hasta que la mujer salió adelante y "declaró" su situación delante de todo el pueblo. Y entonces recibió las preciosas palabras: "Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz".

Confesar a Cristo es un asunto de gran importancia. Nunca lo olviden los verdaderos cristianos. La obra que podemos hacer por nuestro bendito Maestro es poca y pobre. Nuestros mejores esfuerzos por glorificarle son débiles y llenos de imperfecciones. Nuestras oraciones y alabanzas son tristemente defectuosas. Nuestro conocimiento y amor son lamentablemente pequeños. ¿Pero sentimos en nuestro interior que Cristo ha sanado nuestras almas? Entonces, ¿no podemos confesar a Cristo delante de los hombres? ¿No podemos decir claramente a otros que Cristo nos lo ha dado todo, que estábamos muriendo de una enfermedad terminal y fuimos sanados, que estábamos perdidos y fuimos hallados, que estábamos ciegos y ahora vemos? Hagámoslo con valor y sin miedo. No nos avergoncemos de dejar que todos sepan lo que Cristo ha hecho por nuestras almas. A nuestro Maestro le gusta ver que lo hacemos. Le agrada que su pueblo no se avergüence de su nombre. Palabras solemnes de Pablo son las siguientes: "Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo" (Romanos 10:9). Aún más solemnes son las palabras de Cristo mismo: "El que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre" (Lucas 9:26).

Notas: Lucas 8:41–48

V. 41: *[Entonces]*. Chemnitius comenta que los tres autores de los Evangelios que relatan el milagro de la resurrección de la hija de Jairo comienzan con la expresión "he ahí". Parece que pretenden llamar nuestra atención en parte a la grandeza del milagro y en parte a la singular bondad de Dios al hacer amigos del Evangelio aun en las sinagogas.

Se debe advertir que Jairo vivía en Capernaum y que los Evangelios mencionan al menos tres personas de rango e influencia de Capernaum a favor de los cuales nuestro Señor obró milagros especiales. Uno es el oficial cuyo hijo fue sanado (cf. Juan 4:46). Otro es el centurión cuyo siervo fue sanado (Juan 7:2). El tercero es Jairo, principal de la sinagoga.

V. 42: *[Se estaba muriendo]*. La palabra griega así traducida se podría

traducir más literalmente como “estaba a punto de morir”.

[La multitud le oprimía]. Señalemos la piadosa observación de Quesnel acerca de estas circunstancias: “Multitud de cristianos, por así decirlo, se agolpan alrededor de Cristo al escuchar su Palabra, recibiendo los sacramentos y participando de la parte externa de la religión; pero pocos le tocan por medio de una fe viva, de una verdadera fe cristiana, de la oración caritativa y la meditación, el amor y la imitación de sus misterios. Las numerosas asambleas y multitudes que llenan las iglesias y que se agolpan para escuchar los sermones pero que, sin embargo, continúan viviendo como siempre, al seguir al mundo y sus pasiones se apiñan en torno a Cristo y le empujan, pero no le tocan”.

V. 43: *[Una mujer que padecía de flujo de sangre]*. Con el fin de ser conscientes de la situación de esta mujer y de la grandeza del milagro aquí efectuado, debemos leer Levítico 15:19. Entonces veremos que su enfermedad hacía que fuera ceremonialmente impura. Teniendo esto en mente, comprenderemos su deseo de evitar la publicidad y la observación. Al mismo tiempo, no dejemos de advertir la elevada posición de nuestro Señor al efectuar la curación. Obra como nuestro gran Sumo Sacerdote. Otorga salud y limpieza ceremonial y, sin embargo, al hacerlo así no contrae Él mismo impureza.

V. 44: *[El borde de su manto]*. Parkhurst, en su *Lexicon*, dice que era una borla o un mechón del manto que los judíos en general, y nuestro bendito Señor en particular, llevaban en obediencia a la Ley de Moisés (Números 22:12) y que los escribas y fariseos solía llevar extremadamente larga como insignia de extraordinaria piedad y especial obediencia al mandamiento divino”.

V. 45: *[¿Quién es el que me ha tocado?]*. Una traducción más literal de esta expresión sería: “¿Quién es la persona que me ha tocado?”.

[Maestro]. Debemos advertir que la palabra así traducida solo es utilizada por S. Lucas en el Nuevo Testamento y solo se aplica a Cristo. Significa literalmente: “uno que está por encima de otros y cuida de ellos”. Es un título de respeto y reconocimiento de autoridad.

V. 46: *[Poder]*. [La versión bíblica utilizada por el autor dice “virtud”, N.T.]. La traducción más frecuente de esta palabra es “poder” o “fuerza”. Toda la expresión del versículo es muy singular.

V. 48: *[Te ha salvado]*. La palabra así traducida podría traducirse igualmente bien “te ha sanado”. Probablemente haya un uso intencionado de una palabra de doble significado.

Lucas 8:49–56

Los versículos que acabamos de leer contienen uno de los tres grandes ejemplos que el Espíritu Santo ha considerado adecuado constatar la restauración por parte de nuestro Señor de una persona muerta a la vida. Los otros dos ejemplos son Lázaro y el hijo de la viuda de Naín. No parece haber razón para dudar de que nuestro Señor resucitó a otros además de estos tres. Pero estos tres casos son descritos de manera especial como ejemplos de su total poder. Una era una niña que acababa de expirar. Otro, un joven que era llevado a enterrar. Otro, un hombre que ya llevaba cuatro días en la tumba. En los tres casos vemos de igual manera la vida restaurada inmediatamente por orden de Cristo.

Notemos en los versículos que tenemos ante nosotros *lo universal que es el dominio ejercido por la muerte sobre los hijos de los hombres*. Vemos cómo llega a la casa de un hombre rico arrancándole de un plumazo la niña de sus ojos. “Vino uno de casa del principal de la sinagoga a decirle: Tu hija ha muerto”. Noticias como estas son las copas más amargas que tenemos que beber en este mundo. Nada traspasa más profundamente el corazón del hombre que la partida de los seres queridos y su entierro. Pocos lamentos son tan terribles y tristes como los de un padre que ha perdido a un hijo único.

¡La muerte es ciertamente un enemigo cruel! No hace distinción en sus ataques. Llega al recibidor de la casa del rico igual que a la choza del pobre. De ella no escapa ni el joven, ni el fuerte, ni el hermoso, igual que no escapa el anciano, el enfermo y el canoso. Ni todo el oro de Australia ni toda la habilidad de los médicos pueden apartar las garras de la muerte de nuestros cuerpos cuando llega su día. Cuando llegue la hora señalada y Dios le permita golpearnos, quedarán truncados nuestros proyectos en el mundo y nuestros seres queridos serán llevados y sepultados ante nuestros ojos.

Estos pensamientos son tristes y a pocos les agrada escucharlos. Ante la cuestión de la muerte se cierran los ojos y se rehúsa mirar. Todos piensan que todos los hombres son mortales menos ellos mismos. ¿Pero por qué tratamos esta gran realidad de esta manera? ¿No es mejor mirar a la cara la cuestión de la muerte para que, cuando nos toque, estemos preparados para morir? La muerte llegará a nuestras casas tanto si nos gusta como si no. La muerte nos llevará a cada uno aunque nos desagrade oír hablar de ella. Sin duda, el hombre sabio debe estar preparado para este gran cambio. ¿Por qué no nos preparamos? Hay Alguien que puede librarnos del temor a la muerte (cf. Hebreos 2:15). Cristo ha vencido a la muerte y “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10). El que cree en Él, tiene vida eterna y, aunque esté muerto, vivirá (cf. Juan 6:47; 11:25). Creamos en el Señor Jesús y entonces la muerte perderá su aguijón. Podremos decir con Pablo: “Para mí […] el morir es ganancia” (Filipenses 1:21).

Notemos en los versículos que tenemos ante nosotros, en segundo

lugar, *que la fe en el amor y poder de Cristo es el mejor remedio en tiempo de pruebas*. Se nos dice que, cuando Jesús escuchó las noticias de que la hija del gobernante estaba muerta, le dijo: “No temas; cree solamente, y será salva”. Estas palabras, sin duda, fueron dichas en referencia inmediata al milagro que nuestro Señor estaba a punto de efectuar. Pero no debemos dudar de que también tenían el propósito de un perpetuo beneficio para la Iglesia de Cristo. Tenían el propósito de revelarnos el gran secreto para tener consuelo en la hora de necesidad. Ese secreto es ejercer la fe, volver al pensamiento del corazón amante y la mano poderosa de Cristo; en una palabra: creer.

Que la petición de más fe forme parte de todas nuestras oraciones diarias. Cuando tengamos paz, tranquilidad y quietud de espíritu, digamos a menudo: “Señor, aumenta nuestra fe”. Cada semana pueden ocurrirnos cientos de cosas dolorosas en este mundo inicuo de las que nuestras pobres mentes no entienden la razón. Sin fe estaremos continuamente angustiados y deprimidos. Nada nos hará estar más contentos y tranquilos que un sentido permanente del amor de Cristo, de la sabiduría de Cristo, del cuidado que Cristo tiene de nosotros y del control providencial de Cristo de todos nuestros asuntos. La fe hará que no tengamos “temor de malas noticias” (Salmo 112:7). La fe hace que descansemos y esperemos tiempos mejores. La fe es capaz de ver luz aun en la hora de tinieblas y una necesidad para las pruebas más duras. La fe puede encontrar lugar para edificar “Eben-ezeres” en cualquier circunstancia y cantar cánticos en la noche en cualquier situación. “El que creyere, no se apresure”. “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera” (Isaías 28:16; 26:3). De nuevo debemos permitir que la lección se grabe en nuestras mentes. Si queremos viajar por este mundo teniendo consuelo, debemos “creer”.

Notemos en estos versículos, por último, *el pleno poder que posee nuestro Señor Jesucristo aun sobre la muerte*. Se nos dice que fue a casa de Jairo y cambió su lamento en cántico. Tomó la mano del cuerpo sin respiración de la hija del gobernante y “clamó diciendo: Muchacha, levántate”. Inmediatamente, por aquella voz todopoderosa, le fue restaurada la vida. “Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó”.

Alentémonos con el pensamiento de que existe un límite para el poder de la muerte. El rey de los terrores es muy fuerte. ¡Cuántas generaciones ha segado y reducido a polvo! ¡Cuántos de los sabios, fuertes y justos se ha tragado y han sido arrebatados en el mejor momento! ¡Cuántas victorias ha obtenido y cuán a menudo ha escrito “vanidad de vanidades” sobre el orgullo humano! Los patriarcas, reyes, profetas y apóstoles, todos se vieron obligados en su momento a rendirse ante ella. Todos murieron. Pero gracias sean dadas a Dios porque hay Uno mayor que la muerte. Hay Alguien que dijo: “Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol” (Oseas

13:14). Se trata del Amigo de pecadores, de Cristo Jesús el Señor. Mostró su poder frecuentemente cuando vino a la Tierra por primera vez, en casa de Jairo, junto a la tumba de Betania, en la puerta de Naín. Lo demostrará a todo el mundo cuando regrese: “Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Corintios 15:26). “La tierra dará sus muertos” (Isaías 26:19).

Dejemos el pasaje con el pensamiento consolador de que las cosas que ocurrieron en casa de Jairo tipifican las buenas cosas venideras. La hora viene, y será pronto, cuando la voz de Cristo llamará a todo su pueblo de sus tumbas y lo reunirá para no partir nunca más. Los maridos creyentes volverán a ver a sus esposas creyentes. Los padres creyentes volverán a ver a sus hijos creyentes. Cristo unirá a toda la familia en el gran hogar celestial y todas las lagrimas serán enjugadas de todos los ojos.

Notas: Lucas 8:49–56

V. 49: *[Tu hija ha muerto]*. Comenta Chemnitius que, con una excepción (Marcos 1:30), nunca leemos en los Evangelios acerca de hijos que van a Cristo a favor de sus padres, aunque frecuentemente leemos acerca de padres que claman a favor de sus hijos. Hace la profunda observación de que “el amor tiende más a descender que a ascender”.

[Maestro]. Se debe advertir que la palabra griega así traducida no es la misma que se utiliza en el versículo 45. Aquí significa “maestro”. [El término empleado en el versículo 45 hace más bien referencia a la autoridad de Cristo, N.E.].

V. 51: *[Pedro, Santiago y Juan]*. Debemos recordar que estos tres apóstoles fueron apartados tres veces del grupo de los doce y se les permitió acompañar a nuestro Señor en ocasiones especiales. Estaban con Él en el monte de la Transfiguración, en el huerto de Getsemaní y cuando tuvo lugar este milagro. Ninguno de los Apóstoles tuvo una revelación tan clara de la divinidad de nuestro Señor, de la humanidad de nuestro Señor y del poder de nuestro Señor y su compasión hacia los afligidos y los pecadores.

V. 52: *[No está muerta, sino que duerme]*. Se ha dicho mucho acerca de la dificultad que plantea esta expresión, pero no está justificado. Su fuerza ha llevado a algunos a afirmar que la hija de Jairo no estaba verdadera y literalmente muerta, sino solo en trance. Semejante afirmación contradice el contexto, mientras que no hay verdadera dificultad en la expresión que no admita explicación.

Burkitt señala que lo que quería decir nuestro Señor era lo siguiente: “Está muerta para ti, pero dormida para mí; no tan muerta como para estar fuera de mi alcance el devolverle la vida”.

Alford dice que “estas palabras probablemente se utilizan en referencia al rápido despertar que seguiría”.

Joness, de Nayland, dice: “Como solo tenemos ideas imperfectas de la relación y la diferencia entre la vida y la muerte, nuestro Salvador, cuando estaba a punto de resucitar a la joven, dijo a los que estaban presentes que la niña no estaba muerta, sino dormida. No dijo que estaba muerta y que la resucitaría a la vida, sino que estaba dormida, de donde se deduce que despertaría. Aquellos que no estaban acostumbrados al lenguaje de signos y figuras se rieron, burlándose como si lo hubiera dicho por ignorancia, cuando había sido expresado con sabiduría y verdad consumadas. La sustitución de morir por dormir tiene la fuerza y el valor de todo un sermón en una sola palabra”.

V. 54: *[Echando fuera a todos]*. Cuando leemos esta expresión debemos recordar las palabras del versículo anterior: “Se burlaban de él”. Parece una norma de los encuentros de Cristo con los hombres el no imponerles las evidencias, sino más bien ocultar de los burladores y despreciadores aquellas pruebas de su misión que ofrece a otros. Y, como ocurría cuando estaba sobre la Tierra, lo mismo ocurre ahora. El espíritu de desprecio suele ser abandonado a menudo.

V. 55: *[Su espíritu volvió]*. Este es uno de aquellos textos que muestran claramente la existencia separada de espíritus y su independencia del cuerpo. Matthew Henry comenta: “Esto demuestra que nuestras almas existen y actúan en un estado de separación del cuerpo y que, por tanto, son inmortales; que la muerte no extingue la vela del Señor, sino que la saca de un farol apagado. Como observa Grotius, no es el temperamento del cuerpo o algo que muere con él; sino algo que subsiste por sí mismo y que, después de la muerte, está en un lugar diferente de donde está el cuerpo. No se nos dice dónde está el alma de la niña en el intervalo. Estaba en la mano del Padre de los espíritus, a quien regresan todas las almas al morir.

[Que se le diese de comer]. Esta sería la prueba definitiva de que su cuerpo estaba verdaderamente vivo de nuevo y que sus padres no veían una visión, sino carne y sangre materiales. Es la misma evidencia de resurrección que ofreció nuestro Señor a sus discípulos después de su propia resurrección de la muerte: “¿Tenéis aquí algo de comer? […] Y comió delante de ellos” (Lucas 24:41–43).

V. 56: *[Que a nadie dijesen]*. Notemos aquí, como en muchos lugares, las pocas ganas de publicidad que tenía nuestro Señor. Hacer grandes obras sin decir nada de ellas, actuar con poder pero sin ruido y tranquilamente es andar en los pasos de Cristo. Las corrientes menos profundas y los recipientes vacíos hacen más ruido.

Lucas 9:1–6

Estos versículos contienen las instrucciones de nuestro Señor a sus

doce Apóstoles cuando los envió por vez primera a predicar el Evangelio. El pasaje arroja mucha luz sobre la obra de los ministros cristianos en cada época. Sin duda, los poderes milagrosos que poseían los Apóstoles hacían que su posición fuera muy diferente de la de cualquier otro grupo de hombres en la Iglesia. Sin duda, en muchos aspectos eran únicos y no tuvieron sucesores. Pero las palabras de nuestro Señor en este lugar no se deben restringir por completo a los Apóstoles. Contienen profunda sabiduría para los maestros y predicadores cristianos de todos los tiempos.

Observemos que *la comisión de los Apóstoles contenía una referencia especial al diablo y a la enfermedad corporal*. Leemos que Jesús les dio "autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades".

Vemos aquí, como en un espejo, dos de las partes principales de las tareas del ministro cristiano. No debemos esperar que arroje a los espíritus malignos, pero sí que resista al diablo y todas sus obras y que mantenga una constante lucha espiritual contra el príncipe de este mundo. No debemos esperar que obre curaciones milagrosas, pero sí que se tome un interés especial en las personas enfermas, que las visite, que les muestre comprensión y las ayude, si es necesario, en la medida en que pueda. El ministro que no atiende a los miembros enfermos de su rebaño no es un verdadero pastor. No debe sorprenderse si la gente dice que se preocupa por esquilar a su rebaño más que por su salud. El ministro que permite que el alcoholismo, la blasfemia, la lascivia, las peleas, la rebeldía y cosas similares continúen en su congregación, sin reprobarlo, está obviando una clara obligación de su ministerio. No está luchando contra el diablo. No es un verdadero sucesor de los Apóstoles.

Observemos, en segundo lugar, que *una de las principales obras que se encargaron a los Apóstoles fue la predicación*. Leemos que nuestro Señor "los envió a predicar el reino de Dios" y que "pasaban por todas las aldeas, anunciando el evangelio".

Se puede deducir claramente de este pasaje la importancia de la predicación como medio de gracia, aunque se dé sola. Pero es solo un ejemplo, entre muchos, del elevado valor que la Biblia otorga por todas partes a la predicación. Es, en efecto, el instrumento escogido por Dios para hacer bien a las almas. Por medio de ella se convierten los pecadores, son convencidos los que buscan y edificados los santos. Un ministerio de predicación es absolutamente esencial para la salud y prosperidad de una iglesia visible. El púlpito es el lugar donde siempre se han obtenido las principales victorias del Evangelio, y ninguna iglesia en la que se haya desatendido el púlpito ha hecho nunca demasiado por el avance de la verdadera religión. ¿Queremos saber si un ministro es un hombre verdaderamente apostólico? Si es así, prestará la mejor de sus atenciones a sus sermones. Trabajará y orará para hacer que su predicación sea eficaz y le dirá a su congregación

que la predicación producirá los mejores resultados en sus almas. El ministro que exalta los sacramentos o las formas eclesiásticas por encima de la predicación puede ser un ministro celoso, sincero, concienzudo y respetable; pero su celo no es según el conocimiento. No es un seguidor de los Apóstoles.

Observemos, en tercer lugar, que nuestro Señor encarga a sus Apóstoles, cuando los envía, *prepararse para tener hábitos sencillos y contentarse con las cosas tal como son*. Les ordena: “No toméis nada para el camino, ni bordón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni llevéis dos túnicas. Y en cualquier casa donde entréis, quedad allí, y de allí salid”. En parte, estas instrucciones se aplican sobre todo a un período concreto. Llegó un día cuando nuestro Señor mismo ordenó que “el que no tiene espada, venda su capa y compre una” (Lucas 22:36). Pero, en parte, estas instrucciones contienen una lección para todos los tiempos. Todos los ministros del Evangelio deben recordar el espíritu de estos versículos.

La idea principal que transmiten las palabras es una advertencia contra la mundanalidad y los hábitos lujosos. ¡Bueno sería para el mundo y la Iglesia que se hubiera prestado más atención a esta advertencia! De ningún sector ha sufrido el cristianismo tanto daño como de manos de sus propios maestros. En ningún punto han errado tanto y tan frecuentemente sus maestros como en la cuestión de la mundanalidad personal y la vida lujosa. A menudo destruyen, por sus vidas cotidianas, toda la obra de sus labios. Dan ocasión a los enemigos de la religión de decir que aman la comodidad, el dinero y los bienes más que las almas. ¡Debemos orar diariamente para que la Iglesia se vea libre de ministros así! Son una piedra viva de tropiezo en el camino al Cielo. Son ayudadores para la causa del diablo y no para la de Dios. El predicador cuyo afecto está puesto en el dinero, la ropa, las fiestas y la búsqueda de placer ha equivocado claramente su vocación. Ha olvidado las instrucciones de su Maestro. No es un hombre apostólico.

Observemos, por último, que *nuestro Señor prepara a sus discípulos para encontrarse con la incredulidad y la falta de arrepentimiento en aquellos a quienes predican*. Habla de los que “no os recibieren” como una clase de personas que deben esperar encontrarse. Les dice cómo comportarse cuando no son recibidos, como si fuera un estado de cosas para el que deben prepararse.

Todos los ministros del Evangelio harían bien en leer con cuidado esta parte de las instrucciones de nuestro Señor. Todos los misioneros y predicadores itinerantes, y maestros de escuela dominical, harían bien en aprenderlo de memoria. Que no se desanimen si su obra parece en vano y su trabajo inútil. Recuerden que los primeros predicadores y maestros a quienes empleó Jesús fueron enviados con una clara advertencia de que no todos creerían. Que continúen trabajando con paciencia y siembren la buena semilla sin desmayar. La

responsabilidad es de ellos. Los resultados son de Dios. Los Apóstoles pueden plantar y regar. El Espíritu Santo es el único que puede dar vida espiritual. El Señor Jesús conoce cómo es el corazón del hombre. No desprecia a sus obreros porque poca de la semilla sembrada dé fruto. Quizá la cosecha sea pequeña. Pero todo obrero será recompensado según su obra.

Notas: Lucas 9:1–6

V. 1: *[Sus doce discípulos]*. Se debe advertir que Judas Iscariote, el falso apóstol y traidor, fue uno de aquellos doce a quienes nuestro Señor envió a predicar y sanar a los enfermos. No debe sorprendernos ver predicadores y ministros del Evangelio que no están convertidos. Nuestro Señor permitió que hubiera uno entre sus Apóstoles con el fin de mostrar que no debemos esperar ver el mal mezclado con el bien en este mundo. La más excelsa labor y dignidad eclesiástica no aporta prueba alguna de que un hombre tenga la gracia de Dios.

[Les dio poder]. Teofilacto comenta la evidencia que tenemos aquí del divino poder de nuestro Señor. No solo podía obrar milagros Él mismo, sino que podía otorgar poder a otros para que los hicieran.

V. 2: *[Los envió a predicar]*. Se debe advertir con cuidado que, hablando literal y precisamente, no hay tal cosa como la sucesión apostólica. La labor de los Apóstoles fue única, especial y diferente, y cesó con ellos. Los ministros de las iglesias de Cristo son sucesores de Timoteo y de Tito, pero no de los Apóstoles.

V. 3: *[No toméis nada para el camino]*. Merece la pena leer las palabras de Quesnel sobre este versículo: “Los hombres nunca podrán establecer el Reino de Dios en los corazones de las personas si no demuestran ellos mismos estar plenamente persuadidos de aquellas verdades que predican. ¿Y cómo pueden demostrarlo si las contradicen de plano con su conducta y comportamiento? Si alguien desea persuadir a otros de que no deben preocuparse por las cosas superfluas, no debe parecer demasiado preocupado ni siquiera por las necesarias”.

[Alforja]. La palabra así traducida hace referencia a una pequeña bolsa para llevar provisiones dentro.

V. 4: *[Quedad allí, y de allí salid]*. El objeto de este mandato es evidente. Los Apóstoles debían tener cuidado de no parecer inconstantes, volubles, amantes de los lujos y difíciles de agradar. Como hombres que consideraban el mundo como una posada y el Cielo como su hogar, debían conformarse con cualquier alojamiento y trato.

V. 6: *[Anunciando el evangelio]*. Es un pensamiento terrible que uno de los que hicieran esto fuera Judas Iscariote. No parece haber razones para suponer que predicó con menos fidelidad o poder que los demás Apóstoles.

Pero su corazón nunca fue recto a los ojos de Dios. ¡Que un hombre predique el Evangelio no es prueba de que se haya convertido! (cf. Filipenses 1:15). Se puede predicar de Cristo por falsos motivos.

Lucas 9:7–11

Destaquemos en este pasaje *el poder de una mala conciencia*. Se nos dice que "Herodes el tetrarca oyó de todas las cosas que hacía Jesús; y estaba perplejo". Y decía: "A Juan yo le hice decapitar; ¿quién, pues, es éste?". Aunque era grande y poderoso, las noticias del ministerio de nuestro Señor le hacían recordar sus pecados y le molestaban en su palacio real. Aunque estaba rodeado de todo lo que se considera que hace la vida más grata, el anuncio de otro predicador de justicia le llenaba de alarma. Venía a su mente el recuerdo de su propia maldad por haber matado a Juan el Bautista. Sabía que había hecho mal. Se sentía culpable, condenado e insatisfecho consigo mismo. Ciertas y exactas son aquellas palabras de Salomón: "El camino de los transgresores es duro" (Proverbios 13:15). El pecado de Herodes le había traicionado. La prisión y la espada habían silenciado la lengua de Juan el Bautista, pero no podían acallar la voz interior de Herodes. La Verdad de Dios no se puede silenciar, ni atar, ni matar.

La conciencia es una parte muy poderosa de nuestra constitución natural. No puede salvar nuestras almas. Nunca conduce a un hombre a Cristo. Con frecuencia es ciega e ignorante y se equivoca. Pero a menudo da un tremendo testimonio contra el pecado en el corazón del pecador que le hace sentir "cuán malo y amargo" es dejar a Dios. Los jóvenes, especialmente, deben recordar esto y así vigilar sus caminos. No deben congratularse de que todo está bien cuando sus pecados son pasados, ya se han cometido y han sido olvidados por el mundo. Deben saber que la conciencia puede revelar cada pecado a sus mentes y hacer que le muerdan como una serpiente. Millones de personas darán testimonio en el último día de que la experiencia de Herodes es la suya propia. La conciencia hace salir los viejos pecados de sus tumbas para pasearse de acá para allá en sus corazones. En medio de la aparente felicidad y prosperidad hay aflicción y angustia interior. ¡Felices aquellos que han encontrado la única curación para una mala conciencia! Nada podrá sanarla salvo la sangre de Cristo.

Señalemos, en segundo lugar, *la importancia para los cristianos de la privacidad y el retiro ocasionales*. Se nos dice que, cuando los Apóstoles regresaron de su primer trabajo ministerial, nuestro Señor "tomándolos, se retiró aparte, a un lugar desierto". No podemos dudar

de que hizo esto con un profundo sentido. Tenía el propósito de enseñar la gran lección de que aquellos que trabajan públicamente con las almas de otros deben tener cuidado de dejar tiempo para estar a solas con Dios.

Se trata de una lección que muchos cristianos harían bien en recordar. Apartarse ocasionalmente, examinarse, meditar y tener comunión secreta con Dios son cosas absolutamente esenciales para la salud espiritual. Aquel que no lo hace está en gran peligro de caer. Estar *siempre* predicando, enseñando, hablando, escribiendo y obrando de cara al público es, sin duda, una muestra de celo. Pero no siempre es una señal de celo según el conocimiento. A menudo conduce a ciertas consecuencias. *Debemos* dedicar un tiempo ocasionalmente a sentarnos y mirar dentro de nosotros con calma, examinando cómo están las cosas entre nosotros y Cristo. La omisión de esta práctica es la verdadera causa de muchos deslices que escandalizan a la Iglesia y dan ocasión al mundo de blasfemar. Muchos podrían decir con tristeza, en palabras de Cantares: “Me pusieron a guardar las viñas; y mi viña, que era mía, no guardé” (Cantares 1:6).

Por último, señalemos en este pasaje *la disposición de nuestro Señor Jesucristo para recibir a todos los que van a Él*. Se nos dice que, cuando la multitud le siguió al desierto adonde se había retirado, “les recibió, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban ser curados”. Aunque esta intrusión podía parecer descortés y no se les había invitado, no fueron rechazados por nuestro Señor. Siempre estaba más dispuesto a dar instrucción de lo que las personas estaban dispuestas a pedir, y más dispuesto a enseñar de lo que la gente lo estaba a recibir enseñanza.

Pero el incidente, aunque parezca insignificante, concuerda exactamente con todo lo que leemos en los Evangelios acerca de la gentileza y condescendencia de Cristo. Nunca le vemos tratar a la gente según lo que merecen. Nunca le vemos escrutar las motivaciones de sus oyentes o rehusar permitirles aprender de Él porque sus corazones no fueran rectos a los ojos de Dios. Su oído siempre estaba dispuesto a escuchar, su mano a trabajar y su lengua a predicar. Nadie que viniera a Él sería echado fuera. Independientemente de lo que se piense de su doctrina, nunca podrá decir nadie que Jesús de Nazaret era un “hombre severo” (cf. Lucas 19:21).

Recordemos esto en cuanto a nuestras propias almas en su relación con Cristo. Podemos acercarnos a Él con valor y abrirle nuestros corazones con confianza. Él es un Salvador de infinita compasión y ternura. “La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará” (Mateo 12:20). Los secretos de nuestra vida espiritual pueden ser tales que no queramos que nuestro amigo más íntimo los conozca. Las heridas de nuestras conciencias pueden ser profundas, estar ulceradas y necesitar el tratamiento más delicado. Pero no

tenemos por qué temer cosa alguna si lo entregamos todo a Jesús, el Hijo de Dios. Descubriremos que su bondad es ilimitada. Se verá que sus palabras son completamente ciertas: “Soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11:29).

Recordemos esto, por último, en nuestra relación con otras personas si somos llamados a prestarles ayuda en cuanto a sus almas. Esforcémonos por andar en los pasos del ejemplo de Cristo y, como Él, ser amables, y pacientes y estar siempre deseosos de ayudar. La ignorancia de los jóvenes que se inician en la religión es a veces irritante. Tenemos tendencia a cansarnos de su inestabilidad e inconstancia y de sus vacilaciones entre dos opiniones. Pero recordemos a Jesús y no nos cansemos. Él recibía a todos, hablaba con todos y hacía el bien a todos. Vayamos y hagamos lo mismo. Como Cristo nos trata a nosotros, así tratemos a los demás.

Notas: Lucas 9:7–11

V. 7: *[Estaba perplejo]*. La palabra griega así traducida aparece también en Lucas 24:4 y Hechos 2:12; 10:17. En el otro lugar donde se utiliza en el Nuevo Testamento se traduce como “dudaban” (Hechos 5:24).

[Resucitado de los muertos]. Se debe advertir que aquí y en los siguientes versículos se habla de la resurrección de los muertos como algo que se creía y se reconocía comúnmente como cierto entre los judíos. La idea de que los judíos anteriores a Cristo no sabían nada de la resurrección o de otra vida es completamente insostenible.

V. 9: *[Yo]*. Se debe advertir que la palabra griega para “yo” se repite dos veces en este versículo. Alford piensa que la repetición “implica una preocupación e inquietud personal por la creciente fama de Jesús”.

V. 10: *[Tomándolos, se retiró aparte]*. Se deben valorar con cuidado las palabras de Cecil sobre este asunto: “Si un hombre desea de verdad ponerse a trabajar, debe apartarse de la multitud. No debe vivir en el bullicio. Si siempre se está inmerso en las obligaciones diarias, estará siempre imbuido en su trabajo y no observará el camino por el que va”.

Luego añade: “Yo no sé como algunos cristianos se retiran y se apartan tan poco. Encuentro que el espíritu del mundo es un principio fuertemente asimilador. Veo que hace que las mentes vayan deprisa como consecuencia y hunde a los hombres en los desechos y en la basura de la naturaleza carnal. Hasta mi trabajo ministerial podría degenerar en un mero seguimiento de mis negocios y hacerme pregonar mis mercancías. Tengo la obligación de retirarme regularmente y decirle a mi corazón: ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde estás?”.

Lucas 9:12–17

El milagro descrito en estos versículos es relatado más frecuentemente en los Evangelios que todos los demás obrados por nuestro Señor. Sin duda, esta repetición significa algo. Trata de requerir una atención especial por nuestra parte a las cosas que contiene.

Por un lado, vemos en estos versículos *un impresionante ejemplo del poder divino de nuestro Señor Jesucristo*. Alimenta a una asamblea de 5000 hombres con cinco panes y dos peces. Hace que una escasa provisión de avituallamiento, apenas suficiente para sus necesidades diarias y las de sus discípulos, satisfaga el hambre de una compañía tan grande como una legión romana. No puede haber error acerca de la realidad y grandeza de este milagro. Fue hecho públicamente y ante muchos testigos. El mismo poder que creó el mundo de la nada en el principio hizo que existiera un alimento que antes no existía. Las circunstancias de todo el suceso imposibilitaron el fraude. 5000 hombres hambrientos no habrían estado de acuerdo en que se habían saciado si no hubieran recibido verdadera comida. Nunca habrían sobrado “doce cestas de pedazos” si no se hubieran multiplicado milagrosamente verdaderos panes y peces materiales. En resumen, no se puede explicar todo lo ocurrido si no es apelando al dedo de Dios. La misma mano que envió maná del Cielo al desierto para alimentar a Israel fue la mano que hizo que cinco panes y dos peces cubrieran las necesidades de 5000 hombres.

El milagro que tenemos ante nosotros es una de las muchas pruebas de que con Cristo nada es imposible. El Salvador de los pecadores es todopoderoso. Él “llama a las cosas que no son, como si fuesen” (Romanos 4:17). Cuando quiere algo, lo hace. Cuando ordena algo, ocurrirá. Puede crear luz de las tinieblas, orden del desorden, fuerza de la debilidad, gozo de la aflicción y alimento de la nada. ¡Bendito sea Dios eternamente porque es así! Bien podríamos desesperar al ver la corrupción de la naturaleza humana y la dureza e incredulidad del corazón del hombre si no conociéramos el poder de Cristo. ¿Pueden vivir estos huesos? ¿Puede ser salvo determinado hombre o determinada mujer? ¿Puede convertirse un hijo o un amigo nuestro en un verdadero cristiano? ¿Podremos nosotros llegar a la cumbre del Cielo? Preguntas como estas no podrían ser respondidas si Jesús no fuera todopoderoso. Pero, gracias a Dios, Jesús tiene todo el poder en el Cielo y en la Tierra. Vive en el Cielo para nosotros, con poder para salvar a los más lejanos; y, por tanto, podemos tener esperanza.

Por otro lado, vemos en estos versículos *un impresionante símbolo de la capacidad de Cristo para suplir las necesidades espirituales de la Humanidad*. Todo el milagro es un cuadro. Vemos en él, como en un espejo, algunas de las verdades más importantes del cristianismo. Es,

en realidad, una gran parábola representada del glorioso Evangelio.

¿Qué es aquella multitud que rodeaba a nuestro Señor en el desierto, pobre, necesitada y sin alimento? Es una figura de la Humanidad. Somos una compañía de pobres pecadores en medio de un mundo malvado, sin fuerzas ni poder para salvarnos a nosotros mismos y en grave peligro de perecer por nuestra hambre espiritual.

¿Quién es aquel misericordioso Maestro que tuvo compasión de aquella multitud muerta de hambre en el desierto y que le dijo a sus discípulos “dadles vosotros de comer”? Es Jesús mismo, siempre compasivo, siempre bondadoso, siempre dispuesto a mostrar misericordia aun a los desagradecidos y a los malvados. Y no ha cambiado. Hoy sigue siendo el mismo que era hace diecinueve siglos. Arriba en el Cielo, a la diestra de Dios, mira hacia abajo a la inmensa multitud de pecadores muertos de hambre que cubren la faz de la Tierra. Sigue teniendo compasión de ellos, cuidándolos, sintiendo sus carencias y necesidades. Y continúa diciendo a sus seguidores creyentes: “He ahí la multitud, dadle vosotros de comer”.

¿Qué es esa maravillosa provisión que Cristo hace milagrosamente para la multitud que tiene delante? Es una figura del Evangelio. Aunque a muchos el Evangelio les parezca débil y despreciable, contiene lo necesario, y de sobra, para las almas de toda la Humanidad. Aunque la historia de un Salvador crucificado parezca pobre y despreciable a los sabios y prudentes, es poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree (cf. Romanos 1:16).

¿Quiénes son aquellos discípulos que recibieron los panes y los peces de manos de Cristo y los llevaron a la multitud hasta que se saciaron? Son una figura de todos los predicadores y maestros fieles del Evangelio. Su trabajo es sencillo y, sin embargo, profundamente importante. Son los encargados de poner delante de los hombres la provisión que Cristo ha hecho para sus almas. No han sido comisionados para ofrecer nada inventado por ellos. Todo lo que entregan a los hombres debe proceder de las manos de Cristo. En la medida en que ellos llevan a cabo fielmente este cometido, pueden esperar con confianza la bendición de su Maestro. Muchos, sin duda, rechazarán siempre comer el alimento que Cristo ha provisto. Pero si los ministros ofrecen el pan de vida a los hombres con fidelidad, la sangre de aquellos que se pierden no se les requerirá de sus manos.

¿Qué estamos haciendo nosotros? ¿Hemos descubierto que este mundo es un desierto, que nuestras almas deben ser alimentadas con el pan del Cielo o morirán eternamente? ¡Felices aquellos que han aprendido esta lección y han saboreado por experiencia que Cristo crucificado es el verdadero pan de vida! El corazón del hombre nunca puede quedar satisfecho con las cosas de este mundo. Siempre está vacío, hambriento, sediento e insatisfecho hasta que acude a Cristo. Solo aquellos que escuchan la voz de Cristo, que le siguen y que son alimentados por Él por la fe serán “saciados”.

Notas: Lucas 9:12–17

V. 14: *[En grupos, de cincuenta en cincuenta]*. La palabra traducida como "grupos" se utiliza solo en este lugar en el Nuevo Testamento. Significa "un grupo de personas reclinadas para comer".

El amor al orden que tenía nuestro Señor y el disgusto que le producía la confusión aparecen claramente en la descripción que tenemos aquí acerca de la disposición de la multitud antes de ser alimentada. Nos enseña la importancia de hacerlo todo de una manera metódica y ordenada.

V. 17: *[Doce cestas de pedazos]*. Notemos que a nuestro Señor le desagrada el despilfarro. Si "el gran guardián del mundo —dice Burkitt— es tan minucioso en cuanto a guardar los pedazos, ¿qué dirá en el día del Juicio de quien no da importancia a perder el tiempo, el dinero, la salud y las fuerzas al servicio del pecado y del mundo?".

Merece la pena señalar el comentario de Brentius acerca de este milagro. Él dice: "Todo el capítulo 6 de S. Juan es la verdadera explicación del empleo de este milagro. Cristo es el pan de vida, y aquel que come de Él vivirá eternamente".

[Cestas]. La palabra griega así traducida solo se utiliza en el Nuevo Testamento en el relato de Mateo, Marcos, Lucas y Juan de este milagro. Hace referencia a una cesta de mimbre como la que los judíos solían llevar con ellos, a la que hace también referencia el poeta romano Juvenal. Merece la pena advertir que, en el segundo milagro de alimentación de la multitud —relatado por Mateo y Marcos solamente— donde sobraron *siete cestas* de pedazos, la palabra traducida como "cesta" es completamente diferente de la utilizada aquí. En aquel milagro hace referencia a una gran cesta de mimbre, y dice Hesychius que es un recipiente para el trigo. En cualquier caso, se trata de una cesta muy grande, porque es la misma palabra que se utiliza donde se dice que a S. Pablo "le bajaron por el muro, descolgándole en una canasta" (Hechos 9:25).

Lucas 9:18–22

Fijémonos en este pasaje en *la variedad de opiniones acerca de nuestro Señor Jesucristo que prevalecieron durante su ministerio terrenal*. Se nos dice que algunos dijeron que era Juan el Bautista, otros que era Elías y otros que uno de los antiguos profetas había resucitado. Hay algo en común en todas estas opiniones. Todas concordaban en que la doctrina de nuestro Señor no era como la de los escribas y fariseos. Todas veían en Él a un valiente testigo contra el mal que había en el mundo.

Nunca debe sorprendernos encontrar la misma variedad de

opiniones acerca de Cristo y su Evangelio en nuestros propios tiempos. La Verdad de Dios molesta a la comodidad espiritual de los hombres. Les obliga a pensar. Les hace comenzar a hablar, a razonar, a conjeturar y a inventar teorías para explicar su extensión en algunas partes y su rechazo en otras. Miles en cada época de la Iglesia invierten sus vidas de esta manera y nunca llegan al punto de acercarse a Dios. Se satisfacen a sí mismos dedicándose a la triste murmuración acerca de los sermones del predicador o de las opiniones del autor. Piensan: “Este hombre va demasiado lejos”; “este otro no llega”. Algunas doctrinas las aprueban y otras las rechazan. A algunos maestros los consideran “sanos” y a otros “equivocados”. Tienen bastantes dudas acerca de lo que es verdadero o lo que es correcto. Los años van transcurriendo y los encuentran en el mismo estado: hablando, criticando, encontrando faltas, haciendo conjeturas, pero nunca pasan de ahí; rondan como las polillas alrededor de la religión, pero sin establecerse nunca como las abejas para alimentarse de sus tesoros. Nunca se adhieren a Cristo de verdad. Nunca se dedican de corazón a la gran tarea de servir a Dios. Nunca toman la cruz y se convierten en cristianos cabales. Y al final, después de tanto hablar, mueren en sus pecados, sin estar preparados para encontrarse con Dios.

No nos conformemos con una religión de esta clase. No nos salvará el hablar y conjeturar, ni discutir opiniones sobre el Evangelio. El cristianismo que salva se capta personalmente, se experimenta personalmente, se siente personalmente y se posee personalmente. No hay la más mínima excusa para detenerse a charlar, opinar y conjeturar antes de llegar. Los judíos del tiempo de nuestro Señor podrían haber averiguado, si hubieran buscado honradamente, que Jesús de Nazaret no era ni Juan el Bautista, ni Elías ni un antiguo profeta, sino el Cristo de Dios. El cristiano que conjetura en nuestros días podría quedar satisfecho en cuanto a todo lo necesario para la salvación si verdadera, sincera y humildemente buscara la enseñanza del Espíritu. Las palabras de nuestro Señor son importantes y solemnes: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:17). La obediencia honrada y práctica es una de las llaves de la puerta del conocimiento.

Notemos en este pasaje, en segundo lugar, *el conocimiento y la fe especiales mostrados por el apóstol Pedro*. Leemos que, cuando nuestro Señor preguntó a sus discípulos: “¿Y vosotros, quién decís que soy? Entonces respondiendo Pedro, dijo: El Cristo de Dios”.

Esta fue una noble confesión, y en nuestros días a duras penas podemos darnos cuenta de todo su valor. Para valorarla correctamente debemos colocarnos en el lugar de los discípulos de nuestro Señor. Debemos recordar que los grandes, sabios y eruditos de su propia nación no veían belleza alguna en su Maestro y no le aceptaban como

el Mesías. Debemos recordar que no veían dignidad real en su Maestro, ni corona, ni ejército, ni dominio terrenal. No veían más que a un pobre hombre que con frecuencia no tenía ni un lugar donde reclinar su cabeza. Y, sin embargo, fue en este tiempo y bajo estas circunstancias cuando Pedro declaró valientemente su fe en que Jesús era el Cristo de Dios. ¡Ciertamente, esto era una gran fe! Estaba mezclada, sin duda, con mucha ignorancia e imperfección. Pero, a pesar de todo, era una fe única. Aquel que la tenía era un hombre extraordinario y muy adelantado a la época en la que vivió.

Debemos orar con frecuencia para que Dios levante más cristianos del temple de Pedro. Aunque a veces se equivocó y mostró inestabilidad y desconocimiento de su propio corazón, aquel bendito Apóstol fue en algunos aspectos único entre la multitud. Tenía fe, celo y amor por la causa de Cristo cuando casi todo Israel era incrédulo y frío. Queremos más hombres de esta clase. Queremos hombres que no tengan miedo de levantarse solos y adherirse a Cristo cuando la mayoría están en su contra. Los hombres así, como Pedro, pueden equivocarse tristemente en ocasiones, pero a largo plazo harán más bien que otros. El conocimiento, sin duda, es algo excelente; pero el conocimiento sin celo y sin calor nunca hará mucho bien al mundo.

Notemos en este pasaje, en tercer lugar, *la predicción que hace nuestro Señor de su próxima muerte*. Leemos que dijo: “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día”. Estas palabras, cuando las leemos ahora, suenan claras y diáfanas; pero por debajo de su superficie hay dos verdades que se deben recordar cuidadosamente.

Por un lado, la predicción de nuestro Señor nos muestra que su muerte en la Cruz fue un acto voluntario de su propia voluntad libre. No fue entregado a Pilato y crucificado porque no pudiera evitarlo y porque careciera de poder para vencer a sus enemigos. Su muerte fue el resultado del eterno consejo de la bendita Trinidad. Se había comprometido a sufrir por el pecado del hombre, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Se había comprometido a llevar nuestros pecados como nuestro Sustituto y Fiador, y los llevó voluntariamente en su propia persona sobre el madero. Vio el Calvario y la Cruz delante de sí todos los días de su ministerio. Subió a ella voluntariamente, con conocimiento y con su pleno consentimiento, para pagar nuestras deudas con su propia sangre. Su muerte no fue la muerte de un mero hijo débil del hombre que no pudo escapar; sino la muerte de Alguien que era Dios de Dios y que había decidido ser castigado en nuestro lugar.

Por otro lado, la predicción de nuestro Señor nos muestra el efecto cegador de los prejuicios en las mentes de los hombres. Aunque ahora sus palabras nos parezcan claras y diáfanas, sus discípulos no las comprendieron. Oyeron como si no oyeran. No podían comprender que

el Mesías tuviera que ser “cortado”. No podían aceptar la doctrina de que su propio Maestro tenía que morir. Y de ahí que, cuando su muerte tuvo lugar verdaderamente, quedaran asombrados y confundidos. Aunque se lo había dicho a menudo, nunca lo consideraron un hecho.

Vigilemos y oremos contra los prejuicios. Muchas personas celosas se han desviado lamentablemente debido a ellos y han sido traspasadas por muchos dolores. Tengamos cuidado de no permitir que las tradiciones, las viejas ideas preconcebidas, las malas interpretaciones y las teorías religiosas sin fundamento arraiguen en nuestros corazones. Solo hay una prueba de la Verdad: ¿Qué dice la Escritura? Ante esto, todo prejuicio debe ser derribado.

Notas: Lucas 9:18–22

V. 18: *[Oraba aparte]*. No olvidemos advertir lo frecuentemente que se menciona el hábito de nuestro Señor de la oración personal en los Evangelios. Da ejemplo a todos los que trabajan para Dios. La mucha oración personal es uno de los secretos del éxito.

V. 19: *[Juan el Bautista [...] Elías [...] algún profeta de los antiguos]*. Se debe recordar que hablar y conjeturar acerca de Cristo y su Evangelio es una de las grandes trampas de Satanás para destruir las almas. Muchos hombres disimulan su pereza e indolencia religiosa bajo la excusa de la diversidad de opiniones y la dificultad para saber lo que está bien.

V. 20: *[El Cristo de Dios]*. Se debe advertir que esta expresión es como decir “el Mesías de Dios”, el Salvador anunciado de quien habló Daniel (cf. Daniel 9:21).

V. 21: *[Que a nadie dijesen esto]*. Hay un tiempo de callar así como otro de hablar. Nuestro Señor sabía que la proclamación pública de ser el Mesías le causaría ser cortado antes de tiempo.

V. 22: *[Es necesario que [...] padezca]*. La palabra griega traducida “es necesario” en este lugar no tiene tanto el sentido de obligación o de necesidad que conlleva nuestra traducción inglesa “*must*”. Más bien significa “es conveniente, es apropiado, es necesario para determinados grandes fines y propósitos”. En Lucas 24:26, la misma expresión se traduce en inglés como “*ought*”: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas…?”.

Lucas 9:23–27

Estas palabras de nuestro Señor Jesucristo contienen tres grandes lecciones para todos los cristianos. Se aplican a todos los rangos y clases sin excepción. Son para todas las épocas y todos los tiempos y para todas las ramas de la Iglesia visible.

Por un lado aprendemos *la absoluta necesidad de la abnegación diaria*. Debemos crucificar la carne cada día, vencer al mundo y resistir al diablo. Debemos subyugar nuestros cuerpos y tenerlos en sujeción. Debemos estar en guardia, como soldados en el país del enemigo. Debemos luchar una batalla diaria y pelear en una guerra diaria. La orden de nuestro maestro es clara y diáfana: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”.

Ahora, ¿qué sabemos de todo esto? Sin duda es una pregunta que es necesario que nos formulemos. Asistir a la iglesia de manera formal y participar con corrección en el culto de adoración no puede ser el cristianismo del que habla Cristo aquí. ¿Dónde está nuestro negarnos a nosotros mismos? ¿Dónde está nuestro llevar diariamente la cruz? ¿Donde está nuestro seguimiento de Cristo? Sin una religión de esta clase nunca seremos salvos. Un Salvador crucificado nunca se conformará con tener un pueblo egoísta, cómodo y con mentalidad mundana. ¡Sin negarnos a nosotros mismos no hay verdadera gracia! ¡Sin cruz no hay corona! “Pero los que son de Cristo —dice S. Pablo— han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24). “Porque todo el que quiera salvar su vida —dice el Señor Jesús—, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará”.

Por otro lado, aprendemos de las palabras de nuestro Señor Jesús en este pasaje *el indecible valor del alma*. Se plantea una pregunta que admite solo una respuesta: “¿Qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?”.

La posesión de todo el mundo y de todo lo que contiene nunca hará que un hombre sea feliz. Sus placeres son falsos y engañosos. Sus riquezas, posición y honores carecen de poder para satisfacer el corazón. Mientras no los tenemos, resplandecen, brillan y parecen deseables. En el momento en que los tenemos descubrimos que son burbujas vacías incapaces de satisfacernos. Y lo peor de todo es que, cuando poseemos las cosas buenas de este mundo, ni siquiera el mayor de nuestros deseos podemos conservarlo. Llega la muerte y nos separa de toda nuestra propiedad para siempre. Desnudos vinimos a la Tierra y desnudos saldremos de ella, y de todas nuestras posesiones no podemos llevarnos ninguna con nosotros. ¡Así es el mundo que ocupa la total atención de miles! ¡Así es el mundo por el que millones destruyen sus almas cada año!

La pérdida del alma es la mayor pérdida que puede acontecer a una persona, la peor y más dolorosa de las enfermedades, la ruina más penosa, el naufragio más desastroso. Todas las demás pérdidas son soportables, o duran un breve tiempo, pero la pérdida del alma es para siempre. Es perder a Dios, a Cristo, el Cielo, la gloria y la felicidad para

toda la eternidad. ¡Es ser desechado para siempre y quedar desamparado y sin esperanza en el Infierno!

¿Qué estamos haciendo nosotros? ¿Estamos perdiendo nuestras almas? ¿Nos estamos labrando —por medio de una negligencia intencionada o del pecado manifiesto, por una total indiferencia e indolencia o por quebrantar deliberadamente la Ley de Dios— nuestra propia destrucción? Estas preguntas exigen una respuesta. La situación evidente de muchos de los que profesan ser cristianos es que están pecando diariamente contra el sexto mandamiento: ¡Están asesinando sus propias almas!

Por último, de las palabras de nuestro Señor aprendemos *la culpa y el peligro de avergonzarnos de Cristo y sus palabras*. Leemos que dice: "El que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles".

Hay muchas formas de avergonzarse de Cristo. Somos culpables de ello cuando tenemos miedo de dar a conocer a los hombres que amamos sus doctrinas, sus preceptos, su pueblo y sus ordenanzas. Somos culpables de ello siempre que permitimos que el temor al hombre prevalezca sobre nosotros y nos impida permitir que otros vean que somos cristianos convencidos. Siempre que actuamos de esta manera, estamos negando a nuestro Maestro y cometiendo un gran pecado.

La iniquidad de avergonzarse de Cristo es muy grande. Es una prueba de incredulidad. Muestra que nos preocupa más la alabanza del hombre, a quien podemos ver, que la de Dios, a quien no podemos ver. Es una prueba de ingratitud. Muestra que tememos confesar delante del hombre a Aquel que no se avergonzó de morir por nosotros en la Cruz. Quien permite el acceso a este pecado es verdaderamente despreciable. Aquí, en este mundo, es siempre desdichado: una mala conciencia le quita la paz. No puede encontrar consuelo en el mundo venidero: en el día del Juicio le espera ser rechazado por Cristo para toda la eternidad si no confiesa a Cristo durante unos cuantos años sobre la Tierra.

Decidámonos a no avergonzarnos nunca de Dios. Bien podemos avergonzarnos del pecado y de la mundanalidad. De Cristo y su causa no tenemos derecho a avergonzarnos en absoluto. El valor en el servicio a Cristo siempre trae su propia recompensa. El cristiano más valiente es siempre el más feliz.

Notas: Lucas 9:23–27

V. 23: *[Quiere venir]*. [La nota hace referencia a la traducción de la versión inglesa utilizada por el autor: "*will come*", N.T.]. La palabra "will" aquí

y en la expresión del versículo siguiente se debe interpretar como querer o desear. No es un tiempo futuro, sino la misma palabra griega que se utiliza en Juan 5:40: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida”.

[Tome su cruz]. Campbell comenta sobre esta expresión: “Todo el que era condenado por los romanos a la crucifixión era obligado a llevar la cruz en la que iba a ser colgado hasta el lugar de ejecución. De esta manera fue tratado nuestro Señor”.

“Como este no era un castigo judío, sino romano, la mención del mismo en esta ocasión puede verse justamente como la primera insinuación de nuestro Señor acerca de la muerte que sufriría. Siendo lo corriente en el país ejecutar a los criminales de esta manera, la expresión se consideraría proverbial para prepararse para lo peor”.

Quesnel comenta sobre este versículo: “Fijémonos en especial en las palabras: ‘decía a todos’ y ‘cada día’. Ninguna persona tiene excusa y no se exceptúa día alguno. Por tanto, ¿en qué piensan y a qué aspiran aquellos que convierten cada día en un día de placer, lujos y diversión? ¿Quién tiene derecho a deshacerse del yugo de la cruz sino aquel que decide no tener derecho a nada salvo al Infierno?”

V. 24: *[El que quiera salvar su vida, la perderá]*. Aquí tenemos, por así decirlo, un juego de palabras. Aquel que está decidido a salvar su vida —en el sentido de conservarla junto a todo lo que es bueno en este mundo relacionado con la vida— la perderá, perderá aquello que es al fin y al cabo el gran objeto de nuestra existencia: su alma inmortal. En la expresión “deja que los muertos entierren a sus muertos” se emplea la misma palabra en dos sentidos diferentes: “Deja que aquellos que están espiritualmente muertos atiendan a asuntos como el entierro de los naturalmente muertos”.

V. 25: *[Se pierde a sí mismo]*. Se debe advertir que nuestro Señor habla de esto como un suceso perfectamente posible. Uno puede perderse o destruirse a sí mismo.

V. 26: *[Cuando venga...]*. Esto hace referencia a la Segunda Venida de nuestro Señor para juzgar al mundo. Se debe advertir que aquí se mencionan tres clases de gloria que acompañan a la Segunda Venida de Cristo: la suya, la del Padre y la de los ángeles.

V. 27: *[No gustarán la muerte hasta que vean]*. Estas palabras se interpretan de dos maneras. Algunos piensan que significan: “No morirán hasta que vean la Iglesia de Cristo establecida y consolidada en la Tierra”. Esta es una explicación muy insatisfactoria. La idea correcta parece ser la que conecta el versículo con la transfiguración y considera la visión gloriosa del Reino que aporta la transfiguración como el cumplimiento de la promesa del versículo. Esta es la opinión de Jerónimo, Hilario, Crisóstomo, Teofilacto y otros muchos. Aplicar la expresión, como hacen muchos, diciendo que las personas “no morirán hasta haberse convertido” es una adaptación injustificable de las palabras y un empleo inadecuado de la Escritura.

Lucas 9:28–36

El suceso descrito en estos versículos, comúnmente llamado “transfiguración”, es uno de los más impresionantes de la historia del ministerio terrenal de nuestro Señor. Es uno de aquellos pasajes que siempre se deben leer con un agradecimiento especial. Levanta una esquina del velo que oculta el mundo venidero y arroja luz sobre algunas de las más profundas verdades de nuestra religión.

En primer lugar, este pasaje nos muestra *algo de la gloria que Cristo tendrá en su Segunda Venida*. Leemos que “la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente” y que los discípulos que estaban con Jesús vieron su “gloria”.

No debemos dudar de que esta maravillosa visión tenía el propósito de animar y fortalecer a los discípulos de nuestro Señor. Acababan de oír hablar de la Cruz y de la pasión, de negarse a sí mismos y de los sufrimientos a los que debían someterse si querían ser salvos. Ahora estaban siendo animados por un vistazo de la “gloria” que seguiría y de la recompensa que todos los siervos fieles de su Maestro recibirían un día. Habían visto el día de debilidad de su Maestro. Ahora podían ver, durante unos minutos, un modelo y ejemplo de su futuro poder.

Consolémonos con el pensamiento de que hay una provisión de cosas buenas para todos los verdaderos cristianos que dará cumplida satisfacción por las aflicciones de este tiempo presente. Ahora es el tiempo de llevar la cruz y compartir la humillación de nuestro Salvador. La corona, el Reino y la gloria aún no han llegado. Cristo y su pueblo son ahora, como David en la cueva de Adulam, rechazados y poco estimados por el mundo. Parece no haber forma ni belleza en Él y en su servicio. Pero llegará la hora, y pronto estará aquí, en que Dios volverá a tomar su gran poder y Reino y pondrá a todos sus enemigos bajo sus pies. Y entonces, la gloria que vieron por primera vez durante unos minutos estos tres testigos en el monte de la Transfiguración será contemplada por todo el mundo y nunca se esconderá en toda la eternidad.

En segundo lugar, este pasaje nos muestra *la seguridad de todos los verdaderos creyentes que se han ido de este mundo*. Se nos dice que, cuando nuestro Señor apareció en gloria, Moisés y Elías fueron vistos con Él, estaban y hablaban con Él. Moisés había muerto unos 1500 años antes. Elías había sido llevado de la Tierra por un torbellino más de 900 años antes de este momento. ¡Pero aquí, estos santos fueron vistos una vez más vivos; y no solo vivos, sino rodeados de gloria!

Consolémonos con el bendito pensamiento de que hay una resurrección y una vida futuras. No todo se acaba con el último aliento. Hay otro mundo de ultratumba. Pero, sobre todo, consolémonos con el pensamiento de que, hasta que el día amanezca y comience la

resurrección, los del pueblo de Dios están seguros con Cristo. Hay mucho en su situación presente, sin duda, que es profundamente misterioso. ¿Dónde está su habitación? ¿Qué conocimiento tienen de las cosas que pasan en la Tierra? Son preguntas a las que no podemos responder. Pero bástenos con saber que Jesús está cuidando de ellos y los llevará con Él en el día final. Mostró a Moisés y Elías para que los vieran sus discípulos en el monte de la Transfiguración y en su Segunda Venida nos los mostrará a todos los que hayamos dormido en Él. Nuestros hermanos y hermanas en Cristo están en buenas manos. No se han perdido, sino que se han ido antes.

En tercer lugar, este pasaje nos muestra que *los santos del Antiguo Testamento rodeados de gloria se toman un profundo interés en la muerte expiatoria de Cristo*. Se nos dice que, cuando Moisés y Elías aparecieron rodeados de gloria con nuestro Señor en el monte de la Transfiguración, "hablaban con él". ¿Y cuál era su tema de conversación? No necesitamos hacer conjeturas o suposiciones en cuanto a esto. S. Lucas nos dice que "hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén". Conocían el significado de aquella muerte. Sabían cuánto dependía de aquello. Por tanto, "hablaban" de ello.

Es un grave error suponer que los santos del Antiguo Testamento no sabían nada acerca del sacrificio que Cristo ofrecería por el pecado del mundo. Su luz, sin duda, era mucho menos clara que la nuestra. Veían en lontananza y confusamente las cosas que nosotros vemos, por así decirlo, cercanas. Pero no hay la más mínima prueba de que algún santo del Antiguo Testamento considerara alguna vez otra forma de satisfacción por el pecado que no fuera la que Dios prometió por medio del Mesías enviado. Desde Abel en adelante, toda la compañía de antiguos creyentes parece haber descansado siempre en un sacrificio prometido y en una sangre de eficacia todopoderosa aún por ser revelada. Desde el principio del mundo, nunca ha habido sino un fundamento de esperanza y paz para los pecadores: la muerte de un Mediador todopoderoso entre Dios y el hombre. Ese fundamento es la verdad central de toda la religión revelada. Era de lo que Moisés y Elías estaban hablando cuando fueron vistos rodeados de gloria. Hablaban de la muerte expiatoria de Cristo.

Prestemos atención a que esta muerte de Cristo sea la base de toda nuestra confianza. Nada más nos proporcionará consuelo en la hora de la muerte y en el día del Juicio. Nuestras propias obras son todas defectuosas e imperfectas. Nuestros pecados son más en número que los cabellos de nuestras cabezas (cf. Salmo 40:12). Cristo muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación debe ser nuestro único alegato si deseamos ser salvos. ¡Feliz el hombre que ha aprendido a dejar sus propias obras y a no gloriarse en nada sino en la Cruz de Cristo! Si los santos rodeados de gloria ven en la muerte de Cristo tanta hermosura que tienen que hablar de ella, ¡cuánto más

deberían verla los pecadores que están en la Tierra!

En último lugar, el pasaje nos muestra *la inmensa distancia entre Cristo y todos los demás maestros que Dios ha concedido al hombre*. Se nos dice que cuando Pedro, "no sabiendo lo que decía", propuso hacer tres enramadas en el monte (una para Jesús, otra para Moisés y otra para Elías, como si los tres merecieran igual honor, esta propuesta fue rechazada inmediatamente de una manera singular: "Vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd". Aquella voz era la de Dios Padre transmitiendo tanto reprensión como instrucción. Aquella voz proclamó al oído de Pedro que, por muy grandes que fueran Moisés y Elías, había Uno ante él mucho mayor que ellos. Ellos no eran sino siervos; Él era el Hijo del Rey. Ellos no eran sino estrellas; Él era el Sol. Ellos no eran sino testigos; Él era la Verdad.

Que siempre resuenen en nuestros oídos estas solemnes palabras del Padre y proporcionen la clave de nuestra religión. Honremos a los ministros por su amor al Maestro. Sigámosles en la medida en que siguen a Cristo. Pero que nuestra principal meta sea oír la voz de Cristo y seguirle adondequiera que vaya. Que hablen algunos, si lo desean, de la voz de la Iglesia. Que otros se conformen con decir que quieren escuchar a este predicador o a aquel pastor. Nunca estemos nosotros satisfechos a menos que el Espíritu dé testimonio dentro de nosotros de que oímos a Cristo mismo y somos discípulos suyos.

Notas: Lucas 9:28–36

V. 28: *[Después de estas palabras]*. Esta expresión parece dejar claro que las palabras "vean el reino de Dios" del versículo anterior fueron dichas como referencia especial a la visión de la transfiguración.

[Pedro, Santiago y Juan]. Debemos advertir que estos tres discípulos fueron escogidos para ser testigos en tres ocasiones especiales: la resurrección de la hija de Jairo, la agonía en el huerto y la transfiguración.

[Al monte]. Es una tradición generalizada que este monte era el Tabor. Pero la opinión de viajeros modernos bien informados es desfavorable a la tradición.

V. 29: *[Entre tanto que oraba]*. Se debe advertir que se nos dice especialmente que fue cuando nuestro Señor estaba orando en su bautismo cuando descendió el Espíritu Santo y se oyó la voz del Padre. Así también, la oración antecede a la gran visión de la gloria en este lugar.

El obispo Hall comenta: "Aquí vemos cómo Cristo inició todas sus grandes obras con oración en su boca. Cuando iba a iniciar su gran obra de humillación con su pasión, fue al huerto a orar. Cuando iba a iniciar su gran obra de exaltación con su transfiguración, fue al monte a orar. Para ambas cosas se levantó tras estar de rodillas. ¡Gran ejemplo de piedad y devoción

para nosotros!

[La apariencia]. Esta expresión solo se utiliza seis veces en el Nuevo Testamento, y en otros lugares se traduce como “aspecto”, “vista”, “especie” (cf. Juan 5:37; 2 Corintios 5:7; 1 Tesalonicenses 5:22).

[Se hizo otra]. [La versión inglesa citada por el autor lo traduce “fue modificada”, N.T.]. Esta es una expresión especial. Una traducción más literal sería “otra”, es decir, “otra apariencia diferente de la que normalmente tenía” (cf. Marcos 16:12).

[Resplandeciente]. Esta palabra solo se utiliza una vez en el Nuevo Testamento. Parkhurst explica que significa “emitir destellos de luz, brillar o resplandecer como los relámpagos” (cf. Nahum 3:3).

V. 30: *[Moisés y Elías]*. Es cierto y un comentario común que Moisés en esta visión representaba a la Ley y Elías a los Profetas. Ambos concordaban en reconocer y confesar a Cristo como Aquel de quien daban testimonio la Ley y los Profetas.

También es altamente probable que su propósito fuera el de ser tipos y símbolos de los santos que aparecerán con Cristo rodeados de gloria en su Segunda Venida. Moisés es el tipo de aquellos que habrán muerto y serán resucitados cuando venga el Señor. Elías es el tipo de aquellos que aún estarán vivos y serán “arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17).

V. 31: *[Su partida]*. [La versión inglesa citada por el autor lo traduce “su tránsito”, N.T.]. Esta expresión es extraordinaria. Significa literalmente su “éxodo”, su “salida”. Es utilizada en referencia a la muerte por Pedro al hablar de su propia muerte (cf. 2 Pedro 1:15). También es singular que en Hechos 13:24 tengamos una palabra griega que se utiliza para hablar de la “venida” de nuestro Señor para llevar a cabo su labor como Salvador, lo que se podría traducir literalmente como su “entrada”. Ambas expresiones son especialmente aplicables a Aquel que entró en el mundo y se hizo carne, y que —tras llevar a cabo la obra que había venido a hacer— dejó el mundo y fue al Padre. El comienzo de su ministerio fue un *eisodus* o entrada; su muerte un *exodus* o salida.

[Iba Jesús a cumplir]. [En la versión inglesa utilizada por el autor, en vez de “cumplir” se emplea otra palabra que significa más bien “efectuar, llevar a cabo”, N.T.]. Esta expresión se podría traducir más literalmente como “iba a cumplir”. Es una forma muy peculiar de hablar y aplicable especialmente a Cristo. Watson comenta lo siguiente: “Partir de la vida es lo corriente; pero *cumplir* su fallecimiento o su salida del mundo era algo peculiar de Cristo, porque su muerte era el gran tema de la profecía y el acontecimiento de que colgaba la salvación del mundo”.

V. 32: *[Rendidos de sueño]*. Se debe advertir que, exactamente, los mismos discípulos que aquí dormían durante una visión de la gloria dormirían también durante la agonía en el huerto de Getsemaní. ¡La carne y sangre necesitan verdaderamente ser transformadas antes de poder entrar en el Cielo! Nuestros pobres y débiles cuerpos no pueden ni velar con Cristo en su

tiempo de prueba ni mantenerse despiertos con Él en su glorificación. Nuestra constitución física debe cambiar enormemente antes de que podamos disfrutar del Cielo.

[Mas permaneciendo despiertos, vieron]. [La Biblia inglesa citada por el autor lo traduce "cuando se despertaron, vieron", N.T.]. Es evidente que despertaron antes de que la visión desapareciera y vieron y oyeron gran parte de lo sucedido.

V. 33: *[Bueno es para nosotros que estemos aquí]*. Hay sin duda mucho que censurar en esta expresión de Pedro, en parte porque colocó a Moisés y Elías en el mismo nivel que su divino Maestro y en parte porque de buena gana se habría quedado en el monte y habría mantenido a su Maestro allí aunque hubiera una obra que hacer en el mundo. El comentario de S. Lucas ("no sabiendo lo que decía") es una amable indicación de que su deseo no era recomendable, sino censurable. No obstante, no podemos sino admirar la explosión de deleite de Pedro cuando vio a su Maestro rodeado de tal gloria y con tan gloriosos compañeros. Fue la explosión de un corazón que verdaderamente ardía. Comenta el arzobispo Usher: "Cuando Pedro vio a Moisés y Elías con Cristo en su transfiguración, aunque solo tenía un resplandor de la gloria, sin embargo dice: 'Bueno es para nosotros que estemos aquí'. ¡Pero ay! ¡Cuán infinitamente bueno será estar en el Cielo! ¡Cómo nos extasiaremos entonces con la gloria cuando estemos para siempre con el Señor!".

V. 35: *[A él oíd]*. No puede haber duda de que esta expresión tenía el propósito de señalar la profecía de Moisés en Deuteronomio, donde habla del profeta como él y dice "a él oiréis" (Deuteronomio 18:15) y eso bajo un castigo a todos los que rehúsen hacerlo de ser cortados de su pueblo.

Comenta Calvino: "Somos colocados bajo su sola instrucción y se nos ordena buscar la doctrina de la salvación en Él solo, descansar en el Único y escucharle, adherirnos a Él, en una palabra, como los términos indican, escuchar solamente al Único".

V. 36: *[Jesús fue hallado solo]*. La desaparición de Moisés y Elías junto a las palabras "a él oíd" eran sin duda para enseñar que la Ley ceremonial estaba a punto de pasar y que había llegado el verdadero Cordero de Dios y verdadero Profeta.

Lucas 9:37–45

El suceso descrito en estos versículos tuvo lugar inmediatamente después de la transfiguración. Observemos que el Señor Jesús no se quedó mucho en el monte de los Olivos. Su comunión con Moisés y Elías fue muy breve. Pronto retornó a su acostumbrada tarea de hacer

el bien a un mundo afligido por el pecado. En su vida sobre la Tierra, recibir honra y tener visión de la gloria era la excepción. Lo habitual era que ministrara a otros, sanara a todos los que estaban oprimidos por el diablo e hiciera obras de misericordia a los pecadores. ¡Felices aquellos cristianos que han aprendido de Jesús a vivir para los demás más que para sí mismos y que comprenden que "más bienaventurado es dar que recibir" (Hechos 20:35)!

Tenemos, primero, en estos versículos, *un ejemplo de lo que debe hacer un padre cuando está preocupado por sus hijos*. Se nos habla de un hombre profundamente afligido por su único hijo. Este hijo estaba poseído por un espíritu inmundo que le atormentaba gravemente, tanto en su cuerpo como en su alma. En su aflicción, el padre se dirige a nuestro Señor Jesucristo pidiendo ayuda: "Maestro —le dice—, te ruego que veas a mi hijo, pues es el único que tengo".

Hay muchos padres y madres cristianos en este día que están tan tristes por sus hijos como el hombre de quien estamos leyendo. El hijo que fue una vez "la niña de sus ojos" y a quien vinculaban sus vidas resulta que es un hijo pródigo, derrochador y compañero de pecadores. La hija que una vez fue la flor del hogar y de quien se decía que sería el consuelo de su vejez se vuelve terca, mundana y amante del placer más que de Dios. Sus corazones quedan destrozados. Parece que un cuchillo traspasa sus almas. Parece que el diablo triunfa sobre ellos y les roba su joya más preciosa. Se disponen a gritar: "Haréis descender mis canas con dolor al Seol". "Para qué quiero la vida" (cf. Génesis 42:38; 27:46).

¿Y qué puede hacer un padre o una madre en un caso así? Deben hacer como el hombre que tenemos ante nosotros. Deben acudir a Jesús en oración y clamar a Él por su hijo. Deben expresar delante de este misericordioso Salvador sus pesares y confiar en que Él los ayudará. ¡Grande es el poder de la oración y de la intercesión! Es muy difícil que el hijo por el que se ora mucho sea desechado. Aunque el tiempo de Dios para la conversión no esté en nuestras manos, aunque Él crea conveniente probar nuestra fe prolongando nuestra espera, mientras el hijo viva y el padre ore no tenemos por qué desesperarnos por el alma de ese hijo.

En segundo lugar, en estos versículos tenemos *un ejemplo de la disposición de Cristo a mostrar misericordia a los jóvenes*. Se nos dice en el caso que tenemos ante nosotros que al afligido padre se le concedió lo que pedía. Le dijo: "Trae acá a tu hijo". Y entonces "reprendió al espíritu inmundo, sanó al muchacho y se lo devolvió a su padre". Tenemos muchos casos parecidos en los Evangelios. La hija de Jairo, el hijo del oficial en Capernaum, la hija de la mujer cananea, el hijo de la viuda de Naín, todos son ejemplos del interés de nuestro Señor en los jóvenes. Los jóvenes son precisamente aquellos a quienes el diablo se esfuerza en cautivar y hacer suyos. Y parece que los jóvenes eran precisamente las personas a quienes nuestro Señor se

deleitaba en ayudar. A tres los sacó de las garras mismas de la muerte. A dos, como en el caso que tenemos ante nosotros, los rescató del completo dominio del mal.

Hay un significado en hechos como estos. No se mencionan sin un propósito especial. Se hace con la intención de estimular a todos los que tratan de hacer el bien a las almas de los jóvenes. Su propósito es recordarnos que los jóvenes, hombres y mujeres, son objetos especiales de interés para Cristo. Nos proporcionan un antídoto para la idea común de que es inútil insistir a los jóvenes en cuanto a la religión. Debemos recordar que semejante idea procede del diablo y no de Cristo. Aquel que arroja al espíritu inmundo del hijo en el caso que tenemos delante aún vive y es poderoso para salvar. Continuemos trabajando, por tanto, y tratemos de hacer bien a los jóvenes. Independientemente de lo que piense el mundo, a Jesús le agrada mucho.

Por último, en estos versículos tenemos un ejemplo de *la gran ignorancia espiritual que se puede encontrar aun en los corazones de los hombres buenos*. Se nos dice que nuestro Señor dijo a sus discípulos: “el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres”. Habían escuchado lo mismo de sus labios poco más de una semana antes. Pero ahora, como entonces, parece que las palabras cayeron en saco roto. Las oyeron como si no las oyeran. Eran incapaces de comprender el hecho de que su Maestro iba a morir. Eran incapaces de comprender la gran verdad de que Cristo debía ser “cortado” antes de reinar y que esto hacía referencia a una muerte literal en la Cruz. Está escrito: “No entendían estas palabras, pues les estaban veladas para que no las entendiesen”.

Quizá nos sorprenda mucho esa torpeza de entendimiento en nuestro período histórico. Tenemos tendencia a olvidar el poder de los antiguos patrones de pensamiento y prejuicios nacionales con los que habían crecido los discípulos. “El trono de David —dice un gran teólogo — llenaba hasta tal punto sus ojos que no podían ver la Cruz”. Sobre todo, olvidamos la enorme diferencia entre la situación que ocupamos quienes conocemos la historia de la crucifixión y las Escrituras que cumplió y la situación de un judío creyente que vivió antes de que Cristo muriera y el velo se rasgara en dos. Independientemente de lo que pensemos de ello, la ignorancia de los discípulos debiera enseñarnos dos útiles lecciones que haremos todos bien en aprender.

Por un lado, aprendamos que los hombres pueden comprender las cosas espirituales muy débilmente y, sin embargo, ser verdaderos hijos de Dios. La cabeza puede estar embotada aunque el corazón sea recto. La gracia es mucho mejor que los dones y la fe que el conocimiento. Si un hombre tiene fe y gracia suficientes para abandonarlo todo por Cristo, tomar la cruz y seguirle, será salvo aunque su ignorancia sea mucha. Cristo le reconocerá en el día final.

Por último, aprendamos a soportar la ignorancia de otros y a tratar

con paciencia a los que comienzan en la religión. No culpemos a las personas por una palabra. No consideremos que la gracia no está con alguien porque no demuestra un conocimiento claro. ¿Tiene fe en Cristo? ¿Ama a Cristo? Esto es lo principal. Si Jesús pudo soportar tanta debilidad en sus discípulos, sin duda podemos hacer lo mismo.

Notas: Lucas 9:37–45

V. 38: *[Clamó]*. La palabra griega así traducida implica un clamor en voz muy alta. Es la misma palabra que se emplea cuando dice que nuestro Señor "clamó a gran voz" en la Cruz (Mateo 27:46) y que "viniendo la multitud, comenzó a pedir que hiciese como siempre les había hecho" (Marcos 15:8).

[El único]. Recordemos que la hija de Jairo, a quien nuestro Salvador resucitó de la muerte, era hija *única*, y el hijo de la viuda era hijo *único*. Merece la pena advertir esto. S. Lucas es el único autor de los Evangelios que los menciona de forma especial.

V. 39: *[A duras penas]*. Se debe advertir que esta palabra hay que entenderla junto a "se aparta". Significa "apenas" o "con dificultad".

V. 40: *[No pudieron]*. Por este hecho se muestra la realidad de la posesión satánica. Leemos que no había *enfermedad* que los discípulos no pudieran curar. Pero aquí se nos habla de un endemoniado cuyo caso los había desconcertado. Había un grado de posesión satánica que su débil fe era incapaz de vencer. Era evidentemente algo muy diferente de una dolencia meramente corporal.

V. 41: *[¡Oh generación incrédula y perversa!]*. Se ha planteado frecuentemente la cuestión de a quién iban dirigidas estas palabras y con qué propósito fueron pronunciadas. ¿Se aplicaban a los discípulos solamente como reprensión por su incredulidad? Esta es la opinión de Orígenes. ¿Iban, por otro lado, dirigidas a toda la multitud de judíos así como a los discípulos? Esta es la opinión de Hilario, Crisóstomo y Jerónimo. ¿Se refería nuestro Señor al contraste entre la visión de la gloria que acababa de dejar en el monte de la Transfiguración, en compañía de Moisés y Elías, y la incredulidad e iniquidad de la generación en la que vivía? Esta es la opinión de Burgon.

Sin embargo, es dudoso que estas palabras se puedan aplicar justamente al hombre cuyo hijo estaba afligido. Hizo lo que pudo. Llevó a su hijo a los discípulos. Si no se obró la curación, la culpa debía de ser de ellos, más que suya. En realidad, cuando los discípulos, como menciona Mateo 17:20, preguntaron a nuestro Señor por qué no habían podido echar a este demonio, Él les respondió inmediatamente: "Por vuestra poca fe". El padre, por el contrario, cuando nuestro Señor le dijo: "Si puedes creer, al que cree todo le es posible", gritó: "Creo" (Marcos 9:23–24).

Las palabras de nuestro Señor parecen, por tanto, ir dirigidas en parte a sus propios discípulos y en parte a toda la generación de judíos en la que vivió.

V. 44: *[Haced que os penetren bien en los oídos estas palabras]*. La traducción literal de estas palabras sería: “Poned estas palabras en vuestros oídos”.

Lucas 9:46–50

Los versículos que acabamos de leer contienen dos importantes advertencias. Van dirigidas contra dos de los males más comunes que se encuentran en la Iglesia de Cristo. El que las hizo conocía bien lo que había en el corazón del hombre. ¡Bueno habría sido para la Iglesia de Cristo que sus palabras en este pasaje hubieran recibido más atención!

En primer lugar, el Señor Jesús nos hace *una advertencia contra el orgullo y el engreimiento*. Se nos dice que “entraron en discusión sobre quién de ellos sería el mayor”. Aunque pueda parecer sorprendente, este pequeño grupo de pescadores y publicanos no estaba exento de la plaga de un espíritu egoísta y ambicioso. Albergaban la idea vana de que el Reino de nuestro Señor iba a aparecer inmediatamente y estaban dispuestos a pelearse por su puesto y primacía en el mismo. Cada uno pensaba que su reivindicación era la mejor. Cada uno pensaba que sus merecimientos y su derecho a la honra eran los más incuestionables. Cada uno pensaba que, independientemente del lugar asignado a sus hermanos, a él se le debería asignar uno de los lugares principales. Y todo esto sucedió en el grupo de Cristo mismo y bajo el fulgor del mediodía de su enseñanza. ¡Así es el corazón del hombre!

Hay algo muy instructivo en este hecho. Debería calar profundamente en el corazón de cada lector cristiano. De todos los pecados no hay ninguno contra el cual tengamos tanta necesidad de velar y orar como el orgullo: es una peste que avanza en la oscuridad y una enfermedad que destruye a la luz del mediodía. Ningún pecado está tan profundamente arraigado en nuestra naturaleza: se adhiere a nosotros como nuestra piel. Sus raíces nunca mueren del todo: están dispuestas, en cualquier momento, a brotar y exhibir una vitalidad de lo más perniciosa. Ningún pecado es tan especioso y engañoso: puede llevar ropaje de humildad. Puede acechar en los corazones del ignorante, del que carece de talento y del pobre, así como en las mentes del grande, del erudito y del rico. Son palabras llanas y pintorescas pero bien ciertas que ningún papa ha recibido tanto honor como el papa “yo”.

Supliquemos a diario en oración humildad y un espíritu de niño pequeño. De todas las criaturas, ninguna tiene tan poco derecho a ser

orgullosa como el hombre; y, de todos los hombres, ninguno debería ser tan humilde como el cristiano. ¿Es verdaderamente cierto que nos confesamos miserables pecadores y continuos deudores de la misericordia y la gracia? ¿Somos seguidores de Jesús, quien era "manso y humilde de corazón" y "se humilló a sí mismo" por nosotros? Entonces, haya en nosotros ese sentir que hubo también en Cristo Jesús (cf. Filipenses 2:5). Dejemos a un lado todos los altos conceptos y la vanagloria. Con mansedumbre, estimemos a los demás como superiores a nosotros mismos (cf. Filipenses 2:3). Estemos dispuestos, en todas las ocasiones, a tomar el lugar más modesto. Y que las palabras de nuestro Salvador resuenen continuamente en nuestros oídos: "El que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande".

En segundo lugar, nuestro Señor Jesucristo nos hace *una advertencia contra el espíritu fanático e intolerante*. Como en los versículos anteriores, también aquí la ocasión de la advertencia la proporciona la conducta de sus propios discípulos. Leemos que Juan le dijo: "Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros". Desconocemos quién era este hombre y por qué no se unió a los discípulos. Pero sabemos que estaba haciendo una buena obra al arrojar demonios y que lo hacía en nombre de Cristo. Y, sin embargo, dice Juan: "Se lo prohibimos". Impresionante es la respuesta que inmediatamente le dio el Señor: "No se lo prohibáis; porque el que no es contra nosotros, por nosotros es".

La conducta de Juan y de los discípulos en esta ocasión es una curiosa ilustración del carácter de la naturaleza humana en todas las épocas. Miles de personas, en todos los períodos de la historia de la Iglesia, han invertido sus vidas en copiar el error de Juan. Se han esforzado por impedir a todos los que no trabajan para Cristo a su manera que trabajen para Cristo de alguna forma. Pensaban, en su intolerante vanagloria, que nadie puede ser soldado de Cristo a menos que lleve su uniforme y luche en su regimiento. Son dados a decir de todos los cristianos que no lo ven todo con sus ojos: "Se lo prohibimos, se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros".

El solemne comentario de nuestro Señor Jesucristo en esta ocasión requiere nuestra especial atención. No opina sobre la conducta del hombre de quien habla Juan. Ni le alaba ni le critica por seguir un camino independiente y no trabajar con sus discípulos. Sencillamente declara que no se le debe prohibir y que aquellos que efectúan la misma clase de obra que nosotros deben ser considerados no como enemigos, sino como aliados: "El que no es contra nosotros, por nosotros es".

El principio establecido en este pasaje es de gran importancia. Una interpretación correcta del mismo nos será de la mayor utilidad en estos últimos días. Es innegable que las divisiones y la diversidad de

opinión que existen entre los cristianos son muy grandes. Los cismas y las divisiones que surgen continuamente acerca del gobierno de la Iglesia y de las formas de culto son muy confusas para las conciencias sensibles. ¿Aprobaremos estas divisiones? No podemos hacerlo así. La unión hace la fuerza. La desunión de los cristianos es una causa del lento progreso del cristianismo vital. ¿Denunciaremos y expondremos a la reprobación pública a todo aquel que no esté de acuerdo en trabajar con nosotros oponiéndose a Satanás a nuestra manera? Es inútil hacerlo así. Las palabras duras nunca consiguen la unanimidad de los hombres. La unidad nunca se consigue por la fuerza. ¿Entonces qué debemos hacer? Tenemos que dejar a aquellos que no están de acuerdo con nosotros que vayan por su lado y esperar tranquilamente hasta que Dios considere apropiado reunirnos. Independientemente de lo que pensemos acerca de nuestras divisiones, no debemos olvidar nunca las palabras de nuestro Señor: “No se lo prohibáis”.

La pura verdad es que todos somos muy rápidos en decir: Ciertamente nosotros somos el pueblo, y con nosotros morirá la sabiduría (cf. Job 12:2). Olvidamos que ninguna iglesia de la Tierra tiene el monopolio absoluto de toda sabiduría y que las personas pueden tener razón en lo principal aunque no estén de acuerdo con nosotros. Debemos aprender a ser agradecidos si hay oposición al pecado, se predica el Evangelio y el reino del diablo es debilitado, aunque la obra no se haga exactamente de la forma que nos gusta. Debemos tratar de creer que los hombres pueden ser seguidores genuinos de Jesucristo y, sin embargo, por alguna sabia razón, estarles vedado ver todas las cuestiones religiosas exactamente como nosotros. Sobre todo, debemos alabar a Dios si las almas se convierten y Cristo es magnificado, no importa quién sea el predicador y a qué iglesia pertenezca. Felices aquellos que pueden decir con Pablo: “Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún” (Filipenses 1:18). Y con Moisés: “¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos” (Números 11:29).

Notas: Lucas 9:46–50

V. 46: *[Discusión]*. La palabra así traducida es la misma que aparece como “pensamientos” en el versículo siguiente.

[Discusión sobre quién de ellos sería el mayor]. La espera de un reino transitorio a punto de ser establecido por el Mesías debió de ser el fundamento de este deseo de preeminencia.

V. 48: *[Este niño]*. Debemos cuidarnos de no tergiversar lo que dice nuestro Señor acerca de los niños aquí y en otros lugares para dar la idea

errónea de que los niños son por naturaleza inocentes y carecen de pecado. La sencillez, la poca mundanalidad y el espíritu dependiente de un niño pequeño, que surgen de su sentimiento de debilidad, irresolución e ignorancia de los patrones del mundo en cuanto a lo bueno, son los puntos en los que el niño ha de ser modelo del cristiano.

V. 50: *[No se lo prohibáis]*. Es curioso observar las diversas aplicaciones prácticas del gran principio contenido en este pasaje que los hombres han hecho en diversos períodos de la historia de la Iglesia.

Bucero dirige el pasaje contra los anabaptistas y fanáticos de su propio tiempo en Alemania. Su argumento es que justifica que los cristianos empleen el apoyo y la aprobación de los reyes, príncipes y otros grandes personajes del mundo si estos están dispuestos a ayudar al Evangelio, aunque no se hayan convertido a Dios ellos mismos.

Scott aplica el pasaje a los avivamientos religiosos y argumenta que debería enseñarnos a no condenarlos ni aprobarlos con ligereza.

Nuestros propios tiempos parecen señalar claramente que debemos aplicar el pasaje al asunto de nuestras relaciones con otras denominaciones religiosas. A la luz de una Escritura como esta, los pastores deben vigilar cómo condenan y reprueban a los que disienten y los que disienten deben vigilar cómo denuncian y vilipendian a los pastores. Ambas partes harían bien en abandonar la rivalidad y aprender a gozarse en todo lo bueno que se hace en el mundo, independientemente de los medios utilizados. Si son expulsados los demonios, debemos estar contentos aunque aquellos que los arrojan no nos sigan.

Siempre se debe hacer una salvedad a nuestro empleo de este pasaje de la Escritura. No debemos permitir que nos haga indiferentes a la sana doctrina. No debemos pensar y hablar como si no importara nada si los hombres son judíos, socinianos, papistas o protestantes mientras parezcan personas formales. Las personas a quienes se aplica especialmente este pasaje son personas que hacen la obra apostólica en el nombre de Jesús, que trabajan por derribar el reino de Satanás utilizando las armas del Evangelio. Guardémonos de prohibir o estorbar en ocasiones el trabajo de esas personas.

Lucas 9:51–56

Observemos en estos versículos *la firme determinación con la que nuestro Señor Jesucristo consideraba su propia crucifixión y muerte*. Leemos que “cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén”. Sabía muy bien lo que tenía por delante. La traición, el juicio injusto, las burlas, los azotes, la corona de espinas, el ser escupido, la agonía en la Cruz, todo, todo pasó sin duda por su mente como si mirara un cuadro. Pero

nunca retrocedió ni por un momento de la obra que había emprendido. Su corazón estaba decidido a pagar el precio de nuestra redención y a ir a la prisión de la tumba como garante. Estaba lleno de amor compasivo hacia los pecadores. Era el deseo de toda su alma conseguir la salvación de ellos. Y, por tanto, “por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (Hebreos 12:2).

Bendigamos siempre a Dios porque tenemos un Salvador tan preparado y dispuesto. Recordemos para siempre que, igual que estuvo dispuesto a sufrir, siempre está dispuesto a salvar. Quien acude a Cristo por la fe nunca debe dudar del deseo de Cristo de recibirle. El mero hecho de que el Hijo de Dios viniera al mundo voluntariamente a morir y a sufrir debería acallar por completo esas dudas. Toda la falta de disposición es por parte del hombre, no de Cristo. Incluye la ignorancia, el orgullo, la incredulidad y el poco entusiasmo del pecador mismo. Pero en Cristo no falta nada.

Esforcémonos y oremos para que en nosotros haya ese mismo sentir que en nuestro bendito Maestro. Como Él, estemos dispuestos a ir a cualquier lugar, hacer cualquier cosa y sufrir lo que haga falta cuando el camino del deber está claro y la voz de Dios nos lo pide. Pongámonos a trabajar con firmeza cuando nuestro trabajo esté bien establecido y bebamos nuestras copas amargas con paciencia cuando procedan de la mano del Padre.

Observemos en estos versículos, en segundo lugar, *la increíble conducta de dos de los Apóstoles: Santiago y Juan*. Se nos dice que un determinado pueblo samaritano rehusó mostrar hospitalidad a nuestro Señor. “Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén”. Y después leemos acerca de una extraña propuesta de Santiago y Juan: “¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?”.

¡Eso era verdadero celo, y celo de la clase más admisible: celo por el honor de Cristo! ¡Eso era celo justificado y apoyado por un ejemplo escriturario, un ejemplo nada menos que de un profeta como Elías! Pero no era celo según el conocimiento. Los dos discípulos, apasionados, olvidaron que las circunstancias son diferentes en cada caso y que la misma acción que puede ser correcta y justificable en un momento puede ser incorrecta e injustificable en otro. Olvidaron que los castigos siempre deben ser proporcionados a las ofensas y que destruir todo un pueblo de personas ignorantes por un simple acto de descortesía habría sido tanto injusto como cruel. En resumen, la propuesta de Santiago y Juan fue errónea y desconsiderada. Su intención era buena, pero se equivocaban grandemente.

Hechos como este se recogen en los Evangelios para nuestro aprendizaje. Esforcémonos por imprimirlos y atesorarlos en nuestras mentes. Es posible tener mucho celo por Cristo y, sin embargo, exhibirlo de las formas más impías y anticristianas. Es posible tener

buenos propósitos e intenciones y, sin embargo, equivocarnos terriblemente en nuestros actos. Es posible pensar que tenemos la Escritura de nuestra parte y apoyar nuestra conducta con citas de la Escritura y, sin embargo, cometer graves errores. Está claro como la luz del día, en este y otros casos relatados en la Biblia, que no basta con ser celoso y *bienintencionado*. Con frecuencia se cometen graves equivocaciones con buenas intenciones. Quizá de ninguna parte haya recibido la Iglesia tanto daño como de hombres ignorantes pero bienintencionados.

Debemos tratar de tener conocimiento además de celo. El celo sin conocimiento es un ejército sin general y un barco sin timón. Debemos orar para que podamos comprender cómo aplicar correctamente la Escritura. La Palabra es sin duda “lámpara a mis pies” y “lumbrera a mi camino” (Salmo 119:105). Pero debe ser la Palabra correctamente interpretada y adecuadamente aplicada.

Observemos en estos versículos, por último, *la solemne reprensión de nuestro Señor a la persecución llevada a cabo bajo el paraguas de la religión*. Se nos dice que, cuando Santiago y Juan hicieron la extraña propuesta que hemos estado comentando, “volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas”. Aunque los samaritanos hubieran sido descorteses, su conducta no debía ser respondida con violencia. La misión del Hijo del hombre era hacer el bien cuando los hombres le recibieran, pero nunca hacer daño. Su Reino debía extenderse por medio de la perseverancia paciente en hacer el bien y por la mansedumbre y gentileza en el sufrimiento, pero nunca por la violencia y la severidad.

Quizá no haya palabras de nuestro Señor que hayan sido tan completamente pasadas por alto por la Iglesia de Cristo como las que tenemos ahora ante nosotros. Nada se puede considerar más contrario a la voluntad de Cristo que las guerras y persecuciones religiosas que deshonran los anales de la historia de la Iglesia. Se ha dado muerte a miles y decenas de miles por motivos religiosos en todo el mundo. Miles han sido quemados, fusilados, colgados, ahogados o decapitados en nombre del Evangelio, ¡y aquellos que los han asesinado verdaderamente creían estar sirviendo a Dios! Por desgracia, solo han mostrado su propia ignorancia del espíritu del Evangelio y de la mente de Cristo.

Establezcamos en nuestras mentes el principio de que, independientemente de cuáles sean los errores de los hombres en cuestiones religiosas, nunca debemos perseguirlos. Si es necesario, dialoguemos con ellos, razonemos con ellos y tratemos de mostrarles un camino más excelente. Pero nunca tomemos las armas “carnales” para promover la Verdad. Nunca caigamos en la tentación, directa o indirectamente, de perseguir a alguien con la excusa de la gloria de

Cristo y el bien de la Iglesia. Más bien recordemos que la religión que profesan los hombres por temor a la muerte o bajo amenaza de castigo no sirve para nada en absoluto y que, si aumentamos nuestras filas por medio de terror y amenazas, en realidad no ganamos fuerza. “Las armas de nuestra milicia no son carnales”, dice S. Pablo (2 Corintios 10:4). Debemos apelar a las conciencias y voluntades de los hombres. Los argumentos que empleemos no deben ser la espada, el fuego o la prisión, sino las doctrinas, los preceptos y los textos. Son palabras pintorescas y sencillas, pero tan ciertas en la Iglesia como en el ejército, que “vale más un voluntario que diez mercenarios”.

Notas: Lucas 9:51–56

V. 51: *[Se cumplió el tiempo en el que él había de ser recibido arriba]*. La palabra griega así traducida es especial, y solo se encuentra aquí en el Nuevo Testamento. Una traducción más literal sería “los días de su recepción arriba”. Acerca del significado de esta expresión hay una curiosa diferencia de opinión.

Algunos creen, con Heinsius y Hammond, que el significado es “el tiempo de su muerte y de ser levantado sobre la Cruz”.

Otros, con Suicer y Bengel, creen que el significado es “el tiempo de su ascensión o de ser llevado al Cielo”.

Este último sentido parece con mucho el más probable de los dos y se ve confirmado por el hecho de que las versiones siríacas y arábigas traduzcan ambas la palabra como “su ascensión”. Junto a esto, el verbo griego que se emplea varias veces para describir la ascensión es el mismo verbo del que deriva la palabra que tenemos ante nosotros (cf. Marcos 16:19; Hechos 1:2, 22).

V. 53: *[No le recibieron]*. La lamentable situación entre los samaritanos y los judíos es tristemente ilustrada por las circunstancias aquí mencionadas. Evidentemente, el amor casi había desaparecido donde se daba este estado de cosas. Aquellos que deseen ver el origen del alejamiento entre los judíos y los samaritanos deben leer 2 Reyes 17 y Esdras 4.

V. 54: *[Sus discípulos Jacobo y Juan…]*. Hay algo muy importante en el espíritu mostrado por estos dos discípulos en esta ocasión. Nos muestra que había buenas razones para que nuestro Señor los llamara Boanerges, o hijos del trueno, cuando los llamó a ser apóstoles (cf. Marcos 3:17). Nos muestra también el gradual poder transformador de la gracia de Dios en el carácter de Juan. Tres veces se recogen pecados contra el amor en los Evangelios como cometidos por Juan. Una vez le vemos a él y a su hermano pidiéndole sentarse a la derecha y a la izquierda de su Reino y tener preferencia sobre los demás Apóstoles. Otra vez le vemos prohibiendo a un hombre que arroje demonios porque no sigue a los Apóstoles. Aquí volvemos a encontrarle mostrando un espíritu feroz y cruel contra los samaritanos por no recibir a nuestro Señor. Sin embargo, este es el Apóstol que demostraría al final ser el

más extraordinario predicando acerca del amor y la caridad. Ninguna transformación es demasiado grande para el Señor.

[Como hizo Elías]. Con frecuencia se ha apelado al Antiguo Testamento, como aquí, por parte de fanáticos con el fin de justificar actos violentos. A la mente de algunos lectores vendrá de forma natural el caso de Oliver Cromwell y de muchos de sus seguidores.

No siempre se deben imitar los ejemplos de hombres que se levantaron para llevar a cabo obras especiales en tiempos del Antiguo Testamento. Quien presume de imitar a Josué y a Elías en su forma de tratar a los enemigos de Dios debe proporcionar pruebas de su llamamiento y comisión de andar en sus pasos.

V. 55: *[Volviéndose él, los reprendió]*. En este pasaje se enseña muy claramente la completa desaprobación por parte de nuestro Señor de toda persecución por motivos religiosos. Independientemente de lo que pensemos de las doctrinas o prácticas de los hombres, no debemos perseguirles.

Dice Poole: “Cristo no aprobaba la adoración de los samaritanos, pero no pensaba que la forma de hacerles cambiar de opinión era hacer descender fuego del Cielo sobre ellos. No es la voluntad de Dios que aprobemos un culto corrupto y que nos unamos a los que lo practican. Pero tampoco es su voluntad que lo suprimamos o saquemos de él a los hombres por medio del fuego o de la espada”.

Quesnel comenta: “Suele ocurrir que los ministros de la Iglesia, aduciendo celo por los intereses de esta, atentan contra la mansedumbre cristiana. La Iglesia no conoce tal cosa como la venganza, y sus ministros no deberían conocerla tampoco. Su ira se debe encender contra el pecado, no contra el pecador. Un día descenderá fuego del Cielo para purificar el mundo por medio de la destrucción. Pero en el presente desciende solo para santificarlo por medio de la edificación”.

[De qué espíritu sois]. Los discípulos estaban olvidando la naturaleza del Espíritu que decían que los guiaba como discípulos de Cristo. Se olvidaban de que era un Espíritu de amor, mansedumbre y amabilidad, y que todos los actos de carácter vengativo y violento le resultaban lamentables. “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad” (Gálatas 5:22). Su propio Maestro les había enseñado que, si alguien les hería en una mejilla, debían volverle también la otra (cf. Mateo 5:39). Pero todo esto lo habían olvidado para entonces. Un carácter violento y un sentimiento de dignidad herida convierten a los hombres en malos razonadores y borran la buena enseñanza de sus memorias.

Bengel comenta que debemos comparar con la conducta de estos dos discípulos “el hecho de que cuando Jesús oró en la Cruz, empleando las mismas palabras de los Salmos 22 y 31, no oró contra sus enemigos, sino por ellos”.

Es un hecho interesante que el apóstol Juan, en un período posterior de su vida, descendiera a Samaria con un espíritu muy diferente. Fue con Pedro en una misión especial desde Jerusalén para proporcionar bendición espiritual a los creyentes samaritanos. Y se nos dice que “en muchas poblaciones de los samaritanos anunciaron el evangelio” (Hechos 8:25).

Lucas 9:57–62

El pasaje de la Escritura que acabamos de leer es muy importante. Contiene tres frases de especial solemnidad dirigidas por nuestro Señor Jesucristo a tres personas diferentes. No sabemos nada de los nombres de estas personas. No sabemos nada del efecto que les causaron las palabras de nuestro Señor. Pero no podemos dudar de que se dirigió a cada uno de la forma que requería su carácter y podemos tener la plena seguridad de que el pasaje tiene el propósito especialmente de promover el examen de conciencia.

La primera de estas frases fue dirigida a *uno que se ofreció para ser un discípulo incondicional y por iniciativa propia*. “Señor, te seguiré adondequiera que vayas”, dijo este hombre. Ese ofrecimiento sonaba bien. Era un paso por delante de muchos. Miles de personas oyeron los sermones de nuestro Señor y nunca pensaron en decir lo que dijo este hombre. Pero aquel que hizo este ofrecimiento, evidentemente, hablaba sin pensar. Nunca había considerado lo que implicaba el discipulado. Nunca había calculado el costo. Y de ahí que necesitara la seria respuesta que ocasionó su ofrecimiento: “Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza”. Debía valorar bien lo que tenía entre manos. No debía suponer que el servicio a Cristo era todo placer y camino llano. ¿Estaba preparado para eso? ¿Estaba dispuesto a sufrir penalidades (cf. 2 Timoteo 2:3)? Si no, mejor era retirar su solicitud de ser discípulo.

Aprendamos, por las palabras de nuestro Señor en esta ocasión, que Él quería que todos los que profesaban ser cristianos y se llamaban a sí mismos así recordaran que debían llevar la cruz. Debían estar dispuestos a ser despreciados, afligidos y probados como su Maestro. Él no deseaba tener a nadie alistado con pretensiones falsas. Quería que comprendieran claramente que, si nos proponemos seguirle, hay una batalla que luchar y una carrera que correr, una obra que hacer y muchas calamidades que soportar. Él está dispuesto a conceder la salvación sin dinero y sin precio. Gracia en el camino y gloria al final se otorgarán a cada pecador que acuda a Él. Pero no quiere que pasemos por alto que tendremos enemigos mortales: el mundo, la carne y el diablo, y que muchos nos odiarán, nos calumniarán y nos perseguirán si nos convertimos en discípulos suyos. No desea que nos desanimemos, pero desea que sepamos la Verdad.

¡Bueno habría sido para la Iglesia que se hubiera valorado más frecuentemente la advertencia de nuestro Señor! Muchos hombres comienzan una vida religiosa llena de calor y celo y poco a poco pierden su primer amor y se vuelven al mundo. Les agrada el nuevo uniforme, el dinero del premio y el nombre de soldado cristiano. Nunca consideran las guardias, la lucha, las heridas y las dificultades que los

soldados cristianos deben soportar. Nunca olvidemos esta lección. No debe llevarnos a temer comenzar a servir a Cristo, pero sí a comenzar con cuidado, humildad y mucha oración pidiendo gracia. Si no estamos dispuestos a participar de las aflicciones de Cristo, no debemos esperar compartir su gloria.

La segunda de las frases de nuestro Señor va dirigida a *alguien a quien Él invitó a seguirle*. La respuesta que recibió fue muy singular: "Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre". Lo que pedía no era en sí malo. Pero el momento en el que fue hecha la petición no era el apropiado. Asuntos de mucha mayor importancia que el funeral de su padre requerían la intención inmediata del hombre. Siempre habría muchas personas dispuestas y preparadas para ocuparse de un funeral. Pero en aquel momento había una urgente necesidad de obreros que hicieran la obra de Cristo en el mundo. Y de ahí que la petición del hombre recibiera de nuestro Señor la solemne respuesta: "Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios".

Aprendamos de estas palabras a tener cuidado de no permitir que las obligaciones familiares y sociales interfieran en nuestra obligación para con Cristo. Los funerales y matrimonios, las visitas de cortesía y otras cosas parecidas sin duda no son en sí mismas pecaminosas. Pero, cuando permitimos que absorban el tiempo del creyente y le alejen de una clara obligación religiosa, se convierten en una trampa para su alma. Que los hijos del mundo y los inconversos ocupen todo su tiempo y sus pensamientos en esas cosas no nos sorprende. Ellos no conocen nada mejor, más excelso o más importante: "Deja que los muertos entierren a sus muertos". Pero los herederos de la gloria y los hijos del Rey de reyes deben ser de diferente clase. Deben afirmar claramente, por su conducta, que el mundo venidero es la gran realidad que llena sus pensamientos. No deben avergonzarse de permitir que los hombres vean que no tienen tiempo ni para gozarse ni para lamentarse como los demás que no tienen esperanza (cf. 1 Tesalonicenses 4:13). La obra de su Maestro les espera, y la obra de su Maestro debe ocupar el lugar principal en sus corazones. Son sacerdotes de Dios en el mundo y, como los sacerdotes de la antigüedad, su lamento debe mantenerse cuidadosamente dentro de unos límites (cf. Levítico 21:1). "Llorar —dice un antiguo teólogo— no debe impedir que trabajemos", y no se debe permitir un duelo excesivo.

La tercera de las frases de nuestro Señor en este pasaje fue dirigida a *alguien que se ofreció voluntario para seguirle pero estropeó el talante de su ofrecimiento interponiendo una petición*. "Te seguiré, Señor —le dijo—; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa". La respuesta que recibió muestra claramente que el corazón del hombre no estaba, sin embargo, entregado al servicio de Cristo y que, por tanto, no podía ser un discípulo. "Jesús le dijo:

Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios".

Aprendemos de estas palabras que es imposible servir a Cristo con un corazón dividido. Si miramos hacia atrás a algo de este mundo, no somos aptos para ser discípulos. Aquellos que miran hacia atrás, como la esposa de Lot, desean ir hacia atrás. Jesús no compartirá su trono con nadie, ni con nuestros parientes más queridos. Debe tener todo nuestro corazón o nada. Sin duda debemos honrar a nuestro padre y a nuestra madre y amar a quienes nos rodean. Pero, cuando el amor a Cristo y a nuestros parientes entran en colisión, Cristo debe tener preferencia. Debemos estar dispuestos si es necesario, como Abraham, a salir de la familia y de la casa de nuestro padre por amor a Cristo. Debemos estar dispuestos en caso de necesidad, como Moisés, a dar la espalda aun a aquellos que nos han criado si Dios nos llama y el camino está claro. Esa conducta decidida puede implicar dolorosas pruebas para nuestros sentimientos. Quizá apene nuestros corazones el ir en contra de las opiniones de aquellos a quienes amamos. Pero puede que esa conducta sea en ocasiones verdaderamente necesaria para nuestra salvación y que, sin ella, cuando es necesaria, no seamos aptos para el Reino de Dios. El buen soldado no permitirá que su corazón se apegue demasiado a su hogar. Si diariamente cede el paso a cobardes quejas por aquellos que ha dejado detrás, nunca será apto para una campaña. Sus obligaciones presentes —la vigilancia, la marcha, la lucha— deben ocupar el lugar principal en sus pensamientos. Así debe ser con todos los que desean servir a Cristo. Deben cuidarse de evitar que la indulgencia estropee sus caracteres como cristianos. Deben sufrir penalidades como buenos soldados de Jesucristo (cf. 2 Timoteo 2:3).

Dejemos el pasaje examinando nuestro corazón. Sin duda han cambiado mucho los tiempos desde que nuestro Señor dijo estas palabras. No hay tantos que sean llamados a hacer verdaderos sacrificios como este por amor a Cristo como cuando Cristo estaba sobre la Tierra. Pero el corazón del hombre nunca cambia. Las dificultades para la salvación siguen siendo muy grandes. La atmósfera del mundo continúa siendo muy desfavorable para la religión espiritual. Sigue habiendo necesidad de una decisión sincera, resuelta y de todo corazón si queremos llegar al Cielo. Que nuestra única meta sea esta decisión. Estemos dispuestos a hacer cualquier cosa, a sufrir lo que sea y a abandonarlo todo por amor a Cristo. Quizá nos cueste algo durante unos años, pero grande será la recompensa en la eternidad.

Notas: Lucas 9:57–62

V. 57: *[Uno le dijo]*. S. Mateo nos dice que este hombre era un escriba. Este ofrecimiento parece haber ocurrido en un período temprano del ministerio terrenal de nuestro Señor (cf. Mateo 8:19). S. Lucas lo menciona en este lugar porque tiene costumbre de relatar los sucesos en grupos y no en un orden estrictamente cronológico (cf. Lucas 1:3 y la nota que lo acompaña).

V. 58: *[Las zorras tienen guaridas]*. Esta expresión arroja mucha luz sobre la pobreza y humildad en la que nuestro Señor quiso pasar el tiempo de su ministerio.

Prestemos atención a la respuesta de nuestro Señor al ofrecimiento de este hombre. Tanto aquí como en otros lugares vemos que pone en preeminencia la cruz que tiene que llevar si el hombre se vuelve cristiano. La conducta de aquellos ministros y cristianos que esconden las pruebas del cristianismo a aquellos que preguntan y que suprimen la cruz para elevar las cifras de su secta, partido o congregación es muy diferente de la conducta de Cristo. Obtener adherentes para nuestras filas por medio de afirmaciones incorrectas o parciales es un procedimiento al que no deben rebajarse nunca los cristianos. Es mejor una pequeña congregación conseguida con honradez que una grande reunida a base de falsas afirmaciones.

V. 59: *[Déjame que primero vaya y entierre a mi padre]*. Probablemente haya más cosas implícitas en esta expresión de lo que parece a primera vista. Significa algo más que un mero asistir al funeral de un padre muerto.

Teofilacto y Pellican piensan que significa “cuidar del padre hasta que muera” y que implica un deseo de atender a un padre anciano durante todas las enfermedades de sus últimos días hasta que descanse por medio de la muerte.

Heinsius piensa que hay una referencia a las muchas prácticas tediosas y supersticiosas de los judíos en relación con los muertos y los funerales, como las lamentaciones durante siete días antes del entierro del padre y un año especial de duelo tras su funeral.

Hay cierta probabilidad de que así sea en ambos casos.

V. 60: *[Deja que los muertos entierren a sus muertos]*. La primera palabra “muertos” en esta expresión hace referencia a los “espiritualmente muertos”; la segunda, a los “naturalmente muertos”. El significado es evidentemente que los funerales bien se los puede dejar a aquellos que, careciendo de vida espiritual ellos mismos, otorguen importancia a todas las ceremonias y costumbres que pertenecen a esta vida y no dejen de participar en ellas.

[Ve y anuncia]. No es improbable que este mandamiento de ir y predicar fuese dado antes de que nuestro Señor seleccionara a los setenta predicadores mencionados en el capítulo siguiente. Si este hombre hubiera estado dispuesto podría haber sido uno de los setenta.

V. 61: *[Deja que me despida]*. La palabra griega así traducida es particular. En Marcos 6:36 se traduce como “despídelos”, en Lucas 14:33 como “renuncia”; pero en Hechos 18:18, 21 y en 2 Corintios 2:13 también se traduce como despedirse.

Heinsius piensa que se debería traducir: “Deja que primero vaya y les dé instrucciones” en casa, como si el hombre estuviera a punto de morir o emprendiera un largo viaje.

Es probable que, como en la expresión “entierre a mi padre”, haya más cosas implícitas de lo que parece. Si el deseo de despedirse hubiera sido el simple deseo de Eliseo de “besar a mi padre y a mi madre” cuando Elías le llamó, nuestro Señor difícilmente le habría dicho lo que le dijo (1 Reyes 19:20). Es evidente, en cualquier caso, que nuestro Señor vio que el corazón del hombre estaba más en su hogar que en su obra.

V. 62: *[Apto para el reino]*. En este proverbio, la palabra griega traducida “apto” es extraordinaria y solo se utiliza aquí y en Lucas 14:35 y Hebreos 6:7. Significa literalmente “bien situado” o “bien dispuesto”. Implica que un hombre que desea ir a casa a despedirse de sus amigos no tiene una buena disposición para la obra del Evangelio, igual que alguien que mira hacia atrás no está correctamente situado para arar.

Se debe advertir en todo el pasaje que, tanto en el segundo caso como en el tercero, el gran error manifiesto fue el deseo de hacer algo “primero” (versículos 59 y 61) antes de llevar a cabo la obra de Cristo.

Lucas 10:1–7

Los versículos que tenemos ante nosotros relatan una circunstancia que no menciona ninguno de los autores de los Evangelios salvo S. Lucas. Esa circunstancia es el nombramiento por parte de nuestro Señor de setenta discípulos para que fueran delante de Él además de los doce Apóstoles. Desconocemos los nombres de todos estos discípulos. Su posterior historia no nos ha sido revelada. Pero las instrucciones con las que fueron enviados son profundamente interesantes y merecen la máxima atención por parte de todos los ministros y maestros del Evangelio.

El primer punto de la responsabilidad que da nuestro Señor a los setenta discípulos es *la importancia de la oración y la intercesión*. Este es el pensamiento principal con el que nuestro Señor comienza su discurso. Antes de decir a sus embajadores lo que deben hacer, primero les ordena orar: “Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies”.

La oración es uno de los mejores y más potentes medios para ayudar a la causa de Cristo en el mundo. Es un medio al alcance de todos aquellos que tengan el Espíritu de adopción. No todos los creyentes tienen dinero para ofrendar a las misiones. Muy pocos tienen grandes dotes intelectuales o una influencia extensa entre los hombres. Pero todos los creyentes pueden orar por el éxito del Evangelio y deberían orar por él diariamente. Muchas y maravillosas son las respuestas a la oración que se relatan para nuestro aprendizaje en la Biblia. “La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16).

La oración es una de las armas principales que debería emplear el ministro del Evangelio. Para ser un verdadero sucesor de los Apóstoles debe entregarse a la oración así como al ministerio de la Palabra (Hechos 6:4). Debe no solo emplear la Palabra del Espíritu, sino orar siempre “con toda oración y súplica” (Efesios 6:17–18). Esta es la forma de obtener una bendición en su propio ministerio. Esta, sobre todo, es la forma de conseguir ayudadores para llevar a cabo la obra de Cristo. Las universidades pueden educar a los hombres. Los obispos pueden ordenarlos. Los que los apoyan económicamente pueden sustentarlos. Pero solo Dios puede levantar y enviar “obreros” que deseen trabajar entre las almas. Oremos diariamente por un suministro constante de esa clase de obreros.

El segundo punto de la responsabilidad que encomienda nuestro Señor a los setenta discípulos es *la peligrosa naturaleza de la obra que iban a emprender*. No les oculta los peligros y las pruebas que tienen por delante. No los alista bajo falsas pretensiones, ni les augura un camino fácil, ni les promete un éxito invariable. Les dice claramente lo que deben esperar: “He aquí yo os envío como corderos en medio de lobos”.

Estas palabras, sin duda, hacían referencia especial a la vida de aquellos a quienes fueron dichas. Vemos su cumplimiento en las muchas persecuciones descritas en Hechos de los Apóstoles. Pero no debemos dejar de ver que estas palabras describen un estado de cosas que se puede observar también en nuestros días. Mientras permanezca la Iglesia, los creyentes deben esperar ser como “corderos en medio de lobos”. Deben mentalizarse de que serán odiados, perseguidos y maltratados por aquellos que no tienen una verdadera religión. No deben buscar el favor de los inconversos, porque no lo encontrarán. Fueron palabras fuertes pero ciertas las de Martín Lutero acerca de que “Caín asesinará a Abel, si puede, hasta el fin del mundo”. “No os extrañéis si el mundo os aborrece”, dice Juan. “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”, dice Pablo (2 Timoteo 3:12).

El tercer punto en la lista de responsabilidades que nuestro Señor da a los setenta discípulos es *la completa devoción a su trabajo que les impone*. Debían abstenerse hasta de la apariencia de codicia o de amor al dinero o al lujo: “No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado”. Debían comportarse como hombres que no tenían tiempo que perder en cumplidos y muestras convencionales de cortesía en el mundo: “A nadie saludéis por el camino”.

Estas notables palabras deben sin duda interpretarse con ciertas reservas. Hubo un tiempo cuando nuestro Señor mismo, al final de su ministerio, dijo a los discípulos: “El que tiene bolsa, tómela, y también la alforja” (Lucas 22:36). El apóstol Pablo no se avergonzaba de saludar. El apóstol Pedro nos ordena expresamente ser “amigables” (1 Pedro 3:8). Pero aún, después de todas las conclusiones y las reservas,

queda una profunda lección que no se debe olvidar tras estas palabras de nuestro Señor. Nos enseñan que los ministros y maestros del Evangelio deben cuidarse de no permitir que el mundo les absorba el tiempo y los pensamientos e impida que lleven a cabo su obra espiritual. Nos enseñan que preocuparse por el dinero y la atención excesiva a lo que se denomina “vanagloria de la vida” (1 Juan 2:16) son poderosas trampas en el camino de los obreros de Cristo, y trampas en las que deben tener cuidado de no caer.

Consideremos estas cosas. Conciernen especialmente a los ministros, pero más o menos a todos los cristianos. Esforcémonos por mostrar a los hombres del mundo que no tenemos tiempo para su forma de vida. Mostrémosles que pensamos que la vida es demasiado preciosa para invertirla en perpetuos festejos, visitas y cosas parecidas como si no hubiera muerte, Juicio o vida venidera. Naturalmente, debemos ser amigables. Pero no idolatremos la vanagloria de la vida haciendo que todo lo demás se incline ante ella. Manifestemos claramente que buscamos un país después de la tumba y que no tenemos tiempo para esa incesante ronda de comida, bebida, vestido, cortesía e intercambio de cumplidos en los que muchos tratan de encontrar su felicidad, pero evidentemente en vano. Que nuestro principio sea el de Nehemías: “Yo hago una gran obra, y no puedo ir” (Nehemías 6:3).

El cuarto punto de la responsabilidad que da nuestro Señor a los setenta discípulos es *el espíritu sencillo y satisfecho que les ordenó mostrar*. Dondequiera que se quedaran, al viajar para llevar a cabo los negocios de su Maestro tenían que evitar la apariencia de ser inconstantes, variables, delicados o difíciles de agradar en cuanto a comida y alojamiento, “comiendo y bebiendo lo que os den”. Y se les dice: “No os paséis de casa en casa”.

Sin duda, instrucciones como estas hacen referencia especial y principalmente a los ministros del Evangelio. Ellos son sobre todo quienes, con su estilo de vida, deberían tener cuidado de evitar el espíritu del mundo. La sencillez en la comida y en la casa y la disposición a conformarse con cualquier alojamiento mientras no se dañe la salud deben ser siempre las marcas del “hombre de Dios”. Si el predicador se gana la reputación de ser aficionado a la comida, a la bebida y a las comodidades del mundo, su utilidad ministerial se agota. El sermón acerca de las cosas “que no se ven” produce poco efecto cuando la vida predica la importancia de las “cosas que se ven” (cf. 2 Corintios 4:18).

Pero no debemos restringir las instrucciones de nuestro Señor solo a los ministros. Deberían hablar en voz alta a las conciencias de todos los creyentes, de todos aquellos que son llamados por el Espíritu Santo y hechos ministros de Dios. Deben recordarnos la necesidad de la sencillez y la no mundanalidad en nuestra vida diaria. Debemos tener cuidado de pensar demasiado acerca de nuestras comidas, nuestros

muebles, nuestras casas y todas aquellas muchas cosas que tienen que ver con la vida del cuerpo. Debemos esforzarnos por vivir como las personas cuyos primeros pensamientos son para el alma inmortal. Debemos esforzarnos por pasar por el mundo como hombres que siguen sin estar en casa y que no se preocupan en exceso por el precio que haya que pagar en el camino y en la posada. ¡Bienaventurados aquellos que se sienten peregrinos y extranjeros en esta vida y cuyas mejores cosas están por venir!

Notas: Lucas 10:1–7

V. 1: *[Designó]*. La palabra griega así traducida solo se encuentra en otro lugar en el Nuevo Testamento (Hechos 1:24), donde dice “escogido”. Según Parkhurst, significa “escoger o nombrar para un trabajo por medio de una señal externa, y a menudo se utiliza en este sentido por los autores seculares y en los libros apócrifos”. La “manifestación a Israel” de Juan el Bautista (Lucas 1:80) es un sustantivo derivado de esta palabra.

[Otros setenta]. No sabemos nada acerca de los nombres o la historia posterior de estos setenta discípulos. No aparecen mencionados en ningún otro lugar en el Nuevo Testamento. La mayoría de los comentaristas hacen hincapié en la selección del número de setenta y dan razones para ello. Grotius dice que fueron escogidos conforme al número de los que formaban el Sanedrín judío y que, por tanto, eran setenta y dos (seis de cada tribu de Israel). Wordsworth comenta que “la cifra de setenta era la de los cabezas de familia de Israel (Génesis 46:27), la de los ancianos constituidos por Moisés (Números 11:16, 25) y la de las palmeras en Elim (Éxodo 15:27). Y los judíos suponían que las lenguas del mundo eran setenta”.

[A quienes envió de dos en dos]. La misión de los discípulos en parejas merece una observación y se debería recordar en la obra misionera moderna. “Mejores son dos que uno” (Eclesiastés 4:9). Cornelio à Lapide tiene una larga e interesante nota para demostrar la sabiduría de esa medida.

[Él había de ir]. Sería mejor traducir esta expresión griega como “estaba a punto de ir”.

V. 2: *[Envíe]*. La palabra griega así traducida es especial. Significa literalmente “echar”, o “enviar con un grado de fuerza”. Implica que nada salvo el llamamiento poderoso y necesario de Dios moverá a los hombres a convertirse en ministros y obreros en la cosecha del Evangelio.

V. 3: *[Id]*. El griego aquí es simplemente una palabra: “Partid”. [En la versión utilizada por el autor son tres palabras, N.E.].

[Yo os envío]. El término griego para “yo” está aquí insertado enfáticamente como para mostrar la dignidad del trabajo de discípulo.

V. 4: *[Ni calzado]*. Vemos en S. Marcos 6:9 que, cuando los Apóstoles

salieron, nuestro Señor les ordenó “que calzasen sandalias”. Se debe recordar, por tanto, que las sandalias y el calzado eran cosas esencialmente diferentes entre los judíos. Las sandalias solo cubrían la planta de los pies y se ataban alrededor del pie y del tobillo con correas. El calzado, en cambio, era algo más lujoso y cubría todo el pie. En el pasaje que está ante nosotros, la prohibición es solo contra el calzado y no contra las sandalias. Esta es la explicación de Major y parece la más probable. El calzado no era tan apropiado como las sandalias para los hombres cuya única tarea era predicar el Reino de Dios.

[A nadie saludéis por el camino]. Esta expresión ha ocasionado muchos comentarios explicativos. Una cosa está perfectamente clara. Nuestro Señor no pretendía que sus discípulos pasaran por alto las normas comunes de cortesía. El versículo siguiente impone el uso de un saludo cortés al visitar una casa.

Schoettgen piensa que nuestro Señor se refiere a una costumbre entre los judíos según la cual las personas que estaban viajando, orando y meditando estaban exentas de dar o devolver los saludos.

Otros piensan que nuestro Señor se refiere a los largos y ceremoniosos saludos que prevalecen en los países orientales y deseaba que sus discípulos no perdieran el tiempo en conformarse a ellos. Dice Barnes: “Si dos árabes de igual rango se encuentran, se tienden el uno al otro la mano derecha y, después de estrechárselas, las elevan como si las besaran. Después cada uno acerca su propia mano y la besa en lugar de la del amigo, y posteriormente la colocan sobre su frente. Entonces ambas partes continúan el saludo besando cada uno las barbas del otro. Dan gracias a Dios porque una vez más se les permite ver al amigo y oran al Todopoderoso a su favor. En ocasiones repiten hasta diez veces esta ceremonia de estrecharse las manos y besarse”.

La explicación de Eutimio parece más natural. Él cree que nuestro Señor se refería a que sus discípulos debían entregarse por completo a la obra a la que se habían comprometido y no perder preciosas oportunidades de predicar en cosas que no eran de necesidad suprema. También hace referencia muy adecuadamente al caso de Eliseo y Giezi: “Entonces dijo él a Giezi: Ciñe tus lomos, y toma mi báculo en tu mano, y ve; si alguno te encontrare, no lo saludes, y si alguno te saludare, no le respondas” (2 Reyes 4:29).

No se debe olvidar nunca la clara lección práctica para los ministros. Deben tener cuidado de no perder el tiempo en escribir cartas y en llamadas sin sentido como otros que no tienen nada mejor que hacer con su tiempo. El hombre de Dios no debe tener tiempo de ocio para nada que no sea la obra de su Maestro. El hombre del mundo que espera que el pastor esté tan dispuesto como los demás a escribir cartas, llamar y salir a cenar solo revela su propia ignorancia de lo que debe ser un ministro cristiano.

V. 5: *[Paz sea a esta casa]*. Es probable que esta fuera una forma común de saludo (cf. 1 Samuel 25:6; Salmo 122:7–8).

V. 6: *[Si hubiere allí algún hijo de paz]*. Merece la pena citar la explicación del obispo Pearce acerca de este versículo: “Según el estilo judío, un hombre que tiene una buena o mala cualidad es llamado hijo de la misma. Así, aquí se menciona al hijo de paz, y en Mateo 11:19 y Lucas 7:35 hay hombres

llamados hijos de sabiduría. De igual manera, cuando un hombre está destinado a algo, se le llama hijo de ello. Los hombres inicuos son hijos de ira (Efesios 2:3), Judas es el hijo de perdición (Juan 17:12). Así también, el hombre que desea morir es llamado hijo de muerte (1 Samuel 12:5) [“digno de muerte” en nuestra versión española, N.T.]. La expresión significa, por tanto, que “si una persona digna, o que merece nuestros mejores deseos, está allí, tu paz descansará sobre ella”. La conclusión del versículo es como la expresión en los Salmos: “Y mi oración se volvía a mi seno” (Salmos 35:13).

V. 7: *[Posad en aquella misma casa]*. El significado de esta directriz se clarifica al final del versículo: “No os paséis de casa en casa”. Los discípulos debían conformarse con el alojamiento que se les proporcionara y no ser difíciles de agradar en cuestión de cama o de comida.

[Lo que os den]. Una traducción más literal de la primera expresión así traducida sería “las cosas de ellos”. Major piensa que significa “aquello que pertenece a ellos y aquellas cosas que comen ellos”.

[El obrero es digno de su salario]. Esta expresión es proverbial. Es importante como la única expresión en los Evangelios que se cita en las Epístolas. S. Pablo la emplea al escribir a Timoteo en relación con la expresión “la Escritura dice” (1 Timoteo 5:18). Esto ha llevado a muchos a concluir con gran probabilidad que el Evangelio de S. Lucas estaba acabado y era considerado como parte de la Santa Escritura en el tiempo en que Pablo escribió a Timoteo.

El señor Ford cita unos comentarios admirables de Cecil y Scougal acerca de las obligaciones de los ministros que arrojan alguna luz sobre las lecciones generales de todo el versículo. Dice Cecil: “Una cosa es humillarse y condescender, y otra volverse ordinario, de mal gusto y despreciable. Los hombres del mundo saben cuándo un ministro está fuera del lugar que le corresponde”.

Dice Scougal: “Otra cosa que debemos despreciar es el frecuentar en demasía la compañía de laicos y su conversación vana y superficial. Las palabras de Jerónimo a Nepote son muy claras: ‘Un pastor pronto se convierte en despreciable si, cuando se le invita a cenar a menudo, generalmente acepta la invitación’ ”.

Lucas 10:8–16

Estos versículos comprenden la segunda parte de la acusación de nuestro Señor Jesús a los setenta discípulos. Sus lecciones, como las de la primera parte, hacen referencia en especial a los ministros y maestros del Evangelio. Pero contienen verdades que merecen la seria atención de todos los miembros de la Iglesia de Cristo.

El primer punto que debemos advertir en estos versículos es *la*

sencillez de las noticias que nuestro Señor encomendó a algunos de sus primeros mensajeros que proclamaran. Leemos que fueron comisionados a anunciar: “Se ha acercado a vosotros el reino de Dios”.

Probablemente debamos considerar estas palabras como la clave de todo lo que dijeron los setenta discípulos. Se supone que dijeron algo más que esta simple frase. Estas palabras, sin duda, implicaban mucho más para un oyente judío en el tiempo cuando fueron comunicadas que para nuestras mentes en la actualidad. Para un israelita bien instruido sonarían como un anuncio de que el tiempo del Mesías había llegado, de que el Salvador prometido desde hacía tiempo estaba a punto de revelarse, de que el “Deseado de todas las naciones” estaba a punto de aparecer (Hageo 2:7). Todo esto es indudablemente cierto. Un anuncio transmitido repentinamente por setenta hombres evidentemente convencidos de la verdad de lo que decían y viajando por un país poblado de gente, difícilmente podía dejar de llamar la atención y de ocasionar preguntas. Pero el mensaje sigue siendo especial y extraordinariamente sencillo.

Se puede dudar de si la forma moderna de enseñar el cristianismo, por regla general, es suficientemente sencilla. Es un hecho cierto que el razonamiento profundo y los argumentos elaborados no son las armas por las cuales a Dios suele agradarle convertir almas. Parece que las afirmaciones claras y sencillas que se hacen con valentía y solemnidad, y de tal manera que sean evidentemente sentidas y creídas por aquel que las hace, causan mayor efecto en los corazones y en las conciencias. Los padres y los maestros de los jóvenes, ministros y misioneros, lectores de la Escritura y visitadores de distrito harían todos bien en recordar esto. No debemos angustiarnos como hacemos a menudo defendiéndonos con evasivas, probando, demostrando y razonando las doctrinas del Evangelio. Ni una de cada cien almas es llevada a Cristo de esta forma. Queremos afirmaciones de las verdades sencillas del Evangelio de forma más simple, clara, solemne, seria y afectuosa. Podemos dejar tranquilamente que esas afirmaciones actúen por sí mismas y sigan su camino. Son flechas de la aljaba de Dios mismo y con frecuencia traspasan los corazones que no han sido tocados por el sermón más elocuente.

El segundo punto que debemos advertir en estos versículos es *la gran pecaminosidad de aquellos que rechazan el ofrecimiento del Evangelio de Cristo*. Nuestro Señor declara que “en aquel día será más tolerable el castigo para Sodoma” que para aquellos que no reciben el mensaje de sus discípulos. Y continúa diciendo que la culpa de Corazín y Betsaida, ciudades de Galilea donde había predicado y obrado milagros con frecuencia y donde la gente, sin embargo, no se había arrepentido, era mayor que la culpa de Tiro y Sidón.

Declaraciones como estas son especialmente terribles. Arrojan luz sobre algunas verdades que los hombres tienen mucha tendencia a olvidar. Nos enseñan que todos serán juzgados según su luz espiritual

y que a aquellos que han disfrutado de la mayoría de privilegios religiosos se les requerirá más. Nos enseñan la extremada dureza e incredulidad del corazón humano. Era posible escuchar a Cristo predicar y ver los milagros de Cristo y, sin embargo, permanecer inconversos. Nos enseñan, además, que el hombre es responsable del estado de su propia alma. Aquellos que rechazan el Evangelio y permanecen impenitentes e incrédulos no son meros objetos de lástima y compasión, sino profundamente culpables y censurables a los ojos de Dios. Dios los llamó, pero ellos rehusaron. Dios les habló, pero ellos no prestaron atención. La condenación de los incrédulos será estrictamente justa. Su sangre caerá sobre sus cabezas. El Juez de toda la Tierra hará justicia.

Grabemos todas estas cosas en nuestro corazón y cuidémonos de la incredulidad. No es solo un pecado evidente y un libertinaje escandaloso que destruye nuestras almas. Solo tenemos que sentarnos callados y no hacer nada cuando se nos invita a aceptar el Evangelio, y nos encontraremos un día en el abismo. No tenemos que cometer excesos. No tenemos que oponernos abiertamente a la verdadera religión. Solo tenemos que ser fríos, negligentes, indiferentes, inconmovibles e impasibles, y acabaremos en el Infierno. Esa fue la ruina de Corazín y Betsaida. Y esa, nos tememos, será la ruina de miles mientras el mundo dure. Ningún pecado hace menos ruido que la incredulidad; pero, sin duda, ninguno daña tanto el alma.

El último punto que debemos advertir en estos versículos es *el honor que al Señor Jesús le agrada poner sobre sus fieles ministros*. Vemos esto manifestado en las palabras con las que concluye su encargo a los setenta discípulos. Les dice: “El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió”.

El lenguaje que utiliza aquí nuestro Señor es extraordinario, y más cuando recordamos que iba dirigido a los setenta discípulos y no a los doce Apóstoles. La lección que tiene el propósito de transmitir es clara e inconfundible. Nos enseña que los ministros deben ser considerados como los mensajeros y embajadores de Cristo a un mundo pecador. Mientras hagan su trabajo con fidelidad, son dignos de honor y respeto por amor a su Maestro. Aquellos que los desprecian no están despreciándoles tanto como a su Maestro. Aquellos que rechazan los términos de la salvación que ellos han sido comisionados a proclamar están haciendo daño no tanto a ellos como a su Rey. Cuando Hanún, rey de Amón, maltrató a los embajadores de David, el insulto fue experimentado como si hubiera sido contra David mismo (cf. 2 Samuel 10:1–19).

Recordemos estas cosas para poder hacer una valoración correcta de la posición de un ministro del Evangelio. Es una cuestión en la que abunda el error. Por un lado, el pastorado se considera con una reverencia idólatra y supersticiosa. Por otro, a menudo se ve con

ignorante desprecio. Ambos extremos son erróneos. Pero los errores surgen del olvido de la clara enseñanza de la Escritura. El ministro que no hace la obra de Dios con fidelidad o que no transmite el mensaje de Cristo correctamente no tiene derecho a pretender respeto por parte de las personas. Pero, cuando el ministro declara todo el consejo de Dios y no se guarda nada que sea provechoso, no se pueden descuidar sus palabras sin cometer gran pecado. Está en los negocios del Rey. Es un heraldo. Es un embajador. Es el que porta la bandera blanca. Trae las buenas noticias de las condiciones de paz. En ese hombre se cumplen estrictamente las palabras de nuestro Señor. Quizá el rico le pise. Quizá el inicuo le odie. Quizá el amante del placer se moleste con él. Quizá el codicioso se enoje con él. Pero puede consolarse diariamente con las palabras de su Señor: “El que a vosotros desecha, a mí me desecha”. En el día final se demostrará que estas palabras no fueron habladas en vano.

Notas: Lucas 10:8–16

V. 8: *[Comed lo que os pongan delante]*. Quesnel comenta sobre este versículo: “Un obrero evangélico, para satisfacer las necesidades de la vida, puede hacer uso de todas las cosas que están delante de él y que no están prohibidas, a condición de que lo haga sin excesivo entusiasmo. Si un misionero, un pastor o un predicador no muestran una gran indiferencia hacia todo lo que se relaciona con las necesidades corporales, nunca podrá avanzar demasiado en la obra de Dios”.

V. 11: *[Esto sabed]*. La traducción literal de la expresión griega utilizada aquí sería esta. [La versión utilizada por el autor traduce: “estad seguros de esto”, N.T.].

V. 12: *[Será más tolerable...]*. Advirtamos aquí que hay grados de culpa y de castigo en el Infierno, igual que hay grados de gracia y de gloria en el Cielo.

También se debe advertir que nuestro Señor habla de Sodoma como una verdadera ciudad que una vez existió; y de la historia de la culpa de sus habitantes como una historia genuina y real. No hay base aquí para la teoría de que las partes históricas del Antiguo Testamento son solo invenciones míticas con el propósito de transmitir una lección moral o espiritual.

También se debe advertir que, tanto en el presente como en los tres versículos siguientes, se implica manifiestamente la gran verdad de que el hombre es responsable de su fe y de que no creer el Evangelio es un pecado que conduce al Infierno tan ciertamente como no cumplir los Diez Mandamientos. Sin duda es cierto que nadie puede ir a Cristo si el Padre no le lleva. Pero no es menos cierto que Dios considera que el hombre es un ser responsable y que no ir a Cristo es parte de su culpa y añade a su condenación en el último día.

V. 13: *[Corazín […] Betsaida]*. Notemos que estos lugares estaban en el distrito donde se obraron todos los principales milagros de nuestro Señor y donde se supone que vivieron al menos cinco de los Apóstoles: Pedro, Andrés, Felipe, Santiago y Juan. No solo se requieren milagros para convertir a las almas.

[Tiro y Sidón]. Estas dos ciudades eran grandes puertos comerciales famosos por sus riquezas, lujos e idolatría. Ezequiel profetiza contra ellas (cf. Ezequiel 38). Ahora son poco más que ruinas.

V. 15: *[Hasta el Hades serás abatida]*. Merece la pena señalar que Capernaum, a la que se refiere esta fuerte expresión, ha desaparecido de tal manera que ni siquiera quedan sus ruinas, y se discute acerca del lugar donde estuvo.

Se debería advertir que “cielo” y “Hades” se utilizan aquí probablemente como expresiones alegóricas que hacen referencia a la más excelsa exaltación y a la más profunda degradación (cf. Isaías 14:13)

V. 16: *[El que a vosotros oye, a mí me oye]*. Probablemente no haya un lenguaje más fuerte que este en el Nuevo Testamento acerca de la dignidad del trabajo de un ministro fiel y la culpa de aquellos que rehúsan escuchar su mensaje. Debemos recordar que es un lenguaje que no va dirigido a los doce Apóstoles, sino a setenta discípulos de cuyos nombres e historia posterior no sabemos nada. Comenta Scott que “rechazar a un embajador o tratarle con desprecio es una afrenta al príncipe que le comisionó y le envió, y a quien representa. Los Apóstoles y los setenta discípulos son los embajadores y representantes de Cristo; y aquellos que los rechazan y los desprecian en realidad lo rechazan y lo desprecian a Él”.

Una cosa es tener una idea católica romana del ministerio, afirmando la sucesión apostólica y considerando a los ministros como mediadores entre Dios y el hombre en virtud de su cargo y ordenación. Otra muy diferente es despreciar su cargo y considerar sus advertencias y exhortaciones como carentes de importancia. Ambos extremos son errores lamentables que se deben evitar cuidadosamente.

Lucas 10:17–20

En este pasaje aprendemos *la tendencia de los cristianos a engreírse con el éxito*. Está escrito que los setenta volvieron de su primera misión con gozo “diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre”. Había mucho ardor engañoso en aquel gozo. Evidentemente había satisfacción personal en aquel informe de éxitos. Todo el tono del pasaje nos conduce a esta conclusión. Las tremendas palabras empleadas por nuestro Señor acerca de la caída de Satanás del Cielo tenían muy probablemente el propósito de servir de

advertencia. Lee los corazones de los jóvenes y experimentados soldados que tiene delante. Ve cuán orgullosos están de su primera victoria. Con sabiduría los frena en su excesivo júbilo. Les advierte contra el orgullo.

Se trata de una lección que todos los que trabajan para Cristo deberían señalar y recordar. Todo obrero fiel dedicado a la obra del Evangelio desea tener éxito. El pastor en su país y el misionero en el extranjero, el visitador de distrito y el misionero urbano, el distribuidor de folletos y el maestro de escuela dominical, todos por igual anhelan tener éxito. Todos anhelan ver el reino de Satanás vencido y las almas convertidas a Dios. No nos sorprende. Este deseo es correcto y bueno. Sin embargo, nunca olvidemos que el tiempo de éxito es un tiempo de peligro para el alma del cristiano. Los mismos corazones que se deprimen cuando las cosas parecen estar en su contra, con frecuencia se entusiasman en exceso en el día de la prosperidad. Pocos hombres son como Sansón y pueden matar a un león sin decírselo a otros (cf. Jueces 3:6). No nos sorprende que S. Pablo diga del obispo que debe ser “no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo” (1 Timoteo 3:6). La mayoría de obreros cristianos probablemente tienen tanto éxito como sus almas pueden soportar.

Oremos mucho por humildad, y especialmente por humildad en nuestros días de paz y de éxito. Cuando todo lo que nos rodea parece prosperar y todos nuestros planes se cumplen, cuando la familia parece no pasar por pruebas ni enfermedades y las cosas nos van bien, cuando nuestras cruces diarias son ligeras y todo por dentro y por fuera es como una mañana sin nubes, ¡entonces, entonces es cuando nuestras almas están en peligro! Entonces es cuando necesitamos vigilar doblemente nuestros corazones. Entonces es cuando el diablo siembra en nosotros las semillas del mal que quizá un día nos sorprendan por su crecimiento y su fuerza. Hay pocos cristianos que puedan llevar una copa llena con mano firme. Hay pocos cuyas almas prosperen en sus días de éxito ininterrumpido. Todos nos inclinamos a hacer sacrificios a nuestra red y ofrecer sahumerios a nuestras mallas (cf. Habacuc 1:16). Tenemos tendencia a pensar que nuestro propio poder y nuestra propia sabiduría nos han procurado la victoria. No debemos olvidar la advertencia del pasaje que tenemos ante nosotros. En medio de nuestros triunfos, clamemos de corazón: ¡Señor, revístenos de humildad! (cf. 1 Pedro 5:5).

En estos versículos aprendemos, por otro lado, que *los dones y el poder de hacer milagros son muy inferiores a la gracia*. Está escrito que nuestro Señor dijo a los setenta discípulos: “No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos”. Era sin duda un honor y un privilegio que se les permitiera expulsar demonios. Los discípulos tenían razones para estar agradecidos. Pero era un privilegio mucho

mayor el de ser hombres conversos y perdonados y tener sus nombres escritos en el registro de almas salvadas.

La diferencia trazada aquí entre la gracia y los dones es de profunda importancia y a menudo es tristemente pasada por alto en los días presentes. Dones como la fuerza mental, la gran memoria, la impresionante elocuencia, la habilidad para argumentar y el poder para razonar son inmensamente valorados por aquellos que no los poseen. Esto no debería ser así. Los hombres olvidan que los dones sin la gracia no le sirven al alma y son propios de Satanás mismo. La gracia, por el contrario, es una herencia eterna y, por muy sencillo y despreciado que sea su posesor, le llevará seguro a la gloria. Aquel que tiene dones sin gracia está muerto en sus pecados, por muy espléndidos que sean sus dones. Pero aquel que tiene gracia sin dones está vivo para Dios, por muy indocto e ignorante que pueda parecer al hombre. Y "mejor es perro vivo que león muerto" (Eclesiastés 9:4).

Que en la religión que pretendemos poseer sea la gracia lo principal. No nos contentemos con poder hablar con elocuencia, predicar con poder, razonar con habilidad, argumentar con inteligencia, dar testimonio en alta voz o conversar con fluidez. No nos conformemos con conocer todo el sistema de doctrinas cristianas y con tener textos y palabras a nuestra disposición. Estas cosas están bien en su sitio. No hay que infravalorarlas. Tienen su función. Pero no son la gracia de Dios y no nos librarán del Infierno. Nunca descansemos hasta que tengamos el testimonio del Espíritu en nuestro interior de que hemos sido "lavados, […] santificados, […] justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios" (1 Corintios 6:11). Esforcémonos por saber que nuestros "nombres están escritos en los cielos" y que somos verdaderamente uno con Cristo y Cristo está en nosotros. Tratemos de ser cartas de Cristo "conocidas y leídas por todos los hombres (2 Corintios 3:2) y de mostrar por medio de nuestra humildad, caridad, fe e inteligencia espiritual que somos hijos de Dios. Eso es verdadera religión. Esas son las verdaderas marcas del cristianismo salvador. Sin esas marcas, un hombre puede tener abundancia de dones y no ser nada más que seguidor de Judas Iscariote, el falso apóstol, e ir al final al Infierno. Con esas marcas, un hombre puede ser como Lázaro, pobre y despreciado en la Tierra y sin don alguno. Pero su nombre está escrito en el Cielo, y Cristo lo reconocerá como perteneciente a su pueblo en el día final.

Notas: Lucas 10:17–20

V. 17: *[Volvieron los setenta con gozo]*. Desconocemos cuánto duró la misión de los setenta. Se puede suponer con seguridad que fue de breve duración.

V. 18: *[Yo veía a Satanás caer del cielo...]*. Hay dos significados asignados por los comentaristas a estas notables palabras.

Algunos creen que nuestro Señor está hablando del efecto que produjo la predicación de los setenta discípulos sobre el reino de Satanás: "Vi en espíritu, o con los ojos de mi mente, el declive del poder de Satanás, y a él perdiendo rápidamente su dominio sobre los hombres a consecuencia de vuestro ministerio". Esta es la opinión de muchos comentaristas modernos, pero no parece satisfactoria. El fuerte lenguaje utilizado por nuestro Señor a duras penas se explica por medio de una interpretación así ni se ajusta a ella.

Otros piensan que nuestro Señor está hablando de aquello de lo que Él había sido testigo cuando Satanás y sus ángeles cayeron del Cielo y fueron expulsados al Infierno porque no conservaron su estado inicial. "Hubo un tiempo cuando Yo vi a Satanás, grande y poderoso como era, caer de repente de su elevada posición y convertirse en un espíritu perdido". Esta última interpretación me parece con mucho la más satisfactoria de las dos y es la que sostienen Cipriano, Ambrosio, Crisóstomo, Jerónimo, Gregorio, Bede, Teofilacto, Bernardo, Erasmo, Pellican, Doddridge, Gill y Alford.

La aplicación de las palabras de nuestro Señor, suponiendo que se refieran a la caída original de Satanás, se explica de diferentes maneras.

Teofilacto, Heinsius y Gill consideran que lo que quería decir nuestro Señor era: "No os maravilléis de que los demonios se sujeten a vosotros, porque Yo he contemplado caer a su príncipe y no es sorprendente que sus siervos ahora caigan ante vosotros".

Cipriano, Jerónimo, Gregorio, Bede, Erasmo y Pellican consideran que la intención de nuestro Señor era advertir a los discípulos contra la vanagloria: "No os enorgullezcáis de que los demonios se os sujeten. Recordad que Satanás cayó por su orgullo, como yo mismo vi".

Yo creo que esta última opinión es la verdadera y que se ve confirmada por la advertencia de Pablo a Timoteo cuando le dice que no tome a un neófito como obispo "no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo" (1 Timoteo 3:6).

V. 19: *[Os doy potestad de hollar serpientes...]*. Se puede poner en duda si estas palabras deben interpretarse de manera figurativa o literal. En favor de la opinión literalista se puede colocar la promesa de nuestro Señor en Marcos 16:18 y el hecho de que S. Pablo agarrara una víbora y no fuese herido (cf. Hechos 28:5). A favor de la opinión figurativa se debe poner el hecho de que a Satanás se le llame la "serpiente antigua", que sus instrumentos compartan su naturaleza y que haya una promesa en Génesis 3:15 de que la simiente de la mujer herirá en la cabeza a la serpiente, en la que todos los miembros de Cristo están implicados (cf. también Salmo 41:1–4).

[Escorpiones]. Un escorpión es un insecto venenoso de unos 10 cm de largo con un aguijón en la cola y que se encuentra en los climas tropicales. Su aguijón es muy peligroso. Cuando se enrosca tiene cierto parecido con un huevo (cf. Lucas 11:12).

[Enemigo]. Se refiere a Satanás, el gran enemigo de Dios y del hombre.

V. 20: *[Vuestros nombres están escritos en los cielos]*. Esto significa que

“estáis registrados en el Cielo como ciudadanos del Reino de Dios y personas escogidas para la salvación por medio de Cristo, perdonadas, aceptadas y salvadas”. Es lo mismo que cuando S. Pablo dice “cuyos nombres están en el libro de la vida” (Filipenses 4:3; cf. también Daniel 12:1; Apocalipsis 13:8; 20:12). Encontramos la expresión contraria —“escritos en el polvo”— en Jeremías 17:13.

Lucas 10:21–24

Hay cinco puntos a destacar en estos versículos que merecen la atención de todos los que deseen ser cristianos bien instruidos. Tomemos cada uno de ellos por orden.

Debemos observar, en primer lugar, *el ejemplo que se nos relata del gozo de nuestro Señor Jesucristo*. Leemos que “en aquella misma hora, Jesús se regocijó en el espíritu”. Por tres veces se nos dice en los Evangelios que nuestro Señor Jesucristo lloró. Solo una se nos dice que se regocijó.

¿Y cuál fue la causa de la alegría de nuestro Señor? La conversión de las almas. La recepción del Evangelio por parte de los débiles y humildes entre los judíos mientras que los “sabios y entendidos” de todas partes lo rechazaban. Nuestro bendito Señor sin duda vio mucho que lamentar en este mundo. Observó la obstinada ceguera e incredulidad de la inmensa mayoría de aquellos entre quienes ministraba. Pero, cuando vio a unos pobres hombres y mujeres que recibían las buenas noticias de la salvación, hasta su corazón se animó. Lo vio y se alegró.

Todos los cristianos deberían prestar atención a la conducta de nuestro Señor en esta cuestión y seguir su ejemplo. Encuentran poco en el mundo que celebrar. Miran a su alrededor y ven una enorme multitud caminando indiferente, endurecida e incrédula, por el ancho camino que conduce a la destrucción. Ven unos cuantos aquí y allá, solo unos cuantos, que creen para la salvación de sus almas. Pero esta visión debe llevarles a estar agradecidos. Debe llevarles a bendecir a Dios porque al menos hay algunos que se convierten y que creen. No percibimos suficientemente la pecaminosidad del hombre. No reflexionamos en que la conversión de un alma es un milagro, un milagro tan grande como la resurrección de Lázaro de la muerte. Aprendamos de nuestro bendito Señor a ser más agradecidos. Siempre hay un cielo azul además de nubes oscuras; solo tenemos que buscarlo. Aunque solo se salven unos pocos, debemos encontrar razón para regocijarnos. Es solo a través de la libre gracia y la inmerecida misericordia como se salvan al menos algunos.

Debemos observar, en segundo lugar, *la soberanía de Dios al salvar a los pecadores*. Leemos que nuestro Señor le dice a su Padre: “Escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños”. El significado de estas palabras es claro y evidente. Hay algunos para quienes la salvación está “escondida”. Hay otros a quienes les es “revelada” la salvación.

La verdad aquí establecida es profunda y misteriosa. “Es alta como los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás? (Job 11:8). Posiblemente no podamos explicar por qué algunos a nuestro alrededor se convierten y otros quedan muertos en sus pecados. No podemos resolver el problema de por qué Inglaterra es un país cristiano y China está sepultada en la idolatría. Solo sabemos que es así. Solo podemos reconocer que las palabras de nuestro Señor Jesucristo proporcionan la única respuesta que el hombre mortal puede ofrecer: “Sí, Padre, porque así te agradó”.

Sin embargo, nunca olvidemos que la soberanía de Dios no anula la responsabilidad del hombre. El mismo Dios que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad siempre se dirige a nosotros como criaturas responsables, como seres cuya sangre recaerá sobre nuestras propias cabezas si nos perdemos. No podemos comprender todas sus actuaciones. Vemos en parte y conocemos en parte. Descansemos con la convicción de que el día del Juicio lo esclarecerá todo y de que el Juez de todos no dejará de hacer justicia. Recordemos que, en el tiempo intermedio, el ofrecimiento de salvación por parte de Dios es libre, extenso, amplio e ilimitado, y que “en nuestros actos debemos seguir la voluntad de Dios que nos ha sido declarada expresamente en la Palabra de Dios” (*Artículo 17 de la Iglesia de Inglaterra*). Si la Verdad es escondida a algunos y revelada a otros, podemos estar seguros de que hay una causa.

Debemos observar, en tercer lugar, *el carácter de aquellos de quienes está escondida la Verdad y de aquellos a quienes es revelada la Verdad*. Leemos que dice nuestro Señor: “Escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños”.

No debemos deducir de estas palabras una lección errónea. No debemos inferir que algunas personas en la Tierra son más merecedoras por naturaleza de la gracia y la salvación de Dios que otras. Todas son igualmente pecadoras y no merecen nada salvo la ira y la condenación. Debemos sencillamente considerar que estas palabras constatan un hecho. La sabiduría de este mundo hace a menudo que la gente sea prudente e incrementa su enemistad natural hacia el Evangelio de Cristo. El hombre que no puede recurrir al orgullo de su conocimiento o a su supuesta moralidad tiene con frecuencia menos dificultades que superar para llegar al conocimiento de la Verdad. Los publicanos y pecadores son con frecuencia los primeros en entrar en el Reino de Dios, mientras que los escribas y los fariseos se quedan fuera.

Aprendamos de estas palabras a tener cuidado del fariseísmo. Nada ciega los ojos de nuestras almas a la belleza del Evangelio tanto como la idea vana y engañosa de que no somos tan ignorantes y malvados como otros y de que tenemos un carácter que soportará el escrutinio. ¡Feliz aquel que ha aprendido a sentir que es “un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Apocalipsis 3:17)! Ver que somos malos es el primer paso hacia la verdadera bondad. Sentir que somos ignorantes es el comienzo de todo conocimiento salvador.

Debemos observar, en cuarto lugar, *la majestad y dignidad de nuestro Señor Jesucristo*. Leemos que él dijo: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”.

Estas son las palabras de alguien que es verdaderamente Dios de Dios y no un simple hombre. No leemos de ningún patriarca, profeta, apóstol o santo de ninguna época que utilizara alguna vez palabras como estas. Revelan a nuestros ojos sorprendidos algo del profundo misterio de la naturaleza y persona de nuestro Señor. Nos lo muestran como Cabeza de todas las cosas y Rey de reyes: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre”. Nos lo muestran como alguien diferente del Padre y, sin embargo, enteramente uno con Él y que le conoce de una forma indescriptible: “Nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo”. Le muestran, sobre todo, como el gran revelador del Padre a los hijos de los hombres, como el Dios que perdona la iniquidad y ama a los pecadores por amor a su Hijo: “Nadie conoce […] quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”.

Hagamos reposar nuestras almas con confianza en nuestro Señor Jesucristo. Él es “poderoso para salvar”. Aunque nuestros pecados sean muchos y grandes, Cristo puede llevarlos todos. Aunque la obra de nuestra salvación sea difícil, Cristo es poderoso para cumplirla. Si Cristo no fuera Dios además de hombre, en verdad podríamos desesperar. Pero, con un Salvador como este, podemos comenzar valientemente, avanzar con esperanza y aguardar la muerte y el Juicio sin temor. Hemos “puesto el socorro sobre uno que es poderoso” (Salmo 89:19). “Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”, no fallará a nadie que confíe en Él.

Observemos, por último, *los privilegios especiales de aquellos que escuchan el Evangelio de Cristo*. Leemos que nuestro Señor les dijo a sus discípulos: “Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron”.

El pleno significado de estas palabras probablemente nunca será comprendido por los cristianos hasta el día final. Puede que tengamos una vaga idea de las enormes ventajas disfrutadas por los creyentes que han vivido desde que Cristo vino al mundo comparadas con las de

aquellos creyentes que murieron antes de que Cristo naciera. La diferencia entre el conocimiento de un santo del Antiguo Testamento y el de un santo de los días de los Apóstoles es mucho mayor de lo que podemos concebir. Es la diferencia entre la noche y el día, entre el invierno y el verano, entre la mente de un niño y la de un hombre plenamente maduro. Sin duda, los santos del Antiguo Testamento miraban a un futuro Salvador por la fe y creían en una resurrección y en una vida futuras. Pero la venida y la muerte de Cristo abrían cientos de Escrituras que anteriormente estaban cerradas y que aclaraban muchos puntos dudosos que anteriormente no estaban claros. En resumen, "aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie" (Hebreos 9:8). El creyente cristiano más humilde comprende cosas que David e Isaías nunca pudieron explicar.

Dejemos el pasaje con un profundo sentimiento de nuestra deuda hacia Dios y de nuestra gran responsabilidad en referencia a la plena luz del Evangelio. Veamos que hacemos un buen uso de nuestros muchos privilegios. Teniendo un Evangelio completo, tengamos cuidado de no rechazarlo. Importantes palabras son las siguientes: "al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá" (Lucas 12:48).

Notas: Lucas 10:21–24

V. 21: *[Yo te alabo, oh Padre, …]*. El significado de esta notable expresión parece ser: "Te agradezco que, habiendo escondido estas cosas de los sabios y entendidos, las hayas revelado a los niños". En Romanos 6:17 se encuentra la misma clase de expresión: "Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados". Las gracias no se dan porque eran siervos del pecado, sino porque habían obedecido el Evangelio. Campbell comenta que se puede encontrar también el mismo tipo de expresión en Isaías 12:1, que literalmente dice: "Cantaré a ti, oh Señor; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó".

[Sabios y entendidos]. Estos eran los escribas, los fariseos, los sacerdotes y los ancianos de los judíos, quienes eran "sabios en sus propios ojos y […] prudentes delante de sí mismos" (Isaías 5:21) y rehusaron recibir el Evangelio de Cristo.

[Niños]. Estos eran los pescadores, publicanos y judíos indoctos que se convirtieron en discípulos de nuestro Señor y le siguieron, mientras que la mayoría de la nación no creyó.

Se debe advertir que esta importante expresión y la del versículo siguiente parecen haber sido empleadas por nuestro Señor más de una vez. Parece que las palabras de Mateo 11:25 fueron dichas en una ocasión completamente distinta.

V. 22: *[Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre…]*. Advirtamos las palabras de Whitby acerca de este versículo: “Todas las cosas; es decir, toda potestad tanto en el Cielo como en la Tierra (cf. Mateo 28:18), todo el Juicio (cf. Juan 5:27) y toda potestad sobre toda carne, para dar vida eterna’ (Juan 17:2). Pero esto incluye poder para resucitar a los muertos y para juzgarlos según sus obras y sus pensamientos secretos y, por tanto, un poder y una sabiduría claramente divinos y, en consecuencia, la naturaleza divina de la que estos atributos son inseparables. ¡Este es un argumento en defensa de la divinidad de Cristo!”.

[Reyes]. Se supone que esta palabra era una referencia a hombres como David, Salomón, Ezequías, Josafat y Josías.

Lucas 10:25–28

Fijémonos en este pasaje en *la solemne pregunta que fue dirigida a nuestro Señor Jesucristo*. Se nos dice que un intérprete de la Ley le preguntó: “¿Haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?”. La motivación de este hombre evidentemente no era correcta. Solo planteó esta pregunta para “probar” a nuestro Señor y ocasionar que dijera algo a lo que sus enemigos pudieran aferrarse. Pero la pregunta que planteó era sin duda de la mayor importancia.

Es una pregunta que merece la atención prioritaria de todos los hombres, mujeres y niños de la Tierra. Todos somos pecadores, pecadores moribundos y pecadores que van a ser juzgados después de la muerte. ¿Cómo pueden ser perdonados nuestros pecados? ¿Con qué nos presentaremos ante Dios? ¿Cómo escaparemos de la condenación del Infierno? ¿Adónde huiremos de la ira venidera? ¿Qué debemos hacer para ser salvos? Estas son preguntas que deben plantearse personas de cualquier rango que no deberían descansar hasta encontrar respuesta.

Se trata de una pregunta que, por desgracia, pocos se molestan en considerar. Miles son los que se preguntan constantemente: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? ¿Cómo podemos conseguir dinero? ¿Cómo podemos disfrutar? ¿Cómo podemos prosperar en el mundo? Pocos, muy pocos, prestarán atención por un momento a la salvación de sus almas. Odian ese asunto. Les incomoda. Le dan la espalda y lo descartan. Ciertas y exactas son aquellas palabras de nuestro Señor: “Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella” (Mateo 7:13).

No nos avergoncemos de plantear a nuestras almas la pregunta del

intérprete de la Ley. Más bien considerémosla, pensemos en ella y no nos conformemos hasta que ocupe el primer lugar en nuestras mentes. Busquemos tener el testimonio del Espíritu dentro de nosotros, arrepintámonos verdaderamente del pecado, tengamos una fe viva en la misericordia de Dios a través de Cristo y andemos verdaderamente con Dios. Este es el carácter de los herederos de la vida eterna. Son ellos quienes un día recibirán el Reino dispuesto para los hijos de Dios.

Fijémonos en este pasaje, en segundo lugar, en *el gran honor que otorga nuestro Señor Jesucristo a la Biblia*. Inmediatamente remite al intérprete de la Ley a las Escrituras como la única regla de fe y conducta. No dice en respuesta a su pregunta: ¿Qué dice la Iglesia judía acerca de la vida eterna? ¿Qué piensan los escribas, los fariseos y los sacerdotes? ¿Cuál es la enseñanza sobre ese asunto en las tradiciones de los ancianos? Toma un camino mucho más sencillo y directo. Envía a su interrogador enseguida a los escritos del Antiguo Testamento: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?".

Que el principio contenido en estas palabras sea uno de los principios fundamentales de nuestro cristianismo. Que la Biblia, toda la Biblia y nada más que la Biblia sea la regla de nuestra fe y conducta. Aferrándonos a este principio viajaremos por la carretera del Rey. Puede que el camino parezca en ocasiones estrecho y que nuestra fe sea grandemente probada, pero no se nos permitirá equivocarnos mucho. Apartándonos de este principio entraremos en un desierto sin caminos. Nunca se sabe lo que podemos ser guiados a creer o hacer. Tengamos esto siempre en mente. Echemos anclas aquí. Permanezcamos aquí. En cuestiones religiosas no importa en absoluto quién nos diga algo, ya sea uno de los antiguos Padres, un obispo moderno o un erudito teólogo. ¿Está en la Biblia? ¿Se puede demostrar por medio de la Biblia? Si no es así, no debemos creerlo. No importa en absoluto lo preciosos e inteligentes que puedan parecernos los sermones o libros religiosos. ¿Son en lo más mínimo contrarios a la Escritura? Si lo son, debemos considerarlos basura y veneno, y guías carentes de valor alguno. ¿Qué dice la Escritura? Esta es la única regla y medida de la verdad religiosa. "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido" (Isaías 8:20).

Fijémonos en este pasaje, por último, en *el claro conocimiento del deber hacia Dios y los hombres que tenían los judíos en el tiempo de nuestro Señor*. Leemos que el intérprete de la Ley dijo en respuesta a la pregunta de nuestro Señor: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo". Esa fue una buena respuesta. El cristiano más erudito de nuestros días no podría dar una descripción más clara de la obligación práctica diaria. No olvidemos esto.

Las palabras del intérprete de la Ley son muy instructivas en cuanto a dos opiniones. Arrojan una fuerte luz sobre dos asuntos acerca de los que abundan los errores. Por un lado nos muestran cuán grandes eran

los privilegios del conocimiento religioso que disfrutaban los judíos del Antiguo Testamento comparado con el del mundo pagano. Una nación que poseía principios del deber como los que tenemos ante nosotros estaba inconmensurablemente más avanzada que Grecia y Roma. Por otro lado, las palabras del intérprete de la Ley nos muestran cuán claro conocimiento intelectual puede poseer una persona estando su corazón lleno de debilidad. Aquí tenemos a alguien que habla de amar a Dios con toda su alma y de amar a su prójimo como a sí mismo a la vez que, en realidad, está "tentando" a Cristo, tratando de hacerle daño y preocupado por justificarse a sí mismo y por aparentar ser un hombre compasivo. Tengamos siempre cuidado de esta clase de religión. El claro conocimiento intelectual, cuando va acompañado de un corazón decididamente impenitente, es un estado del alma muy peligroso. "Si sabéis estas cosas —dice Jesús—, bienaventurados seréis si las hiciereis" (Juan 13:17).

No olvidemos, al dejar este pasaje, aplicar el elevado nivel del deber que contiene a nuestros propios corazones y probarnos a nosotros mismos. ¿Amamos a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra mente? ¿Amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos? ¿Hay alguien que pueda decir con total sinceridad que lo hace? ¿Hay alguien que no se taparía la boca al escuchar estas preguntas? ¡Verdaderamente todos somos culpables de esto! El mejor de nosotros, por muy santo que parezca, está muy lejos de la perfección. Pasajes como este deben enseñarnos nuestra necesidad de la sangre y la justicia de Cristo. A Él debemos acudir si deseamos estar firmes con valentía en el tribunal de Dios. En Él debemos buscar la gracia para que el amor a Dios y a los demás se convierta en el principio rector de nuestras vidas. En Él debemos permanecer para no olvidar nuestros principios y mostrar al mundo que deseamos vivir por ellos.

Notas: Lucas 10:25–28

V. 25: *[Un intérprete de la ley]*. El lector debe recordar que los intérpretes de la ley de los que se habla en los Evangelios eran hombres que se entregaban al estudio de la Ley de Dios.

[¿Haciendo qué cosa...]. La traducción literal del griego sería: "¿Habiendo hecho qué cosa heredaré la vida eterna?". Notemos que este tipo de pregunta fue planteada a nuestro Señor por tres veces. Una vino de parte del hombre principal cuyo caso se menciona en los tres primeros Evangelios. Otra fue al final del ministerio de nuestro Señor por parte de alguien que dijo: "¿Cuál es el gran mandamiento?". El tercer caso es el que tenemos ante nosotros aquí y que relata solo S. Lucas.

Es probable que este tipo de cuestiones fueran muy discutidas y

controvertidas entre los judíos.

V. 26: *[¿Cómo lees?]*. Tenemos la siguiente cita de Quesnel, el autor católico romano, que dijo: “Jesucristo mismo nos remite a la Ley de Dios, aunque Él mismo era la Verdad y podía proporcionar santa instrucción para las almas. En vano buscamos en otras fuentes y caminos aparte de los que encontramos aquí. Es el Espíritu de Dios quien dictó la Ley y la convirtió en regla para nuestra vida. Es una injuria a Él no estudiarla y dar preferencia a los pensamientos del hombre. La primera pregunta que se planteará a los cristianos en el tribunal de Dios tendrá este propósito: ‘¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué has leído en el Evangelio? ¿Qué uso has hecho de ellos?’ ¿Qué respuesta puede dar la persona que no ha hecho lo que leyó aunque tuvo la suficiente capacidad y oportunidad para hacerlo?”.

V. 27: *[Amarás al Señor tu Dios...]*. Parece que esto era un formulario o una confesión de fe con que los judíos estaban familiarizados.

Dice Vitringa: “Lo que responde el intérprete de la Ley —amarás al Señor tu Dios, etc.— se leía a diario en sus sinagogas”.

Dice Doddridge: “Este pasaje de la Escritura sigue siendo leído por toda la asamblea de una sinagoga judía, tanto en sus oraciones matutinas como en las vespertinas, y se lo denomina, por la primera palabra, la *Shemah*. Se puede apreciar que suprimen la frase ‘amarás a tu prójimo como a ti mismo’ ”.

V. 28: *[Haz esto, y vivirás]*. Estas palabras deben significar necesariamente que, si un hombre viviera verdadera y genuinamente según el nivel descrito en la fórmula citada por el intérprete de la Ley, sería justificado por su vida. Pero está claro, a tenor de todo el Evangelio, que ningún hombre ha vivido nunca así y que, en consecuencia, todos necesitan la justicia de otro: la de Cristo. A esto conduciría gradualmente nuestro Señor la conciencia del intérprete de la Ley.

Lucas 10:29–37

Estas palabras contienen la conocida parábola del buen samaritano. Para comprender el significado de esta parábola debemos recordar con cuidado la ocasión en la que fue dicha. Fue en respuesta a la pregunta de un intérprete de la Ley que preguntó: “¿Quién es mi prójimo?”. Nuestro Señor Jesucristo responde a esa pregunta contando la historia que acabamos de leer y concluyendo el relato con un llamamiento a la conciencia del intérprete de la Ley. Estas cosas no se deben olvidar. El objeto de la parábola es mostrar la naturaleza de la verdadera caridad y del amor fraternal. Perder de vista este objetivo y descubrir profundas alegorías en la parábola es jugar con la Escritura y privar a

nuestras almas de las lecciones más valiosas.

En primer lugar, en esta parábola se nos enseña *lo raro y poco común que es el verdadero amor fraternal*. Esta es una lección que salta a la vista en el relato que tenemos ante nuestros ojos. Nuestro Señor nos habla de un viajero que cayó en manos de unos ladrones y fue abandonado desnudo, herido y medio muerto en el camino. Nos habla de un sacerdote y un levita que, uno tras otro, pasaron por aquel camino y vieron al pobre hombre herido pero no le prestaron ayuda. Ambos eran hombres que, por su oficio y profesión, deberían haber estado dispuestos e inclinados a hacer el bien a cualquiera que tuviera problemas. Pero ambos, uno tras otro, fueron demasiado egoístas o demasiado insensibles como para ofrecer la más mínima asistencia. Sin duda razonaron consigo mismos diciéndose que no sabían nada del viajero herido, que quizá se hubiera metido en problemas por su propia mala conducta, que no tenían tiempo para pararse a ayudarle y que ya tenían bastante con preocuparse de sus propios asuntos como para molestarse por los extranjeros. Y el resultado fue que, uno tras otro, ambos pasaron de largo.

Tenemos en esta impresionante descripción un cuadro exacto de lo que pasa continuamente en el mundo. El egoísmo es la principal característica de la mayor parte de la Humanidad. El amor barato que no cuesta nada más que una suscripción o contribución insignificante es bastante común. Pero esa bondad de corazón que se sacrifica y a la que no importa el problema que suponga mientras se pueda hacer algo es una virtud que rara vez se encuentra. Sigue habiendo miles de personas con problemas que no pueden encontrar amigos o quien les ayude. Y sigue habiendo cientos de “sacerdotes y levitas” que los ven pero que pasan de largo.

No esperemos demasiado de la bondad del hombre. Si lo hacemos, ciertamente quedaremos defraudados. Cuanto más vivimos, más claramente vemos que pocas personas cuidan de los demás excepto por motivos interesados y que la generosidad, el desinterés y el amor puramente fraternal son tan escasos como los diamantes y los rubíes. ¡Cuán agradecidos deberíamos estar de que el Señor Jesucristo no sea como el hombre! Su bondad y amor son infalibles. Él nunca defrauda a ninguno de sus amigos. ¡Felices aquellos que han aprendido a decir: “Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza” (Salmos 62:5).

En segundo lugar, en esta parábola se nos enseña *quiénes son aquellos a quienes debemos mostrar bondad y a quienes debemos amar como prójimos*. Se nos dice que la única persona que ayudó al viajero herido del que estamos leyendo fue un samaritano. Este hombre pertenecía a una nación que no se trataba con los judíos (cf. Juan 4:9). Podría haberse excusado diciendo que el camino de Jerusalén a Jericó pasaba por territorio judío y que, cuando había una desgracia, los judíos debían ocuparse de ella. Pero no hace nada

parecido. Ve a un hombre desnudo y que yace medio muerto. No hace preguntas, sino que enseguida tiene compasión de él. No plantea dificultades, sino que inmediatamente le presta ayuda. Y nuestro Señor nos dice: “Ve, y haz tú lo mismo”.

Ahora bien, si tiene en cuenta estas palabras, el cristiano debe estar dispuesto a mostrar bondad y amor fraternal a todos los que necesitan algo. Nuestra bondad no solo se extiende a nuestras familias, amigos y parientes. Debemos amar a todos y ser amables con todos siempre que la ocasión lo requiera. Debemos tener cuidado de no ser demasiado estrictos en escrutar las vidas pasadas de aquellos que necesitan nuestra ayuda. ¿Tienen realmente problemas? ¿Están realmente necesitados? ¿Desean ayuda realmente? Entonces, según la enseñanza de esta parábola, debemos estar dispuestos a ayudarlos. Debemos considerar a todo el mundo como nuestra parroquia y a todo el género humano como nuestro prójimo. Debemos tratar de ser amigos de todo el que es oprimido, rechazado, afligido, pobre, huérfano, pagano, esclavo, tonto, o que está enfermo, en prisión, hambriento o muriéndose. Debemos mostrar esa amistad a todo el mundo, sin duda, con sabiduría, discreción y buen sentido, y nunca avergonzarnos de esa amistad. El impío puede mofarse de ello considerándolo despilfarro o fanatismo. Pero no debe importarnos. Ser cordiales con todos los hombres de esta forma es mostrar algo de la mente de Cristo.

Por último, en esta parábola se nos enseña *de qué manera y hasta qué punto debemos mostrar bondad y amor a otros*. Se nos dice que la compasión del samaritano hacia el viajero herido no se limitaba a sentimientos e impresiones pasivas. Se tomó muchas molestias en prestarle ayuda. No solo sintió, sino que también actuó. No escatimó dolores o gastos a la hora de ofrecerle amistad. Siendo un extraño, se acercó, vendó sus heridas, lo puso sobre su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Y eso no fue todo. Al día siguiente le dio al mesonero dinero diciendo: “Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese”. Y nuestro Señor nos dice a cada uno de nosotros: “Ve, y haz tú lo mismo”.

La lección de esta parte de la parábola es clara e inconfundible. La amabilidad del cristiano hacia los demás no debe ser “de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:18). Su amor debe ser un amor práctico, un amor que le obliga a sacrificarse y negarse a sí mismo en cuanto a dinero, tiempo y preocupaciones. Su amor debe verse no solo en su habla sino en su actuación; no meramente en lo que profesa, sino en lo que practica. No debe considerar tiempo malgastado el dedicado a trabajar todo lo posible por hacer el bien a aquellos que necesitan ayuda, como otros trabajan por conseguir dinero. No debe avergonzarse de esforzarse todo lo posible por hacer que la amargura de este mundo sea menor, como se esfuerzan los que se dedican todo el día a cazar. Debe estar dispuesto a escuchar todas

las historias tristes y a echar una mano para ayudar a quien esté afligido, mientras pueda. Ese amor fraternal no puede comprenderlo el mundo. Puede que se nos devuelva muy poca gratitud por él. Pero mostrar ese amor fraternal es andar en los pasos de Cristo y limitarse a practicar la parábola del buen samaritano.

Y ahora dejemos esta parábola con serios pensamientos y un profundo examen de conciencia. ¡Cuán pocos cristianos parecen recordar la existencia de esa parábola! ¡Qué enorme cantidad de mezquindad, maldad, malicia y sospecha se ve en la Iglesia y aun entre personas que repiten el Credo y participan de la mesa del Señor! ¡Qué extraño es ver a alguien que sea verdaderamente amable, sensible, generoso, liberal y afable, excepto consigo mismo y con sus hijos! Pero el Señor Jesucristo contó la parábola del buen samaritano y quería que se recordara.

¿Y nosotros? No olvidemos plantear esta pregunta a nuestros corazones. ¿Qué estamos haciendo cada uno en nuestra situación para demostrar que esta tremenda parábola es una de las reglas de nuestra vida diaria? ¿Qué estamos haciendo por los paganos que tenemos en casa y fuera? ¿Qué estamos haciendo para ayudar a aquellos que están atribulados en su mente, cuerpo o estado? Hay muchos así en este mundo. Siempre hay algunos cerca de nuestra puerta. ¿Qué estamos haciendo por ellos? ¿Algo o nada en absoluto? ¡Que Dios nos ayude a responder a estas preguntas! El mundo sería más feliz si hubiera más cristianismo práctico.

Notas: Lucas 10:29–37

V. 29: *[Queriendo justificarse a sí mismo]*. No está claro si la palabra traducida como “queriendo” no habría sido mejor traducirla “deseando”. Así se traduce en otros pasajes de S. Lucas [cf. Lucas 10:24; 23:8). [En la versión de la Biblia empleada por el autor aparece también en Lucas 5:39; 8:20; 20:46, N.T.]. Lo mismo ocurre en otros lugares del Nuevo Testamento.

La expresión deja claro el verdadero carácter del intérprete de la Ley. Era un hombre farisaico y se felicitaba de poder merecer por medio de sus buenas obras la vida eterna por la que preguntaba.

[¿Quién es mi prójimo?]. El intérprete de la Ley, sin duda, esperaba que nuestro Señor respondiera según los prejuicios producidos por la mentalidad estrecha de la nación judía de aquellos tiempos, que consideraba que solo los judíos eran sus prójimos. Major cita dos notables pasajes de Tácito y Juvenal, demostrando que, aun entre los paganos romanos, los judíos eran conocidos por el rencor y la hostilidad hacia todos los que no eran de su propia nación.

El sentimiento de los judíos hacia las demás naciones es un ejemplo notable de la tendencia del hombre a pervertir y aplicar mal las leyes de Dios. La Ley de Moisés acerca de las relaciones y los matrimonios con extranjeros era sin duda para el bien de los judíos, para mantenerlos como un

pueblo separado entre las naciones de la Tierra. Pero nunca tuvo el propósito de autorizar la crueldad y la falta de amor.

V. 30: *[Camino de Jerusalén a Jericó]*. El camino entre estos dos lugares pasaba por un país salvaje y rocoso y era famoso por estar infectado de atracadores. Respecto a esto dice Jerónimo que se llamaba "el camino sangriento". Es un hecho curioso que el Dr. Bonar, uno de los últimos viajeros a Palestina, menciona que sigue siendo un camino peligroso para personas que viajan solas y que una señora del grupo casi "cayó en manos de ladrones".

V. 31: *[Aconteció]*. La palabra griega así traducida se encuentra solo aquí en el Nuevo Testamento. Significa literalmente "por casualidad".

[Un sacerdote]. La mención de un sacerdote y un levita que pasaban por este camino es apropiada. Jericó era una ciudad especialmente adecuada para la residencia de los sacerdotes y levitas. No menos de 12000 de ellos —según Lightfoot— vivían allí. En Jerusalén estaba el Templo al que los sacerdotes y levitas tenían que asistir mensualmente. Estas circunstancias hacen que fuera muy natural que un sacerdote y un levita pasaran por el camino.

[Pasó de largo]. Parkhurst indica que el sacerdote tuvo miedo de contaminarse legalmente por tocar un cadáver y piensa que su conducta es un ejemplo del pretexto hipócrita de la exagerada pureza ceremonial, como la que se menciona en Mateo 27:6 y Juan 18:28.

V. 32: *[Llegando cerca [...] y viéndole]*. Hay que decir que la conducta del levita fue peor que la del sacerdote. Ambos "vieron" al hombre herido, pero parece que el levita se acercó a él y después pasó de largo.

V. 33: *[Vino cerca de él]*. No está claro si una traducción más literal de estas palabras griegas no sería: "Vino hacia él".

V. 34: *[Echándoles aceite]*. Una nota de Schoettgen arroja luz sobre esta expresión. Dice: "Alguno podría lógicamente preguntar de dónde sacó este viajero el aceite y el vino en un viaje. Se me ocurre que quizá en los países cálidos orientales los viajeros siempre lleven aceite con ellos para poder dárselo y fortalecer sus miembros cansados por el calor. Tenemos un ejemplo en el caso de Jacob, quien, aunque durmió al raso en Betel y viajaba solamente con un bordón, no obstante llevaba aceite consigo, con el cual ungió la piedra y que derramó para la gloria de Dios (cf. Génesis 28:18).

V. 35: *[Dos denarios]*. Debemos notar que esta suma era en realidad mucho mayor de lo que le parece a primera vista a un lector inglés. El valor del dinero era muy diferente entonces del de ahora. Un "denario", según Mateo 20:2, era el salario exacto de un día de trabajo.

Antes de dejar esta parábola, hay una cuestión de suma importancia que debemos considerar. ¿Es la parábola del buen samaritano una alegoría o no? ¿Tiene el propósito de enseñar la misericordia del Señor Jesucristo hacia el hombre? ¿Debemos interpretar la conducta del buen samaritano como un tipo y una figura de la gran obra de redención llevada a cabo por nuestro

Señor Jesucristo? Comprendamos bien la pregunta. No es si el hombre puede adaptar la parábola y dejarla a su medida para ilustrar la obra de Cristo a favor de los pecadores. La pregunta es sencillamente esta: ¿Explicó nuestro Señor Jesucristo esta parábola con este doble sentido y quería que nosotros la interpretáramos de esta forma?

Es una pregunta que la gran mayoría de comentaristas responden enseguida afirmativamente. Según ellos, el viajero representa a la naturaleza humana; su caída en manos de ladrones es la Caída de Adán; el quedar desnudo, herido y medio muerto es el estado de la Humanidad; y la falta de ayuda por parte del sacerdote y el levita es la incapacidad de las ceremonias y de las formas para levantar al hombre de su estado caído. El buen samaritano es Jesucristo. El aceite y el vino son la sangre de Cristo y el Espíritu Santo. El mesón es la Iglesia. El mesonero es el pastor. Los dos denarios son los dos sacramentos. La promesa del regreso para pagar lo que se haya gastado de más nos habla de la Segunda Venida.

Este, con algunas pequeñas variaciones, es el sentido que muchos comentaristas, tanto antiguos como modernos, dan a la parábola. El Sr. Alford llega hasta a hablar de aquellos que no lo aceptan como “la escuela crítica superficial”. No negamos elogio a la ingeniosidad de la interpretación. A muchos les parece con toda seguridad muy inteligente solo porque no es natural. Pero queda por responder la importante pregunta de si nuestro Señor Jesucristo pretendía verdaderamente que se le diera este significado a su parábola. Yo estoy plenamente convencido de que no, y de que el sentido alegórico que se ha dado a la parábola es una invención gratuita del hombre.

Mis razones para no aceptar la interpretación alegórica de la parábola constan de tres partes:

1. No veo nada ni en el pasaje ni en el contexto que me lleve a suponer que nuestro Señor tuviera intención de enseñar más de una clara lección por medio de ella. Esta lección es la verdadera naturaleza del amor a nuestro prójimo.

2. Veo mucho en las circunstancias de la parábola misma que me parece que acaba por completo con la idea de que es una alegoría de la redención del hombre. Sin retorcerla y deformarla de la forma más violenta e injustificada, la parábola, interpretada alegóricamente, implica evidente absurdos. Supongamos que el viajero representa la naturaleza humana. Eso es, cuando menos, una figura inadecuada. El viajero era digno de lástima y estaba medio muerto. El hombre está más que en estado lastimoso: es culpable y está muerto en sus pecados. ¿Y quiénes son entonces el sacerdote y el levita que no le prestan ayuda? ¡Forman también parte del género humano! Supongamos, con el fin de evitar esta incongruencia, que el viajero representa a los gentiles y el rechazo de ayuda por parte del sacerdote y el levita la debilidad de la Ley de Moisés. Entonces surgen preguntas en cuanto a qué hacemos con el mesón y el mesonero si representan a la Iglesia y al pastor. ¡Según esto, los gentiles son dejados al cuidado de gentiles, cuando no hubo Iglesia gentil hasta que Cristo la llamó y la estableció! Puede que todo esto tenga explicación para algunos. A mí me parece muy confuso e imposible de desenredar.

3. Mi tercera y última razón es la siguiente. Creo que es una manera muy peligrosa de interpretar la Escritura el considerar que, siempre que se puedan retorcer las palabras para darles un significado, se llega a una interpretación

legítima de las mismas. Yo creo, sin duda alguna, que hay una gran profundidad en todas las Escrituras y que, en este sentido, son únicas. Pero también creo que las palabras de la Escritura tenían el propósito de tener un sentido concreto y que nuestro principal objetivo debe ser descubrir dicho sentido y aferrarnos al mismo. Creo que, por regla general, las palabras de la Escritura tienen, como todos los otros lenguajes, un claro significado concreto, y que decir que las palabras significan algo simplemente porque *se pueden* torcer para que signifiquen eso es una forma poco honrada y peligrosa de interpretar las Escrituras. Si alguien desea ver a qué absurdos conduce esa forma de interpretar la Escritura, solo tiene que leer los comentarios de los Padres. Casi ninguno, salvo quizá Crisóstomo, parece satisfecho y lo considera ortodoxo.

Soy muy consciente de que, al afirmar lo que me he esforzado en defender acerca de la parábola del buen samaritano, afirmo la opinión de una pequeña minoría de comentaristas. Pero aquellos con los que concuerdo no son todos “superficiales”. Creo que los siguientes cinco nombres lo demuestran: Gualter, Baxter, Scott, Poole y Adam Clarke. Hasta Stella, el comentarista español católico romano, denuncia la interpretación alegórica, y Maldonado está evidentemente en contra de aprobarla.

Probablemente la pregunta seguirá sin respuesta mientras el mundo dure, pero he considerado apropiado dar mi testimonio plena y sinceramente de lo que yo estimo que es la verdad.

Lucas 10:38–42

La pequeña historia que contienen estos versículos solo queda constatada en el Evangelio de S. Lucas. Mientras dure el mundo, la historia de María y Marta proporcionará a la Iglesia lecciones de sabiduría que nunca se deberían olvidar. Junto con el capítulo 11 del Evangelio de Juan, arroja una luz muy instructiva de la vida interna de la familia a la que amaba Jesús.

Observemos, por un lado, *lo diferentes que pueden llegar a ser los caracteres y temperamentos de los verdaderos cristianos*. Las dos hermanas de quienes leemos en este pasaje eran discípulas fieles. Ambas habían creído. Ambas se habían convertido. Ambas habían honrado a Cristo cuando pocos le honraban. Ambas amaban a Jesús y Jesús las amaba a ambas. Pero evidentemente eran mujeres de muy diferente mentalidad. Marta era activa, inquieta e impulsiva, con fuertes sentimientos y que decía en voz alta lo que sentía. María era tranquila, callada y contemplativa, con profundos sentimientos pero que no decía todo lo que sentía. Marta, cuando Jesús iba a su casa, se alegraba de verle y se ocupaba en prepararle una agradable estancia. María también se alegraba de verle, pero su primer pensamiento era

sentarse a sus pies y escuchar su palabras. La gracia reinaba en ambos corazones, pero cada una mostraba los efectos de la gracia en diferentes momentos y de diferentes formas.

Nos resultará muy útil recordar esta lección. No debemos esperar que todos los creyentes en Cristo sean exactamente iguales. No debemos pensar que otros carecen de la gracia porque su experiencia no sea exactamente como la nuestra. Las ovejas del rebaño del Señor tienen cada una sus propias peculiaridades. Los árboles del huerto del Señor no son todos exactamente iguales. Todos los verdaderos siervos de Dios están de acuerdo en las cosas principales relativas a la religión. Todos son guiados por un Espíritu. Todos reconocen sus pecados y todos confían en Cristo. Todos se arrepienten, creen y son santos. Pero en cuestiones secundarias a menudo difieren ampliamente. No despreciemos al otro por eso. Habrá Martas y Marías en la Iglesia hasta que el Señor vuelva.

Observemos, por otro lado, *qué trampas para nuestras almas pueden ser las preocupaciones de este mundo si les dedicamos demasiada atención*. Está claro por el tono del pasaje que tenemos ante nosotros que Marta se extralimitó en su ansiedad por proporcionar una estancia agradable a nuestro Señor. Su excesivo celo por la provisión terrenal la hizo olvidar, durante un tiempo, lo relativo a su alma: “Se preocupaba con muchos quehaceres”. Muy pronto le remordió la conciencia al verse sola sirviendo las mesas y al ver a su hermana sentada a los pies de Jesús y oyendo su Palabra. Por la presión de una conciencia intranquila se puso de mal genio, y la vieja naturaleza de su interior surgió en forma de queja. “Señor —dijo—, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude”. Al decir esto, esta santa mujer se olvidó lamentablemente de quién era y con quién estaba hablando. Se ganó una fuerte reprimenda y tuvo que aprender una lección que probablemente dejó en ella una impresión duradera. ¡Ay! “¡Cuán grande bosque enciende un pequeño fuego!” (Santiago 3:5). ¡El comienzo de todo esto fue un pequeño exceso de preocupación por los inocentes asuntos domésticos de este mundo!

El error de Marta debe ser una advertencia perpetua para todos los cristianos. Si deseamos crecer en gracia y disfrutar de prosperidad del alma, debemos tener cuidado de las preocupaciones de este mundo. A no ser que velemos y oremos, sin darnos cuenta consumirán nuestra espiritualidad y traerán pobreza a nuestras almas. No es solo el pecado manifiesto o el quebrantamiento flagrante de los mandamientos de Dios lo que conduce a los hombres a la perdición eterna. Con mucha mayor frecuencia es una atención excesiva a cosas en sí legítimas y el preocuparse “con muchos quehaceres”. ¡Parece tan correcto proveer para nosotros mismos! ¡Parece tan adecuado atender a nuestras obligaciones! Es precisamente en esto en lo que radica el peligro que corremos. Nuestras familias, nuestros negocios, nuestras tareas

diarias, nuestros asuntos domésticos, nuestras relaciones sociales, todo, todo puede ser una trampa para nuestros corazones y apartarnos de Dios. Podemos descender a lo más profundo del Infierno desde las cosas legítimas.

Tengamos cuidado de nosotros mismos en cuanto a esta cuestión. Vigilemos nuestros hábitos mentales celosamente para no caer en pecado sin darnos cuenta. Si amamos la vida, debemos dejar de aferrarnos a las cosas de este mundo y tenemos que evitar que algo que no sea Dios ocupe el primer lugar en nuestros co-razones. Escribamos mentalmente "veneno" en todas las buenas cosas terrenales. Empleadas con moderación, son bendiciones por las que debemos estar agradecidos. Si permitimos que llenen nuestras mentes y pisoteen las cosas santas, se convierten en una verdadera maldición. Los beneficios y los placeres salen caros si para obtenerlos apartamos la eternidad de nuestros pensamientos, acortamos la lectura de nuestra Biblia, nos convertimos en oidores descuidados del Evangelio y limitamos nuestras oraciones. Un poco de tierra sobre el fuego que hay en nuestro interior pronto hará que este arda poco.

Observemos, por otro lado, *la solemne reprimenda de nuestro Señor Jesús a su sierva Marta*. Cual sabio médico, vio la enfermedad que la estaba apresando y enseguida aplicó la medicina. Cual tierno padre, expuso el error en el que había caído su equivocada hija y no se reservó la corrección que necesitaba. "Marta, Marta —le dijo—, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria". ¡Cuán buenas son las heridas causadas por un amigo! ¡Esa breve frase era verdaderamente un precioso bálsamo! Tenía un gran contenido de teología práctica en pocas palabras.

"Sólo una cosa es necesaria". ¡Cuán ciertas son estas palabras! Cuanto más vivimos en el mundo, más ciertas nos parecerán. Cuanto más nos acerquemos a la tumba, más plenamente asentiremos a ellas. La salud, el dinero, las tierras, el rango, los honores y la prosperidad son cosas que están todas bien en su lugar. Pero no se pueden considerar *necesarias*. Sin ellas, miles son felices en este mundo y alcanzan la gloria en el mundo venidero. Las "muchas cosas" por las que luchan continuamente los hombres y las mujeres no son verdaderamente necesarias. La gracia de Dios que les trae salvación es la única cosa necesaria.

Que esta corta frase esté continuamente ante los ojos de nuestro entendimiento. Que nos sirva para examinarnos cuando estemos a punto de murmurar por las pruebas terrenales. Que nos fortalezca cuando seamos tentados a negar a nuestro Maestro a causa de la persecución. Que nos sirva de advertencia cuando comencemos a tener un alto concepto de las cosas de este mundo. Que nos aliente cuando seamos tentados a mirar atrás como la esposa de Lot. En todos esos momentos, que las palabras de nuestro Señor resuenen en nuestros oídos como una trompeta y nos lleven a pensar

correctamente. “Sólo una cosa es necesaria”. Si Cristo está con nosotros, lo tenemos todo en abundancia.

Debemos observar, por último, *el gran elogio que hace nuestro Señor Jesucristo de la elección de María*. Leemos que dijo: “María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada”. Había un profundo significado en aquellas palabras. Fueron pronunciadas no por amor a María solamente, sino por amor a todos las personas que creen en Cristo en cualquier parte del mundo. Tenían el propósito de incitar a todos los verdaderos cristianos a ser de una sola mente y de un solo corazón, a seguir al Señor completamente y a andar cerca de Dios, a hacer que el asunto de su alma sea inconmensurablemente su primer asunto y a tener comparativamente en poco las cosas de este mundo.

Lo verdaderamente importante para el cristiano es la gracia de Dios. Esta es la “buena parte” que ha escogido y es la única parte que verdaderamente merece el nombre de “buena”. Es la única cosa buena que es importante, satisfactoria, verdadera y duradera. Es buena en la enfermedad y buena en la salud, buena en la juventud y buena en la ancianidad, buena en la adversidad y buena en la prosperidad, buena en la vida y buena en la muerte, buena en el tiempo y buena en la eternidad. No se puede pensar en circunstancia o situación alguna en la que no sea bueno para el hombre tener la gracia de Dios.

Esta posesión del verdadero cristiano nunca le será quitará. Solo a él, de toda la Humanidad, no se le quitará nunca su herencia. Los reyes dejarán un día sus palacios. Los ricos dejarán un día su dinero y sus tierras. Solo los mantendrán hasta que mueran. Pero el más pobre de los santos de la Tierra tiene un tesoro del que nunca se le privará. La gracia de Dios y el favor de Cristo son riquezas que nadie puede quitarle. Irán con él a la tumba cuando muera. Estarán con él en la mañana de resurrección y serán suyas durante toda la eternidad.

¿Qué sabemos de esta “buena parte” que escogió María? ¿La hemos escogido para nosotros mismos? ¿Podemos decir con sinceridad que es nuestra? Nunca descansemos hasta que podamos. Escojamos la vida mientras Cristo nos la ofrezca sin dinero y sin precio. Busquemos tesoros en el Cielo para que no descubramos al despertar que somos pobres para siempre.

Notas: Lucas 10:38–42

V. 38: *[Yendo de camino]*. No está muy claro en qué período del ministerio terrenal de nuestro Señor ocurrió la historia aquí mencionada ni cuál es su conexión con el pasaje anterior. Stier supone que un objetivo es proporcionar una advertencia práctica contra la idea de que la única manera de servir a Cristo era el servicio activo como el del buen samaritano, y mostrar que sentarse en silencio y escuchar es exactamente igual de útil en el momento

adecuado que ayudar a los que tienen problemas. Dice: “¿Acaso no es el pensamiento fundamental y más profundo de las palabras dirigidas a la ocupada Marta una advertencia contra la tendencia a un carácter activo inquieto? ‘Haz’ fue la palabra del Señor en la parábola del buen samaritano, pero ahora dice ‘descansa’. No olvides escuchar en tu mucho hacer”.

En cualquier caso, una cosa es cierta. La Marta y la María de las que aquí se habla son las mismas hermanas acerca de quienes leemos en el capítulo 11 de Juan.

V. 40: *[Se preocupaba]*. La palabra griega así traducida significa literalmente “se distraía, se despistaba”.

[Acercándose]. Esa palabra en griego implica una venida repentina (cf. Lucas 21:34 y 24:4).

V. 41: *[Turbada]*. La palabra así traducida solo se utiliza aquí en el Nuevo Testamento. Significa literalmente “estar en un tumulto, estar trastornada”.

Debemos recordar que nuestro Señor no pretende decir que la ocupación de Marta fuera errónea sino que, en aquel momento, la ocupación de María era mejor que la de Marta.

V. 42: *[Sólo una cosa es necesaria]*. No pocos comentaristas consideran que esto significa: “Solo un plato de comida es necesario” y piensan que nuestro Señor solo se estaba refiriendo a los muchos platos que Marta estaba preparando para Él.

No puedo estar de acuerdo con esta idea en modo alguno. No hay prueba de que Marta estuviera preparando banquete alguno, aunque sin duda estaba ocupada en los asuntos domésticos. Las palabras de nuestro Señor tienen un significado mucho más profundo. “Solo hay necesidad de una cosa: la salvación”. Parece bastante demostrado que este es el significado de sus siguientes palabras acerca de María. Si “sólo una cosa es necesaria” significa solo “un plato”, ¡también podríamos decir que la “buena parte” que María escogió fue la buena porción del banquete que había seleccionado para sí misma!

[La buena parte]. Esta es una expresión general y se debe interpretar como una referencia a la conducta de María en el momento en que su hermana la interrumpió. Estaba escogiendo el beneficio del alma. Estaba buscando más gracia. Estaba esforzándose por tener una comunión más cercana e íntima con Dios y con Cristo. Esta era la parte que ella prefería a todo lo demás y por la que estaba dispuesto en ese momento a posponer todas las preocupaciones terrenales. Aquellos que buscan esa parte nunca serán defraudados. Su tesoro nunca les será quitado.

Al dejar este pasaje debemos tener cuidado para no caer en el error de considerar a la ligera la gracia de Marta, o hablar, como hacen algunos en ocasiones, como si la buena mujer careciera de gracia alguna. Este es un grave error. En el día de la aflicción, la gracia de Marta brilló clara y brillantemente. Puede que no haya una confesión de la misión de nuestro Señor en los cuatro Evangelios que se pueda comparar con la que ella hizo en el capítulo 11 de Juan.

Los autores católicos romanos son aficionados a citar este pasaje a favor de la vida monástica o conventual e insinúan que los monjes y las monjas son

como María, y la gente que se dedica a ocupaciones seculares como Marta. Por desgracia, su comparación es completamente errónea. Si todos los monjes y monjas hubieran sido personas que se hubieran sentado a los pies de Jesús a escuchar su palabra, habría sido quizá una posibilidad. Pero, por desgracia, los conventos y monasterios han demostrado ser los últimos lugares donde se pueden encontrar sucesores de María. Bucero, en su comentario de los Evangelios, se explaya en cuanto a esto.

FIN DE ESTE TOMO

Lucas 11:1–4

Estos versículos contienen la oración comúnmente denominada Padre Nuestro. Quizá pocos pasajes de la Escritura sean tan famosos como este. El más ignorante católico romano puede decirnos que hay una oración llamada *Pater Noster*. El más ignorante de los niños ingleses ha oído hablar del *Our Father*.

La importancia del Padre Nuestro aparece en el simple hecho de que nuestro Señor Jesucristo nos lo transmitió en dos ocasiones con muy ligeras diferencias. Aquel que nunca pronunció palabra alguna sin una buena razón consideró que convenía enseñarnos esta oración en dos ocasiones diferentes. El Señor nuestro Dios escribió dos veces los Diez Mandamientos en tablas de piedra (Deuteronomio 9:10; 10:4). El Señor Jesús enseñó dos veces el Padre Nuestro.

El momento en que el Padre Nuestro fue enseñado por segunda vez, y que tenemos en estos versículos, es muy interesante. Parece que “uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar”. La respuesta a esta petición fue la famosa oración que estamos ahora considerando. Desconocemos quién fue aquel “discípulo”. Pero lo que hizo será recordado mientras el mundo exista. ¡Felices aquellos que participan de sus sentimientos y claman frecuentemente: “Señor, enséñanos a orar”!

La sustancia del Padre Nuestro es una mina de tesoros espirituales. Exponerla en plenitud en una obra como la presente resulta evidentemente imposible. Esta oración, sobre la que se han escrito libros enteros, no se puede tratar adecuadamente en unas cuantas páginas. Por el momento, baste con considerar sus principales secciones y señalar las principales directrices que nos indica para nuestra meditación personal.

La primera sección del Padre Nuestro *nos habla del Dios al que adoramos*. Nos enseña a acercarnos a Él como nuestro Padre que está

en los Cielos —nuestro Padre como Creador nuestro, sin duda, pero especialmente como Padre nuestro reconciliado con nosotros en Jesucristo—, Padre nuestro que mora en “los cielos” y a quien ningún templo terrenal puede contener. Por tanto, hacemos mención de tres cosas importantes: el nombre de nuestro Padre, el reino de nuestro Padre y la voluntad de nuestro Padre.

Nos enseña a orar para que el nombre de Dios sea santificado: “Santificado sea tu nombre”. Al emplear estas palabras no queremos decir que el nombre de Dios admita varios grados de santidad o que algunas de nuestras oraciones puedan hacerle más santo de lo que ya es. Sino que declaramos nuestro deseo sincero de que el carácter, los atributos y la perfección de Dios sean más conocidos, honrados y glorificados por todas sus criaturas inteligentes. En realidad es la misma petición que el Señor Jesús mismo hace en otra ocasión: “Padre, glorifica tu nombre” (Juan 12:28).

A continuación nos enseña a orar para que venga el reino de Dios: “Venga tu reino”. Al decir esto, declaramos nuestro deseo de que sea pronto destruido el poder usurpado de Satanás, de que toda la Humanidad reconozca a Dios como su Rey legítimo y los reinos de este mundo lleguen a ser realmente, como se nos ha prometido, reinos de nuestro Dios y de su Cristo. El establecimiento final de este Reino ha sido predicho desde hace mucho, aun desde el día de la Caída de Adán. Toda la creación gime en espera de ello. La última oración de la Biblia lo señala. El canon de la Escritura casi se cierra con las palabras: “Ven, Señor Jesús” (cf. Apocalipsis 11:15; Génesis 3:15; Romanos 8:22; Apocalipsis 22:20).

Nos enseña, en tercer lugar, a pedir que se haga la voluntad de Dios: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”. Al decir esto, expresamos nuestro profundo anhelo de que la cifra de personas convertidas y obedientes a Dios en la Tierra se incremente grandemente, de que sean menos sus enemigos que odian sus leyes y llegue pronto el tiempo en que todos los hombres sirvan a Dios haciendo su voluntad en la Tierra como los ángeles la hacen en el Cielo (cf. Habacuc 2:14; Hebreos 8:11).

Esa es la primera sección del Padre Nuestro. Su maravillosa plenitud y profunda importancia no se pueden pasar por alto. ¡Benditos, en verdad, son aquellos cristianos que han aprendido que el nombre de Dios es mucho más honorable que el de cualquier poder terrenal, que el Reino de Dios es el único reino que permanecerá para siempre y que la Ley de Dios es la regla a la que deben conformarse todas las leyes! Cuanto más se comprendan y se crean estas cosas en una nación, más feliz y dichosa será tal nación. Los días en que todos reconozcan estas cosas serán los “días del Cielo sobre la Tierra”.

La segunda sección del Padre Nuestro *nos habla de nuestras necesidades diarias*. Nos enseña a mencionar las dos cosas que necesitamos cada día, una transitoria y la otra espiritual. La primera es

el pan. La segunda, el perdón de pecados.

Nos enseña a pedir pan: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”. En la palabra “pan” se incluye, sin duda, todo lo que necesiten nuestros cuerpos. Reconocemos nuestra completa dependencia de Dios para vivir, para respirar y para todo. Le pedimos que se ocupe de nosotros y que nos proporcione todo lo relativo a este mundo. Es otra variante de la oración de Salomón: “Mantenme del pan necesario” (Proverbios 30:8).

En siguiente lugar, nos enseña a pedir perdón: “Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben”. Al decir esto, confesamos que somos criaturas caídas, culpables y corruptas y que ofendemos diariamente en muchas cosas. No buscamos excusas; no alegamos nada a nuestro favor. Sencillamente pedimos la misericordia plena y llena de gracia de nuestro Padre en Cristo Jesús. Y acompañamos la petición con la única declaración que contiene todo el Padre Nuestro. Declaramos que “perdonamos a todos los que nos deben”.

La combinación de sencillez y riqueza de la segunda sección del Padre Nuestro nunca será suficientemente admirada. ¡Cuán rápidamente se pronuncian las palabras! Y, sin embargo, ¡cuánto implican! El pan diario y la misericordia diaria son, con mucho, lo prioritario y principal que necesita el hombre mortal. Rico es quien las posee. Sabio quien no se avergüenza de orar por ellas cada día. El hijo de Dios, sin duda, es plenamente justificado ante Dios, y todas las cosas obran para su bien. Pero la verdadera vida de fe es pedir diariamente provisión para todas nuestras necesidades. Aunque todas las promesas nos pertenecen, a nuestro Padre le agrada que sus hijos se las recuerden. Aunque hemos sido lavados, necesitamos limpiarnos los pies a diario (cf. Juan 12:10).

La tercera sección del Padre Nuestro *nos habla de nuestros peligros diarios*. Nos enseña a mencionar dos cosas que debemos temer cada día y que debemos esperar encontrarnos mientras estemos en este mundo. Una de estas cosas es “la tentación”. La otra, “el mal”.

Nos enseña a orar contra la tentación: “No nos metas en tentación”. No queremos decir con esta expresión que Dios sea el autor del mal o que tiente al hombre a pecar (cf. Santiago 1:13). Sino que rogamos a Aquel que ordena todas las cosas en el Cielo y en la Tierra, y sin el que nada puede suceder, que ordene el curso de nuestras vidas de tal forma que no seamos tentados por encima de lo que podemos soportar. Confesamos nuestra debilidad y nuestra tendencia a caer. Suplicamos a nuestro Padre que nos preserve de las pruebas o que nos otorgue una salida para escapar. Le pedimos que sean guardados nuestros pies y que no traigamos descrédito a nuestra profesión de fe ni tristeza a nuestras almas.

Nos enseña, por último, a orar contra el mal: “Líbranos del mal”. Incluimos en la palabra “mal” todo aquello que puede hacer daño a

nuestro cuerpo o a nuestra alma, y especialmente todas las armas del gran autor del mal: el diablo. Confesamos que, desde la Caída, “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5:19). Confesamos que el mal está en nosotros, a nuestro lado, cerca de nosotros y en todas partes, y que no tenemos poder para librarnos de él. Pedimos al Fuerte que nos dé fuerzas. Nos ponemos en sus manos para encontrar protección. En resumen, pedimos lo que nuestro Salvador mismo pidió para nosotros cuando dijo: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (Juan 17:15).

Esta es la última sección del Padre Nuestro. En importancia real no es un ápice inferior a las otras dos secciones que ya hemos considerado. Deja al hombre exactamente en la posición en la que debe estar. Pone en su boca el lenguaje de la humildad. El estado más peligroso en el que podemos encontrarnos es cuando desconocemos y no percibimos nuestro peligro espiritual.

Utilicemos el Padre Nuestro para examinar nuestra propia situación delante de Dios. Probablemente sus palabras hayan salido de nuestros labios miles de veces. ¿Pero las hemos experimentado verdaderamente? ¿Deseamos verdaderamente que se cumplan esas peticiones? ¿Es Dios verdaderamente nuestro Padre? ¿Hemos nacido de nuevo y sido hechos hijos suyos por medio de la fe en Cristo? ¿Nos importan su nombre y su voluntad? ¿Deseamos verdaderamente que venga el Reino de Dios? ¿Sentimos nuestra necesidad de misericordia diaria y de perdón diario de los pecados? ¿Tememos caer en la tentación? ¿Nos aterroriza el mal sobre todas las cosas? Son preguntas serias. Merecen una seria consideración.

Esforcémonos por hacer del Padre Nuestro el modelo y patrón de nuestra relación con Dios. Nos indica la clase de cosas por las que debemos orar y contra las que debemos orar. Nos enseña el lugar y la proporción relativa que debemos otorgar a cada asunto en nuestras oraciones. Cuanto más consideremos y examinemos el Padre Nuestro, más instructivo lo encontraremos y más nos hará pensar.

Notas Lucas 11:1–4

V. 1: *[Estaba Jesús orando]*. Vemos aquí otro ejemplo de la diligencia de nuestro Señor en cuanto a la oración personal. A este respecto, nos ha dejado un patrón que todo cristiano debería imitar.

[Enséñanos a orar]. Quesnel llama la atención en cuanto al beneficio que produjo la petición de este hombre a toda la Iglesia de Cristo: “Una sola persona, movida y edificada por el buen ejemplo de la oración de nuestro Señor, que cobra amor a la oración y deseos de saber cómo orar, consciente de que por sí misma es incapaz de hacerlo, se dirige a Cristo y obtiene de Él este patrón divino, trasmite este tesoro al resto de discípulos y a toda la

Iglesia y motiva el bien infinito que ha producido y producirá esta oración hasta el fin del mundo".

V. 2: *[Cuando oréis, decid]*. Adviértase con atención que el Padre Nuestro fue enseñado dos veces por nuestro Señor en dos ocasiones diferentes. Esto justifica las ligeras variaciones en su forma, que aparecen al compararlos. Comenta Mede: "Igual que José le dijo a Faraón que el sueño se le había dado por dos veces porque la cosa era firme de parte de Dios, así, el que se enseñara esta oración dos veces era para que supiéramos con seguridad que nuestro Salvador deseaba y ordenaba que esta fuera la forma establecida de oración para su Iglesia".

[Padre nuestro]. Tanto Crisóstomo como Agustín comentaron que dirigirse a Dios como "Padre" es propio de la dispensación del Nuevo Testamento y que los santos del Antiguo Testamento nunca utilizaron esa expresión. Esto, sin duda, es cierto, pero se debe esgrimir con cautela. Debemos tener cuidado de no dar por supuesto que los santos del Antiguo Testamento carecían del Espíritu Santo —como dicen algunos— y que no habían nacido de nuevo. La luz que habían recibido era, sin duda, mucho menor que la nuestra. El camino de santidad no se había manifestado. La forma exacta en la que Dios sería el Justo y a la vez justificaría a los impíos no era comprendida con claridad por ellos. No podían, por tanto, mirar a Dios con la valentía y la libertad con que puede hacerlo el creyente cristiano, como a un Padre con quien está reconciliado. Pero decir que Dios no era en sentido alguno Padre de los creyentes del Antiguo Testamento sería ir demasiado lejos. Él es el Padre de todos los que son salvos por Cristo, y sin Cristo nadie puede ser salvo.

No se debe pasar por alto la expresión "nuestro" al principio de esta oración del Señor. Enseña a los creyentes que en todas sus oraciones deben pensar en los demás como en ellos mismos. Deben recordar a todos los miembros del cuerpo místico de Cristo como sus hermanos y hermanas en el Señor.

[Tu nombre]. Para ver el pleno significado de esta expresión, adviértanse los muchos lugares en los que se emplea en los Salmos. Algunos, por ejemplo, son los siguientes: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos" (Salmo 22:22). "En ti confiarán los que conocen tu nombre" (Salmo 9:10). "Esperaré en tu nombre" (Salmo 52:9). "A tu nombre da gloria" (Salmo 115:1). "Los justos alabarán tu nombre" (Salmo 140:13). En todos estos casos, y en otros muchos, la idea es evidentemente la del "carácter y los atributos de Dios que se nos han revelado".

[Tu reino]. El sentido más claro y evidente de esta palabra es el Reino prometido del que Dios, un día, tomará posesión por encima del mundo, según lo anunciado por Daniel y por los demás profetas, cuando Satanás deje de ser el "príncipe de este mundo" y comience el milenio.

[Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra]. Para ver toda la belleza de esta oración debemos leer la descripción de los ángeles que tenemos en el Salmo 103:20–21. El Cielo es el único lugar donde ahora se hace la voluntad de Dios de forma perfecta y constante, sin vacilar, con alegría, sin dilación y sin hacer preguntas.

V. 3: *[El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy]*. Esta traducción de las palabras griegas en este versículo admite ciertas dudas. El sentido literal parece ser: “Danos para el día, o día a día, el pan que necesitamos para nuestra subsistencia”.

La palabra griega que hemos traducido como “de cada día” solo se encuentra en este lugar y en Mateo 6:11.

Algunos piensan que estas palabras se deberían traducir “nuestro pan supersustancial”, interpretándolo en referencia al pan de la Cena del Señor. Este es un sentido muy poco probable. Hasta Stella, el comentarista español, comenta que la eucaristía no es el pan de cada día.

Otros piensan que se deben traducir “danos día a día nuestro pan de mañana, un pan futuro”. Este parece un sentido muy forzado e inoportuno.

El verdadero significado parece ser el que ya hemos comentado: “El pan que es conveniente, suficiente, para nuestra subsistencia diaria”. Esta es la interpretación de Crisóstomo, Teofilacto y Suidas, y es hábilmente defendida por Parkhurst.

V. 4: *[Perdónanos nuestros pecados]*. Fijémonos bien en esta expresión. Proporciona una respuesta a aquellos que dicen que el creyente nunca debe pedir perdón por los pecados. Un texto como este da pie a cientos de argumentos. El Señor Jesús nos ordena hacerlo y, por tanto, debemos hacerlo.

La justificación de cada creyente, sin duda, es una obra completa y perfecta que no admite grados, que no aumenta ni disminuye. En el momento en que un hombre cree en Cristo es tan justificado como S. Pablo o S. Juan, y no podría ser más justificado si viviera hasta la edad de Matusalén. Pero todo esto no es razón para que no confiese diariamente sus pecados y busque diariamente una aplicación renovada de la sangre de Cristo a su conciencia. En realidad, esa es la vida de fe. Las palabras de nuestro Señor en otro lugar son muy instructivas: “El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies” (Juan 13:10).

[Los que nos deben]. Whitby y Hammond comentan ambos que esta expresión tiene un sentido mucho más amplio de lo que parece a primera vista. Hammond dice que en siríaco —lengua que muy probablemente hablaba nuestro Señor— al pecador se le llama “deudor”.

No se debe olvidar que todo hombre no perdonador e implacable que utilice el Padre Nuestro está mostrando, en la práctica, que su pecado no ha sido perdonado en absoluto. Está declarando una mentira.

[Nos metas]. La palabra griega así traducida solo se utiliza siete veces en el Nuevo Testamento. Excepto en el Padre Nuestro, nuestros traductores la han traducido “llevar adentro”, “traer” o “introducir” (cf. Lucas 5:18; Hechos 17:20; 1 Timoteo 6:7; Hebreos 13:11).

[Del mal]. Estas palabras se podrían haber traducido con igual corrección como “del malo” o “del maligno”, es decir, “del diablo”. Así las tenemos en Mateo 13:19, 38 y en 1 Juan 2:13–14; 3:12 y 5:18.

No puedo dejar el Padre Nuestro sin comentar que aquellos que profesan creer en un “consenso unánime de los Padres” en cuanto a la interpretación de la Escritura harían bien en observar los sentidos extraordinariamente

diferentes que otorgan los Padres a las diversas frases del Padre Nuestro. Nadie puede investigar este asunto sin descubrir que los Padres no están más de acuerdo entre sí en cuanto al significado de la Escritura que Gill y Clarke, o que Thomas Scott y Mant. Se puede encontrar un resumen de las diversas interpretaciones que los Padres dieron al Padre Nuestro en *Lectures for the Times*, de Cumming (edición 1845, p. 174).

Lucas 11:5–13

En estos versículos, nuestro Señor Jesucristo nos instruye acerca de la oración. Se trata de un asunto sobre el que nunca se reclamará suficiente atención. Esta oración se encuentra en la raíz misma de nuestro cristianismo práctico. Es parte de nuestras obligaciones diarias en nuestra vida religiosa. Tenemos razones para agradecer a Dios que de nada haya hablado nuestro Señor Jesucristo tan clara y frecuentemente como acerca de la oración.

En estos versículos aprendemos, por un lado, *la importancia de la perseverancia en la oración*. Esta lección se nos transmite en la sencilla parábola comúnmente denominada del “amigo de medianoche”. Se nos recuerda lo que un hombre puede obtener de otro a fuerza de importunidad. A pesar de ser egoístas e indolentes por naturaleza, somos capaces de claudicar movidos por una petición continuada. El que no da tres panes a medianoche por amor a un amigo, a la larga se los da para librarse del problema de que le siga rogando. La aplicación de la parábola es clara y evidente. Si la importunidad tiene tanto éxito entre hombre y hombre, ¡cuánto más podemos esperar obtener misericordia cuando se emplea en la oración a Dios!

Haremos bien en recordar esta lección. Es mucho más fácil comenzar el hábito de orar que perseverar en él. A miles de personas que profesan ser cristianas se les enseña regularmente a orar cuando son jóvenes y después dejan gradualmente esa práctica cuando crecen. Miles adoptan el hábito de orar durante una corta temporada, después de recibir algo o de una aflicción especial y, poco a poco, se van enfriando para al final abandonarlo. Se infiltra en la mente de las personas el pensamiento secreto de que orar no sirve para nada. No ven un beneficio visible de ello. Se persuaden de que les va igual de bien sin oración. La comodidad y la incredulidad prevalecen en sus corazones y, al final, “[menoscaban] la oración delante de Dios” (Job 15:4).

Resistamos este sentimiento cuando percibamos que aumenta en nuestro interior. Decidamos, por la gracia de Dios, continuar orando

por muy débiles y pobres que puedan parecer nuestras oraciones. Por algo la Biblia nos enseña con tanta frecuencia a “velar en oración”, a “orar sin cesar”, a “perseverar en la oración”, a “orar sin cesar y no desmayar”, a ser “constantes en la oración”. Estas expresiones señalan todas en una misma dirección. Todas ellas tienen el propósito de recordarnos un peligro y de avivar en nosotros un deber. El tiempo y la forma en que serán respondidas nuestras oraciones son cuestiones que debemos dejar completamente a Dios. Pero no debemos dudar que cada petición que ofrecemos en fe será respondida con toda seguridad. Pongamos nuestros asuntos delante de Dios una y otra vez, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Quizá la respuesta tarde en llegar, como ocurrió en los casos de Ana y de Zacarías (cf. 1 Samuel 1:27; Lucas 1:13). Pero, aunque se retrase, oremos y esperemos. En el momento apropiado, con toda seguridad vendrá y no tardará.

En estos versículos aprendemos, por otro lado, *lo amplias y alentadoras que son las promesas que insisten en la oración*. Las notables palabras con que están revestidas nos resultan más familiares que otras que tenemos en la Biblia: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. La solemne declaración que sigue parece encaminada a hacer que la seguridad sea doblemente segura: “Todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”. El argumento para la conciencia con el que termina el pasaje deja sin excusa la falta de fe y la incredulidad: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”.

Pocas promesas en la Biblia son tan claras e incondicionales como las contenidas en este maravilloso pasaje. En particular, la última merece una atención especial. El Espíritu Santo es, sin duda, el mayor don que Dios puede otorgar al hombre. Con este don lo tenemos todo: vida, luz, esperanza y el Cielo. Con este don tenemos el amor ilimitado de Dios Padre, la sangre expiatoria de Dios Hijo y plena comunión con las tres Personas de la bendita Trinidad. Con este don tenemos gracia y paz en el mundo actual y gloria y honra en el mundo venidero. ¡Y, sin embargo, este importante don nos lo ofrece nuestro Señor Jesucristo como algo que se obtiene por medio de la oración! “Vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan”.

Pocos pasajes de la Biblia dejan tan radicalmente sin las típicas excusas al hombre no convertido. Este dice que es débil y está desamparado, ¿pero ha pedido ser fuerte? Dice que es malo y corrupto, ¿pero busca ser mejor? Dice que no puede hacer nada consigo mismo, ¿pero llama a la puerta de la misericordia y ora por la gracia del Espíritu Santo? Estas son preguntas para las que nos tememos que muchos carecen de respuesta. Son lo que son porque no tienen un verdadero deseo de ser transformados. No tienen porque no

piden. No acuden a Cristo para tener vida y, por tanto, quedan muertos en delitos y pecados.

Y ahora, al dejar el pasaje, preguntémonos nosotros qué sabemos de la oración verdadera. ¿Oramos? ¿Oramos en el nombre de Jesús y como pecadores necesitados? ¿Sabemos lo que es pedir, buscar y llamar, y luchamos en oración, como hombres que sienten que es cuestión de vida o muerte y que desean respuesta? ¿O nos conformamos con viejas fórmulas recitadas mientras nuestros pensamientos vagan y nuestros corazones están lejos? ¡Ciertamente habremos aprendido una gran lección cuando hayamos aprendido que "decir oraciones" no es orar!

Si oramos, adoptemos la regla de nunca abandonar el hábito de la oración y nunca reducir nuestras oraciones. La situación del hombre delante de Dios se puede medir siempre por sus oraciones. Cuando comenzamos a descuidar nuestras oraciones personales, sin duda alguna, hay algo que va mal en la situación de nuestras almas. Hay grandes olas delante de nosotros. Estamos en inminente peligro de naufragar.

Notas Lucas 11:5–13

V. 5: *[¿Quién de vosotros que tenga un amigo...]*. Aquí, como en otros muchos casos, advertimos el bajo nivel de vida y la gama de circunstancias sociales sencillas de las que nuestro Señor extrajo sus ilustraciones para las verdades espirituales. Esta es una de las razones por las que la Biblia es tan especialmente indicada para esa clase de personas que siempre es muy numerosa: la de los pobres.

[Tres panes]. Podemos deducir de esta expresión que un pan, en los días del Nuevo Testamento, era de tamaño mucho más pequeño de lo que ahora suele serlo. Tres de nuestros panes serían más que suficientes para las necesidades de un hombre. Debemos recordar este hecho, puesto que arroja luz sobre el milagro de la alimentación de la multitud con unos cuantos panes.

V. 6: *[De viaje]*. Para comprender la llegada de un amigo de un viaje a medianoche, debemos recordar que, en los países cálidos, las personas suelen viajar de noche y descansar durante el día. Todo el que haya viajado por la India entenderá lo razonable que es esta circunstancia que tenemos en la parábola.

V. 7: *[Mis niños están conmigo en la cama]*. La familia de un pobre en los climas orientales suele dormir en un dormitorio común. Este parece ser el significado sencillo de la expresión que aquí se emplea: "Todos nos hemos retirado a nuestro dormitorio. Estamos todos en la cama".

V. 8: *[Importunidad]*. La palabra griega así traducida solo se utiliza aquí

en el Nuevo Testamento. Una traducción más literal sería “desvergüenza”. Hace referencia a un continuo pedir y suplicar, a pesar de los desaires, como cuando pide un mendigo insolente.

V. 11: *[Si su hijo le pide pan]*. Esta frase podría traducirse de forma más literal como: “¿A qué padre le pedirá su hijo pan y este le dará una piedra?”.

Hay un evidente parecido entre las apariencias del pan y la piedra y las del pescado y la serpiente.

V. 12: *[Un huevo [...]; un escorpión]*. El obispo Pearce muestra, por medio de una cita de Bochart, que hay una clase de escorpiones largos que, cuando se enrollan y se hacen un ovillo, tienen un cuerpo blanco no muy diferente de un huevo.

[Le dará]. La palabra griega así traducida es la misma que aparece en el versículo anterior.

V. 13: *[Siendo malos]*. Fijémonos en esta expresión. Es una de las que muestran la maldad natural del hombre. Es malo por naturaleza: “Todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Génesis 6:5).

[Vuestro Padre celestial]. Hay una notable diferencia entre las palabras griegas así traducidas y las del Padre Nuestro: “Padre que estás en los cielos”. Aquí significa “Padre *del* cielo”. Allí, “Padre *en* el cielo”. Alford comenta que “cuando nos dirigimos a Dios, Él es nuestro Padre en los Cielos; cuando nos responde, es nuestro Padre del Cielo. En el primer caso nosotros ascendemos a Él y a su morada. En el segundo, Él desciende a nosotros”.

No puedo dejar este pasaje sin expresar mi propia disensión en cuanto al significado alegórico que los Padres y otros comentaristas han considerado oportuno otorgar a muchas de sus expresiones. No estoy de acuerdo con Agustín en que los tres panes representen la Trinidad, el alimento y la vida del hombre, o la fe, la esperanza y la caridad, ni tampoco en que el “pescado” represente la fe o el “huevo” la esperanza. No puedo afirmar con Beda que “el huésped que llega es el espíritu del hombre, cansado y hambriento, que el anfitrión es el hombre natural incapaz de satisfacer su alma y que la petición del amigo es la petición de ayuda a Dios. No puedo afirmar con Vitringa que el huésped es el mundo pagano y el anfitrión que le recibe representa a los discípulos de Jesús que deben recibir el pan de vida de Dios para satisfacer a los paganos, y pedirlo insistentemente con total perseverancia. No puedo afirmar, como hacen otros, que los niños en la cama son los ángeles o los santos que ya están en la gloria. Varias de estas interpretaciones se encontrarán en la obra de Trench sobre las parábolas.

Dejo todas estas explicaciones de la Escritura a aquellos que puedan aceptarlas. Yo, al menos, no puedo. A algunas mentes pueden parecerles sabias, inteligentes y hermosas. A mí me resultan caprichosas, peligrosas, faltas de sobriedad y adiciones injustificadas al pensamiento de Cristo. La mayoría de las parábolas tienen el propósito de transmitir una gran lección. Aun aquellas en las que casi cada parte significa algo —como la de las diez vírgenes y la del hijo pródigo— requieren un trato muy cuidadoso. En la parábola del amigo importuno no puedo ver base alguna para buscar significados alegóricos inverosímiles. No tenemos el derecho de indagar

sobre el significado de las palabras de la Escritura obtenido al torcerlas, forzarlas y arrebatarlas. Solo tenemos que considerar cuál era el contexto original o la intención del Espíritu Santo cuando fueron escritas las palabras y quedarnos con eso. Merece la pena considerar la protesta de Stella, el comentarista español, en cuanto a este asunto en su comentario sobre este mismo pasaje.

Es justo observar que la clara promesa al final del pasaje ("vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan") es explicada de forma diferente por los distintos teólogos. Algunos la interpretan como una promesa general que se da por gracia a toda la Humanidad para invitar e incitar a orar. Otros la limitan a los hijos de Dios y verdaderos creyentes, y la interpretan solo como un argumento para que las personas que se han convertido pidan mucho para poder tener en gran cantidad.

El lector de mis meditaciones percibirá que no puedo adoptar la opinión más limitada y estrecha de la promesa. Me veo obligado, siendo justo y honrado, a considerar estas palabras como una de aquellas grandes y amplias frases con las que Dios tiende sus manos a los inconversos y pone delante de ellos una puerta abierta. Soy muy consciente de que nadie puede orar aceptablemente sin el Espíritu Santo. No pretendo explicar de qué forma puede alguien pedir el Espíritu Santo a menos que haya recibido antes el Espíritu Santo. Solo sé que encuentro las palabras de esta promesa claramente expuestas ante nosotros y que la interpretación justa parece requerir que se apliquen de forma *general*. Deseo aceptar esta promesa como un niño pequeño e insistir en ella a los inconversos. No me atrevo a ser más sistemático en mi teología que la Escritura misma.

Lucas 11:14–20

La relación entre estos versículos y los que los preceden inmediatamente es notable e instructiva. En los versículos anteriores, nuestro Señor Jesucristo ha estado mostrando el poder y la importancia de la oración. En los versículos que tenemos ante nosotros libera a un hombre de un demonio mudo. El milagro tiene la evidente intención de arrojar nueva luz sobre la lección. El mismo Salvador que nos induce a orar es el Salvador que destruye el poder de Satanás sobre nuestros miembros y restaura nuestras lenguas para su uso adecuado.

Advirtamos en estos versículos, en primer lugar, *la variedad de formas en las que Satanás muestra su deseo de hacer daño al hombre*. Leemos acerca de un demonio mudo. En ocasiones, en el Evangelio se nos habla de un demonio "inmundo". Otras veces se nos habla de un demonio agresivo y violento. Aquí se nos habla de uno bajo cuya influencia la infeliz persona poseída por el mismo se vuelve "muda".

Muchos son los engaños y artimañas de Satanás. Es una locura pensar que siempre trabaja de la misma forma. Solo hay una marca común en todas sus operaciones: le encanta herir y hacer daño.

Hay algo muy aleccionador en el caso que tenemos ante nosotros. ¿Pensamos que, porque la posesión corporal de Satanás no se manifieste tan claramente como entonces, el gran enemigo está menos activo en hacer el mal que solía hacer? Si pensamos así tenemos mucho que aprender. ¿Creemos que no existe tal cosa como la influencia de un demonio "mudo" en la actualidad? Si es así, mejor es que reflexionemos. ¿Qué podemos decir de aquellos que nunca hablan a Dios, que nunca utilizan sus lenguas para orar y alabar, que nunca emplean ese órgano que es la "gloria" del hombre al servicio de Aquel que lo creó? ¿Qué podemos decir, en una palabra, de aquellos que hablan a todo el mundo excepto a Dios? ¿Qué podemos decir sino que Satanás los ha despojado del verdadero uso de la lengua? ¿Qué podemos decir excepto que están poseídos de un "demonio mudo"? El hombre que no ora está muerto en vida. Sus miembros se rebelan contra el Dios que los creó. El "demonio mudo" no se ha extinguido aún.

Velemos y oremos para que nunca cedamos a la influencia de un espíritu mudo. ¡Gracias sean dadas a Dios porque aún vive el mismo Jesús que puede hacer que los sordos oigan y los mudos hablen! Acudamos a Él en busca de ayuda. En Él debemos permanecer. No basta con evitar el libertinaje y conservarnos limpios de pecados manifiestos. No basta con ser morales, correctos y respetables en nuestras vidas. Todo esto es bondad negativa y nada más. ¿Hay algo positivo en nuestra religión? ¿Presentamos nuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia? (cf. Romanos 6:13). Teniendo ojos, ¿vemos el Reino de Dios? Teniendo oídos, ¿escuchamos la voz de Dios? Teniendo lengua, ¿la utilizamos para alabar a Dios? Estas son preguntas muy serias. El número de personas que son sordas y mudas delante de Dios es mucho mayor de lo que podemos suponer.

Advirtamos en estos versículos, en segundo lugar, *el asombroso poder de los prejuicios sobre los corazones de los inconversos*. Leemos que, cuando nuestro Señor expulsó al espíritu mudo, hubo algunos que dijeron: "Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios". No podían negar el milagro; por tanto, rehusaron admitir que había obrado por el poder divino. La obra que tenían ante sus ojos era evidente e indiscutible. Entonces trataron de desacreditar el carácter de Aquel que lo había hecho y ensuciar su reputación diciendo que estaba maliciosamente de acuerdo con el demonio.

El estado de ánimo aquí descrito es una enfermedad extremadamente grande y, por desgracia, nada desconocida. Hay hombres nada deseables que están decididos a no ver bien alguno en los siervos de Cristo y a creer toda clase de cosas malas acerca de ellos. Esos hombres parecen dejar de lado su sentido común. Rehúsan

escuchar la evidencia o atender a claros argumentos. ¡Parecen decididos a creer que todo lo que hace el cristiano tiene que estar mal y que todo lo que dice tiene que ser falso! Si alguna vez hace algo correcto, ¡tiene que ser por motivos corruptos! Si dice la verdad, ¡tiene que ser con ideas siniestras! Si hace buenas obras, ¡tiene que ser por razones interesadas! Si expulsa demonios, ¡es por medio de Beelzebú! Esos hombres con prejuicios se encuentran en muchas congregaciones. Son los que más prueban a los ministros de Cristo. No nos sorprende que S. Pablo dijera que oremos "para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe" (2 Tesalonicenses 3:2).

Esforcémonos por ser de un espíritu justo, honrado y sincero en nuestro juicio de los hombres y las cosas religiosas. Estemos dispuestos a abandonar las antiguas y apreciadas opiniones en el momento en que alguien pueda mostrarnos un "camino más excelente". El corazón bueno y recto es un gran tesoro (cf. Lucas 8:15). Un espíritu con prejuicios es la verdadera ictericia del alma. Afecta a la mentalidad del hombre y le hace ver todas las cosas con un color antinatural. ¡Debemos orar para ser liberados de un espíritu semejante!

Advirtamos en estos versículos, por último, *el gran mal de las divisiones religiosas*. Esta es una verdad que nuestro Señor nos inculca en la respuesta a sus enemigos llenos de prejuicios. Muestra la necedad de sus acusaciones de expulsar demonios por medio de Beelzebú. Cita las palabras proverbiales de que "una casa dividida contra sí misma, cae". Muestra lo absurda que es la idea de que Satanás eche fuera a Satanás o a sus propios instrumentos. Al hacerlo, enseña a los cristianos una lección que ellos han sido lamentablemente lentos en aprender en cada época de la Iglesia. Dicha lección es que las divisiones innecesarias son pecado y una necedad.

Siempre tiene que haber un tipo de división religiosa mientras haya falsas doctrinas y hombres que se adhieren a ellas. ¿Qué comunión puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Cómo pueden dos caminar juntos excepto si se ponen de acuerdo? ¿Qué unidad puede haber donde no se da la unidad del Espíritu? (cf. 2 Corintios 6:14–16). La división y la separación de aquellos que se adhieren a la doctrina falsa y no escrituraria es una obligación, no un pecado.

Pero hay otras divisiones muy distintas que se deben deplorar profundamente. Son, por ejemplo, las divisiones entre quienes están de acuerdo en los puntos principales —divisiones acerca de asuntos no necesarios para la salvación—, divisiones por cuestiones de formas, ceremonias y disposiciones eclesiásticas acerca de las cuales la Escritura calla. Todos los cristianos fieles deben evitar y desalentar esta clase de divisiones. La existencia de las mismas es una triste prueba del estado caído del hombre y de la corrupción de su

entendimiento así como de su voluntad. Traen escándalo a la religión y debilidad a la Iglesia: “Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado”.

¿Cuáles son los principales remedios contra las divisiones innecesarias? Un espíritu humilde, una disposición a hacer concesiones y un buen conocimiento de la santa Escritura. Debemos aprender a diferenciar entre las cosas religiosas que son esenciales y las que no, las cosas que son necesarias para la salvación y las que no, las cosas que son de importancia primordial y las que son secundarias. Con una clase de cosas debemos ser inflexibles y rígidos como el roble: “Si aun nosotros, o un ángel del Cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gálatas 1:8). Con la otra debemos ser dóciles y sumisos como el sauce: “A todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos” (1 Corintios 9:22). Establecer esas delicadas distinciones requiere no poca sabiduría práctica. Pero dicha sabiduría se ha de solicitar: “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios” (Santiago 1:5). Cuando entre los cristianos se produce este tipo de divisiones, demuestran ser más necios que Satanás mismo.

Notas Lucas 11:14–20

V. 14: *[Era mudo]*. Compárese la expresión aquí utilizada con la que sigue en el mismo versículo: “El mudo habló”. Era el *demonio* el que estaba “mudo”. El *hombre* habló. Una traducción más clara de estas palabras sería: “El hombre mudo habló”. Hay que diferenciar con cuidado la actuación del espíritu maligno haciendo que el hombre poseído fuera mudo y la actuación del hombre liberado de su poder.

V. 15: *[Beelzebú]*. Se dice que el significado de este nombre es “el Señor de las moscas”. Beelzebú es mencionado como “el Dios de Ecrón” en 2 Reyes 1:3. Por qué razón se le da un nombre tan especial al demonio principal es una cuestión que nunca se ha podido establecer completamente. Los viajeros siempre mencionan lo terrible que es una plaga de moscas en un país cálido.

V. 16: *[Le pedían señal del cielo]*. Nótese que pretender necesitar más evidencia acerca de la verdad de la religión siempre es señal de un corazón completamente incrédulo.

V. 17: *[Todo reino dividido [...] asolado]*. Existen dudas en cuanto a que las palabras de nuestro Señor en este lugar no hagan referencia a las muchas divisiones y disensiones internas que se daban entre los judíos aun hasta el mismo día en que Tito tomó Jerusalén. Según esto, el versículo contendría una solemne profecía. Es sabido que las divisiones de los judíos fueron una de las causas del éxito del Ejército romano.

V. 19: *[Vuestros hijos por quién los echan]*. No hay acuerdo entre los comentaristas en cuanto a la cuestión de a quiénes se refiere nuestro Señor

en esta frase. El obispo Jewel piensa que se refiere a sus propios discípulos: Juan, Santiago, Pedro, Andrés y el resto, y los llama “hijos de los judíos”. Otros, sin embargo, piensan que se refiere a determinadas personas entre los judíos que tenían poder para echar demonios aun sin ser discípulos de Cristo. Parece probable que hubiera personas así a tenor de Hechos 19:3.

[Ellos serán vuestros jueces]. El significado de esta expresión es: “Ellos condenarán vuestra suposición de que yo arrojo a los demonios por medio de Beelzebú como algo irrazonable y absurdo. Serán testigos de que los demonios no son arrojados por los demonios, sino por el poder de Dios”.

V. 20: *[El reino de Dios ha llegado a vosotros]*. El argumento aquí parece ser el siguiente: “Si estos milagros que yo hago son verdaderamente obrados por el dedo de Dios, y por medio de ellos queda claramente demostrado que he sido enviado por Dios, entonces, tanto si lo admitís como si no, es evidente que han llegado los tiempos del Mesías. El Reino de Dios ha venido sobre vosotros sin que os deis cuenta y estos milagros son señales de que es así”. Este argumento ponía en un dilema a los enemigos de nuestro Señor. O bien negaban que nuestro Señor expulsaba a los demonios —cosa que no podían hacer—, o bien tenían que admitir que sus propios hijos expulsaban demonios por el poder de Beelzebú, cosa que no querían hacer. La naturaleza del argumento parece mostrar que, cuando nuestro Señor hablaba de que “sus hijos echaban demonios”, no podía estar refiriéndose a sus propios discípulos.

Lucas 11:21–26

Estas palabras de Cristo tratan de algo misterioso, pero profundamente importante. Hacían referencia a Satanás y a su mediación. Arrojan luz en cuanto al poder de Satanás y la naturaleza de sus operaciones. Merecen una minuciosa atención por parte de todos aquellos que quieran luchar con éxito en la guerra cristiana. Además de mantenerse cerca de sus amigos y aliados, un soldado debe conocer bien a sus enemigos. No debemos desconocer los engaños y tácticas de Satanás.

Observemos en estos versículos *el terrible cuadro del poder de Satanás que nuestro Señor pinta*. Hay cuatro puntos en su descripción que resultan especialmente instructivos.

Cristo habla de Satanás como el “hombre fuerte”. La fuerza de Satanás ha quedado muy bien demostrada por medio de sus victorias sobre las almas de los hombres. Aquel que tentó a Adán y Eva a rebelarse contra Dios y que introdujo el pecado en el mundo, aquel que mantenía cautiva a la inmensa mayoría de la humanidad y les había robado el Cielo, aquel maligno era alguien muy poderoso. Aquel que es llamado “Príncipe de este mundo” no es un enemigo a despreciar. El

demonio es muy fuerte.

Cristo habla de Satanás como “hombre fuerte armado”. Satanás está bien provisto de una armadura defensiva. No será vencido por ataques de poca importancia. Aquel que quiera vencerle deberá emplear toda su fuerza: “Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno” (Marcos 9:29). Y Satanás también está bien provisto de armas ofensivas. Nunca le faltan medios para hacer daño al alma del hombre. Tiene trampas de todas clases y máquinas de todo tipo. Conoce exactamente cómo atacar con gran ventaja a cualquier tipo de soldado de toda clase, edad, nación y pueblo. El diablo está bien armado.

Cristo se refiere al corazón del hombre como “palacio” de Satanás. El corazón natural es la morada favorita del maligno, y todas sus facultades y poderes están a su servicio y hacen su voluntad. Él se sienta en el trono que debe ocupar Dios y gobierna el hombre interior. El diablo es “el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2).

Cristo habla de que “en paz está lo que posee”. Si un hombre está muerto en delitos y pecados, su corazón se siente a gusto en cuanto a las cosas espirituales. No tiene temor en cuanto al futuro. No tiene ansiedad acerca de su alma. No tiene miedo de caer en el Infierno. Todo esto es, sin duda, una falsa paz. Es un sueño que no durará siempre y del que un día habrá un terrible despertar. Pero es incuestionable que existe una paz así. La insensibilidad irreflexiva, imperturbable e imprudente acerca de las cosas eternas es uno de los peores síntomas del reinado del diablo sobre el alma del hombre.

Nunca tengamos en poco al diablo. Esa común práctica de tomarse a broma superficialmente a Satanás —que podemos notar a menudo en el mundo— es un gran mal. Un prisionero debe de estar muy endurecido si bromea acerca del verdugo y de la horca. El corazón está en muy mal estado cuando alguien es capaz de hablar con frivolidad acerca del Infierno y del demonio.

Demos gracias a Dios porque hay Uno que es más fuerte que Satanás. Es el Amigo de los pecadores: Jesús, el Hijo de Dios. Aunque el diablo es poderoso, Jesús le venció en la Cruz, cuando triunfó sobre él abiertamente. Aunque el diablo es fuerte, Cristo puede arrancar a sus cautivos de sus manos y romper las cadenas que los atan. ¡Nunca descansemos hasta conocer esa liberación por experiencia y haber sido liberados por el Hijo de Dios!

Observemos, por otro lado, en estos versículos, *lo claramente que nuestro Señor enseña la imposibilidad de la neutralidad*. Él dice: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama”.

El principio establecido en estas palabras debe ser constantemente recordado por todos aquellos que profesan su religión con convicción. A todos, naturalmente, nos encanta un cristianismo sencillo. Nos

desagradan los enfrentamientos y las separaciones. Nos gusta mantener buenas relaciones con ambas partes en la medida de lo posible. Tememos los extremos, nos horroriza pasarnos de justos. Tratamos de no llegar demasiado lejos. Pensamientos como estos están llenos de peligro para el alma. Una vez permitimos que empiecen a dominarnos, pueden hacernos un daño inmenso. Nada es tan ofensivo para Cristo como la indiferencia en cuestiones religiosas. Estar completamente muertos y en ignorancia es triste y vergonzoso. Pero conocer la verdad y, no obstante, "quedarse entre dos aguas" es uno de los principales pecados.

Adoptemos la firme determinación en nuestras mentes de servir a Cristo con todo nuestro corazón, si es que queremos servirle. No puede haber reservas, ni transigencia, ni falta de entusiasmo, ni intento de reconciliar a Cristo con el dinero en nuestro cristianismo. Decidamos, con la ayuda de Dios, estar "con Cristo", "recoger" al lado de Cristo y permitir que el mundo diga y haga lo que quiera. Puede resultarnos costoso al principio, pero ciertamente nos lo compensará a largo plazo. Sin decisión no hay felicidad en cuestiones religiosas. Aquel que siga a Jesús más plenamente, siempre le seguirá más fácilmente. Sin decisión en cuestiones religiosas no seremos útiles para otros. Los cristianos a quienes falta el entusiasmo no atraen a nadie por medio de la belleza de su vida ni obtienen el respeto del mundo.

Observemos en estos versículos, por último, *lo peligroso que es conformarse con cualquier cambio religioso falto de una verdadera conversión a Dios*. Esta es una verdad que nuestro Señor enseña por medio de un tremendo cuadro de alguien de quien ha sido expulsado un demonio pero en cuyo corazón no ha entrado el Espíritu Santo. Describe al espíritu maligno tras su expulsión, buscando reposo y no encontrándolo. Describe su plan de regresar al corazón en el que había habitado anteriormente y cómo lo ejecuta. Le describe encontrando el corazón vacío de todo bien y como una casa "barrida y adornada" para recibirle. Le describe entrando de nuevo con siete espíritus peores que él y volviendo a convertirlo en su morada. Y termina con la solemne frase: "El postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero".

Al leer palabras de tan notable tenor, percibamos que Jesús está hablando de cosas que comprendemos vagamente. Está levantando un borde del velo que cuelga sobre el mundo invisible. Sus palabras, sin duda, ilustran el estado de cosas que existieron en la nación judía durante el tiempo de su propio ministerio. Pero la principal lección de sus palabras que nos concierne es el peligro que corren nuestras propias almas individuales. Hay una solemne advertencia para nosotros en cuanto a que nunca quedaremos satisfechos con una reforma religiosa sin una conversión del corazón.

No hay seguridad excepto en un cristianismo cabal. De nada vale dejar de lado el pecado manifiesto a menos que la gracia reine en

nuestros corazones. Poca cosa es dejar de hacer el mal si no aprendemos también a hacer el bien. La casa no solo debe ser barrida y blanqueada; se debe introducir un nuevo inquilino o volverá a aparecer la enfermedad en los muros. No basta con adornar la vida externa con las galas religiosas formales; se debe experimentar el poder de la religión vital en el hombre interior. No solo debe ser expulsado el diablo; el Espíritu Santo debe ocupar su lugar. Cristo debe morar en nuestros corazones por la fe. No solo debemos volvernos morales, sino espirituales. No solo debemos ser reformados, sino nacidos de nuevo.

Tomémonos en serio estas cosas. Me temo que muchos que profesan ser cristianos se engañan a sí mismos. No son lo que fueron un día y, por tanto, presumen de ser lo que deberían ser. Ya no quebrantan el día de reposo ni pecan con descaro y, por tanto, se creen cristianos. No ven que se han limitado a cambiar una clase de demonio por otra. Son gobernados por un demonio amable y farisaico en lugar de por un demonio audaz, ruidoso e inmundo. Pero el inquilino que se aloja en su interior sigue siendo el demonio. Y su final será peor que el primero. ¡Oremos para ser liberados de semejante destino! Si somos religiosos, seámoslo a conciencia. No seamos casas barridas y adornadas, sino habitadas por el Espíritu. No seamos vasos cubiertos de plata, hermosos por fuera pero sin valor por dentro. Que nuestra oración diaria sea: “Examíname, oh Dios […]. Y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Salmo 139:24).

Notas Lucas 11:21–26

V. 21: *[El hombre fuerte]*. Una traducción más literal de la expresión griega así traducida sería “el fuerte”. La palabra “hombre” no aparece en griego. Lo mismo se aplica a Mateo 12:29 y Marcos 3:27. La traducción literal deja ver el carácter del diablo y la aplicación de todo el pasaje al mismo.

[Lo que posee]. El significado literal de la expresión griega así traducida es “las cosas que son suyas, que pertenecen a él”.

V. 22: *[Más fuerte que él]*. Una traducción más literal de esta expresión sería, una vez más, “Aquel más fuerte que él”. Evidentemente, se refiere a nuestro Señor, el gran vencedor de Satanás. Hay una probable referencia a Isaías 53:12. Juan el Bautista llama a nuestro Señor “el más poderoso que yo” en Marcos 1:7 y Lucas 3:16. En ambos lugares, el término griego es el mismo que aquí.

[Reparte el botín]. Esto admite la pregunta de si nuestro Señor no quería que otorgáramos un sentido literal a estas palabras y que las interpretáramos como ese nuevo uso de las facultades y los poderes del hombre que Él hace cuando convierte un alma. Toma posesión de las emociones y de las

capacidades intelectuales sobre las que el demonio ejercía dominio anteriormente y las utiliza para su propia gloria. Ford cita esta frase del obispo Reynolds: “Dios hizo uso del arte, la riqueza, el poder, los estudios, la sabiduría y el intelecto que Satanás utilizaba contra el Reino de Cristo, empleándolos como instrumentos y adornos para el Evangelio; como cuando en una guerra el General hace uso de aquellas armas forjadas contra él para su propio servicio”.

V. 23: *[El que no es conmigo, contra mí es]*. La aplicación de esta expresión es interpretada de forma diferente por parte de distintos comentaristas. Algunos piensan que se debería limitar estrictamente al asunto del que está hablando nuestro Señor, es decir, a la profunda división que existe entre su Reino y el reino del diablo. Creen que nuestro Señor está insistiendo en la absurda idea de que echa demonios por medio de Beelzebú y que su argumento es: “No puede haber alianza entre Satanás y yo. Él no está conmigo; por tanto, está contra mí. No está recogiendo conmigo; por tanto, desparrama”. Otros piensan que la expresión es de una aplicación mucho más amplia y que se trata de una verdad general referente a todos los que dudan, a los que vacilan, a los faltos de entusiasmo y a las personas que ponen excusas, entre las cuales, sin duda, estaban muchos de los oyentes de nuestro Señor. Su argumento es que nuestro Señor está exponiendo el terrible peligro de muchos de sus oyentes judíos que habían sido despertados, hasta cierto punto, por Juan el Bautista y parecían próximos a aceptar a Cristo cuando apareciera pero que, sin embargo, cuando Él apareció, dieron marcha atrás y fingieron estar llenos de dudas para así continuar siendo neutrales y no tomar una decisión. Esta última opinión me parece, con mucho, la más probable y se ve confirmada por el pasaje que sigue inmediatamente. La frase va dirigida contra los judíos indecisos, que eran como el hombre de quien había salido el espíritu inmundo. Su neutralidad vacilante era una postura de lo más peligrosa. Su postrer estado sería seguramente peor que el primero.

A primera vista, parece difícil reconciliar las palabras de nuestro Señor en este versículo con sus palabras en otro lugar. Vemos que dice de uno que echaba demonios en su nombre pero que no seguía a sus discípulos: “No se lo prohibáis; porque el que no es contra nosotros, por nosotros es” (Lucas 9:50). Aquí, sin embargo, vemos que dice: “El que no es conmigo, contra mí es”.

La reconciliación de ambas frases, en realidad, no es difícil. Fueron pronunciadas en referencia a dos clases diferentes de personas. En el primer caso, nuestro Señor estaba hablando de alguien que trabajaba verdaderamente para Cristo y contra el diablo, y que estaba haciendo el bien, aunque quizá no de la forma más sabia. De él dice: “El que no es contra nosotros, por nosotros es”. Trabaja contra el mismo enemigo contra el que trabajamos nosotros y, por tanto, está de nuestro lado. En el caso que nos ocupa, nuestro Señor habla de hombres que rehusaban unirse a Él y convertirse en discípulos suyos, que se mantenían a cierta distancia de Él y tenían miedo o se avergonzaban de servirle. De ellos dice: “El que no es conmigo, contra mí es”. No acepta ser nuestro amigo y, por tanto, se convierte en la práctica en uno de nuestros enemigos.

V. 24: *[Anda por lugares secos]*. La expresión “anda” se traduce con

mayor frecuencia como “pasa” o “atraviesa”. Se debe percibir que es del “espíritu”, y no del hombre, de quien se dice esto. La expresión “lugares secos” es complicada. El significado literal de las palabras griegas sería “lugares sin agua”. En opinión de algunos, significa “lugares inhóspitos o desiertos” donde el demonio no halla descanso al no encontrar a nadie a quien herir. En opinión de otros, se refiere a los *gentiles*, sobre los cuales Satanás ejercía un poder especial antes de que el Evangelio les fuera predicado, y a los *paganos*, sobre quienes Satanás reina ahora especialmente. Nuestra incapacidad para establecer claramente el significado de la expresión surge, en gran medida, de nuestra ignorancia de lo que ocurre en el mundo invisible de los espíritus, tanto malos como buenos. Para una criatura inmaterial, como lo es un demonio, la expresión estaría probablemente muy clara.

[Buscando reposo]. ¡Esta es una terrible expresión! Muestra el ansia incansable e incesante de hacer el mal e infligir daño a las criaturas de Dios, que parece ser en el presente un atributo especial del demonio durante el período que se le permite hacer el mal.

[Volveré a mi casa]. Esta es otra expresión aún más terrible. ¡Cuántos hombres y mujeres están siendo vigilados diariamente por el demonio, que planea males contra ellos mientras que ellos, en su necedad, ni se imaginan lo que Satanás está haciendo!

V. 25: *[Y cuando llega, la halla]*. Se debe observar detenidamente, tanto aquí como en el versículo siguiente, que es del espíritu maligno —y no del hombre— de quien se dicen estas cosas. Traducidas literalmente, las palabras griegas deberían emplear el pronombre neutro, no el masculino. [En inglés, dando a entender que se refiere al espíritu. (N.T.).].

[Barrida y adornada]. Estas expresiones deben considerarse figuras, claro está. Hacen referencia al estado de una casa y se aplican a la situación de una persona o de un corazón que se ha reformado pero no se ha convertido.

Recordemos que puede haber mucha limpieza moral y hasta muchos “adornos” en alguien que no ha sido santificado. Puede haber mucho aparentemente justo a los ojos y que, sin embargo, carece de gracia.

V. 26: *[Otros siete espíritus]*. El número siete se utiliza con frecuencia en la Escritura proverbialmente para denotar una cifra, un tamaño, una cantidad o una intensidad muy grandes. Así lo tenemos en el Salmo 119:164; Proverbios 24:16; Mateo 18:21 y Daniel 3:19.

[Peores que él]. Esta expresión parece indicar que aun entre los demonios se dan grados de maldad e impiedad. Igualmente hay grados de gloria en el Cielo, de gracia en la Tierra y de castigo en el Infierno.

[El postrer estado [...] peor que el primero]. Las expresiones griegas así traducidas significan literalmente “las últimas cosas” y las “primeras cosas”.

La tendencia de alguien que se vuelve atrás, o de un hombre que en un momento profesa una religión pero después se vuelve al mundo, a ser peor de lo que era anteriormente, es un hecho doloroso pero conocido. La posesión de un claro conocimiento del Evangelio combinada con la elección deliberada del pecado y del mundo parece emparentada con el más

endurecido estado del alma al que puede llegar el hombre mortal. Ford cita una frase notable de las *Cartas de Cowper* sobre este asunto: “He observado que cuando un hombre que una vez pareció cristiano se aleja de su carácter y regresa al pasado pierde, junto con la virtud que parecía poseer, los aspectos más afables del carácter al que regresa. Las mejores características de su rostro natural parecen haber desaparecido, de manera que, tras haber llevado la religión solo como máscara, puede llegar a tener una apariencia más repugnante que la que tenía anteriormente”.

La historia del espíritu inmundo en este pasaje admite una aplicación triple. 1) Describe la historia de la nación judía antes de que Cristo viniera a la Tierra. Durante un tiempo, después de darles la Ley, parecieron mejores que los gentiles y semejantes a una casa barrida y adornada. Pero, cuando se volvieron orgullosos, santurrones e impíos, el espíritu malo regresó a ellos. Fueron desechados por Dios, entregados a la opresión y dispersados por los babilonios, los sirios y los romanos. Y cuarenta años después de que nuestro Señor estuviera sobre la Tierra, su postrer estado era peor que el primero. 2) Describe la historia de las iglesias gentiles desde el tiempo en que Cristo estuvo en la Tierra. Durante muchos siglos su aspecto fue el de una casa barrida y adornada. Parecía que el espíritu maligno había sido expulsado. Pero, en la inmensa mayoría de los casos, se habían apartado de las primeras cosas. El Espíritu de Dios los abandonó. El espíritu maligno regresó. Su final parecía encaminado a ser peor que al principio. 3) Sobre todo, el pasaje describe la situación de los individuos que se conforman con una reforma sin conversión. Este es un sentido que nunca se debería perder de vista. Las interpretaciones históricas y proféticas son útiles, pero no se debe permitir que encubran y entierren las lecciones que nos conciernen a cada uno de nosotros.

Lucas 11:27–32

En este pasaje se nos muestra a una mujer de cuyo nombre e historia nada sabemos. Leemos que, como dijo nuestro Señor, “una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo”. Inmediatamente, nuestro Señor extrae de ello una gran lección. Su sabiduría perfecta sacaba provecho de todo incidente a su alcance.

Observemos en estos versículos *lo grandes que son los privilegios de aquellos que escuchan y guardan la Palabra de Dios*. Son considerados por Cristo con tanto honor como si fueran sus parientes más cercanos. Es mayor bendición ser creyente en el Señor Jesús de lo que lo habría sido pertenecer a la familia en la que Él había nacido en la carne. Era un mayor honor para la virgen María misma tener a Cristo morando en su corazón por la fe que haber sido la madre de Cristo y

haberle alimentado en su seno.

Generalmente nos cuesta aceptar verdades como estas. Tenemos tendencia a pensar que haber visto a Cristo, escuchado a Cristo, vivido cerca de Cristo y sido pariente de Cristo según la carne habría tenido un efecto tremendo sobre nuestras almas. Todos tenemos tendencia, por naturaleza, a otorgar gran importancia a una religión que se ve y se percibe con el tacto, los ojos y los oídos. Nos encanta un cristianismo material, sensual y tangible mucho más que de fe. Y debemos recordar que ver no siempre lleva a creer. Miles vieron a Cristo continuamente mientras estuvo en la Tierra y, sin embargo, permanecieron en sus pecados. Hubo un tiempo en que ni siquiera sus hermanos creían en Él (cf. Juan 8). Un conocimiento meramente carnal de Cristo no salva a nadie. Las palabras de S. Pablo son muy instructivas: “De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así” (2 Corintios 5:16).

Aprendamos de las palabras de nuestro Señor que tenemos al alcance de nuestra mano los mayores privilegios que nuestras almas pueden desear, solo con que creamos. No debemos desear inútilmente haber vivido cerca de Capernaum o muy cerca de la casa de José en Nazaret. No debemos soñar con que nuestro amor sería más profundo y nuestra devoción mayor si verdaderamente hubiéramos estrechado la mano de Cristo, oído la voz de Cristo o figurado entre sus parientes. Todo esto no podría haber hecho nada más por nosotros de lo que puede hacer ahora la fe sencilla. ¿Oímos la voz de Dios y le seguimos? ¿Le consideramos nuestro único Salvador y nuestro único Amigo y, dejando todas las demás esperanzas, nos aferramos a Él? Si esto es así, lo tenemos todo. No necesitamos más privilegios. No podemos tener un mayor privilegio hasta que Cristo vuelva. Nadie puede estar más cerca del Señor Jesús y ser más querido por Él que aquel que sencillamente, cree.

Observemos en estos versículos, en segundo lugar, *la desesperada incredulidad de los judíos en los tiempos de nuestro Señor*. Se nos dice que, aun “apiñándose las multitudes” para oír predicar a Cristo, seguían afirmando que esperaban una señal. Decían que necesitaban más evidencia antes de creer. Nuestro Señor declara que la reina de Sabá y los hombres de Nazaret avergonzarían a los judíos en el día final. La reina de Sabá tenía tal fe que viajó una enorme distancia para oír la sabiduría de Salomón. Sin embargo, Salomón, con toda su sabiduría, era alguien que se equivocaba y un rey imperfecto. Los ninivitas tuvieron tal fe que creyeron el mensaje que Jonás les llevó de parte de Dios y se arrepintieron. Sin embargo, aun Jonás fue un profeta débil e inestable. Los judíos de tiempos de nuestro Señor tuvieron mucha más luz y enseñanzas infinitamente más claras de lo que Salomón o Jonás podían ofrecer. Tenían entre ellos al Rey de reyes, al Profeta mayor que Moisés. ¡Pero los judíos ni se arrepintieron ni

creyeron!

Nunca nos sorprenda ver que abunda tanta incredulidad en la Iglesia como en el mundo. Lejos de asombrarnos de que haya habido hombres como Hobbes, Payne, Rousseau y Voltaire, deberíamos más bien asombrarnos de que esos hombres hayan sido tan pocos. Lejos de maravillarnos de que a la inmensa mayoría de los que profesan ser cristianos no les afecte ni les conmueva la predicación del Evangelio, debemos maravillarnos de que haya alguien a nuestro alrededor que crea. ¿Por qué sorprendernos de ver que aquella antigua enfermedad que comenzó con Adán y Eva infecta a todos nuestros hijos? ¿Por qué esperar ver más fe entre los hombres y las mujeres de ahora que la que se vio en tiempos de nuestro Señor? La mucha incredulidad y dureza por todas partes bien puede producirnos pena y lástima. Pero no debería causarnos sorpresa.

Demos gracias a Dios si hemos recibido el don de la fe. Es una gran cosa creer toda la Biblia. No somos plenamente conscientes de la corrupción de la naturaleza humana. No vemos toda la virulencia de la enfermedad que ha infectado a todos los hijos de Adán, así como el pequeño número de los que son salvos. ¿Tenemos fe aunque sea débil y pequeña? Alabemos a Dios por ese privilegio. ¿Quiénes somos nosotros para que Dios nos haya hecho diferentes? Velemos contra la incredulidad. La raíz de la misma suele estar dentro de nosotros aun cuando el árbol haya sido talado. Guardemos nuestra fe con piadoso celo. Es el escudo del alma. Es la virtud que predomina sobre todas las demás y con la que Satanás trata de acabar. Aferrémonos a ella. ¡Benditos los que creen!

Por último, observemos en estos versículos *cómo testifica nuestro Señor Jesucristo de la verdad de una resurrección y de una vida venidera*. Habla de la reina del Sur, cuyo nombre y cuya morada nos son ahora desconocidos. Dice que “se levantará en el juicio”. Habla de los hombres de Nínive, un pueblo que ha desaparecido de la faz de la Tierra. Dice que ellos también “se levantarán”.

Hay algo muy solemne e instructivo en el lenguaje que emplea nuestro Señor aquí. Nos recuerda que este mundo no lo es todo, y que la vida que vive el hombre en el cuerpo terrenal no es la única vida en la que debemos pensar. Los reyes y las reinas de los tiempos antiguos vivirán de nuevo un día y estarán ante el tribunal de Dios. Las inmensas multitudes que una vez pulularon alrededor de los palacios de Nínive saldrán todas de sus sepulcros y darán cuentas de sus obras. A nuestros ojos parece que han pasado para siempre. Leemos con asombro acerca de sus vestíbulos vacíos y hablamos de ellos como un pueblo que ha perecido por completo. Los lugares donde moraban han sido desolados. Sus huesos se han convertido en polvo. Pero a los ojos de Dios continúan vivos. La reina del Sur y los hombres de Nínive resucitarán todos. Los veremos cara a cara.

Que la verdad de la resurrección esté con frecuencia en nuestras

mentes. Que la vida venidera esté con frecuencia en nuestros pensamientos. No se acaba todo cuando el sepulcro recibe a su inquilino y el hombre va a su morada eterna. Otras personas morarán en nuestras casas y gastarán nuestro dinero. Nuestros nombres mismos serán pronto olvidados. ¡Pero no todo habrá pasado! Un poco tiempo más y todos volveremos a vivir. “La tierra dará sus muertos” (Isaías 26:19). Muchos, como Félix, bien pueden temblar cuando piensan en esas cosas. Pero los hombres que viven por fe en el Hijo de Dios, como S. Pablo, deben levantar sus rostros y regocijarse.

Notas Lucas 11:27–32

V. 27: *[Una mujer]*. No se nos dice quién era esta mujer. Parece que su exclamación fue la expresión de una mezcla de agrado y de sorpresa, como la que puede proferir un corazón impresionado de una mujer judía. Sería excesivo concluir que ella era discípula y creyente.

V. 28: *[Antes]*. La palabra griega así traducida solo se encuentra en otros tres lugares, y en cada uno de ellos se traduce de forma diferente. “Mas antes” (Romanos 9:20); “mas no” (Romanos 10:16); “y ciertamente” (Filipenses 3:8).

Sin duda, las palabras de este versículo fueron pronunciadas con una visión profética anticipada de aquella adoración no escrituraria a la virgen María, que un día surgiría y predominaría tan extensamente en la Iglesia de Cristo. No se puede, por ingenuidad o retorciendo las palabras, hacer que estas tengan otro significado que no sea el evidente. Declaran que escuchar la Palabra de Dios y guardarla es una bendición mayor que estar emparentado con Cristo por vínculos carnales, y que ser la madre de Cristo según la carne no confiere mayor honor y mayores privilegios que creer y obedecer el Evangelio.

V. 29: *[Apiñándose]*. La palabra griega así traducida solo se encuentra aquí. Parkhurst dice que significa “amontonándose sobre”.

[Demanda señal]. Resulta notable la extraordinaria perversidad de los judíos al desear siempre alguna señal que produjera en ellos fe. La incredulidad de corazón siempre profesa querer evidencias. No es evidencia, sino buena voluntad, lo que se requiere para que pueda llegar a salvarse el alma del hombre.

V. 30: *[Jonás fue señal]*. La similitud entre Jonás y nuestro Señor ha sido explicada de diversas formas. Los tres días y noches durante los cuales Jonás estuvo en el vientre del gran pez, y su salida con vida al final de los mismos son, sin duda, el punto principal. Eran un tipo de nuestro Señor en el sepulcro y su resurrección al tercer día. Los cuarenta días tras los cuales Nínive sería destruida son probablemente otra cuestión. Eran un tipo de los cuarenta años que pasaron entre el ministerio de nuestro Señor y la destrucción de Jerusalén. El extraordinario hecho de la resurrección es, sin duda, el punto

principal en esta tipología. Era la bisagra sobre la cual giraba todo el Evangelio y la verdad en la que los Apóstoles hacían hincapié ante los judíos constantemente.

V. 31: *[La reina del Sur]*. No parece necesario señalar que la persona así descrita es la reina de Sabá del Antiguo Testamento (1 Reyes 10:1). Su nombre nos es desconocido por completo. Sus dominios no se conocen con seguridad. Algunos piensan que estaban en Arabia. Otros, que en Etiopía. Los "fines de la tierra" se debe interpretar, con reservas, como una tierra muy distante.

[Más que Salomón]. Adviértase que, tanto aquí como al final de los siguientes versículos, la palabra griega traducida "más" es literalmente "una cosa más grande". No es improbable que la "cosa" a la que hace referencia sea "la señal". Hay alguien aquí que es señal de un momento mucho más grande que Jonás o Salomón.

Observemos que aquello en que la reina del Sur superaba a los judíos de tiempos de nuestro Señor y los avergonzaba era la "fe". Ella tuvo fe suficiente para hacer un largo viaje para escuchar a un hombre sabio. Los judíos, en cambio, tenían la "sabiduría de Dios" en aquel momento en medio de ellos, predicando y enseñando durante tres años y, sin embargo, no querían creer.

Observemos que el punto en el que los ninivitas superaban a los judíos y los avergonzaban era el arrepentimiento. Tuvieron entre ellos durante un breve tiempo a un profeta y, de hecho, a un profeta con muchas flaquezas y equivocaciones. Pero se arrepintieron y se volvieron a Dios. Los judíos tenían entre ellos al más convincente y fiel predicador que haya amonestado al pueblo de todas las épocas y, sin embargo, no querían arrepentirse.

En este y en otros pasajes no debemos dejar de señalar que nuestro Señor habla de la historia de Jonás como una historia verdaderamente cierta. La teoría moderna que dice que las historias del Antiguo Testamento no son nada más que un conjunto de fábulas entretenidas no encuentra aprobación en el Nuevo Testamento.

Aquí, una vez más, al igual que en otros lugares, vemos que se habla del juicio general y de la resurrección como acontecimientos que, sin duda, tendrán lugar, y en los que los santos del Antiguo Testamento están tan sinceramente interesados como aquellos que vivieron después de que comenzase el ministerio de Cristo.

Lucas 11:33–36

Aprendemos de estas palabras del Señor Jesús *la importancia de hacer buen uso de la luz y de los privilegios religiosos*. Se nos recuerda lo que hacen los hombres cuando encienden una luz. No la ponen "en oculto […] ni debajo del almud". La colocan "en el candelero", para

que sirva y sea útil dando luz.

Cuando el Evangelio de Cristo es colocado delante del alma del hombre, es como si Dios le ofreciera una luz. No basta con oírlo, asentir al mismo, admirarlo y reconocer su verdad. Debe ser recibido en el corazón y obedecido en la vida. Hasta que esto sea así, el Evangelio no le hace mayor bien que si fuera un pagano africano que nunca hubiera oído el Evangelio en absoluto. Tiene ante él una luz, pero no la está aprovechando. La culpa por semejante conducta es muy grande. El rechazo de la luz de Dios será una grave acusación contra muchos en el día final. Pero cuando un hombre declara valorar la luz del Evangelio, debe tener cuidado de no ser egoísta en el uso de la misma. Debe procurar reflejar la luz a todos los que le rodean. Debe esforzarse por hacer que otros conozcan las verdades que descubre que son buenas para sí mismo. Debe dejar que la luz brille delante de los hombres para que estos puedan ver a quién pertenece y a quién sirve, y sean inducidos a seguir su ejemplo y a ponerse de parte del Señor. Debe considerar la luz de que disfruta como un préstamo, para el uso para el que le ha sido concedida. Debe esforzarse por sostener en alto la luz de tal forma que muchos puedan verla y, al verla, la admiren y la crean.

Cuidémonos nosotros mismos de no rechazar nuestra luz. El pecado de muchos respecto a esto es mucho mayor de lo que suponemos. Miles de personas presumen de que sus almas no están en un estado demasiado malo porque se abstienen de actos graves y evidentes de maldad y son decentes y respetables en sus vidas externas. ¿Pero rechazan el Evangelio cuando se les ofrece? ¿Se sientan año tras año tranquilamente sin dar pasos claros en el servicio a Cristo? Si es así, que sepan que su culpa es muy grande a los ojos de Dios. Tener luz y, sin embargo, no caminar en la luz, es un gran pecado en sí. Es tratar con desprecio e indiferencia al Rey de reyes.

Seamos conscientes del egoísmo que hay en nuestra religión aun después de haber aprendido a valorar la luz. Esforcémonos por que todos los hombres vean que hemos encontrado la “perla de gran precio” y que deseamos que ellos también la encuentren como nosotros. La religión de un hombre que se conforma solo con ir al Cielo es sospechosa. El verdadero cristiano tendrá un gran corazón. Si es padre, anhelará la salvación de sus hijos. Si es amo, deseará ver la conversión de sus siervos. Si es un terrateniente, querrá que sus agricultores vayan con él al Reino de Dios. ¡Esa es una religión saludable! El estado del alma del cristiano que se conforma solamente con que brille su luz es muy débil y enfermizo.

En estos versículos aprendemos, en segundo lugar, *el valor de un corazón “bueno” y no dividido en cuanto a la religión*. Esta es una lección que nuestro Señor ilustra haciendo referencia a la función del ojo en el cuerpo humano. Nos recuerda que, cuando el ojo es “bueno” o plenamente saludable, todo el cuerpo recibe su influencia. Pero

cuando, por el contrario, el ojo es malo o está enfermo, eso afecta a la situación física y a la actividad de todo el hombre. En un país oriental, donde las enfermedades oculares son dolorosamente comunes, esta analogía resulta especialmente llamativa.

¿Pero cuándo se puede decir verdaderamente que el corazón del hombre es “bueno” en cuanto a la religión? ¿Cuáles son las marcas de un corazón así? Es un asunto de profunda importancia. ¡Bueno sería para la Iglesia y el mundo que los corazones “buenos” abundaran más!

El corazón “bueno” es aquel que no solo es transformado, convertido y renovado; sino que está de forma completa, poderosa y habitual bajo la influencia del Espíritu Santo. Es un corazón que aborrece toda transigencia, tibieza y vacilación entre dos opciones religiosas. Ve un extraordinario objeto: el amor de Cristo muriendo por los pecadores. Tiene un extraordinario propósito: glorificar a Dios y hacer su voluntad. Tiene un extraordinario deseo: agradar a Dios y ser reconocido por Él. El corazón “bueno” no conoce nada que sea digno de mención comparado con estos objetivos, propósitos y deseos. El reconocimiento y el favor de los hombres no son nada. El desprecio y la desaprobación del hombre se esfuman en el aire. “Una cosa he demandado”, “una cosa es necesaria”, “una cosa hago” (Salmo 27:4; Lucas 10:42; Filipenses 3:13). Así eran los corazones de Abraham, Moisés, David, Pablo, Lutero y Latimer. Todos ellos tenían sus debilidades y flaquezas. Claro que dudaron en algunas cosas. Pero todos tuvieron esta gran peculiaridad: eran hombres de una sola cosa. Tenían corazones buenos. Eran inequívocamente “hombres de Dios”.

Las bendiciones de un corazón bueno para la religión son casi incalculables. Quien lo tiene hace generalmente el bien. Es como una casa iluminada en medio de un mundo de tinieblas. Refleja la luz a cientos de personas de quienes no sabe nada. “Todo [su] cuerpo está lleno de luz”. Su Dueño es visto a través de cada ventana de su conversación y su conducta. Su gracia brilla en cada departamento de su comportamiento. Su familia, sus siervos, sus parientes, sus vecinos, sus amigos, sus enemigos; todos ven los rasgos de su carácter y se ven obligados a confesar, tanto si les gusta como si no, que su religión es algo real y con influencia. Y además, el hombre de corazón bueno encuentra una rica recompensa en la experiencia interior de su propia alma. Tiene carne para comer que el mundo desconoce. Por creer, tiene un gozo y una paz a los que muchos cristianos indolentes nunca podrán aspirar. Su rostro está dirigido hacia el Sol, por lo que su corazón rara vez se enfría.

Oremos y trabajemos por que podamos tener un ojo bueno y un corazón íntegro en nuestro cristianismo. Si tenemos una religión, que sea genuina. Si somos cristianos, seámoslo de verdad. En juego están la paz interior y la utilidad exterior. Nuestro ojo debe ser bueno para que nuestro cuerpo esté lleno de luz.

Notas Lucas 11:33–36

V. 33: *[Nadie [...]; la luz encendida]*. La intención de las palabras de este versículo es, evidentemente, reprender a los judíos incrédulos que tenían la luz pero no la utilizaban, y servir de advertencia para los discípulos de nuestro Señor, que creían en la luz, para que no encubrieran la luz sino que la revelaran al mundo. Una luz debe ser colocada en el candelero para que alumbre. Así también, la verdad de Dios debe ser impartida a otros y mostrada a todos los que nos rodean.

Es difícil concebir un ejemplo más notable de poner la luz "debajo del almud" que el trato otorgado a la Biblia por la iglesia de Roma. La iglesia de Roma posee aquella Palabra que es dada para ser luz para el alma del hombre y, sin embargo, desaconseja su lectura y se opone a su circulación.

V. 34: *[Cuando tu ojo es bueno]*. El ojo es para el cuerpo lo que el corazón es para el hombre. Si el ojo se oscurece y no ve los objetos con claridad, toda la actuación del cuerpo queda más o menos afectada. Si el corazón está divido y hace concesiones, todo el carácter del hombre recibirá su influencia. Su rumbo será tambaleante e inestable. Su vida será apariencia sin coherencia.

Según Parkhurst, la palabra griega traducida como "bueno", cuando se aplica al ojo, significa "claro". Dice Doddridge: "Es lo opuesto a un ojo revestido de una capa que obstruye la vista". Campbell indica que significa "sano y saludable", y que tanto Crisóstomo como Teofilacto lo interpretan en ese sentido.

V. 35: *[Mira pues]*. El significado de este versículo parece ser: "Ten cuidado de que esa facultad en ti, que debería ser el ojo del alma, no llegue a estar tan apagada y oscurecida por el pecado, la pereza o la incredulidad que sea tan inútil como una completa oscuridad. Ten cuidado de no volverte —por el endurecimiento de tu corazón contra la luz de mi Evangelio— completamente insensible y de no ser entregado a una mente reprobada".

Recuérdese que la expresión es parabólica y figurada. No se debe deformar y forzar para transmitir la idea de que el hombre tiene, por naturaleza, una "luz interior" que puede salvar su alma. Semejante interpretación contradiría otros textos claros de la Escritura y supondría una inclinación al pelagianismo.

V. 36: *[Si todo tu cuerpo ...]*. A primera vista, el significado de este versículo es solo: "Si tu cuerpo está lleno de luz, será luz". Sin embargo, está claro que este no es el pleno significado de las palabras de nuestro Señor.

El significado de las palabras parece ser el siguiente: "Si el ojo de tu alma goza de plena salud y tu corazón es completamente recto a los ojos de Dios, de forma que todo tu carácter es iluminado e influido por ello, entonces todo tu carácter brillará como una luz que ilumina con su resplandor. No solo tendrás luz en ti mismo, sino que reflejarás la luz a otros". La segunda expresión ("lleno de luz") se debe interpretar en íntima relación con la analogía de la lámpara que tenemos a continuación. Si estás verdaderamente lleno de luz, serás como una lámpara en un candelero. Serás una luz para el mundo.

La lectura al margen proporciona una traducción más literal de la conclusión del versículo que la Versión Autorizada. La traducción literal del griego es “como cuando una lámpara, por su resplandor radiante y su destello, te ilumina”.

Lucas 11:37–44

Adviértase en este pasaje *la disposición de nuestro Señor Jesucristo, cuando es necesario, a buscar la compañía de los inconversos*. Leemos que “le rogó un fariseo que comiese con él”. Evidentemente, el hombre no era uno de los discípulos de nuestro Señor. Pero se nos dice que “entrando Jesús en la casa, se sentó a la mesa”.

La conducta de nuestro Señor en esta ocasión, como en otras, tiene el propósito de servir de ejemplo para todos los cristianos. Cristo es nuestro modelo además de nuestra propiciación. Es evidente que hay momentos y ocasiones cuando el siervo de Cristo debe mezclarse con los impíos y con los hijos de este mundo. Puede haber épocas cuando es un deber la relación social con ellos, aceptar sus invitaciones y sentarnos a sus mesas. Nada excusa que el cristiano participe de sus pecados o de las frívolas diversiones del mundo, pero no debe ser descortés. No debe apartarse por completo de la sociedad de los inconversos y volverse un ermitaño o un asceta. Debe recordar que puede hacerse el bien tanto en la habitación privada como en el púlpito.

Sin embargo, hay una restricción que no debe olvidarse cuando actuamos según el ejemplo de nuestro Señor respecto a este asunto. Cuidémonos de entrar en la compañía de los inconversos con el mismo espíritu con que lo hizo Cristo. Recordemos su valentía al hablar de las cosas de Dios. Siempre se ocupaba de los “negocios de su Padre”. Recordemos su fidelidad al reprender el pecado. No escatimó siquiera los pecados de aquellos que le recibían en su casa, llamándoles la atención públicamente por ellos. Busquemos compañía con esa misma intención y nuestras almas no sufrirán daño alguno. Si sentimos que no nos atrevemos a imitar a Cristo en compañía de quien nos ha invitado a unirnos con él, sin duda es mejor quedarnos en casa.

Adviértase en este pasaje, en segundo lugar, *la necedad que acompaña a la hipocresía en la religión*. Se nos dice que el fariseo con quien cenó nuestro Señor se extrañó de que “no se hubiese lavado antes de comer”. Pensaba, como la mayoría de los suyos, que había algo impío en no hacerlo y que descuidarlo era una señal de impureza moral. Nuestro Señor señala lo absurdo de otorgar tanta importancia a

la mera limpieza corporal a la vez que se pasaba por alto la limpieza del corazón. Recuerda a su anfitrión que Dios mira nuestro interior, lo recóndito del corazón, mucho más que nuestra piel. Y plantea la perspicaz pregunta: “¿El que hizo lo de fuera, no hizo también lo de adentro?”. El mismo Dios que formó nuestros pobres cuerpos mortales es el Dios que nos otorgó un corazón y un alma.

Tengamos siempre en mente que el estado de nuestros corazones es lo principal que requiere nuestra atención si queremos saber cuál es nuestra situación religiosa. Los lavamientos corporales, los ayunos, los gestos, las posturas y la mortificación de la carne que nos imponemos son completamente inútiles si el corazón no es recto. La conducta piadosa externa, el rostro serio, la cabeza inclinada, un semblante solemne y un fuerte amén son todos ellos abominables a los ojos de Dios si nuestros corazones no han sido lavados de su maldad y renovados por el Espíritu Santo. No olvidemos nunca esta advertencia. La idea de que los hombres pueden ser piadosos sin ser convertidos es un gran engaño del diablo y algo de lo que todos debemos cuidarnos. Hay dos pasajes de la Escritura que tienen mucho peso en cuanto a este asunto. En uno está escrito: “Guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23). En el otro está escrito: “El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7). Hay una pregunta que siempre debemos hacernos al acercarnos a Dios, tanto en público como en privado. Debemos preguntarnos a nosotros mismos: “¿Dónde está mi corazón?”.

Adviértase en este pasaje, en tercer lugar, *la gran incoherencia que muestran a menudo los hipócritas en su religiosidad*. Leemos que nuestro Señor les dijo a los fariseos: “Diezmáis la menta, y la ruda, y toda hortaliza, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios”. Llevaban hasta el extremo su celo por pagar los diezmos para el servicio del Templo y, sin embargo, obviaban los más claros deberes hacia Dios y hacia su prójimo. Eran escrupulosos hasta lo sumo en cuanto a asuntos menores de la ley ceremonial y, sin embargo, eran tremendamente indiferentes a los más sencillos principios rudimentarios de justicia hacia el hombre y de amor a Dios. En un sentido trataban estrictamente de hacer aun más de lo necesario. En otro sentido no hacían nada en absoluto. En los aspectos secundarios de su religión eran extremadamente fanáticos y entusiastas. Pero en los grandes asuntos principales no eran mejores que los paganos.

La conducta de los fariseos respecto a esto, por desgracia, no es una excepción. Nunca han faltado quienes, profesando religiosidad, exaltan las cosas secundarias del cristianismo muy por encima de las principales y que, en su celo por las cosas secundarias, han acabado obviando por completo las principales. Hay miles de personas en el presente que dan mucha importancia a tener cultos diarios, guardar la cuaresma, la comunión frecuente, que las iglesias miren hacia el Este, magníficas ceremonias y oraciones públicas entonadas; pero que

nunca pasan de ahí. Saben poco o nada de las grandes obligaciones de practicar la humildad, la caridad, la mansedumbre, la mente espiritual, la lectura de la Biblia, los devocionales privados y la separación del mundo. Se lanzan a todo tipo de diversiones con avaricia. Pueden ser vistos en toda clase de reunión y jarana mundanas, en las carreras de caballos, en la ópera, en el teatro y en los bailes. No demuestran en absoluto tener la mente de Cristo en su vida diaria. ¿Qué es todo esto sino andar en los pasos de los fariseos? Bien dice el sabio: “Nada hay nuevo bajo el sol” (Eclesiastés 1:9). La generación que diezmaba la menta pero pasaba por alto “la justicia y el amor de Dios” no se ha extinguido aún.

Velemos y oremos para que mantengamos un equilibrio propio de la Escritura en nuestra religión. Cuidémonos de poner lo secundario en el lugar que no le corresponde y así ir, poco a poco, perdiendo de vista por completo las cosas principales. Cualquiera que sea la importancia que otorguemos a la parte ceremonial del cristianismo, nunca olvidemos sus grandes obligaciones prácticas. La enseñanza religiosa que nos lleva a pasarlas por alto tiene algo que es radicalmente defectuoso.

Adviértanse, por último, *la falsedad y vaciedad que caracterizan al hipócrita religioso*. Leemos que nuestro Señor comparó a los fariseos con “sepulcros que no se ven, y los hombres que andan encima no lo saben”. Aun así, estos maestros presuntuosos de los judíos estaban interiormente llenos de corrupción y de inmundicia hasta un punto que sus engañados oyentes desconocían por completo.

El cuadro que se nos pinta aquí es doloroso y desagradable. Pero la precisión y exactitud del mismo han sido demostradas con frecuencia por la conducta de los hipócritas en todas las épocas de la Iglesia. ¿Qué podemos decir de las vidas de los monjes y las monjas que salieron a la luz en tiempos de la Reforma? Se descubrió que miles de los denominados hombres y mujeres “santos” estaban hundidos en toda clase de maldad. ¿Qué podemos decir de las vidas de algunos de los líderes de las sectas y herejías que han declarado tener un listón doctrinal de especial pureza? No es infrecuente que los mismos hombres que prometen a otros libertad se vuelvan ellos mismos “esclavos de corrupción”. El estado enfermizo de la naturaleza humana resulta repugnante. Con frecuencia se descubre hipocresía e inmundicia por todas partes.

Dejemos este pasaje con una determinación clara de velar y orar contra la hipocresía religiosa. Si somos cristianos, seamos auténticos, cabales, genuinos y sinceros. Evitemos toda hipocresía, todo fingimiento y todo teatro en las cosas de Dios como algo tremendamente repugnante a los ojos de Cristo. Podemos ser débiles, equivocarnos, flaquear y no alcanzar nuestras metas ni cumplir nuestros deseos. Pero, por lo menos, si profesamos creer en Cristo, seamos sinceros.

Notas Lucas 11:37–44

V. 37: *[Un fariseo]*. No sabemos quién era este fariseo. Parece claro que no se trataba de un discípulo de Cristo. Pero nuestro Señor aceptó su invitación y cenó con él. De esta circunstancia, los creyentes débiles suelen sacar la conclusión de que es legítimo y deseable relacionarse socialmente con personas inconversas. En cuanto a la legitimidad no puede haber duda alguna. En cuanto a que sea deseable y conveniente, cada uno debe juzgar por sí mismo y considerar lo que puede hacer y lo que no. Aquellos cristianos que acuden al ejemplo de nuestro Señor como un argumento para cenar con personas inconversas harían bien en señalar la conducta y la conversación de nuestro Señor en las mesas de aquellos con quienes cenaba. Imitémosle en su conversación así como en la aceptación de las invitaciones. Por desgracia, hay muchos que aceptan la invitación al igual que nuestro Señor lo hizo, pero que no hablan en la mesa como lo hacía nuestro Señor.

V. 38: *[No se hubiese lavado antes]*. Fijémonos detenidamente en esta expresión. La traducción literal de la palabra griega sería: “No se hubiese bautizado antes” de cenar. Está claro que el lavamiento del que se habla aquí no puede ser de todo el cuerpo, sino un lavamiento parcial, como de las manos y los pies, o derramando agua en las manos a la forma de las naciones orientales (cf. 2 Reyes 3:11). La opinión sostenida por algunos bautistas de que la palabra griega para “bautizar” nunca se utiliza excepto en el sentido de una inmersión total del cuerpo no se puede reconciliar con la expresión empleada en este texto.

V. 39: *[Por dentro]*. Esto, por supuesto, hace referencia al hombre interior: el corazón. Es lo que S. Pedro denomina “el interno, el del corazón” (1 Pedro 3:4).

V. 40: *[Necios]*. El significado literal de la palabra griega así traducida es “personas sin mente ni entendimiento”. Es el mismo término empleado por S. Pablo (1 Corintios 15:36). No es la palabra que nuestro Señor prohíbe utilizar en el Sermón del Monte (Mateo 5:22).

[El que hizo lo de afuera […]. Lo que parece que quiere decir nuestro Señor en este versículo es que es absurdo e irrazonable suponer que a Dios se le puede agradar con una pureza meramente externa y ceremonial a la vez que se descuida la pureza interior y la limpieza del corazón. Aquel que hizo todas las cosas hizo también el hombre interior así como el exterior, y requiere que el corazón sea limpiado de su maldad así como las manos de su suciedad.

V. 41: *[Pero dad limosna […]*. Este es un versículo muy difícil. La diversidad de interpretaciones del mismo muestra claramente que ha dejado perplejos a los comentaristas.

Unos piensan que todo el versículo es irónico y que nuestro Señor quiere decir: “Continuad con vuestra práctica de dar limosna de las cosas que tenéis, ¡y entonces seréis personas muy santas! ¡Todas las cosas os serán limpias! Dad limosnas y continuad cumpliendo la ley ceremonial y, sin ninguna duda, seréis buenos. ¡Nadie es tan santo como vosotros!”. Esta es la

opinión de Lightfoot, que piensa que nuestro Señor está citando los principios de los fariseos “en tono de burla y desagrado”. Sin embargo, no parece un modo satisfactorio de explicar el versículo, y difiere del modo usual de hablar de nuestro Señor. Esta interpretación se puede, por tanto, descartar inmediatamente.

La verdadera dificultad del versículo radica, sin duda, en las palabras que traducimos “de lo que tenéis”. Algunos creen que esta expresión es elíptica y que significa: “Dad limosnas cada cual según su capacidad”. Esta es la opinión de Eutimio, Maldonado, Cocceins, Hammond, Whitby, Schottgen y Doddridge. Otros creen que la expresión significa: “Dad como limosna a los pobres aquellas cosas que tenéis”, es decir, las cosas que habéis obtenido por medio de la avaricia y del robo, como hizo Zaqueo. Otros creen que la expresión significa: “Todo lo que tenéis; vuestras propiedades”. Otros piensan que se refiere a: “Aquello que no necesitáis —lo superfluo— dadlo como limosna”. Otros creen que significa: “Dad todas las limosnas que podáis”. Otros que significa: “Dad limosnas, que es lo único que podéis hacer”.

Todas estas interpretaciones parecen muy insatisfactorias. Ninguna de ellas resuelve la gran objeción de que, tomadas en relación con la frase con que concluye el versículo, enseñan una doctrina falsa. Las limosnas no limpian nuestras almas ni purifican todas nuestras acciones independientemente de cómo, de qué forma o en qué medida las demos.

Me permito indicar otra explicación que me parece que merece consideración. El significado literal de las palabras griegas es como sigue: “Pero más bien dad *las cosas apropiadas* como limosnas”. El sentido más sencillo de esta frase parece ser: “Da primero la ofrenda de tu hombre interior. Da tu corazón, tus emociones, tu voluntad a Dios, como la primera gran limosna que ofreces, y entonces todas tus demás acciones, procedentes de un corazón recto, serán un sacrificio aceptable y una ofrenda limpia a los ojos de Dios. Entrégale primero tu hombre interior y, entonces, los dones y el servicio del hombre exterior serán aceptables. Entregaos primeramente al Señor, y entonces a Él le agradarán vuestras ofrendas. Cuidad de que vuestras personas sean aceptadas primero, y entonces vuestras obras serán aceptables. Para los puros, todas las cosas son puras”. Comparemos este sentido de la expresión con Romanos 12:1; Salmo 51:17 y 2 Corintios 8:5.

V. 42: *[Ay de vosotros]*. Aquí, como en otros lugares, hay que advertir el lenguaje duro y severo de nuestro Señor. Aunque era misericordioso y bondadoso, reprendía cuando era necesario. Nada resulta tan odioso a sus ojos como la hipocresía.

[Diezmáis la menta […]. Esta expresión significa que los fariseos aspiraban a una escrupulosidad tan excesiva acerca de dar el diezmo de todas sus posesiones para el servicio del Templo y el mantenimiento de la ley ceremonial, que no se conformaban con diezmar el trigo. Diezmaban hasta las plantas de jardín. Pero, al mismo tiempo, pasaban completamente por alto las claras obligaciones de la justicia hacia el hombre y el verdadero amor a Dios.

No distinguir entre lo que es grande y lo que es pequeño, lo que es primero y lo que es segundo, lo que es esencial y lo no esencial, ha sido la fuente de mucho mal en todas las épocas de la Iglesia. Es una diferenciación que la escuela farisaica que nunca muere es incapaz de establecer.

V. 43: *[Amáis las primeras sillas]*. Notemos que la ambición y el amor a la primacía son marcas comunes del formalista y del farisaico. Exaltarse a sí mismos con el pretexto de honrar a la *Iglesia* y obtener poder al amparo de obtener respeto para su propia *orden* ha sido la práctica de los fariseos de todo el mundo en todas las épocas de la Iglesia de Cristo.

Nuestro Señor, en este versículo, expone la falsedad de las motivaciones con que actuaban sus enemigos. El "ego" y el engrandecimiento de uno mismo eran la verdadera fuente de toda su conducta.

V. 44: *[Sois como sepulcros]*. Hay una importante diferencia entre la comparación que nuestro Señor hace aquí y la de Mateo 23:27, donde asemeja a los fariseos a sepulcros blanqueados.

En la comparación que tenemos ante nosotros reprende la astucia con la que encubren su propia corrupción interior para que los hombres no la vean; en el caso de Mateo expone la falsa profesión que hacen externamente ante los ojos de los demás, presentando una hermosa apariencia religiosa mientras que no había nada que se correspondiera con esto en la situación de sus corazones. En el caso que tenemos ante nosotros expone lo que los hombres no veían en los fariseos; en el caso de S. Mateo, más bien lo que los hombres veían. En un caso habla de un sepulcro lleno de corrupción, pero un sepulcro oculto a los ojos; en el otro, de un sepulcro igualmente lleno de corrupción, pero externamente hermoso y blanco de forma que engaña al espectador en cuanto a la naturaleza de su contenido. En un caso había corrupción, pero con apariencia externa de ser hermosa e inocua; en el otro había corrupción escondida, oculta y completamente fuera de la vista. En ambos casos el corazón era el mismo. El sepulcro blanqueado y el sepulcro encubierto eran ambos sepulcros llenos de corrupción.

Lucas 11:45–54

El pasaje que tenemos ante nosotros es un ejemplo de la relación fiel de nuestro Señor Jesucristo con las almas de los hombres. Le vemos que reprende sin temor ni parcialidad los pecados de los expositores judíos de la Ley de Dios. El falso amor que opina que es "despiadado" decir que uno está equivocado no encuentra apoyo en el lenguaje que emplea nuestro Señor. Él llamaba a las cosas por su nombre. Sabía que a grandes males, grandes remedios. Quería que supiéramos que el más sincero amigo de nuestras almas no es aquel que siempre nos habla con suavidad y está de acuerdo con todo lo que decimos, sino aquel que nos dice la verdad.

De las palabras de nuestro Señor aprendemos, en primer lugar, *lo enorme que es el pecado de profesar enseñar a otros lo que nosotros no practicamos*. Les dice a los intérpretes de la Ley: "Cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, pero vosotros ni aun con un

dedo las tocáis". Pedían a los demás que observaran ceremonias religiosas agotadoras que ellos mismos no celebraban. Tenían el atrevimiento de poner yugos sobre las conciencias de otras personas y, sin embargo, otorgarse exenciones de dichos yugos a sí mismos. En una palabra, tenían una unidad de medida y de peso para sus oyentes y otra para sus propias almas.

La severa reprensión de nuestro Señor aquí debería hacer mella, con especial fuerza, en determinadas clases de personas en la iglesia. Es una palabra adecuada para todos los maestros de jóvenes. Es una palabra para todos los cabeza de familia y responsables. Es una palabra para todos los padres y todas las madres. Sobre todo, es una palabra para todos los pastores y ministros religiosos. Señalemos bien las palabras de nuestro Señor en este pasaje. Que nos lleven a cuidarnos de decir a otros que deben aspirar a un nivel al que nosotros no aspiramos. Esa conducta, cuando menos, es una gran incoherencia.

Sin duda, es imposible conseguir perfección en este mundo. Si nadie pudiera establecer reglas, enseñar o predicar hasta ser él mismo sin tacha, toda la sociedad caería en el desorden. Pero tenemos derecho a esperar cierta concordancia entre las palabras de un hombre y sus obras, entre su enseñanza y su actuación, entre su predicación y su conducta. En todos los sucesos hay una cosa muy cierta. Ninguna lección produce efectos mayores en los hombres que aquella que es ilustrada por medio de la propia vida diaria de quien la enseña. ¡Feliz aquel que puede decir con Pablo: "Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced"! (Filipenses 4:9).

De las palabras de nuestro Señor aprendemos, en segundo lugar, *cuánto más fácil es admirar a los santos muertos que a los vivos*. Les dice a los intérpretes de la Ley: "Edificáis los sepulcros de los profetas a quienes mataron vuestros padres". ¡Profesaban honrar la memoria de los profetas a la vez que vivían siguiendo los mismos caminos que los profetas habían condenado! ¡Hacían caso omiso de sus consejos y enseñanzas y, sin embargo, aparentaban respetar sus sepulturas!

La práctica que aquí se expone nunca ha carecido de seguidores en su espíritu, si no en la letra. Miles de hombres malvados de todas las épocas de la Iglesia han tratado de engañarse a sí mismos, así como a los demás, por medio de declaraciones en voz alta de admiración a los santos de Dios tras sus muertes. Pero, al hacerlo, se esfuerzan por acallar sus conciencias y cegar los ojos del mundo. Pretenden hacer surgir en las mentes de otros el pensamiento siguiente: "Si estos aman tanto la memoria de los buenos, con toda seguridad deben ser de un corazón con ellos". Han olvidado que hasta un niño puede ver que "los muertos no hablan" y que admirar a los hombres, cuando no pueden ni reprobarnos con sus labios ni avergonzarnos con sus vidas, sale verdaderamente barato.

¿Queremos saber, de verdad, cuál es el carácter religioso de un hombre? Averigüemos lo que piensa de los verdaderos cristianos

mientras estos aún viven. ¿Los ama, se une a ellos, se deleita en ellos como lo excelente de la Tierra? ¿O los evita, le desagradan y los considera fanáticos, entusiastas, extremistas y demasiado rectos? Las respuestas a estas preguntas son una muestra bastante infalible del verdadero carácter de un hombre. Cuando alguien no es capaz de ver belleza en los santos vivos pero sí mucha en los muertos, su alma se encuentra en un estado corrompido y lamentable. El Señor Jesús ha emitido su condena: es un hipócrita a los ojos de Dios.

Aprendemos de las palabras de nuestro Señor, en tercer lugar, *que sin duda habrá un día en que los perseguidores deberán rendir cuentas por la persecución*. Dice que se les demandará "la sangre de todos los profetas".

Hay algo especialmente solemne en esta afirmación. La cifra de los conducidos a la muerte por su fe en Cristo en todas las edades del mundo es extremadamente elevada. Miles de hombres y mujeres han dado sus vidas antes que negar a su Salvador y han derramado su sangre por la Verdad. Como Zacarías, Santiago, Esteban, Juan el Bautista, Ignacio, Huss, Hooper y Latimer, murieron sin ofrecer resistencia. Pronto fueron sepultados y olvidados en la Tierra, y pareció que habían triunfado por completo sus enemigos. Pero sus muertes no fueron olvidadas en el Cielo. Su sangre está delante de Dios como memorial. Las persecuciones de Herodes, Nerón, Diocleciano, María la Sanguinaria y Carlos IX no han sido olvidadas. Un día habrá un gran Juicio y entonces todo el mundo verá que "estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos" (Salmo 116:15).

Miremos con frecuencia hacia delante al día del Juicio. Hay muchas cosas que pasan en el mundo que son una prueba para nuestra fe. El frecuente triunfo de los malvados nos confunde. La frecuente crisis de los piadosos es un problema que parece difícil de solucionar. Pero un día todo se verá con claridad. El gran trono blanco y los libros de Dios pondrán todas las cosas en el lugar que les corresponde. El confuso laberinto de la providencia de Dios se desentrañará. Se le demostrará a un mundo que se hace preguntas que todo "se hizo bien". Será tenida en cuenta cada lágrima vertida por los piadosos a causa de los malvados. Se pedirá cuentas sobre cada gota de sangre justa derramada.

Aprendemos de las palabras de nuestro Señor, por último, *lo inmensa que es la maldad de apartar a otros del conocimiento religioso*. Les dice a los intérpretes de la Ley: "Habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis".

El pecado aquí denunciado es tremendamente común. La culpa del mismo reside tras muchas más puertas de las que nos parece a primera vista. Es el pecado del sacerdote católico romano que prohíbe al pobre leer su Biblia. Es el pecado del ministro protestante inconverso que previene a su parroquia contra las "ideas extremistas"

y se mofa de la idea de la conversión. Es el pecado del marido impío e irreflexivo a quien desagrada que su esposa se vuelva “seria”. Es el pecado de la madre con mentalidad mundana que no soporta la idea de que su hija piense en cosas espirituales y deje el teatro y el baile. Todos ellos, sabiéndolo o no, están trayendo sobre sí estas enfáticas palabras de nuestro Señor. ¡Evitan que otros entren en el Cielo!

Oremos para que nunca caigamos en este horrible pecado. Independientemente de nuestra situación religiosa, no nos atrevamos a desanimar a otros que tengan la más mínima preocupación seria en cuanto a sus almas. Nunca estorbemos la religiosidad de aquellos que nos rodean, y especialmente en lo que tiene que ver con la lectura de la Biblia, con que escuchen el Evangelio y con la oración personal. Más bien estimulémosles, alentémosles, ayudémosles y demos gracias a Dios si son mejores que nosotros. “Líbrame de homicidios”, fue la oración de David (Salmo 51:14). Me temo que la sangre de los parientes será una carga sobre las cabezas de algunos en el día final. Los vieron a punto de entrar en el Reino de Dios y se lo impidieron.

Notas Lucas 11:45–54

V. 45: *[Los intérpretes de la ley]*. Recordemos que los intérpretes de la Ley eran una clase de hombres judíos entregados al estudio de la Ley de Dios. Por lo general, los vemos aliados a los escribas y fariseos en los Evangelios.

V. 46: *[¡Ay de vosotros también, intérpretes de la ley!]*. Estas palabras son un ejemplo importante de la energía con que reprende nuestro Señor a los pecadores. Acuden a Él en tono de enfado y Él les dice a la cara a quienes se dirigen a Él cuáles son sus pecados y maldades.

[Cargáis a los hombres con cargas]. Estas cargas hacen referencia a las muchas normas molestas e insignificantes establecidas por los judíos que exponían la Ley, diciendo que los hombres debían cumplirlas para ser salvos. Chemnitio comenta el cercano parecido entre aquellos maestros judíos y los sacerdotes católicos romanos que dificultaban el camino al Cielo con una larga lista de cosas a observar: penitencias, peregrinajes, ayunos, flagelaciones, contrición, atrición, confesión y cosas parecidas.

V. 47: *[Edificáis los sepulcros de los profetas]*. Debemos recordar que, en todas las épocas de la Iglesia, los verdaderos cristianos han sido más admirados y alabados una vez muertos que cuando estaban vivos. Chemnitio observa que la conducta de aquellos intérpretes de la Ley de los que se habla en este versículo es la de la Iglesia católica romana. Nadie es más celoso que los sacerdotes católicos romanos a la hora de honrar los sepulcros y las reliquias de los santos y los mártires y de construir costosas iglesias en su honor. ¡Y, sin embargo, no creen las doctrinas de estos santos ni imitan sus vidas!

V. 48: *[Consentidores de los hechos de vuestros padres]*. El significado de estas palabras solo puede ser que las vidas de los maestros judíos eran una clara evidencia de que estaban de acuerdo con aquellos que mataban a los profetas más que con los profetas. La vida de un hombre es la mejor prueba de sus opiniones. Es absurdo e hipócrita simular que admiramos a los santos muertos si al mismo tiempo no nos esforzamos por andar en sus pasos. Pools comenta: "Es una gran hipocresía que los hombres magnifiquen a los siervos de Dios de épocas pasadas y al mismo tiempo traten injustamente y persigan a los siervos del mismo Dios en la era presente, que confiesan la misma Verdad y viven según la misma regla".

V. 49: *[La sabiduría de Dios]*. No está claro lo que significan estas palabras. Alford cree que se refieren simplemente a la descripción de la muerte de Zacarías que tenemos en el libro de Crónicas (cf. 2 Crónicas 24:18–22), y que nuestro Señor hace una paráfrasis y un resumen de las lecciones contenidas en aquel pasaje. La opinión más común es que nuestro Señor habla de sí mismo con el nombre de "Sabiduría" y que, comparando el pasaje con Mateo 23:34, significa: "Yo, la eterna sabiduría de Dios, he dicho".

V. 50: *[Esta generación]*. Tanto aquí como en el versículo siguiente parece probable que la palabra generación signifique nación o pueblo, como en Mateo 24:34. Desde luego, la mayor parte de los hombres que estaban vivos cuando nuestro Señor dijo estas cosas habrían muerto cuarenta años después cuando tuviera lugar la gran inquisición sangrienta en la destrucción de Jerusalén.

V. 51: *[La sangre de Zacarías]*. Pocas dudas puede haber de que este Zacarías era el hijo de Joiada asesinado en los días de Joás (2 Crónicas 24:20). Lightfoot nos proporciona algunas extraordinarias citas de autores rabínicos que demuestran que los judíos mismos consideraban aquel asesinato un gran crimen.

[El templo]. Adviértase que la palabra griega así traducida suele aparecer como "la casa".

[Será demandada]. Este es uno de aquellos pasajes terribles de la Escritura que nos enseñan que los pecados no son olvidados por Dios porque no sean castigados en el momento en que son cometidos. Hay, evidentemente, muchos pecados relatados en el libro de las memorias de Dios que saldrán todos a la luz y quedarán manifiestos un día.

V. 52: *[Habéis quitado la llave de la ciencia]*. Es discutible si estas palabras no se deberían traducir "os habéis llevado la llave de la ciencia". Comparemos esta expresión con Juan 1:29 y la versión al margen que tenemos en aquel lugar, así como con frases como la traducida en Lucas 9:23 como "tome su cruz". El significado sería entonces: "Habéis sido de profesión los instructores de los judíos en cuanto a ciencia espiritual. Por así decirlo, os habéis llevado las llaves. Ni las utilizasteis vosotros ni permitisteis que nadie más las utilizara". Según Watson, los maestros de la Ley judíos tenían una llave que se les entregaba formalmente cuando eran ordenados o apartados para el oficio de enseñar.

Baxter comenta en cuanto a este versículo: "Esta es exactamente la

descripción de un clérigo malvado". Describe ciertamente a la iglesia de Roma.

V. 53: *[Provocarle a que hablase]*. Destaquemos el verbo griego que tenemos en esta expresión, que solo se encuentra aquí en el Nuevo Testamento. Parkhurst dice que significa: "Sacarle a alguien las palabras a la fuerza, preguntar magistralmente, como un profesor hace con sus alumnos". Hammond dice de este texto: "Ellos planteaban preguntas para oír la respuesta Cristo, como un profesor enojado que busca algo en contra de un alumno". Hesychius dice que es "pedirle a otro que recite de memoria". El significado es obvio. Los enemigos de nuestro Señor sabían que "en las muchas palabras no falta pecado" (Proverbios 19:10) y esperaban encontrar algo en su contra.

V. 54: *[Cazar]*. La idea original del término griego así traducido es la de agarrar y sujetar cuando se está de caza.

Debemos recordar las palabras de Santiago: "Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto". La perfecta mansedumbre de nuestro Señor se muestra de manera notable en que nunca perdió los nervios ante las muchas provocaciones, y su sabiduría perfecta en que nunca dijo una palabra de la que pudieran acusarle justamente sus mortales enemigos.

Lucas 12:1–7

Las palabras con que se inicia este capítulo son muy sorprendentes, considerando su contenido. Se nos dice que se reunió una gran multitud, de forma que se atropellaban unos a otros. ¿Y qué hizo nuestro Señor? Al escuchar a esta multitud, empezó a advertirles contra los falsos maestros y a denunciar los pecados de los tiempos en los que vivían de manera incansable, resuelta e imparcial. Eso era verdadero amor. Era ejercer como médico. Era el patrón que todos sus ministros debían seguir. ¡Bueno habría sido para la Iglesia y para el mundo que los ministros de Cristo hubieran hablado siempre tan clara y fielmente como su Maestro solía hacerlo! Eso les habría acarreado molestias en sus vidas, pero habrían salvado muchas más almas.

Lo primero que llama nuestra atención en estos versículos es *la advertencia de Cristo contra la hipocresía*. Les dice a sus discípulos: "Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía".

Esta es una advertencia cuya importancia nunca será exagerada. Fue hecha por nuestro Señor más de una vez durante su ministerio terrenal. Debía ser una llamada de atención continua para toda su Iglesia de todas las épocas y en todo el mundo. Su propósito era recordarnos que los principios de los fariseos están profundamente

arraigados en la naturaleza humana, y que los cristianos deben estar siempre en guardia contra ellos. El fariseísmo es una levadura sutil que el corazón natural siempre tiene tendencia a alojar. Es una levadura que, una vez alojada en el corazón, infecta todo el carácter del cristianismo de un hombre. De esta levadura dice nuestro Señor, en palabras que deben resonar en nuestros oídos frecuentemente: "¡Guardaos de esta levadura!".

Grabemos siempre esta advertencia en nuestras memorias y en nuestros corazones. La plaga se encuentra a nuestro alrededor por todas partes. El peligro está siempre presente. ¿Cuál es la esencia del catolicismo romano y semirromano, del formalismo, del sacramentalismo, de la ornamentación eclesiástica y del ceremonialismo? ¿Qué es todo eso sino levadura de los fariseos bajo una apariencia u otra? Los fariseos no se han extinguido. El fariseísmo continúa vivo.

Si no queremos volvernos fariseos, cultivemos una religión sincera. Seamos conscientes a diario de que el Dios con quien tenemos que ver mira mucho más allá de la superficie externa de nuestra profesión y que nos mide según lo que hay en nuestros corazones. Seamos genuinos y sinceros en nuestro cristianismo. Aborrezcamos todo teatro, toda actuación, ficción y apariencia de devoción representada de cara al público pero que no se siente verdaderamente en el interior. Puede engañar al hombre y proporcionarnos la reputación de ser muy religiosos, pero no puede engañar a Dios: "Nada hay encubierto que no haya de descubrirse". Cualquiera que sea nuestra situación religiosa, nunca llevemos disfraz ni máscara.

Lo segundo que requiere nuestra atención en estos versículos es *la advertencia de Cristo contra el temor de los hombres*. "No temáis —les dice— a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer". Pero esto no es todo. No solo nos dice a quién no debemos temer, sino de quién sí deberíamos tener miedo: "Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed". La forma en la que es formulada esta lección resulta muy sorprendente e impresionante. Por dos veces se insiste en la exhortación. "Temed —dice el Señor—; sí, os digo, a éste temed". El temor al hombre es uno de los mayores obstáculos colocados entre el alma y el Cielo. "¿Qué dirán de mí los hombres? ¿Qué pensarán de mí? ¿Qué van a hacerme?". ¡Con cuánta frecuencia estas breves preguntas han desequilibrado la balanza en contra del alma, dejando los pies y las manos de los hombres atados por el pecado y el demonio! Hay miles que nunca vacilan en abrir brecha o en enfrentarse a un león, pero que no se atreven a enfrentarse a las carcajadas de los parientes, vecinos y amigos. Ahora bien, si el temor al hombre tiene tanta influencia en estos tiempos, ¡cuánto mayor debió de ser su influencia en los días cuando nuestro Señor estuvo en la Tierra! Si es difícil seguir a Cristo soportando el ridículo y las palabras malévolas, ¡cuánto más

duro debió de ser seguirle soportando encarcelamientos, golpes, azotes y muertes violentas! Todas estas cosas las sabía bien nuestro Señor Jesús. No nos sorprende que exclamara: “No temáis”.

¿Pero cuál es el mejor remedio contra el temor al hombre? ¿Cómo podemos vencer este tremendo sentimiento y romper las cadenas con que nos rodea? No existe remedio como el recomendado por nuestro Señor. Debemos sustituir el temor del hombre por un principio más elevado y poderoso: el temor de Dios. Debemos apartar la mirada de aquellos que solo pueden dañar el cuerpo a Aquel que tiene dominio sobre el alma. Debemos volver nuestros ojos de aquellos que solo pueden herirnos en la vida que es ahora a Aquel que puede condenarnos al sufrimiento eterno en la vida venidera. Armados con este gran principio, no seremos unos cobardes. Mirando al Invisible, descubriremos que el temor menor se desvanece ante el mayor, y el más débil ante el más fuerte. “Temo a Dios —dijo el coronel Gardiner— y, por tanto, no hay nadie más a quien deba temer”. Palabras de gran hidalguía fueron las del martirizado obispo Hooper cuando un católico romano le instaba a salvar su vida retractándose en la hoguera: “La vida es dulce y la muerte amarga. Pero la vida eterna es más dulce y la muerte eterna es más amarga”.

Lo último que llama nuestra atención en estos versículos es *el ánimo de Cristo para los creyentes perseguidos*. Les recuerda el cuidado providencial de Dios a la más pequeña de sus criaturas: “Ni uno de [los pajarillos] está olvidado delante de Dios”. Continúa asegurándoles que el mismo cuidado paternal se otorga a favor de cada uno de ellos: “Aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados”. Nada, ni grande ni pequeño, puede sucederle a un creyente sin la orden o el permiso del Padre.

El gobierno providencial de Dios sobre todas las cosas en este mundo es una verdad de la que los filósofos griegos y romanos no tenían ni idea. Es una verdad que se nos revela especialmente en la Palabra de Dios. Igual que el telescopio y el microscopio nos muestran que hay orden y diseño en todas las obras procedentes de la mano de Dios, desde el más grande de los planetas hasta el más pequeño insecto, así la Biblia nos enseña que hay sabiduría, orden y diseño en todos los acontecimientos de nuestra vida diaria. No existe tal cosa como el “azar”, la “suerte” o el “accidente” en el viaje del cristiano a través de este mundo. Todo ha sido dispuesto y señalado por Dios. Y todas las cosas ayudan para el bien del creyente (cf. Romanos 8:28).

Busquemos tener un sentido permanente de la mano de Dios en todo lo que nos acontece si profesamos ser creyentes en Jesucristo. Esforcémonos por ser conscientes de que la mano del Padre está midiendo la porción diaria que nos corresponde y que nuestros pasos son ordenados por Él. Una fe práctica diaria de esta clase es uno de los grandes secretos de la felicidad y un extraordinario antídoto contra la murmuración y el descontento. Debemos tratar de ser conscientes, en

el día de la prueba y de la decepción, de que todo es correcto y todo ha sido bien hecho. Debemos tratar de ser conscientes, en el lecho del dolor, de que es “necesario”. Debemos decirnos a nosotros mismos: “Dios podría apartar de mí estas cosas si lo considerara conveniente. Pero no lo hace y, por tanto, tiene que ser por mi bien. Me quedaré callado y lo soportaré con paciencia. ‘Él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado’ (2 Samuel 23:5). Lo que le agrade a Dios me agradará a mí”.

Notas Lucas 12:1–7

V. 1: *[Por millares la multitud]*. La palabra griega así traducida significa literalmente “miríadas” o decenas de miles de personas. Lightfoot piensa que estas palabras son una evidencia del éxito de los setenta discípulos.

[Comenzó a decir]. Observemos que el discurso que sigue a estas palabras destaca por el gran número de cosas que contiene que también fueron dichas por nuestro Señor en otras ocasiones. Está claro que nuestro Señor repitió las mismas palabras en diferentes lugares y enseñó las mismas lecciones en diferentes ocasiones. Todos los maestros e instructores repiten sus lecciones una y otra vez para imprimirlas en la mente de aquellos a los que enseñan. Es absurdo y poco razonable suponer que nuestro Señor Jesucristo no lo hiciera así. Afirmar, como hacen algunos, que S. Lucas, en este capítulo, solo está ensartando las frases que le convienen dichas por nuestro Señor en ocasiones muy diferentes me parece un modo muy irreverente de tratar un escrito inspirado y una explicación muy innecesaria de las repeticiones contenidas en el capítulo. Las cosas que se repiten son cosas especialmente importantes para que las conozcan los cristianos y, por tanto, nuestro Señor las repite y Lucas fue inspirado a escribirlas.

Burgon comenta: “De los cincuenta y nueve versículos que componen este capítulo, no menos de treinta y cinco demuestran haber sido dichos en ocasiones muy diferentes; no solo versículos aislados, sino siete, ocho y hasta diez versículos a la vez”.

Un excesivo deseo de armonizar los diversos relatos del Evangelio ha conducido a muchas formas extrañas de tratar las Escrituras. Las “armonizaciones”, por buena intención con que se hayan hecho, han ocasionado poco bien a la Iglesia de Cristo.

[La levadura de los fariseos]. Esta es una advertencia hecha en otro lugar en una ocasión completamente diferente. Es una gran señal de precaución para la Iglesia contra la formalidad y la hipocresía. Pocas advertencias han sido tan necesarias y pocas se han pasado tanto por alto. “Levadura” es una palabra utilizada para expresar falsas doctrinas porque funciona secreta y silenciosamente, porque la cantidad es pequeña comparada con toda la masa y porque, una vez mezclada, altera toda la naturaleza del pan. Esto es exactamente lo que hace la falsa doctrina. Parece “poca cosa”. Funciona cautelosamente y sin hacer ruido. De forma imperceptible, envenena todo el

Evangelio. Si los hombres añaden algo a la gran prescripción para la curación de las almas o quitan algo de ella, la medicina divina se echa a perder.

V. 2: *[Nada hay encubierto, que no haya de descubrirse]*. Este versículo parece admitir dos interpretaciones. Es una afirmación general de lo inútil que es la hipocresía. Al final, todo saldrá a la luz. Es un mandato a los discípulos de no reservarse o guardarse nada al enseñar. Deben declarar todo el consejo de Dios. La diferenciación entre doctrinas internas y externas, entre unas verdades internas para los doctos y otras verdades externas para los indoctos, por mucho que la aprueben algunos filósofos, carece de apoyo en el Evangelio.

V. 3: *[Tinieblas [...], luz [...], aposentos [...], azoteas]*. Estas expresiones parecen todas proverbiales. Todas ellas enseñan el deber de no guardarse nada al enseñar el Evangelio. Para comprender la referencia a las "azoteas", recordemos que las casas orientales, por lo general, tenían tejados planos que utilizaban mucho sus habitantes.

V. 4: *[Matan el cuerpo, etc.]*. En este pasaje se ve claramente la diferenciación entre el cuerpo y el alma, y la existencia separada del alma después de la muerte del cuerpo. El uso de este versículo que han hecho frecuentemente los mártires en el momento de su muerte es un hecho sorprendente e impresionante en la historia de la Iglesia.

V. 5: *[Temed a aquel que [...] tiene poder de echar en el infierno]*. Algunos comentaristas piensan, con Stier, que aquí hay una referencia al diablo. Sin embargo, esto parece muy improbable. El poder de dar vida o muerte no está en manos del diablo. La mayoría piensan que se refiere a Dios, quien es el único que hace morir o vivir, derriba y levanta. Esta opinión es la planteada plena y claramente por Chemnitio.

A primera vista, en este versículo se destaca la realidad y el horror del Infierno. Hay un Infierno después de la muerte. El estado del hombre malvado después de esta vida no es la aniquilación. Hay un Infierno al que debemos temer. Hay un Dios justo que finalmente arrojará al Infierno al impenitente obstinado y al incrédulo.

No dejemos de advertir que el "temor" es un argumento en el que hay que hacer hincapié en ocasiones a quienes profesan ser cristianos. Cristo mismo lo utiliza. Dice Burkitt: "Es bueno hacer temer a un amigo cuando dicho temor es para su bien". Decir, como hacen algunos ignorantes, que el amor, y no el temor, es el único argumento que se debe dirigir a los creyentes, es una idea moderna y no conforme a la Escritura.

V. 6: *[Ni uno de ellos está olvidado]*. En este versículo y en el siguiente se enseña el cuidado providencial de Dios a sus criaturas de manera impresionante. Nada fue demasiado pequeño como para que Dios lo creara. Nada es demasiado pequeño como para que Dios lo preserve. Nada que concierna al pueblo de Dios es demasiado pequeño como para que Él lo gobierne o para que ellos lo lleven ante Él en oración. Nuestros asuntos más insignificantes están en manos de Dios. Major comenta que esta providencia de Dios sobre las cosas más pequeñas era una verdad de la que los filósofos paganos no tenían ni idea. Los epicúreos, los académicos, los seguidores de Aristóteles y los demás afirmaban que a los dioses les importaba el universo

en general, pero no las personas y las cosas particulares.

Lucas 12:8–12

En estos versículos se nos enseña, en primer lugar, que *debemos confesar a Cristo en la Tierra si esperamos que Él nos reconozca como su pueblo salvo en el día final*. No debemos avergonzarnos de dejar que todos vean que creemos en Cristo, servimos a Cristo, amamos a Cristo y que nos preocupa más la alabanza de Cristo que la del hombre.

La obligación de confesar a Cristo incumbe a todos los cristianos de todas las épocas de la Iglesia. Nunca lo olvidemos. No es solo para los mártires, sino para todos los creyentes de cualquier clase. No es para las grandes ocasiones solamente, sino para nuestro caminar diario por un mundo malvado. El rico entre los ricos, el obrero entre los obreros, el joven entre los jóvenes, el siervo entre los siervos; cada uno de ellos debe estar dispuesto, si es un verdadero cristiano, a confesar a su Señor. No tienen que tocar la trompeta. No es necesario alardear en voz alta. Solo hay que utilizar las oportunidades diarias. Pero una cosa es cierta: quien ama a Jesús no debe avergonzarse de que la gente lo sepa.

Confesar a Cristo es, sin duda, muy difícil. Nunca fue fácil en ningún momento. Nunca será fácil mientras dure el mundo. Sin duda nos ocasionará burlas, ridículo, rechazo, mofa, enemistades y persecución. A los malvados les desagrada ver a alguien mejor que ellos mismos. El mundo que odió a Cristo siempre odiará a los verdaderos cristianos. Pero, tanto si les gusta como si no, tanto si es difícil como si es fácil, nuestro camino está perfectamente claro. De una forma u otra, se debe confesar a Cristo.

El gran motivo para que fomentemos el confesar valientemente a Cristo es que se nos manifiesta en las palabras que ahora estamos considerando. Nuestro Señor declara que, si no le confesamos delante de los hombres, Él no nos confesará “delante de los ángeles de Dios” en el día final. Rehusará reconocernos como parte de su pueblo. Nos rechazará por cobardes, infieles y desertores. No intercederá por nosotros. No será nuestro Abogado. No nos liberará de la ira venidera. Nos dejará sufrir las consecuencias de nuestra cobardía y presentarnos ante el tribunal de Dios desamparados, sin defensa y no perdonados. ¡Qué terrible perspectiva! ¡Cuánto depende de este eje de “confesar a Cristo delante de los hombres”! Sin duda no deberíamos vacilar ni por un momento. Dudar entre estas dos alternativas es el colmo de la

necedad. Para nosotros, negar a Cristo o avergonzarnos de su Evangelio puede permitir que consigamos, hasta cierto punto, que los hombres tengan buena opinión de nosotros durante unos años, pero no nos producirá verdadera paz. ¡Que Cristo nos niegue en el día final sería nuestra perdición en el Infierno para toda la eternidad! Desechemos todos nuestros temores cobardes. Pase lo que pase, confesemos a Cristo.

En segundo lugar, en estos versículos se nos enseña *que existe tal cosa como un pecado imperdonable*. Nuestro Señor Jesucristo declara que “al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado”.

Estas terribles palabras se deben interpretar, sin duda, conforme a las Escrituras. Nunca debemos exponer una parte de la Escritura de manera que contradiga a otra. Nada es imposible para Dios. La sangre de Cristo nos limpia de todo pecado. En muchos casos vemos que es perdonado el mayor de los pecadores. Estas cosas nunca se deben olvidar. Pero, a pesar de ello, nos queda una gran verdad que no debemos esquivar: existe un pecado que no será perdonado.

El pecado al que se refiere nuestro Señor en este pasaje parece ser el de rechazar deliberadamente la verdad de Dios con el corazón mientras se conoce la Verdad claramente con la cabeza. Es una combinación de tener luz con el entendimiento y decidir hacer el mal con la voluntad. Es el pecado mismo en que, al parecer, habían caído muchos de los escribas y fariseos cuando rechazaron la administración del Espíritu tras el día de Pentecostés y rehusaron creer la predicación de los Apóstoles. Es un pecado en el que nos tememos que caen muchos que constantemente oyen el Evangelio, por decidir permanecer unidos al mundo. Y lo peor de todo es que se trata de un pecado que va acompañado, normalmente, de una tremenda ausencia de vida y de dureza e insensibilidad de corazón. El hombre cuyos pecados no serán perdonados es precisamente aquel que nunca buscará que lo sean. Esta es exactamente la raíz de su terrible enfermedad. Podría ser perdonado, pero no buscará el perdón. Está endurecido para el Evangelio y “dos veces muerto”. Su conciencia ha sido “cauterizada” con hierro ardiendo (cf. 1 Timoteo 4:2).

Oremos para que seamos librados de un conocimiento intelectual frío, especulativo y poco santificado del cristianismo. Es una roca en la que miles naufragan para toda la eternidad. Ningún corazón se endurece tanto como aquel en el que brilla la luz pero no se permite que esta entre. El mismo fuego que derrite la cera endurece la arcilla. Utilicemos la luz que tenemos. Vivamos plenamente según el conocimiento que poseemos. Ser un pagano ignorante e inclinarse ante ídolos de piedra es malo. Pero llamarse cristiano y conocer la teoría del Evangelio y, a pesar de ello, aferrarse con el corazón al pecado y al mundo es ser un candidato para el peor y más bajo lugar en el Infierno. Es ser lo más parecido posible al diablo.

Por último, en este pasaje se nos enseña que *los cristianos no*

deben preocuparse por el qué dirán cuando se les pida repentinamente que hablen a favor de la causa de Cristo.

Sin duda, la promesa de nuestro Señor en cuanto a esto hace referencia, en primer lugar, a los juicios públicos como los de Pablo ante Félix y Festo. Es una promesa que cientos de personas en circunstancias similares han visto cumplirse, recibiendo consuelo de ello. Las vidas de muchos de los reformadores y de otros testigos de Dios están llenas de pruebas impresionantes de que el Espíritu Santo puede enseñar a los cristianos qué decir en tiempo de necesidad.

Pero no hay que pasar por alto un sentido secundario en el que la promesa pertenece a todos los creyentes. En las vidas de los cristianos surgen constantemente ocasiones en que son llamados, repentina e inesperadamente, a hablar a favor de su Señor y a dar razón de su esperanza. El círculo del hogar, la familia, el grupo de amigos, los parientes con que se relaciona o los negocios del mundo nos proporcionarán con frecuencia dichas ocasiones repentinas. En ellas, el creyente debe descansar en la promesa que tenemos ante nosotros. Puede resultar desagradable, especialmente a un cristiano joven, que se le pida de repente que hable de religión delante de otros y, sobre todo, si se ataca a la religión. Pero no nos alarmemos, ni nos pongamos nerviosos, ni nos desanimemos, ni nos acaloremos. Si recordamos la promesa de Cristo no tenemos por qué temer.

Oremos pidiendo una buena memoria para recordar las promesas de la Biblia. Descubriremos que son de un consuelo inestimable. Hay muchas más, y más amplias promesas en la Escritura que son para el consuelo del pueblo de Cristo de lo que la mayoría de cristianos piensan. Hay promesas para casi todas las situaciones en las que podamos encontrarnos y para cada evento que nos puede acontecer. Entre otras promesas, no olvidemos la que tenemos ante nosotros. En ocasiones somos llamados a estar junto a otros que no congenian con nosotros, y lo hacemos con un corazón atribulado y preocupado. Tememos decir algo que no debemos decir y no decir lo que sí debemos. En esos momentos, recordemos esta bendita promesa y también traigamos a nuestra memoria a nuestro Maestro. Si lo hacemos, Él no nos fallará ni nos abandonará. Se nos dará boca y sabiduría para hablar correctamente. El Espíritu Santo nos enseñará lo que debemos decir.

Notas Lucas 12:8–12

V. 8: *[Delante de los ángeles de Dios]*. El tiempo al que se hace referencia en estas palabras, así como en las del versículo siguiente, es sin duda el día del Juicio. En aquel día, los ángeles se ocuparán especialmente en reunir a los elegidos de Dios y separar a los malvados de entre ellos.

El tiempo al que se hace referencia en la expresión “delante de los hombres” tiene que ser necesariamente esta vida presente, mientras estamos entre los hombres.

La expresión “confesar a Cristo” que tenemos en este versículo no se debe limitar meramente a confesarle cuando estemos en medio de nuestra prueba o en la hoguera. Le confesamos siempre que admitimos con valentía que somos sus siervos y sus discípulos en medio de un mundo malvado.

V. 9: *[El que me negare]*. Notemos que una mejor traducción de estas palabras griegas sería “el que ha negado”.

Debemos tener cuidado para no limitar el negar a Cristo a actos evidentes como la negación de Pedro. Negamos a Cristo cuando por incredulidad, indolencia, amor al mundo o temor al hombre no le confesamos como nuestro Salvador y Rey.

V. 10: *[Todo aquel que dijere alguna palabra [...]*. Las palabras de este versículo son profundas y misteriosas. Hay pecados que son imperdonables. No se debe pasar por alto la distinción trazada entre decir “alguna palabra contra el Hijo del Hombre” y “blasfemar contra el Espíritu Santo”. Probablemente la explicación sea algo parecido a esto: El pecado contra el Hijo del hombre fue cometido por aquellos que no reconocieron a Cristo como el Mesías en los días de su humillación y no le recibieron, creyeron en Él ni le obedecieron, sino que le rechazaron por ignorancia y le crucificaron. Muchos de aquellos que habían pecado fueron perdonados, sin duda (como, por ejemplo, en el día de Pentecostés, después de la predicación de Pedro). El pecado contra el Espíritu Santo fue cometido por aquellos que, después del día de Pentecostés, el derramamiento del Espíritu y la plena proclamación del Evangelio, persistieron obstinadamente en la incredulidad y en la falta de arrepentimiento, y se les entregó a una mente reprobada. Estos, en especial, contristaron al Espíritu y resistieron la administración del Espíritu Santo. En varios lugares de los Hechos vemos que esta era la situación de muchos de los judíos, en especial en Hechos 28:25–28 (cf. también 1 Tesalonicenses 2:15–16).

La blasfemia contra el Espíritu Santo de la que eran culpables aquellos que dijeron que nuestro Señor arrojaba a los demonios por Beelzebú parece ser otra forma de pecado. No tengo claro que nuestro Señor se refiera a esto en este lugar.

La gran cuestión del pecado imperdonable y la posibilidad de caer en él en nuestros días es un aspecto diferente de este asunto y no es la cuestión principal del pasaje que tenemos delante. Está claro que existe tal pecado. Parece altamente probable que consiste en la unión del más claro conocimiento intelectual del Evangelio con un rechazo deliberado del mismo y la elección deliberada del pecado y del mundo. La mayoría de teólogos sanos consideran que aquellos que están preocupados y que temen haber cometido ese pecado son precisamente las personas que no lo han cometido. Probablemente las características principales del hombre que ha cometido el pecado imperdonable sean una tremenda dureza, crueldad e insensibilidad de conciencia. Es abandonado y entregado a una mente reprobada.

Una traducción más literal de la palabra que traducimos “el que blasfemare” sería “el que ha blasfemado”.

V. 11: *[Cuando os trajeren]*. Notemos que la referencia no es a personas concretas, y que se debe tomar en general. Significa “cuando seáis llevados”. Comparemos esta expresión con la de Lucas 16:9).

[Ante los magistrados y las autoridades]. Tenemos ejemplos de que los discípulos fueron llevados ante tales autoridades en el caso de Pedro y Juan ante el concilio, y de Pablo ante Félix, Festo y Agripa.

[No os preocupéis]. La palabra griega así traducida significa literalmente “no os angustiéis, no os inquietéis, no os afanéis”. Es la misma palabra que se utiliza en las expresiones “no os afanéis por el día de mañana” (Mateo 6:34), “tiene cuidado de las cosas del mundo” (1 Corintios 7:34), “por nada estéis afanosos” (Filipenses 4:6).

No debemos pensar que nuestro Señor se refiere a que los discípulos deben rehusar el estudio y la lectura en las ocasiones adecuadas. También podríamos prohibir toda enseñanza en las escuelas debido a la promesa de que “ninguno enseñará a su prójimo” (Hebreos 8:11). S. Pablo, al final de su ministerio, pensó en los libros y en los pergaminos (cf. 2 Timoteo 4:13).

Aplicar estas promesas a los ministros de los tiempos modernos y justificar así la falta de preparación para el sermón del domingo es irreverente y está poco justificado en la Escritura.

V. 12: *[El Espíritu Santo os enseñará]*. El cumplimiento de esta promesa es evidente en la defensa que Pablo hace de sí mismo ante los judíos en Jerusalén, camino del cuartel, y ante Félix, Festo y Agripa. También se ha visto en los tiempos modernos en las historias de Wycliffe, Huss, Lutero, Latimer, Ridley, Cranmer y otros, y especialmente en el caso de algunos mártires de la Reforma inglesa como Alice Driver.

Lucas 12:13–21

El pasaje que acabamos de leer proporciona un ejemplo concreto de la tendencia del hombre a introducir las cosas de este mundo en su religión. Se nos dice que un oyente de nuestro Señor le pidió que le ayudara en sus asuntos temporales. “Maestro —le dijo—, di a mi hermano que parta conmigo la herencia”. Probablemente tuviera una vaga idea de que Jesús iba a establecer un Reino en este mundo y a reinar sobre la Tierra, y decidiera presentarle una petición terrenal en cuanto a sus propios asuntos económicos. Suplicó la intervención de nuestro Señor para conseguir su herencia terrenal. Quizá otros oyentes de Cristo pensaran en recibir una porción en el mundo venidero. Este hombre era alguien cuyos principales pensamientos estaban evidentemente puestos en esta vida presente.

¡Cuántos oyentes del Evangelio son exactamente como este

hombre! ¡Cuántos hacen planes continuamente acerca de las cosas temporales aun bajo el sonido mismo de las cosas eternas! El corazón natural del hombre siempre es igual. Ni siquiera la predicación de Cristo captó la atención de todos sus oyentes. El ministro de Cristo en el presente nunca debe sorprenderse de ver mundanalidad y falta de atención en medio de su congregación. El siervo no debe esperar que sus sermones sean más valorados que los de su Maestro.

Señalemos en estos versículos *la solemne advertencia que hace nuestro Señor contra la codicia*. “Les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia”.

Sería inútil tratar de decidir categóricamente cuál es el más común de los pecados en el mundo. Sin duda podríamos decir que, al menos, no hay ninguno al que el corazón esté más inclinado que la avaricia. Fue este pecado el que ayudó a derribar a los ángeles que cayeron. No se conformaron con su primer estado; acariciaron algo mejor. Fue este pecado el que sacó a Adán y Eva del Paraíso e introdujo la muerte en el mundo. Nuestros primeros padres no estaban satisfechos con las cosas que Dios les dio en Edén. Fueron avariciosos y por eso cayeron. Se trata de un pecado que, aun desde la Caída, ha sido causa de mucha aflicción y tristeza sobre la Tierra. Guerras, luchas, contiendas, divisiones, envidias, disputas, celos, odios de todas clases —tanto públicos como personales— nos conducen hasta esta misma fuente.

Que la advertencia que nos hace nuestro Señor penetre profundamente en nuestros corazones y lleve fruto a nuestras vidas. Esforcémonos por aprender la lección que S. Pablo llegó a dominar, según sus palabras: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación (Filipenses 4:11). Oremos por una plena confianza en la providencia de Dios que vela sobre todos nuestros asuntos mundanos y la sabiduría perfecta de Dios en todo lo que dispone respecto a nosotros. Si tenemos poco, sin duda no sería bueno que tuviéramos mucho. Si perdemos las cosas que tenemos, pensemos que era necesario. ¡Feliz aquel que está persuadido de que lo que ocurre es lo mejor, deja de desear en vano y aprende a estar contento con lo que tiene! (cf. Hebreos 13:5).

Señalemos en estos versículos, en segundo lugar, *la mordaz exposición que hace nuestro Señor de la necedad de una mentalidad mundana*. Pinta el cuadro de un hombre rico del mundo cuya mente estaba puesta en las cosas terrenales. Lo representa haciendo planes y proyectos acerca de su propiedad, como si fuera dueño de su propia vida y solo tuviera que decir “quiero hacer algo” para hacerlo. Después, cambia el cuadro y nos muestra a Dios reclamándole su alma mundana y planteando una pregunta a su conciencia: “Necio […] lo que has provisto, ¿de quién será?”. Nos induce a aprender nada menos que la palabra correcta para describir la conducta del hombre que no piensa en otra cosa que su dinero: es “necio”. Aquel “que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios” es a quien Dios declara “necio”.

Es terrible pensar que el personaje que Jesús trae ante nosotros en esta parábola está lejos de ser poco común. Miles de personas de cada época del mundo han vivido continuamente lo que aquí se condena. Miles lo hacen hoy mismo. Amontonan tesoros sobre la Tierra y no piensan en nada salvo en incrementarlos. Están continuamente añadiendo a sus tesoros como si fueran a disfrutarlos eternamente, como si no hubiera muerte, Juicio, ni mundo venidero. Y, sin embargo, ¡son hombres considerados inteligentes, prudentes y sabios! ¡Estos son los elogiados, adulados y presentados como admirables! ¡Verdaderamente, el Señor no ve las cosas como el hombre! El Señor declara que los ricos que viven solo para este mundo son “necios”.

Oremos por los ricos. Sus almas están en gran peligro. “El Cielo —dijo un gran hombre en su lecho de muerte— es un lugar al que llegan muy pocos reyes y hombres ricos”. Aun habiéndose convertido, el rico acarrea una gran carga y corre la carrera al Cielo con gran desventaja. La posesión de dinero tiene un efecto más endurecedor sobre la conciencia. Nunca sabremos lo que seríamos capaces de hacer si nos volviéramos ricos. “Raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (1 Timoteo 6:10). La pobreza tiene muchas desventajas, pero las riquezas destruyen más almas que la pobreza.

Señalemos en estos versículos, por último, *lo importante que es ser ricos hacia Dios*. Esto es verdadera sabiduría. Esto es verdaderamente proveer para el tiempo venidero. Esto es prudencia genuina. El hombre sabio es aquel que no piensa solo en el tesoro terrenal, sino en el tesoro en el Cielo.

¿Cuándo se puede decir de un hombre que es rico hacia Dios? ¡Nunca hasta que es rico en gracia, rico en fe y rico en buenas obras! ¡Nunca hasta que haya acudido a Jesucristo y comprado de Él oro refinado en fuego! (cf. Apocalipsis 3:18). ¡Nunca hasta que tenga una casa no hecha con manos, eterna en los Cielos! ¡Nunca hasta que tenga su nombre inscrito en el libro de la vida y sea heredero de Dios y coheredero con Cristo! Este hombre sí es verdaderamente rico. Su tesoro es incorruptible. Su banco nunca quiebra. Su herencia no se evapora. El hombre no puede quitársela. La muerte no se la arrebata de las manos. Todas las cosas son ya suyas: la vida, la muerte, lo presente y lo por venir (cf. 1 Corintios 3:22). Y lo mejor de todo es que lo que tiene ahora no es nada comparado con lo que tendrá después.

Riquezas como estas están al alcance de todo pecador que acude a Cristo y las recibe. ¡Nunca descansemos hasta apropiarnos de ellas! Quizá tengamos que pagar un precio en este mundo. Pueden llevarnos a ser perseguidos, puestos en ridículo y a que se burlen de nosotros. Pero recibamos consuelo del pensamiento de que el Juez de todo dice: “Tú eres rico” (Apocalipsis 2:9). El verdadero cristiano es el único que es verdaderamente rico y sabio.

Notas Lucas 12:13–21

V. 13: *[Le dijo uno de la multitud]*. No sabemos nada de este hombre. Su pregunta le proporcionó la oportunidad de aprender una lección importante acerca de la avaricia. Merece la pena advertir el número de casos en el Evangelio según S. Lucas en los que nuestro Señor utiliza un comentario de un espectador para extraer una lección espiritual. Es probable que a este hombre le embargara la idea generalizada de que el Mesías sería un gobernante transitorio que enmendaría todas las cosas que iban mal en el mundo.

V. 14: *[¿Quién me ha puesto sobre vosotros como juez?]*. Esta pregunta equivale a una fuerte negación: "No he venido a ser juez de asuntos terrenales". Merece la pena considerar la sabiduría de la manera de actuar nuestro Señor en esta ocasión. La más ligera interferencia con el gobierno civil habría dado ocasión a sus enemigos y le habría hecho caer en sus manos.

Bien harían los ministros de Cristo de los tiempos modernos en observar la conducta de nuestro Señor en este caso y, en la medida de lo posible, caminar en sus pasos. Cuantos menos ministros tengan que ver con las cosas seculares, y especialmente con la administración de la Ley, mejor. El banco de los magistrados, por regla general, no es un lugar adecuado para que lo ocupe un ministro del Evangelio. Cuando el predicador del Evangelio emprende una obra diferente de aquella a la que ha sido llamado, normalmente desatiende su tarea y sus asuntos, o los hace peor de lo que los habría hecho si se hubiera dedicado exclusivamente a ellos y hubiera sido hombre de una sola cosa. Una frase que nunca debería olvidar es: "Ocúpate en estas cosas" (1 Timoteo 4:15).

V. 15: *[Mirad, y guardaos de toda avaricia]*. Aquellos que poseen las obras de Latimer deberían leer su sermón sobre este texto. Comienza repitiendo las palabras tres veces y después dice: "¿Y qué si no digo nada más?".

[La vida del hombre]. El significado de esto debe ser: "El verdadero interés del hombre, el verdadero fin y objeto del ser del hombre, el propósito para el que Dios lo creó y le dio aliento". No fue creado solo para amontonar riquezas, sino para glorificar a Dios en la Tierra y disfrutar de Él después en el Cielo.

V. 17: *[El pensaba dentro de sí]*. En este versículo se describen de modo sorprendente las preocupaciones y los planes y proyectos que conlleva siempre el aumento de las riquezas. Cuantos más terrenos, mayor inquietud. Cuanto más aumenta el dinero, más tiempo se invierte, por lo general, en pensar en él.

V. 18: *[Mis graneros]*. No está claro si la palabra traducida como "graneros" significa exactamente lo que entendemos por granero en nuestro idioma. Significa literalmente "depósito". No es improbable, como suele ocurrir en el caso de algunos países, que los graneros del hombre rico fueran huecos en el suelo, o cavernas, dispuestas para guardar el trigo.

Debemos observar que el rico habla de "mis" graneros, "mis" frutos,

“mis” bienes, con toda la autosuficiencia y mezquina importancia de alguien que no conoce voluntad alguna salvo la suya propia, y a quien no le importa cosa alguna que no sea su propio egoísmo. Eso debe recordarnos las palabras acerca de Nabal en 1 Samuel 25:11. De él se escribe: “Conforme a su nombre, así es. Él se llama Nabal, y la insensatez está con él” (1 Samuel 25:25).

V. 19: *[Diré a mi alma]*. Estas son palabras que muestran verdadera mundanalidad. Y, sin embargo, ¡habla de su “alma”! Habla de bienes para muchos años y, no obstante, ¡pasa por alto la eternidad que vendrá después y la necesidad de atesorar una esperanza en el Cielo!

En este versículo se exponen de forma notable los pensamientos y proyectos secretos de los ricos mundanos. El Señor Jesús conoce exactamente en qué piensan esos hombres.

Comenta Basil: “Si este hombre hubiera carecido de sentido común, ¿habría dicho algo diferente?”.

V. 20: *[Dios le dijo]*. Nuestro Señor no nos informa de la manera en que Dios habló al hombre rico; si lo hizo directamente o mediante un mensajero, como habló por medio de Natán a David. Es inútil que hagamos conjeturas acerca de lo que no ha considerado oportuno explicar.

[Necio]. La palabra griega así traducida significa literalmente “sin mente, sin sentido, sin entendimiento”. Es la misma palabra que tenemos en Lucas 11:40. Notemos que, justo cuando el rico estaba haciendo sus proyectos con astucia y creyéndose muy sabio, Dios le dice que es necio.

[Vienen a pedirte tu alma]. Este es un ejemplo del uso indefinido de la tercera persona del plural que ya hemos visto en el versículo 11.

Observemos que esta expresión es una de aquellas que muestran la existencia separada del alma cuando el cuerpo está muerto.

[Lo que has provisto, ¿de quién será?]. El argumento aquí parece ser muy similar al de Eclesiastés 5:15 y el Salmo 39:6. Un momento después de su muerte, el hombre ya no posee su propiedad. La gracia es la única posesión duradera.

V. 21: *[El que hace para sí tesoro]*. Esto describe a todo el que trabaja solo para sí y para la vida presente.

[No es rico para con Dios]. Este es el carácter de aquel que no da nada para la gloria de Dios: ni dinero, ni afecto, ni pensamientos, ni tiempo, ni interés. Hay miles con este carácter. Son ricos para cualquier cosa menos para dar a Dios. Tienen mucho que pueden dar al mundo, pero nada que dar a Dios. Les pides que ayuden en un proyecto mundano y son capaces de encontrar dinero, tiempo y atención. ¡Les pides que hagan algo para Dios y no tienen dinero ni tiempo! Aquellos son los verdaderamente ricos que tienen propiedades que serán reconocidas en el día del Juicio. Muchos millonarios son pobres ante Dios. No son ricos ni en gracia, ni en fe ni en buenas obras.

Lucas 12:22–31

En estos versículos tenemos *una colección de sorprendentes argumentos contra un exceso de ansiedad por las cosas de este mundo*. A primera vista pueden parecer sencillos y comunes a algunas mentes. Pero, cuanto más se consideren, más importantes parecerán. Recordarlos permanente ahorraría a muchos cristianos gran cantidad de problemas.

Cristo nos ordena considerar los cuervos “que ni siembran, ni siegan; que ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta”. Ahora bien, si el Creador de todas las cosas provee para las necesidades de los pájaros y ordena las cosas de forma que tengan una provisión diaria de alimento, sin duda no deberíamos temer que deje que sus hijos espirituales mueran de hambre.

Cristo nos ordena observar los lirios. “No trabajan, ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos”. Ahora bien, si Dios provee anualmente para estas flores una nueva provisión de hojas vivas y florecen, con toda seguridad no debemos dudar de su poder y su deseo de suministrar a sus siervos creyentes toda la ropa necesaria.

Cristo nos ordena recordar que el cristiano debe avergonzarse de preocuparse como los paganos. “Las gentes del mundo” bien pueden preocuparse por la comida, el vestido y cosas parecidas. Están hundidos en profunda ignorancia y desconocen por completo la verdadera naturaleza de Dios. Pero el hombre que puede decir de Dios que es su Padre y de Cristo que es su Salvador debe estar por encima de estas ansiedades y preocupaciones. Una fe clara debe dar como resultado un corazón iluminado.

Por último, Cristo ordena pensar en el conocimiento perfecto de Dios. Nuestro Padre sabe que tenemos necesidad de comida y vestido. Solamente ese pensamiento ya debería satisfacernos. Todas nuestras necesidades son perfectamente conocidas para el Señor de Cielo y Tierra. Puede librarnos de esas necesidades cuando lo considere conveniente. Lo hará cuando sea bueno para nuestras almas.

Que los cuatro argumentos aquí aducidos penetren profundamente en nuestros corazones y den fruto en nuestras vidas. Nada es más común que un espíritu atribulado y angustiado, y nada afecta tanto a la utilidad del creyente y le quita tanto la paz interior. Nada, por el contrario, glorifica a Dios tanto como un espíritu alegre en medio de las preocupaciones terrenales. Muestra una realidad que hasta las personas del mundo pueden comprender. Recomienda nuestro cristianismo y lo hace parecer bello a los ojos de los hombres. La fe, y solo la fe, producirá este espíritu alegre. El hombre que puede decir con convicción “Jehová es mi pastor” es quien puede añadir: “Nada me faltará” (Salmo 23:1).

En segundo lugar, en estos versículos tenemos *la recomendación a todos los cristianos de un elevado nivel de vida*. Está contenido en una breve y sencilla frase: “Mas buscad el reino de Dios”. No tenemos que dedicar nuestros principales pensamientos a las cosas de este mundo. No tenemos que vivir como si no tuviéramos nada más que un cuerpo. Debemos vivir como seres que tienen almas inmortales que se perderán o se salvarán, seres que pasarán por la muerte y se encontrarán con un Dios, que esperan un Juicio y una eternidad en el Cielo o en el Infierno.

¿Cuándo se puede decir que buscamos el Reino de Dios? Cuando convertimos en la principal tarea de nuestras vidas el asegurarnos un lugar entre los salvos, la certeza de que nuestros pecados han sido perdonados y nuestros corazones renovados, así como de que estamos en condiciones de recibir la herencia de los santos en luz. Lo hacemos cuando le damos un lugar prioritario en nuestras mentes a los intereses del Reino de Dios, cuando trabajamos para incrementar el número de los súbditos de Dios, cuando nos esforzamos por sostener la causa de Dios y por que avance la gloria de Dios en el mundo.

El Reino de Dios es el único reino por el que merece la pena trabajar. Todos los demás reinos, antes o después, entrarán en decadencia y pasarán. Los gobernantes que los levantan son como hombres que construyen castillos de naipes o niños que hacen castillos de arena a orillas del mar. La riqueza que constituye su grandeza está tan destinada a desvanecerse como la nieve en primavera. El Reino de Dios es el único reino que durará eternamente. Felices aquellos que pertenecen a él, viven para él, oran por él y trabajan por su incremento y prosperidad. ¡Su trabajo no será en vano! ¡Seamos plenamente diligentes en asegurar nuestra entrada a este Reino! ¡Que nuestro consejo constante a los niños, parientes, amigos, siervos y vecinos sea: “buscad el reino”. Independientemente de otras cosas que busquéis, “buscad primeramente el reino de Dios”!

Por último, en estos versículos tenemos *una maravillosa promesa para aquellos que buscan el reino de Dios*. Nuestro Señor Jesús declara: “Todas estas cosas os serán añadidas”.

Cuidémonos de no malinterpretar el significado de este pasaje. No tenemos derecho a esperar que el hombre de negocios cristiano que deja de lado su trabajo por un presunto celo por el Reino de Dios vea prosperado su negocio y que sus asuntos salgan adelante. Otorgarle este sentido a la promesa no sería nada más que fanatismo y exceso de entusiasmo. Fomentaría la pereza en los negocios y daría ocasión a que los enemigos de Dios blasfemaran.

El hombre al que va dirigida la promesa de Dios que tenemos ante nosotros es el cristiano que le otorga a las cosas de Dios la prioridad y el lugar que les corresponden. No deja de lado sus obligaciones terrenales en el mundo, pero las considera de una importancia infinitamente menor que los requisitos de Dios. No deja de prestar

atención a sus asuntos terrenales, sino que los considera mucho menos cruciales que los asuntos del alma. En resumen, en toda su vida diaria trata de poner a Dios en primer lugar y el mundo en segundo, de darle el segundo lugar a lo relativo al cuerpo y el primero a lo relativo al alma. Este es el hombre de quien Jesús dice: “Todas estas cosas os serán añadidas”.

¿Pero cómo se cumple la promesa? La respuesta es breve y sencilla. A aquel que busca primero el Reino de Dios nunca le faltará nada que sea para su bien. Puede que no tenga tanta salud como algunos. Puede que no tenga tanta riqueza como otros. Puede que no tenga una mesa repleta o exquisitos bocados. Pero siempre tendrá *suficiente*: “Se le dará su pan, y sus aguas serán seguras” (Isaías 33:16). “A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28). El Señor “no quitará el bien a los que andan en integridad” (Salmo 84:11). “Joven fui, y he envejecido —dijo David—, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan” (Salmo 37:25).

Notas Lucas 12:22–31

V. 22: *[Dijo luego a sus discípulos]*. Notemos que nuestro Señor se dirige en este pasaje especialmente a sus discípulos. Se vuelve a ellos dejando al hombre para quien había rehusado hacer de juez o partidor y a una multitud mezclada a quien había contado la parábola del necio rico. Conocía la tendencia del corazón del creyente a preocuparse por las cosas de este mundo y proporciona a sus seguidores argumentos consoladores contra la ansiedad.

[No os afanéis]. Podríamos repetir aquí el mismo comentario que hemos hecho anteriormente en referencia a esta expresión. El significado de la palabra griega es “no tengáis pensamientos de ansiedad, no os inquietéis”.

[Vida […]; cuerpo]. Los dos principales objetos de pensamiento y preocupación son la manutención de la vida animal y el vestido. S. Pablo se refiere a esto cuando dice: “Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto” (1 Timoteo 6:8).

V. 23: *[Más]*. Esta expresión significa “más excelente, más valioso”. Se traduce igual en Lucas 11:32 y como “más excelente” en Hebreos 11:4).

V. 24: *[Cuervos]*. Notemos que los cuervos son mencionados especialmente en el Salmo 147:9 y en Job 38:41 como objetos del cuidado de Dios. En la historia de Elías, el Espíritu Santo nos muestra a los cuervos proveyendo para otros así como para ellos mismos (cf. 1 Reyes 17:6).

V. 25: *[A su estatura un codo]*. Existen serias dudas acerca de si la palabra griega traducida como “estatura” no debería haberse traducido “vida” o “edad”. Así aparece en Juan 9:21 y 23 y en Hebreos 11:11. La idea de que una persona se preocupe por incrementar su estatura resulta, sin

duda, algo extraña, y difícilmente el añadido de “un codo” podría ser llamado en el versículo siguiente “lo que es menos”. Es mucho más común y comprensible la ansiedad por una mayor duración de la vida. La aplicación de la palabra “codo” al alargamiento de la vida está plenamente justificada por la expresión en los Salmos: “Tú has hecho mis días como palmos” (Salmo 39:5, LBLA: Nota al margen). Esta figura también es utilizada por los autores clásicos.

V. 27: *[Lirios]*. No está claro que las flores que se mencionan sean los “lirios” de nuestros climas. Major cita las palabras de Sir J.E. Smith: “Hay razón para suponer que el lirio mencionado por nuestro Salvador es el *Amaryllis Lutea* o el *Autumnal Narcissus*. Esta flor es descrita por los viajeros, que dicen que aparece abundantemente en los países orientales cubriéndolos, en otoño, de un llamativo resplandor dorado, por lo que es especialmente adecuado para compararlos con Salomón con toda su gloria”.

[Salomón con toda su gloria]. Observemos que el reino y la gloria de Salomón de los que se habla aquí son reales y verdaderos, no simples mitos y fábulas.

V. 28: *[Hierba]*. La palabra así traducida hace referencia a la vegetación en general, incluyendo las flores.

V. 29: *[Estéis en ansiosa inquietud]*. La palabra griega así traducida solo se encuentra aquí en el Nuevo Testamento. Su significado ha sido explicado de diversas maneras, y la interpretación al margen de nuestros propios traductores parece mostrar su dificultad: “No viváis llenos de ansiedad”.

Según Hammond, la idea es la de las nubes o los pájaros, arriba en el cielo, que son llevados de un lado a otro por el viento.

Probablemente, el mejor ejemplo sea el ofrecido por Suicer. Expresaría la situación de los barcos en el mar que, especialmente cuando se ven desde la orilla, son levantados y zarandeados de un lado a otro sin descanso. Tucídides emplea una expresión similar cuando describe el estado de ánimo de los hombres en Grecia justo al principio de la guerra del Peloponeso (cf. Tuc. 2:7). Implica un estado de incertidumbre, de duda y ansiedad por el futuro.

V. 30: *[Gentes del mundo]*. Doddridge parafrasea esta afirmación así: “Las naciones gentiles del mundo, que conocen poco de la Providencia o de un estado futuro, buscan todas estas cosas menores con gran solicitud; y tienen más excusa para hacerlo”.

Lucas 12:32–40

Destaquemos *qué misericordiosa palabra de consuelo contiene este versículo para todos los verdaderos creyentes*. El Señor Jesús conocía bien los corazones de sus discípulos. Sabía lo dispuestos que estaban a

llenarse de temores de todo tipo: temores a causa de ser pocos, temores a causa de la multitud de sus enemigos, temores a causa de las muchas dificultades en su camino, temores a causa de su sentimiento de debilidad y de indignidad. Responde a estos muchos temores con una sencilla frase dorada: “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino”.

Los creyentes son como una “manada pequeña”. Siempre lo han sido, desde el comienzo del mundo. En ocasiones han sido muchos los que han profesado ser siervos de Dios. En la actualidad, las personas bautizadas son una gran multitud. Pero los verdaderos cristianos son muy pocos. Es una tontería sorprenderse por esto. En vano esperamos que sea de otra forma antes de que el Señor vuelva: “Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:14).

Los creyentes tienen un “Reino” glorioso esperándoles. Aquí, sobre la Tierra, suelen recibir burlas y ser ridiculizados y perseguidos y, como su Maestro, despreciados y rechazados por los hombres. Pero “las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”. “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Romanos 8:18; Colosenses 3:4).

Los creyentes son amados entrañablemente por Dios Padre: “A vuestro Padre le ha placido daros el reino”. No los recibe de mala gana, de mal humor o con frialdad. Se goza en tenerlos como miembros de su amado Hijo en quien tiene complacencia. Los considera sus queridos hijos en Cristo. No ve mancha en ellos. Aun ahora, cuando los mira desde el Cielo, en medio de sus debilidades, es complacido y, en el futuro, cuando sean presentados delante de su gloria, les dará la bienvenida con gran alegría (cf. Judas 24).

¿Somos miembros de la pequeña manada de Cristo? Entonces, ciertamente no debemos tener miedo. Nos son otorgadas preciosas y grandísimas promesas (cf. 2 Pedro 1:4). Dios es nuestro y Cristo es nuestro. Mayores son los que están por nosotros que los que están contra nosotros. El mundo, la carne y el demonio son poderosos enemigos, pero con Cristo de nuestra parte no hay motivo para temer.

Señalemos, en segundo lugar, *la impresionante exhortación que contienen estos versículos a buscar tesoros en el Cielo:* “Vended lo que poseéis —dice nuestro Señor—, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote”. Pero eso no es todo. Para reforzar la exhortación se establece un principio profundo que nos lleva a examinarnos: “Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”.

El lenguaje de este mandato es, sin duda, figurado; pero el significado del mismo es claro e inconfundible: Debemos *vender*, abandonarlo todo y negarnos a nosotros mismos cualquier cosa que interfiera en el camino de la salvación de nuestra alma. Debemos *dar*,

mostrar amor y bondad a todos y estar más dispuestos a invertir nuestro dinero en liberar a otros que en almacenarlo para nuestros propios propósitos egoístas. Debemos *proveer* para nuestros tesoros en el Cielo, asegurarnos de que nuestros nombres están en el libro de la vida, echar mano de la vida eterna, atesorar evidencias que soporten la inspección del día del Juicio. Esto es verdadera sabiduría. Esto es verdadera prudencia. Quien se hace bien a sí mismo es aquel que lo da todo por Cristo. Este hace el mejor negocio: llevar la cruz durante unos años en este mundo y tener vida eterna en el mundo venidero. Obtiene la mejor de las posesiones. Lleva sus riquezas con él después del sepulcro. Es rico en gracia aquí y es rico en gloria después. Y lo mejor de todo es que, lo que obtiene por la fe en Cristo, nunca lo pierde. Es esa "buena parte, la cual no le será quitada" (Lucas 10:42).

¿Queremos saber lo que somos? Veamos si tenemos tesoros en el Cielo o si todas nuestras buenas cosas están en la Tierra. ¿Queremos saber cuál es nuestro tesoro? Preguntémonos qué amamos más. Este es el verdadero examen de nuestro carácter. Este es el verdadero pulso de nuestra religión. Importa poco lo que digamos, lo que profesemos, la predicación que admiremos o el lugar de culto al que asistamos. ¿Qué amamos? ¿Dónde está puesto nuestro afecto? Esta es la gran pregunta. "Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón".

Señalemos, por último, *el cuadro tan instructivo que contienen estos versículos del estado de ánimo que debe procurar conservar el verdadero cristiano*. Nuestro Señor nos dice que debemos ser "semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese". Debemos vivir como siervos que esperamos el regreso de nuestro Amo cumpliendo con nuestras obligaciones en nuestras diversos puestos, y no haciendo nada que no nos gustaría que se nos descubriera haciendo cuando Cristo vuelva.

El nivel de vida que establece nuestro Señor aquí es extremadamente elevado; tan alto, de hecho, que muchos cristianos tienden a retroceder acobardados y a sentirse abatidos. Y, sin embargo, no hay nada aquí que deba hacer temer al creyente. Estar preparados para el retorno de Cristo a este mundo no implica nada que sea imposible o inalcanzable. No requiere perfección angelical. No requiere que el hombre abandone su familia y se retire en busca de soledad. No requiere nada más que una vida de arrepentimiento, fe y santidad. Aquel que vive la vida de fe en el Hijo de Dios es quien se apresta para la lucha y cuyo candelero está ardiendo. Dicho hombre puede tener a su cargo el cuidado de reinos como Daniel, o ser un esclavo en la casa de Nerón como algunos en tiempos de Pablo. Todo esto no importa en absoluto. Si vive mirando a Jesús, es un siervo que le abrirá la puerta enseguida. Ciertamente no es demasiado pedir a los cristianos que sean hombres de esta clase. Ciertamente por algo dijo

nuestro Señor: “A la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá”.

¿Estamos viviendo nosotros preparados para la Segunda Venida de Cristo? Bueno sería que nos planteáramos en conciencia esta pregunta más frecuentemente. Nos libraría de muchos pasos en falso en nuestra vida diaria. Podría prevenir muchos deslices. El verdadero cristiano no solo debe creer en Cristo y amar a Cristo; también debe buscar y anhelar la aparición de Cristo. Si no puede decir con su corazón “ven, Señor Jesús”, algo va mal en su alma

Notas Lucas 12:32–40

V. 32: *[Manada pequeña]*. La palabra griega que se traduce aquí como “manada”, en realidad es “pequeña manada”. La adición del adjetivo que se traduce “pequeña” incrementa la ternura de la expresión.

[A vuestro Padre le ha placido]. Esta expresión es la misma que se utiliza en las conocidas citas de Mateo 3:17; 17:5; Marcos 1:11 y Lucas 3:22. Se debe advertir que, en este pasaje, nuestro Señor hace un especial hincapié en la relación paternal de Dios con todos los creyentes como un antídoto para el exceso de preocupación y ansiedad.

V. 33: *[Vended lo que poseéis]*. Esta expresión —si no se limita a los Apóstoles sino que se aplica en general a todos los creyentes— se debe interpretar, evidentemente, con cierta limitación escrituraria. No hay nada en Hechos o en las Epístolas que muestre que se esperaba que los creyentes de la Iglesia primitiva vendieran todas sus propiedades tan pronto como se convirtieran. Al contrario, las palabras de S. Pedro a Ananías parecen mostrar que era completamente opcional el que los conversos vendieran sus propiedades o las retuvieran (Hechos 5:4). S. Pablo va más lejos y dice que “si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5:8).

Todo el versículo es una exhortación figurada a negarse a sí mismo, a la liberalidad y la provisión cuidadosa para el alma. Una interpretación excesivamente literal nos lleva a dificultades insuperables. Ciertamente no se dice que los cristianos deban literalmente proveerse de “bolsas”. Una vez se acepta que se trata de una figura, se acepta que es razonable una explicación figurada de todo el versículo.

El “ladrón” del versículo representa una pérdida repentina y violenta, la “polilla” una pérdida o destrucción más gradual y silenciosa.

V. 35: *[Ceñidos vuestros lomos]*. Esta es una figura extraída de la forma de vestir que prevalecía en los tiempos de nuestro Señor y que está generalizada en la actualidad en Oriente. El atuendo habitual de los hombres eran largas prendas de vestir sueltas. Cuando había que hacer algo que requería esfuerzo corporal, lo primero y necesario era ceñirse los lomos o atarse bien las vestiduras a la cintura.

[Vuestras lámparas encendidas]. Para comprender toda la fuerza de esta

expresión debemos leer la parábola de las diez vírgenes (Mateo 25:1). Las bodas tienen lugar normalmente por las tardes. Era obligación de los siervos asistir a la fiesta de bodas con antorchas iluminadas. El versículo que tenemos delante es una exhortación a estar con una actitud de constante preparación para encontrarnos con el esposo Jesucristo en su Segunda Venida.

V. 37: *[Se ceñirá]*. Quizá sea esta una de las promesas más maravillosas que se hace a los creyentes en todo el Nuevo Testamento. Probablemente deba interpretarse de forma figurada. El significado evidente es que no hay grado de honra y de gloria que el Señor Jesús no otorgue con alegría a aquellos que sean encontrados dispuestos para encontrarse con Él en el día de su Segunda Venida. Algunos creen que habrá, de alguna forma, un cumplimiento literal de esta promesa y que nuestro Señor se refiere a esto cuando dice en la última cena: "No beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga" (Lucas 22:18). Se supone que también se da una referencia al mismo cumplimiento literal en Isaías 25:6.

Pierce dice: "Podemos deducir de este versículo que era costumbre de aquellos días, como no lo ha sido desde entonces entre nosotros, que el novio en el banquete de bodas presentase sus respetos al grupo como un siervo".

V. 38: *[Segunda vigilia [...]; tercera vigilia]*. Estas expresiones son figuradas. La noche se dividía en cuatro vigilias. La segunda vigilia era de nueve a doce y la tercera de doce a tres. Las lecciones del versículo son la incertidumbre en cuanto al tiempo de la Venida del Señor y la obligación de estar siempre preparado para la misma.

V. 39: *[A qué hora el ladrón había de venir]*. Esta es una frase parabólica que pretende enseñarnos que "el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche" (1 Tesalonicenses 5:2) y que no hay seguridad para los cristianos excepto estando constantemente preparados para ello.

V. 40: *[El Hijo del Hombre vendrá]*. Notemos que la venida de la que aquí se habla es el segundo advenimiento personal de nuestro Señor Jesucristo al final de esta dispensación. Aplicar la expresión, como hacen algunos, a la muerte, es una completa perversión de la Escritura. Una cosa es la Venida del Señor y otra la muerte.

Lucas 12:41–48

En estos versículos aprendemos *la importancia del hacer en nuestro cristianismo*. Nuestro Señor habla de su Segunda Venida y compara a sus discípulos con siervos que esperan el retorno de su señor y que tienen cada uno su propia tarea durante su ausencia. "Bienaventurado —dice— aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle *haciendo*

así”.

En esta advertencia hay, sin duda, una referencia primaria a los ministros del Evangelio. Son los mayordomos de los misterios de Dios quienes deben ser encontrados “haciendo” cuando Cristo vuelva. Pero las palabras contienen otra lección más profunda, que todos los cristianos harían bien en considerar. Esa lección es la inmensa importancia de una religión útil, diligente, práctica y trabajadora.

Esta lección es tremendamente necesaria en las iglesias de Cristo. Escuchamos mucho acerca de las intenciones, las esperanzas, los deseos, los sentimientos y las declaraciones de la gente. Bien haríamos en escuchar más acerca de cómo la gente lo practica. A quien se llama “bienaventurado” no es al siervo que es encontrado deseando y profesando, sino al que es encontrado “haciendo”.

Esta es una lección que muchos, por desgracia, muchos vacilan en dar y muchos más vacilan en aceptar. ¡Se nos dice seriamente que hablar de “trabajar” y “hacer” es legalismo y conduce a los cristianos a la esclavitud! Los comentarios de este tipo nunca deben hacernos cambiar de opinión. Huelen a ignorancia o a perversidad. La lección que tenemos ante nosotros no trata de la justificación, sino de la santificación; no de la fe, sino de la santidad. La cuestión no es *lo que un hombre debe hacer para ser salvo*, sino *lo que los hombres salvos deberían hacer*. La enseñanza de la Escritura es clara y expresa en cuanto a este asunto. Un hombre salvo debería procurar “ocuparse en buenas obras” (Tito 3:8). El verdadero cristiano debería desear ser encontrado “haciendo”.

Si amamos la vida, decidamos con la ayuda de Dios ser cristianos que “hacen”. Eso es ser como Cristo: Él “anduvo haciendo bienes” (Hechos 10:38). Eso es ser como los Apóstoles: Ellos eran hombres de hechos más que de palabras. Eso es glorificar a Dios: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto” (Juan 15:8). Eso es ser útil para el mundo: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

En estos versículos aprendemos, en segundo lugar, *el terrible peligro que corren aquellos que desatienden las obligaciones de su llamamiento*. De ellos, nuestro Señor declara que “[los] castigará duramente, y [los] pondrá con los infieles”. Estas palabras se aplican, sin duda, especialmente a los ministros y maestros del Evangelio. Pero no debemos congratularnos de que se limiten a ellos. Probablemente conlleven una lección para todos aquellos que tengan puestos de gran responsabilidad. Es un hecho notable que, cuando Pedro dice al principio del pasaje “¿dices esta parábola a nosotros, o también a todos?”, nuestro Señor no le responde. Quienquiera que ocupe una posición de confianza y desatienda sus obligaciones, haría bien en tener en cuenta este pasaje y aprender sabiduría.

El lenguaje que emplea nuestro Señor acerca de los siervos

perezosos e infieles es especialmente severo. Pocos lugares de los Evangelios contienen expresiones tan fuertes como esta. Es un vano engaño suponer que el Evangelio solo habla de cosas dulces. El mismo Salvador lleno de amor que tiene misericordia hasta lo sumo del que se arrepiente y cree, no rehúsa enseñar los juicios de Dios para aquellos que desprecien su consejo. Que nadie se engañe en cuanto a esto. Hay un Infierno para aquellos que continúen con su maldad, igual que un Cielo para el que cree en Jesús. Existe algo llamado “la ira del Cordero” (Apocalipsis 6:16).

Esforcémonos por vivir de tal manera que, cuando venga el Señor celestial, seamos encontrados listos para recibirle. Vigilemos nuestros corazones con celo piadoso y tengamos cuidado del más mínimo síntoma de desprevención para la Venida del Señor. Especialmente, tengamos cuidado de cualquier tendencia a rebajar el nivel de nuestra santidad cristiana, a que nos desagraden las personas que son de mentalidad más espiritual que nosotros y a conformarnos al mundo. En el momento en que detectemos semejante disposición en nuestros corazones, podemos estar seguros de que nuestras almas corren un grave peligro. El cristiano que comience a perseguir al pueblo de Dios y a complacerse en la sociedad mundana estará en la autopista hacia la destrucción.

En estos versículos aprendemos, por último, que *cuanto mayor es la luz religiosa del hombre, mayor es su culpa si no se ha convertido*. El siervo que “conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes”. “A todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará”.

La lección de estas palabras es de amplia aplicación. Requiere mucha atención. Debe hacer que cada cristiano británico sea plenamente consciente de que su juicio será mucho más estricto que el de los paganos que nunca han visto la Biblia. Cualquier protestante que tiene la libertad de leer las Escrituras debe ser plenamente consciente de que su responsabilidad es mucho mayor que la del católico romano guiado por sacerdotes al que se prohíbe el uso de la Palabra de Dios. Debería hacer consciente a todo oidor del Evangelio de que, si continúa sin convertirse, tendrá mucha mayor culpa que el habitante de una parroquia escondida que nunca escucha enseñanza alguna salvo una especie de moralidad semipagana. Todo hijo y siervo de familias religiosas debe ser plenamente consciente de que es mucho más culpable, a los ojos de Dios, que aquellos que viven en casas donde no se honra la Palabra de Dios y la oración. Nunca olvidemos estas cosas. Nuestro juicio en el día final será según nuestra luz y nuestras oportunidades.

¿Qué estamos haciendo con nuestro conocimiento religioso? ¿Lo estamos empleando sabiamente y hacemos que produzca frutos? ¿O nos conformamos con decir estérilmente: “Lo sabemos, lo sabemos” y enorgullecernos en secreto porque el conocimiento de la voluntad de

nuestro Señor nos hace mejores que los demás aunque no hagamos dicha voluntad? No nos equivoquemos. Llegará el día cuando el mero conocimiento será considerado la más peligrosa de las posesiones. Miles despertarán y descubrirán que están en un lugar inferior al del pagano más ignorante e idólatra. Su conocimiento no utilizado y su luz no seguida solo añadirán a su condenación.

Notas Lucas 12:41–48

V. 42: *[Dijo el Señor]*. Nótese que nuestro Señor Jesucristo no respondió directamente a la pregunta planteada por Pedro. Major comenta: “El significado de la respuesta de nuestro Salvador parece ser el siguiente: Los preceptos que os he dado se aplican a cada individuo, pero con mayor fuerza a vosotros, los que estáis en situación de mayordomos, a quienes se os ha confiado mucho y de quienes, en consecuencia, mucho se requerirá”.

Todo el pasaje hasta el versículo 48 parece ser parabólico y figurado, y debemos tener cuidado para no hacer más hincapié en una expresión en particular del que justifica el contexto general.

[Mayordomo]. Notemos que esta palabra la utiliza especialmente S. Pablo para describir el oficio ministerial (cf. 1 Corintios 4:1). Parece mostrar que la enseñanza de nuestro Señor en esta parábola va, sobre todo, dirigida a los pastores.

V. 44: *[Le pondrá sobre todos sus bienes]*. Compárese esta expresión con expresiones parecidas que tenemos en las parábolas de los talentos y de las minas.

V. 45: *[Golpear a los criados]*. Stella, aun siendo un comentarista católico romano, señala lo bien que este versículo describe la conducta de los cardenales y obispos de Roma a comienzos del siglo XVII.

V. 46: *[Le castigará duramente]*. Hay ciertas dudas acerca de si la palabra griega así traducida conlleva un sentido tan fuerte como el que nuestros traductores han puesto sobre ella. Solo se encuentra en este pasaje y en un pasaje similar en Mateo 24:51.

Parkhurst piensa que significa “los azotará con la mayor severidad”. Otros creen que significa “los apartará, o los quitará, de su ministerio; los rechazará”. Ciertamente merece la pena advertir que, tras usar esta expresión, nuestro Señor habla del siervo infiel como aún vivo: “Le pondrá con los infieles”.

[Con los infieles]. Algunos piensan que esta expresión significa simplemente “con los siervos infieles”, en contraposición con los “siervos fieles” descritos en el versículo 42. La comparación con Mateo 25:21 favorece esta idea.

V. 48: *[El que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes]*. Watson cree que aquí la ignorancia debe considerarse “comparativamente, y no

absolutamente”. Pocas expresiones de la Biblia son más desfavorables a los paganos que mueren desconociendo el Evangelio. En vano cerramos los ojos a la solemne verdad de que ningún grado de ignorancia hace que un hombre sea completamente inocente y lo excusa a los ojos de Dios. Nuestra ignorancia misma forma parte de nuestro pecado.

[A todo aquel a quien se haya dado mucho [...]. En esta frase, nuestro Señor establece un gran principio en su Reino como conclusión apropiada para la parábola que acaba de relatar.

Baxter comenta en este versículo: “Los grandes dones han de ser empleados con gran diligencia; y hay que temer, más que buscar, los grandes encargos, poderes y responsabilidades. Poco creen y consideran los que conquistan el mundo, o aquellos que se esfuerzan por el ascenso en la iglesia, la responsabilidad y profunda condenación por las que trabajan.

Lucas 12:49–53

Las palabras de nuestro Señor Jesús en estos cinco versículos son especialmente importantes y trascendentes. Revelan verdades que todo verdadero cristiano haría bien en señalar y digerir. Explican cosas de la Iglesia y del mundo que a primera vista son difíciles de comprender.

Aprendemos, por un lado, en estos versículos, *lo concienzudamente que el corazón de Cristo se entregó a la obra que había venido a hacer en el mundo*. Dice: “De un bautismo tengo que ser bautizado”, un bautismo de sufrimiento, heridas, agonía, sangre y muerte. Pero ninguna de estas cosas le hizo retroceder. Y añade: “¡Cómo me angustio hasta que se cumpla!”. La perspectiva de las tribulaciones que le vendrían no le frenó ni por un momento. Estaba listo y dispuesto a soportar todas las cosas con el fin de proporcionar redención eterna a su pueblo. El celo por la causa que se le había encomendado era como un fuego ardiente dentro de Él. Promover la gloria del Padre, abrir la puerta de la vida a un mundo perdido y proporcionar una fuente para limpiar todo pecado e impureza por medio del sacrificio de sí mismo eran continuamente los principales pensamientos de su mente. Fue impulsado en el espíritu hasta que esta tremenda obra fue concluida.

Tengamos siempre en mente que todos los sufrimientos de Cristo a nuestro favor los soportó de buena gana, voluntariamente y por su propia y libre elección. No se resignó pacientemente a ellos simplemente porque no pudiera evitarlos. No pasó por ellos sin queja alguna meramente porque no pudiera escapar. Vivió una vida humilde

durante treinta y tres años porque quiso hacerlo. Sufrió una muerte agónica voluntariamente y con una mente dispuesta. Tanto en su vida como en su muerte llevó a cabo el eterno consejo por el cual Dios sería glorificado y los pecadores serían salvos. Lo llevó a cabo con todo su corazón, aunque la lucha que supuso para su carne y su sangre fue tremenda. Se deleitaba en hacer la voluntad de Dios. Le fue difícil hasta que se cumplió.

Sin duda el corazón de Cristo en el Cielo es el mismo que cuando estaba en la Tierra. Ahora tiene un interés tan profundo por la salvación de los pecadores como el que tuvo anteriormente hasta morir en su lugar. Jesús no cambia. Es el mismo ayer, hoy y por siempre. Hay en Él un infinito deseo de recibir, perdonar, justificar y liberar del Infierno las almas de los hombres. Esforcémonos por ser conscientes de ese deseo y aprender a creerlo sin dudar y a descansar en él sin temor. Es un hecho cierto que, aunque los hombres no quieran creerlo, Cristo está mucho más dispuesto a salvarnos de lo que nosotros estamos a ser salvos.

Que el celo de nuestro Señor y Maestro sea ejemplo a todo su pueblo. Que el recuerdo de su ardiente disposición a morir por nosotros sea como un carbón encendido en nuestros recuerdos y nos impulse a vivir para Él y no para nosotros mismos. Ciertamente, el pensamiento de ello debería despertar nuestros corazones dormidos, calentar nuestras emociones frías y hacer que nos preocupemos por redimir el tiempo y por hacer algo para su gloria. Un Salvador celoso debe tener discípulos celosos.

Aprendemos, por otro lado, en estos versículos, *lo inútil que es esperar paz y armonía universal de la predicación del Evangelio*. Los discípulos, como la mayoría de los judíos de sus días, esperaban probablemente que apareciera inmediatamente el Reino del Mesías. Pensaban que estaba cercano el tiempo cuando el lobo moraría con el cordero y los hombres ya no harían mal ni dañarían (Isaías 11:9). Nuestro Señor veía lo que había en sus corazones y rechazó sus inadecuadas expectativas con unas palabras notables: “¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión”.

Hay algo a primera vista realmente asombroso en estas palabras. Parece difícil reconciliarlo con el cántico de los ángeles que hablaban de “en la tierra paz” como algo que acompaña al Evangelio de Cristo (Lucas 2:14). Pero, aunque las palabras suenen sorprendentes, los hechos han demostrado que son literalmente ciertas. La paz es sin duda el resultado del Evangelio dondequiera que sea creído y recibido. Pero, donde hay oidores del Evangelio endurecidos, que no se arrepienten y están decididos a continuar en sus pecados, el mensaje de paz se convierte en causa de división. Aquellos que viven en la carne odiarán a los que viven en el Espíritu. Aquellos que están decididos a vivir para el mundo siempre estarán en mala disposición hacia aquellos decididos a servir a Cristo. Puede que lamentemos este

estado de cosas, pero no podemos evitarlo. La gracia y la naturaleza no se pueden mezclar, como ocurre con el aceite y el agua. Mientras los hombres estén en desacuerdo sobre los principios religiosos fundamentales no puede haber verdadera cordialidad entre ellos. Mientras algunos hombres se conviertan y otros no, no puede haber verdadera paz.

Evitemos expectativas que no son conforme a la Escritura. Si esperamos que la gente sea de un corazón y una mente sin convertirse, nos decepcionaremos continuamente. Miles de personas bienintencionadas hoy en día claman continuamente pidiendo más unidad entre los cristianos. Para ello están dispuestas a sacrificar casi todo y a arrojar por la borda aun la sana doctrina si, haciéndolo, pueden asegurarse la paz. Esas personas harían bien en recordar que aun el oro puede resultar demasiado caro y que la paz carece de sentido si se consigue a expensas de la verdad. Sin duda han olvidado las palabras de Cristo acerca de que no vino a traer paz, sino disensión.

No nos dejemos convencer por aquellos que acusan al Evangelio de causar luchas y divisiones sobre la Tierra. Esas personas solo muestran su ignorancia cuando hablan de esta manera. La culpa no la tiene el Evangelio, sino el corazón corrupto del hombre. Lo que falla no es la gloriosa medicina de Dios, sino la naturaleza enferma de la raza de Adán que, como un hijo díscolo, rehúsa la medicina provista para su curación. Mientras haya hombres y mujeres que no se arrepienten y creen, y siempre habrá alguno, necesariamente habrá división. Sorprendernos de ello es el colmo de la necedad. La misma existencia de división es una prueba de lo que Cristo anuncia y de la verdad del cristianismo.

Agradezcamos a Dios que llegará un tiempo cuando no habrá más divisiones sobre la Tierra sino que todos serán de una mente. Ese tiempo será cuando Jesús, el Príncipe de Paz, vuelva en persona y ponga a todos los enemigos bajo sus pies. Cuando Satanás sea atado, cuando los malvados sean separados de los justos y arrojados a su propio lugar, y no hasta entonces, habrá perfecta paz. Debemos esperar ese bendito tiempo y velar y orar. La noche está pasando. El día se acerca. Nuestras divisiones solo durarán una pequeña temporada. Nuestra paz durará toda la eternidad.

Notas Lucas 12:49–53

V. 49: *[Fuego vine a echar]*. Los comentaristas difieren acerca del significado de la palabra “fuego” en este versículo.

1. Unos piensan que se refiere al Espíritu Santo y a ese don que se otorgó en el día de Pentecostés. Esta es, principalmente, la opinión de Crisóstomo,

Orígenes, Jerónimo, Atanasio, Ambrosio, Gregorio, Beda, Bernardo, Cocceius, Cornelius à Lapide, Alford y Stier.

2. Otros creen que se refiere a “la predicación del Evangelio”. Esta es la opinión de Teofilacto, Cirilo, Bucero y Chemnitio.

3. Otros creen que hace referencia a “la Palabra de Dios”. Esta es la opinión de Bullinger, Gualter y Watson.

4. Otros piensan que significa “amor”. Esta es la opinión de Jansenio, Stella, Bengel y, en parte, de Eutimio.

5. Otros piensan que se refiere a las persecuciones, aflicciones, disensiones y contiendas que acompañarían a la introducción del Evangelio en el mundo. Esta es la opinión de Tertuliano, Brentano, Beza, Poole, Calovio, Trapp, Maldonado, Hammond, Lightfoot, Whitby, Burkitt, Henry, Pearce, Scott, Barnes y Burgon.

Decididamente, yo me adhiero a esta última opinión. Las otras cuatro interpretaciones me parecen inverosímiles e incoherentes con el contexto. El fuego es una expresión utilizada no poco frecuentemente en la Escritura como símbolo de tribulaciones y de aflicción (cf. Salmo 116:12 e Isaías 43:2). Más aún, merece la pena comentar que “enviar fuego” es una figura común en el lenguaje del autor para expresar enviar tribulaciones y aflicción. Examinemos los siguientes pasajes: Lamentaciones 1:13; Ezequiel 39:6; Oseas 8:14; Amós 2:2, 5.

[¿Y qué quiero, si ya se ha encendido?]. Las palabras griegas así traducidas son tan impresionantes que algunos piensan que deberían traducirse: “¿Y qué quiero? ¡Oh! Que ya se hubiera encendido”. Esta es la opinión de Cocceius y Hammond. Pero no veo razón para discutir la corrección de nuestra traducción.

La paráfrasis de Trapp es una exposición equilibrada del significado de la frase: “Que el fuego se encienda tan pronto como quiera; estoy satisfecho. Conozco el mucho bien que vendrá de ello”.

Barnes parafrasea la frase así: “Qué más quisiera que ya se hubiera encendido. Puesto que es necesario para el avance de la religión que tengan lugar esas divisiones, puesto que el Evangelio no se puede establecer sin conflictos, contiendas y odios, hasta estoy deseoso de que ocurran”.

Dice Lightfoot: Parece que “¿qué quiero?” se emplea a la forma de las escuelas, donde “qué digo” es lo mismo que “yo digo esto”, y “¿qué decreto?” es lo mismo que decir “decreto esto”. “¿Qué quiero?” es, pues, lo mismo que “quiero esto”. El significado es: “Quiero esto: que ya se haya encendido”.

V. 50: *[De un bautismo]*. Claramente, este bautismo no es el de agua ni el del Espíritu Santo, sino el bautismo del sufrimiento. Es el mismo bautismo del que nuestro Señor les dijo a Santiago y Juan: “Con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados” (Mateo 20:23).

Esta expresión es una de aquellas que muestra la sabiduría de nuestros traductores de la Biblia al emplear la palabra “bautismo” y no traducirla como “inmersión” o “aspersión”.

Solo hay que probar el efecto de cualquiera de estas palabras en el presente versículo en lugar de “bautismo”. A pocos les gustaría sustituir nuestra traducción por “de una inmersión tengo que ser inmerso” o “de una aspersión tengo que ser rociado”.

[¡Cómo me angustio!]. La palabra griega aquí es la misma traducida en Hechos 18:5 como “entregado” y en 2 Corintios 5:14 como “constriñe”. Algunos suponen que el sentimiento que nuestro Señor estaba tratando de expresar era el de dolor y aflicción ante la perspectiva de sus cercanos sufrimientos y crucifixión. Esta es la opinión de Stier. Sin embargo, es altamente improbable. Otros suponen que la expresión es como la de Juan 12:27 y Lucas 22:42, y hace referencia al conflicto entre la voluntad humana de nuestro Señor —que naturalmente aborrece el sufrimiento— y su voluntad divina, que deseaba cumplir la obra que había venido a hacer. Esta opinión es apoyada por muchos. Pero no parece que armonice mucho con el contexto y no es plenamente satisfactoria. La idea más probable parece ser la que me he atrevido a afirmar en la exposición. La expresión “me angustio” tiene el propósito de mostrarnos el ardiente deseo por el que nuestro Señor se veía impulsado a llevar a cabo la obra de nuestra redención. Era como decir: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua!” (Lucas 22:15). Teofilacto y Eutimio apoyaban ambos esta opinión.

V. 51: *[Sino disensión]*. Merece la pena leer las palabras de Burkitt sobre este pasaje: “Nuestro Salvador declara cuál será el acontecimiento y el efecto accidental, pero no la tendencia natural, de su religión. Debemos diferenciar entre el propósito intencional de la venida de Cristo y el acontecimiento accidental de la misma. El propósito intencional de Cristo era plantar, propagar y promover la paz en el mundo. Pero, debido a la codicia y la corrupción de la naturaleza del hombre, el resultado y producto de su venida es la guerra y la división; no es que estos sean los frutos genuinos y naturales del Evangelio, solo son ocasionales y accidentales”.

V. 52: *[Cinco en una familia estarán divididos […]*. No se debe hacer hincapié en las expresiones de este versículo y del siguiente demasiado literalmente. En algunas casas no hay cinco personas; en otras hay muchas más de cinco. En algunas familias donde comienza la obra de la conversión, el padre y el hijo están completamente de acuerdo, y también lo están la madre y la hija. Es manifiesto que las expresiones son proverbiales. La clara lección que pretenden enseñar es que el Evangelio con frecuencia producirá divisiones en las familias, y que hasta dos personas que están muy íntimamente relacionadas pueden resultar extrañas la una para la otra a consecuencia de ser una conversa y la otra no. Que así suele ser es sabido por todos lo que conocen algo la verdadera religión. Pocos creyentes pueden mirar a su alrededor al círculo de parientes y conocidos y no ver sorprendentes ilustraciones de la verdad de la profecía de nuestro Señor en este pasaje. Aunque parezca triste, es un hecho que nada molesta tanto a algunas personas como la conversión de sus parientes.

Lucas 12:54–59

Lo primero que nos enseña este pasaje es *el deber de advertir las señales de los tiempos*. Los judíos de los días de nuestro Señor obviaban este deber. Cerraban sus ojos ante los sucesos más significativos que ocurrían en sus propios días. Rehusaban ver que se estaban cumpliendo a su alrededor profecías que iban ligadas a la venida del Mesías, y que el Mesías mismo estaba en medio de ellos. El cetro había sido quitado de Judá y el legislador quitado de entre sus pies. Las setenta semanas de Daniel se habían cumplido (Génesis 49:10; Daniel 9:24). El ministerio de Juan el Bautista había llamado la atención desde un extremo de la Tierra hasta el otro. Los milagros de Cristo eran grandes, innegables y notables. Pero aún los ojos de los judíos estaban cegados. Aún rehusaban con obstinación creer que Jesús era el Cristo. Y de ahí que nuestro Señor preguntara: "¿Cómo no distinguís este tiempo?".

Corresponde a los siervos de Dios de todos los tiempos observar los acontecimientos públicos de sus propios días y compararlos con las predicciones de las profecías incumplidas. No hay nada encomiable en desconocer la historia contemporánea y ser indiferentes a ella. El verdadero cristiano debe observar la evolución de los gobiernos y las naciones con gran celo y aclamar con alegría la más leve indicación de que el día del Señor se acerca. El cristiano que no ve la mano de Dios en la historia y no cree en el movimiento gradual de todos los reinos hacia la sujeción final a Cristo está tan ciego como el judío.

¿No tenemos señales de los tiempos que observar? La cuestión se responde enseguida. La historia de los últimos setenta años está llena de acontecimientos que requieren la atención en oración de todos los siervos de Cristo. Las cosas que han ocurrido dentro de estos setenta años deberían enviarnos a nuestras atalayas y llevarnos a un profundo examen de nuestro corazón. El surgimiento y progreso de un espíritu misionero entre todas las iglesias protestantes, el amplio interés en los judíos, la evidente decadencia del poder mahometano, la sacudida de los reinos europeos por la Revolución Francesa, la extraordinaria extensión del conocimiento y la educación, el asombroso avivamiento del catolicismo romano, el firme crecimiento de las más sutiles formas de infidelidad, todas estas cosas son hechos que no se pueden negar y que deberían hablar en alta voz a todo cristiano instruido. Sin duda merecen ser consideradas señales de nuestros tiempos.

Recordemos las palabras de nuestro Señor en el pasaje que tenemos ante nosotros y no nos equivoquemos como los judíos. No seamos ciegos, sordos e insensibles a todo lo que Dios está haciendo, tanto en la Iglesia como en el mundo. Las cosas que se nos acaban de recordar, sin duda, no carecen de sentido. No han venido a la Tierra por casualidad o por accidente, sino porque Dios lo quiso. Sin duda son un llamado a velar y a prepararnos para el día de Dios. ¡Tengamos todos oído para oír y corazón para comprender! ¡No durmamos, como hacen muchos, sino que velemos y discernamos nuestros tiempos!

Solemnes palabras las del libro del Apocalipsis: “Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti” (Apocalipsis 3:3).

La segunda cosa que nos enseña este pasaje es *la inmensa importancia de buscar la reconciliación con Dios antes de que sea demasiado tarde*. Esta es una lección que nuestro Señor ilustra por medio de una parábola o comparación. Nos compara con un hombre que se encamina al magistrado junto con el adversario a causa de una diferencia o discusión, y describe el camino que ese hombre debería tomar. Como él, nosotros nos encaminamos a la presencia de un Juez; todos compareceremos ante el tribunal de Dios. Como él, tenemos un adversario: La santa Ley de Dios está contra nosotros y es contraria a nosotros, y sus exigencias deben ser satisfechas. Como él, debemos ser diligentes en arreglar nuestro caso antes de que llegue ante el Juez. Debemos buscar el perdón antes de morir; como él, si dejamos que pase nuestra oportunidad, el juicio caerá sobre nosotros y seremos arrojados a la prisión del Infierno. Ese parece ser el significado de la parábola en el pasaje que tenemos ante nosotros. Es un claro ejemplo del empeño que los hombres deberían poner en preocuparse por el gran asunto de la reconciliación con Dios.

La paz con Dios es, con mucho, lo primero en la religión. Hemos nacido en pecado y somos hijos de ira. No tenemos amor natural hacia Dios. La mente carnal está enemistada con Dios. Es imposible que Dios pueda complacerse en nosotros. “Al malo y al que ama la violencia, su alma los aborrece” (Salmo 11:5). El principal y primer deseo de todo aquel que profesa tener una religión debería ser obtener reconciliación. Hasta que esto se haga, lo demás no importa. No habremos conseguido nada que merezca la pena en el cristianismo hasta que no tengamos paz con Dios. La Ley nos hace culpables. El juicio será, con seguridad, contrario a nosotros. Sin reconciliación, el fin de nuestro viaje en la vida será el Infierno.

La paz con Dios es lo principal que el Evangelio de Cristo ofrece al alma. La paz y el perdón encabezan su lista de privilegios y se ofrecen libremente a todo el que cree en Jesús. Hay Uno que puede liberarnos del adversario. Cristo es el fin de la Ley para justificación de todo aquel que cree. Cristo nos ha redimido de la maldición de la Ley y ha sido hecho por nosotros maldición. Cristo ha anulado el acta de los decretos que había contra nosotros y la ha quitado de en medio clavándola en su Cruz. Justificados por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. No hay condenación para aquellos que están en Cristo Jesús. Lo que reclama nuestro adversario ha quedado plenamente satisfecho por la sangre de Cristo. Ahora Dios puede ser justo y, no obstante, justificar a todo aquel que cree en Jesús. Se ha llevado a cabo una expiación plena. La deuda ha sido completamente pagada. El Juez puede decir: “Líbralo de descender a la fosa, he hallado su rescate” (Job 33:24 LBLA).

Nunca descansemos hasta saber y experimentar que hemos sido reconciliados con Dios. No nos conformemos con ir a la iglesia, participar de los medios de gracia y considerarnos cristianos sin saber si nuestros pecados han sido perdonados y nuestras almas justificadas. Tratemos de saber que somos uno con Cristo y que Cristo está en nosotros, que nuestras iniquidades han sido perdonadas y nuestros pecados cubiertos. Entonces, y solo entonces, podremos descansar en paz y mirar hacia adelante al Juicio sin temor. El tiempo es breve. Estamos viajando hacia un día cuando nuestra suerte para la eternidad estará echada. Seamos diligentes para ser hallados salvos en aquel día. Las almas que estén sin Cristo serán arrojadas a una prisión sin esperanza.

Notas Lucas 12:54–59

V. 54: *[Decía también a la multitud]*. Notemos que la parte final del discurso de nuestro Señor en este capítulo va dirigida especialmente a *la multitud*, y no a los discípulos como en los versículos anteriores. Consiste en una reprensión general de la ceguera de la nación judía por no ver las señales de los tiempos y el cumplimiento de la profecía, y en una exhortación general a buscar reconciliación con Dios antes de que sea demasiado tarde.

[La nube que sale del poniente [...], agua viene]. Recordemos que el mar Mediterráneo está al oeste del territorio judío. Es de allí de donde venía generalmente la lluvia. La “pequeña nube” que subía del mar, la cual vio el siervo de Elías desde el monte Carmelo y que trajo lluvia, es una ilustración de las palabras de nuestro Señor (cf. 1 Reyes 18:44).

V. 55: *[Sopla el viento del sur [...], hará calor]*. Recordemos que el gran desierto del Sinaí y los cálidos desiertos de Arabia están en el sur del territorio judío. Eso explica que los vientos de esta parte lleven calor (cf. Jeremías 4:11–12).

V. 56: *¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo*. El argumento de nuestro Señor parece ser que las señales de su venida como el verdadero Mesías eran tan claras e inteligibles, que no se requería más discernimiento para verlas del que se necesitaba para anticipar el calor o la lluvia por la observación de los cielos y de los vientos. Si los judíos hubieran considerado de forma sincera e imparcial las señales de sus tiempos, no podrían haber evitado la conclusión de que Cristo era el Mesías. La verdad era que no eran honrados en sus preguntas, sino que estaban llenos de prejuicios y eran incrédulos. Por tanto, los llama “hipócritas”.

V. 57: *[Juzgáis por vosotros mismos lo que es justo]*. Debemos tener cuidado de no interpretar este versículo de forma que contradiga otras Escrituras. Nuestro Señor no quiere decir que los judíos podían comprender las cosas espirituales y ver el Reino de Dios por medio de su propio juicio exclusivamente y sin la enseñanza del Espíritu Santo. Su significado es: “¿Por

qué vosotros, simplemente observando lo que ocurre a vuestro alrededor, no os formáis un juicio correcto acerca de mi pretensión de ser recibido como el Mesías y tomáis una decisión correcta sobre los asuntos que se discuten entre mí y vuestros maestros, los escribas y fariseos?".

V. 58: *[Cuando vayas al magistrado con tu adversario [...]*. Merece la pena señalar que el contenido de este versículo y del siguiente se encuentran en el Sermón del Monte en un contexto completamente diferente. Es evidente que nuestro Señor utiliza la misma analogía en dos ocasiones diferentes y con dos aplicaciones completamente distintas. En el Sermón del Monte, las palabras se utilizan para reforzar el gran deber del perdón de las ofensas. En el pasaje que tenemos ante nosotros, el objetivo de nuestro Señor parece ser el de reforzar el solemne deber de buscar la oportuna reconciliación con Dios. La vida es el camino. La Ley de Dios el adversario. Los magistrados representan el Juicio Final. La prisión representa el Infierno. Ciertamente, me parece que esta es la única exposición satisfactoria del pasaje. La otra opción, la de que es solo una repetición de la lección que tenemos en Mateo 5:25, corre el riesgo de que se plantee la seria objeción de cómo es que nuestro Señor concluye un discurso solemne con una introducción, de lo más abrupta, de una cuestión sin relación con el contexto. Por otro lado, insistir a la multitud que le rodea en el gran deber de buscar la reconciliación con Dios antes de que sea demasiado tarde, parece una forma natural de terminar toda la exposición.

Stier comenta: "La mera referencia a hacer las paces con un hermano con quien puedo tener un litigio no sería una evidente conclusión de este discurso (aunque fuese ocasionado por la contención de hermanos acerca de una herencia) y sería reducir la fuerza de los versículos 55–57 a algo muy ajeno a los mismos".

V. 59: *[No saldrás de allí, hasta que hayas pagado]*. El significado de esta expresión es: "Nunca saldrás de allí". Comenta Poole: "Es una señal de que los papistas están lamentablemente faltos de argumentos para demostrar el purgatorio cuando hacen uso de este texto como si hablara de una prisión para las almas de la que hay una salida". Semejante argumento conduce a muchos absurdos si se aplica a otros textos donde se utiliza la expresión "hasta" (cf. Salmo 72:7; 110:1 y Mateo 1:25).

Teofilacto comenta: "Si nos quedamos en prisión hasta que paguemos la última blanca y nunca podremos pagarla, es manifiesto que el castigo eterno es eterno".

Eutimio dice que "esto significa que nunca saldrás de la prisión en absoluto".

Stella, el comentarista español, dice: "El malvado será enviado al Infierno hasta que pague su deuda hasta la última blanca; y, puesto que nunca la pagará, sin duda se quedará allí durante toda la eternidad".

Lucas 13:1–5

El asesinato de los galileos mencionado en el primer versículo de nuestro pasaje es un suceso del que no sabemos nada seguro. Las motivaciones de los que le contaron a nuestro Señor el suceso las dejamos a la imaginación. En cualquier caso, le dieron una oportunidad de hablarles acerca de sus propias almas que Él no dejó pasar. Aprovechó el suceso, como solía hacer, y lo utilizó de forma práctica. Ordenó a sus informantes que miraran en su interior y pensaran en su propia situación delante de Dios. Parece decir: "¿Y qué si estos galileos tuvieron una muerte repentina? ¿Qué tiene que ver con vosotros? Considerad vuestros propios caminos. Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente".

Observemos, por un lado, en estos versículos, *cuánto más dispuesta está la gente a hablar de la muerte de los demás que de la suya propia*. La muerte de los galileos mencionada aquí era, probablemente, asunto general de conversación en Jerusalén y en toda Judea. Bien podemos creer que todas las circunstancias y asuntos referentes a la misma eran discutidas por miles que nunca pensaban en el fin de su propia vida. Es exactamente lo mismo en nuestros días. Un asesinato, una muerte repentina, un naufragio o un accidente ferroviario pueden ocupar la mente de todo un vecindario y estar en boca de todo el que te encuentres. Y, no obstante, a esas mismas personas les desagrada hablar de sus propias muertes y de sus propias expectativas del mundo de ultratumba. Así es la naturaleza humana en todas las épocas. En cuestiones religiosas, los hombres tienen gran tendencia a hablar de los asuntos de cualquiera menos de los suyos propios.

La situación personal de nuestras almas siempre debería ser nuestra primera preocupación. Es eminentemente cierto que el verdadero cristianismo siempre comenzará en casa. El converso siempre pensará primero en su propio corazón, en su propia vida, en sus propios desiertos y en sus propios pecados. ¿Que oye hablar de una muerte repentina? Se dirá a sí mismo: "¿Habría estado preparado si me hubiera ocurrido a mí?". ¿Que oye hablar de un terrible crimen o de un acto malvado? Se dirá a sí mismo: "¿Han sido perdonados *mis* pecados? ¿Me he arrepentido de mis propias transgresiones?". ¿Que oye hablar de hombres mundanos que se precipitan a toda clase de excesos? Se dirá a sí mismo: "¿Quién *me* ha hecho diferente? ¿Quién me ha librado de ese camino sino la gracia gratuita de Dios?". ¡Busquemos siempre ser personas con esta mentalidad! Interesémonos profundamente por todo lo que nos rodea. Sintamos ternura y compasión de todo el que sufre violencia o es llevado por una muerte repentina. Pero nunca olvidemos mirar a nuestro interior y aprender sabiduría para nosotros mismos de todo lo que les ocurre a los demás.

Observemos, por otro lado, en estos versículos, *con cuánta fuerza declara nuestro Señor la necesidad universal de arrepentimiento*. Por

dos veces declara enfáticamente: “Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente”.

La verdad aquí afirmada es uno de los fundamentos del cristianismo. “Todos han pecado y han sido destituidos de la gloria de Dios” (cf. Romanos 3:23). Todos hemos nacido en pecado. Tenemos tendencia a pecar y somos por naturaleza indignos de la amistad con Dios. Hay dos cosas absolutamente necesarias para la salvación de cada uno de nosotros. Debemos arrepentirnos y debemos creer el Evangelio. Sin arrepentimiento hacia Dios y fe hacia nuestro Señor Jesucristo nadie puede ser salvo.

La naturaleza del verdadero arrepentimiento está clara e inequívocamente establecida en la Santa Escritura. Comienza con el conocimiento del pecado. Continúa produciendo tristeza por el pecado. Conduce a la confesión del pecado delante de Dios. Se muestra ante el hombre por medio de una separación radical del pecado. Su resultado es producir un hábito de profundo odio a todo el pecado. Sobre todo, está inextricablemente conectado a una fe viva en el Señor Jesucristo. Un arrepentimiento como este es característico de todos los verdaderos cristianos.

La necesidad de arrepentimiento para la salvación será evidente a todo aquel que busque en las Escrituras y considere la naturaleza del asunto. Sin él no hay perdón de pecados. Nunca ha habido un hombre perdonado que no se haya arrepentido. Nunca ha habido alguien lavado en la sangre de Cristo que no sintiera, lamentara, confesara y odiara sus propios pecados. Sin esto no se es apto para el Cielo: No podríamos ser felices si alcanzáramos el Reino de la gloria con un corazón que amara el pecado. No nos complaceríamos en compañía de los santos y de los ángeles. Nuestras mentes no estarían entonadas para una eternidad de santidad. Que estas cosas penetren profundamente en nuestros corazones. Si queremos ser salvos, debemos arrepentirnos además de creer.

Dejemos este asunto con un profundo examen de conciencia: ¿Nos hemos arrepentido? Vivimos en una tierra cristiana. Pertenecemos a una iglesia cristiana. Tenemos ordenanzas y medios de gracia cristianos. Hemos oído hablar de arrepentimiento con nuestros oídos, y cientos de veces. ¿Pero nos hemos arrepentido? ¿Conocemos verdaderamente nuestra propia pecaminosidad? ¿Nos causan nuestros pecados alguna tristeza? ¿Hemos clamado a Dios por nuestros pecados y buscado el perdón ante el trono de gracia? ¿Hemos dejado de hacer el mal y nos hemos apartado de nuestros malos hábitos? ¿Odiamos cordialmente y de corazón todo lo que es malo? Son preguntas serias. Merecen una seria consideración. El asunto que nos atañe no es trivial. ¡Está en juego nada menos que la vida, la vida eterna! Si morimos sin arrepentirnos y sin un nuevo corazón, mejor sería que no hubiéramos nacido.

Si nunca nos hemos arrepentido, comencemos ahora mismo. Somos

responsables de ello. “Arrepentíos y convertíos” fueron las palabras de Pedro a los judíos que habían crucificado a nuestro Señor (Hechos 3:19). “Arrepiéntete [...] y ruega a Dios” fue el encargo dirigido a Simón el mago cuando estaba “en hiel de amargura y en prisión de maldad” (Hechos 8:22–23). Todo nos incita a comenzar. Cristo nos invita. Tenemos las promesas de la Escritura. Abundan en la Palabra declaraciones gloriosas de la disposición de Dios a recibirnos. “Habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente” (Lucas 15:7). Levantémonos, pues, e invoquemos a Dios. No esperemos a arrepentirnos.

Si ya nos hemos arrepentido en el pasado, continuemos arrepintiéndonos hasta el fin de nuestras vidas. Siempre habrá pecados que confesar y flaquezas que deplorar mientras estemos en el cuerpo. Arrepintámonos más profundamente y humillémonos más plenamente cada año. Que cada año que cumplamos odiemos más el pecado y amemos más a Cristo. Dijo un antiguo santo: “Espero llevar mi arrepentimiento hasta la puerta misma del Cielo”.

Notas Lucas 13:1–5

V. 1: *[Los galileos cuya sangre [...]*. No sabemos nada acerca del suceso aquí mencionado. Josefo habla de la matanza de ciertos samaritanos por Pilato en el monte Gerizim. Pero parece que fueron rebeldes y fanáticos y que murieron en batalla. Es mucho más probable que el caso mencionado por nuestro Señor fuera el de ciertos galileos que subieron a Jerusalén a adorar y fueron asesinados por soldados de Pilato en un tumulto popular.

V. 2: *[Pensáis que [...] eran más pecadores que todos]*. Es evidente que los informantes de nuestro Señor estaban inmersos en la opinión popular de que las muertes repentinas eran juicios especiales, y que si un hombre moría de repente debía de haber cometido un pecado especial. Nuestro Señor les hace comprender que esta opinión era un mero engaño carente de base. No tenemos derecho alguno a concluir que Dios está enojado con un hombre por el hecho de que le arranque repentinamente del mundo.

Ford nos ofrece una cita de Perkins que merece ser leída: “La opinión general es que, si un hombre muere tranquilamente y se va como un cordero (lo que en alguna enfermedad, como la tisis, puede ocurrir), entonces va directamente al Cielo. Pero si la virulencia de la enfermedad lleva a la impaciencia y produce un comportamiento desquiciado, entonces los hombres solían decir que era un juicio de Dios para desenmascarar al hipócrita o atormentar al hombre malvado. Pero la verdad es otra. Puede que un hombre muera como un cordero y, sin embargo, vaya al Infierno; y puede que otro muera en medio de grandes tormentos y de un extraño comportamiento del cuerpo y vaya al Cielo” (Perkins: *Salve for a sick Man*).

V. 3: *[Todos pereceréis igualmente]*. Es muy probable que estas palabras fueran pronunciadas con un significado profético, y que nuestro Señor tuviera

en mente la tremenda matanza de judíos por parte del Ejército romano bajo Tito que tendría lugar pocos años después con el sitio de Jerusalén.

V. 4: *[Aquellos dieciocho […] en Siloé]*. No sabemos nada de la circunstancia que menciona aquí nuestro Señor. Es probable que hiciera referencia a algún acontecimiento reciente y que fuera tema común de conversación entre los moradores de Jerusalén, igual que un gran accidente lo es entre nosotros en la actualidad.

La palabra traducida como "pecadores" significa en este versículo literalmente "deudores".

V. 5: *[Si no os arrepentís]*. La repetición de esta frase muestra la importancia general del arrepentimiento y la gran necesidad del mismo que tenían los judíos. Ford cita unas palabras de Philip Henry que merece la pena leer: "A algunas personas no les gusta oír mucho acerca del arrepentimiento. Pero yo creo que es tan necesario que me gustaría que, de morir en el púlpito, fuera predicando acerca del arrepentimiento; y de morir fuera del púlpito fuera practicándolo".

Lucas 13:6–9

La parábola que acabamos de leer nos lleva especialmente a la humildad y al examen de conciencia. El cristiano que puede escucharla y no sentir tristeza y vergüenza al mirar la situación de la cristiandad debe de tener su alma en un estado muy poco saludable.

En este pasaje aprendemos, en primer lugar, que *donde Dios concede privilegios espirituales espera un fruto en proporción*.

Nuestro Señor enseña esta lección al comparar a la Iglesia judía de sus días con una "higuera plantada en su viña". Esa era exactamente la situación de Israel en el mundo. Estaban separados de otras naciones por las leyes y ordenanzas mosaicas, además de por la situación de su tierra. Habían sido favorecidos con revelaciones de Dios que no se les habían otorgado a otros pueblos. Se habían hecho por ellos cosas que nunca se habían hecho por Egipto, Nínive, Babilonia, Grecia o Roma. Lo justo y lo correcto era dar fruto de alabanza a Dios. Parecía razonable esperar que hubiera más fe, penitencia, santidad y piedad en Israel que entre los paganos. Esto es lo que Dios buscaba. El propietario de la higuera "vino a buscar fruto".

Pero, si deseamos obtener todos los beneficios de la parábola que tenemos ante nosotros, no debemos quedarnos en la Iglesia judía. Debemos mirar a las iglesias cristianas. Tienen luz, verdad, doctrinas y preceptos de los cuales los paganos nunca han oído. ¡Cuán grande es su responsabilidad! ¿No es justo y correcto que Dios espere de ellos

“fruto”? Debemos examinar nuestros propios corazones. Vivimos en una tierra de Biblias, libertad y predicación del Evangelio. ¡Cuán grandes son las ventajas de que disfrutamos comparadas con las de los chinos o los hindúes! Nunca olvidemos que Dios espera de nosotros que demos “fruto”.

Estas son verdades solemnes. Pocas cosas olvidan tanto los hombres como la estrecha relación entre el privilegio y la responsabilidad. Estamos muy dispuestos a comer carne y beber bebidas dulces, a disfrutar del sol de nuestra posición como cristianos y como ingleses, y hasta a reservarnos unos cuantos pensamientos de lástima para los salvajes medio desnudos que se inclinan ante troncos y piedras. Pero somos muy lentos en recordar nuestra responsabilidad ante Dios por todo lo que disfrutamos y que, a quien mucho se le da, mucho se le pide. Despertemos nuestro sentimiento de estas cosas. Somos la nación más favorecida de la Tierra. Somos ciertamente “una higuera plantada en una viña”. No olvidemos que el gran Maestro busca “fruto”.

En este pasaje aprendemos, en segundo lugar, que *es algo muy peligroso estar sin fruto disfrutando de grandes privilegios religiosos*.

La forma en que nuestro Señor nos transmite esta lección es profundamente impresionante. Nos muestra la queja del dueño de la viña estéril porque no da fruto: “He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo”. Describe su orden de destruir el árbol por considerarlo inútil y perjudicial para la tierra: “Córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra?”. Presenta al viñador intercediendo por la higuera, para que la mantenga un poco más de tiempo: “Señor, déjala aún este año”. Y concluye la parábola poniendo estas palabras de notable tenor en boca del viñador: “Si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después”.

Tenemos aquí una clara advertencia para todos las iglesias que profesan a Cristo. Si quienes las ministran no enseñan sana doctrina y sus miembros no viven vidas santas, están en inminente peligro de destrucción. Dios las observa cada año y considera sus caminos. Quizá abunden en religión ceremonial. Quizá estén cubiertas de hojas de formas, cultos y ordenanzas. Pero, si carecen de los frutos del Espíritu, son consideradas inútiles y perjudiciales para el terreno. A no ser que se arrepientan, serán cortados. Así ocurrió con la Iglesia judía cuarenta años después de la ascensión de nuestro Señor. Ha sido así desde entonces con las iglesias africanas. Y me temo que así será también con otras muchas antes de que llegue el fin. El hacha está cerca de la raíz de muchas iglesias que no dan fruto. La sentencia se cumplirá: “Córtala”.

Hay otra clara advertencia en este pasaje para todos los cristianos no convertidos. Hay muchos en cada congregación que escuchan el Evangelio y que están colgando, literalmente, al borde del abismo. Han vivido duran te años en la mejor parte de la viña de Dios y, sin

embargo, no dan fruto. Han escuchado el Evangelio predicado con fidelidad durante cientos de domingos y, sin embargo, no lo han abrazado, ni han tomado la Cruz y seguido a Cristo. Quizá no se precipiten al pecado manifiesto. Pero no hacen nada para la gloria de Dios. No hay nada positivo en su religión. De cada uno de estos, el Señor de la viña podría decir con razón: “He aquí, hace [muchos] años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra?”. Hay miles de respetables cristianos profesantes en esta situación. No tienen la más mínima idea de lo cerca que están de la destrucción. Nunca nos olvidemos de que conformarnos con sentarnos en la congregación y escuchar sermones, sin dar fruto en nuestras vidas, es una conducta muy ofensiva para Dios. Le obliga a cortarnos bruscamente y sin remedio.

Por último, aprendemos de esta parábola *la infinita deuda que todos tenemos contraída con la misericordia de Dios y la intercesión de Cristo*. Parece imposible extraer otra lección del fervoroso ruego del viñador: “Señor, déjala aún este año”. Evidentemente vemos aquí, como en un espejo, el amor bondadoso de Dios y la mediación de Cristo.

La misericordia ha sido considerada en verdad el atributo más querido de Dios. El poder, la justicia, la santidad, la sabiduría y la inmutabilidad forman todos parte del carácter de Dios y han sido manifiestos al mundo de miles de formas, tanto en sus obras como en su Palabra. Pero, si hay un atributo que le agrada exhibir al hombre más claramente que otros, sin duda es la misericordia. Es un Dios que “se deleita en misericordia” (Miqueas 7:18).

La misericordia fundada en la mediación de un Salvador futuro fue la causa por la que Adán y Eva no fueron arrojados al Infierno el día en que cayeron. La misericordia ha sido la causa por la que Dios ha soportado durante tanto tiempo a un mundo cargado de pecado y por la que no ha venido el Juicio. La misericordia es, aún ahora, la causa por la que los pecadores inconversos son preservados durante tanto tiempo y no son cortados en sus pecados. Probablemente no tenemos la más mínima idea de lo mucho que debemos a la paciencia de Dios. El día final se demostrará que toda la Humanidad es deudora a la misericordia de Dios y a la mediación de Cristo. Aun aquellos que se pierden, finalmente descubrirán, para su vergüenza, que por la misericordia de Dios no fueron consumidos mucho antes de morir. Como para aquellos que son salvos, la misericordia del pacto será su alegato.

Ahora bien, ¿tenemos fruto o no? Esta, al fin y al cabo, es la pregunta que más nos concierne. ¿Qué ve Dios en nosotros año tras año? Tengamos cuidado de vivir de tal forma que Él pueda ver fruto en nosotros.

Notas Lucas 13:6–9

V. 6: *[Tenía un hombre una higuera [...]*. No cabe duda de que el primer objetivo de nuestro Señor en esta parábola era mostrar el peligro en que estaba la Iglesia y la nación judía en el tiempo cuando Él habló. Merece la pena comentar que la higuera estéril de la que dijo nuestro Señor que nadie comería fruto de ella (Marcos 11:13) sería un símbolo de la Iglesia judía. Pero la aplicación primaria de esta parábola no debe ocultar la secundaria. También iba dirigida a los individuos, así como a la Iglesia judía

V. 7: *[Hace tres años]*. El significado de estos "tres años" ha producido muchas conjeturas por parte de los comentaristas. Gregorio piensa que los tres años representan los tiempos de Israel antes de la Ley, en la Ley y después de la Ley. Ambrosio cree que se refieren a los tiempos de la Ley natural, la Ley escrita y la Ley evangélica. Teofilacto los aplica a los tiempos de la infancia, la juventud y la ancianidad. Stella los explica con el significado de los tiempos anteriores a la cautividad babilónica, los tiempos después del retorno de Babilonia y los tiempos de la Primera Venida de nuestro Señor. Otros los aplican a los tres años de ministerio terrenal de nuestro Señor. Suponiendo que alguno de estos sentidos es cierto, a mí el último es el que me parece más probable. Se puede cuestionar seriamente, no obstante, si nuestro Señor tenía alguno de estos significados en mente cuando contó esta parábola, y si no debemos considerar los "tres años" como sencillamente una circunstancia accesoria de la historia cuya interpretación no se debe llevar demasiado lejos.

[Inutiliza]. La palabra griega así traducida significa "hacer inservible", "no causar efecto alguno", "destruir", "convertir en nada", "suprimir".

Esta expresión pretendía enseñarnos probablemente la profunda lección de que los miembros de la Iglesia de Dios que no dan fruto no solo están haciéndose daño a sí mismos y poniendo en peligro sus almas. Hacen daño a la Iglesia en general y daño público. La idea tan común de que una persona inconversa "no hace daño", que no es enemiga de otros sino de sí misma y cosas parecidas, es un triste engaño humano sin base en la Escritura. No dar fruto es hacer inservible el suelo. Siempre estamos causando un bien o un mal.

V. 8: *[Señor, déjala [...]*. Quién es el viñador, quién intercede así, es una cuestión sobre la cual se han dado amplias y extrañas diferencias de opinión. Agustín dice que se refiere a todos los santos, porque todos interceden. Ambrosio y Stella, que se refiere a los Apóstoles. Jerónimo, que se refiere a Miguel y Gabriel, los arcángeles, quienes tenían a su cargo en especial la sinagoga judía. Alford piensa que hace referencia al Espíritu Santo. Todas estas interpretaciones me parecen incorrectas. La idea más probable es la de Eutimio y Teofilacto, quienes consideran que el viñador intercesor simboliza a Cristo mismo. Matthew Henry dice exactamente "que si no hubiera sido por la intercesión de Cristo, todo el mundo habría sido talado".

[Hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone]. Esta parte de la parábola se refiere a los extraordinarios medios que se utilizan con la Iglesia judía en el último período de su existencia con el fin de despertar su

arrepentimiento.

V. 9: *[La cortarás después]*. Es muy probable que se descubra en el día final que todos los miembros inconversos de la Iglesia de Cristo habrán tenido su tiempo especial de visitación y habrán sido cuidados y "cavados" por la especial providencia en algún período de sus vidas. De ahí que se demuestre que su condenación final será justa.

El talado final del árbol de la Iglesia judía fue, sin duda, más acelerado por su obstinado rechazo de todos los mensajes que Dios les envió en los cincuenta años inmediatamente precedentes de la destrucción de Jerusalén por el ministerio de Juan el Bautista, de nuestro Señor mismo y de los Apóstoles. Si alguna vez hubo una higuera preservada durante largo tiempo, cavada con paciencia y en la que se han utilizado toda clase de medios para que fuera fructífera, esa ha sido la Iglesia judía.

Lucas 13:10–17

Vemos en estos versículos un *sorprendente ejemplo de diligencia en el uso de los medios de gracia*. Se nos habla de "una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar". Desconocemos quién era aquella mujer. Las palabras de nuestro Señor en cuanto a que era una "hija de Abraham" nos llevarían a inferir que era una verdadera creyente. Pero su nombre y su historia se nos ocultan. Solo sabemos que, cuando Jesús estaba enseñando "en una sinagoga en el día de reposo", esta mujer estaba allí. La enfermedad no era una excusa para que ella se ausentara de la casa de Dios. A pesar de sus sufrimientos y de su enfermedad, acudía al lugar donde se honraban el día de Dios y su Palabra y donde el pueblo de Dios se reunía. ¡Y, ciertamente, recibió bendición de su actuación! Encontró una rica recompensa por todos sus dolores. Fue con tristeza y regresó regocijándose.

La conducta de esta judía que sufría bien puede avergonzar a muchos que profesan ser cristianos y que son fuertes y rebosan salud. ¡Cuántos que disfrutan de vigor corporal presentan las más frívolas excusas para no acudir a la casa de Dios! ¡Cuántos invierten constantemente el domingo en la holgazanería, en la búsqueda del placer, en los negocios y en burlarse y reírse de aquellos que guardan el día de reposo para santificarlo! ¡Cuántos piensan que es algo importante asistir al culto de adoración a Dios una vez el domingo y consideran el asistir por segunda vez un exceso innecesario próximo al fanatismo! ¡Cuántos encuentran los cultos religiosos aburridos cuando

asisten y se sienten liberados cuando terminan! ¡Cuán pocos conocen algo del espíritu de David cuando dijo: “Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos”. “¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos!” (Salmo 122:1; Salmo 84:1).

¿Pero cuál es la explicación de todo esto? ¿Cuál es la razón de que tan pocos sean como la mujer de quien leemos aquí? La respuesta a estas preguntas es breve y sencilla. La mayoría no tienen un corazón para el servicio a Dios. No se deleitan en la presencia de Dios o en el día de Dios. “La mente carnal es enemistad contra Dios” (Romanos 8:7). En el momento en que el corazón de un hombre se convierte, esas supuestas dificultades para asistir al culto se desvanecen. El corazón nuevo no encuentra problemas para santificar el día de reposo. Cuando hay voluntad, siempre hay un camino.

Nunca olvidemos que nuestros sentimientos hacia los días de reposo son pruebas seguras de la situación de nuestras almas. El hombre que no encuentra placer en entregarle a Dios un día de la semana manifiesta que no es adecuado para el Cielo. El Cielo en sí no es nada más que un día de reposo eterno. Si no podemos disfrutar de unas cuantas horas en el culto a Dios una vez a la semana en este mundo, está claro que no podremos disfrutar de una eternidad a su servicio en el mundo venidero. ¡Felices aquellos que caminan en los pasos de la mujer de la que leemos hoy! Encontrarán a Cristo y bendición mientras vivan y a Cristo y su gloria cuando mueran.

Vemos, en segundo lugar, en estos versículos, *el poder todopoderoso de nuestro Señor Jesucristo*. Se nos dice que, cuando vio a la mujer enferma de la que leemos aquí, “la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella”. Aquel toque fue acompañado por un poder sanador milagroso. Inmediatamente, una enfermedad de dieciocho años de duración cedió ante el Señor de la Vida: “Ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios”.

Sin duda, este tremendo milagro tenía el propósito de dar esperanza y consuelo a las almas enfermas. Con Cristo nada es imposible. Puede suavizar los corazones que parecen duros como piedras de molino. Puede doblegar voluntades inquebrantables que durante “dieciocho años” hayan estado entregadas al placer, al pecado y al mundo. Puede capacitar a pecadores que durante largo tiempo hayan estado absortos en las cosas terrenales para que miren hacia arriba al Cielo y vean el Reino de Dios. Nada es demasiado difícil para el Señor. Él puede crear, transformar, renovar, quebrantar, edificar y avivar con poder irresistible. Quien formó el mundo de la nada vive y nunca cambia.

Aferrémonos a esta bendita verdad y nunca la dejemos escapar. No nos desesperemos por nuestra propia salvación. Quizá nuestros pecados sean innumerables. Quizá hayamos desperdiciado nuestras vidas durante mucho tiempo en cosas mundanas y necedades. Quizá hayamos perdido nuestra juventud en excesos que corrompen el alma,

de los que estamos terriblemente avergonzados. ¿Pero deseamos acudir a Cristo y encomendar nuestras almas a Él? Si es así, hay esperanza. Él puede sanarnos por completo y decir: “Eres libre de tu enfermedad”. Nunca nos rindamos en cuanto a la salvación de los demás mientras estemos vivos. Nombrémoslos delante del Señor noche y día y clamemos a Él a su favor. Quizá tengamos parientes cuyos casos parezcan desesperados a causa de su maldad. Pero eso no es cierto. Con Cristo no hay casos incurables. Si Él pusiera su mano sanadora sobre ellos, se enderezarían y glorificarían a Dios. Continuemos orando sin desmayar. Las palabras de Job son dignas de toda mención: “Yo conozco que todo lo puedes” (Job 42:2). Jesús “puede salvar hasta al más lejano”.

Por último, en estos versículos, vemos *la correcta observancia del día de reposo afirmada y defendida por nuestro Señor Jesucristo*. El principal de la sinagoga en la que fue sanada esta mujer consideró que se había hecho mal por quebrantar el día de reposo. Se hizo acreedor de una severa pero justa recompensa: “Hipócrita, ¿no desata cada uno de vosotros en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber?”. Si estaba permitido atender a las necesidades de los animales en el día de reposo, ¡cuánto más a las de las criaturas humanas! Si no se quebrantaba el cuarto mandamiento por mostrar bondad hacia los bueyes o los asnos, mucho menos por mostrar bondad a una hija de Abraham.

El principio aquí establecido por nuestro Señor es el mismo que encontramos en otros lugares de los Evangelios. Nos enseña que el mandamiento de “no hacer ninguna obra” en el día de reposo no pretendía prohibir obras para paliar la necesidad o hacer misericordia. El día de reposo fue hecho para el beneficio del hombre y no para su mal. Fue señalado para promover los mejores y más elevados intereses del hombre, y no para prohibirle algo que es verdaderamente para su bien. No requiere nada más que lo que es razonable y sabio. No prohíbe nada que sea verdaderamente necesario para el consuelo del hombre.

Oremos por una interpretación correcta de la ley del día de reposo. De todos los mandamientos que Dios ha dado, ninguno es más esencial para la felicidad del hombre y ninguno es tan frecuentemente tergiversado, maltratado y pisoteado. Establezcamos para nosotros dos reglas especiales para la observancia del día de reposo. Por un lado, no hagamos obra alguna que no sea absolutamente necesaria. Por otro lado, guardemos el día “santo” y entreguémoselo a Dios. Nunca nos desviemos de estas dos reglas. La experiencia muestra que hay una estrecha relación entre la santificación del día de reposo y un cristianismo saludable.

Notas Lucas 13:10–17

V. 11: *[Espíritu de enfermedad]*. Dejamos a la imaginación la naturaleza de la enfermedad de esta mujer. Parece que se trataba de alguna dolencia misteriosamente relacionada con la posesión por un espíritu inmundo y causada por él. No hay otro caso exactamente como este en el Nuevo Testamento.

V. 12: *[La llamó]*. Notemos que este milagro fue uno de aquellos que nuestro Señor obró sin que se le solicitara ni se le preguntara. La viuda de Naín es otro ejemplo. En ambos casos, la persona a quien se le mostró bondad era una mujer.

Hay algunos comentarios muy bellos en el comentario de Stella sobre este pasaje. Él observa que es un ejemplo sobresaliente del amor de nuestro Señor y de su compasión hacia los pecadores. Si Él hace tanto por una persona, cuando no se le solicita, cuánto más no hará por aquellos que claman a Él en oración.

V. 14: *[Seis días hay]*. La amargura y el sarcasmo de estas tristes palabras son muy destacables. La vista misma de un milagro que debería haber convencido al gobernador de la sinagoga de que Jesús era el Mesías parece haber ocasionado toda la corrupción de su corazón. Lo mismo podemos ver a menudo en algunos inconversos. Cuanto más se acerca a ellos el Reino de Dios, más amargados y enfadados están.

[Se debe trabajar]. Notemos que una traducción más literal de la expresión griega así traducida sería “es conveniente o adecuado trabajar”.

Stella observa que había una sorprendente similitud entre el carácter de este principal de la sinagoga y el de muchos de los prelados y jueces de sus propios días. Con frecuencia pretendían tener gran celo por la causa religiosa y perseguían a cualquiera que les ofendiera. Pero este celo, en realidad, solo era por su propia dignidad y oficio, y no para la gloria de Dios.

V. 16: *[Hija de Abraham]*. Creo que esta expresión hace muy probable que la mujer a quien sanó nuestro Señor fuera una verdadera creyente. Cuando Zaqueo se convirtió, nuestro Señor dijo: “Él también es hijo de Abraham” (Lucas 19:9). Considerar que esa expresión solo significa “hija de Abraham según su descendencia natural, una judía” me parece una interpretación débil e insatisfactoria.

[Satanás había atado]. Esta expresión es importante. Parece indicar que Satanás tiene un poder permisivo para causar enfermedades y dolencias corporales. Se debería comparar con los dos primeros capítulos de Job y con la expresión de S. Pablo: “El tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne” (1 Corintios 5:5).

Lucas 13:18–21

Hay un interés especial en las dos parábolas contenidas en estos versículos. Las vemos mencionadas dos veces por nuestro Señor y en dos períodos diferentes de su ministerio. Este hecho aislado ya debería hacernos prestar la mayor atención a las lecciones que transmiten las parábolas. Se descubrirá que son ricas tanto en verdades proféticas como experimentales.

La parábola del grano de mostaza nos muestra *el progreso del Evangelio en el mundo*.

El Evangelio en sus inicios era extremadamente pequeño. Era como el grano de mostaza sembrado en el huerto. Era una religión que al principio parecía tan débil, desamparada e impotente que no podría sobrevivir. Su primer fundador fue Alguien que había sido pobre en este mundo y acabó su vida sufriendo la muerte de un malhechor en la Cruz. Sus primeros partidarios fueron un pequeño grupo cuyo número probablemente no superaba los 1000 cuando el Señor Jesús dejó el mundo. Sus primeros predicadores fueron unos cuantos pescadores y publicanos en su mayoría indoctos e ignorantes. Su punto de partida inicial fue un rincón despreciado de la tierra llamada Judea, una insignificante provincia tributaria del gran Imperio de Roma. Su primera doctrina estaba eminentemente calculada para ocasionar la enemistad del corazón natural. Cristo crucificado era para los judíos una piedra de tropiezo y para los griegos una locura. Sus primeros movimientos llevaron a sus amigos a una persecución procedente de todas partes. Fariseos y saduceos, judíos y gentiles, idólatras ignorantes y filósofos engreídos, todos estaban de acuerdo en su odio y oposición al cristianismo. Era una secta de la que en todas partes se hablaba en contra. Estas no son afirmaciones huecas. Son simples hechos históricos que nadie puede negar. Si ha habido alguna vez una religión que fuera un pequeño grano de mostaza en su comienzo, esta fue el Evangelio.

Pero el progreso del Evangelio después de ser sembrada la semilla en la tierra fue grande, firme y continuo. El grano de mostaza sembrado “creció, y se hizo árbol grande”. A pesar de la persecución, la oposición y la violencia, el cristianismo se extendió y creció gradualmente. Año tras año, sus adherentes se hicieron muy numerosos. Año tras año, la idolatría se fue extinguiendo ante él. Ciudad tras ciudad, y país tras país, recibieron la nueva fe. Se fue formando una iglesia tras otra casi en cada lugar de la Tierra entonces conocida. Aparecieron un predicador tras otro, y un misionero tras otro vinieron a ocupar el lugar de los que murieron. Los emperadores romanos y los filósofos paganos, unas veces por la fuerza y otras por medio de argumentos, trataron en vano de frenar el progreso del cristianismo. Como si hubieran tratado de frenar las riadas de diluvio o

la salida del sol. En pocos siglos, la religión del despreciado nazareno, la religión que comenzó en el Aposento Alto de Jerusalén, había invadido el mundo civilizado. Era profesada casi por toda Europa, por gran parte de Asia y por toda la parte norte de África. Las palabras proféticas de la parábola que tenemos ante nosotros se cumplieron literalmente: La semilla del grano de mostaza sembrada "se hizo árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas". El Señor Jesús dijo que así sería y así ocurrió.

Aprendamos en esta parábola a no desanimarnos en nuestra obra para Cristo porque sus comienzos sean débiles y pequeños. A primera vista puede parecer altamente improbable que un simple ministro en medio de miles de paganos salvajes y un sencillo reformador en medio de una Iglesia caída y corrupta hagan cada uno de ellos algo bueno. A los ojos del hombre, la obra puede parecer demasiado grande y los instrumentos empleados muy poco idóneos para ello. Nunca cedamos ante estos pensamientos. Recordemos la parábola que tenemos ante nosotros y tomemos aliento. Cuando el deber está claro, no debemos comenzar a contar números ni hablar con carne y sangre. Debemos creer que alguien que tiene la semilla viva de la verdad de Dios de su parte, como Lutero o Knox, puede poner boca abajo a toda una nación. Si Dios está con alguien, nadie podrá prevalecer contra él. A pesar de hombres y demonios, la semilla que él siembra dará lugar a un gran árbol.

La parábola de la levadura nos muestra *el progreso del Evangelio en el corazón del creyente*.

Los comienzos de la obra de gracia en un pecador son, por lo general, extremadamente pequeños. Es como la mezcla de la levadura con la masa. Una simple frase de un sermón o un sencillo versículo de la santa Escritura, una palabra de represión de un amigo o un comentario religioso casual que se acierta a oír, un tratado entregado por un extraño, un insignificante acto de bondad recibido por parte de un cristiano, alguna de estas cosas es a menudo el punto de partida en la vida de un alma. Los primeros actos en la vida espiritual suelen ser extremadamente pequeños, tan pequeños que durante mucho tiempo no son conocidos excepto por aquel que es sujeto de los mismos, e inclusive sin que los comprenda plenamente. Pensar seriamente y tener remordimientos, un deseo de orar de verdad y no formalmente, una decisión de comenzar a leer la Biblia en privado, un acercamiento a los medios de gracia, un creciente interés en la religión, un creciente desagrado por los malos hábitos y las malas compañías; estas cosas, o algunas de ellas, suelen ser los primeros síntomas de que la gracia comienza a cambiar el corazón del hombre. Son síntomas que quizá los hombres del mundo no perciban y los creyentes ignorantes desdeñen y que hasta pueden llevar a error a los viejos cristianos. Pero con frecuencia son los primeros pasos en la gran obra de la conversión. Son a menudo la "levadura" de gracia que obra en un corazón.

Una vez que la obra de gracia comienza en el alma, nunca se detendrá. Gradualmente leudará toda la masa. Como la levadura una vez introducida, ya nunca se puede separar de aquello con lo que es mezclada. Poco a poco influirá en la conciencia, en las emociones, en la mente y en la voluntad hasta que toda la persona sea afectada por su poder y tenga lugar una verdadera conversión a Dios. En algunos casos, sin duda, el progreso es más rápido que en otros. En algunos casos, el resultado es mucho más claramente marcado y determinante que en otros. Pero, donde comience una verdadera obra del Espíritu Santo en el corazón, todo el carácter será antes o después leudado y transformado. Los gustos del hombre cambian. Toda la predisposición de su mente se vuelve diferente: “Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). El Señor Jesús dijo que sería así, y toda la experiencia muestra que así es.

Aprendamos de esta parábola a nunca menospreciar “el día de las pequeñeces” en la religión (Zacarías 5:11). El alma debe gatear antes de poder caminar, y caminar antes de poder correr. Si vemos aparecer en un hermano algún síntoma de la gracia, por muy débil que sea, demos gracias a Dios y tengamos esperanza. La levadura de la gracia una vez plantada en su corazón leudará toda la masa: “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6).

Preguntémonos si la gracia está obrando en nuestros propios corazones. ¿Descansamos satisfechos con vagos deseos y vagas convicciones? ¿O sabemos algo de un proceso gradual, creciente, extensivo y cada vez mayor de leudado en nuestro hombre interior? No nos conformemos con lo primero. La verdadera obra del Espíritu Santo nunca quedará interrumpida. Leudará toda la masa.

Notas Lucas 13:18–21

V. 19: *[Como un grano de mostaza]*. Algunos piensan que el grano de mostaza aquí se refiere a Cristo mismo, quien murió y fue sepultado en un jardín, y alega en favor de esta opinión el texto siguiente: “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:24).

Soy incapaz de ver este sentido en la parábola. Las palabras son claras y evidentes. Es el “Reino de Dios” el que es como la semilla.

[Se hizo árbol grande]. El crecimiento del grano de mostaza hasta convertirse en un árbol de un tamaño comparativamente grande no resulta extraño si recordamos la rapidez con que crece la vegetación en un clima cálido. El *Lexicon* de Parkhurst menciona sobre la palabra griega traducida como “grano de mostaza” diversos hechos que demuestran la exactitud de las palabras de nuestro Señor.

[Las aves del cielo anidaron [...]. Muchos piensan que esta expresión tenía el propósito de indicar la corrupción que se introduciría en la Iglesia de Cristo cuando se convirtiera en un gran cuerpo y fuera favorecida por los poderes de este mundo. Posiblemente la idea sea cierta, aunque me parece más probable que la circunstancia solo se mencione con el fin de mostrar el tamaño del árbol.

Se debe advertir que no hay nada en esta parábola que justifique la idea de que la Iglesia visible se incrementará gradualmente hasta que todo el mundo se convierta. No se dice que el árbol de la mostaza dé buen fruto y nunca sea cortado. La lección que se enseña es sencillamente que, a partir de un comienzo pequeño, la Iglesia visible de Cristo llegará a ser muy grande.

V. 21: *[Es semejante a la levadura]*. Muchos piensan que, en esta parábola, nuestro Señor, al hablar de la levadura se refería a un principio malvado y corrupto, y que el objeto de la parábola era describir la silenciosa entrada y el rápido crecimiento de la corrupción y de la falsa doctrina en la Iglesia de Cristo. En defensa de esta opinión hay que alegar que la palabra "levadura" siempre se utiliza como símbolo de algo malo. La doctrina de los fariseos y los saduceos, por ejemplo, se denomina "levadura".

No puedo en absoluto considerar correcta esta idea.

Por un lado, me parece muy improbable que nuestro Señor contara dos parábolas de una vez comenzando ambas con la expresión "el reino de Dios" y comparando este Reino en un caso con algo saludable y próspero y en otro con algo venenoso y corruptor. En mi opinión, su objetivo en ambas parábolas parece ser uno solo. Si se hubiera referido al "mal" al hablar de la levadura, sin duda habría dicho: "¿Y a qué compararé el reino del maligno?".

Por otro lado, no veo fuerza en la objeción de que la "levadura" se utiliza generalmente como símbolo de lo malo y, por tanto, así hay que utilizarlo aquí. No veo por qué la palabra ha de vincularse con tanta fuerza únicamente a un símbolo del mal y por qué no puede ser, en este caso, un símbolo del bien.

El cabrito del capítulo 25 de Mateo simboliza al malo; pero, en el Antiguo Testamento, es un animal puro y apropiado para ser utilizado en algunos sacrificios igual que los corderos. La serpiente se considera, por lo general, un símbolo del mal. Nuestro Señor llama "serpientes" a los fariseos. Pero, sin embargo, en otro lugar les dice a sus discípulos que sean astutos como serpientes. En resumen, yo creo que la misma palabra se puede utilizar en un lugar como figura de lo bueno y en otro como figura de lo malo. En algunos lugares, la levadura ciertamente significa "las falsas doctrinas". Creo que, en el pasaje que tenemos ante nosotros, hace referencia a la gracia.

Stella apoya esta opinión con citas de Agustín y de Gregorio.

[Una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina]. Hay algunos que ven significados alegóricos en la "mujer", en el número "tres" y en la "harina". Me limito a expresar mi propia convicción de que estos significados no estaban en la mente de nuestro Señor cuando fue relatada la parábola. Él pretendía transmitir una gran verdad. Esa verdad era el pequeño inicio de la obra de la gracia en el corazón y la influencia que produce gradualmente en toda la persona. Adhirámonos a esta opinión.

Lucas 13:22–30

En estos versículos vemos que *se plantea una importante pregunta*. Se nos dice que alguien le dijo a nuestro Señor: “¿Son pocos los que se salvan?”.

Desconocemos quién preguntó algo así. Quizá fuera un judío farisaico acostumbrado a creer que no había esperanza para los incircuncisos ni salvación para nadie que no fuera hijo de Abraham. Quizá fuera un holgazán frívolo respecto a la religión que estaba siempre perdiendo el tiempo en preguntas curiosas y especulativas. En cualquier caso, todos debemos coincidir en que planteó una pregunta de profunda y trascendental importancia.

Aquel que desee conocer el número de salvos en la presente dispensación solo ha de volverse a la Biblia y su curiosidad quedará satisfecha. Leerá en el Sermón del Monte las solemnes palabras: “Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:14). Solo tiene que mirar a su alrededor y comparar los caminos de la mayoría con la Palabra de Dios y pronto llegará a la conclusión, si es honrado, de que los salvos son pocos. Es una conclusión terrible. Nuestras almas se alejan de ella por naturaleza. Pero la Escritura y los hechos se combinan para hacernos callar en cuanto a eso. A los hombres se les ofrece la salvación hasta lo más remoto. Todas las cosas han sido dispuestas por parte de Dios. Cristo está dispuesto a recibir a los pecadores; pero los pecadores no están dispuestos a venir a Cristo. Y de ahí que pocos se salven.

Vemos en estos versículos, en segundo lugar, *que se da una impresionante exhortación*. Se nos dice que, cuando a nuestro Señor Jesucristo se le preguntó si serían pocos los salvos, Él respondió: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta”. Dirigía estas palabras a todo el grupo de sus oyentes. Pensó que no sería bueno gratificar la curiosidad de su interrogador por medio de una respuesta directa. Escogió más bien aprovecharlo para insistir, a él y a los que le rodeaban, en su tarea inmediata. Si se preocupaban por sus propias almas, pronto encontrarían la respuesta a la pregunta. Al esforzarse por entrar por la puerta angosta, pronto sabrían si los salvos serían muchos o pocos.

Independientemente de la religiosidad de otros, el Señor Jesús quería comunicarnos que nuestra tarea es clara. La puerta es estrecha. La obra es ingente. Los enemigos de nuestras almas son muchos. Debemos levantarnos y hacer. No debemos esperar a nadie. No debemos preguntarnos lo que otros están haciendo o si muchos de nuestros vecinos, parientes y amigos están sirviendo a Cristo. La incredulidad y la indecisión de los demás no nos servirán de excusa en el día final. Nunca debemos seguir a la multitud en hacer el mal. Aunque vayamos al Cielo solos, debemos decidir ir por la gracia de

Dios. Tanto si tenemos a muchos junto a nosotros como si somos pocos, el mandamiento que tenemos delante es claro: “Esforzaos por entrar”.

Independientemente de la religiosidad de otros, el Señor Jesús desea que sepamos que somos responsables de esforzarnos. No debemos quedarnos anclados en el pecado y en la mundanalidad esperando la gracia de Dios. No debemos continuar en nuestra maldad amparándonos bajo el vano pretexto de que no podemos hacer nada si Dios no nos dirige. Debemos acercarnos a Él en el uso de los medios de gracia. Cómo podemos hacerlo es una cuestión con la que no tenemos nada que ver. Es en obediencia como se desatará el nudo. El mandamiento es expreso e inconfundible: “Esforzaos por entrar”.

En tercer lugar, en estos versículos vemos *la descripción de un día de tremenda solemnidad*. Se nos habla de un tiempo cuando el padre de familia se levantará y cerrará la puerta, cuando algunos “se sentarán a la mesa en el reino de Dios” y a otros se les cerrará para siempre. Acerca del significado de estas palabras no puede haber dudas. Describen la Segunda Venida de Cristo y el día del Juicio.

Llegará un día a la Tierra cuando la paciencia de Dios con los pecadores tendrá fin. La puerta de la misericordia, que ha estado abierta durante tanto tiempo, finalmente será cerrada. La fuente abierta para todos los pecados e impurezas se apagará por completo. El trono de gracia será quitado y el trono de juicio ocupará su lugar. Comenzará el gran Juicio del mundo. Todos los que no se hayan arrepentido y creído serán excluidos para siempre de la presencia de Dios. Los hombres descubrirán que existe algo llamado “la ira del Cordero” (Apocalipsis 6:16).

Llegará un día cuando los creyentes en Cristo recibirán plena recompensa. El Padre de familia que está en el Cielo reunirá a sus hijos y le dará a cada uno una corona de gloria que no se oscurece. Se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob y descansarán eternamente de la guerra y del trabajo. Estarán encerrados con Cristo, los santos y los ángeles en el Reino de los cielos; y se cerrará la puerta para siempre al pecado, a la muerte, a la tristeza, al mundo y al diablo. Los hombres verán finalmente que “el que siembra justicia tendrá galardón firme” (Proverbios 11:18).

Por último, en estos versículos vemos *la entrega de una profecía que lleva al examen de conciencia*. Nuestro Señor nos dice que, en el día de su Segunda Venida, “muchos procurarán entrar [por la puerta angosta], y no podrán”. Llamarán a la puerta del Señor diciendo: “Señor, Señor, ábrenos”; pero no serán admitidos. Entonces ellos alegarán con fervor: “Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste”. Pero su alegación será inútil. Recibirán la solemne respuesta: “No sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad”. La profesión religiosa y el conocimiento formal de Cristo no salvarán a nadie que haya servido al

pecado y al mundo.

Hay algo especialmente sorprendente en el lenguaje de nuestro Señor en esta profecía. Nos revela el terrible hecho de que los hombres pueden ver lo que es correcto cuando ya es demasiado tarde para ser salvos. Hay un tiempo futuro cuando muchos se arrepentirán demasiado tarde y creerán demasiado tarde, se arrepentirán del pecado demasiado tarde y empezarán a orar demasiado tarde, se preocuparán de la salvación demasiado tarde y anhelarán el Cielo demasiado tarde. Miles despertarán en otro mundo y estarán convencidos de verdades que rehusaron creer en la Tierra. La Tierra es el único lugar de la creación de Dios donde hay infidelidad. El Infierno en sí no es más que la Verdad conocida demasiado tarde.

El recuerdo de este pasaje debe ayudarnos a apreciar adecuadamente las cosas que nos rodean. El dinero y el placer, el rango y la grandeza ocupan el primer lugar ahora en el mundo. La oración, la fe, la vida santa y el conocimiento de Cristo son despreciados, ridiculizados y considerados muy baratos. ¡Pero un día las cosas cambiarán! Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos. Debemos estar preparados para ese día.

Y ahora, preguntémonos si estamos entre los muchos o entre los pocos. ¿Sabemos algo del esfuerzo y la lucha contra el pecado, el mundo y el diablo? ¿Estamos preparados para la venida del Padre de familia a cerrar la puerta? El hombre que puede responder a estas preguntas satisfactoriamente es un verdadero cristiano.

Notas Lucas 13:22–30

V. 23: *[¿Son pocos los que se salvan?]*. Whitby comenta: “Esta cuestión parece haber sido propuesta de acuerdo a aquel sentimiento de los judíos de que todos los israelitas tendrían su parte en el mundo venidero”.

Puede ir bien comentar aquí que no tenemos base para suponer que el número total de los que se pierden será finalmente mayor que el de los salvos. Cuando todos los niños que mueren sin distinguir el bien del mal y todas “las naciones de los salvos” que se convertirán después del llamamiento de los judíos sean añadidos a las cifras de los elegidos de Dios de la presente dispensación, serán una multitud que nadie podrá contar. Probablemente excederán con mucho en número a los que se pierden.

[Les dijo]. Notemos que la respuesta de nuestro Señor no iba dirigida solo al hombre que formuló la pregunta, sino a todas las personas que le rodeaban. Probablemente sabía que la pregunta procedía de una opinión común prevaleciente entre los judíos y que quien la planteaba solo era portavoz de muchos. Por tanto, dirige su respuesta a todos sus oyentes.

V. 24: *[Esforzaos […]*. Dice Major: “En estos versículos se hace alusión a las fiestas nupciales, las cuales se celebraban por la noche. La casa se

llenaba de luces y, así, los que eran admitidos disfrutaban del beneficio de la luz; pero los que eran excluidos quedaban a oscuras fuera de la casa, 'en las tinieblas de afuera', que necesariamente parecerían más tenebrosas comparadas con la luz de dentro". Los invitados entraban por un portillo estrecho en el que estaba el portero para impedir que se precipitaran en su interior los que no estaban invitados. Cuando todos los invitados habían llegado, se cerraba la puerta y no se abría a los que quedaban fuera por mucho que llamaran.

[Esforzaos a entrar]. La palabra griega traducida "esforzaos" es aquella de la que procede nuestra palabra "agonizar". Implica un gran trabajo y conflicto. En otros lugares se traduce como: "rogando encarecidamente" y "pelea" (cf. Colosenses 4:12; 1 Timoteo 6:12).

[Por la puerta angosta]. La preposición griega que aquí se traduce como "por" aparece traducida casi siempre como "a través" cuando se encuentra en frases como la que tenemos ante nosotros.

[Procurarán entrar, y no podrán]. Stier trata de hacer una diferenciación aquí entre "procurar" entrar y "esforzarse" por entrar. Parece pensar que nuestro Señor está hablando de cosas que suceden mientras los hombres están vivos y que la razón por que muchos no pueden entrar hay que encontrarla en que sus intentos son defectuosos. Lo "procuran" indolentemente, pero no se esfuerzan de verdad.

Esta diferenciación me parece demasiado rebuscada e innecesaria. El tiempo cuando los hombres "procurarán entrar y no podrán" me parece claramente que será el día final, cuando la puerta de la misericordia se cierre para siempre. Todo el contexto muestra esto, y el lenguaje utilizado es paralelo al de la parábola de las vírgenes sabias y las necias (Mateo 25:11).

Más aún, la palabra griega que traducimos como "procurar" resulta ser la misma que se utiliza en la famosa promesa "buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mateo 7:7). Deducir, por tanto, de este pasaje, que las personas pueden buscar entrar por la puerta de la vida y no poder mientras están vivas me parece deformar de manea violenta e innecesaria las Escrituras. No niego que exista un estado de ánimo al que algunos pueden llegar en el que busquen a Dios de determinada manera y no le encuentren. Se enseña en Proverbios 1:28. Lo único que digo es sencillamente lo siguiente: Que habrá un tiempo cuando los hombres encontrarán la puerta de la vida cerrada y desearán en vano entrar, porque será demasiado tarde.

V. 25: *[Después que el padre]*. El lenguaje utilizado en este versículo es claramente el de la parábola.

[No sé de dónde sois]. Fijémonos en esta expresión. Se utiliza de nuevo enfáticamente en el versículo 27. No es bueno hacer demasiado hincapié en expresiones utilizadas en parábolas para formular doctrina. No obstante, esta frase repetida —"no sé de dónde sois"— parece difícil de reconciliar con la opinión de que los santos se puedan apartar y perderse. Los perdidos en el pasaje que está ante nosotros son claramente personas a las que Dios no conoce y nunca conoció.

V. 26: *[Delante de ti hemos comido y bebido]*. No parece que estas palabras sean una necesaria referencia al sacramento de la Cena del Señor.

La expresión “comido y bebido” se utiliza frecuentemente en el Nuevo Testamento para describir el encuentro familiar (cf. Lucas 5:30 y 22:30).

V. 27: *[Apartaos de mí [...], maldad]*. La similitud de este versículo con el de Mateo 25:41 parece mostrar claramente que el tiempo descrito es la Segunda Venida de Cristo y el día del Juicio.

V. 28: *[Cuando veáis]*. Esta expresión parece demostrar que los perdidos verán de lejos la gloria y las bendiciones de los salvos y que esa visión aumentará su desgracia.

[A Abraham, a Isaac, a Jacob [...] en el reino de Dios]. Fijémonos en esta expresión. Muestra que los santos del Antiguo Testamento compartirán la gloria del Reino de Dios con los creyentes gentiles. No parece haber lugar aquí para la opinión que algunos sostienen de que los santos del Antiguo Testamento y los creyentes de después del día de Pentecostés no estarán juntos en la gloria; y que Abraham, Isaac y Jacob no son miembros de la Iglesia, que es la novia y la esposa del Cordero. Tanto el presente versículo como el siguiente y el pasaje análogo de Mateo 8:11 parecen contradecir claramente esta idea.

V. 29: *[Vendrán]*. Este versículo describe el llamamiento de los gentiles de todas las naciones, pueblos y lenguas a la Iglesia. Se sentarán en el mismo Reino que los patriarcas y los profetas.

[Del oriente y del occidente, del norte y del sur]. Bengel propone la idea de que estos puntos cardinales están así dispuestos intencionadamente, para mostrar el orden en que serían llamados los gentiles de todo el mundo. Es ciertamente un hecho que el Evangelio arraigó primero en Siria y en Asia Menor y después se extendió al occidente de Europa y por las orillas del Mediterráneo; después fue hacia el Norte a las naciones escandinavas y Bretaña, y desde entones se ha extendido, por todas partes, hacia el Sur: en África, Asia, Sudamérica y el sur del océano Pacífico.

V. 30: *[Hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros]*. Este es un proverbio que se cumplió literalmente cuando el Evangelio fue predicado por primera vez y que, desde entonces, se ha seguido cumpliendo en las iglesias y en los individuos. Los judíos, que eran primeros, fueron postreros; y los gentiles, que eran postreros, fueron primeros. Las iglesias de Asia Menor y de África fueron llamadas primero y eran famosas cuando Bretaña solo era un campo misionero. Pero ahora, aquellas iglesias son postreras y las iglesias británicas ocupan el primer puesto en la cristiandad. Y ellas también, si no permanecen en la bondad de Dios, serán cortadas (cf. Romanos 11:22).

Lucas 13:31–35

Aprendamos en estos versículos *que nuestros tiempos están completamente en las manos de Dios*. Nuestro Señor Jesucristo nos enseña esta lección por medio de su respuesta a aquellos que le decían que se fuera porque Herodes le quería matar. Les dijo: “He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana”. No había llegado su hora de dejar el mundo. No había concluido su obra. Hasta que llegara aquella hora, no estaba en manos de Herodes el hacerle daño. Hasta que no terminara aquella obra, ningún arma forjada contra Él podía prosperar.

Hay algo en las palabras de nuestro Señor que requiere la atención de todos los verdaderos cristianos. Se nos muestra una actitud que bien haríamos en imitar. Nuestro Señor, sin duda, hablaba con perspectiva profética de las cosas venideras. Conocía el tiempo de su propia muerte y sabía que ese tiempo aún no había llegado. En el presente, por supuesto, no se otorga a los creyentes un conocimiento anticipado como este. Pero sigue habiendo una lección aquí que no debemos pasar por alto. Debemos, en cierta medida, tratar de alcanzar la mente que había en Cristo Jesús. Debemos tratar de alcanzar un espíritu de tranquilidad y confianza inquebrantable acerca de las cosas venideras. Debemos estudiar para tener un corazón sin “temor de malas noticias”, sino tranquilo, dispuesto y confiado en el Señor (Salmo 112:7).

Se trata de un asunto delicado, pero que afecta hasta tal punto a nuestra felicidad que merece la pena considerarlo. No debemos ser fatalistas sin fundamento como los mahometanos ni frías estatuas insensibles como los estoicos. No debemos rechazar utilizar los medios ni descuidar proveer prudentemente para el futuro invisible. Rechazar los medios es fanatismo, no fe. Pero aun haciendo todo lo posible, demos recordar que, aunque las obligaciones sean nuestras, los acontecimientos son de Dios. Debemos, por tanto, esforzarnos por dejar las cosas en manos de Dios y no angustiarnos por la salud, la familia, el dinero o los planes. Cultivar esta actitud nos proporcionaría mucha más paz. ¡Cuántos de nuestros cuidados y temores tienen que ver con cosas que nunca pasarán! ¡Feliz el hombre que puede caminar en los pasos de nuestro Señor y decir: “Tendré lo que sea bueno para mí. Viviré en la Tierra hasta llevar a cabo mi obra y ni un momento más. Seré llevado cuando esté maduro para el Cielo y ni un minuto antes. Todos los poderes del mundo no pueden acabar con mi vida hasta que Dios lo permita. Ningún médico de la Tierra podrá preservarla cuando Dios me llame!”.

¿Hay algo fuera del alcance del hombre en este espíritu? Claro que no. Los creyentes tienen un pacto que ordena y asegura todas las cosas. Hasta los cabellos de sus cabezas están contados. Sus pasos son ordenados por el Señor. Todo obra conjuntamente para su bien. Si están afligidos, es para su provecho. Si están enfermos, es por algún sabio propósito. Todas las cosas son suyas: la vida, la muerte, lo

presente y lo por venir (cf. 2 Samuel 23:5; Mateo 10:30; Salmo 37:23; Romanos 8:28, Hebreos 12:10; Juan 11:4; 1 Corintios 3:22). No hay tal cosa como el azar, la suerte o el accidente en la vida del creyente. No hay sino una cosa necesaria para que el creyente permanezca en paz, tranquilo, imperturbable, inquebrantable en toda situación y bajo toda circunstancia. Se trata de la fe en ejercicio activo. Oremos diariamente para tener esa fe. Hay verdaderamente pocos que conocen algo de la misma. La fe de la mayoría de los creyentes es muy irregular e intermitente. Por falta de una fe constante y firme hay tan pocos que pueden decir con Cristo: Hoy y mañana caminaré y no moriré hasta haber concluido la obra.

Aprendamos en estos versículos, por otro lado, *lo grande que es la compasión de nuestro Señor Jesucristo hacia los pecadores*. Vemos esto recalcado de la manera más enérgica por medio de las palabras de nuestro Señor acerca de Jerusalén. Él conocía bien la maldad de esa ciudad. Sabía qué crímenes se habían cometido allí en tiempos pasados; sabía lo que se le vendría encima en el momento de su crucifixión. Pero aun a Jerusalén le dice: “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!”.

Al Señor Jesucristo le aflige ver pecadores que continúan aún en su maldad. “Vivo yo […] que no quiero la muerte del impío” (Ezequiel 33:11). Que todos los inconversos recuerden esto. No solo afligen a los padres, ministros, vecinos y amigos. Hay Alguien más alto que todos ellos a quien afligen profundamente por medio de su conducta: afligen continuamente a Cristo.

El Señor Jesús desea salvar a los pecadores. “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”. “El cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (2 Pedro 3:9; 1 Timoteo 2:4). Este es un gran principio del Evangelio que confunde gravemente a los teólogos intolerantes y superficiales. ¿Pero qué dice la Escritura? Las palabras que tenemos ante nosotros, así como los textos que acabo de citar, son inequívocas y categóricas: “Quise juntar a tus hijos […] y no quisiste”. La voluntad del pobre incrédulo endurecido, y no la voluntad de Cristo, es la causa por que los pecadores se pierden para siempre. Cristo quisiera salvarlos, pero ellos no quieren ser salvados.

Que la verdad que tenemos ante nosotros penetre profundamente en nuestros corazones y dé fruto en nuestras vidas. Comprendamos plenamente que, si morimos en nuestros pecados y vamos al Infierno, nuestra sangre caerá sobre nuestras propias cabezas. No podemos echar la culpa a Dios Padre, ni a Jesucristo el Redentor ni al Espíritu Santo el Consolador. Las promesas del Evangelio son amplias, extensas y generalizadas. No hay confusión en cuanto a la clara disposición de Cristo a salvar a los pecadores. Si nos perdemos, a nadie podremos echarle la culpa salvo a nosotros mismos. Las palabras de Cristo serán

nuestra condenación: “No queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40).

Tengamos cuidado de no ser más sistemáticos que la Escritura en un pasaje como este que tenemos delante. Es cosa seria ser más sabios que lo que está escrito. Nuestra salvación es plenamente de Dios. Nunca olvidemos esto. Nadie sino los elegidos será finalmente salvo. “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44). Pero, si nos perdemos, será completamente por culpa nuestra. Recogeremos el fruto de nuestra propia elección. Descubriremos que hemos perdido nuestras almas. Entre estos dos principios está la verdad que debemos afirmar firmemente y no dejar escapar. Hay sin duda un profundo misterio en cuanto a ello. Nuestras mentes son demasiado limitadas para comprenderlo ahora. Pero lo comprenderemos todo después. Un día, la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre aparecerán perfectamente armonizadas. En el tiempo intermedio, aunque tengamos dudas, nunca dudemos de la infinita voluntad de Cristo para salvar.

Notas Lucas 13:31–35

V. 31: *[Aquel mismo día llegaron unos [...]. Herodes te quiere matar]*. Algunos piensan que este mensaje fue una invención de los fariseos con la intención de alarmar a nuestro Señor y frenar su predicación, y que Herodes nunca pretendió verdaderamente matar a nuestro Señor. Pero parece imposible reconciliar esta teoría con el mensaje que nuestro Señor envía como respuesta a Herodes en el siguiente versículo. Es más probable que Herodes deseara quitar de en medio a Aquel cuyo ministerio le recordaba a Juan el Bautista y que públicamente testificaba que Juan el Bautista, a quien Herodes había asesinado, era un profeta. Probablemente habría expresado este deseo públicamente a sus cortesanos y los fariseos habrían acudido a repetírselo a nuestro Señor, esperando que estas noticias le hicieran callar.

[Sal, y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar]. Esta expresión muestra que nuestro Señor estaba en Galilea en aquel momento. Se nos dice expresamente (Lucas 23:7) que Galilea pertenecía a la jurisdicción de Herodes.

Nótese que la traducción literal del griego aquí sería “Herodes quiere, desea matarte, es su intención”. Es como en el caso de Juan 5:40: “No queréis venir a mí para que tengáis vida”.

V. 32: *[Aquella zorra]*. Esta notable expresión se ha interpretado de diversas formas. Algunos creen que nuestro Señor no la aplicó a Herodes en absoluto, sino al fariseo que le trajo el mensaje. Esta, sin embargo, parece una interpretación muy poco natural y muy forzada de la palabra. La opinión más común es que nuestro Señor la aplicó a Herodes mismo en virtud de su oficio de profeta. Whitby comenta: “Otorgarle este ignominioso nombre a Herodes no es contrario al mandamiento de no hablar mal de los gobernantes

de tu pueblo. Corresponde al oficio de los profetas el no dejar de lado a los reyes cuando exponen sus pecados (cf. Jeremías 1:10). Cristo, por tanto, utiliza su poder profético para otorgar a este tirano un nombre adecuado a sus actos" (cf. Sofonías 3:3; Ezequiel 22:27).

Maldonado piensa que nuestro Señor llamó "aquella zorra" a Herodes a propósito, con el fin de mostrar a los fariseos lo poco que le temía.

Es necesaria cierta cautela. El uso de esta palabra por parte de nuestro Señor no es base para que los cristianos empleen epítetos violentos y despectivos al hablar de los malvados, y especialmente de los malvados en elevada posición. Aquel que utiliza ese tipo de lenguaje acerca de su gobernante debe primero, como Cristo aquí con Herodes, demostrar su comisión profética y convencernos de que tiene una misión especial de parte de Dios.

[Hoy y mañana, y al tercer día]. Esta es una expresión difícil y que ha recibido tres diferentes interpretaciones. La expresión del siguiente versículo es solo otra forma de decir lo mismo.

Algunos piensan que nuestro Señor se refiere a tres días literales. El obispo Pearce dice: "Esto y lo que sigue hasta el final de este capítulo parece haber sido hablado unos dos o tres días antes de que Jesús fuera crucificado". Esta parece una interpretación muy improbable e insatisfactoria.

Algunos piensan que, al hablar de días, nuestro Señor se refiere a años, según la teoría de que los días proféticos siempre significan años. Esta también parece una idea poco convincente. Según esto, nuestro Señor habló estas palabras en el primero de sus tres años de ministerio. Pero parece más probable que las pronunciara en el último.

Algunos creen que esta expresión es indefinida, una forma de hablar en proverbios que hace referencia meramente a un tiempo breve: "Aún estaré un poco de tiempo con vosotros, y durante ese tiempo continuaré mi obra, independientemente de las amenazas de Herodes; al final de ese tiempo, y no antes, terminaré mi obra o acabaré mi carrera por medio de la muerte". Aparecen formas similares de hablar en Oseas 6:2 y en las versiones marginales de Génesis 30:33; 31:2; Éxodo 4:10; 13:14; Deuteronomio 6:20; 19:6; Josué 3:5; 4:6; 22:24; 1 Samuel 19:7.

Estoy abierto a adherirme a esta última opinión como la que me parece más probable de todas. Major cita a Eurípides y Arriano, que justifican la interpretación de los tres días en sentido proverbial por medio de autores profanos.

[Termino mi obra]. Esta es una sorprendente expresión. En griego es un presente que, al parecer, significa "seré perfeccionado por medio de mi muerte, terminaré la obra que vine a hacer". La misma palabra se aplica a nuestro Señor en Hebreos 2:10 y 5:9.

V. 33: *[Es necesario que [...] siga mi camino]*. El significado de esta expresión parece ser: "Debo continuar en la carrera que he comenzado, debo seguir adelante (utilizando una común frase inglesa) como hasta ahora". Es la misma palabra que se emplea en Lucas 1:6; 1 Pedro 4:3; 2 Pedro 2:10; 3:3; Judas 16. En cada lugar se traduce "caminar", y en cada uno significa "mantener una trayectoria de vida".

[No es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén]. Esta es una expresión especial. La palabra griega traducida como “no es posible” solo se encuentra aquí en el Nuevo Testamento y significa literalmente “es imposible”. Pero está claro que este no puede ser el significado literal de las palabras de nuestro Señor. Juan el Bautista, por no hablar de otros profetas, no murió en Jerusalén. El sentido debe ser, como afirman Eutimio y Heinsius: “Sería algo inusual, una excepción a una regla, que un profeta muriera en algún lugar que no fuera Jerusalén. Cuando yo muera, será en Jerusalén. Pero aún no estoy allí, sino en Galilea”.

Barradio piensa que nuestro Señor quiso decir: “No es posible que yo, el gran profeta anunciado por Moisés, pueda perecer fuera de Jerusalén”. Esto, sin embargo, parece muy improbable.

Drusius y A. Clarke dicen que un hombre que profesaba ser profeta podía ser probado en ese terreno solo por el gran sanedrín, que siempre residía en Jerusalén.

V. 34: *[Jerusalén, Jerusalén [...]*. Este importante pasaje se encuentra en el Evangelio según S. Mateo (Mateo 23:37) al final del ministerio de nuestro Señor, casi con las mismas palabras. No puedo ver explicación satisfactoria alguna de esta circunstancia excepto que nuestro Señor debió de utilizar dos veces la misma expresión acerca de Jerusalén en el transcurso de su ministerio terrenal.

A la luz del relato, es altamente improbable suponer que nuestro Señor estuviera al final de su ministerio en esta parte del Evangelio según S. Lucas. Es igualmente improbable que Lucas sacara estas importantes palabras acerca de Jerusalén fuera del lugar que le corresponden en este momento concreto de su Evangelio y sin relación con el contexto.

Por otro lado, yo no veo que sea improbable la suposición de que nuestro Señor utilizara estas importantes palabras acerca de Jerusalén en dos diferentes ocasiones durante su ministerio. Puedo entender bien que su gran y sensible corazón se conmoviera profundamente y se llenara de tristeza por el pecado y por el endurecimiento de aquella malvada pero privilegiada ciudad. Y me parece tanto probable como natural que saliera de sus labios en más de una ocasión un lenguaje como el que tenemos delante.

[Cuántas veces]. No creo, como hacen algunos, que esta expresión se refiera a las muchas visitas que nuestro Señor había hecho a Jerusalén durante su ministerio. Más bien creo que se refiere a todos los mensajes y a todas las invitaciones que durante muchos siglos había enviado a Jerusalén por medio de sus siervos los profetas.

[Quise [...] y no quisiste]. La palabra griega de estas dos frases es más fuerte de lo que parece en nuestra traducción inglesa. [Es, literalmente, como se traduce en nuestra versión, N.T.].

Pocos pasajes de la Biblia arrojan la responsabilidad de la pérdida del alma tan claramente sobre aquellos que se pierden. Yo “quise”, pero tú “no quisiste”. Se mencionan expresamente dos voluntades: la voluntad de Cristo de hacer un bien y la voluntad del hombre de rechazar el bien que se le ofrece.

Notemos que nuestro Señor no dice “quizá no quisieras”, sino “no quisiste”. Con este modo de hablar, deja claro que carga con la culpa de

Jerusalén a sus habitantes, a los hombres y las mujeres que moraban allí, y especialmente a los sacerdotes, escribas y fariseos que gobernaban la ciudad. Ni querían unirse ellos ni dejar que otros que les rodeaban se unieran. Ni entraban ellos mismos en el Reino ni dejaban que otros entraran. Cristo quería, pero ellos no.

Debemos tener cuidado, sin embargo, de no restringir el "no quisisteis" solo a los escribas, fariseos y gobernantes. El versículo que sigue muestra claramente que nuestro Señor incluye a todos los habitantes de Jerusalén.

V. 35: *[Vuestra casa os es dejada desierta]*. Estas palabras significan: "Vuestro Templo, en el que os gloriáis, vuestra santa y hermosa casa, es privado ahora de su gloria. Dios se ha ido de él y ya no se complace en él".

[No me veréis hasta [...]. El significado de estas palabras, y la manera en que se cumplirán, son puntos en los que no se ponen de acuerdo los comentaristas.

Algunos piensan que nuestro Señor se refiere a su propia entrada triunfal en Jerusalén cuando iba montando en un pollino, justo antes de su crucifixión, y toda la ciudad le recibió gritando: ¡Hosanna!

Otros piensan que nuestro Señor se refiere a la cercana destrucción de Jerusalén, cuando el cumplimiento de todas sus predicciones obligaría a los judíos a confesar que Él era el Mesías. El obispo Pearce dice: "Entonces recordarán lo que me hicieron cuando estaba entre ellos y reconocerán que yo soy el Cristo, la persona que vino en nombre del Señor. Según esto, Eusebio nos dice que, al ver semejante destrucción, enormes multitudes se volvieron a la fe de Cristo".

Otros creen que las palabras de nuestro Señor aún no se han cumplido y que se refieren a los últimos tiempos, cuando los judíos, después de su última tribulación, "mirarán a quien traspasaron" y creerán, en el momento de su Segunda Venida en gloria.

Yo soy decididamente de esta opinión. La entrada triunfante en Jerusalén fue un tipo, sin duda, del honor que Cristo verá un día en Jerusalén. Pero la nación judía, como nación, nunca vio a nuestro Señor ni le honró como Mesías durante todo el período de su Primera Venida. Pero "he aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron" (Apocalipsis 1:7).

Lucas 14:1–6

Destaquemos en este pasaje *cómo nuestro Señor Jesucristo aceptó la hospitalidad de aquellos que no eran sus discípulos*. Leemos que entró "para comer en casa de un gobernante, que era fariseo". No es razonable suponer que este fariseo fuera amigo de Cristo. Lo más probable es que solo hiciera lo que era costumbre en un hombre de su posición. Vio a un extraño enseñando religión a quien algunos consideraban profeta y le invitó a comer a su mesa. Lo que más nos

concierne es que, cuando se hizo la invitación, esta fue aceptada.

Si deseamos saber cómo se comportó nuestro Señor en la mesa del fariseo, solo tenemos que leer atentamente los primeros veinticuatro versículos en este capítulo. Le veremos actuando allí como en cualquier otro lugar, siempre ocupado en los negocios de su Padre. Le vemos, en primer lugar, defendiendo la verdadera observancia del día de reposo, después exponiendo la naturaleza de la verdadera humildad a aquellos que habían sido invitados junto a Él, después recomendando encarecidamente a su anfitrión el carácter de la verdadera hospitalidad y, por último, relatando esta parábola tan oportuna y extraordinaria de la gran cena. Y todo esto llevado a cabo de la manera más sabia, tranquila y solemne. Las palabras son las oportunas. Su palabra siempre es "con gracia, sazonada con sal" (Colosenses 4:6). En esto se observa la perfección de la conducta de nuestro Señor como en todas las demás ocasiones. Siempre dijo lo que era correcto, en el momento oportuno y de la manera apropiada. Nunca olvidó ni por un momento quién era y dónde estaba.

El ejemplo de Cristo en este pasaje merece la más detenida atención de todos los cristianos y, especialmente, de los ministros del Evangelio. Arroja una fuerte luz sobre algunos de los puntos más difíciles: nuestra relación con las personas inconversas, hasta qué punto debemos fomentarla y la manera en que debemos comportarnos cuando estamos con ellas. Nuestro Señor nos ha dejado un patrón de conducta en este capítulo. Sabios seremos si nos esforzamos por caminar en sus pasos.

No debemos apartar de nosotros por completo todo contacto con las personas inconversas. Sería una cobardía y una indolencia hacerlo así, si es que fuera posible. Significaría cerrarnos a muchas oportunidades de hacer el bien. Pero deberíamos entrar en su sociedad moderadamente, velando y en oración, y con una firme resolución de llevar a nuestro Maestro y sus negocios con nosotros. La casa de la que Cristo es excluido deliberadamente no es de la que los cristianos deben esperar hospitalidad y mantener intimidad. El punto hasta el cual debemos tener relación con los inconversos es algo que cada creyente debe establecer para sí. Algunos pueden ir mucho más lejos que otros en esta dirección con ventaja sobre los demás y sin hacerse daño: "Cada uno tiene su propio don de Dios" (1 Corintios 7:7). Hay dos preguntas que debemos plantearnos a menudo en referencia a este asunto: "¿Debo yo, cuando estoy acompañado, invertir todo mi tiempo en conversaciones ligeras y mundanas? ¿O me esfuerzo por seguir, aunque sea débilmente, el ejemplo de Cristo?". Una sociedad en la que no podamos responder a estas preguntas satisfactoriamente es una sociedad de la que es mejor que nos apartemos. En la medida en que nos relacionemos con otros como Cristo lo hizo en la casa del fariseo, no sufriremos daño alguno.

Señalemos en este pasaje, en segundo lugar, *cómo era vigilado*

nuestro Señor por sus enemigos. Leemos que, cuando fue a comer en el día de reposo en casa del fariseo, “éstos le acechaban”.

La circunstancia aquí relatada es solo un tipo de aquello a lo que nuestro Señor estuvo sujeto en todo su ministerio terrenal. Los ojos de sus enemigos le observaban continuamente. Esperaban impacientemente un titubeo y alguna palabra o algún hecho en que pudieran pillarle y que les permitiera elaborar una acusación. Pero, sin embargo, no encontraban nada. Nuestro bendito Señor era siempre santo, sin tacha, inmaculado y se apartaba del mal. ¡Su vida debió de ser verdaderamente perfecta para que el enemigo más encarnizado fuera incapaz de encontrar defecto, mancha, tacha, arruga o cualquier otra cosa parecida!

Aquel que desee servir a Cristo debe disponerse a ser vigilado y observado no menos que su Maestro. Nunca debe olvidar que los ojos del mundo están sobre él y que los malvados están observando detenidamente todos sus caminos. Especialmente debe recordar esto cuando esté en compañía de inconversos. Si comete un desliz allí, de palabra o de hecho, y actúa de manera incoherente, sin duda eso no será olvidado.

Esforcémonos por vivir diariamente conscientes de estar en presencia de un Dios santo. Viviendo así, importará poco cuánto nos observe un mundo malintencionado y malévolo. Esforcémonos por tener una conciencia sin tacha hacia Dios y el hombre, y por no hacer nada que pueda dar ocasión de blasfemar a los enemigos del Señor. Es posible. Por la gracia de Dios se puede hacer. Los que odiaban a Daniel se vieron obligados a confesar: “No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios” (Daniel 6:5).

Señalemos, por último, en este pasaje, cómo *nuestro Señor afirma la legalidad de hacer obras de misericordia en el día de reposo*. Leemos que sanó a un hombre hidrópico en el día de reposo y después preguntó a los intérpretes de la Ley y a los fariseos: “¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de reposo?”. Era un golpe difícil de esquivar. Está escrito: “Ellos callaron”.

La restricción que nuestro Señor pone aquí en los requisitos del cuarto mandamiento se basa evidentemente en la Escritura, en la razón y en el sentido común. El día de reposo fue hecho para el hombre, para su beneficio (no para hacerle daño), a su favor, no en su contra. La interpretación de la Ley de Dios respecto al día reposo nunca debía forzarse hasta el punto de interferir con el amor, la bondad y las verdaderas necesidades de la naturaleza humana. Todas esas interpretaciones solo son contraproducentes. Exigen algo que el hombre caído no puede cumplir y produce el desprestigio total del mandamiento. Nuestro Señor vio esto con claridad y se esforzó durante todo su ministerio en devolver al lugar que le corresponde

esta preciosa parte de la Ley de Dios.

Se debe esgrimir con cautela el principio que nuestro Señor establece acerca de la observancia del día de reposo. En estos últimos días parece que se abusa terriblemente del derecho a hacer obras *necesarias* y *de misericordia*. Parece que miles de cristianos han derribado las barreras y traspasan los límites respecto a este día santo. Al parecer olvidan que nuestro Señor aclara repetidamente las características del cuarto mandamiento, nunca lo saca de la Ley de Dios ni dice que ya no era vinculante para los cristianos.

¿Puede alguno decir que viajar en domingo, excepto en los raros casos de emergencia, es una obra *de misericordia*? ¿Alguien puede decir que comprar en domingo, o celebrar fiestas o excursiones en tren en domingo, o repartir cartas o periódicos en domingo son obras *de misericordia*? ¿No tienen almas los siervos, tenderos, conductores cocheros, oficinistas y porteros? ¿No necesitan descanso para sus cuerpos y tiempo para sus almas como los demás? Se trata de preguntas serias y deberían hacer pensar a muchas personas.

Independientemente de lo que hagan otros, decidamos “santificar el día de reposo”. Dios está en controversia con las iglesias acerca de la profanación del día de reposo. Es un pecado que clama al Cielo y que un día será considerado. Lavémonos las manos de este pecado y no tengamos nada que ver con él. Si otros están decididos a robar a Dios y a tomar posesión del día del Señor para sus propios fines egoístas, no participemos en sus pecados.

Notas Lucas 14:1–6

V. 1: *[Habiendo entrado [...] casa [...] fariseo]*. Las posadas y los lugares de recepción de viajeros eran, sin duda, menos comunes en los tiempos de nuestro Señor de lo que lo son ahora. La obligación de dar cobijo a los extranjeros, en consecuencia, solía recaer sobre el gobernante de cada pueblo o ciudad.

Stella cree que un objetivo que nuestro Señor tenía en mente al ir a la casa del fariseo era beneficiar a los siervos de la familia, que tenían pocas oportunidades de escuchar la Verdad. Comenta que, en su propio tiempo, en España, los siervos difícilmente tenían oportunidad de escuchar sermones debido a lo que sus dueños les exigían los domingos.

[Un día de reposo [...] para comer]. Lightfoot dice que “las mesas de los judíos estaban generalmente mejor provistas el día de reposo que cualquier otro día y que, como ellos mismos reconocían, era a cuenta de la religión y la piedad”. Demuestra esto por medio de citas de autores rabínicos.

V. 2: *[Delante de él]*. Algunos piensan que el hombre hidrópico se puso él mismo delante de Cristo en fe, esperando que este le viera y le sanara. Otros creen que fue colocado allí a propósito por los enemigos de nuestro Señor,

para tenderle una trampa en el camino y buscar una ocasión para acusarle de quebrantar el día de reposo.

V. 3: *[Habló [...] diciendo]*. Advirtamos aquí que no se nos habla de nada que dijeran o hablaran los intérpretes de la Ley y los fariseos; y, sin embargo, leemos tanto aquí como en el versículo 5 que nuestro Señor "respondió". Está claro que respondió a sus pensamientos.

Whitby hace una observación: "En este y en todos los casos similares hay una respuesta para una idea o un razonamiento interior; o para una acción que expresa sus sentimientos hacia Él". (El mismo comentario se aplica a Mateo 22:1; Lucas 5:22; Lucas 7:39–40; Marcos 14:48; Mateo 11:25).

[Sanar en el día de reposo]. Notemos que parece que nuestro Señor escogió frecuentemente el día de reposo a propósito como el día en que obraba milagros de misericordia (cf. Marcos 1:21; Lucas 6:6; Lucas 13:10; Juan 9:14).

V. 5: *[Su asno o su buey]*. Stella hace algunos fuertes comentarios, al hablar sobre este versículo, de los prelados de sus días. Les acusa de preocuparse más de los caballos y las mulas que transportaban sus equipajes que de los enfermos, los pobres y los necesitados de sus diócesis. Observa que no eran como Job, que no se rasgó las vestiduras cuando perdió sus bueyes y sus camellos, sino cuando murieron sus hijos e hijas.

[Inmediatamente]. Esto significa que no había retraso en salvar la vida del asno o del buey, e igualmente no debía haber retraso en salvar al enfermo o en hacer una obra de misericordia en el día de reposo.

Lucas 14:7–14

Aprendamos de estos versículos *el valor de la humildad*. Esta es una lección que enseña nuestro Señor de dos maneras. Primero aconseja "sentarse en el último lugar" a aquellos que son invitados a una boda. Después respalda su consejo declarando un gran principio que frecuentemente procede de sus labios: "Cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido".

La humildad puede ser considerada reina de las virtudes cristianas. Conocer nuestra propia pecaminosidad y debilidad, y experimentar nuestra necesidad de Cristo, es el primer paso de la religión salvadora. Es una virtud que siempre ha caracterizado claramente el carácter del más santo de los santos en todas las épocas. Abraham, Moisés, Job, David, Daniel y Pablo fueron todos hombres eminentemente humildes. Sobre todo, es una virtud al alcance de todo verdadero cristiano. No todos tienen dinero para regalar. No todos tienen tiempo ni ocasión de

trabajar directamente para Cristo. No todos tienen don de hablar, tacto y conocimiento para hacer bien al mundo. Pero todos los conversos deben engalanar de humildad la doctrina que profesan. Si no pueden hacer nada más, al menos pueden esforzarse por ser humildes.

¿Queremos conocer la raíz y la fuente de la humildad? Una palabra lo describe. La raíz de la humildad es un *conocimiento* correcto. Aquel que verdaderamente se conoce a sí mismo y conoce su propio corazón, a Dios y su infinita majestad y santidad, a Cristo y el precio que pagó por la redención del hombre, nunca será orgulloso. Se considerará, como Jacob, indigno de la última de las misericordias de Dios. Dirá de sí mismo, como Job: "Yo soy vil". Clamará, como Pablo: "Yo soy el primero [de los pecadores]" (cf. Génesis 32:10; Job 40:4; 1 Timoteo 1:15). Pensará en todo lo bastante bueno para él. En humildad, estimará cada uno a los demás como superiores a él mismo" (Filipenses 2:3). El desconocimiento, nada más que el puro desconocimiento —de sí mismo, de Dios y de Cristo—, es el verdadero secreto del orgullo. ¡Oremos diariamente para ser liberados de esa triste ignorancia! Es el hombre sabio el que se conoce a sí mismo; y quien se conoce a sí mismo no encontrará nada dentro que le haga orgulloso.

Aprendamos, en segundo lugar, de estos versículos, *la obligación de cuidar de los pobres*. Nuestro Señor enseña esta lección de un modo especial. Le dice al fariseo que le invitó a su fiesta: "Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos". Al contrario, "cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos".

El precepto contenido en estas palabras debe ser interpretado, evidentemente, con considerables limitaciones. Es cierto que nuestro Señor no pretendía prohibir a los hombres que mostraran hospitalidad alguna a sus parientes y amigos. Es cierto que no pretendía incitar a un gasto de dinero inútil y pródigo al darle a los pobres. Interpretar el pasaje de esta forma contradiría otras claras Escrituras. Esas interpretaciones no pueden ser correctas.

Pero, habiendo dicho esto, no olvidemos que el pasaje contiene una profunda e importante lección. Debemos tener cuidado de no limitar y matizar esa lección hasta minimizarla y dejarla reducida a la nada en absoluto. La lección del pasaje es clara e inequívoca. El Señor Jesús quería que nos preocupáramos de nuestros hermanos más pobres y les ayudáramos según nuestras posibilidades. Quería que supiéramos que tenemos la solemne obligación de nunca abandonar a los pobres, sino ayudarles y liberarles en su momento de necesidad.

Que la lección de este pasaje penetre profundamente en nuestros corazones: "No faltarán menesterosos en medio de la tierra" (Deuteronomio 15:11). Una pequeña ayuda dada a los pobres con prudencia y a tiempo añadirá frecuente e inmensamente a su felicidad, le ahorrará muchas de sus preocupaciones y promoverá buenos

sentimientos entre clase y clase en la sociedad. Es voluntad de Cristo prestar esa ayuda y que todo el que tenga medios esté dispuesto a ofrecerlos. Ese espíritu tacaño, calculador, que conduce a algunas personas a hablar de los “asilos para desamparados” y que censura toda caridad hacia los pobres es extremadamente opuesto a la mente de Cristo. Por algo nuestro Señor declara que dirá a los inicuos en el día del Juicio: “Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber”. Por algo Pablo escribe a los gálatas: “Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres; lo cual procuré también con diligencia hacer” (Mateo 25:42; Gálatas 2:10).

Aprendamos en estos versículos, por último, *la gran importancia de mirar hacia adelante a la resurrección de los muertos*. Esta lección sobresale de una manera sorprendente en las palabras empleadas por nuestro Señor acerca de mostrar caridad a los pobres. Le dice al fariseo que le había convidado: “[Los pobres] no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos”.

Hay una resurrección después de la muerte. Nunca lo olvidemos. La vida que vivimos aquí en la carne no lo es todo. El mundo visible que nos rodea no es el único mundo con el que tenemos que ver. No se acaba todo cuando exhalamos nuestro último aliento y los hombres y las mujeres son llevados a su último hogar en el sepulcro. Un día sonará la trompeta y los muertos serán resucitados incorruptibles. Todos los que están en los sepulcros escucharán la voz de Cristo y saldrán: aquellos que hayan hecho bien, a resurrección de vida; y los que hayan hecho mal, a resurrección de condenación. Esta es una de las grandes verdades fundamentales de la religión cristiana. Aferrémonos a ella con firmeza y nunca la soltemos.

Esforcémonos por vivir como personas que creemos en la resurrección y en la vida venidera y que desean estar siempre dispuestas para el otro mundo. Viviendo así miraremos a la muerte con tranquilidad. Sentiremos que hay algo mejor para nosotros más allá del sepulcro. Viviendo así, soportaremos pacientemente todo lo que nos venga en este mundo. Pruebas, pérdidas, frustraciones o ingratitud, nos afectarán poco. No buscaremos aquí nuestra recompensa. Sentiremos que un día todo será rectificado y que el Juez de toda la Tierra hará lo correcto (Génesis 18:25).

¿Pero cómo podemos soportar el pensamiento de una resurrección? ¿Qué nos capacitará para mirar a un mundo venidero sin temor? Nada puede hacerlo salvo la fe en Cristo. Creyendo en Él no tenemos nada que temer. Nuestros pecados no aparecerán contra nosotros. Las demandas de la Ley de Dios serán completamente satisfechas. Estaremos firmes en el gran día y nadie podrá acusarnos de nada (cf. Romanos 8:33). Los hombres mundanos, como Félix, tiemblan cuando piensan en la resurrección. Los creyentes, como Pablo, se gozan.

Notas Lucas 14:7–14

V. 7: *[Observando]*. La palabra griega así traducida solo se utiliza cinco veces en el Nuevo Testamento. Significa literalmente “prestar atención”. En otros lugares se traduce “estar atento” (cf. Hechos 3:5).

[Los primeros asientos]. La palabra griega así traducida no significa literalmente “asientos” o cámaras”, como si nuestro Señor diese a entender que los invitados escogían los mejores apartamentos de la casa. Hace referencia a “los mejores sitios” o lugares reclinatorios en torno a la mesa. Major ofrece una cita que muestra que “el lugar más honorable para los romanos en un banquete o espectáculo era la parte media del diván central, habiendo lugar para tres personas en cada diván”.

V. 9: *[Da lugar a éste[…] último lugar]*. Obsérvese en este versículo la misma palabra griega que se traduce como “lugar” y como “asiento”. La frase se debería haber traducido: “Deja tu lugar a este y toma tú el último lugar”, o bien: “Cede tu asiento a este y ocupa tú el último asiento”.

[Comiences]. Esto muestra la tardanza, reticencia y desgana con la que se haría el traslado.

V. 10: *[ve y siéntate en el último lugar]*. Merece la pena leer la siguiente cita de Paley. “Algunos de los pasajes en los Evangelios acerca de la humildad, especialmente el consejo del Señor a los invitados al banquete, parecen extender sus reglas a lo que denominamos *modales*, que debían resultar a la vez coherentes y no indignos de la misión de nuestro Señor, como se puede suponer a primera vista; porque los malos modales son una mala ética”. (Paley: *Evidence*, parte 2, capítulo 2. 1).

[Gloria]. La palabra griega así traducida significa literalmente “gloria” u “honra”. Nuestra traducción es desafortunada. [La versión inglesa utilizada por el autor, que traduce *worship* (adoración). (N.T.)]. Sin embargo, debe recordarse que el significado de las palabras cambia con el tiempo. La palabra “adoración” no significaba exclusivamente adoración religiosa cuando se hizo en Inglaterra la última revisión de la Biblia. El sentido en el que la palabra se utiliza aquí lo tenemos aún entre nosotros en el epíteto “excelentísimo” aplicado a los alcaldes y “excelente Señor” aplicado a los magistrados [*worshipful* y *worship* respectivamente, N.T.]. En el culto matrimonial en la Iglesia de Inglaterra, la misma palabra aparece también con el sentido de “honor”.

V. 11: *[Cualquiera que se enaltece […]*. Notemos que difícilmente unas palabras de nuestro Señor se han repetido tan frecuentemente como esta frase acerca de la humildad.

V. 12: *[No llames a tus amigos […]*. Esta es una instrucción muy singular. Hay pocas palabras de nuestro Señor en las que se nos requiera, por medio de la interpretación equitativa, darle un sentido adecuado a su mandamiento. Igual que es imposible considerar literalmente las palabras: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre […] no puede ser mi discípulos”, también es imposible darle una interpretación literal a sus palabras aquí.

Poole comenta: “En la Escritura se dicen muchas cosas en forma de prohibición universal y absoluta que no se deben interpretar así, y este es un ejemplo de ellas. Nadie debe pensar que nuestro Salvador prohíbe aquí de manera absoluta o universal invitar a los hermanos, parientes, vecinos ricos o amigos a comer con nosotros. No había nada que se practicara más corrientemente entre los judíos, y Cristo mismo participó en diversos banquetes. Pero Cristo nos enseñó aquí (1) que invitar a los amigos no es un acto de caridad. Era un acto legítimo de humanidad y civilización, y una buena forma de procurar la unidad y la amistad entre los vecinos y amigos, pero no un acto de caridad de la que pudieran esperar recompensa celestial. (2) Que esos banquetes no deberían celebrarse en perjuicio de nuestra obligación de ayudar a los pobres, es decir, no deben celebrarse con tales excesos y en grados tan exagerados que nos impidan ayudar a los pobres como Dios requiere de nosotros como obligación”.

Las malas consecuencias de una interpretación excesivamente literal de este pasaje se pueden ver en las bien intencionadas ayudas a los pobres, pero de las que se ha abusado grandemente, que tanto sobresalieron en este país antes de la Reforma y que continúan viéndose en los países católicos romanos del continente en el presente. Es notable que la abundancia de caridad hacia los pobres de forma indiscriminada y sin investigación no hace un verdadero bien, fomenta la holgazanería, produce una clase de mendicidad profesional, promueve hábitos disolutos y libertinos entre los mendigos e incrementa enormemente el mismo mal que pretende erradicar.

Esos ejemplos de obediencia literal al mandamiento de nuestro Señor en este pasaje, como cita Cornelius à Lapide en su comentario, son tristes ejemplos de bondad inútil y equivocada. ¡Nos cuenta cómo S. Luis de Francia solía alimentar diariamente a ciento veinte personas pobres y cómo S. Hedwig, duquesa de Polonia, solía alimentar diariamente a novecientas personas pobres! El más ligero conocimiento de la naturaleza humana nos dirá que de esa clase de liberalidad ciertamente se cometerán enormes abusos y que no puede ser a la que se refiere nuestro Señor. Las palabras de S. Pablo son claras e inconfundibles: “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Tesalonicenses 3:10).

Sin embargo, debemos tener cuidado en Inglaterra de no irnos al otro extremo. Hay tendencia en algunos lugares a desalentar toda caridad y limosna de cualquier tipo. Muchos dicen que la ayuda frena el esfuerzo y hace que los pobres no hagan nada por sí mismos. Esos argumentos, sin duda, conllevan algo de verdad, y ciertamente cierran los bolsillos de los hombres. Pero debemos tener cuidado de no llevarlos demasiado lejos. En un país con gran densidad de población, como es Inglaterra, siempre habrá muchos casos de verdadera pobreza y necesidad a las que las personas ricas deberían tener en cuenta y ayudar. Se debe ayudar ciertamente con juicio y tras la debida investigación. Pero decir que no se le debe dar nada a una persona pobre, bajo ninguna circunstancia, excepto lo que les asigna la Ley, es evidentemente contrario a la mente de Cristo y tremendamente contradictorio con el espíritu del pasaje que tenemos ante nosotros.

V. 14: *[Te será recompensado]*. Merece la pena fijarnos en esta expresión. Confirma la doctrina de una recompensa según las obras, aunque no a causa de las obras, en el día del Juicio.

Se debe observar la similitud entre las palabras del Señor en este lugar y las empleadas en la descripción del día del Juicio en el capítulo 25 de S. Mateo. Parece contradecir la opinión de algunos de que, en S. Mateo, nuestro Señor está hablando solo del juicio de los paganos que nunca han escuchado el Evangelio. Algunos argumentos por los que se afirma esto se aplicarían al pasaje que tenemos delante. Pero aquí está claro que nuestro Señor está hablando de sus propios oyentes y discípulos. Parece más probable que, tanto aquí como en S. Mateo, nuestro Señor hable del juicio general, y de que la importancia de las obras como evidencia de la fe es la verdad que desea imprimir en nuestras mentes.

[La resurrección de los justos]. Esta expresión es singular. No puedo creer que nuestro Señor la utilizara en deferencia a una opinión generalizada entre los judíos de que la resurrección era el privilegio especial de los justos. Me parece mucho más probable que nuestro Señor se refiera a la primera resurrección, de la que se habla en el capítulo 20 del Apocalipsis. Es difícil darle otro sentido a la expresión que este: que hay una resurrección de la que nadie salvo los justos tomarán parte, una resurrección que será el privilegio especial de los justos y que precederá al de los malvados.

Lucas 14:15–24

Los versículos que tenemos ante nosotros contienen una de las más instructivas parábolas de nuestro Señor. Fue relatada como consecuencia de un comentario de alguien que estaba sentado a la mesa con Él en casa de un fariseo. “Bienaventurado —dijo este hombre — el que coma pan en el reino de Dios”. El objetivo de este comentario lo dejamos a la imaginación. No es nada improbable que quien lo hizo perteneciera a esa clase de personas que desean ir al Cielo y a quienes agrada oír hablar de cosas buenas, pero que nunca pasan de ahí. Nuestro Señor aprovecha la ocasión para recordarle a él y a todo el grupo, por medio de la parábola de la gran cena, que puede que a los hombres se les ofrezca el Reino de Dios y que, no obstante, lo rechacen voluntariamente y se pierdan para siempre.

En esta parábola se nos enseña, en primer lugar, que *Dios ha hecho una gran provisión para la salvación de las almas de los hombres*. Este es el significado de las palabras “Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos”. Este es el Evangelio.

El Evangelio contiene un buen surtido de todo lo que los pecadores necesitan para ser salvos. Todos estamos por naturaleza hambrientos, vacíos, desamparados y listos para perecer. El perdón de todos los pecados y la paz con Dios, la justificación de la persona y la santificación del corazón, la gracia en el camino y la gloria al final, son

la misericordiosa provisión que Dios ha preparado para las necesidades de nuestras almas. No hay nada que puedan desear los corazones cargados de pecado o que nuestras conciencias cargadas puedan requerir que no haya sido extendido ante los hombres en gran abundancia en Cristo. Cristo, en una palabra, es la suma y la esencia de la "gran cena": "Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás [...]. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna. [...]. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida" (Juan 6:35, 54–55).

Se nos enseña en segundo lugar, en esta parábola, *que los ofrecimientos y las invitaciones del Evangelio son más amplios y liberales*. Leemos que aquel que organizó la cena envió a su siervo "a decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado".

No hay nada que falte por parte de Dios para la salvación del hombre. Si el hombre no se salva, la culpa no es de Dios. El Padre está dispuesto a recibir a todo aquel que vaya a Él a través de Cristo. El Hijo está dispuesto a limpiar de sus pecados a todos los que acudan a Él por la fe. El Espíritu está dispuesto a ir a todos los que se lo pidan. Hay una infinita disposición de Dios a salvar al hombre si el hombre quiera ser salvo.

Los pecadores tienen el mayor de los mandamientos de acercarse a Dios por medio de Cristo. La palabra "venid" va dirigida a todos sin excepción. ¿Están los hombres trabajados y cargados? "Venid a mí —dice Jesús— y yo os haré descansar" (Mateo 11:28). ¿Tienen sed? "Si alguno tiene sed —dice Jesús— venga a mí y beba" (Juan 7:37). ¿Son pobres y tienen hambre? "Venid —dice Jesús—, comprar sin dinero y sin precio, vino y leche" (Isaías 55:1). Nadie podrá decir nunca que no fue invitado a buscar la salvación. Esa Palabra del Señor silenciará a todo objetor: "Al que a mí viene, no le echo fuera" (Juan 6:37).

Se nos enseña en esta parábola, en tercer lugar, que *muchos que reciben invitaciones del Evangelio rehúsan aceptarlas*. Leemos que, cuando el siervo anunció que todas las cosas estaban preparadas, aquellos que habían sido invitados "todos a una comenzaron a excusarse". Uno tenía una excusa trivial y otro tenía otra. Solo en un punto estaban todos de acuerdo: No pensaban ir.

Tenemos en esta parte de la parábola un vivo cuadro de la recepción que encuentra continuamente en Evangelio allí donde es proclamado. Miles hacen continuamente lo que la parábola describe: son invitados a ir a Cristo y no quieren ir. No es el desconocimiento religioso lo que hace que se pierdan la mayoría de las almas de los hombres. Es la falta de voluntad de utilizar ese conocimiento o el amor a este mundo presente. No es el libertinaje declarado lo que llena el Infierno. Es la atención excesiva a cosas que en sí mismas son legítimas. No es tanto la reconocida aversión al Evangelio lo que hay que temer. Es el espíritu de dilación y de búsqueda de excusas que

siempre está preparado con una razón por la que Cristo no puede ser servido *hoy*. Que las palabras de nuestro Señor acerca de este asunto penetren profundamente en nuestros corazones. La infidelidad y la inmoralidad, sin duda, acaban con miles. Pero las aparentes buenas y astutas *excusas* acaban con diez miles. Ninguna excusa puede justificar que un hombre rechace la invitación de Dios y no vaya a Cristo.

Por último, en esta parábola se nos enseña que *Dios desea ardientemente la salvación de las almas y quiere que se empleen todos los medios para conseguir que su Evangelio sea aceptado*. Leemos que, cuando aquellos que habían sido invitados en primer lugar a la cena rehusaron la invitación, "el padre de familia, dijo a su siervo: ve pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos". Leemos que, una vez hecho esto, quedando aún sitio, "dijo el señor al siervo: ve por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa".

El significado de estas palabras puede admitir cierta discusión. Ciertamente justifica que declaremos el amor y la compasión extremos de Dios hacia los pecadores. Su longanimidad es incombustible. Si unos no reciben la Verdad, invitará a otros en su lugar. Su compasión por los perdidos no es algo fingido o imaginario. Está infinitamente deseoso de salvar las almas. Sobre todo, estas palabras justifican el que cada predicador y maestro del Evangelio emplee todos los medios posibles para despertar a los pecadores y que se arrepientan de sus pecados. Si no vienen a nosotros en público, debemos visitarlos en privado. Si no asisten a nuestra predicación en la congregación, debemos estar dispuestos a predicar de casa en casa. Hasta no debemos avergonzarnos de utilizar una moderada violencia. Debemos instar "a tiempo y fuera de tiempo" (2 Timoteo 4:2). Debemos tratar con muchos inconversos como si estuvieran medio dormidos, medio fuera de sí, y no plenamente conscientes de la situación en que se encuentran. Debemos insistir una y otra vez en que se fijen en el Evangelio. Debemos clamar en voz alta y no ser escasos. Debemos tratarlos como trataríamos a un hombre a punto de suicidarse. Debemos tratar de arrebatarlos del fuego como si fueran un tizón. Debemos decir: "No puedo dejar que sigas echando a perder tu alma, no quiero hacerlo y no voy a arriesgarme a permitirlo". Puede que los hombres del mundo no comprendan que nos lo tomemos tan en serio. Quizá se burlen de todo el celo y fervor religioso considerándolo fanatismo. Pero el "hombre de Dios" que desea hacer la obra de evangelista hará poco caso de lo que diga el mundo. Recordará las palabras de nuestra parábola. Los "forzará" a entrar.

Dejemos esta parábola con un serio examen de conciencia. Debe hablarnos en el presente. Esta invitación del Evangelio va dirigida también a nosotros así como a los judíos. El Señor nos dice

constantemente: “Venid a la cena; venid a mí”. ¿Hemos aceptado su invitación? ¿O estamos diciendo prácticamente: “No puedo ir”? Si morimos sin haber ido a Cristo es mejor que no hubiéramos nacido.

Notas Lucas 14:15–24

V. 15: *[Bienaventurado el que coma pan]*. Se deja a la suposición de cada cual el motivo de este comentario y el verdadero carácter de quien lo hizo.

Gill cree que es probable que el hombre fuera un judío que estaba empapado de las grandes ideas generalizadas en aquel tiempo acerca de las fiestas y los banquetes en el Reino del Mesías. Él demuestra, citando autores rabínicos, que “los judíos suponen que Dios hará entonces un espléndido banquete en el que, junto al pan —que ellos denominan pan del Reino—, habrá una gran variedad de carne, pescado y aves, con abundancia de vino y toda clase de fruta deliciosa. Especialmente hablan de un gran buey, que ellos suponen que es el Behemot de Job, que entonces será preparado; y del Leviatán y su pareja, que allí será aderezado; y de una gran ave llamada Ziz, del tamaño de una montaña; y de un vino viejo guardado desde la creación del mundo; y de frutos del huerto de Edén que se servirán para terminar”. He dado esta cita completa como un ejemplo instructivo de la basura contenida en los escritos rabínicos.

Yo, por mi parte, soy incapaz de ver que este hombre fuera creyente como algunos piensan, y hasta que fuera piadoso. Para mí esta cita no me parece nada más que el deseo vago e indolente de alguien que considera adecuado decir algo religioso cuando se habla de religión en su entorno. Stier elabora bien esta idea. Todo el tono de la parábola que inspira la cita me parece irreconciliable con la idea de alabar dicha cita.

V. 16: *[Un hombre hizo una gran cena]*. Hay una gran similitud entre esta parábola y la relatada por S. Mateo (Mateo 22:2). Peroestá claro que las parábolas son diferentes y fueron contadas en distintas ocasiones.

El principal objetivo de la parábola, sin duda, es mostrar la maldad y la incredulidad de los judíos y el llamamiento de los gentiles en su lugar. Cristo fue ofrecido en primer lugar a los judíos. Cuando ellos lo rechazaron, fueron cortados y Cristo fue ofrecido a los gentiles. Pero el propósito de la parábola es que se aplique a la historia del ofrecimiento del Evangelio y a cómo es recibido en cada época de la Iglesia.

V. 17: *[Hora de la cena [...] ya todo está preparado]*. Estas expresiones denotan el cumplimiento completo de toda la obra redentora, anunciado a los judíos y los gentiles, después de la resurrección de Cristo. Entonces, y no hasta entonces, se pudo decir literalmente: “Todo está preparado”.

V. 18: *[Comenzaron a excusarse]*. Las diversas excusas presentadas por los que habían sido invitados son tipos de las diversas razones mundanas con que los hombres se excusan para rechazar el ofrecimiento del Evangelio de Cristo. Notemos que todas las cosas mencionadas eran en sí inocentes y legítimas.

[He comprado [...] y necesito ir a verla]. Stella ve en esta expresión un ejemplo intencionado de la necedad de los hombres mundanos. Invierten su tiempo, sus pensamientos y su fuerza en cosas de las que desconocen su verdadero valor. Si el hombre hubiera sido sabio —dice—, primero habría visto la tierra y después la habría comprado".

V. 20: *[Acabo de casarme [...]*. Los autores católicos romanos no desperdician la ocasión para extraer argumentos a favor del estado de soltería. Pero no sacan nada en claro. Por el mismo razonamiento, podríamos demostrar que comprar bueyes o tierras es más pecaminoso que atesorar dinero y no gastarlo. No tienen en cuenta la hermosa enseñanza de esta parte de la parábola, que es esta: no es tanto el quebrantamiento claro de la Ley de Dios, como una excesiva atención a las cosas legítimas e inocentes, lo que echa a perder las almas de muchos hombres. Pocas verdades se pasan por alto tan completamente.

V. 21: *[Hizo saber [...] a su señor]*. Esto parece enseñar la obligación de un ministro. Debe hacer saber sus éxitos a su Señor celestial.

[Enojado]. Es evidente que esta expresión no se debe forzar demasiado como prueba de que Dios tiene tendencia a la ira, como el hombre que organiza la fiesta despreciada. Sin embargo, estas palabras tienen el propósito de enseñarnos que la incredulidad y el rechazo del Evangelio provocan mucho a Dios. Y nunca debemos olvidar que hay un sentido en que "la ira de Jehová [está cada día] sobre los hacen mal" (Salmo 34:16).

[Los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos]. Estas palabras describen en primer lugar a los gentiles, quienes estaban precisamente en esa situación si se comparaba con la de los judíos. En segundo lugar, describen a todos los pecadores a quienes se ofrece el Evangelio, que son conscientes de sus pecados y reconocen su propia necesidad y pobreza espiritual.

V. 22: *[Aún hay lugar]*. Esta expresión parece mostrar que hay más voluntad por parte de Dios de salvar a los pecadores de la que hay por parte de los pecadores de ser salvados, y más gracia que otorgar de la que los corazones desean recibir.

Bengel comenta: "Ni la naturaleza ni la gracia pueden soportar un vacío o un espacio sin nada".

V. 23: *[Fuérzalos a entrar]*. Esta expresión se debe interpretar con cuidado. No sanciona ninguna obligación o coacción literal a presionar a los hombres para que acepten el Evangelio. Menos aún sanciona el más mínimo acercamiento a la intolerancia o a la persecución de los hombres a causa de sus opiniones religiosas.

Dice el obispo Pearce: "Fuérzalos por medio de argumentos, no por la fuerza. La naturaleza de la parábola lo muestra claramente. Fueron invitados a una cena".

La palabra traducida como "fuérzalos" solo se utiliza nueve veces en el Nuevo Testamento. En cuatro de los lugares se traduce como "hacer que" u "obligar" (cf. Mateo 14:22; Marcos 6:45; Hechos 28:19; Gálatas 6:12). Es evidente en estos pasajes que la palabra no necesariamente implica un empleo de la fuerza y de la violencia.

La idea de Alford de que en las palabras “fuérzalos a entrar” hay posiblemente “una alusión al bautismo de infantes” me parece extremadamente improbable.

V. 24: *[Ninguno [...] convidados, gustará]*. Esta expresión se aplica en primer lugar a los judíos. Al rechazar el Evangelio de Cristo fueron cortados por un tiempo, hasta que agradara a Dios volver a injertarlos (cf. Romanos 11:23). En segundo lugar, ilustra una triste verdad acerca de aquellos que rechazan el Evangelio entre nosotros. En ocasiones son abandonados y entregados a una mente reprobada. Rechazar la Verdad acarrea sobre el hombre la mayor ira de Dios. Se deberían estudiar con frecuencia las palabras de nuestro Señor acerca de Corazín y Betsaida.

Lucas 14:25–35

En este pasaje aprendemos, en primer lugar, que *los verdaderos cristianos deben estar dispuestos, si es necesario, a abandonarlo todo por amor a Cristo*. Esta es una lección que se enseña con un lenguaje muy especial. Nuestro Señor dice: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”.

Esta expresión se debe interpretar, sin duda, con ciertas reservas. Nunca debemos explicar texto alguno de las Escrituras de una forma que contradiga otros. Nuestro Señor no quería dar a entender que los cristianos tienen obligación de odiar a sus parientes. Esto habría contradicho el quinto mandamiento. Solo quería decir que aquellos que le siguen deben amarle con un amor más profundo aún que a sus parientes más cercanos y queridos o que a sus propias vidas. No quería decir que es parte esencial del cristianismo el pelear con nuestros parientes y amigos. Pero sí que en caso de que las demandas de nuestros parientes y las de Cristo entren en colisión, hay que renunciar a las de los parientes. Debemos escoger antes desagradar a aquellos a quienes más amamos sobre la Tierra que desagradar a aquel que murió por nosotros en la Cruz.

Lo que nuestro Señor requiere de nosotros aquí es especialmente riguroso y apela a la conciencia. Pero es sabio y necesario. La experiencia muestra que, tanto en la iglesia como en casa y en el campo de misión, los mayores enemigos para el alma del hombre son, en ocasiones, los de su propia casa. A veces ocurre que el mayor obstáculo en el camino de la conciencia que ha sido despertada es la oposición de parientes y amigos. Los padres impíos no pueden soportar ver que sus hijos “adoptan nuevas ideas” religiosas. A las

madres mundanas les molesta ver que sus hijas no desean participar de las diversiones del mundo. Frecuentemente tienen lugar diferencias de opinión tan pronto como la gracia entra en una familia. Y después llega el momento de que el verdadero cristiano recuerde el espíritu de las palabras de nuestro Señor en este pasaje. Debe estar dispuesto a ofender a su familia antes que ofender a Cristo.

La línea a adoptar en estos casos está, sin duda, muy clara. Es una pesada cruz estar en desacuerdo con aquellos a quienes amamos, y especialmente acerca de cosas espirituales. Pero, si sobre nosotros es puesta esta cruz, debemos recordar que nuestra firmeza y resolución les hará un verdadero favor. Nunca será verdadero amor a los parientes el hacer el mal con el fin de agradarles. Y lo mejor de todo es que la firmeza, acompañada de bondad y coherencia en la larga carrera de la vida, suele traer su propia recompensa. Miles de cristianos bendecirán a Dios en el día final porque tuvieron parientes y amigos que escogieron desagradarles a ellos antes que a Cristo. Esa misma decisión fue lo primero que les hizo pensar seriamente y que condujo finalmente a la conversión de sus almas.

En segundo lugar, en este pasaje aprendemos que *a aquellos que están pensando en seguir a Cristo se les debe aconsejar que calculen el costo*. Esta es una lección que nuestro Señor quiso enseñar a las multitudes que le seguían sin pensar ni reflexionar, y que fue reforzada por medio de ejemplos extraídos de la construcción y la guerra. Es una lección que, sin duda, resultará útil en cada época de la Iglesia.

Ser un cristiano genuino tiene un precio. Nunca lo olvidemos. Ser un cristiano meramente nominal e ir a la iglesia resulta barato y fácil. Pero escuchar la voz de Cristo, seguir a Cristo, creer en Cristo y confesar a Cristo requiere negarse mucho a uno mismo. Nos costará renunciar a nuestros pecados, nuestra auto justificación, nuestra comodidad y nuestra mundanalidad. Todo, todo se debe abandonar. Debemos luchar contra un enemigo que viene contra nosotros con 20 000 seguidores. Debemos edificar una torre en tiempos de dificultades. Nuestro Señor Jesucristo quiere que entendamos bien esto. Nos ordena “calcular los gastos”.

Ahora bien, ¿por qué utilizó nuestro Señor este lenguaje? ¿Deseaba desanimar a los hombres para que no se hicieran discípulos suyos? ¿Quería decir que debemos hacer que la puerta de la vida parezca más estrecha aun de lo que es? No es difícil encontrar respuesta para estas preguntas. Nuestro Señor habló como lo hizo para evitar que los hombres le siguieran a la ligera e irreflexivamente, por un mero sentimiento animal o una emoción transitoria, y abandonaran en tiempo de tentación. Sabía que nada hace tanto daño a la causa de la verdadera religión como el apartarse, y que nada lo origina tanto como el alistar discípulos sin darles a conocer lo que tienen entre manos. No tenía deseo de inflar las cifras de sus seguidores admitiendo a soldados que abandonarían a la hora de la verdad. Por esta razón da

una voz de advertencia. Ordena a todo el que piensa ponerse a su servicio que calcule el costo antes de comenzar.

Bueno sería para la Iglesia y el mundo que los ministros de Cristo siempre recordaran la conducta de su Maestro en este pasaje. A menudo, demasiado a menudo, las personas son edificadas sobre el engaño a sí mismos y son incitados a pensar que son conversos cuando en realidad no lo son en absoluto. Se confunden los sentimientos con la fe. Se confunden las convicciones con la gracia. Estas cosas no deberían suceder. Alentemos por todos los medios los inicios de religiosidad en un alma, pero nunca animemos a las personas a seguir adelante sin decirles lo que conlleva ser un verdadero cristiano. Nunca les ocultemos la lucha y el trabajo. Digámosles: “Venid”, pero también: “Calculad los gastos”.

Por último, en este pasaje aprendemos *lo triste que es la situación de los que dan marcha atrás y apostatan*. Esta es una lección íntimamente relacionada con la anterior. La necesidad de “calcular los gastos” es reforzada por un cuadro de las consecuencias de rehusar hacerlo. El hombre que hace una vez una profesión religiosa pero que después se retracta de la misma es como la sal que ha perdido su sabor. Esa sal es relativamente inútil: “Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera”. Pero la situación de dicha sal es un símbolo vivo de la situación del que retrocede. No nos sorprende que nuestro Señor diga: “El que tiene oídos para oír, oiga”.

La verdad que expone nuestro Señor en este lugar es muy dolorosa, pero muy útil y necesaria. Se debe recordar que ningún hombre está en una situación tan peligrosa como aquel que ha conocido una vez la verdad y profesado amarla y que después da marcha atrás en su profesión de fe y retorna al mundo. No puedes decirle a ese hombre nada que no sepa ya. No puedes mostrarle doctrina alguna que no haya escuchado. No ha pecado en ignorancia, como otros muchos. Se ha apartado de Cristo con los ojos abiertos. Ha pecado contra un Dios conocido, no desconocido. Su situación es casi desesperada. Todo es posible para Dios, pero está escrito: “Es imposible que los que una vez fueron iluminados [...] y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento” (Hebreos 6:4–6).

Consideremos bien estas cosas. Se trata de una cuestión que no se ha considerado suficientemente. Nunca temamos comenzar a servir a Cristo. Pero comencemos seria y reflexivamente y con la debida consideración del paso que vamos a dar. Y, una vez que hayamos comenzado, oremos por gracia para perseverar y nunca retroceder.

Notas Lucas 14:25–35

V. 25: *[Grandes multitudes [...] y volviéndose, les dijo]*. La conducta de

nuestro Señor en esta ocasión aparece en fuerte contraste con la de muchos ministros del Evangelio en el presente.

La tentación de admitir a las personas a la plena comunión, y de considerarlas y aprobarlas como verdaderos cristianos antes de que den evidencia de verdadera gracia, es muy fuerte. Requiere una constante vigilancia la inclinación a mostrar, a los que preguntan, el gozo y el consuelo del Evangelio sin darles una visión proporcionada de la cruz y la lucha.

Imitar de verdad la conducta de nuestro Señor en este pasaje probablemente disminuiría mucho las cifras de nuestras comunidades. Pero podemos plantearnos si no ganaríamos en calidad lo que perdemos en cantidad, y si no evitaríamos muchas de las deshonrosas recaídas y de enormes incoherencias que con tanta frecuencia traen descrédito a la religión hoy día.

Se puede establecer, como regla general, que de poco vale admitir a la comunión por poco precio y que llamar a las personas cristianas sobre una base menor que la que nuestro Señor establece, a largo plazo hace más daño que bien.

V. 26: *[Viene a mí, y no aborrece]*. La expresión "aborrece" en este versículo se debe interpretar evidentemente como una comparación. Merece la pena leer la siguiente cita de Pearce:

"Además de la evidencia en Mateo 10:37 de que la palabra 'aborrece' significa allí 'amar menos', se puede añadir que, en Mateo 6:24, la palabra 'aborrece' se utiliza de esta misma forma. Cuando leemos, pues, en Romanos 9:13 que "a Jacob amé, mas a Esaú aborrecí", el significado es que amó a Jacob más que a Esaú. Que esta no es una interpretación arbitraria de la palabra 'aborrecer' sino conforme al idioma hebreo se ve en lo que se dice en Génesis 29:30–31, donde el "aborrecimiento" de Lea se explica diciendo que Raquel fue más amada que Lea (cf. también Deuteronomio 21:15–17).

V. 28: *[Edificar una torre]*. Merece la pena leer la siguiente nota de Doddridge:

"La frase 'edificar una torre' nos indica, naturalmente, la idea de un edificio más magnífico de lo que los oyentes de nuestro Señor podrían probablemente imaginar en esta ocasión. Está claro que a menudo se edificaban torres, probablemente de materiales ligeros, para albergar a aquellos que se ocupaban de guardar las viñas o los ganados, y que eran construidas con gran altura en relación proporcional a su base para que se pudiera dominar una vista más amplia".

Este comentario no está falto de razón a la luz de las palabras de nuestro Señor: "¿Quién de vosotros?".

V. 31: *[El rey […]*. Algunos consideran este "rey" como símbolo del creyente, y el rey que viene con 20 000 como Satanás. Yo soy incapaz de verlo así. Tanto aquí como en los tres versículos anteriores, creo que nuestro Señor solo está tomando una analogía de cosas que les resultaban familiares, y que no debemos ir más lejos.

V. 33: *[Renuncia]*. Esta palabra griega se traduce más comúnmente como "despedida" o "marcha". El significado es, evidentemente, que un hombre no puede ser discípulo de Cristo a menos que tenga la intención de abandonarlo

todo por Él si fuere necesario y de enfrentarse a cualquier enemigo y hacer cualquier sacrificio.

V. 34: *[Si la sal se hiciere insípida]*. Merece la pena leer una cita de Maundrell. Está describiendo el valle de la sal en uno de sus viajes cuando dice: "A lo largo, a un lado, hay un pequeño precipicio ocasionado porque continuamente se quita la sal. Rompí un trozo, del que la parte expuesta a la lluvia, el sol y el aire, aunque tenía la forma y las partículas de la sal, había perdido por completo su sabor. La parte interior que estaba conectada con la roca sí conservaba su sabor".

Schottgen habla de una clase de sal en Judea traída del mar Muerto y denominada sal bituminosa, que se conseguía rápidamente y que solo servía para "extenderla en una parte del templo, en el pavimento, y así evitar los resbalones cuando el tiempo era húmedo".

Estas sorprendentes y solemnes palabras acerca de la sal que pierde su sabor se encuentran nada menos que en tres ocasiones diferentes en los Evangelios (cf. Mateo 5:13 y Marcos 9:50). La lección espiritual de este pasaje se pasa terriblemente por alto. La pecaminosidad de los pecados contra la luz y el conocimiento y la posibilidad de ser entregados a una mente reprobada son puntos no suficientemente explicados por los predicadores ni considerados por los oyentes. Los hombres parecen olvidar que hay tal cosa como un pecado imperdonable y que, una vez que la sal ha perdido su sabor una vez, ya no puede volver a ser sazonada.

No quisiera ser malinterpretado al decir esto, No puedo encontrar en la Escritura ninguna prueba clara de que haya una reprobación absoluta. Yo afirmo que la destrucción de aquellos que se pierden es consecuencia de sus propios pecados y no de la predestinación de Dios. Creo que no tenemos derecho a decir de ningún pecador que es demasiado malo para ser salvo.

Pero la enseñanza general del Nuevo Testamento parece ser que nada desagrada tanto a Dios como el mal uso del conocimiento y el apartarse deliberadamente de la Verdad, una vez vista y reconocida, para servir al pecado y al mundo. La Biblia enseña, en realidad, que el pecador que es más improbable que sea salvo es aquel que, tras una elevada profesión espiritual, se aparta y vuelve al mundo, y que el corazón que es más improbable que sea cambiado es aquel que una vez profesó amar el Evangelio pero después se enfrió y se volvió indiferente al mismo.

Puedo dar testimonio ciertamente de que, después de dieciséis años de ministerio, los lechos de muerte en los que he percibido más desesperación y dolor han sido los de aquellos que se apartaron. He visto a algunas de esas personas salir del mundo sin esperanza y con conciencias que parecían verdaderamente muertas, enterradas y ausentes, habiendo desechado toda verdad, doctrina y argumento. Parecía que habían perdido la capacidad de sentir y que solo podían yacer y desesperarse. Me temo que la mejor descripción de la situación del alma de esas personas es la frase de nuestro Señor que he estado comentando.

Lucas 15:1–10

El capítulo que comienza con estos versículos es conocido para los lectores de la Biblia como ningún otro de la Escritura. Quizá pocos capítulos hayan hecho tanto bien a las almas de los hombres. Cuidémonos de que nos haga bien a nosotros.

En primer lugar, observemos en estos versículos el *extraordinario testimonio de nuestro Señor que dan sus enemigos*. Leemos que cuando “se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come”.

Estas palabras fueron pronunciadas evidentemente con sorpresa y en tono de burla, y no con placer y admiración. ¡Estos ignorantes guías de los judíos no comprendían que un predicador religioso tuviera algo que ver con las personas malvadas! Pero sus palabras obraron para bien. Aquello que se decía en tono de reproche fue adoptado por nuestro Señor Jesús como una verdadera descripción de su oficio. Le llevó a contar tres de las parábolas más instructivas que salieron de sus labios.

El testimonio de los escribas y fariseos era estricta y literalmente cierto. El Señor Jesús es ciertamente alguien que “a los pecadores recibe”. Los recibe para perdonarlos, para santificarlos y hacerlos idóneos para el Cielo. Es su especial misión el hacerlo así, y para este fin vino al mundo. Vino no a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento. Vino al mundo a salvar a los pecadores. Lo que Él fue sobre la Tierra lo es ahora a la diestra de Dios y lo será por toda la eternidad. Es, sin ningún género de dudas, amigo de los pecadores.

¿Somos conscientes de nuestro pecado? ¿Nos sentimos mal, malvados, culpables y merecedores de la ira de Dios? ¿Nos amarga el recuerdo de nuestra vida pasada? ¿Nos avergüenza el recuerdo de nuestra conducta pasada? Entonces somos las personas que debemos acudir a Cristo tal como somos, no alegando nada a nuestro favor, sin retrasarnos inútilmente. Cristo nos recibirá por su gracia, nos perdonará libremente y nos dará vida eterna. Es Aquel que “a los pecadores recibe”. No nos perdamos por no acudir a Aquel que puede salvarnos.

En segundo lugar, observemos en estos versículos *las importantes figuras con las que nuestro Señor describe su propio amor hacia los pecadores*. Leemos que, en respuesta al insultante comentario de sus enemigos, contó tres parábolas: las de la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo. Las dos primeras las tenemos ahora delante. Las tres pretendían ilustrar una misma verdad. Todas arrojan fuerte luz sobre la voluntad de Cristo de salvar a los pecadores.

El amor de Cristo es un amor activo que obra. Igual que el pastor no se quedó quieto hasta recuperar su oveja perdida y la mujer no se

quedó quieta hasta encontrar la moneda perdida, así nuestro bendito Señor no se quedó quieto en el Cielo lamentándose por los pecadores. Dejó la gloria que tenía con el Padre y se humilló a sí mismo haciéndose semejante a los hombres. Descendió al mundo a buscar y salvar a los que estaban perdidos. No se quedó quieto hasta hacer expiación por nuestras transgresiones, traer justicia eterna, proveer redención eterna y abrir la puerta de la vida a todos los que quieran ser salvos.

El amor de Cristo es un amor abnegado. El pastor llevó a casa a su oveja perdida sobre sus propios hombros en lugar de dejarla en el desierto. La mujer encendió una lámpara, barrió la casa y buscó con diligencia, y no escatimó esfuerzos hasta encontrar la última moneda. Y así mismo, Cristo no escatimó el entregarse a sí mismo cuando se dispuso a salvar a los pecadores: “Sufrió la cruz, menospreciando el oprobio”. Puso “su vida por sus amigos” (Hebreos 12:2; Juan 15:13).

El amor de Cristo es un amor profundo e intenso. Igual que el pastor se regocijó al encontrar su oveja y la mujer al encontrar su moneda, así el Señor Jesús se goza en salvar a los pecadores. Es un verdadero placer para Él sacar los tizones del fuego. Estando en la Tierra, era su “comida y su bebida” el terminar la obra que había venido a hacer. Sentía en su espíritu la necesidad de cumplirlo todo. Se deleita en mostrar misericordia. Está mucho más deseoso de salvar a los pecadores que los pecadores de ser salvos.

Esforcémonos por conocer algo de este amor de Cristo. Es un amor que verdaderamente sobrepasa todo conocimiento. Es indescriptible e inescudriñable. En él debemos descansar nuestras almas plenamente si queremos tener paz en el tiempo y gloria en la eternidad. Si lo que nos alienta es nuestro propio amor a Cristo, estamos edificando sobre un fundamento de arena. Pero, si nos apoyamos en el amor de Cristo a nosotros, estamos sobre roca.

Observemos, por último, en estos versículos, *lo mucho que nuestro Señor alienta el arrepentimiento*. Leemos estas sorprendentes palabras: “Habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente”. Leemos el mismo pensamiento una vez más unos versículos más adelante: “Hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente”. Se repiten dos veces para que sea imposible dudar. La idea se repite con el fin de acabar con la incredulidad del hombre.

Hay cosas muy profundas en estas palabras, sin duda. Nuestras pobres mentes débiles son poco capaces de comprender cómo el perfecto gozo en el Cielo puede admitir un incremento. Pero hay algo, en mi opinión, que sobresale claramente en la superficie de estas expresiones. Hay una infinita voluntad por parte de Dios de recibir a los pecadores. Por muy malvado que haya sido un hombre, Dios se complace grandemente el día en que verdaderamente se vuelve de su maldad y acude a Dios por medio de Cristo. Dios no se complace en la

muerte del que muere y sí en el verdadero arrepentimiento.

Que el hombre que teme arrepentirse considere bien los versículos que tenemos delante y no tema más. No hay nada por parte de Dios que justifique sus temores. Tiene ante sí una puerta abierta. Le espera el perdón gratuito: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:8).

Que el hombre que se avergüenza de arrepentirse considere estos versículos y deje de lado la vergüenza. ¿Que el mundo se burla y bromea con su arrepentimiento? Mientras el hombre se ríe, los ángeles se gozan. La misma transformación que los pecadores consideran locura es una transformación que llena el Cielo de gozo.

¿Nos hemos arrepentido? Esta, al fin y al cabo, es la cuestión principal que nos concierne. ¿De qué nos aprovecha conocer el amor de Cristo si no lo utilizamos? “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis” (Juan 13:17).

Notas Lucas 15:1–10

V. 1: *[Se acercaban]*. Las palabras griegas así traducidas no hacen referencia literalmente a un acto concreto en un momento concreto. Una traducción más literal sería “y había acercándose”. Alford las traduce: “estaban ocupados en acercarse”, “estaban continuamente alrededor de él”. Obsérvese que el comienzo de este capítulo es una continuación del anterior sin ruptura.

Señalemos la accesibilidad y afabilidad de la conducta de nuestro Señor en esta expresión. Era alguien a quien el pueblo no tenía miedo. Esa conducta es un gran don.

[Todos los publicanos y pecadores]. Por medio de la expresión “todos” se pretende, evidentemente, que entendamos “todos” en ese entorno concreto en que se encontraba en ese momento nuestro Señor.

Nótese que ningún autor evangélico ofrece tantos ejemplos de la misericordia de nuestro Señor a los pecadores como S. Lucas. Se supone, con mucha razón, que su intención en esto era consolar a los conversos gentiles para quienes escribió especialmente su Evangelio. Obsérvense, junto a este capítulo, los textos de Lucas 18:10; 23:34, 43. Estos pasajes son todos propios de S. Lucas.

V. 2: *[Murmuraban]*. La palabra griega que tenemos aquí sólo se utiliza en otro lugar: Lucas 19:7. Significa literalmente “murmuraban grandemente” o “estaban constantemente murmurando” durante el viaje.

[Este a los pecadores recibe]. Estas palabras deben considerarse detenidamente. Son la clave de todo el capítulo. Tenerlas siempre en mente arroja luz sobre la interpretación de las otras tres parábolas que vienen a continuación. A los fariseos les parecía mal que nuestro Señor invitara a los

pecadores. Nuestro Señor responde, en efecto, que aquello que les parece mal era la verdadera razón de su venida a la Tierra, algo de lo que no se avergonzaba. Vino a hacer por los pecadores lo que el pastor hizo por su oveja perdida, la mujer por su moneda perdida y el padre por su hijo pródigo. En cuanto a sus murmuradores enemigos, ellos eran como el hermano mayor del hijo pródigo.

Estoy convencido de que recordar esta frase es de gran importancia en el capítulo, y que muchos comentaristas han dado muchas explicaciones extrañas de las cosas que tenemos aquí por no examinarla bien. El gran objetivo de estas tres parábolas es uno y único. Las tres muestran el amor y la misericordia de Cristo hacia los pecadores, pero bajo tres aspectos diferentes. Yo afirmo con Bengel que la oveja perdida representa al pecador tonto y necio, la moneda perdida al pecador que se desconoce a sí mismo y el hijo menor al pecador atrevido y testarudo. Pero también afirmo que el amor que cuida la oveja, busca la moneda y corre a encontrarse con el hijo pródigo ilustran *el amor de Cristo*. No puedo aceptar la idea de que el propósito de las tres parábolas era señalar la obra de las tres Personas de la Trinidad. No puedo unirme a la opinión de Bengel, Alford y Stier de que "la mujer" representa al Espíritu Santo, ni a la opinión de Ambrosio y de Wordsworth de que representa a la Iglesia. Todas estas ideas las considero ajenas a la intención de nuestro Señor cuando contó las tres parábolas. Entiendo que la forma correcta de interpretar estas tres parábolas que tenemos ante nosotros es suponer que lo que quería decir nuestro Señor era lo siguiente: "Me culpáis por recibir a los pecadores. No me avergüenzo de ello. Los recibo. Yo vine a la Tierra precisamente con ese propósito. Si deseas conocer mis sentimientos hacia los pecadores, observa la conducta de un pastor que busca a su oveja perdida, una mujer que busca su dracma perdida y un padre bondadoso que recibe a un hijo pródigo. En el amor exhibido en cada uno de estos tres casos tienes un símbolo de mi amor hacia los pecadores".

V. 4: *[Qué hombre de vosotros […]*. Tanto en este como en los dos versículos siguientes declino otorgar significados alegóricos a cada parte de la parábola, que muchos comentaristas han descubierto. Los dos números, cien y noventa y nueve, el desierto, el pastor poniendo a su oveja sobre sus hombros, la casa, los amigos y vecinos, todo me parece subordinado a las circunstancias de la parábola y con la única pretensión de ilustrar una gran verdad principal: el amor profundamente abnegado de Cristo hacia los pecadores y el agrado con que los salva.

La hermosa idoneidad de las imágenes escogidas en la parábola es muy notable. Nuestro Señor habla de sí mismo en el capítulo 10 de S. Juan como el buen Pastor. Isaías dice en el capítulo 53 de su profecía: "Todos nosotros nos descarriamos como ovejas".

V. 7: *[Os digo […]*. En este versículo, el Señor deja de hablar en parábolas y nos declara una gran verdad.

[Habrá más gozo en el cielo]. El uso del tiempo futuro en esta expresión ha conducido a algunos a pensar que nuestro Señor está hablando del día del Juicio, cuando las almas salvadas serán presentadas ante el Padre con gran gozo. Yo no lo veo así. Creo que nuestro Señor simplemente quiere decir que,

cuando un pecador se arrepiente, en cualquier momento de la historia de la Iglesia, su arrepentimiento será celebrado con alegría en el Cielo, por mucha murmuración que haya entre los fariseos en la Tierra.

[Un pecador]. En esta expresión aparece el extremo valor de un alma a los ojos de Dios. También parece dar la idea que tienen algunos de que la oveja perdida representa a toda la Iglesia de los elegidos o al mundo redimido.

Aquellos que se desaniman y se desalientan al predicar y enseñar por el aparente poco éxito deberían pensar a menudo en esta expresión y en la paralela del versículo 10. No se considera suficientemente el valor de un alma.

[Noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento]. Esta expresión es notable y ha causado mucha diferencia de opinión entre los comentaristas. Se ofrecen cinco explicaciones diferentes.

1. Algunos piensan que hace referencia a los ángeles, que nunca han pecado.
2. Otros piensan que se refiere a los santos glorificados, que no pueden pecar más.
3. Otros piensan que se refiere a los santos vivos, que no han perdido su pureza bautismal.
4. Otros piensan que se refiere a los habitantes de otros mundos, que no han caído como el hombre.
5. Otros piensan que se refiere a personas que se consideran justas, como los fariseos, y que piensan que no necesitan arrepentirse.

Yo creo que esta última es la opinión correcta y que las demás son insostenibles. Es confirmado por Lucas 5:32; 16:15; 18:9; Mateo 9:13; Marcos 2:17.

V. 8: *[O qué mujer [...]*. Nótese, tanto aquí como en la última parábola, lo sencillas y familiares que eran las ilustraciones empleadas por nuestro Señor. Un pastor y una mujer son los vehículos por escogidos por Él para transmitir a nuestras mentes una idea de su cuidado de los pecadores.

Tanto en este versículo como en el siguiente me adhiero a la opinión expresada en los comentarios de la parábola anterior. Declino otorgar un significado alegórico a las expresiones que se emplean. La mujer, el número diez, la lámpara, la casa, el barrer, las amigas y vecinas, todas me parecen circunstancias subordinadas a una historia cuyo propósito era enseñarnos una gran verdad: la preocupación de Cristo por los pecadores y el placer que le produce salvarlos.

Muchos comentaristas ven mucho significado en la “dracma” como tipo del pecador. Hacen hincapié en la imagen estampada en la moneda, como si representara la imagen de Dios en la que el hombre fue creado originalmente. Aquellos que deseen ver hasta qué punto se puede desarrollar esta idea la encontrarán claramente descrita en la obra de Ness *History and Mystery of the New Testament*.

V. 10: *[Gozo [...] ángeles de Dios]*. Esta expresión parece mostrar que la salvación de los pecadores es un asunto de profundo interés para los ángeles, y que el rescate de cada uno de ellos es cuidadosamente observado. Hay que recordar que eso es diferente a decir que los ángeles pueden ayudar

a nuestras almas.

Lucas 15:11–24

La parábola que tenemos ante nosotros es conocida comúnmente como la parábola de “el hijo pródigo”. Verdaderamente se puede considerar un impactante cuadro espiritual. A diferencia de algunas de las parábolas de nuestro Señor, no nos transmite una única gran lección, sino muchas. Cada parte de ella es especialmente rica en instrucción.

Vemos en esta parábola, en primer lugar, *al hombre siguiendo la inclinación natural de su propio corazón*. Nuestro Señor nos muestra a un hijo “menor” apresurándose a establecerse por su cuenta, alejarse de casa del bondadoso padre y desperdiciar sus bienes “viviendo perdidamente”.

Tenemos en estas palabras un retrato fidedigno de la mentalidad con la que todos nacemos. Esta es nuestra semejanza. Todos somos por naturaleza orgullosos y tercos. No nos complace la comunión con Dios. Nos apartamos de Él y nos vamos lejos. Perdemos nuestro tiempo, nuestra fuerza, nuestras facultades y nuestros afectos en cosas que no aprovechan. El hombre codicioso lo hace de una manera, el esclavo de la lujuria y de las pasiones de otra, el amante del placer de otra. Solo en un punto concuerdan todos: Todos por naturaleza “nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (Isaías 53:6). En la conducta inicial del hijo menor vemos el corazón natural.

Aquel que no conoce nada de estas cosas tiene mucho que aprender. Está espiritualmente ciego. Los ojos de su entendimiento necesitan ser abiertos. La peor ignorancia del mundo es no conocernos a nosotros mismos. ¡Feliz aquel que ha sido liberado del reino de las tinieblas y se conoce a sí mismo! De demasiados se puede decir: “No saben, no entienden, andan en tinieblas” (Salmo 82:5).

Vemos en esta parábola, en segundo lugar, *al hombre averiguando por amarga experiencia que los caminos del pecado son duros*. Nuestro Señor nos muestra al hijo menor gastando todas sus propiedades y pasando necesidad, viéndose obligado a cuidar y alimentar cerdos, tan hambriento que está dispuesto a comer las algarrobas de los cerdos y sin importarle a nadie

Estas palabras describen una situación común. El pecado es un duro amo y los siervos del pecado siempre lo averiguan antes o después pagando un precio. Las personas inconversas nunca son verdaderamente felices. Aunque dicen estar alegres y contentas, a

menudo están incómodas por dentro. Miles de ellas tienen el corazón enfermo, no están satisfechas consigo mismas, están hartas de sus propios caminos y completamente inquietas: “Muchos son los que dicen: ¿Quién nos mostrará el bien?”. “No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos” (Salmo 4:6; Isaías 57:21).

Dejemos que esta verdad penetre profundamente en nuestros corazones. Es una verdad, a pesar de lo mucho que lo nieguen las personas inconversas. “[…] Mas el camino de los transgresores es duro” (Proverbios 13:15). La iniquidad secreta del hombre natural es extremadamente grande. Hay un hambre interior, a pesar de lo mucho que intente esconderla. Está “en necesidad”. Aquel que “siembra para la carne, de la carne segará corrupción”. No debemos sorprendernos de que S. Pablo diga: “¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis […]?” (Gálatas 6:8; Romanos 6:21).

Vemos, en tercer lugar, en esta parábola, *al hombre despertando a un sentido de su situación natural y decidiendo arrepentirse*. Nuestro Señor nos dice que el hijo menor “volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado”.

En estas palabras se ven reflejados claramente los pensamientos de miles de personas. Miles razonan de esta manera y se dicen a sí mismos estas palabras cada día. Y debemos ser agradecidos cuando vemos que surgen esos pensamientos. Pensar no es cambiar el corazón, pero puede ser el primer paso. La convicción no es la conversión, pero es un paso, en cualquier caso, en una dirección correcta. Lo que lleva a la perdición de las almas de muchas personas es simplemente esto, que nunca piensan.

Sin embargo, tenemos que hacer una advertencia. Los hombres deben tener cuidado de no limitarse a pensar. Los buenos pensamientos están todos muy bien, pero no son un cristianismo salvador. Si el hijo menor se hubiera limitado a pensar, habría permanecido lejos de su casa hasta el día de su muerte.

Vemos en esta parábola, en cuarto lugar, *al hombre volviendo a Dios con verdadero arrepentimiento y verdadera fe*. Nuestro Señor nos muestra al hijo menor saliendo del lejano país en que estaba y retornando a la casa de su padre, poniendo en práctica las buenas intenciones que se había propuesto y confesando sin reservas su pecado. “Levantándose, vino”.

Estas palabras son un esquema del verdadero arrepentimiento y la verdadera conversión en la vida. El hombre en cuyo corazón ha comenzado una verdadera obra del Espíritu Santo nunca se conformará con pensar y decidir. Se apartará del pecado. Saldrá de su comunión. Dejará de hacer el mal. Aprenderá a hacer el bien. Volverá a Dios en oración humilde. Confesará sus iniquidades. No intentará excusar sus pecados. Dirá con David: “Yo reconozco mis rebeliones”.

Dirá con el publicano: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Salmo 51:3; Lucas 18:13).

Evitemos el mal llamado arrepentimiento que no es de esta clase. La acción es la vida misma del arrepentimiento para salvación. Los sentimientos, las lágrimas, los remordimientos, los deseos y las decisiones son inútiles si no van acompañados de acción y de un cambio de vida. En realidad son peores que inútiles. De manera imperceptible cauterizan la conciencia y endurecen el corazón.

Vemos en esta parábola, en quinto lugar, *al hombre arrepentido recibido inmediatamente, perdonado libremente y completamente aceptado por Dios*. Nuestro Señor nos muestra esto en esta parte de la historia del hijo menor y de la forma más conmovedora. Leemos que “cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse”.

Quizá nunca se hayan escrito unas palabras tan profundamente conmovedoras como estas. Casi parece innecesario comentarlas. Es como embellecer el oro refinado y pintar el lirio. Nos muestran con grandes letras el infinito amor del Señor Jesucristo hacia los pecadores. Enseñan lo infinitamente deseoso que está de recibir a todo el que acude a Él y lo completo, pleno e inmediato que es el perdón que está dispuesto a otorgar. “En él es justificado todo aquel que cree”; es “grande en misericordia” (Hechos 13:39; Salmo 86:5).

Que esta misericordia sin límites de nuestro Señor Jesucristo se grabe profundamente en nuestras memorias y penetre en nuestras mentes. Nunca olvidemos que Él es Alguien que “a los pecadores recibe”. Con Él y su misericordia deberían comenzar los pecadores cuando empiecen a desear la salvación. En Él y en su misericordia deben vivir los santos cuando han sido llevados a arrepentirse y creer. “Lo que ahora vivo en la carne —dice S. Pablo— lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Notas Lucas 15:11–24

V. 11: *[Un hombre tenía dos hijos]*. De todas las parábolas del Nuevo Testamento, quizá sea esta la más completa e instructiva. De las tres de este capítulo es, con mucho, la más notable. La primera parábola tiene que ver con una de cien ovejas. La segunda con una de diez dracmas. La que

tenemos ante nosotros tiene que ver con uno de dos hijos. No debemos otorgar demasiada importancia a estas cifras, pero es interesante observarlas.

Suele considerarse al "padre" de esta parábola como tipo de Dios Padre, y los hijos como tipos de los judíos y los gentiles. No puedo asentir a esta idea respecto al padre. En cuanto a los hijos, solo puedo comentar que no fue la idea primaria que nuestro Señor tenía en mente.

Creo que el hijo menor es tipo de todos los pecadores in conversos y que su regreso a la casa de su padre es un símbolo del verdadero arrepentimiento. Creo que el recibimiento especial de su hijo representa la bondad del Señor Jesucristo y su amor hacia los pecadores que acuden a Él, así como el perdón libre y completo que les otorga. Creo que el hijo mayor tipifica a todas las personas que se consideran justas en todas las épocas de la Iglesia y especialmente a los escribas y fariseos, quienes "murmuraban" contra nuestro Señor por recibir a los pecadores. Estas son las que yo considero las lecciones principales de la parábola. Puedo llegar hasta ahí en cuanto a su interpretación, pero no más.

También puedo decir, de una vez por todas, que soy incapaz de ver que el hijo mayor represente a los ángeles; que el "ciudadano" para el que trabajó el hijo menor sea el diablo; que las mejores ropas sean la justicia de Cristo; el anillo, la seguridad del perdón; los zapatos, la gracia para caminar con Dios; los siervos, los ministros cristianos; o el becerro gordo, la Cena del Señor. Todas estas interpretaciones son, sin duda, muy ingeniosas y sostenidas por muchos. Maldonado dice sabiamente que "son dudosas". Me conformo con comentar que no creo que representen lo que Cristo tenía en mente. La parábola contiene una historia que ilustra notablemente el amor de Cristo hacia los pecadores. Esa historia se narra de la forma más singular y es transmitida con imágenes de lo más gráficas. Pero soy incapaz de ver que cada parte de las imágenes empleadas por nuestro Señor conllevara un significado espiritual.

V. 12: *[El menor de ellos dijo]*. Notemos que el "hijo menor" era el que había mostrado egoísmo y amor a la independencia. Esto hace que su conducta sea más reprensible.

[Que me corresponde]. Parkhurst comenta que "aquí hay una referencia a las leyes tanto de los judíos como de los romanos. En esto están de acuerdo: en que no permiten que el padre de familia distribuya como quiera todos sus bienes, sino que hay una parte que corresponde al hijo menor (Deuteronomio 21:16). El joven, por tanto, solo deseaba la posesión inmediata de aquella fortuna que, según el curso normal de los acontecimientos, le sería entregada en unos años".

V. 13: *[Viviendo perdidamente]*. La palabra griega para "perdidamente" solo se utiliza aquí. Significa exactamente "de tal manera que no ahorró nada, derrochándolo todo".

V. 15: *[Uno de los ciudadanos de aquella tierra]*. Gill dice que significa "un predicador legalista farisaico". No puedo ver esto ni por un momento.

[Apacentase cerdos]. Se debe recordar que nuestro Señor estaba hablando a una audiencia de judíos. Consideraban a los cerdos, por la Ley de

Moisés, animales impuros. Esta circunstancia de la historia, por tanto, probablemente transmitiría a las mentes judías una idea muy viva del estado de degradación al que llegó el hijo menor.

V. 16: *[Deseaba llenar]*. Major dice que esta expresión no significa que deseara y no pudiera gratificar su deseo. Más bien significa: "Estaba contento, eso le hacía feliz". Véase la misma expresión en Lucas 16:21.

[Algarrobas]. Parece claro que estas algarrobas son el fruto de un árbol llamado algarrobo, común en Oriente y que aún se utiliza para alimentar a los cerdos, pero muy poco adecuado para la alimentación del hombre. Probablemente responde a los hayucos que los cerdos comen entre nosotros.

[Nadie le daba]. Esto no significa que nadie le diera algarrobas, como algunos han supuesto. Solo significa que nadie le daba nada en absoluto; era rechazado por completo por todos.

V. 17: *[Volviendo en sí]*. Esta expresión ha producido con frecuencia el comentario de que un hombre debe volver en sí antes de volver a Dios.

V. 18: *[Contra el cielo y contra ti]*. Esta es una confesión de pecado contra Dios y contra el hombre. Es uno de los lugares en la Escritura donde Dios mismo emplea la palabra "Cielo", el lugar donde mora Dios (cf. Daniel 4:26 y Mateo 21:25).

V. 20: *[Levantándose, vino]*. A veces se comenta que la fuerza del hijo pródigo para regresar a casa de su padre surgió del hecho de que, a pesar de haber caído, seguía siendo "hijo". Se ha extraído de esta circunstancia un argumento a favor de la regeneración bautismal. Comenta Alford: "Nunca abandona su filiación", y después ofrece la siguiente cita de Trench: "¿Qué es lo que otorga al pecador ahora una base segura de confianza en que, si vuelve a Dios, no será desechado ni rechazado? La adopción filial que renovó en Cristo Jesús en su bautismo y su fe en que los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables".

Creo que el argumento anterior es equivocado. No puedo admitir que la parábola que tenemos ante nosotros preste ayuda alguna a la doctrina de la regeneración bautismal. Las expresiones parabólicas nunca se deben forzar para hacer que prueben doctrinas. Aquellos que ven la regeneración bautismal en la expresión del hijo pródigo —"Padre, he pecado"— y nos dicen que, aunque fuese malo, el joven no olvidó su filiación, harían bien en recordar una expresión que se repite dos veces en la parábola. Por dos veces se nos dice que, antes de que el joven regresara, estaba "muerto". Ahora bien, estar muerto es estar sin vida, y estar sin vida es necesitar "nacer de nuevo". Esto es exactamente lo que el joven tuvo que hacer; estaba muerto pero volvió a la vida. Solo pedimos que aquellos que defienden la regeneración bautismal acepten que todos los pecadores inconversos, bautizados o no, están "muertos". ¿Pero es así?

La pura verdad es que las parábolas no son las porciones de la Escritura a las que debemos volvernos para definir doctrina adecuadamente. Ver la regeneración bautismal en esta parábola es apartarse por completo de la intención de nuestro Señor al narrarla.

[Cuando aún estaba lejos, lo vio [...], corrió [...], y le besó]. Estas tres expresiones son profundamente conmovedoras. Ponen de relieve la dificultad con la que un pecador se vuelve a Cristo y la disposición y voluntad de Cristo de recibirle.

V. 21: *[Ser llamado tu hijo]*. Notemos que el hijo pródigo no termina la frase que quería dirigir a su padre. Posiblemente el significado de la omisión sea que nuestro Señor deseaba que viéramos bien la disposición del padre a recibirle. No le permitió terminar sus palabras, sino que le interrumpió por medio de expresiones de bondad.

V. 22: *[El padre dijo]*. Notemos que el padre no dirige una sola palabra a su hijo acerca de su libertinaje y maldad. No hay reprensión ni reprobación por el pasado, ni admoniciones mortificantes por el presente, ni irritantes consejos para el futuro. La única idea que nos dice que llena su mente es el gozo por la vuelta de su hijo a casa. Este es un hecho sorprendente.

[El mejor vestido]. Algunos tratan de demostrar que esto hace referencia a la buena ropa antigua que el hijo menor solía llevar antes de dejar la casa de su padre. Esta es la opinión de Teofilacto y Calovio. La idea es insostenible. Nuestros traductores han transmitido el sentido verdadero.

[Un anillo]. Esta era una marca de honor, confianza y distinción (cf. Génesis 41:42; Éxodo 3:10; Santiago 2:2).

[Calzado]. Esto probablemente indicaba que no sería considerado como un siervo, como él había pensado, sino como un hombre libre y un hijo. Por lo visto, los prisioneros y los esclavos iban descalzos (Isaías 20:4).

V. 23: *[El becerro gordo]*. Esta expresión significa literalmente “el becerro, el gordo”, uno guardado para una ocasión especial, un sacrificio o una fiesta.

Parece que a Stella, el comentarista español, le enojaban mucho los comentaristas alegóricos de sus días. Dice acerca de esta expresión, con gran franqueza: “Si me preguntas qué significa el becerro engordado, te respondo que se refiere a un becerro, tan solo a un becerro”.

V. 24: *[Muerto era, y ha revivido]*. Fijémonos cuidadosamente en esta expresión. Aunque forme parte de una parábola, merece la pena comentarla como las palabras con que nuestro Señor describe la vida del hijo pródigo antes de su arrepentimiento y el cambio que se produjo cuando se arrepintió. Un estado era de muerte. El otro de vida.

[Comenzaron a regocijarse]. No se debe pasar por alto el fuerte contraste entre esta expresión y la que tenemos al final del versículo 14. Sin conversión, el hombre comienza a estar en necesidad. Con la conversión comienza a regocijarse.

Al dejar esta parte de la parábola, creo que debo decir que admito plenamente que se puede tomar en referencia a las naciones y que en ese sentido constituye una teología excelente. Las naciones gentiles que se apartaron de Dios tras el diluvio y cosecharon tinieblas, tristeza y fuertes ataduras bajo Satanás por su separación pueden estar, sin duda, tipificadas por el hijo menor.

Su arrepentimiento y regreso a Dios por medio de la predicación del

Evangelio tras la ascensión de nuestro Señor puede estar tipificado por el retorno del hijo pródigo a casa de su padre. La envidia con que los gentiles creyentes eran considerados por los judíos puede estar tipificada por la conducta del hijo mayor. La parábola sería entonces, como en otras muchas ocasiones, una profecía.

Las palabras de nuestro Señor suelen ser tan profundas que admitirán un doble significado. Así podría ser aquí. La parábola puede interpretarse tanto para las naciones como para los individuos. Lo único que yo afirmo es que la interpretación personal e individual de la misma es decididamente el sentido primario con que debemos entenderla.

Lucas 15:25–32

Estos versículos constituyen la conclusión de la parábola del hijo pródigo. Son mucho menos conocidos que los versículos que los anteceden. Pero fueron pronunciados por los mismos labios que describieron el retorno del hijo menor a la casa de su padre. Como todo lo que hablaron aquellos labios, se descubrirá que son profundamente provechosos.

En este pasaje se nos enseña, en primer lugar, *lo crueles y malévolos que son los sentimientos hacia los pecadores por parte de los que se consideran justos*.

Esta es una lección que nos transmite nuestro Señor describiendo la conducta del hermano mayor del hijo pródigo. Nos lo muestra como alguien que “se enojó” y que consideraba un error el alegrarse por el regreso de su hermano. Le muestra quejándose de que su padre tratara demasiado bien al pródigo que había regresado y de que él mismo no hubiera sido tratado tan bien como merecían sus virtudes. Le muestra tremendamente incapaz de compartir el gozo que imperaba cuando su hermano menor volvió a casa, y cediendo a pensamientos malévolos y de envidia. Es una ilustración dolorosa pero muy instructiva.

Por un lado, el hermano mayor es un cuadro exacto de los judíos de tiempos de nuestro Señor. No podían soportar la idea de que su hermano menor gentil fuera hecho copartícipe de sus privilegios. De buena gana le habrían excluido del favor de Dios. Rehusaban firmemente aceptar que los gentiles serían coherederos y copartícipes de Cristo con ellos mismos. En todo esto estaban actuando exactamente como el hermano mayor.

Por otro lado, el hermano mayor es un tipo exacto de los escribas y fariseos de tiempos de nuestro Señor. Objetaban a que nuestro Señor recibiera a los pecadores y comiera con ellos. Murmuraban porque

abría la puerta de la salvación a los publicanos y a las prostitutas. A ellos les habría agradado más que nuestro Señor hubiera limitado su ministerio a ellos y a su partido, y que hubiera dejado a los ignorantes y pecadores completamente solos. Nuestro Señor vio este estado de cosas claramente y nunca lo representó de forma tan gráfica como con el ejemplo del hermano mayor.

Por último, pero no en menor medida, el hermano mayor es un tipo exacto de un amplio grupo en la Iglesia de Cristo del presente. Hay miles en todas partes a quienes desagrada que se predique un Evangelio libre, completo, sin trabas. Siempre se están quejando de que los ministros abren demasiado la puerta y que la doctrina de la gracia tiende a incitar a ser licencioso. Cuando nos crucemos con personas así, recordemos el pasaje que estamos considerando ahora. Sus voces son la voz del hermano mayor.

Evitemos que este espíritu infecte nuestros corazones. Surge en parte de la ignorancia. Los hombres comienzan por no ver su propia pecaminosidad e indignidad y después se piensan que son mucho mejores que los demás y que nadie merece ser puesto a su lado. Surge, en parte, de la falta de amor. Los hombres carecen de un sentimiento bondadoso hacia los demás y, por tanto, son incapaces de alegrarse cuando otros se salvan. Sobre todo, surge de una interpretación completamente equivocada de la verdadera naturaleza del perdón del Evangelio. El hombre que verdaderamente es consciente de que todos estamos firmes por la gracia y todos somos deudores, de que el mejor de nosotros no tiene nada de que presumir y nada que no haya recibido, ese hombre no hablará como el hermano mayor.

En segundo lugar, en este pasaje se nos enseña que *la conversión de un alma debe ser una ocasión de gozo para todos los que la ven*. Nuestro Señor nos muestra esto poniendo las siguientes palabras en boca del padre del hijo pródigo: “Era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado”.

La lección de estas palabras iba dirigida, en primer lugar, a los escribas y fariseos. Si la disposición de sus corazones hubiera sido la correcta, nunca habrían murmurado de nuestro Señor por recibir a los pecadores. Habrían recordado que los peores publicanos y pecadores eran sus propios hermanos y que, si ellos mismos eran diferentes, era la sola gracia la que había establecido la diferencia. Se habrían alegrado de ver regresar al redil a aquellos desesperados perdidos. Habrían estado agradecidos de verlos recogidos como ramas apartadas del fuego y no desechados para siempre. De todos estos sentimientos, por desgracia, no sabían nada. Atrapados en su propia auto justificación, murmuraban y lo encontraban mal cuando en realidad debían haber dado gracias a Dios y haberse regocijado.

La lección es tal que todos haremos bien en tomarla muy en serio.

En nada debemos complacernos tanto como en la conversión de las almas. Hace que los ángeles se regocijen en el Cielo. Debería hacer que los cristianos se regocijen en la Tierra. ¿Qué pasa si aquellos que se convierten son los peores de los peores? ¿Y si han servido al pecado y a Satanás durante muchos largos años y derrochado sus bienes en una vida licenciosa? No importa en absoluto. ¿Ha entrado la gracia en sus corazones? ¿Se han arrepentido de verdad? ¿Han vuelto a casa de su padre? ¿Son nuevas criaturas en Cristo Jesús? ¿Han sido resucitados los muertos y encontrados los perdidos? Estas son las únicas preguntas que tenemos derecho a plantear. Si se pueden responder satisfactoriamente, debemos regocijarnos y estar contentos. Que los mundanos, si les place, se burlen y desprecien esas conversiones. Que los que se consideran justos, si quieren, murmuren, vean mal y nieguen la realidad de todos los cambios grandes y repentinos. Pero que el cristiano que lee las palabras de Cristo en este capítulo las recuerde y actúe sobre la base de las mismas. Dé gracias a Dios y esté contento. Alabe a Dios porque un alma más es salva. Diga: “Este [mi] hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado”.

¿Cuáles son nuestros propios sentimientos en cuanto a este asunto? Esta es, al fin y al cabo la pregunta que más nos concierne. El hombre que se interesa profundamente en la política, en los deportes, en hacer dinero o en la agricultura, pero no en la conversión de las almas, no es un verdadero cristiano. Está “muerto” y deber “revivir”. Está “perdido” y debe ser “hallado”.

Notas Lucas 15:25–32

V. 25: *[Hijo mayor]*. La parte de la parábola que comienza aquí iba dirigida, evidentemente, a los escribas y fariseos que murmuraban acerca de nuestro Señor porque “recibía” a los pecadores. La crueldad, el mal humor y la autosuficiencia del hijo mayor son un tipo exacto del espíritu manifestado por aquellos que veían mal que nuestro Señor mostrara bondad hacia los publicanos y pecadores.

Es importante tener este punto claramente en mente. Nos da una clave para la interpretación correcta de todo el pasaje. El hijo mayor representa al fariseo.

[La música y las danzas]. Algunos comentaristas se han explayado en cuanto a esta expresión y han insinuado claramente que aprueban las actividades de recreo y las diversiones de las que muchos cristianos creen que es mejor abstenerse. Stier exclama: “¡Una nota para los pietistas!”. Alford dice algo más grave: “¿Habrían sido mencionadas estas actividades festivas por nuestro Señor en una ocasión tan solemne y bendita si verdaderamente estuvieran entre las obras del diablo que Él había venido al mundo para destruir?”.

No veo fuerza alguna en argumentos de este tipo. No hay la más mínima

prueba de que las danzas a las que se hace referencia en este lugar fueran en algo semejantes a las danzas de los tiempos modernos. No hay prueba de que tuvieran lugar por la noche ni de que fueran danzas de hombres y mujeres mezclados. Hasta que se demuestren estas cosas, esos comentarios acerca del versículo que nos ocupa son lamentables. No soy consciente de que haya cristiano alguno que se oponga a la música. A la danza, tal como se practica en los tiempos modernos, hay muchos cristianos excelentes que se oponen y, sinceramente, con buenas razones.

V. 28: *[Se enojó]*. Aquellos que creen que el hijo mayor era un buen hombre deben fijarse en esta expresión, así como en el versículo siguiente. Es exactamente equivalente a la murmuración de los escribas y fariseos al comienzo del capítulo.

[Le rogaba que entrase]. En esta expresión aparece una vez más la bondad del carácter del padre. Podría haber reprendido a su hijo malévolo. Solo le ruega que entre.

V. 29: *[No habiéndote desobedecido jamás]*. Fijémonos con cuidado en esta expresión. Es exactamente el espíritu del fariseo: “No soy como los otros hombres […] ni aun como este publicano”. Eso muestra claramente que el hijo mayor es incapaz de considerarse un débil creyente. Tipifica al que se considera justo, al moralista ignorante que no puede soportar la doctrina de la salvación por la gracia o la idea de que los grandes pecadores sean completamente perdonados y puestos al mismo nivel que él.

[Nunca me has dado ni un cabrito]. Adviértase el espíritu de esta expresión. Es la falta de gratitud de una persona orgullosa, vanidosa, que piensa que nada es demasiado para él y que nunca es tan bien tratado como verdaderamente se merece.

V. 30: *[Este tu hijo]*. Señalemos el tono perverso de estas palabras. Está hablando de su propio hermano. Le llama “este tu hijo”. Es una expresión de desdén y desprecio, como “este publicano” en Lucas 18:11.

[Con rameras]. Fijémonos en esta expresión. El hecho afirmado es una adición al desgraciado libertinaje del hijo menor que escuchamos por vez primera. Es posible que fuera cierto; pero, evidentemente, aquí es sacado a la luz con una intención poco caritativa y de forma despectiva.

[Has hecho matar para él el becerro gordo]. Compárese esta expresión con el comienzo del capítulo. El fariseo dijo: “Este a los pecadores recibe, y con ellos come”. Las palabras del hijo mayor aquí son un equivalente exacto de esta acusación: No solo has recibido a tu hijo pecador, sino que hasta has hecho una fiesta por él y comido con él.

V. 31: *[Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas]*. Estas palabras han hecho que algunas personas supongan que el hijo mayor tipifica a un creyente equivocado que tropieza al ver perdonados a grandes pecadores, pero que nunca se ha apartado de la gracia él mismo. Esta idea es insostenible. No estamos leyendo una conversación entre un hijo de Dios y su Padre celestial. Estamos leyendo sencillamente un incidente en una historia que pretende mostrar el amor de Cristo hacia los pecadores y la

ignorancia de aquellos que tropiezan en Él. Las palabras nos muestran, sin duda, que el hijo mayor siempre había tenido una vida estable comparada con la de su hermano y que su padre nunca le había negado nada. Pero no nos muestran en absoluto que fuera humilde, caritativo o que conociera su propio corazón, a pesar de todos los privilegios de que disfrutaba. Las palabras, en resumen, nos muestran que el hijo mayor no tenía derecho a quejarse a su padre, pero no muestran que el padre no tuviera derecho a quejarse de él.

V. 32: *[Es hallado]*. Este versículo es la conclusión del argumento del otro capítulo, y resume la cuestión planteada entre nuestro Señor y sus enemigos que se consideraban justos: los escribas y fariseos. Dijera lo que dijera el hijo mayor, no podía negar estos dos grandes hechos. Su hermano, a quien poco tiempo antes se consideraba muerto, estaba vivo de nuevo. Estaba perdido y había sido hallado. Ante estos hechos, todos los sentimientos de envidia y murmuración debían desaparecer. Era necesario hacer fiesta y regocijarse.

La aplicación de estas palabras al caso de los oyentes de nuestro Señor es clara y evidente. Por mucho que los fariseos murmuraran porque recibía a los pecadores, debían confesar que era mejor que los pecadores se salvaran, y no que se perdieran. Si los publicanos y los pecadores eran resucitados ante Dios por medio de su ministerio, los fariseos, si hubieran tenido un espíritu recto, se habrían alegrado. En vez de considerarlo mal, habrían estado agradecidos. En vez de murmurar, se habrían regocijado.

Observemos la diferencia entre la forma de hablar acerca del hijo pródigo que tienen el hermano mayor y el padre. El hermano mayor dice “este tu hijo”, como si no fuera su propio hermano. El padre dice: “este tu hermano” para recordarle su relación.

Si adoptamos la interpretación secundaria o nacionalista de la parábola, la aplicación de la misma no es difícil. Reprende a los judíos por su falta de disposición a ver a los gentiles introducidos en la Iglesia de Cristo y hechos copartícipes del Evangelio. El hermano mayor representa a los judíos de tiempos de S. Pablo, a quienes desagradaba la conversión de los gentiles y que impedían que se les hablara (cf. 1 Tesalonicenses 2:16). Según esta opinión, por desgracia, la parábola vuelve a ser una profecía. Nuestro hermano mayor judío aún está fuera y rehúsa entrar.

Lucas 16:1–12

El pasaje que acabamos de leer es difícil. Hay en él nudos que quizá nunca sean desatados hasta que el Señor vuelva. Podemos razonablemente esperar que un libro escrito por inspiración, como en el caso de la Biblia, contenga cosas difíciles de comprender. El error no radica en el libro, sino en nuestros débiles entendimientos. Si no aprendemos nada más del pasaje que tenemos ante nosotros, al

menos aprendamos humildad.

Cuidémonos, en primer lugar, de *no extraer de estos versículos lecciones que nunca pretendieron enseñar*.

El mayordomo a quien describe nuestro Señor no nos es presentado como un patrón de moralidad. Es denominado claramente "el mayordomo injusto". El Señor Jesús nunca tuvo el propósito de aprobar la falta de honradez y el trato injusto entre los hombres. Este mayordomo engañó a su amo y quebrantó el octavo mandamiento. Su amo, cuando lo oyó, descubrió su astucia y premeditación y alabó que fuera un hombre sagaz y previsor. Pero no hay prueba de que a su amo le *agradara* esta conducta. Sobre todo, no hay palabra alguna que muestre que el hombre fue alabado por Cristo. En resumen, en su manera de tratar al amo, el mayordomo es un ejemplo a evitar y no un patrón a seguir.

Esta advertencia aquí establecida es muy necesaria. La falta de honradez comercial es, por desgracia, muy común en estos últimos días. El trato justo entre hombre y hombre es algo cada vez más raro. Las personas hacen cosas en sus negocios que no soportan el examen de la Biblia. Al apresurarse a enriquecerse, hay miles que cometen continuamente actos que no son estrictamente inocentes (cf. Proverbios 18:20). La agudeza y la astucia al negociar, comprar, vender y poner en marcha negocios encubren con frecuencia cosas indebidas. La generación del "mayordomo injusto" sigue siendo muy grande. No olvidemos esto. Siempre que hagamos a los demás lo que no nos gustaría que otros nos hicieran podemos estar seguros de que, independientemente de lo que diga el mundo, estamos actuando mal a los ojos de Cristo.

Observemos, en segundo lugar, que una lección importante de la parábola que tenemos ante nosotros es *la sabiduría de prepararnos para el mal futuro*.

La conducta del mayordomo injusto, cuando se dio cuenta de que se quedaría sin trabajo, fue sin duda diestra y prudente. Aunque no fue honrado al quitar de las cuentas de los deudores algo de lo que le debían a su amo, ciertamente al hacerlo ganó amigos. Aun siendo malvado, tenía la mirada puesta en el futuro. Aunque sus métodos eran vergonzosos, proveyó bien para sí. No se quedó sentado sin hacer nada hasta verse reducido a la pobreza sin luchar. Proyectó, planificó, tramó y puso en marcha sus planes con audacia. Y el resultado fue que, cuando perdió una casa, se había asegurado otra.

¡Qué gran contraste entre la conducta del mayordomo respecto a su provenir terrenal y la conducta de la mayoría de los hombres en cuanto a sus almas! En este sentido general, y solo en eso, se nos pone al mayordomo como ejemplo que bien haríamos en seguir. Como él, debemos mirar hacia adelante a las cosas venideras. Como él, debemos proveer para el día cuando tendremos que dejar nuestra presente morada. Como él, debemos asegurarnos "una morada […] en

los cielos” que sea nuestro hogar cuando dejemos nuestro tabernáculo terrenal del cuerpo (cf. 2 Corintios 5:1). Como él, debemos emplear todos los medios para proveer para nosotros moradas duraderas.

La parábola, desde este punto de vista, es profundamente instructiva. Nos llevará a un gran examen interior de conciencia. La diligencia de los hombres mundanos con las cosas transitorias bien puede avergonzar a los que profesan ser cristianos por su frialdad en cuanto a las cosas eternas. El celo y la obstinación de los hombres de negocios, que remueven tierra y mar para conseguir tesoros terrenales, bien puede reconvenir la negligencia y la indolencia de los creyentes en cuanto a los tesoros en el Cielo. Las palabras de nuestro Señor son ciertamente profundas y solemnes: “Los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz”. ¡Que estas palabras penetren profundamente en nuestros corazones y den fruto en nuestras vidas!

Notemos, por último, en este pasaje *las destacables expresiones que utiliza nuestro Señor acerca de las cosas pequeñas*, en estrecha relación con la parábola del mayordomo injusto. Leemos que dijo: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto”.

Nuestro Señor nos enseña aquí la gran importancia de la fidelidad estricta en cuanto a las cosas pequeñas. Nos previene de suponer que una conducta acerca del dinero como la del mayordomo injusto debe considerarse algo ligero e insignificante entre los cristianos. Quiere que sepamos que las cosas pequeñas son la mejor prueba del carácter, y que la infidelidad respecto a las cosas pequeñas es síntoma de un corazón en mal estado. No quiere decir, por supuesto, que la honradez en cuanto al dinero pueda justificar a nuestras almas o quitar el pecado. Pero sí que la falta de honradez en las cosas relativas al dinero es una señal segura de un corazón que no es “recto a los ojos de Dios”. El hombre que no maneja honradamente el oro y la plata de este mundo nunca podrá ser alguien que tenga verdaderas riquezas en el Cielo. “Si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?”.

La doctrina establecida por nuestro Señor en este lugar merece la más seria de las consideraciones en el presente. Hay una idea, que parece prevalecer en las mentes de algunos hombres, de que la verdadera religión puede ir separada de la honradez pública, y que la sanidad en cuestiones doctrinales puede encubrir estafas y engaños en cuestiones prácticas. Las palabras de nuestro Señor fueron una clara protesta contra esta malvada idea. Velemos contra ella y estemos en guardia. Contendamos con la mayor seriedad por las gloriosas doctrinas de la salvación por gracia y la justificación por fe. Pero nunca nos permitamos pensar que la verdadera religión aprueba que se juegue con la segunda tabla de la Ley. Nunca olvidemos ni por un momento que la verdadera fe siempre será conocida por sus frutos. Sin

duda alguna, donde no hay honradez no hay gracia.

Notas Lucas 16:1–12

V. 1: *[Dijo también a sus discípulos]*. La parábola del mayordomo injusto está repleta de dificultades. La curiosa diversidad de explicaciones de la misma que hemos ofrecido basta para demostrarlo. Aquellos que deseen examinar a fondo algunas de estas explicaciones las encontrarán en la obra de Trench acerca de las parábolas. Solo puedo hacer una referencia breve a ellas.

Pearce piensa que el "hombre rico" hace referencia a Dios y que todo hombre es su mayordomo.

Schleiermacher cree que el hombre rico representa a los romanos, el mayordomo a los publicanos y el deudor a la nación judía, y que el objetivo de nuestro Señor era vindicar a los publicanos y demostrar su bondad hacia sus paisanos.

Anselmo y otros piensan que el hombre rico hace referencia a Dios y el mayordomo a todos los verdaderos arrepentidos, y que el recorte de las cuentas por parte del mayordomo son las primeras acciones de arrepentimiento y caridad.

Vitringa piensa que el hombre rico representa a Dios y el mayordomo a los fariseos, que la acusación contra el mayordomo son las acusaciones de los profetas y de Cristo, y que el recorte de las cuentas representa el esfuerzo hecho por los fariseos para conservar su posición reduciendo el nivel de justicia.

Jerónimo menciona la opinión adscrita a Teófilo de que el mayordomo injusto es el apóstol Pablo, que fue expulsado del judaísmo pero que después se hicieron amigos por medio de la predicación del Evangelio.

Gaudentius, obispo de Brescia, y Olshausen creen que el mayordomo injusto es el diablo y que los deudores, de quienes se hace amigo, son la Humanidad.

Algunos piensan que el mayordomo injusto representa a Poncio Pilato o a Judas Iscariote.

Muchos creen que la parábola no es nada más que una encarecida exhortación a la liberalidad en las limosnas. Esta es la opinión de Ireneo, Agustín, Atanasio, Teofilacto, Erasmo, Calvino y Lutero. Lutero dice: "Es un sermón sobre las buenas obras, y especialmente contra la avaricia, y para que los hombres no abusen de las riquezas sino que las empleen para ayudar a los pobres y a los necesitados".

No voy a discutir estas opiniones. Solo diré que no puedo estar de acuerdo con ninguna de ellas. Algunas me parecen irreales. Todas me parecen más o menos insostenibles o equivocadas. Resumiré mi propia opinión en unos cuantos comentarios:

(A) Al interpretar esta parábola, debemos observar con cuidado a quién iba dirigida. No fue dada a los escribas y fariseos como las tres parábolas anteriores, sino a los discípulos. Habían oído una lección para los orgullosos y farisaicos. Ahora deben oír una lección dirigida a ellos mismos.

(B) Quizá la relación entre la parábola del mayordomo injusto y la del hijo

pródigo, a la que sigue inmediatamente, sea algo así. Los discípulos habían oído hablar de alguien que pecaba derrochando el dinero; ahora debían oír hablar de alguien que pecaba por falta de honradez. Habían oído hablar de alguien que despilfarró con indiferencia toda su propiedad y perdió a todos sus amigos; ahora oyen hablar de alguien que, por medio de un astuto trato económico, hizo amistades y se aseguró un hogar. Habían oído hablar de la maldad de una vida desordenada; ahora oyen hablar de otra clase de maldad no menos abominable a los ojos de Dios: la falta de honradez, el engaño y el fraude. Habían oído una denuncia y una exposición de los pecados de los fariseos; ahora oyen una exposición de los pecados de publicanos no arrepentidos y extorsionadores. Habían escuchado lo que los fariseos debían hacer: alegrarse de la conversión de los pecadores. Ahora oyen lo que debían hacer los publicanos: ser fieles en cuestiones de dinero y conseguir amigos por medio de un uso correcto de su riqueza.

Estos, o algunos de ellos, me parecen algunos de los vínculos que relacionan la parábola que tenemos ante nosotros y el capítulo anterior. Me parece una llamada de atención para los "discípulos" de nuestro Señor. No debían suponer que todos los publicanos eran rectos a los ojos de Dios o que los pecados de los publicanos no eran advertidos por Él como los pecados de los fariseos.

(C) El hombre rico, el mayordomo y los deudores no me parecen personas alegóricas. Los considero actores en la historia que cuenta nuestro Señor; pero no puedo creer que representaran a personas en concreto.

(D) Las grandes lecciones que la parábola tiene el propósito de transmitir me parecen tres. La *primera* es que proveer para el futuro es sabio. Se enseña por medio de la historia del mayordomo de un hombre rico que, por medio de una estratagema malvada, se aseguró un hogar para cuando perdiera su trabajo. Si un hombre malo puede hacer esto por un hogar terrenal y de malas maneras, ¿cuánto más debería un hombre justo proveer para sí un hogar celestial de una forma legítima? La *segunda* lección es la importancia de utilizar el dinero correctamente. Por medio de un uso prudente del dinero, aunque no honrado, el mayordomo injusto consiguió amigos. Los discípulos debían seguir su ejemplo, pero de una forma honrada y justa. La *tercera* lección es la importancia de la fidelidad en los más mínimos asuntos de negocios como una demostración del carácter. La falta de honradez del mayordomo mostró claramente la situación de su corazón. Los discípulos debían recordar que la infidelidad en las transacciones monetarias es una evidencia segura de un estado corrupto del alma. El publicano engañado que perseveró en la falta de honradez y el fariseo que se consideraba justo y confiaba en su propia bondad, ambos se parecían en un aspecto: Ambos eran inadecuados para el Reino de Dios.

[Mayordomo]. En esta parábola, parece que el mayordomo era un gestor que recibía las rentas de su amo, las cuales eran pagadas en especies y no en dinero, y por cuyas manos pasaban todos los recibos de su amo.

[Acusado]. La palabra así traducida solo se encuentra en este lugar en el Nuevo Testamento. Es la raíz de la palabra "diablo". La palabra diablo significa "acusador". Sin embargo, no significa en este lugar que el mayordomo fuera acusado falsamente. Al contrario, su propio lenguaje parece mostrar claramente que consideraba que la acusación era justa y no

se podía refutar.

V. 2: *[Podrás]*. La expresión así traducida significa literalmente: “Ya no podrás ser mayordomo por más tiempo”. Es imposible que puedas serlo. No te lo permito.

V. 4: *[Ya sé]*. La palabra griega así traducida significa literalmente: “He sabido”. Ya sé lo que haré.

[Me reciban]. Notemos que se habla en general y de manera indefinida. No se nos indica a quién se refiere. Se encuentra exactamente la misma expresión en el versículo 9.

V. 6: *[Cien […] cincuenta […]*. Debemos observar que la falta de honradez del mayordomo consistía en lo siguiente: Rebajó parte de lo que se debía a su amo. Disminuyó las deudas que legalmente se adeudaban a su señor. En lugar de velar por los intereses de su empleador, le robó y le hizo un regalo a los deudores de aquel. Al parecer, su amo no tenía forma de comprobar esta falta de honradez. Si su mayordomo le decía que un deudor solo le debía la mitad o la quinta parte de su deuda real, aparentemente tenía que dar por hecho que aquello era lo correcto.

V. 8: *[Alabó el amo]*. Siempre se debe advertir al leer esta parábola que la expresión “amo” aquí no se refiere al Señor Jesucristo. Es el dueño o señor del mayordomo malo. Él vio el resultado de lo que hacía el mayordomo por su recibimiento en las casas de sus deudores. Sin embargo, no está muy claro que se diera cuenta de que él mismo había sido engañado.

Comparemos con esta expresión las palabras de David: “Tú serás alabado cuando te tratas bien” (Salmo 49:18, Versión Moderna, Sociedades Bíblicas en América Latina).

Quizá es bueno mencionar aquí que algunos piensan que el trato del mayordomo con los deudores de su señor no eran en realidad tan poco honrados y fraudulentos como nos parecen en el presente. Dicen que este mayordomo tenía plenos poderes para remitir o reducir parte de las deudas contraídas con su amo y que se limitó a ejercer este poder en un momento muy conveniente para sus propios intereses. Si esta explicación fuera correcta, ciertamente explicaría la ausencia de expresiones de enojo por parte del amo. Pero es una explicación que difícilmente se sostiene.

[Al mayordomo malo]. Las palabras griegas aquí son singulares. Significan literalmente “mayordomo de injusticia”. La expresión traducida como “juez injusto” en Lucas 18:6 es exactamente igual.

[Hecho sagazmente]. La palabra traducida “sagazmente” se podría haber traducido mejor como “prudentemente”. La sabiduría que se alaba en el mayordomo es sabiduría para favorecer sus propios intereses. No es sabiduría para salvación. El adjetivo griego del adverbio “sagazmente” es la misma palabra que se utiliza en la Septuaginta acerca de la serpiente en Génesis 3:1: “Era *astuta*, más que todos los animales del campo”.

[Los hijos de este siglo]. Esta expresión se refiere a la gente mundana; y la expresión opuesta, “hijos de luz”, hace referencia a la gente piadosa, que sigue la luz y camina en la luz (cf. Juan 12:36 y Efesios 5:8. Compárese

también con Lucas 7:35).

[Más sagaces en el trato con sus semejantes]. El significado de esta expresión es: Los hijos de este mundo son más sagaces con sus semejantes —es decir, en lo relativo a este mundo— que los hijos de la luz con sus semejantes, es decir, en lo relativo al reino de Dios". Una traducción aún más exacta sería: "Los hijos de este mundo son más sagaces con sus semejantes, es decir, en sus negocios con las personas mundanas como ellos, que los hijos de la luz en sus negocios con sus propios hermanos".

V. 9: *[Ganad amigos[...]*. Se suele malinterpretar el significado de estas palabras de nuestro Señor. El verdadero sentido de las mismas es, en mi opinión, el siguiente: "Ganad amigos con vuestro dinero, por medio de un uso correcto del mismo, para que cuando muráis seáis recibidos en moradas eternas".

[Amigos]. A menudo se plantea la pregunta de quiénes son estos amigos que se ganan en vida y nos reciben en la muerte. Algunos piensan que se trata de las tres Personas de la Trinidad, otros de los ángeles y otros de las personas a quienes nuestro dinero ha hecho bien.

Yo no puedo dar mi asentimiento a ninguna de estas tres opiniones. Me parece que la expresión es general e indefinida y tiene que ver con la conducta del mayordomo malo, con el fin de hacer que la lección sea más enfática. Me parece que el significado no es más que el siguiente: "Utiliza tu dinero con un ojo puesto en el futuro, como lo utilizó el mayordomo. Invierte tu dinero de tal forma que su desembolso te proporcione un amigo, y no un testigo contra ti en el otro mundo".

[Las riquezas injustas]. Esta es una expresión muy singular [en la versión del autor se emplea el término *mammon*, N.T.]. No sabemos por qué las riquezas son llamadas así en este capítulo pero en ningún otro lugar de la Biblia.

La palabra *mammon* es siríaca (o, según Agustín, púnica). Todos están de acuerdo en que significa "riquezas o ganancias". Algunos creen que era el nombre que se le daba al dios de las riquezas, pero esto es cuestionable.

La expresión "riquezas injustas" es muy peculiar también. Algunos creen que nuestro Señor se refería a "las riquezas obtenidas injustamente", como "los tesoros de maldad" (Proverbios 10:2). Otros creen que se refiere a "las riquezas que por la naturaleza de las cosas nunca se pueden conseguir sin cometer alguna injusticia o pecado". Otros creen que significa "riquezas inseguras, inestables". Parece que lo más probable, teniendo en cuenta la expresión "lo verdadero" del versículo 11, es que este último sea el verdadero significado. Pearce cita, en apoyo de esta opinión, Juan 7:18 y 2 Tesalonicenses 2:12 (compárese con 1 Timoteo 6:17).

[Cuando estas falten]. Esta expresión significa, evidentemente, "cuando mueras". Es muy curiosa, y la palabra griega solo se encuentra en este sentido aquí. Es la raíz de nuestra palabra "eclipse".

[Os reciban]. No puedo creer que esta expresión se refiera a la Trinidad, ni a los ángeles, ni a las personas a las que hemos ayudado con nuestro dinero. Lo considero algo indefinido y que solo significa "seáis recibidos". Se

encuentra esta misma clase de expresión en Mateo 1:23; 5:15; Lucas 12:20; Hechos 7:6; 1 Tesalonicenses 5:3; Apocalipsis 6:4.

[En las moradas eternas]. Evidentemente, esta expresión hace referencia al Cielo. La palabra traducida como “moradas” se traduce “tabernáculo” en otros lugares donde se encuentra en el Nuevo Testamento.

Al dejar este versículo, mencionaré dos advertencias que se deben recordar al interpretarlo. Por un lado, tengamos cuidado de pensar que podemos conseguir el favor de Dios y el perdón de nuestros pecados por medio del uso del dinero. El Cielo no se puede comprar. Cualquier interpretación del versículo en este sentido es completamente contraria a la Escritura. Por otro lado, tengamos cuidado de no cerrar nuestros ojos a la doctrina que sin duda contiene. Esta doctrina es, claramente, que un uso correcto de nuestro dinero en este mundo, con motivaciones correctas, será beneficioso para nosotros en el mundo venidero. No nos justificará. No resistirá la severidad del Juicio de Dios más que otras buenas obras. Pero será una evidencia de nuestra gracia que favorecerá a nuestras almas. Hay tal cosa como “hacerse tesoros en el cielo” y “atesorar buen fundamento para lo por venir” (Mateo 6:20; 1 Timoteo 6:19).

V. 10: *[El que es fiel en lo muy poco […]*. Parece que este versículo se utiliza como proverbio. Es una verdad reconocida que la conducta de un hombre en las cosas pequeñas es una prueba segura de lo que sin duda hará en las grandes cosas, y que cuando alguien es infiel en cuestiones menores, no podemos esperar que sea fiel en las importantes. La aplicación de este principio la tenemos en los dos versículos siguientes.

V. 11: *[Pues si […] no fuisteis fieles]*. El argumento en este versículo y en el siguiente es solo uno, aunque las expresiones sean diferentes. Las “riquezas injustas” significan aquí “dinero”. “Lo verdadero” es el tesoro en el Cielo. La doctrina es que aquel que no es honrado y que es infiel al llevar a cabo sus obligaciones en la Tierra no debe esperar tener un tesoro celestial o ser salvo.

V. 12: *[En lo ajeno]*. El argumento de este versículo es como el del anterior. El dinero es llamado “lo ajeno” porque pasa de uno a otro y nunca es de uno por mucho tiempo. La vida eterna es llamada “lo que es vuestro” porque es la única propiedad que dura para siempre. Todo lo demás que tenemos es solo un préstamo de Dios y un día se nos puede quitar. La gracia y la paz, una vez nos han sido dadas, son posesión eterna. Una vez nuestras, son nuestras para toda la eternidad.

Lucas 16:13–18

Estos versículos nos enseñan, en primer lugar, *la inutilidad de tratar de servir a Dios con un corazón dividido*. Nuestro Señor Jesucristo dice:

“Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”.

La verdad aquí propuesta por nuestro Señor parece, a primera vista, demasiado obvia para admitir discusión. Y, sin embargo, lo que aquí se declara inútil lo intentan muchos constantemente en cuanto a sus almas. Miles en todas partes están tratando continuamente de hacer aquello que Cristo declara imposible. Se esfuerzan por hacerse amigos del mundo y amigos de Dios al mismo tiempo. Sus conciencias son iluminadas hasta el punto de pensar que tienen *cierta* religiosidad. Pero sus emociones están tan encadenadas a las cosas terrenales, que nunca llegan a ser verdaderos cristianos. Y de ahí que vivan en una situación de constante inquietud. Hay en sus corazones demasiada religión como para ser felices en el mundo y demasiado del mundo como para ser felices en su religión. En resumen, pierden el tiempo en esforzarse por hacer lo que es imposible. Se esfuerzan por “servir a Dios y a las riquezas”.

Aquel que desea ser un cristiano feliz hará bien en valorar las palabras de nuestro Señor en este versículo. Quizá no haya punto alguno en el que la experiencia de todos los santos de Dios sea más uniforme que el de que *decidirse* es el secreto del consuelo en el servicio cristiano. Es el cristiano indiferente el que da un mal informe de la tierra buena. Cuanto más nos demos a Cristo, más sensiblemente experimentaremos en nuestro interior “la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7). Cuanto más completamente vivamos no para nosotros mismos sino para Aquel que murió por nosotros, más intensamente nos daremos cuenta de lo que es tener “gozo y paz en el creer” (Romanos 15:13). Si nos parece que merece la pena servir a Cristo, sirvámosle con todo nuestro corazón, nuestra alma, nuestra mente y nuestras fuerzas. La vida, la vida eterna, al fin y al cabo, es lo que está en juego, además de la felicidad. Si tenemos dudas en cuanto a abandonarlo todo por Cristo, no debemos esperar que Cristo nos reconozca en el día final. O tiene todo nuestro corazón o nada: “Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Santiago 4:4). El fin de los cristianos indecisos e indiferentes será ser expulsados para siempre.

Estos versículos nos enseñan, en segundo lugar, *lo extremadamente diferente que es la valoración de las cosas por parte del hombre y por parte de Dios*. Nuestro Señor Jesucristo lo declara en una severa reprensión dirigida a los codiciosos fariseos que se mofaban de Él. Les dice: “Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación”.

Vemos la verdad de estas solemnes palabras por todas partes. Solo tenemos que mirar a nuestro alrededor en el mundo y señalar las

cosas en las que colocan su afecto la mayoría de los hombres para verlo comprobado de cien maneras. Las riquezas, los honores, el rango y el placer son los principales objetivos por los que vive la mayor parte de la humanidad. ¡Pero estas son precisamente las cosas que Dios declara "vanidad" y de las que nos dice que nos cuidemos de amarlas! La oración, la lectura de la Biblia, la vida santa, el arrepentimiento, la fe, la gracia y la comunión con Dios son cosas de las que pocos se preocupan. ¡Pero estas son precisamente las cosas a las que Dios dirige nuestra atención en la Biblia! El desacuerdo es manifiesto, doloroso y espantoso. ¡Lo que Dios considera bueno, el hombre lo considera malo! ¡Lo que Dios considera malo, el hombre lo considera bueno!

¿Las palabras de quién, al fin y al cabo, son ciertas? ¿Qué valoración es la correcta? ¿Qué juicio prevalecerá el día final? ¿En qué medida seremos probados antes de recibir la sentencia eterna? ¿Ante qué tribunal serán probadas y pesadas al final las opiniones del mundo? Estas son las únicas preguntas que deben influir en nuestra conducta; y, para estas preguntas, la Biblia ofrece una clara respuesta. El consejo del Señor es lo único que permanecerá para siempre. La Palabra de Cristo es la única que juzgará al hombre en el día final. Vivamos por esa Palabra. Midamos por esa Palabra todas las cosas y a todas las personas de este mundo malo. No importa en absoluto lo que el hombre piense. ¿Qué dice el Señor? No importa en absoluto lo que esté de moda o se acostumbre a pensar: "Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso" (Romanos 3:4). Cuanto más nos acerquemos al pensamiento de Dios, mejor preparados estaremos para el día del Juicio. Amar lo que Dios ama, odiar lo que Dios odia y aprobar lo que Dios aprueba es la forma de cristianismo más excelsa. En el momento en que honramos algo que a los ojos de Dios es poco estimado, sin duda algo anda mal en nuestras almas.

Estos versículos nos enseñan, por último, *la dignidad y santidad de la ley de Dios*. Nuestro Señor Jesucristo declara que "más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustre una tilde de la ley".

La honra de la santa Ley de Dios fue frecuentemente defendida por Cristo durante el tiempo de su ministerio en la Tierra. En ocasiones le vemos defendiéndola ante las añadiduras hecha por el hombre, como en el caso del cuarto mandamiento. A veces le vemos defendiéndola contra aquellos que querían rebajar el nivel de sus requisitos y permitir que se transgrediera, como en el caso de la Ley del matrimonio. Pero nunca le vemos hablando de la Ley salvo en términos de respeto. Siempre se dedicó a "magnificar la ley y engrandecerla" (Isaías 42:21). Su parte ceremonial era un tipo de su propio Evangelio y debía ser cumplida hasta la última letra. Su parte moral era una revelación de la mente eterna de Dios y era obligación perpetua para los cristianos.

Hay que defender continuamente en el presente la honra de la santa Ley de Dios. En pocas cuestiones prevalece la ignorancia tan

ampliamente entre los que profesan ser cristianos. Algunos parecen pensar que los cristianos no tienen nada que ver con la Ley, que sus apartados moral y ceremonial fueron ambos solo de obligación transitoria y que el sacrificio regular y los Diez Mandamientos quedaron al margen por igual debido al Evangelio. Algunos, por otro lado, piensan que la Ley continúa siendo obligatoria para nosotros, que seremos salvos por la obediencia a la misma; pero que sus requisitos son rebajados por el Evangelio y pueden ser cumplidos por nuestra obediencia imperfecta. Ambas ideas son erróneas y contrarias a la Escritura. Debemos estar en guardia contra ambas.

Establezcamos en nuestras mentes que “la ley es buena, si uno la usa legítimamente” (1 Timoteo 1:8). Pretende mostrarnos la santidad de Dios y nuestra pecaminosidad, convencernos de pecado y conducirnos a Cristo, mostrarnos cómo vivir después de haber acudido a Cristo y enseñarnos lo que seguir y lo que evitar. Aquel que utiliza así la Ley descubrirá que esta es verdadera amiga de su alma. El cristiano maduro siempre dirá: “Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Romanos 7:22).

Notas Lucas 16:13–18

V. 13: *[Ningún siervo puede servir a dos señores]*. Estas palabras se relacionan, evidentemente, con los versículos anteriores, en los cuales había enseñado la obligación de ser fieles en cuestiones monetarias. Tenían el propósito de responder a la objeción secreta de algunos de que un hombre puede dividir su diligencia entre las cosas de este mundo y las del mundo venidero, y así recoger todo el beneficio de ambos. Contra este pensamiento secreto testifican las palabras proverbiales de este versículo.

[Aborrecerá al uno y amará al otro]. A esta expresión se aplica el comentario en cuanto a una expresión similar acerca de “aborrecer” en un capítulo anterior (Lucas 14:26). El significado parece ser que el hombre amará a uno más que al otro.

V. 14: *[Se burlaban]*. Esta palabra solo se encuentra en otro lugar en el Nuevo Testamento (Lucas 23:35).

Evidentemente, la conciencia de los fariseos se sintió herida por los comentarios de nuestro Señor acerca del dinero y de la obligación de ser fieles en el uso del mismo.

V. 15: *[Os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres]*. Los fariseos hacían grandes profesiones de justicia y santidad delante de los hombres a la vez que sus corazones estaban llenos de maldad y avaricia. Nuestro Señor les advierte solemnemente de la inutilidad de tales profesiones mientras que el corazón no es renovado y se aferra al mundo. Y les recuerda que la situación de sus corazones es conocida por Dios. Pueden engañar al ojo del hombre, pero no pueden engañar a Dios.

[Por sublime]. La palabra griega así traducida significa literalmente “alto”. Este es el único lugar del Nuevo Testamento donde se traduce así.

V. 16: *[La ley y los profetas eran hasta Juan]*. Este versículo parece más bien elíptico. Su relación con el versículo anterior no es muy clara a primera vista. Probablemente sea algo así:

“Presumís de la Ley y los Profetas, vosotros fariseos, y hacéis bien en honrarlos. Pero olvidáis que la dispensación de la Ley y los Profetas solo tenía el propósito de pavimentar el camino para la mejor dispensación del Reino de Dios que fue anunciada por Juan el Bautista. Ese Reino de Dios está entre vosotros. Mientras os estáis burlando de mí y de mi doctrina por ignorancia, multitud de publicanos y pecadores están entrando en él. Vuestra presunción no es buena. A pesar de todo el celo que profesáis por la Ley y los Profetas, estáis tremendamente ciegos a ese Reino al que la Ley y los Profetas tenían el propósito de guiaros”.

[Todos se esfuerzan por entrar en él]. La palabra griega traducida “se esfuerzan por entrar” solo se encuentra en otro lugar en el Nuevo Testamento. Allí se traduce: “Sufre violencia” (Mateo 11:12).

Por “todos”, por supuesto, no debemos entender literalmente todos los judíos. Significa más bien “gran número se esfuerza por entrar mientras vosotros os quedáis burlándoos”.

V. 17: *[Más fácil es que pasen el cielo y la tierra [...]*. Esta es una expresión proverbial que indica la dignidad y obligación perpetuas de la Ley de Dios.

[Una tilde]. La palabra griega así traducida hace referencia al signo más pequeño que diferencia algunas letras hebreas, que son muy parecidas unas de otras.

[Se frustre]. Esta palabra significa literalmente “caer”. Es como la expresión acerca de las palabras de Samuel: “[El Señor] no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras” (1 Samuel 3:19).

La relación entre este versículo y el anterior es algo brusca a primera vista. Probablemente, la cadena de pensamiento sea la que sigue: “No penséis que, porque digo que la Ley y los Profetas han introducido una mejor dispensación como es la del Reino de Dios, considero que la Ley y los Profetas carecen de valor. Al contrario, yo os digo que su dignidad y su obligatoriedad son eternas. Han pavimentado el camino hacia una revelación más clara, pero no se pueden dejar de lado”.

V. 18: *[Todo el que repudia a su mujer]*. La relación de este versículo con el anterior vuelve a ser algo brusca. El hilo del pensamiento parece ser el siguiente: “Más que venir a destruir la Ley, oh fariseos, debéis saber que he venido a magnificarla, y a reafirmar sus justas demandas. Con toda vuestra cacareada reverencia a la Ley, vosotros la quebrantáis en cuanto a la ley del matrimonio. Habéis rebajado el nivel de la ley del divorcio. Habéis permitido el divorcio por causas triviales e insuficientes. Y de ahí que, mientras presumís de la Ley, estéis alentando el adulterio por medio de un trato inadecuado de la misma”.

Debemos tener cuidado para no malinterpretar el lenguaje utilizado

acerca del divorcio y el segundo matrimonio en este versículo. Está perfectamente claro en otro pasaje que nuestro Señor permitió el divorcio en casos de adulterio (Mateo 5:33). El acto de adulterio disuelve los vínculos matrimoniales y hace que aquellos que eran uno vuelvan a ser dos. Ni aquí ni en otro lugar puedo ver que nuestro Señor considere adulterio el segundo matrimonio de alguien que se ha divorciado por causa de fornicación. Es el divorcio por causas frívolas lo que denuncia, y el matrimonio tras ese divorcio frívolo es lo que declara adulterio.

Lucas 16:19–31

La parábola que acabamos de leer, en un sentido, está sola en la Biblia. Es el único pasaje de la Escritura que describe los sentimientos de los inconversos después de la muerte. Por esta razón, además de por muchas otras, la parábola merece una especial atención.

En primer lugar, en esta parábola aprendemos que *la situación de un hombre en el mundo no es prueba de su situación a los ojos de Dios*. El Señor Jesús nos describe a dos hombres, de los cuales uno es muy rico y el otro es muy pobre. Uno "hacía cada día banquete con esplendidez". El otro era un "mendigo" que no tenía nada que pudiera considerar suyo. Pero, de los dos, en el pobre había gracia y en el rico no. El pobre vivía por fe y caminaba en los pasos de Abraham. El rico era un mundano egoísta e inconsciente que estaba muerto en delitos y pecados.

Nunca cedamos a la idea popular de que los hombres deben ser valorados según sus ingresos y que el hombre que más dinero tiene es el que debe ser más estimado. No hay autoridad para esta idea en la Biblia. La enseñanza general de la Escritura se opone totalmente a ella: "No sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles" (1 Corintios 1:26). "[…] Ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme" (Jeremías 9:24). La riqueza no es la marca del favor de Dios. La pobreza no es la marca del enojo de Dios. Aquellos a quienes Dios justifica y glorifica no suelen ser los ricos de este mundo. Si queremos medir a los hombres como Dios los mide, debemos valorarlos según su gracia.

En esta parábola aprendemos, en segundo lugar, *que la muerte es el fin común al que se hallan abocados todas los seres humanos, independientemente de su clase social*. Al final, las pruebas del "mendigo" y la vida suntuosa del "rico" acabaron de la misma manera. Llegó el momento en que ambos murieron: "Todo va a un mismo lugar" (Eclesiastés 3:20).

La muerte es una gran realidad que todos reconocen, pero de la que muy pocos parecen ser conscientes. La mayoría de los hombres comen, beben, hablan y planifican como si fueran a vivir sobre la Tierra eternamente. El verdadero cristiano debe estar en guardia contra este espíritu. “Aquel que quiere vivir bien —dijo un gran teólogo— debe pensar con frecuencia en el día final y convertirle en su compañero”. Contra la murmuración, el descontento, la envidia y el estado de pobreza, contra el orgullo, la autosuficiencia y la arrogancia en la posesión de riquezas, hay pocos antídotos mejores que el recuerdo de la muerte. “Murió el mendigo” y sus necesidades corporales llegaron a su fin. “Murió también el rico” y sus fiestas fueron interrumpidas para siempre.

En esta parábola aprendemos, en tercer lugar, *que las almas de los creyentes son especialmente cuidadas por Dios en la hora de la muerte*. El Señor Jesús nos dice que, cuando el mendigo murió, “fue llevado por los ángeles al seno de Abraham”.

Hay algo muy consolador en esta expresión. Poco o nada sabemos del estado y los sentimientos de los muertos. Cuando llegue nuestra propia última hora y estemos a punto de morir, seremos como los que viajan a un país desconocido. Pero puede satisfacernos saber que todos los que duermen en Jesús están en buenas manos. No carecen de hogar, no son sin techo, errantes entre la hora de la muerte y el día de resurrección. Descansan entre amigos, con todos aquellos que han tenido una fe como la de Abraham. No les falta nada. Y, lo mejor de todo, según nos dice S. Pablo, es que están “con Cristo” (Filipenses 1:23).

En esta parábola aprendemos, en cuarto lugar, *la realidad y la eternidad del Infierno*. El Señor Jesús nos dice claramente que, después de la muerte, el hombre rico estaba “en el Hades [...] atormentado de esta llama”. Nos ofrece un cuadro tremendo de su anhelo de una gota de agua para refrescar su lengua y de la “gran sima” entre él y Abraham que no se puede traspasar. Quizá haya pocos pasajes más terribles que este en toda la Biblia. ¡Y debemos recordar que Aquel de cuyos labios procedía era alguien que se deleitaba en la misericordia!

La certeza y eternidad del castigo eterno de los malvados son verdades a las que debemos aferrarnos para nunca dejar escapar. Desde el día en que Satanás le dijo a Eva: “No moriréis”, no han faltado hombres que las han negado. Que no nos engañen. Hay un Infierno para los que no se arrepienten así como un Cielo para los creyentes. Hay una ira venidera para todos los que no “obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 1:8). Huyamos rápidamente de esa ira al gran refugio: el Señor Jesucristo. Si al final los hombres se encuentran “en tormentos”, no será porque no haya habido manera de escapar.

En esta parábola aprendemos, en quinto lugar, *que los hombres*

inconversos descubren el valor del alma después de la muerte, cuando es demasiado tarde. Leemos que el rico deseaba que Lázaro fuera enviado a sus cinco hermanos que aún seguían vivos “a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento”. Mientras vivió, nunca hizo nada por su bien espiritual. Probablemente le habrían acompañado en la mundanalidad y, como él, se habrían despreocupado de sus almas por completo. Cuando está muerto, descubre demasiado tarde la necedad de la que todos habían sido culpables y desea que, si es posible, ellos sean llamados al arrepentimiento.

La transformación que se producirá en las mentes de los inconversos después de la muerte es una de las cosas más terribles de su situación futura. Verán, sabrán y comprenderán cientos de cosas a las que se han obstinado en estar ciegos mientras estaban vivos. Descubrirán que, como Esaú, han malvendido la felicidad eterna por un plato de lentejas. No hay infidelidad, escepticismo o incredulidad después de la muerte. ¡Sabias palabras las de un antiguo teólogo que dijo: “El Infierno no es nada más que la verdad conocida demasiado tarde”!

Por último, en esta parábola aprendemos que *los mayores milagros no tendrán efecto en los corazones de los hombres si no creen la Palabra de Dios*. El hombre rico pensaba que “si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán”. Su argumento era que ver a alguien procedente del otro mundo sin duda les haría cambiar de opinión, aunque el oír las viejas palabras familiares de Moisés y de los profetas hubiera sido en vano. La respuesta de Abraham es solemne e instructiva: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantare de los muertos”.

El principio establecido en estas palabras es de profunda importancia. Las Escrituras contienen todo lo que necesitamos para ser salvos, y un mensajero del mundo de ultratumba no añadiría nada a ellas. No es más evidencia lo que se necesita para que los hombres se arrepientan, sino más corazón y voluntad de hacer uso de lo que ya saben. Los muertos no podrían decirnos nada más que lo que contiene la Biblia si se levantaran del sepulcro para instruirnos. Después de que la primera novedad de su testimonio hubiera pasado, ya no nos preocuparíamos de sus palabras más que de las palabras de cualquier otro. Esta lamentable espera de algo que no tenemos, a la vez que despreciamos lo que tenemos, es lo que lleva a la perdición de miles de almas. La fe, la sencilla fe en las Escrituras que ya poseemos, es la primera cosa necesaria para la salvación. El hombre que tiene la Biblia y puede leerla y, sin embargo, espera una mayor evidencia antes de convertirse en un verdadero cristiano se engaña. A no ser que se despierte de su error, morirá en sus pecados.

Notas Lucas 16:19–31

V. 19: *[Había un hombre rico]*. La parábola del hombre rico y Lázaro ha ocasionado cierta diversidad de opinión entre los comentaristas y ha producido algunas extrañas interpretaciones alegóricas.

Desde los primeros días ha sido una cuestión discutida si se debe considerar una parábola o una historia real. Me parece que la verdad está entre los dos extremos. No veo razón por la que no se deba considerar una verdadera historia. Y, sin embargo, puede ser una historia empleada para señalar una lección a la manera de todas las parábolas de nuestro Señor. Todo el asunto se encontrará plenamente discutido en el *Thesaurus* de Suicer, bajo la palabra *Lazarus* (Lázaro).

Yo no puedo ver en ella los significados alegóricos que algunos han descubierto. No puedo afirmar, con Tertuliano y Schleiermacher, que el hombre rico era Herodes Antipas y Lázaro era Juan el Bautista. No puedo ver, con Vitringa, que el hombre rico represente a la nación judía; Lázaro, a nuestro Señor Jesucristo; sus heridas, los pecados de los hombres que Él llevó; la caída del hombre rico, la caída del estado judío; la petición de enviar a Lázaro, el vano deseo de un Mesías por parte de los judíos; los cinco hermanos, a los judíos babilonios; los lametones de los perros, la conversión de los gentiles. No puedo ver, con Teofilacto, que el hombre rico tipifique a la nación judía orgullosa y farisaica y Lázaro al mundo gentil. Todas estas interpretaciones me parecen insatisfactorias.

Yo opino que la parábola fue especialmente intencionada por parte de nuestro Señor para el beneficio de los fariseos, a quienes estaba hablando cuando la contó. Creo que el vínculo conectivo se encuentra en el versículo 9 Dios —donde Jesús dice: “Ganad amigos por medio de las riquezas injustas”— y el versículo 14, donde dice: “Oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él”. Creo que el principal objetivo de nuestro Señor era reprender el egoísmo, la mundanalidad, la falta de amor y el olvido generalizado de responsabilidades de que eran culpables los fariseos, y exponer el terrible fin al que les llevaría rápidamente su incredulidad y rechazo de sus propias Escrituras.

[Se vestía de púrpura y de lino fino]. La púrpura era un colorante especialmente rico y caro, y las ropas teñidas con ella solo las llevaban los ricos y nobles. Lidia es mencionada en el capítulo 16 de Hechos como “vendedora de púrpura”.

[Hacía banquete con esplendidez]. La palabra griega traducida como “hacía banquete” solo se traduce así en este lugar en el Nuevo Testamento. En otros lugares el verbo es traducido “estar de juerga”, “divertirse”, “regocijarse o estar contentos”.

Notemos que no se nos dice que el hombre rico fuera un evidente quebrantador de alguno de los Diez Mandamientos. No se dice que fuera idólatra, blasfemo, asesino, adúltero o ladrón. Pero era alguien que vivía solo para sí mismo. Eso hizo que perdiera su alma.

V. 20: *[Un mendigo llamado Lázaro]*. La palabra griega traducida “mendigo” no necesariamente significa lo que la nuestra implica. En treinta y

uno de los treinta y dos otros lugares donde se utiliza en el Nuevo Testamento, junto a esta parábola, se traduce: “pobre”.

No sabemos nada de este Lázaro salvo que no era el hermano de Marta y María. Varios de los Padres llaman la atención sobre el hecho de que se mencione el nombre del mendigo pero no el del rico. Se considera que implica que el nombre del rico no figuraba en el libro de la vida mientras que el de Lázaro sí. Podemos añadir a esto que mencionar el nombre del rico en una historia como la que tenemos ante nosotros habría sido muy injusto y ofensivo para sus parientes y amigos.

V. 21: *[Ansiaba saciarse]*. Esto no implica que no se saciara aunque lo ansiara. Más bien significa, como en el caso del hijo pródigo con las algarrobas (cf. Lucas 15:16), que se alegraba de recibir las migajas. Lo que caía de la mesa del hombre rico como restos era comida para Lázaro.

[Los perros [...] le lamían las llagas]. Algunos piensan que esto se menciona como un agravante de la amargura de Lázaro y que los perros añadían a su sufrimiento. Yo no lo veo así. Para mí implica más bien que los perros cuidaban más de Lázaro que los hombres. Era un acto de bondad.

V. 22: *[Seno de Abraham]*. Lo más probable es que esta expresión sea proverbial. Significa el lugar de descanso y seguridad al que todos los judíos creyentes eran llevados después de la muerte. Abraham era el padre de los fieles y cabeza de toda la familia judía, y estar con él después de la muerte implicaba felicidad. La expresión “se sentarán con Abraham, e Isaac y Jacob en el reino de los cielos” es algo parecido (Mateo 8:11).

V. 23: *[En el Hades [...] en tormentos]*. Al interpretar las expresiones de este versículo, y varios de los siguientes, debemos recordar con cuidado que estamos leyendo un relato parabólico. El lenguaje de nuestro Señor se adapta a nuestros entendimientos. No podemos explicar cómo puede un alma perdida ser susceptible del sufrimiento *corporal* antes de la resurrección del cuerpo. Todo el asunto de las sensaciones de un espíritu incorpóreo es, con mucho, demasiado profundo como para que dogmaticemos acerca de él. Bástenos con creer que las almas perdidas pueden sufrir intensamente antes de la resurrección y que son conscientes de su propia situación de perdición y de la feliz situación de los que son salvos.

V. 24: *[Padre Abraham, ten misericordia]*. Es muy probable que esta descripción del hombre rico clamando a Abraham que le ayude tenga el propósito de servir de reprensión para la reverencia supersticiosa de los judíos, y especialmente de los fariseos, a Abraham. “No penséis —dice nuestro Señor en otro lugar— decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre” (Mateo 3:9). Quería que aprendieran con esta parábola que Abraham mismo no podía hacer nada por aquellos que morían en pecado y que la relación con Abraham no salvaría a nadie del Infierno.

[Lázaro [...], agua [...], refresque mi lengua]. Los Padres y todos los comentaristas hacen hincapié justamente en el tremendo contraste entre la situación del hombre rico antes de la muerte y después de la muerte, y en el completo cambio entre su situación y la de Lázaro en el otro mundo.

[Estoy atormentado en esta llama]. Notemos esta expresión. Pocas palabras de la Biblia demuestran con más fuerza la realidad del futuro castigo.

V. 25: *[Pero Abraham le dijo: Hijo]*. En este y en el siguiente versículo se debe notar especialmente la dignidad y solemnidad del lenguaje de Abraham. Por un lado no hay ápice de severidad, dureza o crueldad. No hay ápice de emocionada conmiseración o compasión.

[Acuérdate]. Fijémonos en esta palabra. El recuerdo de las cosas pasadas será una de las peores partes del Infierno.

[Tus bienes]. Esta expresión merece nuestra atención. No se refiere simplemente a "bienes" en contradicción con los "males" que Lázaro recibió. Son "tus bienes", "las cosas que consideraste buenas y por las que te preocupaste como tus únicos bienes hasta el punto de descuidar tu alma y sus intereses eternos. Tú escogiste tu parte y te conformaste con una posesión meramente terrenal. Tú debes ahora recoger según lo que has sembrado".

V. 26: *[Gran sima puesta [...]*. El lenguaje de este versículo enseña claramente, si las palabras significan algo, que no hay esperanza de liberación del Infierno para aquellos que mueren en pecado. Una vez en el Infierno, los hombres están allí para siempre. La doctrina del purgatorio o de una duración limitada del castigo son ambas imposibles de reconciliar con este texto.

V. 27: *[Que le envíes a la casa de mi padre]*. Algunos han argumentado que la inquietud del hombre rico acerca de sus cinco hermanos era una señal de mejora en él, que su castigo ya había purificado su corazón y le había llevado a amar a sus hermanos y que, en consecuencia, la idea del purgatorio no está desprovista de verdad. Me parece que ambas ideas carecen de fundamento. Que no había esperanza para la situación del hombre rico queda claro en el versículo anterior. Que sentía algo parecido al verdadero amor o afecto espiritual por sus cinco hermanos es una mera presunción gratuita. Se podría argumentar fácilmente que su deseo de que Lázaro fuera enviado a ellos surgía de un temor egoísta de que le siguieran al lugar de tormento. Su compañía añadiría, sin duda, grandemente a su deshonra. Pero no se debe olvidar que estamos leyendo una parábola y que las expresiones concretas de las parábolas no se deben forzar en demasía.

V. 28: *[Testifique]*. La palabra griega así traducida es muy fuerte e intensa. Es la misma que se emplea en Hechos 2:40; 18:5; 20:21 y 1 Timoteo 5:21.

V. 29: *[Moisés y los profetas]*. Esta expresión se refiere sin duda a los escritos de Moisés y de los profetas y a la instrucción que contienen. Es una fuerte evidencia de la suficiencia de la Escritura para la salvación del hombre. Si el Antiguo Testamento solo ya es mejor que el testimonio de un hombre muerto, ¡cuánto mejor será toda la Biblia!

V. 30: *[Se arrepentirán]*. Este es el razonamiento del hombre natural ignorante. No conoce ni la dificultad del arrepentimiento, ni la necedad de

esperar resultados de las visiones milagrosas que no hayan sido producidas por la Palabra.

V. 31: *[Aunque alguno se levantare de los muertos]*. Notemos el sorprendente hecho de que, después de esto, un hombre llamado Lázaro resucitara de los muertos y ¡los judíos siguieran sin creer! Sobre todo debemos recordar que Cristo mismo resucitó de los muertos y ¡aún la nación judía sigue sin creer!

Baxter comenta en cuanto a este versículo: “Dios bendecirá sus propios instrumentos. Asustar a los hombres no renovará sus naturalezas ni encenderá en ellos un amor a Dios y a la santidad. ¡Cuán poco discerniríamos si alguien procedente de los muertos era un diablo o un mensajero fidedigno y si decía o no la verdad! Si se quedara con nosotros todo el tiempo y ministrara, los hombres lo despreciarían y lo perseguirían de nuevo. Si viniera solo una vez, no alcanzaría lo solicitado a diario por los ministros de Dios”.

“¿No le acusarían los hermanos culpables del hombre rico de escandalizar y calumniar el alma de su noble hermano muerto por decir que estaba en el Infierno y le perseguirían si estuviera en su mano?”.

Lucas 17:1–4

En estos versículos se nos enseña, por un lado, *la gran pecaminosidad de poner piedras de tropiezo en el camino de las almas de los hombres*. El Señor Jesús dice: “¡Ay de aquel por quien vienen [los tropiezos]! Mejor le fuera que se le atase al cuello una piedra de molino y se le arrojase al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos”.

¿Cuándo hacen los hombres que otros tropiecen? ¿Cuándo son motivo de tropiezo? Lo son, sin duda, cuando persiguen a los creyentes o se esfuerzan por evitar que sirvan a Cristo. Pero esto, por desgracia, no es todo. Los que profesan ser cristianos lo hacen cuando traen descrédito a su religión por incoherencias en su temperamento, en sus palabras o en sus actos. Lo hacemos siempre que ocasionamos que nuestro cristianismo pierda su atractivo a los ojos del mundo por una conducta que no corresponde a nuestra profesión. Quizá el mundo no comprenda las doctrinas y los principios de los creyentes. Pero el mundo tiene una vista muy aguda en cuanto a su práctica.

El pecado contra el cual nos previene nuestro Señor era el pecado de David. Cuando había quebrantado el séptimo mandamiento y tomado la esposa de Urías para que fuera su esposa, el profeta Natán le dijo: “Con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová” (2 Samuel 12:14). Era el pecado del que S. Pablo acusa a los judíos cuando dice: “El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por

causa de vosotros” (Romanos 2:24). Es el pecado del que frecuentemente ruega a los cristianos que tengan cuidado: “No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios” (1 Corintios 10:32).

Es una cuestión que apela profundamente a la conciencia. El pecado que nuestro Señor trae delante de nosotros es, por desgracia, muy común. Las incoherencias de los que profesan ser cristianos proporcionan con demasiada frecuencia a los hombres del mundo una excusa para rechazar toda la religión. Un creyente incoherente, tanto si lo sabe como si no, hace diariamente daño a nuestras almas. Su vida daña verdaderamente el Evangelio de Cristo.

Preguntémonos con frecuencia a nosotros mismos si estamos haciendo bien o mal al mundo. No podemos vivir para nosotros mismos si somos cristianos. Siempre tendremos fijos en nosotros los ojos de muchos. Los hombres juzgarán por medio de lo que ven mucho más que por lo que oyen. Si vemos que los cristianos contradicen con sus obras lo que profesan creer, es lógico que tropiecen y se escandalicen. Por el bien del mundo, así como por el nuestro propio, esforcémonos por ser sumamente santos. Esforcémonos por hacer que nuestra religión parezca hermosa a los ojos de los hombres por adornar la doctrina de Cristo en todas las cosas. Esforcémonos diariamente por dejar de lado todo el peso del pecado que fácilmente nos asedia y vivir así la Ley de nuestro Dios. Vigilemos con celo nuestros temperamentos y nuestras lenguas y cuidémonos de cumplir con nuestras obligaciones sociales. Cualquier cosa antes que hacer daño a las almas. La Cruz de Cristo siempre ofenderá. No aumentemos esa ofensa por no cuidar nuestra vida diaria. No se puede esperar que el hombre natural ame en Evangelio, pero no le enojemos por nuestra incoherencia.

En estos versículos se nos enseña, por otro lado, *la gran importancia de tener un espíritu perdonador*. “Dice el Señor Jesús: Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale”.

Hay pocas obligaciones cristianas en las que se haga hincapié tan frecuentemente en el Nuevo Testamento como en esta de perdonar a los que nos hacen daño. Ocupa un lugar primordial en el Padre Nuestro. Lo único que profesamos en esa oración es perdonar “a nuestros deudores”. Es lo que prueba que somos perdonados no sotros mismos. El hombre que no es capaz de perdonar a su prójimo las pocas cosas insignificantes que haya cometido contra él, no puede conocer experimentalmente nada de ese perdón libre y pleno que nos es ofrecido por Cristo (cf. Mateo 18:35; Efesios 4:32). Es una marca clara de que el Espíritu Santo mora en nosotros. La presencia del Espíritu en el corazón siempre puede ser conocida por los frutos que produce en la vida. Dichos frutos son tanto activos como pasivos. El hombre que no ha aprendido a soportar y a tener paciencia, a aguantar mucho y pasar mucho por alto, no ha nacido del Espíritu (cf. 1 Juan 3:14; Mateo 5:44–45).

La doctrina establecida por nuestro Señor en este lugar es profundamente humillante. Muestra más claramente la amplia contrariedad que existe entre los caminos del mundo y el Evangelio de Cristo. ¿Quién no sabe que ese orgullo, esa arrogancia, magnanimidad y disposición a aceptar la ofensa y una determinación implacable a nunca olvidar y nunca perdonar son comunes entre los hombres y las mujeres bautizados? Miles irán a la mesa del Señor y a menudo profesarán amar el Evangelio, pero se enfurecen en un momento ante la menor apariencia de lo que denominan conducta "ofensiva" y convierten en motivo de guerra la más mínima tontería. Miles están luchando continuamente contra todos los que les rodean, siempre quejándose de lo mal que se portan los demás y siempre olvidando que su propia disposición a pelear es la chispa que produce la llama. A todas esas personas se les aplica un comentario general. Están haciendo que sus vidas sean desdichadas y sembrando su poca idoneidad para el Reino de Dios. Un espíritu no perdonador y agresivo es la marca más segura de un corazón no regenerado. ¿Qué dice la Escritura? "Habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres?" (1 Corintios 3:3; 1 Juan 3:18–20; 4:20).

Dejemos todo este pasaje examinándonos celosamente. Pocos pasajes deberían humillar tanto a los cristianos y hacerles sentir tan profundamente su necesidad de la sangre expiatoria y de la mediación de Cristo. ¡Cuán a menudo hemos ofendido y hemos hecho que otros tropiecen! ¡Cuán a menudo hemos permitido que pensamientos crueles, airados y vengativos aniden en nuestros corazones sin estorbarlos! Estas cosas no deberían ser así. Cuanto más cuidadosamente atendamos a esas lecciones prácticas que contiene este pasaje, más recomendaremos nuestra religión a otros y más paz interior encontraremos en nuestras almas.

Notas Lucas 17:1–4

V. 1: *[Dijo Jesús a sus discípulos]*. Observemos que nuestro Señor aquí se vuelve de nuevo a sus discípulos y especialmente se dirige a ellos como había hecho al comienzo del capítulo anterior. La parábola del hombre rico y Lázaro había ido dirigida especialmente a los fariseos. Ahora Cristo se vuelve de ellos a sus propios seguidores.

No es fácil establecer la conexión entre el comienzo de este capítulo y el final del anterior. Pero los dos capítulos parecen contener un continuo discurso de nuestro Señor sin pausa, ruptura o intromisión alguna. Es posible que nuestro Señor tuviera en mente la piedra de tropiezo, aquella conducta como la del hombre rico hacia Lázaro puesta en el camino de los creyentes débiles, y cuyo propósito fuera advertir a sus discípulos para que no se desanimaran si se encontraban con un trato parecido. Es posible que nuestro

Señor se refiriera de nuevo a su lección acerca de la fidelidad en las cosas pequeñas en la parábola del mayordomo injusto, y estuviera advirtiendo a sus discípulos que no dieran ocasión de blasfemar al enemigo. Pero quizá estas suposiciones sean, sin embargo, innecesarias. Un gran maestro como nuestro Señor tiene un indudable derecho a plantear asuntos completamente nuevos a discreción. Quizá sea ese el caso aquí.

[Imposible es que no vengan]. Esta expresión significa que la naturaleza humana es tal y el mundo es tal, que es inútil esperar que no haya tropiezos. Los habrá mientras el mundo continúe. Pero esto no reduce la culpa de aquellos que los producen. Las debilidades humanas no son excusa para el mal que hay en el mundo, aunque puedan explicar su presencia.

[Tropiezos]. La palabra griega así traducida se traduce también en otros lugares dentro del Nuevo Testamento como "tropezadero", "ocasión de caer" (Romanos 11:9; 14:3; 1 Juan 2:10).

[Ay de aquel]. Este "ay" tiene probablemente una amplia aplicación. Incluye todo lo que causa que el pueblo de Cristo tropiece y se desanime, desde el más feroz perseguidor como Nerón al último creyente incoherente.

V. 2: *[Que se le atase al cuello una piedra de molino]*. Esta es una expresión proverbial. Cualquier cosa es mejor que ser tropiezo para un creyente y hacer que se tambalee.

[Estos pequeñitos]. Esta expresión significa aquí "creyentes". Son los hijos de Dios, y cuidados por Él con tanta ternura como los niños pequeños de una familia humana (cf. Marcos 10:42). Es probable que nuestro Señor se refiriera a algunos de los seguidores débiles e inestables que le acompañaban y a los doce Apóstoles. Siempre hay muchos que son "niños en Cristo" (1 Corintios 3:1).

V. 3: *[Mirad por vosotros mismos [...]*. La relación de este versículo con el que lo precede, una vez más, no es muy clara. Parecería implicar que los "tropiezos" de los que acaba de hablar nuestro Señor son del tipo de los ocasionados especialmente por la falta de un espíritu de amor y perdón entre los cristianos. Es como la expresión de S. Juan: "El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo" (1 Juan 2:10).

[Repréndele]. Esta expresión muestra la obligación del cristiano de un trato franco, honrado y fiel con aquellos que nos hacen daño. Decir de un hermano a sus espaldas algo que no estamos dispuestos, si es necesario, a decirle a la cara no es la conducta de un verdadero siervo de Cristo.

[Si se arrepintiere, perdónale]. Esta expresión es singular. Sin duda, no significa que no perdonemos a los hombres a menos que se arrepientan. Si lo hiciéramos habría mucha amargura que se mantendría viva constantemente. Significa que, si no hay arrepentimiento por un daño hecho ni se lamenta, no puede haber renovación de la amistad cordial o una reconciliación completa entre hombre y hombre.

V. 4: *[Siete veces al día]*. Aquí, como en otros lugares, sin duda el número "siete" se debe tomar indefinidamente. Significa "muy frecuentemente",

“muy a menudo” (cf. Mateo 8:2; 12:45; 18:22; y Lucas 11:26. Ver también 1 Samuel 2:5; Rut 4:15; Isaías 4:1; Salmo 12:6; Miqueas 5:5).

Lucas 17:5–10

Notemos en estos versículos *la importante petición que hicieron los apóstoles*. Le dijeron al Señor: “Auméntanos la fe”.

Desconocemos los sentimientos secretos de los que surgió esta petición. Quizá los corazones de los Apóstoles desfallecían dentro de ellos al oír una importante lección tras otra procedentes de los labios de nuestro Señor. Quizá surgió el pensamiento en sus mentes de: “Para estas cosas, ¿quién es suficiente? ¿Quién puede recibir doctrinas tan excelsas? ¿Quién puede seguir semejante nivel de conducta tan sublime?”. Sin embargo, esto solo son conjeturas. Hay una cosa, de cualquier modo, que es clara y evidente. Su petición era profundamente importante: “Auméntanos la fe”.

La fe es la raíz de la religión salvadora. “Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6). Es la mano por la cual el alma se aferra a Jesucristo y es unida a Él y salvada. Es el secreto de todo consuelo cristiano y prosperidad espiritual. Según la fe de un hombre, así serán su paz, su esperanza, su fuerza, su valor, su decisión y su victoria sobre el mundo. Cuando los Apóstoles pidieron fe, actuaron sabiamente y bien.

La fe es una virtud que admite grados. No desarrolla toda su fuerza y perfección tan pronto como es plantada en el corazón por el Espíritu Santo. Hay “poca” fe y “gran” fe. Hay fe “débil” y fe “fuerte”. De ambas se habla en la Escritura. Ambas se ven en la experiencia del pueblo de Dios. Cuanta más fe tiene un cristiano, más feliz, santo y útil será. Promover el crecimiento y el progreso de la fe debería ser la oración y el esfuerzo diarios de todo aquel que ame la vida. Cuando los Apóstoles dijeron “aumenta nuestra fe”, hicieron bien.

¿Tenemos fe nosotros? Esta, al fin y al cabo, es la primera pregunta que debería hacer surgir esta cuestión en nuestros corazones. La fe salvadora no es una mera repetición del credo y decir: “Creo en Dios Padre, en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo”. Miles de personas que no saben nada de la verdadera fe utilizan semanalmente estas palabras. Las palabras de S. Pablo son muy solemnes: “No es de todos la fe” (2 Tesalonicenses 3:2). La verdadera fe no es natural al hombre. Procede del Cielo. Es don de Dios.

Si tenemos algo de fe, oremos para tener más. Es mala señal del

estado espiritual del hombre el conformarse con vivir de antiguas existencias y no tener hambre y sed de crecer en la gracia. Que la oración pidiendo más fe forme parte de nuestro tiempo devocional diario. Anhelemos de todo corazón los mejores dones. No despreciemos “el día de las cosas pequeñas” en el alma de un hermano, pero no nos conformemos con ello en la nuestra.

Notemos, por otro lado, en estos versículos, *la gran bofetada que da nuestro Señor al fariseísmo*. Les dice a sus Apóstoles: “Cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos”.

Todos somos por naturaleza orgullosos y farisaicos. Tenemos en mucha mayor estima nuestras personas, nuestros méritos y nuestro carácter de lo que debemos. Es una enfermedad sutil que se manifiesta en cientos de formas diferentes. La mayoría de los hombres pueden verlo en otras personas, pero pocos admitirán su presencia en sí mismos. Difícilmente se encontrará a un hombre, por malvado que sea, que no presuma de que hay alguien peor que él. Difícilmente encontraremos a un santo que en ocasiones no sea tentado a estar satisfecho y contento consigo mismo. Existe tal cosa como el orgullo que lleva el manto de humildad. No existe un corazón sobre la Tierra que no contenga algo del carácter del fariseo.

Abandonar el fariseísmo es absolutamente necesario para la salvación. Aquel que desea ser salvo debe confesar que no hay nada bueno en él y que por sí mismo no tiene mérito, ni bondad, ni nada que sea digno. Debe estar dispuesto a renunciar a su propia justicia y a confiar en la justicia de otro: la de Cristo nuestro Señor. Una vez perdonados, debemos llevar a cabo el viaje diario de la vida con la profunda convicción de que somos “siervos inútiles”. En el mejor de los casos solo cumplimos con nuestra obligación y no tenemos nada de qué presumir. Y aun cuando cumplimos con nuestra obligación, no es por nuestro propio poder y nuestra fuerza como lo hacemos, sino por la fuerza que nos otorga Dios. No tenemos motivo para reclamar a Dios. No tenemos derecho a esperar algo de Dios. Tampoco nuestros méritos alcanzan para recibir cosa alguna de parte de Dios. Todo lo que tenemos lo hemos recibido. Todo lo que somos lo debemos a la gracia soberana de Dios, que nos lo otorga.

¿Cuál es la verdadera causa del fariseísmo? ¿Cómo es posible que una criatura pobre, débil y equivocada como el hombre pueda siquiera soñar con merecer algo de manos de Dios? Todo procede de la ignorancia. Los ojos de nuestros entendimientos están cegados por naturaleza. No vemos como deberíamos, ni a nosotros mismos, ni nuestras vidas, ni a Dios, ni la Ley de Dios. Permitamos que la luz de la gracia brille en el corazón del hombre y que cese el reinado del fariseísmo. Pueden quedar raíces de orgullo y con frecuencia extenderse en amargos renuevos. Pero el poder del orgullo es quebrantado cuando el Espíritu entra en el corazón y muestra al

hombre tal como es y a Dios. El verdadero cristiano nunca confiará en su propia bondad. Dirá con S. Pablo: “De los cuales [pecadores] yo soy el primero”. “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (1 Timoteo 1:15; Gálatas 6:14).

Notas Lucas 17:5–10

V. 5: *[Dijeron los apóstoles]*. Tanto Stier como Alford comentan que este es el único ejemplo que tenemos de los “apóstoles” como cuerpo diciendo algo a nuestro Señor o haciendo alguna petición. Pero yo me atrevo poner en duda que este comentario sea correcto. Creo que es altamente probable que, en Mateo 17:19 y Hechos 1:6, aquellos que hablaban a nuestro Señor fueran los “apóstoles”.

[Auméntanos la fe]. La traducción literal de la palabra griega aquí debería ser: “añádenos fe”, es decir, “danos más fe”. La razón por que se hace esta petición la he apuntado en la exposición. Es la continuación de un discurso que se extiende desde el comienzo del capítulo 15 y que contiene nada menos que las cinco parábolas más importantes, entre otras cosas. No nos sorprende que los discípulos dijeran: “auméntanos la fe”.

V. 6: *[Como un grano de mostaza]*. Esta es una expresión proverbial que se refiere a algo muy pequeño y de tamaño insignificante.

[Decir a este sicómoro: Desarráigate]. Esta es una expresión proverbial, aparentemente común entre los judíos, que hace referencia a hacer grandes obras y vencer dificultades aparentemente insuperables. La expresión de S. Pablo es similar: “Si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase todos los montes” (1 Corintios 13:2). Comenta Major: “Cuando los judíos querían alabar a cualquiera de sus médicos decían de él que movía montañas desde sus raíces”. Los comentaristas no se ponen de acuerdo acerca de si el árbol mencionado es una morera o un sicómoro.

V. 7: *[Quién de vosotros]*. El objetivo de nuestro Señor en este versículo y en los tres siguientes parece ser frenar cualquier idea de virtud o mérito en las mentes de los discípulos. Por muy grande que fuera su fe, y por enormes que fueran sus obras, no podían pensar en reclamar algo a Dios o en tener derecho alguno a su favor.

[Apacienta ganado]. La palabra griega así traducida no necesariamente significa alimentar el *ganado*. También podría hacer referencia a *ovejas*. El sustantivo del que se toma es la palabra griega para “pastor”.

[Luego]. La palabra griega se traduce en otros setenta y cinco lugares del Nuevo Testamento como “inmediatamente”, “enseguida”, “en el acto”. Admite duda si la expresión no tendría, en el momento en que se tradujo nuestra versión bíblica, el sentido de algo más inmediato de lo que significa ahora.

Es cuestionable si las frases del versículo se han separado correctamente

en nuestra versión o si la palabra “luego” no debería relacionarse con la expresión “pasa, siéntate a la mesa, etc.”. Entonces sería: “¿Quién de vosotros le dice al volver él del campo: luego pasa y siéntate a la mesa?”. Esta construcción parece más natural y más acorde con el versículo siguiente. Evidentemente, el propósito de las expresiones “luego”, “inmediatamente” o “enseguida” es establecer un contraste con lo otro.

V. 8: *[Cíñete]*. Los mantos de las personas de los países orientales son, por lo general, largos y sueltos. Antes de hacer algo que requiriese esfuerzo corporal, lo primero necesario era ceñirse los lomos o atarse bien las vestiduras a la cintura, después de habérselas recogido.

V. 9: *[Pienso que no]*. La palabra griega empleada aquí se traduce generalmente como “pensar” o “suponer” en una frase como la que tenemos ante nosotros.

V. 10: *[Siervos inútiles somos]*. La doctrina aquí establecida por nuestro Señor en este versículo es clara y evidente para cualquier lector imparcial. Acaba por completo con la idea del mérito de la criatura. Cuando hemos hecho todo lo que Cristo ordena, no hemos hecho nada más que nuestra obligación. Pero, aun así, lo que hacemos solo procede de la gracia que se nos da y no de la fuerza natural. Y aun entonces, en lo que hacemos hay incontables imperfecciones. Hablar, por tanto, de merecer o reivindicar el favor de Dios ante un versículo como este resulta absurdo y ridículo.

En el Artículo 14 de la Iglesia de Inglaterra, este versículo se utiliza muy adecuadamente como argumento contra la doctrina católica romana de las obras de supererogación.

La palabra griega traducida como “inútiles” solo se utiliza en otro lugar: en la parábola de los talentos (Mateo 25:30). Major la traduce: “Siervos que no han otorgado ningún beneficio”. Quizá signifique aún más: “Sin valor alguno”.

Merece la pena leer las palabras de Hooker acerca de la doctrina de este versículo. “Reconocemos una necesidad imperiosa de hacer el bien; pero debemos renunciar por completo a la dignidad meritoria de hacer el bien. Vemos lo lejos que estamos de la justicia perfecta de la Ley. El pequeño fruto que tenemos en santidad es, Dios lo sabe, corrupto y defectuoso. No confiamos en él en absoluto. No sirve para desafiar al mundo. No nos atrevemos a pedir a Dios que nos pague como si Él figurara en nuestro libro de deudores. Nuestra continua petición a Él es, y debe ser, que soporte nuestras debilidades y perdone nuestras ofensas” (*Discourse on Justification, 3.7*).

El contraste entre lo que debemos decir de nosotros mismos: “siervos inútiles somos”, y lo que a Cristo por su gracia le complacerá decir en el día final (cf. Mateo 25:21; 25:34–40), es muy acusado.

Lucas 17:11–19

Señalemos en primer lugar, en este pasaje, *que los hombres pueden clamar de todo corazón pidiendo ayuda cuando experimentan una necesidad*. Leemos que "al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos". Es difícil concebir una situación más triste que la de los hombres afligidos por la lepra. Habían sido expulsados de la sociedad. Habían sido cortados de toda comunión con su prójimo. Parece que los hombres descritos en el pasaje que tenemos ante nosotros eran verdaderamente conocedores de su desgracia —"se pararon de lejos"—, pero no se quedaron sin hacer nada: "Alzaron la voz, diciendo: ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!". Sentían extremadamente el deplorable estado de sus cuerpos. Encontraron palabras para expresar sus sentimientos. Clamaron de corazón pidiendo liberación cuando aparecía ante sus ojos una posibilidad de liberación.

La conducta de los diez leprosos es muy instructiva. Arroja luz en un asunto tan importante para la práctica del cristianismo que nunca podremos comprender demasiado bien. Esa cuestión es la oración.

¿Cómo es que muchos no oran en absoluto? ¿Cómo es que muchos otros se conforman con repetir una fórmula pero nunca oran con sus corazones? ¿Cómo es que los hombres y las mujeres mortales, con almas que se salvan o se pierden, saben tan poco de la oración real, de corazón, metódica? La respuesta a estas preguntas es breve y sencilla. La mayor parte de la humanidad carece de sentido de pecado. No es consciente de su enfermedad espiritual. Las personas no son conscientes de que están perdidas, son culpables y se encuentran en la antesala del Infierno. Cuando un hombre descubre la enfermedad de su alma, pronto aprende a orar. Como los leprosos, encuentra palabras para expresar su necesidad. Clama pidiendo ayuda.

Repito, ¿cómo es que muchos verdaderos creyentes oran a menudo tan fríamente? ¿Cuál es la razón de que sus oraciones sean tan débiles, errantes y poco entusiastas como lo son frecuentemente? La respuesta, una vez más, es muy clara. Su sentido de necesidad no es tan profundo como debería ser. No son verdaderamente conscientes de su propia debilidad e impotencia y, por tanto, no claman fervientemente pidiendo misericordia y gracia. Recordemos estas cosas. Busquemos tener un sentido constante y perdurable de nuestras verdaderas necesidades. Si los santos pudieran ver sus almas cómo veían sus cuerpos los diez leprosos afligidos, orarían mucho más de lo que lo hacen.

Señalemos en estos versículos, en segundo lugar, *cómo los hombres encuentran ayuda en el camino de la obediencia*. Se nos dice que, cuando los leprosos clamaron a nuestro Señor, Él solo respondió: "Id, mostraos a los sacerdotes". No los tocó ni ordenó a su enfermedad que se fuera. No prescribió medicina alguna, ni lavamientos, ni uso de medios materiales externos. Sin embargo, el poder sanador acompañó sus palabras. La afligida compañía encontró liberación tan pronto como

obedecieron sus mandamientos: “Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados”.

Un hecho como ese tiene, sin duda, el propósito de enseñarnos conocimiento. Nos muestra la sabiduría de la obediencia sencilla e infantil a toda palabra que viene de la boca de Cristo. Hace que no nos quedemos quietos, razonando y dudando, cuando los mandamientos de nuestro Señor son claros e inequívocos. Si los leprosos hubieran actuado de esta forma, nunca habrían sido sanados. Debemos leer la Escritura diligentemente. Debemos tratar de orar. Debemos participar de los medios públicos de gracia. Todas estas son obligaciones que Cristo requiere de nuestras manos a las que, si amamos la vida, debemos atender sin plantearnos preguntas vanas y críticas. Es precisamente en el camino de la obediencia radical que Cristo se encontrará con nosotros y nos bendecirá: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios” (Juan 7:17).

Señalemos en estos versículos, por último, *lo rara que es la gratitud*. Se nos dice que, de los diez leprosos a quienes Cristo sanó, solo hubo uno que regresó a darle las gracias. Las palabras que salieron de los labios de nuestro Señor en esta ocasión son muy solemnes: “¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están?”.

La lección que tenemos ante nosotros es humillante, apela a la conciencia y resulta profundamente instructiva. Los mejores de nosotros somos muy parecidos a los nueve leprosos. Estamos más dispuestos a orar que a alabar, y más dispuestos a pedirle a Dios lo que no tenemos que a darle gracias por lo que tenemos. La murmuración, las quejas y el descontento abundan en cada parte de nosotros. Se encuentran verdaderamente pocos que no escondan continuamente bajo un almud las muestras de misericordia recibidas y pongan sus necesidades y pruebas sobre una colina. Esto no debería ser así. Pero todos los que conocen la Iglesia y el mundo se ven obligados a confesar que es cierto. La extendida falta de gratitud de los cristianos es la vergüenza de nuestros días. Es una clara prueba de nuestra poca humildad.

Oremos diariamente por un espíritu agradecido. Es el espíritu que Dios ama y que se deleita en honrar: David y S. Pablo eran hombres eminentemente agradecidos. Es el espíritu que ha marcado a todos los mayores santos de todas las épocas de la Iglesia: En M’Cheyne, Bickersteth y Haldane Stewart predominó siempre la alabanza. Es el espíritu que es la atmósfera misma del Cielo: Los ángeles y los justos perfeccionados están siempre bendiciendo a Dios. Es el espíritu que es la fuente de felicidad sobre la Tierra: Si queremos no preocuparnos por nada, debemos hacer que nuestras peticiones sean conocidas delante de Dios no solo con oración y ruego, sino también con acción de gracias (cf. Filipenses 4:6).

Sobre todo, oremos por un profundo sentido de nuestra propia

pecaminosidad, culpa e indignidad. Este, al fin y al cabo, es el verdadero secreto de un espíritu agradecido. Es el hombre que diariamente experimenta su deuda con la gracia y recuerda diariamente que, en realidad, no merece nada sino el Infierno, quien será bendecido diariamente y alabará a Dios. La gratitud es una flor que nunca florecerá excepto sobre una raíz de profunda humildad.

Notas Lucas 17:11–19

V. 11: *[Pasaba entre Samaria y Galilea]*. Hay alguna dificultad acerca de esta expresión. El camino normal para viajar del norte de Palestina a Jerusalén sería, en primer lugar, a través de Galilea y después atravesando Samaria. La solución más probable es que nuestro Señor viajara por toda la frontera entre Samaria y Galilea, hacia el río Jordán, y después siguiera el curso de ese río descendiendo a Jericó, en cuya ciudad se encuentra en el capítulo siguiente.

V. 12: *[Leprosos, los cuales se pararon de lejos]*. Se debe recordar que, por la Ley de Moisés, los leprosos eran expulsados de toda la sociedad y considerados proscritos que no podían morar con otros. En Levítico leemos: “Habitará solo; fuera del campamento será su morada” (Levítico 13:46).

V. 13: *[Maestro, ten misericordia]*. Desconocemos el grado de conocimiento o de fe que poseían estos leprosos. Es probable que solo conocieran a nuestro Señor como alguien que hacía grandes milagros de sanidad y cuya fama se había extendido por la tierra.

V. 14: *[Mostraos a los sacerdotes]*. El significado de esta orden es obvio para todos los que están familiarizados con los capítulos 13 y 14 de Levítico. Los sacerdotes eran los designados especialmente por Dios para ser jueces en todos los casos de lepra y decidir si el leproso estaba limpio o impuro, curado o no. Además, había un mandato especial de cumplir con las reglas establecidas en Levítico acerca de la lepra en el libro de Deuteronomio: “En cuanto a la plaga de la lepra, ten cuidado de observar diligentemente y hacer según todo lo que os enseñaren los sacerdotes levitas (Deuteronomio 24:8).

Un leproso judío, sin duda, se aferraría a la guía de nuestro Señor diciéndole que acudiera a los sacerdotes, y vería en ello una indicación de que escucharía buenas noticias al mostrarse a ellos.

Se ha puesto en duda si nuestro Señor se refería solo a sacerdotes judíos al ordenar esto. Algunos consideran que se refería a que el leproso samaritano debía acudir a los sacerdotes samaritanos en el monte Gerizim. Esto parece, sin embargo, extremadamente improbable. No hay una prueba clara de que los sacerdotes samaritanos se encargaran de decidir en casos de lepra. Sobre todo, no hay nada en los Evangelios que muestre que nuestro Señor reconoció alguna vez a los sacerdotes samaritanos. Sus palabras dirigidas a la mujer samaritana —“vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos” (Juan 4:22)— parecen contradecir esa idea.

Carece por completo de base la deducción católica romana, a partir de este versículo, de que nuestro Señor hacía referencia a que habría un sacerdocio cristiano y los pecadores que obtuvieran consuelo espiritual siempre tendrían que acudir a un sacerdote. Mientras durara la ley ceremonial y continuara el sacerdocio levítico, había que cumplir con todos sus requisitos. El velo aún no había sido rasgado. El verdadero sacrificio aún no había sido ofrecido. La dispensación del Antiguo Testamento aún no había pasado. Al ordenar a los leprosos acudir a los sacerdotes, nuestro Señor declaraba sencillamente su respeto por la ley ceremonial mientras durase.

V. 15: *[Uno de ellos [...] volvió, glorificando a Dios]*. Notemos cuidadosamente la similitud entre la conducta de este hombre y la de Naamán el sirio cuando fue sanado (2 Reyes 5:15). Burgon ofrece la oportuna cita siguiente: "Los otros nueve ya habían sido sanados y corrían a los sacerdotes para ser restaurados a la sociedad humana y volver a vivir en el mundo; pero los primeros pensamientos del samaritano se volvieron a su liberador. Había olvidado todo al ser consciente de la misericordia de Dios y de su propia indignidad".

V. 16: *[Este era samaritano]*. Notemos que, aunque fuera samaritano, a este hombre se le había permitido asociarse con los leprosos judíos. La aflicción, la desgracia y la persecución reúnen a los hombres y les hacen olvidar las diferencias que en tiempo de prosperidad y tranquilidad se consideran muy importantes.

V. 18: *[Este extranjero]*. La palabra griega empleada aquí significa literalmente "alguien de otra nación" y solo aparece aquí. Es una expresión fuerte, y muestra claramente que nuestro Señor no reconocía que los samaritanos fueran más que gentiles.

V. 19: *[Tu fe te ha salvado]*. Alford comenta en cuanto a esto que esta salvación tenía "un sentido más amplio que una mera limpieza de la lepra. La salvación de los nueve fue solo contemplar la serpiente de bronce con el ojo exterior. Él la contempló con el ojo de la fe interior. Esta fe le salvó; no solo sanó su cuerpo, sino su alma".

Lucas 17:20–25

En primer lugar, en este pasaje se nos enseña que *el Reino de Dios es completamente diferente de los reinos de este mundo*. El Señor Jesús les dice a los fariseos que "no vendrá con advertencia". Quería decir con esto que su aproximación y presencia no vendrían marcadas por señales externas de dignidad. Aquellos que esperaran observar algo de esta clase serían decepcionados. Esperarían y velarían por el Reino en vano, mientras que el verdadero Reino estaría en medio de ellos sin

que lo supieran. “He aquí —les dice—, el Reino de Dios está entre vosotros”.

La expresión que utiliza aquí nuestro Señor describe exactamente el comienzo de su Reino espiritual. Comenzó en un pesebre de Belén sin el conocimiento de los grandes, los ricos y los sabios. Apareció de repente en el Templo de Jerusalén y nadie, salvo Simeón y Ana, reconoció a su Rey. Treinta años después solo era aceptado por unos cuantos pescadores y publicanos en Galilea. Los gobernantes y los fariseos no tenían ojos para verle. El Rey vino a los suyos, y los suyos no le recibieron (cf. Juan 1:11). Durante todo este tiempo, los judíos profesaron estar esperando el Reino. Pero buscaban en una dirección equivocada. Esperaban señales que no tenían justificación para esperar. ¡El Reino de Dios ya estaba en medio de ellos! ¡Pero no lo veían!

El Reino literal que Cristo establecerá un día comenzará, en algunos aspectos, de manera muy parecida a su Reino espiritual. No irá acompañado de señales, marcas y manifestaciones externas que muchos esperan ver. No irá acompañado de un período de paz y santidad universales. No será anunciado a la Iglesia por señales tan inconfundibles que todos estarán preparados para él y para su aparición. Vendrá de repente, inesperadamente y sin advertencia alguna para la inmensa mayoría de la humanidad. Los Simeones y las Anas serán tan pocos en el día final como lo fueron cuando comenzó el Evangelio. La mayoría despertarán un día como quien despierta de un sueño y descubrirán, para su sorpresa y consternación, que el Reino de Dios ya ha llegado.

Bien haremos en traer estas cosas a nuestro corazón y meditarlas bien. La inmensa mayoría de las personas están tremendamente engañadas en sus expectativas con respecto al Reino de Dios. Buscan indicaciones que nunca descubrirán. Sueñan con la conversión universal en el día de la elección. Piensan que los misioneros, los ministros y las escuelas cambiarán el rostro del mundo antes de que venga el fin. Cuidémonos de semejantes errores. No durmamos como los demás. El Reino de Dios vendrá sobre los hombres mucho antes de lo que muchos esperan. “No vendrá con advertencia”.

En segundo lugar, en este pasaje se nos enseña que *la Segunda Venida de Jesucristo será un acontecimiento muy repentino*. Nuestro Señor describe esto por medio de una singular figura. Dice: “Como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día”.

La Segunda Venida personal de Cristo es el verdadero cumplimiento de estas palabras. Del día y la hora exactos de esta venida no sabemos nada. Pero, independientemente de cuándo tenga lugar, al menos una cosa es clara: Vendrá sobre la Iglesia y el mundo de repente, instantáneamente y sin que lo advirtamos previamente. Toda la tendencia de la Escritura señala este camino. Será “a la hora que no

pensáis". Vendrá "como ladrón en la noche" (Mateo 24:44; 1 Tesalonicenses 5:2).

Pensar en la Segunda Venida repentina de Cristo es algo muy serio. Debería hacernos examinar continuamente nuestra disposición mental. El deseo de nuestro corazón y nuestro empeño debería ser el estar siempre preparados para encontrarnos con nuestro Señor. El propósito de nuestra vida debería ser no hacer nada, ni decir nada, que haga que nos avergoncemos si Cristo apareciera de repente: "Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas" (Apocalipsis 16:15). Aquellos que censuran la doctrina de la Segunda Venida considerándola especulativa, imaginaria y poco práctica harían bien en reconsiderar la cuestión. La doctrina no era considerada así en los días de los Apóstoles. A sus ojos, la paciencia, la esperanza, la diligencia, la moderación y la santidad personal estaban conectadas inextricablemente a una expectativa del retorno del Señor. ¡Bienaventurado el cristiano que ha aprendido a pensar así! Estar siempre esperando la venida del Señor es una de las mejores ayudas para caminar cerca de Dios.

En este pasaje se nos enseña, por último, *que en la Escritura se nos revelan dos venidas personales de Cristo*. Estaba señalado que viniera por primera vez en debilidad y humillación, a sufrir y morir. Estaba señalado que viniera por segunda vez en poder y gran gloria, para poner a todos los enemigos bajo sus pies y reinar. En la Primera Venida sería hecho pecado por nosotros y llevaría nuestros pecados sobre la Cruz. En la Segunda Venida aparecería sin pecado para la salvación completa de su pueblo (cf. 2 Corintios 5:21; Hebreos 9:28). De estas dos venidas habla nuestro Señor expresamente en los versículos que tenemos ante nosotros. De la primera, cuando dice que el Hijo del hombre debía sufrir y ser rechazado. De la segunda, cuando dice que el Hijo del Hombre será como el relámpago que resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro.

Considerar estas dos venidas de Cristo de manera diferenciada es de gran importancia para una correcta interpretación de la Escritura. Parece que los discípulos y todos los judíos de tiempos de nuestro Señor veían solo una venida personal. Esperaban un Mesías que vendría a reinar, pero no que vendría a sufrir. Parece que la mayoría de los cristianos, de alguna manera, ven solo una venida personal. Creen que Cristo vino por primera vez a sufrir, pero parecen incapaces de comprender que Cristo vendrá por segunda vez a reinar. Ambos aspectos son ciertos, pero ninguno de ellos, por desgracia, abarca toda la verdad. Ambas partes están más o menos equivocadas, y la equivocación del cristiano sigue en importancia a la del judío.

Aquel que se esfuerza por ser un cristiano bien instruido y sólido debe guardar firmemente en su mente ambas venidas de Jesucristo. Tener ideas claras acerca de esta cuestión es de gran ayuda para una lectura provechosa de la Biblia. Sin ellas encontraremos

constantemente afirmaciones proféticas que no se pueden reconciliar con otras ni se pueden explicar. La venida de Jesús en persona por primera vez para sufrir y la venida de Jesús en persona por segunda vez para reinar son dos señales que no debemos perder nunca de vista. Estamos entre ambas. Creamos que ambas son reales y verdaderas.

Notas Lucas 17:20–25

V. 20: *[Preguntado por los fariseos]*. Eutimio piensa que esta pregunta se planteó en tono de mofa. Es como si los fariseos dijeran: "¿Dónde está ese reino del que hablas tan a menudo? ¿Qué probabilidad hay de que alguien tan pobre y bajo como tú establezca un reino? ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar antes de que ese reino tuyo aparezca?".

A mí no me satisface esa idea. El reino mesiánico era buscado por todos los judíos en el tiempo cuando nuestro Señor estuvo sobre la Tierra. Esperaban el reino que Daniel había anunciado que aparecería (cf. Daniel 2:44). La pregunta que tenemos ante nosotros no me parece nada más que una pregunta natural que predominaba en las mentes de todos los judíos en el tiempo en que fue planteada.

[No vendrá con advertencia]. Esta expresión se interpreta de dos formas. Algunos creen, con Schleusner y nuestra interpretación al margen, que nuestro Señor quería decir: "No vendrá con pompa o demostración externa". Otros, con Parkhurst y nuestros propios traductores, creen que nuestro Señor quería decir: "No vendrá de tal manera que los hombres puedan observarlo". Vendrá tranquilamente, sin hacer ruido, sin que se advierta excepto por parte de aquellos que, como Simeón y Ana, lo esperen con una actitud correcta. Yo me inclino decididamente por esta última opinión.

Se debe añadir una palabra de advertencia. Nuestro Señor no pretendía que entendiéramos que no habría "señal" alguna de este Reino que un creyente inteligente pudiera percibir y que, por tanto, era inútil observar las señales de los tiempos. En otro lugar reprende a los judíos por no discernir las señales de los tiempos (cf. Mateo 16:3). Solo se refería a que nunca se verán señales como las que esperaban los judíos carnales. Aquellos que esperen esas señales, esperan en vano.

El Reino del que habla nuestro Señor aquí incluye evidentemente tanto su presente Reino espiritual como su glorioso Reino futuro.

V. 21: *[Ni dirán: helo aquí]*. Esta expresión solo es una ampliación de la anterior. No habría señales del Reino de Dios tan claras, evidentes e inconfundibles que todos los hombres podrían señalar a ellas y decir: "Helo aquí […]. El Reino de Dios está entre nosotros". La intención de Dios era decir que ni el primer Reino espiritual que comenzó bajo el Evangelio ni el segundo Reino glorioso que comenzará con la Segunda Venida se iniciarían con claras señales inequívocas que nadie pudiera dejar de ver y que no dejarían lugar a la incredulidad.

Aquellos que afirman que todas las profecías del libro del Apocalipsis van

a cumplirse tan manifiestamente que nadie podrá dudar de su cumplimiento y que el Apocalipsis, por tanto, está aún sin cumplir en absoluto porque los intérpretes del mismo no lo han explicado satisfactoriamente hasta ahora, harían bien en fijarse en las palabras de nuestro Señor en este versículo. Parece que contradicen algo su teoría.

[El reino de Dios está entre vosotros]. Esta expresión también se interpreta de dos formas. Algunos afirman con nuestros traductores que la palabra "entre" significa "en vuestros corazones y conciencias": El Reino de Dios es algo interior y espiritual, y no una cosa externa y visible. Otros afirman que significa "entre vosotros": El Reino ya ha comenzado en medio de vuestra nación. Mis discípulos ya han entrado en él convirtiéndose en sus primeros súbditos. Mientras vosotros esperáis, mi Reino espiritual ya ha sido establecido. Yo me adhiero decididamente a esta última opinión.

V. 22: *[Dijo a sus discípulos]*. Notemos que aquí nuestro Señor deja a los fariseos y se dirige a sus propios discípulos.

[Tiempo vendrá [...]. Esta expresión es algo enigmática. Stella piensa que se refiere al tiempo de la Segunda Venida de nuestro Señor y que describe la aflicción de los inconversos en aquel día al desear un nuevo ofrecimiento del Evangelio cuando es demasiado tarde. Yo más bien considero que describe toda la situación de la Iglesia creyente durante el intervalo entre la primera y la segunda venidas de Cristo, y especialmente la situación de los Apóstoles y de los seguidores inmediatos de nuestro Señor tras su ascensión. Difícilmente podemos concebir lo mucho que anhelarían uno de los felices días en que tenían a su Maestro visiblemente entre ellos. La expresión es similar a la de Mateo: "Vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán" (Mateo 9:15).

V. 23: *[Os dirán: helo aquí [...]*. Este versículo contiene una advertencia para los discípulos de no moverse por rumores de la venida del Mesías en gloria y de que el Reino ya se ha establecido. Conocemos por la historia que dichos rumores abundaron desde el tiempo de la ascensión de nuestro Señor hasta la toma de Jerusalén. Continuamente surgían falsos Cristos y falsos profetas. La advertencia se debe aplicar, sin duda, a los tiempos inmediatamente precedentes a la Segunda Venida. Debemos esperar falsos Cristos, falsos profetas y pretendientes a la comisión divina en los últimos días, y los creyentes deben estar en guardia contra ellos.

V. 24 *[Como el relámpago [...]*. En este versículo, nuestro Señor manifiesta claramente que su Segunda Venida, cuando tenga lugar, será tan repentina, tan evidente y tan inconfundible que los verdaderos creyentes la reconocerán de inmediato como la venida de su Rey. No será un acontecimiento lento y gradual. Vendrá sobre los hombres en un momento.

Que nuestro Señor, en este versículo, no se refiriese a otra cosa sino a la marcha de los ejércitos romanos para destruir Jerusalén, me parece una interpretación insatisfactoria e improbable.

V. 25: *[Primero es necesario que padezca mucho [...]*. Nuestro Señor afirma aquí aquella gran verdad que sus discípulos y todos los judíos eran tan extremadamente lentos en ver. Primero debía sufrir para después reinar.

Primero debía soportar la Cruz y después, en su Segunda Venida, llevaría la corona.

[Desechado por esta generación]. Tengo la fuerte tendencia a pensar que, tanto aquí como en Lucas 21:32, Marcos 13:30 y Mateo 24:34, la palabra traducida "generación" hace referencia a *nación* o pueblo de los judíos, y no meramente a los hombres que vivían cuando nuestro Señor habló. Aquellos que deseen considerar esta opinión y las citas a favor de la misma, la encontrarán detallada en el *Theasaurus* de Ravanelli, bajo el término *generatio*.

Lucas 17:26–37

El asunto tratado en estos versículos es de una especial importancia. Habla de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. Por labios de nuestro Señor tenemos aquí descritos ese gran acontecimiento y las cosas inmediatamente relacionadas con el mismo.

Observemos en estos versículos, por un lado, *el tremendo cuadro que nos ofrece nuestro Señor de la situación de la Iglesia profesante en su Segunda Venida*. Se nos dice que "como fue en los días de Noé" y "como sucedió en los días de Lot", "así también será en los días del Hijo del Hombre". El carácter de aquellos días no se nos deja a la imaginación. Se nos dice claramente que los hombres serán sorprendidos comiendo, bebiendo, casándose, comprando, vendiendo, plantando, edificando y sin atender a nada más. Al final llegó el diluvio en los días de Noé y todos se ahogaron excepto los que estaban en el arca. Al final cayó fuego del cielo en los días de Lot y destrozó a todos excepto a Lot, su esposa y sus hijas. Y nuestro Señor afirma muy claramente que sucederán cosas similares cuando Él regrese en el fin del mundo. "Cuando digan: paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina" (1 Tesalonicenses 5:3).

Es difícil imaginar un pasaje de la Escritura que derrumbe más completamente las ideas comunes que prevalecen entre los hombres acerca del retorno de Cristo. El mundo no se convertirá cuando Jesús vuelva. La Tierra no será llena del conocimiento del Señor. El Reino de paz no habrá sido establecido. El milenio aún no habrá comenzado. Estas cosas gloriosas vendrán *después* de la Segunda Venida, pero no antes. Si he entendido bien estas palabras, el versículo que tenemos delante muestra que la Tierra estará llena de maldad y mundanalidad en el día de la Venida de Cristo. Los incrédulos y los inconversos serán muchos. Los creyentes y los piadosos, como en los días de Noé y de Lot, serán muy pocos.

Tengamos cuidado de nosotros mismos y evitemos el espíritu del mundo. No basta con hacer como otros, comprar y vender, plantar, edificar, comer, beber y casarse, como si no hubiéramos nacido para nada más. Atender exclusivamente a estas cosas puede destruirnos tan completamente como el pecado evidente. Debemos salir del mundo y apartarnos. Debemos atrevernos a ser diferentes. Debemos escapar para salvar nuestras vidas, como Lot. Debemos guarecernos en el arca, como Noé. Solo esto es seguro. Entonces, y solo entonces, estaremos a salvo en el día de la ira del Señor y evitaremos la destrucción cuando el Hijo del Hombre se manifieste (cf. Sofonías 2:3).

Observemos en estos versículos, por otro lado, *la solemne advertencia que nuestro Señor nos hace contra la falsa profesión*. Nos dice, en relación inmediata con la descripción de su Segunda Venida: “Acordaos de la mujer de Lot”.

La mujer de Lot llegó lejos en su profesión religiosa. Era la esposa de un “hombre justo”. A través de él estaba relacionada con Abraham, el padre de la fe. Huyó con su marido de Sodoma el día cuando él escapó salvando su vida por mandato de Dios. Pero la esposa de Lot no era verdaderamente como su marido. Aunque había huido con él, había dejado su corazón detrás. Desobedeció deliberadamente la orden estricta que le había dado el ángel. Miró hacia atrás a Sodoma, e inmediatamente se encontró con la muerte. Se transformó en una montaña de sal y pereció en sus pecados. “Acordaos —dice nuestro Señor—, acordaos de la mujer de Lot”.

La esposa de Lot ha de ser faro y señal de advertencia para todos los que profesan ser cristianos. Me temo que habrá muchos como ella en el día de la Segunda Venida de Cristo. Hay muchos en el presente que llegan bastante lejos en su religiosidad. Se conforman a las formas externas de parientes y amigos. Hablan el “lenguaje de Canaán”. Participan de todas las ordenanzas religiosas externas. Pero, durante todo este tiempo, sus almas no son rectas a los ojos de Dios. El mundo está en sus corazones y sus corazones en el mundo. Y luego, en el día del examen, su error será expuesto a todo el mundo. Su cristianismo se mostrará podrido hasta la médula. El caso de la esposa de Lot no es el único.

Recordemos a la esposa de Lot y decidamos ser *genuinos* en nuestra religión. No profesemos servir a Cristo por el único motivo de agradar a nuestros maridos o esposas, maestros o ministros. Una mera *inclinación* religiosa como esta nunca salvará nuestras almas. Sirvamos a Cristo por amor a Él. Nunca descansemos hasta que tengamos la verdadera gracia de Dios en nuestros corazones y no tengamos deseo de mirar atrás al mundo.

Observemos, por último, en estos versículos, *la terrible separación que habrá en la Iglesia profesante cuando Cristo vuelva*. Nuestro Señor describe esta separación por medio de un cuadro muy singular. Dice: “En aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado, y el

otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada".

El significado de estas expresiones es claro y diáfano. El día de la Segunda Venida de Cristo será un día cuando los buenos y los malos, los conversos y los inconversos, serán separados todos en dos grupos diferentes. La Iglesia visible ya no será más un cuerpo mezclado. El trigo y la cizaña ya no crecerán juntos. Los peces buenos y los malos serán clasificados radicalmente en dos grupos. Los ángeles saldrán y reunirán a los piadosos, que serán recompensados, dejando a los malvados detrás para que sean castigados. Lo único que se investigará es si son conversos o inconversos. Carecerá de importancia que la gente haya estado trabajando, durmiendo y viviendo junta durante muchos años. Al final serán tratados conforme a su religión. Aquellos miembros de la familia que hayan amado a Cristo serán llevados al Cielo; y aquellos que hayan amado al mundo serán arrojados al Infierno. Los conversos y los inconversos serán separados para siempre cuando Jesús vuelva.

Tengamos estas cosas en el corazón. Especialmente debe considerarlas aquel que ama a sus parientes y amigos. Si aquellos a quienes ama son verdaderos siervos de Cristo, debe saber que ha de unirse a ellos si no quiere verse separado de ellos para siempre. Si aquellos a quienes ama continúan en sus delitos y pecados, sepa que debe trabajar y orar por su conversión, a menos que quiera verse separado de ellos para toda la eternidad. La vida es el único tiempo que tenemos para esa obra, y se nos va muy rápido a todos. Las partidas, separaciones y rupturas familiares son siempre dolorosas. Pero todas las separaciones que vemos ahora no son nada comparadas con aquellas que se verán cuando Cristo vuelva.

Notas Lucas 17:26–37

V. 26: *[Como fue en los días de Noé]*. Todo el pasaje, desde este versículo hasta el final, se aplica exclusivamente a la Segunda Venida personal de Cristo, cuando venga a establecer su Reino glorioso. Los fariseos habían preguntado acerca del Reino del Mesías. Los discípulos mismos pensaban mucho en él y estaban llenos de expectativas producto de la ignorancia. Nuestro Señor consideró que era bueno mostrarles que el Reino del Mesías en gloria sería un acontecimiento mucho más solemne de lo que suponían, y que pillaría a la inmensa mayoría de la Humanidad completamente sin preparar. En vez de caer en especulaciones carnales y buscar recompensas carnales, harían bien en estudiar un punto de vista no mundano y cuidarse de estar preparados para el Reino en su corazón y su vida. Su establecimiento iría acompañado de un examen y una separación que aún no habían considerado. Bien harían en prepararse para aquel día de examen.

Notemos que nuestro Señor habla de los días de Noé como una analogía

de los días de su Segunda Venida en el capítulo 24 de Mateo. Pero el discurso que dio entonces fue pronunciado en una ocasión completamente diferente de la que tenemos ante nosotros. Está claro, por tanto, que utilizó la analogía dos veces.

Aplicar la conclusión de este capítulo, como hacen muchos, a la destrucción de Jerusalén, me parece retorcer injustificada y violentamente la Escritura.

V. 27: *[Comían, bebían [...]*. Una traducción más literal de estas expresiones sería quizá: "Estaban comiendo, estaban bebiendo", etc. Era su hábito de vida, en el que estaban absortos.

[Noé entró en el arca [...]. Notemos que, tanto aquí como en los dos versículos siguientes, nuestro Señor habla de la historia del arca de Noé, de Lot y la destrucción de Sodoma y de la esposa de Lot como hechos verdaderamente históricos y reales. La idea de los escépticos modernos de que los sucesos relatados en Génesis no son más que mitos y fábulas no encuentra apoyo aquí. Obsérvese especialmente que aquí se echa por tierra la idea innovadora de los modernistas de que Sodoma fue destruida por un terremoto. Nuestro Señor afirma expresamente que "llovió del cielo fuego y azufre". Es peligroso ser más sabio que la Escritura.

V. 31: *[El que esté en la azotea [...]*. Esta expresión es peculiar. Es exactamente como la que emplea nuestro Señor en otra ocasión cuando anuncia la destrucción de Jerusalén y los estragos del asedio, tanto cuando fue tomada por los romanos como en el asedio anunciado por Zacarías (capítulo 14) que aún no ha llegado. Pero en el pasaje que tenemos delante no hay referencia alguna a la destrucción de Jerusalén por los romanos. Todo el pasaje se refiere exclusivamente a la Segunda Venida de Cristo y a las circunstancias que la acompañarían.

Entonces, ¿cómo debemos interpretar las palabras que utiliza nuestro Señor tanto en este versículo como en los cinco siguientes?

Me parece que la solución más probable es la siguiente: Nuestro Señor deseaba enseñar a sus discípulos que su Segunda Venida en gloria no sería un tiempo de comodidad carnal para todos, como creían los judíos, sino un tiempo de probar la religión de los hombres y de examen y separación para la Iglesia visible. Iría precedida de un período de tribulación y sufrimiento del que nadie, salvo aquellos que estuviesen apartados del mundo y dispuestos a abandonarlo todo por Cristo, saldría ileso. Sería un tiempo cuando los creyentes debían abandonar todo pensamiento puesto en los bienes del mundo y tener cuidado de no quedarse atrás y volverse a mirar al mundo. Nada sino la mirada firme, la integridad de corazón y el espíritu carente de mundanalidad puede soportar el fuego de aquel día.

El versículo que tenemos delante me parece una expresión proverbial. Muestra la clase de cosa que los cristianos no deben hacer y la clase de espíritu que deben evitar si quieren tener seguridad para el día de la Venida del Señor.

Recuérdese que los tejados de los países orientales son generalmente planos y muy utilizados por los habitantes de las casas. Las escaleras eran frecuentemente exteriores, y un hombre no necesitaba bajar por la casa para huir. Más aún, podía huir por los tejados de las casas de sus vecinos y así

escapar en un repentino tiempo de peligro.

No estoy en condiciones de asegurar si en todo eso no puede haber alguna referencia a aquel futuro sitio de Jerusalén que está tan relacionado con la Segunda Venida de nuestro Señor (Zacarías 14). Quizá haya un significado más profundo y pleno en el versículo de lo que se ha descubierto. Tiene que haber circunstancias que acompañen a la Segunda Venida de Cristo, con toda probabilidad, de las que en el presente tenemos ideas muy inadecuadas y que quizá nos son ocultadas ahora, gracias a Dios, porque no podríamos soportarlas.

V. 33: *[Todo el que procure [...]*. Este versículo parece señalar que habrá una tremenda prueba de la religiosidad de los hombres en el momento de la Segunda Venida de Cristo, y que nadie la superará con seguridad salvo aquellos que estén dispuestos a renunciar a todo, incluso a su vida misma, por Él.

[Salvar su vida [...]. La palabra así traducida es muy especial. Significa literalmente "producir vida". Solo se encuentra en otro lugar del Nuevo Testamento (Hechos 7:19).

V. 35: *[Dos mujeres estarán moliendo juntas]*. Al principio, esta expresión puede resultar extraña para un oído inglés. Es una descripción exacta de lo que se puede ver normalmente en los países orientales. Major cita el siguiente pasaje del Dr. Clarke: "A duras penas hemos alcanzado nuestras viviendas en Nazaret y he aquí dos mujeres moliendo en el molino, de una manera que ilustra muy claramente las palabras de nuestro Salvador. Estaban preparando harina para hacer el pan, como siempre es costumbre cuando llegan extranjeros. Las dos mujeres sentadas en el suelo sostenían entre ellas dos piedras redondas planas. En el centro de la piedra superior había una cavidad para echar el trigo y a un lado de esta, en vertical, una manivela de madera para mover la piedra. Una de las mujeres empujaba con su mano derecha la manivela hasta la otra mujer, quien de nuevo la enviaba a su compañera produciendo así el movimiento rotatorio muy rápido a la piedra superior. Su mano izquierda se empleaba, mientras tanto, en echar más trigo tan pronto como el salvado y el trigo salían por los lados de la máquina" (cf. Éxodo 11:5; Isaías 47:1–3).

V. 37: *[¿Dónde, Señor?]*. La pregunta de los discípulos parece mostrar que estaban completamente perplejos por las palabras que nuestro Señor acababa de pronunciar. Parece que la intención de la respuesta recibida era mantenerlos a propósito en ignorancia del pleno significado de lo que quería decir nuestro Señor. En aquel momento no eran capaces de soportarlo.

[Donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas]. Estas son unas palabras enigmáticas y misteriosas, y han dejado muy perplejos a todos los comentaristas. Es admitido por todos que se refiere a la conocida capacidad de las tribus de buitres para descubrir cadáveres, ya sea por la vista o por el olor (Job 39:30). También es admitido por todos que se trata de unas palabras proverbiales que se refieren a la reunión de cosas que, por alguna causa, se atraen mutuamente. Pero cuando llegamos a la aplicación exacta de las palabras encontramos gran variedad de opiniones. La expresión paralela en S. Mateo (Mateo 24:28) contiene una palabra griega para el

cuerpo que significa “cuerpo muerto”. La palabra empleada en el versículo que tenemos delante no necesariamente se refiere a un cuerpo muerto. En otros aspectos, ambos pasajes son similares.

1. Algunos piensan que “las águilas” hacen referencia a los santos. Esta es, con mucho, la idea más común. Es sostenida por Crisóstomo, Ambrosio, Jerónimo, Teofilacto, Eutimio, Lutero, Calvino, Brentano, Bullinger, Bucero, Gualter, Beza, Pellican, Flacius, Musculus, Paræus, Piscator, Cocceius, Jansen, Quesnel, Du Veil, Cornelius à Lapide, Calovio, Suicer, Ravanell, Poole, Trapp, Cartwright, Pearce, Leigh, Wordsworth y Burgon.

Los significados que estos autores dan al “cuerpo” son extremadamente variados. Baste con decir que algunos piensan que significa “Cielo”, otros “Cristo”, otros “la Iglesia”, otros “la Cena del Señor” y otros “el Juicio”.

2. Otros piensan que “las águilas” son los ejércitos romanos, cuya enseña militar era el águila, y el “cuerpo” es Jerusalén y la nación judía. Esta es la opinión de Hammond, Lightfoot, Whitby, Doddridge, Burkitt, Bengel, Gill, Parkhurst, Scott, A. Clark, Major, Davidson, Stier y Barnes.

Matthew Henry, con su característica bondad, parece pensar que esta interpretación y la anterior pueden ser correctas al mismo tiempo.

3. Otros creen que “las águilas” hacen referencia a los falsos profetas. Esta es la opinión de Aretius y Arias Montano.

4. Otros creen que “las águilas” hacen referencia a toda la humanidad y “el cuerpo” al día del Juicio. Esta es la opinión de Barradio, Stella y Maldonado.

5. Orígenes piensa que “el cuerpo” representa a la Iglesia y las águilas reunidas al consentimiento unánime de los antiguos doctores y Padres.

6. Chemnitio piensa que “las águilas” hacen referencia a Cristo mismo.

7. Heinsius piensa que toda la frase es solo una predicción figurada de la extrema rapidez de la Segunda Venida de Cristo. Vendrá tan rápidamente como las águilas acuden a los cadáveres.

8. Alford piensa que “las águilas” hacen referencia a los ángeles de la venganza y “el cuerpo” a todo el mundo.

Yo no soy capaz de decidirme en medio de tantas opiniones conflictivas. Solo aventuro la opinión de que, mirando al contexto, es más probable que las águilas simbolicen a los ángeles que participarán en la Segunda Venida que cualquier otra cosa. El versículo que precede inmediatamente al que tenemos ante nosotros habla de la separación entre el justo y el injusto que tendrá lugar en la aparición de nuestro Señor. En dicha separación se nos dice claramente en otro lugar que los instrumentos empleados serán los ángeles (Mateo 13:49). ¿Es, por tanto, demasiado suponer que lo que nuestro Señor quiere decir sencillamente es que allí donde esta “su cuerpo”, su Iglesia profesante, allí los ángeles se reunirán en el último día y separarán a los malos de los justos con el fin de dar a cada uno el lugar que les corresponde?

Es, sin embargo, muy probable que al final se demuestre que todas las interpretaciones hasta ahora propuestas son incorrectas, y que la verdadera se descubrirá en la Segunda Venida. Es muy evidente que nuestro Señor quiso expresamente que se consideraran palabras misteriosas.

Lucas 18:1–8

El objetivo de la parábola que tenemos ante nosotros es explicado por Cristo mismo. En palabras de un viejo teólogo: “La llave cuelga de la puerta”. “Contó una parábola con este fin; que los hombres oren siempre sin desmayar”. Recordemos que estas palabras están estrechamente relacionadas con la solemne doctrina de la Segunda Venida con la que concluye el capítulo anterior. Es en la oración sin desmayo, durante el largo y pesado intervalo entre la primera y la segunda venidas, en la que Jesús está instando a perseverar a sus discípulos. En ese intervalo estamos también nosotros. Debemos poner, por tanto, un especial interés en esta cuestión.

Estos versículos nos enseñan, en primer lugar, *la gran importancia de perseverar en oración*. Nuestro Señor transmite esta lección contando la historia de una viuda sin amigos que consiguió, a fuerza de una gran importunidad, que un juez malvado hiciera justicia. “Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre —dijo el juez injusto—, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia”. Nuestro Señor mismo aporta la aplicación de la parábola: “Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?”. Si la importunidad consigue tanto de un hombre malo, ¡cuánto más conseguirá para los hijos de Dios de parte del Juez justo, su Padre celestial!

El asunto de la oración debería interesar a los cristianos. La oración es el aliento vital mismo del cristianismo genuino. Aquí es donde comienza la religión. Aquí florece. Aquí decae. La oración es una de las primeras evidencias de la conversión (Hechos 9:11). No orar es el camino seguro a la caída (Mateo 26:40–41). Todo lo que arroja luz sobre la cuestión de la oración es saludable para nuestra alma.

Por tanto, grábese profundamente en nuestras mentes que es mucho más fácil comenzar con el hábito de la oración que conservarlo. El temor a la muerte, algún remordimiento de conciencia transitorio, algunos sentimientos de emoción pueden hacer que alguien comience a orar inmediatamente, pero continuar orando requiere fe. Tenemos tendencia a cansarnos y a ceder a la sugerencia de Satanás de que no vale para nada. Y es entonces cuando debemos recordar con cuidado la parábola que tenemos delante. Recordemos que nuestro Señor nos dijo expresamente que debíamos “orar siempre, y no desmayar”.

¿Sentimos siempre una inclinación secreta a ir rápido en nuestras oraciones, a descuidarlas o hasta a omitirlas? Cuando esto ocurre, sin duda es una tentación directa del diablo. Está tratando de socavar y minar la ciudadela misma de nuestras almas y hacernos descender al Infierno. Resistamos la tentación y démosle la espalda. Decidamos orar con firmeza, paciencia y perseverancia, y nunca dudemos de que nos

hace bien. Por mucho tiempo que tarde en llegar la respuesta, sigamos orando. Independientemente del sacrificio y la negación de mí mismo que suponga, continuemos orando: “Orad sin cesar”, “perseverad en la oración” (1 Tesalonicenses 5:17; Colosenses 4:2). Armemos nuestras mentes con esta parábola y, mientras vivamos, entre todas las cosas a las que dedicamos tiempo, apartemos tiempo para orar.

Estos versículos son enseñan, en segundo lugar, *que Dios tiene un pueblo elegido sobre la tierra que está bajo su especial cuidado*. El Señor Jesús declara que Dios “hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche”. “Os digo —les dice— que pronto les hará justicia”.

La elección es una de las más profundas verdades de la Escritura. Se afirma clara y hermosamente en el Artículo 17 de la Iglesia de Inglaterra: “Es el eterno propósito de Dios, quien (antes que fuesen echados los cimientos del mundo), por su invariable consejo, a nosotros oculto, decretó librar de maldición y condenación a los que El ha elegido en Cristo de entre los hombres y conducirlos por Cristo a la salvación eterna”. Este testimonio es verdadero. Esta es “palabra sana e irreprochable” (Tito 2:8).

La elección es una verdad que debe producir alabanza y gratitud de todos los verdaderos cristianos. Si Dios no los hubiera escogido y llamado, ellos nunca le habrían escogido ni invocado. Si Dios no los hubiera escogido por su propia voluntad, no porque hubiera en ellos bondad alguna, nunca habría habido nada en ellos que los hubiera hecho dignos de su elección. Quizá el mundano y de mentalidad carnal despotrique contra la doctrina de la elección. Quizá el falso maestro la maltrate y la convierta “en libertinaje la gracia de Dios” (Judas 4). Pero el creyente que conoce su propio corazón siempre bendecirá a Dios por la elección. Confesará que sin elección no habría salvación.

¿Pero cuáles son las marcas de la elección? ¿Qué indicios harán saber al hombre si es uno de los elegidos de Dios? Estas marcas son claramente establecidas en la Escritura. La elección está vinculada inseparablemente a la fe en Cristo y la conformidad a su imagen (Romanos 8:29–30). Fue cuando S. Pablo vio la obra de la “fe”, la constancia de la “esperanza” y el trabajo del “amor” de los tesalonicenses cuando conoció su “elección” por parte de Dios (1 Tesalonicenses 1:3–4). Sobre todo, tenemos una clara señal descrita por nuestro Señor en el pasaje que tenemos ante nosotros. Los elegidos de Dios son un pueblo que clama a Él noche y día. Son, en esencia, un pueblo que ora. Sin duda hay muchas personas cuyas oraciones son formales e hipócritas. Pero una cosa es muy clara: un hombre que no ora no debe ser considerado nunca elegido de Dios. No olvidemos eso.

Estos versículos nos enseñan, por último, que *la verdadera fe será muy escasa al final del mundo*. El Señor Jesús muestra esto planteando una pregunta muy importante: “Cuando venga el Hijo del Hombre,

¿hallará fe en la tierra?”.

La pregunta que tenemos ante nosotros nos lleva a ser humildes. Muestra la inutilidad de esperar que todo el mundo se convierta antes de que Cristo vuelva. Muestra la necedad de suponer que todas las personas son “buenas” y que, aunque difieran en cuestiones externas, su corazón es recto e irán al Cielo. Esas ideas no encuentran aprobación en el texto que tenemos delante.

¿Dónde está la utilidad, al fin y al cabo, de ignorar hechos ante nuestros propios ojos, hechos en el mundo, hechos en las iglesias, hechos en las congregaciones a las que pertenecemos, hechos ante nuestras puertas y en nuestros hogares? ¿Dónde se ve la fe? ¿Cuántos a nuestro alrededor creen verdaderamente lo que contiene la Biblia? ¿Cuántos demuestran con su vida que creen que Cristo murió por ellos y que hay un Juicio, un Cielo y un Infierno? Estas son preguntas muy dolorosas y serias, pero demandan y merecen una respuesta.

¿Tenemos fe nosotros? Si la tenemos, bendigamos a Dios por ello. Es una gran cosa creer toda la Biblia. Es para estar agradecidos diariamente el que seamos conscientes de nuestros pecados y verdaderamente confiemos en Jesús. Quizá seamos pecadores débiles, frágiles, equivocados y deficientes. ¿Pero creemos? Esa es la gran pregunta. Si creemos, seremos salvos. Pero aquel que no cree no verá la vida y morirá en sus pecados (cf. Juan 3:36; 8:24).

Notas Lucas 18:1–8

V. 1: *[Les refirió Jesús una parábola]*. Notemos que esta parábola está estrechamente relacionada con el capítulo precedente. Después de ofrecer un terrible relato del examen y las tribulaciones que acompañarán a su Segunda Venida, nuestro Señor procede a insistir a su pueblo en la importancia del hábito de perseverar en la oración como una preparación para su Venida, y a no desmayar bajo la prueba y abandonar desesperados la oración.

[Orar siempre]. Esta expresión no significa que un hombre deba estar incesantemente dedicado al acto de orar. Significa que debe conservar constantemente el hábito de orar y esforzarse por tener siempre una mentalidad de oración.

V. 2: *[Había en una ciudad […]*. Como suele pasar, hay diversas opiniones acerca del propósito primario y la aplicación de esta parábola.

En opinión de muchos, la “viuda” de la parábola representa a la Iglesia y el “adversario” al diablo o al anticristo; la aflicción de la viuda, a toda la situación de la Iglesia entre la primera y la segunda venidas de Cristo; y su clamor pidiendo ayuda, al gemido de la creación esperando la manifestación de los hijos de Dios (Romanos 8:19).

Trench menciona una extraña opinión de Vitringa de que el juez injusto

representa a los emperadores romanos y la viuda a la Iglesia primitiva, y una idea aún más extraña de Ireneo e Hipólito de que la viuda es la Jerusalén terrenal y el juez injusto el anticristo.

Mi propia impresión es que la parábola tenía el sencillo propósito de describir una obligación para los creyentes individuales durante el período de la dispensación presente, y fomentar que perseveren en la oración dándoles la esperanza de que Dios defenderá finalmente su causa cuando parezca que las cosas van peor.

[Que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre]. Esta es una descripción proverbial de un hombre totalmente malo con un trabajo muy importante. Observemos que nuestro Señor Jesucristo sabe que hay hombres así en posiciones elevadas, y un día les ajustará las cuentas.

Esta descripción ha hecho tropezar a algunos comentaristas y ha sido considerada una gran dificultad. Les ofende la idea de que un hombre como este juez pueda ser tipo y símbolo de Dios. Para evitar esta aparente incoherencia, ¡Teofilacto menciona una idea extraña y monstruosa sostenida por algunos de que las palabras describen exactamente a Dios, puesto que Él es alguien que no teme a Dios ni respeta a los hombres!

La dificultad planteada me parece tremendamente irrazonable. Tanto aquí como en otros lugares no se nos exige que tracemos un paralelismo exacto entre la persona descrita y Dios. El único y sencillo punto que debemos advertir es que aun un hombre injusto y malvado puede ser movido por la importunidad. Y la consecuencia para nosotros es sencillamente esta: que si un hombre malvado es movido por la importunidad, mucho más Dios.

Dice Quesnel: “Podemos hacer un buen uso aun de los peores ejemplos. Todo sirve para revelar la justicia y bondad de Dios, ya sea por vía de conformidad o de contraste, ya sea por medio de líneas que forman la misma imagen o por sombras que realzan el brillo y la viveza de los colores”.

V. 3: *[Una viuda]*. Recordemos la situación desamparada y sin amigos de una viuda en los países orientales y los tiempos bíblicos (cf. Éxodo 22:22; Deuteronomio 10:18; Job 29:13; 1 Reyes 17:9, 12).

V. 5: *[Molesta]*. La palabra griega así traducida es muy peculiar. Significa literalmente “llamar la atención”. Algunos consideran muy extraño que un hombre en la situación de juez utilice semejante lenguaje y exprese algún temor a que una mujer pobre, débil e indefensa le cause tantos problemas como para requerir una frase tan fuerte. Pero un momento de reflexión nos mostrará que los hombres egoístas, mundanos y malvados son exactamente los que emplean esas expresiones violentas con el fin de expresar su sentimiento de disgusto aun en ocasiones que no lo merecen. Por ejemplo, ¡cuán a menudo la gente habla de estar “cansada hasta la muerte” o de “estar harta de su vida” cuando no hay nada que justifique el uso de dicho lenguaje.

V. 6: *[El juez injusto]*. Las palabras griegas significan aquí literalmente “el juez de injusticia”. Es exactamente la misma forma de lenguaje que se utiliza en un capítulo anterior para describir al mayordomo injusto (Lucas 16:8).

V. 7: *[Claman a él día y noche]*. Esta es, sin duda, una expresión proverbial que habla de un hábito de oración continua.

[Se tardará]. La palabra griega así traducida aparece generalmente como “tener paciencia” “ser sufrido”. Merece la pena leer el comentario de Pearce sobre el pasaje: “La palabra se utiliza normalmente para referirse al retardo del castigo a un hombre malo. Aquí tiene otro sentido, y se refiere al retardo en ayudar a un buen hombre. Así parece que emplea Pedro la expresión ‘paciencia’ cuando dice: ‘Tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación’, es decir, que aunque tarde mucho en salvaros, sin embargo os salvará al final” (2 Pedro 3:15).

V. 8: *[Pronto les hará justicia]*. Esta frase señala a la Segunda Venida de Cristo. A nuestros ojos parece que se retrasa mucho. Pero 1000 años a los ojos de Dios son como un solo día.

[Cuando venga el Hijo del Hombre [...]. Estas palabras se interpretan de diferente forma.

Algunos, como suele ocurrir, no pueden ver en la venida del Hijo del Hombre nada más que la destrucción de Jerusalén por parte de los romanos. Piensan que la frase significa que, cuando el estado judío sea derrocado, el número de los creyentes será muy pequeño.

Wordsworth afirma que “la tierra” representa al “mundo” que se opone a los hijos de la luz.

Soy incapaz de ver qué opinión de las dos es la correcta. Creo que el punto de vista expresado en la exposición es el verdadero. Nuestro Señor enseña que habrá comparativamente pocos creyentes sobre la Tierra cuando Él vuelva. Se descubrirá que la verdadera fe es algo extraño, como lo era en los días de Noé (cuando solo ocho personas entraron en el arca) y en los días de Lot (cuando solo cuatro personas abandonaron Sodoma). Debemos recordar que está hablando en relación estrecha a la importancia de la Segunda Venida y a su gráfica comparación de aquellos días de Noé y de Lot con el día en que el Hijo del Hombre se manifestará.

Hay en esto, sin duda, una lección en cuanto a que la oración perseverante es el secreto para sostenerse en la fe. Dice Agustín: “Cuando fracasa la fe, muere la oración. Para orar, debemos tener fe; y, para que nuestra fe no falle, debemos orar. La fe lleva derramarse en oración; y el derramar el corazón en oración da constancia a la fe”.

La incredulidad del hombre sobre la cuestión de las dos venidas se muestra notablemente al comienzo de Isaías 53 y de 2 Pedro 3.

Lucas 18:9–14

La parábola que acabamos de leer está estrechamente relacionada con la que la precede inmediatamente. La parábola de la viuda perseverante enseña el valor de la importunidad en la oración; la del fariseo y el publicano enseñan el espíritu que debe permear nuestras oraciones. La primera parábola nos invita a orar y no desmayar; la

segunda nos recuerda cómo y de qué manera debemos orar. Ambas deben ser valoradas a menudo por todo verdadero cristiano.

Notemos, en primer lugar, *el pecado contra el cual nuestro Señor Jesucristo nos advierte en estos versículos*. No es difícil ver esto. S. Lucas nos dice expresamente: "A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola". El pecado que denuncia nuestro Señor es el considerarse justo.

Es natural que todos nos consideremos justos. Es la enfermedad familiar de todos los hijos de Adán. Desde el mayor hasta el menor pensamos más de nosotros mismos de lo que deberíamos. Presumimos en secreto de no ser tan malos como algunos y de tener algo para recomendarnos al favor de Dios: "Muchos hombres proclaman cada uno su propia bondad" (Proverbios 20:6). Olvidamos el claro testimonio de la Escritura: "Todos ofendemos muchas veces". "No hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque". "¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer?" (Santiago 3:2; Eclesiastés 7:20; Job 15:14).

La verdadera curación para la enfermedad de considerarse justo es conocerse a uno mismo. Una vez que los ojos de nuestro entendimiento sean abiertos por el Espíritu, ya no hablaremos de nuestra propia bondad. Una vez que veamos lo que hay en nuestros corazones y lo que requiere la santa ley de Dios, morirá la vanidad. Pondremos las manos sobre nuestras bocas y clamaremos con el leproso: "¡Inmundo, inmundo!" (Levítico 13:45).

Notemos, en segundo lugar, en estos versículos, *la oración del fariseo condenada por nuestro Señor*. Leemos que dijo: "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano".

Un gran defecto sobresale en la superficie de esta oración, un defecto tan manifiesto que hasta un niño puede señalarlo. Muestra una carencia de conciencia de pecado y de necesidad. No contiene confesión ni petición alguna, ni conocimiento de culpa ni de vaciedad, ni súplica de misericordia o de gracia. Es una mera relación presuntuosa de méritos imaginarios acompañada de una reflexión poco caritativa acerca de un hermano pecador. Es una profesión orgullosa, magnánima, sin nada parecido al arrepentimiento, la humildad y el amor. En resumen, difícilmente merece ser denominada oración en absoluto.

No se puede concebir un estado del alma tan peligroso como el del fariseo. Nunca están los cuerpos de los hombres en unas condiciones tan desesperadas como cuando actúan en él la gangrena y la insensibilidad. Nunca están los corazones de los hombres en una situación tan desesperada como cuando no son sensibles a sus propios pecados. Aquel que no naufraga en esta roca debe tener cuidado de

medirse según sus vecinos. ¿Qué significa que somos más morales que “otros hombres”? Todos somos viles e imperfectos a los ojos de Dios. “Si quisiere contender con él, no le podrá responder a una cosa entre mil” (Job 9:3). Recordemos esto. En todo nuestro examen de conciencia no tratemos de compararnos según el patrón de los hombres. No miremos nada más que los requisitos de Dios. Aquel que actúa sobre este principio nunca será un fariseo.

Notemos en estos versículos, en tercer lugar, *la oración del publicano que recomienda nuestro Señor*. Esa oración era en todo opuesta a la del fariseo. Leemos que “estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador”. Nuestro Señor mismo estampa su sello de aprobación sobre esta breve oración. Dice: “Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro”.

La excelencia de la oración del publicano consiste en cinco puntos, cada uno de los cuales merece atención. Por un lado era una *petición* muy real. Una oración que solo contiene acción de gracias y profesión y que no pide nada es esencialmente defectuosa. Puede ser apropiada para un ángel, pero no para un pecador. Por otro lado, era una oración *personal* directa. El publicano no habla de sus vecinos, sino de sí mismo. Ser vago y generalizar son los grandes defectos de la religión de la mayoría de los hombres. Salir del “nosotros”, “nuestro” y “nos” para caer en el “yo”, “mi” y “me” es dar un gran paso hacia el Cielo. Por otro lado, fue una oración *humilde*, una oración que pone el “yo” en el lugar que le corresponde. El publicano confesó claramente que era un pecador. Este es el verdadero ABC del cristianismo salvador. Nunca comenzamos a ser buenos hasta que somos conscientes de que somos malos y lo reconocemos. Por otro lado, fue una oración en la que lo que más se deseaba era *misericordia* y se revelaba la fe en la misericordia del pacto de Dios, por muy débil que fuese. La misericordia es lo primero que debemos pedir el día que comencemos a orar. Debemos pedir misericordia y gracia diariamente ante el trono de la gracia hasta el día en que muramos. Por último, la oración del publicano procedía de dentro de su *corazón*. Fue profundamente movido a pronunciarla. Se golpeaba el pecho como alguien que sentía más de lo que podía expresar. Esas oraciones son las que deleitan a Dios. Un corazón quebrantado y contrito no será despreciado por Él (cf. Salmo 51:17).

Que estas cosas penetren en nuestros corazones. Aquel que ha aprendido a ser consciente de sus pecados tiene gran razón para ser agradecido. Nunca estamos en el camino de la salvación hasta que sabemos que estamos perdidos, destrozados, llenos de culpa y desesperados. ¡Feliz verdaderamente aquel que no se avergüenza de sentarse al lado del publicano! Cuando nuestra experiencia esté a su altura, podremos tener esperanza de haber encontrado un lugar en la escuela de Dios.

Notemos en estos versículos, por último, *lo mucho que nuestro Señor alaba la humildad*. Dice: “Cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido”.

El principio aquí establecido se encuentra tan frecuentemente en la Biblia que debería grabarse profundamente en nuestras memorias. Por tres veces encontramos en los Evangelios que nuestro Señor emplea las palabras que tenemos ante nosotros. Evidentemente, quiere hacer hincapié en que la humildad es una de las primeras y principales virtudes del carácter cristiano. Fue una virtud sobresaliente en Abraham, Jacob, Moisés, David, Job, Isaías y Daniel. Debería ser una de las virtudes sobresalientes de todos los que profesan servir a Cristo. No todo el pueblo de Dios cuenta con ciertos dones o dinero. No todos son llamados a predicar, escribir u ocupar un lugar de eminencia en la iglesia. Pero todos son llamados a ser humildes. Una virtud al menos debe adornar al creyente más pobre y menos erudito. Esa virtud es la humildad.

Dejemos este pasaje con un profundo sentido del gran ánimo que proporciona a todos los que son conscientes de sus pecados y claman a Dios pidiendo misericordia en nombre de Cristo. Quizá sus pecados hayan sido muchos y grandes. Quizá sus oraciones parezcan débiles, vacilantes, inconexas y pobres. Pero recordemos al publicano y tengamos valor. Aquel mismo Jesús que elogió su oración está sentado a la diestra de Dios para recibir a los pecadores. Por tanto, deben tener esperanza y seguir orando.

Notas Lucas 18:9–14

V. 9: *[A unos que confiaban en sí mismos]*. Parece probable que esta parábola no fuera dirigida a los fariseos, sino a algunos de los propios seguidores y discípulos de nuestro Señor. Él conocía todos los corazones y posiblemente vio en algunos de sus más inmediatos seguidores una tendencia a valorarse demasiado por ser sus discípulos. Se enfrenta a ello por medio de esta parábola.

El orgullo, el engreimiento y una tendencia a mirar a los demás por encima del hombro considerándoles ignorantes, ciegos e inferiores a nosotros mismos son errores que cometen especialmente muchas personas convertidas.

V. 10: *[Uno era fariseo, y el otro publicano]*. Estos dos grupos son mencionados como tipos de clases de carácter opuestos. El fariseo representa al moral, respetable y externamente correcto. El publicano representa al malvado, libertino y completamente irreligioso.

La teoría afirmada por algunos de que el fariseo representa a la nación judía y el publicano al mundo gentil me parece carente de fundamento.

V. 11: *[Puesto en pie, oraba consigo mismo]*. Algunos consideran que las

palabras griegas se deberían haber traducido: “Puesto en pie por sí solo, oraba así”. Sin embargo, es probable que nuestra versión proporcione el sentido correcto.

Es un error suponer, como han hecho algunos, que hay algo reprensible en esta actitud del fariseo que indica orgullo. Pero, entre los judíos, ponerse en pie era una postura común para orar al igual que arrodillarse (cf. Mateo 6:5; Marcos 11:25; 1 Crónicas 6:12).

[Te doy gracias]. Gill proporciona algunos ejemplos especiales de autores rabínicos de la gratitud que normalmente formaba parte de las oraciones judías. Una cita bastará. “Es una tradición del rabino Judá decir tres cosas que un hombre debería decir cada día: Bendito eres por no haberme hecho gentil, bendito eres por no haberme hecho ignorante, bendito eres por no haberme hecho mujer”.

No hace falta señalar que no debemos inferir de aquí que sea errónea la gratitud en nuestras oraciones. Es la gratitud acompañada de engreimiento y de comparaciones poco caritativas de nosotros mismos con otras personas, carentes de una confesión de indignidad y de oración pidiendo misericordia y gracia la que condena nuestro Señor.

V. 12: *[Ayuno dos veces […]*. Aquí nótese que el fariseo exalta sus propias obras de supererogación. Ayunaba aún más de lo que Dios requería, daba el diezmo aun de cosas que Dios no pedía que se diezmaran, no solo del trigo y de los frutos, sino de todas sus posesiones.

Es difícil concebir una justicia más despreciable y equivocada. ¡Su bondad negativa consistía en no ser tan malo como algunos! ¡Su bondad positiva consistía en ayunar y pagar el diezmo con extrema escrupulosidad! ¡De la santidad de corazón no oímos palabra alguna!

V. 13: *[No quería ni aun alzar]*. Las palabras griegas significan literalmente que no tenía intención, voluntad de hacerlo o inclinación a ello.

[Sé propicio a mí]. No es improbable que en esta oración esté implícita la idea de misericordia por medio de propiciación. La palabra griega traducida como “sé propicio a mí” solo se encuentra en otro lugar y allí se aplica a nuestro Señor Jesucristo como Sumo Sacerdote, haciendo reconciliación por los pecados del pueblo (cf. Hebreos 2:17).

[Pecador]. Las palabras griegas son aquí aún más fuertes que en nuestra versión si se traducen literalmente. Significan “*el pecador*”, es decir, “el gran pecador”.

V. 14: *[Justificado antes que el otro]*. No debemos pensar que esto significa que el fariseo fuera un poco justificado y el publicano mucho, y que la diferencia entre ellos fuera solo de grado. No hay grados de justificación. Las palabras significan que el fariseo no fue justificado en absoluto o aceptado ante Dios y que el publicano fue a casa perdonado y tenido por justo delante de Dios.

[Cualquiera que se enaltece […]. La verdad de este gran principio admite ejemplos en cada paso de la historia bíblica. Faraón, Goliat, Amán, Senaquerib, Nabucodonosor, Herodes, son todos casos que vienen a cuento.

Lucas 18:15–17

Observemos, por un lado, en este pasaje, *con cuánta ignorancia tiende la gente a tratar a los niños en lo referente a sus almas*. Leemos que había algunos que “traían a él los niños para que los tocase; lo cual viendo los discípulos, les reprendieron”. Lo más probable es que pensaran que era una pérdida del tiempo de su Maestro y que no habría beneficio alguno para los niños por el hecho de ser llevados a Cristo. Obtuvieron de nuestro Señor una solemne reprensión. Leemos que “Jesús, llamándolos, dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis”.

La ignorancia de los discípulos no es única. Probablemente de pocos asuntos encontremos opiniones tan dispares en las iglesias como de la cuestión de las almas de los niños. Unos piensan que los niños deben ser bautizados por sistema y que si mueren sin ser bautizados no pueden ser salvos. Otros creen que los niños no deben ser bautizados, pero no pueden dar razón satisfactoria alguna por la que lo creen. Unos piensan que todos los niños son regenerados en virtud de su bautismo. Otros parecen pensar que los niños no pueden recibir gracia y que no deben ser involucrados en la iglesia hasta que crecen. Unos piensan que los niños son, por naturaleza, inocentes y que no hacen maldad alguna a menos que la aprendan de otros. Otros creen que no sirve de nada esperar que se conviertan cuando son jóvenes, y que deben ser tratados como no creyentes hasta que lleguen a los años de discernimiento. Todas estas opiniones parecen estar equivocadas en un sentido u otro. Todas deben ser desaprobadas, puesto que todas conducen a muchos errores dolorosos.

Bien haremos en aferrarnos a algunos principios establecidos en la Escritura acerca de la situación espiritual de los niños. Hacerlo puede salvarnos de mucha perplejidad y preservarnos de importantes falsas doctrinas.

Las almas de los niños son evidentemente preciosas a los ojos de Dios. Tanto aquí como en otros lugares tenemos una clara prueba de que Cristo cuida de ellos no menos que de los adultos crecidos. Las almas de los niños pueden recibir gracia. Ellos nacen en pecado, y sin gracia no pueden ser salvos. No hay nada, ni en la Biblia ni en la experiencia, que nos haga pensar que no pueden recibir el Espíritu Santo y ser justificados, aun desde su más tierna infancia. El bautismo de los niños parece estar de acuerdo con el tenor general de la Escritura y con los pensamientos de Cristo en el pasaje que tenemos ante nosotros. Si los niños judíos no eran demasiado pequeños como para ser circuncidados en la dispensación del Antiguo Testamento, resulta extremadamente difícil de entender por qué los niños cristianos van a ser demasiado jóvenes para ser bautizados bajo el Evangelio. Miles de niños, sin duda, no reciben beneficio alguno del bautismo,

pero la obligación de bautizarlos continúa igual. Las mentes de los niños no son diferentes a la hora de recibir las impresiones religiosas. La disposición con la que sus mentes reciben las doctrinas del Evangelio y sus conciencias responden a ellas es un hecho muy conocido por todos aquellos que tienen algo que ver con la enseñanza. Por último, pero no menos importante, las almas de los niños pueden alcanzar la salvación por muy pequeños que mueran. Suponer que Cristo los admitirá en su Iglesia glorificada y, sin embargo, afirmar que no quiere tenerlos en su Iglesia profesante en la Tierra es una incoherencia que nunca se podrá explicar.

Estos puntos merecen una tranquila consideración. La cuestión es extremadamente difícil y respecto a ella están en desacuerdo muy buenos hombres. Pero en todo lo que nos deja perplejos encontraremos que es bueno regresar una y otra vez al pasaje que tenemos ante nosotros. Arroja una fuerte luz sobre la situación de los niños delante de Dios. Nos muestra en términos generales la mente de Cristo.

Observemos, por otro lado, en este pasaje, *la fuerte declaración que hace nuestro Señor Jesucristo acerca de los niños*. Dice: “De los tales es el reino de Dios “.

El significado de estas palabras es sin duda una cuestión discutida. Que no pretendían enseñar que los niños nacen sin pecado e inocentes queda muy claro en otras partes de la Escritura: “Lo que es nacido de la carne, carne es” (Juan 3:6). En las palabras de nuestro Señor parece haber una triple lección. Haremos bien en atender a esta lección triple.

Como esos niños deben esforzarse por vivir todos los santos de Dios. Su fe sencilla y su dependencia de otros, su falta de mundanalidad e indiferencia hacia los tesoros terrenales, su relativa humildad, su actitud inofensiva y ausencia de engaño son aspectos en los que ofrecen un excelente ejemplo a los creyentes. ¡Feliz aquel que puede acercarse a Cristo y a la Biblia con el espíritu de un niño pequeño!

Con los que son como niños debe crecer constantemente la Iglesia de Dios sobre la Tierra. No debemos tener miedo de llevarlos al bautismo aun en su más tierna infancia y dedicarlos a Cristo desde el principio de sus días. A pesar de que el bautismo es inútil e informal, es una ordenanza señalada por Cristo mismo. Aquellos que la utilicen con oración y fe pueden buscar con confianza una bendición.

De los que son como niños estará compuesto el Reino de Dios en gloria. Se puede esperar con confianza la salvación de todos los que mueren en su infancia. Aunque el pecado abunde, la gracia abunda mucho más (cf. Romanos 5:20). El número de aquellos en el mundo que mueren antes de discernir el bien del mal es extremadamente grande. Con seguridad no nos excedemos si creemos que una enorme proporción de los habitantes glorificados del Cielo serán niños pequeños.

Dejemos el pasaje con un profundo sentido de lo valiosas que son las almas de los niños, y con una decisión de actuar con la mente de Cristo en nuestro trato con ellos. Consideremos a los niños como una parte muy importante de la Iglesia profesante de Cristo y una parte que a la gran Cabeza de la Iglesia no le agrada que pasemos por alto. Instruyámosles desde su más tierna infancia en los caminos de la piedad, y sembremos la semilla de la Verdad de la Escritura en sus mentes con gran confianza en que un día dará fruto. Creamos que ellos piensan más, sienten más y consideran más de lo que parece a primera vista, y que el Espíritu trabaja con frecuencia en ellos tan verdadera y ciertamente como en los adultos. Sobre todo, nombrémosles con frecuencia delante de Cristo en oración y pidámosle que los tome bajo su protección especial. Él nunca cambia. Siempre es el mismo. Cuidó de los niños y niñas cuando estuvo sobre la Tierra. No dudemos de que los cuida a la diestra de Dios en el Cielo.

Notas Lucas 18:15–17

V. 15: *[Traían […]*. No se debe pasar por alto la relación entre este pasaje y la parábola precedente. Nuestro Señor acaba de hablar de humildad. Ahora ofrece un ejemplo práctico de su deleite en la humildad con su trato a los niños pequeños.

[Niños]. Prestemos cuidadosa atención a esta palabra. El término griego admite solo un sentido. Se refiere a niños en su más tierna infancia. Es la misma palabra que se utiliza en Lucas 1:41, 44; 2:12, 16 y 1 Pedro 2:2. Es imposible interpretar esta expresión como referente a personas jóvenes cercanas a los años de discernimiento.

[Los tocase]. Hay referencia aquí, con toda probabilidad, al hábito judío de imponer las manos sobre un niño y bendecirlo. Tenemos un ejemplo en el caso de la bendición de Jacob a los hijos de José (cf. Génesis 48:14).

[Les reprendieron]. Comparando este pasaje con el paralelo en S. Marcos, vemos que fueron las personas que llevaron a los niños las reprendidas por los discípulos.

V. 16: *[Llamándolos]*. La terminación “los” hace referencia aquí a los niños, y no a sus padres y amigos. Nuestro Señor se dirigió especialmente a los niños.

[De los tales es el reino]. Considerando el versículo que sigue a estas palabras y la parábola que precede, parece probable que la idea principal en la mente de nuestro Señor fuera poner ante nosotros la belleza de un espíritu humilde como el de los niños y ordenar a los discípulos que imitaran ese espíritu. Sin embargo, no tenemos que excluir de esta frase los otros significados más amplios que he mencionado en la exposición.

Sin duda, esta expresión no prueba el bautismo infantil. Para establecer

este derecho de los niños debemos acudir a otro lugar: a la circuncisión de los niños bajo la Ley, al bautismo de familias enteras en los Hechos, a la notable ausencia de huellas en el Nuevo Testamento de que los niños no fueran formalmente admitidos en la Iglesia por medio de una ordenanza externa bajo el Evangelio, como habían estado haciendo bajo la Ley, y no menos al destacable hecho mencionado por Lightfoot de que los hijos de todos los prosélitos admitidos en la Iglesia judía por medio del bautismo antes de los tiempos de nuestro Señor eran siempre bautizados junto a sus padres.

No obstante, el pasaje que tenemos ante nosotros siempre es un fuerte testimonio del cuidado de nuestro Señor Jesucristo hacia los niños pequeños. Hay un profundo significado en su reprensión a aquellos que habían apartado a los niños de Él que merece una seria consideración.

V. 17: *[De cierto os digo […]*. La lección de este versículo solo admite una interpretación. Describe el espíritu y el marco de pensamiento absolutamente necesarios para la salvación: Se debe renunciar al orgullo, a tenerse en más y a considerarse justo. Debemos convertirnos y volvernos como niños pequeños (Mateo 18:3).

Lucas 18:18–27

La historia que acabamos de leer aparece tres veces en los Evangelios. Mateo, Marcos y Lucas fueron movidos por el Espíritu Santo a relatar la historia del hombre rico que fue a Cristo. Se debe tener en cuenta este hecho. Nos muestra que hay lecciones ante nosotros que requieren una atención especial. Cuando Dios quiso inculcar en Pedro su obligación hacia los gentiles, le envió una visión que se repitió tres veces (cf. Hechos 10:16).

En estos versículos aprendemos, en primer lugar, *hasta dónde pueden llegar los hombres en su ignorancia de sí mismos*. Se nos habla de “un hombre principal” que preguntó a nuestro Señor lo que debía hacer “para heredar la vida eterna”. Nuestro Señor conocía el corazón de aquel principal y le respondió de la manera más adecuada para llevar luz a la verdadera situación de su alma. Le recordó los Diez Mandamientos. Recitó algunos de los requisitos principales de la segunda tabla de la Ley. Inmediatamente fue evidente la ceguera espiritual del interrogador. “Todo esto —dijo el hombre— lo he guardado desde mi juventud”. ¡Es imposible concebir una respuesta más llena de tinieblas y de desconocimiento de sí mismo! Aquel que la dio lo desconocía todo acerca de sí mismo, de Dios y de la Ley de Dios.

¿Es único el caso de este rico principal? ¿Pensamos que no existe nadie como él en la actualidad? Si es así, estamos enormemente

engañados. Me temo que hay miles en nuestras congregaciones que no tienen la más mínima idea de la naturaleza espiritual de la Ley de Dios y, en consecuencia, que desconocen por completo su propia pecaminosidad. No ven que Dios requiere “la verdad en lo íntimo” y que podemos quebrantar los mandamientos en nuestro corazón y con nuestros pensamientos, aun cuando no los quebrantemos con nuestros actos externos (cf. Salmo 51:6; Mateo 5:21–28). Ser liberados de esa ceguera es una de las primeras cosas necesarias para nuestra salvación. Los ojos de nuestros entendimientos deben ser iluminados por el Espíritu Santo (Efesios 1:18). Debemos aprender a conocernos. Nadie enseñado verdaderamente por el Espíritu hablará nunca de haber guardado todos los mandamientos de Dios desde su juventud. Más bien clamará con S. Pablo: “La Ley es espiritual; mas yo soy carnal”. “Yo sé que en mí […] no mora el bien” (Romanos 7:14–18).

En estos versículos aprendemos, en segundo lugar, *el daño que un pecado dominante puede hacer al alma*. Los deseos expresados por el joven principal eran rectos y buenos. Deseaba “la vida eterna”. A primera vista no parecía haber razón para no enseñarle el camino de Dios y que llegara a ser discípulo suyo. Pero había algo, por desgracia, que amaba más que la “vida eterna”. Se trataba del *dinero*. Cuando fue invitado por Cristo a renunciar a todo lo que tenía en la Tierra y buscar un tesoro en el Cielo, no tuvo fe para aceptar la invitación. El amor al dinero era su pecado dominante.

Naufragios como este son tristemente comunes en la Iglesia de Cristo. Pocos son los ministros que no podrían señalar muchos casos como el del hombre que tenemos delante. Hay muchos que están dispuestos a abandonarlo todo por Cristo excepto un estimado pecado y que, por amor a ese pecado, se pierden para siempre. Cuando Herodes escuchó a Juan el Bautista, “se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana”. Pero había algo que no podía hacer. No podía separarse de Herodías. Esa única cosa perdió su alma (Marcos 6:20).

No debe haber reservas en nuestros corazones si queremos recibir algo de manos de Cristo. Debemos estar dispuestos a separarnos de cualquier cosa, por muy querida que sea, que se interponga entre nosotros y nuestra salvación. Debemos estar dispuestos a cortarnos la mano derecha y arrancarnos el ojo derecho, a hacer cualquier sacrificio y acabar con cualquier ídolo. ¡Debemos recordar que lo que está en juego es la vida, la vida eterna! Una grieta pasada por alto basta para hundir un enorme barco. Un pecado dominante al que nos aferramos obstinadamente basta para dejar un alma fuera del Cielo. El amor al dinero, secretamente alimentado en el corazón, basta para llevar a un hombre, en otros aspectos moral e irreprochable, a lo más profundo del Infierno.

En estos versículos aprendemos, en tercer lugar, *cuán extremadamente difícil es que un rico se salve*. Nuestro Señor declara

esto en el solemne comentario que hace sobre el caso del principal: “¡Cuán difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios”.

La verdad que establece nuestro Señor en este lugar la podemos ver confirmada por todas partes. Nuestros propios ojos nos dirán que la gracia y las riquezas rara vez van unidas. “Ni muchos poderosos, ni muchos nobles” son llamados (1 Corintios 1:26). Es una realidad el que se encuentran relativamente pocos ricos en el camino a la vida. Por un lado, las riquezas inclinan a los que las poseen al orgullo, al egoísmo, a la autoindulgencia y al amor al mundo. Por otro lado, el hombre rico rara vez se ocupa de su alma adecuadamente. Por lo general es halagado y adulado: “Muchos son los que aman al rico” (Proverbios 14:20). Pocas personas tienen el valor de decirle toda la verdad. Sus puntos fuertes se exageran enormemente. Sus puntos débiles son disculpados, mitigados o excusados. El resultado es que, mientras que su corazón se queda sin habla ante las cosas del mundo, sus ojos son cegados a su propia situación real. ¿Cómo vamos a sorprendernos de que la salvación del hombre rico resulte difícil?

Cuidémonos de envidiar a los ricos y de ambicionar sus posesiones. Poco conocemos a lo que podríamos llegar si se cumplieran nuestros deseos. El dinero, que miles desean y anhelan constantemente, el dinero que muchos convierten en su dios, ¡ese dinero deja a miles de almas fuera del Cielo! “Los que quieren enriquecerse caen en tentación y en lazo”. ¡Bienaventurado aquel que ha aprendido a orar: “No me des pobreza ni riquezas”, y que verdaderamente está “contento con lo que [tiene] ahora”! (1 Timoteo 6:9; Proverbios 30:8; Hebreos 13:5).

En estos versículos aprendemos, por último, *cuán tremendo es el poder de la gracia de Dios*. Lo vemos en las palabras que nuestro Señor dirigió a aquellos que le escuchaban hablar del peligro del hombre rico. Dijeron: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?”. La respuesta de nuestro Señor es amplia y completa: “Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios”. Por la gracia, un hombre puede servir a Dios y alcanzar el Cielo en cualquier situación de su vida.

La Palabra de Dios contiene muchos ejemplos notables que ilustran esta doctrina. Abraham, David, Ezequías, Josafat, Josías, Job y Daniel fueron todos grandes y ricos. Pero todos sirvieron a Dios y fueron salvos. Todos encontraron gracia suficiente para ellos y vencieron las tentaciones que les rodeaban. Su Señor y Maestro aún vive, y lo que hizo por ellos puede hacerlo por otros. Puede dar poder a los cristianos ricos para seguir a Cristo a pesar de sus riquezas, igual que lo hizo con los judíos ricos.

Cuidémonos de permitirnos el pensamiento de que nuestra propia salvación es imposible por lo difícil que es nuestra situación. Esta suele ser una sugerencia del diablo y de nuestros corazones perezosos. No debemos ceder a ello. No importa dónde vivamos, mientras no

sigamos un llamamiento pecaminoso. No importa cuántos sean nuestros ingresos, si estamos cargados de riquezas o sumidos en la pobreza. La *gracia*, y no el *lugar*, es la bisagra sobre la que gira nuestra salvación. El dinero no nos dejará fuera del Cielo si nuestros corazones son rectos delante de Dios. Cristo puede hacernos más que vencedores. Puede capacitarnos para vencer en nuestro camino en medio de todas las dificultades. “Todo lo puedo —dijo S. Pablo— en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13).

Notas Lucas 18:18–27

V. 18: *[Un hombre principal le preguntó]*. No debemos pasar por alto la relación entre la historia del hombre rico y los versículos que la preceden inmediatamente. Mateo, Marcos y Lucas la mencionan todos después de relatar las palabras de nuestro Señor acerca de los niños. Parece que quieren mostrarnos cómo un hombre puede perder el Cielo por carecer de la indiferencia infantil hacia las riquezas del mundo.

Parece que el espíritu del hombre que tenemos ante nosotros era mucho mejor que el de los escribas, los fariseos y los saduceos. Estaba preocupado por la salvación. Tenía, evidentemente, un sentimiento de respeto por nuestro Señor. Pero, por amor al dinero, su pecado dominante, perdió su alma.

[Qué haré para heredar]. La traducción literal de las palabras griegas en este lugar refleja la legitimidad de la mentalidad del principal con más fuerza que nuestra traducción. La traducción literal es: “Habiendo hecho estas cosas, ¿qué heredaré?”.

V. 19: *[¿Por qué me llamas bueno?]*. Merece la pena mencionar la paráfrasis de Whitby sobre este versículo: “¿Por qué me otorgas un título que no se atribuye a nuestros reverenciados rabinos ni merece hombre alguno? ¿Piensas que en mí hay algo que no es humano, o que el Padre mora en mí? Esto es lo que deberías creer si consideras que el título “bueno” verdaderamente me corresponde, viendo que no hay nadie bueno salvo uno, que es Dios”.

V. 20: *[Los mandamientos sabes]*. Gualter comenta en cuanto a esto que nuestro Señor trata al principal como un médico sabio trata a su paciente enfermo. Le administra la medicina más adecuada para llevarle, a la larga, a la salud espiritual. Se dirige a él de la forma más adecuada para llevarle al conocimiento de sí mismo. Como el principal habló de “hacer”, Jesús comenzó a hablarle de los mandamientos de Dios.

[No adulterarás […]. Notemos que nuestro Señor no recita los mandamientos en el orden exacto en que son dados en Éxodo. Es un hecho singular que, en la versión de la Septuaginta del Antiguo Testamento, el séptimo mandamiento se coloca antes del sexto.

V. 22: *[Aún te falta una cosa]*. No se debe pasar por alto el proceso por el

que nuestro Señor convence al principal del pecado. Le muestra que, independientemente de lo pensara de su obediencia a la segunda tabla de la Ley, quebrantaba con toda seguridad la primera tabla. No guardaba ni el primer mandamiento ni el segundo. Su dinero era su Dios y era culpable de avaricia, que es idolatría.

[Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres]. No debemos interpretar que nuestro Señor dijera que todos los cristianos hagan lo que aquí ordena hacer al principal. Las palabras de Pedro a Ananías contradicen esa idea (cf. Hechos 5:4). La razón misma muestra que, si todos actuaran así, se fomentaría la pereza y todos los hombres serían pobres al final. "Si alguno no quiere trabajar —dice S. Pablo—, tampoco coma" (2 Tesalonicenses 3:10).

Nuestro Señor recetaba según la enfermedad que tenía ante sí. Se trataba de un caso de amor desesperado e idólatra al dinero. Solo había una medicina: "Vende [...] y dalo". Como S. Pablo y sus compañeros en el barco, debía arrojar por la borda toda la carga del barco si quería salvar su vida.

V. 23: *[Él, oyendo esto, se puso muy triste]*. Ya no oímos nada más de este principal. Algunos han aventurado que al final obedeció las órdenes de nuestro Señor y llegó a ser discípulo. Parece mucho más probable que no pudiera superar la prueba que le puso nuestro Señor y perdiera su alma. Dice S. Marcos: "Se fue" (Marcos 10:22).

V. 24: *[Los que tienen riquezas]*. Siempre se deben comparar estas palabras con el relato completo de la historia que nos ofrece S. Marcos. Dice que nuestro Señor repitió estas palabras dos veces, y la segunda vez dijo: "¡Cuán difícil les es entrar en el reino de Dios a los que *confían* en las riquezas!".

V. 25: *[Es más fácil pasar un camello]*. Algunos comentaristas se han esforzado en demostrar que la palabra que traducimos como "camello" debería traducirse como "cable". Esa anhelada alteración parece innecesaria. La expresión empleada por nuestro Señor era probablemente proverbial y resultaba familiar a sus oyentes. El camello era el animal más grande que los judíos solían utilizar, y que un camello pasara por el ojo de una aguja, según algunos escritos rabínicos, representaba algo absolutamente imposible. Michaelis dice que en India se emplea un proverbio similar acerca de pasar un elefante por el ojo de una aguja.

Comenta Harmer: "En oriente, las puertas suelen hacerse extremadamente bajas, en ocasiones de no más de un metro de altura, para evitar que los saqueadores árabes puedan entrar cabalgando en el patio interior. Enseñan a sus camellos a pasar, aun con dificultad, por esas puertas. Probablemente fuera una alusión a esta práctica lo que dio lugar a esta expresión proverbial".

V. 27: *[Lo que es imposible para los hombres]*. Esta es una expresión proverbial general, pero la aplicación es clara y evidente. Aun la salvación de un hombre rico es posible con la gracia de Dios.

Lucas 18:28–34

Observemos en estos versículos, en primer lugar, *cuán gloriosa y agradable promesa ofrece nuestro Señor a todos los creyentes que hacen sacrificios por Él*. Les dice: “No hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna”.

La promesa que tenemos delante es muy especial. No hace referencia a la recompensa del creyente en otro mundo ni a las coronas de gloria que no se desvanecen. Se refiere claramente a la vida que ahora es. Habla de “este tiempo”.

El “mucho más” de la promesa se debe tomar, evidentemente, en un sentido espiritual. El significado es que el creyente encontrará en Cristo un pleno equivalente de algo que se ve obligado a abandonar por Cristo. Encontrará tal paz, esperanza, gozo, consuelo y descanso en comunión con el Padre y el Hijo que sus pérdidas serán más que compensadas por sus ganancias. En resumen, el Señor Jesucristo representará más para él que la pobreza, los parientes o los amigos.

A menudo se ha visto el pleno cumplimiento de esta maravillosa promesa en la experiencia de los santos de Cristo. Cientos darían testimonio en cada época de la Iglesia de que, cuando se vieron obligados a abandonarlo todo por el Reino de Dios, sus pérdidas fueron ampliamente recompensadas por la gracia de Cristo. Fueron guardados en perfecta paz, confiando sus almas a Cristo (cf. Isaías 26:3). Fueron capacitados para gloriarse en la tribulación y complacerse en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades y en las aflicciones por amor a Cristo (cf. Romanos 5:3; 2 Corintios 12:10). Fueron capacitados en la hora difícil para gozarse con un gozo indescriptible y lleno de gloria, y para considerar un honor sufrir afrenta por el nombre de su Maestro (cf. 1 Pedro 1:8; Hechos 5:41). El día final mostrará que, en la pobreza y en el exilio, en prisiones y ante los tribunales, en el fuego y bajo la espada, las palabras de Cristo que tenemos ante nosotros se han cumplido en repetidas ocasiones. Con frecuencia, los amigos resultan ser desleales. Las magnificas promesas se quebrantan. Las riquezas vuelan. Pero no hay noticias de que los compromisos de Cristo fallen.

Aferrémonos con firmeza a esta promesa. Vayamos adelante en el camino de la vida con la firme convicción de que es una promesa propiedad de todo el pueblo de Dios. No demos paso a dudas y temores a causa de las dificultades que se cruzan en nuestro camino. Sigamos adelante con la firme persuasión de que, si perdemos algo por Cristo, Cristo estará con nosotros aun en este mundo presente. Lo que los creyentes necesitan es una fe práctica diaria en las palabras de Cristo. La fuente de agua viva siempre está cerca de nosotros cuando

viajamos por el desierto de este mundo. Pero, por falta de fe, a menudo no lo vemos y desmayamos en el camino (Génesis 21:19).

Observemos, en segundo lugar, en estos versículos, *la clara y diáfana predicción que hace nuestro Señor de su propia muerte*. Vemos que les dice a sus discípulos: “Será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y afrentado, y escupido. Y después que le hayan azotado, le matarán”.

Se percibe la importancia de la muerte de nuestro Señor en la frecuencia con que la anuncia y se refiere a ella durante su vida. Sabía bien que era el fin principal para el que había venido al mundo. Iba a dar su vida como rescate por muchos. Iba a hacer que su alma fuese una ofrenda por el pecado y a llevar nuestras transgresiones en su propio cuerpo en el madero. Iba a entregar su cuerpo y su sangre por la vida del mundo. Busquemos tener la misma mente de Cristo en nuestra valoración de su muerte. Que nuestros principales pensamientos acerca de Jesús vayan inseparablemente unidos a su crucifixión. La piedra angular de toda la verdad concerniente a Cristo es esta: Que “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

El amor de nuestro Señor Jesucristo hacia los pecadores se muestra notablemente en su firme intención de corazón de morir por ellos. Durante toda su vida supo que iba a ser crucificado. No había nada en su Cruz y pasión que no conociera claramente, hasta los más mínimos detalles, mucho antes de que le aconteciera. Saboreó todas las conocidas amarguras del sufrimiento anticipado. Pero nunca se desvió de su camino ni por un momento. Fue angustiado en el espíritu hasta concluir la obra que había venido a realizar (cf. Lucas 12:50). Semejante amor sobrepasaba el entendimiento. Es indescriptible, impenetrable. Podemos descansar en ese amor sin temor. Si Cristo nos amó tanto antes de que pensáramos en Él, con toda seguridad no dejará de amarnos después de haber creído.

La tranquilidad de nuestro Señor Jesucristo ante la perspectiva de una muerte segura debe ser un patrón para todo su pueblo. Como Él, bebamos la copa amarga que nuestro Padre nos da sin murmurar y digamos: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”. El hombre que tiene fe en el Señor Jesús no tiene razón para temer la tumba. “El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la Ley. Mas gracias sean dadas a Dios, quien nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:56–57). El sepulcro ya no es lo que una vez fue. Es el lugar donde yació nuestro Señor. Si la gran Cabeza del cuerpo miró hacia adelante al sepulcro con calma, mucho más deben hacerlo todos sus amados miembros creyentes. Para ellos ha vencido a la muerte. El rey de los terrores, en el peor de los casos, es un enemigo vencido.

Observemos en estos versículos, por último, *la lentitud de los discípulos para comprender la muerte de Cristo*. Vemos que, cuando

nuestro Señor describió sus cercanos sufrimientos, los discípulos “nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía”.

Leemos pasajes como este, quizá, con una mezcla de lástima y de sorpresa. Nos sorprenden las tinieblas y la ceguera de estos judíos. Nos maravillamos de que, ante una enseñanza tan clara y a la luz de los claros tipos de la Ley de Moisés, los sufrimientos del Mesías se hubieran perdido de vista ante su gloria y su Cruz hubiera quedado escondida por su corona.

¿Pero no estamos olvidando que la muerte vicaria de Cristo siempre ha sido una piedra de tropiezo y una ofensa para la orgullosa naturaleza humana? ¿No sabemos que, aun ahora, después de que Cristo haya resucitado de la muerte y ascendido a la gloria, la doctrina de la Cruz sigue siendo una locura para muchos y que la sustitución de Cristo por nosotros en la Cruz es una verdad que con frecuencia se niega, se rechaza y se rehúsa? Antes de sorprendernos de que aquellos primeros débiles discípulos no comprendieran las palabras de nuestro Señor acerca de su muerte, haríamos bien en mirar a nuestro alrededor. Puede humillarnos recordar que miles de *denominados* cristianos ni comprenden ni valoran la muerte de Cristo en el presente.

Examinemos bien nuestros corazones. Vivimos en un día en que abundan por todas partes falsas doctrinas acerca de la muerte de Cristo. Estemos seguros de que Cristo crucificado es verdaderamente el fundamento de nuestra esperanza personal y de que la muerte expiatoria de Cristo por el pecado es ciertamente la vida plena de nuestras almas. Tengamos cuidado de no añadir cosa alguna al sacrificio de Cristo en la Cruz, como hace el católico romano. Su valía es infinita. No admite adiciones. Tengamos cuidado de no quitar cosa alguna del sacrificio de Cristo, como hace el sociniano. Suponer que el Hijo de Dios solo murió para darnos ejemplo de cómo negarse a uno mismo es contradecir una centena de claros textos de la Escritura. Caminemos por los viejos caminos. Digamos con S. Pablo: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gálatas 6:14).

Notas Lucas 18:28–34

V. 28: *[Nosotros hemos dejado nuestras posesiones]*. Con frecuencia se comenta que Pedro y sus compañeros discípulos renunciaron a poco por Cristo. Unas cuantas barcas y redes de pesca eran probablemente todas sus pertenencias en este mundo. Pero no se debe olvidar que, para un pobre, todo lo que tiene es tan querido para él, en cierto sentido, como el palacio de un hombre rico. No conoce nada más alto o mejor excepto de oídas. Al darlo todo por Cristo hace, en cualquier caso, el mayor sacrificio a su alcance.

V. 29: *[No hay nadie que haya dejado [...]*. Los casos que nuestro Señor describe aquí, sin duda, rara vez pueden acontecer en Inglaterra. Difícilmente concebimos entre nosotros que la religión pueda obligar al hombre a separarse de su esposa y de sus hijos.

Pero no cabe la menor duda de que a menudo fueron necesarios sacrificios de este tipo cuando se predicó por primera vez el Evangelio y tanto los judíos llenos de prejuicios como los paganos ignorantes se opusieron terriblemente a él. Más aún, es un hecho notable que, en el presente, un judío convertido suele verse forzado a separarse de sus parientes más cercanos y queridos, y que un hindú convertido es expulsado de su familia.

No hay duda de que nuestro Señor hablaba viendo por anticipado situaciones como estas. En este sentido, sus palabras están especialmente llenas de consuelo.

V. 30: *[Mucho más en este tiempo]*. Lo más lógico es darle un sentido espiritual a esta gloriosa promesa. Un hombre convertido, sin duda, encontrará a menudo nuevos amigos entre las personas convertidas que ampliamente le compensarán por la pérdida de sus antiguos conocidos mundanos. Pero no siempre es así. A la sabiduría de Dios a veces le place permitir que un converso resulte perdedor en cuanto a cosas terrenales por su conversión. Se debe considerar a Cristo mismo, así como todo el consuelo interior de corazón, conciencia y alma que solo Cristo puede otorgar y que el mundo no puede ni dar ni quitar, como la verdadera esencia de la promesa.

V. 31: *[Todas las cosas escritas [...]*. Si limitamos esta expresión a los sufrimientos y la pasión de nuestro Señor, la referencia debe ser, por supuesto, al Salmo 22, Isaías 53 y Daniel 9:26. Pero podríamos preguntarnos si nuestro Señor no se refería a todo lo que iba a acontecer en Jerusalén desde el tiempo cuando Él entraría en la ciudad sobre un pollino hasta su resurrección. Los pasajes a los que haría referencia serían entonces más numerosos. En cualquier caso, se debe advertir que el libro de los Salmos es clasificado entre “los profetas”. Hay mucho más de profético en los Salmos de lo que la mayoría de lectores suponen.

V. 32: *[Será entregado [...]*. Merece la pena leer el siguiente pasaje de Doddridge: “Esta predicción es un claro ejemplo del espíritu de profecía empleado por nuestro Señor. Era más probable que fuera asesinado a escondidas, apedreado o que muriera en un tumulto. Y, cuando fue devuelto a los judíos por Pilato con permiso para juzgarle según su ley, es maravilloso que no fuera apedreado. Pero todo fue hecho de manera que se cumplieron las Escrituras”.

V. 34: *[Nada comprendieron de estas cosas]*. La ceguera de los discípulos acerca de la crucifixión y los sufrimientos de nuestro Señor es, a primera vista, extraordinaria. Pero debemos recordar que todos eran judíos y habían sido formados desde su infancia para esperar a un Mesías en gloria y majestad, pero no en sufrimiento y humillación. La influencia de una temprana formación y de un incesante adoctrinamiento en cuanto a determinadas ideas es extremadamente grande.

Pellican tiene una inteligente e ingeniosa nota sobre este pasaje, en la que

muestra cómo interpretarían probablemente los discípulos las predicciones de nuestro Señor acerca de sus propios sufrimientos, y ofrece razones convincentes en cuanto a un sentido que resultaba ofensivo y doloroso a sus propios sentimientos.

Él cree que aquellos recordarían las muchas expresiones figuradas y parabólicas que había empleado nuestro Señor en su enseñanza —como "comer su carne y su sangre", "cuidarse de la levadura de los fariseos"— y pensarían que su fuerte lenguaje acerca de su propia muerte recibiría un cumplimiento figurado sin que su Maestro muriera realmente.

Al fin y al cabo, no nos debe sorprender que los discípulos fueran lentos para comprender la Primera Venida de Cristo en humillación cuando vemos cuántos cristianos rehúsan reconocer su Segunda Venida en gloria, aunque los textos acerca de la gloria del Mesías son mucho más numerosos que los relativos a sus sufrimientos. Sobre todo, no nos debe sorprender ver cuántos, aun ahora, están completamente en tinieblas en cuanto al verdadero propósito de la muerte de Cristo en la Cruz.

Lucas 18:35–43

El milagro descrito en estos versículos es rico en instrucción. Fue una de las grandes obras que dio testimonio de que Cristo había sido enviado por el Padre (Juan 5:36). Pero esto no es todo. Contiene también algunos claros factores de las cosas espirituales que merecen un atento estudio.

En este pasaje vemos, por un lado, *la importancia de la diligencia en el uso de los medios*. Se nos habla de que "un ciego estaba sentado junto al camino mendigando". Buscó el lugar donde su lamentable situación atrajera más probablemente la atención. No se sentó perezosamente en casa esperando que le llegase la liberación. Se colocó junto al camino para que los viajeros pudieran verle y proporcionarle ayuda. La historia que tenemos ante nosotros muestra la sabiduría de su conducta. Sentado junto al camino, escuchó que "pasaba Jesús". Al oír hablar de Jesús, clamó pidiendo misericordia y que le fuera restaurada la vista. ¡Fijémonos bien en esto! Si el ciego no se hubiera sentado junto al camino aquel día, habría seguido ciego hasta la hora de su muerte.

Aquel que desea la salvación debe recordar el ejemplo de este hombre ciego. Debe participar con diligencia de los medios de gracia. Debe encontrarse regularmente en aquellos lugares donde el Señor Jesús está especialmente presente. Debe sentarse junto al camino, donde se lee la Palabra y se predica el Evangelio y el pueblo de Dios se reúne. Esperar recibir gracia en nuestros corazones mientras nos

quedamos sentados con holgazanería en casa los domingos y no acudimos a un lugar de culto alguno es presunción, no fe. Es cierto que Dios tendrá misericordia del que tenga misericordia, pero no es menos cierto que normalmente tiene misericordia de aquellos que emplean los medios. Es cierto que Cristo es en ocasiones encontrado por aquellos que no le buscan, pero también es cierto que aquellos que verdaderamente le buscan le encuentran siempre. El que quebranta el día de reposo, el que deja de lado la Biblia y el que no ora están rechazando lo que, gracias a Dios, se les ha dado y cavando sepulcros para sus propias almas. No están sentándose "junto al camino".

En este pasaje vemos, por otro lado, *un ejemplo de nuestro deber respecto a la oración*. Se nos dice que, cuando este ciego oyó que Jesús de Nazaret pasaba por allí, "dio voces, diciendo: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!". También se nos dice que, cuando algunos le reprendieron para que se callase, no se quedó en silencio. "Él clamaba mucho más". Sintió su necesidad y encontró palabras para contar su historia. No iba a ser frenado por las reprensiones de la gente que no sabía nada de la desgracia de la ceguera. Su abatimiento le hizo clamar. Y su importunidad fue ampliamente recompensada. Encontró lo que buscaba. Ese mismo día recibió la vista.

Lo que hizo el ciego a favor de su enfermedad corporal es, con seguridad, nuestra obligación en cuanto a nuestras almas. Nuestra necesidad es mucho mayor que la suya. La enfermedad del pecado es mucho más lamentable que la falta de vista. La lengua que es capaz de encontrar palabras para describir las necesidades del cuerpo puede, con toda seguridad, encontrar palabras para explicar las necesidades del alma. Comencemos orando si nunca lo hemos hecho. Si ya hemos orado en el pasado, hagámoslo con mayor sinceridad y seriedad. Jesús, el Hijo de David, sigue pasando por el camino, y no lejos de cada uno de nosotros. Clamemos a Él pidiendo misericordia y no permitiendo que nada frene nuestro clamor. No descendamos al foso mudos y sordos sin ni siquiera clamar pidiendo ayuda. Nadie estará tan carente de excusa en el día final como los hombres y las mujeres bautizados que nunca intentaron orar.

Vemos en este pasaje, por otro lado, *un alentador ejemplo de la bondad y compasión de Cristo*. Se nos dice que, cuando el ciego continuó clamando pidiendo misericordia, nuestro Señor "deteniéndose, mandó traerle a su presencia". Subía a Jerusalén a morir y tenía importantes asuntos en mente, pero encontró tiempo para parar y hablar amablemente a este pobre que sufría. Le preguntó qué quería que le hiciera. "Señor —fue la vehemente respuesta—, que reciba la vista". Enseguida se nos dice: "Jesús le dijo: Recíbela, tu fe te ha salvado". Quizá esa fe fuera débil y estuviera mezclada con mucha imperfección. Pero había hecho que el hombre clamara a Jesús y continuara clamando a pesar de los reproches. Al que acude con esa fe, nuestro bendito Señor no le echa fuera. Le fue otorgado el deseo de

su corazón e inmediatamente recibió la vista.

Pasajes como estos en los Evangelios son para el consuelo especial de todos aquellos que son conscientes de sus pecados y acuden a Cristo buscando paz. Quizá esas personas vean con sensatez su flaqueza en su actitud hacia Hijo de Dios. Quizá su fe sea muy débil, sus pecados muchos y grandes, sus oraciones muy pobres y con tartamudeos y sus motivaciones muy lejos de la perfección. Pero lo importante es si acuden verdaderamente a Cristo con sus pecados. ¿Desean de verdad renunciar a las demás cosas en que confían y encomendar sus almas a las manos de Cristo? Si es así, tengan esperanza y no teman. Aún vive aquel mismo Jesús que escuchó el clamor del hombre ciego y respondió. Nunca se desdirá de sus propias palabras: “Al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37).

Vemos, por último, en este pasaje, *un notable ejemplo de la conducta de aquel que ha recibido la misericordia de Cristo*. Se nos dice que, cuando al hombre ciego le fue restaurada la vista, “le seguía [a Jesús] glorificando a Dios”. Se sintió profundamente agradecido. Decidió mostrar su gratitud convirtiéndose en uno de los seguidores y discípulos de nuestro Señor. Ya podían los fariseos poner objeciones a nuestro Señor. Ya podían los saduceos burlarse de su enseñanza. No le importaba en absoluto a aquel nuevo discípulo. Había sido testigo en sí mismo de que Cristo era un Maestro al que merecía la pena seguir. Podía decir: “Habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Juan 9:25).

Un amor agradecido es la verdadera fuente de la obediencia genuina a Cristo. Los hombres nunca tomarán su cruz ni confesarán a Jesús ante el mundo, ni vivirán para Él, hasta que sean conscientes de que están en deuda con Él por el perdón, la paz y la esperanza que les ha otorgado. Los impíos son lo que son porque no son conscientes de su pecado ni de que están bajo obligación alguna hacia Cristo. Los piadosos son lo que son porque aman a Aquel que los amó primero y los lavó del pecado en su propia sangre. Cristo los sanó y, por tanto, siguen a Cristo.

Dejemos el pasaje con un solemne examen de nosotros mismos. Si no sabemos si tenemos parte alguna con Cristo, miremos a nuestras vidas. ¿A quién seguimos? ¿Cuáles son los grandes fines y objetivos para los que vivimos? El hombre que tiene una verdadera esperanza en Jesús puede ser siempre conocido por el rumbo que toma su vida.

Notas Lucas 18:35–43

V. 35: *[Acercándose Jesús a Jericó]*. El milagro descrito en este pasaje es relatado por los tres primeros autores de los Evangelios, pero con algunas diferencias. Mateo habla de dos ciegos. Marcos y Lucas mencionan a uno solo. Mateo y Marcos dicen que el milagro fue obrado cuando nuestro Señor

salía de Jericó. Lucas, que fue cuando se acercaba allí.

Con respecto a la diferencia en cuanto al número de ciegos, no hay gran dificultad. Sin duda fueron sanadas dos personas ciegas. Marcos y Lucas, sin embargo, solo relatan un caso, que probablemente fuese el del hombre más conocido en Jericó. Marcos nos dice que su nombre era Bartimeo. Precisamente, la misma diferencia se puede observar en los relatos de los tres autores de los Evangelios acerca de los demonios expulsados en el país de los gadarenos. Mateo dice que fueron curados dos hombres. Marcos y Lucas, que solo había uno. Este sería evidentemente el caso más sonado, porque es el de quien pidió que se le permitiera seguir a nuestro Señor. El mismo comentario se aplica a ambos milagros. Fueron sanadas dos personas, como dice Mateo. Marcos y Lucas solo relatan un caso porque era, por alguna razón, el más notorio de los dos. En cualquier milagro, suponer que solo fue sanada una persona porque Marcos y Lucas fueron inspirados a escoger y relatar solo una curación es del todo irrazonable e injusto. Hubo otra curación; pero, por alguna sabia razón, Marcos y Lucas no la relataron.

La otra diferencia es, sin duda, más difícil de explicar. Es complicado resolver la cuestión de por qué Mateo y Marcos dijeron que el milagro que tenemos ante nosotros fue obrado cuando nuestro Señor salía de Jericó y Lucas que se obró cuando se acercaba a Jericó. En cualquier caso, la reconciliación de la aparente discrepancia entre ambos relatos ha ocasionado muchas diferencias de opinión entre los comentaristas.

(1) Algunos piensan que hubo dos casos de ciegos curados y que lo fueron en dos momentos diferentes —uno cuando nuestro Señor entró en Jericó, el otro cuando nuestro Señor salió de Jericó—, y que Lucas relató un caso y Mateo y Marcos el otro. Esta es la opinión de Agustín, Chemnitio, Barradio, Stella, Lightfoot, Gill y Greswell. Eutimio llega al punto de pensar que hubo cuatro que fueron sanados y que los dos de Mateo, el de Marcos y el de Lucas son cuatro casos diferentes.

(2) Otros creen que las palabras de S. Lucas cuando dice “acercándose” solo significan “cuando estaba en el entorno de Jericó” y que no necesariamente significan “cuando se estaba acercando o se aproximaba”. Esta es la opinión de Grocio, Doddridge y Scott.

(3) Otros creen que el ciego comenzó a clamar a nuestro Señor cuando se acercaba a Jericó, pero no fue sanado hasta que nuestro Señor salía de Jericó, y que estaba solo cuando clamó por vez primera, aunque estaba acompañado del segundo ciego en el momento de su sanidad. Esta es la opinión de Poole, Paraus, Bengel, Jansen, Maldonado y Wordsworth.

(4) Macknight cree que Jericó estaba dividida en dos partes (una ciudad antigua y otra nueva, situadas a pequeña distancia la una de la otra) y que el ciego estaba sentado en el camino entre ambas ciudades. Entonces sería cierto el relato de que nuestro Señor salía de una ciudad y se acercaba a la otra.

(5) Markland cree que “acercándose” significa “acercándose a Jerusalén” y que Lucas solo quiere decir que Jesús, en su viaje a Jerusalén, estaba en algún lugar cerca o alrededor de Jericó, sin determinar si salía o entraba.

Debo confesar sinceramente que ninguna de las explicaciones anteriores me resulta completamente satisfactoria. La tercera me parece con mucho la más probable. Creo que las otras cuatro contradicen o bien la gramática o bien el sentido común. Sin duda, la aparente discrepancia admite una

explicación más completa y no es un argumento justo contra la inspiración plenaria de la Escritura. Podemos esperar razonablemente encontrar algunas dificultades de esta naturaleza en un libro como la Biblia. Aunque no aprendamos nada más de ellas, pueden enseñarnos humildad.

Cualquiera admite que es perfectamente posible que dos reporteros independientes de un suceso difieran ligeramente en sus relatos de los detalles sin la más mínima intención de engañar y sin apartarse de la verdad. Las diferencias ocasionales de ligeros detalles son fuertes evidencias de que los autores del Evangelio son testigos independientes y que, al escribir los Evangelios, no se copiaron los unos a los otros, sino que fueron guiados independientemente por el Espíritu Santo.

V. 36: *[Qué era aquello]*. Una traducción más literal de esto sería "qué podría ser aquello".

V. 38: *[Hijo de David]*. Esta expresión es notable, porque el versículo anterior nos informa claramente de que al ciego se le dijo que pasaba por allí Jesús de Nazaret. Llamar a nuestro Señor "Hijo de David" era una señal de fe y mostraba que el ciego tenía alguna idea de que Jesús era el Mesías. Cuando a los fariseos se les preguntaba de quién sería hijo el Cristo, ellos respondían inmediatamente que sería "el Hijo de David" (Mateo 22:42). La fama de nuestro Señor como alguien que obraba tremendos milagros probablemente habría alcanzado los oídos de los ciegos, y les habría hecho creer que Aquel que podía hacer esos grandes milagros tenía que haber sido enviado por Dios.

V. 41: *[Que reciba la vista]*. Tanto aquí como en los dos versículos siguientes, la palabra griega así traducida significa literalmente: "mejorar la visión", "volver a ver".

V. 42: *[Tu fe]*. Esta expresión parece indicar muy claramente que el ciego no llamó a nuestro Señor "Hijo de David" como un mero reconocimiento de su dignidad, y que tenía una fe vaga pero real en que nuestro Señor era el Mesías.

Lucas 19:1–10

Estos versículos describen la conversión de un alma. Como las historias de Nicodemo y de la mujer samaritana, la historia de Zaqueo es estudiada asiduamente por los cristianos. El Señor Jesús nunca cambia. Lo que hizo por el hombre que tenemos delante puede y quiere hacerlo por cualquiera de nosotros.

En estos versículos aprendemos, en primer lugar, que *nadie es demasiado malo como para ser salvo ni está más allá del poder de la gracia de Cristo*. Se nos habla de un publicano muy rico que llegó a ser

discípulo de Cristo. ¡Difícilmente podemos imaginarnos un suceso más improbable! Vemos al camello pasando por el ojo de una aguja y al rico entrando en el Reino de Dios. Tenemos una clara prueba de que todo es posible para Dios. ¡Vemos a un avaricioso recaudador de impuestos transformado en un cristiano liberal!

La puerta de la esperanza que revela el Evangelio a los pecadores está abierta de par en par. Dejémosla abierta cuando la encontremos. No tratemos de cerrarla con una ignorancia de mente estrecha. Nunca debemos temer afirmar que Cristo es capaz de salvar a los perdidos y que el peor de los pecadores puede ser libremente perdonado si acude a Él. Debemos ofrecer el Evangelio firmemente a los peores y más malvados, y decir: Hay esperanza. Solo tienes que arrepentirte y creer. “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18). Esa doctrina puede parecer a las personas mundanas una necedad y algo licencioso. Pero es el Evangelio de Aquel que salvó a Zaqueo en Jericó. Los hospitales desechan muchos casos considerándolos incurables, pero no hay casos incurables bajo el Evangelio. Cualquier pecador puede ser sanado solo con acudir a Cristo.

Aprendemos en estos versículos, en segundo lugar, *lo pequeñas e insignificantes que son las cosas de las que con frecuencia depende la salvación del alma*. Se nos dice que Zaqueo “procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura”. Parece que la curiosidad, y nada mas que la curiosidad, fue su motivación. Al surgir esa curiosidad, Zaqueo decidió gratificarla. Para poder ver a Jesús corrió, adelantándose por el camino, y “subió a un árbol”. A consecuencia de esa pequeña acción, en cuanto a lo que son capaces de ver los ojos del hombre, tuvo lugar la salvación de su alma. Nuestro Señor se detuvo debajo del árbol y dijo: “Desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa”. Desde aquel mismo momento, Zaqueo fue ya un hombre diferente. Aquella misma noche se haría cristiano.

No debemos menospreciar “el día de las pequeñeces” (Zacarías 4:10). No debemos considerar pequeño algo que concierne al alma. Los caminos por los que el Espíritu Santo conduce a hombres y mujeres a Cristo son maravillosos y misteriosos. Con frecuencia comienzan en un corazón una obra que perdurará hasta la eternidad, cuando un observador pasajero no ve nada importante. En toda obra debe haber un comienzo, y en la obra espiritual ese comienzo suele ser muy pequeño. ¿Vemos a un hermano indiferente que comienza a acceder a los medios de gracia cuando en el pasado los rechazaba? ¿Vemos que acude a la iglesia y escucha el Evangelio después de una larga temporada quebrantando el día de reposo? Cuando vemos esas cosas, recordemos a Zaqueo y tengamos esperanza. No lo miremos fríamente porque sus motivaciones en el presente sean muy pobres y

cuestionables. Creamos que es mucho mejor oír el Evangelio por mera curiosidad que no oírlo en absoluto. ¡Nuestro hermano está con Zaqueo en el árbol! Tenemos base para creer que puede llegar más lejos. ¿Quién sabe si un día recibirá a Cristo con gozo?

En estos versículos aprendemos, en tercer lugar, *la libre compasión de Cristo hacia los pecadores y el poder de Cristo para cambiar los corazones*. Es imposible concebir un ejemplo más notable que el que tenemos ante nosotros. Sin ser preguntado, nuestro Señor se detiene y habla a Zaqueo. Sin ser preguntado, Él se ofrece para ser invitado en casa de un pecador. Sin que se le pida, envía al corazón de un publicano la gracia renovadora del Espíritu y le coloca aquel mismo día entre los hijos de Dios (Jeremías 3:19).

Es imposible, ante un pasaje como este, exaltar demasiado la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Nunca será excesiva la fuerza empleada en afirmar que en Él hay una infinita disposición a recibir y un infinito poder para salvar a los pecadores. Sobre todo, nunca será excesiva la firmeza con que afirmemos que la salvación no es por obras, sino por gracia. Si alguna vez ha habido un alma buscada y salvada sin que hiciera nada para merecerlo, era la de Zaqueo. Aferrémonos a estas doctrinas y nunca las dejemos escapar. Su precio es mayor que el de los rubíes. La gracia, la libre gracia, es el único pensamiento que da descanso a los hombres en la hora de la muerte. Proclamemos estas doctrinas con confianza a todo aquel a quien hablemos de cosas espirituales. Digámosles que acudan a Cristo tal como son, y que no esperen con la vana esperanza de que pueden hacerse idóneos ellos mismos y conseguir ser dignos de ir. En no menor medida, digámosles que Jesucristo los espera y que vendrá y morará en sus pobres corazones pecaminosos si le reciben. Dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

Por último, aprendemos en estos versículos que *los pecadores convertidos siempre darán evidencia de su conversión*. Se nos dice que Zaqueo “puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado”. Había *autenticidad* en esas palabras. Eran una prueba inconfundible de que Zaqueo era una criatura nueva. Cuando un cristiano rico comienza a distribuir sus riquezas y un extorsionador comienza a restituir, bien podemos creer que las viejas cosas pasaron y todas son hechas nuevas (2 Corintios 5:17). Había *decisión* en esas palabras. “Doy” —dice Zaqueo—, “devuelvo”. No habla de intenciones futuras. No dice “daré”, sino “doy”. Libremente perdonado y habiendo resucitado de muerte a vida, Zaqueo sintió que no podía retrasar el comenzar a mostrar quién era y a quién servía.

Aquel que desea dar prueba de que es creyente, debe caminar en los pasos de Zaqueo. Como él, debe renunciar por completo a los pecados en los que anteriormente caía asiduamente. Como él, debe

seguir las virtudes cristianas que anteriormente solían estar ausentes. En cualquier caso, un creyente debe vivir de tal manera que todos puedan saber que es creyente. La fe que no purifica el corazón y la vida no es fe en absoluto. La gracia que no puede ser vista como la luz y saboreada como la sal no es gracia, sino hipocresía. El hombre que profesa conocer a Cristo y confiar en Él a la vez que se aferra al pecado y al mundo, desciende al Infierno con una mentira en su diestra. El corazón que ha probado verdaderamente la gracia de Cristo odiará instintivamente el pecado.

Dejemos el pasaje con el último versículo resonando en nuestros oídos: “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. Es como Salvador, más que como Juez, como Cristo desea ser conocido. Asegurémonos de conocerlo como tal. Cuidemos de que nuestras almas sean salvas. Una vez salvos y convertidos, diremos: “¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?” (Salmos 116:12). Una vez salvos, no nos quejaremos diciendo que negarnos a nosotros mismos, como en el caso de Zaqueo, es un requisito gravoso.

Notas Lucas 19:1–10

V. 2: *[Y sucedió]*. Merece la pena señalar que esta expresión se encuentra con frecuencia en el Nuevo Testamento cuando se va a narrar algo extraordinario. Por tanto, indica que la conversión de Zaqueo fue algo especialmente maravilloso.

No se debe pasar por alto la relación entre la historia de Zaqueo y el capítulo anterior. Allí se había establecido con fuerza la dificultad de la salvación de un hombre rico. El Espíritu Santo procede ahora a mostrarnos, por medio del ejemplo de Zaqueo, que con Dios nada es imposible.

Los comentaristas no se ponen de acuerdo en cuanto a si Zaqueo era judío o gentil de nacimiento. Cipriano, Tertuliano, Crisóstomo, Ambrosio, Beda y Maldonado piensan que era gentil. La opinión más común y probable es que era judío. Los publicanos eran generalmente judíos. Más aún, su nombre parece un nombre hebreo. Doddridge piensa que era Zaccai.

V. 3: *[Procuraba ver quién era Jesús]*. Pellican considera que Zaqueo ya estaba bajo la influencia de la gracia, y le compara con el anciano Simeón en el Templo regocijándose al ver al niño Jesús. Esta me parece una opinión muy improbable. Estoy con Poole, Burkitt y Scott en que Zaqueo solo trataba de ver a Jesús por mera curiosidad, aunque sin duda su curiosidad fue utilizada por Dios para llevarle a su conversión.

V. 4: *[Subió a un árbol sicómoro]*. Se debe recordar el ridículo que haría Zaqueo con semejante acción. ¡Un rico publicano subiéndose a un árbol después de correr por el camino con el fin de ver a un maestro religioso produciría, sin duda, la burla de todo el que le viera! Pero la circunstancia, aunque parece de poca monta, arroja luz sobre el carácter de Zaqueo. Era

alguien a quien no le importaba la opinión del hombre. Si emprendía una cosa, continuaba con ella. Si deseaba ver a Cristo, no lo evitarían las dificultades.

V. 5: *[Hoy es necesario que pose yo en tu casa]*. Notemos que este es el único caso en los Evangelios en el que encontramos que nuestro Señor se ofrece para ser huésped de un hombre sin haber sido invitado. En este sentido, la expresión es preciosa. En ocasiones, Cristo va a aquellos que no le buscan (Isaías 65:1).

El perfecto conocimiento de nuestro Señor se demuestra claramente en este caso. Él no solo conocía el nombre del hombre que estaba subido al árbol, sino también la situación de su corazón (cf. Juan 1:48).

V. 6: *[Descendió aprisa, y le recibió]*. Es precisamente en este momento en el que parece que tuvo lugar la conversión de Zaqueo. La condescendencia inesperada de un maestro religioso tan famoso ofreciéndose a ser huésped de un publicano se convirtió en el medio por el que el Espíritu cambió su corazón. No se encuentra nada que cambie tan frecuentemente los corazones de los grandes pecadores como las noticias inesperadas e inmerecidas de que Cristo les ama y cuida de sus almas. Estas noticias han quebrantado y derretido a menudo corazones de piedra.

V. 7: *[Todos murmuraban]*. El “todos” aquí mencionado se refiere sin duda a los fariseos y a la facción farisaica de la multitud que seguía a nuestro Señor. No puede referirse, claro está, a los discípulos.

[Murmuraban]. La palabra griega empleada aquí se encuentra solo en otro lugar (Lucas 15:2). Allí se utiliza exactamente en el mismo sentido, para describir el sentimiento mostrado por los fariseos que se consideraban justos al ver a los pecadores recibidos por Cristo.

[Un hombre pecador]. Esta expresión parece indicar que Zaqueo no era gentil, sino judío. Si hubiera sido gentil, con toda seguridad se le habría echado en cara esa circunstancia a nuestro Señor, como se hace con el hecho de que era “pecador”.

V. 8: *[Entonces Zaqueo, puesto en pie]*. Algunos piensan que nuestro Señor se quedó uno o dos días en casa de Zaqueo, y que las palabras aquí relatadas fueron pronunciadas al final de su estancia. Sin embargo, no parece haber razón suficiente para suponer que esta idea sea correcta. Es mucho más probable que nuestro Señor aceptara la hospitalidad de Zaqueo durante una comida y después continuara su camino.

[De mis bienes]. Debemos, con razón, aceptar que Zaqueo restituyó primero a aquellos a quienes había robado y *después* dio a los pobres la mitad de lo que justa y honradamente le pertenecía.

[Doy a los pobres]. No se debe pasar por alto el contraste entre la disposición de Zaqueo a dar a los pobres y la negativa del rico principal descrito en el capítulo anterior. Nuestro Señor no había pedido al principal nada salvo lo que la gracia puede capacitar al hombre para hacer.

Se debe advertir el uso del tiempo presente en las palabras de Zaqueo. Dice “doy”, “devuelvo”. No hubo aplazamiento ni retardo en su conducta.

Ford cita en este versículo un buen pasaje de Basil que expone la mezquindad de aquellos que solo son liberales con los pobres en su testamento, y que entregan su dinero para obras de caridad cuando ya no pueden guardarlo o disfrutarlo. Zaqueo lo da en vida.

[Si en algo he defraudado a alguno]. La palabra así traducida es muy especial. Solo se encuentra en otro lugar del Nuevo Testamento (Lucas 3:14). Allí se aplica a los soldados y se traduce "calumniar".

La palabra griega de la que procede es el origen de la palabra "sicofanta". Se dice que originalmente se aplicaba en Atenas a personas que informaban contra aquellos que exportaban higos ilegalmente. Parece que, después, la palabra se aplicó a todo aquel que confundía a otro por medio de información falsa, frívola o molesta; y, por último, a cualquier extorsión bajo pretendido legalismo.

[Se lo devuelvo cuadruplicado]. Esta expresión merece una atención especial. Muestra lo completo y cabal que fue el arrepentimiento de Zaqueo por su vida pasada. Fue una restitución que excedió con mucho lo requerido por la Ley de Moisés.

Burgon comenta: "Zaqueo impuso sobre sí la medida más severa contemplada por la Ley respecto a alguien convicto de hurto. 'Pagará [...] por aquella oveja cuatro ovejas' (Éxodo 22:1); pero aun esto solo se aplicaba así a aquel que había escapado con la propiedad que había robado. 'Si fuere hallado con el hurto en la mano [...] pagará el doble' (Éxodo 22:4). Pero, con respecto a aquel que confesaba su delito, solo decía: 'Aquella persona confesará el pecado que cometió, y compensará enteramente el daño, y añadirá sobre ello la quinta parte, y lo dará a aquel contra quien pecó' (Números 5:7). Zaqueo, por tanto, se juzgó a sí mismo muy severamente". Hagamos nosotros lo mismo cuando nos arrepentimos.

V. 9: *[La salvación a esta casa]*. Algunos comentaristas afirman por esta expresión que la familia de Zaqueo se convirtió toda junto a él. Esa interpretación parece innecesaria e infundada. La idea más sencilla es que la salvación llega a una "casa" cuando el cabeza y principal de la misma es salvo.

[Él también es hijo de Abraham]. Esta expresión probablemente hiciera referencia al sarcasmo de los fariseos contra los publicanos y los pecadores, considerándolos indignos de la vida eterna. Nuestro Señor declara que, por mucho que los fariseos que se consideraban justos despreciaran a Zaqueo, este era un hijo genuino de Abraham, por así decirlo. Lo era por descendencia natural. Pero mejor aún; era hijo de Abraham de una forma en que los fariseos no lo eran. Caminaba en los pasos de la fe y las obras de Abraham, cosa que ellos no hacían. Compartía el mismo corazón de Abraham, así como la misma sangre.

V. 10: *[El Hijo del Hombre vino [...]*. Esta frase parece ser una respuesta general a los comentarios poco caritativos de aquellos que se habían sorprendido de que Jesús se hospedara en casa de un hombre que era pecador.

Nuestro Señor declara que esas personas solo revelaban su ignorancia del gran propósito para el cual había venido al mundo. Había venido al mundo

para salvar a los pecadores. No se avergonzaba de visitar a personas como Zaqueo y aceptarlas entre los discípulos. En resumen, había venido “a buscar y a salvar lo que se había perdido”.

Hay un cercano parecido entre el argumento de nuestro Señor en este lugar y el que vemos que emplea en el capítulo 15 de S. Lucas, donde los escribas y fariseos le acusaban de recibir a los pecadores y comer con ellos.

Lucas 19:11–27

El motivo de que nuestro Señor pronunciara la parábola que tenemos ante nosotros es claro y diáfano. Pretendía corregir las falsas expectativas de los discípulos sobre el asunto del Reino de Cristo. Era una representación profética de las cosas presentes y las cosas futuras que deben producir pensamientos solemnes en las mentes de todos los que profesan el cristianismo.

Vemos en esta parábola, por un lado, *la posición presente de nuestro Señor Jesucristo*. Se compara a “un hombre noble [que] se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver”.

Cuando el Señor Jesús dejó el mundo, ascendió al Cielo como vencedor, llevando cautiva a la esclavitud. Está allí sentado a la diestra de Dios, haciendo la obra de un Sumo Sacerdote a favor de su pueblo creyente e intercediendo siempre por él. Pero no se sentará allí eternamente. Vendrá del Lugar Santísimo para bendecir a su pueblo. Volverá con poder y gloria a poner a cada enemigo bajo sus pies y a establecer su Reino universal en la Tierra. El diablo es el “príncipe de este mundo” (Hebreos 2:8; Juan 14:30). Pero un día cambiará la situación presente de las cosas. Cuando Cristo vuelva, los reinos del mundo serán suyos.

Que estas cosas penetren profundamente en nuestras mentes. Siempre que pensemos en Cristo, no olvidemos su Segunda Venida. Es bueno saber que vivió por nosotros, murió por nosotros, resucitó por nosotros e intercede por nosotros. Pero también es bueno saber que pronto volverá.

Vemos en esta parábola, por otro lado, *la situación presente de todos los que profesan el cristianismo*. Nuestro Señor los compara con siervos a quienes un amo ausente encarga de su dinero con estrictas indicaciones de utilizarlo bien: “Negociad entre tanto que vengo”.

Los incontables privilegios que disfrutan los cristianos comparados con los paganos son “minas” que les han sido entregadas por Cristo y de las que un día deber dar cuentas. No estaremos en el Juicio en la misma situación que los africanos y chinos que nunca han oído hablar de la Biblia, la Trinidad y la crucifixión. Me temo que la mayoría de

nosotros tenemos poca idea de la amplitud de nuestra responsabilidad. A quien mucho se le da, mucho se le pedirá.

¿Estamos “negociando”? ¿Estamos viviendo como hombres que saben con quién están en deuda y ante quién deberán un día dar cuentas? Esta es la única vida que es digna de un ser razonable. La mejor respuesta que podemos dar a aquellos que nos invitan a zambullirnos en la mundanalidad y la frivolidad es el mandamiento del Maestro que tenemos ante nosotros. Digámosles que no podemos aceptar porque esperamos la venida del Señor. Anhelamos ser encontrados “negociando” cuando Él vuelva.

Vemos, por otro lado, en esta parábola, *el seguro reconocimiento que aguarda a todos los que profesan el cristianismo*. Se nos dice que, cuando volvió el Señor, “mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno”.

Hay un día futuro cuando el Señor Jesucristo juzgará a su pueblo y dará a cada uno según sus obras. El curso de este mundo no siempre continuará como ahora. El desorden, la confusión, la falsa profesión y el pecado sin castigo no siempre cubrirán la faz de la Tierra. El gran trono blanco será establecido. El Juez de todo se sentará sobre él. Los muertos serán levantados de sus sepulcros. Los vivos serán convocados al tribunal. Los libros serán abiertos. Superiores e inferiores, ricos y pobres, nobles y personas sencillas, todos responderán finalmente ante Dios y todos recibirán una sentencia final.

Que el pensamiento de este juicio ejerza influencia en nuestros corazones y en nuestras vidas. Esperemos con paciencia cuando veamos que la maldad triunfa en la Tierra. El tiempo es breve. Hay Uno que ve y apunta todo lo que están haciendo los impíos. “Uno más alto está sobre ellos” (Eclesiastés 5:8). Sobre todo, vivamos bajo un sentido permanente de que un día compareceremos ante el tribunal de Cristo. Juzguémonos a nosotros mismos para que no seamos condenados por el Señor. Unas palabras de Santiago de notable tenor son: “Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad” (cf. 1 Corintios 11:31; Santiago 2:12).

Vemos en esta parábola, por otro lado, *la segura recompensa de todos los verdaderos cristianos*. Nuestro Señor nos dice que aquellos que se considere que han sido siervos fieles recibirán honra y dignidad. Cada uno recibirá una recompensa proporcionada a su diligencia. Unos serán colocados “sobre diez ciudades”, otros “sobre cinco”.

El pueblo de Dios recibe aparentemente poca recompensa en el tiempo presente. Sus nombres no suelen ser bien considerados. Entran en el Reino de Dios a través de mucha tribulación. Sus cosas buenas no pertenecen a este mundo. Las ganancias por la piedad no consisten en recompensas terrenales, sino en una paz, una esperanza y un gozo en el creer que son interiores. Pero un día tendrán abundante recompensa. Recibirán un salario muy superior a todo lo que han

hecho por Cristo. Encontrarán, para su sorpresa, que por todo lo que han hecho y soportado por su Señor, Él les pagará cien veces.

Miremos continuamente hacia adelante, a las buenas cosas que están aún por venir. “Las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18). Que el pensamiento de esa gloria nos anime en todo tiempo de necesidad y nos sostenga en toda hora de tinieblas. Muchas, sin duda, son “las aflicciones del justo”. Una importante receta para soportarlas con paciencia es tener la mirada puesta en el galardón (cf. Salmo 34:19; Hebreos 11:26).

Vemos, por último, en esta parábola, *el seguro desenmascaramiento de todos los cristianos infieles en el día final*. Se nos habla de un siervo que no había hecho nada con el dinero de su Señor, sino que lo guardó en un pañuelo. Se nos cuentan sus inútiles argumentos para defenderse y se nos habla de su perdición final por no emplear el conocimiento que había confesado poseer. No puede haber error en cuanto a las personas a las que representa. Representa a todo el grupo de los impíos, y su perdición representa su triste final en el día del Juicio.

Nunca olvidemos el final al que van abocados todos los impíos. Antes o después, el no creyente y el que no se arrepiente serán avergonzados ante todo el mundo, desnudos de los medios de gracia y de la esperanza de gloria, y arrojados al Infierno. No habrá escapatoria en el día final. La falsa profesión y el formalismo no soportarán el fuego del Juicio de Dios. La gracia, y solamente la gracia, permanecerá. Los hombres descubrirán al fin que hay tal cosa como “la ira del Cordero”. Las excusas con las que muchos acallan sus conciencias ahora resultarán vanas en el tribunal de Cristo. Los más ignorantes descubrirán que tenían conocimiento suficiente como para ser condenados. Los que poseen talentos enterrados y emplean mal los privilegios descubrirán al final que habría sido mejor que nunca hubieran nacido.

Son cosas solemnes. ¿Quién se sostendrá en el gran día cuando el Señor pida cuentas de sus minas? Las palabras de S. Pedro constituyen una conclusión adecuada para toda la parábola: “Estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz” (2 Pedro 3:14).

Notas Lucas 19:11–27

V. 11: *[Oyendo ellos estas cosas]*. Los oyentes de nuestro Señor acababan de escucharle hablar de sí como alguien que había venido al mundo con un fin tremendo: buscar y salvar a aquellos que estaban perdidos. Es probable que sus mentes estuvieran llenas de la idea de que vendría a restaurar el

Reino a Israel y a salvar a los judíos del poder de Roma. Y procede a corregir su error.

[Dijo una parábola]. Hay un gran parecido entre esta parábola y la de los talentos que tenemos en Mateo, pero no son la misma. Fueron dichas evidentemente en momentos distintos, y difieren en un aspecto importante: en las sumas dadas a los siervos. En Mateo, los siervos reciben sumas diferentes. En Lucas todos reciben la misma.

[Cerca de Jerusalén [...] el reino [...] se manifestaría]. Los discípulos esperaban evidentemente que nuestro Señor fuera pronto proclamado rey, en cuanto llegara a Jerusalén, y que concluyera sus milagros reinando sobre la Tierra.

Nuestro Señor los desengaña mostrándoles, en la parábola de las minas, la verdadera naturaleza de la posición que estaba a punto de adoptar y la que pronto sus discípulos tendrían que ocupar. En cuanto a sí mismo, se iba a apartar de ellos para recibir el Reino y no regresaría en mucho tiempo. En cuanto a ellos, serían dejados a cargo de grandes privilegios, y de su fidelidad en el uso de los mismos dependería su lugar en el glorioso Reino final. Habría un Reino un día en el que Él sería Rey sobre la Tierra. Pero su pueblo aún tendría que hacer y soportar mucho antes de que llegara aquel tiempo. Quería que pensaran en su presente tarea en vez de perder el tiempo en buscar un Reino que aún quedaba bastante distante.

V. 12: *[Un hombre noble]*. Representa claramente a Jesucristo mismo.

[Se fue a un país lejano]. Agustín cree que esto significa que Cristo dejó a los judíos y fue a los gentiles. Yo prefiero la opinión de Teofilacto y Eutimio de que se refiere a la ascensión de Cristo al Cielo.

[Para recibir un reino]. La mayoría de comentaristas están de acuerdo en pensar que esta parte de la parábola hace referencia a una conocida costumbre en los países orientales en el tiempo cuando nuestro Señor estaba sobre la Tierra. Los príncipes y reyes de pequeños territorios, bajo la protección y supremacía de Roma, hacían viajes a Roma con el fin de ser investidos con autoridad real por manos del emperador romano. Josefo, por ejemplo, menciona que Arquelao, de la familia de Herodes, lo hizo y que los judíos enviaron tras él una protesta contra que recibiera el reino, a la que Augusto no escuchó. Alford observa que el lugar donde dijo nuestro Señor esta parábola hacía que esta circunstancia resultara especialmente apropiada. Fue relatada en Jericó, donde este mismo Arquelao se había construido un palacio real de gran magnificencia.

V. 13: *[Diez siervos]*. Chemnitio y otros creen que los “siervos” de esta parábola representan solo a los ministros del Evangelio. Yo no puedo aceptar una interpretación tan restringida de la parábola. Creo que la expresión hace referencia a todos los que profesan ser y se denominan a sí mismos cristianos. Por el bautismo profesan ser soldados y siervos de Cristo.

[Diez minas]. La palabra traducida como “mina” [“libra” en la versión inglesa, N.T.] representa una suma mucho más grande que la libra inglesa. Era un valor de alrededor de 4 libras, 1 chelín y 34 peniques de nuestro

dinero. Se debe advertir que, en la parábola análoga de los talentos que aparece en Mateo, los siervos reciben mucho más. El talento valía 243 libras y 15 chelines.

[Negociad]. La palabra griega así traducida se encuentra solo aquí. Significa literalmente "emplead en negocios, comerciad". Una forma substantiva de la misma la encontramos en 2 Timoteo 2:4 y se traduce como "los negocios" de esta vida.

V. 14: *"Sus conciudadanos le aborrecían [...]*. No puede haber duda de que este versículo describe la conducta de los judíos hacia Cristo, tanto mientras estaba entre ellos como después de haber ascendido al Cielo. Es un vívido símbolo de su odio amargo y su obstinada incredulidad.

[No queremos que éste]. Teofilacto comenta el notable parecido entre esta parte de la parábola y el clamor de los judíos cuando Cristo estaba ante Pilato. Se les preguntó: "¿A vuestro Rey he de crucificar?". Ellos respondieron: "No tenemos más rey que César". Dijeron: "¡Fuera, fuera, crucifícale!".

V. 15: *[Vuelto él, después de recibir el reino]*. Esta parte de la parábola describe la Segunda Venida de Jesucristo. El Reino por el que oramos en la oración del Señor aún no ha venido.

[Mandó llamar [...] siervos]. Estas palabras describen el juicio de todos los que profesan ser cristianos cuando Cristo venga por segunda vez. Tendrá en cuenta las obras de todos los hombres.

V. 16: *[Tu mina]*. Esta expresión indica la humildad del verdadero cristiano. El siervo no dice "por mi destreza he ganado", sino "*tu* mina ha ganado". No tenemos nada de qué presumir. Todo lo que tenemos lo hemos recibido.

V. 17: *[En lo poco has sido fiel]*. La suma dada a cada siervo era sin duda muy pequeña. Pero nuestro Señor quería que aprendiéramos que, por muy pequeños que sean los dones y las oportunidades de un hombre, es tan responsable de utilizarlos correctamente como si fueran muy grandes. Y quería que supiéramos que el cristiano más pobre y más humilde, si emplea bien su única mina, será reconocido y recompensado como el rey más poderoso. Lo que Cristo requiere de nuestras manos es fidelidad en el uso de lo que tenemos, por poco que esto sea.

[Autoridad sobre diez ciudades]. Notemos que el siervo que había transformado una mina en diez fue puesto sobre diez ciudades, y el que había conseguido cinco fue puesto sobre cinco ciudades. Cada uno fue recompensado según su diligencia. Parece que aquí, como en otros lugares de la Escritura, resalta la doctrina de la recompensa según las obras. Nuestro billete al Cielo es totalmente por gracia. Nuestro grado de gloria en el Cielo será proporcionado a nuestras obras: "Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor".

Henry comenta: "Hay grados de gloria en el Cielo. Cada vaso estará igualmente lleno, pero no será igualmente grande. Y el grado de gloria será según los grados de utilidad aquí" (cf. 1 Corintios 3:8).

V. 20: *[He tenido guardada en un pañuelo]*. La ingenuidad de los comentaristas ha descubierto aquí significados alegóricos. Algunos piensan que, puesto que los pañuelos eran utilizados para atarlos alrededor de los rostros de las personas muertas, toda la expresión representa una conciencia dormida y un alma muerta. Soy incapaz de ver que la expresión sea algo más que una circunstancia de la parábola.

V. 21: *[Tuve miedo de ti [...] hombre severo]*. El corazón del hombre inconverso es representado en esta expresión de una manera muy notable. Como Adán y Eva, cuando erraron comiendo el fruto prohibido, tiene miedo de su Señor celestial y no le ama. Como los israelitas que murmuraban en el desierto, no está de acuerdo con la actuación y la distribución de Dios y le acusa de dureza e injusticia.

Los duros pensamientos acerca de Dios son una marca común de todas las personas inconversas. Primero le representan equivocadamente y después tratan de excusarse ellos mismos por no amarle ni servirle.

Vv. 22 y 23: *[Por tu propia boca [...]*. No se deben forzar demasiado las expresiones concretas que tenemos en la sección que concluye la parábola. Estamos leyendo una historia acerca de la relación de un señor terrenal con sus siervos que ilustra la relación de Cristo con los hombres y justifica su condenación final de los malvados. No estamos leyendo un relato exacto de lo que se dirá y hará en el día del Juicio.

El punto decisivo de las palabras del rey al siervo infiel es la expresión: “sabías”. Nos enseña que, en el día final, se verá que aquellos que son condenados sabían lo suficiente como para llegar a la salvación si hubieran empleado su conocimiento.

V. 24: *[Quitadle [...] y dadla]*. Observemos que no hay mención aquí de verdadero castigo infligido sobre el siervo infiel, como lo vemos sobre el hombre que enterró su talento. Pero no podemos por ello suponer que los cristianos infieles no vayan a ser condenados al castigo en el día final. La privación de todos los privilegios y el que se le quiten todos los dones —como se describe en la parábola que tenemos ante nosotros— implica evidentemente que los cristianos infieles serán arrojados para siempre de la presencia de Cristo. Debemos recordar, una vez más, que estamos leyendo una parábola y no una historia acerca del día final. El castigo de los cristianos infieles responderá, sin duda, al castigo que un rey infligirá a los siervos infieles.

V. 25: *[Ellos le dijeron: Señor, tiene]*. Esta expresión parentética es notable. O bien fue pronunciada por aquellos en Jericó que oyeron esta parábola de labios de nuestro Señor (semejante interrupción por parte de los oyentes interesados no sería extraordinaria en los países orientales), o bien forma parte de la parábola misma y fue pronunciada por boca de nuestro Señor. En cualquier caso, la lección es la misma. Muestra que el honor que se otorgará a los cristianos fieles en el día final será tan grande que sorprenderá y asombrará a todos los que lo reciban.

Algunos han pensado que se refiere a los ángeles, que serán los instrumentos ministradores en todos los procedimientos del día final. Esto, sin embargo, parece muy improbable.

V. 26: *[T iene [...]; no tiene]*. Es evidente que estas dos expresiones son elípticas. “A todo el que tiene” significa a todo cristiano que no solo tiene privilegios, sino que los mejora y los transforma en buenos resultados. “Al que no tiene” significa al que profesa ser cristiano y se conforma con la simple posesión del cristianismo sin esforzarse por utilizarlo para el bien de su alma o para la gloria de Dios.

Probablemente, en la última parte del versículo se incluya proféticamente a los cristianos gentiles que no han hecho buen uso del Evangelio.

V. 27: *[Aquellos mis enemigos [...] decapitadlos delante de mí]*. El significado de este versículo parece ser que los judíos que persistieron en su incredulidad cuando Cristo vivió entre ellos y que murieron en incredulidad serán castigados terriblemente en el día final. Serán resucitados y llevados ante el tribunal de Cristo, y recibirán un castigo proporcionado a su enorme pecado de matar al Señor de la gloria. Aunque triunfaron aparentemente en el día de la crucifixión de nuestro Señor, Cristo anuncia en esta parábola que habrá un día de ajuste de cuentas. Anás, Caifás y sus compañeros serán llevados ante Jesús de Nazaret y castigados.

Al dejar la parábola, no olvidemos que nos muestra tres clases de personas.

En primer lugar, están los que se oponen abiertamente a Cristo y al Evangelio. Esos eran los judíos que rehusaron recibir a nuestro Señor. Son también todos los infieles de la actualidad.

En segundo lugar, están los cristianos fieles. Esos son todos los que hacen un buen uso del Evangelio para su propio bien y para la gloria de Dios.

En tercer lugar, están los cristianos formales e infieles que tienen el cristianismo pero no hacen un verdadero uso del mismo. De estos siempre se debe advertir que la parábola no los acusa de ser enemigos declarados de Cristo o evidentes quebrantadores de los mandamientos de Dios. Pero guardan su mina en un pañuelo. Tienen un gran don de Dios y no lo utilizan. Esto les conducirá a su destrucción eterna.

Lucas 19:28–40

Destaquemos en estos versículos, por un lado, *el perfecto conocimiento de nuestro Señor Jesucristo*. Vemos que envía a dos de sus discípulos a un pueblo y les dice lo que se encontrarían al entrar en él: “Un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado jamás”. Vemos que describe lo que verían y oirían con tanta seguridad como si toda la operación hubiera sido dispuesta previamente. En resumen, habla como alguien ante quien todas las cosas están desnudas y abiertas, como alguien cuyos ojos estaban en todo lugar, como alguien que conocía las cosas invisibles así como las visibles.

Un lector atento observará lo mismo en otras partes del Evangelio.

Se nos dice en un lugar que conocía los pensamientos de sus enemigos. En otro, que "sabía lo que había en el hombre". En otro, que "sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar" (Mateo 12:25; Juan 2:25; Juan 6:64). Un conocimiento como este es un atributo especial de Dios. Pasajes como estos tienen el propósito de recordarnos que el hombre Jesucristo no es solo un hombre. Es también "Dios […] bendito por los siglos" (Romanos 9:5).

El pensamiento del conocimiento perfecto de Cristo debería alarmar a los pecadores e inducir su arrepentimiento. La gran Cabeza de la Iglesia los conoce y sabe todo lo que hacen. El Juez de todo los ve continuamente y conoce todos sus caminos. "No hay tinieblas […] donde se escondan los que hacen maldad" (Job 34:22). Si entran en la cámara secreta, los ojos de Cristo están allí. Si proyectan una vileza y planean maldades, Cristo lo sabe y lo observa. Si hablan en secreto contra los justos, Cristo lo oye. Pueden engañar a los hombres durante toda su vida, pero no pueden engañar a Cristo. Llegará un día "en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio" (Romanos 2:16).

El pensamiento del conocimiento perfecto de Cristo debería animar a todos los cristianos de corazón sincero y alentarlos a una mayor diligencia en las buenas obras. El ojo del Señor está siempre sobre ellos. Sabe dónde moran, cuáles son sus pruebas diarias y quiénes son sus compañeros. No hay una palabra en sus bocas ni un pensamiento en sus corazones que Jesús desconozca. Tengan valor cuando son calumniados, malinterpretados y desfigurados por el mundo. No importa en absoluto mientras puedan decir: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo" (Juan 21:17). Continúen caminando firmemente por la senda estrecha y no se desvíen a derecha ni a izquierda. Cuando los pecadores los tienten y los hermanos débiles digan: "Déjalo", ellos deben responder: "Mi Señor me está mirando. Deseo vivir y moverme como ante los ojos de Cristo".

Destaquemos en este pasaje, por otro lado, *la publicidad de la última entrada de nuestro Señor en Jerusalén*. Se nos cuenta que entró cabalgando en un pollino, como un rey que visitaba su capital o un vencedor que regresaba triunfante a su lugar de origen. Leemos acerca de una "multitud de los discípulos" que le rodeaban al entrar en la ciudad y "gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces". Toda esta historia difiere sorprendentemente del tenor general de la vida de nuestro Señor. En otras ocasiones le vemos apartarse de la vista de la gente, retirarse al desierto, encargar a aquellos a los que sanaba que no dijeran a nadie lo que había hecho. En esta ocasión todo es diferente. Las reservas quedan completamente al margen. Parece buscar la publicidad. Aparece deseoso de que todos le vean, le señalen, le adviertan y observen lo que hacía.

Las razones de la conducta de nuestro Señor en este momento

crítico de su ministerio, a primera vista, pueden parecer difíciles de descubrir. Si reflexionamos con calma, aparecen claras y diáfanas. Sabía que había llegado la hora en que iba a morir por los pecadores en la Cruz. Su obra como el gran Profeta, en lo relativo a su ministerio terrenal, estaba casi concluida y completa. Su obra como sacrificio por el pecado y sustituto de los pecadores quedaba por cumplir. Antes de entregarse como sacrificio deseaba llamar la atención de toda la nación judía hacia sí mismo. El Cordero de Dios iba a ser sacrificado. Se iba a matar a la gran ofrenda por el pecado. Convenía que los ojos de todo Israel estuvieran fijos en Él. Este gran acontecimiento no iba a tener lugar en una esquina.

Bendigamos eternamente a Dios porque la muerte de nuestro Señor Jesucristo fue tan ampliamente conocida y un acontecimiento tan público. Si hubiera sido apedreado de repente en algún tumulto popular o decapitado en privado como Juan el Bautista en la prisión, nunca habría habido falta de no creyentes judíos y gentiles que habrían negado que el Hijo de Dios hubiera muerto. La sabiduría de Dios ordenó los acontecimientos de tal manera que dicha negación fuera imposible. Independientemente de lo que el hombre piense de la doctrina de la muerte expiatoria de Cristo, nunca podrá negar *el hecho* de que Cristo murió. Pública fue su entrada en Jerusalén unos días antes de su muerte. En público fue visto y oído en la ciudad hasta el día en que fue entregado. Públicamente fue conducido ante los sumos sacerdotes y Pilato y condenado. Públicamente fue conducido al Calvario y clavado en la Cruz. La piedra angular y el acontecimiento principal del ministerio de nuestro Señor fue su muerte por los pecadores. De todos los acontecimientos de su ministerio, el más público fue aquella muerte, y el visto por el mayor número de judíos. Y aquella muerte fue “la vida del mundo” (Juan 6:51).

Dejemos todo el pasaje con la reflexión esperanzadora de que el gozo de los discípulos de Cristo en su entrada en Jerusalén, cuando iba para ser crucificado, no será nada comparado con el gozo de su pueblo cuando vuelva para reinar. Aquel primer gozo acabó pronto y dio paso a tristeza y a amargas lágrimas. El segundo gozo será para siempre. Aquel primer gozo fue a menudo interrumpido por las amargas burlas de los enemigos que se confabulaban con maldad. El segundo gozo no sufrirá esas bruscas interrupciones. No se dirá ni una palabra contra el Rey cuando Él venga a Jerusalén por segunda vez. Toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor (cf. Filipenses 2:11).

Notas Lucas 19:28–40

V. 30: *[Hallaréis un pollino […]*. Notemos que la entrada pública en

Jerusalén, de la que leemos aquí, es uno de los pocos acontecimientos en la historia de nuestro Señor que relatan los cuatro autores de los Evangelios. Evidentemente hay cierta importancia en esto, siendo un paso en el ministerio terrenal de nuestro Señor que no se debe pasar por alto.

Los significados alegóricos que muchos comentaristas otorgan a toda la operación me parecen, por decir algo, muy cuestionables. Soy incapaz de ver que el pollino tipifique a la Iglesia gentil y que el que nuestro Señor montara en él sea un tipo de que los gentiles se volverían obedientes al Evangelio. Aquellos que deseen ver ejemplos de ideas alegóricas respecto a esto, las encontrarán en los comentarios de Pellican y de Brentano, y en la *Exposición del Evangelio para el primer domingo de Adviento*, de Lutero.

Bien se puede señalar que no había nada ignominioso o indigno en que una gran persona cabalgara sobre un asno. En los países orientales, los asnos han sido utilizados en todas las épocas por personas de alto rango (cf. Jueces 5:10).

V. 31: *[El Señor lo necesita […]*. No está muy claro si estas palabras tenían el propósito de ejercer una fuerte influencia milagrosa sobre la mente del dueño del pollino o si, sencillamente, este lo consideraría como un caso de préstamo para uso de una persona eminente. La primera de las dos opiniones parece ser la más probable. Está claro que, durante toda la operación de esta última entrada en Jerusalén, se ejerció una fuerte influencia milagrosa sobre las mentes de muchas personas, mostrando claramente lo que nuestro Señor podría haber hecho fácilmente si hubiera querido tomar para sí un dominio transitorio.

V. 32: *[Hallaron como les dijo]*. Es interesante notar aquí cómo fueron mencionadas por nuestro Señor muchas pequeñas circunstancias diversas cuando envió a sus discípulos a buscar el pollino y lo acertada que resultó ser su descripción.

V. 37: *[La multitud de los discípulos]*. Debemos suponer necesariamente que muchos de los discípulos aquí mencionados no eran verdaderos discípulos en su corazón. Seguían a nuestro Señor probablemente con gran ignorancia y bajo expectativas muy equivocadas.

V. 38: *[Paz en el cielo]*. Solo podemos hacer conjeturas de lo que la multitud quería decir con esta expresión. Es posible que trataran de declarar su fe en que el Reino del Mesías de “paz” universal y su venida “en gloria” estaban en su punto de partida. En boca de muchos probablemente fuera una frase de la Escritura empleada en cualquier período de gran regocijo religioso, y sin aplicación distintiva alguna para los tiempos del Mesías.

V. 39: *[Reprende a tus discípulos]*. Esta expresión parece mostrar claramente que los fariseos consideraban que la multitud trataba a Jesús como el Mesías, y consideraba que Jesús reclamaba el mesiazgo por no frenar las palabras empleadas por los asistentes. El que fuera sobre un pollino sin duda les recordaría la famosa profecía de Zacarías que todos los judíos aplicaban al Mesías, lo cual aumentaría su indignación.

V. 40: *[Las piedras clamarían]*. Esta expresión hay que considerarla un proverbio, en sentido figurado. Si los hombres no se gozaran por la venida de

Cristo, aun la Naturaleza inanimada clamaría de vergüenza.

Al dejar este pasaje, indiquemos que la idea que he desarrollado en la exposición en cuanto a la intención de nuestro Señor al hacer que su entrada en Jerusalén fuese pública, no es la que normalmente ofrecen los comentaristas. Parece que, por lo general, se piensa que lo que pretendía principalmente nuestro Señor era manifestar su poder de Rey y su dominio, si consideraba oportuno ejercerlo, sobre las voluntades de los hombres.

No puedo evitar pensar que esta teoría dista mucho del verdadero significado del suceso. Tengo la firme convicción de que nuestro Señor hizo lo que hizo en anticipación de su cercana muerte en la Cruz. Antes de morir por nuestros pecados, atrajo la atención del público sobre sí y anunció su llegada por todo Jerusalén. La consecuencia fue que, cuando fue crucificado unos días después, la atención de toda la multitud reunida en Jerusalén para la Pascua se dirigió hacia Él. Fue ofrecido como sacrificio con la mayor publicidad posible y con los ojos de toda la nación puestos sobre Él. Una de las mayores ayudas para esta publicidad, sin duda, fue su notable entrada en Jerusalén. Miles de judíos procedentes del extranjero acudieron a la ciudad santa para la fiesta de la Pascua. Probablemente ninguno de ellos dejaría de escuchar que había llegado un extraordinario maestro que afirmaba ser el Mesías, y que había entrado en la ciudad del modo predicho por Zacarías. Su muerte en la Cruz unos días después provocaría, sin duda, muchos pensamientos en sus mentes, y en muchos casos nunca serían olvidados.

Lucas 19:41–48

En estos versículos aprendemos, en primer lugar, *lo grande que es la ternura y la compasión de Cristo hacia los pecadores*. Se nos dice que, cuando se acercaba a Jerusalén por última vez, “al verla, lloró sobre ella”. Conocía bien el carácter de los habitantes de Jerusalén. Su crueldad, su fariseísmo, su terquedad, sus obstinados prejuicios contra la Verdad y el orgullo de su corazón no le eran ocultos. Conocía bien lo que iban a hacerle en el transcurso de unos días. Su juicio injusto, su entrega a los gentiles, sus sufrimientos, su crucifixión, se extendían claramente ante los ojos de su mente. Y, a pesar de saber todo esto, ¡nuestro Señor se compadece de Jerusalén! “Al verla, lloró sobre ella”.

Erramos grandemente si suponemos que a Cristo no le preocupa nada salvo su pueblo creyente. Se preocupa por todos. Su corazón es suficientemente amplio como para interesarse por todo el género humano. Su compasión se extiende a todo hombre, a toda mujer y a todos los niños y las niñas de la Tierra. Tiene un amor general compasivo por el hombre que continúa en su maldad, además de un amor especial de afecto por la oveja que oye su voz y le sigue. No desea que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento.

Los pecadores endurecidos tienden a excusar su conducta. Pero nunca podrán decir que Cristo no fue misericordioso ni estuvo dispuesto a salvar.

Poco conocemos el cristianismo genuino si no sentimos una profunda preocupación por las almas de las personas inconversas. Una perezosa indiferencia acerca del estado espiritual de los demás puede, sin duda, salvarnos de muchos problemas. No preocuparnos en absoluto de si nuestros vecinos irán al Cielo o al Infierno es, sin duda, el camino del mundo. Pero alguien con este espíritu será muy diferente de David, quien dijo: “Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley”. Será muy diferente de Pablo, quien dijo: “Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón [...] por amor a mis hermanos” (Salmo 119:136; Romanos 9:2). Sobre todo, será muy diferente de Cristo. Si Cristo sentía ternura por los malvados, los discípulos de Cristo deben sentir lo mismo.

En estos versículos aprendemos, en segundo lugar, que *hay una ignorancia religiosa que es pecaminosa y censurable*. Leemos que nuestro Señor anunció juicios sobre Jerusalén “por cuanto no [conoció] el tiempo de [su] visitación”. Podría haber sabido que los tiempos del Mesías se habían cumplido y que Jesús de Nazaret era el Mesías. Pero no quiso saberlo. Sus gobernantes eran deliberadamente ignorantes. No querían examinar con calma las evidencias y considerar de manera imparcial los grandes hechos claros. Su pueblo no discernió las señales de los tiempos. Por tanto, el juicio vendría pronto sobre Jerusalén hasta el extremo. Su deliberada ignorancia la dejaba sin excusa.

El principio establecido por nuestro Señor en este lugar es profundamente importante. Contradice una opinión que es muy común en el mundo. Enseña claramente que no toda ignorancia es excusable y que, cuando los hombres tienen a su alcance la Verdad pero rehúsan conocerla, su culpa es muy grande a los ojos de Dios. Hay un grado de conocimiento del que somos responsables y si, por indolencia o prejuicios, no alcanzamos dicho conocimiento, la ausencia del mismo echará a perder nuestras almas.

Imprimamos este gran principio profundamente en nuestros corazones. Alentémoslo con diligencia en otros cuando les hablemos de religión. ¡No nos congratulemos de que la ignorancia excusará a todo el que muere en ignorancia y que este será perdonado porque no sabía más! ¿Vivió según la luz que tenía? ¿Empleó todos los medios para alcanzar conocimiento? Estas son preguntas serias. Si un hombre no es capaz de responder a ellas, ciertamente será condenado en el día del Juicio. La ignorancia deliberada nunca servirá de disculpa al hombre. Al contrario, más bien añadirá a su culpa.

En estos versículos aprendemos, en tercer lugar, que *a Dios le agrada otorgar en ocasiones a los hombres oportunidades e invitaciones especiales*. Nuestro Señor nos dice que Jerusalén no conoció el tiempo de su visitación. Jerusalén tuvo un tiempo especial

de misericordia y privilegio: el Hijo de Dios mismo la visitó. Los mayores milagros que el hombre había visto fueron obrados en su entorno. La más maravillosa predicación que nunca se ha oído fue predicada dentro de sus muros. Los días del ministerio de nuestro Señor fueron días de los llamamientos más claros al arrepentimiento y a la fe que ciudad alguna había recibido. Fueron llamamientos tan señalados, especiales y diferentes de los llamamientos previos que Jerusalén había recibido, que parecía imposible que los desatendieran. ¡Pero así fue! Y nuestro Señor declara que esta indiferencia fue uno de los principales pecados de Israel.

La cuestión que tenemos ante nosotros es profunda y misteriosa. Requiere un planteamiento prudente y un manejo delicado si no queremos hacer que una Escritura contradiga a otra. No parece haber duda de que las iglesias, las naciones y hasta los individuos son visitados en ocasiones con especiales manifestaciones de la presencia de Dios, y que su rechazo de tales manifestaciones es el punto decisivo de su perdición espiritual. No podemos decir por qué esto tiene lugar en algunos casos y no en otros. Los hechos, los hechos claros en la historia y en la biografía, parecen demostrar que así es. Sin duda, el día final mostrará al mundo que hubo períodos en las vidas de muchos muertos en pecado cuando Dios estuvo muy cerca de ellos, cuando su conciencia estuvo especialmente despierta, cuando solo parecía haber un paso entre ellos y la salvación. Se demostrará que aquellos momentos podrían haber sido lo que nuestro Señor llama el “tiempo de tu visitación”. Probablemente, el no haber aprovechado esos tiempos será, al final, una de las más graves acusaciones contra sus almas.

Aunque el asunto es profundo, enseña a los hombres una lección práctica. Dicha lección es la inmensa importancia de no ahogar las convicciones y no enfriar la obra de la conciencia. Aquel que resiste la voz de la conciencia puede estar arrojando por la borda su última oportunidad de salvación. Esa voz de advertencia puede ser “el tiempo de su visitación”. Rechazarlo puede colmar el vaso de la iniquidad del hombre y ocasionar que Dios le deje solo para siempre.

Por último, en estos versículos aprendemos lo mucho que *Cristo desaprueba la profanación de las cosas santas*. Leemos que arroja a los compradores y vendedores del Templo y les dice que han convertido la casa de Dios en “cueva de ladrones”. Él sabía lo formalistas e ignorantes que eran los ministros del Templo. Sabía lo pronto que el Templo y sus cultos serían destruidos, que el velo sería rasgado y el sacerdocio concluiría. Pero quería que supiéramos que se debe reverenciar todo lugar donde se adora a Dios. La reverencia que pedía para el Templo no era para el Templo como casa de sacrificios, sino como “casa de oración”.

Recordemos esta conducta y las palabras de nuestro Señor siempre que vayamos a un lugar de culto público. Las iglesias cristianas, sin

duda, no son como los templos judíos. No tienen altares, sacerdocio, sacrificios ni muebles simbólicos. Pero son lugares donde se lee la Palabra de Dios, donde Cristo está presente y donde el Espíritu Santo obra en las almas. Estos hechos deben hacer que seamos serios, reverentes, solemnes y decorosos siempre que entremos allí. El hombre que se comporta en una iglesia con el mismo descuido con que lo hace en un mesón o en una casa privada tiene mucho que aprender. No tiene “la mente de Cristo”.

Notas Lucas 19:41–48

V. 41: *[Lloró sobre ella]*. Se trata de una expresión importante. Gualter y Gerhard llaman la atención sobre la misma como un argumento concluyente contra la doctrina de la reprobación. Cristo ama y se compadece de todos, aun de aquellos que son sus enemigos declarados. Nadie es odiado, aunque nadie que no sea creyente se salve finalmente.

Wordsworth comenta: “Aquí Cristo demuestra su doble naturaleza vertiendo lágrimas cual hombre por lo que conoce anticipadamente como Dios”.

V. 42: *[Si también tú conocieses […]*. La expresión griega así traducida es equivalente a decir: “Deseo que conocieses”, “Ojalá conocieses”. Es como Isaías 48:18.

[Ahora está encubierto]. Comenta Poole: “Dios no permitirá que su Espíritu siempre luche con el hombre, porque no es sino carne, no idóneo para ser mimado siempre por la Majestad celestial. Primero los hombres cierran sus ojos a las cosas que pertenecen a su paz y después Dios las esconde de ellos”.

V. 43: *[Vendrán días […]*. Las predicciones de este versículo y del siguiente se cumplieron con la más completa exactitud en el sitio de Jerusalén bajo Tito. Ni una palabra dejó de cumplirse.

V. 44: *[El tiempo de tu visitación]*. Comenta Poole: “Las visitaciones de Dios son o bien de ira o bien de misericordia: de ira en Éxodo 32:34, de misericordia en Jeremías 29:10. Está claro que nuestro Salvador utilizó el término aquí en este último sentido, no en el primero, y que por la visitación de Dios se hace referencia a su visita por medio de los profetas, de Juan el Bautista y de sí mismo”.

V. 45: *[Entrando en el templo]*. Notemos que nuestro Señor purificó el Templo de usos profanos dos veces, una al comienzo de su ministerio y otra al final. Jerónimo lo considera el mayor milagro que Cristo obró.

[A todos los que vendían y compraban]. Respecto a la presencia de aquellos vendedores y compradores, debemos recordar que los judíos venían a Jerusalén en la Pascua de todas las partes del mundo y necesitaban animales para ofrecer como sacrificios. La compra y venta de estos sacrificios

en el patio exterior del Templo fue, sin duda, lo que produjo la justa indignación de nuestro Señor.

Difícilmente podemos cuestionar que la acción de nuestro Señor en esta ocasión habría ido acompañada de una tremenda influencia divina. De otra forma sería difícil entender la aparente facilidad con que una persona consiguió un efecto tan grande en una multitud sin que esta se resistiera.

V. 46: *[Diciéndoles: Escrito está]*. Se ha comentado que, hasta al purificar el Templo de usos profanos, nuestro Señor apoya su conducta por medio de un texto de la Escritura. Toda reforma de abusos en las iglesias debe basarse en la Palabra de Dios.

V. 47: *[Enseñaba cada día en el templo]*. No se debe pasar por alto la relación entre este versículo y el anterior. Nuestro Señor acaba de llamar al Templo "casa de oración". Y procede a mostrar, por medio de su propio ejemplo, que ha de ser también casa de "enseñanza" además de serlo de oración.

V. 48: *[Estaba suspenso oyéndole]*. La palabra griega así traducida es notable. Solo se utiliza en este lugar en el Nuevo Testamento. La traducción más literal es "escuchaba atentamente lo que decía".

Lucas 20:1–8

Notemos, en este pasaje, en primer lugar, *lo que los principales sacerdotes y los escribas plantean a nuestro Señor:* "Dinos: ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién es el que te ha dado esta autoridad?".

El espíritu que inspiró esta pregunta es evidentemente incorrecto. Aquellos hombres odiaban y envidiaban a Cristo. Veían su creciente influencia. Observaban cómo menguaba su propio poder. Decidieron frenar, si era posible, el progreso de aquel nuevo maestro; y el punto que decidieron atacar fue su autoridad. Deberían haber examinado sus tremendas obras. Deberían haber comparado su enseñanza, para ser justos, con sus propias Escrituras. Pero rehusaron hacer tanto lo uno como lo otro. Prefirieron cuestionar su comisión.

Todo cristiano de corazón sincero que trata de hacer el bien en el mundo debe concienciarse para ser tratado como su Señor. Nunca debe sorprenderse de descubrir que a los que se consideran justos y a los de mentalidad mundana les desagradan sus caminos. La legitimidad de sus procedimientos será constantemente cuestionada. Será considerado un entrometido, un promotor de sediciones, un presuntuoso, una plaga y alguien que turba a Israel (cf. Hechos 24:5; 1 Reyes 18:17). Los lectores de las Escrituras, los ministros itinerantes,

los laicos y los misioneros no ordenados son especialmente propensos a encontrarse con un trato así. Y lo peor de todo es que con frecuencia encontrarán enemigos donde deberían encontrar amigos.

Que todos los que son atacados por el mundo por tratar de hacer el bien se alienten con el pensamiento de que solo están bebiendo de la copa que Cristo bebió. Su Maestro celestial simpatiza con ellos. Que trabajen con paciencia y crean que, si son fieles, su obra hablará por sí misma. Sin duda, toda obra verdaderamente buena irá acompañada de la oposición del mundo. Si los siervos de Cristo dejan de hacer todo movimiento que el mundo cuestione, pronto estarán completamente paralizados. Si esperamos hasta que el mundo apruebe nuestros planes y esté satisfecho con la conveniencia de nuestros esfuerzos, nunca haremos nada en la Tierra.

Notemos en este pasaje, en segundo lugar, *la manera en la que nuestro Señor habla del ministerio de Juan el Bautista*. Remite a aquellos que cuestionaban su autoridad al testimonio constante e invariable que Juan dio de Él. “¿No debían recordar cómo Juan había hablado de Él como Cordero de Dios, como Aquel de cuyas sandalias no era digno de desatar las correas, como Aquel que tenía el aventador en su mano y el Espíritu sin medida? ¿No debían recordar que ellos y toda Jerusalén habían participado del bautismo de Juan y confesado que Juan era un profeta? ¡Pero Juan siempre les había dicho claramente que Cristo era el Mesías! Sin duda, si ellos hubieran sido honrados no habrían ido ahora a preguntarle por su autoridad. Si verdaderamente creyeran que Juan era un profeta enviado por Dios, estarían seguros de que Jesús era el Cristo”.

Es razonable dudar de si la importancia del ministerio de Juan el Bautista es comprendida por los cristianos en general. El fulgor de la historia de nuestro Señor ensombrece la historia de su precursor, y el resultado es que el bautismo y la predicación de Juan no reciben la atención que se merecen. Pero nunca se debe olvidar que el ministerio del Bautista fue el único ministerio neotestamentario anunciado en el Antiguo Testamento a excepción del de Cristo. Fue un ministerio que produjo un efecto inmenso en la mentalidad judía y levantó la expectación de Israel de un extremo de Palestina al otro. Sobre todo, fue un ministerio que dejó a los judíos sin excusa en su rechazo a Cristo cuando Cristo apareció. No podían decir que les pilló de sorpresa que nuestro Señor comenzara a predicar. Sus mentes habían sido cabalmente preparadas para su aparición. Para ver la plena pecaminosidad de los judíos y la completa justicia de los juicios que vinieron sobre ellos tras la crucifixión de nuestro Señor, debemos recordar el ministerio de Juan el Bautista.

Aunque el hombre estime muy poco la obra de los ministros fieles, hay Uno en el Cielo que lo ve y que tiene en cuenta toda su labor. Aunque sus formas de actuar sean muy poco comprendidas y ellos sean acusados y desfigurados, el Señor Jesucristo escribe todos sus

actos en su libro. Aun vive quien dio testimonio de la importancia del ministerio de Juan el Bautista cuando Juan fue muerto y sepultado. Aun testificará de la labor de cada uno de sus siervos fieles en el día final. En el mundo tendrán tribulación y disgustos. Pero no son olvidados por Cristo.

Notemos en este pasaje, por último, *la falsedad de la que fueron culpables los enemigos de nuestro Señor*. En respuesta a la pregunta de nuestro Señor acerca de si el bautismo de Juan era del Cielo o de los hombres, "respondieron que no sabían". Esto era una mentira manifiesta. Podían haber respondido, pero no quisieron. Sabían que, si decían lo que realmente creían, se condenarían a sí mismos. Si confesaban que Juan era un profeta enviado por Dios, serían culpables de una gran incoherencia al no creer su testimonio acerca de Cristo.

Me temo que este tipo de falsedades es muy común entre los hombres inconversos. Miles dirán cualquier cosa antes que reconocer que están equivocados. Mentir es uno de los pecados al que más naturalmente inclinado está el corazón humano, y uno de los pecados más comunes del mundo. Giezi, Ananías y Safira tienen más seguidores e imitadores que Pedro y Pablo. El número de mentiras que dicen constantemente los hombres para salvar su reputación y encubrir su maldad es probablemente mucho mayor de lo que somos conscientes.

El verdadero siervo de Cristo hará bien en recordar estas cosas cuando viaja por este mundo. No debe creer todo lo que oye, y especialmente en cuestiones religiosas. No debe suponer que los hombres inconversos creen verdaderamente en sus propios corazones todo lo que dicen. Con frecuencia sienten más de lo que aparentan sentir. Con frecuencia dicen cosas contra la religión y contra los religiosos que en secreto saben que no son ciertas. Con frecuencia saben que el Evangelio es cierto, pero no tienen valor para confesarlo. Con frecuencia saben que la vida del cristiano es recta, pero son demasiado orgullosos para decirlo. Los principales sacerdotes y los escribas no son las únicas personas que se comportan con falta de honradez en cuestiones religiosas y que dicen lo que saben que es falso. Por tanto, que el siervo de Cristo continúe con paciencia su camino. Aquellos que ahora son sus enemigos, un día confesarán que tenía razón aunque solían clamar en alta voz que estaba equivocado.

Notas Lucas 20:1–8

V. 1: *[Sucedió un día]*. El capítulo que acabamos que comenzar es notable por la variedad de ataques a nuestro Señor que describe. Los comentaristas no se ponen de acuerdo acerca de si la totalidad de eventos aquí narrados tuvieron lugar en un solo día. Si no sucedieron en un solo día, debieron de

suceder, en cualquier caso, en dos días sucesivos.

[En el templo]. Esta expresión significa: “en el patio exterior del templo”, al cual eran admitidos todos los judíos.

V. 4: *[El bautismo de Juan]*. No debemos pensar que esta pregunta que plantea nuestro Señor no tenía que ver con la que se le había planteado a Él, o que era una forma de escabullirse completamente de la desagradable pregunta por medio de otra diferente.

La pregunta de nuestro Señor era, en realidad, una respuesta a la que le habían planteado a Él. Esta era con qué autoridad hacía lo que hacía. En respuesta, les pregunta si Juan el Bautista era un profeta enviado por Dios. Lo que quería decir era, evidentemente, que Juan el Bautista había dado testimonio expreso de que Él era el Mesías. Ellos lo sabían. No podían negarlo. Ahora bien, si verdaderamente creían que Juan el Bautista era un profeta, verían enseguida con qué autoridad Él hacía lo que hacía. Lo hacía todo como el Mesías que Juan había proclamado que Él era.

[Del cielo]. Esta expresión significa sencillamente “de Dios” (cf. Daniel 4:26: Lucas 15:18, 21).

V. 5: *[¿Por qué, pues, no le creísteis?]*. El significado de esto, por supuesto, debe ser: “¿Por qué no creísteis lo que dijo acerca de mí?”.

V. 6: *[Todo el pueblo nos apedreará]*. Grotius comenta: “Habían acostumbrado al pueblo a esta violencia. Cuando no podían convencer lealmente a sus enemigos, incitaban al pueblo a apedrearlos. Era denominado juicio de celo” (cf. Juan 10:31; Hechos 14:19).

V. 7: *[No sabían]*. Las palabras griegas aquí, cuando son traducidas literalmente como en nuestra versión, son una prueba de la falsedad de los enemigos de nuestro Señor.

V. 8: *[Yo tampoco os diré]*. El rechazo de nuestro Señor era justo, porque aquellos que le habían preguntado no eran honrados en su pregunta acerca de su autoridad. Nuestro Señor nunca rehusó responder a una pregunta de alguien que tenía verdaderas dudas.

Lucas 20:9–19

La parábola que acabamos de leer es una de las poquísimas relatadas más de una vez por los autores de los Evangelios. Mateo, Marcos y Lucas, todos la exponen con total detenimiento. Esta triple repetición basta para señalarnos la importancia de su contenido.

La parábola, sin duda, era especialmente indicada para los judíos a quienes iba dirigida. Pero no debemos limitar su aplicación a ellos.

Contiene lecciones que deben ser recordadas en todas las iglesias de Cristo mientras el mundo permanezca.

En primer lugar, la parábola nos muestra *la profunda corrupción de la naturaleza humana*. La conducta de los "labradores" malvados es una viva representación de la relación del hombre con Dios. Es un fiel cuadro de la historia de la Iglesia judía. A pesar de sus privilegios, como los que ninguna nación ha tenido nunca, y ante advertencias como las que no ha recibido pueblo alguno, los judíos se rebelaron contra la autoridad legítima de Dios, rehusaron cumplir con las obligaciones que les correspondían, rechazaron el consejo de sus profetas y, finalmente, crucificaron a su Hijo unigénito. No es un cuadro menos fiel de la historia de todas las iglesias gentiles. Llamados como fueron a salir de las tinieblas paganas por una infinita misericordia, no han hecho nada digno de la vocación con que fueron llamados. Al contrario, han permitido que falsas doctrinas y prácticas malvadas broten entre ellos y han crucificado a Cristo de nuevo. Es un hecho lamentable que en dureza, incredulidad, superstición y auto justificación, las iglesias cristianas, en general, no son mucho mejores que la Iglesia judía de tiempos de nuestro Señor. Ambas son descritas, por desgracia, muy fielmente en la historia de los labradores malvados. En ambas podemos señalar incontables privilegios mal utilizados e incontables advertencias despreciadas.

Pidamos con frecuencia en oración que comprendamos plenamente la pecaminosidad del corazón del hombre. Me temo que pocos de nosotros tenemos la más mínima idea de la fuerza y la virulencia de la enfermedad espiritual con que nacemos. Pocos se dan plena cuenta de que la mente carnal está enemistada contra Dios y de que la naturaleza humana inconversa, si tuviera el poder necesario, derrocaría a su Hacedor de su trono. El comportamiento de los labradores que tenemos delante, nos guste o no, es simplemente un cuadro de lo que todo hombre natural le haría a Dios si pudiera. Ver estas cosas es de gran importancia. Nunca se valora a Cristo plenamente hasta que se ve con claridad el pecado. Debemos conocer la profundidad y malignidad de nuestra enfermedad para poder apreciar al gran Médico.

En segundo lugar, esta parábola *nos muestra lo asombrosamente paciente y sufrido que es Dios*. La conducta del "señor de la viña" es una viva representación de la relación de Dios con el hombre. Es un fiel cuadro de su trato misericordioso a la Iglesia judía. Se envió a un profeta tras otro para advertir a Israel de su peligro. Se envió un mensaje tras otro en repetidas ocasiones, a pesar de las injurias y heridas amontonadas sobre los mensajeros. Es un cuadro no menos fiel de su gracia en el trato a las iglesias gentiles. Durante dieciocho siglos ha sufrido sus desplantes. Repetidamente le han probado por medio de falsas doctrinas, supersticiones y rechazo de su Palabra. Pero repetidamente les ha otorgado períodos de renovación, levantando

para ellos ministros santos y reformadores convincentes y no acabando con ellos a pesar de sus persecuciones. Las iglesias de Cristo no tienen derecho a presumir. Tienen una gran deuda con Dios por sus innumerables muestras de misericordia no menor que la de los judíos de tiempos de nuestro Señor. No han sido tratadas según sus pecados ni recompensadas según sus iniquidades.

Debemos aprender a ser más agradecidos por la misericordia de Dios. Probablemente tengamos poca idea de la amplitud de nuestras obligaciones hacia ella y del número de mensajes que el Señor de la viña, por su gracia, está enviando constantemente a nuestras almas. El día final revelará ante nuestros sorprendidos ojos una larga lista de muestras de bondad no reconocidas de las que no fuimos conscientes mientras vivíamos. Descubriremos que la misericordia fue ciertamente el más querido atributo de Dios. “Se deleita en misericordia” (Miqueas 7:18). Sus muestras de misericordia anteriores a su conversión, tras su conversión y en cada paso de su viaje sobre la Tierra serán reveladas a las mentes de los santos salvos haciéndoles avergonzarse de su falta de gratitud. Misericordia preventiva, misericordia providencial, misericordia en forma de advertencias, misericordia en forma de visitas repentinas, todo quedará manifiesto ante la mente de los pecadores perdidos y les hará avergonzarse de su dureza e incredulidad. Todos descubriremos que Dios nos habló a menudo cuando no le oíamos y nos envió mensajes a los que no atendimos. Pocos textos saldrán a la luz con tanta claridad en el día final como aquel de S. Pedro: “El Señor […] es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca” (2 Pedro 3:9).

Por último, esta parábola nos muestra *la severidad de los juicios de Dios cuando caen sobre obstinados pecadores*. El castigo de los labradores malvados es una viva representación de la relación final de Dios con aquellos que perseveran aún en la maldad. En el tiempo cuando nuestro Señor contó la parábola, esta era un cuadro profético de la cercana destrucción de la Iglesia y la nación judía. La viña del Señor en la tierra de Israel estaba a punto de serle quitada a sus infieles arrendatarios. Jerusalén iba a ser destruida. El Templo iba a ser quemado. Los judíos iban a ser dispersados por toda la Tierra. En el presente, me temo que es un lamentable cuadro de cosas aún por llegar a las iglesias gentiles de los últimos días. Los juicios de Dios caerán sobre los cristianos incrédulos como cayeron sobre los judíos incrédulos. La solemne advertencia de S. Pablo a los romanos aún recibirá su cumplimiento: “Si no te mantienes en su bondad; tú también serás desgajado” (Romanos 11:22, NVI).

Nunca debemos congratularnos pensando que Dios no se puede enojar. Él es ciertamente un Dios de infinita gracia y compasión, pero también está escrito que es “fuego consumidor” (Hebreos 12:29). Su Espíritu no contenderá siempre con los hombres (cf. Génesis 6:3). Habrá un día cuando su paciencia llegará a un fin y cuando se

levantará para juzgar terriblemente a la Tierra. ¡Bienaventurados quienes sean escondidos en el arca el día de la ira del Señor! De todas las iras, no se puede concebir ninguna tan terrible como “la ira del Cordero”. El hombre en quien la “piedra cortada, no con mano” caiga en su Segunda Venida, será verdaderamente desmenuzado (cf. Daniel 2:34–35).

¿Sabemos estas cosas y vivimos según nuestro conocimiento? Los principales sacerdotes y los ancianos “comprendieron que contra ellos había dicho esta parábola”. Pero eran demasiado orgullosos como para arrepentirse, y estaban demasiado endurecidos como para volverse de sus pecados. Tengamos cuidado de no actuar como ellos.

Notas Lucas 20:9–19

V. 10: *[Decir al pueblo esta parábola]*. Notemos que nuestro Señor dirige esta parábola a todo el pueblo que estaba escuchando su enseñanza y no solo a los sacerdotes y ancianos.

La parábola en sí es una notable combinación de figuras, historia y profecía. Cirilo la llama “compendio de la historia de Israel”. La parábola del sembrador, la parábola del grano de mostaza y la parábola de los labradores malvados son las únicas parábolas que se relatan tres veces en los Evangelios.

[Una viña]. Esta expresión la encontramos empleada parabólicamente en Isaías: “La viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel” (Isaías 5:7, etc.). Aquí parece referirse a la tierra de Judea y a los privilegios especiales de la nación judía.

[Labradores]. Estos son el pueblo judío y sus gobernantes y sacerdotes.

[Fue a un país lejano] [palabras que no aparecen en nuestra versión bíblica, N.T.]. Esta expresión no se debe forzar demasiado. Significa que, como el señor de la viña dejó esta al cuidado de los labradores, así Dios otorgó sus privilegios a los judíos para que la nación los aprovechara bien.

Vv. 10, 11 y 12: *[Un siervo]*. En estos tres versículos, los “siervos” enviados representan a los profetas y a otros a quienes Dio envió para llamar a los judíos al arrepentimiento y despertar en ellos un sentimiento de sus privilegios y responsabilidades. El trato que los profetas recibieron por parte de los judíos es representado por los golpes y las afrentas que recibieron los siervos.

V. 13: *[Mi hijo amado]*. Esta parte de la parábola solo admite una interpretación. El Señor Jesús habla de sí mismo y del trato que estaba a punto de recibir de manos de los sacerdotes y ancianos. Sabía que, mientras Él hablaba, ellos ya estaban planeando su muerte y diciendo: “Matémosle”.

V. 16: *[Vendrá y destruirá]*. Aquí la parábola pasa a ser profecía. Nuestro

Señor predice la destrucción de Jerusalén, la dispersión de los judíos y el llamamiento de los gentiles a disfrutar de sus privilegios.

[Dijeron: ¡Dios nos libre!]. Una traducción más literal de estas palabras sería "que no sea así". La palabra "Dios" no aparece en griego. Me parece que esta exclamación muestra claramente que aquellos que oyeron la parábola comprendieron su aplicación.

V. 17: *[La piedra]*. Se refiere a Cristo. Aunque rechazado por aquellos que se denominaban a sí mismos líderes y edificadores en la Iglesia judía, estaba profetizado que Él se convertiría en la piedra angular principal. Y como había sido anunciado, así sucedería (Salmo 118:22).

V. 18: *[Todo el que cayere […]*. El significado de este versículo ha dejado perplejos a algunos comentaristas. La distinción entre las partes primera y última del mismo ha sido vista como una dificultad. Algunos consideran que el final del versículo se refiere a la toma de Jerusalén por los romanos. Me atrevo a pensar que se puede encontrar una mejor solución de la dificultad.

"Todo el que cayere sobre aquella piedra" hace referencia a todo el que tropieza en Cristo y en su Evangelio y rehúsa creer en Él como su Salvador durante la presente dispensación. Ese "será quebrantado", arruinado, perdido y expulsado.

"Sobre quien ella cayere" hace referencia a todo aquel que sea encontrado sin fe cuando Cristo vuelva por segunda vez en gloria. A estos los "desmenuzará", y sobre ellos caerá la mayor ira de Dios. La culpa por la incredulidad al final de la dispensación del Evangelio será mucho mayor que la culpa por la incredulidad al principio.

Barradio dice que Agustín adopta esta idea y aplica el versículo a ambas venidas de Cristo. La destrucción del incrédulo en la Primera Venida será triste. Pero la destrucción del incrédulo en la Segunda Venida será aún más triste.

Gerhard dice que Crisóstomo, Teofilacto y Eutimio adoptan todos la misma idea con respecto a la piedra que desmenuza a aquel sobre quien cae. Lo aplican a la Venida de Cristo para juzgar en el día final.

Algunos ven en este versículo una distinción entre el castigo a la Iglesia judía por su incredulidad en la Primera Venida de Cristo y a las iglesias gentiles en la Segunda Venida de Cristo. La Iglesia judía tropezó y fue quebrantada, pero resucitará de nuevo y será restaurada al favor de Dios en el día final. Las iglesias gentiles, cuando los juicios de Cristo caigan sobre ellas al final, nunca serán restauradas. Su destrucción será completa e irreparable. Serán desmenuzadas.

Lucas 20:20–26

Señalemos, por un lado, en este pasaje, *el disfraz de bondad bajo el*

cual se acercaban algunos de los enemigos de nuestro Señor. Leemos que “acechándole enviaron espías que se simulasen justos”. Más adelante leemos que trataron de embaucarle con palabras aduladoras: “Sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de persona, sino que enseñas el camino de Dios con verdad”. Esas palabras sonaban bien. Un espectador ignorante habría dicho: “¡He ahí buscadores sinceros de la verdad!”. Pero todo era hueco e irreal. Era el lobo disfrazado con piel de oveja, bajo la idea vana de engañar al pastor. Sus palabras eran “más blandas que mantequilla”, pero con guerra “en su corazón” (Salmo 55:21).

Mientras dure el mundo, el verdadero siervo de Cristo debe esperar encontrarse con personas que responden a esta descripción. Nunca faltarán aquellos que por motivos interesados o siniestros profesarán con sus labios amar a Cristo mientras lo niegan con su corazón. Siempre habrá algunos que “con suaves palabras y lisonjas” intentan engañar “a los corazones de los ingenuos”. La unión de los “labios lisonjeros y el corazón malo” está muy lejos de ser poco común. Probablemente, pocas congregaciones se libran de algunos de aquellos a quienes Salomón asemeja a “escoria de plata echada sobre el tiesto” (Romanos 16:18; Proverbios 26:23).

Aquel que no quiera ser engañado en este mundo malvado debe tener estas cosas en mente. Debemos proceder con sabia precaución en nuestro viaje por la vida y no ser “el simple [que] todo lo cree” (Proverbios 14:15). No debemos poner la confianza a la ligera en cada nuevo voluntario religioso ni dar por supuesto precipitadamente que todas las personas que hablan como hombres buenos son buenas. Esa cautela, a primera vista, puede parecer intolerante y poco caritativa. Pero, cuanto más vivamos, más descubriremos que es necesaria. Descubriremos por experiencia que no es oro todo lo que reluce, y que no todos los que hacen una profesión de cristianismo en alta voz son verdaderos cristianos. El *lenguaje* cristiano es precisamente aquella parte de la religión que un falso cristiano considera más fácil de conseguir. El camino de la vida diaria del hombre, y no las palabras de sus labios, es la única prueba segura de su carácter.

Señalemos, por otro lado, en estos versículos, *la consumada sabiduría de la respuesta de nuestro Señor a sus enemigos*. Leemos que se le planteó una pregunta difícil y sutil para que le otorgara solución: “¿Nos es lícito dar tributo a César, o no?”. Era una cuestión eminentemente calculada para enredar a cualquiera que tratara de responderla. Si nuestro Señor hubiera respondido que no era lícito dar tributo a César, habría sido acusado ante Pilato como rebelde contra el poder romano. Si nuestro Señor hubiera respondido que era lícito dar tributo a César, habría sido denunciado al pueblo como insensible a los derechos y privilegios de la nación judía. Parecía imposible encontrar una respuesta que no ocasionara problemas a nuestro Señor. Pero Aquel que es llamado con razón “sabiduría de Dios” encontró una

respuesta que silenció a sus adversarios. Les pidió que le mostraran una moneda. Les preguntó de quién era la imagen y la inscripción que había en ella. “Y respondiendo dijeron: De César”. Inmediatamente, nuestro Señor convirtió aquella moneda en base de una respuesta ante la cual sus enemigos no pudieron evitar maravillarse: “Pues dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”.

Debían “dar a César lo que es de César”. Sus propios labios acababan de confesar que César tenía una cierta autoridad terrenal sobre ellos. Utilizaban el dinero que César había acuñado. Era la moneda de uso legal entre un hombre y otro. Probablemente no se negaban a recibir y hacer pagos en moneda romana. Por tanto, no podían decir que todos los pagos a César eran ilícitos. Al admitir esto, él ejercía cierto dominio sobre ellos. Debían someterse a dicho dominio en todas las cosas terrenales. Si no rehusaban emplear la moneda de César, no podían rehusar pagar los tributos terrenales a César.

Debían “dar a Dios lo que es de Dios”. Había muchos tributos que Dios requería de sus manos y que podían pagar fácilmente si querían. Honra, amor, obediencia, fe, temor, oración y adoración espiritual eran pagos a Dios que podían hacer diariamente y pagos con los que no interfería el Gobierno romano. No podían decir que César imposibilitaba esos pagos. Debían preocuparse de pagar a Dios sus tributos en cuanto a las cosas espirituales. No había necesidad de colisión entre las exigencias de su soberano terrenal y el celestial. En las cosas terrenales debían obedecer a los poderes bajo cuya autoridad estaban. En las cosas espirituales debían hacer lo que sus antepasados habían hecho y obedecer a Dios.

Los principios establecidos por nuestro Señor en esta conocida frase son profundamente instructivos. ¡Bueno habría sido para la paz del mundo que se hubieran valorado más y aplicado con mayor sabiduría!

Los intentos del poder civil en algunos países de controlar la conciencia de los hombres por medio de interferencias intolerantes, y los intentos de la Iglesia en otros países de interferir con la actuación del poder civil, han conducido repetidamente a disensiones, contiendas, rebeliones y desórdenes sociales. Los daños ocasionados por la escrupulosidad enfermiza a la causa de la verdadera religión no han sido pocos ni pequeños. ¡Feliz aquel que consigue tener una mente sobria en cuanto a todo este asunto! Diferenciar correctamente entre las cosas de César y las cosas de Dios y pagar a cada uno lo suyo de manera regular, habitual y alegremente es una gran ayuda para una vida tranquila y en paz.

Oremos frecuentemente pidiendo sabiduría de lo alto con el fin de responder correctamente cuando se nos plantean cuestiones complicadas. El siervo de Cristo debe esperar que le pase como a su Maestro. No debe considerar extraño que el malvado y de mentalidad mundana trate de enredarlo con lo que dice y de provocar que hable sin sabiduría en sus labios. A fin de estar preparados para esas

ocasiones, pidamos con frecuencia al Señor Jesús el don de una sana sabiduría y de discreción en el habla. En presencia de aquellos que vigilan nuestras vacilaciones es una gran cosa saber qué decir o cómo decirlo, cuándo estar callado y cuándo hablar. Bendito sea Dios, porque Aquel que silenció al principal sacerdote y a los escribas por medio de sus sabias respuestas aún vive para ayudar a su pueblo y tiene todo el poder para ello. Pero le gusta que se le pida.

Notas Lucas 20:20–26

V. 20: *[Espías]*. La palabra griega así traducida solo se encuentra aquí. Parkhurst la define con el significado de “mentirosos al acecho”.

V. 22: *[Lícito dar tributo a César […]*. Recordemos que había un enorme partido entre los judíos muy inquieto por el yugo del Gobierno romano, y que estaba pronto a tratar con la mayor animosidad a cualquier judío que admitiera que la nación judía estaba en una posición tributaria bajo el emperador romano o “César”. La pregunta de los enemigos de nuestro Señor fue formulada tan astutamente que parecía que le plantearan un dilema. Independientemente de la respuesta que diera, ofendería a una de las dos partes. Ofendería a los amigos de la supremacía romana o a los judíos zelotes.

V. 23: *[Astucia]*. La palabra griega así traducida solo se encuentra cinco veces en el Nuevo Testamento. Es la misma palabra que se emplea al describir la sutileza de Satanás al tentar a Eva (cf. 2 Corintios 11:3).

V. 24: *[¿De quién tiene la imagen y la inscripción?]*. Lightfoot nos dice que los judíos tienen entre ellos una tradición de que admitir el título de un príncipe en su moneda corriente era reconocer la sujeción al mismo.

V. 25: *[Lo que es de César […] lo que es de Dios]*. Pocos principios contienen sabiduría más profunda que el famoso principio de este versículo. Sin embargo, se han encontrado pocos que admitan la aplicación práctica a la que lleva esa diferencia.

La gran dificultad al aplicar este principio surge de que los hombres no están de acuerdo en cuáles son las cosas de César y cuáles las de Dios, dónde acaban los derechos de César y comienzan los de Dios. Debe haber un punto de encuentro. Se debe establecer una frontera que delimite los derechos respectivos de cada parte. La definición de esta frontera ha sido, en cada época, terreno abonado para contiendas, divisiones y controversias.

Por un lado, el Gobierno inglés de los Estuardos solía llevar los derechos de “César” hasta un extremo terrible. Los hombres eran perseguidos, castigados, multados y apresados como delincuentes si no querían adorar a Dios de una forma determinada. En este caso, “César”, sin duda, se estaba extralimitando.

Por otro lado, la Iglesia católica romana de los tiempos modernos interfiere continuamente con el poder civil de cada nación donde viven

católicos romanos, y reclaman para sus miembros exenciones y privilegios que amenazan con interferir con la existencia de un gobierno civil. En este caso, tenemos una pretensión excesiva e irrazonable a favor de las “cosas que son de Dios”.

Hay pocos asuntos en que los cristianos tengan tanta necesidad de orar por una mente sensata y un juicio claro y de pedir liberación de una conciencia enfermizamente escrupulosa, y especialmente en la cuestión de los tributos de “César”.

Una conciencia muy tierna y sensible acerca de los pagos económicos que exige el Estado pero muy descuidada en todo lo que respecta a la fe, la esperanza, la caridad, la humildad y la santidad privada es una conciencia que, por así decirlo, resulta muy sospechosa.

En la medida en que tenemos libertad para adorar a Dios en Cristo, según nuestra conciencia, y servirle según sus mandamientos, podemos someternos con seguridad a muchos requisitos del Estado que en nuestra opinión personal no aprobamos completamente.

Es evidente para cada persona que reflexione, que todo Gobierno debe negociar y que cada miembro de la *Commonwealth* debe estar dispuesto a ceder en parte de sus opiniones personales por el bien general. Si cada uno quedara exento de pagar los impuestos para los cuales tiene alguna objeción, el sentido común nos dice que pronto todo el Gobierno se paralizaría. Cada uno tendría objeciones para un impuesto diferente, hasta que todo el Estado se viera sumido en la confusión.

Gualter aporta una nota muy útil respecto a este pasaje, en la que afirma el principio precisamente establecido por el ejemplo de los judíos bajo el gobierno de sus conquistadores babilonios, y también protesta contra los excesos cometidos por los anabaptistas en Alemania en los días de la Reforma con la excusa de los escrúpulos de conciencia.

Nuestro Señor tenía probablemente en mente dos partidos entre sus oyentes. Uno era el de los zelotes judíos. A ellos les dice: “Dad a César lo que es de César”. El otro era el de los herodianos mundanos. A ellos les dice: “Dad a Dios lo que es de Dios”.

Lucas 20:27–40

Vemos en estos versículos *lo antigua que es la incredulidad*. Se nos dice que llegaron “entonces algunos de los saduceos, los cuales niegan haber resurrección”. Aun en la Iglesia judía, la de Abraham, Isaac y Jacob, la de Moisés, Samuel, David y los profetas, descubrimos que había escépticos convencidos, declarados y desvergonzados. Si dentro del pueblo especial de Dios existió una infidelidad así, ¿cuál sería la situación del ateísmo? Si estas cosas se daban en un árbol verde, ¿cuál sería el estado del seco?

Nunca debe sorprendernos oír que dentro de la Iglesia surgen

infieles, deístas, herejes y librepensadores que apartan a los discípulos tras ellos. No debemos considerarlos algo raro y extraño. Solo es una de las muchas pruebas de que el hombre es un ser caído y corrupto. Desde el día cuando el diablo dijo a Eva “no moriréis” y Eva le creyó, nunca ha faltado una constante sucesión de formas de incredulidad. No hay nada nuevo en ninguna de las modernas teorías de infidelidad. No hay ni una de ellas que no sea una vieja enfermedad con un nuevo nombre. Todas son como setas que brotan espontáneamente en el semillero de la naturaleza humana. En realidad no es asombroso que surjan tantos que cuestionan las verdades de la Biblia. Lo maravilloso es más bien que, en un mundo caído, la secta de los saduceos sea tan pequeña.

Consolémonos con el pensamiento de que, con el transcurso de los años, la Verdad siempre prevalecerá. Con frecuencia sus defensores son muy débiles y sus argumentos poco convincentes, pero hay una fuerza inherente en la causa misma que la mantiene viva. De tiempo en tiempo surgen infieles convencidos como Porfirio, Julián, Hobbes, Hume, Voltaire y Payne que revolucionan el mundo, pero su influencia no es duradera. Pasan como los saduceos y van a su propio lugar. La gran evidencia del cristianismo continúa, como las pirámides, inconmovible e impasible. Las “puertas del Hades” nunca prevalecerán contra la Verdad de Cristo (Mateo 16:18).

Vemos en estos versículos, en segundo lugar, *hasta qué punto el arma favorita de los escépticos es la de los supuestos*. Se nos dice que los saduceos plantearon a nuestro Señor una dificultad en torno al caso de una mujer que se hubiera casado con siete hermanos sucesivamente. Manifestaron el deseo de saber de cuál de ellos sería mujer en la resurrección. La intención de la pregunta es clara y evidente. Deseaban poner en ridículo toda la doctrina de la vida venidera. No era muy factible que se diera un caso así realmente. Lo más probable es que se tratara de una historia inventada para la ocasión, con el fin de plantear una dificultad y encontrar un argumento.

Razonamientos de este tipo nos saldrán al paso a menudo si estamos en compañía de personas de mentalidad escéptica. El incrédulo mostrará su fuerza planteando alguna supuesta dificultad o complicación relacionada, probablemente, con cierta situación imaginaria en cuanto al mundo venidero: “¡No hay quien lo entienda! ¡No se puede explicar! ¡Le parece repugnante y absurdo! ¡Es una ofensa para su sentido común!”. Ese es el lenguaje que se suele utilizar.

Esta clase de razonamientos no debe inquietarnos ni por un momento. Por un lado, no tenemos nada que ver con casos supuestos o imaginarios. Habrá tiempo suficiente para comentarlos cuando surjan verdaderamente. Bástenos con hablar y argumentar acerca de lo que sí se da. Por otro lado, es una mera pérdida de tiempo conjeturar

acerca de dificultades relacionadas con cómo será la existencia en el mundo venidero. Sabemos tan poco de lo que hay más allá del mundo que nos rodea, que somos muy pobres jueces de lo que es posible o no en el mundo invisible. Hay miles de cosas posteriores a la muerte que necesariamente han de ser ininteligibles para nosotros en el presente. En el tiempo que queda, lo sabio es esperar con paciencia. Lo que ahora desconocemos, lo conoceremos después.

Vemos en estos versículos, en tercer lugar, *algo del verdadero carácter de la existencia de los santos en el mundo venidero*. Leemos que nuestro Señor les dijo a los fariseos: “Los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles”.

Dos cosas están bastante claras en esta descripción respecto a los santos en gloria. Por un lado, su felicidad no es carnal, sino espiritual: “Ni se casan, ni se dan en casamiento”. El cuerpo glorificado será muy diferente de como es ahora: Ya no será un obstáculo ni un estorbo para la mejor naturaleza del creyente. Será una habitación apropiada para un alma glorificada. Por otro lado, su felicidad será eterna: “No pueden ya más morir”. No serán necesarios los nacimientos para suplir la constante pérdida causada por la muerte. La debilidad, la enfermedad, el malestar y las dolencias ya no existirán en absoluto. La maldición será enteramente suprimida. La muerte misma morirá.

La naturaleza de lo que denominamos “Cielo” es un asunto que debería ocupar con frecuencia nuestros pensamientos. Pocas cuestiones religiosas están tan calculadas para mostrar la tremenda necedad de los hombres inconversos y el terrible peligro en el que se encuentran. ¡Un Cielo donde todo el gozo es espiritual, sin duda no es un Cielo para un alma inconversa! Pocos asuntos están tan indicados para alegrar y consolar la mente del verdadero cristiano. La santidad y el interés espiritual que persigue en esta vida será la atmósfera de su morada eterna. Las preocupaciones de las relaciones familiares ya no distraerán su mente. El temor a la muerte ya no le esclavizará. Por tanto, que siga adelante y lleve su cruz con paciencia. El Cielo lo compensará todo.

Vemos, por último, en estos versículos, *la antigüedad de la fe en una resurrección*. Nuestro Señor muestra que era la fe de Moisés: “En cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza”. La fe en una resurrección y en una vida venidera ha sido la creencia universal de todo el pueblo de Dios desde el principio del mundo. Abel, Enoc, Noé, Abraham y los patriarcas fueron hombres que miraron hacia adelante a una herencia mejor que la que tenían aquí abajo: “Anhelaban una [patria] mejor, esto es, celestial” (Hebreos 11:10–16). Las palabras de nuestro Artículo 7 son claras e inequívocas: “No deben escuchar a los que pretenden que los antiguos patriarcas solamente buscaban promesas transitorias”. Este testimonio

es verídico.

Anclemos nuestras almas firmemente a esta gran verdad fundamental: “Todos resucitaremos”. Independientemente de lo que digan los antiguos y los modernos saduceos, creamos firmemente que no somos como las bestias que perecen, y que habrá “resurrección de los muertos, así de justos como de injustos” (Hechos 24:15). El recuerdo de esta verdad nos alentará en el día de la prueba y nos consolará a la hora de la muerte. Seremos conscientes de que, aunque la prosperidad terrenal nos falle, hay una vida venidera donde no hay cambios. Seremos conscientes de que, aunque los gusanos destruyan nuestro cuerpo, aun en nuestra carne hemos de ver a Dios (cf. Job 19:26). No yaceremos para siempre en la tumba. Nuestro Dios “no es Dios de muertos, sino de vivos”.

Notas Lucas 20:27–40

V. 27: *[Algunos de los saduceos]*. Lo único cierto que sabemos acerca de la secta de los saduceos es que negaban que hubiera resurrección alguna, ángeles o espíritus (cf. Hechos 23:8). La opinión generalizada de que rechazaban todos los libros del Antiguo Testamento, a excepción de los cinco libros de Moisés, parece ser un error popular. No hay fundamento para afirmarlo. Josefo, el historiador, era fariseo y no tenía tendencia a pasar por alto los errores de los saduceos al describirlos. No obstante, aunque les acusa de rechazar las tradiciones, en ningún lugar les acusa de rechazar ninguno de los libros sagrados.

[Resurrección]. Campbell dedica un espacio extenso a demostrar que, por medio del término “resurrección”, no debemos entender la reunión del alma y del cuerpo, sino sencillamente una renovación de la vida, independientemente de cómo ocurra esta. Afirma que el error fundamental de los saduceos no era la mera negación de la resurrección del cuerpo, sino la negación de la inmortalidad del alma, y que el argumento de nuestro Señor en este pasaje pretende demostrar nada más que el alma sobrevive al cuerpo y subsiste después de que el cuerpo se desvanece.

Esta opinión debe ser considerada con cuidado. Es indudable que resuelve algunas dificultades, pero conlleva otras.

V. 28: *[Que su hermano se case con ella]*. Se debe estudiar con cuidado la ley de Moisés a la que aquí se hace referencia (Deuteronomio 25:5) y compararla con Levítico 18:16. Está claro que el matrimonio con el hermano de un marido muerto solo se permitía bajo determinadas circunstancias especiales, y por regla general era ilegítimo. Cómo un lector de la Biblia puede defender el matrimonio de un hombre con la hermana de una esposa muerta, a la luz de textos como Levítico 18:16 y 20:21, es a mi modo de ver completamente incomprensible. Si está mal que una mujer se case con dos hermanos, tiene que estar mal que un hombre se case con dos hermanas. El permiso excepcional a una mujer para casarse con dos hermanos solo se

otorgaba cuando el primer hermano había muerto sin dejar hijos. ¡Deducir de este permiso que un hombre se puede casar con dos hermanas sucesivamente, sobre la base de que la primera esposa dejó *hijos* que necesitan el cuidado de su tía, me parece una lógica muy extraña!

V. 29: *[El primero tomó esposa, y murió sin hijos]*. Notemos que Ambrosio y Jerónimo otorgan significados alegóricos a esta historia y consideran que la mujer es un símbolo de la sinagoga judía. La idea parece completamente improbable.

V. 31: *[Los siete, y murieron sin dejar descendencia]*. La posibilidad de que suceda algo como lo aquí descrito, por supuesto, no se puede negar. La gran improbabilidad de ello, sin embargo, es evidente para toda mente pensante. Lo más probable es que la historia fuese un supuesto inventado para plantear una dificultad con cierta base.

V. 34: *[Los hijos de este siglo se casan]*. Debemos tener cuidado de no permitir que estas palabras otorguen autorización alguna a las ideas católicas romanas de la santidad superior del estado de virginidad con respecto al de matrimonio. La distinción establecida por nuestro Señor no implica nada contrario al matrimonio. Es sencillamente una declaración de que la situación de los hombres y las mujeres en el mundo venidero es completamente diferente de su situación en este mundo.

Recordemos que "los hijos de este siglo" no hacen referencia en este lugar a las personas inconversas, sino simplemente a las personas que viven en la Tierra.

V. 35: *[La resurrección de entre los muertos]*. Las palabras griegas que tenemos aquí son notables. Parecen estar fuertemente a favor de la opinión de que hay una primera resurrección especial para los justos (cf. Apocalipsis 20:5 ss.). La expresión "hijos de la resurrección" del versículo siguiente parece señalar hacia lo mismo.

V. 36: *[Iguales a los ángeles]*. No debemos concluir de estas palabras que los santos glorificados son exactamente como los ángeles. Los ángeles no tienen cuerpos como los nuestros, sino que son seres espirituales. El sentido parece ser que, en la libertad de la muerte y de la enfermedad, y en la completa liberación de unas condiciones en las que el matrimonio y el nacimiento son necesarios para suplir la continua pérdida ocasionada por la muerte, los santos serán como los ángeles.

[Hijos de Dios]. Esto significa, evidentemente, que los santos son introducidos en un estado de privilegio especial como miembros de la familia de Dios y residentes en la casa de Dios de un modo que les era desconocido aquí en la Tierra.

V. 37: *[Que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó]*. La cita contenida en este versículo ha causado mucha controversia. A primera vista no parece ser prueba alguna de la resurrección, sino solo de la vida venidera.

Algunos piensan que el énfasis se debería poner en la expresión de la cita original: "Yo *soy*" —y no "yo *era*"— el Dios de Abraham, etc.

Algunos piensan, con Meda y otros, que nuestro Señor se refiere a la

promesa de la tierra de Canaán para Abraham y su simiente y, en este sentido, que esta promesa aún incumplida se cumplirá literalmente un día por la resurrección de Abraham y su posesión de la tierra.

Otros piensan, con Campbell, que el objetivo de nuestro Señor es probar no tanto la resurrección como la vida venidera.

Una cosa, sin embargo, está muy clara. El argumento que nuestro Señor empleó silenció completamente a los saduceos y produjo la aprobación de los escribas. Ahora bien, si los saduceos no hubieran visto que el argumento era tan convincente y aplastante, no se habrían sometido a él tan calladamente como lo hicieron. Si no vemos toda la fuerza de este argumento, el error está evidentemente en nosotros. No consideramos la plenitud de la Escritura como deberíamos. Hay una profundidad de significado en muchos textos que no hemos desentrañado.

V. 38: *[Para él todos viven]*. Esta expresión es notable y propia del Evangelio según S. Lucas. Probablemente signifique: “A sus ojos todos están vivos”. No hay tal cosa como la aniquilación.

Lucas 20:41–47

Observemos en este pasaje *el impresionante testimonio de la divinidad de Cristo que contiene el libro de los Salmos*. Leemos que, después de responder pacientemente a los ataques de sus enemigos, nuestro Señor a su vez les plantea una pregunta. Les pide que expliquen una expresión del Salmo 110, donde David habla del Mesías como su Señor. Para dicha pregunta, los escribas no podían encontrar respuesta. Eran incapaces de ver la gran verdad de que el Mesías sería Dios además de hombre y, aun siendo como hombre hijo de David, como Dios sería el Señor de David. Su ignorancia de la Escritura quedó así en evidencia ante todo el pueblo. Aunque profesaban ser instructores de otros y poseedores de la clave del conocimiento, se demostró que eran incapaces de explicar lo que contenían sus propias Escrituras. Bien podemos creer que, de todas las derrotas de los maliciosos enemigos de nuestro Señor, ninguna les mortificó más que esta. Nada mortifica tanto el orgullo del hombre como que se demuestre públicamente su ignorancia en una parcela que considera su especialidad.

Probablemente tenemos poca idea de cuánta verdad profunda hay contenida en el libro de los Salmos. Quizá de ninguna parte de la Biblia sea más conocida su letra y tan poco entendido su espíritu. Erramos enormemente si suponemos que no es más que un relato de los sentimientos de David, de la experiencia de David, de las alabanzas de David y de las oraciones de David. La mano que sostuvo la pluma fue

generalmente la de David, pero el asunto tratado era con frecuencia algo mucho más profundo y excelso que la historia del hijo de Isaí. El libro de los Salmos, en una palabra, es un libro lleno de Cristo: del sufrimiento de Cristo, de la humillación de Cristo, de la muerte de Cristo, de la resurrección de Cristo, de la Segunda Venida de Cristo y del reinado de Cristo sobre todo. Aquí tenemos ambas Venidas: la Venida para sufrir y soportar la Cruz y la Venida en poder para llevar la corona. Aquí tenemos ambos Reinos: el Reino de gracia durante el cual los elegidos son reunidos y el Reino de gloria cuando toda lengua clamará que Jesús es el Señor. Leamos siempre los Salmos con una especial reverencia. Digámonos a nosotros mismos mientras leemos: "He aquí alguien más grande que David".

Este comentario que acabo de hacer se aplica, en mayor o menor grado, a toda la Biblia. El que sea un libro tan inagotable es una fuerte prueba de su inspiración. Cuanto más lo leemos, más parece contener. Todos los demás libros se agotan si se leen constantemente. Sus puntos débiles y sus lagunas son más evidentes cada año. Solo la Biblia parece más amplia, más profunda y más inagotable para el que la estudia con frecuencia. No tenemos necesidad de buscar significados alegóricos y místicos. Las frescas verdades que surgen constantemente ante nuestros ojos son sencillas, claras y diáfanas. La Biblia es una mina inagotable de dichas verdades. Nada puede explicar esto salvo el gran hecho de que la Biblia es la palabra no del hombre, sino de Dios.

Observemos en este pasaje, en segundo lugar, *lo abominable que es la hipocresía a los ojos de Cristo*. Se nos dice que "oyéndole todo el pueblo, dijo a sus discípulos: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con ropas largas, y aman las salutaciones en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones". Esta era una valiente y seria advertencia. Recordemos que era una denuncia pública de los hombres que se "se sentaban en el trono de Moisés" y eran reconocidos como maestros del pueblo judío. Nos enseña claramente que puede haber veces cuando los pecados de las personas que están en lugares importantes hacen que sea una clara obligación el protestar públicamente contra ellos. Nos muestra que es posible hablar claro sin hablar mal de las autoridades.

Parece que ningún pecado es considerado más grave por Cristo que la hipocresía. Ciertamente, ninguno hizo salir de sus labios una condenación tan frecuente, fuerte y mordaz durante todo el transcurso de su ministerio. Siempre estaba lleno de misericordia y compasión hacia el mayor de los pecadores. No se enfureció cuando vio a Zaqueo, el ladrón arrepentido, Mateo el publicano, Saulo el perseguidor y la mujer en casa de Simón. Pero cuando vio a los escribas y a los fariseos llevando una mera capa religiosa y fingiendo gran santidad exterior mientras que sus corazones estaban llenos de maldad, parece que su

alma justa se llenó de indignación. Ocho veces en un capítulo (cf. Mateo 23) le descubrimos diciendo: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!”.

No olvidemos que el Señor Jesús nunca cambia. Él es el mismo ayer, hoy y para siempre. Independientemente de nuestra situación religiosa, seamos *genuinos*. Por débil que sean nuestra fe, esperanza, amor y obediencia, asegurémonos de que son reales, genuinos y sinceros. Aborrezcamos la idea misma de actuar y llevar máscaras en nuestro cristianismo. En cualquier caso, seamos *cabales*. Es un hecho llamativo que la primera pieza de la armadura que S. Pablo recomienda al soldado cristiano sea “la verdad”. “Estad, pues —les dice— firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad” (Efesios 6:14).

Observemos en este pasaje, por último, que *habrá grados de condenación y aflicción en el Infierno*. Las palabras de nuestro Señor son inequívocas y categóricas. Dice de aquellos que viven y mueren como hipócritas: “Estos recibirán mayor condenación”.

La cuestión que se plantea en estas palabras es profundamente dolorosa. La realidad y eternidad del castigo eterno están entre las grandes verdades fundamentales de la religión revelada, en las que es difícil pensar sin un escalofrío. Pero es bueno tener todo lo que la Biblia enseña acerca del Cielo y el Infierno firmemente fijo en nuestras mentes. La Biblia enseña claramente que habrá grados de gloria en el Cielo. Y enseña con no menos claridad, tanto aquí como en otras partes, que habrá grados de aflicción en el Infierno.

¿Quiénes, al fin y al cabo, son los que finalmente recibirán condenación? Este es el punto práctico que nos concierne más. Todos los que no acuden a Cristo, todos los que no conocen a Dios y no obedecen el Evangelio, todos los que rehúsan arrepentirse y continúan aún en maldad, todos estos serán al final condenados. Recibirán según lo que hayan sembrado. Dios no desea su perdición final pero, si no escuchan su voz, morirán en sus pecados.

¿Mas quiénes entre aquellos que son condenados recibirán la mayor condenación? No serán los paganos que nunca oyeron la Verdad. No serán los ingleses ignorantes y desaliñados de cuyas almas, por muy hundidas en el libertinaje que estén, no se preocupó el hombre. Serán aquellos que tuvieron gran luz y conocimiento pero no hicieron un uso adecuado de ellos. Serán aquellos que profesaron gran santidad y religiosidad pero que, en realidad, se aferraron a sus pecados. En una palabra, el hipócrita tendrá el lugar más bajo en el Infierno. Estas son cosas terribles, pero ciertas.

Notas Lucas 20:41–47

V. 41: *[Él les dijo]*. No se debe pasar por alto la relación entre este

versículo y los dos anteriores. Parece claro que ahora nuestro Señor se dirige a “los escribas”. Estos estaban bastante dispuestos a aprobar la respuesta dada a los saduceos. ¿Pero entendían ellos a su vez las Escrituras? Nuestro Señor les muestra que no.

[¿Cómo dicen?]. Esta expresión implica que eran unas palabras comunes entre los teólogos judíos, una opinión reconocida y aceptada.

[Cristo es el hijo de David]. Notemos que esta expresión nos muestra que, cuando personas enfermas y otras que acudieron a nuestro Señor le llamaron “hijo de David”, estaban diciendo más de lo que quizá parece a primera vista. La expresión era equivalente a una confesión de que nuestro Señor era el Mesías.

V. 42: *[El mismo David dice]*. Notemos que el mismo Salmo que cita aquí nuestro Señor es aquel con el que el apóstol Pedro insiste a los judíos en el primer sermón público que les dirige en el día de Pentecostés (Hechos 2:34). Es interesante reflexionar sobre que, aquel día, probablemente Pedro recordó el uso que su Maestro había hecho del Salmo y caminó sabiamente en sus pasos citándolo a los judíos.

V. 44: *[¿Cómo entonces es su hijo?]*. Esta era una pregunta concerniente a la persona del Mesías, que solo podía ser respondida admitiendo que era Dios además de hombre y hombre además de Dios. Por tanto, los escribas y fariseos no comprendieron.

Nuestro Señor tenía probablemente un doble objetivo en mente con la pregunta que plantea a los escribas.

Por un lado, deseaba convencerles de su propia ignorancia de las Escrituras que orgullosamente suponían que comprendían.

Por otro, deseaba enseñarles ideas más elevadas y excelsas de la verdadera naturaleza del Mesías. Un gran error de los escribas y fariseos, y ciertamente de la mayoría de los judíos durante el ministerio terrenal de nuestro Señor, era la deficiente y carnal idea que tenían de la naturaleza y persona del Mesías. Esperaban a alguien que sería profeta y rey, alguien más grande que Moisés y David, sin duda, pero no a Alguien que fuera a la vez Dios mismo. Parece que parte de la intención de nuestro Señor en su última conversación pública con sus enemigos era corregir su error y mostrar la incoherencia del mismo con la Escritura.

Aquellos que se sorprenden secretamente de que nuestro Señor no cumpliera las profecías y las aplicara públicamente a sí mismo de una manera tan clara que no hubiera lugar alguno para la duda, harían bien en recordar que esta no es la manera que Dios tiene de tratar con el hombre. Dios nunca fuerza la convicción en la mente del hombre. Si los hombres no quieren creer, siempre hay lugar para la incredulidad. Este es un principio muy importante que haremos bien en recordar al interpretar la profecía incumplida. Esperar que el libro del Apocalipsis, por ejemplo, se cumpla tan claramente que no haya posibilidad de discusión ni de duda en cuanto a su cumplimiento es esperar algo contrario a cómo Dios se ha relacionado siempre con el hombre.

V. 46: *[Andar con ropas largas]*. Esta expresión o bien se refiere a vestiduras de un tamaño extravagantemente grandes de las que los escribas

se enorgullecían, o bien a las franjas y los cordones de sus vestiduras que se ponían en obediencia a la Ley (cf. Números 15:38). Estos cordones los hacían excesivamente largos para impresionar a la gente, dándoles a entender que su santidad y su reverencia por la Ley eran grandes.

[Aman las salutaciones]. Esta expresión se explica en el Evangelio según S. Mateo (Mateo 23:7–10). Amaban que se les otorgaran títulos honoríficos y respetables —como "rabino, padre, señor, maestro"— en lugares públicos. Los hombres suelen profesar un deseo de magnificar su oficio cuando en realidad quieren magnificarse a sí mismos.

[Las primeras sillas [...] y los primeros asientos]. La gran característica de la religión hipócrita y formal es que busca la alabanza del hombre y la honra procedente del hombre. La verdadera gracia puede esperar hasta recibir la honra y se preocupa poco por la que puede recibir en la Tierra.

La palabra griega que hemos traducido "los primeros asientos" significa literalmente "los principales o predominantes reclinatorios" alrededor de una mesa en un banquete. No se refiere a la principal de varias salas [en la versión inglesa utilizada por el autor se traduce "las principales salas", N.T.].

V. 47: *[Devoran las casas de las viudas]*. La explicación más probable de esta frase es que los escribas, bajo pretendida caridad, se hacían cargo de la propiedad de las viudas y fingían administrarla en su lugar. Pero, en vez de administrarla con honradez y fidelidad, la malversaban y la utilizaban personalmente para sus propios intereses.

Lucas 21:1–4

De estos versículos aprendemos, por un lado, *lo intensamente que nuestro Señor Jesucristo observa las cosas que se hacen sobre la tierra*. Leemos que "levantando los ojos, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas. Vio también a una viuda muy pobre, que echaba allí dos blancas". Bien podríamos suponer que la mente de nuestro Señor en esta etapa estaría completamente ocupada con las cosas que tenía inmediatamente por delante. Su entrega, su juicio injusto, su Cruz, su pasión y su muerte eran inminentes; y Él lo sabía. La cercana destrucción del Templo, la dispersión de los judíos, el largo período hasta su Segunda Venida eran todas cosas que se extenderían ante su mente como un lienzo. En unos momentos hablaría de estas cosas. ¡Y, sin embargo, en un momento como este vemos que se fija en todo lo que ocurría a su alrededor! Piensa que no es indigno de Él observar la conducta de "una viuda muy pobre".

Recordemos que el Señor Jesús nunca cambia. Lo que leemos en el pasaje que tenemos ante nosotros es lo que está ocurriendo en todo el mundo: "Los ojos de Jehová están en todo lugar" (Proverbios 15:3).

Nada es demasiado pequeño como para que escape a su observación. Ningún acto es demasiado insignificante como para ser anotado en el libro de sus memorias. La misma mano que formó el Sol, la Luna y las estrellas fue la mano que formó la lengua del mosquito y el ala de la mosca con perfecta sabiduría. El mismo ojo que ve las salas conciliares de los reyes y emperadores es el ojo que advierte todo lo que pasa en casa del labriego. “Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). Él mide la pequeñez y la grandeza de una manera muy diferente de la forma de medir propia del hombre. Los sucesos de nuestra vida diaria a los que no otorgamos importancia suelen ser muy graves y serios a los ojos de Cristo. Los actos y las hazañas de la historia semanal de un pobre, que los grandes de este mundo consideran triviales y despreciables, suelen ser registrados como considerables e importantes en los libros de Cristo. Aún vive Aquel que advirtió la donación de una “viuda muy pobre” prestándole tanta atención como a los dones de muchos “ricos”.

Que el creyente de rango inferior reciba consuelo de esta tremenda verdad. Recuerde diariamente que su Señor celestial tiene en cuenta todo lo que se hace en la Tierra, y que para Él tienen tanto valor las vidas de los campesinos como las de los reyes. Los actos del creyente pobre son tan dignos como los de un príncipe. Las pequeñas contribuciones a objetivos religiosos que hace el obrero en función de sus escasas pertenencias son tan valoradas a los ojos de Cristo como un billete de 10 000 libras de un aristócrata. Tener pleno conocimiento de esto es uno de los grandes secretos del contentamiento. Ser conscientes de que Cristo mira lo que el hombre *es* y no lo que el hombre *tiene* nos ayudará a evitar los pensamientos de envidia y la murmuración. ¡Feliz aquel que ha aprendido a decir con David: “Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mí” (Salmo 40:17)!

En estos versículos aprendemos, por otro lado, *quiénes son aquellos a quienes Cristo considera más liberales cuando dan dinero para propósitos religiosos*. Leemos que dijo de aquella que entregó dos blancas en el arca de las ofrendas: “Esta viuda pobre echó más que todos. Porque todos aquellos echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; mas esta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía”. Estas palabras nos enseñan que Cristo mira algo más que la simple cantidad de lo que dan los hombres al medir su liberalidad. Mira la proporción de lo que dan con su propiedad. Mira el grado de negación de uno mismo que conlleva su entrega. Quería que supiéramos que algunas personas parecen dar mucho para propósitos religiosos y, sin embargo, a los ojos de Dios dan muy poco; y que algunos parecen dar muy poco pero a los ojos de Dios dan mucho.

El asunto que tenemos ante nosotros toca especialmente a nuestra conciencia. Quizá en ningún punto los que profesan ser cristianos

fallen tanto como en la cuestión de dar dinero para la causa de Dios. Me temo que miles no piensan en absoluto que “dar” es una obligación cristiana. Lo poco que se da se limita por completo a un selecto grupo reducido en las iglesias. Aun entre aquellos que dan podríamos atrevernos a afirmar que los pobres dan, por lo general, mucho más en proporción a sus medios que los ricos. Estos son hechos evidentes que no se pueden negar. La experiencia de todos los que recogen fondos para organizaciones religiosas y obras de caridad cristianas dará testimonio de que tienen razón y así es.

Juzguémonos a nosotros mismos respecto al asunto del dar para que no seamos juzgados y condenados en el gran día. Tomemos la decisión de tener como principio el velar contra la tacañería y de, independientemente de lo que hagamos con nuestro dinero, dar regular y habitualmente a la causa de Cristo. Recordemos que, aunque la obra de Cristo no dependa de nuestro dinero, sin embargo, a Cristo le agrada probar la realidad de nuestra gracia permitiéndonos ayudarle. Si no podemos encontrarla en nuestros corazones llevándonos a dar para la causa de Cristo, bien podemos dudar de la realidad de nuestra fe y nuestro amor. Recordemos que en el día final tendremos que dar cuentas de nuestro uso del dinero que Dios nos ha dado. El Juez de todo será Aquel que advirtió la blanca de la viuda. Nuestros ingresos y gastos saldrán a la luz delante de todo el mundo. Si se demuestra en aquel día que hemos sido ricos hacia nosotros mismos pero pobres para con Dios, bueno sería que no hubiéramos nacido. Además, miremos alrededor del mundo y busquemos hombres que se hayan arruinado por dar con liberalidad a propósitos piadosos y que se hayan visto pobres por dar al Señor. Descubriremos que estas palabras de Salomón son estrictamente ciertas: “Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza” (Proverbios 11:24).

Por último, oremos por los hombres ricos que hasta ahora no saben nada del placer de “dar”, para que sus riquezas no sean su perdición. Cientos de movimientos religiosos y de beneficencia carecen de fondos continuamente. Se abren para la Iglesia de Cristo grandes y eficaces puertas para hacer bien por todo el mundo; pero, por falta de dinero, pocos pueden ser enviados a entrar por ellas. Oremos para que el Espíritu Santo descienda en todas nuestras congregaciones y enseñe a todos nuestros fieles qué hacer con su dinero. De toda la gente en la Tierra, no debería haber dadores más liberales que los cristianos. Todo lo que tienen lo deben a la libre gracia de Dios. Cristo, el Espíritu Santo, el Evangelio, la Biblia, los medios de gracia, la esperanza de gloria, todos son *dones* inmerecidos, incomparables, de los que millones de paganos nunca han oído hablar. Los poseedores de dichos dones deberían sin duda ser “dadivosos” y “generosos”. Un Salvador que da debe tener discípulos que dan: “De gracia recibisteis, dad de

gracia” (1 Timoteo 6:18; Mateo 10:8).

Notas Lucas 21:1–4

V. 1: *[Echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas]*. Dice Mayor: “En el segundo atrio del Templo, en el atrio de las mujeres, había trece cofres con inscripciones donde ponía para qué uso eran las ofrendas que se recogían en cada uno. En uno de ellos echó la viuda sus dos blancas. De ahí que este atrio fuera denominado ocasionalmente “el lugar de las ofrendas” (Juan 8:20). Estas ofrendas se hacían en las tres grandes fiestas y se componían de diezmos y deudas, para cumplir con el precepto de que “ninguno se presentará delante de mí con las manos vacías” (Éxodo 23:15; Deuteronomio 16:16; cf. 2 Reyes 12:9).

V. 2: *[Viuda pobre]*. Aquí, como en otros lugares de la Biblia, debemos recordar la situación extremadamente triste y dependiente de la viuda de un hombre pobre en los países donde estaba nuestro Señor. La expresión es casi un proverbio que hace referencia a alguien a quien le va muy mal y que difícilmente puede contribuir con algo para una causa benéfica.

[Dos blancas]. Una blanca era la moneda más pequeña en uso entre los judíos en tiempos de nuestro Salvador. Dice Major que era igual a unos tres octavos de un cuarto de penique de nuestro dinero.

V. 3: *[Echó más]*. “Más” en esta expresión no significa, por supuesto, una gran suma en realidad, sino más a los ojos de Dios, una donación que Dios valora más que otra que es de mucho más valor a los ojos del hombre; más en el juicio de Aquel que mira las motivaciones de los que dan y el dinero que se guardan para sí además del dinero donado; más en relación a sus medios.

V. 4: *[Echaron de lo que les sobra]*. Esto significa que los ricos daban de un fondo tan grande y abundante que apenas sentían que daban, porque les quedaba mucho.

[De su pobreza echó]. Esto significa que lo que dio la viuda procedía de un fondo tan pequeño que, después de dar, parecía que no quedaba nada.

[Todo el sustento]. El significado de esta expresión es muy cuestionado. Algunos piensan que significa que la viuda entregó toda su propiedad. Otros creen que significa que dio todo su ingreso del día. Esta última opinión parece la más probable. Una persona tan pobre como la viuda viviría necesariamente al día, y no poseería ni capital ni propiedad excepto lo que recibía de alguna fuente un día tras otro.

Notemos, al dejar este pasaje, que nuestro Señor no dice una palabra aquí contra la legitimidad e idoneidad de dar dinero para los tesoros del Templo, aunque sin duda sabía que el dinero se solía emplear mal y que la dispensación del Templo pronto pasaría. Una excesiva hipercrítica de los errores y las debilidades de las organizaciones religiosas que son sanas en principio no es algo a alabar. Todas las instituciones dirigidas por el hombre

tienen que ser necesariamente imperfectas.

Por último, cuidémonos de utilizar a la ligera la expresión “dar mi blanca” en referencia a dar el dinero para causas religiosas o benéficas. Esta frase se emplea a menudo sin pensar ni reflexionar. Si la gente diera su blanca de manera verdadera y literal como hizo la viuda, muchos tendrían que dar mucho más dinero del que dan ahora. Su “blanca” es algo que dio con inmensa negación de sí misma y un gran sacrificio. La mayoría de “blancas” de los hombres, hoy día, hacen referencia a algo cuya pérdida no se siente, que no se echa de menos y no acaba con el bienestar de uno. Si todas las personas dieran su “blanca” como la dio la viuda, el mundo y la Iglesia estarían pronto en una situación diferente.

Lucas 21:5–9

Fijémonos en este pasaje en *las palabras de nuestro Señor Jesucristo acerca del Templo de Jerusalén*. Leemos que algunos hablaban “de que el templo estaba adornado de hermosas piedras y ofrendas votivas”. Lo alababan por su belleza externa. Admiraban su tamaño, su grandeza arquitectónica y su costosa ornamentación. Pero no encontraron respuesta de nuestro Señor. Leemos que dijo: “En cuanto a estas cosas que veis, días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida”.

Estas palabras eran una sorprendente profecía. La mentalidad inglesa difícilmente puede concebir lo extrañas y asombrosas que debieron de sonar a los oídos judíos. Eran relativas a un edificio que todo israelita consideraba con una veneración casi idólatra. Eran relativas a un edificio que contenía el arca, el lugar santísimo y los muebles simbólicos construidos según el patrón dado por Dios mismo. Eran relativas a un edificio asociado con la mayoría de los principales nombres de la historia judía: David, Salomón, Ezequías, Josías, Isaías, Jeremías, Esdras y Nehemías. Eran relativas a un edificio hacia el cual todo judío devoto volvía su rostro desde cualquier parte del mundo cuando ofrecía sus oraciones diarias (cf. 1 Reyes 8:44; Jonás 2:4; Daniel 6:10). Pero eran palabras intencionadas. Su propósito era enseñarnos la tremenda verdad de que la verdadera gloria de un lugar de culto no consiste en los adornos externos: “Jehová no mira lo que mira el hombre” (1 Samuel 16:7). El hombre mira la apariencia externa de un edificio. El Señor mira la adoración espiritual y la presencia del Espíritu Santo. En el Templo de Jerusalén, aquellas cosas brillaban por su ausencia y, por tanto, Jesucristo no podía complacerse en él.

Los que profesan ser cristianos harán bien en recordar en el presente las palabras de nuestro Señor. Sin duda es justo y

conveniente que los edificios apartados para el culto cristiano sean dignos del propósito para el que son utilizados. Todo lo que se hace para Cristo debe hacerse bien. En la casa en que se predica el Evangelio, se lee la Palabra de Dios y se ora no debe faltar nada que pueda hacerla más bonita y cómoda. Pero nunca se debe olvidar que la parte material de una iglesia cristiana es, con mucho, la menos importante de la misma. La más hermosa combinación de mármol, piedra, madera y cristal de colores no valen nada a los ojos de Dios a menos que haya verdad en el púlpito y gracia en la congregación. Las guaridas y cuevas en las que solían reunirse los cristianos primitivos eran probablemente mucho más hermosas a los ojos de Cristo que la más excelsa catedral erigida por el hombre. El templo en el que se deleita el Señor Jesús es un corazón contrito y humillado, renovado por el Espíritu Santo.

Fijémonos en este pasaje, por otro lado, en *la solemne advertencia de nuestro Señor Jesucristo contra el fraude*. Sus notables palabras acerca del Templo provocaron una importante pregunta de sus discípulos: “Maestro, ¿cuándo será esto? ¿y qué señal habrá cuando estas cosas estén para suceder?”. La respuesta de nuestro Señor a esa pregunta fue larga y completa. Comenzó con una enfática amonestación: “Mirad que no seáis engañados”.

Es muy importante el lugar que ocupa esta amonestación. Antecede a una profecía de gran alcance y de importancia universal para todos los cristianos, una profecía que se extiende desde el día en que fue dada hasta el de la Segunda Venida, una profecía que revela cuestiones del más tremendo interés tanto para los judíos como para los gentiles, y una profecía de la que aún queda por cumplir una gran parte. Y ya la primera frase de esta maravillosa profecía es una amonestación contra el engaño: “Mirad que no seáis engañados”.

La necesidad de esta amonestación ha sido demostrada continuamente en la historia de la Iglesia de Cristo. Quizá en ninguna cuestión hayan cometido los teólogos tantos errores como en la interpretación de la profecía no cumplida. En ninguna otra cuestión han mostrado tanto la debilidad del intelecto del hombre y confirmado tan plenamente las palabras de S. Pablo: “Ahora vemos por espejo, oscuramente […]. Ahora conozco en parte” (1 Corintios 13:12). El dogmatismo, el ser categórico, la amargura conflictiva, la obstinación al aferrarse a posturas insostenibles, las afirmaciones y especulaciones imprudentes han traído demasiado a menudo descrédito a toda la cuestión de las Escrituras proféticas y han causado que los enemigos del cristianismo blasfemen. Hay demasiados libros sobre interpretación profética en cuyas portadas se podría escribir con razón: “¿Quién es ese que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?” (Job 38:2).

Aprendamos de las palabras de advertencia de nuestro Señor a orar por un espíritu humilde y educable cuando abrimos las páginas de la profecía incumplida. Aquí más que nunca necesitamos el corazón de

un niño pequeño y la oración: “Abre mis ojos” (Salmo 119:18). Cuidémonos, por un lado, de esa comodidad indiferente que rechaza todas las Escrituras proféticas debido a las dificultades que plantean. Cuidémonos, por otro lado, de ese espíritu dogmático y arrogante que hace que los hombres olviden que son estudiantes y hablen con confianza como si fueran profetas. Sobre todo, leamos la Escritura profética con una plena convicción de que su estudio conlleva bendición y se puede esperar más luz en cuanto a ella cada año. La promesa “bienaventurado el que lee” permanece vigente con toda su fuerza. En el tiempo del fin será quitado el sello de la visión (cf. Apocalipsis 1:3; cf. Daniel 12:9).

Notas Lucas 21:5–9

V. 5: *[Unos que hablaban de que el templo [...]*. Lo que sentían todos los judíos de tiempos de nuestro Señor al ver el Templo era algo que distaba mucho de lo que nos podemos imaginar en el presente. Debemos tener esto en cuenta para valorar correctamente el efecto que debieron de producir estas palabras de nuestro Señor en aquellos que las oyeron.

[Hermosas piedras]. Josefo menciona de manera especial el enorme tamaño de las piedras con las que Herodes construyó el Templo en su última restauración. Él dice que “muchas de ellas tenían alrededor de veinticinco codos de largo, ocho de altura y doce de ancho”. Un codo equivalía a unos 55 cm.

[Ofrendas votivas]. Tácito, el historiador romano, y Josefo, el autor judío, mencionan ambos las enormes riquezas contenidas en el Templo, que constituían especialmente ofrendas dadas por personas piadosas o por gobernantes que deseaban mostrar respeto por el edificio. En particular había una parra de oro entregada por Herodes con racimos de uvas tan grandes como un hombre. Muchas de estas ofrendas eran colgadas en el pórtico del Templo para que todos pudieran verlas.

V. 6: *[No quedará piedra sobre piedra]*. Estas palabras se cumplieron literalmente cuando Tito tomó Jerusalén y Turrus Rufus, uno de sus oficiales, destruyó los fundamentos del Templo.

Haríamos bien en recordar que estas palabras no necesariamente se aplican a la infraestructura de la parte de la colina sobre la que descansaba el Templo. Aún se puede ver un muro construido de enormes piedras en Jerusalén que los más informados viajeros están de acuerdo en considerar que estaba cuando nuestro Señor pronunció esta profecía.

Burkitt comenta: “El pecado minará y derribará la estructura más magnífica y famosa. El pecado acaba con ciudades y reinos, así como con las personas individuales”.

V. 8: *[Mirad que no seáis engañados]*. La amonestación dada por nuestro Señor resulta muy significativa. Los errores que han cometido los teólogos

acerca del cumplimiento de la profecía en todas las épocas de la Iglesia han sido muchos y grandes. En nuestros propios días vemos que algunos otorgan un sentido literal a la profecía figurativa y otros le dan un sentido figurado a la profecía literal. Algunos no pueden ver nada que no sea “la Iglesia” en pasajes en los que se menciona a Israel; otros no pueden ver nada que no sea Israel en cada profecía de la Biblia. Unos dicen que casi todas las profecías de la Biblia se han cumplido; otros, que casi todas quedan por cumplir. Unos ven la iglesia de Roma por todas partes en la profecía; otros no ven a Roma en ninguna profecía. Unos no ven anticristo alguno salvo el papa; otros, solo ven un futuro anticristo general aun por revelarse. Unos piensan que los acontecimientos que nos rodean están cumpliendo el libro del Apocalipsis; otros creen que aún queda por cumplirse cada palabra del Apocalipsis. En medio de este complicado laberinto de opiniones discordantes, necesitamos enormemente la solemne advertencia de nuestro Señor: “Mirad que nadie os engañe”.

[Vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo]. Aparecieron muchos impostores en los últimos días de la historia judía con pretensiones de ser el Mesías. No debe sorprendernos que surjan algunos parecidos y que se hagan afirmaciones similares acerca del tiempo de la Segunda Venida de Cristo.

Lucas 21:10–19

Notemos, por un lado, en este pasaje, *la predicción de Cristo respecto a las naciones del mundo*. Dice: “Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias; y habrá terror y grandes señales del cielo”.

Estas palabras, sin duda, recibieron un cumplimiento parcial en los días cuando Jerusalén fue tomada por los romanos y los judíos fueron llevados al cautiverio. Fue un período de desolación sin paralelos para Judea y para los países circundantes. Los últimos días de la dispensación judía acabaron con una lucha que en derramamiento de sangre, aflicción y tribulación nunca han sido igualados desde el inicio del mundo.

Pero las palabras que tenemos ante nosotros aún deben recibir un cumplimiento más completo. Describen el tiempo que precederá inmediatamente a la Segunda Venida de Jesucristo. El “tiempo del fin” será un tiempo de guerra, y no de paz universal. La dispensación cristiana pasará como la judía, en medio de guerras, tumultos y desolación, en medio de un choque general de imperios y reinos como nunca han visto los ojos del hombre.

Es de gran importancia para nuestras almas que entendamos bien

estas cosas. Nada está tan calculado para estremecer de horror el corazón y desalentar la fe del cristiano como la indulgencia con expectativas no escriturarias. Quitemos de nuestras mentes la vana idea de que las naciones van a dejar por completo las guerras antes de que Jesucristo vuelva. Mientras el diablo sea el príncipe de este mundo y los corazones de la mayoría no se conviertan, habrá luchas y contiendas. No habrá paz universal antes de la Segunda Venida del Príncipe de Paz. Entonces, y solo entonces, los hombres "[no] se adiestrarán más para la guerra" (Isaías 2:4). Dejemos de esperar que los misioneros y ministros conviertan alguna vez el mundo y enseñen a toda la humanidad a amarse unos a otros. No harán nada parecido. Nunca tuvieron ese propósito. Llamarán al pueblo a ser testigo y a servir a Cristo en cada lugar, pero no lo harán más. La mayoría de la Humanidad siempre rehusará obedecer al Evangelio. Las naciones siempre continuarán peleando, discutiendo y luchando. Los últimos días sobre la Tierra serán los peores. La última batalla será la más temible y terrible de todas las que han desolado la Tierra.

La obligación del cristiano genuino es clara y evidente. Independientemente de lo que hagan los demás, él debe dedicarse por entero a asegurar su propio llamamiento y su propia elección. Mientras que otros se ocupan en conflictos nacionales y especulaciones políticas, él debe buscar firmemente primero el Reino de Dios. Al hacerlo así, sentirá sus pies sobre una roca cuando los fundamentos de la Tierra se desmoronen y los reinos de este mundo sean destruidos. Estará como Noé, seguro en el arca. Será "guardado en el día del enojo de Jehová" (Sofonías 2:3).

Por otro lado, notemos en este pasaje *la predicción de Cristo respecto a sus propios discípulos*. No profetiza cosas suaves ni les promete un ininterrumpido camino de bienestar terrenal. Les dice: "Os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre".

Las palabras de esta profecía debían aplicarse sin duda a todas las épocas de la Iglesia de Cristo. Comenzaron a cumplirse en los días de los Apóstoles. El libro de Hechos nos proporciona muchos ejemplos de su cumplimiento. Se han cumplido repetidamente durante los últimos dieciocho siglos. Allí donde ha habido discípulos de Cristo siempre ha habido más o menos persecución. Aún recibirán un cumplimiento más completo antes de que venga el fin. La última tribulación vendrá marcada, probablemente, por una especial violencia y amargura. Será una "gran tribulación" (Apocalipsis 7:14).

Establezcamos en nuestras mentes el principio de que el verdadero cristiano siempre debe entrar en el Reino de Dios "a través de muchas tribulaciones" (Hechos 14:22). Las mejores cosas para él aún están por llegar. Este mundo no es nuestro hogar. Si somos siervos de Cristo fieles y decididos, el mundo ciertamente nos odiará como odió a

nuestro Señor. En un sentido u otro, la gracia siempre será perseguida. Ninguna coherencia de conducta, por intachable que sea, ninguna bondad o amabilidad de carácter, por notable que sea, eximirá al creyente del desagrado del mundo mientras viva. Es una tontería sorprenderse de esto. Es una mera pérdida de tiempo quejarnos de ello. Forma parte de la cruz y debemos llevarla con paciencia. Los hijos de Caín odiarán a los hijos de Abel mientras la Tierra continúe. "Hermanos míos —dice S. Juan—, no os extrañéis si el mundo os aborrece". "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece" (1 Juan 3:13; Juan 15:18–19).

Por último, notemos en este pasaje *la promesa misericordiosa de Cristo a sus discípulos*. Les dice: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá". Nuestro bendito Señor conoce bien los corazones de sus discípulos. Ve que la profecía que acababa de dar podía hacer que desmayaran, y añade una buena palabra de ánimo: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá".

La promesa que tenemos ante nosotros es amplia y va dirigida a todos los creyentes de todas las épocas. Una interpretación literal de la misma es claramente imposible. No se puede aplicar a los cuerpos de los discípulos. Decir eso sería contradictorio con el notable hecho de que Santiago y los demás Apóstoles murieran violentamente. A estas palabras se les debe dar, evidentemente, una interpretación figurada. Constituyen un gran proverbio. Nos enseñan que, independientemente de los sufrimientos por los que pase un discípulo de Cristo, sus mejores cosas nunca pueden ser dañadas. Su vida está escondida con Cristo en Dios. Su tesoro en el Cielo nunca puede ser tocado. Su alma está fuera del alcance del daño. Hasta su infame cuerpo será resucitado y transformado a semejanza del cuerpo glorioso de su Salvador en el día final.

Si conocemos algo de la verdadera religión, apoyémonos en las palabras de las gloriosas promesas en cada momento de necesidad. Si creemos en Cristo, descansemos en el suficiente pensamiento de que Cristo ha empeñado su palabra de que no perecerán. Podemos perder mucho sirviendo a Cristo, pero nunca perderemos nuestras almas. El mundo puede privar a un creyente de propiedades, amigos, país, hogar, libertad, salud y vida. Lo ha hecho en innumerables ocasiones desde los días de Esteban hasta el presente. La lista del enorme ejército de mártires es muy extensa. Pero hay algo que el mundo no puede hacer a creyente alguno. No puede privarle de su interés en el amor de Cristo. No puede romper la unión entre Cristo y su alma. ¡Sin duda merece la pena ser cien por cien creyente! "Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 8:38–39).

Notas Lucas 21:10–19

V. 10: *[Entonces les dijo]*. La parte de la profecía que comienza aquí y se extiende al versículo 19 parece admitir una doble interpretación. En primer lugar se aplica a las guerras relacionadas con la toma de Jerusalén y a las aflicciones de los cristianos tras la muerte de nuestro Señor hasta el fin de la dispensación judía. En segundo lugar se aplica a los tiempos inmediatamente anteriores a la Segunda Venida de Cristo y el fin del mundo.

[Se levantará nación contra nación]. Los tiempos que precedieron a la última guerra de los judíos y a la destrucción de Jerusalén fueron notables por sus repetidas insurrecciones y por crecientes alborotos en Judea. El "tiempo del fin" que precede inmediatamente a la Segunda Venida de nuestro Señor será de alguna manera un tiempo de guerra, confusión y desorden entre las naciones de la cristiandad.

V. 11: *[Terremotos [...], hambres y pestilencias]*. Se hizo bastante hincapié en que estas visitas de Dios serían especialmente frecuentes y severas en los últimos días de la dispensación judía. En particular, miles murieron de hambre y pestilencia en Jerusalén durante el asedio antes de que fuera tomada la ciudad.

[Terror y grandes señales]. Merece la pena leer la siguiente nota del obispo Pearce: "Josefo nos ha relatado de forma muy particular los prodigios de esta clase que precedieron a la destrucción de Jerusalén. Habla de una espada llameante vista sobre la ciudad y de un cometa que apareció allí durante un año. Menciona una luz que por espacio de media hora brilló tanto por la noche entre el Templo y en el altar, que parecía que fuera de día. Tiene en cuenta también lo que testigos oculares le habían relatado de que carros y tropas armadas habían sido vistas luchando en el cielo un día determinado. Añade que en el día de Pentecostés, cuando los sacerdotes entraron en el interior del Templo, escucharon un gran ruido y voces de una multitud clamando: 'Deja que nos vayamos de aquí'. La sustancia de este relato también la ofrece Tácito, el historiador romano".

No parece haber razón para dudar de la exactitud de este relato de Josefo. De todas formas, al ser un judío inconverso, su intención no era confirmar las afirmaciones contenidas en los Evangelios.

Hay un elevado grado de probabilidad de que la Segunda Venida de Jesucristo venga precedida por señales similares y acontecimientos inusuales en el marco de la Naturaleza.

V. 12: *[Os echarán mano [...], os perseguirán]*. Este versículo parece referirse de manera especial a las persecuciones sufridas por los primeros cristianos entre el momento de la ascensión de Cristo y la destrucción de Jerusalén. Los Hechos de los Apóstoles describen el cumplimiento de este versículo.

V. 13: *[Os será ocasión para dar testimonio]*. El significado de este versículo parece ser que "los sufrimientos de todos los cristianos demostrarán ser una evidencia de la verdad del cristianismo".

Puede que vaya bien comentar aquí que, si los primeros que profesaron el

cristianismo hubieran recibido siempre riquezas, honra y recompensas terrenales tan pronto como se hicieran cristianos, el mundo pagano podría haber dudado de su sinceridad y de la verdad de su causa. Pero, cuando el mundo vio a miles de ellos soportando con paciencia tremendos sufrimientos antes que abandonar su religión, esa visión debió de constituir una poderosa prueba de que su religión era verdad. Se puede encontrar en un lugar u otro a alguien que, en un arranque de entusiasmo o de fanatismo, soporte el sufrimiento y la muerte por una falsa religión que neciamente creía ser cierta, o hasta por una religión que sabía que era falsa. Pero cuando miles sufrieron y murieron por el cristianismo en los primeros días de la Iglesia de Cristo, esto constituyó un argumento a favor de la verdad del cristianismo que los infieles nunca han sido capaces de superar.

V. 14: *[Proponed en vuestros corazones no pensar]*. Aquí, como en otros lugares, no se debe pasar por alto la correcta aplicación de este precepto. La intención no era fomentar que los ministros rehusaran prepararse para subir al púlpito. No se aplica a su caso en absoluto. Su propósito era el consuelo de los cristianos perseguidos. Las promesas relacionadas con ello se cumplieron maravillosamente en el caso de los Apóstoles en los Hechos, así como en las pruebas que soportan muchos mártires en los tiempos modernos.

V. 15: *[Yo os daré palabra y sabiduría]*. Scott comenta sobre esta promesa que de paso es una prueba de la divinidad de Cristo. Nadie salvo Aquel que era Dios mismo podría haber hecho una promesa como esta.

V. 16: *[Seréis entregados]*. No tenemos ejemplos concretos de semejante entrega en los Hechos. Pero que fue bastante común en las persecuciones de la Iglesia primitiva es sabido por todos los lectores de la historia eclesiástica.

V. 17: *[Seréis aborrecidos de todos]*. Estas palabras se deben considerar con cuidado. Muestran que los cristianos no deben codiciar popularidad universal ni tampoco valorarla demasiado si les cae en suerte. El cristiano de quien todo el mundo habla bien difícilmente puede ser un hombre fiel.

V. 19: *[Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas]*. No debemos suponer que estas palabras significan “conservad vuestras almas en un estado de paciencia”. Esta es una interpretación común, pero no correcta. El significado parece ser más bien: “Ganad, o procurad, o continuad en posesión de la salvación de vuestras almas, por medio o a través de vuestra paciencia”. Alford lo parafrasea así: “Esta resistencia es el camino señalado por Dios en el que, y por medio del cual, vuestra salvación os será otorgada en posesión”. Al lector de la Biblia le resultará naturalmente parecida la expresión “ocupaos en vuestra salvación” (Filipenses 2:12).

Pearce toma la palabra “almas” en referencia a nada más que “vuestras vidas” y piensa que el versículo se podría parafrasear así: “Vuestra perseverancia será recompensada con la preservación de vuestras vidas en medio de la destrucción general”. Pero la expresión del versículo anterior es tan claramente una promesa espiritual, que el versículo que tenemos delante no parece significar nada más que la salvación de la vida meramente corporal.

Lucas 21:20–24

El asunto tratado en los versículos que tenemos delante es la conquista de Jerusalén por los romanos. Era justo y conveniente que este gran acontecimiento, que cerraría la dispensación del Antiguo Testamento, fuera descrito de manera especial por boca de nuestro Señor. Era lógico que los últimos días de aquella santa ciudad, que había sido sede de la presencia de Cristo durante tantos siglos, recibiera un lugar especial en la mayor profecía entregada a la Iglesia.

Destaquemos en este pasaje *el perfecto conocimiento de nuestro Señor Jesucristo*. Nos ofrece un terrible cuadro de las desgracias que iban a acontecer en Jerusalén. Cuarenta años antes de que los ejércitos de Tito rodearan la ciudad, se describen minuciosamente las terribles circunstancias que acompañarían al asedio: la angustia de las mujeres débiles y desamparadas, la matanza de miles de judíos, la dispersión final de Israel por todas las naciones donde serían cautivos, el asolamiento de la ciudad santa por parte de los gentiles durante dieciocho siglos y todas las cosas que nuestro Señor narra tan detalladamente como si las viera con sus propios ojos.

El conocimiento anticipado como este es un atributo especial de Dios. Nosotros “no [sabemos] qué dará de sí el día” (Proverbios 27:1). Decir qué sucederá a una ciudad o a un reino cuarenta años después del presente está fuera del alcance del hombre. Las palabras que tenemos en Isaías son muy solemnes: “Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la Antigüedad lo que aún no era hecho” (Isaías 46:10). Aquel que pudo hablar con autoridad de las cosas venideras, como lo hizo nuestro Señor en este lugar, tenía que ser Dios mismo además de hombre.

El verdadero cristiano debe tener siempre en mente este perfecto conocimiento de Cristo. Las cosas pasadas, las cosas presentes y las cosas futuras están todas desnudas y ante los ojos de Aquel ante quien tenemos que dar cuentas. El recuerdo de los pecados de juventud bien puede hacer que nos humillemos. La sensación de debilidad presente puede llenarnos de ansiedad. El temor a las pruebas aún futuras puede hacer que nuestros corazones desfallezcan. Pero es un gran consuelo pensar que Cristo lo sabe todo. Podemos confiar en Él para las cosas pasadas, presentes y futuras. Nada puede sucedernos que Cristo no lo conozca desde hace tiempo.

Destaquemos, en segundo lugar, en este pasaje, *las palabras de nuestro Señor acerca de la huida en tiempo de peligro*. Dice respecto a los días precedentes al sitio de Jerusalén: “Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella”.

La lección de estas palabras es muy instructiva. Nos enseñan

claramente que no hay nada de cobarde e indigno en que un cristiano se esfuerce por escapar del peligro. No hay nada impropio de nuestra elevada vocación en un uso diligente de los medios con el fin de garantizar nuestra seguridad. Enfrentarse a la muerte con paciencia y valor, si nos sale al paso en la providencia de Cristo, es una obligación para todo creyente. Pero correr hacia la muerte y el sufrimiento y buscar el peligro innecesariamente es propio del fanático y entusiasta, no del discípulo sabio de Cristo. Son aquellos que emplean los medios que Dios ha puesto a su alcance quienes pueden esperar con confianza la protección de Dios. Hay una enorme diferencia entre presunción y fe.

Destaquemos, en tercer lugar, en este pasaje, *las palabras de nuestro Señor acerca de la venganza*. Dice en referencia al sitio de Jerusalén: “Estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas”.

Hay algo especialmente terrible en esta expresión. Nos muestra que los pecados de la nación judía habían sido anotados desde hacía tiempo en el libro de las memorias de Dios. Los judíos, por su incredulidad y falta de arrepentimiento, habían atesorado ira contra sí mismos durante muchos cientos de años. La ira de Dios, cual río contenido, se había ido acumulando silenciosamente durante eras. La terrible tribulación que acompañó al sitio de Jerusalén solo sería la explosión de una tormenta que se había ido preparando gradualmente desde los días de los reyes. Sería solo la caída de una espada que había estado colgando sobre la cabeza de Israel desde hacía tiempo.

Esta expresión nos enseña algo que haremos bien en tomarnos muy en serio. Nunca debemos permitirnos suponer que la mala conducta de los hombres o de las naciones no es observada por Dios. Todo es visto y todo es conocido; y al fin llegará ciertamente un día de ajuste de cuentas. Es una tremenda verdad de la Escritura que “Dios restaura lo que pasó” (Eclesiastés 3:15). En los días de Abraham “aún no [había] llegado a su colmo la maldad del amorreo”, y pasaron cuatrocientos años antes de que fueran castigados. Pero al final llegó el castigo, cuando Josué y las doce tribus de Israel tomaron posesión de Canaán. La “sentencia [de Dios] sobre la mala obra” no siempre se ejecuta rápidamente, pero eso no quiere decir que no se vaya a ejecutar. El inicuo puede florecer durante muchos años “como laurel verde”, pero al final será conocido su pecado (cf. Génesis 15:16; Eclesiastés 8:11; Salmo 37:35).

Destaquemos en este pasaje, por último, *las palabras de nuestro Señor acerca de los tiempos de los gentiles*. Leemos que dijo: “Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan”.

Aquí se anuncia un período determinado durante el cual Jerusalén sería dejada en manos de gobernantes gentiles y los judíos no tendrían dominio sobre su antigua ciudad. De igual manera, se anuncia un

período determinado que sería el tiempo de la visitación de los gentiles, el tiempo durante el cual disfrutarían de privilegios y ocuparían una posición parecida a la del Israel de los días antiguos. Ambos períodos llegarán un día a su fin. Jerusalén será una vez más devuelta a sus antiguos habitantes. Los gentiles, a causa de su dureza e incredulidad, serán desprovistos de sus privilegios y soportarán los justos juicios de Dios. Pero los tiempos de los gentiles aún no han pasado. Nosotros mismos estamos viviendo en ellos en el presente.

El asunto que tenemos ante nosotros es muy conmovedor y debería producir en nosotros un profundo examen de conciencia. Mientras las naciones de Europa están absortas en conflictos políticos y negocios del mundo, la arena de sus relojes va cayendo. Mientras los gobiernos disputan acerca de asuntos seculares y los Parlamentos rara vez aceptan hallar un lugar para la religión en sus discusiones, sus días están contados ante los ojos de Dios. Pero unos cuantos años pasarán, y los "tiempos de los gentiles" se cumplirán. El día de su visitación habrá pasado. Sus privilegios mal utilizados les serán arrebatados. Los juicios de Dios vendrán sobre ellos. Serán apartados cual vasos en los que Dios no se complace. Su dominio se desmoronará y sus cacareadas instituciones se harán añicos. Los judíos serán restaurados. El Señor Jesús volverá con poder y gran gloria. Los reinos de este mundo se convertirán en reinos de nuestro Dios y de su Cristo y los "tiempos de los gentiles" llegarán a su fin.

¡Feliz aquel que sabe estas cosas y vive la vida de fe en el Hijo de Dios! Él y solo él está preparado para las grandes cosas que acontecerán sobre la Tierra y la manifestación del Señor Jesucristo. El Reino al que pertenece es el único reino que no será jamás destruido. El Rey a quien sirve es el único Rey cuyo dominio nunca pasará (cf. Daniel 2:44; 7:14).

Notas Lucas 21:20–24

V. 20: *[Cuando viereis]*. Desde este versículo en adelante hasta el final del 24, la profecía de nuestro Señor se refiere completamente a los últimos días de Jerusalén y las obligaciones de sus discípulos durante ese memorable período. Aquí, en todo caso, no hay referencia a su Segunda Venida ni al último sitio de Jerusalén tras su futura restauración. Lo único que tenemos ante nuestros ojos es el asedio de Tito y la destrucción por los romanos.

[Jerusalén rodeada de ejércitos]. Los siguientes hechos históricos son muy dignos de advertencia. Muestran notablemente cómo se cumplieron las palabras de nuestro Señor en este versículo. Parece que tres años antes del sitio de Jerusalén por Tito, el Ejército romano bajo Cestius Gallus lanzó un ataque repentino sobre Jerusalén; pero, inexplicablemente y sin aparente razón, volvió a retirarse, aunque la ciudad podría haber sido tomada

fácilmente. La consecuencia de este ataque fue que gran número de los habitantes de Jerusalén se alarmaron y se fueron de la ciudad tan pronto como el Ejército romano se había retirado. En palabras de Josefo, “se alejaron a nado, como de un barco a punto de hundirse”. Entre aquellos que escaparon estaban los cristianos, algunos de los cuales se retiraron a Pella y otros al monte Líbano. El resultado de esto fue que, cuando estalló poco después la última gran batalla bajo Vespasiano y Tito, los cristianos casi escaparon por completo de la desolación.

Parece altamente probable que los cristianos recordaran las palabras mismas de nuestro Señor que ahora estamos considerando y que el recuerdo de ellas preservara sus vidas. Vieron en el avance del Ejército romano bajo Cestius Gallius la señal predicha de que llegaría la destrucción. Inmediatamente actuaron según el consejo de su Señor y así escaparon de las aflicciones del asedio final.

V. 21: *[Huyan a los montes]*. Comenta Major: “Estos son los montes al nordeste de Jerusalén, hacia el nacimiento del Jordán, que estaba en territorio de Agripa. Este continuó siendo fiel a los romanos; y de ahí que los cristianos evitaran la destrucción que asoló Judea”.

V. 22: *[Días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas]*. Me parece que la “retribución” de la que se habla aquí es la justa retribución de Dios a la nación judía por todos sus pecados contra Él cuando por vez primera entraron en Canaán. No puedo limitarlo a la “retribución” por los pecados de la nación durante los últimos cien años de su existencia después de la cautividad babilónica. Las palabras de nuestro Señor en Mateo 23:35 parecen confirmar esta opinión.

Creo que las “cosas que están escritas” incluyen todos los duros juicios anunciados en el Antiguo Testamento para los judíos y que comienzan con el capítulo 26 de Levítico.

V. 23: *[¡Ay de las que estén encintas, y de las que críen [...]*. Las aflicciones de las mujeres en el sitio de Jerusalén se anuncian de manera especial en Deuteronomio 28:56.

[En la tierra]. Aquí, como en muchos otros lugares de los Evangelios, parece que “la tierra” se refiere especialmente a la tierra de Palestina.

V. 24: *[Caerán a filo de espada]*. Josefo relata que en el sitio de Jerusalén perecieron, por la espada o el hambre, no menos de 1 100 000 judíos.

[Serán llevados cautivos]. Josefo relata que en el transcurso de la guerra fueron cautivos 97 000 judíos. La mayoría de ellos fueron enviados como esclavos a Egipto o dispersados por las provincias del imperio romano para ser arrojados a las bestias salvajes en los anfiteatros.

[Jerusalén será hollada por los gentiles]. Esta expresión significa que la ciudad de Jerusalén será poseída por las naciones gentiles y cruelmente oprimida como una ciudad cautiva hasta que los judíos sean restaurados a su propia tierra. Todos los lectores de la Historia saben lo literal y exactamente que se cumplieron estas palabras. A pesar de todos los esfuerzos de los cruzados, Jerusalén casi siempre ha sido una ciudad pisoteada y cruelmente

oprimida por los romanos, los griegos, los sarracenos y los turcos desde tiempos de Tito hasta nuestros días.

[Hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan]. Esta expresión se interpreta de diversas formas.

1. Unos, con el obispo Pearce, ponen un vago sentido general en la misma y dicen que significa “hasta que los gentiles hayan hecho todo lo que Dios quería que hicieran”.

2. Otros creen, con Hammond, que se refiere por completo a algo ya pasado y que se cumplió después de los días de Adriano, cuando una iglesia compuesta por gentiles, cristianos y judíos convertidos se estableció en Jerusalén y floreció durante un breve tiempo.

3. Otros creen, con Whitby y Newcome, que se refiere por completo a cosas venideras, y que el tiempo de los gentiles se cumplirá cuando se conviertan plenamente al cristianismo.

4. Yo creo que la verdadera idea es esta. Considero que los “tiempos de los gentiles” es el período entre la Primera y la Segunda Venidas de Cristo, durante las cuales las naciones judías tienen un día de visitación y disfrutan de los privilegios del Evangelio. Estos tiempos llegarán a su fin un día, como le ocurrió a la antigua dispensación judía, a causa de la dureza y la incredulidad de las iglesias gentiles. Ellas también, por no continuar en la bondad de Dios, serán cortadas. Y cuando el tiempo de su visitación llegue a su fin y hayan sido encontradas tan faltas de fe y endurecidas como los judíos, entonces al fin los judíos se convertirán y Jerusalén será devuelta a sus verdaderos poseedores.

Recordemos que nuestros propios tiempos son “los tiempos de los gentiles”. Es un tiempo que parece encaminado rápidamente hacia un fin. Cuando acabe, tendrá lugar la conversión de los judíos y la restauración de Jerusalén.

Lucas 21:25–33

Esta sección de la gran profecía de nuestro Señor trata de su Segunda Venida para juzgar al mundo. Las fuertes expresiones del pasaje parecen inaplicables a cualquier otro suceso menos importante que este. Limitar las palabras que tenemos delante a la conquista de Jerusalén por los romanos es retorcer de manera nada natural el lenguaje de las Escrituras.

En este pasaje vemos, en primer lugar, *lo terribles que serán las circunstancias que acompañarán a la Segunda Venida de Cristo*. Nuestro Señor nos dice que “habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las

potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube".

Este es un cuadro especialmente terrible. Quizá no sea fácil dar un significado preciso a cada parte del mismo. Sin embargo, una cosa está bastante clara: La Segunda Venida de Cristo irá acompañada de todo lo que alarma a los sentidos y al corazón del hombre. Si la entrega de la Ley en Sinaí fue tan terrible que hasta Moisés dijo: "estoy espantado y temblando", el retorno de Cristo cuando vuelva a la Tierra con poder y gran gloria será mucho más terrible. Si los duros soldados romanos "se quedaron como muertos" cuando un ángel removió la piedra y Cristo resucitó, ¡cuánto más grande será el terror cuando Cristo vuelva para juzgar al mundo! No nos sorprende que S. Pablo dijera: "Conociendo, pues, el temor, del Señor, persuadimos a los hombres" (Hebreos 12:21; Mateo 28:4; 2 Corintios 5:11).

El hombre irreflexivo y no arrepentido bien puede temblar cuando oye hablar de esta Segunda Venida de Cristo. ¿Qué hará cuando los negocios del mundo se detengan de repente y las cosas preciosas del mundo queden inservibles? ¿Qué hará cuando se abran los sepulcros por todas partes y la trompeta llame a los hombres al juicio? ¿Qué hará cuando el mismo Jesús, cuyo Evangelio ha rechazado tan vergonzosamente, aparezca en las nubes del Cielo y ponga a cada enemigo bajo sus pies? Con seguridad clamará a las rocas que caigan sobre él y a las colinas que le cubran (cf. Oseas 10:8). Pero clamará en vano pidiendo ayuda si nunca ha clamado a Cristo antes. ¡Felices aquellos que, en aquel día, hayan huido a tiempo de la ira venidera y hayan sido lavados en la sangre del Cordero!

Vemos en este pasaje, en segundo lugar, *lo completa que será la seguridad de los verdaderos cristianos en la Segunda Venida de Cristo*. Leemos que nuestro Señor les dijo a sus discípulos: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca".

Por muy terribles que parezcan las señales de la Segunda Venida de Cristo a los que no se arrepienten, no producirán terror en el corazón del creyente genuino. Más bien le llenarán de gozo. Le recordarán que su completa liberación del pecado, del mundo y del diablo está cerca y que pronto se despedirá de la enfermedad, de la tristeza, de la muerte y de la tentación. El mismo día en que el inconverso lo pierda todo, será el día cuando el creyente entrará en su recompensa eterna. La misma hora en que las esperanzas del hombre mundano perezcan, será cuando la esperanza del creyente se transformará en seguridad gozosa y plena posesión.

El siervo de Dios debe mirar frecuentemente hacia adelante a la Segunda Venida de Cristo. Descubrirá que pensar en ese día le sostiene en todas las pruebas y persecuciones de esta vida presente. "Aun un poquito —debe recordar— y el que ha de venir vendrá, y no tardará". Se cumplirán las palabras de Isaías: "Enjugará Jehová el

Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra". Una segura receta para un espíritu paciente es esperar poco de este mundo y estar siempre "esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo" (Hebreos 10:37; Isaías 25:8; 1 Corintios 1:7).

Vemos en tercer lugar, en este pasaje, *lo necesario que es observar las señales de los tiempos a la espera de la Segunda Venida de Cristo*. Nuestro Señor enseña esta lección por medio de una parábola: "Mirad la higuera y todos los árboles. Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano está ya cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios". Los discípulos suponían, en su ignorancia, que el Reino del Mesías sería anunciado por la paz universal. Nuestro Señor, por el contrario, les dice que las señales que lo precederían inmediatamente serían guerras, confusión, perplejidad y angustia.

La tarea general que nos muestran estas palabras es muy clara. Debemos observar cuidadosamente los acontecimientos públicos de los tiempos en que vivimos. No debemos estar absortos en la política, pero sí señalar los acontecimientos políticos. No debemos volvernos profetas, pero sí estudiar con diligencia las señales de nuestros tiempos. Haciéndolo así, el día de Cristo no vendrá sobre nosotros pillándonos completamente desprevenidos.

¿Hay algunas señales en nuestros días? ¿Hay algunas circunstancias en el mundo que nos rodea que requieran en especial la atención del creyente? Sin duda hay muchos. El enmudecimiento del imperio turco, el avivamiento de la Iglesia católica romana, el despertar de un deseo en las iglesias protestantes de predicar el Evangelio a los paganos, el interés general por la situación de los judíos, el temblor de gobiernos y de instituciones establecidas, el surgimiento y progreso de sutiles formas de infidelidad, todo ello son señales especiales en nuestros días. Todo debe hacer que recordemos las palabras de nuestro Señor acerca de la higuera. Todo debe hacernos pensar en el texto: "¡He aquí, vengo pronto!" (Apocalipsis 22:7).

Vemos por último, en este pasaje, *cuán cierto es que todas las predicciones de nuestro Señor acerca de la Segunda Venida se cumplirán*. Nuestro Señor habla como si viera por anticipado la incredulidad del hombre en cuanto a este importante asunto. Conocía la tendencia de la gente a decir: "¡Es improbable! ¡Es imposible! El mundo siempre continuará como lo ha hecho hasta aquí". Él protege a sus discípulos de la infección con este espíritu escéptico por medio de unas solemnes palabras: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".

Bien haremos en recordar estas palabras cuando quiera que estemos en compañía de aquellos que se burlan de la profecía incumplida. Las burlas de los incrédulos no deben hacer que nuestra fe se tambalee. Si Dios ha dicho algo, Él ciertamente lo cumplirá, y la

probabilidad o posibilidad de ello son cuestiones que no deben preocuparnos ni por un momento. Que Cristo vuelva con poder a juzgar al mundo y reinar no es menos improbable que el que viniera a sufrir y morir. Si vino por primera vez, mucho más podemos esperar que venga por segunda vez. Si vino para ser clavado en la Cruz, mucho más podemos esperar que vendrá en gloria y llevará la corona. Él lo ha dicho y lo hará. “Sus palabras no pasarán”.

Dejemos el estudio de estos versículos con una profunda convicción de que la Segunda Venida de Cristo es una de las principales verdades del cristianismo. Que el Cristo en quien creemos sea no solo el Cristo que sufrió en el Calvario, sino el Cristo que volverá en persona para juzgar la Tierra.

Notas Lucas 21:25–33

V. 25: *[Entonces habrá señales […]*. La profecía, desde este versículo hasta el final, abarca un rango muy amplio. Describe los últimos días del mundo, la Segunda Venida personal de Jesucristo, las circunstancias que acompañarán a esa Venida y los deberes que la perspectiva de dicha Venida acarrea sobre todos los cristianos.

[Sol […], luna […], estrellas […], tierra […], mar […], olas]. Los comentaristas no se ponen de acuerdo en cuanto a si estas expresiones se deben interpretar literalmente o en sentido figurado. Es innegable que, en la profecía simbólica, el mar es un símbolo de las naciones y los cuerpos celestes un símbolo de los gobernantes de las naciones (cf. Génesis 37:9; Ezequiel 32:8; Joel 2:10, 30; Apocalipsis 17:15). Pero recordemos que la profecía que tenemos delante no es simbólica. Sus predicciones son claras, de hechos sencillos, y no van arropadas de un lenguaje figurado. Parece, por tanto, altamente probable que lo que tenemos delante reciba un cumplimiento literal en los acontecimientos que precederán y acompañarán a la Segunda Venida de Cristo. Cuando fue dada la Ley de Dios en Sinaí y cuando Cristo murió en la Cruz, la estructura de la naturaleza fue sacudida. Sin duda no es esperar demasiado que sea sacudida también cuando Cristo vuelva para juzgar al mundo.

V. 26: *[Desfalleciendo]*. La palabra griega así traducida solo se encuentra aquí en el Nuevo Testamento. Significa literalmente “desmayarse”. Schleusner dice que significa “desmayarse de temor, parecer como muerto pero sin estarlo”.

[Expectación]. La palabra griega así traducida significa “espera” (cf. Hechos 12:11). Parece que hace referencia a ese estado de suspense angustiado en el que el mundo se encontrará cuando vea los primeros síntomas del acercamiento de la Venida de Cristo y aún desconozca, y no quiera conocer, lo que significan.

[En la tierra]. Adviértase que la palabra griega así traducida, en los otros

catorce lugares del Nuevo Testamento donde se emplea, se traduce como “el mundo”.

[Las potencias de los cielos]. Los comentarios hechos sobre el versículo 25 se aplican también a esta expresión. Parece mejor tomarla literalmente.

V. 27: *[El Hijo del Hombre, que vendrá […]*. Me parece que estas palabras admiten solo un significado. Describen una venida literal y personal de aquel mismo Jesucristo que ascendió en una nube ante los ojos de los discípulos desde el monte de los Olivos (Hechos 1:9–12).

V. 28: *[Cuando estas cosas comiencen]*. Esta expresión requiere atención. Muestra que, aunque la venida de Cristo será una venida repentina al final, habrá ido precedida por señales y síntomas que todos los cristianos inteligentes y despiertos pueden observar, por muy velados que estén al mundo.

[Vuestra redención]. La palabra “redención” se emplea aquí en el mismo sentido que en el pasaje siguiente (Romanos 8:23; Efesios 1:14; 4:30). Hace referencia a la redención plena y completa del creyente, que se cumplirá cuando su cuerpo resucite y el alma y el cuerpo vuelvan a unirse. Los creyentes ya han sido redimidos de la culpa y del poder del pecado, pero no serán completamente redimidos de todas las consecuencias humillantes del pecado hasta que Jesús vuelva y los llame de sus sepulcros en el día final.

V. 29: *[La higuera y todos los árboles]*. Admite discusión si nuestro Señor, con esta expresión, no se refería a las Iglesias judía y gentil. La higuera, estéril y maldita por su esterilidad, era sin duda una figura de la Iglesia judía. Si recordamos que su maldición a la higuera sin fruto había sido pronunciada la misma semana que dijo esta profecía que tenemos delante, no parece imposible que esto fuera lo que estaba en la mente de nuestro Señor (cf. también Cantares 2:11–13).

V. 31: *[Está cerca el reino de Dios]*. En estas palabras, probablemente haya una referencia a las ideas equivocadas de los discípulos de nuestro Señor acerca del Reino de Dios. Esperaban que sería establecido enseguida y que su Señor fuera su Rey sin más dilación. Nuestro Señor les enseña aquí que su Reino no estará cerca hasta después de un período de terribles guerras y tribulación.

V. 32: *[No pasará esta generación hasta que todo esto acontezca]*. El significado de esta frase es algo en lo que los comentaristas difieren mucho. Se encontrará un excelente resumen de diversas opiniones en el comentario de Gerhard.

1. Algunos creen que “esta generación” significa simplemente “la presente generación de hombres que estaban vivos cuando nuestro Señor estaba hablando”. Esta opinión es la favorita de muchos modernos protestantes, pero resulta muy insatisfactoria. Por un lado, pasaron casi cuarenta años antes de que la profecía que tenemos delante se cumpliera parcialmente por la destrucción de Jerusalén. Por otro lado, parece forzar violentamente el sentido de las palabras decir que la destrucción de Jerusalén cumplió una parte muy amplia de la profecía que tenemos delante. La Venida

del Hijo del hombre es, con toda seguridad, algo totalmente diferente de la toma de una ciudad.

2. Otros creen que “esta generación” significa “el cielo y la tierra” (como en los siguientes versículos) y todo el marco de la creación. Esta es la opinión de Maldonado.

3. Otros creen que “esta generación” significa “toda la raza humana”. Esta es la opinión de Jerónimo y Barradio.

4. Otros creen que “esta generación” significa “este orden de cosas” o dispensación, y que nuestro Señor quería enseñarnos que la presente dispensación era la última, el “último tiempo” del que habla Juan (1 Juan 2:18).

5. Otros creen que “esta generación” se debía haber traducido “la misma generación”, y que significa: “la misma generación que ve el comienzo de las señales de mi Segunda Venida también verá el fin de las mismas y mi aparición personal”. Me atrevo a comentar que esta traducción no sería el sentido natural de las palabras griegas.

6. Otros creen que “esta generación” significa “los fieles, los creyentes, la compañía de los discípulos de Cristo, y que el sentido general es que Cristo siempre tendrá un pueblo creyente aun en las terribles tribulaciones del tiempo del fin. Los elegidos nunca serán destruidos. Esta es una opinión favorita de los Padres. Orígenes, Crisóstomo, Hilario, Eutimio y Teofilacto la sostuvieron todos.

7. La versión más razonable y satisfactoria, en mi opinión, es la que dice que “esta generación” se refiere a la nación judía. De ella había estado hablando nuestro Señor en esta profecía. Se habían predicho claramente su cautividad y dispersión. Era natural que los discípulos se preguntaran cómo se podía reconciliar semejante predicción con las muchas promesas de gloria a Israel por parte de los profetas del Antiguo Testamento. Nuestro Señor responde a sus pensamientos declarando que esta nación, el pueblo judío, como pueblo separado, no pasará. Aunque sean derribados, no serán destruidos. Aunque sean dispersados, aún serían reunidos de nuevo antes de que todas las cosas se cumplieran.

Por supuesto, la exactitud de esta opinión gira completamente en torno a la cuestión de si la palabra griega traducida como “generación” conlleva de verdad el sentido de “nación” o de “pueblo”. Mi propia convicción es que es así y que en realidad lo lleva en muchos lugares del Nuevo Testamento. Menciono como ejemplos Mateo 11:16; 12:39; 23:36; Lucas 11:50–51; Hechos 2:40; Filipenses 2:15. En este último texto, nuestros traductores han traducido la palabra como “nación” [en la versión empleada por el autor, N.T.].

Solo añadiré que mi opinión coincide con la de Mede, Flacius, Ravanellus, Aretius y Bullinger. El argumento de Mede en defensa de esta opinión se encontrará en sus obras, p. 752, fol. 1672.

Por supuesto, no hace falta señalar lo extraordinariamente que esta opinión del texto es confirmada por el hecho de que los judíos sigan siendo un pueblo diferente y separado de todo el mundo.

V. 33: *[El cielo y la tierra pasarán]*. Esta expresión es un modo especialmente fuerte y solemne de declarar la certeza de que toda la profecía se cumplirá. Los Cielos pasarán como un pergamino con la Segunda

Venida de nuestro Señor, pero su palabra permanecerá para siempre. Nada puede evitar que se cumpla.

Lucas 21:34–38

Estos versículos son la conclusión práctica del gran discurso profético de nuestro Señor. Proporcionan una impresionante respuesta a aquellos que condenan el estudio de la profecía incumplida como especulativa y poco provechosa. Resulta difícil encontrar un pasaje más práctico, directo, claro y que apele tanto a la conciencia que el que tenemos ahora ante nuestros ojos.

Aprendamos de estos versículos *el peligro espiritual al que aun los creyentes más santos están expuestos en este mundo*. Nuestro Señor les dice a sus discípulos: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día”.

Estas palabras son extremadamente sorprendentes. No iban dirigidas a fariseos de mentalidad carnal, a saduceos escépticos o a herodianos mundanos. Iban dirigidas a Pedro, Santiago y Juan y a todo el grupo de los Apóstoles. Iban dirigidas a hombres que lo habían abandonado todo por Cristo y que habían demostrado la realidad de su fe por su amorosa obediencia y la adhesión firme a su Señor. ¡Pero aun a ellos les habla del peligro de la glotonería, la embriaguez y la mundanalidad! Aun a ellos les dice: “Mirad por vosotros mismos”.

La exhortación que tenemos delante debe enseñarnos la inmensa importancia de la humildad. No hay pecado tan grande que sea imposible que un gran santo caiga en él. No hay santo tan grande que no pueda caer en un gran pecado. Noé escapó de la contaminación del mundo antes del diluvio; y, sin embargo, posteriormente cayó en la embriaguez. Abraham era el padre de la fe; y, sin embargo, por incredulidad dijo, mintiendo, que Sara era su hermana. Lot no participó de la horrible maldad de Sodoma; pero, sin embargo, posteriormente cayó en el sucio pecado en la cueva. Moisés era el hombre más manso de la tierra; y, sin embargo, perdió el control de sí mismo de tal manera que habló con enojo y sin pensar. David fue un hombre conforme al corazón de Dios; y, sin embargo, cayó en el adulterio más atroz. Estos ejemplos son todos profundamente instructivos. Todos muestran la sabiduría de las advertencias de nuestro Señor en el pasaje que tenemos ante nosotros. Nos enseñan a “[revestirnos] de humildad”. “El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Pedro 5:5; 1 Corintios 10:12).

La exhortación que tenemos delante debería enseñarnos más aún la gran importancia de un espíritu no mundano. “Los afanes de esta vida” están al lado de la glotonería y la embriaguez. Los excesos en la comida y en la bebida no son los únicos que dañan el alma. Hay un afán excesivo por las cosas de esta vida que es exactamente igual de dañino para nuestro progreso espiritual e igual de venenoso para el hombre interior. Nunca, nunca olvidemos que podemos convertir en naufragio espiritual las cosas legítimas tan verdadera y ciertamente como los vicios evidentes. ¡Feliz aquel que ha aprendido a no aferrarse a las cosas de este mundo y sí a la creencia de que hay que buscar primero el Reino de Dios “y todas [las demás] cosas os serán añadidas”! (Mateo 6:33).

Aprendamos en estos versículos, en segundo lugar, *lo extremadamente repentina que será la Segunda Venida de nuestro Señor*. Leemos que “como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra”. Como una trampa que cae de repente sobre un animal y le captura en un momento, como el relámpago que brilla repentinamente en el cielo antes de que se escuche el trueno, como un ladrón que viene de repente en la noche y no advierte que vendrá; así de repentina, así de instantánea será la Segunda Venida del Hijo del hombre.

La fecha exacta del retorno de nuestro Señor Jesucristo a este mundo nos ha sido ocultada por Dios: “Del día y la hora nadie sabe”. Acerca de una cosa, no obstante, toda la enseñanza de la Escritura es clara e inconfundible. Cuando tenga lugar, será un acontecimiento repentino e inesperado. Las ocupaciones del mundo continuarán como siempre. Como en los días de Sodoma y los días que antecedieron al diluvio, los hombres estarán “comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento”. Pocos, aun entre los verdaderos creyentes, serán hallados completamente conscientes del gran acontecimiento y viviendo en un estado de plena expectación. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, todo el devenir del mundo se detendrá. El Rey de reyes aparecerá. Los muertos serán resucitados. Los vivos serán transformados. La incredulidad se desvanecerá. La Verdad será conocida por miles demasiado tarde. El mundo, con todas sus nimiedades y sus sombras, se acabará bruscamente. Comenzará la eternidad con todas sus tremendas realidades. Todo esto comenzará inmediatamente, sin que se note, sin advertencia, sin aviso de preparación: “Como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra”.

El siervo de Dios debe ver sin duda que solo existe una mentalidad apropiada para quien cree estas cosas. Es estar preparado perpetuamente para encontrarse con Cristo. El Evangelio no nos llama a apartarnos de las cosas terrenales o incumplir las obligaciones de nuestra era. No nos ordena retirarnos como ermitaños o vivir como monjes o monjas. Pero nos ordena que vivamos como hombres que

esperan el retorno de su Señor. El arrepentimiento hacia Dios, la fe hacia nuestro Señor Jesucristo y la santidad de la conversación son los únicos preparativos habituales que se requieren. El cristiano que conoce estas cosas por experiencia es aquel que siempre está preparado para encontrarse con su Señor.

Aprendamos en estos versículos, por último, *los deberes especiales de los creyentes ante la perspectiva de la Segunda Venida de Cristo*. Nuestro Señor resume estas obligaciones en dos grandes áreas. Una de ellas es la vigilancia; la otra es la oración. “Velad, pues —dice—, en todo tiempo orando”.

Debemos velar. Debemos vivir en guardia, como hombres en el país del enemigo. Debemos recordar que el mal está a nuestro alrededor, cerca de nosotros y en nosotros, y contender diariamente contra un corazón traicionero, un mundo lleno de trampas y un diablo activo. Recordando esto, debemos ponernos toda la armadura de Dios y tener cuidado de la somnolencia espiritual: “No durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios” (1 Tesalonicenses 5:6).

Debemos orar “en todo tiempo”. Debemos conservar un constante hábito de oración real y metódica. Debemos hablar con Dios diariamente y tener comunión diariamente con Él acerca de nuestras almas. Debemos orar especialmente para que la gracia nos libere de todo peso y quite todo lo que pueda interferir con la disposición a encontrarnos con nuestro Señor. Sobre todo, debemos vigilar nuestros hábitos devocionales con un celo piadoso y tener cuidado de no orar con prisas o brevemente.

Dejemos todo este pasaje con una determinación sincera de, con la ayuda de Dios, actuar según lo que hemos estado leyendo. Si creemos que Cristo va a volver, dispongámonos a encontrarle: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis” (Juan 13:17).

Notas Lucas 21:34–38

V. 34: *[Carguen de glotonería]*. Notemos que las dos palabras griegas así traducidas solo se encuentran aquí en el Nuevo Testamento.

Todo el versículo está lleno de expresiones que llevan a examinarse. El cristiano debe guardar su “corazón” para vivir preparado para encontrarse con Cristo. El corazón está en peligro constante de agobiarse o angustiarse. Comer y beber descontroladamente es algo que deben vigilar hasta los mejores hombres. La mayoría comen y beben demasiado. No quiere decir que, porque los católicos romanos ayunen supersticiosamente, los protestantes nunca lo hagan en absoluto. “Los afanes de esta vida” pueden hacer gran daño al alma, igual que los pecados públicos. Todas estas cosas requieren una atención diligente y una incesante vigilancia. Las palabras de Matthew Henry en cuanto a este versículo son muy ciertas: “No podemos estar a salvo si nos sentimos seguros”.

[De repente]. La palabra griega así traducida solo se encuentra en otro lugar en el Nuevo Testamento y en el mismo contexto. Parkhurst dice que significa “repentino, inesperado, imprevisto”.

V. 36: *[Tenidos por dignos de escapar [...] y de estar en pie]*. Admite cierto cuestionamiento si estas palabras no señalan la posibilidad de que a algunos creyentes se les permita pasar por gran tribulación en los últimos días a causa de su desidia e incoherencia. Hay, ciertamente, expresiones en el Nuevo Testamento que parecen indicar que no todo el pueblo de Cristo permanecerá ante Él con igual fuerza en el día de su Venida. S. Pedro habla de “generosa entrada”. S. Pablo habla de ser “salvo, aunque así como por fuego” (2 Pedro 1:11; 1 Corintios 3:15).

V. 37: *[Enseñaba de día en el templo]*. Notemos que desde el momento de la entrada pública de nuestro Señor en Jerusalén hasta su muerte, nunca se apartó de sus enemigos, sino que lo hizo todo abiertamente y ante sus ojos. Sabía que llegaba su hora.

[Se estaba]. La palabra griega así traducida solo se encuentra en otro lugar y allí se traduce “posó” (Mateo 21:17). Dice Major que la expresión “se estaba en el monte que se llama de los Olivos” significa “en Betania, porque era una ciudad en el monte de los Olivos”. La comparación con el texto que acabamos de citar de Mateo hace que sea altamente probable. No es necesario suponer que nuestro Señor moraba al aire libre.

Lucas 22:1–13

El capítulo que comienza con estos versículos es el principio del relato que hace S. Lucas de los sufrimientos y la muerte de nuestro Señor. Ninguna otra parte de los Evangelios es tan importante como esta. La muerte de Cristo era la vida del mundo. Ninguna parte de la historia de nuestro Señor es relatada de forma tan detallada en los Evangelios como esta. Solo dos de ellos describen las circunstancias del nacimiento de Cristo. Los cuatro se explayan minuciosamente en la muerte de Cristo. Y, de los cuatro, ninguno nos aporta tantos detalles completos e interesantes como S. Lucas.

Vemos en estos versículos, en primer lugar, que *los cargos en la iglesia no preservan a los que los ostentan de gran ceguera y pecado*. Leemos que “los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo matar” a Jesús.

El primer paso para llevar a Cristo a la muerte fue dado por los maestros religiosos de la nación judía. Los mismos hombres que debían haber recibido al Mesías fueron quienes conspiraron para matarlo. Los mismos pastores que debían haberse regocijado por la aparición del

Cordero de Dios fueron la principal mano asesina. Se sentaban en el trono de Moisés. Afirmaban ser “guías de los ciegos, luz de los que están en tinieblas” (Romanos 2:19). Pertenecían a la tribu de Leví. Eran, la mayoría de ellos, descendientes directos de Aarón. ¡Pero fueron los mismos hombres que crucificaron al Señor de la gloria! Con todo su cacareado conocimiento, eran mucho más ignorantes que el grupo de pescadores galileos que seguía a Cristo.

Cuidémonos de otorgar una importancia excesiva a los ministros religiosos a causa de su cargo. El ordenamiento y el rango no eximen del error. Las mayores herejías han sido sembradas y los principales abusos prácticos han sido introducidos en la Iglesia por hombres ordenados. Sin duda se debe respeto al que ocupa una posición superior. No se deben olvidar el orden y la disciplina. No se debe rechazar a la ligera la enseñanza y el consejo de los maestros oficialmente reconocidos. Pero hay límites que no se deben sobrepasar. No permitamos que la ceguera nos conduzca al foso. No permitamos que los sumos sacerdotes y escribas modernos hagan crucificar a Cristo de nuevo. Probemos a todos los maestros por la infalible regla de la Palabra de Dios. Poco importa *quién* dice algo en cuestiones religiosas; lo que sí importa enormemente es *qué* es lo que se dice. ¿Es conforme a la Escritura? ¿Es cierto? Esa es la pregunta prioritaria. “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20).

Vemos en estos versículos, en segundo lugar, *lo bajo que los hombres pueden caer tras haber hecho una elevada profesión*. Leemos que el segundo paso hacia la crucifixión de nuestro Señor fue la traición de uno de los doce Apóstoles: “Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce”. Estas palabras son especialmente terribles. Ser tentado por Satanás ya es malo. Ser escudriñado, llevado y cautivado por él es verdaderamente terrible. Pero cuando Satanás entra en un hombre y mora en él, el hombre se convierte verdaderamente en un hijo del Infierno.

Judas Iscariote debería ser un faro firme para la Iglesia de Cristo. Recordemos que este hombre fue uno de los Apóstoles escogidos por nuestro Señor. Siguió a nuestro Señor durante todo el transcurso de su ministerio. Lo abandonó todo por Cristo. Oyó a Cristo predicar y vio los milagros de Cristo. Él mismo predicó. Habló como los demás Apóstoles. No había nada en él que lo diferenciara de Pedro, Santiago y Juan. Nunca se sospechó que tuviera un corazón malo. Y, sin embargo, al final, este hombre se convierte en un hipócrita, traiciona a su Maestro, ayuda a sus enemigos a llevarle a la muerte y muere él mismo siendo “hijo de perdición” (Juan 17:12). Estas son cosas terribles. Pero son ciertas.

Que el recuerdo de Judas Iscariote impulse a cada cristiano profesante a orar mucho pidiendo humildad. Digamos con frecuencia: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis

pensamientos” (Salmo 139:23). En el mejor de los casos, tenemos solo una débil idea de lo engañosos que son nuestros corazones. El camino religioso que los hombres pueden recorrer careciendo, sin embargo, de gracia, es mucho más largo de lo que suponemos.

Vemos en estos versículos, en tercer lugar, *el enorme poder del amor al dinero*. Se nos dice que, cuando Judas fue a los principales sacerdotes y se ofreció a entregar a su Maestro, ellos “convinieron en darle dinero”. Esa pequeña frase revela el secreto de la caída de este hombre despreciable. Tenía mucho cariño al dinero. Sin duda había oído la solemne advertencia de nuestro Señor: “Mirad, y guardaos de toda avaricia” (Lucas 12:15). Pero, o lo había olvidado o no le hizo caso. Naufragó en la roca de la avaricia. Esta fue la ruina de su alma.

No debemos sorprendernos de que S. Pablo considere el amor al dinero “raíz de todos los males” (1 Timoteo 6:10). La historia de la Iglesia está llena de pruebas lamentables de que es una de las armas preferidas de Satanás para corromper y echar a perder a los maestros religiosos”. Giezi, Ananías y Safira son nombres que vienen fácilmente a nuestras mentes. Pero de todas las pruebas, ninguna es tan triste como la que tenemos delante. ¡Por dinero, un apóstol escogido vendió al Maestro mejor y que más nos ama! ¡Por dinero, Judas Iscariote traicionó a Cristo!

Velemos y oremos contra el amor al dinero. Es una enfermedad sutil y, con frecuencia, mucho más cercana a nosotros de lo que suponemos. El hombre pobre es exactamente tan propenso a ella como el rico. Es posible amar el dinero sin tenerlo y es posible tenerlo sin amarlo. Estemos contentos con lo que tenemos (cf. Hebreos 13:5). Nunca sabemos lo que podríamos hacer si, de repente, nos volviéramos ricos. Es un hecho notable que solo haya una oración en el libro de Proverbios y que una de las tres peticiones de esa oración sea la sabia petición: “No me des pobreza ni riquezas” (Proverbios 30:8).

Vemos en estos versículos, por último, *la estrecha relación entre la muerte de nuestro Señor Jesucristo y la fiesta de la Pascua*. Se nos recuerda cuatro veces aquí que la tarde anterior a su crucifixión era el momento de la gran fiesta judía. Era el día en que “era necesario sacrificar el cordero de la pascua”.

Sin duda, el tiempo de la crucifixión de nuestro Señor fue determinado por Dios. Su perfecta sabiduría y su poder controlador dispusieron que el Cordero de Dios muriera en el mismo tiempo en que el cordero pascual iba a ser sacrificado. La muerte de Cristo fue el cumplimiento de la Pascua. Él fue el verdadero sacrificio al que todos los corderos pascuales habían estado apuntando durante 1500 años. Lo que había representado para Israel en Egipto la muerte del cordero, lo iba a representar su muerte para los pecadores de todo el mundo. La salvación que la sangre del cordero pascual había proporcionado a Israel, iba a proveerla su sangre mucho más abundantemente a todo el que en Él creyera.

Nunca olvidemos el carácter sacrificial de la muerte de Cristo. Rechacemos con horror la idea moderna de que no fue nada más que un tremendo ejemplo de sacrificio personal y negación de sí mismo. Fue esto, sin duda; pero fue algo mucho más grande, profundo e importante que eso. Fue una propiciación por los pecados del mundo. Fue una expiación por la transgresión del hombre. Fue el sacrificio de la verdadera Pascua, por cuya muerte los pecadores que creen en Él son protegidos de la destrucción: “Nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5:7). Aferrémonos esta verdad con firmeza y nunca la dejemos escapar.

Notas Lucas 22:1–13

V. 1: *[Se llama la pascua]*. Notemos que esta expresión muestra que S. Lucas escribió su Evangelio especialmente para beneficio de los gentiles. No se habría empleado una frase aclaratoria como esta si hubiera sido escrito para judíos.

V. 2: *[Los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo matarle]*. Burkitt comenta sobre este versículo: “Igual que los concilios generales se han equivocado, y pueden equivocarse, tanto en asuntos doctrinales como prácticos, así lo hizo este concilio general de Jerusalén que componían los principales sacerdotes, los doctores y los ancianos, con el sumo sacerdote como presidente”.

[Temían al pueblo]. Aquí se muestra curiosamente el temor a la opinión pública, así como en el famoso caso del deseo de Herodes de matar a Juan el Bautista, al que, sin embargo, temía. La opinión pública bien dirigida es uno de los instrumentos de Dios más poderosos para controlar a los tiranos y opresores y mantener en orden el mundo.

V. 3: *[Entró Satanás en Judas]*. Calvino comenta en cuanto a esta expresión: “Aunque Satanás nos conduce cada día al delito y reina en nosotros cuando nos urge a una carrera de extraordinaria maldad, sin embargo, se dice que entra en el reprobado cuando toma posesión de todos sus sentidos, acaba con su temor de Dios, extingue la luz de su razón y destruye todo sentimiento de vergüenza”.

V. 4: *[Jefes]*. No se trataba de los oficiales romanos. Eran los que mandaban en la guardia judía del Templo.

V. 5: *[Darle dinero]*. Quesnel comenta: “Es la avaricia y el deseo de riquezas terrenales lo que generalmente abre los corazones de los eclesiásticos al diablo, como lo hicieron con el apóstol. Entregan la llave de sus corazones cuando se entregan a esta pasión”.

V. 6: *[Se comprometió]*. La palabra griega así traducida aparece como “agradecer” o “confesar” en los demás pasajes del Nuevo Testamento donde

se emplea. Hammond piensa que indica “prometer con gran profesión de agradecimiento y gratitud”.

V. 7: *[El día […] en el cual era necesario sacrificar el cordero de la pascua]*. Hay una dificultad aquí que ha ocasionado gran especulación entre los comentaristas.

La dificultad es la siguiente. Parece que nuestro Señor comió la pascua un día de la semana y sus enemigos los judíos otro. Comió la pascua el jueves por la tarde, mientras que se nos dice claramente que a la mañana siguiente temprano “ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua” (Juan 18:28). La Ley era clara en cuanto a que la pascua debía matarse la tarde del día catorce y ser comida esa noche. Entonces, ¿por qué nuestro Señor y los principales sacerdotes y escribas no comieron la pascua al mismo tiempo? ¿Cómo podemos explicar esto?

1. Unos piensan que nuestro Señor guardó la pascua en el día correcto y legítimo y que los judíos eran los equivocados. Creen que los judíos la guardaban en el día equivocado a causa de alguna tradición que habían adoptado o porque habían ocupado todo su tiempo de la noche legítima en prender a Cristo y preparar su juicio. Esta última opinión es la de Crisóstomo y Eusebio.

2. Pearce dice que “en los días de Jesús, el número de judíos reunidos para comer la pascua era extremadamente grande, y necesariamente se tomaron la libertad de comer la pascua unas horas antes de la segunda tarde o el día quince.

Yo no deseo opinar acerca de esta dificultad a excepción de los dos comentarios siguientes:

Por un lado, creo que debemos notar que, cuando se instituyó la Pascua por primera vez, quedó claro el mandato de *matar* el cordero por la tarde, pero no quedó igualmente claro el de *comerlo* inmediatamente. Al contrario, solo se dice: “Aquella noche comerán la carne asada al fuego” (Éxodo 12:8). Por tanto, ¿no es posible que, cuando los principales sacerdotes no entraron en el pretorio “temprano”, como menciona Juan, aprovecharan la oportunidad para comer la pascua antes de que apuntara el día y así guardaran la letra de la Ley? En ese caso, nuestro Señor habría comido la pascua al comienzo de la noche y sus enemigos al final de la misma.

Por otro lado, me atrevo a indicar que en la Pascua, así como en otras cosas, es altamente probable que entre los judíos se hubieran introducido grandes irregularidades y que no se observara estrictamente la letra de la Ley, sino que esta fuera infringida en muchas cosas sobre la base de la autoridad de las tradiciones rabínicas. Sin duda nuestro Señor guardó la pascua en el día y la hora correctos. Veo mucha fuerza en la palabra griega: “En el cual *era necesario* sacrificar el cordero de la pascua”. Pero considero altamente probable que sus enemigos hubieran sido menos estrictos en cuanto al momento de guardarla ellos.

V. 10: *[Os saldrá al encuentro un hombre]*. Hay diferencias de opinión entre los comentaristas acerca de este hombre. Unos piensan que era amigo y discípulo de nuestro Señor y que sabía bien lo que Pedro y Juan querían decir cuando hablaban del “Maestro”. Otros piensan que era alguien completamente extraño, y que la naturalidad con que recibió a los discípulos e hizo los arreglos se debe al hecho de que los habitantes de Jerusalén

estaban acostumbrados a recibir a judíos extranjeros y acomodarlos en el tiempo de la fiesta de la pascua. Esta última opinión parece quizá la más probable de las dos.

Aquí, como en otros lugares, debemos advertir el conocimiento perfecto de nuestro Señor. Menciona varias circunstancias en este versículo y en el siguiente con muchos detalles y gran precisión, como si todo hubiera sido dispuesto previamente. Y los discípulos encontraron las cosas exactamente como Él les había dicho.

[Lleva un cántaro de agua]. Algunos autores ven gran significado en este cántaro de agua, y nos recuerdan las muchas ocasiones en que se describen en la Escritura obras de misericordia como si acontecieran de alguna manera en relación con el agua, ¡e indican que hay aquí una alusión al agua del bautismo que nos introduce a la Cena del Señor! No puedo ver en esta circunstancia nada más que un simple dato para reconocer al hombre y señalárselo a los discípulos.

V. 13: *[Prepararon la pascua]*. Podemos suponer que las cosas solicitadas para hacer los preparativos serían las siguientes: el cordero, el vino, las hierbas amargas y el pan sin levadura. Una vez dispuestas y colocadas en su lugar, el Aposento Alto estaría dispuesto.

Lucas 22:14–23

Estos versículos contienen el relato de S. Lucas de la institución de la Cena del Señor. Es un pasaje que todo verdadero cristiano siempre leerá con profundo interés. ¡Cuán maravilloso parece que una ordenanza tan hermosa y sencilla cuando se instituyó se haya complicado y desorientado por los inventos del hombre! ¡Qué dolorosa muestra de la corrupción humana el que algunas de las mayores controversias que han trastornado a la Iglesia hayan sido relativas a la mesa del Señor! ¡Grande cierta mente es la ingenuidad del hombre al pervertir los dones de Dios! La ordenanza que debería haber sido para su enriquecimiento, a menudo se convierte en ocasión de caer.

Nótese, por un lado, en estos versículos, que *el principal objetivo de la Cena del Señor era recordar a los cristianos la muerte de Cristo por los pecadores*. Al instituir la Cena del Señor, Jesús dice claramente a sus discípulos que debían hacer lo que él había hecho “en memoria” suya. En una palabra, la Cena del Señor no es un sacrificio. Es eminentemente una ordenanza conmemorativa.

El pan que el creyente come en la mesa del Señor tiene el propósito de recordarle el cuerpo de Cristo entregado a la muerte en la Cruz por sus pecados. El vino que bebe tiene el propósito de recordarle la

sangre de Cristo derramada para expiar sus transgresiones. El fin de toda la ordenanza era guardar fresco en su memoria el sacrificio de Cristo en la Cruz y el pago de la deuda por el pecado del mundo que realizó ese sacrificio. Los dos elementos del pan y el vino tenían el propósito de predicar con símbolos vivos a Cristo crucificado como nuestro sustituto. Serían un sermón visible que apelaba a los sentidos del creyente y enseñaba la vieja verdad fundamental del Evangelio: que la muerte de Cristo en la Cruz es la vida del alma del hombre.

Bien haremos en tener firmemente a la vista esta idea sencilla de la Cena del Señor. No hay duda de que esa especial bendición va unida a un uso digno de ella, así como a un uso digno de toda ordenanza instituida por Cristo. Pero debemos negar siempre firmemente que haya cualquier otro medio por el cual los cristianos pueden comer el cuerpo de Cristo y beber la sangre de Cristo que no sea la fe. Aquel que se acerca a la mesa del Señor con fe en Cristo, puede esperar con confianza que su fe se vea incrementada por medio de recibir el pan y el vino. Pero aquel que se acerca sin fe no tiene derecho a esperar bendición alguna. Vacío se acerca a la ordenanza y vacío se irá.

Cuanto menos misterio y oscurantismo otorguemos a la Cena del Señor, mejor será para nuestras almas. Debemos rechazar con horror la idea, contraria a la Escritura, de que hay una ofrenda o sacrificio en ella, de que la sustancia del pan y el vino es transformada o de que el mero acto de recibir el sacramento puede hacer bien al alma. Debemos aferrarnos con firmeza al gran principio establecido en su institución de que es eminentemente una ordenanza *conmemorativa*, y que su recepción sin fe y sin un recuerdo agradecido de la muerte de Cristo no puede hacernos bien alguno. Las palabras del catecismo de la Iglesia son sabias y ciertas: “Fue ordenado para la continua conmemoración del sacrificio de la muerte de Cristo”. La declaración de los Artículos es clara y diáfana: “El medio por el cual el Cuerpo de Cristo se recibe y se come en la Cena es la Fe”. La exhortación del Libro de Oración señala el único camino por el que podemos alimentarnos de Cristo: “Alimentaos de Él en vuestros corazones por medio de la fe con acción de gracias”. Por último, pero no menos importante, la advertencia de la Homilía es muy instructiva: “Tengamos cuidado no sea que el memorial se convierta en sacrificio”.

Nótese en estos versículos, por otro lado, que *la observancia de la Cena del Señor es obligatoria para todos los verdaderos cristianos*. Las palabras de nuestro Señor en cuanto a este punto son directas y enfáticas: “Haced esto en memoria de mí”. Suponer, como algunos hacen, que estas palabras son solo un mandato para los Apóstoles y todos los ministros que administran la Cena del Señor a otros es una interpretación completamente insatisfactoria. El sentido obvio de las palabras es que se trata de un precepto general para todos los discípulos.

El mandamiento que tenemos delante es pasado por alto hasta un

extremo preocupante. Miles de miembros de las iglesias cristianas nunca se acercan a la mesa del Señor. Se avergonzarían quizá de ser conocidos como abiertos quebrantadores de los Diez Mandamientos. ¡Pero no se avergüenzan de quebrantar un claro mandato de Cristo! Parecen pensar que no es un gran pecado no participar de la comunión. Parecen tremendamente inconscientes de que, si hubieran vivido en los días de los Apóstoles, no habrían sido reconocidos como cristianos en absoluto.

Sin duda debemos tener cuidado para no equivocarnos respecto a este asunto. Por supuesto, no es deseable que toda persona bautizada reciba la Cena del Señor por mero formalismo. Es una ordenanza para quienes están vivos, y no para quienes están muertos en pecados. Pero cuando vemos una enorme cantidad de asistentes a la iglesia que nunca se acercan a la mesa del Señor, y que de ninguna manera se avergüenzan de su rechazo del sacramento, está claro que hay algo que va muy mal en la situación de las iglesias. Es una señal o de amplia ignorancia o de insensible indiferencia a un mandato divino. Cuando esa multitud de personas bautizadas quebrantan habitualmente el mandamiento de Cristo, ¡sin duda a Cristo le desagrada!

¿Qué estamos haciendo nosotros? Esta, al fin y al cabo, es la cuestión que nos debe preocupar. ¿Nos quedamos al margen de la Cena del Señor por una vaga idea de que no tenemos gran necesidad de recibirla? Si somos de esa opinión, pronto abandonaremos lo mejor. No debemos jugar de esta manera con un claro precepto del propio Hijo de Dios. ¿Nos apartamos de la Cena del Señor porque no estamos preparados para participar de la comunión? Si es así, comprendamos plenamente que no estamos preparados para morir. ¡Si no estamos preparados para la Mesa del Señor, no estamos preparados para el Cielo, ni para el día del Juicio, ni para encontrarnos con Dios! Ciertamente, se trata de una situación muy seria. Pero las palabras que tenemos delante son claras y explícitas. Cristo nos deja un claro mandato. Si lo desobedecemos deliberadamente, corremos peligro de echar a perder nuestras almas. Si no estamos preparados para obedecerlo, debemos arrepentirnos sin tardar.

Nótese, por último, *quiénes eran los que participaron en la primera institución de la Cena del Señor*. No eran todos santos. No eran todos creyentes. S. Lucas nos informa de que el traidor, Judas Iscariote, era uno de ellos, Las palabras de nuestro Señor no admiten otra interpretación. “Mas he aquí —dice—, la mano del que me entrega está conmigo en la mesa”.

La lección que nos enseñan estas palabras es profundamente importante. Nos muestran que no debemos considerar que todos los que participan son verdaderos creyentes y siervos sinceros de Dios. En la Cena del Señor se encontrarán juntos el bueno y el malo. La disciplina no puede evitarlo. Nos muestran, además, que es una

necedad quedarse sin participar de la Cena del Señor porque algunos de los que participan no sean conversos, o abandonar una iglesia porque algunos de sus miembros no sean salvos. El trigo y la cizaña crecerán juntos hasta la cosecha. Nuestro Señor mismo toleró a Judas en la primera comunión que tuvo lugar. El siervo de Dios no debe pretender ser más exclusivista que su Señor. Vigile su propio corazón y deje que los demás respondan de sí mismos ante Dios.

Ahora bien, si no participamos de la comunión, preguntémonos al dejar este pasaje: ¿Por qué no? ¿Qué razón satisfactoria podemos dar para rechazar un claro mandato de Cristo? ¡Nunca descansemos hasta habernos enfrentado a esta pregunta! Si participamos de la comunión, tengamos cuidado de recibir el sacramento dignamente. "Los sacramentos tienen un efecto saludable y operan solo en aquellos que los reciben dignamente". Preguntémonos a menudo si nos arrepentimos, creemos y nos esforzamos por vivir vidas santas. Viviendo así, no debemos temer comer del pan y beber de la copa tal como el Señor nos lo ha ordenado.

Notas Lucas 22:14–23

V. 14: *[Con él los apóstoles]*. Está claro en esta expresión que, en este momento, Judas Iscariote estaba en el grupo.

V. 15: *[¡Cuánto he deseado!]*. Esta es una forma hebrea de hablar que significa: "He deseado extremadamente". La razón del gran deseo de nuestro Señor no se menciona claramente, y se nos deja a la imaginación. Algunos piensan que hace referencia a toda la obra de redención que estaba a punto de cumplir aquella semana y al fuerte deseo que sentía de cumplirla. Otros, a la institución de la Cena del Señor y al gran deseo que tenía nuestro Señor de dejar a sus discípulos este memorial de despedida antes de morir.

[Antes que padezca]. Alford comenta que este es el único lugar en los Evangelios donde se encuentra el uso absoluto de la palabra "padeció". Es como la expresión que tenemos en el Credo de los Apóstoles: "Padeció". La palabra se encuentra en otros lugares en esa misma forma activa como "padeció estas cosas", etc.

V. 16: *[Hasta que se cumpla]*. El significado de esta expresión es que nuestro Señor "nunca volvería a comer la pascua". Macknight observa: "La partícula 'hasta', tanto aquí como en el versículo 18, no implica que, tras el cumplimiento de la salvación de los hombres, nuestro Señor fuera a comer la pascua. Es una forma hebrea de expresión que significa que lo mencionado ya no iba a volver a ocurrir. Así se dice en Samuel (1 Samuel 15:35): 'Samuel no vio más a Saúl hasta el día de su muerte' (LBLA). Es decir, no volvió a verlo".

V. 17: *[Habiendo tomado la copa]*. Nótese que la acción descrita en este

versículo y el siguiente tuvo lugar en la fiesta de la pascua y que la institución de la Cena del Señor no comenzó hasta el versículo 19. El significado, como dijimos antes, parece ser “que los días en que nuestro Señor comería y bebería con sus discípulos estaban llegando a su fin”. Estaba a punto de ser apartado de ellos y de beber la copa de gratitud con ellos por última vez.

V. 19: *[Esto es mi cuerpo]*. Es casi innecesario comentar que la idea protestante de estas palabras es la única satisfactoria: “Esto *representa* y es un símbolo de mi cuerpo”. Para el oído de un judío, la expresión sería sencilla e inteligible. No hay palabra siríaca o hebrea que exprese la idea de “significar” o “representar” (cf. Génesis 40:12; Daniel 7:24; Apocalipsis 1:20; Juan 15:1–5).

[Por vosotros es dado]. ¿Se puede preguntar por medio de quién y para qué fue dado el cuerpo de nuestro Señor? Fue dado por su propia voluntad libre y elección, así como por el amor de Dios Padre, para sufrir, para morir y para ir al sepulcro a favor de un mundo de pecadores, para conseguir vida eterna para todos los que creyeran en Él.

V. 19: *[Haced esto]*. Los católicos romanos luchan mucho por hacer que estas palabras signifiquen “ofreced este sacrificio”, y que las palabras tengan el propósito especial de limitarse al acto de los sacerdotes de consagrar del pan y el vino y de ofrecerlo como sacrificio en la misa. Esta idea no soporta un examen detenido. El sentido natural de las palabras es un mandato dirigido a todos los discípulos: “Practicad esto”, “haced lo que acabo de mostraros”, “guardad la ordenanza que acabo de instituir”, “partid, tomad y comed este pan en todas las épocas en memoria mía”.

V. 20: *[Esta copa es el nuevo pacto]*. Aquí, así como en el versículo anterior, el significado es: “Esta copa representa el nuevo pacto, que va a ser sellado y ratificado con mi sangre, que será derramada o vertida por vosotros”. Hay una peculiaridad en las palabras griegas que solo puede transmitirse a un lector inglés por medio de una paráfrasis.

Está claro que una “copa” no es literalmente un “pacto” o testamento. El católico romano que dice que en el versículo anterior, donde nuestro Señor dice “esto es mi cuerpo” quiere decir “esto es mi cuerpo literal, verdadera y ciertamente”, encontrará difícil explicar el sentido de lo que nuestro Señor dice aquí. La idea protestante de que, en ambos casos, nuestro Señor quiere decir “este pan *representa* mi cuerpo” y “esta copa *representa* el nuevo pacto que es ratificado con mi sangre” es la única opinión racional y satisfactoria.

Si nuestro Señor hubiera querido decir verdaderamente que lo que dio a sus discípulos fue literalmente su “sangre”, parece imposible comprender la tranquilidad con que recibieron el anuncio. Todos eran judíos y, como judíos, a todos se les había enseñado desde su infancia que comer sangre era un gran pecado. Evidentemente comprendieron las palabras como lo hacen los protestantes ahora (Levítico 3:17; 7:26).

V. 21: *[La mano del que me entrega]*. Estas palabras dejan muy claro que Judas Iscariote fue uno de los que recibieron la Cena del Señor. No parece posible ninguna otra conclusión sincera. Si es así, según los católicos

romanos, ¡Judas debió de comer realmente el cuerpo de Cristo y beber la sangre de Cristo! ¡Y, sin embargo, era hijo de perdición!

No participar de la Cena del Señor en una iglesia concreta, porque algunos de los participantes viven vidas incoherentes, es un proceder que no se puede reconciliar con la Escritura que tenemos delante. La expresión que tenemos en Corintios y que se cita a menudo sobre este asunto —"con el tal ni aun comáis" (1 Corintios 5:11)— no hace referencia a la Cena del Señor en absoluto.

Burkitt comenta: "Nada es más común que el que personas impías que no tienen derecho a participar de las santas ordenanzas de Dios lo hagan. Pero su presencia contamina la ordenanza solo para ellos".

V. 22: *[Va, según lo que está determinado; pero ¡ay [...]*. Notemos en este versículo que, aunque la maldad de Judas fue conocida, vista por anticipado y permitida por Dios en su infinita sabiduría, sin embargo, Judas no fue menos culpable a los ojos de Dios. El que Dios conozca por adelantado no destruye la responsabilidad del hombre ni justifica que éste continúe en maldad con la excusa de que no puede evitar pecar. Nada puede ocurrir, ni en el Cielo ni en la Tierra, sin el conocimiento y el permiso de Dios. Pero los pecadores siempre son considerados por Dios responsables e instrumentos libres.

Agustín, citado por Ford, comenta que "se dice que Dios quiere cosas de forma permisiva que no quiere de forma aprobatoria".

El obispo Hall dice: "Hay que alabar grandemente la sabiduría de Dios que hace que los pecados del hombre redunden para su propia gloria".

Lucas 22:24–30

Observemos en este pasaje, *lo firmemente que puede adherirse a los corazones de los hombres buenos el orgullo y el amor a la preeminencia*. Se nos dice que "hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor". Esa disputa era algo que había sido reprendido por nuestro Señor en una ocasión anterior. La ordenanza que los discípulos acababan de recibir y las circunstancias bajo las que se habían reunido hacían que dicha disputa fuese especialmente impropia. Y, sin embargo, en este mismo momento, en el último período de tranquilidad que podían pasar con su Maestro antes de su muerte, ¡este pequeño rebaño comienza a pelearse por quién sería el mayor! Así es el corazón del hombre, siempre débil, siempre engañoso, siempre dispuesto, aun en sus mejores tiempos, a volverse a lo que es malo.

El pecado que tenemos delante es muy antiguo. La ambición, el amor propio y la vanidad están arraigados profundamente en el fondo de los corazones de todos los hombres y, con frecuencia, en los

corazones donde menos se sospecha que están. Miles que suponen que son humildes no pueden soportar ver a un igual más honrado y favorecido que ellos mismos. Verdaderamente pocos se pueden encontrar que se alegren de corazón por la promoción de su prójimo por encima de ellos. La cantidad de envidia y de celos en el mundo es una prueba notoria de que prevalece el orgullo. Los hombres no envidiarían el avance de un hermano si no tuvieran un secreto pensamiento de que sus propios méritos son mayores.

Vivamos velando contra esta dolorosa enfermedad si hacemos una profesión de servir a Cristo. El daño que ha causado a la Iglesia de Cristo es incalculable. Aprendamos a complacernos en la prosperidad de otros y a contentarnos con el lugar más bajo para nosotros mismos. La regla dada a los filipenses debe estar frecuentemente ante nuestros ojos: “Con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”. El ejemplo de Juan el Bautista es una brillante muestra del espíritu al que debemos aspirar. Él dijo de nuestro Señor: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Filipenses 2:3: Juan 3:30).

Observemos en este pasaje, en segundo lugar, *el impresionante relato que ofrece nuestro Señor de la verdadera grandeza cristiana*. Les dice a sus discípulos que el mundo mide la grandeza según el ejercicio de señorío y autoridad. “Mas no así vosotros —dice—, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve”. Y entonces refuerza este principio por el tremendo hecho de su propio ejemplo. “Yo estoy entre vosotros como el que sirve”.

La utilidad en el mundo y en la Iglesia, una disposición humilde a hacer algo y a poner nuestras manos en cualquier buena obra, un deseo alegre de servir en cualquier puesto, por humilde que sea, y a desempeñar cualquier labor por desagradable que sea si con ello promovemos la felicidad y santidad en la Tierra, estas son las verdaderas pruebas de la grandeza cristiana. El héroe en el Ejército de Cristo no es aquel que tiene rango, título, dignidad, carros y hombres a caballo y cincuenta hombres delante. Es aquel que no mira por lo suyo sino por lo de los demás. Es aquel que es amable y bondadoso con todos, que piensa en todos, con una mano dispuesta a ayudar a todos y un corazón para todos. Es aquel que invierte y se invierte en reducir la maldad y la tristeza del mundo, en vendar al de corazón quebrantado, en amparar a los que no tienen amigos, en consolar a los que sufren, en proporcionar luz a los ignorantes y en levantar a los pobres. Este es el verdadero gran hombre a los ojos de Dios. El mundo puede ridiculizar su trabajo y negar la sinceridad de sus motivaciones. Pero, mientras el mundo se burla, Dios se complace. Este es el hombre que camina más cerca de los pasos de Cristo.

Persigamos este tipo de grandeza si deseamos demostrar que somos siervos de Cristo. No nos conformemos con tener un claro conocimiento, profesar con nuestros labios, comprender mejor la

controversia y contender fervientemente por los intereses de nuestro grupo. Asegurémonos de ministrar a las necesidades de un mundo cargado por el pecado y de hacer el bien a cuerpos y almas. ¡Bendito sea Dios! La grandeza que Cristo recomendó está al alcance de todos. No todos tenemos estudios, dones o dinero. Pero todos podemos contribuir a la felicidad de aquellos que nos rodean por medio de obras de misericordia pasivas o activas. Todos podemos ser útiles y todos podemos ser bondadosos. Hay gran autenticidad en una bondad constante. Hace que los hombres del mundo piensen.

Observemos en este pasaje, en tercer lugar, *el misericordioso elogio de nuestro Señor a sus discípulos*. Les dijo: “Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas”.

Hay algo muy notable en estas palabras de reconocimiento. Conocemos la debilidad y flaqueza de los discípulos de nuestro Señor durante todo el período de su ministerio terrenal. Vemos que frecuentemente los reprende por su ignorancia y falta de fe. Conocemos muy bien que unas horas más tarde todos le iban a abandonar. Pero aquí le vemos destacando con misericordia un punto fuerte en su conducta y sosteniéndolo en alto para que su Iglesia lo reconozca a perpetuidad. Habían sido fieles a su Maestro a pesar de todas sus otras faltas. Sus corazones habían sido rectos aunque habían cometido errores. Se habían aferrado a Él en el día de su humillación, cuando los grandes y nobles estaban en su contra. Habían permanecido con Él en sus pruebas.

Descansemos nuestras almas con el confortable pensamiento de que la mente de Cristo siempre es la misma. Si somos verdaderos creyentes, sepamos que Él mira nuestras virtudes más que nuestras equivocaciones, que se compadece de nuestras flaquezas y que no nos tratará como corresponde a nuestros pecados. Nunca maestro alguno tuvo unos siervos tan pobres y débiles como los creyentes con respecto a Cristo, ¡pero nunca siervo alguno tuvo un Maestro tan compasivo y tierno como Cristo con los creyentes! Sin duda nunca será excesivo nuestro amor. Quizá nos quedemos cortos en muchas cosas. Quizá fallemos en conocimiento, valor, fe y paciencia. Quizá nos tambaleemos muchas veces. Pero hay algo que siempre debemos hacer: amar al Señor Jesús con el corazón, el alma, la mente y las fuerzas. Independientemente de lo que hagan otros, permanezcamos con Él y aferrémonos a Él de corazón. ¡Feliz aquel que puede decir con Pedro, a pesar de estar humillado y avergonzado: “Señor, tú sabes que te amo” (Juan 21:15)!

Observemos, por último, *la gloriosa promesa que nuestro Señor hace a sus fieles discípulos*. Les dice: “Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel”.

Estas palabras fueron el legado de despedida de nuestro Señor a su

pequeño rebaño. Sabía que en pocas horas concluiría su ministerio entre ellos. Lo termina con una maravillosa declaración de las buenas cosas que hay almacenadas para ellos. Quizá no veamos el pleno sentido de cada parte de esta promesa. Bástenos con saber que nuestro Señor prometió a sus once fieles gloria, honor y recompensas que excedían en mucho a todo lo que habían hecho por Él. Habían ido con Él por un corto camino, como Barzilai con David, y habían hecho algo por Él. Les asegura que tendrán en otro mundo una recompensa digna de un rey.

Dejemos todo el pasaje con el alegre pensamiento de que el salario que Cristo dará a su pueblo creyente será mucho mayor, en proporción, a cualquier cosa que ellos hayan hecho por Él. Sus lágrimas serán puestas en su redoma. Serán recordados sus más mínimos deseos de hacer el bien. Sus más débiles esfuerzos por glorificarle aparecerán escritos en su libro de memorias. Ni un vaso de agua fresca quedará sin recompensa.

Notas Lucas 22:24–30

V. 24: *[Hubo también entre ellos una disputa]*. Notemos que este es el segundo ejemplo de pelea por la preeminencia entre los Apóstoles relatado por S. Lucas. En la primera ocasión fue una “discusión” (Lucas 9:46); aquí es una “disputa”.

Es imposible reconciliar esta lucha relatada dos veces con la teoría católica romana de que Pedro fue reconocido como cabeza de los Apóstoles. ¡Ni aquí ni en ningún otro lugar hay indicación alguna de que en tiempos de nuestro Señor se diera esa primacía! Si nuestro Señor hubiera designado a Pedro verdaderamente como jefe de los Apóstoles, la disputa que tenemos delante en este pasaje no habría tenido lugar.

V. 25: *[Bienhechores]*. La palabra griega así traducida (*euergetes*) era un título que a menudo se apropiaban los monarcas paganos que se enorgullecían de ser especiales benefactores de sus súbditos. Uno de los Ptolomeos, rey de Egipto, fue llamado así.

V. 26: *[El mayor]*. Esta expresión quizá signifique aquí “mayor en edad”, el más viejo. Así se traduce en Romanos 9:12 [en la versión utilizada por el autor, N.T.]. En el versículo siguiente significa claramente “más grande en dignidad”.

V. 27: *[El que sirve]*. Hay una evidente referencia aquí al acto de lavar los pies de los discípulos que relata S. Juan, que había tenido lugar poco tiempo antes de la conversación que ahora estamos considerando. Al mismo tiempo, esta expresión describe cómo fue el camino de nuestro Señor sobre la Tierra: “Tomó forma de siervo”. “No vino a ser servido, sino a servir”.

Al hacer un uso práctico de las palabras de nuestro Señor en este lugar, debemos trazar cuidadosamente una distinción entre la humildad genuina y

la auto impuesta, voluntaria y ostentosa. Sería absurdo y blasfemo comparar la práctica anual del papa de lavar los pies de cierto número de pobres con el "servir" al que se refiere nuestro Señor. Cornelius à Lapide, en su comentario del pasaje que tenemos delante, ofrece una triste lista de ejemplos de humildad auto impuesta.

V. 28: *[En mis pruebas]*. Esta expresión incluye, probablemente, todo el curso del ministerio terrenal de nuestro Señor. Fue un período de pruebas y sufrimientos casi ininterrumpidos. Sería evidentemente imposible limitar la palabra a las tentaciones especiales de Satanás que soportó nuestro Señor.

V. 29: *[Os asigno]*. La palabra griega así traducida parece conllevar un sentido más profundo que el que nuestros traductores le han otorgado. Se podría traducir: "Os asigno por medio de un pacto". Es la raíz de las palabras empleadas en el famoso pasaje de Hebreos: "Donde hay *testamento*, es necesario que intervenga muerte del *testador*" (Hebreos 9:16).

[Un reino]. El significado de esta frase sin duda no se debe forzar demasiado. Hace referencia a la honra, dignidad, recompensa y majestad simbolizadas de manera única en este mundo por la posición del rey. Cristo tendrá un verdadero Reino pactado con Él desde toda la eternidad. En ese Reino de Cristo, los Apóstoles ocuparán un lugar destacado. Serán como reyes dentro de un Reino.

V. 30: *[Para que comáis y bebáis a mi mesa]*. Esta expresión admite dos interpretaciones. Podemos interpretarla literalmente, en referencia a la cena de bodas del Cordero, con la esposa del Cordero dispuesta (Apocalipsis 19:7–9), a la que nuestro Señor parece referirse en Mateo 26:29. O podemos interpretarla figuradamente, como la completa satisfacción de toda necesidad que los santos en gloria disfrutarán cuando "despierten a semejanza de Cristo y sean satisfechos" (cf. Salmo 17:15).

[Os sentéis en tronos juzgando [...] Israel]. Esta notable expresión es interpretada de diferente forma por los comentaristas.

1. Algunos piensan, con Brentano, que nuestro Señor solo quería decir que la doctrina del Evangelio predicada por los Apóstoles debería ser la regla por la cual toda la Iglesia debe ser juzgada en el día final.
2. Otros creen, con Gualter, que las palabras significan que los Apóstoles resucitarán en el Juicio y condenarán a los judíos en el día final, porque ellos creyeron el Evangelio mientras que Israel continuó sin creer. Como los ninivitas y la reina de Sabá, ellos dejarán sin excusa a los judíos.
3. Otros piensan que la palabra "juzgar" significa que los Apóstoles serán literalmente asesores con Cristo en el día del juicio, como les dice S. Pablo a los corintios: "Hemos de juzgar a los ángeles" (1 Corintios 6:3).
4. Otros piensan que la palabra "juzgar" significa que los Apóstoles tendrán un lugar de preeminencia en el gobierno de Israel después de que Cristo vuelva y los judíos hayan sido restaurados a su propia tierra. Está claro que la palabra "juzgar" significa en muchos lugares de la Biblia solo "dirigir o gobernar" y no hace referencia a pronunciar una sentencia judicial.

No pretendo hablar dogmáticamente acerca de una cuestión tan misteriosa como esta. Me inclino a pensar, sin embargo, que la última idea de las cuatro es la más probable. Las siguientes citas de Ford arrojan luz sobre

esta opinión, y merece la pena leerlas.

Dice el obispo Smalridge: “Por muy difícil que sea determinar sabiamente el pleno significado de estas expresiones, sin embargo, ciertamente podemos inferir racionalmente de ellas que hay algunas marcas concretas de gloria con las que los Apóstoles de nuestro Señor serán honrados por encima de otros cristianos”.

Dice Mede: “Independientemente de lo que represente la recompensa, está claro que hay un grado especial y eminente de gloria prometido aquí a los Apóstoles y que no compartirán con otros; en primer lugar, porque es la recompensa de su servicio propio y especial a Cristo; en segundo lugar, porque aquellos doce tronos, en lo que se refiere a su número, no pueden corresponder más que a estos doce; en tercer lugar, porque, suponiendo que las doce tribus de Israel estén en una situación de bienaventuranza, es necesario que aquellos que se sienten en los doce tronos para juzgarlas o gobernarlas tengan un grado más elevado de dignidad que aquellos sobre quienes son puestos”.

Añadamos a esto que se nos dice que sobre los doce fundamentos de la ciudad mística descrita en El Apocalipsis estaban los nombres de “los doce apóstoles del cordero” (Apocalipsis 21:14).

[Las doce tribus de Israel]. Notemos que las “doce tribus” se mencionan cuatro veces en el Nuevo Testamento, aquí y en Mateo 19:28; Hechos 26:7 y Santiago 1:1. Está claro que, aunque las diez tribus nunca volvieron de la cautividad, en tiempos del Nuevo Testamento se pensaba que aún existían, y se consideraban diferenciadas y separadas, no mezcladas y perdidas entre otras naciones. Por tanto, no debemos dudar de que las diez tribus existen ahora en algún lugar de la faz de la tierra y, a su debido tiempo, resurgirán y se mostrarán al mundo.

Lucas 22:31–38

En estos versículos aprendemos *qué terrible enemigo es el diablo para los creyentes*. Leemos que: “Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo”. Él estaba cerca del rebaño de Cristo, aunque ellos no le veían. Anhelaba conseguir su perdición aunque ellos no lo sabían. El lobo no ansía la sangre del cordero más que el diablo la destrucción de las almas.

Los cristianos no son suficientemente conscientes de la personalidad, la actividad y el poder del diablo. Es él quien introdujo el pecado en el mundo en el principio tentando a Eva. Es él quien es descrito en el libro de Job como alguien que “[rodea] la tierra y [anda] por ella”. Es a él a quien nuestro Señor llama “príncipe de este mundo”, “homicida” y “mentiroso”. Es a él a quien Pedro compara con un “león rugiente” que “anda alrededor buscando a quién devorar”. Es

de él de quien Juan habla como el “acusador de los hermanos”. Es él quien siempre está obrando el mal en las iglesias de Cristo arrancando la buena semilla de los corazones de los oyentes, sembrando cizaña en medio del trigo, fomentando persecuciones, sugiriendo falsas doctrinas y fomentando divisiones. El mundo es una trampa para el creyente. La carne es una carga y una obstrucción. Pero no hay un enemigo tan peligroso como ese enemigo incansable, invisible y experimentado que es el diablo.

Si creemos en la Biblia, no nos avergoncemos de creer que hay un diablo. Es una terrible muestra de la dureza y ceguera de los hombres inconversos el que bromeen y hablen con ligereza de Satanás.

Si profesamos tener una religión genuina, estemos en guardia contra los engaños del diablo. El enemigo que derribó a David y Pedro y que atacó a Cristo mismo no es un enemigo al que despreciar. Es muy sutil. Ha estudiado el corazón del hombre durante 6000 años. Puede acercarse a nosotros bajo el manto de un “ángel de luz”. Es necesario que velemos y oremos y que nos vistamos con toda la armadura de Dios. ¡Bendita promesa la de que, si resistimos, él huirá de nosotros! ¡Más bendita aún es la promesa de que, cuando el Señor vuelva, aplastará a Satanás bajo nuestros pies y le atará con cadenas (cf. Santiago 4:7; Romanos 16:20).

En segundo lugar, en estos versículos aprendemos *un gran secreto de la perseverancia en la fe de un creyente*. Leemos que nuestro Señor le dijo a Pedro: “Yo he rogado por ti, que tu fe no falte”. Pedro no cayó del todo debido a la intercesión de Cristo.

La continua existencia de gracia en el corazón del creyente es un gran milagro permanente. Sus enemigos son tan poderosos y él tiene tan pocas fuerzas, el mundo está tan lleno de trampas y su corazón es tan débil, que parece al principio que es imposible que alcance el Cielo. El pasaje que tenemos delante explica su seguridad. Tiene un poderoso Amigo a la diestra de Dios que siempre vive para interceder por él. Hay un Abogado vigilante que diariamente intercede por él viendo todas sus necesidades diarias y obtiene suplementos diarios de misericordia y gracia para su alma. Su gracia nunca muere, porque Cristo siempre vive para interceder (Hebreos 7:25).

Si somos verdaderos cristianos, encontraremos esencial para nuestro consuelo religioso el tener las ideas claras en cuanto al oficio sacerdotal de Cristo y su intercesión. Cristo vive y, por tanto, nuestra fe no fallará. Tengamos cuidado de no considerar a Jesús solo como alguien que murió por nosotros. Nunca olvidemos que está vivo para siempre. S. Pablo nos ordena recordar especialmente que Él ha resucitado y está a la diestra de Dios, y que también intercede por nosotros (Romanos 8:34). La obra que hace por su pueblo no está terminada aún. Sigue apareciendo en la presencia de Dios por ellos y haciendo por sus almas lo que hizo por Pedro. Su vida presente por ellos es exactamente tan importante como su muerte en la Cruz hace

dieciocho siglos. Cristo vive y, por tanto, los verdaderos cristianos vivirán.

En tercer lugar, en estos versículos aprendemos *el deber que incumbe a todos los cristianos que son objeto de la misericordia de Cristo*. Leemos que nuestro Señor le dijo a Pedro: “Una vez vuelto, confirma a tus hermanos”.

Uno de los atributos especiales de Dios es que puede producir bien a partir del mal. Puede hacer que las debilidades y las flaquezas de algunos miembros de su Iglesia obren para beneficio de todo el cuerpo de su pueblo. Puede hacer que la caída de un discípulo sea el medio para capacitarle para fortalecer y sostener a otros. ¿Alguna vez hemos caído y, por la misericordia de Cristo, hemos sido resucitados a una nueva vida? Entonces, sin duda, somos los hombres idóneos para tratar con bondad a nuestros hermanos. Debemos decirles, a partir de nuestra propia experiencia, lo malo y amargo que es pecar. Debemos advertirles que no deben jugar con la tentación. Debemos avisarles contra el orgullo, la presunción y el dejar de orar. Debemos hablarles de la gracia y compasión de Cristo si han caído. Sobre todo, debemos tratar con ellos con humildad y mansedumbre, recordando lo que hemos pasado nosotros mismos.

¡Bueno sería para la Iglesia de Cristo que los cristianos estuvieran más dispuestos a las buenas obras de esta clase! Hay demasiados creyentes que, cuando hablan, no añaden nada a sus hermanos. Parecen no tener Salvador del que hablar ni historia de gracia que anunciar. Hielan los corazones de aquellos con quienes se encuentran en vez de hacer que ardan. Debilitan más que fortalecer. Estas cosas no deben ser así. Que penetren profundamente en nuestras mentes las palabras del apóstol: “Teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos […]. Creí, por lo cual hablé” (2 Corintios 4:1, 13).

Aprendemos, por último, en estos versículos, que *el siervo de Cristo debe emplear todos los medios razonables para hacer la obra de su Maestro*. Leemos que nuestro Señor les dijo a sus discípulos: “El que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una”.

Es más seguro tomar estas notables palabras en un sentido proverbial. Se aplican a todo el período entre la Primera Venida de nuestro Señor y la Segunda. Hasta que nuestro Señor vuelva, los creyentes deben hacer un uso diligente de todas las facultades que Dios ha implantado en ellos. No deben esperar que se obren milagros para librarlos de problemas. No deben esperar pan en sus bocas si no trabajan por él. No deben esperar superar las dificultades y vencer a sus enemigos si no pelean, luchan y sufren dolores. Deben recordar que es “la mano de los diligentes [la que] enriquece” (Proverbios 10:4).

Haremos bien en llevar a nuestro corazón las palabras de nuestro Señor en este lugar y actuar continuamente según el principio que

contienen. Trabajemos, esforcémonos, demos, hablemos, actuemos y escribamos para Cristo, como si todo dependiera de nuestros esfuerzos. Pero, sin embargo, ¡nunca olvidemos que el éxito depende por completo de la bendición de Dios! Esperar éxito sobre la base de nuestra propia bolsa y espada es orgullo y fariseísmo, pero esperar éxito sin la “bolsa” y la “espada” es presunción y fanatismo. Hagamos lo que hizo Jacob cuando se encontró con su hermano Esaú. Aquel empleó todos los medios para reconciliarse con este y apaciguarlo. Pero, una vez que hizo todo lo que podía, se pasó toda la noche en oración (Génesis 32:1–24).

Notas Lucas 22:31–38

V. 31: *[Simón, Simón]*. La repetición del nombre de Simón indica la solemnidad y la importancia de la afirmación que está a punto de hacer y una profunda preocupación por el alma de Simón. Es como las palabras a Marta cuando estaba “turbada […] con muchas cosas” y a Saulo cuando perseguía a los discípulos (cf. Lucas 10:41; Hechos 9:4).

Parece que las palabras de nuestro Señor a Pedro en este lugar hacen probable que Pedro fuera uno de aquellos que más contendía por la preeminencia en los versículos que anteceden a los que estamos ahora considerando. Nuestro Señor le dice que, mientras busca grandeza, está a punto de sufrir una grave caída.

[Satanás os ha pedido]. Hay algo terrible en esta expresión. Nos muestra que el diablo desea a menudo nuestra destrucción y se esfuerza por conseguirla, mientras nosotros no sabemos nada de lo que hace porque es invisible. Por otro lado, hay algo de consuelo en esta expresión. Nos enseña que Satanás no puede hacer nada sin el permiso de Dios. Por muy grande que sea su deseo de hacer mal, trabaja encadenado.

Se debe distinguir entre “os” en este versículo y “ti” en el siguiente. Satanás deseaba tener a todos los Apóstoles. La oración intercesora de Cristo fue especialmente a favor de Pedro.

[Zarandearos como a trigo]. Esta expresión significa que Satanás deseaba zarandear de un lado a otro y hostigar al apóstol, como el trigo es zarandeado de un lado a otro cuando es cribado y aventado para separar el grano de la paja. Describe adecuadamente el efecto de la tentación en un creyente. Independientemente de cuál sea la intención de Satanás, el resultado de la tentación es que extrae la paja o flaqueza de un creyente y, generalmente, a largo plazo purifica su alma. Así sucedió, sorprendentemente, con Pedro y los demás Apóstoles en el ejemplo presente.

V. 32: *[He rogado por ti]*. No vacilemos en considerar que este es un ejemplo del ejercicio de su oficio, por parte de nuestro Señor, como intercesor por su pueblo. Lo que hizo por Pedro cuando este no sabía nada del peligro que corría, lo hace diaria y puntualmente por todos los que creen en su nombre.

[Que tu fe no falte]. La palabra griega traducida como “falte” es la raíz de nuestra palabra “eclipse”. El objetivo de la intercesión de nuestro Señor era que la fe de Pedro no se apagara del todo, aunque por un tiempo fuera muy débil.

Notemos que la “fe” es la raíz de todo el carácter cristiano y la parte que Satanás se esfuerza especialmente en destruir. En la tentación de Eva, de Pedro y de nuestro Señor mismo, el ataque fue siempre dirigido contra el mismo punto, y el objetivo buscado era producir incredulidad.

Los comentaristas católicos romanos, Cornelius à Lapide, Maldonado y Stella se esfuerzan por demostrar, por las palabras que tenemos ante nosotros, que la Iglesia católica romana de la que, según ellos, Pedro era cabeza nunca se apartaría de la fe y que nuestro Señor insinuó su perpetuidad y fidelidad. ¡Es a causa de las palabras que tenemos delante — se nos dice— que la iglesia de Roma nunca ha caído mientras que las iglesias de Alejandría, Constantinopla y Antioquía llegaron a la decadencia!

Es difícil concebir una aplicación de la Escritura más innecesaria y carente de base. Por un lado, no hay la más mínima prueba de que Pedro fuera el fundador o la cabeza de la iglesia de Roma, ni siquiera de que fuera obispo de Roma en absoluto. Por otro lado, las palabras que tenemos delante se aplican claramente a Pedro solo como individuo y no hay referencia alguna a ninguna iglesia. Sobre todo, estas palabras no indicaban un honor especial otorgado a Pedro. Al contrario, su propósito era enseñar que Pedro estaba a punto de caer de manera más vergonzosa que cualquiera de los Apóstoles y que nada sino la intercesión especial de Cristo le salvaría de la perdición total. Estaba a punto de demostrarse que la fe de todos los Apóstoles era muy débil, ¡pero que ninguno estaría más cerca que Pedro a un eclipse total!

Dice Lightfoot: “Ciertamente fue un privilegio para Pedro que Cristo orara por él; pero no fue tanto un honor para Pedro el que necesitara esa oración más que otros”.

Dice Wordsworth: “Los teólogos romanos dicen que la oración y el precepto de nuestro Señor se extienden a todos los obispos de Roma como sucesores de S. Pedro y que, al hablar a S. Pedro, nuestro Señor les hablaba a ellos. ¿Completarán el paralelismo y dirán que los obispos de Roma necesitan esa oración especial porque niegan a Cristo? No deben tomar una parte y dejar el resto”.

[Tú, una vez vuelto]. Esta expresión es, de alguna manera, notable y ha ocasionado diferencias de opinión entre los comentaristas. Por un lado, la palabra traducida como “vuelto” se debería traducir más literalmente como “te hayas convertido”. Por otro lado, hablar de que un apóstol como Pedro se “convierta” resulta extraño a algunos. Se han ofrecido las siguientes explicaciones de esta expresión.

1. Algunos piensan que la palabra traducida como “convertido” no conllevaba un sentido tan profundo. La consideran una forma hebrea de hablar y una especie de palabra expletiva. La comparan con frases como estas en el Nuevo Testamento: “Y Dios *se apartó*, y los entregó a que rindiesen culto al ejército del cielo”. Ellos, por tanto, la traducirían como lo hace Bengel, como un adverbio: “Tú *a tu vez* fortalece a tus hermanos”.

2. Otros creen, con Sir Norten Knatchbull, que la palabra que aparece como “seas convertido” se debería haber traducido en un sentido activo y

que significa: “Cuando tú hayas convertido a tus hermanos, fortalécelos”.

3. Otros piensan que la conversión de la que aquí se habla significa simplemente “recuperación de una caída” y que no necesariamente se refiere a esa primera conversión a Dios que tiene lugar cuando una persona inconversa se hace cristiana. Esta es, con mucho, la interpretación más satisfactoria de la expresión. Tenemos autoridad para traducir el término griego como “ser convertido”, a pesar de ser un verbo activo, en Hechos 3:19.

Comenta Burkitt: “Esta conversión no era de una situación de pecado —Pedro se había convertido en ese sentido anteriormente—, sino de un acto de pecado en el que habría caído una y otra vez”.

[Confirma a tus hermanos]. Aquí parece haber una referencia tácita a la discusión acerca de la preeminencia que acaba de tener lugar entre los Apóstoles: “En vez de perder el tiempo en luchar por la primacía, entrégate a la mejor obra de levantar, confirmar y hacer bien a tus hermanos. Advierte al ingobernable. Consuela al débil. Enseña a todos la hermosura de la humildad. Muéstrales por medio de tu propia y triste experiencia el peligro del orgullo y de los pensamientos elevados”.

La mayoría de comentaristas creen que el tono general de las Epístolas de S. Pedro muestra las marcas especiales del efecto de este mandamiento. Son eminentemente exhortativas, directas e instructivas para los creyentes.

Alford llama la atención al hecho de que la palabra griega para “confirmar” que tenemos en este lugar es empleada dos veces por Pedro en sus dos Epístolas, y la palabra “firmeza” —que también se emplea— deriva directamente de la misma (cf. 1 Pedro 5:10; 2 Pedro 1:12; 2 Pedro 3:17).

Añadiría a esto el interesante hecho de que es Pedro quien describe al diablo con la gráfica figura de un “león rugiente, [que] anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8).

[Tus hermanos]. Esta expresión contiene probablemente una referencia tácita a la disputa por la preeminencia. Se le recuerda a Pedro que debe considerar a los otros discípulos no como inferiores, sino como sus “hermanos”.

V. 33: *[Dispuesto estoy a ir]*. Estas eran palabras de un discípulo seguro de sí mismo e inexperto que aún no había descubierto la debilidad de su propia fe y lo engañoso que era su propio corazón. Poco saben los hombres lo que harán hasta que les llegue verdaderamente la hora de la tentación. “¿Qué es tu siervo, este perro —dijo Hazael—, para que haga tan grandes cosas?” (2 Reyes 8:13).

V. 34: *[Pedro]*. Comenta Burgon que este es el único lugar en que nuestro Señor se dirige a Pedro por este nombre, que significaba “piedra”. Sin duda quería recordarle lo débiles que son aun los discípulos más fuertes.

[Niegues tres veces que me conoces]. Se debe recordar que esta era una predicción muy notable y una gran evidencia del conocimiento anticipado de nuestro Señor. Que Pedro negara a su Maestro, que le negara de hecho aquella misma noche tras recibir la Cena del Señor, que le negara después de las claras advertencias y de las fuertes protestas diciendo que moriría y que negara a su Maestro tres veces eran todos sucesos improbables. ¡Pero

ocurrieron!

V. 35: *Cuando os envié*. Este versículo hace referencia a la ocasión cuando nuestro Señor envió a los Apóstoles de dos en dos a predicar el Reino de Dios. Es evidente en la expresión que tenemos delante que, en estas primeras salidas, nuestro Señor ejerció una supervisión de sus discípulos y ordenó las cosas de tal manera que hicieron amigos dondequiera que fueron y no les faltó nada. Esto lo hizo, sin duda, en condescendencia a su inexperiencia y flaqueza y para capacitarlos para atender a su trabajo sin distracción.

V. 36: *[Pues ahora [...]*. El propósito general de este versículo es enseñar que, desde el tiempo de la ascensión de Cristo al Cielo, los discípulos no debían esperar semejante intervención milagrosa constante de Dios a su favor que los hiciera independientes del uso de los medios. Al contrario, debían emplear con diligencia todos los medios legítimos y razonables para su apoyo y protección. Debían trabajar con sus propias manos, como hizo S. Pablo al hacer tiendas. Debían realizar recogidas regulares de dinero para apoyar a aquellos que tuvieran necesidad, como habían hecho los corintios. No debían despreciar sus derechos como sujetos y ciudadanos, sino utilizarlos en defensa propia como hizo S. Pablo ante Lisias, Festo y Felipe.

El sentido general del versículo parece ser una advertencia contra la idea indolente y fanática de que la diligencia en el uso de los medios es “carnal” y una dependencia ilegitima de un arma de la carne. En mi opinión, todo el versículo aporta un argumento incuestionable contra las extrañas ideas afirmadas por algunos en la actualidad, que nos dicen que proveer para nuestras familias está mal, asegurar nuestras vidas está mal, recoger dinero para organizaciones religiosas está mal, estudiar para la obra del ministerio está mal, participar en el gobierno civil está mal y ser policía, estar en el Ejército o trabajar en los tribunales de justicia está mal. Yo respeto la conciencia de aquellos que afirman estas opiniones. Pero soy tremendamente incapaz de reconciliarlas con el lenguaje de nuestro Señor en este lugar.

[Bolsa [...] alforja [...] espada]. Considero que estas tres expresiones son proverbiales y simbólicas. Contienen una lección general para la guía de la Iglesia de Cristo hasta que el Señor vuelva. No debemos rechazar la instrumentalidad humana al hacer la obra de Cristo, ni esperar la bendición de Cristo si no empleamos diligentemente los medios legítimos a nuestro alcance.

[El que no tiene espada, venda su capa y compre una]. Esta expresión es sin duda difícil.

1. Unos piensan que nuestro Señor se refería literalmente a que los discípulos debían conseguir una espada con el fin de que la escena en el huerto, cuando Pedro hirió a Malco y la sanidad milagrosa de la oreja de Malco, pudiera tener lugar. Esta explicación es eminentemente simple, forzada e insatisfactoria.

2. Otros piensan, con Olshausen, que a lo que se refiere nuestro Señor es a la “espada del Espíritu”, la Palabra de Dios. Esta explicación parece inverosímil. Más aún, sin duda no podemos suponer que los discípulos nunca hubieran empleado esta “palabra del Espíritu” antes de este momento.

3. La interpretación más satisfactoria es la que considera todo el versículo como proverbial y simbólico. Las palabras “bolsa, alforja y espada” no se deben tomar demasiado literalmente. Son expresiones parabólicas que indican que se acercaba un tiempo cuando todos los medios humanos —de los que la bolsa, la alforja y la espada son símbolos— deberían ser empleados con diligencia por los Apóstoles. En Romanos 13:4, Suicer muestra que “la espada” es evidentemente una expresión simbólica.

Esta opinión es hábilmente presentada por Teofilacto en su comentario sobre el pasaje.

Stella llama la atención al notable paralelismo entre la situación de los Apóstoles antes y después de la ascensión de nuestro Señor, y de la situación de Israel antes y después de que entraran en Canaán. Antes de que los judíos entraran en Canaán, fueron alimentados milagrosamente con el maná diario y guiados milagrosamente por la columna de humo y de fuego. Desde que entraron en Canaán, fueron dejados a sus propios esfuerzos. Algo muy parecido ocurrió con los Apóstoles. No debían esperar constantes milagros obrados a su favor desde el momento en que Cristo dejara el mundo.

V. 37: *[Aquello que está escrito [...]*. Adviértase aquí que, cuando nuestro Señor habla de su cercana crucifixión, no habla de ella simplemente como su “muerte”. La describe especialmente diciendo que “fue contado con los inicuos”. La expresión tenía el evidente propósito de recordarnos que el fin principal de su muerte no era ser un ejemplo de auto negación sino ser nuestro sustituto, ser sacrificado en nuestro lugar, hacerse pecado y maldición por nosotros.

[Lo que está escrito de mí tiene cumplimiento]. Esta expresión significa: “La obra que he venido a hacer está casi concluida. Va a ser ofrecido el gran sacrificio. Voy a dejar el mundo y a ir a mi Padre”. Es como las palabras en la Cruz: “Consumado es”.

V. 38: *[Aquí hay dos espadas [...]; basta]*. Parece correcta la opinión general sobre este versículo de todos los mejores comentaristas en cuanto a que los discípulos no comprendieron lo que quería decir nuestro Señor y que nuestro Señor, viendo su torpe entendimiento, dejó el asunto del que había estando hablando y no dijo más acerca de ello. Los discípulos se tomaron literalmente sus palabras acerca de la espada. Él pretendía que las tomaran en sentido figurado. Si no eran capaces de entender su significado en ese momento, lo serían más adelante. En el presente les dijo: “basta”, y por sabias razones no diría nada más: “No me hables más de este asunto” (Deuteronomio 3:26).

La idea afirmada por algunos de que nuestro Señor empleó la palabra “basta” irónicamente, no es satisfactoria. Se puede dudar de si nuestro Señor empleó alguna vez la ironía. Aquellos que tienen esta opinión afirman que nuestro Señor quería decir: “¡Verdaderamente bastas con dos espadas! ¡Eso es ciertamente suficiente defensa!”.

Los autores católicos romanos Maldonado y Cornelius à Lapide interpretan las dos espadas mencionadas en este versículo como el poder terrenal y espiritual que reclaman para la iglesia de Roma. Es casi innecesario decir que el pasaje no proporciona la más mínima base para la doctrina que tratan de apoyar con el mismo. Aun Stella, el católico romano español, se avergüenza

de semejante interpretación y la denuncia como “retorcida y discordante con el pasaje”.

Crisóstomo pensaba que la expresión “aquí hay dos espadas” hacía referencia a los dos cuchillos o las dos espadas sacrificiales que los discípulos habrían conseguido a causa del cordero pascual. La explicación parece innecesaria. En los días cuando nuestro Señor estuvo sobre la Tierra, era normal que los hombres llevaran armas ofensivas y defensivas.

Lucas 22:39–46

Los versículos que tenemos delante contienen el relato de S. Lucas acerca de la agonía de nuestro Señor en el huerto. Es un pasaje de la Escritura al que siempre nos debemos acercar con una reverencia especial. La historia que relata forma parte de “lo profundo de Dios”. Mientras lo leemos, vienen a nuestras mentes las palabras de Éxodo: “Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Éxodo 3:5).

Vemos en este pasaje, en primer lugar, *un ejemplo de lo que los creyentes deben hacer en tiempos de problemas*. La gran cabeza de la Iglesia misma proporciona el patrón. Se nos dice que, cuando vino al monte de los Olivos, la noche antes de ser crucificado, “puesto de rodillas oró”.

Es un hecho notable que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento proporcionan una única receta para afrontar los problemas. ¿Qué dice el libro de los Salmos? “Invócame en el día de la angustia; te libraré, tú me honrarás” (Salmo 50:15). ¿Qué dice el apóstol Santiago? “¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración” (Santiago 5:13). La oración es la receta que empleó Jacob cuando temía a su hermano Esaú. La oración es la receta que empleó Job cuando se le quitaron su propiedad y sus hijos repentinamente. La oración es la receta que empleó Ezequías cuando llegó la carta amenazadora de Senaquerib. Y la oración es la receta que el Hijo de Dios mismo no se avergonzó en emplear en los días de su carne. En la hora de su misteriosa agonía, “oró”.

Tengamos cuidado de utilizar el remedio de nuestro Maestro si queremos consuelo en la aflicción. Independientemente de los otros medios de ayuda que empleemos, oremos. El primer Amigo al que deberíamos volvernos debería ser Dios. El primer mensaje que deberíamos enviar tendría que ser al trono de gracia. Ninguna depresión espiritual debe impedirlo. Ningún abrumador peso de tristeza debe hacernos enmudecer. Es una de las principales artimañas de Satanás el dar al hombre afligido falsas razones para mantenerle en

silencio ante Dios. Cuidémonos de la tentación de obsesionarnos con resentimiento por nuestras heridas. Aunque no podamos decir nada más, digamos: “Estoy oprimido, sé tú mi ayudador” (Isaías 38:14, LBLA).

En segundo lugar, en estos versículos vemos *la clase de oraciones que debería hacer un creyente a Dios en tiempos de problemas*. Una vez más, el Señor Jesús mismo otorga un modelo a su pueblo. Se nos dice que dijo: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Debemos recordar que quien dijo estas palabras tenía dos naturalezas diferentes en una sola Persona. Tenía una voluntad humana y otra divina. Cuando dijo “no se haga mi voluntad”, se refería a aquella voluntad que tenía como hombre, con cuerpo, carne y sangre como los nuestros.

El lenguaje empleado por nuestro bendito Maestro en este lugar muestra exactamente cuál debería ser el espíritu de la oración de un creyente en medio de su aflicción. Como Jesús, debe declarar sus deseos abiertamente a su Padre celestial y derramarlos sin reservas ante Él. Pero, como Jesús, debe hacerlo con una entera sumisión de su voluntad a la voluntad de Dios. Nunca debería olvidar que puede haber sabias y buenas razones para su aflicción. Debe matizar con cuidado cada petición de que se le quite una cruz determinada con la frase “si es tu voluntad”. Debe envolverlo todo con esta humilde confesión: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Esa sumisión de la voluntad es una de las principales virtudes que pueden adornar el carácter cristiano. Es una a las que un hijo de Dios debe aspirar en todo si desea ser como Cristo. Pero en ningún momento es esa sumisión de la voluntad tan necesaria como en el día de la aflicción, y en nada brilla con tanto fulgor como en las oraciones de los creyentes pidiendo ayuda. Aquel que puede decir desde lo profundo de su corazón cuando tiene ante Él una copa amarga: “no se haga mi voluntad, sino la tuya”, ha avanzado mucho en la escuela de Dios.

Vemos en estos versículos, en tercer lugar, *un ejemplo de la extremada culpa y pecaminosidad del pecado*. Vemos esto en la agonía y el sudor de sangre de Cristo y en toda su misteriosa aflicción corporal y mental que describe el pasaje. Puede que, a primera vista, esta lección no esté clara para un lector superficial de la Biblia. Pero está allí.

¿Cómo podemos explicar la profunda angustia que sufrió nuestro Señor en el huerto? ¿Qué razón podemos dar para el intenso sufrimiento, tanto mental como corporal, que evidentemente soportó? Solo hay una respuesta satisfactoria. Fue causado por la carga del pecado imputado del mundo que entonces comenzó a pesar sobre Él de una manera especial. Había emprendido el ser hecho pecado por nosotros, ser hecho maldición por nosotros y permitir que nuestras iniquidades fueran cargadas sobre Él (cf. 2 Corintios 5:21; Gálatas

3:13; Isaías 53:6). Fue el enorme peso de estas iniquidades lo que le hizo sufrir angustia. Fue el sentir el peso de la culpa del mundo sobre Él lo que provocó las grandes gotas de sangre en el sudor del Hijo eterno de Dios y su "gran clamor y lágrimas". La causa de la agonía de Cristo fue el pecado del hombre (Hebreos 5:7).

Debemos cuidarnos de la idea moderna de que la vida y muerte de nuestro bendito Señor no fueron más que un gran ejemplo de sacrificio personal. Semejante idea arroja tinieblas y confusión sobre todo el Evangelio. Deshonra al Señor Jesús y le presenta como alguien que, en el día de su muerte, se resignó menos que muchos mártires modernos. Aferrémonos firmemente a la vieja doctrina de que Cristo estaba "llevando nuestros pecados" tanto en el huerto como en la Cruz. Ninguna otra doctrina puede explicar el pasaje que tenemos delante o satisfacer la conciencia del hombre culpable.

¿Nos gustaría ver la gravedad del pecado mostrándose tal como es? ¿Querríamos aprender a odiar el pecado con un odio santo? ¿Nos gustaría conocer algo de la intensa tristeza de las almas en el Infierno? ¿Nos gustaría comprender algo del indescriptible amor de Cristo? ¿Nos gustaría comprender la capacidad de Cristo para simpatizar con aquellos que tienen problemas? Entonces recordemos con frecuencia la agonía en el huerto. La profundidad de dicha agonía puede darnos una idea de nuestra deuda con Cristo.

Por último, en estos versículos vemos *un ejemplo de la debilidad del mejor de los santos*. Se nos dice que, mientras nuestro Señor estaba en agonía, sus discípulos se quedaron dormidos. A pesar de la clara indicación de que oraran y la clara advertencia contra la tentación, la carne venció al espíritu. ¡Mientras Cristo sudaba grandes gotas de sangre, sus Apóstoles dormían!

Pasajes como estos son muy instructivos. Debemos agradecerle a Dios que hayan sido escritos para nuestro aprendizaje. Su propósito es enseñarnos humildad. Si los Apóstoles pueden comportarse de esta manera, el cristiano que piensa estar firme debe tener cuidado de no caer. Su propósito es reconciliar a los creyentes con la muerte y hacerles anhelar aquel cuerpo glorioso que tendrán cuando vuelva Cristo. Entonces, y no hasta entonces, seremos capaces de esperar en Dios sin cansancio corporal y de servirle día y noche en su templo.

Notas Lucas 22:39–46

V. 39: *[Se fue, como solía]*. El hábito de Cristo de ir al atardecer al monte de los Olivos se ha mencionado ya en un pasaje anterior (Lucas 21:37). Recordemos que, en la fiesta de la Pascua, multitud de judíos acudían a Jerusalén de todas partes del mundo. Sin duda era imposible encontrar alojamiento para todos ellos dentro de los muros de la ciudad. Muchos de

ellos probablemente pasaban la noche en los pueblos que rodeaban Jerusalén o en los huertos que estaban cerca de la ciudad. Esta circunstancia explica lo que leemos en este versículo. Había un lugar en el huerto de los Olivos al que nuestro Señor estaba habituado a ir, que era conocido por todos los discípulos y por Judas Iscariote entre ellos. De ahí que Judas pudiera, aunque fuera de noche, conducir a los enemigos de nuestro Señor al lugar exacto donde estaba su Maestro. Hacer prisionero a alguien por la noche requiere, por supuesto, un íntimo conocimiento de sus hábitos y del lugar donde se encuentra. Por tanto, si Judas no hubiera guiado a la partida que prendió a Jesús, se habrían pasado toda la noche buscándole en vano.

V. 40: *[Orad que no entréis en tentación]*. Adviértase con cuidado que una cosa es ser atacado por la tentación y otra muy diferente entrar en ella. No podemos evitar su ataque, pero no estamos obligados a ceder. No podemos evitar que la tentación venga a nosotros, pero es culpa nuestra entrar en tentación. Ser tentado es doloroso y una dura prueba; pero entrar en tentación es pecado. En vano esperamos no ser tentados mientras haya un diablo y en tanto estemos en el cuerpo. Pero debemos orar y esforzarnos por no entrar en la tentación. Esto es lo que nuestro Señor plantea a sus discípulos.

V. 42: *[Esta copa]*. Dice Doddridge de esta expresión: “Se acostumbraba entre los antiguos a asignar a cada invitado a una fiesta una copa especial, así como un plato, y por la clase y cantidad de licor que contenía se expresaba el respeto con que se le agasajaba. De ahí que la palabra “copa” llegara a significar generalmente la parte asignada, ya fuera de placer o de tristeza” (cf. Salmo 11:6; 73:10; 75:8; Isaías 51:17; Jeremías 25:15; Mateo 20:23).

[No se haga mi voluntad, sino la tuya]. En esta expresión, y por supuesto en todo el versículo, se enseña claramente la gran y misteriosa verdad de que nuestro Señor tenía dos voluntades: una humana y otra divina. En su Persona, las naturalezas humana y divina estaban unidas maravillosamente. En palabras del Artículo: “Las dos naturalezas enteras y perfectas, esto es, divina y humana, se unieron en una Persona, para no ser jamás separadas”. Pero también debemos recordar con cautela que, aunque ambas naturalezas estaban unidas, no debían confundirse las dos voluntades. Nuestro Señor tenía una voluntad como hombre perfecto y también tenía una voluntad como Dios perfecto. Como Dios tenía una voluntad en plena armonía con la voluntad del Padre, una voluntad de sufrir, morir, llevar nuestros pecados y proveer redención en la Cruz. Pero como hombre tenía una voluntad que se apartaba por naturaleza de la muerte y del dolor, como todo lo que tiene aliento de vida hace de manera instintiva. Esta es la voluntad a la que oímos hablar en el versículo que tenemos delante. Dice Teofilacto: “El hombre ama la vida por naturaleza”. Nuestro Señor era un hombre exactamente como nosotros en todas las cosas excepto en el pecado. Su constitución corporal, su sistema nervioso y su capacidad de sufrir eran exactamente como las nuestras. Por tanto, esta naturaleza es la que dice: “Pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Esta cuestión resulta, sin duda, muy misteriosa. Debemos señalar que el misterio surge necesariamente de nuestra tremenda incapacidad para

comprender la unión de dos naturalezas en una Persona. Es una profundidad en la que no podemos sumergirnos por completo. Cómo podía ser el Señor Jesús al mismo tiempo Dios y hombre, débil como hombre pero Todopoderoso como Dios, por qué razones le vemos a veces en los Evangelios hablando en unas ocasiones como Dios y en otras como hombre, por qué vemos que unas veces vela su divinidad y otras la muestra claramente; todas estas son preguntas más fáciles de plantear que de responder. Baste para nosotros con saber que es así y con creer y admirar lo que no podemos explicar.

Sin embargo, podemos comentar con seguridad que en ningún período del ministerio terrenal de nuestro Señor se ve tan claramente la realidad de su humanidad como en su agonía en el huerto y en su muerte en la Cruz. Como hombre, soportó la tentación por nosotros y venció a Satanás. Como hombre mostró la intensidad de sus sufrimientos sudando sangre y con gran clamor y lágrimas. Como hombre tuvo sed en la Cruz y dijo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. El infinito mérito de su pasión surgió incuestionablemente de la inseparable unión de su deidad y su humanidad. Pero la naturaleza que sobresale más en su pasión es su naturaleza como hombre.

V. 43: *[Se le apareció un ángel]*. Esta circunstancia de la agonía de nuestro Señor en el huerto solo la menciona S. Lucas. Ello ha dado lugar a muchos comentarios extraños y hasta ha sido de tropiezo para algunos cristianos. Resulta un hecho curioso que, en los primeros tiempos del cristianismo, este versículo y el siguiente fueran completamente omitidos en algunas copias del Evangelio según S. Lucas. Se suponía, por ignorancia, que eran tan despectivos de la dignidad de nuestro Señor y tan favorables a la herejía arriana, que no eran genuinos. La omisión era completamente injustificable. Hay una inmensa cantidad de evidencia que muestra que ambos versículos fueron tan inspirados como cualquier otra parte de este Evangelio y verdaderamente escritos por S. Lucas. Su omisión, además, era completamente innecesaria y los temores que producía eran temores infundados.

El objeto del versículo parece ser aportar una prueba adicional de que nuestro Señor era real y verdaderamente hombre. Como hombre, fue por un breve tiempo “menor que los ángeles” (Hebreos 2:9). Como hombre, condescendió a recibir consuelo de los ministros angelicales. Como hombre, estuvo abierto a recibir unas muestras de simpatía por parte de los ángeles que la debilidad de sus discípulos impidió que ellos le dieran. La realidad de la debilidad nunca se muestra tanto como cuando una persona se convierte en objeto de simpatía y ayuda. Siendo Dios verdadero de Dios verdadero y Señor de los ángeles y los hombres, Jesús, por supuesto, no necesitaba que ángel alguno le fortaleciera. Pero, como verdadero hombre, en la hora de su gran debilidad permitió que un ángel le ministrara.

La idea alemana de que a nuestro Señor no se le apareció ningún ángel real y de que todo esto tuvo lugar estando en trance o en una visión es completamente insostenible. De este modo podríamos explicar cualquier hecho de la Biblia.

Lightfoot y otros tienen la teoría de que el diablo se apareció a nuestro Señor en el huerto de una forma visible horrible, y que este ángel apareció especialmente para fortalecer a nuestro Señor frente a él. No parece haber

nada que justifique esa teoría ni ventaja alguna en admitirla.

V. 44: *[En agonía]*. Poca duda puede haber de que, en este misterioso momento, la angustia corporal y mental de nuestro Señor fue intensa y amarga. Está claro que a Satanás se le permitió que le hostigara y le atacara con tentaciones especiales y peculiares. El príncipe de este mundo había venido verdaderamente. Es perfectamente razonable suponer que, como hombre, nuestro Señor sentiría ese acobardamiento ante la muerte y los sufrimientos de los que conocía por anticipado cada detalle y al que toda carne y sangre, aun sin pecado, es necesariamente propensa.

Pero está claro que seguimos necesitando alguna otra explicación. Sin duda pensará toda persona entendida que se conocen cientos de mártires que sufrieron las muertes más dolorosas sin demostración de una angustia mental y corporal como la que se relata aquí en el caso de nuestro Señor. ¿Cómo explicamos esto? ¿Cómo explicamos la notable circunstancia de que nuestro Señor parezca haberse sentido más angustiado que muchos mártires ante la perspectiva de ser quemados vivos o hasta en la hoguera?

Yo creo que estas preguntas nunca pueden ser respondidas satisfactoriamente por parte de un sociniano o por alguien con las modernas opiniones extrañas acerca de la muerte de Cristo. Creo que la nueva y famosa teoría de que tanto en la muerte como en la vida debemos ver en Jesús solo un gran *ejemplo* de sacrificio personal y negación de sí mismo es aquí completamente desarticulada. Eso hace que nuestro bendito Señor muestre menos tranquilidad en sus últimas horas que muchos de sus pobres siervos débiles cuando fueron martirizados.

La única explicación satisfactoria de la profunda agonía de Cristo es la antigua doctrina del pecado imputado. Había emprendido la muerte por nuestros pecados. Su muerte era una muerte vicaria. Como sustituto nuestro, estaba a punto de llevar nuestras iniquidades, de sufrir por nosotros y pagar nuestras deudas a Dios por medio de su sangre. Estaba a punto de ser contado con los pecadores y de ser castigado para que nosotros fuésemos contados como justos y liberados del castigo. El pecado del mundo comenzó a ser cargado sobre Él de una manera especial en el huerto. Estaba siendo hecho maldición por nosotros por llevar nuestros pecados. Esta fue la causa principal de su agonía y de que sudara sangre. Las palabras de Isaías se estaban cumpliendo: “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento”. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:10, 6).

Merece la pena leer las citas siguientes sobre esta importantísima cuestión.

Dice Baxter: “Esta agonía no era por el temor a la muerte, sino por un profundo sentido de la ira de Dios contra el pecado que Él, como sacrificio nuestro, tenía que soportar con mayores dolores que la simple muerte que sus siervos suelen soportar en paz”.

Sir Matthew Hale, citado por Ford, dice: “Cristo soportó la imputación de todos nuestros pecados; y aunque personalmente era inocente, sin embargo, judicialmente y por imputación, era el mayor ofensor que nunca ha habido. Puesto que a nuestro Señor le plugo ser nuestro representante al llevar nuestros pecados y ocupar nuestro lugar, es como si todos estos sentimientos y estas emociones soportados por su alma hubiesen sido los

nuestros. Al vestirse con la persona del pecador, se vistió con la misma tristeza, el mismo oprobio, el mismo temblor, la misma percepción de la ira de su Padre que deberíamos haber sufrido nosotros. Y, puesto que el pecado imputado conllevaba la obligación de un castigo, así la forzosa consecuencia fue que el alma de Cristo soportó todos los tormentos y los sentimientos que habría soportado la persona del pecador, exceptuando el pecado".

[Sudor como grandes gotas de sangre]. Todos los mejores comentaristas observan que hay buena evidencia médica de que puede producirse, y se ha producido, en casos de gran angustia mental y corporal, una mezcla semejante de sangre y sudor como la que aquí se relata.

Merece la pena comentar que S. Lucas, el único de los cuatro Evangelistas que menciona la circunstancia que tenemos delante ahora, era médico.

Teofilacto observa que este sudor con sangre es una de las muchas fuertes evidencias de que el cuerpo de nuestro Señor era un cuerpo real como el nuestro, con carne, sangre y todas las demás cosas propias de la constitución del hombre. Observa también que eso aporta un argumento incontestable contra la herejía de aquellos que afirmaban que el cuerpo de nuestro Señor era solo un cuerpo aparente o "fantasmagórico", pero no real.

Algunos han planteado la ridícula pregunta de cómo llegó al conocimiento de S. Lucas este sudor con sangre cuando nuestro Señor estaba evidentemente solo en el momento en que ocurrió. Y se nos ofrece seriamente, como solución para la supuesta dificultad, que probablemente "¡las marcas de esas gotas serían visibles al concluir la agonía!". Preguntas como esta tienen el propósito de atentar contra la raíz de la inspiración. Si pensamos que los autores de los Evangelios relataron solo lo que obtuvieron a partir de testigos visuales o presenciaron con sus propios ojos, tendremos una triste visión limitada de la verdadera naturaleza de la inspiración de la Escritura. No dudemos de que en este caso, como en otros muchos, S. Lucas escribió sencillamente lo que le fue revelado por el Espíritu Santo y que, al aportar o quitar hechos de la historia de nuestro Señor, no dependió de mera información humana, sino que fue enteramente guiado por Dios.

Se puede encontrar un comentario muy completo y sólido de todo el asunto del que tratan este versículo y el anterior en la obra de Calovio, el comentarista luterano.

V. 45: *[Durmiendo a causa de la tristeza]*. Notemos aquí que S. Lucas es el único Evangelista que menciona la causa de que los discípulos se quedaran dormidos. La carne y la sangre no pueden soportar demasiado ni la tristeza ni el gozo sin ceder. Los mismos tres que se durmieron en Getsemaní fueron los tres que se durmieron en la transfiguración.

V. 46: *[Levantaos, y orad]*. Bengel comenta aquí con gran perspicacia que la postura erguida del cuerpo es la mejor para vencer la somnolencia al orar.

Lucas 22:47–53

Aprendemos en estos versículos, por un lado, *que se pueden cometer los actos peores y más malvados bajo una apariencia de amor a Cristo*. Leemos que, cuando el traidor Judas llevó a los enemigos de Cristo para que le prendieran, le traicionó "con un beso". Simuló afecto y respeto en el mismo momento en que estaba a punto de entregar a su Maestro en manos de sus enemigos mortales.

Semejante conducta, por desgracia, no carece de paralelos. Las páginas de la historia relatan muchos ejemplos de enorme maldad obrada y perfeccionada bajo el ropaje religioso. Con demasiada frecuencia se ha empleado el nombre de Dios al servicio de la persecución, la traición y el crimen. Cuando Jezabel iba a hacer que mataran a Nabot, ordenó que se proclamara ayuno y que falsos testigos declararan contra él diciendo: "Tú has blasfemado a Dios y al rey" (1 Reyes 21:9–10). Cuando el Conde de Montfort condujo una cruzada contra los albigenses, ordenó que fueran asesinados y saqueados como un acto de servicio a la Iglesia de Cristo. Cuando la Inquisición española torturó y quemó a los sospechosos de herejía, justificó sus abominables actos por una profesión de celo por la verdad de Dios. Al falso apóstol Judas Iscariote nunca le han faltado sucesores e imitadores. Siempre ha habido hombres dispuestos a traicionar a Cristo con un beso y a la vez comunicar el Evangelio a sus enemigos aparentando respetarlo.

Sin duda, una conducta como esta resulta tremendamente abominable a los ojos de Dios. Hacer daño a la causa religiosa bajo cualquier circunstancia es un gran pecado, pero injuriarla con la pretensión de mostrar bondad es el peor de los crímenes. Traicionar a Cristo en cualquier tiempo es el colmo mismo de la maldad, pero traicionarle con un beso es evidencia de haberse convertido en hijo mismo del Infierno.

Aprendamos en estos versículos, por otro lado, que *es mucho más fácil luchar un poco por Cristo que soportar pruebas e ir a prisión y a la muerte por Él*. Leemos que, cuando los enemigos de nuestro Señor se acercaron para prenderle, uno de sus discípulos "hirió a un siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha". Pero el celo de aquel discípulo fue muy efímero. Su valor pronto desapareció. El temor al hombre le venció. Cuando nuestro Señor fue hecho prisionero, inmediatamente le dejaron solo. ¡El discípulo tan dispuesto a luchar y herir con la espada abandonó a la hora de la verdad a su Maestro y huyó!

La lección que tenemos delante es profundamente instructiva. Sufrir pacientemente por Cristo es mucho más difícil que trabajar activamente. Quedarnos sentados y soportar tranquilamente es mucho más duro que tomar iniciativas y participar en la batalla. Los cruzados siempre serán más numerosos que los mártires. Las virtudes religiosas pasivas son mucho más raras y preciosas que las activas. *Trabajar* por Cristo se puede hacer por muchos motivos espurios, por emociones,

por estímulos, por un espíritu partidista o por amor a ser alabados. *Sufrir* por Cristo rara vez será soportado por motivo alguno que no sea la gracia de Dios.

Haremos bien en recordar estas cosas al formarnos una idea del relativo virtuosismo de los que profesan ser cristianos. Nos equivocamos grandemente si suponemos que aquellos que hacen un trabajo público, predican, hablan, escriben y hacen llorar a la Iglesia son los más honorables a los ojos de Dios. Esos hombres suelen ser menos estimados por Él que otros pobres creyentes desconocidos que han estado en cama durante años soportando el dolor sin una queja. Quizá se demostrará que los esfuerzos públicos de aquellos al final glorifican menos a Cristo que la paciencia de estos, y que han hecho menos bien que sus oraciones. La gran prueba de gracia es el sufrimiento paciente. “Yo le mostraré [a Saulo] —dijo el Señor Jesús— cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (Hechos 9:16). Sin duda, Pedro hizo mucho menos bien cuando sacó su espada y cortó la oreja del hombre que cuando soportó tranquilamente ante el concilio como prisionero y dijo: “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hechos 4:20).

Por último, en estos versículos aprendemos que *el tiempo durante el cual se permite que triunfe el mal es fijado y delimitado por Dios*. Leemos que nuestro Señor dijo a sus enemigos cuando le prendieron: “Esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas”.

La soberanía de Dios sobre todo lo que se hace en la Tierra es absoluta y completa. Las manos de los malvados están atadas hasta que Él les permite obrar. Ellos no pueden hacer nada sin su permiso. Pero esto no es todo. Las manos de los malvados no pueden moverse ni un momento antes de que Dios les permita comenzar, y no pueden moverse ni un momento después de que Dios les ordene parar. Los peores instrumentos de Satanás trabajan encadenados. Él no pudo tocar la propiedad ni la persona de Job hasta que Dios se lo permitió. No pudo evitar que volviera la prosperidad de Job cuando los designios de Dios sobre Job se cumplieron. Los enemigos de nuestro Señor no le prendieron para matarle hasta que llegó la “hora” señalada de su debilidad. Tampoco pudieron evitar que resucitara cuando llegó la hora en la que fue declarado Hijo de Dios con poder por medio de su resurrección de la muerte (Romanos 1:4). Cuando fue conducido al Calvario, era la hora de ellos. Cuando resucitó victorioso del sepulcro, era la de Él.

Los versículos que tenemos delante arrojan luz sobre la historia de los creyentes en eras pasadas, desde el tiempo de los Apóstoles hasta el día presente. Con frecuencia han sido gravemente oprimidos y perseguidos, pero nunca se permitió que la mano de sus enemigos prevaleciera completamente. La “hora” de sus pruebas ha ido seguida, por lo general, de un período de luz. El triunfo de sus enemigos nunca ha sido entero y completo. Tuvieron su hora, pero ya no tuvieron

tiempo. Después de la persecución tras la muerte de Esteban, llegó la conversión de S. Pablo. Después del martirio de Juan Huss, llegó la Reforma alemana. Después de la persecución mariana, vino el establecimiento del protestantismo inglés. La noche más larga tiene su amanecer. A los inviernos más duros les sigue la primavera. Las más terribles tormentas dan paso al cielo azul.

Consolémonos con estas palabras de nuestro Señor al mirar hacia adelante a nuestras vidas futuras. Si somos seguidores de Cristo, tendremos una "hora" de prueba y puede resultarnos muy larga. Pero podemos descansar sabiendo que las tinieblas no durarán ni un momento más de lo que Dios considere idóneo para nosotros. Se desvanecerán en el momento que Él considere oportuno: "Al caer la tarde habrá luz" (Zacarías 14:7).

Por último, consolémonos con estas palabras de nuestro Señor al mirar hacia adelante a la futura historia de la Iglesia y del mundo. El Arca de Dios puede estar rodeado de nubes y tinieblas. Quizá vengan persecuciones y tribulaciones sobre el pueblo de Dios. Probablemente, los últimos días de la Iglesia y del mundo sean los peores para ellos. Pero la "hora" de la prueba, por grande que sea, tendrá un final. En el peor de los casos aún podemos decir enérgicamente: "La noche está avanzada, y se acerca el día" (Romanos 13:12).

Notas Lucas 22:47–53

V. 49: *[Lo que había de acontecer]*. La expresión griega así traducida es literalmente "lo que estaba a punto de suceder o de tener lugar".

V. 50: *[Uno de ellos hirió a un siervo]*. Sabemos por el Evangelio según S. Juan que el nombre del siervo era Malco y que el discípulo que le hirió era Pedro. Ninguno de los dos nombres aparece en los Evangelios de Mateo, Marcos o Lucas, aunque los tres mencionan el hecho. Este cauteloso silencio de los tres primeros autores de los Evangelios se puede explicar fácilmente. Probablemente, el Evangelio según S. Juan no fue escrito hasta muchos años después de la crucifixión. Entonces no había necesidad de silenciar nombres por prudencia.

[Le cortó la oreja derecha]. Teofilacto ve un sentido alegórico en este incidente. Considera al siervo del sumo sacerdote como un tipo de todo el sacerdocio judío, que desde aquel momento se convertiría en esclavo y no escucharía correctamente (cf. Deuteronomio 15:17).

Barradio lo toma en otro sentido alegórico y considera al siervo como un símbolo de toda la nación judía, que no tenía oídos para oír a Cristo y los profetas y que sería castigada merecidamente por su sordera judicial. Pero, igual que Malco fue sanado gracias a Dios y su oreja fue restablecida, así sería con muchos de los judíos.

Aunque estas ideas puedan resultar extrañas, es justo decir que Major cita

un pasaje de un autor moderno que contiene un elaborado intento de afirmar la misma teoría, el punto principal de la cual es que el corte de la oreja tipificaba la abolición del sacerdocio levítico.

Por mi parte, soy incapaz de considerar estos sentidos alegóricos adecuados y conforme a la mente del Espíritu.

V. 51: *[Basta ya; dejad]*. El significado de estas palabras es un punto en el que los comentaristas no están de acuerdo. Las siguientes son las tres interpretaciones principales.

1. Algunos piensan que las palabras fueron dirigidas a los enemigos de nuestro Señor y que hacían referencia especialmente a sus discípulos: "Tened paciencia. Soportad que se alejen tranquilamente. Que se vayan". Esta es la opinión de Whitby, Scott y Henry.

2. Otros piensan que las palabras iban dirigidas a los discípulos de nuestro Señor y tenían el propósito de tranquilizarlos y evitar que pelearan: "Dejad que me prendan. Permitidles que pongan sus manos sobre mí. No tratéis de resistiros. Dejad que lleven a cabo la voluntad de Dios prendiéndome". Esta es la opinión de Calvino, Brentano, Bengel, Major, Olshausen, Burgon.

3. Otros piensan que las palabras iban dirigidas a los enemigos de nuestro Señor pero con una referencia especial al caso de Malco: "Dejadme que sane a este hombre herido. Antes de que me aten, dejadme hacer un acto de bondad, reparar el daño hecho por mi precipitado discípulo". Esta es la opinión de Bullinger, Barradio, Doddridge, Clarke, Alford.

Las dos primeras opiniones están ciertamente en armonía con el relato ofrecido por los demás Evangelistas. La última es quizá la que está más en consonancia con la sencilla idea de las palabras griegas.

[Tocando su oreja, le sanó]. Hay varias cosas notables acerca de este milagro.

Es el único ejemplo en los Evangelios en que vemos a nuestro Señor sanando una herida reciente causada por violencia externa.

Es un ejemplo notable de un milagro obrado a un enemigo que no lo pide, sin fe por parte de la persona sanada y sin aparente agradecimiento alguno por la curación.

Es una extraordinaria prueba de la maldad y dureza de los enemigos de nuestro Señor que se pudiera obrar un milagro tan sorprendente como este sin que en ellos produjera efecto alguno. Hay quien piensa que, con la oscuridad, el milagro no fue visto por nadie salvo por aquellos que rodeaban de cerca a Malco.

V. 52: *[Principales sacerdotes]*. Nótese que se daba tanta importancia a hacer prisionero a nuestro Señor, que los hombres de gran rango y dignidad de entre los principales sacerdotes no se avergonzaron de salir de noche a acompañar a los soldados que fueron a arrestarle.

V. 53: *[Vuestra hora, y la potestad de las tinieblas]*. Parece que aquí salen a relucir dos partes: los judíos malvados que estaban a punto de entregar a nuestro Señor a Pilato y el diablo, bajo cuya instigación estaban actuando. Era la breve "hora" de triunfo de la que los incrédulos judíos, por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, iban a disfrutar. Era la pequeña etapa durante la cual el príncipe de las tinieblas de este mundo

tendría “poder” y aparentaría prevalecer sobre el segundo Adán, como había prevalecido sobre el primero. Y, sin embargo, ni los hombres malvados ni el malicioso diablo podían pasarse un ápice del límite establecido por Dios ni triunfar sobre el Hijo de Dios un minuto más del tiempo decretado por el consejo eterno. Ellos no lo sabían, pero así era. Aun en esta ocasión, nuestro Señor les hace saber que solo podían llevarle prisionero porque Dios les permitía gozar de una pequeña etapa de “poder”.

Lucas 22:54–62

Los versículos que acabamos de leer describen la caída del apóstol Pedro. Es un pasaje profundamente humillante para el orgullo del hombre, pero especialmente instructivo para los verdaderos cristianos. La caída de Pedro ha sido un faro para la Iglesia y probablemente ha preservado de la destrucción a miles de almas. Es un pasaje que nos prueba claramente que la Biblia es inspirada y el cristianismo es de Dios. Si la religión cristiana hubiera sido invención de hombres no inspirados, sus primeros historiadores nunca nos habrían dicho que uno de los principales Apóstoles negó a su Maestro por tres veces.

La historia de la caída de Pedro nos muestra, en primer lugar, *lo pequeños y graduales que son los pasos con que los hombres pueden caer en grandes pecados*.

Los autores de los Evangelios nos señalan los diversos pasos en la caída de Pedro. Debemos observarlos siempre al leer esta parte de la historia del apóstol. El primer paso fue la orgullosa confianza en sí mismo: Aunque todos los hombres negaran a Cristo, ¡él nunca lo haría! ¡Estaba dispuesto a ir con Él tanto a prisión como a la muerte! El segundo paso fue el rechazo indolente de la oración: Cuando su Maestro le dijo que orara para no entrar en tentación, cedió a la somnolencia y se durmió. El tercer paso fue la indecisión vacilante: Cuando los enemigos de Cristo cayeron sobre Él, Pedro primero luchó y después se fue corriendo, más tarde se dio la vuelta y, al final, “le seguía de lejos”. El cuarto paso fue mezclarse con malas compañías: Fue a casa del sumo sacerdote y se sentó entre los siervos junto al fuego, tratando de disimular su religión y escuchando y viendo todo tipo de maldad. El quinto y último paso fue la consecuencia natural de los cuatro anteriores: Se llenó de temor cuando repentinamente fue acusado de ser un discípulo. Tenía la soga al cuello. No podía escapar. Y se hundió profundamente en el error más que nunca. Negó a su bendito Maestro tres veces. Recordemos que la maldad se había ido fraguando anteriormente. La negación solo era el clímax de la enfermedad.

Tengamos cuidado de los comienzos del retroceso, por pequeños que sean. Nunca sabemos a lo que se puede llegar una vez que abandonamos el camino del rey. El cristiano profesante que comienza a decir de algún pecado o mal hábito que “solo es algo pequeño” se encuentra en inminente peligro. Está sembrando semillas en su corazón que un día brotarán y darán fruto amargo. Se suele decir que, “si los hombres cuidan de los peniques, las libras se cuidarán por sí solas”. Podemos extraer una buena lección espiritual de este refrán. El cristiano que guarda su corazón diligentemente en cuanto a las pequeñas cosas será guardado de grandes caídas.

La historia de la caída de Pedro nos muestra, en segundo lugar, *lo lejísimos que un creyente puede desviarse*.

Con el fin de ver esta lección claramente, se deben valorar plenamente todas las circunstancias del caso de Pedro. Era un apóstol escogido de Cristo. Había disfrutado de mayores privilegios espirituales que la mayoría de los hombres del mundo. Acababa de recibir la Cena del Señor. Acababa de oír el maravilloso discurso que se relata en los capítulos 14, 15 y 16 de S. Juan. Se le había advertido claramente de su propio peligro. Había protestado elocuentemente diciendo que estaba dispuesto a cualquier cosa que pudiera pasarle. Y, sin embargo, este mismo hombre niega a su Maestro misericordioso, repetidamente y después de un tiempo que le había permitido reflexionar. ¡Le niega una, dos y tres veces!

El mejor y más excelso de los santos es una pobre criatura débil, aun en sus mejores momentos. Independientemente de si lo sabe o no, alberga dentro de él una capacidad casi ilimitada de maldad, por muy justa y decente que pueda parecer su conducta externa. No hay enormidad de pecado a la que no pueda correr si no vela y ora y si la gracia de Dios no le sostiene. Cuando leemos de las caídas de Noé, Lot y Pedro, solo leemos lo que podría posiblemente pasarnos a nosotros mismos. Nunca nos jactemos. Nunca nos permitamos altos pensamientos acerca de nuestra propia fuerza o miremos por encima del hombro a los demás. Además de otras cosas por las que oremos, pidamos diariamente que seamos capaces de humillarnos ante nuestro Dios (Miqueas 6:8).

La historia de la caída de Pedro nos muestra, en tercer lugar, *la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo*.

Esta es una lección que revela con más fuerza un hecho que solo aparece en el Evangelio según S. Lucas. Se nos dice que, cuando Pedro negó a Cristo por tercera vez y el gallo cantó, “vuelto el Señor, miró a Pedro”. ¡Estas palabras son profundamente conmovedoras! Rodeado de enemigos sedientos de sangre y que le insultaban, teniendo en mente los horribles atropellos, el juicio injusto y la muerte dolorosa, el Señor Jesús aún encontró tiempo para pensar con bondad en su pobre discípulo pecador. Aun entonces quiso que Pedro supiera que Él no le olvidaba. Con tristeza, sin duda, pero no enojado, “vuelto el Señor,

miró a Pedro". Había un profundo significado en aquella mirada. Fue un sermón que Pedro nunca olvidaría.

El amor de Cristo hacia su pueblo es un profundo pozo sin fondo. Nunca lo midamos comparándolo con alguna clase de amor de hombre o mujer. Excede cualquier otro amor igual que el sol excede la luz de las velas. Hay en Él una mina de compasión, paciencia y disposición a perdonar el pecado de cuyas riquezas apenas tenemos una ligera idea. No temamos confiar en ese amor cuando seamos conscientes por vez primera de nuestros pecados. Nunca temamos continuar confiando en Él después de haber creído una vez. Nadie debe desesperar, por muy hondo que haya caído, si se arrepiente y vuelve a Cristo. Si el corazón de Jesús fue tan misericordioso cuando estaba preso en la sala de juicio, sin duda no debemos pensar que es menos misericordioso sentado en gloria a la diestra de Dios.

La historia de la caída de Pedro nos enseña, por último, *lo amargo que es el pecado para los creyentes cuando han caído en él y descubren su caída*.

Esta es una lección que se ve claramente en la superficie de los versículos que tenemos delante. Se nos dice que, cuando Pedro recordó la advertencia que había recibido y vio lo hondo que había caído, salió fuera y lloró amargamente. Descubrió por experiencia la verdad de las palabras de Jeremías: "Cuán malo y amargo es el haber dejado tú a Jehová tu Dios" (Jeremías 2:19). Sintió profundamente la verdad de las palabras de Salomón: "El de corazón descarriado se saciará de sus caminos" (Proverbios 14:14, LBLA). Sin duda, podría haber dicho con Job: "Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42:6).

Debemos recordar siempre que esta clase de tristeza es compañera inseparable del verdadero arrepentimiento. Aquí reside la gran diferencia entre "el arrepentimiento para salvación" y los vanos remordimientos. Los remordimientos pueden hacer que un hombre se sienta desdichado, como Judas Iscariote, pero nada más. No le conducen a Dios. El arrepentimiento hace que el corazón del hombre sea compasivo y su conciencia escrupulosa, y esto se demuestra con una vuelta sincera al Padre celestial. Las caídas de alguien que profesa ser cristiano sin haber recibido gracia son caídas de las que no se puede volver a levantar. Pero la caída de un verdadero santo siempre acaba en una profunda contrición, rebajándose y rectificando su vida.

Al dejar este pasaje prestemos atención a hacer siempre un uso correcto de la caída de Pedro. Nunca la convirtamos en excusa para pecar. Aprendamos de su triste experiencia a velar y orar para no caer en tentación. Si caemos, creamos que hay esperanza para nosotros como la hubo para él. Pero, sobre todo, recordemos que, si caemos como Pedro, debemos arrepentirnos como él se arrepintió o nunca seremos salvos.

Notas Lucas 22:54–62

V. 55: *[Encendido fuego]*. Recordemos que, aunque el clima de Palestina es generalmente muy cálido, las noches de la estación de la Pascua, según el testimonio de todos los viajeros, son intensamente frías.

[Patio]. La palabra griega así traducida aparece más comúnmente como "palacio". Parkhurst cree que aquí hace referencia a "un patio abierto rodeado de edificios, un patio al aire libre". En Apocalipsis 11:2 se traduce igual, y allí no puede tener otro sentido.

[Se sentó también entre ellos]. Notemos que la expresión griega traducida "entre ellos" es la misma que en la primera parte del versículo se traduce "en medio".

V. 56: *[Sentado al fuego]*. Es un hecho curioso que la palabra griega aquí traducida como "fuego" sea una palabra totalmente diferente de la traducida como "fuego" en el versículo anterior. Aquí significa literalmente "la luz". La palabra se encuentra sesenta y nueve veces en el Nuevo Testamento y en sesenta y siete lugares se traduce "luz". Las dos excepciones en que se traduce "fuego" son el pasaje que tenemos delante y el pasaje paralelo de S. Marcos, cuando describe el mismo acontecimiento (Marcos 14:54).

Es evidente que la palabra fue empleada intencionadamente por S. Lucas con el fin de mostrarnos que fue por la luz del fuego como Pedro fue reconocido y acusado de ser un discípulo. Si se hubiera quedado en el trasfondo y se hubiera conformado con una posición más oculta, habría pasado inadvertido.

V. 59: *[Es galileo]*. Queda claro por esta expresión que Pedro había estado hablando y conversando con aquellos entre quienes estaba sentado. Si se hubiera conformado con no decir nada y esperar en silencio el resultado del juicio de su Maestro, también habría evitado ser detectado.

V. 61: *[Miró a Pedro]*. Parkhurst dice que la palabra griega traducida como "miró" significa "mirar fijamente y con atención".

Algunos consideran extraño que nuestro Señor Jesucristo se encontrara en una posición donde podía ver a Pedro y ser visto por Pedro, así como escuchar a Pedro negándole.

No es en absoluto necesario responder a esto que nuestro Señor tuvo un conocimiento milagroso de lo que Pedro estaba diciendo, o que pasaba por el patio donde Pedro estaba en el momento de la tercera negación y el cántico del gallo.

Es más probable que nuestro Señor estuviera o bien en el mismo patio que Pedro o en una habitación abierta que daba al mismo. No es improbable que estuviera a la vista y escuchara al apóstol. Sobre todo, se debe recordar que la vehemencia de la tercera negación de Pedro, cuando hasta maldijo y juró, le haría probablemente hablar tan alto que bien podría haber sido escuchado fácilmente a cierta distancia. El cántico del gallo, por supuesto, se podía escuchar mucho más que la voz de Pedro.

Agustín, Stella y otros llegan a considerar todo el suceso como algo interior y espiritual, una vuelta del corazón del Señor hacia Pedro y una

mirada misericordiosa de la mente del Señor hacia él. Consideran que nuestro Señor no estaba en la misma habitación que Pedro y que no pudo mirarle literalmente. Pero esta opinión me resulta de las más insatisfactorias. No es el sentido natural de las palabras que tenemos delante y verdaderamente no hay necesidad de forzarlas así por la naturaleza del suceso descrito.

Lucas 22:63–71

Nótese en estos versículos, en primer lugar, *el vergonzoso trato recibido por nuestro Señor Jesucristo de manos de sus enemigos*. Leemos que los hombres que le custodiaban "se burlaban de él y le golpeaban; y vendándole los ojos, le golpeaban el rostro". No les bastaba con apresar a una persona intachable y de vida ejemplar. Tenían que añadir insultos para hacerle daño.

Esta conducta muestra la terrible corrupción de la naturaleza humana. Los excesos de salvaje maldad en los que caen en ocasiones algunos hombres inconversos y el feroz deleite con el que en ocasiones pisotean al más santo y puro, casi justifican las fuertes palabras de un antiguo teólogo acerca de que "el hombre dejado a sí mismo es mitad bestia y mitad diablo". Odia a Dios y todo lo que lleva algo de la imagen de Dios en sí: "Los designios de la carne son enemistad contra Dios" (Romanos 8:7). Probablemente tengamos una muy vaga idea del estado en que se volvería el mundo si no fuera por la constante limitación que Dios pone, misericordiosamente, sobre el mal. No es mucho decir que, si los hombres inconversos siguieran por completo su propio camino, la Tierra pronto sería poco mejor que el Infierno.

La tranquila sumisión de nuestro Señor a insultos como los aquí descritos muestra la profundidad de su amor hacia los pecadores. Si hubiera querido, podría haber frenado la insolencia de sus enemigos en un momento. Aquel que podía expulsar demonios con una palabra, podría haber reunido a legiones de ángeles a su lado y dispersar a aquellas miserables herramientas de Satanás a los cuatro vientos. Pero el corazón de nuestro Señor estaba puesto en la gran obra para la que había venido a la Tierra. Había determinado comprar nuestra redención por medio de su propia humillación, y no dejaría de pagar hasta el último céntimo del precio. Había determinado beber la amarga copa del sufrimiento vicario para salvar a los pecadores y "por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" y bebió la copa (Hebreos 12:2).

La paciencia mostrada por nuestro bendito Señor en esta ocasión debe enseñar a su pueblo profesante una tremenda lección. Debemos

soportar toda murmuración, queja e irritación de espíritu cuando somos maltratados por el mundo. ¿Qué son los insultos ocasionales a los que tenemos que someternos comparados con los insultos que cayeron sobre nuestro Maestro? Pero “cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba”. Nos dejó un ejemplo para que camináramos en sus pasos. Continuemos haciéndolo (1 Pedro 2:21–23).

Nótese en estos versículos, en segundo lugar, *la notable profecía que entrega nuestro Señor acerca de su venida en gloria*. Dice a sus enemigos difamadores: “Desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios”. ¿Tenían problemas con su humilde apariencia y querían un Mesías glorioso? Un día le verían en gloria. ¿Pensaban que era débil, que carecía de poder y era despreciable porque en el presente no había majestad externa en Él? Un día le contemplarían en la posición más honorable en el Cielo, cumpliendo la famosa profecía de Daniel y llevando a cabo el juicio encomendado a sus manos (Daniel 7:9–10).

Cuidémonos de que la futura gloria de Cristo forme parte de nuestro credo tanto como la Cruz y la pasión de Cristo. Que sea un primer principio de nuestra religión que el mismo Jesús que recibió burlas y fue despreciado y crucificado es Aquel que ahora tiene todo el poder en el Cielo y en la Tierra. Y un día volverá en la gloria de su Padre con todos sus ángeles. Solo vemos media verdad si no contemplamos nada más que la Cruz y la Primera Venida. Es esencial para nuestro propio consuelo contemplar también la Segunda Venida y la corona. Aquel mismo Jesús que compareció ante el tribunal del sumo sacerdote y de Pilato, un día se sentará en el trono de la gloria y reunirá a todos sus enemigos para que aparezcan ante Él. ¡Feliz el cristiano que guarda firmemente ante su mente las palabras “otra vida”! Ahora, en este tiempo presente, los creyentes se deben conformar con participar de los sufrimientos de su Maestro y ser débiles con Él. En la “otra vida” compartirán su gloria y con Él serán fuertes. Ahora, como su Señor, no deben sorprenderse si reciben burlas, son despreciados y no los creen. En la “otra vida” se sentarán con Él a la diestra de Dios.

Nótese en estos versículos, por último, *la plena y valiente confesión que nuestro Señor hace de su propio mesiazgo y su divinidad*. Leemos que, en respuesta a la pregunta de sus enemigos —”¿luego eres tú el Hijo de Dios?”—, Él les dijo: “Vosotros decís que lo soy”. El significado de esta breve frase no está claro a primera vista para un lector inglés. Significa en otras palabras: “Decís la verdad. Yo soy, como decís, el Hijo de Dios”.

La confesión de nuestro Señor privó a sus enemigos de toda excusa para la incredulidad. Los judíos nunca podrán alegar que nuestro Señor dejó a sus antepasados en la ignorancia de su misión y llenos de dudas y de suspense. Aquí vemos a nuestro Señor diciéndoles claramente quién era y contándoles con palabras algo que transmite más a una

mente judía que a las nuestras. ¡Y, sin embargo, la confesión no tuvo el más mínimo efecto en los judíos! Sus corazones fueron endurecidos por los prejuicios. Sus mentes fueron entenebrecidas por la ceguera judicial. El velo estaba sobre los ojos de su hombre interior. Oyeron la confesión de nuestro Señor inconmovibles y cayeron más profundamente en el más terrible pecado.

La valiente confesión de nuestro Maestro en esta ocasión pretende ser un ejemplo para todo su pueblo creyente. Como Él, no debemos dejar de hablar cuando la ocasión requiera nuestro testimonio. El temor del hombre y la presencia de una multitud no deben atemorizarnos (Job 31:34). No necesitamos un sonido de trompeta delante de nosotros ni salirnos de nuestro camino para proclamar nuestra propia religión. Sin duda tendremos oportunidades en el camino diario del deber cuando, como S. Pablo a bordo del barco, podremos demostrar que es de Dios "de quien soy y a quien sirvo" (Hechos 27:23). En dichas oportunidades, si tenemos la mente de Cristo, no temamos mostrar lo que somos. A alguien que se declara Maestro le agrada tener quienes se declaren discípulos con valentía y firmeza. A aquellos que le honran por medio de un testimonio abierto y valiente, les honrará, porque están caminando en sus pasos: "A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 10:32).

Notas Lucas 22:63–71

V. 63: *[Se burlaban [...]*. Debemos comprender que esto tuvo lugar después del primer examen de nuestro Señor ante los sacerdotes, del que Lucas no dice nada. Se verá en la nota siguiente que hubo dos juicios separados.

V. 66: *[Cuando era de día]*. En cuanto a este punto es necesaria cierta explicación breve de la historia que nos ofrece S. Lucas acerca de la pasión de nuestro Señor. Está claro, por el relato de los Evangelistas Mateo y Marcos, que tan pronto como nuestro Señor fue hecho prisionero, fue llevado *inmediatamente* ante Caifás, el sumo sacerdote, e interrogado. Está también claro, por lo que nos cuentan los mismos Evangelistas, que la triple negación que Pedro hizo de su maestro tuvo lugar *después* de este interrogatorio. ¿Cómo podemos explicar entonces el hecho de que S. Lucas hable de la negación de S. Pedro como algo que tiene lugar *antes* de interrogatorio alguno a nuestro Señor ante el tribunal del Sumo Sacerdote?

La respuesta más satisfactoria a esta pregunta es la explicación de Gerhard, Scott, Burgon y Stier. Ellos afirman que, después de que el concilio hubiera condenado a Jesús por primera vez, se separaron y se volvieron a reunir temprano por la mañana, y que las palabras empleadas por S. Lucas —"cuando era de día"— se refieren a esta segunda reunión del concilio. "No es improbable —dice Scott— que el sumo sacerdote plantease a nuestro

Señor las mismas preguntas de la noche anterior, para ver si se reiteraba en lo que había dicho y también que los miembros del concilio que habían estado ausentes pudieran escuchar sus respuestas".

Se pueden mencionar dos argumentos en apoyo de la explicación anterior. Uno es la gran improbabilidad de que los enemigos de nuestro Señor, habiéndole tomado prisionero, esperaran hasta que fuera por la mañana antes de examinarle. Al contrario, está claro por Mateo y Marcos que Jesús fue llevado ante Caifás tan pronto como fue prendido. El otro argumento es la gran improbabilidad de que los hombres que prendieron a Jesús se burlaran de Él y le insultaran como lo hicieron si hubiera sido ya interrogado y condenado.

Deducimos entonces que nuestro Señor fue interrogado dos veces ante los principales sacerdotes y los ancianos, y que el examen mencionado por S. Lucas es el segundo de los dos y responde a la "consulta" matutina mencionada por S. Marcos (Marcos 15:1). Soy consciente de que Poole, Doddridge y Alford afirman que hubo solo un interrogatorio ante los sacerdotes. Pero su razonamiento no me satisface.

Horne comenta en su *Introducción a las Escrituras*: "Según el Talmud, estaba prohibido escuchar causas capitales por las noches, como también lo estaba llevar a cabo un interrogatorio, pronunciar una sentencia y ejecutarla en el mismo día. Era obligatorio que, al menos, la ejecución de una sentencia se postergara hasta el día siguiente. Es casi innecesario mencionar lo flagrantemente que se pasaron por alto estos mandatos".

V. 67: *[No creeréis]*. Parece que estas palabras apoyan la opinión planteada en la última nota. Cuando nuestro Señor les hubo dicho quién era en el primer interrogatorio, no le creyeron. Aquí parece hacerse referencia a aquella incredulidad.

V. 68: *[Si os preguntare […]*. Esta expresión ha ocasionado cierta sorpresa y dado lugar a muchos comentarios. Parece extraño, a primera vista, que un prisionero pudiera hablar de plantear preguntas a sus jueces.

Major parafrasea la expresión "Si aporto algunos argumentos para demostrar que soy el Mesías". Él añade: "El interrogatorio era un modo usual de argumentación entre los hebreos" (cf. Lucas 20:7; 17:20).

Pellican parafrasea el pasaje diciendo: "Si yo os pregunto qué clase de Mesías se promete en la Escritura y os pregunto si las señales del Mesías se ven suficientemente en mí, no me daréis una respuesta sincera".

Gill lo traduce: "Si os pido una respuesta a los argumentos que demuestran que soy el Mesías o deseo saber qué objeción se puede hacer a ellos, no me responderéis y me rechazaréis aunque parezca ser el Mesías. Estáis decididos, tenga o no razón, a atarme y quitarme la vida".

Heinsius menciona la opinión de algunos de que la palabra griega traducida como "preguntare" se podría traducir también "petición o súplica". Esto, no obstante, sería dar un sentido muy poco serio a las palabras y es tremendamente improbable.

V. 69: *[Desde ahora el Hijo del hombre se sentará […]*. Hay una clara referencia a estas palabras en la famosa profecía de Daniel (Daniel 7:9–14). Nuestro Señor quiere decir, evidentemente, que era la persona a quien señalaba esta profecía y que, aunque fuera condenado por los judíos, sería

exaltado en breve a la más excelsa posición de dignidad en el Cielo. Los judíos vieron esto enseguida y procedieron a plantear la pregunta del versículo siguiente.

Nótese que esta es la última vez que nuestro Señor aún se llama a sí mismo “Hijo del hombre”.

V. 70: *[Eres tú el Hijo de Dios]*. Es digno de mención aquí que nuestro Señor en el versículo anterior se hubiera llamado a sí mismo “Hijo del hombre”. Sus enemigos le preguntan aquí si es el “Hijo de Dios”. Lo hacen a causa de sus solemnes palabras acerca de sentarse a la diestra de Dios, que les mostraba que Él proclamaba ser el Mesías y Dios mismo.

[Vosotros decís que lo soy]. Es casi innecesario comentar que esta expresión significa: “Tenéis razón al decir que lo soy”. Major ofrece ejemplos de una forma similar de hablar tanto en autores griegos como latinos.

Lucas 23:1–12

Observemos en este pasaje, por un lado, *las falsas acusaciones que se hicieron a nuestro Señor Jesucristo*. Se nos dice que los judíos le acusaron de “[pervertir] a la nación, y [prohibir] dar tributo a César”, así como de “[alborotar] al pueblo”. Sabemos que, en todo este enjuiciamiento, no hubo una palabra de verdad. No fue más que un ingenioso intento de enumerar los sentimientos de un gobernador romano contra nuestro Señor.

Los falsos testigos y las calumnias son las dos armas favoritas del diablo. Él es mentiroso desde el principio y continúa siendo padre de mentira (cf. Juan 8:44). Cuando ve que no puede frenar la obra de Dios, su siguiente artimaña es desacreditar el carácter de los siervos de Dios y destruir el valor de su testimonio. Con este arma atacó a David: “Se levantan testigos malvados —dice—; de lo que no sé me preguntan”. Con este arma atacó a los profetas. A Elías le llaman “el que turbas a Israel”. Jeremías era un hombre que “no busca la paz de este pueblo, sino el mal” (Salmo 35:11; 1 Reyes 18:17; Jeremías 38:4). Con este arma atacó a los Apóstoles. Ellos eran “una plaga” y hombres que “[trastornaban] al mundo” (Hechos 24:5; 17:6). Con este arma atacó a nuestro Señor durante todo su ministerio. Animó a sus instrumentos a llamarle comilón, bebedor de vino, samaritano y a que dijeran que tenía demonio (cf. Lucas 7:34; Juan 8:48). Y aquí, en los versículos que tenemos delante, le vemos empleando su vieja arma hasta lo sumo. Jesús es acusado ante Pilato de cosas completamente falsas.

El siervo de Cristo nunca se debe sorprender si tiene que beber de la misma copa que su Señor. Si Aquel que era santo, inocente e

intachable fue calumniado vilmente, ¿quién puede esperar escapar? “Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?” (Mateo 10:25). Nada es demasiado malo como para acusar a un santo de ello. La inocencia perfecta no protege de grandes mentiras, calumnias y falsas declaraciones. El carácter más intachable no nos asegura contra las lenguas falsas. Debemos soportar la prueba con paciencia; es parte de la Cruz de Cristo. Debemos continuar descansando en las promesas de Dios y creer que al final la verdad prevalecerá: “Guarda silencio ante Jehová, y espera en él. […]. Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía” (Salmo 37:6–7).

Observemos, por otro lado, en este pasaje, *las motivaciones extrañas y mezcladas que influyen en los corazones de los grandes hombres inconversos*. Se nos dice que, cuando nuestro Señor fue enviado por Pilato a Herodes, rey de Galilea, “Herodes, viendo a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal”.

Estas palabras son sorprendentes. Herodes era un hombre sensual y mundano, el asesino de Juan el Bautista, un hombre que vivía en vil adulterio con la esposa de su hermano. Podríamos suponer que semejante hombre no tendría deseo alguno de ver a Cristo. Pero Herodes tenía la conciencia intranquila. La sangre del santo de Dios asesinado, sin duda, estaba ante sus ojos y le quitaba la paz. La fama de la enseñanza y los milagros de nuestro Señor habían llegado hasta su corte. Le habían dicho que había surgido otro testigo contra el pecado que era aún más fiel y valiente que Juan el Bautista, y que confirmaba su enseñanza por medio de obras que ni el poder de los reyes podía llevar a cabo. Estos rumores hacían que Herodes se sintiera inquieto e incómodo. No resulta sorprendente que Cristo despertara su curiosidad y que deseara verle.

Me temo que hay muchos hombres grandes y ricos como Herodes en todas las épocas de la Iglesia; hombres sin Dios, sin fe y que viven solo para sí mismos. Por lo general habitan en una atmósfera propia, llenos de presunción, adulándose, y nunca se dicen la verdad respecto a sus almas; son altivos, tiranos y no conocen más voluntad que la suya propia. Pero aun estos hombres tienen en ocasiones remordimientos de conciencia y temor. Dios levanta algunos testigos valientes en contra de sus pecados cuyo testimonio llega a sus oídos. Inmediatamente se estimula su curiosidad. Se sienten “descubiertos” y molestos. Revolotean alrededor de su ministerio como las polillas alrededor de la luz y parecen incapaces de alejarse de él aunque no le hagan caso. Alaban los talentos que tienen y declaran abiertamente la admiración que les causa su poder. Pero nunca pasan de ahí. Como Herodes, sus conciencias producen dentro de ellos una curiosidad enfermiza por ver y oír a los testigos de Dios. Pero, como Herodes, sus corazones están atados al mundo con cadenas de hierro. Zarandeados

de un lado a otro por tormentas de lujuria o pasiones ingobernables, nunca descansan mientras viven y, después de todas sus intermitentes luchas de conciencia, mueren al final en sus pecados. Se trata de una dolorosa historia. Pero es la historia de muchas almas de ricos.

Aprendamos del caso de Herodes a compadecer a los grandes hombres. Con toda su grandeza y su aparente esplendor, con frecuencia son tremendamente desgraciados por dentro. Sedas, satenes y ropajes oficiales suelen cubrir los corazones que carecen por completo de paz. Quien desea ser rico, no sabe lo que está deseando. Oremos por los ricos y también compadezcámoslos. Corren la carrera hacia la vida eterna con gran peso. Si son salvos, solo puede ser por los mayores milagros de la gracia de Dios. Las palabras de nuestro Señor son muy serias: “Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mateo 19:24).

Observemos por último, en este pasaje, *lo fácil y rápidamente que los hombres inconversos se ponen de acuerdo en tener antipatía a Cristo*. Se nos dice que, cuando Pilato envió a nuestro Señor como prisionero a Herodes, “se hicieron amigos Pilato y Herodes aquel día; porque antes estaban enemistados entre sí”. Desconocemos la causa de su enemistad. Probablemente, alguna pequeña batalla de las que se dan entre los grandes así como entre los pequeños. Pero, independientemente de la causa de su enemistad, esta quedó apartada cuando tuvieron delante un objeto común de desprecio, temor u odio. Independientemente de las otras cosas en las que estaban en desacuerdo, Pilato y Herodes coincidían en despreciar y perseguir a Cristo.

El incidente que tenemos delante es un notable símbolo de un estado de cosas que siempre se puede ver en el mundo. Hombres de las opiniones más discordantes son capaces de unirse en su oposición a la Verdad. Maestros de las doctrinas más opuestas son capaces de hacer frente común para luchar contra el Evangelio. En los días de nuestro Señor, los fariseos y los saduceos fueron capaces de unir sus fuerzas para sorprender en una trampa a Jesús de Nazaret y llevarlo a la muerte. En nuestros propios tiempos vemos en ocasiones a los romanistas y a los socinianos, a los infieles y a los idólatras, a los mundanos amantes de los placeres y a los ascetas intolerantes, a los amigos de las denominadas ideas liberales y a los que se oponen más decididamente a los cambios, a todos unidos contra la religión evangélica. Un odio común los une: Odian la Cruz de Cristo. En palabras de los Apóstoles en Hechos: “Verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel” (Hechos 4:27). Todos odian a los demás bastante, pero a Cristo mucho más.

El verdadero cristiano no debe considerar que la enemistad del mundo es algo extraño. No debe maravillarse si, como S. Pablo en Roma, descubre que el camino a la vida es un camino del “que en

todas partes se habla contra [él]" (Hechos 28:22). Si espera que haciendo concesiones ganará el favor del hombre, será grandemente engañado. No se preocupe su corazón. Espere la alabanza de Dios. Que las palabras de su Maestro vengan a su mente a menudo: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece" (Juan 15:19).

Notas Lucas 23:1–12

V. 1: *[A Pilato]*. Pilato era el gobernador romano de Judea. Sin él, los judíos no tenían poder para condenar a muerte a nuestro Señor. El mero hecho de que se vieran obligados a apelar públicamente a un gobernador extranjero para ejecutar su plan asesino era una extraordinaria prueba de que se había quitado el cetro de Judá y había llegado el tiempo del Mesías (cf. Génesis 49:10).

V. 2: *[Pervierte [...] prohíbe dar tributo]*. La duplicidad y falta de honradez de esta acusación son evidentes. Cuando los enemigos de nuestro Señor querían enemistarle con los judíos, le preguntaron si era lícito dar tributo a César (cf. 20:22). Pero ahora, cuando quieren que ante el tribunal del gobernador romano se le considere culpable, le acusan de prohibir dar tributo a César, el Emperador romano. La falsedad de la acusación es tan notable como su falta de honradez.

V. 3: *[Tú lo dices]*. Estas son las destacables palabras que refiere S. Pablo cuando le dice a Timoteo que nuestro Señor "dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato" (1 Timoteo 6:13). Pero recordemos que S. Lucas solo menciona una parte de lo que dijo nuestro Señor. El Evangelio según S. Juan contiene otros detalles que no aparecen aquí (cf. Juan 18:28–38).

V. 4: *[Ningún delito hallo en este hombre]*. Está claro que Pilato dijo esto tras la conversación con nuestro Señor mencionada por S. Juan y después de convencerse de que no proclamaba un reino transitorio y no era un Rey que interferiría con la autoridad romana. En especial había oído las palabras de nuestro Señor: "Mi reino no es de este mundo" (Juan 18:36).

V. 5: *[Ellos porfiaban]*. La palabra griega así traducida significa literalmente: "Eran más fuertes, más violentos, más insistentes, persistían en su acusación".

V. 7: *[Le remitió a Herodes]*. Este Herodes era Herodes Antipas, el mismo que mandó matar a Juan el Bautista. Era hijo de Herodes el Grande, quien hizo que todos los niños menores de dos años fueran asesinados en Belén, y tío de Herodes Agripa, quien mató a espada al apóstol Santiago y habría matado a Pedro si este no hubiera sido liberado milagrosamente de la cárcel.

La familia de los Herodes era idumea. Todos eran descendientes de Esaú,

el padre de Edom. Téngase en cuenta esta circunstancia cuando vemos su incesante enemistad hacia Cristo y su pueblo. La simiente de Esaú parece transmitir la vieja enemistad contra la simiente de Jacob.

V. 8: *[Se alegró mucho [...]; había oído muchas cosas [...]; esperaba verle]*. Las expresiones en este versículo son muy notables. Nos plantean la tremenda historia de los pecados de Herodes y arrojan luz sobre el poder de la conciencia. Herodes no había olvidado a Juan el Bautista y su testimonio. Más aún, probablemente habría oído a su siervo Chuza, cuya esposa Juana era una de las discípulas de nuestro Señor (cf. Lucas 8:3), hablar mucho acerca de Él.

V. 9: *[Él nada respondió]*. Es probable que fuera innecesario responder a las preguntas de Herodes. Este había oído la Verdad frecuentemente de boca de Juan el Bautista. Lo que necesitaba no era más conocimiento, sino un corazón y un deseo de actuar conforme a lo que sabía.

V. 10: *[Los principales sacerdotes y los escribas]*. Está claro que estos grandes enemigos de nuestro Señor le siguieron de un lugar a otro y de un patio a otro con sus acusaciones. Al valorar la inmensidad de los sufrimientos de nuestro Señor, recordemos la gran fatiga adicional que tuvo que causarle este ir de un lado para otro y de un gobernante a otro.

V. 11: *[Con sus soldados]*. La palabra griega así traducida significa literalmente “sus fuerzas armadas” o “la guardia”. Claro está, no debemos pensar que Herodes tenía un gran ejército con él. Los soldados que le rodeaban eran solo su guardia personal o escolta.

[Le menospreció y escarneció [...]; ropa espléndida]. Es evidente que Herodes consideraba a nuestro Señor como poco mejor que una persona necia, fanática y despreciable, una persona digna de menosprecio y escarnio, pero a quien no había que temer. La ropa espléndida o brillante que le puso era probablemente la que solían llevar los candidatos a un alto oficio. Su propósito era ridiculizar su supuesta pretensión de ser Rey, y mostrar que Herodes pensaba que eso era absurdo. Así llegó a ser nuestro Señor “oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo” (Salmo 22:6).

[Volvió a enviarle a Pilato]. Merece la pena comentar que se nos dice concretamente que ni el gobernador de Galilea ni el de Judea eran capaces de encontrar falta alguna en nuestro Señor. En Galilea habían sido obrados la mayoría de sus milagros y había invertido gran parte de su tiempo. Pero el gobernador de Galilea no tenía nada en que sustentar su acusación. Iba a ser crucificado como “un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:19).

V. 12: *[Se hicieron amigos Pilato y Herodes]*. Es sin duda cierto que ni Pilato ni Herodes tenían miedo de Cristo o eran incitados a un sentimiento especial de odio hacia Él personalmente. Pero no es menos cierto que estaban de acuerdo en despreciarle e insultarle, y eran tremendamente incrédulos en cuanto a su llamada a la fe y al respeto. Su reconciliación, por tanto, con ocasión de su juicio es un hecho que resulta muy significativo e instructivo.

Es cierto que esta circunstancia impresionó mucho a los Apóstoles. Ellos lo consideraron un cumplimiento de parte del Salmo 2. Mencionaron en oración a Dios la unión de Pilato, Herodes y los judíos contra su Señor (cf. Hechos 4:23–30).

Comento esto porque hay una tendencia en algunos sectores actuales a negar la importancia de la reconciliación de Pilato y Herodes y la veracidad de la lección que normalmente se extrae de la misma. El comentario del Espíritu Santo sobre esto tiene mayor peso que todos los razonamientos del hombre.

Teofilacto comenta sobre este versículo que "es vergonzoso para los cristianos que, mientras que el diablo es capaz de persuadir a los hombres para que dejen a un lado sus enemistades a fin de hacer daño, los cristianos no son capaces de conservar la amistad para hacer el bien".

Lucas 23:13–25

Observemos en este pasaje, por un lado, *el notable testimonio de la perfecta inocencia de nuestro Señor Jesucristo que dieron sus jueces*.

Se nos dice que Pilato les dijo a los judíos: "Me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo; pero habiéndole interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis. Y ni aun Herodes". Los gobernadores romano y galileo eran de la misma opinión. Ambos estaban de acuerdo en declarar que nuestro Señor no era culpable de las cosas que se le imputaban.

Había un propósito especial en esta declaración pública de la inocencia de Cristo. Recordemos que nuestro Señor estaba a punto de ser ofrecido como sacrificio por nuestros pecados. Fue justo y conveniente que aquellos que le examinaron pronunciaran formalmente que era una persona inocente e intachable. Fue justo y conveniente que el Cordero de Dios fuera declarado por aquellos que le mataron "cordero sin mancha y sin contaminación" (1 Pedro 1:19). La mano soberana de Dios ordenó de tal manera los acontecimientos que, aun siendo sus jueces sus enemigos, no pudieron encontrarle tacha alguna ni probar nada en su contra.

La circunstancia que tenemos delante puede parecer de poca monta a un lector superficial de la Biblia. No obstante, debe producir alabanza en el corazón de todo cristiano bien instruido. Debemos agradecer diariamente que nuestro gran Sustituto fuera perfecto en todos los aspectos y que nuestro Fiador fuera completo e intachable. ¿Qué hijo del hombre puede contar el número de sus pecados? Dejamos sin hacer cosas que deberíamos hacer y hacemos cosas que

no debemos hacer cada día de nuestra vida. Pero nuestro consuelo es que Cristo el Justo ha decidido ocupar nuestro lugar, pagar nuestra deuda y cumplir la Ley que todos hemos quebrantado. Cumplió aquella Ley completamente. Satisfizo todas sus demandas. Cumplió todos sus requisitos. Fue el segundo Adán, “limpio de manos y puro de corazón” que pudo, por tanto, entrar confiadamente en el monte santo de Dios (Salmo 24:4). Es justicia de todos los pecadores que creen en Él (cf. Romanos 10:4). En Él, todos los creyentes son considerados perfectos cumplidores de la Ley. Los ojos del Dios santo están sobre ellos en Cristo, vestidos con la justicia perfecta de Cristo. Por Cristo, Dios puede decir ahora del creyente: “No encuentro en él falta alguna”.

Por otro lado, observemos en este pasaje *lo plenamente que los judíos echaron sobre sí toda la responsabilidad de la muerte de nuestro Señor Jesucristo*. Se nos dice que, cuando Pilato quería “soltar a Jesús”, los judíos “volvieron a dar voces, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale”. Y de nuevo se nos dice que “ellos instaban a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado”.

Este hecho en la historia de la pasión de nuestro Señor merece una advertencia especial. Muestra la gran exactitud de las palabras de los Apóstoles en tiempos posteriores cuando hablaban de la muerte de Cristo. Se referían a ella como algo llevado a cabo por la nación judía, y no por los romanos. “Matasteis al Autor de la vida —dice Pedro a los judíos de Jerusalén—. A quien vosotros matasteis, colgándole en un madero” (Hechos 3:15; 5:30). “Los cuales mataron al Señor Jesús y a sus profetas”, dice Pablo a los tesalonicenses (1 Tesalonicenses 2:15). Mientras el mundo permanezca, el hecho que tenemos delante será un memorial del odio natural del hombre contra Dios. Cuando el Hijo de Dios vino a la Tierra y moró entre su propio pueblo escogido, ellos le despreciaron, le rechazaron y le mataron.

La tremenda responsabilidad que los judíos cargaron sobre sus hombros respecto a la muerte de nuestro Señor no fue olvidada por Dios. La sangre justa que derramaron ha estado clamando contra ellos como pueblo durante dieciocho siglos. Dispersos por toda la Tierra, errantes entre las naciones, sin tierra, sin gobierno, sin hogar, los judíos muestran hasta el día de hoy que sus propias palabras han tenido un terrible cumplimiento. La sangre de su asesinato al Mesías ha caído sobre ellos y sobre sus hijos (cf. Mateo 27:25). Hay una permanente advertencia al mundo de que es terrible rechazar a Cristo el Señor y de que la nación que hable resueltamente contra Dios no debe sorprenderse si Dios trata con ella según sus palabras. ¡Es verdaderamente maravilloso el pensamiento de que hay misericordia almacenada para Israel a pesar de todos sus pecados e incredulidad! La nación que le traspasó y le mató mirará a Él por la fe, y le será restaurado el favor (Zacarías 12:10).

Observemos en este pasaje, por último, *las sobresalientes circunstancias relativas a la liberación de Barrabás*. Se nos dice que

Pilato “les soltó a aquel que había sido echado en la cárcel por sedición y homicidio, a quien habían pedido; y entregó a Jesús a la voluntad de ellos”. Ante él había dos personas y debía liberar a una de ellas. Uno había pecado contra Dios y el hombre, siendo un malhechor acusado de muchos delitos. El otro era el santo, inocente e intachable Hijo de Dios, en quien no había tacha alguna. Y, no obstante, ¡Pilato condena al preso inocente y absuelve al culpable! Ordena que Barrabás sea liberado y entrega a Jesús para que sea crucificado.

La circunstancia que tenemos delante es muy instructiva. Muestra la amarga maldad de los judíos contra nuestro Señor. En palabras de S. Pedro: “Vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida” (Hechos 3:14). Muestra la profunda humillación a la que fue sometido nuestro Señor con el fin de conseguir nuestra redención. ¡Permitió ser puesto en la balanza poco menos que como un asesino y ser considerado más culpable que el mayor de los pecadores!

Pero hay un profundo significado en la circunstancia que tenemos delante, y que no debemos dejar de observar. Todo lo ocurrido es un símbolo vivo del maravilloso intercambio que tiene lugar entre Cristo y el pecador cuando un pecador es justificado a los ojos de Dios. Cristo fue hecho “pecado” por nosotros “para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). Cristo, el inocente, ha sido reconocido culpable ante Dios para que nosotros los culpables podamos ser reconocidos inocentes y ser librados de la condenación.

Si somos verdaderos cristianos, descansemos diariamente nuestras almas en el consolador pensamiento de que Cristo ha sido verdaderamente nuestro Sustituto y ya ha sido castigado en nuestro lugar. Confesemos libremente que, como Barrabás, merecemos la muerte, el juicio y el Infierno. Pero aferrémonos firmemente a la gloriosa verdad de que un Salvador sin pecado ha sufrido en nuestro lugar y de que, creyendo en Él, el culpable puede quedar libre.

Notas Lucas 23:13–25

V. 13: *[Convocando]*. Esta expresión parece denotar una reunión general de los principales judíos con el fin de que la declaración de inocencia de nuestro Señor pudiera ser lo más pública e inequívoca posible. Hizo imposible que los judíos negaran después que el gobernador romano había declarado a nuestro Señor “no culpable”.

V. 14: *[No he hallado en este hombre delito alguno]*. Burgon comenta aquí que debemos advertir “cuántas y cuán diversas personas dan testimonio de la inocencia del Santísimo: Pilato, Herodes, la esposa de Pilato, Judas Iscariote, el ladrón en la Cruz y el centurión” que supervisaba la crucifixión. Sin duda esto fue especialmente gobernado y ordenado por la providencia de

Dios.

V. 15: *[Nada digno de muerte ha hecho este hombre]*. Esta es mejor traducción que otras que dicen “nada digno de muerte se le ha hecho”. Esta es la opinión de Scholefield, Major y Alford (Cf. Hechos 25:11, 25; 26:31).

V. 16: *[Castigarle]*. Esto significa “castigarle azotándole”. Doddridge parafrasea este versículo así: “Cuando le haya castigado con azotes, que serán una admonición para Él de que en el futuro no debe emplear esas disparatadas y entusiastas expresiones que han causado tanto resentimiento y tanta sospecha, le dejaré ir”. Parece que Pilato esperaba que, por medio de este castigo comparativamente ligero de alguien a quien él consideraba un fanático inofensivo, satisfaría a los judíos.

V. 17: *[Tenía necesidad de soltarles uno]*. Comenta Major: “No se determina quién originó esta práctica ni cuándo. Lo más probable es que fuera introducida por los romanos, quizá por Pilato, al comienzo de su gobierno con el fin de agradar al pueblo judío”.

V. 18: *[Barrabás]*. No puedo aceptar la opinión de algunos sobre que el macho cabrío enviado al desierto según la Ley judía tipificaba a Barrabás. Creo que era tipo de Cristo resucitado, y no de Cristo crucificado. Barrabás era un tipo del pecador que merece juicio pero, no obstante, es liberado.

V. 20: *[Queriendo soltar a Jesús]*. El deseo de Pilato de absolver a nuestro Señor y dejarle libre, unido a su gran deseo de agradar a los judíos y recibir la alabanza del hombre, es un notable ejemplo de la esclavitud a la que se puede ver reducido un gran hombre sin principios.

V. 21: *[Crucifícale]*. La crucifixión era no solo la muerte más dolorosa, sino la más ignominiosa y escandalosa a la que podía ser sentenciada una persona. Comenta el obispo Pearson: “Por la ignominia de este castigo, se nos enseña hasta dónde estuvo dispuesto a llegar nuestro Salvador por nosotros, de manera que, siendo esclavos y atados al pecado, nos redimió por medio de una muerte servil”.

V. 22: *[Por tercera vez]*. Es digna de atención la triple declaración de Pilato acerca de la inocencia de nuestro Señor. El obispo Pearson comenta: “Se consideró necesario incluir el nombre de Pilato en el Credo como el de alguien que dio un tremendo testimonio externo de la certeza de la muerte de nuestro Salvador y la inocencia de su vida. No solo confesó, para condenación de los judíos, que no encontraba nada digno de muerte en Cristo, sino que lo dejó escrito a los gentiles del imperio romano. Se dice que dio un amplio testimonio de la Verdad de dos formas; la primera, por un mensaje escrito a Tiberio y presentado por este al Senado, y en segundo lugar, por registros escritos en tablas de todas las cosas del momento que fueron ejecutadas durante su gobierno”. Para esta última afirmación, Pearson recurre a la autoridad de Tertuliano, Eusebio y Justino Mártir.

V. 23: *[Ellos instaban]*. Esta es la misma palabra griega que se traduce como “se agolpaban” en Lucas 5:1 y “acosados” en Hechos 27:20.

V. 24: *[Que se hiciese lo que ellos pedían]*. Una traducción más literal de

estas palabras habría sido “que se cumpliese su petición”.

V. 25: *[A la voluntad de ellos]*. Esto significa “la voluntad de los judíos”. Notemos aquí, y por el relato de S. Lucas acerca de la pasión de nuestro Señor, que dice mucho menos que Mateo, Marcos y Juan acerca de lo que hicieron los soldados romanos. La razón es sencilla. S. Lucas escribió especialmente para los cristianos gentiles. Deseaba que tuvieran en sus mentes sobre todo que, aunque nuestro Señor hubiera sido crucificado bajo Poncio Pilato, las personas no deben culpar de su muerte a los gentiles sino a los judíos.

Lucas 23:26–38

Adviértanse en este pasaje *las palabras proféticas de advertencia de nuestro Señor*. Leemos que dijo a las mujeres que le siguieron al ser conducido al Calvario: “No lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron”.

Estas palabras debieron de sonar especialmente terribles a los oídos de una mujer judía. Para ella, siempre era una deshonra carecer de hijos. La idea de un tiempo futuro cuando sería una bendición no tener hijos era un pensamiento nuevo y tremendo para su mentalidad. ¡Y, sin embargo, en cincuenta años, esta predicción de Cristo se cumpliría literalmente! El sitio de Jerusalén por parte del Ejército romano, bajo Tito, acarrearía sobre todos los habitantes de la ciudad los más terribles sufrimientos que se pueden concebir debido al hambre y a la peste. Se dijo que las mujeres se comían realmente a sus propios hijos durante el asedio por falta de comida. Sobre nadie cayeron los últimos juicios sobre la nación judía con tanta fuerza como sobre las viudas, las madres y los niños pequeños.

Cuidémonos de pensar que el Señor Jesús solo ofrece al hombre misericordia, perdón y amor. Sin duda alguna está lleno de misericordia. Hay un gran río de misericordia en Él. Se deleita en la misericordia. Pero no debemos olvidar que, además de misericordia, en Él hay justicia. Se preparan juicios para aquel que no se arrepiente y para el incrédulo. En el Evangelio se revela que habrá ira para aquellos que se endurezcan en maldad. La misma nube que traía luz a Israel, traía tinieblas a los egipcios. El mismo Señor Jesús que invita al trabajado y cansado a acudir a Él y descansar, declara con más vehemencia que, a menos que un hombre se arrepienta, perecerá y que aquel que cree no será condenado (cf. Lucas 13:3; Marcos 16:16).

El mismo Salvador que ahora ofrece sus manos al desobediente y rebelde, vendrá un día como fuego consumidor para vengarse de aquellos que no conocen a Dios y no obedecen el Evangelio (2 Tesalonicenses 1:8). Que estas cosas penetren en nuestros corazones. Cristo es verdaderamente misericordioso. Pero, al final, el día de la gracia llegará a su fin. El mundo incrédulo descubrirá, como hizo Jerusalén, que en Dios hay juicio además de misericordia. No habrá ira que caiga con tanta fuerza como aquella que se ha ido acumulando y amontonando desde hace tiempo.

Adviértanse, por otro lado, en este pasaje, *las palabras de misericordiosa intercesión por parte de nuestro Señor*. Leemos que, cuando fue crucificado, sus primeras palabras fueron: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Su propia agonía corporal atroz no le hizo olvidar a los demás. La primera de sus siete frases en la Cruz fue una oración por las almas de sus asesinos. Acaba de demostrar su oficio profético con una notable predicción. Estaba a punto de mostrar su oficio real al abrir la puerta del Paraíso al ladrón arrepentido. Su oficio sacerdotal lo muestra al interceder por aquellos que le habían crucificado: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Nunca se verán plenamente los frutos de esta maravillosa oración hasta el día cuando los libros sean abiertos y los secretos de todos los corazones sean revelados. Probablemente no tenemos la más mínima idea de cuántas de las conversiones a Dios que tuvieron lugar en Jerusalén durante los seis primeros meses después de la crucifixión fueron una respuesta directa a esta maravillosa oración. Quizá esta oración fuese el primer paso hacia el arrepentimiento de uno de los ladrones. Quizá fuese un medio para conmover al centurión, quien declaró que nuestro Señor era un hombre justo, y a la gente, que “se volvían golpeándose el pecho”. Quizá los 3000 conversos del día de Pentecostés, que en su mayoría estarían entre los asesinos de nuestro Señor, debían su conversión a esta misma oración. El día lo declarará. No hay secreto alguno que no haya de ser revelado. Solo podemos saber que el Padre siempre oye al Hijo (Juan 11:42). Sin duda, esta maravillosa oración fue escuchada.

Veamos en la intercesión de nuestro Señor por aquellos que le crucificaron una prueba más del infinito amor de Cristo hacia los pecadores. El Señor Jesús es verdaderamente compasivo y misericordioso. Nadie es demasiado malo como para que no se preocupe por él. Nadie se aleja demasiado en pecado como para que su todopoderoso corazón deje de interesarse por su alma. Lloró sobre la incrédula Jerusalén. Escuchó la oración del ladrón moribundo. Se detuvo bajo el árbol para llamar al publicano Zaqueo. Descendió del Cielo para volver el corazón del perseguidor Saulo. Encontró tiempo para orar por sus asesinos aun en la Cruz. Un amor como este sobrepasa todo entendimiento. El peor de los pecadores carece de

motivos para temer acudir a un Salvador como este. Si necesitamos garantías y ánimo para arrepentirnos y creer, el pasaje que tenemos delante sin duda nos los proporciona.

Por último, consideremos en la intercesión de nuestro Señor el notable ejemplo del espíritu que debe reinar en los corazones de todo su pueblo. Como Él, devolvamos bien por mal y bendición por maldición. Como Él, oremos por aquellos que nos maltratan y nos persiguen. El orgullo de nuestros corazones se rebela a menudo contra esta idea. La moda de este mundo puede considerar poco valiente el comportarse de esta manera. Pero nunca nos avergoncemos de imitar a nuestro divino Maestro. El hombre que ora por sus enemigos muestra la mente que había en Cristo y recibirá su recompensa.

Notas Lucas 23:26–38

V. 26: *[Llevándole]*. Notemos que S. Lucas no dice nada acerca del cruel trato que recibió nuestro Señor por parte de los soldados romanos después de que Pilato le hubiera condenado. Escribió su Evangelio especialmente para los gentiles, y pasa deliberadamente por alto la conducta de los gentiles en esta etapa concreta de la pasión de nuestro Señor.

No puedo considerar justo el comentario de Alford sobre este versículo. Él dice: “La ruptura entre los versículos 25 y 26 es violenta en extremo, y si Lucas hubiera tenido algo que incluir en medio, sin duda lo habría hecho”. Lamento profundamente la tendencia de este comentario. Yo creo que S. Lucas fue plenamente guiado por el Espíritu Santo tanto en los detalles que omite como en los que inserta. Y creo que la omisión de ciertos detalles de la pasión de Cristo, entre la condena y la marcha al Calvario, fue ordenada deliberada y sabiamente con el fin de paliar los prejuicios de los lectores gentiles.

[Tomaron a cierto Simón de Cirene]. Parece que nuestro Señor llevó la Cruz Él mismo hasta que estuvo exhausto y que, después, este Simón fue obligado por los soldados a ayudar a llevarla.

No se sabe nada seguro de este Simón, aunque la mención de sus hijos Alejandro y Rufo por parte de S. Marcos (15:21), nos lleva a suponer que era discípulo de Cristo cuando fueron escritos los Evangelios, sin que nos conste que lo fuera en el momento de la crucifixión. Cornelius à Lapide menciona varias tradiciones concernientes a Simón y a sus hijos que no merece la pena repetir.

V. 27: *[La multitud del pueblo, y de mujeres]*. No se nos dice quiénes eran. Algunos comentaristas creen que se trataba de discípulos y amigos de Cristo. La mayoría piensan que eran personas que fueron movidas a lástima al ver a una persona inocente sufriendo, pero que no eran conscientes de sus propios pecados ni tenían fe en Cristo. “La emotividad —dice Burkitt— no es señal infalible de gracia, ni siquiera cuando procede de una conciencia de los padecimientos de Cristo”. Esta última opinión parece la más probable considerando el tono de los dos versículos siguientes.

Burgon cita el comentario de que “no se menciona que mujer alguna hablara contra nuestro Señor en vida o participara en su muerte. Al contrario, fue ungido por una mujer para su sepultura, las mujeres fueron las últimas en marcharse de su sepulcro y las primeras presentes en su resurrección, a una mujer se apareció por primera vez cuando resucitó, las mujeres le ayudaron en sus necesidades, las mujeres hicieron lamento y duelo por Él, una mujer pagana intercedió por su vida ante su marido, Pilato y, sobre todo, nació de una mujer”.

V. 28: *[Hijas de Jerusalén]*. Esta expresión confirma la teoría de que las personas que acompañaron a nuestro Señor al Calvario no eran discípulos. No se nos menciona en los Evangelios a mujeres de Jerusalén que creyeran.

[Por vosotras mismas y por vuestros hijos]. Notemos que es fácil que muchas de las mujeres a quienes habla aquí nuestro Señor vivieran cuarenta años después, cuando Tito tomó Jerusalén.

V. 29: *[He aquí vendrán días]*. Estos “días” hacen referencia al período de las últimas guerras entre los judíos y los romanos, y en particular al sitio de Jerusalén.

V. 30: *[Decir a los montes […] a los collados]*. Las expresiones de este versículo son figuradas y parabólicas. Representan la intensa tristeza y angustia y la impotencia desesperada de todo aquel que sea encontrado dentro de Jerusalén durante su asedio (cf. Isaías 2:19; Hebreos 10:8; Apocalipsis 6:16).

Algunos han visto en estas palabras una referencia a las cuevas y excavaciones en las rocas bajo Jerusalén en las que muchos de los judíos se refugiaron cuando fue tomada la ciudad.

V. 31: *[El árbol verde […], el seco]*. La opinión común de todos los mejores comentaristas es que nuestro Señor se contrasta aquí con la nación judía. “Si los romanos practican tales crueldades conmigo, que soy un árbol verde y la fuente misma de la vida, ¿qué harán un día con vuestra nación, que es como un tronco estéril y marchito, muerto en delitos y pecados?”.

Bengel mantiene que el árbol verde representa aquí a los jóvenes, fuertes y sanos, y el árbol seco a los viejos, débiles y estériles. Para apoyar este punto de vista, cita un pasaje de Josefo que describe cómo los romanos, después de que Jerusalén fuese tomada, mataron a los judíos viejos y débiles pero encerraron a aquellos que tenían vigor y les eran útiles. Sin embargo, Bengel permanece casi solo en esta opinión.

V. 32: *[Malhechores]*. Notemos que este era un cumplimiento literal de la profecía de Isaías acerca de que el Mesías sería “contado con los pecadores” (Isaías 53:12).

V. 33: *[El lugar llamado de la Calavera]*. La razón por que este lugar era llamado así no se conoce con seguridad y ha dado lugar a muchas conjeturas.

Orígenes, Tertuliano, Atanasio, Epifanio, Agustín, Cirilo y otros, según Cornelius à Lapide, tenían la absurda opinión de que el Calvario era el lugar donde fue sepultado Adán.

Jerónimo, Beda, Jansenio y otros afirmaban que el lugar de la Calavera era donde eran ejecutados, y en ocasiones decapitados, los criminales y donde, en consecuencia, se encontraban calaveras y huesos de hombres muertos.

Algunos piensan que el lugar de la Calavera era una colina rocosa y pelada no muy diferente a una calavera en forma y apariencia, y que de ahí surgió su nombre.

Notemos que, en el momento de la crucifixión de nuestro Señor, el lugar de la Calavera estaba fuera de los muros de Jerusalén. Era justo y conveniente que nuestro Señor, como el gran sacrificio por el pecado, sufriera fuera de la puerta (cf. Hebreos 13:12). En el presente, el lugar que en general se supone el de la Calavera está dentro de los muros de Jerusalén.

La opinión común de que el lugar de la Calavera era un monte o una colina carece, en cualquier caso, de fundamento alguno en la Escritura. Los cuatro autores de los Evangelios hablan de él como “un lugar”. Ninguno de ellos lo llama “monte”.

V. 34: *[Padre, perdónalos […]*. Estas palabras fueron pronunciadas probablemente mientras nuestro Señor estaba siendo clavado en la Cruz o tan pronto como la Cruz fue levantada al fin. Merece la pena señalar que, tan pronto como la sangre del Gran Sacrificio comenzó a ser derramada, el Gran Sumo Sacerdote comenzó a interceder.

Notemos que, durante las seis horas en que nuestro Señor estuvo en la Cruz, mostró que poseía pleno poder como Hijo de Dios y que, aunque sufrió, sus sufrimientos fueron padecidos voluntariamente. Como Rey y Profeta, abrió las puertas de la vida al ladrón arrepentido y anunció su entrada en el Paraíso. Como Sacerdote, intercedió con las palabras que tenemos delante por aquellos que le habían crucificado.

[No saben lo que hacen]. El principio implicado en estas palabras merece una advertencia y requiere dos comentarios preliminares.

Por un lado, debemos cuidarnos de pensar que la ignorancia no es censurable y que las personas ignorantes *merecen* que se les perdonen los pecados. En este caso, la ignorancia sería algo deseable. De toda ignorancia espiritual se es más o menos culpable. Es parte del pecado del hombre no saber más de lo que sabe. Su falta de conocimiento de Dios es parte de su culpa.

Por otro lado, no podemos dejar de observar en la Escritura que los pecados por ignorancia son menos pecaminosos ante Dios que los pecados con conocimiento, y que ningún caso es aparentemente tan desesperado como el del hombre que peca voluntariamente contra la luz.

El sentido de las palabras de nuestro Señor que tenemos delante parece ser que aquellos que le crucificaron no eran conscientes de la gran maldad que estaban cometiendo. Sabían que estaban crucificando a alguien a quien consideraban un impostor. No sabían que estaban crucificando realmente a su propio Mesías, al Hijo de Dios. Por eso S. Pedro afirma claramente: “Sé que por ignorancia lo habéis hecho” (Hechos 3:17). Así también, dice S. Pablo: “Si la hubieran conocido [la sabiduría de Dios], nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1 Corintios 2:8). En palabras de Gill en cuanto a esto, nuestro Señor “no menciona la ignorancia de aquellos por los que ora como un pretexto para el perdón, sino como una descripción de su situación”. Como observa Clarke: “Si bien la ignorancia no excusa un delito, al menos

disminuye la intensidad del mismo".

Naturalmente, surge la pregunta: "¿Quiénes eran aquellos por los que oró nuestro Señor?". No puedo, como hacen algunos, limitar su oración a los soldados romanos que le clavaron a la Cruz. Considero que más bien se aplica a la gran masa de personas judías que se mantuvieron allí, instigaron su crucifixión y colaboraron en ella. Fueron meras herramientas en manos de los dirigentes escribas y fariseos. Fueron conducidos a ciegas por maestros ciegos. Verdaderamente no sabían lo que estaban haciendo.

Pienso que es más que dudoso que nuestro Señor incluyera a los principales sacerdotes y a los escribas, a Anás y Caifás y a sus compañeros, que habían oído su declaración de que era el Cristo y, sin embargo, le rechazaron oficialmente y le condenaron. Creo que se entregaron a la ceguera judicial y que probablemente la mayoría de ellos pereció en sus pecados. No leemos en ningún lugar que alguno de ellos se convirtiera. Los sacerdotes que "obedecían a la fe" (Hechos 6:7) eran probablemente un grupo diferente de aquellos que condenaron a Cristo.

Notemos que la unión de un conocimiento claro de Cristo con el rechazo culpable de corazón a Él es lo que más se acerca a una definición del pecado imperdonable. S. Pablo parece señalar esto cuando dice de sí mismo: "Fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad" (1 Timoteo 1:13).

[Repartieron entre sí sus vestidos]. Nótese aquí que nuestro Señor fue crucificado evidentemente desnudo. La vergüenza y lo indecoroso de semejante situación en su muerte debió sin duda de añadir mucho a la tristeza del castigo de la crucifixión.

Obsérvese detenidamente el cumplimiento literal del Salmo 22 en este versículo y en el siguiente (Salmo 22:17–18). Las profecías acerca de la Primera Venida de Cristo para sufrir se cumplieron palabra por palabra. De la misma manera, y por analogía, es justo que esperemos un cumplimiento literal de cada palabra de las profecías acerca de la Segunda Venida de Cristo para reinar en gloria.

V. 35: *[A otros salvó; sálvese a sí mismo, si este es el Cristo]*. La tremenda ceguera de la nación judía acerca de los sufrimientos del Mesías es un hecho muy notable. Para nosotros, aquellos sufrimientos parecen anunciados claramente por David, Daniel e Isaías (Salmo 22; Daniel 9; Isaías 53), y más claramente prefigurados y tipificados por medio de todos los sacrificios de la Ley de Moisés. Pero los maestros judíos de tiempos de nuestro Señor no podían verlos. La idea de que el Mesías salvara a otros por medio de su propia muerte no parece que hubiera entrado nunca en sus mentes. Las palabras que tenemos delante son una extraordinaria prueba de la ceguera de los gobernantes. A ellos se les podría haber dicho más exactamente: "Porque esta persona que tenéis delante es el Cristo, no se salva a sí mismo; y no se salva a sí mismo para poder salvar a otros".

V. 37: *[Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo [...]*. Se debe advertir la diferencia entre la burla de los gobernantes judíos y la de los soldados. Los judíos de burlaron de nuestro Señor como un "Cristo" desamparado o un Mesías incapaz de salvarse a sí mismo y, por tanto, inapropiado para ser Salvador de Israel. Los ignorantes soldados gentiles, por

el contrario, se burlaban de Él como un desamparado “Rey de los judíos” sin corona, reino, ejército y, por tanto, solo adecuado para ser ridiculizado. Los judíos se mofaron de su pretensión de ser llamado Mesías. Los gentiles, de su pretensión de ser considerado Rey. La Cruz y la aparente debilidad fueron, como suele pasar, piedra de tropiezo en ambos casos.

V. 38: *[Un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas]*. Todos los lectores cuidadosos de la Biblia habrán observado que la inscripción colocada sobre la cabeza de nuestro Señor en la Cruz es descrita de diversas formas por los autores de los Evangelios. Cada uno lo cuenta de una manera ligeramente diferente. Esta aparente discrepancia ha dado lugar a diversas explicaciones.

Con el fin de resolver esta dificultad, debemos recordar que la inscripción fue escrita en tres idiomas diferentes. El griego era la lengua más conocida en el mundo en el tiempo cuando nuestro Señor fue crucificado, y había una inscripción griega para los extranjeros procedentes del exterior. El latín era la lengua de los romanos, y había una inscripción en latín a causa de que la sentencia sobre nuestro Señor fue impuesta por un juez latino y ejecutada por soldados latinos. El hebreo era la lengua de los judíos, y había una inscripción en hebreo, o en algún dialecto hebreo, porque Jesús fue crucificado como judío, para que todos los judíos pudieran verla. Pero, por lo que sabemos, lo que decía la inscripción en cada lengua debió de ser ligeramente diferente. Mateo cuenta lo que pondría en hebreo, Marcos lo que pondría en latín, Lucas lo que pondría en griego y Juan, que escribió muchos años después de los otros, puede que diera la esencia en general de los otros tres.

Esta solución a la dificultad parece razonable y preferible a cualquier otra.

[El Rey de los judíos]. Observemos que nuestro Señor fue crucificado al final como Rey. Vino para establecer un reino espiritual y murió como Rey.

Lucas 23:39–43

Los versículos que acabamos de leer merecen ser impresos en letras de oro. Probablemente hayan sido la salvación de miles de almas. Multitudes agradecerán a Dios durante toda la eternidad que la Biblia contenga esta historia del ladrón arrepentido.

Vemos, en primer lugar, en la historia que tenemos delante, *la soberanía de Dios al salvar a los pecadores*. Se nos dice que dos malhechores fueron crucificados junto a nuestro Señor, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Ambos estaban igualmente cerca de Cristo. Ambos vieron y oyeron todo lo que sucedió durante las seis horas que Él colgó de la Cruz. Ambos eran moribundos que sufrían un agudo dolor. Ambos eran igualmente malvados pecadores y

necesitaban perdón. Pero uno murió en sus pecados, como había vivido, endurecido, sin arrepentirse y sin creer. El otro se arrepintió, creyó, clamó a Jesús pidiendo misericordia y fue salvo.

Un hecho como este nos enseña a ser humildes. No podemos explicárnoslo. Solo podemos decir: “Sí, Padre, porque así te agradó” (Mateo 11:26). Cómo es que bajo exactamente las mismas circunstancias un hombre se convierte y el otro permanece muerto en sus pecados, por qué el mismo sermón es oído por uno con total indiferencia y hace que el otro se vaya a su casa a orar y buscar a Cristo, por qué el mismo Evangelio es ocultado a uno y revelado a otro, todas estas son preguntas que no podemos responder. Solo sabemos que es así y que es inútil negarlo.

Nuestra obligación es clara y diáfana. Debemos hacer un uso diligente de todos los medios que Dios ha dispuesto para el bien de las almas. No hay necesidad de que nadie se pierda. En la Biblia no existe tal cosa como la condenación decretada. El ofrecimiento del Evangelio es amplio, libre y general. “Debemos [...] en nuestros hechos —dice el Artículo 17— seguir la divina voluntad que nos ha sido expresamente declarada en la Palabra de Dios”. La soberanía de Dios nunca tuvo el propósito de acabar con la responsabilidad del hombre. Un ladrón fue salvo para que ningún pecador quedara sin esperanza, pero solo uno para que ningún pecador pudiera presumir.

Vemos en esta historia, en segundo lugar, *el invariable carácter del arrepentimiento para salvación*. Este es un punto en la historia del ladrón que se arrepiente que se pasa terriblemente por alto. Miles miran al evidente hecho de que fue salvo en la hora de su muerte, y no ven más. No ven las claras y bien definidas evidencias de arrepentimiento que salieron de sus labios antes de morir. Aquellas evidencias merecen nuestra mejor atención.

El primer paso notable en el arrepentimiento del ladrón fue su preocupación por la maldad de su compañero al injuriar a Cristo: “¿Ni aun temes tú a Dios —dijo—, estando en la misma condenación?”. El segundo paso fue el pleno reconocimiento de su propio pecado: “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos”. El tercer paso fue una clara confesión de la inocencia de Cristo: “Éste ningún mal hizo”. El cuarto paso fue la fe en el poder de Jesucristo y en su voluntad de salvarle: Se volvió a un crucificado que sufría y le llamó “Señor”, declarando su fe en que tenía un Reino. El quinto paso fue la oración: Clamó a Jesús cuando estaba colgado en la Cruz, pidiéndole que se acordara de su alma. El sexto y último paso fue la humildad: Rogó ser “recordado” por nuestro Señor. No menciona gran cosa. Le bastaba con ser recordado por Cristo. Debemos tener presentes siempre estos seis puntos en relación con el ladrón arrepentido. Su tiempo era muy breve como para dar prueba de su conversión. Pero fue un tiempo bien empleado. Pocos moribundos han dejado tras ellos tan buenas evidencias como las

dejadas por aquel hombre.

Tengamos cuidado de un arrepentimiento sin evidencias. Me temo que miles salen del mundo cada año aferrados a una mentira. Piensan que son salvos porque el ladrón fue salvo en la hora de su muerte. Olvidan que, para ser salvos como lo fue él, deben arrepentirse como él se arrepintió. Cuanto más breve es el tiempo de un hombre, mejor debe ser el uso que haga del mismo. Cuanto más cerca esté de la muerte cuando comience a pensar, más claro debe ser el testimonio que dé. Se puede establecer como regla general que nada, nada es tan completamente insatisfactorio como un arrepentimiento en el lecho de muerte.

En tercer lugar, vemos en esta historia *el asombroso poder y la voluntad de Cristo para salvar a los pecadores*. Está escrito que "puede también salvar perpetuamente" (Hebreos 7:25). Si buscamos en la Biblia, desde Génesis al Apocalipsis, nunca encontraremos prueba tan notable del poder y la misericordia de Cristo que la salvación del ladrón arrepentido.

Cuando el ladrón fue salvo era también la hora de mayor debilidad de nuestro Señor. Colgaba agonizante en la Cruz, pero aun entonces escuchó y concedió la petición del pecador y le abrió la puerta de la vida. ¡Sin duda eso era "poder"!

El hombre a quien salvó nuestro Señor era un pecador malvado en el momento de la muerte, sin nada en su vida pasada a su favor y nada destacable en su situación presente salvo una humilde oración. Pero fue como un tizón sacado del fuego. Sin duda eso es "misericordia".

¿Queremos pruebas de que la salvación es por gracia y no por obras? Las encontramos en el caso que tenemos delante. El ladrón moribundo estaba clavado de manos y pies en una cruz. No podía hacer literalmente nada por su propia alma. Pero por la infinita gracia de Cristo fue salvo. Nadie recibió nunca tan gran seguridad de su propio perdón como este hombre.

¿Queremos pruebas de que los sacramentos y las ordenanzas no son *absolutamente* necesarios para la salvación y que los hombres pueden ser salvos sin ellos cuando no se tienen al alcance? Las encontramos en el caso que tenemos delante. El ladrón moribundo nunca fue bautizado, no perteneció a ninguna iglesia visible y nunca recibió la Cena del Señor. Pero se arrepintió y creyó y, por tanto, fue salvo.

Que estas cosas penetren profundamente en nuestros corazones. Cristo nunca cambia. El camino de salvación es siempre uno y el mismo. Aquel que salvó al ladrón arrepentido aún vive. Hay esperanza para el peor de los pecadores solo con que se arrepienta y crea.

Por último, en la historia que tenemos delante vemos *lo cerca que está un creyente moribundo del descanso y de la gloria*. Leemos que nuestro Señor le dijo al malhechor en respuesta a su oración: "Hoy

estarás conmigo en el paraíso".

La palabra "hoy" contiene mucha teología. Nos dice que, en el mismo momento en que un creyente muere, su alma se encuentra feliz y en buenas manos. Su plena redención aún no ha llegado. Su perfecta felicidad no comenzará antes del día de resurrección. Pero no hay un misterioso retraso, no hay un período de suspense ni un purgatorio entre su muerte y su recompensa. En el día en que exhala su último aliento va al Paraíso. En la hora en que parte está con Cristo (cf. Filipenses 1:23).

Recordemos estas cosas cuando nuestros amigos creyentes duerman en Cristo. No debemos lamentarnos por ellos como aquellos que no tienen esperanza. Mientras nos lamentamos, ellos se están regocijando. Mientras nos lamentamos y lloramos en sus funerales, ellos están a salvo y felices con su Señor. Sobre todo, si somos verdaderos cristianos, recordemos estas cosas al mirar hacia adelante a nuestras propias muertes. Morir es algo muy serio. Pero, si morimos en el Señor, sin duda nuestra muerte será ganancia.

Notas Lucas 23:39–43

V. 39: *[Uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba]*. Se plantea la cuestión, naturalmente, de cómo reconciliar el relato de S. Lucas de la conducta de los ladrones con el relato que nos ofrecen Mateo y Marcos. Ellos dicen claramente que ambos ladrones le injuriaban. S. Lucas dice que solo "uno de ellos".

1. Algunos creen que solo un ladrón le injurió y que Mateo y Marcos emplean el plural en el sentido general en que las personas lo utilizan en ocasiones cuando describen un acontecimiento. Aducen como ejemplos el Salmo 2:2 y Hebreos 11:33, 34, 37. Esta, según Maldonado, sería la opinión de Cipriano, Cirilo de Jerusalén, Agustín, Ambrosio, Jerónimo, Gregorio y León. También es apoyada por Scott y Doddridge.

2. Otros piensan que ambos ladrones le injuriaron al principio pero que uno de ellos después se arrepintió, dejó de injuriarle y comenzó a orar. Esta es la opinión de Atanasio, Orígenes, Hilario, Crisóstomo, Teofilacto y Eutimio. Parece, con mucho, la opinión más probable.

Notemos que el ladrón no arrepentido es una clara prueba de que el dolor, el sufrimiento y la cercanía de la muerte no bastan, si no hay gracia, para convertir un alma. Los seguidores del ladrón no arrepentido son, por desgracia, mucho más numerosos que los del ladrón que se arrepintió.

V. 40: *[El otro le reprendió]*. No se nos dice quién era este malhechor y qué fue lo que más impactó en su conciencia y le movió al arrepentimiento. Unos opinan, con Bengel, que era gentil; y otros, con Scott, que era judío. Unos piensan, con Suárez, que había escuchado a nuestro Señor predicar y le había visto obrando milagros en alguna etapa anterior. Otros piensan, con Eutimio, que había oído las respuestas de nuestro Señor a Pilato y estas le

habían impactado, aprendiendo a creer en el Reino de nuestro Señor. Otros, con Stier, que le impresionó el título colocado sobre la cabeza de nuestro Señor en la Cruz. Otros, con Teofilacto, que le produjo gran remordimiento en lo más profundo el escuchar la oración de nuestro Señor por sus enemigos y ver la paciencia de nuestro Señor cuando sufría. Todas estas son puras conjeturas.

Cornelius à Lapide sobrepasa a todos los demás autores en sus comentarios acerca del ladrón. Se toma en serio la opinión de Fererius de que la sombra de Cristo en la Cruz, al irse apagando el día, cayó sobre el ladrón y fue la causa de su conversión, ¡igual que la sombra de Pedro sanó al enfermo! ¡Añade otra opinión acerca de que la virgen María estaba entre el ladrón y Cristo y obtuvo gracia para él! ¡También nos dice que el nombre del ladrón era Dimas, que este día en el calendario de los santos es el 25 de marzo y que se erigen capillas en honor de su nombre! Es bueno que la gente sepa la mucha basura que se puede encontrar en las páginas de un comentarista católico romano acreditado.

En cuanto a la nacionalidad del ladrón, es probable que fuera judío. Las palabras que le dirige nuestro Señor parecen indicarlo. Difícilmente habría hablado de "Paraíso" a un gentil. En cuanto a la causa de su conversión, lo más seguro es descansar en la creencia de que fue resultado de la gracia libre y soberana de Cristo, una prueba del poder de Cristo para salvar aun en el momento de su mayor debilidad y una muestra de la voluntad de Cristo de salvar al mayor de los pecadores.

[Ni aun temes tú a Dios]. Nuestra versión inglesa no transmite bien el pleno sentido de las palabras griegas. Scholefield las tradujo así: "¿Ni siquiera tú temes a Dios? Ni tú, en tus circunstancias de desesperada desgracia, independientemente de lo que hagan otros en la superficial frivolidad de la seguridad presente".

V. 41: *[Éste ningún mal hizo]*. La palabra griega aquí traducida como "mal" solo se encuentra en otros dos lugares (Hechos 28:6; 2 Tesalonicenses 3:2). En uno es traducido como "mal" y en otro como "perversos".

La frase favorece más bien la idea de que el ladrón había oído o visto algo de nuestro Señor antes, aunque no hubiera sido discípulo suyo. O bien suponemos esto, o bien que sabía en términos generales que estaba siendo crucificado en compañía de un hombre a quien Pilato y Herodes consideraban inocente.

V. 42: *[Acuérdate de mí […]*. Merece la pena leer los comentarios de Ness sobre esta asombrosa oración: "Esta breve oración contenía un larguísimo credo cuyos artículos son los siguientes: 1) Creía que el alma no moría con el cuerpo del hombre; 2) que hay un mundo venidero donde se recompensa a los piadosos y arrepentidos y se castiga a los impíos y no arrepentidos; 3) que, aunque Cristo estaba ahora siendo crucificado y sufriendo torturas mortales, sin embargo, tenía derecho a un Reino; 4) que este Reino estaba en un mundo mejor que el presente mundo malo; 5) que Cristo no se reservaría este Reino solo para Él; 6) que otorgaría una parte del mismo a aquellos que se arrepintieran de verdad; 7) que la llave de su Reino colgaba del cinturón de Cristo aunque Él ahora colgara moribundo de la Cruz; 8) que entregaba por completo su alma para eterna salvación sobre la base de un Salvador

moribundo".

Comenta Ness también que los dos malhechores, uno arrepentido y el otro no, uno a la derecha y el otro a la izquierda, son "un claro símbolo de las ovejas y los cabritos" del día del Juicio.

[En tu reino]. Observan apropiadamente Lightfoot, Bengel y otros autores que ninguno de los doce Apóstoles tenía una idea tan clara y correcta de la verdadera naturaleza del "Reino" de Cristo como la tenía este ladrón arrepentido.

V. 43: *[De cierto te digo [...]*. El uso aquí de la palabra "amén" o "de cierto", muestra la autoridad y el poder con que nuestro Señor aun en la Cruz podía salvar las almas y la certeza con que se garantizó el Paraíso al ladrón. Su gran fe recibió una gran recompensa. Ningún hijo de Adán recibió nunca una seguridad semejante.

[Hoy estarás conmigo]. Esta frase requiere una detenida consideración.

Es una respuesta diferente a la doctrina católica romana del purgatorio. Muestra claramente que la persona que muere siendo un creyente arrepentido no necesita purificación alguna de ninguna clase después de la muerte. Si aquel ladrón no necesitaba purgatorio, toda la doctrina del purgatorio se viene abajo.

Es una enseñanza indirecta en cuanto al estado de los creyentes después de la muerte. En el momento en que mueren están "con Cristo". No podemos pretender explicar su situación exacta, por supuesto. No podemos comprender la situación de un alma separada del cuerpo. Baste para nosotros con saber que el creyente, cuando muere, está inmediatamente con Cristo.

Es una clara prueba de la existencia separada del alma cuando el cuerpo está muerto. Viviremos y tendremos un ser aun cuando nuestro tabernáculo terrenal se descomponga en el sepulcro. El cuerpo del ladrón sería aquel día quebrado y mutilado por los soldados romanos. Pero el ladrón mismo estaría con Cristo.

Maldonado, el comentarista católico romano, lucha en vano por mostrar que el pasaje que tenemos delante no desaprueba el purgatorio. ¡Afirma que la oración del ladrón pidiendo que se acordara de él cuando Cristo viniera en su Reino y no antes muestra que creía en el purgatorio! Esa argumentación nos hace ver las dificultades en que se mete el hombre por una teoría no escrituraria.

[En el paraíso]. La palabra así traducida solo se encuentra en otros dos lugares en el Nuevo Testamento (2 Corintios 12:4 y Apocalipsis 2:7). Dice Parkhust: "Es sin duda una palabra oriental. Los griegos la adoptaron de los persas, para quienes significaba jardín, parque o recinto lleno de todos los productos valiosos de la Tierra. La palabra se encuentra, en este sentido, en la obra de Herodoto, Jenofonte y Diodoro. En el Nuevo Testamento, la palabra se aplica al estado de las almas fieles entre la muerte y la resurrección cuando, como Adán en el huerto de Edén, son admitidos a la comunión inmediata con Dios en Cristo y a participar del verdadero árbol de la vida".

Brentano afirma que la pasión de Cristo abrió el Paraíso, que había estado cerrado desde la Caída de Adán, y que estas palabras proclamaban su

apertura.

Está claro en todo el relato que el ladrón arrepentido murió sin ser bautizado. ¡Para evitar esta dificultad, algunos autores de tendencia católica romana se han aferrado a la idea, sugerida por Agustín, de que fue bautizado con la sangre y el agua procedentes del costado de nuestro Señor cuando fue horadado con una espada! Esta afirmación carente de base y gratuita muestra los absurdos en los que pueden caer los hombres en su búsqueda de base para su teoría de la regeneración bautismal. Está claro que el ladrón nació de nuevo. Está igualmente claro que nunca fue bautizado. Se deduce, por tanto, que un hombre puede nacer de nuevo sin bautismo.

Los comentarios hechos generalmente por todos los mejores comentaristas sobre el caso del ladrón arrepentido son muy notables. Sería imposible ofrecerlos todos. Cornelius à Lapide recoge muchas buenas cosas de los Padres, y en la obra de Gerhard hay muy buena sustancia en cuanto a este relato.

Heinsius comenta que Cristo nunca obró un milagro mayor o más ilustre que el que hizo al salvar al ladrón arrepentido.

La “Homilía de las buenas obras” de la Iglesia de Inglaterra cita a Crisóstomo, diciendo: “Puedo mostrar a un hombre que por la fe sin obras vivió y fue al Cielo; pero sin fe nunca hombre alguno tuvo vida. El ladrón que fue colgado cuando Cristo sufrió creyó solamente, y el Dios más misericordioso le justificó. Y, para que ningún hombre pueda decir que, si hubiera tenido tiempo de hacer buenas obras, las habría hecho, cierto es, no contenderé a este respecto; pero afirmo con certeza que la sola fe le salvó”.

Lutero, citado por Stier, dice: “Este es un adecuado símbolo y ejemplo para todos los cristianos de cómo Dios nunca permitirá que la fe en Cristo y la confesión de su nombre fracasen. Si los discípulos como cuerpo, y aquellos relacionados con Cristo de otras maneras, no confiesan a Cristo y pierden la fe, le niegan con temor, tropiezan y le abandonan, este malhechor y asesino se adelanta a confesarle, a predicar de Él a otros y a enseñar a todos los hombres quién es y qué consolación pueden encontrar todos en Él”.

Dice Rollock sobre la Pasión: “Yo digo de este hombre, para la gloria de Dios, que avergonzó a todos los que miraban. Avergonzó a los Apóstoles y les hizo agachar la cabeza. Avergonzó a todos los que no creerán cuando vean a Cristo no crucificado como él le vio, sino glorificado en los Cielos y sentado a la diestra de la Majestad”. “El Señor le levantó en el madero para que fuera maestro de fe y arrepentimiento, esperanza, paciencia, amor y de todas las virtudes. No nos avergoncemos de aprender de él”.

Dice Baxter: “El ejemplo del ladrón nos muestra lo que hace libremente la elección al llamar a uno a la vez que pasa por alto a otro. Cristo dio esta prueba presente de que en virtud de su sacrificio llamaría y justificaría a los pecadores. Nunca es demasiado tarde para la obtención de misericordia y salvación por la conversión. El verdadero arrepentimiento y la fe, por tardíos que sean, darán sus frutos. Este hombre no fue salvo sin buenas obras”.

Lucas 23:44–49

Observemos en estos versículos *las señales milagrosas que acompañaron a la muerte de nuestro Señor en la Cruz*. Se nos dice que hubo “tinieblas sobre toda la tierra” durante tres horas: “Y el sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por la mitad”.

Era justo y conveniente que, cuando fuera ofrecido el gran sacrificio por el pecado y el Hijo de Dios muriera, captara la atención de todos los que estaban alrededor de Jerusalén de una manera evidente. Cuando fue entregada la Ley en Sinaí, se obraron señales y prodigios a ojos de todo Israel. Cuando la sangre expiatoria de Cristo fue derramada en el Calvario, hubo señales y prodigios similares. Hubo una señal para el mundo incrédulo: las tinieblas a medio día fueron un milagro que impulsaría a los hombres a pensar. Hubo una señal para la Iglesia profesante y los ministros del Templo: que el velo que colgaba entre el lugar santo y el lugar santísimo se rasgara, fue un milagro que inspiraría reverencia al corazón de cada sacerdote y levita entre los judíos.

Debemos recordar que señales como estas, en ocasiones especiales, son parte de los caminos de Dios en su trato con el hombre. Él conoce la desesperada necedad e incredulidad de la naturaleza humana. Considera necesario captar nuestra atención por medio de obras milagrosas cuando introduce una nueva dispensación. Así induce a los hombres a abrir sus ojos tanto si quieren como si no, y a oír su voz durante un poco de tiempo. Lo hizo frecuentemente en los días pasados. Lo hizo cuando entregó la Ley. Lo hizo en el pasaje que tenemos delante, cuando introdujo el Evangelio. Lo hará de nuevo cuando Cristo vuelva por segunda vez. Mostrará a un mundo lleno de desprecio e incredulidad que él es capaz de suspender las leyes de la Naturaleza a su antojo y de alterar el marco de la creación tan fácilmente como llamó a existir a la Tierra. Aún cumplirá sus palabras: “Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo”. “La luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando Jehová de los ejércitos reine en el monte de Sion” (Hebreos 12:26; Isaías 24:23).

Observemos en estos versículos, en segundo lugar, *las notables palabras pronunciadas por nuestro Señor cuando murió*. Leemos que “clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró”.

Hay una profundidad, sin duda, en estas palabras que no podemos comprender. Hay algo misterioso en la muerte de nuestro Señor que hacía improbable que fuera la muerte de un mero hombre. Debemos recordar que Aquel que habló las palabras que tenemos delante era Dios además de hombre. Su naturaleza divina y humana estaban unidas inseparablemente. Su naturaleza divina, por supuesto, no podía

morir. Él mismo dice: “Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” (Juan 10:17, 18). Cristo murió no como morimos cuando ha llegado nuestra hora, no porque fue obligado y no pudo evitar morir, sino voluntariamente y por su propia voluntad.

Hay un sentido, sin embargo, en que las palabras de nuestro Señor nos dan una lección a todos los verdaderos cristianos. Nos muestran la manera en que todos los hijos de Dios debemos enfrentarnos a la muerte. Nos proporcionan un ejemplo que todo creyente debe esforzarse en seguir. Como nuestro Maestro, no debemos tener miedo a enfrentarnos al rey de los terrores. Debemos considerarle un enemigo derrotado cuyo aguijón ha sido quitado por la muerte de Cristo. Debemos pensar en él como un enemigo que puede dañar el cuerpo por un tiempo, pero que después de eso ya no puede hacer nada más. Debemos aguardar sus ataques con tranquilidad y paciencia, y creer que, cuando la carne falle, nuestra alma estará en buenas manos. Esta era la mentalidad del moribundo Esteban: “Señor Jesús —dijo—, recibe mi espíritu”. Esta era la mentalidad del anciano Pablo cuando estaba cerca el tiempo de su partida. Dice: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (Hechos 7:59; 2 Timoteo 1:12). ¡Felices verdaderamente son aquellos que tienen un final como este!

Observemos en estos versículos, por último, *el poder de la conciencia en el caso del centurión y de la gente que vio la muerte de Cristo*. Se nos dice que el centurión “dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo”. Se nos dice que la gente que se había reunido para verlo “se volvían golpeándose el pecho”.

Desconocemos la naturaleza exacta de los sentimientos aquí descritos. Desconocemos su extensión o el fruto posterior que traerían. Sin embargo, una cosa está clara. El oficial romano tuvo la convicción de que había estado supervisando una acción injusta y crucificando a una persona inocente. La multitud que miraba tuvo remordimientos de conciencia al ser conscientes de que habían ayudado, aprobado e instigado una lamentable equivocación. Tanto los judíos como los gentiles dejaron el Calvario aquella tarde apesadumbrados, con remordimientos e inquietos.

¡Grande, en verdad, es el poder de la conciencia! ¡Tremenda es la influencia que es capaz de ejercer en los corazones de los hombres! Puede producir terror en las mentes de los monarcas en sus tronos. Puede hacer que las multitudes tiemblen y se conmuevan ante unos cuantos amigos celosos de la Verdad, como un rebaño de ovejas. A pesar de su ceguera y equivocación, de ser incapaz de convertir al hombre o conducirle a Cristo, la conciencia continúa siendo una de las más benditas partes de la constitución del hombre y el mejor amigo de la congregación que tiene el predicador del Evangelio. No nos

sorprende que Pablo dijera: “Por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios” (2 Corintios 4:2).

Aquel que desea paz interior debe cuidarse de no luchar contra su conciencia. Que más bien la emplee adecuadamente, la guarde celosamente, escuche lo que tiene que decirle y la reconozca como amiga. Sobre todo, ore diariamente para que su conciencia sea iluminada por el Espíritu Santo y limpiada por la sangre de Cristo. Las palabras de S. Juan son muy significativas: “Si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios” (1 Juan 3:21). Hace bien el hombre que puede decir: “Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hechos 24:16).

Notas Lucas 23:44–49

V. 44: *[Como la hora sexta]*. Según la costumbre judía, el día comenzaba con lo que para nosotros son las seis de la mañana. Nuestro Señor fue crucificado a la hora tercera, las nueve para nosotros. La oscuridad comenzó a la hora sexta, las doce de la mañana para nosotros. Se debe observar, por tanto, que las tinieblas sobrenaturales mencionadas aquí cayeron precisamente a la hora del día de más fulgor, entre las doce y las tres. De seis horas fue el tiempo durante el cual Jesús colgó en la Cruz antes de expirar.

[Hubo tinieblas]. Fueron unas tinieblas milagrosas. No pudo ser un eclipse solar, porque la crucifixión de nuestro Señor tuvo lugar durante la pascua, y la pascua siempre se celebraba con luna llena, cuando un eclipse solar es imposible.

[Sobre toda la tierra]. Parece preferible la versión de esta expresión que tenemos al margen [en la versión del autor, N.T.]: “Sobre todo el territorio”. No parece haber necesidad de suponer que las tinieblas se extendieron más lejos de Palestina. El ministerio de nuestro Señor iba dirigido especialmente a Israel, y a la tierra de Israel se limitaron todos los milagros relacionados con su vida y muerte. Véase la misma expresión en Lucas 21:23.

Es difícil imaginar cualquier otra señal milagrosa mejor calculada para captar la atención de todo el pueblo y para despertar asombro en todas las mentes que no fuesen estas repentinas e inesperadas tinieblas. Necesariamente se detuvo toda la actividad y los negocios, y obligó a todos los hombres a detenerse y pensar en cuál podría ser la causa de que se produjeran.

V. 45: *[El sol se oscureció]*. No debemos ver aquí una señal o un milagro diferente de las tinieblas mencionadas en el versículo anterior. Es sencillamente una ampliación del mismo hecho y pretende mostrar lo profundas e intensas que fueron las tinieblas.

[El velo del templo se rasgó]. Este milagro debió de ser impresionante y

terrible para los sacerdotes que ministraban en el Templo, como las tinieblas lo serían para los habitantes de Palestina. Representaba la apertura del camino al Lugar Santísimo por la muerte de Cristo, el fin de la dispensación judía y la revelación del camino de salvación del Evangelio para toda la humanidad.

Doddridge comenta: “Siendo este un día importante, es probable que el sumo sacerdote Caifás estuviera entonces llevando a cabo el solemne acto de quemar incienso ante el velo, de manera que, si así fue, llama la atención que su obstinado corazón no quedara impresionado por un fenómeno tan sorprendente e importante. No hay por qué dudar de que muchos de los otros sacerdotes que intervinieron en la muerte de Cristo verían los trozos del velo y, considerando su textura y otras circunstancias, se convencerían plenamente de este extraordinario hecho como si hubieran estado presentes”.

V. 46: *[Clamando a gran voz]*. Esta expresión, así como todo el versículo, merece una atención especial. Muestra que hubo algo especial y poco común en la muerte de nuestro Señor. La voz de un hombre moribundo, por lo general, no es fuerte, sino débil.

A esta circunstancia, así como a la expresión “expiró”, dirigen nuestra atención muy adecuadamente todos los mejores comentaristas desde Ambrosio en adelante. Es evidente —nos dicen— que el Señor Jesús no murió porque fuera obligado a ello, sino porque escogió voluntariamente y por su propio libre albedrío someterse a la muerte. Su muerte fue “un acto propio”. “Se *ofreció* a sí mismo sin mancha a Dios”.

Alford, después de Stier, comenta que “ninguno de los Evangelistas dice que Jesús *muriera*, aunque esa expresión se empleara posteriormente para referirse a su muerte cuando se habla de ella como un gran acontecimiento”. Marcos y Lucas dicen que “expiró”; Mateo y Juan, aunque con palabras griegas diferentes, dicen algo muy parecido: “Entregó el espíritu”.

Yo añado a este comentario que, en los cinco pasajes del Antiguo Testamento en que nuestros traductores han escrito “entregar el espíritu”, los traductores griegos de la Septuaginta no emplearon expresiones aplicadas en los Evangelios a la muerte de nuestro Señor, ni nada parecido (Génesis 49:33; Job 10:18; 11:20; 14:10; Jeremías 15:9). También quiero comentar que la expresión griega acerca de Safira traducida como “expiró” (Hechos 5:10) es completamente diferente de las empleadas acerca de la muerte de nuestro Señor.

Los comentarios de Brentano sobre este versículo son especialmente valiosos.

V. 47: *[Este hombre era justo]*. No está claro que estas palabras conlleven exactamente el sentido literal de la expresión griega. Alford la traduciría: “Verdaderamente este hombre era inocente”.

V. 48: *[Viendo lo que había acontecido]*. Esta expresión parece referirse a las tinieblas y al terremoto que siguieron inmediatamente a la muerte de nuestro Señor. Estas señales inspiraron temor reverente en las mentes del gentío que observaba, que se había burlado de nuestro Señor unas horas antes. No hubo chanzas o burlas después de esto.

Poole afirma que no hay prueba de que “el pueblo” participara de las

burlas de nuestro Señor en la Cruz, sino que fueron solo los escribas y los sacerdotes. Pero la expresión de S. Mateo y de S. Marcos acerca de los que pasaban injuriándole junto a los sacerdotes parece poner en duda esta teoría.

V. 49: *[Las mujeres]*. Al parecer, estas eran mujeres diferentes de aquellas a quienes había hablado nuestro Señor cuando llevaba la Cruz. Estas procedían de Galilea; aquellas eran "hijas de Jerusalén".

Lucas 23:50–56

Vemos en estos versículos *que Cristo tiene algunos discípulos que son poco conocidos*. Se nos habla de un tal José, "varón bueno y justo", un hombre "que no había consentido en el acuerdo" de aquellos que condenaron a nuestro Señor, un hombre que "también esperaba el reino de Dios". Este hombre se presentó valientemente ante Pilato tras la crucifixión, "pidió el cuerpo de Jesús. Y quitándolo", bajándolo de la Cruz, "lo puso en un sepulcro".

No sabemos nada de José excepto lo que se nos dice. En ningún lugar de los Hechos o de las Epístolas encontramos mención alguna de su nombre. En ningún período anterior del ministerio de nuestro Señor aparece. Sus razones para no unirse abiertamente a los discípulos anteriormente no podemos explicarlas. Pero aquí, en la hora décimo primera, este hombre no teme mostrarse como uno de los amigos de nuestro Señor. En el mismo momento en que los Apóstoles abandonan a Jesús, José no se avergüenza de mostrarle su amor y respeto. Otros le habían confesado mientras estaba vivo y obraba milagros. Fue reservado para José el confesarle cuando estaba muerto.

La historia de José está llena de instrucción y ánimo. Nos muestra que Cristo tiene amigos de quienes la Iglesia sabe muy poco o nada, amigos que hacen menos declaraciones que otros, pero que en amor verdadero y afecto no se quedan atrás. Nos muestra, sobre todo, que los acontecimientos pueden hacer que veamos gracia en sectores donde en el presente no la esperamos, y que puede demostrarse que la causa de Cristo tendrá muchos que la apoyen de cuya existencia no somos conscientes en el presente. Son aquellos a quienes David llama: "tus protegidos" y Salomón los compara con un "lirio entre los espinos" (Salmo 83:3; Cantares 2:2).

Aprendamos del caso de José de Arimatea a ser caritativos y optimistas en nuestros juicios. No todo es estéril en este mundo cuando nuestros ojos quizá no ven nada. Puede que haya algunas chispas de luz latentes cuando todo parece oscuridad. Puede que existan pequeñas plantas de vida espiritual en algunas remotas

congregaciones católicas romanas, griegas o armenias que el Padre mismo ha plantado. Puede que haya granos de fe verdadera escondidos en alguna parroquia inglesa rechazada que han sido colocados allí por Dios. Había 7000 verdaderos adoradores en Israel de quienes Elías no sabía nada. El día del juicio revelará a hombres que parecían ser los últimos y los colocará entre los primeros (cf. 2 Reyes 19:18).

Vemos en estos versículos, en segundo lugar, *la realidad de la muerte de Cristo*. Este es un hecho indiscutible por las circunstancias relatadas acerca de su entierro. Aquellos que tomaron su cuerpo de la Cruz y lo envolvieron en una sábana no pudieron ser engañados. Sus propios sentidos fueron testigos del hecho de que Aquel a quien llevaban era un cadáver. Sus propias manos y sus ojos sin duda les mostraron que Aquel que yacía en el sepulcro de José no estaba vivo, sino muerto.

La importancia del hecho que tenemos delante es mucho mayor de lo que supone un lector superficial. Si Cristo no hubiera muerto verdaderamente, se acabaría con todo el consuelo del Evangelio. Nada que no fuera su muerte podría haber pagado la deuda contraída por el hombre con Dios. Su encarnación, sus sermones, sus parábolas, sus milagros y la obediencia sin pecado a la Ley no habrían servido para nada si Él no hubiera muerto. El castigo con que se amenazó al primer Adán era la muerte eterna en el Infierno. Si el segundo Adán no hubiera muerto real y verdaderamente en nuestro lugar, además de habernos enseñado la Verdad, el castigo original habría continuado con toda su fuerza contra Adán y todos sus hijos. Fue la sangre de la vida de Cristo la que salvó nuestras almas.

Bendigamos a Dios eternamente porque la muerte de nuestro gran Redentor es un hecho fuera de toda disputa. El centurión que estaba al pie de la Cruz, los amigos que sacaron los clavos y llevaron su cuerpo al sepulcro, las mujeres que permanecieron allí y lo contemplaron, los sacerdotes que sellaron el sepulcro, los soldados que guardaban el sepulcro; todos, todos son testigos de que Jesús estaba realmente muerto. El gran sacrificio había sido ofrecido verdaderamente. Al Cordero le había sido quitada la vida realmente. El castigo que merecía el pecado había sido ejecutado verdaderamente por nuestro divino Sustituto. Los pecadores que creen en Jesús pueden tener esperanza y no temer. En sí son culpables; pero Cristo ha muerto por los impíos y su deuda ha sido completamente pagada.

Vemos en estos versículos, por último, *el respeto de los discípulos de Cristo al cuarto mandamiento*. Se nos dice que las mujeres que habían preparado especias aromáticas y ungüentos para ungir el cuerpo de nuestro Señor “descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento”.

Este pequeño hecho es un fuerte argumento indirecto en respuesta a aquellos que nos dicen que Cristo abolió el cuarto mandamiento. Ni

aquí ni en ningún otro lugar encontramos algo que lleve a semejante conclusión. Vemos que nuestro Señor denuncia frecuentemente las tradiciones humanas de los judíos acerca de la observancia del día de reposo. Vemos que purifica este bendito día de opiniones supersticiosas y contrarias a la Escritura. Vemos que afirma con fuerza que hacer obras necesarias y obras de misericordia no era quebrantar el cuarto mandamiento. Pero en ningún lugar vemos que enseñe que no hubiera que guardar el día de reposo. Y aquí, en el versículo que tenemos delante, vemos a sus discípulos tan escrupulosos como cualquiera acerca de la obligación de guardar el día de reposo. Sin duda, nunca les enseñó su Maestro que el cuarto mandamiento no fuera vinculante para los cristianos.

Aferrémonos firmemente a la vieja doctrina de que el día de reposo no es una institución meramente judía, sino un día instituido para el hombre desde el principio y que debía ser guardado por los cristianos tanto como por los judíos. Sin duda, nuestro Señor enseñó a los Apóstoles a cambiar el último día de la semana por el primero, aunque afortunadamente evitó proclamar públicamente el cambio con el fin de no ofender a Israel. Sobre todo, consideremos el día de reposo como una institución de primordial importancia para el alma del hombre, y contendamos sinceramente por su preservación entre nosotros en toda su integridad. Es bueno para el cuerpo, la mente y el alma. Es bueno para la nación que lo observa y para la iglesia que lo honra. Pocos pasos separan el rechazar el día de reposo de rechazar a Dios. El hombre que convierte el día de reposo en un día para los negocios y el placer es enemigo de los mejores intereses de su prójimo. Aquel que piensa que el creyente debe ser tan espiritual como para no necesitar apartar un día a la semana, conoce poco del corazón humano o de lo que requiere nuestra situación en un mundo lleno de trampas y malvado.

Notas Lucas 23:50–56

V. 50: *[José […], miembro del concilio]*. El significado de esto probablemente sea que José pertenecía al gran concilio o sanedrín de la nación judía. El comienzo del siguiente versículo parece demostrar que estaba presente cuando se decidió prender a Jesús y conducirle a la muerte, y votó contra la decisión de la mayoría o protestó.

V. 51: *[Esperaba el reino de Dios]*. Esta expresión nos recuerda lo que se dice de Simeón y Ana. José esperaba que fuera establecido el Reino espiritual del Mesías y creía que Jesús era el Mesías.

V. 52: *[Pidió el cuerpo]*. Merece la pena considerar esta expresión. Muestra que José creía que nuestro Señor estaba muerto. También nos dice

claramente S. Marcos (15:44) que Pilato solo concedió la petición de José tras asegurarse por medio del centurión de que Jesús estaba muerto.

V. 53: *[Y quitándolo, lo envolvió en una sábana]*. Esta expresión merece también nuestra consideración. Es absurdo suponer que se podrían haber sacado los clavos de las manos y los pies de nuestro Señor y haberse preparado el cuerpo para el entierro envolviéndolo en sábanas sin que se hubieran percibido ciertas señales de vida, si es que quedaba vida en Él. Para ver la inmensidad del milagro de la resurrección de Cristo es esencial estar plenamente persuadidos de que Cristo murió verdaderamente.

[Un sepulcro abierto en una peña]. Estos sepulcros eran excavados generalmente en el lateral de una roca, y no eran sepulcros hundidos perpendicularmente en el suelo. Los cuadros típicos de la resurrección de Cristo nos proporcionan una idea incorrecta de su sepulcro.

Tengamos en cuenta el hecho de que el sepulcro había sido excavado en una *roca*. Demuestra que no pudo haber un robo clandestino del cuerpo por un pasaje subterráneo excavado bajo tierra.

[En el cual aún no se había puesto a nadie]. Esta circunstancia es mencionada especialmente con el fin de mostrar que el cuerpo que estaba en el sepulcro no era ningún otro que el de nuestro Señor, y que la persona que resucitó era Jesucristo y nadie más.

V. 54: *[La preparación]*. El día en que fue crucificado nuestro Señor fue el día antes del sábado de la pascua, una ocasión de especial solemnidad. Dice Gill: “Fue la preparación tanto para el día de reposo como para la *Chagigah* [fiesta de los panes sin levadura. N.T.], que guardaban el día 15 del mes con gran pompa”.

[Estaba para comenzar el día de reposo]. Esta expresión es notable y requiere una explicación. El significado literal del griego sería: “Estaba amaneciendo el día de reposo”. Pero ahora sabemos que el día de reposo judío comenzaba con la puesta de sol al atardecer. ¿Cómo entonces podemos explicar las palabras de S. Lucas: “Estaba para comenzar el día de reposo”?

Dice Gill: “Se dice esto, aunque era por la tarde, debido a las luces que se encendían en cada casa en aquel momento”.

Dice Lightfoot: “Las velas sabáticas que en honor al día reposo se estaban encendiendo”. Él también nos da una cita de un autor rabínico que dice: “Con la luz del día catorce buscaban la levadura a la luz de una vela”.

Dice Poole que algunos refieren la expresión a la estrella de la tarde que comenzaba a aparecer. Cocceius piensa que tiene que referirse a la mañana siguiente.

Dice Campbell: “En todas las demás naciones se acostumbraba a considerar que la mañana era la primera parte del día y la tarde la segunda. Lucas, que según Eusebio había vivido mucho entre los gentiles y aquellos que empleaban esta forma de hablar, adquiriría sin darse cuenta el hábito de usarlo”.

Alford considera que S. Lucas empleó “una palabra natural para el comienzo del día convencional con el crepúsculo”.

Yo creo que esta última explicación es la correcta. Nosotros mismos empleamos diversas expresiones como la “salida” y la “puesta” del sol, que

no son estrictamente exactas ni científicamente correctas. Pero son las únicas expresiones que la mayoría entiende. Si Lucas hubiera dicho: “comenzaba su avance en medio de oscuridad o tinieblas el día de reposo”, ningún gentil le habría comprendido.

V. 55: *[Las mujeres]*. Este versículo pretende mostrarnos que los amigos de nuestro Señor, que no podían equivocarse en cuanto a su identidad, fueron testigos del hecho de su entierro y realmente vieron su cuerpo puesto en el sepulcro. Vieron los lienzos en los que fue envuelto y pudieron, por tanto, dar testimonio dos días después de que aquellos mismos lienzos habían sido encontrados colocados en el sepulcro vacío.

V. 56: *[Prepararon especias aromáticas]*. Esto muestra que las mujeres estaban plenamente convencidas de que nuestro Señor había muerto, y no esperaban que resucitara.

[Descansaron el día de reposo [...]. Burgon comenta: “Estas mujeres piadosas, impacientes como estaban de realizar sus últimos actos demostrativos de su amor a su Señor, no obstante, no transgredieron el mandamiento. ¡Cuán bendito fue el resultado! ¡De qué poca bendición hubiera sido que se hubieran entregado impacientemente a sus propios instintos! Si se hubieran presentado antes en el sepulcro, habrían sido afligidas por la presencia de los soldados romanos o molestadas por su brusquedad, y probablemente no habrían podido llevar a cabo su propósito. Por esperar hasta que pasara el día de reposo, se encontraron a la guardia dispersa y a su Señor ya resucitado. Encontraron vivos aquellos restos sobre los que habían acudido a llorar y que deseaban ungir en su muerte”.

Lucas 24:1–12

La resurrección de Cristo es uno de los grandes fundamentos de la religión cristiana. En importancia práctica ocupa el segundo lugar tras la crucifixión. El capítulo que acabamos de empezar dirige nuestra mente a la evidencia de la resurrección. Contiene pruebas incuestionables de que Jesús no solo murió, sino que también resucitó.

Vemos en los versículos que tenemos delante *la realidad de la resurrección de Cristo*. Leemos que, “el primer día de la semana”, ciertas mujeres fueron al sepulcro donde había sido puesto el cuerpo de Jesús para ungirle. Pero, cuando llegaron al lugar, “hallaron removida la piedra del sepulcro; y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús”.

Este sencillo hecho es el punto de partida de la historia de la resurrección de Cristo. El viernes por la mañana, su cuerpo estaba sin duda en el sepulcro. El domingo por la mañana su cuerpo había

desaparecido. ¿Qué manos se lo habían llevado? ¿Quién lo había tomado? ¡Ciertamente ni los sacerdotes ni los escribas u otros enemigos de Cristo! Si hubieran tenido el cuerpo de Cristo para enseñarlo y demostrar que no había resucitado, con gusto lo habrían hecho. ¡Tampoco los Apóstoles ni otros discípulos de nuestro Señor! Estaban demasiado asustados y desalentados como para intentar algo así, y más cuando no tenían nada que ganar con ello. Una explicación, y solo una, se adapta a la circunstancia del caso. Esa explicación es la aportada por los ángeles en el versículo que tenemos delante. Cristo había resucitado del sepulcro. Buscarle allí era buscar "entre los muertos al que vive". Había resucitado, y pronto sería visto vivo y conversando en el cuerpo por muchos testigos fiables.

El hecho de la resurrección de nuestro Señor descansa en evidencias que ningún infiel puede explicar. Es confirmado por testimonios de todas clases, formas y género. No hay quien pueda echar por tierra la clara historia, lisa y llana, que relatan los autores del Evangelio. Cuanto más se examina su relato, más inexplicable parece el suceso a menos que lo aceptemos como cierto. Si escogemos negar la verdad de su relato, podemos negar cualquier cosa en el mundo. No es más cierto que viviera Julio César que la resurrección de Cristo.

Aferrémonos con firmeza a la resurrección de Cristo como uno de los pilares del Evangelio. Debe llevar nuestras mentes a una clara convicción de la verdad del cristianismo. Nuestra fe no depende meramente de una colección de textos y de doctrinas. Se fundamenta en un tremendo hecho que el escéptico nunca ha podido revocar. Nos da la certeza de la resurrección de nuestros cuerpos después de la muerte. Si nuestro Maestro ha resucitado del sepulcro, sabemos que sin duda sus discípulos resucitarán en el día final. Sobre todo, llena nuestros corazones de un sentimiento de gozo por la plenitud de la salvación del Evangelio. ¿Quién nos condenará? Nuestro gran Fiador no solo ha muerto por nosotros, sino que ha resucitado (Romanos 8:34). Fue a prisión por nosotros y salió triunfante tras expiar nuestros pecados. El precio pagado por nosotros fue aceptado. El pago de la deuda se llevó a cabo perfectamente. No nos sorprende que S. Pedro exclamara: "Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos" (1 Pedro 1:3).

Vemos en estos versículos que tenemos delante, en segundo lugar, *lo mala que era la memoria de los discípulos en cuanto a algunas de las palabras de nuestro Señor*. Se nos dice que los ángeles que se aparecieron a las mujeres les recordaron las palabras de su Maestro en Galilea, anunciando su propia crucifixión y resurrección. Y después leemos que "ellas se acordaron de sus palabras". Las habían oído, pero no las habían asimilado. Ahora, después de muchos días, las recordaron.

Este embotamiento de la memoria es una enfermedad espiritual

común entre los creyentes. Se da tan ampliamente ahora como en los días de los primeros discípulos. Es una de las muchas pruebas de nuestra naturaleza caída y corrupta. Aun después de que los hombres hayan sido renovados por el Espíritu Santo, su disposición a olvidar las promesas y los preceptos del Evangelio les mete continuamente en problemas. Oyen muchas cosas que deberían almacenar en sus corazones, pero parecen olvidarlas tan pronto como las oyen. ¡Y después, quizá tras muchos días, la aflicción se las trae a la memoria e inmediatamente cruza por sus mentes lo que escucharon hace largo tiempo! Descubren que oyeron, pero fue en vano.

Lo que verdaderamente cura una mala memoria religiosa es un amor mas profundo a Cristo y tener las emociones más centradas en las cosas de arriba. No olvidamos fácilmente las cosas que amamos ni los objetos que tenemos continuamente ante nuestros ojos. Los nombres de nuestros padres e hijos siempre los recordamos. El rostro de nuestro marido o de nuestra esposa a quien amamos está grabado en nuestros corazones. Cuanto más entreguemos nuestras emociones al servicio a Cristo, más fácilmente recordaremos las palabras de Cristo. Valoremos cuidadosamente las palabras del apóstol: “Es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos” (Hebreos 2:1).

Vemos, por último, *lo lentos para creer que fueron los primeros discípulos en cuanto al asunto de la resurrección de Cristo*. Leemos que, cuando las mujeres regresaron del sepulcro y contaron a los once Apóstoles las cosas que habían oído decir a los ángeles, “a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían”. A pesar de las claras declaraciones de labios de su Maestro mismo acerca de que resucitaría al tercer día, a pesar de los testimonios diferentes de cinco o seis testigos fiables en cuanto a que el sepulcro estaba vacío y los ángeles les habían dicho que Él había resucitado, a pesar de la imposibilidad manifiesta de otorgar al sepulcro vacío cualquier otra explicación diferente de la de una resurrección milagrosa, a pesar de todo esto, ¡estos once infieles no creían!

Quizá nos maraville su incredulidad. Sin duda parece a primera vista carente de sentido, irrazonable, irritante e inexplicable. ¿Pero no haríamos bien en mirarnos a nosotros mismos? ¿No vemos en nuestro entorno en las iglesias cristianas una cantidad de incredulidad mucho más irrazonable y censurable que la de los Apóstoles? ¿No vemos, tras dieciocho siglos de pruebas adicionales de que Cristo resucitó de la muerte, una pérdida generalizada de fe que es verdaderamente deplorable? ¿No vemos a miles de personas que profesan ser cristianas y que no parecen creer que Jesús resucitó y que volverá para juzgar al mundo? Son preguntas que duelen. La fe fuerte es algo verdaderamente extraño. No nos sorprende que nuestro Señor dijera: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:8).

Por último, admiremos la sabiduría de Dios, que puede extraer un gran bien de un aparente mal. La incredulidad de los Apóstoles es una de las más fuertes evidencias indirectas de que Jesús resucitó de la muerte. Si los discípulos fueron al principio tan remisos a creer la resurrección de nuestro Señor y al final demostraron estar tan plenamente persuadidos de su verdad que la predicaron por todas partes, Cristo ciertamente tuvo que haber resucitado. Los primeros predicadores fueron hombres que estaban convencidos, a pesar de sí mismos y a pesar de una resistencia decidida y obstinada, a creer. Si los Apóstoles finalmente creyeron, es que la resurrección es cierta.

Notas Lucas 24:1–12

V. 1: *[El primer día de la semana [...]*. Recuérdese que este día equivale a nuestro domingo. El día de reposo judío era nuestro sábado.

[Muy de mañana]. Adviértase que esta visita temprana al sepulcro es una clara prueba del amor y afecto de aquellas santas mujeres. Para que las mujeres fueran a un lugar de sepultura cerca de una ciudad poblada antes de que saliera el sol, se requerían fe y valor.

[Las especias]. Juan nos dice que José y Nicodemo ya habían empleado "un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras" (Juan 19:39). Pero es probable que, por falta de tiempo, estas especias fueran utilizadas con prisas y de modo imperfecto. Algunos comentaristas dicen que el proceso de embalsamamiento y de aplicación de especias a los cuerpos muertos se repetía normalmente durante varios días, con el fin de que los compuestos aromáticos y antisépticos produjeran todo su efecto.

V. 2: *[Hallaron removida la piedra]*. Esta, según S. Mateo (28:1), había sido la primera gran señal de la resurrección. A la vista de los ángeles que rodaron la piedra, la guardia romana primero se espantó y después huyó. Después de esto llegaron las mujeres y encontraron el sepulcro vacío.

V. 3: *[El Señor Jesús]*. El obispo Browning comenta que esta es la primera vez en el Nuevo Testamento que nuestro Salvador es llamado así. El Señor, Cristo y Jesús son nombres que había recibido frecuentemente. Aquí, tras su resurrección como vencedor, S. Lucas le llama "el Señor Jesús".

V. 4: *[Perplejas]*. No podían explicar los hechos que tenían delante: el sepulcro vacío, los lienzos puestos allí solos, el cuerpo desaparecido.

[Dos varones]. Tanto aquí como en otro lugar (Hechos 1:18) debemos, por supuesto, comprender que eran ángeles con apariencia de hombres. La frecuencia con que Lucas menciona a los ángeles es una característica especial de su Evangelio. A Zacarías se le apareció un ángel, a la virgen María se le apareció un ángel, a los pastores se les aparecieron ángeles cuando nació nuestro Señor, y todo ello se menciona solamente en S. Lucas.

V. 5: *[Al que vive]*. No está claro si la expresión griega aquí no debería haber sido traducida más literalmente como “al Vivo”, lagran fuente de vida, la vida del mundo.

V. 6: *[En Galilea]*. Esta expresión muestra, como otras muchas similares, que la mayor parte de los discursos y sermones de nuestro Señor tuvieron lugar en Galilea.

Algunos se han permitido especulaciones infructuosas sobre este versículo, como sobre el recuerdo de las cosas habladas en Galilea que mostraron los ángeles. Conformémonos con recordar que estos ángeles estaban ejecutando una comisión y entregando un mensaje confiado a ellos por Dios. No hay base para afirmar que los ángeles conocen todo lo hablado al pueblo de Dios y pueden repetirlo posteriormente.

V. 7: *[Es necesario que [...] sea entregado]*. Las palabras griegas significan aquí que es necesario para el cumplimiento de las profecías y tipos, necesario para la redención de los pecadores.

V. 8: *[Ellos se acordaron]*. Ford cita un buen comentario de Cecil sobre esta expresión: “No consideramos suficientemente que necesitamos mucha más memoria que información”.

V. 9: *[Dieron nuevas de todas estas cosas]*. Agustín comenta que estas mujeres fueron “las primeras predicadoras de la resurrección de Cristo”.

[A todos los demás]. No sabemos quiénes eran estos. Es evidente que nuestro Señor tenía otros discípulos en Jerusalén además de los once. En el día de su ascensión, el número era de ciento veinte.

V. 10: *[Las demás]*. No sabemos quiénes eran. Probablemente, las mismas de las que se dice en un lugar anterior que ministraban a nuestro Señor (cf. Lucas 8:2).

V. 11: *[Locura]*. La palabra griega así traducida solo se encuentra aquí. Según Parkhurst, significa “palabras sin valor, tonterías”.

V. 12: *[Pedro]*. Bien podemos comprender que Pedro estaría con la conciencia especialmente sensible y llena de ansiedad. Ante la posibilidad de que fueran ciertas las noticias, va a verlo por sí mismo.

[Vio los lienzos solos]. Todos los autores que escriben sobre la resurrección de Cristo llaman la atención muy justamente sobre este hecho. Si el cuerpo de nuestro Señor hubiera sido robado del sepulcro por sus amigos, es muy improbable que aquellos que lo hubieran robado se hubieran preocupado de quitar los lienzos y colocarlos de una manera apropiada.

[Se fue a casa maravillándose]. Cf. Juan 10:10.

Lucas 24:13–35

La historia contenida en estos versículos no se encuentra en ningún otro Evangelio a excepción del de S. Lucas. De las once apariciones de Cristo tras su resurrección, quizá ninguna sea tan interesante como la descrita en este pasaje.

Señalemos en estos versículos *el ánimo a los creyentes para que hablen unos con otros acerca de Cristo*. Se nos dice que dos discípulos caminaban juntos a Emaús y hablaban de la crucifixión de su Maestro. Y después vienen las importantes palabras: “Mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos”.

Conversar sobre cuestiones espirituales es un importantísimo medio de gracia. Como el hierro aguza al hierro, así el intercambio de pensamientos con los hermanos aguza el alma del creyente. Trae una bendición especial a todos los que lo practican. Las llamativas palabras de Malaquías eran para la Iglesia de todos los tiempos: “Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe” (Malaquías 3:16–17).

¿Qué sabemos nosotros de la conversación espiritual con otros cristianos? Quizá leamos nuestras Biblias, oremos en privado y participemos de los medios públicos de gracia. Todo eso está bien, muy bien. Pero, si nos limitamos a eso, rechazamos un gran privilegio y seguimos teniendo mucho que aprender. Debemos considerarnos “unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras”. Debemos consolarnos y edificarnos unos a otros (cf. Hebreos 10:24; 1 Tesalonicenses 5:11). ¿No tenemos tiempo para la conversación espiritual? Reflexionemos. La cantidad de tiempo perdido en conversaciones frívolas, insignificantes y de poco provecho es terriblemente grande. ¿No sabemos qué decir en cuanto a asuntos espirituales? ¿Nos sentimos mudos y sordos respecto a las cosas de Cristo? Sin duda, si este es el caso, algo marcha mal. Un corazón recto a los ojos de Dios, por lo general, encontrará palabras: “De la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34).

Aprendamos una lección de los dos que viajaban a Emaús. Hablemos de Jesús cuando estamos sentados en nuestras casas y cuando caminamos por el camino, siempre que encontremos a un discípulo con quien hablar (Deuteronomio 6:7). Si creemos que viajamos al Cielo donde Cristo será el objeto central de todo pensamiento, comencemos a aprender las maneras del Cielo mientras seguimos en la Tierra. Haciéndolo, tendremos a menudo con nosotros a Uno a quien nuestros ojos no pueden ver, pero que hará que nuestros corazones ardan en nosotros bendiciendo la conversación.

Señalemos en estos versículos, en segundo lugar, *lo débil e imperfecto que era el conocimiento de algunos de los discípulos de nuestro Señor*. Se nos dice que los dos discípulos confesaron francamente que sus esperanzas se habían frustrado con la crucifixión de Cristo: “Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel”. Parece que la redención que ellos esperaban era una redención transitoria de los judíos por parte de un conquistador. Una redención espiritual por medio de una muerte expiatoria era una idea que sus mentes no podían comprender plenamente.

Esta ignorancia, a primera vista, es ciertamente asombrosa. No nos sorprende la dura reprensión que salió de labios de nuestro Señor: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!”. Pero una ignorancia como esta es profundamente instructiva. Nos muestra los pocos motivos que tenemos para sorprendernos de las tinieblas espirituales que oscurecen las mentes de los cristianos descuidados. Miles que nos rodean son exactamente tan ignorantes del significado de los sufrimientos de Cristo como aquellos que viajaban a Emaús. Mientras el mundo permanezca, la Cruz parecerá una locura al hombre natural.

Bendigamos a Dios porque puede haber verdadera gracia escondida bajo gran ignorancia intelectual. Un conocimiento claro y preciso es algo muy útil, pero no es absolutamente necesario para la salvación, y se puede poseer sin gracia. Lo principal es un profundo sentido de pecado, una voluntad humilde de ser salvo a la manera de Dios, una disposición educable a abandonar nuestros propios prejuicios cuando se muestra un camino más excelente. Estas cosas las poseían los dos discípulos y, por tanto, nuestro Señor caminó con ellos y los guió a toda la verdad.

Señalemos en estos versículos, por último, *lo lleno de Cristo que está el Antiguo Testamento*. Leemos que nuestro Señor “comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”.

¿Cómo explicar estas palabras? ¿De qué forma les mostró nuestro Señor “lo que de él decían” todas las partes del Antiguo Testamento? La respuesta a estas cuestiones es breve y sencilla. Cristo era la sustancia de todo sacrificio del Antiguo Testamento ordenado en la Ley de Moisés. Cristo era el verdadero Libertador y Rey de quien todos los jueces y libertadores de la historia judía eran tipos. Cristo era el Profeta mayor que Moisés, cuya gloriosa venida llenaba las páginas de los profetas. Cristo era la verdadera simiente de la mujer, que heriría la cabeza de la serpiente, la verdadera simiente en quien serían benditas todas las naciones, el verdadero Silo en el que se reunirían los pueblos, el verdadero macho cabrío escapado al desierto, la verdadera serpiente de bronce, el verdadero Cordero al que señalaban las ofrendas diarias, el verdadero Sumo Sacerdote prefigurado por cada descendiente de Aarón. Sin duda, estas cosas, u otras parecidas,

fueron algunas de las que expuso nuestro Señor en el camino a Emaús.

Establezcamos en nuestras mentes el principio de que, cuando leemos la Biblia, Cristo es la luz central de todo el libro. En la medida en que le tengamos en cuenta, nunca nos equivocaremos grandemente en nuestra búsqueda de conocimiento espiritual. Una vez que perdemos de vista a Cristo, toda la Biblia nos parecerá enigmática y llena de dificultad. La clave del conocimiento bíblico es Jesucristo.

Señalemos en estos versículos, por último, *lo mucho que le agrada a Cristo que su pueblo le suplique*. Se nos dice que, cuando los discípulos se acercaban a Emaús, nuestro Señor "hizo como que iba más lejos". Deseaba ver si estaban cansados de su conversación. Pero no era así. "Ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos".

Casos como este no son poco comunes en la Escritura. Nuestro Señor ve que es bueno para nosotros demostrar nuestro amor reteniendo sus misericordias hasta que las pedimos. No siempre nos obliga a recibir dones que no buscamos o solicitamos. Le encanta cumplir nuestros deseos y forzarnos a ejercer nuestra espiritualidad, esperando nuestras oraciones. Así trató a Jacob en Peniel. "Déjame —le dijo—, porque raya el alba". Y entonces llegó la noble declaración de labios de Jacob: "No te dejaré, si no me bendices" (Génesis 32:26). La historia de la madre cananea, la historia de la sanidad de los dos ciegos en Jericó, la historia del principal de Capernaum, las parábolas del juez injusto y del amigo que aparece a medianoche, todas enseñan la misma lección. Todas muestran que a nuestro Señor le agrada que se le suplique y le gusta que se le importune.

Actuemos sobre la base de este principio en todas nuestras oraciones. Pidamos mucho y pidamos con frecuencia, no perdiendo nada por no pedir. No seamos como el rey judío que golpeó tres veces en tierra y se detuvo (cf. 2 Reyes 13:18). Más bien recordemos las palabras del Salmo de David: "Abre tu boca, y yo la llenaré" (Salmo 81:10). Es el hombre que pone una santa presión sobre Cristo en oración quien goza mucho de la presencia manifiesta de Cristo.

Notas Lucas 24:13–35

V. 13: *[Dos de ellos]*. No se nos dice quiénes eran aquellos dos discípulos excepto que uno de ellos se llamaba Cleofas. Se han hecho diversas conjeturas respecto al otro. Epifanio supone que era Natanael. Orígenes le llama Simeón. Ambrosio le llama Amaón. Teofilacto indica que era Lucas mismo. Todo esto son suposiciones. No sabemos nada cierto acerca de ello a excepción de esto: que no pudo ser uno de los Apóstoles. Se nos dice claramente que, cuando estos dos discípulos volvieron a Jerusalén, "hallaron

a los once reunidos". Téngase en cuenta este punto.

Dice Lightfoot: "A mí me parece indudable que uno de los discípulos que iban a Emaús era Pedro, quien al escuchar a las mujeres diciendo que el Señor había resucitado y habiéndole llegado el mensaje de que iba a Galilea, tomó a Cleofas y se puso en camino hacia Galilea". Esta opinión parece muy improbable.

[Iban el mismo día]. Henry dice respecto a esta expresión: "Yo sospecho que iban de viaje a casa a Galilea con intención de no investigar más acerca de Jesús; que lo que pensaban era retirarse y apartarse del grupo sin despedirse". Esta es, sin duda, una ingeniosa conjetura. Pero no veo nada que la apoye.

V. 16: *[No le conociesen]*. Notemos aquí que S. Marcos menciona que "apareció en otra forma" (Marcos 16:12). Esta circunstancia explica que no le reconocieran. Al mismo tiempo, está claro que, de alguna milagrosa manera, los ojos de los discípulos fueron limitados, impidiéndoseles ver correctamente (cf. 2 Reyes 6:17–20).

V. 17: *[Les dijo]*. Bengel comenta aquí que "forma parte de la sabiduría pasar con facilidad a una conversación provechosa".

[Qué pláticas son estas que tenéis]. La traducción literal de las palabras griegas debería ser: "¿Qué palabras son estas que os decís uno contra otro o que andáis replicando?".

Adviértase el paralelismo entre José y nuestro Señor Jesucristo en esta parte de su historia. La conducta de José al no revelarse a sus hermanos y probarlos por medio del aplazamiento fue un tipo del trato de nuestro Señor con estos dos discípulos antes de manifestarse a ellos. Probablemente, toda la historia de José sea más tipológica de lo que suponemos.

V. 18: *[¿Eres tú el único forastero [...]?]*. Las palabras griegas así traducidas son de alguna manera especiales. Alford las traduce así: "¿Has sido el único hospedado en Jerusalén?". Major las traduce: "¿Has sido el único individuo que ha residido en Jerusalén y no sabe ...?", queriendo decir: "Sin duda no puede haber nadie más, ni extranjero ni residente, que no haya oído hablar de lo que ha pasado".

Todo el versículo es una evidencia importante de la publicidad y notoriedad de la crucifixión de nuestro Señor Jesucristo.

V. 19: *[¿Qué cosas? [...]?]*. Nuestro Señor, tanto aquí como posteriormente, sonsaca a sus discípulos sus opiniones, sentimientos y deseos. Planteando una pregunta, provoca una declaración de sus ideas exactas acerca de sí mismo.

[Varón profeta]. En esta descripción sobresale la extrema confusión en la comprensión, por parte de los discípulos, de la divinidad y el sacrificio expiatorio de nuestro Señor.

[Delante de Dios y de todo el pueblo]. Esto significa: "Por el testimonio tanto de Dios como de la nación judía". Leemos en otro lugar que Dios dio testimonio de Él mediante "prodigios y señales" (Hechos 2:22). La gente

también “daba testimonio” (Juan 12:17).

V. 21: *[Él era el que había de redimir]*. La clase exacta de redención esperada por los discípulos se nos deja a la imaginación. Pero está claro que, como la mayoría de los judíos, esperaban mucho más un redentor terrenal que espiritual. Buscaban una redención como la de sus antepasados que salieron de Egipto. De ahí su tremenda perplejidad y asombro cuando Aquel que pensaban que demostraría ser el Redentor fue crucificado.

[Hoy es ya el tercer día]. Ciertamente parece que Cleofas hace referencia a algo que iba a suceder “el tercer día” según la promesa. Habla como alguien con un recuerdo velado de las palabras de nuestro Señor acerca de resucitar al tercer día, pero que nunca había comprendido su significado.

Lightfoot comenta en cuanto a esto la idea del tercer día que tenían los rabinos y supone que, en las palabras de Cleofas, se puede ver la idea judía acerca del tercer día así como una referencia a las predicciones de nuestro Señor. Señala la frecuencia con la que aparecen referencias al tercer día en el Antiguo Testamento (cf. Génesis 22:4; Oseas 6:2; Génesis 42:18; Josué 2:16; Éxodo 19:16; Jonás 1:17; Esdras 8:15; Ester 5:1).

V. 24: *[Algunos de los nuestros]*. S. Lucas solo nos ha hablado de la visita al sepulcro de Pedro. Por S. Juan sabemos que Juan le acompañó.

V. 25: *[Insensatos]*. La palabra griega así traducida no es la misma que se traduce “necio” en el Sermón del Monte (Mateo 5:22). Aquí solo significa: “Faltos de entendimiento, comprensión y consideración”, y no implica desprecio alguno.

[Tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho]. Fijémonos detenidamente en esta expresión. Los discípulos creían *muchas* cosas que los profetas habían hablado. Pero no lo creían *todo*. Creían las predicciones acerca de la gloria del Mesías, pero no los sufrimientos del Mesías. Los cristianos de los tiempos modernos suelen equivocarse de manera similar, aunque en el sentido totalmente opuesto. Creen *todo* lo que dicen los profetas acerca de los sufrimientos de Cristo, pero *no todo* lo que dicen acerca de la Segunda Venida de Cristo en gloria.

V. 26: *[¿No es necesario […]?]*. Esto significa: “¿No era adecuado, apropiado y necesario …”, “no convenía”, para el cumplimiento de las profecías y de la tipología, que Cristo sufriera? Es la misma palabra griega traducida por “fue necesario” en el versículo 46.

[Padeciera […] entrara en su gloria]. Aquí, nuestro Señor establece firmemente toda la verdad respecto al Mesías esperado. Era alguien que debía sufrir primero y reinar después, ser cortado primero y tener un Reino después, ser llevado como cordero al matadero primero y dividir el botín después como vencedor.

V. 27: *[Comenzando desde Moisés]*. Muchos comentaristas dicen en cuanto a este versículo que habría sido una bendición para la Iglesia poseer la exposición de nuestro Señor aquí. Por sabias razones no nos ha sido revelada. Varios han tratado de conjeturar la sustancia general de esta exposición, y especialmente Gerhard, Bullinger y Stella. Pero es probable que

tengamos, en el mejor de los casos, ideas muy inadecuadas de la plenitud de la exposición de nuestro Señor. A juzgar por el uso que hizo de la Escritura durante su ministerio, probablemente vio muchas cosas "que de él decían" que los modernos comentaristas no descubren del todo.

Alford comenta: "Observemos el testimonio que nos da este versículo de la autoridad divina y la interpretación cristiana de las Escrituras del Antiguo Testamento. Negar que hay referencias a la muerte y a la gloria de Cristo en el Antiguo Testamento es negar la propia enseñanza de Cristo".

V. 28: *[Él hizo como que iba más lejos]*. Se han hecho muchos comentarios muy poco provechosos sobre esta expresión. Algunos han llegado a afirmar que justifica la simulación y un cierto grado de engaño en determinadas ocasiones. Esas afirmaciones son demasiado escandalosas y absurdas como para merecer una refutación seria.

Alford comenta: "No implica que nuestro Señor dijera algo que indicara que pensaba seguir adelante, sino simplemente que pasaba de largo". Cita también un pasaje del sermón de Jeremy Taylor sobre la *Sinceridad Cristiana*, que explica esta expresión: "Parecía que nuestro bendito Señor iba a pasar de largo Emaús; pero, aunque no tuviera la intención de hacerlo, no hizo daño a los dos discípulos por cuyo bien aparentó esa posibilidad. Tampoco tergiversó la sinceridad y la verdad, porque eran personas con quienes no había quedado en nada y a quienes no había transmitido obligación alguna. Lógicamente, es propio y natural posibilitar una ocasión al otro para hacer buenas obras y, en caso de tener éxito, entonces no hacer lo que se tenía intención de hacer. Y así la posibilidad era condicional".

He citado este pasaje por un deseo de hacer frente a las posibles objeciones de las conciencias escrupulosas. A mí mismo me parece sorprendente que alguien pueda tropezar en la expresión que tenemos delante o encontrar base para suponer que nuestro Señor pretendía engañar. Nuestro Señor empleó los medios a su disposición y más naturales para estimular los sentimientos de sus discípulos al continuar caminando como si pretendiese seguir adelante. Pero me parece irrazonable ver en esto una intención de engañar, como lo sería ver falta de honradez en su primera pregunta: "¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis?". Él sabía todas las cosas y no tenía necesidad de preguntar. Pero preguntó para hacer pensar a sus discípulos.

V. 29: *[Ellos le obligaron]*. Notemos que tenemos varios ejemplos de expresiones como esta en la Escritura utilizadas en ocasiones similares. Abraham dijo: "Te ruego que no pases de tu siervo" (Génesis 18:3). Gedeón dijo: "Te ruego que no te vayas de aquí hasta que vuelva a ti" (Jueces 6:18). Manoa y su esposa dijeron: "Te ruego nos permitas detenerte" (Jueces 13:15). Todos muestran que a Dios le agrada que su pueblo le suplique y que aquellos que quieren recibir mucho deben pedir mucho y aun violentar santamente.

V. 30: *[Tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio]*. La acción mencionada aquí ha ocasionado muchas diferencias de opinión.

1. Algunos piensan que no hay que otorgar ningún sentido especial a esta expresión, y que significa que Jesús fue reconocido en el momento de partir el pan.

2. Otros piensan que había algo especial en las maneras y la conducta de nuestro Señor al partir el pan que era muy conocido por los discípulos. Lyranus y Stella van aún más lejos hasta decir que partió el pan de una forma milagrosa, como si lo cortara con un cuchillo. Según Schottgen, los maestros judíos solían ser conocidos y reconocidos por sus discípulos debido a sus gestos propios.

3. Otros piensan que todo el pasaje se refiere a la Cena del Señor. Esta opinión es fuertemente defendida por Maldonado y Cornelius à Lapide, los comentaristas católicos, y afirmada también por Wordsworth entre los protestantes ingleses modernos. Los dos autores católicos llegan a afirmar que el pasaje muestra que solo el pan, y no la copa, es apropiado para ser dado a los laicos en la Cena del Señor. Es justo decir que no todos los autores católicos romanos tienen esta opinión respecto a la Cena del Señor. Jansen y Stella la niegan completamente. ¡Barradio y Belarmino admiten que hay la misma probabilidad de que haga referencia a la Cena del Señor como de que no!

Yo tengo pocas dudas de que la expresión se refiere a algún gesto famoso y especial de nuestro Señor en el acto de partir el pan que a todos sus discípulos resultaba familiar. Creo que hasta es posible que haya una referencia a la conducta de nuestro Señor en el milagro de la alimentación de la multitud con unos cuantos panes y peces.

Alford indica que puede que, al partir el pan, fueran vistas las señales de los clavos en las manos de nuestro Señor por primera vez.

Que no podía ser la Cena del Señor me parece claro, personalmente, por las siguientes razones: En primer lugar, era imposible que los dos discípulos pudieran reconocer algo en la forma de partir el pan nuestro Señor que les recordara la Cena del Señor, porque no habían estado presentes en la institución de la misma. Nadie salvo los Apóstoles había estado presente en su institución, y los dos discípulos evidentemente no eran Apóstoles. En segundo lugar, es una mera suposición gratuita decir que era una referencia a la Cena del Señor cuando no encontramos que se empleen palabras de consagración y no se menciona el vino. Hasta los católicos romanos deben admitir que sin consagración y sin la presencia del vino no hay sacramento. Difícilmente se atreverán a decir que los dos discípulos de Emaús eran *laicos*. En tercer lugar, las palabras de nuestro Señor en el momento de la primera institución de la Cena del Señor de que ya no comería del fruto de la vid con sus discípulos hacía altamente improbable que aquí se hiciera referencia al sacramento.

Las citas de los Padres aportadas por los autores católicos romanos en defensa de esta opinión acerca de la Cena del Señor son de lo más pobres e insatisfactorias. En el mejor de los casos solo demuestran, como comenta Jansen, que algunos de los Padres consideraban que lo ocurrido en Emaús fue una figura de la Cena del Señor.

La pura verdad es que, tanto aquí como en otros lugares, la mente carnal del hombre se aferra al más mínimo pretexto para convertir en material y sensual todo lo religioso, y hace lo posible por otorgar un sentido material a cualquier expresión. ¡Todos los textos acerca de la comida, la bebida, la copa y el pan tienen que hacer referencia a la Cena del Señor! ¡Todos los textos acerca de lavamientos, agua, purificación y similares tienen que hacer referencia necesariamente al bautismo! Debemos estar siempre en guardia

contra esas interpretaciones de la Escritura.

Lightfoot comenta: “Es extraño que alguien interprete este partimiento del pan como la santa eucaristía, cuando Cristo mismo decidió desaparecer en el momento de distribuir el pan y así interrumpir la cena. ¿Y dónde se ve que alguno de ellos la probara siquiera? La cena concluyó antes de comenzar”. “Los rabinos dicen que, si tres comen juntos, deben dar gracias”.

V. 31: *[Les fueron abiertos los ojos […] le reconocieron]*. No podemos explicar la manera como tuvo lugar esta repentina revelación de Cristo. Todo lo ocurrido es tan milagroso que solo podemos aceptar las palabras tal como las encontramos, y no debemos perder el tiempo en tratar de definir lo que sobrepasa nuestro entendimiento.

[Desapareció de su vista]. Esta y otras expresiones concernientes al cuerpo resucitado de nuestro Señor muestran claramente que era un cuerpo que, de alguna maravillosa manera, difería del cuerpo común del hombre. Era un verdadero cuerpo material, realmente de carne y sangre. Pero era un cuerpo capaz de desplazarse, aparecer y desaparecer de una forma que no podemos explicar. En justicia podemos suponer que era un modelo de lo que serán nuestros cuerpos tras su resurrección. Serán verdaderos cuerpos, materiales y reales, pero cuerpos con capacidades de las que ahora no sabemos nada.

V. 32: *[¿No ardía nuestro corazón […]?]*. Esta es una fuerte expresión que indica los sentimientos de calor y alegría mientras escuchaban a nuestro Señor exponiendo la Escritura (cf. Salmo 39:4; Jeremías 20:9).

V. 33: *[Hallaron a los once reunidos […]*. Fijémonos en esta expresión. ¿Estaba Tomás con ellos o no? Si estaba, debió de salir inmediatamente después de que entraran los discípulos. De otra manera sería difícil reconciliar los versículos que siguen inmediatamente describiendo la aparición de nuestro Señor con el relato ofrecido por S. Juan de la aparición de Cristo cuando Tomás no estaba presente. Si Tomás no estuvo presente en esta ocasión, ¿cómo podemos explicar que S. Lucas hable de “los once”? Doddridge ofrece la respuesta: “Así como Pablo llama al grupo de los Apóstoles *los doce* (1 Corintios 15:5) —aunque Judas, el décimo segundo, hubiera muerto—, Lucas los llama aquí *los once* aunque Tomás, el décimo primero, estuviera ausente, como parece a la luz de Juan 20:24”.

Añadamos a esto que S. Marcos nos dice claramente también que el Señor “se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa” (Marcos 16:14).

V. 34: *[Ha resucitado el Señor]*. Major comenta aquí: “Estas palabras que Lucas atribuye a los once Apóstoles no son coherentes con lo que leemos en Marcos 16:13 de que, cuando los dos discípulos que habían regresado informaron al resto, “ni aun a ellos creyeron”. Campbell resuelve así la dificultad: “Esto no implica que ninguno de ellos creyera, sino que varios, quizá la mayor parte, no creyeron. Cuando Lucas nos dice que dijeron: ‘Ha resucitado el Señor verdaderamente’, no debemos concluir que cada uno de ellos lo afirmó expresamente. Esa libertad al utilizar los pronombres es común en todos los idiomas. Según Mateo y Marcos, pues, ambos malhechores reprocharon a Jesús en la Cruz. Pero por Lucas sabemos que

solo fue uno de ellos quien actuó así".

[Ha aparecido a Simón]. Esta aparición a Simón Pedro solo se menciona en este lugar y en la Epístola a los Corintios (cf. 1 Corintios 15:2). Las circunstancias de la aparición no las sabemos.

Puede ser bueno mencionar aquí las once diferentes apariciones de nuestro Señor tras su resurrección. Se apareció:

1. A María Magdalena sola (cf. Marcos 16; Juan 20:14).
2. A las mujeres que regresaban del sepulcro (cf. Mateo 28:9–10).
3. A Simón Pedro solo (cf. Lucas 24:34).
4. A los dos discípulos camino de Emaús (cf. Lucas 24:13 ss.).
5. A los Apóstoles en Jerusalén, excepto a Tomás, quien estaba ausente (cf. Juan 20:19).
6. A los Apóstoles en Jerusalén por segunda vez, cuando Tomás estaba presente (cf. Juan 20:26, 29).
7. Junto al mar de Tiberias cuando siete discípulos estaban pescando (cf. Juan 21:1).
8. A los once discípulos en un monte de Galilea (cf. Mateo 28:16).
9. A más de quinientos hermanos a la vez (cf. 1 Corintios 15:6).
10. A Santiago solo (cf. 1 Corintios 15:7).
11. A todos los Apóstoles en el monte de los Olivos en su ascensión (cf. Lucas 24:51).

Tres veces se nos dice que los discípulos le tocaron después de resucitar (cf. Mateo 28:9; Lucas 24:39; Juan 20:27). Dos veces se nos dice que comió con ellos (cf. Lucas 24:42; Juan 21:12–13).

V. 35: *[Las cosas que les habían acontecido]*. Esto tiene que referirse necesariamente a la maravillosa exposición de la Escritura que había hecho que sus corazones ardieran.

[Le habían reconocido al partir el pan]. Solo es necesario comentar aquí que aplicar esta expresión a la Cena del Señor es una mera acomodación de las palabras de la Escritura no justificada por el contexto.

Lucas 24:36–43

Reparemos en este pasaje en *las palabras de especial misericordia con las que nuestro Señor se presentó a sus discípulos tras su resurrección*. Leemos que, de repente, apareció en medio de ellos y dijo: "Paz a vosotros".

Estas son palabras extraordinarias si consideramos a quiénes iban dirigidas. Eran para los once discípulos que tres días antes habían abandonado vergonzosamente a su Maestro y habían huido. Habían roto sus promesas. Habían olvidado que habían afirmado estar dispuestos a morir por su fe. Se habían dispersado cada uno por su

lado y habían dejado que su Maestro muriera solo. Uno de ellos hasta le había negado tres veces. Todos ellos se habían vuelto atrás y habían demostrado ser unos cobardes. Y, no obstante, ¡he ahí cómo paga el Maestro a sus discípulos! No se menciona reproche alguno. Ni una palabra dura sale de sus labios. Con calma y tranquilidad aparece en medio de ellos y comienza a hablar de paz: "¡Paz a vosotros!".

Vemos en estas palabras conmovedoras una prueba más de que el amor de Cristo "sobrepasa todo entendimiento". Se gloría en pasar por alto la transgresión. "Se deleita en la misericordia". Su disposición a perdonar es mucho mayor que la de los hombres a ser perdonados. Su disposición a absolver es mucho mayor que la de los hombres a ser absueltos. Hay en su todopoderoso corazón una infinita voluntad de quitar las transgresiones del hombre. Aunque nuestros pecados sean como la grana, siempre está dispuesto a volverlos blancos como la nieve, a borrarlos, a arrojarlos a su espalda, a enterrarlos en las profundidades del mar, a no recordarlos nunca más. Todas estas son frases de las Escrituras que transmiten la misma gran verdad. El hombre natural tropieza continuamente en ellas y rehúsa comprenderlas. Esto no debe sorprendernos. El perdón gratuito e inmerecido hasta lo sumo no es la forma de actuar del hombre. Pero sí es la de Cristo.

¿Qué pecador, por grande que sea su pecado, puede temer comenzar a clamar a un Salvador así? En las manos de Jesús hay misericordia suficiente y de sobra. ¿Quién ha vuelto atrás, por bajo que haya caído, y teme volver? "No hay enojo en mí" (Isaías 27:4). Está dispuesto a levantar y restaurar al peor de todos. ¿Qué santo que ama a un Salvador así no se entrega a Él en santa obediencia? Hay perdón en Él, para que sea reverenciado (cf. Salmo 130:4). ¿Quién profesa ser cristiano y no perdona a sus hermanos? Los discípulos de un Salvador cuyas palabras rebosaban tanta paz deben ser pacificadores, amables y accesibles (cf. Colosenses 3:13).

Reparemos, por otro lado, en este pasaje en *la maravillosa condescendencia de nuestro Señor ante la flaqueza de sus discípulos*. Leemos que, cuando sus discípulos se espantaron ante su presencia y no podían creer que era Él, les dijo: "Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved".

Nuestro Señor podría, en justicia, haber ordenado a sus discípulos que creyeran que había resucitado. Tenía razones para preguntarles: "¿Dónde está vuestra fe? ¿Por qué no creéis mi resurrección cuando me veis con vuestros propios ojos?". Pero no lo hace. Se rebaja aún más. Apela a los sentidos corporales de los once. Les ordena tocarle con sus manos y convencerse de que era un ser material y no un espíritu ni un fantasma.

En esta circunstancia está contenido un importante principio que haremos bien en atesorar en nuestros corazones. Nuestro Señor nos permite emplear nuestros *sentidos* para probar un hecho o una

afirmación religiosa. Debemos esperar encontrar en el cristianismo cosas que sobrepasan nuestra razón. Pero nuestro Señor nos hace saber que no se pretende que creamos cosas contrarias a la razón y contradictorias a nuestros propios sentidos. Una supuesta doctrina que contradice nuestros sentidos no es una doctrina que procede de Aquel que ordenó a los once que tocaran sus manos y sus pies.

Recordemos este principio al enfrentarnos a la doctrina católica romana de la transformación del pan y el vino en la Cena del Señor. No existe tal transformación en absoluto. Nuestros propios ojos y nuestras propias lenguas nos dicen que el pan es pan y el vino es vino después de la consagración, igual que antes. Nuestro Señor nunca nos pide que creamos aquello que es contrario a nuestros sentidos. La doctrina de la transustanciación es, por tanto, falsa y sin base en la Escritura.

Recordemos este principio al enfrentarnos a la doctrina católica romana de la regeneración bautismal. El bautismo y el nuevo nacimiento del corazón del hombre no van inseparablemente unidos. Nuestros propios ojos y sentidos nos dicen que miles de bautizados no tienen el Espíritu de Dios, carecen por completo de gracia y son siervos del diablo y del mundo. Nuestro Señor nunca nos pide que creamos aquello que es contrario a nuestros sentidos. La doctrina de que la regeneración acompaña siempre al bautismo no merece, por tanto, crédito alguno. Es un mero antinomianismo decir que hay gracia cuando no se observa gracia alguna.

La relación de nuestro Señor con los discípulos ofrece una gran lección práctica que haremos bien en recordar. Dicha lección es el deber de tratar amablemente a los discípulos débiles y enseñarles según lo que son capaces de soportar. Como nuestro Señor, debemos ser pacientes y sufridos. Como nuestro Señor, debemos condescender a la debilidad de la fe de algunos hombres y tratarlos tan tiernamente como niños pequeños con el fin de llevarles al camino correcto. No debemos desechar a los hombres porque no veamos resultados inmediatamente. No debemos despreciar los medios más sencillos e infantiles si nos sirven para persuadir a los hombres y llevarlos a creer. Esta clase de relación puede requerir gran paciencia. Pero aquel que no es capaz de condescender a tratar así a los jóvenes, los ignorantes y los incultos no tiene la mente de Cristo. Bueno sería que todos los creyentes recordaran las palabras de S. Pablo más frecuentemente: “Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles”.

Notas Lucas 24:36–43

V. 36: *[Se puso en medio]*. No se nos dice de qué manera entró nuestro Señor en donde estaban los discípulos. Sabemos por las palabras de Juan que las puertas estaban cerradas (Juan 20:19) “por miedo de los judíos”. No

podemos decir si nuestro Señor pasó a través de las puertas milagrosamente sin abrirlas o si las abrió milagrosamente como hizo el ángel que sacó a Pedro de la prisión (Hechos 12:10). En cualquier caso, fue un milagro. En cualquier caso, la aparición fue repentina e instantánea.

[Paz a vosotros]. Soy completamente incapaz de considerar esta expresión como algo más que el saludo ordinario de cortesía. Me parece lleno de verdad profunda y consoladora. Implicaba que se había luchado la gran batalla y se había obtenido la gran victoria sobre el príncipe de este mundo, así como la paz con Dios para el hombre según la antigua promesa. Implicaba que nuestro Señor venía a sus discípulos con sentimientos de paz, misericordia y perdón, y sin resentimiento por haberle abandonado.

Notemos que "paz" fue la última palabra en el himno profético de Zacarías; "en la tierra paz" fue parte de las Buenas Noticias proclamadas por los ángeles cuando nació Cristo; "paz" fue lo que se les mandó proclamar a los setenta discípulos en cada casa que visitaran; "paz" fue el legado que dejó nuestro Señor y que entregó a los Apóstoles la noche anterior a su crucifixión; y "paz" fue la primera palabra que pronunció cuando apareció ante ellos de nuevo tras su resurrección (cf. Lucas 1:79; 2:14; 10:5; Juan 14:27).

La paz, en resumen, es uno de los ingredientes principales del Evangelio. Cada una de las Epístolas de S. Pablo, excepto la dirigida a los Hebreos, comienza con un misericordioso deseo de "paz" para aquellos a quienes va dirigida.

Stella tiene un largo y excelente pasaje sobre esta expresión.

V. 37: *[Espantados y atemorizados]*. Es importante comentar, tanto aquí como en otros lugares de la Escritura, que parece que la aparición de cualquier ser sobrenatural o cualquier habitante de otro mundo siempre produce terror en el corazón del hombre. Parece intrínseco a la naturaleza humana temer en tales ocasiones, y es una fuerte prueba indirecta de la completa incapacidad del hombre para encontrarse con Dios en paz sin un mediador. Si el hombre teme a los espíritus y fantasmas, ¿qué sentiría si viera a Dios mismo?

V. 38: *[Vienen a vuestro corazón estos pensamientos]*. Aquí, como en otros lugares, nuestro Señor muestra su conocimiento del hombre interior. Los razonamientos y las preguntas de los Apóstoles eran todos conocidos para Él.

V. 39: *[Mirad mis manos y mis pies]*. Algunos autores no pueden ver en esta mención de las manos y los pies sino una referencia a las partes descubiertas del cuerpo de nuestro Señor, hacia las cuales Él dirige la atención de sus discípulos como prueba palpable de que tenía un verdadero cuerpo material. Yo creo que llamó su atención a las huellas de los clavos en sus manos y pies, y así mostró que Él era el mismo Salvador a quien habían crucificado.

[Palpad y ved]. Aquí hay una apelación directa a dos sentidos: el tacto y la vista.

[Un espíritu no tiene carne ni huesos]. Stier y Alford observan ambos la

ausencia de la palabra “sangre” en esta expresión y le otorgan un significado. Yo soy incapaz de hacer lo mismo. Nuestro Señor acaba de hacer referencia a los sentidos del tacto y de la vista. La carne y los huesos se podían tocar, mirar, percibir y sentir sin dificultad. La sangre no, por supuesto. Nuestro Señor, por tanto, menciona a propósito solo la carne y los huesos. Pero inferir que su cuerpo de resurrección carecía de sangre, como indica Alford, me parece que excede en mucho lo que tenemos base para decir.

Notemos que nuestro Señor habla aquí de “un espíritu” y de las cualidades de “un espíritu” de tal manera que es imposible negar la existencia de los seres incorpóreos. Creer todas las historias infundadas de fantasmas y apariciones es irrazonable y una necedad. Pero debemos tener cuidado de no irnos al otro extremo y negar la existencia de los espíritus radicalmente. Las palabras de nuestro Señor acerca de ellos son claras e inconfundibles.

V. 41: *[De gozo, no lo creían]*. Poole comenta: “Si no hubieran creído, sin duda no se habrían gozado, porque la fe fue la causa de su gozo. Pero el exceso de gozo fue un obstáculo para su fe. ¡Así de peligrosos son los mecanismos extremistas de nuestras emociones!”.

V. 43: *[Comió delante de ellos]*. Las preguntas especulativas que esta circunstancia lleva a plantear acerca de la capacidad del cuerpo resucitado de nuestro Señor para comer verdaderamente y beber verdaderamente son de lo más infructuoso y vano. Bástenos con creer que fueron comida y bebida reales, y no una mera ilusión óptica o comida y bebida aparentes, como algunos se han atrevido a insinuar. No es necesario preguntarnos más. Que eso era así nos lo muestran claramente las palabras de Pedro en otro lugar (Hechos 10:41). Los mismos comentarios se aplican a la comida de los ángeles que se aparecieron a Abraham (cf. Génesis 18:8).

Haremos bien en recordar la forma en que nuestro Señor trata a los discípulos en este pasaje. Apela a sus sentidos y les permite convencerse de la realidad de su cuerpo resucitado. También indica que, si sus sentidos no quedaban conformes, bien podían en justicia dudar de que su cuerpo hubiera resucitado. Esta forma de argumentar supone una bofetada para la doctrina católica romana de la transustanciación y la doctrina luterana de la consustanciación en la Cena del Señor. Si nuestros sentidos no detectan transformaciones en la sustancia del pan y el vino, es escandaloso e irrazonable que se nos pida que creamos que ha tenido lugar transformación alguna en ellos tras el acto de la consagración.

Lucas 24:44–49

Observemos en estos versículos, en primer lugar, *el don que otorgó nuestro Señor a sus discípulos inmediatamente antes de dejar el mundo*. Leemos que “les abrió el entendimiento, para que

comprendiesen las Escrituras".

No debemos malinterpretar estas palabras. No debemos pensar que los discípulos desconocían por completo el Antiguo Testamento hasta este momento, y que la Biblia es un libro que ninguna persona corriente puede esperar comprender. Debemos entender simplemente que Jesús mostró a sus discípulos el pleno significado de muchos pasajes que hasta entonces habían estado velados a sus ojos. Sobre todo, les mostró la verdadera interpretación de muchos pasajes proféticos referentes al Mesías.

Todos necesitamos una iluminación similar de nuestro entendimiento: "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Corintios 2:14). El orgullo, los prejuicios y el amor al mundo ciegan nuestros intelectos y arrojan un velo sobre los ojos de nuestras mentes en la interpretación de las Escrituras. Vemos las palabras, pero no las comprendemos plenamente hasta que somos instruidos desde lo alto.

Aquel que desee leer la Biblia con provecho debe pedir primero al Señor Jesús que le abra los ojos de su entendimiento por el Espíritu Santo. Los comentarios humanos son útiles a su manera. No se debe despreciar la ayuda de hombres buenos y eruditos. Pero no hay comentario que se pueda comparar con la enseñanza de Cristo. Un espíritu humilde y de oración encontrará mil cosas en la Biblia que el estudiante orgulloso y engreído será completamente incapaz de discernir.

Observemos en estos versículos, en segundo lugar, *la notable manera en que el Señor Jesús habla de su propia muerte en la Cruz*. No se refiere a ella como una deshonra o como algo a lamentar, sino como una necesidad. Dice: "Fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día".

La muerte de Cristo fue necesaria para nuestra salvación. Su carne y sangre ofrecidos en sacrificio en la Cruz fueron "la vida del mundo" (Juan 6:51). Sin la muerte de Cristo, hasta donde podemos ver, la Ley de Dios nunca podría haber sido cumplida, el pecado nunca habría sido perdonado, el hombre nunca habría podido ser justificado ante Dios, y Dios nunca habría podido mostrar misericordia al hombre. La Cruz de Cristo fue la solución ante una tremenda dificultad. Desató un complicado nudo. Posibilitó que Dios fuera "el justo, y el que justifica" (Romanos 3:26). Posibilitó que el hombre pudiera acercarse a Dios con valentía y sentir que, aun siendo pecador, podía tener esperanza. Cristo, al sufrir como Sustituto en nuestro lugar, el justo por los injustos, ha abierto un camino por el cual podemos acercarnos a Dios. Podemos reconocer libremente que somos culpables y merecemos la muerte. Pero podemos alegar con confianza que hay Uno que murió por nosotros y que por Él, creyendo en Él, reclamamos vida y absolución.

Gloriémonos siempre en la Cruz de Cristo. Considerémosla la fuente de todas nuestras esperanzas y el fundamento de toda nuestra paz. La ignorancia y la incredulidad nos incapacitan para ver en los sufrimientos del Calvario otra cosa que no sea el cruel martirio de una persona inocente. La mirada de la fe es mucho más penetrante. La fe ve en la muerte de Jesús el pago de la enorme deuda que el hombre tiene contraída con Dios y la salvación completa de todo aquel que cree.

Observemos en estos versículos, en tercer lugar, *cuáles fueron las primeras verdades que el Señor Jesús ordenó a sus discípulos que predicaran después de que Él abandonara el mundo*. Leemos que lo que debían predicar en su nombre en todas las naciones era "el arrepentimiento y el perdón de pecados".

Las primeras cosas sobre las que hay que llamar la atención de todos los hombres, las mujeres y los niños de todo el mundo son "el arrepentimiento y el perdón de pecados". A todos se les debe hablar de la necesidad de arrepentimiento. Todos son, por naturaleza, desesperadamente malvados. Sin arrepentimiento y conversión, nadie puede entrar en el Reino de Dios. A todos se les debe hablar de la disposición de Dios para perdonar a todo aquel que cree en Cristo. Todos, por naturaleza, son culpables y están condenados. Pero cualquiera puede obtener, por la fe en Jesús, perdón gratuito, pleno e inmediato. A todos, también, se les debe recordar continuamente que el arrepentimiento y la remisión de los pecados van inextricablemente unidos. No es que nuestro arrepentimiento pueda comprar nuestro perdón. El perdón es un regalo gratuito de Dios al creyente en Cristo. Pero también es cierto que un hombre que no se arrepiente es un hombre no perdonado.

Aquel que desee ser un verdadero cristiano debe conocer por experiencia el arrepentimiento y la remisión de los pecados. Esto es lo principal en la religión salvadora. Pertenecer a una Iglesia limpia, oír el Evangelio y recibir los sacramentos son grandes privilegios. ¿Pero nos hemos convertido? ¿Hemos sido justificados? Si no es así, estamos muertos ante Dios. ¡Feliz aquel cristiano que guarda estos dos puntos continuamente delante de sus ojos! El arrepentimiento y la remisión no son meras verdades elementales y leche para bebés. El más elevado nivel de santidad no es nada mas que un continuo crecimiento en el conocimiento práctico de estos dos puntos. El más brillante santo es aquel que examina su conciencia y tiene el mayor sentido de su propia pecaminosidad, así como el sentido más vivo de su completa aceptación en Cristo.

Observemos, en cuarto lugar, *cuál era el primer lugar en que los discípulos debían comenzar a predicar*. Debían comenzar "en Jerusalén".

Se trata de un hecho notable y lleno de instrucción. Nos enseña que nadie debe ser considerado demasiado malvado como para que se le

ofrezca la salvación, y que ningún grado de enfermedad espiritual está fuera del alcance de la medicina del Evangelio. Jerusalén era la ciudad más malvada de la Tierra cuando nuestro Señor dejó el mundo. Era una ciudad que había apedreado a los profetas y matado a aquellos a quienes Dios había enviado a llamar al arrepentimiento. Era una ciudad llena de orgullo, incredulidad, fariseísmo y desesperante dureza de corazón. Era una ciudad que acababa de coronar todas sus transgresiones crucificando al Señor de la gloria. Y, no obstante, Jerusalén fue el lugar donde se hizo la primera proclamación de arrepentimiento y perdón. El mandamiento de Cristo era claro: "Comenzando desde Jerusalén".

Vemos en estas maravillosas palabras la longitud, la anchura, la profundidad y la altura de la compasión de Cristo hacia los pecadores. Nunca desesperemos pensando que alguien no puede ser salvo, por muy malo y libertino que haya sido. Abramos la puerta del arrepentimiento al mayor de los pecadores. No tengamos miedo de invitar al peor de los hombres a arrepentirse, creer y vivir. Nuestro gran Médico se gloría en sanar casos incurables. Las cosas que parecen imposibles a los hombres son posibles con Cristo.

Observemos, por último, *el lugar de los creyentes y, especialmente, de los ministros, en este mundo*. Nuestro Señor lo define con una palabra expresiva. Dice: "Sois testigos".

Si somos verdaderos discípulos de Cristo, debemos dar un testimonio continuo en medio de un mundo malvado. Debemos dar testimonio de la verdad del Evangelio de nuestro Maestro, la misericordia del corazón de nuestro Maestro, el gozo en el servicio de nuestro Maestro, la excelencia de las normas de conducta de nuestro Maestro y el enorme peligro y la maldad de los caminos del mundo. Ese testimonio, sin duda, nos acarreará la antipatía del hombre. El mundo nos odiará, como odió a nuestro Maestro, porque nosotros testificamos "de él, que sus obras son malas" (Juan 7:7). Ese testimonio, sin duda, será creído relativamente por pocos y considerado ofensivo y extremista por muchos. Pero el deber de un testigo es dar testimonio tanto si es creído como si no. Si damos un testimonio fiel, habremos cumplido con nuestra obligación aunque, como Noé, Elías y Jeremías, estemos casi solos.

¿Somos esta clase de testigos? ¿Qué testimonio damos? ¿Qué evidencia mostramos de ser discípulos de un Salvador crucificado y, como Él, no ser del mundo? (cf. Juan 17:14). ¿Qué marcas mostramos de que pertenecemos a Aquel que dijo: "Para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad" (Juan 18:37). ¡Feliz aquel que puede dar una respuesta satisfactoria a estas preguntas y cuya vida muestra evidencias claras de que "busca una patria" (cf. Hebreos 11:14)!

Notas Lucas 24:44–49

V. 44: *[Estas son las palabras [...]*. Parafraseemos esta expresión con el fin de otorgarle su pleno significado. Alford la traduce así: “He ahí el cumplimiento de las palabras”. Significa: “Ahora veis finalmente cumplidas las palabras que con tanta frecuencia os hablé diciendo que debían cumplirse las predicciones acerca de mis sufrimientos. Entonces no podíais creer que verdaderamente yo iba a sufrir y después a resucitar. Ahora veis que era cierto”.

[Es necesario que se cumpliese]. La palabra griega aquí traducida “es necesario” es la misma de los versículos 26 y 46.

[En la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos]. Recuérdese que esta división tripartita era la división judía del Antiguo Testamento. Clasificaban su contenido en estos tres grupos.

Cuando nuestro Señor habla de las cosas que de Él decía la “ley de Moisés”, hay pocas dudas de que se refiere a los tipos y figuras que eran símbolos de sí mismo, y especialmente a los sacrificios.

V. 45: *[Les abrió el entendimiento]*. Se nos enseña aquí que las mentes de los discípulos habían estado cerradas por los prejuicios y las interpretaciones tradicionales. Nuestro Señor abrió las puertas y las ventanas de sus mentes y dejó pasar la luz.

Comenta Poole: “No abrió su entendimiento sin la Escritura; les envía a ella. Sabe que la Escritura no les proporcionaría un conocimiento suficiente de las cosas de Dios sin la influencia y la iluminación de su Espíritu. Aquellos a quienes el Espíritu de Dios enseña a comprender las Escrituras son verdaderamente enseñados por Dios. Cristo honra mucho las Escrituras. El diablo embauca a aquellos a quienes persuade a dejar de lado las Escrituras esperando una enseñanza del Espíritu. Pero el Espíritu enseñó por medio de las santas Escrituras, no sin ellas ni contradiciéndolas”.

Cornelius à Lapide trata en vano de argumentar, sobre la base de este versículo, que los seglares no pueden comprender la Biblia sin la enseñanza de la Iglesia, que la Biblia no es apropiada para los laicos y que a los Apóstoles les fue otorgado un conocimiento especial de las Escrituras. No hay la más mínima prueba de que solo a los Apóstoles se les abriera el entendimiento en esta ocasión. Al contrario, el contexto habla claramente de que aquellos que se reunieron allí eran los Apóstoles y “los que estaban con ellos”. Más aún, el hecho de que nuestro Señor abriera el entendimiento de todos es una clara prueba de que todos, Apóstoles o no, requerían enseñanza de lo alto y que Cristo puede, quiere y está dispuesto a dársela a todos, Apóstoles o no, mientras el mundo exista.

V. 46: *[Así está escrito]*. Esta es una expresión general que significa “estaba escrito en la Escritura que las cosas respecto a mítendrían lugar de la forma en que debían tener lugar”. Estaba “escrito” que eso sería así, y era necesario, por tanto, que así fuera. Si Cristo no hubiera sufrido y resucitado, la Escritura no se habría cumplido. La principal referencia aquí, sin duda, es a Isaías 53, el Salmo 22 y Daniel 9:26.

[Resucitase de los muertos al tercer día]. Aquí se ha planteado la cuestión de dónde en el Antiguo Testamento dice que Cristo debía resucitar al *tercer día*. Pearce comenta que no aparece salvo en Oseas 6:2 y en Jonás 1:17. No obstante, yo no estoy convencido de que aquí o en 1 Corintios 15:4 diga que debamos hacer hincapié en el *tercer día* al interpretar la frase. Me parece que el significado del versículo es sencillamente que estaba escrito y era, por tanto, necesario que Cristo sufriera y resucitara. No veo que el sentido nos obligue a buscar una predicción del Antiguo Testamento acerca del *tercer día*. Aun así, sin duda hay más pasajes que lo muestran de los que se han descubierto. Sospecho que hay gran profundidad de significado en el Antiguo Testamento con referencia a Cristo que aún nadie ha desentrañado plenamente.

V. 47: *[Y que]*. Debemos recordar que las palabras predominantes aquí siguen siendo "Así está escrito, y así fue necesario ...".

[El arrepentimiento y el perdón]. Estas palabras son un breve resumen de las principales doctrinas del Evangelio. La necesidad de arrepentimiento y la posibilidad de remisión, la disposición de Dios a dar arrepentimiento para vida y la plena provisión hecha por Cristo para el perdón de los pecados del hombre se debían proclamar y publicar como una noticia anunciada públicamente por un heraldo. Y todo debía hacerse en nombre de Cristo. Esa expresión es la que encabeza toda la frase. Significa "por la autoridad de Cristo" y "por el mérito y la mediación de Cristo". Se incluyen ambas ideas.

Debemos recordar que ninguna enseñanza cristiana es escrituraria y sana si no otorga el lugar principal a estas dos doctrinas.

[En todas las naciones]. Estas palabras griegas estarían igualmente bien traducidas diciendo: "Entre todos los gentiles". Y considerando que se habla de Jerusalén al final del versículo, es altamente probable que esta fuera la idea que se pretendía transmitir. El Evangelio debía ser predicado tanto a los gentiles como a los judíos.

[Comenzando desde Jerusalén]. Esta expresión enseñaba dos cosas. Una era que los Apóstoles y los primeros predicadores del Evangelio no debían dejar de ofrecer la salvación a los peores y más malvados pecadores. No debían considerar siquiera la ciudad donde su Maestro había sido crucificado como desesperadamente malvada y demasiado terrible como para recibir el beneficio del Evangelio. El resultado mostró que este mandamiento no había sido dado sin causa. Puede que el mayor triunfo obtenido por el Evangelio fuera la conversión de 3000 oyentes en Jerusalén en el día de Pentecostés. La otra lección era que el primer ofrecimiento de salvación siempre debía hacerse a los judíos. Aun endurecidos e incrédulos, seguían siendo "amados por causa de los padres" (Romanos 11:28).

Tanto los Hechos de los Apóstoles, en demasiados lugares como para citarlos, como las palabras de S. Pablo en la Epístola a los Romanos (1:16) muestran lo fielmente que los Apóstoles desempeñaron su tarea de predicar a los judíos.

En la expresión que tenemos delante parece claro el deber de los cristianos de preocuparse especialmente por las almas de los judíos.

Nótese que las conclusiones de los dos primeros sermones de Pedro en

Jerusalén, en Hechos 2 y 3, incluyen ambas el mandamiento exacto del versículo que tenemos delante. Predicó “en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados”.

V. 48: *[Vosotros sois testigos de estas cosas]*. Las “cosas” de las que aquí se habla deben de ser las cosas “que de él decían” que se habla deben de ser las cosas “que de él decían” nuestro Señor acababa de mencionar.

La tarea que los primeros discípulos y después todos los que ministran y los creyentes debían llevar a cabo la vemos en la palabra “testigos”.

Stier comenta: “No es la voluntad del Señor nombrar y enviar oradores, maestros entusiastas o sencillos sino, ante todo y sobre todo, *testigos*. La idea contenida en Lucas 1:2 —“los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra”— se encuentra aquí una vez más.

V. 49: *[Yo enviaré la promesa de mi Padre]*. Esta expresión hace referencia al Espíritu Santo, a quien el Padre había prometido enviar en profecías del Antiguo Testamento y que descendió el día de Pentecostés (cf. Isaías 44:3; Joel 2:28; Jeremías 31:33; Ezequiel 36:27).

Nótese que nuestro Señor habla aquí de enviar al Espíritu Santo. Vemos en esto su igualdad y unidad con Dios Padre. También vemos que el Espíritu Santo *procede* del Hijo no menos que del Padre.

Nótese que el Espíritu Santo es evidentemente una Persona, y no una influencia. Las palabras “yo enviaré” solo se pueden utilizar para referirse a una “persona”.

Nótese que nuestro Señor dice “yo envío”, no “yo enviaré” [según la versión empleada por el autor, N.T.]. Esto muestra la seguridad de la llegada del Espíritu Santo y la cercanía de su venida. ¿No podría indicar también que, ya en el momento en que nuestro Señor habló, los discípulos comenzaron a recibir gracia y poder del Espíritu Santo?

[Quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta [...]. Esta expresión es extraordinaria. Parece denotar que nuestro Señor quería que sus discípulos fueran a todas las naciones inmediatamente después del día de Pentecostés y no esperaran en Jerusalén más. Merece la pena advertir su timidez en cuanto a llevarlo a cabo comparada con la expresión que tenemos delante.

[Investidos]. Esta palabra significa literalmente: “Ser revestidos, investidos con”. Se emplea frecuentemente en el Nuevo Testamento e implica ponernos algo que no poseemos naturalmente (cf. Romanos 13:14; 1 Corintios 15:53; Gálatas 3:27; Colosenses 3:9–10).

[Poder desde lo alto]. Algunos consideran que esta expresión es solo una forma de referirse al Espíritu Santo mismo. Parece más probable que hable de la energía y el influjo impartidos por el Espíritu Santo. Es muy parecida a la expresión empleada en cuanto a la virgen María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lucas 1:35). En este lugar, pues, significaría: “Esperad hasta que seáis revestidos con el poder celestial que el Espíritu Santo, a quien el Padre ha prometido y yo también envío, os impartirá”.

Alford cita un comentario de Stier acerca de que este “investir con el Espíritu Santo era vestir verdadera y completamente la desnudez de la Caída”. Esto me parece solo parcialmente correcto. Yo creo que “la justicia

imputada de Cristo a todos y sobre todos los que creen" es la verdadera vestidura que remedia la desnudez de la Caída (Romanos 3:22). La gracia del Espíritu, sin duda, nunca va separada de esa justicia. Pero en sí es algo distinto y diferenciado, y se debe separar en nuestras mentes.

Lucas 24:50–53

Estos versículos son el final de la historia del ministerio de nuestro Señor relatada por S. Lucas. Constituyen una conclusión a un Evangelio que, en ternura conmovedora y plena exhibición de la gracia de Cristo, figura en primer lugar de los cuatro relatos de las cosas que Jesús "comenzó a hacer y a enseñar" (Hechos 1:1).

Observemos en este pasaje, en primer lugar, *la impresionante manera en la que nuestro Señor dejó a sus discípulos*. Leemos que "alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos". En una palabra, los dejó en el mismo acto de bendecirlos.

No podemos dudar ni por un momento de que esta circunstancia tenía un significado. Recordaría a los discípulos todo lo que Jesús había traído consigo cuando vino al mundo. Les daría seguridad en cuanto a lo que aún haría tras dejar el mundo. Vino a la Tierra a bendecir y no a maldecir, y se marchó bendiciendo. Vino con amor y no con ira, y se marchó con amor. Vino no como un juez condenador sino como un Amigo compasivo, y como Amigo volvió a su Padre. Había sido un Salvador cargado de bendiciones para su pequeño rebaño mientras había estado con ellos. Quería que supieran que sería un Salvador cargado de bendiciones para ellos cuando les fuese quitado.

Que nuestras almas descansen eternamente en la misericordia del corazón de Cristo. Nunca encontraremos un corazón más tierno, más amante, más paciente, más compasivo y más bondadoso. Hablar de la virgen María como más compasiva que Cristo es una demostración de triste ignorancia. Acudir a los santos en busca de consuelo, cuando podemos acudir a Cristo, es necedad mezclada con blasfemia y un robo de la corona a Cristo. Misericordioso fue nuestro Señor mientras vivió entre sus débiles discípulos, misericordioso en cada momento de su agonía en la Cruz, misericordioso cuando resucitó y reunió a sus ovejas dispersas a su alrededor, misericordioso en la manera de partir de este mundo. ¡Fue una partida en el mismo acto de bendecir! Sin duda está lleno de misericordia a la diestra de Dios. Él es el mismo ayer, hoy y por siempre, un Salvador siempre dispuesto a bendecir, que abunda en bendiciones.

Observemos en este pasaje, en segundo lugar, *el lugar al que fue nuestro Señor al dejar el mundo*. Leemos que fue “llevado arriba al cielo”.

Por supuesto, no podemos comprender el pleno sentido de estas palabras. Sería fácil plantear preguntas acerca de la residencia exacta del cuerpo glorificado de Cristo que el teólogo más sabio nunca podría responder. No debemos perdernos en especulaciones no edificantes o entremeternos en lo que no hemos visto (cf. Colosenses 2:18). Bástenos con saber que nuestro Señor Jesucristo ha ido a la presencia de Dios como Precursor y Sumo Sacerdote a interceder por todos los que creen en Él (cf. Hebreos 6:20; Juan 14:2).

Como Precursor, Jesús ha ido al Cielo a preparar un lugar para todos sus miembros. Nuestra gran Cabeza ha tomado posesión de una gloriosa herencia a favor de su cuerpo místico, y la sostiene como hermano mayor y administrador hasta el día en que su cuerpo sea perfeccionado. Como Sumo Sacerdote, Jesús ha ido al Cielo a interceder por todos los que creen en Él. Allí, en el Lugar Santísimo, presenta a favor de ellos el mérito de su propio sacrificio, y obtiene para ellos un aporte diario de misericordia y gracia. El gran secreto de la perseverancia de los santos es que Cristo comparece a su favor en el Cielo. Ellos tienen un eterno Abogado con el Padre y, por tanto, nunca son desechados (cf. Hebreos 9:24; 1 Juan 2:1).

Llegará un día cuando Cristo volverá del Cielo igual que se fue. No morará siempre en el Lugar Santísimo. Vendrá, como el sumo sacerdote judío, a bendecir al pueblo, a reunir a sus santos y restaurar todas las cosas (cf. Levítico 9:23; Hechos 3:21). Esperemos aquel día, anhelémoslo y pidámoslo en oración. La muerte de Cristo en la Cruz por los pecadores, la vida de Cristo en el Cielo para interceder y el retorno de Cristo en gloria son tres importantes cosas que deben estar presentes prioritariamente ante los ojos de cada verdadero cristiano.

Observemos en este pasaje, por último, *los sentimientos de los discípulos de nuestro Señor cuando finalmente los dejó y fue llevado al Cielo*. Leemos que “volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios”.

¿Cómo explicar estos sentimientos de gozo? ¿Cómo interpretar el singular hecho de que este pequeño grupo de débiles discípulos dejados, por vez primera, huérfanos en medio de un mundo hostil no se derrumbaran sino estuvieran llenos de gozo? La respuesta a estas preguntas es breve y sencilla. Los discípulos se gozaban porque ahora, por primera vez, veían todas las cosas respecto a su Maestro con claridad. El velo había sido quitado de sus ojos. Las tinieblas habían pasado. El significado de la humillación y el rebajamiento de Cristo, el significado de su misteriosa agonía, de la Cruz y de la pasión, el significado de que el Mesías tuviera que sufrir, el significado de que hubiera sido crucificado y, sin embargo, fuera el Hijo de Dios; todo, todo les había sido revelado y ahora estaba claro. Lo vieron todo. Lo

comprendieron todo. Sus dudas quedaron disipadas. Las piedras en que tropezaban habían sido quitadas. Ahora, por fin, poseían un claro conocimiento y eso les hacía experimentar un gozo sin mezcla.

Establezcamos para nosotros el principio de que el pequeño grado de gozo que muchos creyentes experimentan suele surgir de la falta de conocimiento. La fe débil y la conducta incoherente son, sin duda, dos grandes razones de que muchos de los hijos de Dios disfruten de tan poca paz. Pero sospecho que también las ideas turbias y poco claras acerca del Evangelio son la verdadera causa de mucho desconsuelo del creyente. Cuando el Señor Jesús no es claramente conocido y comprendido, la consecuencia es que hay poco gozo en el Señor.

Dejemos el Evangelio según S. Lucas con un claro propósito en nuestro corazón de investigar las Escrituras más profundamente y orar en base a ellas más sinceramente. Demasiados creyentes solo escarban la superficie de la Escritura y no saben nada de cavar profundamente en sus tesoros escondidos. Que la Palabra more en abundancia en nosotros. Leamos nuestras Biblias con más diligencia. Haciéndolo así, disfrutaremos de más gozo y paz en el creer y conoceremos lo que es estar continuamente “alabando y bendiciendo a Dios”.

Notas Lucas 24:50–53

V. 50: *[Los sacó fuera hasta Betania]*. Hay algo ciertamente conmovedor en el hecho de que la ascensión de nuestro Señor tuviera lugar cerca de Betania. Era un pequeño pueblo en el extremo del monte de los Olivos, donde vivían María, Marta y Lázaro. Es probable que ellos estuvieran presentes cuando nuestro Señor dejó la Tierra.

[Alzando sus manos, los bendijo]. Esta circunstancia está llena de significado. La bendición fue significativa. Mostraba el espíritu con que nuestro Señor se apartó de su Iglesia en la Tierra, y era una señal de lo que haría por ellos en el Cielo. Tipificaba su plena asunción de su oficio sacerdotal y daba seguridad en cuanto a lo que haría cuando retornara.

Comenta Gill: “Este alzar las manos no era para ponerlas sobre los discípulos ni un gesto de oración, ni fue su bendición a ellos a modo de oración o que estuviera pidiendo una bendición para ellos. Así como Aarón, su tipo, alzó las manos hacia el pueblo de Israel y los bendijo cuando ofreció por primera vez sacrificios por ellos (cf. Levítico 9:22), Cristo, como el gran Sumo Sacerdote, habiéndose ofrecido a sí mismo como sacrificio por los pecados de su pueblo, alzó sus manos hacia ellos y los bendijo con autoridad”.

V. 51: *[Se separó de ellos]*. La palabra griega así traducida es bastante notable. Significa literalmente “se mantuvo aparte”. Un comentarista alemán

piensa que significa “se apartó a una pequeña distancia de ellos antes de su ascensión”. La opinión más común es que la palabra solo es parte del mismo incidente que se describe cuando dice que “fue llevado arriba al cielo”.

[Fue llevado arriba al cielo]. Es pura especulación infructuosa hablar de adónde fue el cuerpo de nuestro Señor cuando fue llevado. Bástenos con recordar que compareció ante la presencia de Dios a nuestro favor y que volverá exactamente de la misma manera en que se fue (cf. Hechos 1:11).

Burgon comenta: “Estas hermosas palabras denotan que Jesús fue más bien *apartado* de los hombres a quienes Él amaba, y no que nos dejó por un acto propio. Se nos dice que estaba impaciente por padecer (cf. Lucas 12:50). Pero de su ascensión no se nos dice esto. No *dejó* a sus discípulos, sino que fue apartado de ellos”.

V. 52: *[Después de haberle adorado]*. Este es el primer acto de adoración de los discípulos a nuestro Señor del que leemos. Su conocimiento de su mesiazgo y divinidad era ahora claro y evidente. De ahí el “gozo” que menciona el versículo que experimentaron. Todas las cosas estaban ahora claras y diáfanas para ellos en cuanto a su Maestro. Las tinieblas habían pasado y la luz verdadera ya alumbraba (cf. 1 Juan 2:8).

V. 53: *[Estaban siempre en el templo]*. Esta expresión no necesariamente significa que los discípulos no estuvieran nunca en otro lugar que no fuera el Templo. Solo significa que tenían como hábito diario y regular el asistir a los cultos del Templo y reunirse en los atrios del Templo, y especialmente en los momentos de la oración (Hechos 3:1). Es la misma palabra griega utilizada acerca de Cornelio, donde dice que “oraba a Dios siempre” (Hechos 10:2).

Recordemos que el Templo era un lugar que frecuentaban todos los judíos piadosos de Jerusalén, y en sus espaciosos atrios se encontraban diariamente toda clase de adoradores sin interrupción y sin interferir unos con otros. Aun de los Apóstoles se dice que “todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo” (Hechos 5:42). Parece que se había establecido la costumbre de que toda persona religiosa se reuniera en el Templo y que los Apóstoles podían aun predicar el Evangelio allí.

Maldonado comenta “que es un hecho notable que el Evangelio según S. Lucas comience describiendo una escena en el Templo, cuando Zacarías tuvo su visión, y que también nos deje en el Templo cuando concluye”.

Burgon comenta que “ellos acudían al Templo y, así, el culto del Templo se llenó de ahí en adelante de un nuevo sentido. El cántico de Moisés se había convertido para ellos en el cántico del Cordero. Para ellos, los Salmos hablarían en adelante otro lenguaje, porque a ellos les hablaban solo de Cristo. Bien podían estar en adelante siempre en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios”.

Circunstancias relatadas solo por Lucas

Al dejar el Evangelio según S. Lucas, puede resultar útil para algunos lectores la lista siguiente de las circunstancias principales relatadas

solo por Lucas y no mencionadas por Mateo, Marcos y Juan. Son cincuenta y ocho.

		Cap.	Vv.
1.	Visión de Zacarías y concepción de Elisabet	1	5–25
2.	Salutación de la virgen María		26–38
3.	Visita de María a Elisabet		39–56
4.	Nacimiento de Juan el Bautista e himno de Zacarías		57–80
5.	Decreto de César Augusto	2	1–3
6.	Nacimiento de Cristo en Belén		4–7
7.	Aparición de los ángeles a los pastores		8–20
8.	Circuncisión de Cristo		21
9.	Presentación de Cristo en el Templo		22–24
10.	Relato de Simeón y Ana		25–38
11.	Cristo encontrado entre doctores		41–52
12.	Fecha del comienzo del ministerio de	3	1–2

	Juan		
13.	Éxito del ministerio de Juan		10–15
14.	Genealogía de María		23–28
15.	Predicación de Cristo y rechazo en Nazaret	4	15–30
16.	Detalles del llamamiento de Simón, Santiago y Juan	5	1–10
17.	Discurso de Cristo en el llano	6	17–49
18.	Resurrección del hijo de la viuda de Naín	7	11–17
19.	La mujer en casa de Simón		36–50
20.	Las mujeres que ministraban a Cristo	8	1–3
21.	Santiago y Juan desean que descienda fuego del Cielo	9	51–56
22.	Misión de los setenta discípulos	10	1–16
23.	Regreso de los setenta discípulos		17–24
24.	Parábola del buen samaritano		25–37

25.	Cristo en casa de Marta y María		38–42
26.	Parábola del amigo importuno	11	5–8
27.	Cena de Cristo en casa del fariseo		37–54
28.	Discurso a una incontable multitud	12	1–53
31.	Caso de la mujer enferma durante 18 años		10–20
32.	Pregunta acerca de los pocos que se salvan		22–30
33.	Respuesta a la advertencia de los fariseos respecto a Herodes		31–33
34.	Caso del hombre hidrópico	14	1–6
35.	Parábola del último lugar		7–14
36.	Parábola de la gran cena		15–24
37.	Dificultades del servicio a Cristo		25–35
38.	Parábola de la oveja y el dracma perdidas	15	1–10
39.	Parábola del hijo pródigo		11–32

40.	Parábola del mayordomo injusto	16	1–18
41.	Parábola del rico y Lázaro		19–31
42.	Instrucción a los discípulos	17	1–10
43.	Sanidad de los diez leprosos		12–19
44.	Pregunta y respuesta acerca de la venida del Reino de Dios		20–37
45.	Parábola de la viuda importuna	18	1–8
46.	Parábola del fariseo y el publicano		9–14
47.	Llamamiento de Zaqueo	19	2–10
48.	Parábola de las minas		11–28
49.	Cristo llora sobre Jerusalén		41–44
50.	Advertencia especial a Pedro	22	31–32
51.	Orden de comprar espadas		35–38
52.	Aparición de un ángel y sudor de sangre en el huerto		43–44
53.	Pilato envía a	23	6–16

	Cristo ante Herodes		
54.	Las mujeres lamentan los sufrimientos de Cristo		27–32
55.	El ladrón arrepentido		39–43
56.	Aparición de Cristo a dos discípulos camino de Emaús	24	13–35
57.	Circunstancias de la aparición de Cristo a los once		37–49
58.	Partida de Cristo en el acto de bendecir		50–53